De ver hoy en vuestra casa
Entrarse así una mujer.
Galan y discreto sois,
Y como tal, bien sabeis
Que extremos de amor obligan
A más extremos; y pues
De alguno se han de fiar,
¿De quién, Don Pedro, de quién
Mejor que de vos, que sois
Noble, entendido y cortés? (*Descúbrese.*)

PEDRO. (*Ap.*) Ya no me queda esperanza:
Doña Ana, vive Dios, es.

JUAN. (*Ap. entreabriendo la puerta del cuarto donde está.*)
¡Y querrán que calle yo!
Mas puesto que así ha de ser,
Arded, corazon, arded,
Que yo no os puedo valer.

ANA. Ya que con vos declarada
Estoy, Don Pedro, sabed
En lágrimas y suspiros
Mis desdichas de una vez.
Y pues sabeis que he venido
A vuestra casa, entended
(¡Cuánta vergüenza me cuesta!)
Ya, señor Don Pedro, á qué.
Un hombre vengo á buscar,
Porque de muy cierto sé
Que le puedo hallar en ella.
(*Sale Don Juan.*)

JUAN. A Dios, Don Pedro; porqué
Darme tormento de celos,
Y querer que calle, es
Nuevo rigor. Yo confieso
Que es mi delito querer,
Si eso pretendeis de mí...

ANA. ¡Don Juan, mi señor, mi bien!...

JUAN. ¡Doña Ana, mi mal, mi muerte!

ANA. Dame los brazos.

JUAN. Deten,
No con los brazos añadas
Al tormento otro cordel,
Pues ya he dicho la verdad.

PEDRO. (*Ap.*) No sé, vive Dios, qué hacer.
Mas porque ni uno entre, ni otro
Salga, el paso cerraré.

JUAN. No correis, porque he de irme.

ANA. No has de irte.—Si correis.—
¿Pues cómo tan rigoroso,
Cómo tan tirano, pues,
Agradeces desa suerte
Haberte venido á ver?

JUAN. ¿A quién?

ANA. A tí, porque supe
Que aquí estabas.

JUAN. ¡Bien á fe!
Buena disculpa has hallado.
¡Ah fiera! ah ingrata! ah cruel!
¡Qué pronto vive á mentir
El ingenio en la mujer!

ANA. Don Juan, si de las pasadas
Ofensas (al parecer
Justas) te dura el enojo,
Y huyes de mí (¡ay Dios!) porqué
Estás engañado, ya
Te vengo á satisfacer.
Aquel hombre, á quien le diste
La muerte...

JUAN. Yo no hablo dél.
¡Mira, mira tus engaños,
Cuáles han llegado á ser,
Pues quejándome de uno,
A otro respondes! Y pues
Son tantos que unos á otros
Se embarazan, no me dés
Satisfaccion de ninguno;
Que mejor será tener
Queja de todos; que al fin
Está mejor puesto aquel
Que, antes que mal satisfecho,
Se queda quejoso bien.

ANA. No te entiendo; y si es la causa
Que yo imagino que es
La que tú sientes, señor,
¿De qué te quejas? de qué?
¿Qué nueva causa te he dado?
Pero si no puede ser
Darla yo, ¿qué nueva causa
Te ha dado mi estrella? Ten
El paso, y dime, ¿qué es esto?

JUAN. Traiciones tuyas; si bien
No siento que sean traiciones,
Porque te llego á perder;
Pues lo que llego á sentir,
Solo (he de decirlo) es
Que otro merezca en un dia
Lo que en siglos no alcancé
A merecer yo. Y en fin,
Me consuela en parte, que
Él no te ha llegado á amar,
Pues te llega á merecer.

ANA. Si mi desdicha, Don Juan,
Te ha sabido disponer
Otra evidencia aparente
Que yo no alcanzo ni sé,
¿Cómo he de desengañarte?
¿Cómo te he de responder?
¡Vive Dios, que te han mentido!

JUAN. No, que es verdad cuanto hablé.

ANA. ¿Quién te lo dijo?

JUAN. El galan
A quién tú vienes á ver.

ANA. Yo á verte á tí, Don Juan, vengo...

JUAN. ¡Es verdad, dices muy bien!

ANA. Porque supe que aquí estabas.

JUAN. ¿De quién pudiste? ¿De quién?

ANA. Desta criada.

JUAN. ¡Por cuánto
Llegara el testigo á ser,
Que no fuera tu criada!
Que criadas y amas teneis
Pacto explícito á mentir.

ANA. Esta es verdad.

JUAN. ¿Quién tal creí?

ANA. Quien quiere bien.

JUAN. Pues yo quiero
Muy mal por aquesta vez.

ANA. Pues muera de desdichada.

JUAN. Y yo de infeliz tambien.

ESCENA XII.

ARCEO.—Dichos.

ARCEO. (*Dentro.*) Abran aquí.

PEDRO. (*Ap.*) Esto es peor.
No sé ¡vive Dios! qué hacer,
Que Don Hipólito viene.

JUAN. ¿Quieres, ingrata, saber
Si me han mentido? Pues este
El galan que buscas es.

ANA. Yo me huelgo de que sea,
Puesto que no puede ser
El que busco, el que imaginas.—
Abrid, Don Pedro. Entre, pues,
Y sepa Don Juan que miente
El que contra mi altivez
Bajo concepto ha formado.

JUAN. ¡Plegue á Dios! Y aquesta vez,
O por vivir ó morir,
Escuchándote estaré,
Supuesto que es ya mi vida
El juego del esconder.
(*Escóndese Don Juan, y abre Don Pedro; sale Arceo con una fuente de dulces.*)

ARCEO. ¿Tanto tardan en abrir
A quien llama con los piés,
Que es señal que trae algo
En las manos? Vive diez,
Que queda saqueada toda
La tienda del Portugués!—
Ya Don Hipólito viene, (*A Doña Ana.*)
Señora.—¿Pero qué ven
Mis ojos? ¿Doña Lucía
En mi casa?

LUCÍA. (*Ap.*) Aquesta vez,
Por el chisme de una dueña,
Muertes de hombres ha de haber.

ESCENA XIII.

DON HIPÓLITO.—Dichos.

HIP. (*Ap.* ¿Si habrá ya Don Luis llegado
Con la silla? Sí, pues ver
Puedo la dama. ¡Ay amor!
Todo ha sucedido bien.)
Seais, señora, bien venida
A este, aunque humilde dosel
Del mayo y el sol, ya esfera
De verdor y rosicler.

ANA. (*Ap.*) ¡Cielos! ¿Qué pasa por mí?
¿Este el marido no es
De la que hoy se entró en mi casa?

JUAN. (*Ap. entreabriendo la puerta.*)
¡Quién vió lance más cruel!

PEDRO. (*Ap.*) Mal se va poniendo todo.
Lo que resuelva no sé.

HIP. Don Pedro, no tan penada
Tengais á esta dama: ved
Que por vos no se descubre.

PEDRO. Yo, por no estorbar, me iré.
(*Ap.* Mas será á estar á la mira.)

ANA. Don pedro, no os ausenteis,
Porque habeis de ser aquí,
De cuanto pasare, juez.—
Caballero, á quien apenas
Ví, pues si os ví, á penas fué,
(*A Don Hipólito.*)
Ya que por vos las padezco,
¿Conoceisme?

HIP. No y si, pues
En este instante os conozco,
Y os desconozco tambien.
Conózcôs, pues que quien sois,
Muy bien informado, sé;
Y desconózcôs, señora,
Porque desa suerte hableis.
Si os ví en el Parque primero,
Y en vuestra casa después;
Si para venir á hablaros
Llamado fuí de un papel;
Y si habeis venido adonde
Yo os traigo, ¿cómo ó por qué
Así os extrañais de verme,
Donde me venís á ver?

JUAN. (*Ap.*) ¿Querrán Doña Ana y Don Pedro
Que esto llegue á oir y ver,
Y no salga? ¡Vive Dios,
Que infamia del amor es!

ANA. ¡Yo á veros á vos! Mirad
Lo que decis: no busqueis
Desengaños, que á vos solo
Mal el saberlos esté.
Yo en mi vida al Parque fuí;
Ni en él os ví ni os hablé.
Si os entrásteis en mi casa,
No me preguntéis á qué;
Que aunque lo puedo decir,
Vos no lo podeis saber;
Que habeis de ser el postrero
Que el desengaño toqueis.
Basta decir que engañado
Estais, y que me dejeis;
Que puede ser sea causa
De todo vuestra mujer.

HIP. ¡Mi mujer! Ahora conozco
De qué ha podido nacer
Vuestro enojo. Yo hice mal
En traeros aquí: haced
La deshecha norabuena;
Pero no me acumuleis
Que soy casado, que es susto
De que jamás sanaré.

PEDRO. (*Ap.*) Ya ni aun á mentir acierta
Doña Ana.

JUAN. (*Ap.*) Ni yo á tener
Paciencia; pero si salgo,
Rompo de amistad la ley,
A Doña Ana la destruyo,
Y á mí me pierdo tambien
Sin efecto, pues en medio
Han de estar su criado y él,
Y es hacer ruido no más,
Dejando la duda en pié.
Pues sufrirlo, es imposible;

Que ¿quién ha podido, quién,
Oir requebrar á su dama?
Haya un medio entre los tres,
Como yo solo me pierda,
Donde... Pero esto después
Ha de decir el suceso.
Ya he visto cómo ha de ser. (*Vase.*)

ESCENA XIV.

DICHOS, *menos* DON JUAN.

ANA. Dejadme, señor, por Dios:
Y porque mejor mireis
Que huyo de vos, y lo más
A que se puede atrever
Una mujer como yo,
A voces digo que quien
En este aposento está,
Mi dueño y mi amante es,
Y es á quien vine á buscar,
Y es á quien yo quiero bien;
Porque á vos no os escribí,
Ni os ví en mi vida, ni hablé,
Desmintiendo desta suerte
Su peligro y mi desden.
(*Éntrase donde estaba Don Juan; Doña Lucía la sigue.*
HIP. Cerró la puerta. ¿Quién vió
Más tramoyera mujer?
Desde el punto que la ví,
Enredadora la hallé.
PEDRO. (*Ap.*) Bien cuerda resolucion
Tomó Doña Ana, porqué
Con esto estorba que salga
Don Juan, que es lo que á temer
Llegué siempre.
HIP. Estoy confuso
Y qué he de decir no sé.

ESCENA XV.

DON LUIS.—DON HIPÓLITO, DON PEDRO.

LUIS. Yo llego á muy buen hora.
Don Hipólito, ahí está
Aquella señora ya
En la silla.
HIP. ¿Qué señora?
LUIS. La que esperais
HIP. ¿Qué decís?
LUIS. Que tomó en San Sebastian
La silla, y que ahí fuera están.
HIP. Engañado estais, Don Luis;
Porque la dama, á quien yo
Vengo á ver, ya estaba aquí
Cuando vine.
LUIS. ¿Cómo así,
Si ahora conmigo llegó
En la silla, la mujer
Que hoy en el Parque encontramos,
A quien seguimos y hablamos?
HIP. Eso ¿cómo puede ser,
Si la misma, destapada,
Aquí la he visto y hablado,
Y en este aposento ha entrado?
LUIS. No quiero deciros nada,
Sino que entra ya.
HIP. ¡Por Dios,
Que es rigorosa mi estrella!

ESCENA XVI.

DOÑA CLARA É INÉS, *tapadas.*—DON HIPÓLITO, DON PEDRO, DON LUIS.

LUIS. Ahora decid si es aquella.
HIP. O es ella, ó ella son dos.
PEDRO. ¿Veis, Don Hipólito, veis
Cómo la dama que estaba
Hoy aquí, á vos no os buscaba?
HIP. Quitarme el juicio quereis.—
Mujer, dos veces tapada, (*A Doña Clara.*)
Que á mi desdicha fortuna,
Por si se me pierde una,
Se me envia duplicada,
¿No me hablaste en el Parque hoy?
¿No eres tú la que seguí,
Y la que en tu casa ví?
(*Hasta aquí á todas las preguntas ha respondido Doña Clara por señas, y ahora se descubre.*)
Confuso otra vez estoy.
CLARA. Yo soy, el mi caballero,
Ya que descubierta os hablo,
Aquella habladora muda,
Por las lecciones de un manto;
Que viendo que era muy poca
Victoria, muy poco aplauso
De toda aquesta mujer
Un hombre no más, buscando
Ocasion de que alcanzara
Sola una parte del lauro,
Lo quise dar de ventaja
La discrecion á mi garbo.
Bien pensó vuesa merced,
Muy necio y muy confiado,
Que tenia muerta al vuelo
La hermosura de los campos;
Pues no, señor Para-todas,
Y conozca escarmentando
Que ha dado vuesa merced,
Por lo entendido ó lo raro,
Mala cuenta de su amor,
Pues deja este desengaño
Vengada á la hermosa Filis
De los desdenes de Fabio.
Pues cuando fuera verdad
Que yo le amara; pues cuando
Fuera verdad que celosa
Aquí le hubiera buscado,
El verme vengada solo
Me hubiera el amor quitado.
Yo lo estoy con que haya visto
Que los celos que me ha dado,
Han sido conmigo misma;
Pues nadie pudiera darlos
A este talle, que no fuera

Su mismo desembarazo.
Envaine vuesa merced
Todo ese grande aparato
De dulces de Portugal,
Que le han salido tan agrios;
Que no es la boda por hoy.
Pero agradezca el cuidado
Que en ella ha puesto el señor,
Casamentero del diablo;
Que cierto que de su parte
Nada faltó, porque ha estado
Con mucha puntualidad
Con la tal silla esperando,
Y hizo muy bien el papel,
Encareciendo el recato;
Porque es amigo muy fino
Del que es amante muy falso.
Con esto adios, y ninguno
Me siga; que si echo el manto,
Si vuelvo la calle, si otro
Embeleco desenvaino,
Les haré creer que soy
Otra dama, aunque al estrado
Me entre de una mesurada,
Como esta mañana, cuando
Le hizo creer que era otra
Solo un sombrerillo blanco. (*Vase.*)
HIP. Oye, aguarda, espera, escucha.
LUIS. ¡En toda mi vida he hallado
Hombre de tan buena estrella
Con mujeres!
HIP. ¿Que burlando
Esteis, cuando estoy muriendo?—
Detente, Inés.
INÉS. Será en vano;
Que vamos muy enojadas. (*Vase.*)
HIP. No sé qué hacer en tal caso.
Mas si sé, que es apelar
De todo al desembarazo,
Desengañando hoy la una,
Y la otra después amando.
(*Vanse Don Hipólito y Don Luis.*)
PEDRO. ¡Gracias á Dios, que con esto
Ya los celos se acabaron
De Doña Ana y de Don Juan,
Pues todo lo han escuchado,
Y mi amor, pues Doña Clara
Viene á Hipólito buscando!
¡Cielos! sin querer he visto
Mis celos averiguados.
ARCEO. Y si el galan y la dama
Están ya desengañados,
Aquí acaba la comedia.
PEDRO. ¿Oísteis ya el desengaño,
Don Juan?
(*Llegándose á la puerta del cuarto donde estuvo.*)

ESCENA XVII.

DOÑA ANA, DOÑA LUCIA.—DON PEDRO, ARCEO.

ANA. No soy tan dichosa
Yo.
PEDRO. ¿Cómo así?
ANA. Como cuando
Yo entré, solo ví un hombre,
Que atrevido y temerario
Se echaba por la ventana,
Que hay, señor, á esos tejados.
ARCEO. Pues no acaba la comedia.
PEDRO. ¡Qué rigoroso, qué extraño
Afecto de amor y celos!
(*Ap.* Él iba á salir al paso:
Seguir á los dos importa,
No suceda algun fracaso.) (*Vase.*)
ANA. Grande desdicha es la mia,
Pues cuando vengo buscando
Hoy, Don Juan, finezas tuyas,
Solas mis desdichas hallo.
Cuando te siguen sospechas,
Tú las estás esperando
Firme, ¡y vuelves las espaldas
Si te siguen desengaños!
¿Qué mujer es esta ¡cielos!
Que hoy en mi casa se ha entrado?
¿Qué hombre es este que asegura
Que yo le vengo buscando?
¡Oh nunca en el tiempo hubiera,
Oh nunca hubiera en el año,
Si es que la culpa han tenido
De enredos y enojos tantos,
Las mañanas floridas
De abril y mayo.

JORNADA TERCERA.

Sala en casa de Doña Ana.

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN, *á oscuras.*

Nada me sucede bien.
¿Qué roca habrá que contraste
Tanta avenida de penas,
Tantos golpes de pesares?
Del aposento en que estaba
Por testigo de mis males,
Imposible de sufrirlos,
É imposible de vengarme,
Celoso y desesperado
Salir pretendo á la calle
A esperar aquel galan
Tan feliz, que coronarse
Pudo de tantos favores,
De dichas que son tan grandes.
Echéme por la ventana
(Porque allí no me estorbasen
La venganza de mis celos),
Presumiendo que era fácil,
Ganando desde el tejado
De la puerta los umbrales;
Y saltando dél á un patío,
Donde la ventana sale,
Perdí el tino, y dí á otra casa.

Pero parece que abren
Una puerta, y entra gente...
Y con las luces que traen
Percibo mejor las señas.
¿Hay suceso semejante?
¡Vive Dios, que esta es la casa
De Doña Ana! ¡Si tomase
Hoy puerto en el mismo golfo
Esta derrotada nave!
Ella es. ¿Qué he de hacer, cielos?
Que no es bien que aquí me halle,
Y presuma que he venido
Cobardemente á quejarme
De mis celos, sin vengarlos.
¿Hay confusion más notable?
¿Qué haré? Que no me está bien
Ya ni el irme ni el quedarme. (*Escóndese.*)

ESCENA II.

DOÑA ANA Y DOÑA LUCIA, *con luz.* — DON JUAN, *escondido.*

ANA. Quítame este manto. ¡Gracias
A mi fortuna inconstante
Que me ha dado (¡ay infelice!)
Un solo punto, un instante
De tiempo para llorar,
De lugar para quejarme!
Y así, ya que estoy á solas,
Sean tormentas, sean mares
Mis lágrimas y mis quejas
Entre la tierra y el aire.
LUCÍA. Señora, si desde modo
Tan justos extremos haces,
Triunfará de amor la muerte.
Consuelo tus penas hallen;
Que para todo hay consuelo.
Que si Don Juan (por guardarlo
A Don Pedro aquel decoro
Que debió á sus amistades)
Se arrojó por la ventana,
Ya en su seguimiento parten
Don Pedro, Arceo y Pernía,
Porque los dos no se maten.
ANA. Y cuando remedie (¡ay triste!)
Mi temor, ¿para adelante
Puede ya dejar de ser
Lo que fué? ¿Pueden borrarse
De la memoria los celos
En que yo no tuve parte?
JUAN. (*Ap. al paño.*) De cuanto yo desde aquí
Puedo á las dos escucharles,
Nada entiendo; y solo entiendo
Que temo que me declaren
Mis congojas, mis desdichas,
Mis recelos, mis pesares;
Porque no es posible, no,
Que un celoso sufra y calle.
LUCÍA. Acuéstate, por tu vida,
Porque en la cama descanses.
ANA. No hay descanso para mí,
Fuera de que he de esperarle
A Don Pedro; que le dije
Que con lo que le pasase
En alcance de Don Juan
(Pues todos van á buscarle),
Viniese á avisarme; y ya
Parece que llaman. Abre.

ESCENA III.

DON PEDRO, ARCEO, PERNÍA.—DICHOS.

ANA. Señor Don Pedro, ¿qué hay?
PEDRO. Que todo ha salido en balde.
ANA. ¿Cómo?
PEDRO. No habemos hallado
A Don Juan, y es bien notable
Suceso; porque de aquella
Ventana, que al patio cae,
Para salir al portal
Hay una puerta, y la llave
Está echada, de manera
Que ha sido imposible hallarle,
Cuando ni en mi casa está,
Ni salir pudo á la calle.
ARCEO. No le hemos buscado bien,
Si va á decir las verdades;
Porque á un celoso, señora,
Le ha de buscar el que hallarle
Quisiere, ahogado por los pozos,
O ahorcado por los desvanes.
PERN. Ya le he dicho que se meta
En juntar sus consonantes,
No hable palabra donde
Yo estoy.
ARCEO. Quinola pasante,
Tambien yo le tengo dicho
Que de dar lanzadas trate,
Y sacar, no para el toro,
Para el lacayo el alfanje,
Y no más.
LUCÍA. Entre dos ruines
Sea mi mano el montante.
PEDRO. No es posible hallarle, en fin.
ANA. Son mis penas, no os espante,
Y bien dicen que son mías;
Pues ellas disponer saben
Tantas falsas apariencias,
Que me culpen y le agravien.
¡Plegue á Dios, señor Don Pedro,
Que él me destruya y me falte,
Si á aquel hombre ví en mi vida,
Sino hoy, que pudo entrarse
Aquí tras una mujer,
A quien siguió desde el Parque,
Y vióme á mí! Mas ¿por qué
Lo digo ¡ay Dios! si escucharme
No puede Don Juan, y doy
Satisfacciones al aire?
PEDRO. Quedad, señora, con Dios,
Que por si vuelve á buscarme
A mi casa, vuelvo á ella.
¿Qué mandais?
ANA. No es bien que os mande,
Que os ruegue sí, que volvais
A la mañana á contarme

Lo que hubiere sucedido.
PEDRO. Quedad con Dios. (*Vase.*)
ANA. Él os guarde.—

ESCENA IV.

DON JUAN, *al paño;* DOÑA ANA, ARCEO, PERNÍA, DOÑA LUCIA.

Lucía, cierra esas puertas,
Y entra después á acostarme;
Que he de madrugar mañana,
Porque he de salir al Parque
A hacer una diligencia.—
¡Oh si á este vivo cadáver
Hoy ese lecho de pluma
Sepulcro fuera de jaspe! (*Vase.*)

ESCENA V.

DON JUAN, *al paño;* ARCEO, DOÑA LUCIA.

JUAN. (*Ap.*) ¿Al Parque mañana? ¡Ay cielos!
No estos desengaños basten:
Vuelvan atrás mis desdichas,
Pues pasa el riesgo adelante.
ARCEO. De todos estos enredos,
De todos estos debates,
Vos tenéis, Doña Lucía,
La culpa, pues vos contásteis
A vuestra ama que en mi casa
Estaba Don Juan.
LUCÍA. De tales
Sucesos, quien me lo dijo
A mí, tiene mayor parte;
Que ya sabe quien me cuenta
A mí el suceso que sabe,
Que es decirme que lo diga
El decirme que lo calle.
ARCEO. Eres tan dueña, que puedes
Servir desde aquí adelante
De molde de vaciar dueñas.
LUCÍA. Tú escudero vergonzante.
ARCEO. Eres dueña.
LUCÍA. Tú eres loco.
ARCEO. Eres dueña.
LUCÍA. Tú un bergante.
ARCEO. Eres dueña.
LUCÍA. Tú un bufon.
ARCEO. Eres dueña.
LUCÍA. Tú un infame.
ARCEO. Eres dueña.
LUCÍA. Tú un bribon.
ARCEO. Item más, dueña; y no trates
De desquitarte, porqué
No has de poder desquitarte.
LUCÍA. ¿Cómo no? Eres un...
ARCEO. Di, di.
LUCÍA. Mal poeta.
ARCEO. ¡Tate, tate!
¿Poeta, dijiste? Adios, dueña;
Que ya quedamos iguales.
LUCÍA. ¿Desa manera te vas?
ARCEO. Pues ¿qué quieres?
LUCÍA. Que te aguardes
Aquí, mientras que mi ama
Acaba de desnudarse,
Y volveré á hablar contigo
Un rato.
ARCEO. Aquí espero.
(*Vase Doña Lucía, llevándose la luz.*)

ESCENA VI.

DON JUAN, *al paño;* ARCEO.

ARCEO. Madres
Las que á los hijos paristeis
Para nocturnos amantes
De viejas, mirad en mí
Las desdichas á que nacen.
Esperando una estantigua
Estoy, confuso y cobarde,
Aquí donde mis suspiros
Pueblan estas soledades.
(*Sale Don Juan del cuarto en que estaba.*)
JUAN. (*Ap.*) Ahora, desconfianzas,
Es tiempo de aconsejarme,
Si esto que pasa por mí
Son mentiras ó verdades.
El recatarme me importa
De Doña Ana: ella no sabe
Que la escucho, y en suspiros
Que mal pronunciados salen
Desde el corazon al labio,
Me ha dado ciertas señales
De que mi desdicha llora,
De que siente mis pesares.
Estos criados no pueden
Engañarse ni engañarme,
Puesto que Arceo á Lucía
Le contó cómo ocultarme
Pude en casa de Don Pedro,
Y ella á Doña Ana: bastante
Desengaño de que fué
Entonces ella á buscarme.
Mas ¡ay de mí! si es aquesto
Como dicen señas tales,
¿Don Hipólito á qué efecto
Dijo que á él iba á buscarle?
¿O qué mujer es aquesta?
Y en fin, ¿para qué ir al Parque
Mañana quiere Doña Ana,
Para que á mí no me falte
Cuidado? ¡Pues vive Dios,
Que tengo de averiguarle!
Si aquí estoy, es imposible
Que disimule y que calle;
E imposible, si me ven,
De que la ida del Parque
Averigüe: luego irme
Será lo más importante.
Este criado á Lucía
Espera: mientras no sale,
Pues no ha cerrado la puerta,
Salir pretendo á la calle,
Por seguirla donde fuere.
Que me prendan ó me maten,

Todo, todo importa menos
Que no que me desengañe.

ARCEO. Ya siento pasos.—Lucía,
Seas bien venida, dame
Los brazos. (*Abraza á Don Juan.*) ¡Bar-
¿Quién es? |bada vienes!

JUAN. Callad, que no es nadie.

ARCEO. ¿Cómo no es nadie? Yo soy
Tan cortés y tan galante,
Que antes crêré que sois muchos.
¡Ay, ay!

JUAN. ¡Vive Dios, que os mate,
Si no callais!

ESCENA VII.

DOÑA ANA, DOÑA LUCÍA.—DON JUAN, ARCEO.

ANA. (*Dentro.*) ¿Qué rüido
Es aquel?
(*Sale Doña Lucía á oscuras, y se encuentra con Don Juan.*)

LUCÍA. (*Bajo á Don Juan.*) ¡Eres notable!
¿Es posible que tu miedo
Tan grandes extremos hace,
Que dés voces? Salte presto,
Para que aquí no te hallen.
Vente tras mí.

JUAN. (*Bajo á ella.* Vamos.) (*Ap.* ¡Cielos!
Hasta que me desengañe
He de callar; que esta es
Propia condicion de amantes.)
(*Vanse Doña Lucía y Don Juan, que al entrarse, encuentra con Arceo.*)

ARCEO. ¿Otro diablo? ¡Vive Dios,
Que tienen aquestos lances
Cosas de la Dama Duende!

ESCENA VIII.

DOÑA ANA, *medio desnuda, con luz.*—ARCEO; *despues,* DOÑA LUCÍA.

ANA. ¡Hola! ¿No responde nadie?
Mas ¡ay de mí!

ARCEO. (*Ap.*) Yo me embozo,
Por ver si puedo excusarme
De que me conozcan. (*Sale Doña Lucía.*)

LUCÍA. (*Ap.*) Ya
No hay peligro que me espante,
Pues ya en la calle está Arceo.
¿Mas no es el que está delante?
¿Quién era, si él está aquí,
El que yo puse en la calle?

ARCEO. (*Ap.*) ¡Aquí muero!

ANA. Caballero,
Que, recatado el semblante,
La noble clausura rompes
Destos sagrados umbrales,
Si necesidad acaso
Te ha obligado á extremos tales,
De mis joyas y vestidos
Francas te daré las llaves:
Ceba tu hidrópica sed
En sus telas y diamantes;
Pero sí, más codiciosa
De honor que de hacienda, haces
Estos extremos, te ruego
(Estoy muerta) que no trates
Con tal desprecio (¡ay de mí!)
El honor (estoy cobarde)
De una mujer infelice,
Sujeta á desdichas tales,
Porque si para mi afrenta
A aquesto cuarto llegaste,
Vive Dios, que antes que intentes
Hablarme palabra, y antes
Que ofenda al dueño que adoro,
Yo con mis manos te mate;
Porque si lágrimas solas
No enternecen un diamante,
Rompiéndome el pecho yo,
Le sabré labrar con sangre.

ARCEO. No labrareis, si yo puedo;
Que fuera mucho desaire
Ser pelicana una dama,
Y ser labradora un ángel.
Grandes casos de fortuna
A vuestra casa me traen,
No á hacer mella en vuestras joyas,
Ni á vuestra opinion ultraje.
Y porque os aseguréis
De mi término galante,
Segura quedais de mí.
A Dios, señora, que os guarde. (*Vase.*)

LUCÍA. ¡Qué miro!

ESCENA IX.

DOÑA ANA, DOÑA LUCÍA.

ANA. ¿Fuése ya?

LUCÍA. Sí.

ANA. Echa á esa puerta la llave;
Y pues ya la blanca aurora
Venciendo las sombras sale,
No me quiero desnudar.
¡Ay, Don Juan, si esto mirases!...
¿Quién de que no es culpa mía
Pudiera desengañarte? (*Vanse.*)

El Parque.

ESCENA X.

DOÑA CLARA É INÉS, *en traje corto, como primero.*

INÉS. ¿Al Parque vuelves?

CLARA. Rendida,
Sin ley, razon ni sentido,
Donde la vida he perdido,
Vuelvo, Inés, á hallar la vida.

INÉS. Bastante está lo sentido,
Y si yo no me he engañado,
Toda la gloria ha parado
En que has, señora, advertido

De ayer el raro suceso.

CLARA. ¿De qué sirviera negar
Con la lengua mi pesar,
Si con llanto lo confieso?
Vana de que hallarse habia
Don Hipólito burlado,
Le llamé; y su desenfado
Burló de la industria mia.
Que aunque es verdad que me dió
Satisfacciones, que allí
Por mi respeto creí,
Inés, por mi gusto no;
Pues no me pudo negar
Que fué donde otra mujer
Le llamaba, y mi placer
Se convirtió en mi pesar.
Yo misma (¡ay de mí!) encendí
El fuego en que triste peno;
Yo confeccioné el veneno
Que yo misma me bebí;
Yo misma desperté, yo,
La fiera que me ha deshecho;
Yo crié dentro del pecho
El áspid que me mordió.
Arda, gima, pene y muera
Quien sopló, confeccionó,
Alimentó, despertó,
Veneno, ardor, áspid, fiera.

INÉS. Bien en tantos parecereis
Hoy dirán cuantos te ven,
Que solo queremos bien,
Tratadas mal, las mujeres.
¿Para qué habemos venido
Al Parque con tal cruel
Pena?

CLARA. A ver si viene á él
Don Hipólito.

INÉS. Él ha sido,
Por cierto, muy lindo ensayo.

CLARA. Si hoy doy tregua á mis temores,
Yo os coronaré de flores,
Mañanas de abril y mayo. (*Vanse.*)

ESCENA XI.

DON HIPÓLITO, DON LUIS.

HIP. En efecto, hasta su casa
A Doña Clara seguí
Como vísteis, y le dí
Del engaño que me pasa
Satisfacciones, diciendo
¿Qué ofensa era el ir á ver,
Llamado de una mujer,
Lo que mandaba? Y haciendo
Extremos de enamorado,
Que supe fingir muy bien
(Porque ya no hay, Don Luis, quien
No haga el papel estudiado),
La dejé desenojada,
Atenta á mi desengaño;
Y al fin, con su mismo daño
Vino ella á ser la engañada,
Pues mis extremos creyó;
Siendo así, Don Luis, verdad
Que alma, vida y voluntad
La Doña Ana me robó;
Porque una vez persuadido
De que me llamaba á mí
Y hallarla despues allí,
Me empeñó en haber creido
Que ella fué quien me llamó.

LUIS. Vos teneis lindo despejo.

HIP. ¿Fuera más cuerdo consejo
Darme por vencido?

LUIS. No.
Mas á haberme sucedido
A mí lo que á vos con ellas,
Jamás volviera yo á vellas
De turbado y de corrido.

HIP. Fuera linda necedad.
Puntualidades teneis
Tan necias, que pareceis
Caballero de ciudad.
Mira, si aquesta fortuna
A corrella te acomodas,
Querer por tu gusto á todas,
Por tu pesar á ninguna.

ESCENA XII.

DOÑA ANA Y DOÑA LUCÍA, *vestidas como Doña Clara.*—DON HIPÓLITO, DON LUIS.

LUCÍA. Ya estás en el Parque: ya (*Ap. las dos.*)
Decirme, señora, puedes
Con qué intento deste modo
A su hermoso sitio vienes.

ANA. Si has de verlo, ¿para qué
Ahora que lo diga quieres?
Que es retórica excusada
Decir las cosas dos veces,
Y más cuando están tan cerca
De suceder, que presente
Está el que vengo buscando.

LUCÍA. (*Ap. á ella.*) El hombre, señora, es este
De los engaños de ayer,
Si mis ojos no me mienten.

ANA. Por él lo digo; pues solo
He salido á hablarle y verle,
Donde por la obligacion
Que á ser caballero tiene,
Desengañe mi opinion;
Pues los que son más corteses
Caballeros, siempre amparan
El honor de las mujeres.

LUCÍA. ¿Para aquesto de tu casa
Al Parque, señora, vienes,
Donde es una culpa más
Si aquí acertáran á verte?

ANA. Don Juan está retraido
Donde quiera que estuviere,
Y solo, á este sitio, donde
Hay tal concurso de gente,
No se atreverá á venir.
Y así más seguramente
Es donde le puedo hablar.

LUCÍA. ¡Pluguo á Dios que no lo yerres!

ANA. Tápate, y llega á llamarle.
Di que una mujer pretende
Hablarle: que se retire
Del amigo con quien viene.
LUCÍA. (*Á Don Hipólito.*) Caballero, una tapada
A solas hablaros quiere,
Que es la que mirais. Seguidnos.
HIP. (*Ap.* Doña Clara es, claramente
Lo dice el traje. Otra vez
Al engaño de ayer vuelve;
Mas hoy no lo ha de lograr.)
(*Idégase y habla á Doña Ana.*)
Notable, vive Dios, eres,
Pues que tan mal te aseguras
De quien te estima y no ofende.
Si buscas satisfacciones
Mayores de las que tienes,
No es menester que me sigas,
Pues en el alma estás siempre.
ANA. Por otra me habeis tenido:
En vuestras voces se infiere,
Y quiero desengañaros
Desde luego. ¿Conocísme? (*Descúbrese.*)
HIP. Otra vez me preguntásteis
En otra ocasion más fuerte
Eso mismo, y respondí
Que sí y que no; y me parece,
Pues siempre es una la duda,
Dar una respuesta siempre.
Si os conozco, pues que os miro;
No os conozco, porque suelen
Los bienes pasarse á males,
Y hoy al revés me sucede.
ANA. Seguidme hácia la Florida,
Porque hablaros me conviene
Donde esteis solo; y decidle
A ese amigo que se quede. (*Vanse las dos.*)

ESCENA XIII.

DON HIPÓLITO, DON LUIS.

HIP. Don Luis, de nueva aventura
Podeis darme parabienes.
Doña Ana es esta tapada.
Ahora no puedo hacerme
Engaño, que yo la he visto
Con mis ojos claramente.
¿Veis cómo fué la de ayer
Esta misma? Veis si vuelve
A buscarme? Aquí os quedad,
Y murmurad, si os parece,
El haber dicho que tengo
Buena estrella con mujeres.

ESCENA XIV.

DOÑA CLARA É INÉS, *tapadas*.—DON HIPÓLITO, DON LUIS.

INÉS. (*Ap. á Doña Clara.*)
Don Hipólito está aquí.
CLARA. Pues no andemos más, detente.
(*Quédanse paradas Doña Clara é Inés;*
Don Hipólito, engañado por el traje,
cree que son Doña Ana y Lucía, que
esperan á que las siga, y se acerca y
les habla.)
HIP. Ya os sigo. Guiad, señora
Doña Ana, donde quisiéreis;
Que yendo con vos, hermosa
Deidad de estos campos verdes,
Cualquiera sitio será
La Florida; que le deben
A vuestros ojos de fuego
Y á vuestra planta de nieve
Púrpura y verde las flores,
Cristal y aljófar las fuentes.
CLARA. (*Ap.* Doña Ana dijo: ¡ay de mí!
Mas ¿qué nuevo engaño es este?
Mas no tarde en discurrillo
Quien averiguarlo puede.
La Florida es el lugar
Citado, y á él me conviene
Llevarle.) Venid.
HIP. Fortuna,
¡Oh cuánto mi amor te debe,
Pues seguro de los celos
De Doña Clara, me ofreces
A Doña Ana! Triunfo hermoso
De tu gran deidad es este.
(*Vanse todos, y queda solo Don Luis.*)

ESCENA XV.

DON JUAN.—DON LUIS.

JUAN. Hácia esta parte bajó
Doña Ana; que entre la gente
Que venia la perdí
De vista. Pero no puede
Esconderse. Y es verdad;
Pues cuando á mí me mintiesen
Tantas señas, me dijera
Verdad mi infelice suerte.
Con Don Hipólito va
Hablando. Ya no hay que espere.
Muera de cólera y rabia
Quien de amor y celos muere.
LUIS. (*Ap.* ¡Válgame el cielo! ¡qué miro!
Don Juan de Guzman ¿no es este?)
¡Señor Don Juan de Guzman!
JUAN. ¿Quién llama? (*Ap.* ¿Quién vió más fuerte
Confusion? Este es Don Luis.)
LUIS. Donde quiera que yo viere
A quien agravia mi sangre
Y á quien mi opinion ofende,
Primero que con la lengua,
Sin ceremonias corteses,
Le saludo con la espada,
Voz de honor más elocuente.
Sacad la vuestra, porqué
Con más opinion me vengue.
JUAN. Yo no he rehusado en mi vida
Con la mia responderle
A quien me habla con la suya.
Y si matarme os conviene,
Daos priesa; que si os tardais,

Os podrá quitar la suerte
Otra herida, y no es capaz
Una vida de dos muertes.
LUIS. No os respondo, porque ya
Hablar el acero debe. (*Riñen.*)
JUAN. (*Ap.* Con Doña Ana entró en la huerta
Don Hipólito. ¡Oh aleve
Pena! ¿Quién crêrá que allí
Me agravien, y aquí se venguen?
LUIS. Desguarneció se la espada.
JUAN. Daros pudiera la muerte;
Pero porque echeis de ver
Cómo mi valor procede,
Y cómo debí de darla
A vuestro primo igualmente,
(Pues el que fuera una vez
Traidor, lo fuera dos veces;
Porque ser uno cobarde
No es defecto que se pierde),
Id por espada, que aquí
Os espero.
LUIS. (*Ap.* ¡Trance fuerte,
Pues quien me agravia me obliga,
Pues me halaga quien me ofende!
Mas ya sé qué debo hacer.)
Esperad, que brevemente
Volveré.
JUAN. Ya veis el riesgo
A que estoy, si aquí me viesen.
Y por quitarme del paso,
Puesto que veis que lo es este,
Dentro estoy de la Florida.
LUIS. Antes de un instante breve
A ella volveré á buscaros. (*Vase.*)

ESCENA XVI.

DON JUAN.

¿Qué haré en penas tan crueles,
Que un inconveniente es
Sombrá de otro inconveniente?
Cuando sigo un daño, otro
En mi seguimiento viene;
Uno busco, y otro hallo,
Y en todos no sé qué hacerme;
Que soy en un caso mismo
Persona que hace y padece.
Si á Don Hipólito sigo,
Falto á Don Luis neciamente;
Y si espero á Don Luis, falto
A mis celos. Mas ¿qué temo
Mi valor? ¿No es morir todo?
Máteme el que antes pudiere,
Don Hipólito ó Don Luis;
Pues cosa justa parece,
Si me busca el que yo ofendo,
Que busque yo al que me ofende.
(*Vase.*)

La Florida.

ESCENA XVII.

DOÑA CLARA, DON HIPÓLITO.

HIP. En aqueste hermoso márgen,
En este florido albergue,
Que la hermosa primavera
Con tanto estudio guarnece,
Podeis decirme, señora
Doña Ana, lo que á esto os mueve,
(Pues ya sabeis que he de estar
A vuestro servicio siempre),
Y no esa grosera nube
Tan bellos rayos afrente.
Amanezca vuestro sol,
Pues ya el del cielo amanece.
CLARA. Yo haré lo que me mandais;
Que á conceptos tan corteses,
Que á discursos tan galantes,
Hace mal quien no obedece.
(*Descúbrese.*)
HIP. (*Ap.*) ¡Doña Clara es, vive Dios!
CLARA. ¿Qué os admira? ¿Qué os suspende?
Yo soy: proseguid, que ya
El discursillo excelente.
HIP. Ni me suspendo ni admiro,
Sino solo de que pienses
Que no te habia conocido,
Y sabido que tú eres.
Pero quiseme vengar
De que salgas desta suerte
De casa, trocando el nombre.
CLARA. ¡Oh qué anciano chiste es ese!
HIP. ¡Vive Dios, que cuando dije
A Don Luis que no viniese
Tras mí, le dije quién eras!
Venga él, y si no dijere
Que es verdad, castiga entonces
Mis culpas con tus desdenes.
Yo voy por él, y dirá...
CLARA. Todo cuanto tú quisieres.
No le llames.
HIP. Pues ¿por qué?
CLARA. Porque es el «Muñoz, que miente
Mas que vos» del refrancillo.
HIP. No, no: mejor es que entre
A desengañarte. (*Ap.* No es
Sino que yo busco este
Desahogo, con que pueda
Admirarme y suspenderme
De que de una mano á otra
Así una mujer se trueque.) (*Vase.*)

ESCENA XVIII.

DON JUAN.—DOÑA CLARA, *que al verle, se echa el manto.*

JUAN. (*Ap.* De toda la Florida
La esfera, de matices guarnecida,
Celoso he discurrido,
Y hallar en ella ¡ay cielos! no he podido

Mis celos. ¿Cuándo ¡cielos!
Se hicieron de rogar tanto los celos,
Que se esconden buscados?
Mas huyen, porque están ya declarados.
¿No es aquella Doña Ana?
Vano es mi enojo, y mi venganza vana,
Pues sola la he encontrado.
¿Quién crêrá que es tan necio mi cuidado,
Que me pesa de vella,
No estando Don Hipólito con ella?
Volverme quiero. Pero ¿cómo ¡cielos!
Podré? que son mis rémoras los celos.)
Fiera enemiga mia, (*A ella.*)
Falsa sirena y engañosa arpía,
Esfinge mentirosa,
Aspid de nieve y rosa,
¿Dónde está aquel amante
Que tan firme te adora, tan constante,
Porque me vengue en él de ti mi acero,
Y no en ti dél mi lengua?

CLARA. Caballero,
Vos venis engañado
Con tanta pena y tanto desenfado;
Pues ocasion no ha habido, (*Descúbrese.*)
Para que á mi, tan necio y atrevido
Me hableis, sin conocerme, con desprecio.

JUAN. Decis bien: atrevido anduve y necio.
Por otra dama os tuve;
Que como á luna y sol guarda una nube,
Con embozo de sol hallé una luna.
Perdonad, mi señora,
Que no hablaba con vos.

ESCENA XIX.

DOÑA ANA, DOÑA LUCÍA.—DOÑA CLARA, DON JUAN.

ANA. Yo puedo ahora
Serviros de testigo;
Pues no hablaba con vos, sino conmigo.

CLARA. Pues si con vos hablaba,
Hable con vos; que aquí mi enojo acaba. (*Vase.*)

ESCENA XX.

DOÑA ANA, DON JUAN, DOÑA LUCÍA.

ANA. Mucho me alegro, Don Juan,
De que hayais llegado á tiempo
Que os desengañen y engañen
A vos vuestros ojos mesmos;
Porque si vos padeceis
A un mismo instante esos yerros,
Ya es fuerza que lo creais,
Como quien pasa por ellos;
Pues pensar que lo que vos
Crêis, no puede otro creerlo,
Es hacer más advertido
Al otro, y á vos más necio;
Y no hay ninguno que quiera
Tan mal á su entendimiento.

JUAN. ¡Oh qué necio desengaño,
Doña Ana; pues cuando veo
Que es verdad que me engañaron
Mis ojos, tambien advierto
Que el desengaño me ofende,
Pues tú le traes á este puesto!
Luego engaño y desengaño
Todo ha sido engaño: luego
No te puedes excusar
Del agravio de mis celos;
Pues hoy, como del engaño,
Del desengaño me ofendo;
Pues el engaño era agravio,
Y el desengaño es desprecio.

ANA. En haber venido aquí,
Ni te engaño ni te ofendo;
Pues por ti solo he venido.

JUAN. ¿Pues pudiste tú saberlo?

ANA. No; mas pude adivinarlo,
Desta manera viniendo
Para hacer que te buscara
Don Hipólito.

JUAN. ¿A qué efecto?

ANA. A efecto de que le diese
La satisfaccion él mesmo.

JUAN. ¡Oh qué necia prevencion!
Porque cuando da, muy necio
El que fué segundo amante
Al que fué amante primero,
De celos satisfacciones,
Es cuando le da más celos.

ANA. No hagas graduacion de amores;
Que no soy mujer que puedo
Tener primero y segundo.

JUAN. Calla, calla, que me acuerdo
De una noche... Pero aquí,
Más que yo, dice el silencio.

ANA. ¡Pluguiera á Dios, las disculpas
Que yo desa noche tengo,
Pudiera significarte!
Pero puedo, si no puedo,
Con decir que soy quien soy.

JUAN. ¡Ojalá bastara eso!

ANA. Si bastara, si me amaras.

JUAN. Porque te amo, no te creo.

ANA. Pues ves aquí que en mi casa
Anoche un hombre encubierto
Estaba, que allí se entró...

JUAN. Di.

ANA. De la justicia huyendo.
Y en efecto, enternecido
A mi llanto ó á su esfuerzo,
Se fué. Y si le vieras tú
Salir de mi casa, es cierto
Que pagara yo la pena
De la culpa que no tengo.

JUAN. No hiciera, cuando aquel hombre
Fuera un hombre como Arceo,
Que es el que anoche en tu casa
Escondido y encubierto
Le tuvo Doña Lucía.

LUCIA. (*Ap.*) ¡Por Dios, que me ven el juego!

ANA. ¿Qué dices?

JUAN. Lo que es verdad.

ANA. ¿Hay tan grande atrevimiento?

JUAN. Pero siendo un hombre noble
El que entonces quedó muerto,
Y abriendo con llave, ¿no
Entraba?... Pero no quiero
Pronunciarlo, por no ser
Víbora yo de mi aliento.
Quédate á Dios, que te guarde,
Doña Ana, para otro dueño;
Que son muchos desengaños
Para un hombre que va huyendo.
(*Ap.* Por esperar á Don Luis
Solo me voy y me quedo.) (*Vase.*)

ANA. ¡Tente, espera, escucha, aguarda!
¿Quién crêrá mis sentimientos?

ESCENA XXI.

DON HIPÓLITO, *y tras él* DOÑA CLARA, *siguiéndole.*—DOÑA ANA, DOÑA LUCÍA.

HIP. (*A D.ª Ana.*) No pude hallar á Don Luis
En todo el Parque...

CLARA. (*Ap.*) Yo vuelvo
Tras Don Hipólito, á ver
En qué paran sus enredos.

LUCIA. (*Ap.*) ¿Que hubiese tan mala lengua?

HIP. (*A Doña Ana.*) Pero, vive Dios, que es cierto,
Clara, que te conocí
Desde el instante primero.

ANA. No hicisteis, porque si hubiérais
Conocídome, sospecho
Que no os debiera mi honor,
Don Hipólito, estos riesgos.
Advertid que hablais conmigo.
(*Descúbrese.*)

HIP. (*Ap.*) ¿Qué tramoya es esta, cielos?

CLARA. No hablaba sino conmigo,
Como vos dijisteis, puedo
Decir yo; que yo tambien
Quien hable conmigo tengo.
(*Descúbrese.*)

HIP. (*Ap.*) ¡Vive Dios, que me han cogido
Por hambre las dos enmedio!

ANA. Pues aunque vos me imitais
A mí, imitaros no puedo
Yo á vos; que no he de dejaros
Sin averiguar primero
Un engaño con los dos.

LUCIA. (*Ap.*) ¿Que haya en el mundo parleros?

HIP. Pues ¿qué esperais?

ANA. Un testigo
Que ha de oirlo y ha de verlo...
Y él viene ya; que esta sola
Piedad al cielo le debo.

ESCENA XXII.

DON PEDRO, DON JUAN, ARCEO.—DICHOS.

PEDRO. No habeis de ir desa suerte,
Ya que en el Parque os encuentro,
Despues que toda la noche
Os busqué.

JUAN. Mirad que tengo
Que hacer, y me va el honor.

PEDRO. Oid á Doña Ana primero.

ARCEO. ¿Qué hay, Lucía? (*Ap. á ella.*)

LUCIA. Parlerías.
Ya todo se sabe, Arceo.

ANA. ¡Gracias á Dios que llegais,
Don Juan, una vez á tiempo
Que mi verdad conozcais!—
Decid, Doña Clara, ¿es cierto
Que ayer fuisteis á mi casa,
De Don Hipólito huyendo,
Y que él creyó que yo fuí
La tapada?

CLARA. Sí, y queriendo
Cortesanamente hacerle
Una burla, escribí luego
Un papel en vuestro nombre,
Y en la casa de Don Pedro
Le fuí á ver, donde pasó
Lo que proseguirá el mesmo.

ANA. Con esto, Don Juan, he dado
Los desengaños que puedo.
El cielo en los otros hable,
Pues solo los sabe el cielo.

ESCENA XXIII.

DON LUIS.—DICHOS.

LUIS. ¡Señor Don Juan de Guzman!

PEDRO. (*Ap.*) Peor se va poniendo esto.

ARCEO. (*Ap.*) ¡Por Dios que le ha conocido
Don Luis, el primo del muerto!

HIP. (*A Don Luis.*) ¿Este es Don Juan de Guzman?
El no conocerle siento,
Para haber en vuestra ausencia
Hecho...

LUIS. Esperad, deteneos;
Que este duelo ha de vencer
La hidalguía, y no el acero.

JUAN. Pudiérades esperar
A verme solo en el puesto.

LUIS. Importa que haya testigos
Para lo que hacer intento.
A que fuese por espada,
Que se me quebró riñendo
Con vos, me disteis lugar:
Si tardo, disculpa tengo,
Pues por haberos escrito
Este papel, me detengo.
De la causa en que soy parte,
Este es el apartamiento;
Que si deudor de una vida
Érais mio, y noble y cuerdo
Me la disteis, contra vos
Derecho ninguno tengo.
Y si entonces no lo hice,
Fué porque allí, no teniendo
Espada, no presumiérais
Que os daba el perdon de miedo;
Y así os le entrego, Don Juan,
(*Le da un papel.*)
Cuando en la cinta la tengo.
«Ved, ahora sí os está bien

»Proseguir en nuestro duelo.
»Mas antes he de advertiros,
»Si es que á decirlo me atrevo,
»Que en aquel lance pasado
»La razon os dió mi pecho
»Y mi honor contra mi sangre.
»Porque, al temerario empeño
»De un hombre, que atenta osado,
»Sin reparar en el riesgo,
»Al sagrado de una dama,
»Y más cuando es caso cierto
»Que ella no le dió ocasion
»Para tanto atrevimiento,
»Quien á esa dama defiende
»Responde con el acero;
»Y vive Dios, que yo hiciera
»En vuestro lugar lo mesmo (a).»

JUAN. No solo me dais la vida,
Sino el honor; y pues viendo
Estais la dama que fué
La ocasion deste suceso,
Ella os pague con los brazos
Lo que con almas no puedo.

ANA. Pues con vuestras amistades
Todas las nuestras hacemos.

CLARA. No hacemos; porque si ya
No tengo quien me dé celos,
No tengo á quien quiera bien.

HIP. Pues ¿hay más de no quereros?

ANA. Arceo y Doña Lucía
Se casen luego al momento.

ARCEO. ¿Mas que nace el Anti-Cristo
De Lucías y de Arceos?

JUAN. *Mañanas de abril y mayo*
Dan fin: perdonad sus yerros.

(a) En las mejores ediciones se echan de menos aquí algunos versos, que aclaren por qué Don Juan dice á Don Luis que le ha devuelto el honor y la vida, y por qué se manifiesta satisfecho de Doña Ana. Nos hemos atrevido á llenar este vacío, y perdónenos la profanacion la sombra veneranda del Autor.



JORNADA SEGUNDA, ESCENA XXV.

DICHA Y DESDICHA DEL NOMBRE.

PERSONAS.

DON FÉLIX COLONA.
DON CÉSAR FARNESIO.
TRISTAN, CRIADO DE DON FÉLIX.
EL PRÍNCIPE DE URBINO.
FABIO, CRIADO DE DON CÉSAR.
SERAFINA, DAMA.
LIDORO, SU PADRE.
VIOLANTE, DAMA.

AURELIO, SU PADRE.
LISARDO.
NISE, CRIADA.
FLORA, CRIADA.
LIBIO.
MÚSICOS.
GENTE.=CRIADOS.

La escena es en Parma y en Milan.

JORNADA PRIMERA.

Lonja ó atrio del palacio ducal de Parma.

ESCENA PRIMERA.

DON CÉSAR, DON FÉLIX, TRISTAN.

FÉLIX. Alegre estais.

CÉSAR. ¿No quereis
Que lo esté, si hoy mis deseos
Llegan á su mejor fin?

FÉLIX. ¿De qué suerte?

CÉSAR. Estadme atento.
Ya sabeis (como quien es
Mi amigo tan verdadero
Que en cada cuerpo hay dos almas,
Si ya no un alma en dos cuerpos),
Ya sabeis cuántos disgustos,
Cuántas penas y desvelos,
Asistencias y cuidados,
Finezas, ansias y riesgos
Me cuesta el porfiado amor
De Violante, pretendiendo
Con lágrimas y suspiros,
Municiones de agua y viento,
Batir muros de diamante,

Romper montañas de acero,
Minas penetrar de piedra,
Y fosos vencer de fuego;
Siendo no el menor, Don Félix,
De todos mis sentimientos
La no olvidada desdicha
De la muerte de Laurencio
Su primo, á quien ya sabeis
Que con el fácil pretexto
De no sé qué tema, acaso,
En el campo cuerpo á cuerpo,
Celoso maté, porqué
Trataba su casamiento:
En cuyo trance, partido
Se vió entre los dos el duelo,
Dejando á los dos iguales
Dicha y desdicha; pues siendo
Laurencio el favorecido
Y yo el despreciado, atento
Con ambos el hado, quiso
Que quedásemos á un tiempo
Dichosos y desdichados;
Pues dejar era lo mesmo
A un aborrecido vivo,
Que á un favorecido muerto.
Ausentéme, pues, de Parma,
Sin que de la ausencia el ceño
Pudiese mirar en mi
Vencido el menor afecto.
Cuál debe de ser la dura
Prision mia os encarezco,
Pues aun gastarla no pudo
La sorda lima del tiempo.
Al cabo de algunos dias,
El Duque mi señor, viendo
Que no se mostraba parte
Nadie en la causa (respecto
De que Lisardo, un hermano
Del infelice Laurencio,
Que está desde niño al César
En Alemania sirviendo,
No ha querido por justicia
Declararse, y antes pienso
Que á más ilustre venganza
Aspiran sus ardimientos),
En fin, la causa sin parte,
El Duque pudo ser dueño
Del perdon: conque yo, Félix,
A Parma volví, trayendo
Mi amor y celos conmigo;
Pero ¿qué mucho, si es cierto
Que el olvido es tan cobarde
Que nunca riñe con riesgo?
Siempre ventajoso riñe;
Pues cuando embestir le vemos,
Es cuando está solo amor,
No cuando está amor con celos.
Hallé á Violante; si fué
Posible, más cruel, haciendo
De su ofensa nuevo agravio,
De mi amor nuevo desprecio.
Pero como no hay diamante,
Si á los ejemplares vuelvo
Pasados, acero no hay,
No hay piedra al fin, no hay incendio
Que no se rinda á partido
(Puesto que el diamante vemos
A la porfía del arte
Dócil, tratable el acero,
Cavada la piedra al agua,
Y el fuego apagado al viento);
Así Violante, trocando
Los rigurosos extremos
En extremos más piadosos,
(Milagros que amor ha hecho
Tantas veces cuantas vimos,
Si á la antigüedad creemos,
Orlar tablas y cadenas
Las paredes de su templo),
Hoy me ha escrito que mañana...

ESCENA II.

FABIO.—DICHOS.

FABIO. Señor....
CÉSAR. ¿Qué me quieres, necio?
FABIO. El Duque te está esperando,
Y me ha dicho que al momento
Que te halle diga que importa
Que vayas á verle presto.
CÉSAR. Mirad cuál es mi desdicha;
Que para decir tormentos,
Ansias y penalidades,
Tiempo me sobró; y en viendo
Que voy á decir venturas,
Dichas, gustos y contentos,
Me falta. Mas yo le haré.
Esperadme; que ya vuelvo.
(*Echa á andar.*)
FÉLIX. (*Acompañando á Don César.*)
Poco teneis que decirme,
Pues á bastante luz veo
Que Violante pagará
Vuestro amor; porque en efecto,
La deidad más ofendida
De verse adorada, es cierto
Que hácia la parte del alma
Nunca le pesa de serlo.
(*Vanse Don César y Fabio.*)

ESCENA III.

DON FÉLIX, TRISTAN.

TRIST. ¡Y cómo! Yo galanteaba
(Perdona que el galanteo
Ponga hoy en tan bajos paños)
Cierta mozuela del pueblo,
Tan pedregosa, que era
Ribazo de carne y hueso.
Y como yo, gloria á Dios,
Soy tan fácil como tierno,
Me cansé; y apenas ella
Echó mi asistencia menos,
Cuando me dijo: «Picaño,
Infame, vil y grosero,
Queredme, pues comenzásteis

A quererme, ó vive el cielo
Que os haga matar á palos;
Que aunque atrevimiento inmenso
Fué el quererme, el no quererme
Es mayor atrevimiento.»
FÉLIX. ¿Qué cosa habrá á que no saques,
Tristan, la frialdad de un cuento?
TRIST. Estaba un hidalgo un dia
Remendando sus gregüescos,
Y un amigo que entró á verle
Le preguntó: «¿Qué hay de nuevo?»
Y él le respondió «que el hilo.»
Yo así te digo lo mesmo;
Que si á vejeces de amor
Procuro echar un remiendo,
Lo que habrá de nuevo solo
Será el hilo de mis cuentos.

ESCENA IV.

DON CÉSAR.—DICHOS.

CÉSAR. ¿Habrá hombre más infelice
Que yo? ¡Ay, Don Félix! ¡qué presto
Se hace pesar un placer,
Se hace tristeza un contento!
Bien temia que me habia
De faltar al gusto el tiempo
Que á la pena me sobraba.
FÉLIX. Pues bien, ¿qué ha habido? qué es eso?
Decidme, ¿traeis disgusto?
CÉSAR. Y tal, que no pudo el cielo
Ofrecérmele mayor;
Pues cuando os iba diciendo
Que Violante, reducida
A la fé de mis deseos,
Hoy me ha escrito que mañana,
Que sale á un cercano pueblo
Adonde tiene la hacienda
Su padre, fiará al silencio
De la noche el darme entrada
En sus jardines, me veo
De la esperanza tan cerca
Y de la dicha tan lejos,
Que no es posible lograrla;
Porque se ponen en medio
Montes de dificultades.
FÉLIX. ¿Tan presto, César?
CÉSAR. Tan presto.
¡Feliz vos que no servis
Ni amais! Y si quereis verlo,
El Duque ha sabido...
FÉLIX. ¿Qué?
CÉSAR. Que ha llegado de secreto...
FÉLIX. ¿Quién?
CÉSAR. A Milan el de Urbino,
Que viene, segun entiendo,
De Alemania, general
De las armas del imperio
Contra esguizaros; y como
Es tan su amigo y su deudo,
A darle la bienvenida
Y norabuena del puesto
Me envia con esta carta,
Con órden de que al momento
Salga de Parma. ¡Mirad
En qué confusion me veo!
Pues si no parto, Don Félix,
La gracia del Duque pierdo;
Y si parto, la ocasion
Que há mil siglos que deseo.
Demás que podrá Violante
Persuadirse á que pretendo
Yo aquesta ausencia, en venganza
De sus pasados desprecios;
Y teniendo por desaire
Lo que es fuerza, será cierto
Que aborrecimiento, que
Favor mi fineza ha hecho,
Vuelva otra vez mi desdicha
A hacerle aborrecimiento.
FÉLIX. No sé qué os diga, si no es
Que hasta mañana secreto
Esteis aquí; que las postas
Podrán suplir ese tiempo.
CÉSAR. No podrán, porque me manda
Que las tome desde luego,
Y en jornada de seis dias,
Dos es fuerza echarse menos.
FÉLIX. Pues avisarlo á Violante
Con mil rendidos extremos.
CÉSAR. Eso es medio á la disculpa,
Mas no á la pérdida medio;
Pues de la ausencia del padre
Mañana la ocasion pierdo.
FÉLIX. ¿Qué dice la carta?
CÉSAR. ¿Qué
Ha de decir? Cumplimientos
Ordinarios.
FÉLIX. ¿Nómbranos?
CÉSAR. Sí,
Como es costumbre, diciendo:
«César Farnesio, mi primo,
Va en mi nombre,» porque aquesto
Es estilo, para que
Se sepa allá el cumplimiento
Que se debe á la persona
Que va.
FÉLIX. ¿No dice más que eso?
CÉSAR. No.
FÉLIX. A vos, ¿conóccos Urbino?
CÉSAR. Nunca me vió, ni sospecho
Que haya en su casa persona
Que me conozca, respecto
Que ha tantos años que está
En Alemania sirviendo.
FÉLIX. Pues si vos os atreveis
A una cosa, yo me ofrezco,
Ya que en cuanto á conocerme
A mí me pasa lo mesmo,
A hacer esa diligencia:
Con que quedándós secreto,
Podreis lograr vuestro amor;
Pues consiste todo en esto,
(Sin que ni al Duque ni á Urbino
Se les haga agravio en ello,
Pues logra uno su visita
Y otro hace su cumplimiento):

En llegar, dar una carta,
Traer respuesta, y venir presto.
CÉSAR. Cuando no fuera tan fácil,
Yo estoy de suerte, que pienso
Que aun lo más dificultoso
Aventurara.
TRIST. Yo creo
Que diera un medio mejor
Para todo.
FÉLIX. Calla, necio.
CÉSAR. En fin, ¿haceis la fineza
Por mí?
FÉLIX. No soy yo de aquellos
Que dan el consejo, para
No ejecutar el consejo.
Yo con vuestro nombre iré.
CÉSAR. Mil veces los piés...
FÉLIX. Teneos;
Que, entre amigos, desairado
Está el agradecimiento.
CÉSAR. Sola una dificultad
Resta ahora.
FÉLIX. ¿Qué es?
CÉSAR. Yo tengo
De cobrar de Aurelio, padre
De Violante, unos dineros,
Que para ayuda de costa
Me ha librado el Duque, haciendo
Así mejor la deshecha
De que es verdad que me ausento:
Con que no me esperará
Mañana Violante.
FÉLIX. A eso
Hay escribirle un papel.
CÉSAR. No hay; que la ocasion que tengo
De escribir yo, una criada
Es que viene á verme; y creo
Que con pensar que me voy,
No me buscará tan presto.
FÉLIX. Ahí entra bien la libranza;
Pues con ella un criado vuestro
Podrá á entrambas diligencias
Ir á su casa sin riesgo.
CÉSAR. ¿Cómo sin riesgo á su casa?
Desde el infeliz suceso
De su sobrino, aunque está
De mi amor y de mis celos
Desimaginado, no
De su venganza; y sospecho,
Si ve en ella criado mio,
Que antes que sepa el efecto
A que va, ha de hacer con él
Alguna accion.
FÉLIX. Buen remedio.
Vaya Tristan, que sabrá,
Sagaz, advertido y cuerdo,
Desmentir ambas sospechas.
TRIST. No sabré.
FÉLIX. ¿Qué temes?
TRIST. Temo
Que sospechas tan honradas
Me maten si las desmiento.
CÉSAR. Si vas de mi parte, á mi
Será el desaire.
TRIST. Eso es bueno
Para quien sabe que, un dia,
Mal perfumado un portero
Llegó á su corregidor,
En altas voces diciendo:
«Una moza de servicio
Antes de hora mostró el serlo,
Y al tiempo que estaba yo
La denunciacion haciendo,
Otra moza sobre mí
Hizo el desacato mesmo;
Y estando yo, como estaba,
Mandatos de usté escribiendo,
Esto no se ha hecho conmigo,
Sino con usted.» Severo
El corregidor entonces
Le dijo: «Pues, majadero,
¿Quién os mete en sentir vos
Lo que conmigo se ha hecho?»
—Conque si me dan con algo,
Cuando venga medio muerto,
Habiéndose hecho contigo,
Podras tú decir lo mesmo.
FÉLIX. No te canses; que has de ir
Con el papel ahora, y luego
Conmigo á Milan.
TRIST. Contigo,
Vaya; que deso me huelgo
Cuanto me pesa de esotro.
CÉSAR. ¿Por qué, Tristan?
TRIST. Porque siendo,
Como son, Carnestolendas,
Que es tan festejado tiempo
En Milan, me pienso holgar
Como un padre.
FÉLIX. Vamos presto,
Y prevendremos las postas,
Mientras estais escribiendo
Y lleva el papel Tristan.
CÉSAR. Y más que ahora tenemos
Buena ocasion.
FÉLIX. ¿Cómo?
CÉSAR. Como
Sale de su casa Aurelio;
Y no estando en ella, da
El esperarle más medios
Para el papel.

ESCENA V.

AURELIO, *leyendo una carta.*—DICHOS.

FÉLIX. Divertido
Viene una carta leyendo.
CÉSAR. Mejor es que no nos vea.
Ven; que allá decirte pienso
A qué criada has de dar
El papel.
(*Quédase Tristan mirando á Aurelio.*)
FÉLIX. ¿Qué esperas, necio?
TRIST. Déjame.
FÉLIX. ¿Qué haces?
TRIST. Estoy
Tanteando la fuerza al viejo,
Para ver qué tantos palos
Podrá darme de un aliento.
(*Vanse Don César, Don Félix y Tristan.*)

ESCENA VI.

AURELIO.

(*Lee.*) «Tio y señor mio: yo he llega-
»do á esta corte de Milan, encubriendo
»nombre y patria, en servicio del prin-
»cipe de Urbino; y aunque deseo llegar
»á mi casa, no me atrevo á parecer en
»ella hasta vengar la muerte de mi her-
»mano; y pues á todos toca esta desdi-
»cha, avisadme si está en Parma Don
»César Farnesio...»
Honrada resolucion
Es la de Lisardo; pero,
¿Qué mucho si es sangre mia?
¿Qué he de hacer? que aunque mi pecho
Volcan cubierto es de nieve
Que esconde las llamas dentro,
Y le suena esta venganza
Bien al rencor que yo tengo,
Me disuena por la parte
De la prudencia que debo
Tener, porque ya en mi edad
Es razon que valga menos
El rencor que la cordura,
Y el enojo que el consejo.
Si á Lisardo mi sobrino
A esta venganza no aliento,
No cumplo con mi valor;
Y si para ella le esfuerzo,
Con mi obligacion no cumplo;
Que haré mal si en tanto empeño,
Perdido un sobrino, doy
Calor, con que el otro pierdo.
Con el que murió pensaba
Casar á Violante; y siendo
El heredero Lisardo
De su casa y de mi intento,
Aventurarle al enojo
Del Duque, que criado y deudo
Quiere á César, es volver
Atrás mi primer deseo,
Pues ha de perder la patria.
¿Qué he de hacer (¡válgame el cielo!)
Para que cuerdo y honrado
Cumpla con ambos afectos?
Ahora bien: á responderle
Otra vez en casa entro;
Que no me faltará estilo
Con que entretener suspenso
El fin, hasta que yo tome
Resolucion; y á este efecto,
Otra y mil veces la carta
De mi sobrino á lér vuelvo.
(*Lee.*) «Avisadme si está en Parma Don
»César Farnesio, para que pongais vos
»las espías y yo la ejecucion para bus-
»carle; y cuando respondais, diga el so-
»brescrito: *A Celio, en casa del princi-*
»pe de Urbino.» (*Vase.*)

Sala en casa de Aurelio.

ESCENA VII.

VIOLANTE, NISE; *despues*, AURELIO.

NISE. En casa se ha vuelto á entrar,
Unos papeles leyendo,
Mi señor.
VIOL. ¡Oh qué cobarde
Es, Nise, el atrevimiento,
Pues cuando se arroja más,
Es cuando se anima menos!
Desde que escribí á Don César,
Dándome á partido al ruego
De tanto rendido amor,
De mi misma sombra tiemblo.
Desde hoy acá me parece...
NISE. ¿Qué?
VIOL. Que es de cristal mi pecho,
Y que puede ver mi padre
Lo que hace el corazon dentro.—
(*Sale Aurelio.*)
¡Señor!
AUR. Violante...
VIOL. ¿Qué traes?
Que sobre volver tan presto,
Me da qué pensar el verte
Tan confuso y tan suspenso.
AUR. Nada: al salir me dió un propio
Una carta; y porque luego
Es preciso que se vuelva,
A responder á ella vengo;
Y así... Mas, ¿quién hasta aquí
Se entra?

ESCENA VIII.

TRISTAN.—DICHOS.

TRIST. (*Ap.*) Pues que sé que el viejo
No está en casa, me he de entrar
Hasta el último aposento
Buscando á Nise, que es
A quien despachado vengo.
AUR. ¿A quién, hidalgo, buscais?
TRIST. (*Ap.* Volvióse azar el encuentro.)
A vos.
AUR. ¿A mí?
TRIST. A vos.
AUR. ¿No habia
Puertas á que llamar?
TRIST. Tengo,
Segun soy de mal cristiano,
Muy tibios los llamamientos.
AUR. Y en fin, ¿qué me quereis?
TRIST. Daros
Este papel.
AUR. ¿Cuyo es?
TRIST. Vuestro,

Pues que viene para vos.
AUR. Bachiller sois.
TRIST. Aun no tengo
El grado, bien que los cursos
Ya me sobran para serlo.
AUR. ¿Quién es vuestro amo?
TRIST. Don Félix:
Y usted tenga entendido esto,
Porque importa á la maraña.
Don Félix, á decir vuelvo
Una y cuatrocientas veces.
AUR. No soy amigo de cuentos.
TRIST. Yo sí, y muchísimo.
AUR. Dice:
(*Lee.*) «Aurelio, mi tesorero:
»De los maravedís que
»Pararen en poder vuestro,
»Dad á César...»—¿Cómo, si es
De César el libramiento,
Félix á vos os envia?
TRIST. Porque ha de haber el dinero
Félix, por deberle César
No sé qué partida dello.
AUR. (*Lee.*) «Quinientos escudos que
»Le libro para el efecto
»De la jornada que hoy hace
»De órden mia.»
VIOL. (*Ap. á la criada.*)
¿Oyes aquello,
Nise? Don César se ausenta.
Sin duda (¡valedme, cielos!)
No quiso más que vengar
Mis desprecios con desprecios.
(*Hace señas Tristan con un papel.*)
TRIST. (*Ap. á ella.*) Nise...
NISE. (*Ap. á su ama.*) Con un papel hace
Seña el criado. (*Vela Aurelio.*)
AUR. ¿Qué es eso?
TRIST. Nada.
AUR. ¿Qué papel es ese?
TRIST. Estos son otros quinientos;
Mas vienen en otra finca.
AUR. ¿Dónde César va?
TRIST. (*Ap.* Al infierno
Debe de ser.) ¿Qué sé yo?
AUR. Esperad aquí. (*Ap.* Que á precio
De no verle algunos dias,
He de despacharle. ¡Cielos!
¿Si ha sabido que Lisardo
Está en Milan, y por eso
Le ausenta el Duque de aquí?) (*Vase.*)

ESCENA IX.

VIOLANTE, NISE, TRISTAN.

VIOL. No sé cómo no revienta
De cólera. ¡A mi desaires
César! Quien en tanto tiempo
No volvió al desden la espalda,
¿La vuelve al favor?
TRIST. Pues puedo
Hablar, escucha y sabrás
Que, aunque ves que á cobrar vengo,
Más vengo á pagar, señora,
La obligacion de un deseo.
César con este papel
Me envia.
NISE. Tómale, y sea presto;
Que vuelve á salir mi amo.
VIOL. De pensar si le vió tiemblo.

ESCENA X.

AURELIO.—DICHOS.

AUR. Tomad, y id con Dios.
TRIST. Él guarde
Tu vida siglos eternos;
Y advierte que es la primera
Cosa aquesta que no cuento.
(*Ap.* Yo voy mejor despachado
Que pensé, pues por lo menos
Dado el papel dejo, y voy
Sin palos y con dinero.) (*Vase.*)

ESCENA XI.

AURELIO, VIOLANTE, NISE.

VIOL. (*Ap. á ella.*) ¿Si veria el papel, Nise?
NISE. No, pues no hace sentimiento.
AUR. Hija, yo me voy mañana,
Como sabes, á ese pueblo...
VIOL. (*Ap.*) Albricias, alma; que nada
Entendió, pues habla desto.
AUR. Que está la hacienda perdida
Sin los ojos de su dueño:
Y así, lo que has de hacer es
Darme un papel que en el pecho
Ahora guardaste.
VIOL. ¡Yo
Papel, señor!
NISE. (*Ap.*) Malo es esto.
AUR. Espera; que tú tampoco
Te has de ir. Dame el papel presto;
Que si dejé ir al criado,
Viéndole dar, fué que cuerdo
No quise que mi venganza
Empezase por lo menos,
Ni enviar el ruido fuera,
Quedando el agravio dentro;
Y así callé hasta informarme,
A costa del sufrimiento.
Dame el papel.
VIOL. Yo... si... cuando...
AUR. ¡Oh qué cansados extremos,
Pudiendo tomarle yo! (*Quitasele.*)
Éntrate ahora allá dentro;
Que no quiero que irritada
La cólera, que no quiero
Que apurada la paciencia
Me cieguen, sin que primero
Me informe, ingrata, del daño
Antes que aplique el remedio.
Quitatema de delante.
VIOL. (*Ap.*) Dadme vuestro amparo, cielos;

Que aunque quiera disculparme,
Razon ni razones tengo. (*Vase.*)

ESCENA XII.

AURELIO, NISE.

AUR. Vete tú tambien.
NISE. Sí haré.
AUR. No por ahí, sino allá dentro.
Mas dime antes, porque á ciegas
No corran mis sentimientos:
De Félix siendo el criado
Y de César el dinero,
¿Cuyo es el papel?
NISE. (*Ap.*) Si digo
Que es de César...
AUR. Habla.
NISE. (*Ap.* Siendo,
Como es su enemigo mi amo,
Será añadir yerro á yerro.)
No sé; pero de César no es.
AUR. Harto me has dicho con eso.
(*Vase Nise.*)

ESCENA XIII.

AURELIO.

¿Quién crêrá ¡ay de mi infelice!
Que de abrir un papel tiemblo?
(*Lee.*) «No hay, mi bien, inconveniente
»Que me prive de no veros.»
¡Qué dignamente ¡ay de mi
Otra y mil veces! se hicieron
De yil materia el papel,
Y la tinta de veneno (*a*).
(*Lee.*) «Y así, tened entendido
»Que atropellando los riesgos
»Que se me ponen delante,
»Mañana estaré, en saliendo
»Vuestro padre, en los jardines
»Que decís. Guárdeos el cielo.»
¡Qué es lo que miro! ¿Don Félix
Tiene tanto atrevimiento,
Que al sagrado de mi honor
Pone tan indignos medios,
Como tomar el achaque
De enviar por el dinero
Del otro traidor su amigo?
Porque sin duda lo cierto
Dijo Nise, y el criado,
Que «á Félix sirvo» diciendo,
Seña hizo con que entendiese
Venir de su parte. ¡Cielos!
¿Qué he de hacer? porque querer
Que yo en semejante empeño
Me olvide de lo ofendido
Y me acuerde de lo cuerdo,
Es querer quitarme todo
El uso del sentimiento:
Fuera de que es destruir
La esperanza que yo tengo
De casarla con su primo.
¡Bueno es, cuando más pretendo
Que otro no se vengue, darme
A mí ocasion para hacerlo!
Pues siendo así que no es
Posible que haya consejo
Que no atropelle la ira,
En vengarme me resuelvo
De dos traidores amigos,
Que vida y honor me han muerto.
A Lisardo escribiré
Mate á César, y lo mesmo
Haré de Don Félix yo,
Pues tan buena ocasion tengo
Para matarle y dejar
El homicidio encubierto;
Pues con cerrar este cuarto (*Cierra.*)
Dejando á esta ingrata dentro,
Sin que hasta mañana pueda
Dar aviso, será cierto
Que él vendrá sobre seguro,
Y yo podré con secreto,
Matándole en mis jardines,
Llevarle donde... Mas esto
Mejor lo dirá la fama,
Cuando en láminas de acero
Deje mi venganza escrita
En los anales del tiempo. (*Vase.*)

(*a*) Aun hay entre la gente poco ilustrada quien crea que esto es verdad: las personas instruidas saben que, al menos en nuestro tiempo, no se hace la tinta de veneno, y que la materia toda es una; de manera que tan noble es la de que se hace el papel, como la de que se compone el cuerpo del hombre; tanto que lo que hoy es trapo viejo, y luego un papel, mañana será parte de la tierra y de la atmósfera, y mas tarde, parte de un animal ó de nuestro propio cuerpo.

Sala de la casa de Lidoro en Milan.

ESCENA XIV.

MÚSICA; *y luego* SERAFINA, Y FLORA.

(*Ruido dentro de máscaras, música é instrumentos.*)
MÚSICA. (*Dentro.*) *Vaya de baile*
De música y fiesta;
Que todos son locos
En Carnestolendas.
(*Salen Serafina y Flora.*)
SERAF. Cierra esa ventana, Flora,
Y tú, ni otra criada mia
Se ponga á la celosía.
FLORA. Déjame por Dios, señora,
Solo llegar á ver esta
Máscara que va pasando
Hácia palacio, cantando...
ELLA, (*bailando;* Y MÚSICA, *dentro.*)
Vaya de baile, etc.
SERAF. Darme pesar no pretendas,
Pues ves que deso me ofendo.
FLORA. ¿No miras que va diciendo?...
ELLA, Y MÚSICA, (*dentro.*) *Que todos son locos*
En Carnestolendas.

SERAF. Por eso quiero yo ser
Cuerda.
FLORA. ¿Es posible que dia
De tan comun alegría,
Ni has de ser vista ni ver?
SERAF. Si inconveniente no hubiera
En ver y ser vista, no
Peino tantas canas yo
Que alegrarme no pudiera
Con los disfraces y juegos
Que hoy festejan á Milan;
Y más ahora, que dan
Las luminarias y fuegos
Con la noche, más belleza
A las danzas y más ser
A las músicas.
FLORA. Saber
Quisiera, si no es tristeza,
Qué inconveniente hay, señora.
SERAF. Aunque tú le sabes, no
Le quieres saber, y yo
Quiero decírtelo ahora.
En mi calle un caballero,
Que á Milan estos dias vino
Con el príncipe de Urbino,
De máscara está; y no quiero
Que habiéndose declarado
Conmigo, presuma que
Es favor que yo me esté
A la reja; que me enfado
De ver su necia porfía.
FLORA. Quizá es otro que, vestido
De disfraz, le ha parecido.
SERAF. ¿Cómo puede ser?
FLORA. Servia
En palacio un extranjero
Conde; y cuando el sol faltaba,
Se iba á acostar y dejaba
Un esclavo en el terrero
Con su capa de color
Y plumas. La dama, un dia
Que nevaba y que llovia,
Le quiso hacer un favor.
La reja abrió, y en falsete,
«Idos, Conde,» pronunció;
A que el moro respondió:
«No estar Conde, estar Hamete.»
—Y así, puede ser, señora,
Que al que la máscara esconde
Sea Hamete y no sea Conde.
SERAF. ¿A todo su cuento, Flora?
FLORA. Ya es mal viejo.
SERAF. En fin, dejara
Por él aun fiestas mayores.
FLORA. Bien lo dicen los rigores
Con que él lo llora.
SERAF. Repara
Que no quiero que en tu vida
Me encarezcas su pasion.
FLORA. Pues va otra conversacion.
Si el mirarle allí ofendida
Te tiene, yo te daré
Medio con que sin que seas
Vista dél ni de otro, veas
Toda la fiesta.
SERAF. ¿Cuál fué?
FLORA. Aqueste. Muy bien, señora,
Sabes que en Carnestolendas,
Las señoras de más prendas
Se disfrazan. Pues si ahora
Te disfrazases tú, á fin
De que sin ser vista vieses,
A cuyo efecto salieses
Por la puerta del jardin,
Presumo que no seria
Mal modo de castigalle,
Dejándotele en la calle,
Gozar lo que resta al dia.
Mira: un capote, un sombrero,
Una hacha, una mascarilla,
Mezclándote á la cuadrilla
De cualquier disfraz primero,
Lo hace todo.
SERAF. ¿Y si viniese
Mi padre en tanto?
FLORA. No hará;
Que como es Justicia, va
Por todas las calles: y ese
Aun no es escrúpulo; pues
Con dejar dicho que vas
Con alguna amiga, estás
Disculpada.
SERAF. Cosa es
Que hiciera de buena gana;
Pero no sé si me atreva.
FLORA. Burlar á un necio te mueva.
Ven y verás cuán galana
Te pongo. Apuesto, si sales,
Que á todas mil bigas das,
Pues con tu talle no más,
Más que todas juntas vales.
SERAF. No, Flora, me persüadas
Por la vanidad; que creo
Que más que tú lo deseo.
FLORA. Manos á labor.
SERAF. Criadas,
Si por vosotras no fuera,
Más de un yerro...
FLORA. No es de aquí
La moraleja. ¿Has de ir?
SERAF. Sí;
Que es triste cosa que quiera
Dese necio la porfía,
Que á tantos extremos pasa,
Tenerme dentro de casa
Encerrada todo el dia.
Ven á vestirme.
FLORA. ¡Qué airosa
Ponerte, señora, espero! (*Vase Serafina.*)
¿Criada no dijo? Pues quiero
Parecerlo en otra cosa.—
(*Abre una ventana.*)
¡Ce, señor Celio!

ESCENA XV.

LISARDO, *en la calle.*—FLORA.

LIS. ¿Quién llama?
FLORA. Quien es serviros su fin.
Por la puerta del jardin
Va disfrazada mi ama:
Y como acaso llegueis,
Sin daros por entendido
De que la habeis conocido,
Hablar con ella podreis.
Chiton, y adios.
LIS. Tarde creo,
Flora, que he de agradecer
Tu fineza, pues á ver
Llego el fin de mi deseo
En la nueva que me das. (*Vanse.*)

Calle.

ESCENA XVI.

LISARDO Y LIBIO, *disfrazados y con mascarillas.*

LIBIO. ¿El fin de tu deseo?
LIS. Sí,
Pues no parará en que aquí
Pueda hablarle, porque á más
Se ha de atrever mi osadía.
LIBIO. Pues ¿qué pretendes hacer?
LIS. Que se acabe de perder
De una vez la suerte mia.
Ya sabes que yo he venido
A dar, Libio, muerte á un hombre,
De quien solamente el nombre
Hasta ahora he conocido.
A mi tio le escribí
Que dél aviso me diera,
Porque buscarle pudiera,
Más seguro; y siendo así
Que solo estoy esperando
Respuesta (en cuyo intermedio
Sin aguardar más remedio
Que morir, estoy amando
El imposible mayor
Que se vió en deidad humana,
Cuya ingratitud tirana
Desprecios hace á mi amor),
Entre uno y otro pesar,
Quiero á entrambos acudir;
Que no es despique el morir
Para quien viene á matar.
Yo me tengo de volver
A Alemania el mismo dia
Que halle la venganza mia
Su fin: pues si he de perder
A Italia, y de cualquier modo
Soy hombre restado, ya
Bien lograr mi amor será,
Y que me pierda por todo.
Y así, en tanto que yo, á fin
De no perder la ocasion
Que da amor á mi pasion,
Tomo la vuelta al jardin,
Lo que tú has de hacer...
(*Ruido dentro.*)

ESCENA XVII.

GENTE, *en traje de loco,* MÚSICOS.—DICHOS.

UNO. Aquí
El baile prosiga, pues
Casa del Justicia es.
LIS. Pero vente ahora tras mí.
No te detengas; que allá
Lo que has de hacer te diré:
No salga en tanto.
LIBIO. No sé
Qué te diga.
LIS. Nada ya;
Que sobre resolucion
No hay consejo; y no es posible
Que este divino imposible
Me dé mejor ocasion.
¿Cuándo tengo yo de hallar
Noche, disfraz, bulla y ruido,
Que parece que han venido
A darme tiempo y lugar,
Cuando no me den ventura?
No, no hay qué decirme. Vamos.
(*Vanse él y Libio.*)
UNO. Aquí el baile prosigamos;
Que hoy todo ha de ser locura.
MÚSICA. *Vaya de baile,* etc. (*Bailan.*)

ESCENA XVIII.

SERAFINA Y FLORA, *vestidas de máscara.*—GENTE, MÚSICA.

SERAF. Por mal agüero he tenido
Que el primer baile que vea,
Flora, el de los locos sea.
FLORA. Antes yo pienso que ha sido
A propósito buscado,
Pues entrar en él podremos,
Sin miedo de que le erremos,
Pues que ya viene ensayado.
TODOS. *Vaya de baile,* etc. (*Bailan.*)
UNOS. Ea, á otra parte á bailar. (*Vanse.*)
SERAF. Deja esa cuadrilla, Flora.

ESCENA XIX.

LISARDO.—SERAFINA, FLORA.

LIS. Máscara, esperad; que ahora
Conmigo habeis de danzar.
SERAF. (*Ap.*) ¡Hay más extraño pesar!
FLORA. (*Ap. á Serafina.*) ¿Que huir dél no nos [bastó?
SERAF. ¿Si me ha conocido?
FLORA. No
Esa sospecha te inquiete.
SERAF. ¿Pues qué es esto?

FLORA. Ser Hamete
El que en la calle quedó.
LIS. No la espalda me volvais
Sin responder, pues sabeis
Cuando de máscara os veis,
La obligacion en que estais.
SERAF. Vos sois el que la ignorais;
Que aunque es verdad que ha tenido
Quien de máscara ha venido,
A quien de máscara va,
Licencia de hablar, no está
En estilo recibido,
A quien no responde, hacer
Fuerza; y así (¡qué pesar!)
Aunque vos podais hablar,
Puedo yo no responder.
LIS. A mí me basta saber
Que hablar puedo.
SERAF. ¿No será
Locura, á quien sorda está?
LIS. Y locura de no pocos.
SERAF. Pues la danza de los locos
Por esotra parte va,
Id tras ella, si sois della.
LIS. Sí lo soy; pero en seguir...
FLORA. (*Ap.*) ¡Más qué se ha de descubrir!
LIS. La locura de mi estrella,
Tras una sirena bella.
SERAF. Pues conmigo serán dos:
Y así, máscara, id con Dios;
Que hablar de otra es grosería.
LIS. No es, si de su tiranía
Pretendo vengarme en vos.
SERAF. Pudiera á ese desatino
Responder, que quien procura
Estar falso con la cura,
No está con el dolor fino.
Pero hacerlo no imagino,
Por no oiros. Id con Dios.
LIS. Yo he de seguir á las dos;
Que me ha dado un no sé qué
De vislumbre...
SERAF. (*Ap.* Hablar no sé.)
¿De qué? Decid.
LIS. De que vos...

ESCENA XX.

LIBIO Y OTROS DE MÁSCARA, *que vuelven cantando y bailando.*—DICHOS.

MÚSICA. *Vos, vos, vos, señora, vos,*
Vos me vengareis de vos.
LIS. De que sola habeis podido
Vos aliviar mi cuidado;
Y aun ese baile imitado
Parece que de mí ha sido
A propósito traido;
Pues cuando de un ciego dios
Me estoy quejando á las dos,
Y en vos vengarme pretendo,
Os va en mi nombre diciendo...
ÉL Y MÚSICA. *Vos me vengareis de vos.*
SERAF. Mirad que si pertinaz
Me quereis reconocer
O seguir, será romper
Los seguros del disfraz.
Y así, máscara, id en paz;
No me obligueis á que pida
Favor, de vos ofendida;
Porque todos cuantos van
Disfrazados, tomarán
La defensa de mi vida;
Porque á todos juntos toca
La violencia de cualquiera.
(*Llegan Libio y otros.*)
LIS. (*Ap. á él.*) ¿Libio?
LIBIO. Sí.
LIS. ¿De qué manera
El enojo que os provoca
Podrá, con cordura poca,
De mí libraros?
SERAF. Así,—
Máscaras, ese hombre aquí,
Que me siga embarazad.
LIS. Máscaras, de aquí llevad
Esa mujer.
(*Los enmascarados se apoderan de Serafina.*)
SERAF. ¡Ay de mí!
¡Traicion!
LIBIO. Las voces deten.
LIS. Llevadla donde he mandado.
FLORA. (*Ap.*) ¿No habrá algun desesperado,
Que á mí me robe tambien?
SERAF. Primero...
LIS. Conmigo ven.
SERAF. Pedazos me habeis de hacer.
FLORA. (*Ap.*) Muy fea debo de ser,
Pues nadie hay que me apetezca.
SERAF. ¡Cielos! ¿no hay quien favorezca
A una infelice mujer?

ESCENA XXI.

DON FÉLIX, TRISTAN.—DICHOS.

FÉLIX. (*Dentro.*) ¿Mujer infelice dijo,
Y que ninguno la ampara?
Deja la posta, Tristan.
TRIST. (*Dentro.*) Déjeme ella á mí.
LIS. ¿Qué aguardas,
Libio? A la quinta con ella.
SER. ¿No hay quien socorra, quien valga
A una mujer infelice?
(*Salen Don Félix y Tristan.*)
FÉLIX. Sí: que decir mujer basta,
Cuando infeliz no dijeras.
LIS. Hidalgo, si cuatro balas
No quereis que de otra suerte
Os lo pidan, las espaldas
Volved.
FÉLIX. No sabré, aunque quiera.
LIS. Pues si un paso más, á causa
De seguirnos, dais, no tiene
Vuestra vida más distancia,
Que de una boca que pide
Hay á otra boca que mata.

TRIST. (*Ap.*) ¿Mas qué va que este y las postas
A un mismo tiempo disparan?
FÉLIX. Ya me empeñé, y el temor
Nunca mi pecho acobarda.
Tira, y mira no me yerres.
TRIST. A mí sí.
LIS. Vuestra arrogancia
(*Dispara, y no da lumbre.*)
Castigaré... Mas la lumbre
Me faltó.
TRIST. ¿De qué te espantas,
Si á mí me faltan las postas,
Que á tí te faltan las balas?
(*Pónense las damas detrás de Don Félix y Tristan.*)
FÉLIX. Ahora vereis si castigo
A quien mujeres agravia.
FLORA. (*A Tristan.*) ¿De dónde nos vino este
Don Quijote de la Mancha?
TRIST. De la Peña Pobre, donde
De Beltenébros estaba
Haciendo la penitencia,
Y yo soy su Sancho Panza. (*Acuchillanse.*)

ESCENA XXII.

GENTE, LIDORO.—DICHOS.

UNOS. (*Dentro.*) Sacad luces á la rejas;
Que en la calle hay cuchilladas.
(*Sale gente con hachas, máscaras é instrumentos; y despues, Lidoro..*)
OTROS. Fuera, ténganse. ¿Qué es esto?
SERAF. (*Ap.*) ¡Quién vió confusiones tantas!
LID. ¡Favor al Rey!
FLORA. En tal caso
Dicen que dijo una dama:
«Llévenle esta cinta verde.»
SERAF. (*Ap.*) ¡Mi padre! solo faltaba
Este trance á mi desdicha.
LIS. (*Ap. á Libio.*) El Justicia es.
LIBIO. (*Ap.*) Pues ¿qué aguardas?
Huyamos, no nos conozca.
LIS. ¡Mal haya, ay de mí, mal haya
Tan mal lograda ocasion,
Tan mal perdida esperanza!
(*Vanse él y Libio.*)

ESCENA XXIII.

DON FÉLIX, LIDORO, SERAFINA, FLORA, TRISTAN; GENTE, MÚSICA.

LID. Dáos á prision vos y esas
Mujeres, que han sido causa,
Segun se mira, de que
Vuestro atrevimiento haya
Traidoramente sacado
Con un máscara la espada;
Siendo así que ellos, en fé
Del seguro, van sin armas.
TRIST. Si no es dos ó tres pistolas
Cada uno.
SERAF. (*Ap.*) ¡Ay desdichada!
(*Ap. á Don Félix.* Caballero, si el honor
Os debo hasta aquí, ahora falta
Que os deba tambien la vida,
Que en gran peligro se halla
Si me conoce...)
FÉLIX. En oyendo
Que soy un hombre que acaba
De llegar ahora á Milan,
Disculpareis mi ignorancia.
TRIST. Y tan ahora, que las postas
Se van sobre su palabra.
FÉLIX. Ni aquestas damas conozco,
Ni sé quién son: el librarlas
De una violencia empeñó
Mi valor.
LID. Eso no basta
Para que á vos y á ellas deje.
FÉLIX. A mí poco importa ó nada:
Yo iré con vos; pero á ellas,
Señor, no habeis de llevarlas.
LID. ¿Cómo podreis impedirlo?
FÉLIX. Desta suerte.—Pon las damas
(*A Tristan.*)
En salvo; que yo me quedo—
A guardaros las espaldas. (*A Serafina.*)
SERAF. (*Ap.*) No sé si podré; que torpe
Muevo un monte en cada planta.
FLORA. Ven; que para huir, señora,
A nadie el ánimo falta. (*Vanse las dos.*)
TRIST. Si encontrárades dos postas,
Decidles que no se vayan.
FELIX. No ha de seguirlas ninguno,
Si primero no me matan.
LID. Muera este atrevido.
TODOS. Muera. (*Riñen.*)
FELIX. Ya que ellas de aquí se alargan...
TRIST. Lo mismo hicieron las postas.
FELIX. Asegurar las espaldas,
Tristan, procuremos deste
Umbral.

ESCENA XXIV.

EL PRÍNCIPE DE URBINO; CRIADOS *con hachas*; LISARDO, *por otra parte sin disfraz.*—DON FÉLIX, TRISTAN, LÍDORO, GENTE.

PRÍN. (*Dentro.*) Esas luces baja. (*Sale.*)
Pues ¿qué atrevimiento es este?
¿Dentro, señor, de mi casa
Se sigue á nadie, aunque sea
Delincuente?
LIS. (*Ap.* El cielo haga
Que, quitado el disfraz, pueda
Desmentir sospechas tantas
Como hay contra mí.) Señor,
¿Qué es esto? Pues ¿cómo?...
PRÍN. Aguarda.
LID. Señor príncipe de Urbino,
Ninguno más que yo trata
Serviros; pero tal vez
Los accidentes arrastran
La razon. Este hombre ha hecho
Temeridad tan extraña

Como romper el seguro
Que la fé pública guarda
A los máscaras, con pocos
Ejemplares de que haya
Alguno que para ellos
Sacase jamás la espada;
Y esto por una mujer,
Que más el delito agrava,
Pues da á entender que el haberla
Conocido disfrazada
Le empeñó; siendo sin duda
Que debe de ser su dama,
Segun el riesgo á que puso
La vida para librarla.
Llegó hasta el umbral, y como
La cólera no repara
Fácilmente, no previno
La inmunidad que le ampara.
Perdonad, y pues llegó
A él, su sagrado le valga.

FELIX. Esperad; que pues mi dicha
Fué llegar á tales plantas,
Quiero que de mi inocencia
La verdad os satisfaga,
Y no quedar delincuente
Si me viéredes mañana.
Ni aquella dama conozco,
Ni sé cuál era la causa
Que afligida la tenia
De quien traidor intentaba,
Usando mal del disfraz,
A lo que se vió, robarla.
Empeñáronme sus quejas
Primero, despues sus ansias,
Porque su honor y su vida
Me dijo que peligraba
En ser conocida. Desto
Sea satisfaccion clara
Ser forastero y venir
A vos con aquesta carta,
Que os informará mejor.

TRIST. Y si ella, señor, no basta,
Lo dirán mejor dos postas
Que por ahí descarriadas
Van de máscara tambien.

PRÍN. ¿Cuya es?

FÉLIX. Del duque de Parma.

PRÍN. Pues ya que los cumplimientos
Del recibirla embaraza
El lance, tengo de lèrla
En público, porque salga
Vuestra verdad más airosa.
Llegad esa luz: no haya
Espacio que me dilate
Una dicha con dos causas.
(*Lee.*) «Primo y señor mio: por no
»Hallarme ventura tanta
»(Como es para mí teneros
»En los estados de Italia)
»Con salud, no voy yo mismo
»Allá en persona á lograrla,
»Y á daros la bienvenida
«Y parabien de las armas;
»Y así Don César Farnesio,...»

LIS. ¡Qué escucho?

LID. (*Ap.*) ¡Ventura rara!

PRÍN. «Mi deudo y mi secretario...»

LID. (*Ap.*) ¡Qué buena nueva!

LIS. (*Ap.*) ¡Qué ansia!

PRÍN. «Va en mi nombre á visitaros,
»Porque de más cerca traiga...»

LID. (*Ap.*) ¿Este es César á quien yo
Tengo obligaciones tantas?

PRÍN. «Las nuevas que yo deseo
»De vos y de vuestra casa.»

LIS. (*Ap.*) ¿Este es César y quien dió
Muerte á mi hermano? ¡Qué rabia!

PRÍN. «Dios os guarde. Vuestro primo
»Y amigo.—El duque de Parma.»

LID. (*Ap.*) ¡Cuánto el verle estimo!

LIS. (*Ap.*) ¡Cuánto
El verle me sobresalta!

PRÍN. No solo le debo al Duque
Finezas, sino que añada,
Siendo vos, señor Don César,
El que me traeis la carta,
A lo principal de tanto
Favor, tan gran circunstancia.

FÉLIX. La mayor para mí es
Merecer besar tus plantas.

PRÍN. Cansado vendreis, y más
Cuando por fin de jornada
Os esperó una pendencia,
Que más que las postas cansa.

TRIST. Y más la mia, que á trueco
De no verla, angosta y larga,
Me huelgo que se haya ido
Con toda mi ropa blanca.

PRÍN. Id á descansar.—Haced, (*A Lisardo.*)
Celio, que le dén posada
Cerca de la mia á Don César.

LIS. (*Ap.* ¡Esto solo me faltaba!
Mandarme que yo le sirva.
¡Muy bien le está á mi venganza!)
Venid; que en mi casa misma
Estareis.

LID. Detente, aguarda;
Que no ha de ir contigo César.

LIS. (*Ap.* ¡Ay de mí! ¿Si es que algo alcanza
A saber?) ¿Por qué no?

LID. Porque
Si merezco dicha tanta,
Permitir habeis que yo
El aposento le haga;
Que quiero desenojarle,
Y que sepa que en mi casa
Hay, señor, quien le recibe
Con mil vidas y mil almas.
Porque, aunque no me conoce,
Ni nunca le ví la cara,
Por el nombre y las noticias
Tengo obligaciones hartas
De servirle, porque fuimos
Su padre y yo camaradas,
A quien en una ocasion
Le debí honor, vida y fama,
Y quiero reconocerla,
Ya que no puedo pagarla.

PRÍN. ¿Cómo puedo yo á quien debo
Agasajar con mil raras
Finezas de amor, quitar,
Lidoro, ventura tanta
Como el hospedaje vuestro,
Pues solo con él llegara
A desempeñarme yo?

FÉLIX. Ignoro con qué palabras
Responder deba á esas honras,
Si las del callar no bastan.

PRÍN. Yo responderé á mi primo.
Id con Dios; hasta mañana.

FÉLIX. Que sea presto, solamente
Os suplico; que hago falta
Allá al servicio del Duque.

PRÍN. Mal hiciera si os dejara
Volver luego; que Milan
Estos dias es estancia
Muy para los forasteros;
Si ya no es que no os agradan
Sus festejos por los sustos.—
Alumbrad con esas hachas
A Don César y á Lidoro
Hasta quedar en su casa. (*Vase.*)

ESCENA XXV.

DON FELIX, LIDORO, LISARDO, TRISTAN, CRIADOS.

LID. Venid, señor César.

LIS. (*Ap.*) ¡Cielos!
¿Qué es esto que por mí pasa?
Quien dió la muerte á mi hermano
Es el mismo que embaraza
La accion de mi amor, y el mismo
Que va á ser huésped (¡qué rabia!)
De Serafina. ¡Qué pena!
Mas ¿qué me turba (¡qué ansia!)
Uno ni otro, si á las manos
Me ha venido la venganza? (*Vase.*)

TRIST. Mientras vamos á lograr,
Señor, ventura tan alta,
¿No será bien discurrir,
Porque otro no lo haga,
Qué se habrán hecho las postas?

FÉLIX. ¿Qué quieres, necio, que se hayan
Hecho? El mozo las habrá
Recogido.

TRIST. Que no haya
Recogido las maletas
Es el caso.

LID. Yo mañana
Haré que parezcan.

FÉLIX. Es
Un loco, señor. (*Vanse.*)

Zaguan de casa de Lidoro.

ESCENA XXVI.

LIDORO, DON FÉLIX, TRISTAN, CRIADOS; *despues*, SERAFINA Y FLORA.

LID. (*A Don Félix.*) Mi casa
Es esta, ya desde hoy vuestra.—
(*Llamando.*)
Flora, aquí unas luces saca.
Desde aquí podeis volveros;
(*A los criados.*)
Que ya de mi cuarto bajan.
(*Sale Serafina, y Flora con luz, y vanse los criados.*)

SERAF. Señor, seas bien venido;
Que me has tenido asustada,
Oyendo que en nuestra calle
Habia habido cuchilladas,
Y que tú estabas en ellas.
Mas ¿quién es quien te acompaña?
Que inadvertida, creyendo
Venias solo...

LID. Oye, aguarda,
Sabrás que el pasado susto
Tan en dicha nuestra pára,
Como merecer un huésped,
Que viene á honrar nuestra casa
Por obligaciones que
Mi honor en mi pecho guarda,
Y es Don César, á quien hizo
El socorro de una dama
Empeñar, sin conocerla,
Pidiendo que la amparara,
Para no ser conocida
De esposo ó padre que agravia.

SERAF. Ahora digo yo que hay
Mujeres ocasionadas.
¡Miren por cuánto pudiera
Suceder una desgracia!
Vos seais muy bien venido,
Donde con vida y con alma
Procuren serviros; bien
Que habreis de suplir las faltas.

TRIST. (*Ap.*)Ese más parece fin
De loa que de jornada.

FÉLIX. Dicha la desdicha ha sido
Para mí, pues no llegara
A merecerla, si no
Se equivocasen entrambas.

SERAF. (*Ap á ella.*) ¿Qué dices, Flora, de ser
Mi huésped el que me ampara?

FLORA. ¡Oh qué cuento te dijera,
Si no temiera ser larga!

FÉLIX. (*Ap. á él.*) ¿Viste, Tristan, en tu vida
Más peregrina, más rara
Hermosura?

TRIST. Muchas veces;
Y un cuento lo declarara,
Si fuera ocasion.

LID. Haz, Flora,
Que aquese cuarto se abra.—
Venid conmigo, porqué

Reconozcais vuestra estancia,
Pobre y corta; pero en fin,
En voluntad rica y ancha.
¡Oh lo que hemos de hablar de
Vuestro padre que Dios haya!
TRIST. Dará muy buena razon (*Vase Lidoro.*)
De todo.

ESCENA XXVII.

DICHOS, *menos* LIDORO.

TRIST. (*Ap. á Don Félix.* Pero ¿qué aguardas,
Que no le sigues?)
FÉLIX. No sé
Que mayor fuerza me arrastra
Hácia otra parte.
SERAF. Ven, Flora.
FLORA. (*Ap. á su ama.*) ¿Qué llevas?
SERAF. No llevo nada,
Sino que de aquel pasado
Susto aun no está libre el alma.
FLORA. ¡Jesús, y con la pereza
Que entrambos mueven las plantas!
TRIST. Si asi lo hicieran las postas,
Fácil fuera el alcanzarlas.
SERAF. ¿Por qué no os vais, caballero,
Donde mi padre os aguarda?
FÉLIX. Porque espero que os vais vos,
Por no volveros la espalda.
SERAF. Segura con vos la tengo.
FÉLIX. Y todo bien lo declara
La dicha de mi desdicha.
SERAF. Pues crèd... mas no creais nada.
Id con Dios.
FÉLIX. Quedad con Dios.
LOS DOS. (*Ap.*) ¡Qué venturosa desgracia!

JORNADA SEGUNDA.

Habitacion de Don Félix en casa de Lidoro.

ESCENA PRIMERA.

DON FÉLIX, *vistiéndose;* TRISTAN.

TRIST. Ahora digo que no hay cosa
Como ser otro cualquiera
Que un hombre pueda ser, como
El mismo que él es no sea.
FÉLIX. ¿Por qué lo dices?
TRIST. Porqué
Siempre la aventura ajena
O es mayor, ó lo parece,
Que la propria: esto se prueba
Con que siendo Félix tú
En buen romance, no llegas
Nunca á serlo en buen latin,
Sino un dia que eres César.
¡Qué cuarto, qué galerias,
Qué colgaduras, qué telas,
Qué escaparates, qué espejos,
Qué escritorios, qué alacenas,
Qué ropa blanca, qué cama,
Qué aparadores, qué mesas,
Qué viandas, qué vajillas,
Qué cantimploras, qué cenas,
Y sobre todo, qué vino!
FÉLIX. ¡Ay, Tristan, que yo entre aquesas
Delicias del hospedaje,
Solo ví una hermosa fiera,
Que vista y no vista mata!
TRIST. Mi posta, señor, es esa:
El verla me mató antes,
Y ahora me mata el no verla.
FÉLIX. ¿Que no se pueda contigo
Hablar un rato de véras?
TRIST. Criaba una dueña una enana,
Y un dia...
FÉLIX. Deten la lengua,
Y en tu vida no me cuentes
Cuento, ó vive Dios, si llegas
A contármele, que tengo
De romperte la cabeza.
TRIST. ¿No ha de haber más cuentos?
FÉLIX. No.
TRIST. Pues, señor, hagamos cuenta.
FÉLIX. ¡Qué loco estás!—Pero escucha...
(*Llaman dentro.*)
¿Dónde llaman?
TRIST. A esa puerta,
Que deste cuarto á otra calle
Sale.
FÉLIX. ¿Quién puede por ella
Buscarme á mí?
TRIST. No será
A ti.
FÉLIX. Responde que vengan
Por esotra parte.
TRIST. ¿No es
Mejor que abra y quién es sepa?
FÉLIX. ¿Podrás?
TRIST. Sí; que está la llave
En la cerradura puesta.
FÉLIX. Pues abre y mira quién es.
(*Vase Tristan.*)
¡Ay infeliz! ¿quién creyera
Que podia ser verdad
Aquella comun sentencia
De decir, que amor usaba
Antes del arco y las flechas,
Porque la pólvora aun no
Habia ostentado su fuerza;
Pero que después... (*Vuelve Tristan.*)
TRIST. Albricias.
FÉLIX. ¿Qué habrá de que yo las deba?
TRIST. Ser, hecho y derecho, andante
Caballero de novela.
De máscara una mujer
Disfrazada y encubierta
(Que desde anoche fiambre
Debió de dejar la fiesta
Para almorzar), y trayendo
No sé qué en una bandeja,
Por ti pregunta.
FÉLIX. ¿Por mí?

Pues ¿quién hay que en Milan pueda
Saber mi nombre?
TRIST. No dijo
Por Félix, sino por César.
FÉLIX. Lo mismo es para dudarlo.
Pero, en fin, quien fuere sea.
Di que entre.
TRIST. Ya ella se toma,
Sin dársela, la licencia.

ESCENA II.

FLORA, *de máscara, con un azafate.*—DICHOS.

FLORA. (*Ap.*) ¡Plegue á Dios que esta tramoya,
Que mi ama hacer intenta,
No se venga abajo, y demos
Con todo el ángel en tierra?
FÉLIX. ¿A quién, señora, buscais?
(*Todo lo que él dice en los versos, hace ella por señas.*)
¿A mí?—¿El sí decis por señas?
¿Pues no sabeis hablar?—¿No?
TRIST. ¡Ay que no sabe hablar! esta
Máscara acoto, señor.
FÉLIX. ¿Qué mandais?—¿Que tome y lea
(*Da Flora un papel á Don Félix.*)
Y calle? Oid, esperad.
¿No habeis de llevar respuesta?—
¿No? Pues aunque esto sea burla,
Uso quizá desta tierra
Permitido los dias que
Duran las Carnestolendas,
Pagarla quiero: tomad.
(*Vale á dar una sortija, y ella no la toma.*)
TRIST. ¡Cielos! ¿qué mujer es esta,
Que calla, que da y no toma?
Mas, señor, Lidoro entra.
FÉLIX. Porque no os halle aquí, os dejo
Ir.
TRIS. Por Dios, que he de ir tras ella;
Que callar y dar no es
Lance para que se pierda.—
(*Hace señas Flora.*)
¿Que no os siga, porque habrá
Quien me rompa la cabeza...
(*Da Flora otro papel á Tristan.*)
Y que tome, que lea y calle?
¡Para mí tambien hay letra!
¿De cuándo acá los picaños
De motes usan? ¿No echas
De ver que esto de los motes
Es para damas montesas
Y galanes montesinos? (*Vase Flora.*)
Volvió la espalda y la puerta.
FÉLIX. Disimula; que después
Veremos qué burla es esta.

ESCENA III.

LIDORO.—DON FÉLIX, TRISTAN.

LID. ¿Cómo habeis, César, pasado
La noche?
FÉLIX. ¿Cómo pudiera,
Señor, la ventura mia,
Sino como en casa vuestra?
LID. Por eso, César, no debe
De haber sido (es cosa cierta)
Bien; pues de mal hospedado
Es no pequeña evidencia
Estar tan presto vestido.
FÉLIX. Antes en eso se prueba
Ser tan bueno el hospedaje,
Que es bien que nada del pierda;
Porque es desairar la dicha
Querer que un dichoso duerma.
LID. ¡Qué cortesano! Mas no
Es para mí cosa nueva
Serlo un hijo de tal padre,
Que era la cortesía misma,
La misma galantería.
¡Oh lo que hiciera, si os viera
Tan airoso y tan galan!
Dios en su gloria le tenga,
Que yo perdí un buen amigo.
FÉLIX. Esa es mi mejor herencia
Y que más debo estimar.
LID. Acuérdome que á las guerras
De Borgoña fuimos juntos,
Y á fé que en una refriega,
Si por él no fuera, yo
Hecho pedázos muriera
A manos del enemigo.
¡Oh lo que un viejo se huelga,
Cuando de sus mocedades
El pasado tiempo acuerda!—(*a*)
¿Qué se hizo vuestro tio?
TRIST. (*Ap.*) Aquí es adonde le pesca.
FÉLIX. ¿Por cuál preguntais? (*Ap.* ¿Qué haré?
Que aunque amigo soy de César,
A un amigo no le toca
Saber estas menudencias.)
LID. Don Alejandro Farnesio.
TRIST. (*Ap.*) Dios ponga tiento en tu lengua.
FÉLIX. Tambien murió...
TRIST. (*Ap.*) Eso es echar
Por el atajo.
FÉLIX. En la guerra.
LID. Pues ¿fué á la guerra Alejandro?
¿A qué propósito? ¿No era
Letrado en Parma?
FÉLIX. Al Piamonte
Pasó auditor.
TRIST. (*Ap.*) Bien lo enmienda.
LID. Mi señora doña Laura,
Su mujer...
TRIST. Es abadesa.
LID. ¿En qué convento?
TRIST. En Uclés.
FÉLIX. Este es, señor, una bestia:
Dirá dos mil desatinos.
Mi tia Doña Laura queda
Con salud en Parma.
TRIST. Yo
Lo dije, porque paciencia
No tengo para que hableis

(*a*) En otras ediciones: «El pasado *siglo* acuerda.»

En tales impertinencias,
Cuando era mejor tratar
De que las postas parezcan;
Porque de color vestido,
Ya que hoy aquí te quedas,
Al Príncipe á ver no vayas.

LID. Yo enviaré á saber dellas.
Decidme...

ESCENA IV.

UN CRIADO.—DICHOS.

CRIADO. (*A Lidoro.*) El Gobernador
Envía que á toda priesa
Vayas á verle; que importa
Hacer una diligencia,
En razon de un delincuente
Que es preciso que hoy se prenda.

LID. No crêreis lo que este cargo
Trae tras sí de impertinencias.
Perdonadme que no os deje
El coche; y por vida vuestra,
Pues temprano es, no salgais
Hasta que yo por vos vuelva.
(*Vase, y con él el criado.*)

ESCENA V.

DON FÉLIX, TRISTAN.

TRIST. Si ha de ser á preguntarnos,
Mas que en su vida no venga.
¡Cuál te tuvo!

FÉLIX. Lo peor es
Que en pié la duda se queda
Para otra vez.

TRIST. Y otras mil.
Pero volvamos á nuestra
Aventura. ¿Qué será
Lo que la máscara deja?

FÉLIX. Leamos primero el papel. (*Abrele.*)
Todo en dos versos se encierra.
(*Lee.*) «Ahí va esa ayuda de costa
»Mientras parece la posta.»
Bien digo yo que esto es burla.
Mira qué hay en la bandeja.
(*Tristan levanta la tohalla.*)

TRIST. Guantes, pañuelos, pastillas
Y alguna ropa.

FÉLIX. Oyo, espera;
Que tambien hay una caja... (*Abrela.*)
Y una joya dentro della
De diamantes.

TRIST. ¿De diamantes?
Mas que las postas se pierdan,
Bien digo yo que no hay cosa
Como ser otro. ¡Qué diera
César por haber venido!

FÉLIX. Bien está con su amor César.
¿Quién será la que esto envía?

TRIST. ¿Quién quieres, señor, que sea
Quien calla, no toma y da,
Sino algun ángel que intenta,
De máscara disfrazado
Orillas de la cuaresma,
Enseñar á las mujeres
Tres virtudes tan excelsas,
Callar, dar y no tomar?

FÉLIX. Sin duda, Tristan, aquella
Que socorrí, agradecida
Me quiere pagar la deuda.

TRIST. ¿Cómo habia de saber,
Yendo tan turbada y ciega,
Dónde te habia de hallar,
El nombre, el cuarto y la puerta?

FÉLIX. ¿Qué sé yo?

TRIST. Ni yo tampoco.
Pero no discurras: deja...

FÉLIX. ¿Qué?

TRIST. Que lo que fuere vaya,
Y lo que viniere venga;
Que ello dirá.

FÉLIX. Quita esto
De aquí, porque no lo vea
Alguien de casa.

TRIST. Primero
Será bien, señor, que sepa
Qué me toca desto á mí.

FÉLIX. ¿A tí?

TRIST. ¡Esa es muy linda flema!
Pues yo ¿no perdí mi posta
Tambien, y tambien boleta
Aquí no tengo?

FÉLIX. ¿Qué dice?

TRIST. Tente; que yo sabré lèrla.
(*Lee.*) «Si no oís, veis y callais
»De vuestro amo los regalos,
»Serán para vos cien palos.»

FÉLIX. Eso viene para tí.

TRIST. Pues ¡vive Dios!... ¿De una puerca
Mascarilla?... Si acá vuelve...
(*Dentro instrumentos.*)

FÉLIX. Oyo; que instrumentos suenan.

TRIST. ¿No digo yo que alojados
Estamos en una selva (*a*)?...

ESCENA VI.

MÚSICA, *dentro; despues,* FLORA.—DON FÉLIX, TRISTAN.

MÚSICA. (*Dentro.*) *Si acaso mis desvarios*
Llegaren á tus umbrales,
La lástima de ser males
Quite el horror de ser mios.

FÉLIX. Buena letra.

TRIST. Esta es la mala (*b*).

FÉLIX. Quita, que no sé quién entra,
Esto.

TRIST. A quien no dan no quita.
(*Sale Flora.*)

FLORA. (*Ap.* Viendo que va mi amo fuera,
Mi ama de espía perdida,

(*a*) En una selva *encantada*, iria á decir, ó cosa semejante, porque el tocar instrumentos más propio es de ciudad que de selva.

(*b*) La del papel que él ha leido, el de los cien palos. —*Notas del Sr. Hartzenbusch.*

Quiere que á conocer venga
El campo del enemigo,
Y á saber en qué sospecha
Le habrá puesto mi visita.
Ahora bien, va de deshecha.)
Quiero volverme; que aun hay
Todavía gente. (*Hace que se va.*)

FÉLIX. Detenla,
Tristan.

TRIST. Pues ¿por qué, madama,
Tan presto tomais la vuelta?

FLORA. Pensando que con mi amo
Habiades ido, quisiera
El cuarto aderezar; pero
Hallándôs en él, es fuerza
Volverme.

FÉLIX. ¿Con tanta prisa?

FLORA. Sí; que si mi ama entendiera
Que estando aquí me detuve,
No dudo que su impaciencia
Me matara.

FÉLIX. ¿Tan cruel
Es?

FLORA. Fué Anajarte con ella
Una niña de Loreto.

FÉLIX. Pues ya que el acaso deja
En la parte del error
Disculpada la licencia,
Decidme, ahora, ¿qué hace?

FLORA. Esa música pudiera
Deciros mejor que yo...

FÉLIX. ¿Qué?

FLORA. Que tocándose queda.

TRIST. Sí; que tocar y cantar
Siempre es una cosa mesma.

FÉLIX. ¡Oh á quién le fuera posible
Desde alguna parte verla!...

FLORA. ¿Tocarse? ¡Eso que no es nada!
¿No veis que de una belleza
Ese es caso reservado?—
¡Ay! mas ¿qué alhajas son estas
Y azafate? Esto no es
De casa. ¿Tan presto llegas
A tener quien te regale?
A mi ama diré que aprenda
Lo que ha de hacer.

FÉLIX. No le digas
Nada; que á fé que aunque quiera
Decirte quién allí lo trajo,
No lo sé.

FLORA. Cuando lo sepas,
¿A ella qué le importa?

FÉLIX. Nada.

FLORA. Pero ¿quién fué?

TRIST. Una embustera.

FLORA. Dios te honre.

TRIST. Una enredadora
Tan vil, que calla y da, y deja
De tomar lo que le dan.

FLORA. ¿Hay tan grandísima bestia?
¿Por dónde entró?

TRIST. Por esotra
Calle.

FLORA. Bien sabia la puerta.
¿Y no sabeis quién es?

FÉLIX. No.

FLORA. ¿Y quién presumes que sea?

FÉLIX. ¿Qué sé yo? Si no es la dama
Que me empeñó en su defensa...

TRIST. Yo lo sabré si ella vuelve.

FLORA. ¿Por qué estais tan mal con ella?

TRIST. Porque á mí me libra en palos
La parte de la pendencia.

FÉLIX. Deja aquese loco y dime:
¿Pudiera yo, Flora, verla?

FLORA. Mira: yo bien te avisara
Que, como acaso salieras
A ese jardin, y paseando,
Llegaras hasta una reja
Que tiene las celosías
De unos jazmines cubiertas,
Pudieras verla; mas no
Me atrevo.

TRIST. No, no te atrevas;
Que harás muy mal.

FÉLIX. El aviso
Te estimo. Perdona, y esta
Sortija supla la falta
Ahora de mejor prenda.

FLORA. (*Ap.* De dos la una, muy mal corre
Quien la sortija no lleva.)
No hay para qué. (*Tómala.*)

TRIST. No por cierto;
Mas porque lo haya...

FLORA. ¿Quisiera
Que fuéramos todas bobas?
(*Los instrumentos y el tono dentro á media voz.*)
Otra vez el tono empieza:
Con eso podrás mejor
Llegar.

FÉLIX. Tristan, aquí espera.
(*Ap.* Ciego vas para guiarme,
Amor: quítate la venda.) (*Vase.*)

ESCENA VII.

TRISTAN, FLORA; *al fin,* SERAFINA.

TRIST. ¿Oye usted, reina?

FLORA. Así, así.

TRIST. Pues yo hablaré así, así: entienda.
Un dia, un comisario á unos
Quintados pasaba muestra...

FLORA. ¿A mi cuento? No en mis dias:
Pagarámela en conciencia.

TRIST. Y díjole á su oficial
Que ojo á la márgen pusiera
A los viejos y impedidos,
Por no llevar gente enferma.
Pasó un tuerto y dijo: «A este
Poned ojo.» Oyóle apenas
Un cojo que le seguia,
Cuando dijo: «Pues ordenas
Que al tuerto le pongan ojo,
Haz que á mí me pongan pierna.»
Si al ciego amor de mi amo
Le das ojos con que vea,

Dale piés con que ande al mio,
Pues ves de qué pié cojea.

FLORA. Un vizcaino servia
A un cura, y en el aldea
Se llamaba el carnicero
David...

TRIST. (*Ap.*) Dióme con la mesma.

FLORA. Yendo á predicar, le dijo
Que al carnicero pidiera
Una asadura fiada.
Al volver con la respuesta,
Le halló predicando ya;
Y hablando de otros profetas
Preguntó: «David ¿qué dice?»
Y él dijo desde la puerta:
«Que juras á Dios, señor,
Que si dinero no llevas,
Que aunque eches el bof, no hay bofes.»
—Entienda uced ó no entienda:
Si quien no paga no come,
Quien no da, ni ande ni vea.

TRIST. Encorozada sacaron
Una vez á una hechicera,
Y después, para soltarla,
Le pusieron en la cuenta:
«Del papel de la coroza
Tanto; tanto para ella
Del engrudo; de pintarla
Tanto; tanto de coserla.»
Viendo lo que habia costado,
«Dénmela (dijo la vieja)
Para otra vez; que no están
Los tiempos para que pueda
Echar una vida honrada
Coroza cada dia nueva.»
—Si el tiempo está tal que sirve
Una coroza á dos fiestas,
Sirva á dos una sortija.
Entienda uced ó no entienda.

FLORA. Descalabró á su mujer
Un hombre, y mirando ella
Lo que la cura costaba,
Decia entre sí muy contenta:
«No me descalabrará
Otra vez.» Viéndola buena
El marido, con barbero
Y boticario hizo cuenta,
Y dió el dinero doblado.
«Mira, hijo, que te yerras,»
Dijo ella.—«No yerro, hija;
Que la mitad desto es desta
Descalabradura de hoy,
Y la otra mitad á cuenta
De la primera desca-
Labradura que se ofrezca,
Y es dar doblado el dinero
Santísima providencia.»

TRIST. Criaba una dueña una enana...

SERAF. (*Dentro.*) Flora...

FLORA. Mi ama llama: espera.

TRIST. ¿En qué quedamos?

FLORA. En que
Criaba á una enana una dueña.

TRIST. Pues adios, señora Flora,
Hasta que la enana crezca. (*Vase.*)

Habitacion de Serafina.

ESCENA VIII.

SERAFINA, *por una puerta*, Y DON FÉLIX, *por otra;* FLORA.

SERAF. Flora...

FLORA. (*Saliendo.*) Señora...

SERAF. Quién anda,
Mira, detrás desas rejas.

FÉLIX. (*Saliendo.*) Quien no negará el delito;
No tanto porque no pueda
Negarle hallándole en él,
Cuanto porque dél se precia,
Sin querer que la disculpa
Quite el mérito á la pena.

SERAF. Eso es hacer de una dos;
Que en licenciosas ofensas,
Suele ser el confesarlas
Aun más delito que hacerlas.

FÉLIX. Cuando el delito es tan noble
Que al que enoja lisonjea,
Hacerle para negarle
Más es miedo que vergüenza.

SERAF. Siempre el agravio es agravio
Por más airoso que sea,
Y hacerle para decirle
Será discrecion muy necia.

FELIX. Darme quiero por vencido,
No tanto porque no tenga
Razones, cuanto porqué
Quede la cuestion por vuestra.

SERAF. Eso es querer que el ingenio
La salida os agradezca,
Haciendo cortesanía
Lo que habia de ser fuerza.

FELIX. Pues ya que nada me vale,
Acaso salí á la esfera
Destos jardines: las voces
De sus hermosas sirenas
Tras sí hasta aquí me trajeron;
Y si aun no es disculpa esta,
La letra tiene la culpa.

SERAF. ¿Por qué?

FELIX. Por decir la letra:
Si acaso mis desvarios
Llegaren á tus umbrales,
La lástima de ser males
Quite el horror de ser mios.

SERAF. Pues ¿de qué manera, cuando
Ese su sentido sea,
Podrá vuestro atrevimiento
Disculpar?

FÉLIX. Desta manera.
Un acaso y un cuidado
Loco y cuerdo me han traido,
Loco donde os he ofendido,
Cuerdo donde os he mirado.
Bien uno y otro han dudado

Si hay en mí dos albedrios,
Al ver que á tales desvíos
Me acercan con piés inciertos
De cuidado mis aciertos,
Si acaso mis desvarios.
Sin dudar y sin temer
Llegué hasta aquí, por pensar
Que no se atreve á obligar
Quien no se atreve á ofender.
El modo de merecer
Bienes, es llorando males;
Y así no temo iras tales,
Aunque sordas tus orejas
Vea, siempre que mis quejas
Llegaren á tus umbrales.
Por maltratado no es bien
Que desconfie mi amor;
Que sobra el bien de un favor,
Bella Serafina, á quien
El mal ama de un desden:
Y así, el que hizo en penas tales
Males y bienes iguales,
Quitar sabrá á tus desdenes
Con la envidia de ser bienes
La lástima de ser males.
Si te ofende mi osadía,
Ella á tu belleza arguya,
Que antes fué la causa tuya
Que fuese la culpa mia.
Partida está la porfía
En nuestros dos albedrios;
Y si amor pios ó impios
Hace los efectos suyos,
La parte que hay de ser tuyos
Quite el horror de ser mios. (*Vase.*)

ESCENA IX.

SERAFINA, FLORA.

SERAF. Oid; que escuchar ofensas
De una voz... (*Ap.* ¡Ay infelice!
Miente la voz si lo dice,
Miente el alma si lo piensa.)
Es faltar en mí la inmensa
Estimacion singular
De ser quien soy. ¡Qué pesar!
Qué disgusto! Qué congoja!
(*Ap.* Mas ¡ay Dios! ¡qué mal se enoja
Quien no se quiere enojar!)

FLORA. ¿Por qué, señora, si estás
A César agradecida,
Te muestras tan ofendida
De su amor?

SERAF. Porque sabrás,
Flora, si es que atenta estás
A ver en mí á un tiempo ficles
Afectos é iras crueles,
Que es porque quiere el amor
Que haga hoy de agrado y rigor
En su farsa dos papeles.
El, sin saber á quién, dió
Favor; y así verá él bien
Que sin saber, Flora, quién,
Se lo agradezco; y pues no
Soy yo descubierta yo
Embozada, dividida
En dos mitades mi vida,
Me has de ver tan transformada,
Que vista, haré la enojada,
No vista, la agradecida.

FLORA. Está bien; mas si el rigor
De tí le hace olvidar, dí,
¿No tendrás celos de tí,
Cuando tu mismo favor
Le haga poner el amor
En la que no conjetura
Que eres tú?

SERAF. Eso se asegura
Con los disfraces que intento,
Pues dará el entendimiento
Los celos á la hermosura.
Cuando sepa quién soy, quiero
Dar la victoria á los ojos;
Cuando lo ignore, despojos
Del ingenio hacer espero
Los oidos: con que infiero
Que no sentiré que aquí
A mí me deje por mí.

FLORA. Una moma y sus amigas...

SERAF. Cuento en tu vida me digas.
Y ya que ha de ser así
Esta tarde quiero, Flora,
A la española vestida,
Por ser menos conocida,
Ir donde... Mas ¿quién ahora
Entra allí?

FLORA. Celio es, señora.

SERAF. No sé cómo en lance tal
Me porte; que estoy mortal,
Y conozco que tambien
No haré en declararme bien.

FLORA. Disimula.

SERAF. Podré mal.

ESCENA X.

LISARDO.—DICHAS.

SERAF. ¿A quién buscais, caballero?
(*Ap.* Mucho temo que los ojos
No descubran los enojos
Que en la voz esconder quiero.)

LIS. (*Ap.* Cobarde al mirarla muero;
Pero pues ella advertida
No se da por entendida,
Si puedo, fingir es bien.)
Vuestro huésped es á quien
Vengo á ver (*Ap.* ¡Ay de mi vida!);
Que el Príncipe, mi señor,
Me envia á que sepa dél.

SERAF. No es este su cuarto, aquel
Es su cuarto. (*Yéndose.*)

LIS. Cuerdo error
Fué el mio; y pues el rigor
Hoy no ocasiono, no os vais.
Ved que busco otro, y que estais
Segura de mi locura.

SERAF. Ya yo sé que estoy segura,
Puesto que sé á quién buscais.
LIS. Eso no entiendo.
SERAF. Ni yo;
Pero si el asegurarme
Es no venir á buscarme
A mí, sino á otro, no
Es muy difícil.
LIS. ¿Quién vió
Tal rigor? Pero aunque useis
Siempre dél, nunca hallareis
Vengada en vos mi porfía.
SERAF. ¿Cómo?
LIS. Como...
SERAF. ¿Qué?
LIS. Algun dia
Vos de vos me vengareis.
SERAF. Eso no entiendo yo, y dad
Mil gracias dello, porqué
Si lo entendiera, no sé
Si... Pero ¡qué necedad!
Y pues mi seguridad
Es buscar á otro, id con Dios;
Que no estamos bien los dos
Sin César á quien buscais;
Y este desden que en mí hallais,
Él me vengará de vos. (*Vase.*)

ESCENA XI.

LISARDO.—FLORA.

LIS. ¿Cuándo, Flora, este castigo
Será posible que venza
Mi amor?
FLORA. ¿No tienes vergüenza,
Aleve, falso, enemigo,
De ponerte á hablar conmigo?
LIS. ¿Tú tambien airada y fiera?
FLORA. Pues ¿con qué negra se hiciera,
Robando á su ama, dejarla
En la calle, sin robarla
Por cortesía siquiera? (*Vase.*)

ESCENA XII.

LISARDO.

«¡Que no estamos bien los dos
Sin César á quien buscais;
Y este desden que en mí hallais,
Él me vengará de vos!»
—En equívocos sentidos,
Por más que oculte la queja
Serafina, el corazon
Se ha deslizado á la lengua.
Casi ¡ay de mí! de cobarde
Me ha motejado con César
Mi enemigo. Aunque de paso,
Discurso, entremos en cuentas.
No aventurar mi venganza
Me hizo negar nombre y tierra:
Pues si ahora sobre seguro
Le doy muerte, será fuerza
Que cuando se sepa (pues
Es preciso que se sepa,
Porque yo para negarla
No me empeñara en hacerla),
A ser venga en Serafina
La presuncion evidencia.
¿No pudo decirlo acaso?
Sí; mas cuando acaso sea,
Los acasos de las damas
Más que imaginan arriesgan.
Ahora bien, honor, mudemos
De propósitos; prudencia,
Mejoremos de intencion;
Pues cuando nada le deba
Sino esto á Serafina,
Ya hay algo que le agradezca.
¡Vive Dios, que cuerpo á cuerpo,
Antes que quien soy se entienda,
Se ha de saber que soy quien
Sabrá!... Pero César llega.

ESCENA XIII.

DON FÉLIX.—LISARDO.

FÉLIX. ¿Mandais algo, caballero?
LIS. (*Ap.* ¡Qué mal se finge (*a*) una ofensa!)
El príncipe mi señor
Me manda que á saber venga
Cómo la noche pasásteis.
FÉLIX. Los piés beso á su Excelencia,
Y que yo iré desta honra
A llevarle la respuesta.
LIS. Quedad con Dios.
FÉLIX. Él os guarde.
LIS. (*Ap.*) Mi resolucion es esta.
Este ¿no es su cuarto? Pues...
—Pero dígalo ella misma. (*Vase.*)
FÉLIX. Raro modo de visita.

ESCENA XIV.

TRISTAN.—DON FÉLIX.

TRIST. ¡Señor, Señor!
FÉLIX. ¿Qué te alteras?
Qué ha sucedido? Qué traes?
TRIST. Traigo una nueva, tan nueva,
Que es lástima el estrenarla
Adonde no han de creerla.
A la puerta por tí está
Preguntando...
FÉLIX. ¿Quién?
TRIST. Don César.
FÉLIX. ¡César en Milan! ¿A qué
Propósito?
TRIST. No sé. Llega
Y reconócele tú;
Que yo, por venir apriesa,
No me detuve.
FÉLIX. Verdad
Dices: él es.
TRIST. ¡Buena hacienda

(*a*) Por «se disimula.»

Hemos hecho! Él ha sabido
Lo que en su nombre te huelgas,
Y viene á holgarse otro poco.
FÉLIX. Por mí pregunta, pues entra
Al cuarto, sin que le impida
Flora ni nadie la puerta.

ESCENA XV.

DON CÉSAR.—DON FÉLIX, TRISTAN.

CÉSAR. Don Félix, dadme los brazos.
FÉLIX. César, ¿qué venida es esta?
¿Supo el Duque que fingida
Habia sido vuestra ausencia,
Y mandó que vengais?
CÉSAR. No.
¡Pluguiera al cielo que fuera
Esa la causa!
FÉLIX. Pues ¿qué
Hay, que así á venir os mueva?
CÉSAR. ¿Estamos solos?
FÉLIX. Sí estamos;—
Pero ponte tú á la puerta,
Porque ninguno nos oiga.
TRIST. Pues ¿no soy yo de la audiencia?
FÉLIX. Despues lo sabrás. (*Vase Tristan.*)

ESCENA XVI.

DON FÉLIX, DON CÉSAR.

FÉLIX. Decid,
¿Qué ha sido esto?
CÉSAR. La más nueva,
La más cruel, más tirana,
Más rigurosa, más fiera
Traicion que en humano pecho
La ira de mujer engendra.
Violante, no agradecida
De mi amor á la fineza,
No de mi llanto obligada,
No movida de mis penas,
A sus jardines, Don Félix,
Me llamó; sino antes ciega,
En sus rigores constante
Y á sus venganzas atenta,
Para darme muerte en ellos,
Siendo el favor ó cautela
El áspid que entre las flores
Tenia la saña encubierta.
Pasó la noche que vos
Partísteis con la deshecha
De que era yo quien partia;
Pasó el dia de la ausencia,
Y llegó otra vez la noche
En que mi esperanza, muerta
A la luz de la lisonja,
No vió la de la tragedia.
Supo, teniendo en su calle
Todo el dia una espía puesta,
Que su padre habia partido;
Con cuyo seguro, apenas
Las tinieblas, más hermosas
Que el sol luce... (¡Oh cuán á ciegas
Vive un amante, pues tiene
Por hermosas las tinieblas!)
Cuando llegué á sus jardines,
Y haciendo en ellos la seña,
Vi que abrian (nunca más
Que entonces) su falsa puerta:
No sé quién al corazon
Le enseñó una oculta ciencia,
Que la sabe, sin saber
Cómo ni cuándo se aprenda.
Dígolo, porque al llegar
Al umbral, con mil violentas
Instancias, que yo entendia
Aun no queriendo entenderlas,
Me acobardaba: reñile
Entre mí, y haciendo dellas
Desprecio, un medio tomaron,
Que entre valor y sospecha,
Ni es sospecha ni es valor,
Sino una sola advertencia.
La vida el tenerla, Félix,
Me dió, pues de no tenerla,
No reparara en que torpe
La voz que me dijo: «Entra,»
No era la de la criada
Que yo esperaba que fuera.
Y así, cubriéndome el rostro
De una pequeña rodela,
«¿Quién eres?» le pregunté.
Y al verme entrar en sospecha,
Por no aventurarlo, una
Pistola dió la repuesta.
Lo que Dios quiere guardar,
Lo guarda sin que se sepa
Cómo ni por qué lo guarda:
Dígalo su providencia,
Pues no sin ella podia
Errarme desde tan cerca.
En la rodela las balas
Dieron; pero de manera
Que al soslayo desmentidas
Pasaron sin resistencia.
A este tiempo infame tropa,
Cargada de armas diversas,
Me embistió por rematar
Conmigo. Puesto en defensa,
Me fuí retirando hasta
El estrecho de la vuelta.
Al ruido de la pistola,
Al rumor de la pendencia,
Se alborotó todo el barrio
De suerte, que nos fué fuerza
A ellos y á mí retirarnos:
A ellos, porque no quisieran
Ser conocidos; y á mí
Por tomar á la hora mesma
Postas y salir de Parma.
Direis que ¿qué conveniencia
Tuve en salir tan aprisa?
Oid; que dejando en esta
Parte el rigor de una ingrata,
Que infamemente halagüeña,
Aun más que con los desprecios,

Con los favores se venga,
Diré el motivo que tuve,
Pues saberle vos es fuerza.
Ellos bien saben quién soy,
Claro es; pero aunque lo sepan,
No han de atreverse á decirlo,
Por no dejar manifiesta
Tan malograda venganza.
Y así, quise con presteza
Yo para con los demás
Desmentir el lance: fuera
De que pienso que aseguro
Al Duque, cuando algo entienda,
De que no fuí yo, probando
La coartada con mi ausencia;
Pues llevando de Milan
Más por extenso las señas,
Cuando á ellos no los desvelo,
Al Duque y á otros es fuerza;
Y por lo menos se hace
Duda, Félix, la que fuera,
Si acaso se traslucia
Que estaba en Parma, evidencia.
A este fin partí tras vos,
Presumiendo que pudiera
(Supuesto que corre más
Quien huye, que quien se ausenta),
Alcanzaros antes que
Hiciéseis la diligencia;
Pero informado ya en casa
Del Príncipe, que está hecha
Y vos hospedado aquí,
Vengo para daros cuenta
De todo: ved vos ahora
Qué haremos para que tenga
Tanto provenido daño,
Ya que no reparo, enmienda.

FÉLIX. Con atencion os he oido,
Teniendo el alma suspensa
Ver que en pecho de mujer
Tan no vista traicion quepa,
Como halagar con favores
Para matar con violencias.
Pero al fin, dejando aparte
Sus rencores (que hay quien dellas
Dijo que eran, enojadas,
Hidra sobre hidra puesta),
Voy á que habeis hecho bien
En venir; pues con la ausencia
Se desmiente en algo, cuando
En todo no se desmienta.
Lo malo que hay es que yo,
A causa de otra novela
No menos extraña, aunqué
Es más feliz, tengo hecha
La visita ya y la carta
Dada; y así, será fuerza
Que vcamos á Milan
Aquestas Carnestolendas
Que el Príncipe me detiene,
Vos Don Félix, yo Don César,
Hasta que juntos volvamos;
Pues cabe en la amistad nuestra
El que acompañándós vine;
Y una vez allá de vuelta,
¿Quién nos ha de averiguar
Si César ó Félix era
El que dió ó no dió la carta?

CÉSAR. Está bien; solo quisiera,
Si sobre tantos rigores,
Diese á mi discurso treguas
La memoria de una ingrata
(Que aun no acierto á aborrecerla),
Saber, supuesto que anoche
Llegásteis, segun mi cuenta,
¿Qué os movió á hacer la visita
Tan presto, y de qué manera
El Justicia os hospedó?

FELIX. Deciroslo todo es fuerza.
Oid; que á fé que no es mi historia
Menos rara que la vuestra.
Apenas llegué á Milan
Ayer, cuando llegué á penas,
Pues aun antes de dejar
Las postas...

ESCENA XVII.

TRISTAN; *y luego* LIDORO.—DICHOS.

TRIST. Lidoro entra.

FELIX. Después lo sabreis.

LID. (*Sale Lidoro.*) Tristan,
La hosteria de la Estrella
Tiene la ropa: id por ella;
Que en llegando, os la darán.

TRIST. ¡Y cómo que iré! que tengo
Allá mi hacienda, y aquí
No hay quien se duela de mí. (*Vase.*)

ESCENA XVIII.

DON FÉLIX, DON CÉSAR, LIDORO.

LID. Perdonad, César, si vengo
Tarde; que un negocio ha sido
Bien grave, por ser de honor,
Para el que el Gobernador
Me llamó, y él ha tenido
La culpa de no volver
Más presto. Y aun ahora no
Es muy despacio, pues yo
Traigo órden de prender,
Si á Milan revuelvo, á un hombre,
Que diera por hallarle hoy
Cuanto valgo y cuanto soy,
Y no le sé más que el nombre.

FELIX. (*A Don César.*)
Yo al Príncipe ir á ver quiero,
Y desde allí podreis vos
Iros: venid con los dos.

LID. ¿Quién es este caballero?

FELIX. Un amigo mio, señor,
Que hoy á un negocio ha venido
A Milan; y habiendo oido
Que aquí estoy, me ha hecho favor
De venirme á ver.—Llegad,
Don Félix.

LID. (*Ap.* ¡Qué es lo que oí!)
¿Don Félix se llama?

FELIX. Sí.

CÉSAR. Suplid á mi cortedad
El no besaros la mano,
Antes que en César tuviera
Tan buen padrino.

LID. (*Ap.* Aunque quiera
Excusarlo, será en vano.)
Vuestra gallarda persona
Crédito es de vuestra fama.
¿Don Félix de qué se llama,
César?

FELIX. Don Félix Colona.

LID. ¿Don Félix Colona?

FELIX. Sí.
¿De qué os habeis suspendido?

LID. Pésame de haberlo oido.

CÉSAR. ¿De oir mi nombre os pesa?

LID. Sí.
Porque aunque hoy os he buscado,
Cuanto antes de ahora hubiera
Dado por hallaros, diera
Ya por no haberos hallado.

CÉSAR. ¿Pues qué novedad, señor,
Os hace el nombre?

LID. No sé
Cómo os diga, César, que
Me va sér, vida y honor
En prenderle; y siendo así,
Siento hallarle, vive Dios,
Hoy en mi casa con vos.

FELIX. ¡Prender á Don Félix!

LID. Sí.

CÉSAR. ¡A mí! ¿por qué?

LID. No os hagais
De nuevas, pues vos sabeis
Mejor que yo si teneis
Causa ó no; pues que dejais
Escalada, entrando en ella,
La casa de un caballero,
Muerto á un anciano escudero,
Y robada una hija bella.
El duque de Parma ha escrito
Ahora al Gobernador
Esta tragedia de amor,
Avisando del delito,
Porque si venís aquí,
Os prenda á vos y á la dama.
Aurelio el padre se llama,
Violante ella; y si es así,
Ved y entended bien los dos
Qué es lo más que puedo hacer;
Que dejarle de prender
No puedo, aunque esté con vos.

CÉSAR. (*Ap.*) ¿Quién vió duda semejante?
¿A Félix busca y no á mí?

FELIX. (*Ap.*) ¡A mí y no á César! Pues ¿fuí
Yo nunca el que amé á Violante?

CÉSAR. (*Ap.*) ¿Para matarme me miente,
Y dice que la he robado?

FELIX. (*Ap.*) No soy yo el enamorado,
¿Y he de ser el delincuente?

LID. ¿Qué decis?

CÉSAR. Señor, que yo
Casa ni dama he robado,
Y que estais mal informado.

LID. Yo me holgaré de que no
Seais vos; pues con esto aquí,
Poniéndós hoy en prision,
Cumplo yo mi obligacion
Sin riesgo vuestro; y así,
Por preso os tened.

FELIX. Mirad
Que algun engaño ha podido
Dar á entender que haya sido
Félix desa novedad
Agresor.

CÉSAR. Quizá se erró
Quien el nombre os dijo aquí.

LID. ¿Sois Félix Colona?

CÉSAR. Sí.

LID. ¿Hay otro allá en Parma?

CÉSAR. No.

LID. Pues vos sois el que me han dado
Por órden; y pues ha sido
Dicha haberos acogido
De Don César al sagrado,
Mejor será que tratemos
Por los más süaves modos
De que quedemos bien todos
Antes que nos empeñemos.
Yo no me espanto de nada,
Y advertid que soy primero
Que Justicia caballero,
Y que á no serlo, mi espada
Hallárais á vuestro lado;
Que ya sé que es noble error
El que nace de un amor
Que injusto persigue el hado.
Parezca pues esta dama.
Decid dónde está; por ella
Iré yo, para traella
A mi casa. De su fama
Y su honor quiero yo ser
Medianero, y acabar
De una vez vuestro pesar.

CÉSAR. ¿De quién pudiera yo hacer
Más confianza, señor,
Que de vos? Si la tuviera,
Vive Dios, que os lo dijera;
Y vuelvo á decir que error
Padeceis, porque no ha sido
Félix á quien ha pasado
Ese lance.

LID. Si es causado
De error, doime á otro partido,
Que es, ya que llegué á ofreceros
El favor que espero daros,
Ni prenderos ni dejaros;
Pues dejaros ni prenderos
Será en duda tan cruel
Decir que espereis los dos.
No queda preso; mas vos
Me habeis de dar cuenta dél.
(*Ap.* De estar aquí echaré fama,
Y así, poniéndole espías,
Hoy las diligencias mías

Han de descubrir la dama.) (*Vase.*)

ESCENA XIX.

DON FÉLIX, DON CÉSAR.

CÉSAR. ¿Qué es, Félix, lo que nos pasa?
FELIX. A mi discurso debiera
Mucho, si yo lo supiera.
CÉSAR. Que haya escalado la casa
De Aurelio y Violante yo,
Alguna luz tiene, vaya;
Mas ser yo vos, y que haya
Robado á Violante, no
Sé que haya quien lo entienda.
FELIX. Ni yo que el mismo que aquí,
Por ser yo vos, me honra á mí,
Hoy á vos, por ser yo, os prenda.
CÉSAR. ¿Por mí os honra?
FELIX. Por pensar
Que soy vos, aquí me tiene (*a*).
CÉSAR. A mi prenderme proviene,
Por llegar á imaginar
Que soy vos (*a*).
FELIX. Aunque yo pueda
Aquí hablar, adentro vamos,
En donde mejor estamos:
No dudo que me conceda
Alguna luz mi cuidado
Para hallar en tal suceso (*b*),
A vos con mi nombre preso,
Y á mí con el vuestro honrado.
CÉSAR. Justo es que uno y otro asombre.
Mas ¿qué pensais?
FELIX. Venid, pues;
Que lo que es no sé, si no es
Dicha y desdicha del nombre. (*Vanse.*)

Patio de una posada.

ESCENA XX.

VIOLANTE Y NISE, *de camino.*

VIOL. ¿Dónde Fabio ha salido?
NISE. Pienso, señora, que á buscar ha ido
Por todas las posadas y hosterías
Si hay nuevas de Don César.
VIOL. Ansias mías,
¡Dónde pensais llegar número tanto,

(*a a*) «Que *sois* vos,» dice en otras.
(*b*) En las ediciones antiguas dice así:

Aunque no pueda
Aquí hablar, adentro vamos,
Sabréto yo hoy, mas no estamos,
Que dudo que me conceda,
Alguna luz mi cuidado
Para hallarnos tal suceso, etc.

De esta manera el pasaje anterior carece de sentido: no sabemos cómo lo escribiria Calderon; pero es evidente que Don Félix comienza á sospechar lo que pasa y lo manifiesta, supuesto que Don César le pregunta: «Mas, ¿qué pensais?» Por eso quiere llevarle á su cuarto, donde pueden hablar con mas secreto del cambio de nombres.

Como vais añadiéndole á mi llanto?
Ved que si á cada paso se acrecienta,
Perderá el mismo número la cuenta.
¿Quién crêrá ¡ay infelice! que afligida,
Sin sér, sin fama, sin honor, sin vida,
Venga yo desta suerte
Tropezando en las sombras de mi muerte?
Mas todos lo crêrán, porque aun no sea
Alivio ver que alguno no lo crea.
¡Oh nunca, Nise, hubiera
Dado á partido el pecho de una fiera,
Pasando tan violento
A ser amor quien fué aborrecimiento!
¡Nunca á César llamara
A mis jardines! Nunca me enviara
Aquel aviso él de que vendria
Y ya que fuese tal la suerte mia,
Que mi padre le viese,
¡Nunca conmigo tan piadoso fuese,
Que allí no me matase!
¡Nunca la noche ¡ay infeliz! llegase,
En que estando encerrada,
Después que hubo fingido su jornada,
Esperó á César! Nunca de su afecto,
Se siguiera aquel ruido; y en efecto,
¡Nunca piadoso Fabio,
Hurtándome á las iras de su agravio,
Me rompiese la puerta;
Y nunca yo saliese, al verla abierta,
A buscar á don César, que amparara
Mi vida! ¡Nunca, ya que no le hallara
La triste suerte mia,
Me hubieran dicho que á Milan venia!
¡Nunca tras él, pisándole la huella,
El meson me hospedara de la Estrella,
Pues ya desde este dia
A todos será mala, por ser mia!
NISE. ¿A quién, señora, dices,
Pues yo las sé, tus penas infelices?
VIOL. A mí, Nise, á mí misma me las digo.
Déjame á solas descansar conmigo;
Que un dolor solo al llanto se sujeta.

ESCENA XXI.

TRISTAN, *con dos maletas.*—VIOLANTE, NISE.

TRIST. ¡Gracias á Dios que di con mi maleta!
De mi amo no; que aunque tambien á vella
Llegué, él allá dará las gracias della.
Vamos, pues, componiéndolas ahora
Para cargar con ellas.
NISE. (*Ap. á ella.*) ¡Ay, señora!
¿No es aquel el criado
De don Félix?
VIOL. Él es. Ya mi cuidado
Alguna luz halló. Ventura ha sido
Que Félix á Milan haya venido;
Pues siendo tan amigo
De César, he de ver si así consigo
Que sepa dél, ó á su amistad atento,
Se encargará ¡ay de mí! de mi tormento.
Llámale... Mas detente.
NISE. Pues ¿qué reparas, di?

VIOL. Un inconveniente.
¿Qué sé yo, si que estoy aquí le digo,
Si se embarazará Félix conmigo,
Y cuando á verme venga,
Ya disculpa prevenida tenga
Para no hacer empeño?
Que el más amigo no obra como dueño,
Y aun podrá ser no venga, y que se escon-
TRIST. El entremés parece de la Ronda. [da.
VIOL. Y así, fuera mejor que no supiera
De mí hasta que me viera.
NISE. Buen remedio. Al criado
Seguiré yo; y habiéndome informado,
Irás cuando la casa yo te avise.
VIOL. No has dicho mal. Mas dime, ¿cómo, Nise,
Irás, que el verte no le cause espanto?
NISE. El más breve disfraz es el de un manto,
Y españolas que están en la posada
Nos los darán.
VIOL. Ven, pues; que en poco ó nada
Repara ya la que lo perdió todo.
(*Vanse las dos.*)
TRIST. Ellas han de ir de un modo ú de otro modo.
Sin ser Corito, ganapan me llamo.
¡Cuál pesa la maleta de mi amo!
No porque en ella más dinero arguya,
Sino porque una es mia y otra es suya;
Y en el más leal criado, es silogismo
Que pesa más lo ajeno que lo mismo (*a*).
(*Vase.*)

Calle.

ESCENA XXII.

NISE, *tapada, siguiendo á* TRISTAN.

NISE. (*Ap.*) No he de perderle un punto en todo
TRIST. Ya há rato que reparo, reina mia, [el dia.
Que tras mí llevo, hurtándome las tretas,
Otra maleta más que mis maletas.
¿Mándame algo? ¿Que no? Bien por mi vida.
(*Ap.* ¿Si es esta la de doy, que arrepentida
Cobrar pretendo, cuando así me topa,
Su joya, al ver que pareció la ropa?)
NISE. Vaya usted su camino.
TRIST. ¿Hablar sabeis? No sois la que imagino.
NISE. (*Ap.*) Vuelvo á seguirle ahora.
TRIST. Oye usted, mi señora:
Si por ser forastero,
Piensa que en las maletas va dinero,
Y al husmo viene, holgándose de vellas,
Maldita sea de Dios blanca hay en ellas.
Una camisa mia podré darla,
Si una abro; mas será para lavarla;
Y si á otra cosa su discurso pasa,
Escríbame un papel, que esta es mi casa.
NISE. Huélgome de sabella.
A más ver. (*Ap.* Ahora mi ama vendrá á ella.)
(*Vase.*)
TRIST. Solo á saber la casa me seguia.
¿Si se obligó de ver la bizarría
Con que vengo sudado? (*Éntrase.*)

(*a*) Propio.

Habitacion de Don Félix en casa de Lidoro.

ESCENA XXIII.

DON CÉSAR Y DON FÉLIX; *despues* TRISTAN.

CÉSAR. Raras cosas, por Dios, me habeis con- [tado.
FELIX. Todo eso desde ayer me ha sucedido.
CÉSAR. En fin, en cuanto habemos discurrido,
Nada á alumbrarnos, Félix, es bastante,
Al oir que vos robásteis á Violante.
FELIX. Eso, y el faltar ella, siendo suya
La traicion, no hay ingenio que lo arguya.
(*Sale Tristan y arroja las maletas.*)
—Tristan, ¿dónde has estado?
TRIST. Fuí á una pendencia en que salí cargado.
Si esto ves, ¿qué preguntas? ¿No es bien
Mi ocupacion? [cierta
(*Llaman dentro.*)
FELIX. ¿No llaman á esa puerta?
Mira quién es.
TRIST. ¡Mal haya
Yo, cuando á abrirla vaya!
FELIX. ¿Por qué?
TRIST. Porque me corro
De ver que esta es la puerta del socorro,
Y cuando entren por ella cien regalos
Para tí, para mí entrarán cien palos.
FELIX. Anda, vé, no seas loco.
TRIST. Señora muda, espere uced un poco.
(*Vase.*)
CÉSAR. Dos damas disfrazadas
A la española son, y entran tapadas.
FELIX. Las que os conté serán.
CÉSAR. Adentro espero,
Porque no se embaracen. (*Vase.*)
FELIX. Cerrar quiero
La puerta que confina
A esotros cuartos, porque Serafina,
Flora, ni otras criadas
Sepan que entran aquí damas tapadas.

ESCENA XXIV.

SERAFINA Y FLORA, *tapadas;* TRISTAN.—DON FÉLIX.

SERAF. Aunque de vuestra salud
Noticias hoy he tenido,
Porque quejosos no estén
Los ojos, de los oidos,
Pasando acaso por esta
Calle, veros he querido
Por ver lo que escuché antes.
FELIX. Ambas finezas estimo
Con el reconocimiento
Que debo á tan nuevo estilo
De obligar.
SERAF. Es más, Don César,
De lo que habeis presumido,
Lo que os debo, y así es menos
Lo que os pago.
FELIX. En nada os sirvo,

Porque aventurar un hombre,
Si sois vos la que imagino,
La vida por una dama,
Es empeño tan preciso,
Que no hay por qué agradecerle,
Pues obra en él por sí mismo.

SERAF. La que imaginais soy; pero
No á vuestra razon me rindo,
Pues obrar por vos no os
No ser en mí beneficio;
Y no quita el ser la causa
Vuestra, al efecto ser mio.

FELIX. Dijo un cortesano...

SERAF. ¿Qué?

FELIX. Que era el ingenio de vidrio,
Y ahora veo que en el concepto
No erró.

SERAF. Pues ¿por qué lo dijo?

FELIX. Por lo que se transparenta,
Señora, con cualquier viso.
Discreta sois, y os importa
Desvanecer un peligro
Que trae tras sí lo discreto.

SERAF. Con buen aire me habeis dicho
El pesar de si soy fea.

FELIX. Con desmentirme os lo quito.

SERAF. No soy tan duelista.

FELIX. Pues
Si por aquí no os obligo,
A vuestro primer concepto
Vuelvo de los dos sentidos.
Vos, porque no estén quejosos
Los ojos, de los oidos,
Quereis ver lo que escuchais:
Pues yo, por los propios filos,
Lo que escucho ver deseo.
No os retireis: descubrios.
Sepa á quién tantos favores
Debo: mirad que es indicio
De traicion guardar la cara.

SERAF. Antes tengo yo entendido
Que hacer favor y esconderla
Es crecer el beneficio;
Pues es no querer que os cueste
El quedar agradecido.

FELIX. No puedo dejar de estarlo
De vos ya, bien que ofendido
De vos tambien.

SERAF. Pues ¿qué ofensa
Mi agradecimiento os hizo?

FÉLIX. La de pasar de un pañuelo (a);
Que dones dama dar ricos
Como joyas, más son paga
Que favor; y así os suplico
Me deis licencia de que
A esa criada...

SERAF. Ya estimo
Más no haberme descubierto.

FÉLIX. ¿Por qué?

SERAF. Porque no hayais visto
Los colores que á mi rostro
Me van saliendo de oirlo.

FÉLIX. No crêré, si no los veo.

SERAF. A eso solo no me ánimo;
Que aunque no soy fea que espanto,
Con más causa lo resisto
Que imaginais.

FÉLIX. ¿Cómo?

SERAF. Como
A Serafina habreis visto,
De quien dicen en el barrio
Que es un admirable hechizo,
Y tras ella, pareceros
Bien no puedo.

FÉLIX. En gran conflicto
Me habeis puesto.

SERAF. Yo, ¿por qué?

FÉLIX. Porque si ser verdad digo
Que es hermosa, es ser grosero
Con vos, aunque no os he visto;
Y si no lo digo, es serlo
Con ella.

SERAF. Pues indeciso
Podeis dejar por ahora
Para otra ocasion el juicio.

TRIST. (*A Flora.*) ¿Ha cobrado uced su habla
Desde hoy acá?

FLORA. Un poquitito.

TRIST. Pues de uced y de una Flora
Que hay acá en casa, imagino
Que hiciéramos un buen medio.

FLORA. ¿Cómo?

TRIST. Como habla infinito
Ella, uced calla; y así,
Prendidas en un orillo,
En términos monetarios,
Hicieran buen equilibrio.

FLORA. Señor Tristan, las mujeres
No han de perder por su pico;
Porque el hablar mucho es
Perniciosísimo vicio.

TRIST. Si me predicara ahora
Uced, habiendo venido
De tramoya con su ama
A vernos, fuera lo mismo
Que un ciego, que por las calles
Iba pregonando á gritos
El Acto de contricion
Y coplas de Calainos.

FLORA. Parece eso á lo que una
Dama á un caballero dijo.

TRIST. ¿Qué fué?

FLORA. «Haga uced que en martas
Me aforren este silicio.»

TRIST. ¿Mas que poco á poco uced
Y Flora son de un oficio?

FLORA. ¿Mas que mucho á mucho uced
Y Tristan son dos pollinos?

FELIX. Poco, señora, con vos
Vale el ruego de un rendido.

SERAF. ¿Por qué, si en no descubrirme
Nada os doy y nada os quito?

FELIX. ¿Cómo?

SERAF. Como á una tapada

(a) En otras ediciones se lee: «¿Qué? El de pasar de un pañuelo;» pero este verso no es digno de Calderon, que tampoco pudo escribir *él*, en masculino, refiriéndose á *la ofensa*.

Favorecísteis altivo;
Y si una tapada veis,
Claro es que en igual partido,
Solo es ponerse el favor
La máscara del delito.
Quedad con Dios; que otro dia
Me vereis, y yo os afirmo
Que no pasará de hoy.

FELIX. Esperad, no habeis de iros;
Que si de necio, si os dejo,
U de grosero, si os miro,
No puedo escapar, es claro
Que de ambos daños elijo
El menor, y...

(*Llaman dentro.*)

ESCENA XXV.

LIDORO, *dentro.*—DICHOS.

LID. (*Dentro.*) Abrid aquí.

FELIX. ¿Quién llama con tanto ruido?

SERAF. (*Ap. á Flora.*)
¿No es voz de mi padre?

FLORA. ¡Y cómo!...

FELIX. Mira, Tristan, quién ha sido.

SERAF. No lo mireis hasta que
Me vaya, pues imagino
Que aquí ha de haber otra puerta.

FELIX. Eso no. (*Ap.* Porque es indigno,
Por Serafina, salir
Por su cuarto.) Y lo resisto,
Porque no fuera razon
Que piensen que desestimo
El honor del hospedaje.

TRIST. ¡Malo es esto, vive Cristo!
Señor, Lidoro es quien llama.

SERAF. Que me dejeis, os suplico,
Salir por aquí.

FÉLIX. Eso no;
Que no importa que conmigo
Esté una dama, y me importa...

SERAF. ¿Qué?

FÉLIX. Que no falte al debido
Respeto de Serafina;
Y por ella, si os lo digo,
No quiero que salgais.

SERAF. Ella
Lo estimará, yo lo afirmo.

FÉLIX. ¿De qué suerte?

SERAF. Desta suerte,
Ya que me es fuerza decirlo.

(*Descúbrese.*)

Ved si quereis que me vea.

FELIX. Ni imaginarlo. Idos, idos
Presto; que porque aun la sombra
No alcance á ver, me anticipo
A abrirle, por detenerle,
Mientras vos salís, yo mismo (a).

(*Vanse don Félix y Tristan.*)

SERAF. Ven, Flora.

FLORA. Presto, que llega.

(*Abre Flora la puerta, y al retirarse por ella, entran por otra tapadas Violante y Nise.*)

(a) Otras: «Mientras vos *abris*...

ESCENA XXVI.

VIOLANTE, NISE, *tapadas.*—SERAFINA, FLORA.

VIOL. Que me digais os suplico,
Si es este el cuarto de Félix.

SERAF. ¿Qué sé yo cuyo es ni ha sido?

(*Vanse Serafina y Flora.*)

ESCENA XXVII.

VIOLANTE, NISE; LIDORO, DON FÉLIX.

NISE. Enojada va esta dama.

VIOL. Allí hay quien podrá decirlo.

(*Salen Lidoro y don Félix.*)

FELIX. ¿En vuestra casa, señor,
Con tanto escándalo y ruido
Llamais?

LID. Sí, pues en mi casa
Tan como extraño me miro
Tratar, que sobre no abrirme,
Estoy en ella ofendido
De quien más servir deseo.

FELIX. ¿En qué, señor, os desirvo?

LID. En mucho.

FELIX. (*Ap.* ¡Ay de mi infelice!
De todo viene advertido:
Y es lo peor que Serafina,
O de helada no se ha ido,
O la puerta que encontró,
Sin duda abrir no ha podido.

ESCENA XXVIII.

DON CÉSAR.—DON FÉLIX, LIDORO; VIOLANTE Y NISE, *tapadas.*

CÉSAR. ¿Qué ruido es este, señor?

VIOL. (*Ap. á ella.*) ¡Ay Nise! A César he visto.

NISE. Llégale á hablar.

VIOL. No me atrevo
Ahora con tantos testigos.
Oye y calla.

LID. ¿Qué ha de ser,
Sino andar los dos conmigo
Tan dobles...

FELIX. (*Ap.* Él se declara.

LID. Que tratar no hayais querido
Mi amistad por caballero
Primero que por ministro?
¡Bueno es preguntaros yo
Hoy á los dos como amigo,
Dónde aquella dama estaba,
Para haceros el servicio
De componer vuestro duelo,
Negarlo, y no haber corrido
Bien la voz de que estais preso,
Cuando os busca!

VIOL. (*Ap.*) ¿Preso, dijo?

FELIX. (*Ap.*) Ya esto no importara nada,

Como ella se hubiera ido.
LID. De las espias que puse
A ambas puertas, una dijo
Que preguntó por Don Félix;
Y pues salir no ha podido,
Porque están tomadas todas,
Yo la hallaré... y ya la he visto.
FELIX. Señor, esta dama no es
La que habeis vos presumido;
Que aquí acaso entró esta dama.
LID. A hombres tan recien venidos
No buscan damas acaso,
Y en mi casa. Apartad, digo.—
Señora, ya conocida
Estais, y así, descubrios.
CÉSAR. (*Ap. á Don Félix.*)
Él presume que es Violante.
FELIX. César, cuidado conmigo;
Que hay más empeño en las dos
Que pensais.
VIOL. (*Ap.*) ¡Qué es lo que he oido!
LID. ¿Vos no sois Violante, hija
De Aurelio? ¿No habeis venido
A buscar aquí á Don Félix?
VIOL. (*Ap.* ¿Qué es esto, cielos impíos?
¿Quién tan aprisa á este hombre
Toda mi vida le ha dicho?)
Sí, señor, Violante soy... (*Descúbrese.*)
FELIX. (*Ap.*) ¡Cielos! ¿qué es esto que miro?
CÉSAR. ¡Cielos! ¿qué es esto que veo?
VIOL. Que en manos de mi destino,
Buscando á Don Félix vengo
Adonde á César he visto,
Y adonde favor aguardo,
Pues á vuestros piés me rindo.
FÉLIX. (*Ap.*) ¿Qué es esto? ¿Quién de un instante
A otro, tan gran trueco hizo?
CÉSAR. ¿Qué es esto? ¿Cómo, ó por dónde
Violante á esta casa vino?
LID. Ved ahora si engañado
Estoy de vos.
CÉSAR. Pues admiro
El verla, no os engañé.—
Ingrato, fiero enemigo
De mi vida y de mi alma,
¿Quién, ó cómo te ha traido
Aquí?
VIOL. ¡Qué dudas, si sabes
Que eres tú solo á quien sigo,
Corriendo por tí fortunas,
Ansias, riesgos y peligros?
LID. Mirad, Don César, si es ella.
CÉSAR. ¿No bastó, traidor prodigio,
Tu engaño allá, sino aquí?
VIOL. ¿Qué engaño?
CÉSAR. El de tus estilos.
VIOL. ¡Bien me pagas!
CÉSAR. ¿Qué te debo?
LID. No es tiempo deso. ¡Muy lindo
Es ponerse á averiguar
Cuentas ahora! Conmigo
Venid, señora; que yo,
Aunque no se lo he debido
A Don Félix ni á Don César,
Soy quien soy, y á hacer me obligo
Siempre lo mejor. Y vos
Esperadme...
VIOL. Ciega os sigo.
LID. Porque en dejando en el cuarto
(No por vos, mas por mí mismo)
De Serafina á Violante,
Preso habeis de ir á un castillo.
(*Vanse Lidoro, Violante y Nise.*)
CÉSAR. ¡Violante, cielos, aquí!...
FELIX. ¡Serafina aquí conmigo!...
CÉSAR. ¡Diciendo que á Félix busca!
FELIX. ¡Con la accion de aquel peligro!
CÉSAR. Félix, ¿qué es esto?
FELIX. Mal puedo
Saberlo.
CÉSAR. Luego preciso
Será que el tiempo lo diga.
FELIX. Sí. ¡Quién supiera un camino
De quitarle tiempo al tiempo,
Y apresurara el decirlo!

JORNADA TERCERA.

Habitacion de Serafina.

ESCENA PRIMERA.

LIDORO, SERAFINA.

LID. Muy enojada estás.
SERAF. ¿No
Tengo razon?
LID. Sí la tienes;
Mas no para tanto extremo.
SERAF. ¿Cómo no, cuando procedes
Tan poco atento (perdona
Que lo diga desta suerte)
Conmigo, que no tan solo
A casa me traes un huésped,
Pero á mi cuarto una dama
Que de amor corriendo viene
Fortunas, y?...
LID. Aguarda, espera;
Que quiero satisfacerte
A ambas cosas, porque no
Quejarte con razon pienses
De mí. Aqueste caballero
(Ya te lo he dicho otras veces)
Es hijo de un grande amigo,
De quien hoy tengo presente
La obligacion de la vida.
Pensó que otro dia se fuese.
Sí á causa de festejarlo
El Príncipe le detiene,
Por ser estos en Milan
Tan festivos, tan alegres,
¿Qué culpa he tenido yo?
La dama á amparar me mueve
Saber que es ilustre dama;
Y aunque es verdad que accidentes

De amor deslucen tal vez
La sangre más excelente,
Hace mal el hombre que
No los restaura, si puede;
Pues aunque niegues que obligan,
No negarás que enternecen.
Demás desto, el caballero
Que hasta aquí siguiendo viene,
Es amigo de Don César;
Llegué á prenderla y prenderle
En mi casa y á su lado;
Y debo satisfacerle
De que, Justicia y amigo,
Con todo cumplo igualmente.
Y si he de decirlo todo,
Hay más causas que me fuercen
A agasajarle: su sangre
Es ilustre sumamente,
Su hacienda es mucha, la gracia
Del duque de Parma tiene,
Como á su deudo le trata,
Y sobre todo esto adquiere
Mi obligacion y cariño:
No me obligues (cuerda eres)
A que te diga (esto basta)
Que podria (no te pese)
Ser que se quedase dueño
El que ha venido por huésped. (*Vase.*)
SERAF. ¡Qué escucho, cielos! Albricias,
Alma; que hoy es solamente
El dia que á su pesar
En bien el mal se convierte.
Cuando temerosa estaba
De que mi padre entendiese
Algo de mí, ¿no tan solo
Hallo lance que lo enmiende,
Mas lance que lo mejore?—
Flora...

ESCENA II.

VIOLANTE.—SERAFINA.

VIOL. Señora, ¿qué quieres?
SERAF. A una criada llamaba.
VIOL. No que te has errado pienses;
Que por eso he respondido,
Supuesto que en mí la tienes.
SERAF. Guárdete el cielo, Violante;
Que no quiero que te muestres
Tan fina; que en esta casa,
Huéspeda, no criada eres;
Que aunque es verdad que sentí
Que mi padre te trajese
A ella, enternecida ya
De tus fortunas, me tienes
Por amiga; que te debo
Mucho.
VIOL. ¡A mí! Pues ¿qué me debes,
Si solo un mal ejemplar
Es lo que puedo traerte?
SERAF. Aquese ejemplar, Violante,
Que tan malo te parece,
Quizá es bueno para mí;
Y tú no sabes ni entiendes,
Cuando vienes á mi casa,
A cuán buena ocasion vienes.
VIOL. Pues ¿en qué puedo servirte?
SERAF. En nada; que en lo que puedes,
Ya lo has hecho.
VIOL. Pues, señora,
Ya que piadosa agradeces
Lo que no sé que por tí
Haya hecho, justamente
A buena fe de obligarte
Podré un favor merecerte.
SERAF. En cuanto pueda me obligo
A ayudarte. ¿Qué me quieres?
VIOL. Yo no quiero disculparme,
Y así, por la culpa empiece;
Que en quien la tiene es disculpa
Solo el decir que la tiene.
«Culpa tengo, y ya declaro
»Que de amor soy delincuente,
»Aunque aborrecí primero
»Lo que más el alma quiere (*a*).»
Al cabo de algunos dias
De rigores y desdenes,
Bien á pesar de mi sangre,
Pues dió á un primo mio muerte,
Favorecí á un caballero,
Que es el que conmigo prende
Tu padre en su misma casa;
Pero con tan poca suerte,
Que al primer favor perdí
La vida, porque se muestre
En mí que de enojo á amor
No se pase fácilmente,
Sin que los cielos dispongan
Precisos inconvenientes,
Como en castigo de que
Nadie ame lo que aborrece.
Perdóname que mi historia
Tan por extenso te cuente;
Que como voy á obligarte,
Solicito enternecerte.
Escribile que á un jardin
Viniera una noche á verme:
Respondióme que vendria.
Lo que debió de moverle
Fué que no pensase yo
Que otro dia estaria ausente,
Respecto ¡ay de mí! que el Duque
Le mandaba que viniese
A esta jornada. Mi padre
Vió el papel...
SERAF. Oye, detente.
¿Que viniese á esta jornada
El Duque le mandó?
VIOL. Ese
Fué el daño para que él
Se obligase á responderme.
¿En qué has reparado?
SERAF. En nada.
Divertíme, y por hacerme
Capaz... Prosigue.
VIOL. Mi padre

(*a*) Suplidos.

Vió el papel, y aunque prudente
Disimular pretendió,
No pudo, y haciendo fuerte
Prision de mi cuarto...

SERAF. Y dime,
¿Es él el que á Milan viene
De parte del Duque?

VIOL. Sí.
Mucho ¡ay de mí! te diviertes.

SERAF. Estoy triste, no te espantes.

VIOL. Dejarélo, si te ofendes.

SERAF. Yo ¿de qué? Prosigue.

VIOL. Temo,
Señora...

SERAF. ¡Ay de mí! ¿qué temes?

VIOL. Que no atenderá al remedio
La que al peligro no atiende.
Y así, mejor es dejarlo.

SERAF. Engañaste; que antes quiere
La que se informa mejor,
Saber mejor lo que emprende.

VIOL. Llegó la noche infelice,
Sin que aviso mio tuviese
De que mi padre esperaba
Con armas oculto y gente.

SERAF. ¿El que habia de venir
A Milan?

VIOL. El daño fué ese.

SERAF. (*Ap.*) Acaba ya de nombrarle.
Si ya no es que hacerse quieren
Tambien de rogar los males,
Por dar envidia á los bienes.

VIOL. Vino en efecto.

SERAF. ¿Quién vino?

VIOL. César, que se fingió ausente.

SERAF. ¡César!

VIOL. Sí.

SERAF. (*Ap.* ¡Nunca acabaras!
¡Ay de mí! ¡qué neciamente
Hice en darle priesa al mal,
Una vez que él se detiene!)
Y en fin...

VIOL. Lo que sucedió
No lo sé yo formalmente;
Solo sé que oyendo el ruido
De pistolas y broqueles,
Entre mi padre y mi amante
El alma tenia pendiente,
Cuando un criado anciano mio,
Cruel, pensando que clemente,
Rompió la puerta del cuarto:
Yo entonces...

SERAF. Porque no deje
De entenderlo todo, dime,
Si era César, ¿cómo vienes,
Cuando vienes á mi casa,
Buscando en ella á Don Félix?

VIOL. Porque es un amigo suyo,
Que sin duda por hacerle
Compañía, con él vino.

SERAF. Bien está: al discurso vuelve.

VIOL. Yo entonces (aquí quedamos)
Llegando en un tiempo á verme
Presa entre tantos embates,
Libre entre tantos vaivenes
De honor, fortuna y amor,
Sin saber lo que me hiciese,
Salí á la calle. No aquí
Me culpe nadie, pues siempre,
Mal consejero el temor,
A lo peor se resuelve;
Y así á ampararme no fuí
De amigos ni de parientes,
Sino del cómplice mismo
Del daño, por parecerme
Que solo se opone al daño
Quien como propio le siente.
No le hallé.

SERAF. Pues ¿á qué fin,
Aunque aquel su amigo fuese,
Preguntaste por él antes
Que por el mismo á quien vienes
Buscando?

VIOL. Porque un criado
Que ví, era de Don Félix,
Y no suyo.

SERAF. Y en efecto...

VIOL. Llegando dél á valerme,
No le hallé. Supe en su casa,
Que en aquel instante breve
Habia venido á Milan.
Sola y triste en mal tan fuerte,
Tropezando á cada paso
En el umbral de mi muerte,
Me pareció que no estaba
Segura en ningun albergue,
Sino dentro del delito;
Sagrado que tantas veces,
Por más desimaginado,
Favoreció al delincuente;
Y así, hice al mismo criado
Que á aquella hora dispusiese
Una carroza, y...

SERAF. Pues ¿cómo
Los avisos que acá vienen
De que te busquen, no dicen
Con César, sino con Félix?

VIOL. ¿Quién tal dice?

SERAF. Yo lo digo,
Y lo prueba claramente
Ser Félix el preso, y no
César.

VIOL. Mucho te suspenden
Tus tristezas. ¿Ahora sales
Con eso?—Yo finalmente
(Que al verte tan divertida,
Es bien que el discurso ábrevie),
A tus piés llego, señora,
Fuese del modo que fuese:
A ellos estoy, y así en ellos,
Que halle amparo es evidente,
No porque soy desdichada,
Sino porque eres quien eres.
Y así te suplico que
En mis desventuras médies
Con tu padre y con mi padre,
Que no dudo, cuando á él llegue
Esta nueva, venga aquí.

Disponlo tú antes de suerte,
Que ya con César casada
Me halle, porque se remedien
De una vez tantos pesares;
Que yo, por no entristecerte,
Quiero á llorar retirarme,
Porque tu mal no se aumente
Con el mio; que hay quien diga
No ser penas diferentes
Las que pasan entre quien
Ve padecer, y padece. (*Vase.*)

ESCENA III.

SERAFINA.

Es verdad; y más ¡ay triste!
Cuando el que ve sentir siente
Lo mesmo que ve sentir,
Bien como á las dos sucede;
Pues equivocando
A César y á Félix,
Ni entiendo sus males
Ni sé de mis bienes.
Dice mi padre que César,
Que vino á casa por huésped,
Podria ser ¡ay cielos! que
Por dueño en ella se quede;
Y apenas á mis venturas
Prevenia parabienes
De que á quien debo la vida
Venturoso asunto fuese
De la eleccion de mi padre,
Cuando otros inconvenientes,
Porque no corran mis dichas,
Les ponen en que tropiecen.
¡Oh en qué breve instante,
Oh en qué tiempo breve
Ser saben pesares
Los que eran placeres!
Aquí del discurso mio:
¿Cómo si esta mujer viene
Con don Félix acusada,
Siendo su amante Don Félix,
Me sale ahora con que
Es Don César, y pretende
Que mientan todos allá,
Y ella diga solamente
Verdad aquí? Y dado caso
Que César su amante fuese,
¿Cómo no lo dice cuando
Ve que es Félix á quien prenden?
Pues una de dos
Es precisamente,
O que mienten ellos,
O que ella es quien miente.
¡Ah! entre tantas confusiones,
¡Qué diera yo por no haberme
Empeñado agradecida,
Y ver ahora libremente
Mejor de afuera los lances!
Mas ¿quién ¡ay infeliz! puede
Prevenir antes el daño,
Si aun después no le previene
El discurso? que no están
Casüales accidentes
Sujetos á la razon,
Y más de quien no la tiene.
¡Qué tarde que llora
Quien presto se atreve,
Pues la dicha es nunca,
Y el peligro es siempre!
Y ya que me empeñé, cielos,
Piadosa en agradecerle
El favor, ¿quién me metió
En que disfrazada fuese
A hacer vanidad hablarle?
Mas ¿á qué mujer parece
Que vence con la hermosura,
Si con el alma no vence?
Y es verdad, porque el ingenio
Ni sabe, ni cré, ni entiende
Que es vitoria la que no
Le consagra á él los laureles.
Porque enamorar
Solo lo aparente,
Un mármol lo hace,
Que ni habla ni siente.
¡Mal hubiesen las licencias
De mi patria, que conceden
Al pundonor sus disfraces!
Mas ellos ¿qué culpa tienen,
Si quien usa dellos mal
Es solo quien la comete?
Y así ¡mal hubiesen, digo
Otra vez y otras mil veces,
Mis vanidades! pues ellas
La han tenido solamente;
Y aun ellas no la han tenido,
Sino ¡ay de mí! si se advierte
Que cuando á otros matan
Porque no agradecen,
Ser agradecida
Me ha dado la muerte.
¡Qué diera á estas horas yo
¡Ay infeliz! por no haberme
Descubierto! pues con eso
El Etna que el alma enciende,
Hipócrita de su fuego,
Yo le cubriera de nieve.
Pero descubierta, huir
El rostro que llegó á verme
Una vez, no, no ha de ser:
Perdone el inconveniente;
Que no han de darse á partido
Tan bajo mis altiveces.
Que es bien que los hombres,
Que tenemos, piensen,
Nuestra ley del duelo
Tambien las mujeres...
Flora.

ESCENA IV.

FLORA.—SERAFINA.

FLORA. Señora, ¿qué mandas?

SERAF. Que al cuarto de César llegues,

Y como que de ti sale,
Le digas que estoy en ese
Jardin. (*Ap.* A campaña os llamo,
Dudas, temores, desdenes,
Engaños, penas, rigores,
Ansias, iras, accidentes,
Recelos, desdichas, miedos,
Discursos y agravios fuertes:
Salid todos, ó diré
Que vuestro miedo os detiene.
Mas ¡ay! que si celos
Sabeis que me ofenden,
¿Quién á una mujer
Celosa no teme?) (*Vase.*)

FLORA. ¿Qué será esto? Mas á mí
¿Quién en discurrir me mete?
Que me haré vieja en diez dias. (*Vase.*)

Cuarto de Don Félix en casa de Lidoro.

ESCENA V.

FLORA, TRISTAN.

FLORA. Tristan...
TRIST. ¡Oh, Flora excelente,
Que siendo Flora italiana,
Floresta española eres!
¿Qué me mandas?
FLORA. ¿Y tu amo?
TRIST. No está en casa.
FLORA. ¿No? Adios.
TRIST. Tente:
No te has de ir, sin que hagamos
Un concierto.
FLORA. ¿Y cuál es?
TRIST. Este.
Que me digas lo primero,
Flora mia, cuánto quieres
Por perder por mí tu juicio
Media hora solamente,
Y me moriré otra media
De amor por tí de repente.
FLORA. ¡Bien nuevo concierto es!
TRIST. No es muy nuevo.
FLORA. ¿De qué suerte?
TRIST. Moríase un miserable...
FLORA. ¿Cuánto va que el cuento es ese
Del que llamó al sacristan
Y le dijo: «¿Cuánto quiere
Vuesarced por enterrarme?»
Él dijo, supongo: «Veinte
Reales.—¿Quiere diez y seis?»
Dijo.—«Más costa me tiene,»
Le replicó el sacristan:
A que respondió el doliente:
«Pues mire si le está bien,
Y entiérreme en diez y siete,
Porque no me moriré
Como un cuarto más me cueste.»
—Así uced, para morirse
Por mí de amor, saber quiere
Qué costa le ha de tener;
Pues sepa, si el cuento es ese,
Que una mona y sus amigas...
TRIST. Eso no, mujer, detente:
Quitar uno y dar con otro,
Es beber arreo dos veces.
Criaba una dueña una enana...
FLORA. Yo empecé antes.
TRIST. Aunque empieces,
Yo me sigo.
FLORA. Un dia...
LOS DOS. La dueña...
FLORA. La mona...

ESCENA VI.

DON FÉLIX.—DICHOS.

FÉLIX. ¿Qué ruido es este?
TRIST. Acá es un cuento de cuentos.
FLORA. Acá es un cuento de nueces.
TRIST. ¡Válgate el diablo por dueña...
FLORA. Y por mona que te lleve.
TRIST. ¡Que nunca te he de acabar!
FLORA. ¡Que me han de embarazar siempre!
FELIX. Flora, ¿qué haces aquí? ¿qué es
Lo que por acá se ofrece?
FLORA. Avisarte que mi ama
Sola en el florido albergue
Deso jardin está; yo,
Porque habiendo alguien no llegues
(Que no de todas se fia),
Y más ahora que tiene
Esa huéspeda, cantando
Varios tonos diferentes,
Te diré en sus letras que
Te retires ó te acerques.
Cuidado conmigo. Adios.—
Uced mire que me debe (*A Tristan.*)
Un cuento para otra vez.
TRIST. Tú dos para otras dos veces.
FELIX. ¿Con qué he de poder pagarte,
Flora, el favor que me ofreces?
(*Vase Flora.*)
TRIST. En fin, ¿yo no he de saber,
Señor, qué tapado duende
Fué aquel que se transformó
En Violante?
FELIX. Necio eres.
¿No le has conocido?
TRIST. No.
FELIX. Pues no importa.—Pero atiende.
(*Dentro instrumentos.*)
FLORA. (*Canta dentro.*)
Al campo te desafia
La colmeneruela;
Ven, Amor, si eres dios, y vuela.
FELIX. Que vaya dice: tú aquí
Me aguarda.

ESCENA VII.

DON CÉSAR, FLORA, y *al fin* SERAFINA, *dentro.*
—DON FÉLIX, TRISTAN.

CÉSAR. ¿Dónde, Don Félix,

Sin decirme á lo que fuisteis,
Os volveis tan brevemente?
FELIX. Luego os diré que he acabado
Con el Príncipe que os deje
Preso aquí Lidoro; que ahora
Ocasion mi vida pierde;
Que está sola Serafina
En la hermosa esfera alegre
Dese jardin, y esa voz
Me está diciendo que llegue.
CÉSAR. Esperad; que no habeis de ir.
FÉLIX. ¿Qué os obliga á detenerme?
CÉSAR. Algo me obliga.
FELIX. Dejadme.
CÉSAR. Hay mayor inconveniente.
FELIX. ¿Qué inconveniente, si dice....
FLORA. (*Canta dentro.*)
Deten el curso y advierte,
Que si raudales presumes,
Precipitada te pierdes.
FELIX. Que me detenga, me avisa.
Decid, pues, pero sea breve;
Porque si vuelve á llamarme,
Será preciso que os deje.
CÉSAR. No será.—Salte allá fuera.
TRIST. (*Ap.*) ¿De mí recatarse quieren?
Pues por Dios, que he de escucharlos.
(*Vase.*)

ESCENA VIII.

DON CÉSAR, DON FÉLIX; FLORA y SERAFINA, *dentro.*

CÉSAR. Oidme ahora atentamente.
Bien creereis, Félix, de mí
Que vuestro gusto desea
Mi amistad.
FELIX. Fuerza es lo crea.
CÉSAR. Vos, ¿no sois mi amigo?
FELIX. Sí.
CÉSAR. Pues una fineza...
FELIX. Hablad.
CÉSAR. Por mi habeis de hacer.
FELIX. Sí haré:
Mas ¿qué es la fineza?
CÉSAR. Que
No useis mal de mi amistad.
Vos, Don Félix, con mi nombre
Estais de Lidoro honrado,
Asistido y festejado;
Y así es fuerza que me asombre
Que con mi nombre atrevido
Seais con aleve trato
Vos á las honras ingrato,
Que yo estoy reconocido.
Cuanto ha hecho por vos aquí
Lidoro, por mí lo ha hecho,
No por vos; y así sospecho
Que el duelo me toca á mí
De que no quede ofendido,
Yendo mañana los dos
Muy favorecido vos,
Yo muy desagradecido.
Ya veis que justo no es
Que haya en mi nombre cautela.
FLORA. (*Canta dentro.*)
Ven, Amor, si eres dios, y vuela.
FELIX. Yo os responderé después.
CÉSAR. No sino ahora.
FELIX. Cuando veo
Que pierde la suerte mia...
FLORA. (*Canta dentro.*)
Al campo te desafia...
FELIX. La ocasion...
CÉSAR. Si eso deseo...
SERAF. (*Dentro.*)
No cantes más.

ESCENA IX.

DON FÉLIX, DON CÉSAR.

FELIX. Que es rigor
Mirad...
CÉSAR. No, no habeis de ir
Ahora.
FELIX. El querer impedir
Esta ocasion á mi amor.
CÉSAR. Oid, esperad; que un papel
Echaron por esa reja.
FELIX. ¿Qué va que viene la queja
De lo que me tardo en él?
CÉSAR. A César dice.
FELIX. Mostrad,
Pues yo soy César aquí:
Oiréisle, por ver si así
Convenzo vuestra amistad.
Mas no es letra de mujer.
CÉSAR. Ya saber cuyo es aguardo.
FELIX. La firma dice *Lisardo.*
CÉSAR. ¡Lisardo! ¿qué puede ser?
FELIX. (*Lee.*) «Aunque pudiera tomar ventajo-
»sa satisfaccion de la muerte de mi her-
»mano Laurencio...»
—Todo esto es burla.
CÉSAR. Eso no.
Habeisle, César, de lèr;
Que ya me importa saber
Si el César sois vos ó yo.
FELIX. Estas son burlas: extremos
No hagais, supuesto que aquí
El César soy yo, y á mí
Viene el papel.
CÉSAR. Aunque estemos
Trocados por un engaño,
Que no lo estamos, mirad,
César, para una verdad,
Y verdad que toca en daño
De mi honor.
FELIX. Seguro está
Siempre vuestro honor conmigo;
Que soy, César, vuestro amigo.
CÉSAR. No lo dudo; pero ya,
Sin ver el papel, no es
Posible que yo sosiegue.
FELIX. Ni que yo á enseñarle llegue
Es posible.

CÉSAR. Advertid, pues
Que satisfacerse quiera
Dese renglon se percibe,
Que he de ver de dónde escribe,
Y dónde Lisardo espera.
FELIX. A mí el papel ha venido,
Y yo responderé á él.
CÉSAR. Aunque á vos vino el papel,
Fué equivocado el sentido.
Que habla conmigo mirad:
Y aunque ser yo vos arguya,
No será bien que destruya
Un engaño á una verdad.
FELIX. Ser yo aquí César abona
Que á mí en su sentido encierra,
Pues aunque el nombre me yerra,
No me yerra la persona.
CÉSAR. Yo ¿no hice esa muerte?
FELIX. Sí.
CÉSAR. Vos ¿sois su enemigo?
FELIX. No.
CÉSAR. Luego aunque á vos se escribió
El papel, es para mí.
FELIX. Vos ¿sois aquí César?
CÉSAR. No.
FELIX. Yo ¿soy aquí César?
CÉSAR. Sí.
FELIX. Luego viene para mí,
Pues á vos no os conoció
Quien á mí hallarme desea.
CÉSAR. ¡Bueno es que vos pretendais,
Porque César os llamais,
Quitarme que yo lo sea!
FELIX. Mejor es haber yo sido
César para haberme hallado
De un caballero hospedado,
De un ángel favorecido,
Y que dejara de ser,
Después de gozar los gustos,
César para los disgustos.
Eso no, ni es de creer
Que un hombre en empeño tal
Sea á cuantos hoy le ven,
César cuando le está bien,
Y no cuando le está mal.
Y así, pues que no soy hombre
Que al bien y no al mal me obligo,
Por Dios que han de andar conmigo
Dicha y desdicha del nombre.
CÉSAR. Argüid; mas no guardeis
El papel, porque he de lèrle.
FELIX. Vos, César, no habeis de verle.
CÉSAR. No en aqueso os empeñeis,
Porque lo he de ver.
FELIX. Si yo
Le guardo, ¿cómo ha de ser?
CÉSAR. No sé; pero sabré hacer...
FELIX. ¿Qué?
CÉSAR. Que tampoco vos no
Le leais.
FELIX. ¿De qué manera?
CÉSAR. No apartándome de vos
Un instante; y vive Dios,
Que con vos adonde quiera
Que vais he de ir, y no habeis
De dar un paso sin mí.
Vuestra sombra desde aquí
He de ser.
FELIX. ¿Cómo, si veis
Que estais preso?
CÉSAR. Eso me hará
Romper el inconveniente,
Y aun publicar claramente
Quién soy.
FELIX. Aqueso será
Aventurar tema tal
Vuestro honor y el mio tambien;
Porque por quedar vos bien,
Ambos quedaremos mal.
CÉSAR. Pues veamos el papel,
Y una vez visto, sabremos
Lo que hacer los dos debemos.
FELIX. Yo os diré lo que hay en él
Después: adios.
CÉSAR. Vamos, pues;
Que yo os tengo de seguir.
FELIX. Vos no habeis de ir.
CÉSAR. He de ir.
FELIX. Advertid...
CÉSAR. Mirad...

ESCENA X.

LIDORO.—DICHOS.

LID. ¿Qué es
Esto?
FELIX. Nada. (*Ap.* Bien será
Gozar de aquesta ocasion.)
LID. ¿Sobre qué era la cuestion?
FELIX. Don Félix os lo dirá. (*Vase.*)

ESCENA XI.

DON CÉSAR, LIDORO.

CÉSAR. Si diré; pero ha de ser
Oyéndolo él, porque no
Penseis que otra fingo yo:
Y así, hacedle detener.
LID. ¿Para qué? Lo que digais
Crêré yo.
CÉSAR. ¡Lance cruel!
Dejad que vaya tras él.
LID. Advertid que preso estais,
Y que basta haber mandado
El Príncipe que sea aquí,
Sin que tambien...
CÉSAR. ¡Ay de mí!
LID. Querais salir. ¿Qué ha pasado?
CÉSAR. (*Ap.*) ¿Qué le diré? que decir
Que desafiado va,
Bien á mi honor no le está.
Mas no habiendo de reñir
Yo en ocasion que es tan mia,
No haré mal si estorbos doy;
Pues quitándosela á él hoy,
Podré lograrla otro dia.

LID. ¿Qué inquietud teneis cruel?
CÉSAR. Vos ¿no le quereis llamar?
LID. No.
CÉSAR. ¿Ni me quereis dejar
A mí que vaya tras él?
LID. Tampoco.
CÉSAR. Pues desairado
De un modo ó otro, por Dios
Que ha de ser de aqueste. Id vos,
Porque va desafiado.
LID. Pues ¿qué causa César dió?
CÉSAR. Eso es lo que yo no sé.
LID. Y ¿dónde el desafío fué?
CÉSAR. Eso es lo que no sé yo.
LID. Esperadme vos aquí,
Y que os quedan guardas, digo,
Mientras yo solo le sigo. (*Vase.*)

ESCENA XII.

CÉSAR, *despues* VIOLANTE.

CÉSAR. ¡Oh lo que dirán de mí
Ahora los duelistas, ¡cielos!
Sobre si hice bien ó mal!
Sin mirar que en lance tal
Era yo el dueño del duelo
Que él reñir por mí pensaba,
Y que con esto podré
Lograrle yo, puesto que
Hoy el fingimiento acaba
O mañana á más tardar,
Pues es fuerza que Violante
Diga... (*Sale Violante.*)
VIOL. En venturoso instante,
César, me resolví á entrar
A este cuarto, viendo que
Divertida Serafina
Está en la esfera divina
Dese jardin, pues que fué
A ocasion ¡ay Dios! que oí
Mi infeliz nombre en tus labios;
Y estimo, aunque sea en agravios,
El que te acuerdes de mí.
CÉSAR. Claro está que lo han de ser,
Porque mal de una homicida
De mi alma y de mi vida
Puedo memoria tener
Que para agravios no sea.
VIOL. ¿Qué queja, César, de mí
Puedes formar, si por tí
Quiere el cielo que me vea
De tantos temores llena
En fortuna tan escasa,
Como libre sin mi casa,
Y como presa en la ajena?
CÉSAR. Eso todo es que no habiendo
Logrado aquella traicion,
Que con fingida intencion
Me quiso matar; haciendo
Ahora del ladron fiel,
Has venido á desmentir
Tan vil trato, por decir
Que no eras cómplice en él.
VIOL. ¿Cómo es posible que quepa
En límites de razon
Tan grande desproporcion
Como, porque no se sepa
De mí que yo te engañé,
Querer se sepa de mí
Que padre y patria perdí,
Pues padre y patria dejé
Por seguirte?
CÉSAR. Si no fuera
Esto, ¿cómo me esperara
Aurelio? Cómo intentara
Matarme, y cómo pudiera
Saberlo sino de tí?
VIOL. Habiendo el papel tomado
Tuyo, que llevó el criado
De Félix.
CÉSAR. ¿De Félix?
VIOL. Sí.
CÉSAR. Aguarda; que va mostrando
Mucho campo esa razon,
Si no lo hace la pasion
Con que lo estoy deseando.
¿El papel que te llevó
De don Félix el criado,
Vió tu padre?
VIOL. Y informado
Por él de todo, fingió,
Cerrándome á mí, su ausencia.
CÉSAR. Sin duda de aquí ha nacido
Pensar que Félix ha sido
El dueño de la pendencia
De tu casa; porque aquí
Yo preso, Violante, estoy,
Pensando que Félix soy.
VIOL. ¿Pensando ser Félix?
CÉSAR. Sí.
Porque, por quedarme yo
Aquella noche infelice,
Tomar mi nombre le hice.
VIOL. ¿Que aquí no eres César?
CÉSAR. No.
VIOL. Y aun por eso Serafina
Que no era César porfiaba
El que por mí preso estaba:
En cuyo yerro, imagina
Por tí lo que á mí me pasa,
Pues de la misma manera
Que creiste...

ESCENA XIII.

NISE.—DICHOS.

NISE. ¡Bien pudiera
Buscarte en toda la casa!
Advierte que está por tí
Preguntando Serafina.
VIOL. Vamos, porque si imagina
Que he entrado, César, aquí,
Se ofenderá; y considera
A solas tú mi verdad.
CÉSAR. Sí haré, y aun mi voluntad
Sin oirlo lo creyera.

VIOL. ¿Por qué?
CÉSAR. Porque deseaba
Que la culpa no tuvieses...
VIOL. ¿De qué?
CÉSAR. De que ingrata fueses...
VIOL. ¿A quién?
CÉSAR. A quien te adoraba.
VIOL. ¿Qué mayor satisfaccion...
CÉSAR. ¿Qué?
VIOL. Que verme padecer?
CÉSAR. Aun otra hay mayor.
VIOL. ¿Qué es?
CÉSAR. Ser
En favor de mi pasion.
VIOL. ¿Cómo?
CÉSAR. Como ella en los dos
Ha vuelto á encender la llama.
SERAF. (*Dentro.*) ¡Flora, Violante!
NISE. Que llama
Otra vez.
VIOL. Adios.
CÉSAR. Adios. (*Vanse.*)

Calle.

ESCENA XIV.

LISARDO.

Desde que eché por la reja
El papel, buscando tiempo
De que César estuviese
En su cuarto, pretendiendo
Que no sepa quién soy
Hasta que concluya el duelo,
Porque entienda Serafina,
Matándole cuerpo á cuerpo,
Si él la vengará de mí,
O yo de los dos me vengo,
Esperándole en la calle,
Voy sus pisadas siguiendo;
Que aunque de su ilustre sangre
Y de su valor no temo (*a*)
Que irá solo donde digo
Que le aguardo; con todo eso,
Puesto que no me conoce
Así asegurarme quiero
De todo; que yo diré
Quién soy, en llegando al puesto.

ESCENA XV.

DON FÉLIX, TRISTAN.—LISARDO.

FELIX. Vuélvete, Tristan, de aquí,
Y mira que vive el cielo
Que si me sigues ó dices
Por dónde voy, que te tengo
De dar muerte.
TRIST. Ya tú sabes
Como siempre te obedezco,
Y más en aquestos casos.
FELIX. Ea, pues, vuélvete presto.
TRIST. (*Ap. yéndose.*) Aquí de toda mi hotra.
¿Qué debo hoy hacer, sabiendo
Que va á reñir, y por otro,
Siendo el desafío primero
Que se hace por poderes
Cual si fuera casamiento?
Mas ¿qué debo hacer, pregunto?
No hallarme en él, lo primero,
Y lo segundo, contarlo
A quien lo estorbe; y con esto
Será la primera cosa
Que pago de cuantas debo. (*Vase.*)
LIS. (*Ap.*) Solo ha quedado: mal pudo
Dudar nunca de su esfuerzo.
FELIX. Para informarme mejor
Dónde me espera, á lèr vuelvo.
(*Lee.*) «Aunque pudiera tomar ventajosa
»satisfaccion de la muerte de mi herma-
»no Laurencio...»

ESCENA XVI.

AURELIO, LIBIO.—DON FÉLIX, LISARDO.

LIBIO. (*A Lisardo.*) Señor, por tí preguntando
Viene un caballero viejo,
Y sabiendo que hácia aquí
Estás, á buscarte vengo.
LIS. (*Ap.*) ¡Oh á qué mal tiempo has venido!
LIBIO. Llegad, señor; que este es Celio. (*Vase.*)
AUR. Dadme mil veces los brazos.
LIS. Aunque no os conozco, debo
Responder agradecido
A tan cortés rendimiento.
(*Ap.* No se me pierda de vista.)
AUR. Aun más me debeis que eso.
FELIX. (*Lee.*) «Yo siempre desearé hacer lo
»mejor; y para ver si teneis conmigo
»tan buena fortuna como con él tuvis-
»teis...»
LIS. Para procurar pagarlo,
Me holgara yo de saberlo.
AUR. Pues en sola una palabra
Diré quién soy y á qué vengo.
LIS. Merced me hareis; que me importa
La brevedad en extremo.
FELIX. (*Lee.*) «Os espero detrás del castillo.
»Dios os guarde.»
AUR. Pues abrazadme ahora como
Lisardo, y no como Celio;
Que yo sé que sois Lisardo.
LIS. Harto me habeis dicho en eso,
Pues me habeis dicho que sois
(Que otro no lo sabe) Aurelio.
FELIX. (*Ap.*) Detrás del castillo dice:
¿Por dónde se irá más presto?
AUR. Es verdad, y mis desdichas,
Por mi honor y por el vuestro,
Me hacen que venga á buscaros.
LIS. La fineza os agradezco.
(*Ap.* Sin duda, como está aquí
César, á avisarme dello
Viene, y á hallarse conmigo.)
AUR. Porque sabreis...
FÉLIX. Caballeros,
¿Por dónde saldré al castillo
Antes desde aquí?
AUR. ¡Qué veo!
Traidor, por dónde á tu muerte
Se va, has de saber más presto.
(*Sacan las espadas.*)
LIS. (*Ap.*) Bien presumí.
FÉLIX. (*Ap.*) Que embarace
Es fuerza un duelo á otro duelo.
LIS. (*Ap.*) Porque de mí no se diga
Que al que yo llamado tengo
Pude embestir ventajoso
Antes de llegar al puesto,
Aunque contra Aurelio sea,
Le he de defender.) Teneos,
Señor.
AUR. Pues ¿vos á su lado
Os poneis?
LIS. Sí; que este empeño
Ignorais por qué me toca.
AUR. ¿A quien yo buscando vengo
En demanda de mi honor
Que tanto tiene de vuestro,
Ahora defendeis?
LIS. Sí.
FÉLIX. El favor os agradezco,
No por mi peligro, tanto
Como por lo que deseo,
Sin su ofensa, mi defensa:
Y advertid, señor Aurelio,
Que en mi vida os he ofendido.
AUR. Traidor Don Félix, sí has hecho.
LIS. (*Ap.*) Félix le llamó: ¡qué escucho!
AUR. Y así yo sabré...

ESCENA XVII.

LIDORO, GENTE.—DON FÉLIX, AURELIO, LISARDO.

LID. A buen tiempo
Os alcancé. A vuestro lado
Estoy, Don César. ¿Qué es esto?
AUR. La ciega resolucion
De un noble ofendido... Pero
Ya que llegais á impedirla,
Sabré esperar mejor tiempo,
En que no hallen mis desdichas
Tantos padrinos en medio. (*Vase.*)

ESCENA XVIII.

DICHOS, MENOS AURELIO.

LIS. (*Ap.*) ¡Cielos! ¿qué haré? que aunque
Me toca seguir á Aurelio, [aquí
No puedo perder de vista
A César, porque no quiero,
Aunque Félix le ha llamado,
Que salga, y faltar del puesto.
LID. ¿Qué es esto, César?
FÉLIX. No sé.
LID. ¿Quién es ese caballero?
FÉLIX. Es el padre de Violante.
LID. ¡Qué decís! ¿ese es Aurelio?
Pues ¿qué tiene con vos?
FÉLIX. Ser
Amigo de Félix, pienso.
LID. Celio, mientras voy tras él
Para intentar componerlo,
Pues fué dicha haber llegado
En esta ocasion á veros,
No dejeis á César vos.
LIS. De no dejarle os ofrezco.
(*Ap.* Por lo que me importa á mí
Asistir á sus intentos.)
(*Vanse Lidoro y la gente.*)

ESCENA XIX.

DON FÉLIX, LISARDO.

FÉLIX. No en aqueso os empeñeis,
Porque donde ir solo, tengo.
LIS. No teneis.
FÉLIX. ¿Qué sabeis vos?
LIS. Nada sé; pero sospecho,
Señor César ó señor
Félix (que uno y otro veo
Llamaros), que no tendreis
Que hacer ahora que yo quedo
Encargado de guardaros;
Porque á mi fineza atento,
No dejaros ir me toca.
FÉLIX. Ya yo sé que hasta aquí os debo
La hidalguía de pasaros
A mi lado, y así espero
Deberos tambien...

ESCENA XX.

LIDORO.—DICHOS.

LID. No pude
Alcanzarle; mas sabiendo
Que es el padre de Violante,
A quien en mi casa tengo...
LIS. (*Ap.*) ¿Cómo? ¿Violante en su casa?
LID. Importará que tratemos
De que casada con Félix
La halle, para que con eso
Felizmente acabe todo.—
Venid, César, y veremos
Cómo ha de ser.
FÉLIX. Perdonadme;
Que ya voy tras vos.
LID. Mal puedo
Dejaros.
LIS. (*Ap.*) De un lance á otro
Van mis desdichas creciendo.
LID. Venid.—Señor Celio, adios.
(*Vase retirando.*)
LIS. Él os guarde.
FÉLIX. Señor Celio...
(*Ap.*) Pues que no puedo salir,

(*a*) No temo que no vaya solo: creo que no dejará de ir solo; creo que irá solo.

En dar razon me resuelvo.)
Pues tanto os habeis mostrado
En mi favor, bien me atrevo
A fiar de vos mi honor.

LIS. ¿Qué mandais?

FÉLIX. Por caballero,
Os toca valer á quien
De vos se vale. Yo tengo
Esperándome en el campo
Un hombre con quien deseo
Verme, aunque no le conozco.
Lisardo es su nombre, el puesto
Es á espaldas del castillo.
Que vos le busqueis, os ruego,
Y le digais de mi parte
Estos precisos empeños,
De que vos sois buen testigo:
Que me perdone, que tiempo
Después habrá. ¿Haréislo?

LIS. Sí,
Con tal fineza, que creo
Que podeis imaginar
Que se lo habeis dicho á él mesmo.

FÉLIX. Guárdeos el cielo mil años.

LID. ¿No venis?

FÉLIX. Ya voy. (*Ap.* Con esto,
Ya que al todo de mi honor
No acudo, una parte enmiendo.)
(*Vanse Lidoro y Don Félix.*)

ESCENA XXI.

LISARDO.

¿Qué es lo que pasa por mí?
¿Habrá algun discurso, cielos,
Que se atreva á atar los cabos
De las dudas que padezco?
A Don César, á quien yo
Hoy desafié por serlo,
Con el nombre de Don Félix
Le viene buscando Aurelio:
Y cuando pensé que hacia
Por ofensa mia el empeño,
Hallo que es la ofensa suya,
Después á Lidoro oyendo
Que está Violante en su casa.
Pues ¿cómo si es César, cielo,
Aurelio no le conoce,
Y cómo si es Félix, luego
Dicen que con Félix van
A tratar el casamiento?
Esto es discurrir en vano;
Y pues solo podrá el tiempo
Descifrarme tantas dudas,
Buscaré volando á Aurelio;
Que acabada la hidalguía
Que me hizo poner en medio,
He de asistir á su lado,
Hasta que ambos nos venguemos
Dél, ó Félix sea ó sea César;
Y hasta entonces dadme, cielos,
Discurso para dudarlo
O arbitrio para saberlo. (*Vase.*)

Sala en casa de Lidoro.

ESCENA XXII.

SERAFINA Y FLORA, *de máscara.*

SERAF. ¿Qué has dicho á Violante?

FLORA. Que
Unas amigas te han hecho
Disfrazar, y que con ellas
Vas á un festín.

SERAF. Pues ven presto.

FLORA. ¿A eso te resuelves?

SERAF. Sí;
Que habiendo oido primero
El desengaño en Violante,
De que César es el dueño
De sus penas, ver después
Que no va, cuando lo ofrezco
Ocasion de hablarme, aunque
Le llamaron tus acentos,
Es sin duda que no ir
Fué por no darle á ella celos:
Conque, si la verdad digo,
Los que á ella no le da, tengo.
Y así, puesto que él rehusa
Verme en mi jardin, pretendo,
En su cuarto disfrazada,
Decirle mis sentimientos;
Que si una vez desahogo
Esta cólera del pecho,
Yo sabré después vengarme
A desdenes y á desprecios.
Vamos, Flora.

FLORA. No quisiera...

SERAF. Nada me digas: ya veo
Que tienes razon; mas ¿qué
Razon manda en los afectos,
Y más de mujer, que altiva
Y soberbia, en algun tiempo
Se ve desairada? Pues
No tiene el Vesubio incendio,
No tiene violencia el rayo,
No tiene... Pero no quiero
Comparaciones, pues sola
Ella es su encarecimiento. (*Vanse.*)

ESCENA XXIII.

VIOLANTE, NISE.

NISE. Dime, señora, ¿qué intentas?

VIOL. ¡Ay, Nise, si hallara medio
Como (pues falta esta tarde,
A causa de sus festejos,
Serafina) hablar pudiera
Yo á César, á quien ya tengo
Casi persuadido á que
Son falsos sus sentimientos!
Y más si llegara Fabio,
A quien ya he llamado á tiempo
De ser un testigo más
Al desengaño que intento;
Que fuera gran dicha mia

Que de mi fé satisfecho,
Cuando viniera mi padre,
Le templara el casamiento.

NISE. No sé qué diga, porqué
Pasar al cuarto es á riesgo,
Como otra vez, de que en él
Te busquen; y fuera deso,
¿Qué sabemos si entrará
Alguien en él á ese tiempo?

VIOL. Solo de una suerte, Nise,
Puede ser sin ese miedo.

NISE. ¿Cómo?

VIOL. Usando los disfraces
Que usan todos.

NISE. Pues yo tengo
Una criada, que más
Que otras mi amiga se ha hecho,
Y nos dará trajes.

VIOL. Pues
Prevenla, Nise, te ruego,
Y dile que si llegare
Preguntando un hombre viejo
Por mí, diga... Mas después
Lo sabrás; que ahora veo
A Lidoro y á Don Félix
Entrar en casa, y no quiero
Que acaso me hallen: tú aquí
Te queda, porque si oyeron
Ruido, á tí te vean.—Fortuna,
Este lance te encomiendo;
Ten lástima de mí, pues
Ves que inocente padezco
En las iras que tú tienes,
La culpa que yo no tengo. (*Vase.*)

ESCENA XXIV.

LIDORO, DON FÉLIX.—NISE.

LID. ¿Qué hace Serafina, Nise?

NISE. Con unas amigas creo
Que ha salido.

LID. Y tú ¿qué haces
Aquí? Éntrate allá dentro.—
(*Vase Nise.*)
César, lo que importa es
Hablar á Félix en esto.

ESCENA XXV.

LIDORO, DON FÉLIX.

FÉLIX. No dudo que si él llegara,
Señor, á estar satisfecho
De que Violante no tuvo
Culpa en el pasado riesgo,
Que con ella se casara,
Porque le está bien hacerlo;
Y así, que le dé Violante
Satisfaccion es primero
Que otra diligencia.

LID. Pues
Mirad, amantes extremos
Mejor pasan entre amigos,
Don César, que entre terceros,
Y más terceros á quien
Se debe algun cumplimiento;
Y así, pues es vuestro amigo,
Haced vos, ya que sois cuerdo,
Que ellos allá hablen sin mí
Sus cosas, y aun para esto
Viene bien que no esté en casa
Serafina.

FÉLIX. Yo me ofrezco
A disponerlo.

LID. Pues yo
Me voy: ved que al punto vuelvo.
(*Vase.*)

FÉLIX. Esto se va declarando
Muy apriesa, y nada, cielos,
Me embaraza con Lidoro
Ni el Príncipe en cuanto al trueco
Del nombre, sino no más
Que con Serafina, puesto
Que en viendo que no soy César,
Quizá...

ESCENA XXVI.

DON CÉSAR, TRISTAN.—DON FÉLIX.

TRIST. ¿Que estás sano y bueno,
Señor? Dame...

FELIX. Quita, loco.

CÉSAR. ¡Cuánto, Don Félix, me huelgo
De veros que con Lidoro
Volvais! pues arguyo deso
Que no fuisteis adonde ibais.

FELIX. A mí me pesa de veros,
Pues nunca en vuestra amistad
Creí que hubiera sentimiento,
Hasta hoy.

CÉSAR. Pues ¿qué queriais?

FELIX. Nada; que no es tiempo deso.
Aurelio en Milan está.

CÉSAR. ¿Qué decís?

FÉLIX. Lo que es tan cierto,
Que la espada para mí
Ha sacado; y en efecto,
Todo esto viene, Don César,
A parar en que tratemos,
Para que acabe bien todo,
De Violante el casamiento.
Ved vos qué pensais hacer.

CÉSAR. Yo estoy, si no satisfecho
En el todo, en mucha parte,
De Violante; porque habiendo,
Segun dice ella y segun
Yo estoy deseando creerlo,
Su padre visto el papel
Que llevó Tristan, infiero
Que dél resultó el pensar
Ser vos el amante.

FÉLIX. Es cierto.
¿En qué ocasion el papel
Disteis?

TRIST. Mientras el dinero
Contaba.

FELIX. ¿Luego allí estaba?
TRIST. No estaba sino allá dentro.
CÉSAR. Él le vió dar y calló.
TRIST. ¡Miren el maldito viejo!
FELIX. Pues siendo así... Mas ¿no llaman
A esa puerta?
(*Llaman dentro.*)
TRIST. El duende creo
Que será.
FELIX. Abre, pues.
CÉSAR. No abras.
FELIX. ¿Por qué?
CÉSAR. Porque en ver me ofendo...
FELIX. Esperad; que porque no
Escrupulicеis, ofrezco,
Quedando con ella airoso,
Despedir su favor, puesto
Que es fuerza que ya se sepa
Todo nuestro fingimiento.
CÉSAR. Pues con esa condicion,
Abre.
FELIX. Retiraos os ruego,
Y oid un cortés desengaño,
Que es lo que yo darle intento.
(*Retírase Don César.*)

ESCENA XXVII.

SERAFINA Y FLORA, *de máscara, pero descubiertas.*—DON FÉLIX, TRISTAN; DON CESAR, *retirado.*

SERAF. Pensareis, señor Don César,
Que hoy agradecida vuelvo
A saber de vos: pues no;
Que lo que hoy me obliga á esto,
Ya que vos no vais adonde
Yo os llamo, es solo el intento
De que favorezcais una
Pretension que con vos tengo.
TRIST. (*A Flora.*) Y uced, ¿no tiene conmigo
Pretension?
FLORA. Pues yo ¿á qué efecto?
TRIST. De consentir que por mi
Perdiera el entendimiento.
FELIX. ¿Pretension conmigo vos?
SERAF. Sí.
FELIX. ¿Qué mandais?
SERAF. Oid atento.
FELIX. (*Ap.*) Aquí de todo mi honor.
SERAF. (*Ap.* Aquí de todo mi esfuerzo.)
Violante me ha dicho que
Vos, Don César, sois el dueño
De sus fortunas: su llanto
Me ha enternecido, su ruego,
Su fineza, su verdad,
Su fe, su amor y su afecto:
Y así, que della os dolais,
De su honor, de su respeto,
De su opinion y su sangre,
Es la pretension que tengo.
Ved qué quereis que le diga;
Pero ha de ser advirtiendo
Que el sí ó el no que digais,
Todo es ofensa, supuesto
Que el no es no hacer lo que pido,
Y el sí, lo que no deseo.
FELIX. Un sí y un no me mandais
Que os dé, y aunque son opuestos
Tanto un no y un sí que nunca
Han cabido en un sugeto,
Yo soy tan poco dichoso,
Que caben en el mio, viendo
Que con el no os desobligo,
Y que con el sí os ofendo.
Y así el sí, señora, es
Que es verdad que es César dueño
De Violante; el no, que no
Lo soy yo: cuyo argumento
Ahora al contrario es, señora:
El no que otra vez os vuelvo,
Que no lo es Félix, y el sí,
Que lo soy yo.
SERAF. No os entiendo.
FELIX. No me espanto: yo tampoco.
SERAF. Hablad más claro.
FELIX. No puedo.
SERAF. ¿Cómo?
FELIX. Como no me animo.
SERAF. ¿Por qué?
FELIX. Porque no me atrevo.
SERAF. ¿A qué? decid.
FELIX. A enojaros.
SERAF. ¿Qué os acobarda?
FELIX. Perderos.
SERAF. César ¿no ha amado á Violante?
FELIX. Ese es el sí que os ofrezco.
SERAF. ¿Soislo vos?
FELIX. Ese es el no.
SERAF. ¿Qué es la causa?
FELIX. Un fingimiento.
SERAF. ¿A qué fin?
FELIX. De una amistad.
SERAF. ¿De qué suerte?
FELIX. Padeciendo...
SERAF. ¿Qué?
FELIX. Las dichas y desdichas...
SERAF. ¿De quién?
FELIX. Del nombre que tengo.
SERAF. Hablad más claro.
FELIX. Si haré.
SERAF. Nada temais...
FELIX. ¿A qué efecto?
SERAF. De que nada...
FELIX. Proseguid.
SERAF. Os esté mal...
FELIX. Decid presto.
SERAF. Sino que César seais,
Si es César de otro amor dueño.
FELIX. Pues con esa confianza,
Oid: yo soy...

ESCENA XXVIII.

VIOLANTE, AURELIO, LISARDO.—DON FÉLIX, SERAFINA, TRISTAN, FLORA; DON CÉSAR, *retirado.*

VIOL. (*Dentro.*) ¡Valedme, cielos!

AUR. (*Dentro.*) Muere, ingrata.
LIS. (*Dentro.*) Y mueran cuantos
Intentaren defenderlo.
SERAF. ¡Ay de mí! ¿qué ruido es ese?
FLORA. ¡Buena hacienda habemos hecho!
TRIST. Grande alboroto hay en casa.
FELIX. Mientras yo voy á saberlo,
Aquí esperad.
CÉSAR. (*Adelantándose.*) De Violante
Es la voz: yo iré primero.
FLORA. Huyamos: huye, señora.
SERAF. Abre esa puerta.
FLORA. No puedo;
Que estará como otras veces.
(*Sale Violante disfrazada.*)
CÉSAR. Violante, dime, ¿qué es esto?
¡Tú entras aquí disfrazada!
VIOL. Yo en este traje (el aliento
Me falta) para pasar
A satisfacerte (¡ay cielos!)
Estaba, cuando me dijo
Una criada que un viejo
Me buscaba: crei que Fabio
Fuese, y llegué donde encuentro
A mi padre... Pero él entra
Aquí.
CÉSAR. En algun aposento
Te retira, en tanto que
Nosotros le detenemos.
FÉLIX. (*A Serafina.*) Vos, señora, porque aquí
No os vean, entrad tambien dentro.
(*Vanse Don Félix, y Don César.*)
SERAF. Fuerza será... Pero aguarda.
(*Entra primero Violante, y cierra la puerta.*)
VIOL. (*Dentro.*) Perdona; que si no cierro
Yo por dentro...
SERAF. ¡Ay de mí!
VIOL. (*Dentro.*) Que no estoy segura pienso.
FLORA. ¡Vive tal, que del pasado
Lance se vengó!
(*Tápanse Serafina y Flora.*)

ESCENA XXIX.

AURELIO, LISARDO Y LIDORO, *con espadas desnudas.*—DON FÉLIX, DON CÉSAR; SERAFINA Y FLORA, *tapadas;* TRISTAN.

LID. ¿Qué es esto?
¡En mi casa este alboroto!
AUR. No hay sagrado á los despechos
De un honor. Si en vuestra casa
Hallo esta ingrata á quien vengo
Buscando, y á este traidor,
¿Qué os admira?
LID. Detenéos.
CÉSAR. (*Ap.*) ¡Que no pudiese Violante
Esconderse!
FELIX. (*Ap.*) Por lo menos,
Serafina, como sabe
La casa, se entró allá dentro.
LID. (*Ap.*) ¡Cuánto de que Serafina
Hoy no esté en casa me huelgo!
AUR. Yo he de vengarme: apartad.
CÉSAR. Advertid, señor Aurelio,
Si no en la casa en que estais,
Que soy yo quien la defiendo.
AUR. Señor Don César, en vano
Es que os pongais vos en medio,
Siendo tambien mi enemigo
Por la muerte de Laurencio.
LIS. ¿Tú diste muerte á mi hermano,
Traidor? Pues ya descubierto
Con decir que soy Lisardo,
No he de aguardar otro duelo.
FELIX. Pues haced este conmigo,
Pues soy á quien antes desto
Teniais desafiado.
AUR. ¿No basta, Félix soberbio,
El ser dueño de un agravio,
Sino hacerte de otro dueño?
LIS. (*Ap.*) ¡Qué es lo que escucho! ¿A Don César
Llama Don Félix, y luego
A Don Félix César llama?
SERAF. (*Ap.*) ¡Doléos de mi vida, cielos!
AUR. Tu enemigo y mi enemigo,
Lisardo, son los que vemos.
LIS. Morir ó vengarnos.
FELIX. Pues
Morir será lo más cierto.
LID. Tenéos todos.
VOCES. (*Dentro.*) Pára, pára.

ESCENA XXX.

EL PRÍNCIPE, CRIADOS.—DICHOS.

PRÍNC. ¿Qué ruido es este? que siendo
En vuestra casa, no es bien
Que me pase sin saberlo...
Y más ahora que miro
En ella á César y Celio.
LID. Yo os lo diré, si es que yo
Puedo alcanzar á saberlo.
Aquesa dama es Violante,
Hija...
SERAF. (*Ap.*) ¡Ay infeliz!
LID. De Aurelio:
Consigo la trajo Félix,
Que es aqueste caballero,
De César amigo.
AUR. Oid,
Que padeceis algun yerro,
Que este es Félix, ese es César.
PRÍNC. Eso es meterme en el duelo
A mí. Pues á mí ¡me engaña
Nadie!
LID. Y á mí tambien, puesto
Que yo á mi casa le trajo.
FELIX. Yo os dejaré satisfecho,
Si me oís, pues no es delito
Ser amigo verdadero.
César de Violante es
El amante; y siendo á tiempo
El venir á visitaros,
Que su dicha habia dispuesto

Ver el favor de Violante,
Con su nombre y con el pliego
Vine yo. Lo que después
Le obligó á venir huyendo,
Fué que un papel un criado
Mio llevó, y le dió á Aurelio
La noticia y el engaño
De pensar que yo le ofendo.
No es yerro hacer un amigo
Una fineza; y si es yerro,
Es yerro muy disculpado;
Y más cuando todo esto
Pára en que se case César
Con Violante, que sabiendo
Su poca culpa, la mano
Por mí le ofrece.

CÉSAR. Sí ofrezco.

AUR. Pues con aquesa palabra,
Yo me doy por satisfecho.

LIS. Yo no.—Perdona, señor,
Porque aunque soy como Celio
Tu criado, no lo soy
Como Lisardo, y no tengo
De dejar yo de vengarme
Porque él haga el casamiento.

AUR. Pondréme á su lado yo,
Pues ya es Don César mi yerno.

PRÍNC. O Celio seais ó Lisardo,
Estando yo de por medio,
Pues mi agravio les perdono,
Fuerza es perdonar el vuestro.
Dadle la mano á Violante.

CÉSAR. Con mil almas; y supuesto
Que estás perdonada ya,
Descúbrete.—Pues ¿qué es esto?
Llega, Violante: ¿qué temes?

LID. ¿Por qué os retirais, habiendo
Conseguido su perdon?

FÉLIX. Yo que os descubrais os ruego,
Porque al Príncipe la mano
Reseis, señora, y á Aurelio.

SERAF. ¿Vos decís que me descubra?

FÉLIX. Claro está.

SERAF. Fuerza es hacerlo;
Mas ved en qué os empeñais.

(*Descúbrese.*)

LID. ¡Ay infelice! ¡qué veo!
Hija ingrata, ¿tú en aquese
Traje y aquí?

TODOS. Detenos.

LID. ¿Cómo es posible?

FÉLIX. Tomando
Los ejemplares de Aurelio;
Pues dándole yo la mano,
Señor, que no desmerezco
Por sangre y obligaciones,
Fuerza es quedar satisfecho,
Al ver que al dármela ella
No teneis otro remedio.

LID. ¿Qué he de hacer, si de la fuerza
Hacer virtud es consejo
Prudente?

PRÍNC. ¿Y dónde Violante
Está?

ESCENA XXXI.

VIOLANTE.—DICHOS.

VIOL. A vuestros piés, haciendo
Dellos seguro á mi vida.

CÉSAR. Dadme la mano.

LIS. Yo quedo
Solamente desairado,
Sin venganza y con mis celos.

TRIST. Flora, ¿qué hacemos los dos?

FLORA. ¿Qué? Contarnos los dos cuentos
De la dueña y de la mona.

TRIST. Otro dia; que no es tiempo
Ahora de más que pedir
El perdon de nuestros yerros.

FÉLIX. Y si la *dicha y desdicha*
Del nombre dió este suceso,
La dicha de quien le ha escrito
Supla en el sagrado vuestro,
Señor, que le perdoneis
La desdicha del ingenio.



JORNADA TERCERA, ESCENA VI.

EL MAYOR ENCANTO AMOR (5).

PERSONAS.

ULÍSES.
ANTÍSTES.
ARQUELAO.
POLIDORO.
ARSIDAS.
TIMANTES.
LÍSIDAS.
FLORO.
LEBREL.

CLARIN.
TISBE.
SIRENE.
GALATEA.
CASANDRA.
CIRCE.
FLÉRIDA.
ASTREA.
LICIA.

CLORI.
LA NINFA IRIS.
BRUTAMONTE, GIGANTE.
AQUILES.
UNA DUEÑA.
UN ENANO.
GRIEGOS.
SOLDADOS DE ARSIDAS.
TRITONES.—SIRENAS.

La escena es en Trinacria ó Sicilia.

JORNADA PRIMERA.

Mar y costa de Trinacria.

ESCENA PRIMERA.

Suena un clarin, y descúbrese un navío, y en él ULISES, ANTÍSTES, ARQUELAO, LEBREL, POLIDORO, TIMANTES, FLORO, CLARIN, Y OTROS GRIEGOS.

ANT. En vano forcejamos,
Cuando rendidos á la suerte estamos,
Contra los elementos.

ARQ. Homicidas los mares y los vientos,
Hoy serán nuestra ruina.

TIM. Iza el trinquete.

POL. Larga la bolina.

FLORO. Grande tormenta el huracan promete.

ANT. ¡Hola, iza!

LEB. ¡A la escota!

CLA. ¡Al chafaldete!

ULÍ. Júpiter soberano,
Que este golfo en espumas dejas cano,
Yo voto á tu deidad aras y altares,
Si la cólera templas destos mares.

ANT. Sagrado dios Neptuno,
¿Griegos ofendes á pesar de Juno?

ARQ. Causando está desmayos
El cielo con relámpagos y rayos.

CLAR. ¡Piedad, Baco divino!

No muera en agua el que ha vivido en vino.
LEB. ¡Piedad, Momo sagrado!
TIM. Monumentos de hielos
Hoy serán estas ondas.
TODOS. ¡Piedad, cielos!
POL. Parece que han oido
Nuestro lamento y mísero gemido,
Pues calmaron los vientos.
ARQ. Paces publican ya los elementos.
ANT. Y para más fortuna,
(Que la buena y la mala nunca es una)
Ya en aqueste horizonte
Tierra enseña la cima de aquel monte
Corona de esa sierra.
TIM. Celajes se descubren.
TODOS. ¡Tierra, tierra!
ULÍ. Pon en aquella punta,
Que el mar y el cielo, hecho bisagra junta,
La proa.
POL. Ya toca el espolon la playa.
ANT. Vaya toda la gente á tierra.
TODOS. Vaya.
ANT. Del mar cesó la guerra.
ULÍS. Vencimos el naufragio.
TODOS. ¡A tierra, á tierra!
(*Llega el bajel, y desembarcan todos.*)
ULÍS. Saluda el peregrino,
Que en salado cristal abrió camino,
La tierra donde llega,
Cuando inconstante y náufrago se niega
Del mar á la inconstancia procelosa.
ANT. ¡Salve y salve otra vez, madre piadosa!
ARQ. Con rendidos despojos
Los labios te apellidan y los ojos.
CLAR. Del mar vengo enfadado,
Que no es gracioso el mar, aunque es sala-
LEB. No es aqueso forzoso; [do.
Que yo no soy salado, y soy gracioso.
ULÍS. ¿Qué tierra será esta?
TIM. ¿Quién quieres que á tu duda dé res-
Si siempre derrotados, [puesta,
Mares remotos, climas apartados
Habemos tantos años discurrido,
El rumbo, el norte y el iman perdido?
POL. Pues no nuestras desdichas han cesado;
Que el monte donde ahora has arribado,
No parece habitable
En lo inculto, intrincado y formidable.
ANT. En él las más pequeñas
Ruinas, de gente humana no dan señas.
ARQ. Solo se ve de arroyos mil surcado,
Cuyo turbio cristal desentonado
Parece, á lo que creo,
Desperdiciado aborto del Letéo.
LEB. Que habemos dado temo
En otro mayor mal que Polifemo.
FLORO. Quejas son lastimosas y soveras,
Cuantas se escuchan, de robustas fieras.
TIM. Y si las copas rústicas miramos
Destos funestos ramos,
No pájaros suaves
Vemos, nocturnas si, agoreras aves.
ARQ. Y entre sus ramos rotos y quebrados
Trofeos de guerra y caza están colgados.
POL. Todo el sitio es rigor.
FLORO. Todo es espanto.
ANT. Todo horror.
ARQ. Todo asombro.
TIM. Todo encanto.
LEB. Absorto de mirar sus señas quedo.
¿Crêráse una verdad, que tengo miedo?
CLAR. Si crêré, si es que arguyo,
Que por mi corazon se juzga el tuyo.
(*Vanse todos, y quedan Ulises y Clarin.*)

ESCENA II.

ULISES, CLARIN.

ULÍS. Pues los dos nos quedamos,
Por esta parte penetrando vamos.
¡Qué bosque es de confusion tan rara
Aqueste que pisamos!
CLAR. Y aun no para
En eso, pues del triste oscuro centro
Suyo, miro salirnos al encuentro
Un escuadron de fieras,
Bárbara inculta hueste, que en hileras
Mal formadas embiste
A los dos.
(*Salen animales, y hacen lo que se va diciendo.*)
ULÍS. Defendámonos (¡ay triste!)
El uno al otro.—Pero ¿cómo es esto?
No solo á nuestra ofensa se han dispues- [to (a),
Mas humildes, postrados y vencidos,
Los pechos por la tierra, están rendidos.
Y el rey de todos ellos,
El leon, coronado de cabellos,
En pié puesto, una vez hácia las peñas,
Y otra hácia el mar, cortés nos hace se- [ñas.
¡Oh generoso bruto,
Rey de tanta república absoluto!
¿Qué me quieres decir cuando á la playa
Señalas? ¿Que me vaya,
Y que no tale más el bosque donde
Tienes tu imperio? A todo me responde,
Inclinada la testa,
Con halagos firmando la respuesta.
Creamos, pues, al hado;
Que un bruto no mintiera coronado.—
Convoca á gritos fieros
A nuestros compañeros,
Para que al mar volvamos,
Y agradecidos el peligro huyamos.
CLAR. Compañeros de Ulises, (*A voces.*)
Que discurrís los bárbaros paises
Deste encantado monte,
Desamparad su bárbaro horizonte.
ULÍS. Al mar, volved al mar, que tristemente
Con halago las fieras obediente
Cuando sus voces nuestras gentes llaman,
Quieren quejarse, y por quejarse braman.
CLAR. Todas con manso estruendo,
Repitiendo las señas, van huyendo.

(a) Falta un *no*. En otras comedias queda ya señalado otro caso igual.

ULÍS. Mucho es mi asombro.
CLAR. Y mi tristeza es mucha.
ULÍS. Dioses, ¿qué tierra es esta?

ESCENA III.

ANTISTES, *que sale huyendo.* — ULISES, CLARIN.

ANT. Atiende, escucha:
Entramos en este monte,
Ulises, tus compañeros,
A examinar sus entrañas,
A solicitar su centro,
Cuando á las varias fortunas
Del mar pensamos que el cielo
Nos habia dado amparo,
Nos habia dado puerto;
Mas ¡ay triste! que el peligro
Es de mar y tierra dueño,
Porque en la tierra y el mar
Tiene el peligro su imperio.
Dígalo allí, coronado
De tantos naufragios ciertos,
Y aquí lo diga, ceñido
De tantos precisos riesgos,
Aunque ni el mar ni la tierra
No tienen la culpa dellos,
Pues el hombre en tierra y mar
Lleva el peligro en sí mesmo.
Por diversos laberintos
Que labró (artífice diestro,
Sin estudio y sin cuidado)
El desaliño del tiempo,
Discurrimos ese monte;
Hasta que hallándonos dentro,
Vimos un rico palacio,
Tan vanamente soberbio,
Que embarazando los aires
Y los montes afligiendo,
Era para aquellos nube
Y peñasco para estos,
Porque se daba la mano
Con uno y con otro extremo;
Pero aunque viciosos eran,
La virtud no estaba en medio.
Saludamos sus umbrales
Cortesanamente atentos,
Y apenas de nuestras voces
La mitad nos hurtó el eco,
Cuando de ninfas hermosas
Un tejido coro bello
Las puertas abrió, mostrando
Apacible y lisonjero,
Que habia de ser su agasajo
De nuestros males consuelo,
De nuestras penas alivio,
De nuestras tormentas puerto.
Mintió el deseo; más ¿cuándo
Dijo verdad el deseo?
Detrás de todas venia,
Bien como el dorado Febo
Acompañado de estrellas
Y cercado de luceros,
Una mujer tan hermosa,
Que nos persuadimos ciegos
Que era, á envidia de Diana,
La diosa destos desiertos.
Esta, pues, nos preguntó
Quiénes éramos; y habiendo
Informádose de paso
De los infortunios nuestros,
Cautelosamente humana,
Mandó servir al momento
A sus damas las bebidas
Más generosas, haciendo
Con urbanas ceremonias
Político el cumplimiento.
Apenas de sus licores
El veneno admitió el pecho,
Cuando corrió al corazon;
Y en un instante, un momento,
A delirar empezaron,
De todos los que bebieron,
Los sentidos, tan mudados
De lo que fueron primero,
Que no solo la embriaguez
Entorpeció el sentimiento
Del juicio, porcion del alma,
Sino tambien la del cuerpo;
Pues poco á poco extinguidos
Los proporcionados miembros,
Fueron mudando las formas.
¿Quién vió tan raro portento?
¿Quién vió tan extraño hechizo?
¿Quién vió prodigio tan nuevo?
¿Y quién vió que, siendo hermosa
Una mujer con extremo,
Para hacer los hombres brutos
Usase de otros remedios,
Pues destas transformaciones
Es la hermosura el veneno?
Cuál era ya racional
Bruto, de pieles cubierto;
Cuál, de manchas salpicado,
Fiera con entendimiento;
Cuál sierpe armada de conchas,
Cuál de agudas puntas lleno,
Cuál animal más inmundo;
Y todos al fin á un tiempo
Articulaban gemidos,
Pensando que eran acentos.
La mágica entonces dijo:
«Hoy vereis, cobardes griegos,
De la manera que Circe
Trata cuantos pasajeros
Aquestos umbrales tocan.»
Yo, que por ser el que haciendo
Estaba la relacion
De nuestros varios sucesos,
Aun no habia al labio dado
El vaso, el peligro viendo,
Sin que reparara en mí
Circe, corrí; que en efecto,
El que se sabe librar
De os venenos más fieros
De una hermosura, es quien solo
Niega los labios á ellos.

Esto en fin me ha sucedido,
Y vengo á avisarte dello,
Porque desta esfinge huyamos.
Pero ¿dónde podrá el cielo
Librarnos de una mujer
Con belleza y con ingenio?

ULÍS. ¿Cuándo vengada estarás,
O injusta deidad de Vénus,
De Grecia? ¿Cuándo tendrán
Divinas cóleras medio?

ANT. No en lastimosos gemidos
La ocasion embaracemos,
Que tenemos de librarnos:
Al mar volvamos huyendo.

ULÍS. ¿Cómo habemos de dejar
Así á nuestros compañeros?

CLAR. Perdernos, señor, nosotros,
No es alivio para ellos.

ULÍS. Juno, si en desprecio tuyo
Vénus ofende á los griegos,
¿Cómo tú no los defiendes,
Quejosa de tu desprecio?
Acuérdate que ofendida
De Páris, á nuestro acero
Le fiaste tu venganza;
Acuérdate que sangrientos
Por ti abrasamos á Troya,
Cuyo no apagado incendio
Hoy en padrones de humo
Está en cenizas ardiendo.
Si por haberte vengado,
Tantos males padecemos,
Remédianos, Juno bella,
Contra la deidad de Vénus.
(*Tocan chirimías, y sale en un arco la ninfa Iris, y canta la música dentro.*)

ESCENA IV.

IRIS, MÚSICOS.—DICHOS.

MÚSICOS. (*Dentro.*)
Iris, ninfa de los aires,
El arco despliega bello,
Y mensajera de Juno,
Rasga los azules velos.

IRIS. (*Canta.*)
Ya la obedezco,
Y batiendo las alas,
Rompo los vientos.

ULÍS. Línea de púrpura y nieve,
Nube de rosa y de fuego,
Verde, roja y amarilla,
Nos deslumbra á sus reflejos.

ANT. Que hermoso rasgo corrido
En el papel de los cielos,
Bandera es de paz.

ULÍS. Y en él
Está la ninfa pendiendo,
Embajatriz de las diosas,
Reina de dos elementos.—
Iris, bellísima ninfa,
Si tu respuesta merezco,
¿Qué, dichosa, vas buscando?
¿Qué, infelice, vas huyendo?

IRIS. (*Canta.*)
A tus fortunas atenta,
¡Oh nunca vencido griego!
Juno tu amparo dispone,
Y yo de su parte vengo.
Este ramo que te traigo,
De varias flores cubierto,
Hoy contra Circe será
Triaca de sus venenos.
(*Deja caer un ramillete.*)
Toca con él sus hechizos,
Desvanecerán luego,
Como al amor no te rindas;
Que con avisarte desto,
Ya la obedezco,
Y batiendo las alas,
Rompo los vientos.

TODA LA MÚSICA.
Y batiendo las alas,
Rompo los vientos.
(*Tocan chirimías, y desaparece el arco y la ninfa.*)

ESCENA V.

ULISES, ANTISTES, CLARIN.

ULÍS. Hermoso aliento de Juno,
No desvanezcas tan presto
Tanto aparato de estrellas,
Tanta pompa de luceros.
Espera, detente, aguarda,
Que te sacrifique el pecho
Estas lágrimas, que lleves
En señal de rendimiento.

CLAR. Ya las esparcidas luces
Va doblando y recogiendo,
Hasta perderse de vista
Por las campañas del viento.

ULÍS. Ya no hay que temer de Circe
Los encantos, pues ya veo
Tan de mi parte los hados,
Tan en mi favor los cielos.
A sus palacios me guía,
Veráseme vencer en ellos
Sus hechizos, y librar
A todos mis compañeros.

ANTÍS. No es menester que te guíe
A sus ojos; que ella, haciendo
Salva á tus peligros, sale
Al son de mil instrumentos.

Aparece el palacio de Circe.

ESCENA VI.

Salen los MÚSICOS *cantando, y despues* CIRCE, CASANDRA, TISBE, CLORI *y* ASTREA, *que trae un vaso en una salvilla, y* LIBIA *una tohalla.*—DICHOS.

MÚSICOS. *En hora dichosa venga*
A los palacios de Circe
El siempre invencible griego,
El nunca vencido Ulises.

CIRCE. En hora dichosa venga
Hoy á este palacio hermoso
El griego más generoso
Que vió el sol, donde prevenga
Blando albergue, y donde tenga
Dulce hospedaje, y atento
A sus fortunas, contento
Pueda en la tierra triunfar
De la cólera del mar
Y de la saña del viento.
¡Felice, pues, fuese el dia
Que estos piélagos sulcó;
Felice fuese el que halló
Abrigo en la patria mia,
Y felice la osadía
Con que ya vencer presuma
En tranquila paz, en suma
Felicidad inmortal,
Ese monstruo de cristal,
Sierpe escamada de espuma!
Que yo al cielo agradecida,
Pues ya mis venturas sé,
De tanto huésped daré
Parabienes á mi vida:
Y así á tus plantas rendida,
Con aplausos diferentes,
Vengo á recibir tus gentes,
Hurtando en ecos suaves
Las cláusulas á las aves,
Los compases á las fuentes.
Y porque el que en mar vivió,
Lo que más en él le obliga
A sentir, es la fatiga
De la sed que padeció
(¿Quién sed en tanta agua vió?),
A traerte aquí se atreven
Los aplausos que me mueven
(En señal de cuán piadoso
Es mi afecto) el generoso
Néctar que los dioses beben.
Bebe, y sin pavor alguno
Brinda á la gran majestad
De Júpiter, la beldad
De Vénus, ciencias de Juno,
De Marte armas, de Neptuno
Ondas, de Diana honor,
Flores de Flora, esplendor
De Apolo; y por varios modos,
Porque en uno asisten todos,
Bebe y brinda al dios de amor.

ULÍS. Bellísima cazadora,
Que en este opaco horizonte
Siendo noche todo el monte,
Todo el monte haces aurora,
Pues no amaneció hasta ahora
Que te ví, la luz en él,
Admite rendido y fiel
Un peregrino del mar,
Que halló piadoso al pesar,
Que halló á la dicha cruel.
Esa nave derrotada,
Que con tanta sed anhela,
Pez que por las ondas vuela,
Ave que en los aires nada,
A tu deidad consagrada,
Víctima ya sin ejemplo
De tus aras la contemplo,
Pues aquí se ha de quedar
Por trofeo de tu altar,
Por despojo de tu templo.
(*Llegan Licia y Astrea.*)
El néctar, con que has brindado
Mi feliz venida, acepto;
Aunque temor y respeto
Me han suspendido y turbado
Tanto, que de recatado
No me atrevo á tus favores,
Sin que otros labios mejores
Lisonjeen tus agravios;
Y así antes que con los labios,
Haré la salva con flores.
(*Mete el ramillete en el vaso, y sale fuego.*)

AST. En fuego el agua encendió.

LICIA. ¡Qué es lo que mis ojos ven!

CIRCE. ¿Quién, cielos airados, quién
Más ha sabido que yo?

ULÍS. Quien tus encantos venció,
Deidad superior ha sido;
Y pues á tiempo he venido,
Que á tantos vengar espero,
Verás, mágica, este acero
En tu púrpura teñido. (*Saca la espada.*)

CIRCE. Aunque llego á merecer
La muerte, es bien que te asombre,
Que no es victoria de un hombre
El matar á una mujer.
Valor tan hecho á vencer
No ha de ser, no, mi homicida.
Rendida tienes mi vida:
Luego de tu acero hoy
Dos veces segura estoy,
Por mujer y por rendida.

ULÍS. Por rendida y por mujer
Darte la muerte no quiero:
Vida tienes; mas primero
Que la vaina vuelva á ver
La cuchilla, has de traer
Mis compañeros aquí.

CIRCE. Eso y más haré por tí.—
Oid, racionales fieras,
En vuestras formas primeras
Trocad las formas que os dí.

ESCENA VII.

TIMANTES, POLIDORO, FLORO, ARQUELAO, LEBREL.—DICHOS.

TIM. ¿Qué es lo que me ha sucedido
Este rato que he soñado?

POL. En un leon transformado
Mi letargo me ha tenido.

FLORO. ¡Qué ajeno de mi sentido
Me ha usurpado un frenesí!

ARQ. ¡Gracias á Dios que te ví,
Oh campo azul cristalino!
LEB. Vive Dios, que fuí cochino,
Y aun me soy lo que me fuí.
CIRCE. Ya libres tus gentes ves.
ULÍS. Y ya aquí no hay que esperar.—
¡Alto, amigos, á embarcar!
TIM. A todos nos dá tus piés
Por esta ventura.
CIRCE. Pues
Tan seguro estás de mí,
No te ausentes, no, de aquí,
Sin que llegue á saber yo
Más despacio, quién venció
Mis encantos.
ULÍS. Oye.
CIRCE. Dí.
ULÍS. Si caben tantos sucesos
En el coto de unas voces,
La fértil Grecia es mi patria,
Y Ulises mi propio nombre.
Aunque inclinado á las letras,
Militares escuadrones
Seguí; que en mí se admiraron
Espada y pluma conformes.
Cerqué á Troya, y rendí á Troya:
No me permitas que torne
A la memoria sus ruinas,
Basta que Vénus las llore.
Heredero de las armas
De Aquiles fuí, porque logren,
Si dueño no tan valiente,
Dueño á lo menos tan noble.
Al mar me entregué, pensando
Volver á mi patria, donde
Trocara el bélico estruendo
A regalados favores.
Engañóme mi esperanza,
Mintióme mi amor, burlóme
Mi deseo. ¡Oh cuánto fácil
Su dicha imagina el hombre!
Vénus, del griego ofendida,
Mis venturas descompone;
Que es, aunque diosa, mujer,
En quien duran los rencores.
La cárcel abrió á los vientos,
Para mi agravio veloces;
Que para mis esperanzas
Aun fueran los vientos torpes.
Ellos, que airados embisten,
La frágil armada rompen,
Y yo turbado perdí
Con la confusion el norte.
Huésped viví de Neptuno
Seis años, y por salobres
Campañas de agua, sospecho
Que he dado una vuelta al orbe.
Entre Caribdis y Scila
Me ví, y á las dulces voces
Del golfo de las Sirenas
Basilisco fuí de bronce.
Llegué al pié del Lilibeo,
Ese gigante que opone
Al cielo sus puntas, siendo
Excelsa pira de flores.
Donde fuí de Polifemo
Mísero cautivo, y donde
Con su muerte rescaté
Mi vida de sus prisiones,
El trágico fin vengando
De Acis, generoso jóven,
Y la hermosa Galatea,
Hija de Nereo y Dóris,
Que, lágrimas de un peñasco,
Al mar en dos fuentes corren,
Cuñado... Mas deber no quiero
Tan poco á hazaña tan noble,
Que la desluzca en contarla,
Presumiendo que la ignoras.
Basta decir que seguro
De sus castigos atroces,
Tuvimos por agradables
De los vientos los rigores;
Porque tan airados fueron,
Que nos trajeron adonde
El rigor de una mujer
Venciese al rigor de un hombre;
Pues venimos donde tú
Mágicas transformaciones
Usas: llorando lo digan
Esas fieras y esos robles.
Y así, pues tan generosas
Deidades más superiores
Me aseguran, volveré,
Huyendo de tus rigores,
A quebrantar los cristales
De ese piélago, que sobre
Sus espaldas tantos años
Huésped me admitió.—Descoge,
Oh surto delfín que vuelas,
Varado nebli que corres,
Las alas, porque otra vez
La planta del agua cortes,
O con la quilla la rices,
O con el buque la entorches.
Torne, pues, al albedrío
De aire y mar la nave, y torne
A llevarme donde fuere
La voluntad de los dioses.
CIRCE. Retórico griego, á quien
Ese escollo cristalino,
Ese peñasco de nieve,
Esa campaña de vidrio
Náufrago huésped te tuvo
Tantos años, pues vencidos
Los hados, llegas trayendo
Aquesas flores contigo,
Que son antídoto hermoso,
Que son conjuro divino
Contra mortales venenos,
Contra mágicos hechizos;
No tan presto á peinar vuelvas
Al mar los cabellos rizos,
Que canos y ajados son
Hermosos con desaliño:
Deja descansar las ondas,
Y ese bajel, que al abrigo
De dos montes surto yace,

Permite que agradecido
A la piedad de los cielos,
De los hados al arbitrio,
Blanda y no penosamente,
Bata las alas de lino,
En tanto que te reparas
De aquel pasado peligro,
Que derrotado te trajo
A aquestos montes altivos.
Y para que sepas cuánto
Asombro es el que has vencido,
Darte relacion de mí
Este instante solicito.
Esa luminar antorcha,
Que desde su plaustro rico
El cielo ilumina á rayos,
El mundo describe á giros;
Ese planeta, que corre
Siempre hermoso, siempre vivo
Llevándose tras sí el dia,
Fué el luciente padre mio.
Prima nací de Medea
En Tesalia, donde fuimos
Asombro de sus estudios,
Y de sus ciencias prodigio;
Porque enseñadas las dos
De un gran mágico, nos hizo
Docto escándalo del mundo,
Sabio portento del siglo;
Que en fin las mujeres, cuando
Tal vez aplicar se han visto
A las letras ó á las armas,
Los hombres han excedido.
Y así ellos envidiosos,
Viendo nuestro ánimo invicto,
Viendo agudo nuestro ingenio,
Porque no fuera el dominio
Todo nuestro, nos vedaron
Las espadas y los libros.
No te digo que estudié
Con generoso motivo
Matemáticas, de quien
La filosofía principio
Fué; no te digo que al cielo
Los dos movimientos mido;
Natural y rapto, siendo
Ambos á un tiempo contínuos;
No te digo que del sol
Los veloces cursos sigo,
Siendo cambiante cuaderno
De tornasoles y visos:
No que de la luna observo
Los resplandores mendigos,
Pues una dádiva suya
Los hace pobres ó ricos;
No te digo que los astros,
Bien errantes ó bien fijos,
En ese papel azul
Son mis letras; solo digo
Que esto, aunque es estudio noble,
Fué para mi ingenio indigno;
Pues pasando á más empeños
La ambicion de mi albedrío,
El canto entiendo á las aves
Y á las fieras los bramidos,
Siendo para mí patentes
Agüeros ó vaticinios.
Cuantos pájaros al aire
Vuelan, ramilletes vivos,
Dando á entender que se llevan
La primavera consigo,
Renglones son para mí
Ni señalados ni escritos.
La armonía de las flores,
Que en hermosos laberintos
Parece que es natural,
Sé yo bien que es artificio;
Pues son planas, en que el cielo
Estampa raros avisos.
Por las rayas de la mano
La quiromancia examino,
Cuando en ajadas arrugas
De la piel, el fin admiro
Del hombre; la geomancia
En la tierra, cuando escribo
Mis caractéres en ella;
Y en ella tambien consigo
La piromancia, cuando
De su centro, de su abismo,
Hago abrirse las entrañas,
Y abortar á mis gemidos
Los difuntos, que responden,
De mi conjuro oprimidos.
¿Mas qué mucho, si al infierno
Tal vez obediente he visto
Temblar de mí, si tal vez
Sus espíritus aflijo?
¿Pero para qué te canso?
¿Pero para qué repito
Grandezas mias, si todas
En esta sola las cifro?
Para que mejor pudiese
Entregarme á mis designios,
A Trinacria vine, donde
En este apartado sitio
Del Etna y del Lilibeo,
Estos palacios fabrico,
Deleitosas selvas fundo,
Y montes incultos finjo.
Aquí, pues, siendo bandida
Emperatriz de sus riscos,
La vida cobro en tributo
De todos los peregrinos,
Que náufragos en el mar,
A la ley de su destino,
Cerrado puerto de nieve,
Osaron abrir caminos.
Y porque fuese mi imperio
Más raro y más exquisito,
Esas fieras y esos troncos
Todos son vasallos mios;
Que los troncos y las fieras
Viven aquí con instinto;
Pues, árboles racionales,
Son hombres vegetativos.
Esta soy, y con mirar
El sol á mi voz rendido,
La luna á mi accion atenta,

Obediente á mi suspiro
Toda la caterva hermosa
De los astros y los signos;
Con saber que, cuando quiero,
El cielo empaño, que vibro
Los rayos, que de las nubes
Aborto piedra y granizo,
Que hago estremecer los montes,
Caducar los edificios,
Titubear todo ese mar
Y penetrar los abismos,
Y finalmente trocarse
Los hombres sin albedrío
En varias formas, teniendo
Ya en las peñas obeliscos,
Ya en las cortezas sepulcro,
Y ya en las grutas asilo;
Hoy á tus plantas me postro,
Hoy á tu valor me rindo,
Y como mujer te ruego,
Como señora te pido,
Como emperatriz te mando,
Como sábia te suplico
No te ausentes hasta tanto
Que hayas del hado vencido
El rigor con que te trajo
Derrotado y perseguido
A sulcar aquestos mares.
Quédate unos dias conmigo:
Verás, trocado mi extremo
De riguroso en benigno,
Con el gusto que te hospedo,
Con la atencion que te sirvo;
Siendo el Flegra desde hoy,
No ya fiero, no ya esquivo
Hospedaje de Saturno,
Siempre en roja sangre tinto;
Selva sí de Amor y Vénus,
Deleitoso paraiso,
Donde sea todo gusto,
Todo aplauso, todo alivio,
Todo paz, todo descanso.
Y no quieras más indicio
De mi piedad, que ser hoy
El primero que ha venido
A aquestos montes, á quien
Con algun afecto miro,
Con algun agrado escucho,
Con algun cuidado asisto,
Con algun gusto deseo
Y con toda el alma estimo.

ULÍS. (*Ap.* No fuera Ulises, si ya
Que á estos montes he venido,
La libertad no trajera
A cuantos aquí cautivos
Tiene el encanto. Hoy seró
De aquesta Esfinge el Edipo.

ANT. (*Ap. á él.*) Señor, no de sus lisonjas
Te creas, porque es fingido
Su halago.

LEB. Huyamos de aquí.

CIRCE. ¿Qué dices, Ulises?

ULÍS. Digo
Que no pudiera ser noble
Quien no fuese agradecido,
Y que conmigo he de ser
Cruel, por ser cortés contigo.

CASAN. (*Ap.*) ¡Ay de tí! porque no sabes
A lo que te has atrevido.

CIRCE. Pídeme, pues, en albricias
Una merced.

ULÍS. Solo pido
Que estos dos árboles, que hoy
A lástima me han movido,
Porque fué mi acero causa
De aumentarles su martirio (*a*),
En pago de aquesto, sean
A la luz restituidos.

CIRCE. Este árbol, Flérida, una
Divina hermosura ha sido,
Dama mia y mi privanza.
Rindió al amor su albedrío,
Enamorada de un jóven,
Lísidas en su apellido,
Heredero de Toscana,
Que de ese mar peregrino
Salió á tierra; y porque osados
Profanaron el retiro
De mi palacio, así yacen
En árboles convertidos;
Porque aunque yo fiera y monstruo
Tan dada soy á los vicios,
Solos delitos de amor
Fueron para mí delitos;
Tanto, que Arsidas, valiente
Jóven y príncipe invicto
De Trinacria, á cuyo imperio
Estos montes tiranizo,
Con saber que enamorado
De mi hermosura ha venido,
No ha merecido tener
Mas favor que volver vivo.
Pero ya que es la primera
Cosa que tú me has pedido,
Flérida y Lísidas rompan
Las prisiones que han tenido.
(*Ábrense dos árboles, y salen Flérida y Lísidas.*)

ESCENA VIII.

FLÉRIDA, LÍSIDAS.—Dichos.

LÍSID. Torpe el discurso, atado el pensamiento,
La razon ciega, el ánimo oprimido,
Sin uso el alma, el corazon rendido,
Muda la voz y tímido el aliento,
Sin voluntad, memoria, entendimiento,
Vivo cadáver de este tronco he sido.
Ya pues que me quitabas el sentido,
Quitárasme tambien el sentimiento.

(a) No se explica esto: no se dice en toda la comedia cosa de donde se infiera cómo la espada de Ulises aumentó el martirio que padecian Flérida y Lísidas, convertidos en troncos. Acaso en algun pasaje, que se suprimió, habria algun juego de teatro, al cual se haria alusion aquí: verbi gracia, si Ulises hubiese acuchillado aquellos árboles, y hubiese salido sangre de ellos. (*Nota del Sr. Hartzenbusch.*)

Si de amar (¡ay de mí!) á Flérida bella,
Castigo fué esta forma, en vano quieres
Que yo me olvide, porque vivo en ella.
Los troncos aman: luego mal infieres
Que, por ser tronco, venceré mi estrella,
Pues no la vences tú, y mas sábia eres.

FLÉR. Racional, vegetable y sensitiva
Alma el cielo le dió al sujeto humano;
Vegetable y sensible al bruto ufano,
Al tronco y á la flor vegetativa.
Tres almas son; si de las dos me priva
Tu voz, porque amo á Lísidas, en vano
Solicitas mi olvido, pues es llano [viva.
Que, aun tronco, alma me dejas con que
No de todo mi amor tendrá la palma
La parte en que has querido conservarme;
De aquella sí, que permitió esta calma.
Luego mudarme en tronco no es mudarme,
Porque si no me quitas toda el alma,
Todo el amor no has de poder quitarme.

CIRCE. Agradeced vuestras vidas
Al huésped que me ha venido,
Y vivid los dos seguros
Por él ya de mis castigos,
Como de vuestros amores
No deis el más leve indicio.

LÍSID. Siempre, Ulises, me tendrás
A tus piés agradecido.

FLÉR. Y siempre confesaré
Que por cuenta tuya vivo.

CIRCE. Pues porque empiecen á ser
Desde hoy aplausos festivos
Todo el monte, todo el valle,
Todo el mar y todo el sitio,
Volved á cantar, y todos
Con él volved y conmigo.

MÚSICA. *En hora dichosa venga*
A los palacios de Circe
El rayo de los troyanos,
El discreto y fuerte Ulises:
En hora dichosa venga...

ESCENA IX.

ARSIDAS.—Dichos.

ARS. No venga en hora dichosa,
Felice en desprecio mio,
Ni el que fué sepulcro á tantos,
Hoy á uno solo sea alivio.
Peligre en la tierra quien
Por aquesos mares vino,
En su sombra tropezando,
De un peligro á otro peligro.
Ese acento armonïoso,
Que le saluda benigno,
Airado trueque en endechas
Tristes, fúnebres caistros,
Las cláusulas, porque sean
De sus tragedias aviso;
Que no es justo, no, que un griego
Extranjero, advenedizo,
De tanto usado rigor
Venga á mudar el estilo.
¿Desde cuándo, Circe bella,
Con tanto aplauso festivo,
Con tan alegre aparato,
Tanto noble regocijo,
Al forastero saludas,
Recibes al peregrino,
Sin que este mar ó estas peñas
Le sirvan de precipicio;
O ya convertido en fiera,
O ya en árbol convertido,
Tenga en las peñas su estancia
Tenga en las grutas su asilo?
Príncipe soy de Trinacria:
No derrotado y perdido
Llegué á este puerto, pues vine
De mis afectos traido,
Porque aun aquesto tambien
Debieses á mi albedrío;
Que no quiso, no, el que solo
Porque le fué fuerza quiso,
Ni es sacrificio, no siendo
Voluntario el sacrificio.
Y en cuanto tiempo estos montes,
Por solo mirarte vivo,
No he debido á tu rigor,
Ni á tu crueldad he debido
Una accion á quien me muestre
Gustoso ni agradecido:
Tanto, que aun de tus encantos
Libre, estos campos asisto,
Porque en tantos sentimientos
No me faltasen sentidos.
Pues dos hombres solamente
Los que nos libramos fuimos,
Ulises y yo, porque
Todo hoy en desprecio mio
Resulte; pues sí los dos
Nos reservamos, ha sido
Ulises para gozarlo,
Y Arsidas para sentirlo.

ULÍS. Si de mi dicha envidioso,
Si de mi suerte ofendido...

CIRCE. Calla, Arsidas: si conoces
Que la vida te permito
Porque es la mayor venganza
Que tomo, como tú has dicho,
Dejarte vivir, teniendo
Sentimientos y sentidos,
Quejarte de mí es decirme
Que lo que busco consigo;
Y así, porque tú te quejes,
Yo la causa no te quito.—
Cantad, cantad, y tú ven,
Ulises, al lado mio.

LEB. (*A Clavin.*) No son muy malas las dos
Circecillas de poquito.

CLAR. (*A Lebrel.*) No hay que volver á dar car-
Que yo las tomo, y no miro. [tas;

AST. (*Ap.*) Habianme dicho que eran
Los griegos feos y esquivos;
Y ni esquivos son, ni feos,
Tanto como me habian dicho.

LÍSID. ¡Gracias á Amor, que otra vez,
Flérida hermosa, te miro!

FLÉR. ¡Gracias, Lisidas, á Amor,
Que otra vez á amarte vivo!
CIRCE. (*Ap.*) Vencerále mi hermosura,
Pues mi ciencia no ha podido.
ULÍS. (*Ap.*) Libraré de aquesta fiera
A Trinacria, si amor finjo.
ARS. (*Ap.*) Solo celos me faltaban,
Ya está todo el mal cumplido.
MÚSICA. *En hora dichosa venga*, etc.

JORNADA SEGUNDA.

Palacio de Circe.

ESCENA PRIMERA.

CIRCE, *llorando*; LICIA, ASTREA, CLORI, FLÉRIDA, CASANDRA.

LICIA. Señora, ¿qué llanto es este?
AST. ¿Qué pena, señora, es esta?
CLORI. ¿Tú lágrimas en los ojos?
FLÉR. ¿Tú suspiros, y tú quejas?
TISBE. ¿Qué ocasion pudo moverte
A que sentimientos tengas?
CAS. Los males comunicados,
Si no se vencen, se templan.
CIRCE. Quien tiene de que quejarse,
¡Oh, cuánto en quejarse yerra!
Que la justicia del llanto
Hace apacibles las penas.
Yo así mi tristeza quiero
Que tan poco no me deba,
Que en repetirla procuro
Hacer menor mi tristeza.
Dejadme sola.
AST. (*Ap. las dos.*) ¿Oyes, Licia?
LICIA. Razonablemente, Astrea.
AST. ¡Plegue á Amor que estos extremos
Lo que yo pienso no sean!
LICIA. ¡Plegue al amor que sí haga!
Qué es lo que plegamos piensa;
Pues si es amor la ocasion
Dellos, y ella á verse llega
Enamorada, dará...
AST. ¿Qué?
LICIA. Libertad de conciencia.
AST. Holgaréme de salir
De religion tan estrecha
Como es el honor. Vestales
Vírgenes Diana celebra
Entre gentes, mas nosotras
Entre animales y fieras
Somos vírgenes bestiales.
LICIA. Calla, porque no lo entienda.
(*Vanse las damas, menos Flérida.*)

ESCENA II.

CIRCE, FLÉRIDA.

CIRCE. Flérida, tú no te ausentes:
Sola conmigo te queda,
Que tengo que hablarte sola.
FLÉR. (*Ap.*) Sin duda, cielos, que intenta
Darme castigo mayor
Que el que en la dura corteza
Tuve, porque hablé esta tarde
A Lisidas.
CIRCE. Oye atenta.
Este Ulises, este griego,
Que esa marítima bestia
Sorbió sin duda en el mar,
Para escupirle en la tierra;
Este, que á la discrecion
De los vientos, con deshecha
Fortuna, tan derrotado
Llegó á tocar estas selvas;
Este, que trajo deidad
Superior en su defensa,
Pues, burlando mis encantos,
Les tiraniza la fuerza;
Este, pues, que mi hospedaje
Cortesanamente acepta,
Adonde hoy tan divertido
Vive olvidado de Grecia;
Como si fuera mi vida
Troya, la introducido en ella
Tanto fuego, que en cenizas
No dude que se resuelva;
Y con razon, porque ya
En callado fuego envuelta,
Cada aliento es un volcan,
Cada suspiro es un Etna.
Quisiera... ¿quisiera dije?
Mal empecé, pues sí es fuerza
Querer, Flérida, y ya quiero,
Erré en decir que quisiera.
Quiero, digo; pero quiero
Tanto, á mi ambicion atenta,
Que quiero á Ulises, y no
Quiero que Ulises lo entienda.
Ahora te admirarás
De que yo, que tan soberbia
Tu amor reñí, te fie el mio:
Pero admiraraste necia;
Porque la causa mayor,
Porque la ocasion más cierta
De incurrir en una culpa,
Es haber dicho mal della.
Y porque el contar delitos
A quien es cómplice, cuesta
Menos vergüenza, yo quise
Recatear esta vergüenza,
Y porque me cueste menos,
Decirlos á quien los sepa.
Yo amo en fin, Flérida mia:
Vengada estás de mi ofensa.
¡Pluguiera á Júpiter santo,
Tú trasformarme pudieras
A mí en insensible planta,
Que yo te lo agradeciera!
Porque si supiera entonces
Lo que es amor, más quisiera
Verte enamorada y viva,
Que no enamorada y muerta.

Enamorada en efecto
Llego, y pues tú á saber llegas
Qué es amor, de tí pretendo
Ayudar una cautela;
Y es, que para poder yo
Hablar con él, sin que él sepa
Que soy yo la que le habla,
Tú con ruegos y finezas
Le has de enamorar de dia,
Y diciéndole que venga
De noche á hablarte, estaré
Yo con tu nombre encubierta,
Donde mi altivez, mi honor,
Mi vanidad, mi soberbia,
Mi respeto, mi decoro
No se rindan, y...
FLÉR. Oye, espera,
Que quieres hacer en mí
Dos costosas experiencias.
Yo amo á Lisidas, y tú
Cruel, señora, me ordenas
Que disimule el amarle:
Yo no amo á Ulises, é intentas
Que finja amarle. ¿Pues cómo,
A dos afectos atenta,
Quieres que olvide á quien quiero,
Y que á quien olvido quiera?
Damas tienes con quien hoy
Partir los afectos puedas:
A un alma basta un cuidado.
CIRCE. Y aun la misma causa es esa.
Yo sé que quien llega á estar
Enamorada, no deja
Lugar para otro cuidado
En el alma: luego acierta
Quien á ella el suyo le fía,
Porque no peligra en ella
El riesgo de enamorarse,
Pues ya lo está; de manera
Que tú no me darás celos,
Y otra sí, cuando te vea
Con Ulises; pues tu amor
Sanea la contingencia.
Esto ha de ser en efecto.—
Mas ¿qué ruido es ese?
FLÉR. Llegan
Dos criados aquí, y traen
Sin duda alguna pendencia.
CIRCE. Retírate, que no quiero
Que á todas horas me vean,
Y escuchemos desde aquí
Lo que tratan en mi ausencia.
(*Retíranse.*)

ESCENA III.

LEBREL, CLARIN.—CIRCE Y FLÉRIDA, *retiradas.*

LEB. Digo que es la mejor vida
Que tuve en mi vida aquesta.
CLAR. ¿Eso dices?
LEB. Esto digo.
Y que en el mundo no hay tierra
Como Trinacria, y que Circe
Es un ángel en belleza
Y condicion.
CLAR. ¿Estás loco?
LEB. Dime, ¿ella no nos hospeda
Como á unos reyes?
CLAR. Es cierto;
Mas mucho mejor nos fuera,
Que en sus palacios, estar
En un bodegon de Grecia.
LEB. ¿No comemos lindamente?
CLAR. No, que no hay comida buena
Adonde no doy bocado
Que no piense que me deja
Hecho un cochino.
LEB. No es eso
Tan malo como tú piensas;
Que yo lo fuí, y no me hallaba
Mal con serlo; de manera,
Que á cuantos cochinos hay
Sin aliño y sin limpieza,
Disculpo, porque se ahorran
De muchas impertinencias.
Y al caso, ¿dónde hallarás
Una cama tan compuesta?
CLAR. No está el descanso en la cama;
Ni hay pícaro (*a*) que no duerma
Sin penas en un pajar,
Mejor que un señor con ellas
En una cama dorada.
LEB. ¿Dónde estos jardines vieras?
CLAR. ¿Para qué quiero jardines?
LEB. Cogite: ¿dónde tuvieras
Dos mozas de tan buen aire
Como son Licia y Astrea?
CLAR. Daréme por concluido
En tocándome esa tecla;
Pero no confesaré
Que Circe no es una fiera,
Nigromante, encantadora,
Energúmena, hechicera,
Súcuba, incuba; y en fin
Es, por acabar el tema,
Con los demonios demonia,
Como con los duendes duenda.
CIRCE. (*Ap. á Flérida.*) No puedo sufrir ya más
El escuchar mis ofensas.
FLÉR. No te dés por entendida.
CLAR. Y es Circe...
(*Salen Circe y Flérida de donde estaban.*)
CIRCE. ¿Qué es?
CLAR. Una reina;
Y á quien dijere otra cosa
Le daré, porque no mienta,
Dos mil palos, como uno.—
Y á tí, porque no te atrevas (*A Lebrel.*)
A hablar mal de las señoras
Doñas Circes en su ausencia,
Yo te haré...
LEB. ¿Pues quién hablaba
Mal sino tú?
CLAR. ¡Buena es esa!
¿A mí por los filos?

(*a*) Pobre, miserable.

CIRCE. Basta.
LEB. Yo...
CIRCE. Bien está.
CLAR. (*Ap.*) El cielo quiera,
Que no oyese lo demás.
LEB. ¡Que tan gran mentira creas!
CIRCE. Yo sé bien lo que es verdad.
Vos os salid allá fuera.
Que yo haré que mi castigo
Hoy escarmiente la lengua
Que habló mal de mí.
CLAR. Y será
Muy justo.
LEB. ¡Qué esto suceda! (*Vase.*)
CIRCE. A tí, en pago de que así
Hoy mis acciones defiendas,
Te quiero dar un tesoro
Con que á Grecia rico vuelvas.
De ese monte en lo intrincado
Llamarás con voces fieras
Tres veces á Brutamonte;
Que él te dará la respuesta.
CLAR. Mil veces tus plantas beso.
¡Qué bien tu gran valor muestras!
A toda ley, hablar bien.
¡Que haya hombres de mala lengua!
(*Vase.*)
FLÉR. ¿Cómo castigas, señora,
Al que te defiende, y premias
Al que te ofende?
CIRCE. A su tiempo
Y verás el premio que lleva.

ESCENA IV.

ASTREA.—CIRCE, FLÉRIDA.

AST. Ulises desde su cuarto
Al tuyo pasa.
CIRCE. Aquí empieza
Del amor y la altivez
La más cautelosa guerra,
Pues no he de dar por vencida
La que quiero que se venza. (*Vanse.*)

—

Jardin.

ESCENA V.

ULISES, CIRCE, FLÉRIDA, LISIDAS, ANTISTES, ARQUELAO, LEBREL, CLARIN, CASANDRA, DAMAS, GRIEGOS, MÚSICOS.

ULIS. (*Ap.*) Temeroso vengo ¡ay triste!
A ver á Circe, si es fuerza
Que como sábia la admire,
Y la admire como bella.
¡Quién no se hubiera fiado
Tanto de sí! ¡Quién no hubiera
Hecho cautela el quedarse!
Pues ya contra su cautela
Es imposible olvidarla,
Y es imposible quererla.
CIRCE. En este hermoso jardín,
Adonde la primavera
Llamó las flores á cortes,
Para jurar por su reina
A la rosa, que teñida
En sangre de Vénus bella,
Púrpura viste real;
Generoso honor de Grecia,
En tanto que de una caza
Boreal el término llega,
Que será luego que el sol
Vaya perdiendo la fuerza,
Con músicas y festines
Te espero, porque la ausencia
Y memorias de tu patria
Entretenido diviertas.
ULIS. Bellísima Circe, en quien
Por lo hermosa y lo discreta
O está demás el ingenio,
O está de más la belleza;
No es menester que mi vida
Tantas lisonjas te deba,
Para que rendido siempre
A tus plantas la agradezca;
Que el merecer adorar
Tu hermosura...
CIRCE. Aguarda, espera;
Que este cortés cumplimiento
No quiero, Ulises, que sea
Carta de favor, con que
A mi respeto te atrevas;
Que una cosa es hospedarte,
Agradecida á tus prendas,
Y otra es escucharte amores.
ULIS. Ni yo, Circe, me atreviera
A decirlos; que una cosa
Es cortesana fineza,
Y otra fineza amorosa.
CIRCE. (*Ap.*) ¡Pluguiera á Dios que lo fuera!
En esta tejida alfombra,
Que de colores diversas
Labró el abril, á quien sirve
De dosel la copa amena
De un laurel, al sol hagamos
Apacible resistencia.
Vayan tomando lugares
Todos, y tú aquí te sienta.
ULIS. Temo enojarte otra vez.
CIRCE. (*Ap. á ella.*) Flérida á entablar empieza
Lo que has de fingir.
(*Van tomando lugares las damas y los galanes, y Ulises se sienta en medio de Circe y Flérida.*)
FLÉR. (*Ap. á Ulises.*) Aquí
Me siento, porque quisiera
Daros á entender, Ulises,
Lo que me debeis.
LÍSID. (*Ap.*) ¿Qué llegan
A ver mis ojos? ¡ay cielos!
¿Flérida al lado se sienta
De Ulises, y con él habla?
¡Demme los cielos paciencia!
ANT. (*Ap.*) ¡Infelices de nosotros,
Si á estas lisonjas se entrega

Ulises, pues tarde, ó nunca
Daremos la vuelta á Grecia. (*Vase.*)
MÚSICOS. (*Cantan.*)
Solo el silencio testigo
Ha de ser de mi tormento,
Y aun no cabe lo que siento
En todo lo que no digo.

ESCENA VI.

ARSIDAS.—DICHOS, *menos Antistes.*

ARS. (*A Circe.*)
Si para ver sus desdichas
Siempre ha tenido licencia
Un triste, porque el pesar
A nadie cerró las puertas,
No te admires que la tome
Yo, y que á tus jardines venga,
Pues he de mirar mis celos,
A mirarlos de más cerca.
CIRCE. Yo no doy satisfacciones;
Pero huélgome que seas
Testigo de esto, porqué
Sin que yo las dé, las tengas.
ARS. Pues siendo así, y que ya Ulises
Está á la mano derecha,
Como escogido, yo tomo,
Como dejado, la izquierda.
CIRCE. Pues habemos de pasar
Aquí el ardor de la siesta,
Porque una aguda cuestion
Más á todos entretenga,
Haz, Flérida, una pregunta,
Y cada uno la defienda.
FLÉR. (*Ap.* Diré lo que á mí me pasa,
Porque Lisidas lo entienda.)
Danteo ama á Lisis bella,
Y Lisis manda á Danteo
Disimular su deseo;
Silvio olvida á Clori, y ella
Manda quien finja querella:
Danteo, amando, ha de callar;
Silvio, no amando, mostrar
Que ama: siendo esto forzoso,
¿Cuál es más dificultoso?
¿Fingir, ó disimular?
ULÍS. Disimular el que amó
Lo más difícil ha sido.
ARS. Fingir el que no ha querido,
Más difícil juzgo yo.
CAS. Esta opinion me agradó.
ARQ. Yo estotra pienso seguir.
CLAR. ¿Quién disimula el sentir?
LÍSID. ¿Y quién fingirá el amar?
LEB. Lo más es disimular.
CLAR. Lo menos es el fingir.
ULÍS. El hombre que enamorado
Está (quien lo está no ignora
Que esto es así), á cualquier hora
Trae consigo su cuidado;
El que finge no: olvidado
Puede estar, hasta llegar
De fingir tiempo y lugar:
Luego, si su afecto es juez,
Uno siempre, otro tal vez,
Mas cuesta el disimular.
ARS. La misma razon ha sido
La que me da la victoria.
Consigo trae su memoria
Quien ama; quien finge, olvido:
Luego el que ama no ha podido
Olvidarse de sentir;
Quien finge sí, pues ha de ir
Tras la ocasion que se pierde,
Sin que nadie se lo acuerde:
Luego más cuesta el fingir.
ULÍS. El fingir se trae consigo
Un cuidado tambien, pues
Batalla es fingir; mas es
Batalla sin enemigo:
La del que ama no, testigo
Es uno y otro pesar:
Este tiene que triunfar
De muchos afectos ciego;
Aquel de uno solo: luego
Más es el disimular.
ARS. Mayores afectos miente,
Que el que siente un mal cruel
Y le disimula, aquel
Que le dice y no le siente.
Pruébase esto claramente,
Si un representante á oir
Vamos, porque persuadir
Nos hace entonces que amó,
Y un enamorado no:
Luego más es el fingir.
ULÍS. Yo siento esto.
ARS. Estotro yo.
(*Meten mano á la espada.*)
CIRCE. ¿Qué es esto? ¿Pues cómo así
Hablais delante de mí?
Duelos del ingenio no
El acero los lidió:
Y así para que salgamos
De la cuestion en que estamos,
Desde el empuñado acero
Hoy á la experiencia quiero
Que la duda remitamos.
Ulises no ama, y defiende
Que es más celar un ardor:
Arsidas ama en rigor,
Y que es más fingirle entiende;
Y así mi ingenio pretende
La cuestion averiguar.
Los dos la habeis de mostrar
Hoy conmigo; y sin reñir,
Tú, Ulises, has de fingir,
Tú, Arsidas, disimular;
Y el que en la experiencia hiciere
Primera demostracion,
Por premio de la cuestion
Una rica joya espere.
ARSI. Mi amor aceptar no quiere
El partido, pues la llama
Ha de ocultar que le inflama;
Y Ulises no ha de fingir,
Pues nada finge en decir

Que te ama, si te ama.
CIRCE. Sospechas son de tus celos,
Y esto ha de ser.
ULÍS. Desde aquí
Finjo ser tu amante.
CIRCE. (*Ap.*) Así:
Abran camino los cielos
Para explicar mis desvelos.
ARSI. Yo disimulo, que no
Te quiero, pues me obligó
Tu precepto.
CIRCE. (*Ap.*) Desta suerte
Al uno y al otro advierto
Mi amor lo que deseó.
FLÉR. (*Ap. á Circe.*) Si lo das á cada uno
Un cuidado, ¿cómo, ¡ay Dios!
Quieres que yo tenga dos?
Pues en mal tan importuno
Son muchos cuidados uno.
CIRCE. Si ambos los has de tener,
¿Quién te metió, di, en saber
Cuál de los dos en rigor
Era cuidado mayor,
Pues no habias de escoger? (*Quiere irse.*)
ARSI. (*Ap.*) Circe se va, ingrata y bella,
Y aunque su ausencia sentí,
No la seguiré, que así
Disimularé el querella.
ULÍS. (*Ap.*) Circe se ausenta; tras ella
Iré, aunque mi mal infiero,
Por mostrarle que la quiero.
CIRCE. ¿Dónde, Ulises, vas?
ULÍS. Tras tí.
Que eres el sol de quien fuí
Girasol: vida no espero,
Ausente tu rosicler;
Y así tus reflejos sigo.
CIRCE. Arsidas, ven tú conmigo.
ARSI. Tengo otra cosa que hacer:
Perdona, no puede ser. (*Vase.*)
CIRCE. (*Ap.*) Bien á los dos considero
En el combate primero.
¡Oh si este amor, si este olvido,
Uno no fuera fingido,
Y otro fuera verdadero!
(*Vanse todos, y Flérida detiene á Ulises.*)

ESCENA VII.

ULÍSES, FLÉRIDA.

FLÉR. Oye, Ulises.
ULÍS. ¿Qué me quieres?
FLÉR. Estoy tan agradecida
A la deuda de mi vida,
Que hasta decirte que eres
Quien hoy en ella prefieres
Sus sentidos, no tendré
Sosiego en ellos; porqué
Es el agradecimiento
El más preciso argumento
Para probar una fé.
ULÍS. De tus penas obligado,
Decir puedo y afligido,
Que antes de haberlas sabido
Ya me habian lastimado.
No debes á mi cuidado
Lo que por tí no hice allí,
Cuando á la luz te volví;
Porque tú no tienes, no,
Que agradecer lo que yo
No supe que hacia por tí.
Agora sí que debieras
Mi deseo agradecer,
Pues almas quisiera ser
Para que tú las tuvieras.
FLÉR. Aunque acciones lisonjeras,
Agradezca su trofeo
Con mis brazos mi deseo. (*Abrázale.*)
(*Ap.* Yo misma de mí me admiro.)
(*Al ir á darse los brazos, salen por partes distintas, Circe y Lísidas.*)

ESCENA VIII.

CIRCE, LÍSIDAS.—ULISES, FLÉRIDA.

LÍSID. (*Ap.*) ¿Qué es esto, cielos, que miro?
CIRCE. (*Ap.*) ¿Qué es esto, dioses, que veo?
LÍSID. (*Ap.*) El griego Ulises es quien
Darme vida y muerte espera.
CIRCE. (*Ap.*) Bien que fingiese quisiera,
No que fingiese tan bien.
LÍSID. (*Ap.*) Muerte mis celos me dén.
CIRCE. (*Ap.*) Mas ¿de qué debo quejarme?
LÍSID. (*Ap.*) La vida intenta quitarme,
Que me ha dado Ulises, ¡cielos!
Porque darme vida y celos
No deja de ser matarme.
FLÉR. (*A Ulises.*) Estaré, como te digo,
De noche en ese jardin
Que cae sobre el mar, á fin
De que él solo sea testigo
Del afecto á que me obligo.
ULÍS. Flérida, no es grosería
Que responda la voz mia
Que no le ha de obedecer,
Pues es más desaire ser
Amada por cortesía.
Yo he de fingir ser amante
De Circe, y no lo fingiera
Si otro favor admitiera,
Tan poco firme y constante.
No el desengaño te espante;
Que aunque de mi pensamiento
Otro haya sido el intento,
Cesó; que en el mal que sigo,
Solo el silencio testigo
Ha de ser de mi tormento. (*Vase.*)

ESCENA IX.

CIRCE, FLÉRIDA, LÍSIDAS.

FLÉR. No pudiera responder
Más á mi contento nada;
Pues de verme despreciada
Soy la primera mujer

Que gusto llegó á tener.
LÍSID. (*Ap.*) ¿Qué espero? Mas ¡ay de mí!
Que está Circe ingrata allí.
Ocasion esperaré
De quejarme, si podré.
FLÉR. ¿Aquí estás, señora?
CIRCE. Sí.
FLÉR. ¿Luego ya bien entablado
Lo que me has mandado habrás
Visto?
CIRCE. Sí, Flérida, y más
De lo que te habia mandado.
FLÉR. Encarecí mi cuidado
Con afecto ¡ay de mí! cuanto
Supe.
CIRCE. Deja afecto tanto,
Flérida; que amando muero,
Y bien que lo finjas quiero,
Más no que lo finjas tanto.
Demás, que si en los primeros
Lances pierdo los sentidos,
No quiero celos fingidos
Que sepan á verdaderos.
Tus afectos lisonjeros
Cesen, pues que su castigo
Fingido fué tal conmigo,
Que no digo su tormento,
Y aun no cabe lo que siento
En todo lo que no digo. (*Vase.*)

ESCENA X.

FLÉRIDA, LÍSIDAS.

FLÉR. ¿Quién más necio extremo vió?
¿Hay más penas que por mí
Pasen este instante?
LÍSID. Sí,
Que aun ahora falto yo.
No, Flérida hermosa, no
Porque á quejarme me obligo,
Porque para mi castigo,
Que esto hable, que esto vea,
No quiero más de que sea
Solo el silencio testigo.
FLÉR. Lísidas, si has escuchado
Lo que á Ulises dije aquí,
Tambien lo que Circe á mí,
Es fuerza que hayas notado.
No lince para el cuidado
Y ciego para el contento
Estés; que este fingimiento,
Si fué causa de mi engaño,
Tambien, tambien desengaño
Ha de ser de mi tormento.
LÍSID. De un triste el rigor es tal,
Que aunque mal y bien estén
Iguales, duda del bien
El crédito que da al mal.
Uno y otro en mí es mortal,
Y así, al bien y al mal atento,
Flérida, ausentarme intento
De aqueste monte cruel;
Que con ser tan grande, en él
Aun no cabe lo que siento. (*Vase.*)

ESCENA XI.

FLÉRIDA.

Oye, escucha.—Mas ¡ay cielos!
¿Con qué podrán mis enojos
Detenerle, si los ojos
No pueden, que en sus desvelos
Rémoras son de los celos?
En vano ¡ay de mí! le sigo;
No á explicar mi mal me obligo,
Pues que no cabe, no ignoro,
Aun nada de lo que lloro
En todo lo que no digo. (*Vase.*)

Monte.

ESCENA XII.

CLARIN.

Engañada Circe bella
(Que en efecto las mujeres
Que saben más en el mundo,
Se engañan más fácilmente),
Agradecida me dijo
Que á este monte me viniese,
Y que en hallándome solo,
A Brutamonte le diese
Voces; que al instante el tal
Brutamonte, sea quien fuere,
Me traeria un gran tesoro.
Solo estoy, ya no hay que espere.
¡Brutamonte!—No responde.
¡Brutamonte!—No me entiende.
A tres irá la vencida.
¡Brutamonte!

ESCENA XIII.

BRUTAMONTE, GIGANTE.—CLARIN.

BRUT. ¿Qué me quieres?
CLAR. Nada, si fuere posible,
Es cuanto puedo quererte.
BRUT. Ya me has llamado, y ya sé
A lo que vengo; que es este
Recado que traigo.
CLAR. ¿Y no
La señora Circe tiene
Otros pajecicos más
Mañeros que le trajesen?
Porque para mí bastara
Menor seis varas ó siete.
BRUT. De mí se sirve, que soy
De Cíclopes descendiente,
Por más majestad, y espero,
Antes que de aquí se ausenten
Los griegos, vengar en todos

De Polifemo la muerte.
(*Sacan una arca dos animales.*)

CLAR. Poco hay que vengar en mí;
Que yo no le toqué, y siempre
Le tuve, viven los cielos,
Tanto miedo como este;
Que otro hipérbole no sé
Con que más encarecerle.

BRUT. Toma esta caja que traigo
Para tí.

CLAR. Bien.

BRUT. Y agradece
A Circe, que su obediencia
Atadas mis manos tiene,
Para que no te arrebate
De un brazo, y contigo diese
Desotra parte del mar.

CLAR. Lindo saque fuera ese;
Pero, aunque hiciera buen bote,
¿Quién de allá habia de volverme?

BRUT. Y si esto no hiciera, hiciera
Otra cosa.

CLAR. ¿Cuál?

BRUT. Comerte
De un bocado.

CLAR. Y aun no hubiera
Harto para untar un diente.

BRUT. ¡Oh! llegue el dia en que tenga
Esta licencia.

CLAR. ¡Oh! no llegue
Nunca, sino despeado
En el camino se quede.

BRUT. Toma la caja, y en ella
Hallarás más que quisieres.

CLAR. Un modo de despedirte
Quisiera hallar solamente.

BRUT. Pues yo me voy.

CLAR. Haces bien.—
¡Qué gigantes tan corteses
En esta tierra se usan!
¡Qué poquito se detienen
En conversaciones donde
Estorban!

BRUT. Y cuantas veces
Me nombrares...

CLAR. ¿Qué?

BRUT. Vendré
A estos paises á verte.

CLAR. Yo le ahorraré ese trabajo
Cuantas veces yo pudiere.
(*Vase el Gigante.*)

ESCENA XIV.

CLARIN.

¿Fuése? Parece que sí,
Aunque aquí no lo parece.
Pero ¿de qué tengo miedo
Si es, humilde y obediente,
Un novicio de gigantes?
Y pues el tesoro viene,
¿Quién me mete en discurrir?
Tráigale quien le trajere.
¡Alto, pues! Abro la caja,
Que la llave en ella tiene.
¿Quién duda que habrá diamantes
Como el puño, como nueces
Perlas, y como las bolas
De los bolos, los claveques?
(*Abre la caja, y sale una Dueña.*)

ESCENA XV.

UNA DUEÑA.—CLARIN.

CLAR. Mas ¡cielos! ¿qué miro?

DUEÑA. Miras
A una mísera sirviente,
Que para servir de escucha,
Y parlar cuanto dijeres
De Circe, me manda que ande
Contigo acechando siempre.
Por eso en traje de dueña
Me envia para que aceche.

CLAR. ¡Lindo tesoro de chismes
En la tal arca me viene!
¿Yo dueña, tras un gigante?
Aquí falta solamente,
Para que el triunfigurato
De caballeros noveles
Esté cabal, un enano.

DUEÑA. Pues no faltará, si es eso
El defecto.—¡Brunelillo!
Sal al punto.
(*Sale un Enano.*)

ESCENA XVI.

UN ENANO.—DICHOS.

ENANO. ¿Qué me quieres,
Doña Brianda?

CLAR. ¿De dónde
Sales, átomo viviente?

ENANO. De mi casa, que lo es
Esta caja, donde siempre
A cuestas me has de traer.

CLAR. ¿Pues cómo aquí caber pueden
Un enano y una dueña,
Si cualquiera de ellos suele
No caber en todo el mundo?

DUEÑA. Brunelillo, gente viene,
Y no es justo que nos vean.—
Oye, dóblenos, y cierre
La caja.

ENANO. Circe lo manda,
Que siempre al hombro nos lleve,
Y lo que dijere oigamos.

DUEÑA. Y aun más de lo que dijere.
(*Métense en la caja, y cierran.*)

ESCENA XVII.

CLARIN.

Señores, ¿qué es lo que pasa
Por mí? ¿qué tesoro es este?

—Vive Júpiter, que juntos
A su cáscara se vuelven.
Aquí hay trampa, ¡vive Dios!
Mas no, en la caja no tienen
Por donde haberse salido.
¿Qué haré en confusion tan fuerte?
Si de Circe no obedezco
El castigo que me ofrece,
Otro mayor me dará,
Si es que otro ser mayor puede
Que llevar la caja. Pues
Ahora veo claramente,
Por qué el gigante la trajo,
Y los animales fuertes;
Porque cosa tan pesada,
Como una dueña, no puede
Sufrirla sino un gigante
Y dos bestias solamente.—
¿Quién compra dueñas y enanos...
Como peines y alfileres?

ESCENA XVIII.

LEBREL.—CLARIN.

LEB. (*Para sí.*) ¡Que tal pensase de mí
Circe, y que á Clarin creyese!
Huyendo vengo á este monte,
Donde á los dioses pluguiese
Que, al castigo que me espera,
Hallase donde esconderme.
Pondré que aquesta es la hora
Que está trazando de hacerme
Sabandija de estos montes,
Gusarapo destas fuentes.
Este es Clarin, y aquí dél
Será razon que me vengue.—
Huélgome de haberte hallado,
Clarin...

CLAR. Por más que te huelgues,
No tanto como me pesa.

LEB. Que vengo á darte la muerte.

CLAR. Yo vengo á darte la vida.

LEB. ¿De qué suerte?

CLAR. Desta suerte.
Circe, obligada de mí,
En esta caja me ofrece
Un tesoro, y yo con él
Pretendo satisfacerte;
Porque si del bien hablar
El premio, Lebrel, es este,
Con dártele á tí, tendrás
El premio que tú mereces.
¿Puedes obligarme á más
De que todo te lo entregue?
Toma la caja.

LEB. No quiero
Que todo á dármelo llegues,
Sino, pues me desenojas,
Que partamos igualmente.

CLAR. Pues llevaráste la dueña,
Y yo el enano.

LEB. ¿Qué quieres
Decir en eso?

CLAR. No sé;
Tú lo verás si la abrieres.
(*Pone la caja en otra parte, y ábrela Lebrel.*)

LEB. Ponla aquí. Ya abierta está.
(*Saca Lebrel todo lo que dice.*)
¡Qué joyas tan excelentes!

CLAR. Son muy excelentes joyas...
(*Ap.* Para el diablo que las lleve.)

LEB. Aquesta cadena escojo,
Y esta para tí se quede.

CLAR. ¿Ca... qué?

LEB. Cadena: y ahora
De diamantes este fénix
Para mí, y esta sirena,
Toda de esmeraldas verdes,
Te dejo.

CLAR. (*Ap.*) ¡Viven los cielos,
Que es imposible que hubiese
Diamantes donde hubo dueñas!

LEB. Yo no quiero parecerte
Codicioso: esto me basta,
Lo demás es bien te deje.
(*Ap.* ¿Quién no se desenojara
Con tesoro como este?
A buscar á Licia voy,
Y á darle cuanto quisiere.) (*Vase.*)

ESCENA XIX.

CLARIN, *y luego* LA DUEÑA Y EL ENANO.

CLAR. O yo estoy borracho, ó yo
Sueño cosas diferentes,
O he perdido mi juicio,
O tengo un grande accidente,
O de Circe he hablado mal.
¡Que joyas hallar pudiese,
Donde yo dueñas y enanos!
Mas yo las ví claramente,
Y supuesto que las hay,
Tomaré las que pudiere.
(*Sale la Dueña, sacando no más del medio cuerpo.*)

DUEÑA. Señor, diga á Brunelillo
Vuesa merced que me dejo
Hacer mi labor. (*Sale el Enano.*)

ENANO. Señor,
Dígale usted que no llegue
A lamerme la merienda.

DUEÑA. Tú mientes.

ENANO. Tú eres quien miente.
(*Aporréanse y húndense.*)

CLARIN. ¿Qué es lo que pasa por mí?
¡Valedme, dioses, valedme!
¿Esto trajo Brutamonte?

ESCENA XX.

BRUTAMONTE.—CLARIN.

BRUT. ¿Qué me mandas?

CLAR. (*Ap.* ¡Qué obediente
Es toda aquesta familia!

¡Con la presteza que vienen
En llamándolos! Señor
Brutamonte, á quien prospere
Júpiter con la salud
Que su gigantez merece,
Yo he visto la caja, y yo
Le ruego que se la lleve.
Quédese para señores
Esto de trastos vivientes,
Que no he menester alhajas
Que coman y no aprovechen.

BRUT. ¿Para eso se llama á un hombre
Como yo? Estoy por hacerle...

CLAR. Por deshacerme dirá.

BRUT. Piezas; y si le sucede
Llamarme otra vez...

CLAR. No haré.

BRUT. Por Júpiter, que le eche
Tan alto de un puntapié,
Que cuando á los cielos llegue,
Ya llegue muerto de hambre;
Y vuelva, si acaso vuelve,
De los pájaros comido. (*Vase.*)

CLAR. ¡Puntapié bien excelente!
¿Dónde le hacen puntapiés?
No sé, vive Dios, qué hacerme
Entre los tres enemigos
Del cuerpo.

ESCENA XXI.

ASTREA, LICIA Y LEBREL.—CLARIN.

LEB. Un instante breve
Habrá que le dejé aquí
Con las joyas.

AST. Tiempo es este
De buscarle, que está rico.
Ven, Licia, conmigo á verle.

LICIA. Aquí está.—Clarin, ¿qué hay?

LEB. ¿De qué suspiras?

AST. ¿Qué tienes?

CLAR. Tengo dueña, tengo enano
Y tengo gigante.

AST. ,Vuelve,
Y dinos qué es eso.

CLAR. Es,
La dueña que me atormente,
El enano que me valga,
Y el gigante que me lleve.

AST. ¿Estás loco?

CLAR. ¡A Dios pluguiera!

AST. ¿Qué modo de hablarme es ese?
De otra manera Lebrel
A Licia habla, adora y quiere,
Pues una joya le ha dado,
Y tú ninguna me ofreces
De tantas.

CLAR. Déjame, Astrea,
Y no de joyas me tientes,
Que me harás desesperar
Si á hablar más en eso vuelves.

VOCES. (*Dentro.*)
Por acá, por acá.

ESCENA XXII.

CIRCE, *dentro.*—DICHOS.

CIRCE. Sube,
Remontada garza, á hacerte
Estrella viva de pluma.

AST. Circe es esta, que aquí viene:
Yo no quiero que me vea.

LEB. ¡A Júpiter para siempre!
(*Vanse Licia, Astrea y Lebrel.*)

ESCENA XXIII.

CIRCE.—CLARIN.

CIRCE. Por ver si Ulises me sigue,
Me he perdido de mi gente,
Y dejando á un tronco atado
Ese céfiro obediente
Que fatigué, he de esperar
Entre estos álamos verdes.—
¿Quién está aquí?

CLAR. Un mentecato,
Un sucio, un impertinente,
Un necio, un loco, un menguado,
Y un cuanto vusted quisiere.
Sáqueme, por Dios, de dueñas,
De hombres largos y hombres breves,
Aunque me convierta en mona.

CIRCE. Yo lo haré, si eso pretendes.

CLAR. No me tome la palabra
Tan presto, si le parece.

CIRCE. Y porque me debas más
Que otros que mi voz convierte,
Haré que tengas tu voz
Y tu entendimiento. Vete
De aquí.

CLAR. No lo dije yo
Por tanto.

CIRCE. Un punto no esperes.
(*Ap.* Hasta mirarse á un espejo,
Ya en su forma no ha de verse.)

CLAR. Si es que mona me has de hacer,
Solo quiero merecerte
Que sea mona de lo caro,
Más que dormilona, alegre.
¡Hombres monas! presto habrá
Otro más de vuestra especie. (*Vase.*)

ESCENA XXIV.

ULÍSES.—CIRCE.

ULÍS. Por más que te he seguido,
Corto el aliento de ese bruto ha sido;
Si bien con harto rastro te seguia
Pues llevabas por señas todo el dia.

CIRCE. De la caza cansada,
A este apacible sitio retirada,
Me vine. ¿Qué has volado?

ULÍS. Un deseo ¡ay de mí! tan remontado,
Que osó con alto vuelo
Calarse entre las nubes de algun cielo,

Donde al fuego vecino,
Con ligereza suma,
Abrasada la pluma,
Subió deseo y mariposa vino.

CIRCE. De la caza pregunto: ¿qué has volado?

ULÍS. En ella te respondo que un cuidado.

CIRCE. ¿Pues cómo á mí en sentido
Equívoco respondes atrevido?

ULÍS. Como pienso que sabes que esta culpa
Anticipada tiene la disculpa.

CIRCE. Ah, sí, no me acordaba...

ULÍS. (*Ap.*) Yo estoy loco.

CIRCE. De la porfía de hoy.

ULÍS. (*Ap.*) Ni yo tampoco.

CIRCE. ¿Qué dices?

ULÍS. Que por ella me atrevia.

CIRCE. ¿Por ella?

ULÍS. Sí.

CIRCE. (*Ap.*) ¡Oh mal haya la porfía!
Mas pues fingidos son esos extremos,
Hablemos en la caza sola.

ULÍS. Hablemos.
Luego que tú te retiraste de una
Guarnecida laguna,
Espejo de la hermosa primavera,
Se remontó una garza, que altanera
Tanto á los cielos sube,
Que fué á un tiempo aquí pájaro, allí nube;
Y entre el fuego y el viento
Arbitro igual (¡oh, válgame su aliento!),
De suerte se interpuso, que las alas
En la diáfana esfera, en la suprema,
O las hiela ó las quema,
Cuando las enarbola ó las abate:
Tan á compás entre las dos las bate,
Que aquí elevadas é inclinadas luego,
Aquí dan en el aire, allí en el fuego.
Geroglífico era
La garza entre la una y otra esfera,
De alguno que aquí osado, allí cobarde,
Se hiela á un tiempo y arde,
Y entre el aire y el fuego se embaraza.

CIRCE. Eso no es de la caza.

ULÍS. Es de la pena mía,
Que es en parte tambien volatería.

CIRCE. Hubiérame ofendido,
Si no supiera, Ulises, que es fingido.

ULÍS. (*Ap.*) ¡A Júpiter pluguiera!

CIRCE. (*Ap.* ¡Pluguiera al cielo, ¡ay Dios! que
[no lo fuera!)
Y pues que solo estás aquí conmigo,
No finjas, y prosigue.

ULÍS. Ya prosigo.
Atomo ya la garza apenas era,
Cuando, desenhetrada la cimera (*a*)
Que el capirote enlaza,
Mi mano un gerifalte desembraza,
A quien, porque en prision no se presuma,
La pluma le halagaba con la pluma,
Y él, como hambriento estaba,
Duro el laton del cascabel picaba.
Apenas á la luz restituidos
Se vieron otro y él, cuando atrevidos,
Cuanta estacion vacia
Palestra es de los átomos del dia,
Corren los dos por páramos del viento,
Y en una y otra punta
Este se aleja cuando aquel se junta;
Y el bajel ceniciento
(Que bajel ceniciento entonces era
La garza, que velera
Los piélagos sulcó de otro elemento)
Librarse determina diligente,
Aunque navega sola,
Hechos remos los piés, proa la frente,
La vela el ala y el timon la cola.
¡Mísera garza, dije, combatida
De dos contrarios! bien, bien de mi vida
Imágen eres, pues sitiar la veo
De uno y otro deseo.

CIRCE. Ahora disculparte no has podido,
Pues yerras si es fingido ó no es fingido.

ULÍS. Si pudo: ser tu amante no fingiera,
Si á la primera vez te obedeciera.—
A uno, pues, y otro embate
Coge las alas, ó las velas bate,
Y poniendo debajo de la una
La cabeza, se deja á su fortuna
Venir á pique, cuando
Nos pareció caer revoloteando
Una encarnada estrella,
Y los dos gerifaltes siempre en ella.
Si ejemplo eres, oh tú, á mi pensamiento,
Sé tambien escarmiento,
Y no me ofrezcas esperanza alguna,
Si ha de desengañarme tu fortuna.

CIRCE. Aunque sea fingido, todavía
Es ya en ofensa mía,
Pues si te había mandado
Fingir antes de ahora tu cuidado,
Tambien te mandé ahora
A solas no fingirle.

ULÍS. Pues, señora,
Si tu castigo espero
Siendo fingido y siendo verdadero,
De verdadero ya el castigo pido,
Pues solo esto es fingido en ser fingido.

CIRCE. ¿Cómo, di, tan osado
Respondes?

ULÍS. Como estoy desesperado.

CIRCE. ¿Cómo tan atrevido
Te desvaneces...

ULÍS. Como estoy perdido.

CIRCE. A hablarme desta suerte?

ULÍS. Como finjo quererte.

CIRCE. ¿Luego aquesto es fingido todavía?

ULÍS. No, señora.

CIRCE. (*Ap.* ¡Oh, bien haya la porfía!)
Ulises, aunque fuera
Justo que de escarmiento te sirviera
Tu osadía, conviene
Disimular, porque la gente viene,
Que hasta aquí me ha seguido.
En su fuerza se quede lo fingido.

(*a*) Desenredada.

ESCENA XXV.

ARSIDAS, LÍSIDAS, ANTISTES, ARQUELAO, TIMANTES, POLIDORO, FLORO, LEBREL, FLÉRIDA, CASANDRA, CLORI Y OTRAS DAMAS DE CIRCE, MÚSICOS; *despues* LICIA.—CIRCE, ULÍSES.

ARS. (*Ap.* Aunque en tantos desvelos
Mis agravios se valgan de mis celos,
No darme intentaré por entendido.
¿Mas cómo disimula un ofendido?
Volverme es ya mostrar mi sentimiento:
Despejo quiero hacer de mi tormento.)
Siguiéndote, señora, con tu gente
Por la florida márgen desta fuente
Vine; que ella pautada de colores,
Las señas de tu pié daba con flores.

CIRCE. Hácia esta parte vine,
Porque es donde la cena ahora previne.

LEB. ¡Qué bien, qué bien me suena
Esta palabra, cena!
Mas no veo entre ramas ni entre flores
Mesas ni aparadores,
Ni ocupada en doméstico trabajo
A la familia de escalera abajo
Cruzar muy diligente.

CIRCE. Todos os id sentando brevemente,
Porque en el campo todos
Cenemos juntos, y de varios modos
Se sirvan las viandas.—
¡Hola, la mesa!

LEB. Dime, ¿á quién lo mandas?

CIRCE. A quien ya me ha entendido.
(*Por debajo del tablado sale una mesa muy compuesta y con luces, y siéntanse Ulises, Circe y Arsidas, y los demás en el suelo.*)

LEB. ¡Linda mesa, par diez, nos ha venido!
¿No me dirás, si desto no te pesa,
Cuánto habrá que sembraron esta mesa?

CIRCE. ¡Hola, cantad! cantad, y divertido
Uno y otro sentido
Esté con las viandas y las voces,
Que suenen en los cóncavos veloces.
(*Canta la música.*)

MÚSICOS. *Olvidado de su patria,*
En los palacios de Circe
Vive el más valiente griego,
Si, quien vive amando, vive.
(*Tocan dentro cajas, y sale Licia.*)

CIRCE. ¿Pero qué es esto que escucho?

ULÍS. ¿Pero qué es esto que oigo?

FLÉR. ¿Qué es esto, cielos, que veo?

ARS. ¿Qué es esto, cielos, que noto?

CIRCE. ¿Qué bélico estruendo, qué
Marcial ruido, qué alboroto
Deja la luz del sol ciega,
Y el eco del aire sordo?

LICIA. Ese fiero Brutamonte,
Ese gigante furioso
Que preso, señora, tienes
Por guarda de tus hermosos
Jardines, porque no robe
Nadie sus manzanas de oro,
Ofendido que á los griegos
Blanda paz y suave ocio
En tus palacios divierta,
Olvidados de sí propios,
Habiendo sido homicidas
De Polifemo, que asombro
Era monstruo de los hombres,
Y era hombre de los monstruos;
Comunero de tu imperio,
Para vengarse de todos,
Convocó del Lilibeo
Cuantos Cíclopes famosos,
Espurios hijos del sol,
Hoy viven de darle enojos;
Y dándoles paso al Flegra
Brutamonte cauteloso,
Vienen contra tí en escuadras
Mal ordenadas: de modo,
Que viendo vagar los riscos,
Discurrir los promontorios,
Parece que aquestos montes
Descienden unos de otros,
A cuyo estrépito, á cuyas
Voces y suspiros roncos,
El sol se turba, y del cielo
Caducan los ejes rotos.

CIRCE. ¡Ay de mí! en qué gran peligro
Estoy! en qué grande ahogo!

ULÍS. Dadme mis armas, que yo
Saldré á recibirlos solo...

ARS. No temas, que yo á tu lado
Te defenderé de todo...

ULÍS. Porque para mi valor
Son tantos Cíclopes pocos.
(*Ulises va hácia afuera, y Arsidas acude á Circe.*)

ARS. Porque no quiero más vida,
No, que morir á tus ojos.

LEB. Como (*a*) y cordelejo, dicen
Que es en el mundo uno propio;
Mas la cena que esperaba,
Es cordelejo, y no como.

CIRCE. Detenéos, detenéos,
Que este aparato ruidoso
Solo ha sido una experiencia:
Exámen ha sido solo
Para ver cuál de los dos
En un peligro notorio
Acudia á sus afectos
Más noble y más generoso,
Y así en campañas del aire
Fantásticas huestes formo.

ARS. Pues si ha sido esto experiencia,
Yo soy el que me corono
Vencedor, y el que merezco,
Circe, tu favor hermoso,
Ya que Ulises, acudiendo
A sus armas tan heróico,
Dejó de mostrarse amante,
Pues en riesgo tan forzoso
No acudió luego á su dama;
Que en un amante es impropio.

ULÍS. Que acudí á las armas mias
No niego; pero tampoco
Niego que de amante ha sido
El afecto más forzoso;
Porque si tomo mis armas,
Para defensa las tomo
Suya.

ARS. Nunca en un acaso
Está el discurso tan pronto,
Que espere á causa segunda:
Lo primero es lo más propio.
A las armas fuiste, luego
Ya perdiste.

ULÍS. De ese modo
Tú tambien; pues si me acusas
De poco amante, de poco
Fino porque no acudí
A Circe, con eso propio
Te convenzo, pues que tú
Acudiste á sus enojos,
Y ya te mostraste amante.

ARS. Si las nobles leyes noto
De caballería, acudir
A las damas es forzoso;
Y así como caballero,
No como amante, socorro
A Circe.

ULÍS. En las de milicia
Es ley, siempre que armas oigo,
Acudir á tomar armas;
Y así con valor heróico,
Yo, soldado, caballero
Y amante, he acudido á todo.

ARS. Ya sé que por la elocuencia
Has de quedar siempre airoso;
Que no heredaras de Aquiles
El grabado arnés de oro,
Si por el valor hubiera
De dársele á Telamonio.

ULÍS. El valor le mereció;
Y ahora verás si es forzoso,
(*Saca la espada.*)
Pues de esa voz en ofensa
El Flegra volará en polvo.

ARS. Primero arderá en cenizas
(*Saca la espada.*)
Con el fuego de mis ojos,
Porque á los dos de Trinacria
Volcanes, se añadan otros.

CIRCE. Pues ¿qué es esto? ¿En mi presencia
Sacais el acero? ¿Cómo?...

ARS. Tu respeto me perdone...

ULÍS. Perdóneme tu decoro...

ARS. Que no hay respeto con celos.

ULÍS. Ni decoro con oprobios.

LEB. En mi vida me hallé en cena
Que no parase en lo propio.

ULÍS. ¡Aquí de Grecia!

ARS. ¡Y aquí
De Trinacria! Que aunque solo
Me ves, mis vasallos son
Esos brutos y esos troncos.—
¡Fieras de Trinacria humanas,
Dad á vuestro rey socorro!
(*Salen todas las fieras, y pónense al lado de Arsidas, y los griegos al lado de Ulises.*)

ULÍS. Aunque á tus voces se muevan,
Mejor que al eco sonoro
De Orfeo, troncos y fieras,
Haciendo en ellas destrozo,
Apuraré estas montañas
Bruto á bruto, y tronco á tronco.
(*Riñen.*)

(*a*) Chasco, burla, mal rato que se da á una persona.

ESCENA XXVI.

CLARIN, *de mona.*—DICHOS.

CLAR. Entre griegos y animales
Mal trabadas lides noto.
No sé á cuál debo acudir;
Porque obligado de todos,
Soy por una parte griego,
Y por otra parte mono.

CIRCE. Pues no puedo reportaros
Con mis voces, con mi asombro
Podré.—Los aires cubiertos
De vapor caliginoso,
Segunda noche aparezca;
Y á tanto fracaso absortos,
Del embrion de las nubes
Sean los rayos abortos;
Y el sol y la luna hoy,
Viéndose vivir tan poco,
Piensen que el camino erraron
De sus celestiales tornos,
O que yo desde la tierra
Apagué su luz de un soplo.
(*Truenos y relámpagos; oscurécese el teatro, y riñen á oscuras.*)

ARS. ¿Adónde, Ulises, estás?

ULÍS. Con mi acero te respondo.
(*Pelean todos.*)

FLÉR. ¡Qué pena!

CAS. ¡Qué ciego abismo!

ARQ. ¡Qué espanto!

CLORI. ¡Qué triste enojo!

ANT. ¡Qué obscura noche!

CLAR. ¡Ah, señores!
¿Somos griegos, ó qué somos?

LEB. En tanto que todos andan
Tropezando unos con otros...

CLAR. En tanto que cada uno
Busca de escaparse modo...

LEB. Yo á la mesa me remito.

CLAR. Y yo á la cena me acojo.
(*Suben sobre la mesa, y abrázanse uno con otro.*)

LEB. Pero ¿qué es esto? Un leon
Dió conmigo.

CLAR. ¿Mas qué toco?
Conmigo ha dado un gigante.

CIRCE. Húndase este suelo todo,
Y ponga paz la distancia.

CLAR. Todo se hunde con nosotros.
(*Húndese la mesa, y los dos graciosos sobre ella, y con la batalla y la tempestad se van todos.*)

JORNADA TERCERA.

Marina, é inmediatos á ella los jardines de Circe.

ESCENA PRIMERA.

ANTISTES, ARQUELAO, POLIDORO, FLORO, TIMANTES, LEBREL.

ANT. Aunque ya todos sepais
Lo que repetiros trata
Mi voz, oidme, que tal vez
En pena, en desdicha tanta,
Aun más que noticias propias
Mueven ajenas palabras,
Porque en efecto ninguno
Es juez en su misma causa.
Siempre á la cólera expuestos,
Siempre expuestos á la saña
De los hados rigurosos,
Después de fortunas varias,
Arrastrados del destino,
Dimos en aquesta playa
Del Flegra, exentos vasallos
Del imperio de Trinacria.
Aquí, contra los venenos
De esa fiera, esa tirana,
Antídoto nos dió Juno
En las flores de oro y nácar
Que Iris trajo, desplegando
Arcos de carmin y gualda.
Libres, pues, de sus prisiones
Nos vimos; y cuando trata
Ulises volver al mar,
Que ya tuvimos por patria,
El blando halago de Circe,
Que cuando ve que no bastan
Mortales venenos, usa
De más venenosas trazas,
Persuadió á Ulises que aquí
Unos dias se quedara
A reparar de los vientos
La repetida inconstancia.
El, fiado en sus cautelas,
Persuadido á que quedaba
A dar libertad á cuantos
En estas rudas montañas
Bárbara prision padecen,
Se quedó, donde á la rara
Beldad de Circe rendido,
Vive sin más esperanzas.
¿Quién crêrá, que no bastando
Tantos encantos, ni tantas
Ciencias á vencer sus hados,
Una hermosura bastara?
Mas todos lo crêrán, todos,
Pues todos á ver alcanzan
Que un amor y una hermosura
Son el veneno del alma.
Rendidos, pues, al amor,
Tanto los dos se declaran,
Desde la noche que fueron
Argumentos las espadas,
Y pusieron paz las nubes
Densas, oscuras y pardas,
Que Arsidas, celoso y triste,
Lleno de celosa rabia,
Se fué á su corte, quizá
A disponer su venganza.
Ulises, pues, sin recelo,
Solo de sus gustos trata,
Siempre en los brazos de Circe,
Y asistido de sus damas,
En academias de amores,
Saraos, festines y danzas.
Yo, pues, viéndonos perdidos,
Hoy he pensado una traza
Con que á su olvido le acuerde
De su honor y de su fama:
Y es, que pues el otro dia
Cuando oyó tocar al arma
Se olvidó de amor, y fué
Tras la trompeta y la caja,
A todas horas estemos
Desde el bajel, que en el agua
Surto está, tocando á guerra,
Como que á Circe hacen salva;
Cuya voz noble recuerdo
Será de su olvido, clara
Sirena que tras su acento
Los sentidos arrebata.

POL. Dices bien, y yo el primero
Seré que esta tarde haga
La experiencia.

TIM. Pues ahora
Es tiempo; que Ulises anda
Estos jardines, que hermosos
Narcisos son de esmeralda,
Y enamorados de sí,
Se están mirando en las aguas.

ARQ. Yo seré el que desde el mar
Haré que toquen al arma.
Antistes aquí se quede,
Para prevenir que es salva
Que á Circe hace nuestra gente.

LEB. Si entre tantos votos halla
Lugar un juro, yo juro
A la deidad soberana
De Júpiter, que haceis mal
En prevenir esta traza.

FLORO. ¿Por qué?

LEB. Porque Circe sabe
Mejor lo que aquí se habla,
Que nosotros, y podrá
Tomar de todos venganza.
Escarmentad en Clarin,
Que habló mal della, y airada
Se vengó, pues no sabemos
Qué hay dél, ni por dónde anda.

FLORO. Todo eso es temor.

LEB. Es cierto.

ARQ. Dejadle, no le creais nada,
Y vamos á nuestro intento.

TODOS. Vamos.

LEB. Vuesarcedes vayan,
Que yo me quedo á tratar
Cosas de más importancia. (*Vanse.*)

ESCENA II.

LEBREL.

De todos los animales
Que por estos campos andan,
Quisiera coger alguno,
Que á Grecia despues llevara,
Cuando quisieren los dioses
Escaparnos de Trinacria;
Porque fuera para allá
Importantísima alhaja
Uno dellos; pues á verle
Solamente se juntara
Toda Grecia, y yo tuviera
Con él segura ganancia.
Cierta mona aquestos dias
Siempre cocándome anda
Con gestos y con visajes,
Y á esta quisiera pescarla:
Para cuyo efecto traigo
Este cordel con que atarla
Luego que la vea, porqué
Es juguetona y es mansa.

ESCENA III.

CLARIN, *de mona.*—LEBREL.

CLAR. Hácia aquí, si no me engaño,
Mis compañeros estaban,
Aunque, despues que soy mona,
Por donde quiera que vaya
Hallaré mis compañeros.
Por señas les diré que hagan
Que me dé libertad Circe,
Pues ya lo enmonado basta.

LEB. Vela aquí: yo quiero echarlo
Este lazo á la garganta.
Ahora es tiempo. ¿Qué me estorba,
Qué me turba, ó qué me espanta,
Si una mona diz que es fácil
De coger? Díganlo tantas
Como cogidas me escuchan.
No escapareis de mis garras.
(*Echale un cordel al cuello.*)

CLAR. (*Hablando para sí.*)
¡Ay, que me ahogas, Lebrel!
No en el pescuezo me hagas
La presa.

LEB. Por más que coques,
No te irás.

CLAR. ¿No es cosa extraña
Que hable para mí, y discurra
Con sentidos, vida y alma,
Y con los otros no pueda
Articular las palabras?
Lebrel, mira que soy yo.

LEB. ¡Cómo brinca, y cómo salta!
No puedo llevar á Grecia
Cosa de más importancia.
Señora mona, desde hoy
Hemos de ser camaradas:
No hay sino tener paciencia,
Y venir conmigo.

CLAR. Basta,
Que no me entiende.

LEB. ¡Qué gestos
Hace, y con qué linda gracia!

ESCENA IV.

ASTREA, LICIA.—DICHOS.

LICIA. En todo el dia no hay verte,
Lebrel: dime, ¿dónde andas?

LEB. He andado á caza de monas,
Y á fé que no es mala caza,
Y esta he cogido.

LICIA. ¡Ay, que linda
Monica!

LEB. Cócala, Marta (*a*).

LICIA. ¿Qué piensas hacer con ella?

LEB. Pienso, Licia mia, llevarla
A Grecia, enseñarla allá
A tocar una guitarra,
A andar por una maroma,
Y hacer vueltas en las tablas.

CLAR. ¿Yo por maroma, yo vueltas?
¡Esto solo me faltaba!

AST. Dime, Lebrel: ¿y Clarin,
Donde está?

CLAR. Aquí. (*Acercándose á ella.*)

AST. Allá te aparta.

LEB. Desde el dia que quedó
Cargado de joyas tantas...

CLAR. ¡Tal tengas tú la salud!

LEB. No le ví, ni sé que se haya
Hecho.

CLAR. Yo sí.

AST. Su codicia
Le he escondido.

CLAR. ¡Hay mayor rabia!

LICIA. Circe hácia esta parte viene.

LEB. Pues por si acaso se enfada
De que cogiese esta mona,
Me voy. Ven conmigo, Marta (*a*).

CLAR. Si me ahoga, ¿qué he de hacer?

LEB. ¡Oh cómo he de regalarla! (*Vanse.*)

ESCENA V.

ULISES, CIRCE, DAMAS.

CIRCE. En esta florida márgen,
Desde cuya verde estancia
Se juzgan de tierra y mar
Las dos vistosas campañas,
Tan contrariamente hermosas,
Y hermosamente contrarias,
Que neutral la vista duda
Cuál es la yerba ó el agua,
Porque aquí en golfos de flores,
Y allí en selvas de esmeraldas,
Unas mismas ondas hacen
Las espumas y las matas,
A los suspiros del Noto,

(*a*) *Marta*, es nombre que se solia dar á las monas.

Y á los alientos del aura,
Puedes descansar Ulises,
Las fatigas de la caza
En mis brazos.

ULÍS. Dices bien;
Pues solo en ellos descansa
El alma, porque ellos solos
El centro han sido del alma.

CIRCE. Con todas estas finezas
Temo, Ulises, que me engañas.

ULÍS. ¿Por qué?

CIRCE. Por pensar que dura
Aquella ficcion pasada.

ULÍS. Nunca lo fué para mí.

CIRCE. ¿Quién lo asegura?

ULÍS. Mis ansias.

CIRCE. ¿Quién lo dice?

ULÍS. Mis deseos.

CIRCE. Es engaño.

ULÍS. Es verdad clara.

CIRCE. ¡Quién, Ulises, la supiera!

ULÍS. Escucha, Circe, y sabrásla.
Vengativa deidad, deidad ingrata,
Que á la de Juno y Júpiter se atreve,
Huésped de esa república de nieve,
Vecino de ese piélago de plata,
Tantos años la patria me dilata,
Y tantos contra mí peligros mueve,
Que, porque fuese mi vivir más breve,
A tus umbrales derrotarme trata.
A ellos llegué, seguro y defendido
De escándalo, de horror, de asombro tanto
Como has en tierra y mar introducido.
Tus encantos vencí, mas no tu llanto:
Pudo el amor lo que ellos no han podido;
Luego el amor es el mayor encanto.

CIRCE. Con toda aquesa fineza
La que me debes no pagas,
Porque fué mayor la mía.

ULÍS. ¿De qué suerte?

CIRCE. Oye, y sabrásla.
Vengativa y cruel, porque te asombres,
A pesar de deidades lisonjeras,
Reina desta república de fieras,
Señora deste piélago de hombres,
Vivi; y porque más bárbara me nombres,
Ninguno abortó el mar á estas riberas,
Que á mi sangrienta mágica no vieras
Trocar las formas y mudar los nombres.
Llegaste tú, y queriendo tu homicida
Ser, burlaste mis ciencias; con espanto,
Queriéndote vencer, quedé vencida.
Si, mi encanto al mirar asombro tanto,
Al encanto de amor rindió mi vida:
Luego el amor es el mayor encanto.
(Duérmese Ulises.)

ESCENA VI.

LICIA.—DICHOS.

LICIA. La música que has mandado
Prevenir está, señora,
Esperando.

CIRCE. Por ahora
No canteis; que desvelado
Se da Ulises por vencido
A la deidad de Morfeo,
A cuyo letal trofeo
Las potencias ha rendido,
Haciendo de todas dueño
Esta macilenta sombra,
Que á un tiempo halaga y asombra,
Pues es descanso y es sueño.
Infundid, aves y flores,
Para aliviar sus congojas,
Silencio en templadas hojas,
Suspended vuestros amores,
No hagan ruido los cristales
De los arroyos; callando
Corran las fuentes, mostrando
Obedientes y leales
El amor que en mí se encierra,
Y en retórico silencio
Digan cuánto reverencio
Su descanso.

VOCES. *(Dentro.)* ¡Guerra, guerra!
(Tocan dentro cajas hácia un lado.)

CIRCE. ¿Qué es esto? ¿Cuando pretendo
Silencio, hay quien le interrompa?
(Despierta Ulises.)

ULÍS. Guerra publica esa trompa,
Guerra publica ese estruendo.
¿Pues cómo ¡ay dioses! así
Es hoy perezoso el sueño,
De nobles sentidos dueño?
No soy sin duda el que fuí,
Pues á delicias suaves
Entregado ¡ay de mí! estoy,
Y tras los ecos no voy
Más belicosos y graves.—
Perdona, Circe; que así,
Habiendo guerra y furor,
No me ha de tener tu amor.

CIRCE. Detente, escucha: ¡ay de mí!
¿Quién ese clarin tocó?

ESCENA VII.

ANTISTES, *y luego,* MÚSICOS Y GRIEGOS, *dentro.* —DICHOS.

ANTIS. Quien pensando que seria
Lisonja, la salva hacia
Cuando desde el mar te vió.

ULÍS. Aquí no hay ya que esperar:
La guerra me ha despertado,
Porque en el alma ha tocado
La sirena militar.

CIRCE. Para templar el furor,
Cantad de amor, cantad, pues.
(Dice esto á la música que está al otro lado.)

MÚSICA. *(Dentro.)*
¿Dónde vas, Ulises, si es
El mayor encanto amor?

ULÍS. ¿Qué blandas voces suaves,
Repetidas en los vientos,
Son con sonoros acentos

Dulce envidia de las aves?
¡Qué bien el amor me suena!
¿Cómo tu amor me ha podido,
Circe hermosa, haber vencido
Aquella pasada pena?
Ya me vuelve á tu favor.

GRIEGOS. *(Dentro.)* ¡Guerra, guerra!

ULÍS. Mas ¿qué espero?
Las armas me llaman, quiero
Seguirlas.

MÚSICA. *(Dentro.)* ¡*Amor, amor*!

ULÍS. ¡Qué blanda, qué dulcemente
Suena esta voz repetida!

ANTIS. *(Ap.* Aunque me cueste la vida,
Tengo de hablar claramente.)
Ulises, invicto griego,
¿Cómo cuando así te llama
La trompeta de la fama,
En delicioso sosiego,
Sordo yaces? ¿Cuanto yerra,
No sabes, el que rendido
A su amor, labra su olvido?
¡Oye esta voz!

GRIEGOS. *(Dentro.)* ¡Guerra, guerra!

ULÍS. Tienes, Antistes, razon:
Torpes mis sentidos tuve,
Ciego estuve, sordo estuve;
Mas ya que estas voces son
Recuerdos de mi osadía,
Las prisiones romperé.

CIRCE. ¿Tan ingrata prision fué,
Ulises, la prision mia?
¿Cómo, cuando entre mis brazos
Envidia á las flores das,
Tras otro afecto te vas?
¿Tan fáciles son mis lazos
De romper? ¿Tanto rigor
Premio es de tantos favores?
Escucha en hojas y en flores
Esta voz.

MÚSICA. *(Dentro.)* ¡*Amor amor*!

ANTIS. No calle el marcial furor.

CIRCE. Amor digan mar y tierra.

MÚSICA. *(Dentro.)* ¡*Amor, amor!*

GRIEGOS. *(Dentro.)* ¡Guerra, guerra!
¡Guerra, guerra!

MÚSICA. ¡*Amor, amor!*

ULÍS. Aquí guerra, amor aquí
Oigo, y cuando así me veo,
Conmigo mismo peleo;
Defiéndame yo de mí.

ANT. Esto es honor.

ULÍS. Dices bien,
Todo el honor lo atropella.

CIRCE. Esto es gloria.

ULÍS. ¡Ay Circe bella!
¡Qué bien dices tú tambien!

CIRCE. El gusto es dulce pasion.

ULÍS. Razon tienes.

ANT. La victoria
Es más aplauso, más gloria.

ULÍS. Tú tambien tienes razon.

ANT. Guerra y amor en rigor
Te llaman, miedos destierra.

MÚSICA. ¡*Amor, amor!*

GRIEGOS. *(Dentro.)* ¡Guerra, guerra!

CIRCE. ¿Quién ha vencido?

ULÍS. El amor;
Que, ¿cómo pudiera ser
Que otro afecto me venciera,
Donde tu hermosura viera?
Esclavo tuyo he de ser.
No hay más fama para mí
Que adorarte, no hay más gloria
Que vivir en tu memoria.
Dichoso mil veces fuí
El dia que tu favor
Mereció mi voluntad.

CIRCE. Venid todas, y cantad:
«El mayor encanto amor.»—
Entra tú; y vosotros, griegos,
Más pesares no me deis.
Y agradeced que no os veis,
Entre volcanes y fuegos,
De mi cólera abrasados.

ANTIS. ¡Ay de nosotros! que así
Ya moriremos aquí
Cautivos y desterrados.
Sepulcro será esta tierra
De tanto griego valor. *(Vase.)*

MÚSICA. ¡*El mayor encanto amor!*
(Vanse todos cantando.)

—

Palacio de Circe.

ESCENA VIII.

ARSIDAS, *dentro; y luego,* CIRCE, ASTREA, LICIA, CASANDRA, CLORI, TISBE, SIRENE.

(Tocan cajas dentro.)

ARSI. *(Dentro.)* ¡Arma, arma! Guerra, guerra!
(Salen Circe y sus damas.)

CIRCE. ¿Que es esto? Habiendo mandado
Yo que temerosos callen
Los repetidos acentos
De baquetas y metales,
¡Otra vez osais, villanos,
Otra vez, osais, cobardes,
Que oprimido el bronce gima,
Que herido se queje el parche!

ESCENA IX.

FLÉRIDA.—CIRCE, Y SUS DAMAS.

FLÉR. No este repetido acento,
Que con idiomas marciales
Estremeciendo los montes,
Titubear los ejes hace,
Cautela ha sido de griegos:
Más desdichas, más pesares,
Más penas, más confusiones,
Más tormentos y más males
Son los que quieren los cielos
Que estos aparatos causen.
Arsidas que tantos dias
Fué de tu hermosura amante,

A tus desdenes quejoso,
Ofendido á tus desaires,
Desde que ya enamorada
De Ulises te declaraste,
Cuando de aquella cuestion
Pusieron los rayos paces,
A su corte se fué, donde,
Queriendo el amor que pasen
De extremo á extremo sus penas
(Que esto en los hombres es fácil),
Amenazando estos montes
Viene infestando esos mares;
Y con razon, pues las ondas,
Gimiendo del peso grave,
Con ambicion de peñascos
Blasonan, cuando arrogantes
Ven por la campaña azul
De sus salobres cristales
Vagar un volcan deshecho,
Mover un Flegra portátil,
Correr un Etna movible,
Y ir una Trinacria errante.
Lisidas, de mi ofendido,
Creyendo que yo mudable
Amaba á Ulises (la causa
Con que yo lo fingí sabes),
Le acompaña, porque así
Pretende de aquí sacarme;
Que agravios de amor y celos
No guardan respeto á nadie.
Yo lo sé, porque sentada
Sobre esa punta, que hace
Corona al mar y á la tierra,
Árbitro de ondas y valles,
Ví (como entre oscuros lejos
De unos pintados celajes,
Suelen pintarnos las sombras
Ya jardines, ya ciudades)
Una confusa apariencia,
Que era, al perspicaz exámen
De la vista, neutral duda,
Mezcla de nubes y naves.
Luego, al acercarse al puerto
La gruesa armada que traen,
A los sulcos de las proas
Rizarse ví y encresparse
Blanca espuma, que al azul
Camelote de aguas hace
Bella guarnicion de plata,
Que sin que al dibujo guarde
El órden, es más hermoso
Por ser dibujo sin arte.
Llegaron á nuestro puerto,
Donde sin faenas baten
Las blancas alas de lino;
Negándose al mar ó al aire
Esos peces, si son peces,
O esas aves, si son aves.
Sin salva á tierra saltaron,
Y fueron en un instante
Griegos caballos, preñados
De aparatos militares;
Pues abortaron sus vientres,
Siendo del agua volcanes,
Iras y rayos, que luego
Fueron poblando la márgen.
Bien á los dos conocí,
Que armados á tierra salen,
Y en mal pronunciadas voces,
Que embarazó lo distante,
Oí á Arsidas que dijo:
«Hoy desta mágica acaben
Los encantos, y este monte,
Que es tiranizado Atlante
De Trinacria, á mi valor
Se postre.»—Yo, viendo el grande
Peligro que te amenaza,
Volando vine á avisarte.
Preven la defensa, pues,
Si es que hay defensa que baste,
A la sangrienta venganza
De dos celosos amantes.

CIRCE. ¡Calla, calla, no prosigas,
Ni lleguen ecos marciales
A los oidos de Ulises!
Aquí tengo de dejarle
Sepultado en blando sueño,
Porque el belicoso alarde
No pueda de mi amor nunca
Divadirle ni olvidarle;
Que yo con vosotras solas
Saldré á vencer arrogante.
Tú mi caudillo serás,
Y no temas que te falten
Gentes; que aunque son tan pocos
Los soldados de mi parte,
Yo armadas huestes pondré
En las campañas del aire,
Que con tropas de caballos,
Con escuadrones de infantes,
Fantásticamente lidien
Y fingidamente marchen.
Y porque entre tantas sombras
Vivas escuadras no falten,
Todas vosotras, armadas
Con escudos de diamante,
Galas desnudas de Vénus,
Túnicas vestid de Marte.

CAS. Esta vida y este pecho
Te ofrezco yo de mi parte.

CLORI. Yo, que conozcan los hombres
Cuánto las mujeres valen.

SIR. Hoy el sol será testigo
De mi valor arrogante.

TISBE. De nuestro poder haré
Que el mundo se desengañe.

AST. A Palas verás armada
Cada vez que me mirares.

LICIA. En mí á Vénus, pues verás
A mis piés rendido á Marte.

CIRCE. Pues con esa confianza,
Toca al arma.

CAS. Suene el parche.

CLORI. Hiera la trompeta el eco.

SIR. El bronce oprimido brame.

TISBE. El fuego reviente.

AST. Sea
Toda Trinacria volcanes.

LICIA. El duro horror de las armas
Cielo, mar y tierra espante.

FLÉR. Y viva Circe, prodigio
Destos montes y estos mares.

CIRCE. Porque á los brazos de Ulises,
Que en mudo letargo yace,
Vuelva rica de despojos,
Enamorada y constante. (*Vanse.*)

Monte.

ESCENA X.

ARSIDAS, LÍSIDAS Y SOLDADOS.

ARS. Desde esta excelsa cumbre
Que del sol se atrevió á tocar la lumbre,
Y altiva y eminente,
Coronada de rayos la alta frente,
Es inmensa coluna
De ese cóncavo alcázar de la luna,
Entre celajes de rubí y topacio
De Circe se descubre el real palacio.
¡Ea, pues, mis soldados,
Que valientes, intrépidos y osados,
En favor de los cielos
Manteneis la milicia de mis celos!
Hoy este asombro muera;
Perezca hoy la memoria desta fiera,
Que á Trinacria estos campos tiraniza,
Siendo el Flegra su hoguera y su ceniza.
Libremos, pues, á tantos
Como tienen sus mágicos encantos
Presos aquí y cautivos;
Queden, pues, ó bien muertos ó bien vivos.
Rescatemos valientes
Nuestra patria de tantos accidentes,
Y dejemos seguro este camino
Al náufrago piloto, al peregrino,
Que halló, cadáver de estas grutas hondas,
Más tormenta en las peñas que en las on-
Cuando pisó por estos horizontes [das,
Montes de agua y piélagos de montes.
Y tú, Lisidas fuerte,
A cuya voz se retiró la muerte,
Hoy á Flérida libra soberana
De la injusta prision de una tirana,
O véngate hoy en ella,
Si tus celos te olvidan de querella.

LÍS. Arsidas, valeroso
Príncipe de Trinacria, no celoso
Mi venganza provengo,
Que no tengo los celos que no tengo;
Porque ya sé que ha sido
Un cauteloso amor, amor fingido,
El que Flérida á Ulises le mostraba,
Porque esa esfinge así se lo mandaba.
No celoso, en efecto, enamorado
Sí que vengo, atrevido y despechado,
A rescatar á Flérida, que bella
Es de los cielos flor, del campo estrella.
Y así á tu lado juro
Por ese hermoso rosicler, que puro
Mirado nos deslumbra,
Y no mirado á todos nos alumbra,
De no dejarte hasta mirar postrada
Al fuego de tu enojo esta encantada
Selva de amor, donde por más espanto,
Es amor hoy su mayor encanto, [ja,
Aunque en sus campos, que el abril dibu-
O brame el austro, ó la arboleda cruja.

ARS. Guerra de amor y celos,
Pavor pondrá á los cielos.

VOCES. (*Dentro.*)
¡Cierra, Trinacria, cierra! (*Cajas.*)

LÍS. Ya de allá nos responden.

(*Dentro.*) ¡Guerra, guerra!

ESCENA XI.

UN SOLDADO.—DICHOS.

SOLD. ¡Ay Arsidas, advierte
Que á morir nos trajiste!

ARS. ¿De qué suerte?

SOLD. Dijiste que no habia
Armas ni gente en esta selva umbría;
Y apenas tus soldados
Han salido del mar, cuando emboscados
En esta selva vieron
Infantes y caballos, que salieron
A defender la entrada
Del monte.

ARS. No temais, no temais nada;
Que esos mónstruos incultos
Son fantásticas formas, que no bultos.
No hay que temer estragos;
Que sus heridas solo son amagos,
Que tarde ejecutadas,
Se quedan en el aire señaladas.

LÍS. Y tan cobardes fueron,
Que amenazando siempre, nunca hirieron.

SOLD. ¿Cómo, si ya, causando al sol desmayos,
Truenos abortan y despiden rayos?

ARS. Yo he de ser el primero
Que ese pavor os quite: altivo y fiero
Penetraré la sierra.

LÍS. Todos te seguirémos.

TODOS. ¡Guerra, guerra!

ARS. ¡Ah cauteloso griego,
Sal á apagar retórico este fuego!

ESCENA XII.

CIRCE Y SUS DAMAS, *con espadas*.—DICHOS.

CIRCE. No saldrá, sino yo; que la memoria
No le ha de embarazar tan breve gloria.

AST. Ninguno quede vivo.

FLÉR. Ni un amante, que vuelve vengativo,
Sin celos.

LÍS. Tú me ofendes, no te ofendo;
Que más mi fama que tu amor pretendo.

CIRCE. Segur de vuestros cuellos
Hoy serán nuestras armas. ¡A ellos!

TODAS. ¡A ellos!

ARS. En batalla tan dura,

No atienda hoy el respeto á la hermosura.
Presto, Circe, serás tú mi trofeo.
LICIA. ¡Oh qué bonitamente lo peleo!
(Dase la batalla, y retíranse los hombres.)

Palacio.

ESCENA XIII.

LEBREL; CLARIN, *de mona.*

LEB. Pues nos dejó Circe, y pues
A puerta cerrada estamos,
Y tan solos nos hallamos,
Tiempo, Doña Marta, es
De tomar una licion.
Ya la vuelta os enseñé
Del rodezno: ¿cómo fué?
(Vuelve Clarin.)
¡Así! Bien! Tenéis razon.
CLAR. ¡Que aquesto pase por mí!
¡Y que en fin haya de ser,
O voltear ó no comer!
Desdichado hablador fuí.
LEB. Ahora, Marta, ponte en pié.
CLAR. Ello en fin no hay replicar:
O no comer ó voltear. *(Voltea.)*
LEB. ¡Lindamente por mi fé!
Ahora (porque si yo
No tengo quien de vestir
Me dé, uced me ha de servir)
Tome aqueste espejo, y no
Le quiebre, porque es azar,
Y véngase tras mí en pié.
CLAR. Qué cara tengo veré
De mona. ¿Hay mayor pesar?
¡Válgame Júpiter santo!
¡Qué hocico!
(En mirándose al espejo, pierde la figura de mona.)
LEB. ¿Quién aquí habló?
CLAR. ¿Quién ha de ser sino yo?
LEB. De verte, Clarin, me espanto.
CLAR. ¿Yo Clarin? ¡Muy bueno es eso!
Mona soy.
LEB. ¿Dónde escondido?...
Mas la mona se me ha ido.
CLAR. Ya otra admiracion confieso.
LEB. ¿Sabes por dónde se fué
La mona que aquí tenia?
CLAR. Yo soy.
LEB. ¡Linda boberia!
Por la mona pregunté.
CLAR. Pues yo soy.

ESCENA XIV.

ANTÍSTES, Y LOS GRIEGOS, *con unas armas.*—DICHOS.

ANT. ¿Quién está aquí?
CLAR. Los dos.
LEB. ¡Que, porque viniese
Clarin, la mona se fuese!
Tiempo y trabajo perdí.
ANT. Dime, Lebrel, ¿dónde está?...
LEB. ¿La mona? No sé: ¡ay de mí!
ANT. Ulises, te digo.
CLAR. Allí.
(Descúbrese un trono, donde está Ulises durmiendo.)
ANT. Entrar podeis todos ya;
Que pues aquí retirado
A Ulises Circe dejó,
Cuando al mar á ver salió
Las naves que habian llegado,
Este es el tiempo mejor
Para vencer sus extremos;
Y puesto que no podemos
Avisarle con rumor
De armas, hoy de Aquiles sea
El arnés su trompa. Aquí
Le dejemos, porque así
Cuando despierte le vea.
TIM. Acuérdele mudo él
Las batallas que venció,
Cuando en campaña se vió
Coronado de laurel,
Para que despertador
De tantos olvidos sea.
ARQUE. Quien no creyó la voz, crea
Las insignias del valor.
(Pónenle á los piés las armas.)
POLID. Trofeos que soberanos
Troya entre cenizas llora,
Y aun estais sudando ahora
La sangre de los troyanos,
Volved por vos, y entre viles
Amores no os permitais
Empañar, pues aun guardais
El muerto calor de Aquiles.
(Vanse, y despierta Ulises.)

ESCENA XV.

ULISES.

Pesado letargo ha sido
Este á que rendido estuve,
Ni bien vida, ni bien sueño,
Sino letal pesadumbre
De los sentidos, que torpes,
Ni descansan ni discurren:
Crepúsculos son del alma,
Pues obran entre dos luces.
¿Quién está aquí? Solo estoy.
¿Pues cómo sin Circe pude
Vivir un instante? Bien
Que estaban sin luz presumen
Mis sentidos, pues sin sol
Aun todo el cielo no luce.
¡Circe! ¡Circe! ¡mi señora!
¡Qué mal tanta ausencia suple
Tu memoria!—Mas ¿qué veo?
El grabado arnés ilustre
De Aquiles á mis piés yace,

Torpe, olvidado é inútil.
Bien está á mis piés, porqué
Rendido á mi amor se juzgue,
Y segunda vez en mí
Amor de Marte se burle.
Tarde, olvidado trofeo
Del valor, á darme acudes
Socorro contra mí mismo;
Que aunque contra mí me ayudes,
Hoy colgado en este templo
Quedarás, donde sepulten
Sus olvidos tus memorias.

ESCENA XVI.

EL ESPÍRITU DE AQUILES, *desde el centro de la tierra.*—ULISES.

AQUIL. *(Debajo de tierra.)*
¡No le ofendas, no le injuries!
ULÍS. ¿Qué voz es esta que en mí
Tan nuevo pavor infunde?
(Tocan dentro cajas destempladas y una sordina.)
¿A quién destempladas trompas,
Exequias fingen lugúbres?
¿Quién causa este efecto?
AQUIL. *(Debajo de tierra.)* Quien
A sus venganzas acude.
ULISES. Si ojos tengo con que mire,
Si oidos tengo con que escuche,
En el centro de la tierra
Sonó la voz, y no sufre
Ella aun de su grave faz
La arrugada pesadumbre,
Pues abre para quejarse
Una boca, y de ella escupe
Pardas nubes de humo y fuego.
¿Cuándo, contra la costumbre,
En el centro de la tierra
Forjan sus rayos las nubes?
(Abrese una boca, y sale fuego.)
A más el asombro pasa:
Triste un monumento sube
De su abismo, haciendo un caos
De vapores y vislumbres.
(Va subiendo un sepulcro, y en él Aquiles, cubierto de un velo.)
Oh tú, que en leves cenizas,
Que aun el viento no sacude,
En ese sepulcro yaces,
¿Quién eres?
AQUÍL. Porque no dudes
Quien soy, este negro velo
Corro, y mi aspecto descubre.
(Descúbrele Ulises.)
¿Conócesme?
ULÍS. Si me deja
Especies con que te juzgue
Lo pálido de tu faz,
Que no hay vista que no turbe,
Lo yerto de tu esqueleto,
Que aun desfigurado luce,
Aquiles, Aquiles eres.
AQUIL. Su espíritu soy ilustre,
Que de los Eliseos campos,
Donde eterna mansion tuve,
Volví á pasar de Aqueronte
Las verdinegras y azules
Ondas, derretidas gomas
Del salitre y del azufre.
A cobrar vengo mis armas,
Porque el Amor no las juzgue
Ya de su templo despojo,
Torpe, olvidado é inútil;
Porque no quieren los dioses
Que otro dueño las injurie,
Sino que en mi sepultura
A par de los siglos duren.
Y tú, afeminado griego,
Que entre las delicias dulces
Del amor, de negras sombras
Tantos esplendores cubres,
No entre amorosos encantos
Las tengas y las deslustres;
Sino rompiendo de amor
Las mágicas inquietudes,
Sal de Trinacria, y hollando
Al mar los vidrios azules,
A discrecion de los vientos
Sus pavimentos discurre;
Que en la curia de los dioses
Quieren que otra vez los sulques,
Hasta que de mi sepulcro
Las muertas aras saludes,
Y en él esas armas cuelgues.
No lo ignores, no lo dudes,
O harás que un rayo, con voces
Que horrible un trueno pronuncie,
Segunda vez te lo mande,
Cuando en abortada lumbre
Desatadas sus cenizas,
Aun antes que ardan, ahumen.
(Húndese.)
ULÍS. Espera, helado cadáver,
Que asombro y horror infundes,
Que yo postrado te doy
Palabra... todo se hundo.
Pesada imaginacion
Fué la que en mis sueños tuve;
Pero, aunque soñada, es bien
Que la crea y no la dude.

ESCENA XVII.

ULÍSES.—LOS GRIEGOS.

ANT. Señor, ¿qué es esto?
TIM. ¿Qué tienes?
POLID. ¿Qué accidente hay que te turbe?
ARQ. ¿De qué das voces al aire?
FLORO. ¿Qué temor hay que te ocupe?
LEB. ¡Que no parezca la mona,
Aunque todo el monte anduve!
ANT. ¿De qué te asombras?
CLAR. ¿De qué
Te recelas?
LEB. ¿De quién huyes?

ULÍS. De mí mismo.
ANT. Pues ¿qué tienes?
ULÍS. Nada tengo, mucho tuve.
¡Ay amigos! tiempo es ya
Que á los engaños me usurpe
Del mayor encanto, y hoy
El valor, del amor triunfe.
¿Dónde está, dónde se ha ido
Circe?
ANT. A esa ribera acude,
Después que aquí nos dejó,
A ver qué bajeles surgen
A este golfo.
ULÍS. Pues en tanto
Que descuidada presume
Que los encantos de amor
Firmes en mi pecho duren,
Por esta parte, que el mar
Siempre repetido surte
Altas montañas, de quien
Turbante han sido las nubes,
Salgamos, y por no hacer
Ruido, y que ella nos escuche,
No el bajel, sino el esquife
Tomemos, y en él...
ANT. No dudes.
ULÍS. Huyamos de aquí; que hoy
Es huir accion ilustre,
Pues los encantos de amor
Los vence aquel que los huye.
ANT. Las lágrimas te respondan.
ULÍS. Hermosa Juno, no culpes
El mayor encanto, amor;
Pues, aunque tus flores tuve,
Pude vencer mil encantos,
Y aqueste solo no pude.
LEB. Al fin me voy sin mi mona.
CLAR. ¿Que hasta ahora, qué fuí, dudes?
(Vanse.)

Orillas del mar, frente al palacio de Circe.

ESCENA XVIII.

CIRCE, Y SUS DAMÁS, *marchando, que traen presos á* ARSIDAS Y LISIDAS.

CIRCE. Hagan salva á mis palacios
Los animados clarines,
Las cajas y las trompetas,
Porque sus voces publiquen
Que de Arsidas victoriosa
Hoy, y de Lisidas, Circe,
Coronada de trofeos,
Vuelve á los brazos de Ulises.
ARS. Bien, Circe, podré negarte
Que valiente me venciste,
Mágica no, que mis gentes
A tus apariencias rindes;
Pues huyeron de las huestes
Que aparentemente finges.
LÍS. A sacar de tu poder
A Flérida hermosa vine:
¿Cómo pude defenderme,
Si ella misma es quien me rinde?
CIRCE. Pues si preso estás por ella,
Tambien por ella estás libre.—
Ulises, invicto griego,
Sal de esos ricos jardines,
Porque de celos y amor
Las caducas pompas pises.
Advierte que victoriosa,
Llena de aplausos insignes,
Vuelvo á tus brazos, porqué
Triunfe en ellos.—Mas ¡ay triste!
(Suena un clarin.)
¿Qué bastarda trompa es esta,
Aspid de metal, que gime
Al aire?
FLER. En el mar, señora,
Sonó la voz.
LICIA. Y el esquife
De ese griego bajel, hecho
Al mar, sus campañas mide.
AST. Ulises desde él te habla;
Escucha lo que te dice.

ESCENA XIX.

ULÍSES, *dentro.*—DICHOS.

ULÍS. Asperos montes del Flegra,
Cuya eminencia compite
Con el cielo, pues sus puntas
Con las estrellas se miden,
Yo fuí de vuestros venenos
Triunfador, Teséo felice
Fuí de vuestros laberintos,
Y Edipo de vuestra esfinge.
Del mayor encanto, amor,
La razon me sacó libre,
Trasladando esos palacios
A los campos de Anfitrite.
VOCES. *(Dentro.)*
¡Buen viaje!
FLER. Buen viaje,
Todos los vientos repiten.
CIRCE. Escucha, tirano griego,
Espera, engañoso Ulises,
Pues te habla, no cruel,
Sino enamorada Circe.
Cuando victoriosa yo
Triunfos arrastro que pises,
¿Quieres que vencida llore?
¿Quieres que me queje humilde?
Escucha.—Mas ¡ay triste!
No llore quien te pierde, ni suspire,
Si te dan, para hacer mejor camino
Agua mis ojos, viento mis suspiros.
FLER. Señora, en vano te quejas;
Que sordo el ingrato Ulises,
Desbocado bruto, corre
A vela y remo el esquife.
LICIA. Ya, perdiéndose de vista,
Un átomo es invisible.
AST. Y ya entre el agua y las nubes
Un pájaro apenas finge.

CIRCE. Ya estás, Arsidas, vengado.
Pero mal dije, mal dije;
Que nunca se venga un noble
En mirar un infelice.
Si lo eres, ese acero
En mi roja sangre tiñe;
Que no es venganza, piedad
Si, darle la muerte á un triste.
Y sea antes que traspuesto
Ese nebli que describe
Las ondas, ese delfin
Que el campo del aire mide,
Ese caballo que corre,
Ese escollo que se rige,
Ese peñasco que nada,
Se esconda y no se divise;
Porque perdido de vista,
Tardará tu acero insigne,
Y no será menester
Más muerte que no seguirle.
¡Escucha! Mas ¡ay triste!
No llore quien te pierde, ni suspire,
Pues te dan, para hacer mejor camino,
Agua mis ojos, viento mis suspiros.—
¿Mas qué me quejo á los cielos?
¿No soy la mágica Circe?
¿No puedo tomar venganza
En quien me ofende y me rinde?
Alterados estos mares,
A ser pedazos aspiren
De los cielos; que si lleva,
Porque de encantos se libre,
El ramillete de Juno,
Que trajo del cielo Iris,
No de tormentas del mar
Lo librarán sus matices.
Llamas las ondas arrojen,
Fuego las aguas espiren.
(Sale fuego del agua.)
Arda el azul pavimento,
Y sus campañas turquíes
Mieses de rayos parezcan,
Que cañas de fuego vibren,
A ver si hay deidad que tanta
Tormenta le facilite.

ESCENA XX.

Serénase el mar, y sale por él, en un carro triunfal tirado de dos delfines, GALATEA, *y al rededor muchos* TRITONES Y SIRENAS, *con instrumentos.*—DICHOS.

GALA. Sí habrá, y quien, sereno el mar,
Manso, quieto y apacible,
Le dé paso en sus esferas.
CIRCE. ¿Quién eres tú, que saliste
De esas húmidas alcobas
En triunfal carro sublime,
A serenar de mi enojo
Las iras desapacibles?
GALA. Yo, que en este hermoso carro,
A quien tiran dos delfines,
De sirenas y tritones
Tan acompañada vine,
Galatea soy, de Dóris
Hija y de Nereo, invencible
Dios marino, y la que amante
De Acis, jóven infelice,
Murió á los bárbaros celos
De Polifemo, terrible
Mónstruo, que el tálamo dulce
De nuestras bodas felices
Cubrió de un peñasco, que hoy
Túmulo es que nos aflige;
Cuya pirámide, cuanta
Sangre de los dos esprime,
Cristal es, que desatado
Nuestro fin llorando dice.
Deste rústico jayan
Vengada me dejó Ulises,
A cuya causa mi voz
Al amparo suyo asiste;
Y pidiendo á las deidades
De Neptuno y de Anfitrite,
Que serenasen los mares,
Y que sus claros viriles
Espejos fuesen del sol
Mientras los griegos los pisen;
Como á ninfa de sus ondas,
Que discurra me permiten
El mar, apagando cuanto
Fuego en él introdujiste:
Y así ondas de plata y vidrio
Veloz mi carro describe,
Haciendo á su hermosa espuma
Que á las rodadas sutiles,
O como plata se entorchen,
O como vidrio se ricen.
CIRCE. Si deidad eres del mar,
Cuando en él mis fuerzas quites,
No en la tierra: y si no puedo
Vengarme en quien huye libre,
En mí podré. Estos palacios,
Que mágico el arte finge,
Desvanecidos en polvo
Sola una voz los derribe:
Su hermosa fábrica caiga
Deshecha, rota y humilde:
Sean páramo de nieve
Sus montes y sus jardines:
Un Mongibelo suceda
En su lugar, que vomite
Fuego, que á la luna abrase,
Entre humo que al sol eclipse.
(Húndese el palacio de Circe, y aparece un volcan arrojando llamas.)
AST. ¡Qué confusion tan notable!
LICIA. ¡Oh qué asombro tan terrible!
FLÉR. ¡Huyamos, Licia! *(Vanse.)*
LICIA. ¡Huye, Astrea! *(Vase.)*
AST. ¿Dónde estar podemos libres?
CIRCE. Cuantos espíritus tuve
Presos, sujetos y humildes,
Inficionando los aires
Huyan á su centro horrible.
Y yo, pues de mis encantos
A saber que es mayor vine

El amor, pues el amor,
A quien no rindieron, rinde,
Muera tambien, y suceda
A mi fin la noche triste. (*Rindese.*)
GALA. Pues seguro el mar, por donde
Venturoso corre Ulises,
Tormentas ve de la tierra,
El mar con fiestas publique
Su vencimiento, y haciendo
Regocijos y festines,
Sus tritones y sirenas
Lazos formen apacibles;
Pues fué el agua tan dichosa
En esta noche felice,
Que mereció ser teatro
De soles, á quien humilde
El poeta, entre otras honras,
Perdon de las faltas pide (*a*).

(*a*) Esta comedia se representó sobre el estanque grande del Retiro, y concluyó con un bailete de tritones y sirenas. Véanse las notas al fin del tomo.



JORNADA PRIMERA ESCENA VII.

LOPE DE VEGA (6).

EL CASTIGO SIN VENGANZA (7).

PERSONAS.

EL DUQUE DE FERRARA.
EL CONDE FEDERICO.
ALBANO.
RUTILIO.
FLORO.
LUCINDO.
EL MARQUÉS DE GONZAGA.
CASANDRA.
AURORA.
LUCRECIA.
BATIN.
CINTIA.
FEBO.
RICARDO.
UNA MUJER.
ACOMPAÑAMIENTO.

La escena es en Ferrara y otros puntos.

ACTO PRIMERO.

Una calle de Ferrara.

ESCENA PRIMERA.

EL DUQUE DE FERRARA, *de noche*; FEBO Y RICARDO.

RIC. ¡Linda burla!
FEBO. Por extremo.
Pero ¿quién imaginara
Que era el duque de Ferrara?
DUQUE. Que no me conozcan temo.
RIC. Debajo de ese disfraz (*a*)
Hay licencia para todo;
Que aun el cielo en algun modo
Es de disfraces capaz.
¿Qué piensas tú que es el velo
Con que la noche le tapa?
Una guarnecida capa
Con que se disfraza el cielo.
Y para dar luz alguna,

(*a*) En otras: «Debajo de ser disfraz.»

Las estrellas que dilata
Son pasamanos de plata,
Y una encomienda la luna.

DUQUE. ¿Ya comienzas desatinos?

FEBO. No lo ha pensado poeta
Destos de la nueva seta,
Que se imaginan divinos.

RIC. Si á sus licencias apelo,
No me darás culpa alguna;
Que yo sé quien á la luna
Llamó requeson del cielo.

DUQUE. Pues no te parezca error;
Que la poesía ha llegado
A tan miserable estado,
Que es ya como jugador
De aquellos transformadores,
Muchas manos, ciencia poca,
Que echan cintas por la boca,
De diferentes colores.
Pero, dejando á otro fin
Esta materia cansada:
No es mala aquella casada.

RIC. ¡Cómo mala! Un serafin.
Pero tiene un bravo azar,
Que es imposible sufrillo.

DUQUE. ¿Cómo?

RIC. Un cierto maridillo,
Que toma y no da lugar.

FEBO. Guarda la cara.

DUQUE. Ese ha sido
Siempre el más cruel linaje
De gente deste parajo.

FEBO. El que la gala, el vestido
Y el oro deja traer,
Tenga, pues él no lo ha dado,
Lástima al que lo ha comprado;
Pues si muere su mujer,
Ha de gozar la mitad,
Como bienes gananciales.

RIC. Cierto que personas tales
Poca tienen *caridad*,
Hablando cultidiablesco,
Por no juntar las dicciones.

DUQUE. Tienen esos socarrones
Con el diablo parentesco;
Que obligando á consentir,
Después estorba el obrar.

RIC. Aquí pudiera llamar;
Pero hay mucho que decir.

DUQUE. ¿Cómo?

RIC. Una madre beata,
Que reza y riñe á dos niñas,
Entre majuelos y viñas,
Una perla y otra plata.

DUQUE. Nunca de exteriores fio.

RIC. No lejos vive una dama
Como azúcar de retama,
Dulce y morena.

DUQUE. ¿Qué brio?

RIC. El que pide la color;
Mas el que con ella habita
Es de cualquiera visita
Cabizbajo rumiador.

FEBO. Rumiar siempre fué de bueyes.

RIC. Cerca he visto una mujer,
Que diera buen parecer
Si hubiera estudiado leyes.

DUQUE. Vamos allá.

RIC. No querrá
Abrir á estas horas.

DUQUE. ¿No?
Y ¿si digo quién soy yo?

RIC. Si lo dices, claro está.

DUQUE. Llama, pues.

RIC. (*Llama.*) Algo esperaba;
Que á dos patadas salió.

ESCENA II.

CINTA, *en una ventana.*—DICHOS.

CINT. ¿Quién es?

RIC. Yo soy.

CINT. ¿Quién es yo?

RIC. Amigos. Cintia, abre, acaba;
Que viene el Duque conmigo:
Tanto mi alabanza pudo.

CINT. ¿El duque?

RIC. ¿Eso dudas?

CINT. Dudo,
No digo el venir contigo,
Mas el visitarme á mí
Tan gran señor y á tal hora.

RIC. Por hacerte gran señora
Viene disfrazado así.

CINT. Ricardo, si el mes pasado
Lo que agora me dijeras
Del duque, me persuadieras
Que á mis puertas ha llegado;
Pues toda su mocedad
Ha vivido indignamente,
Fábula siendo á la gente
Su viciosa libertad.
Y como no se ha casado
Por vivir más á su gusto,
Sin mirar que fuera injusto
Ser de un bastardo heredado
(Aunque es mozo de valor
Federico), yo creyera
Que el duque á verme viniera;
Mas ya que como señor
Se ha venido á recoger,
Y de casar concertado,
Su hijo á Mantua ha enviado
Por Casandra, su mujer,
No es posible que ande haciendo
Locuras de noche ya,
Cuando esperándola está
Y su entrada previniendo;
Que si en Federico fuera
Libertad, ¿qué fuera en él?
Y si tú fueras fiel,
Aunque él ocasion te diera,
No anduvieras atrevido
Deslustrando su valor;
Que ya el Duque, tu señor,
Está acostado y dormido.
Y así, cierro la ventana;

Que ya sé que fué invencion
Para hallar conversacion.
Adios, y vuelve mañana.
(*Quítase de la ventana y ciérrala.*)

ESCENA III.

EL DUQUE, FEBO, Y RICARDO.

DUQUE. ¡A buena casa de gusto
Me has traido!

RIC. Yo, Señor,
¿Qué culpa tengo?

DUQUE. Fué error
Fiarte tanto disgusto.

FEBO. Para la noche que viene,
Si quieres, yo romperé
La puerta.

DUQUE. ¡Que esto escuché!

FEBO. Ricardo la culpa tiene.
Pero, Señor, quien gobierna,
Si quiere saber su estado
Cómo es temido ó amado,
Deje la lisonja tierna
Del criado adulador,
Y disfrazado de noche
En traje humilde ó en coche
Salga á saber su valor;
Que algunos emperadores
Se valieron deste engaño.

DUQUE. Quien escucha, oye su daño;
Y fueron, aunque lo dores,
Filósofos majaderos (*a*);
Porque el vulgo no es censor
De la verdad, y es error
De entendimientos groseros
Fiar la buena opinion
De quien, inconstante y vario,
Todo lo juzga al contrario
De la ley de la razon.
Un quejoso, un descontento
Echa, por vengar su ira,
En el vulgo una mentira,
A la novedad atento;
Y como por su bajeza
No la puede averiguar,
Ni en los palacios entrar,
Murmura de la grandeza.
Yo confieso que he vivido
Libremente y sin casarme,
Por no querer sujetarme;
Y que tambien parte ha sido
Pensar que me heredaria
Federico, aunque bastardo:
Mas ya que á Casandra aguardo,
Que Mantua con él me envia,
Todo lo pondré en olvido.

FEBO. Será remedio casarte.

RIC. Si quieres desenfadarte,
Pon á esta puerta el oido.

DUQUE. ¿Cantan?

RIC. ¿No lo ves?

DUQUE. Pues ¿quién
Vive aquí?

RIC. Vive un autor
De comedias.

FEBO. Y el mejor
De Italia.

DUQUE. Ellos cantan bien.
¿Tiénelas buenas?

RIC. Están
Entre amigos y enemigos;
Buenas las hacen amigos
Con los aplausos que dan,
Y los enemigos malas.

FEBO. No pueden ser buenas todas.

DUQUE. Febo, para nuestras bodas
Preven las mejores salas
Y las comedias mejores;
Que no quiero que repares
En las que fueren vulgares.

FEBO. Las que ingenios y señores
Aprobaren, llevaremos.

DUQUE. ¿Ensayan?

RIC. Y habla una dama.

DUQUE. Si es Andrelina, es de fama.
¡Qué accion! Qué afectos! Qué extremos!

UNA MUJER. (*Dentro.*) Déjame, pensamiento;
No más, no más, memoria,
Que mi pasada gloria
Conviertes en tormento,
Y deste sentimiento,
Ya no quiero memoria, sino olvido;
Que son de un bien perdido,
Aunque presumes que mi mal mejoras,
Discursos tristes para alegres horas.

DUQUE. ¡Valiente accion!

FEBO. Extremada.

DUQUE. Más oyera; pero estoy
Sin gusto. A acostarme voy.

RIC. ¿A las diez?

DUQUE. Todo me enfada.

RIC. Mira que es esta mujer
Única.

DUQUE. Temo que hable
Alguna cosa notable.

RIC. De ti ¿cómo puede ser?

DUQUE. ¿Ahora sabes, Ricardo,
Que es la comedia un espejo,
En que al necio, el sabio, el viejo,
El mozo, el fuerte, el gallardo,
El rey, el gobernador,
La doncella, la casada,
Siendo al ejemplo escuchada
De la vida y del honor,
Retrata nuestras costumbres,
O livianas ó severas,
Mezclando burlas y véras,
Donaires y pesadumbres?
Basta, que oí del papel
De aquella primera dama
El estado de mi fama:
Bien claro me hablaba en él.
¿Que escuche me persuades
La segunda? Pues no ignores
Que no quieren los señores
Oir tan claras verdades. (*Vanse.*)

(*a*) Los emperadores.

Selva cruzada por un camino.

ESCENA IV.

EL CONDE FEDERICO, *de camino, muy galan,* Y BATIN.

BATIN. Desconozco el estilo de tu gusto.
¿Agora en cuatro sauces te detienes,
Cuando á negocio, Federico, vienes
De tan gran importancia?
FED. Mi disgusto
No me permite, como fuera justo,
Más priesa y más cuidado;
Antes la gente dejo, fatigado
De varios pensamientos,
Y al dosel destos árboles, que, atentos
A las dormidas ondas dese rio,
Mirando están sus copas,
Después que los vistió de verdes ropas,
De mi mismo quisiera retirarme;
Que me cansa el hablarme
Del casamiento de mi padre, cuando
Pensé heredarle; que si voy mostrando
A nuestra gente gusto, como es justo,
El alma llena de mortal disgusto,
Camino á Mantua, de sentido ajeno;
Que voy por mi veneno
En ir por mi madrastra, aunque es forzoso.
BATIN. Ya de tu padre el proceder vicioso,
De propios y de extraños reprendido,
Quedó á los piés de la virtud vencido.
Ya quiere sosegarse;
Que no hay freno, Señor, como casarse.
Presentóle un vasallo
Al rey francés un bárbaro caballo
De notable hermosura,
Cisne en el nombre y por la nieve pura
De la piel, que cubrian
Las ricas canas, que á los piés caian
De la cumbre del cuello, en levantando
La pequeña cabeza;
Finalmente le dió naturaleza,
Que alguna dama estaba imaginando,
Hermosura y desden, porque su furia
Tenia por injuria
Sufrir al picador más fuerte y diestro.
Viendo tal hermosura tan sin diestro,
Mandóle el Rey echar en una cava
A un soberbio leon que en ella estaba;
Y en viéndole feroz, apenas viva
El alma sensitiva,
Hizo que el cuerpo al rededor se entoldo
De las crines, que ya crespas sin molde
(Si el miedo no lo era),
Formaron como lanzas blanca esfera,
Y en espin erizado
De orgulloso caballo transformado,
Sudó por cada pelo
Una gota de hielo,
Y quedó tan pacífico y humilde,
Que fué un enano á sus arzones tilde;
Y el que á los picadores no sufria,
Los pícaros sufrió desde aquel dia.
FED. Batin, ya sé que á mi vicioso padre
No pudo haber remedio que le cuadre
Como es el casamiento;
Pero ¿no ha de sentir mi pensamiento
Haber vivido con tan loco engaño?
Ya sé que al más altivo, al más extraño
Le doma una mujer, y que delante
Deste leon, el bravo, el arrogante
Se deja sujetar del primer niño,
Que con dulce cariño
Y media lengua, ó muda ó balbuciente,
Teniéndole en los brazos, le consiente
Que le tome la barba.
Ni rudo labrador la roja parva,
Como un casado la familia mira,
Y de todos los vicios se retira.
Mas ¿qué me importa á mi que se sosiegue
Mi padre, y que se niegue
A los vicios pasados,
Si han de heredar sus hijos sus estados,
Y yo, escudero vil, traer en brazos
Algun leon que me ha de hacer pedazos?
BATIN. Señor, los hombres cuerdos y discretos,
Cuando se ven sujetos
A males sin remedio,
Poniendo la paciencia de por medio,
Fingen contento, gusto y confianza,
Por no mostrar envidia y dar venganza.
FED. ¡Yo sufriré madrastra!
BATIN. ¿No sufrias
Las muchas que tenias
Con los vicios del Duque? Pues agora
Sufre una sola que es tan gran señora.
FED. ¿Qué voces son aquellas?
BATIN. En el vado del rio suena gente.
FED. Mujeres son; á verlas voy.
BATIN. Detente.
FED. Cobarde, ¿no es razon favorecellas?
(*Vase.*)
BATIN. Excusar el peligro es ser valiente.—
¡Lucindo! ¡Albano! ¡Floro!

ESCENA V.

LUCINDO, ALBANO, FLORO.—BATIN.

LUCRE. El conde llama.
ALBA. ¿Dónde está Federico?
FLORO. ¿Pide acaso
Los caballos?
BATIN. Las voces de una dama,
Con poco seso y con valiente paso
Le llevaron de aquí: mientras le sigo,
Llamad la gente. (*Vase.*)

ESCENA VI.

LUCINDO, ALBANO Y FLORO.

LUCRE. ¿Dónde vas? Espera.
ALBA. Pienso que es burla.
FLORO. Y yo lo mismo digo...
—Aunque suena rumor en la ribera,
De gente que camina,

LUC. Mal Federico á obedecer se inclina
El nuevo dueño, aunque por ella viene.
ALB. Sale á los ojos el pesar que tiene.

ESCENA VII.

FEDERICO *con* CASANDRA *en los brazos.*—DICHOS.

FED. Hasta poneros aquí,
Los brazos me dan licencia.
CASAN. Agradezco, caballero,
Vuestra mucha gentileza.
FED. Y yo á mi buena fortuna
Traerme por esta selva,
Casi fuera de camino.
CASAN. ¿Qué gente, Señor, es esta?
FED. Criados que me acompañan.
No tengais, Señora, pena:
Todos vienen á serviros.

ESCENA VIII.

BATIN *con* LUCRECIA *en los brazos.*—DICHOS.

BATIN. Mujer, dime, ¿cómo pesas,
Si dicen que sois livianas?
LUCRE. Hidalgo, ¿dónde me llevas?
BATIN. A sacarte por lo menos
De tanta enfadosa arena
Como la falda del rio
En estas orillas deja.
Pienso que fué treta suya,
Por tener ninfas tan bellas,
Volcarse el coche al salir;
Que si no fuera tan cerca,
Corriérades gran peligro.
FED. Señora, porque yo pueda
Hablaros con el respeto
Que vuestra persona muestra,
Decidme quien sois.
CASAN. Señor,
No hay causa porque no deba
Decirlo. Yo soy Casandra,
Ya de Ferrara duquesa,
Hija del duque de Mantua.
FED. ¿Cómo puede ser que sea
Vuestra alteza y venir sola?
CASAN. No vengo sola; que fuera
Cosa imposible: no lejos
El marqués Gonzaga queda,
A quien pedí me dejase,
Atravesando una senda,
Pasar sola en este rio
Parte desta ardiente siesta;
Y por llegar á la orilla,
Que me pareció cubierta
De más árboles y sombras,
Habia más agua en ella,
Tanto, que pude correr,
Sin ser mar, fortuna adversa;
Mas no pudo ser fortuna,
Pues se pararon las ruedas.
Decidme, Señor, quién sois,
Aunque ya vuestra presencia
Lo generoso asegura
Y lo valeroso muestra;
Que es razon que este favor,
No solo yo le agradezca,
Pero el Marqués y mi padre,
Que tan obligados quedan.
FED. Después que me dé la mano,
Sabrá quién soy vuestra alteza.
CASAN. ¡De rodillas! Es exceso.
No es justo que lo consienta
La mayor obligacion.
FED. Señora, es justo y es fuerza:
Mirad que soy vuestro hijo.
CASAN. Confieso que he sido necia
En no haberos conocido.
¿Quién, sino quien sois, pudiera
Valerme en tanto peligro?
Dadme los brazos.
FED. Merezca
Vuestra mano.
CASAN. No es razon.
Dejadles pagar la deuda,
Señor conde Federico.
FED. El alma os dé la respuesta.
(*Hablan quedo.*)
BATIN. (*A Lucrecia.*)
Ya que ha sido nuestra dicha
Que esta gran señora sea
Por quien íbamos á Mantua,
Solo resta que yo sepa
Si eres tú, vuesamerced,
Señoría ó excelencia,
Para que pueda medir
Lo razonado á las prendas.
LUCRE. Desde mis primeros años
Sirvo, amigo, á la Duquesa.
Soy doméstica criada,
Visto y desnudo á su alteza.
BATIN. ¿Eres camarera?
LUCRE. No.
BATIN. Serás hácia-camarera,
Como que lo fuiste á ser,
Y te quedaste á la puerta...
Tal vez tienen las señoras,
Como lo que tú me cuentas,
Unas criadas malillas,
Entre doncellas y dueñas,
Que son todo y no son nada.
¿Cómo te llamas?
LUCRE. Lucrecia.
BATIN. ¿La de Roma?
LUCRE. Más acá.
BATIN. ¡Gracias á Dios que con ella
Topé! que desde su historia
Traigo llena la cabeza
De castidades forzadas
Y de diligencias necias.
¿Tú viste á Tarquino?
LUCRE. ¡Yo!
BATIN. Y ¿qué hicieras si le vieras?
LUCRE. ¿Tienes mujer?
BATIN. ¿Por qué causa
Lo preguntas?

LUCRE. Porque pueda
Ir á tomar su consejo.
BATIN. Heristeme por la treta.
Tú ¿sabes quién soy?
LUCRE. ¿De qué?
BATIN. ¿Es posible que no llega
Aun hasta Mantua la fama
De Batín?
LUCRE. ¿Por qué excelencias?
Pero tú debes de ser
Como unos necios, que piensan
Que en todo el mundo su nombre
Por único se celebra,
Y apenas le sabe nadie.
BATIN. No quiera Dios que tal sea,
Ni que murmure envidioso
De las virtudes ajenas.
Esto dije por donaire;
Que no porque piense ó tenga
Satisfacion y arrogancia.
Verdad es que yo quisiera
Tener fama entre hombres sabios,
Que ciencia y letras profesan;
Que en la ignorancia comun
No es fama, sino coseclia,
Que sembrando disparates,
Coge lo mismo que siembra.
CASAN. (*A Federico.*) Aun no acierto á encarecer
El haberos conocido:
Poco es lo que habia oido
Para lo que vengo á ver.
El hablar, el proceder
A la persona conforma,
Hijo y mi señor, de forma,
Que muestra en lo que habeis hecho
Cuál es el alma del pecho
Que tan gran sugeto informa.
Dicha ha sido haber errado
El camino que seguí,
Pues más presto os conocí
Por yerro tan acertado.
Cual suele en el mar airado
La tempestad, después della
Ver aquella lumbre bella,
Así fué mi error la noche,
Mar el rio, nave el coche,
Yo el piloto y vos mi estrella.
Madre os seré desde hoy,
Señor conde Federico,
Y deste nombre os suplico
Que me honreis, pues ya lo soy.
De vos tan contento estoy,
Y tanto el alma repara
En prenda tan dulce y cara,
Que me da más regocijo
Teneros á vos por hijo,
Que ser duquesa en Ferrara.
FED. Basta que me dé temor,
Hermosa Señora, el veros;
No me impida el responderos
Turbarme tanto favor.
Hoy el Duque, mi señor,
En dos divide mi sér,
Que del cuerpo pudo hacer
Que mi sér primero fuese,
Para que el alma debiese
A mi segundo nacer.
Destos nacimientos dos
Llevais, Señora, la palma;
Que para nacer con alma,
Hoy quiero nacer de vos;
Que, aunque quien la infunde es Dios,
Hasta que os ví, no sentia
En qué parte la tenia.
Pues, si conocerla os debo,
Vos me habeis hecho de nuevo;
Que yo sin alma vivia.
Y desto se considera,
Pues que de vos nacer quiero,
Que soy el hijo primero
Que el Duque de vos espera.
Y de que tan hombre quiera
Nacer, no son fantasías;
Que para disculpas mias,
Aquel divino crisol
Há seis mil años que es sol,
Y nace todos los dias.

ESCENA IX.

EL MARQUÉS GONZAGA Y RUTILIO.—DICHOS.

RUT. Aquí, Señor, los dejé.
MARQ. Extraña desdicha fuera,
Si el caballero que dices
No llegara á socorrerla.
RUT. Mandóme alejar, pensando
Dar nieve al agua risueña,
Bañando en ella los piés
Para que corriese perlas;
Y así no pudo llegar
Tan presto mi diligencia,
Y en brazos de aquel hidalgo
Salió, Señor, la Duquesa;
Pero como ví que estaban
Seguras en la ribera,
Corrí á llamarte.
MARQ. Allí está
Entre el agua y el arena
El coche solo.
RUT. Estos sauces
Nos estorbaron el verla.—
Allí está con los criados
Del caballero.
CASAN. Ya llega
Mi gente.
MARQ. ¡Señora mia!...
CASAN. ¡Marqués!...
MARQ. Con notable pena
A todos nos ha tenido
Hasta agora vuestra alteza.
¡Gracias á Dios, que os hallamos
Sin peligro!
CASAN. Después dellas,
Las dad á este caballero:
Su piadosa gentileza
Me sacó libre en los brazos.
MARQ. Señor Conde, ¿quién pudiera,

Sino vos, favorecer
A quien ya es justo que tenga
El nombre de vuestra madre?
FED. Señor Marqués, yo quisiera
Ser un Júpiter entonces,
Que transformándome cerca
En aquel ave imperial,
Aunque las plumas pusiera
A la luz de tanto sol,
Ya de Faetonte soberbia,
Entre las doradas uñas,
Tuson del pecho la hiciera
Y por el aire en los brazos,
Por mi cuidado la vieran
Los del Duque, mi señor.
MARQ. El cielo, Señor, ordena
Estos sucesos que veis,
Para que Casandra os deba
Un beneficio tan grande,
Que desde este punto pueda
Conformar las voluntades,
Y en toda Italia se vea
Amarse tales contrarios,
Y que en un sugeto quepan.
(*Hablan los dos, y aparte Casandra y Lucrecia.*)
CASAN. Mientras los dos hablan, dime,
¿Qué te parece, Lucrecia,
De Federico?
LUCRE. Señora,
Si tú me dieses licencia
Mi parecer te diria.
CASAN. Aunque ya no sin sospecha,
Yo te la doy.
LUCRE. Pues yo digo...
CASAN. Di.
LUCRE. Que más dichosa fueras
Si se trocara la suerte.
CASAN. Aciertas, Lucrecia, y yerra
Mi fortuna; mas ya es hecho;
Porque cuando yo quisiera,
Fingiendo alguna invencion,
Volver á Mantua, estoy cierta
Que me matara mi padre,
Y por toda Italia fuera
Fábula mi desatino:
Fuera de que no pudiera
Casarme con Federico;
Y así, no es justo que vuelva
A Mantua, sino que vaya
A Ferrara en que me espera
El Duque, de cuya libre
Vida y condicion me llevan
Las nuevas con gran cuidado.
MARQ. Ea, nuestra gente venga,
Y alegremente salgamos
Del peligro desta selva.—
Parte delante á Ferrara,
Rutilio, y lleva las nuevas
Al Duque del buen suceso;
Si por ventura no llega
Anticipada la fama,
Que se detiene en las buenas
Cuanto corre en siendo malas.—
Vamos, señora, y prevengan
Caballo al Conde.
FLORO. El caballo
Del Conde. (*Vase.*)
CASAN. Vuestra excelencia
Irá mejor en mi coche.
FED. Como mande vuestra alteza
Que vaya, la iré sirviendo.
(*El Marqués lleva de la mano á Casandra.*)

ESCENA X.

FEDERICO Y BATIN.

BATIN. ¡Qué bizarra es la duquesa!
FED. ¿Parécete bien, Batín?
BATIN. Paréceme una azucena
Que está pidiendo á la aurora
En cinco cándidas lenguas
Que le trueque en cortesía
Los granos de oro á sus perlas.
No he visto mujer tan linda.
Por Dios, Señor, que si hubiera
Lugar (porque saben ya,
Y no es bien que la detengas),
Que te dijera...
FED. No digas
Nada; que con tu agudeza
Me has visto el alma en los ojos,
Y el gusto me lisonjeas.
BATIN. ¿No era mejor para tí
Esta clavellina fresca,
Esta naranja en azár,
Toda de pimpollos hecha,
Esta alcorza de ámbar y oro,
Esta Vénus, esta Helena?
¡Pese á las leyes del mundo!
FED. Vén, no les demos sospecha;
Y seré el primer almado
A quien hermosa parezca
Su madrastra.
BATIN. Pues, señor,
No hay más de tener paciencia;
Que á fe que á dos pesadumbres,
Ella te parezca fea.

Sala con vistas á un jardin, perteneciente á un palacio, próximo á Ferrara.

ESCENA XI.

EL DUQUE Y AURORA.

DUQUE. Hallarála en el camino
Federico, si partió
Cuando dicen.
AUR. Mucho erró;
Pues cuando el aviso vino,
Era forzoso el partir
A acompañar á su alteza.
DUQUE. Pienso que alguna tristeza
Pudo el partir diferir;
Que, en fin, Federico estaba

Seguro en su pensamiento
De heredarme, cuyo intento,
Que con mi amor consultaba,
Fundaba bien su intencion;
Porque es Federico, Aurora,
Lo que más mi alma adora,
Y fué casarme traicion
Que hago á mi propio gusto;
Que mis vasallos han sido
Quien me han forzado y vencido
A darle tanto disgusto;
Si bien dicen que esperaban
Tenerle por su señor,
O por conocer mi amor,
O porque tambien le amaban;
Mas, que los deudos que tienen
Derecho á mi sucesion,
Pondrán pleito con razon;
O que si á las armas vienen,
No pudiendo concertallos,
Abrasarán estas tierras;
Porque siempre son las guerra,
A costa de los vasallos.
Con esto determiné
Casarme: no pude más.
AUR. Señor, disculpado estás:
Yerro de fortuna fué.
Pero la grave prudencia
Del Conde hallará templanza,
Para que su confianza
Tenga consuelo y paciencia.
Aunque en esta confusion,
Un consejo quiero darte,
Que será remedio en parte
De su engaño y tu afliccion.
Perdona el atrevimiento;
Que fiado en el amor
Que me muestras, con valor
Te diré mi pensamiento.
Yo soy, invicto Duque, tu sobrina;
Hija soy de tu hermano,
Que en su primera edad, como temprano
Almendro que la flor al cierzo inclina,
(Cinco lustros ¡ay suerte
Cruel!) rindió la inexorable muerte.
Criásteme en tu casa, porque luego
Quedé tambien sin madre;
Tú solo fuiste mi querido padre;
Y en el confuso laberinto ciego
De mis fortunas tristes,
El hilo de oro que de luz me vistes.
Disteme por hermano á Federico,
Mi primo en la crianza,
A cuya siempre honesta confianza
Con dulce trato honesto amor aplico,
No menos del querida,
Viviendo entrambos una misma vida.
Una ley, un amor, un albedrío,
Una fe nos gobierna,
Que con el matrimonio será eterna,
Siendo yo suya y Federico mio;
Que aun apenas la muerte
Osará dividir lazo tan fuerte.
Desde la muerte de mi padre amado
Tiene mi hacienda aumento:
No hay en Italia agora casamiento
Más igual á sus prendas y á su estado;
Y yo, entre muchos grandes,
Ni miro á España ni me aplico á Flandes.
Si le casas conmigo, estás seguro
De que no se entristezca
De que Casandra sucesion te ofrezca,
Sirviendo yo de su defensa y muro.
Mira si en este medio
Promete mi consejo tu remedio.
DUQUE. Dame tus brazos, Aurora,
Que en mi sospecha y recelo,
Eres la misma del cielo,
Que mi noche ilustra y dora.
Hoy mi remedio amaneces,
Y en el sol de tu consejo
Miro, como en claro espejo,
El que á mi sospecha ofreces.
Mi vida y honra aseguras;
Y así, te prometo al Conde,
Si á tu honesto amor responde
La fe con que le procuras;
Que bien creo que estarás
Cierta de su justo amor,
Como yo, que tu valor,
Aurora, merece más.
Y así, pues vuestros intentos
Conformes vienen á ser,
Palabra te doy de hacer
Juntos los dos casamientos.
Venga el Conde, y tú verás
Qué dia á Ferrara doy.
AUR. Tu hija y tu esclava soy.
No puedo decirte más.

ESCENA XII.

BATIN.—DICHOS.

BATIN. Vuestra alteza, gran Señor,
Reparta entre mí y el viento
Las albricias, porque á entrambos
Se las debe de derecho;
Que no sé cuál de los dos
Vino en el otro corriendo,
Yo en el viento ó él en mí,
Él en mis piés, yo en su vuelo.
La Duquesa, mi señora,
Viene buena, y si primero
Dijo la fama que el rio,
Con atrevimiento necio,
Volcó el coche, no fué nada;
Porque el Conde al mismo tiempo
Llegó y la sacó en sus brazos,
Con que las paces se han hecho
De aquella opinion vulgar,
Que nunca bien se quisieron
Los alnados y madrastras;
Porque con tanto contento
Vienen juntos, que parecen
Hijo y madre verdaderos.
DUQUE. Esa paz, Batin amigo,
Es la nueva que agradezco;

Y que traiga gusto el Conde,
Fuera de ser nueva, es nuevo.
¿Querrá Dios que Federico
Con su buen entendimiento
Se lleve bien con Casandra?
En fin, ya los dos se vieron,
Y en tiempo que pudo hacerle
Ese servicio.
BATIN. Prometo
A vuestra alteza que fué
Dicha de los dos.
AUR. Yo quiero
Que me dés nuevas tambien.
BATIN. ¡Oh, Aurora, que á la del cielo
Das ocasion con el nombre
Para decirte conceptos!
¿Qué me quieres preguntar?
AUR. Deseo de saber tengo
Si es muy hermosa Casandra.
BATIN. Esa pregunta y deseo
No era de vuestra excelencia,
Sino del Duque; mas pienso
Que entrambos sabeis por fama
Lo que repetir no puedo,
Porque ya llegan.
DUQUE. Batin,
Ponte esta cadena al cuello.

ESCENA XIII.

RUTILIO, FLORO, ALBANO, LUCINDO, EL MARQUÉS, FEDERICO, CASANDRA Y LUCRECIA, *con grande* ACOMPAÑAMIENTO *y bizarría.*—DICHOS.

FED. En esta huerta, Señora,
Os tienen hecho aposento
Para que el Duque os reciba,
En tanto que disponiendo
Queda Ferrara la entrada,
Que á vuestros merecimientos
Será corta, aunque será
La mayor que en estos tiempos
En Italia se haya visto.
CASAN. Ya, Federico, el silencio
Me provocaba á tristeza.
FED. Fué de aquesta causa efeto.
FLORO. Ya salen á recibiros
El Duque y Aurora.
DUQUE. El cielo,
Hermosa Casandra, á quien
Con toda el alma os ofrezco
Estos estados, os guarde
Para su señora y dueño,
Para su aumento y su honor,
Los años de mi deseo.
CASAN. Para ser de vuestra alteza
Esclava, gran Señor, vengo;
Que deste título solo
Recibe mi casa aumento,
Mi padre honor y mi patria
Gloria, en cuya fe poseo
Los méritos de llegar
A ser digna de los vuestros.
DUQUE. Dadme vos, señor Marqués,
Los brazos, á quien yo debo
Prenda de tanto valor.
MARQ. En su nombre los merezco,
Y por la parte que tuve
En este alegre himeneo,
Pues hasta la ejecucion
Me sois deudor del concierto.
AUR. Conoced, Casandra, á Aurora.
CASAN. Entre los bienes que espero
De tanta ventura mia,
Es ver, Aurora, que os tengo
Por amiga y por señora.
AUR. Con serviros, con quereros
Por dueño de cuanto soy,
Solo responderos puedo.
Dichosa Ferrara ha sido
¡Oh Casandra! en mereceros
Para gloria de su nombre.
CASAN. Con tales favores entro,
Que ya en todas mis acciones
Próspero fin me prometo.
DUQUE. Sentáos, porque os reconozcan
Con debido amor mis deudos
Y mi casa.
CASAN. No replico:
Cuanto mandais obedezco.
(*Siéntanse debajo del dosel el Duque y Casandra, el Marqués y Aurora.*)
CASAN. ¿No se sienta el Conde?
DUQUE. No;
Porque ha de ser el primero
Que os ha de besar la mano.
CASAN. Perdonad; que no consiento
Esa humildad.
FED. Es agravio
De mi amor; fuera de serlo,
Es ir contra mi obediencia.
CASAN. Eso no.
FED. (*Ap.*) Temblando llego.
CASAN. Tenéos...
FED. No lo mandeis.
Tres veces, Señora, beso
Vuestra mano: una por vos,
Con que humilde me sujeto
A ser vuestro mientras viva,
Destos vasallos ejemplo;
La segunda por el Duque,
Mi señor, á quien respeto
Obediente; y la tercera
Por mí, porque no teniendo
Más por vuestra obligacion
Ni menos por su precepto,
Sea de mi voluntad,
Señora, el reconoceros;
Que la que sale del alma
Sin fuerza de gusto ajeno,
Es verdadera obediencia.
CASAN. De tan obediente cuello
Sean cadena mis brazos.
DUQUE. Es Federico discreto.
MARQ. Dias há, gallarda Aurora,
Que los deseos de veros
Nacieron de vuestra fama,

Y á mi fortuna le debo
Que tan cerca me pusiese
De vos, aunque no sin miedo,
Para que sepais de mí
Que, puesto que se cumplieron,
Son mayores de serviros
Cuando tan hermosa os veo.

AUR. Yo, señor Marqués, estimo
Ese favor como vuestro,
Porque ya de vuestro nombre,
Que por las armas eterno
Será en Italia, tenia
Noticia por tantos hechos.
Lo de galan ignoraba,
Y fué ignorancia os confieso;
Porque soldado y galan
Es fuerza, y más en sugeto
De tal sangre y tal valor.

MARQ. Pues haciendo fundamento
De ese favor, desde hoy
Me nombro vuestro, y prometo
Mantener en estas fiestas
A todos los caballeros
De Ferrara, que ninguno
Tiene tan hermoso dueño.

DUQUE. Que descanseis es razon;
Que pienso que entreteneros
Es hacer la necedad
Que otros casados dijeron.
No diga el largo camino
Que he sido dos veces necio,
Y amor que no estimo el bien,
Pues no le agradezco el tiempo.
(Todos se entran con grandes cumplimientos, y quédanse Federico y Batin.)

ESCENA XIV.

FEDERICO Y BATIN.

FED. ¡Qué necia imaginacion!

BATIN. ¿Cómo necia? ¿Qué tenemos?

FED. Bien dicen que nuestra vida
Es sueño, y que todo es sueño (a);
Pues que no solo dormidos,
Pero aun estando despiertos,
Cosas imagina un hombre
Que al más abrasado enfermo
Con frenesí, no pudieran
Llegar á su entendimiento.

BATIN. Dices bien; que alguna vez
Entre muchos caballeros
Suelo estar, y sin querer
Se me viene al pensamiento
Dar un bofeton á uno
Y mordelle en el pescuezo.
Si estoy en algun balcon,
Estoy pensando y temiendo
Echarme dél y matarme.
Si voy en algun entierro,
Me da gana de reir:
Si estoy en la iglesia oyendo
Algun sermon, imagino
Que le digo que está impreso;
Y si dos están jugando,
Que les tiro un candelero.
Si cantan, quiero cantar;
Y si alguna dama veo,
En mi necia fantasía,
Asirla del moño intento,
Y me salen mil colores,
Como si lo hubiera hecho.

FED. ¡Jesús! Dios me valga. Afuera,
Desatinados conceptos
De sueños despiertos. ¡Yo
Tal imagino, tal pienso,
Tal me prometo, tal digo,
Tal fabrico, tal emprendo!
No más. ¡Extraña locura!

BATIN. Pues ¡tú para mí secreto!

FED. Batin, no es cosa que hice.
Y así nada te reservo;
Que las imaginaciones
Son espíritu sin cuerpo:
Lo que no es ni ha de ser
No es esconderte mi pecho.

BATIN. Y si te lo digo yo,
¿Negaríasmelo?

FED. Primero
Que puedas adivinarlo,
Habrá flores en el cielo,
Y en ese jardin estrellas.

BATIN. Pues mira cómo lo acierto:
Que te agrada tu madrastra
Estás entre tí diciendo.

FED. ¡No lo digas!... Es verdad.
Pero yo ¿qué culpa tengo,
Pues el pensamiento es libre?

BATIN. Y tanto, que por su vuelo
La inmortalidad del alma
Se mira como en espejo.

FED. Dichoso es el Duque.

BATIN. Y mucho.

FED. Con ser imposible, llego
A estar envidioso dél.

BATIN. Bien puedes, con presupuesto
De que era mejor Casandra
Para tí.

FED. Con eso puedo
Morir de imposible amor
Y tener posibles celos.

(a) «Es sueño, y que toda es sueño.» *Otras ediciones.*

ACTO SEGUNDO.

Sala en el palacio del Duque en Ferrara.

ESCENA PRIMERA.

CASANDRA Y LUCRECIA.

LUCRE. Con notable admiracion
Me ha dejado vuestra alteza.

CASAN. No hay alteza con tristeza,
Y más si bajezas son.

Más quisiera, y con razon,
Ser una ruda villana,
Que me hallara la mañana
Al lado de un labrador,
Que desprecio de un señor
En oro, púrpura y grana.
¡Pluguiera á Dios que naciera
Bajamente, pues hallara
Quien lo que soy estimara,
Y á mi amor correspondiera!
En aquella humilde esfera,
Como en las camas reales,
Se gozan contentos tales,
Que no los crece el valor,
Si los efetos de amor
Son en las noches iguales.
No los halla á dos casados
El sol por las vidrieras
De cristal á las primeras
Luces del alba, abrazados
Con más gusto, ni en dorados
Techos más descanso halló,
Que tal vez que penetró,
Del aurora á los principios,
Por mal ajustados ripios,
Y un alma en dos cuerpos vió.
¡Dichosa la que no siente
Un desprecio autorizado,
Y se levanta del lado
De su esposo alegremente!
La que en la primera fuente
Mira ó lava ¡oh cosa rara!
Con las dos manos la cara,
Y no en llanto, cuando fué
Mujer de un hombre sin fe,
Con ser duque de Ferrara.
Sola una noche le ví
En mis brazos en un mes,
Y muchas le ví despues
Que no quiso verme á mí.
Pero de que viva ansi
¿Cómo me puedo quejar,
Pues que me pudo enseñar
La fama, que quien vivia
Tan mal, no se enmendaria
Aunque mudase lugar?
Que venga un hombre á su casa
Cuando viene al mundo el dia;
Que viva á su fantasía,
Por libertad de hombre pasa.
(¿Quién puede ponerlo tasa?)
Pero quien con tal desprecio
Trate una mujer de precio,
De que es casado olvidado,
O quiere ser desdichado,
O tiene mucho de necio.
El Duque debe de ser
De aquellos, cuya opinion,
En tomando posesion,
Quieren en casa tener
Como alhaja la mujer,
Para adorno, lustre y gala,
Silla ó escritorio en sala,
Y es término que condeno;
Porque con marido bueno
¿Cuándo se vió mujer mala?
La mujer de honesto trato
Viene para ser mujer
A su casa; que no á ser
Silla, escritorio ó retrato.
Basta ser un hombre ingrato,
Sin que sea descortés;
Y es mejor, si causa es
De algun pensamiento extraño,
No dar ocasion al daño,
Que remediarle después.

LUCRE. Tu discurso me ha causado
Lástima y admiracion;
Que tan grande sinrazon
Puede ponerte en cuidado.
¿Quién pensara que casado
Fuera el Duque tan vicioso;
O que no siendo amoroso,
Descortés, cual dices, fuera, (a)
Con que tu pecho estuviera
Para el agravio animoso?
En materia de galan
Puédese picar con celos,
Y dar algunos desvelos;
Cuando dormidos están,
El desden, el ademan,
La risa con quien pasó,
Alabar al que la habló,
Con que despierta el dormido;
Pero celos á marido
¿Quién en el mundo los dió?
¿Hale escrito vuestra alteza
A su padre estos enojos?

CASAN. No, Lucrecia; que mis ojos
Sólo saben mi tristeza.

LUCRE. Conforme á naturaleza
Y á la razon, mejor fuera
Que el Conde te mereciera,
Y que contigo casado,
Asegurando su estado,
Su nieto le sucediera;
Que aquestas melancolías
Que trae el Conde no son,
Señora, sin ocasion.

CASAN. No serán sus fantasías,
Lucrecia, de envidias mías,
Ni yo hermanos le daré;
Conque Federico esté
Seguro, que no soy yo
La que la causa le dió.
Desdicha de entrambos fué.

(a) En otras dice:
«Cortés, como dices, fuera.»
Ó es equivocacion, falta un *no*.

ESCENA II.

EL DUQUE, FEDERICO Y BATIN.—DICHAS.

DUQUE. Si yo pensara, Conde, que te dicrá
Tanta tristeza el casamiento mio,
Antes de imaginarlo me muriera.

FED. Señor, fuera notable desvarío

Entristecerme á mi tu casamiento:
Ni de tu amor por eso desconfio.
Advierta, pues, tu claro entendimiento
Que, si del casamiento me pesara,
Disimular supiera el descontento.
La falta de salud se ve en mi cara,
Pero no la ocasion.

DUQUE. Mucho presumen
Los médicos de Mantua y de Ferrara,
Y todos finalmente se resumen
En que casarte es el mejor remedio,
Con que tales tristezas se consumen.

FED. Para doncellas era mejor medio,
Señor, que para un hombre de mi estado;
Que no por esos medios me remedio.

CASAN. (*Ap. á Lucrecia.*)
Aun apenas el Duque me ha mirado.
¡Desprecio extraño y vil descortesía!

LUCRE. Si no te ha visto, no será culpado.

CASAN. Fingir descuido es brava tiranía.—
Vamos, Lucrecia; que, si no me engaño,
Deste desden le pesará algun dia.
(*Vanse las dos.*)

ESCENA III.

EL DUQUE, FEDERICO Y BATIN.

DUQUE. Si bien de la verdad me desengaño,
Yo quiero proponerte un casamiento,
No lejos de tu amor ni en reino extraño.

FED. ¿Es por ventura Aurora?

DUQUE. El pensamiento
Me hurtaste al producirle por los labios,
Como quien tuvo el mismo sentimiento.
Yo consulté los más ancianos sabios
Del magistrado nuestro, y todos vienen
En que esto sobrelora tus agravios.

FED. Poca experiencia de mi pecho tienen.
Neciamente me juzgan agraviado,
Pues sin causa ofendido me previenen.
Ellos saben que nunca reprobado
Tu casamiento de mi voto ha sido;
Antes por tu sosiego deseado.

DUQUE. Así lo creo y siempre lo he creido;
Y esa obediencia, Federico, pago
Con estar de casarme arrepentido.

FED. Señor, porque no entiendas que yo hago
Sentimiento de cosa que es tan justa,
Y el amor que me muestras satisfago,
Sabré primero si mi prima gusta;
Y luego, disponiendo mi obediencia,
Pues lo contrario fuera cosa injusta,
Haré lo que me mandas.

DUQUE. Su licencia
Tengo firmada de su misma boca.

FED. Yo sé que hay novedad, de cierta ciencia,
Y que porque á servirla le provoca,
El marqués en Ferrara se ha quedado.

DUQUE. Pues eso, Federico, ¿qué te toca?

FED. Al que se ha de casar le da cuidado
El galan que ha servido, y aun enojos;
Que es escribir sobre papel borrado.

DUQUE. Si andan los hombres á mirar antojos,
Encierren en castillos las mujeres
Desde que nacen, contra tantos ojos;
Que el más puro cristal, si verte quieres,
Se mancha del aliento; mas ¿qué importa,
Si del mirar escrupuloso eres,
Pues luego que se limpia y se reporta,
Tan claro queda como estaba de antes?

FED. Muy bien tu ingenio y tu valor me exhorta.
Señor, cuando centellas rutilantes
Escupe alguna fragua, y el que fragua
Quiere apagar las llamas resonantes,
Moja las brasas de la ardiente fragua;
Pero rebeldes ellas, crecen luego,
Y arde el fuego voraz lamiendo el agua.
Así un marido, del amante ciego
Templó el deseo y la primera llama;
Pero puede volver más vivo el fuego:
Y así, debo temerme de quien ama;
Que no quiero ser agua que le aumente,
Dando fuego á mi honor y humo á mi fama.

DUQUE. Muy necio, Conde, estás y impertinente.
Hablas de Aurora, cual si noche fuera,
Con bárbaro lenguaje y indecente.

FED. Espera.

DUQUE. ¿Para qué?

FED. Señor, espera. (*Vase el Duque.*)

ESCENA IV.

FEDERICO Y BATIN.

BATIN. ¡Oh qué bien has negociado
La gracia del Duque!

FED. Espero
Su desgracia, porque quiero
Ser en todo desdichado;
Que mi desesperacion
Ha llegado á ser de suerte,
Que solo para la muerte
Me permite apelacion.
Y si muriera, quisiera
Poder volver á vivir
Mil veces, para morir
Cuantas á vivir volviera.
Tal estoy, que no me atrevo
Ni á vivir ni á morir ya,
Por ver que el vivir será
Volver á morir de nuevo.
Y si no soy mi homicida,
Es por ser mi mal tan fuerte,
Que porque es menos la muerte,
Me dejo estar con la vida.

BATIN. Segun esto, ni tú quieres
Vivir, Conde, ni morir;
Que entre morir y vivir
Como hermafrodita eres;
Que como aquel se compone
De hombre y mujer, tú de muerte
Y vida; que de tal suerte
La tristeza te dispone,
Que ni eres muerte ni vida.
Pero, por Dios, que, mirado
Tu desesperado estado,
Me obligas á que te pida

O la razon de tu mal
O la licencia de irme
Adonde que fuí confirme
Desdichado por leal.
Dame tu mano.

FED. Batin,
Si yo decirte pudiera
Mi mal, mal posible fuera,
Y mal que tuviera fin.
Pero la desdicha ha sido
Que es mi mal de condicion,
Que no cabe en mi razon,
Sino solo en mi sentido;
Que cuando por mi consuelo
Voy á hablar, me pone en calma
Ver que de la lengua al alma
Hay más que del suelo al cielo.
Véte, si quieres, tambien,
Y déjame solo aquí,
Porque no haya cosa en mí
Que aun tenga sombra de bien.

ESCENA V.

CASANDRA Y AURORA.—DICHOS, *que siguen hablando retirados.*

CASAN. ¿Dèso lloras?

AUR. ¿Le parece
A vuestra alteza, Señora,
Sin razon, si el Conde agora
Me desprecia y aborrece?
Dice que quiere al marqués
Gonzaga. ¡Yo á Cárlos! Yo!
¿Cuándo? Cómo? Pero no;
Que ya sé lo que esto es.
Él tiene en su pensamiento
Irse á España, despechado
De ver su padre casado;
Que antes de su casamiento
La misma luz de sus ojos
Era yo; pero ya soy
Quien en los ojos le doy,
Y mis ojos sus enojos.
¿Qué auroras nuevas el dia
Trujo al mundo, sin hallar
Al Conde donde á buscar
La de sus ojos venia?
¿En qué jardin, en qué fuente
No me dijo el Conde amores?
¿Qué jazmines ó qué flores
No fueron mi boca y frente?
Cuando de mí se apartó,
¿Qué instante vivió sin mí?
O ¿cómo viviera en sí,
Si no le animara yo?
Que tanto el trato acrisola
La fe de amor, que de dos
Almas que nos puso Dios,
Hicimos un alma sola.
Esto desde tiernos años,
Porque con los dos nació
Este amor, que hoy acabó
A manos de sus engaños.
Tanto pudo la ambicion
Del estado que ha perdido.

CASAN. Pésame de que haya sido,
Aurora, por mi ocasion;
Pero templa tus desvelos
Mientras voy á hablar con él,
Si bien es cosa cruel
Poner en razon los celos.

AUR. ¡Yo celos!

CASAN. Con el Marqués,
Dice el Duque.

AUR. Vuestra alteza
Crea que aquella tristeza
Ni es amor ni celos es. (*Vase.*)

ESCENA VI.

CASANDRA, FEDERICO Y BATIN.

CASAN. Federico...

FED. Mi señora,
Dé vuestra alteza la mano
A su esclavo. (*Se arrodilla.*)

CASAN. ¡Tú en el suelo!
Conde, no te humilles tanto;
Que te llamaré excelencia.

FED. Será de mi amor agravio.
Ni me pienso levantar
Sin ella.

CASAN. Aquí están mis brazos.
¿Qué tienes? Qué has visto en mí?
Parece que estás temblando.
¿Sabes ya lo que te quiero?

FED. Al haberlo adivinado
El alma, lo dijo al pecho;
El pecho al rostro, causando
El sentimiento que miras.

CASAN. Déjanos solos un rato,
Batin; que tengo que hablar
Al Conde.

BATIN. (*Ap.*) ¡El Conde turbado,
Y hablarle Casandra á solas!
No lo entiendo. (*Vase.*)

ESCENA VII.

CASANDRA Y FEDERICO.

FED. (*Ap.*) ¡Ay cielo! en tanto
Que muero fénix, poned
A tanta llama descanso,
Pues otra vida me espera.

CASAN. Federico, aunque reparo
En lo que me ha dicho Aurora
De tus celosos cuidados
Después que vino conmigo
A Ferrara el marqués Cárlos,
Por quien de casarte dejas,
Apenas me persuado
Que tus méritos desprecies,
Siendo, como dicen, sabios
Desconfianza y envidia;
Que más tiene de soldado,
Aunque es gallardo el Marqués,

Que de galan cortesano.
De suerte que solo pienso
De tu tristeza y recato
Que es porque el Duque, tu padre,
Se casó conmigo, dando
Por ya perdida la accion,
A la luz del primer parto,
Que á sus estados tenias.
Y siendo así que yo causo
Tu desasosiego y pena,
Desde aquí te desengaño,
Que puedes estar seguro
De que no tendrás hermanos;
Porque el Duque, solamente
Por cumplir con sus vasallos
Este casamiento ha hecho;
Que sus viciosos regalos,
Por no les dar otro nombre,
Apenas el breve espacio
De una noche, que á su cuenta,
Fué cifra de muchos años,
Mis brazos lo permitieron;
Y á los deleites pasados
Ha vuelto con mayor furia,
Roto el freno de mis brazos,
Como se suelta al estruendo
Un arrogante caballo
Del atambor (porque quiero
Usar de término casto),
Que del bordado jaez
Va sembrando los pedazos,
Allí las piezas del freno
Vertiendo espumosos rayos,
Allí la barba y la rienda,
Allí las cintas y lazos;
Así el Duque, la obediencia
Rota al matrimonio santo,
Va por mujercillas viles
Pedazos de honor sembrando.
Allí se deja la fama,
Allí los laureles y arcos,
Los títulos y los nombres
De sus ascendientes claros;
Allí el valor, la salud
Y el tiempo tan mal gastado,
Haciendo las noches dias
En estos indignos pasos!
Con que sabrás cuán seguro
Estás de heredar su estado;
O escribiendo yo á mi padre
Que es, más que esposo, tirano,
Para que me saque libre
Del Argel de su palacio,
Si no anticipa la muerte
Breve fin á tantos daños.

FED. Comenzando vuestra alteza
Riñéndome, acaba en llanto,
Su discurso, que pudiera
En el más duro peñasco
Imprimir dolor. ¿Qué es esto?
Sin duda que me ha mirado
Por hijo de quien la ofende;
Pero yo la desengaño
Que no parezca hijo suyo
Para tan injustos casos.
Esto persuadido así,
De mi tristeza, me espanto
Que la atribuyas, Señora,
A pensamientos tan bajos.
¿Ha menester Federico,
Para ser quien es, estados?
¿No lo son los de mi prima,
Si yo con ella me caso,
O si la espada por dicha
Contra algun príncipe saco
Destos confinantes nuestros,
Los que me quitan restauro?
No procede mi tristeza
De interés; y aunque me alargo
A más de lo que es razon,
Sabe, Señora, que paso
Una vida la más triste
Que se cuenta de hombre humano,
Desde que amor en el mundo
Puso las flechas al arco.
Yo me muero sin remedio;
Mi vida se va acabando,
Como vela, poco á poco;
Y ruego á la muerte en vano
Que no aguarde á que la cera
Llegue al último desmayo,
Sino que con breve soplo
Cubra de noche mis años.

CASAN. Deten, Federico ilustre,
Las lágrimas; que no ha dado
El cielo el llanto á los hombres,
Sino el ánimo gallardo.
Naturaleza el llorar
Vinculó por mayorazgo
En las mujeres, á quien,
Aunque hay valor, faltan manos;
No en los hombres, que una vez
Solo pueden, y es en caso
De haber perdido el honor,
Mientras vengan el agravio.
¡Mal haya Aurora y sus celos,
Que un caballero bizarro,
Discreto, dulce y tan digno
De ser querido, á un estado
Han reducido tan triste!

FED. No es Aurora; que es engaño.

CASAN. Pues ¿quién es?

FED. El mismo sol;
Que de esas auroras hallo
Muchas siempre que amanece.

CASAN. ¿Que no es Aurora?

FED. Más alto
Vuela el pensamiento mio.

CASAN. ¿Mujer te ha visto y hablado,
Y tú le has dicho tu amor,
Que puede con pecho ingrato
Corresponderte? ¿No miras
Que son efectos contrarios,
Y proceder de una causa
Parece imposible?

FED. Cuando
Supieras tú el imposible,
Dijeras que soy de mármol,

Pues no me matan mis penas,
O que vivo de milagro.
¿Qué Faetonte se atrevió
Del sol al dorado carro,
O aquel que juntó con cera,
Débiles plumas infausto,
Que sembradas por los vientos,
Pájaros que van volando
Las creyó el mar, hasta verlas
En sus cristales salados?
¿Qué Belerofonte vió
En el caballo Pegaso
Parecer el mundo un punto
Del círculo de los astros?
¿Qué griego Sinon metió
Aquel caballo preñado
De armados hombres en Troya,
Fatal de su incendio parto?
¿Qué Jason tentó primero
Pasar el mar temerario,
Poniendo yugo á su cuello
Los pinos y lienzos de Argos,
Que se iguale á mi locura?

CASAN. ¿Estás, Conde, enamorado
De alguna imágen de bronce,
Ninfa ó diosa de alabastro?
Las almas de las mujeres
No las viste jaspe helado:
Ligera cortina cubre
Todo pensamiento humano.
Jamás amor llamó al pecho,
Siendo con méritos tantos,
Que no respondiese el alma:
«Aquí estoy, pero entrad paso.»
Dile tu amor, sea quien fuere;
Que no sin causa pintaron
A Vénus tal vez los griegos
Rendida á un sátiro ó fauno.
Más alta se ve la luna,
Y de su cerco argentado
Bajó por Endimion
Mil veces al monte Latmo.
Toma mi consejo, Conde;
Que el edificio más casto
Tiene la puerta de cera.
Habla, y no mueras callando.

FED. El cazador con industria
Pone al pelicano indiano
Fuego al rededor del nido;
Y él, descendiendo de un árbol,
Para librar á sus hijos
Bate las alas turbado,
Con que más enciende el fuego
Que piensa que está matando.
Finalmente, se le queman,
Y sin alas, en el campo
Se deja coger, no viendo
Que era imposible volando.
Mis pensamientos, que son
Hijos de mi amor, que guardo
En el nido del silencio,
Se están, señora, abrasando:
Bate las alas amor;
Y enciéndelos por librarlos.
Crece el fuego, y él se quema,
Tú me engañas, yo me abraso;
Tú me incitas, yo me pierdo;
Tú me animas, yo me espanto;
Tú me esfuerzas, yo me turbo;
Tú me libras, yo me enlazo;
Tú me llevas, yo me quedo;
Tú me enseñas, yo me atajo;
Porque es tanto mi peligro,
Que juzgo por menos daño,
Pues todo ha de ser morir,
Morir sufriendo y callando. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

CASANDRA.

No ha hecho en la tierra el cielo
Cosa de más confusion
Que fué la imaginacion
Para el humano desvelo.
Ella vuelve el fuego en hielo,
Y en el color se transforma
Del deseo, donde forma
Guerra, paz, tormenta y calma,
Y es una manera de alma
Que más engaña que informa.
Estos escuros intentos,
Estas claras confusiones,
Más que me han dicho razones,
Me han dejado pensamientos.
¿Qué tempestades los vientos
Mueven de más variedades
Que estas confusas verdades
En una imaginacion?
Porque las del alma son
Las mayores tempestades.
Cuando á imaginar me inclino
Que soy la que quiere el Conde,
El mismo engaño responde
Que lo imposible imagino.
Luego mi fatal destino
Me ofrece mi casamiento,
Y en lo que siento, consiento;
Que no hay tan grande imposible
Que no le juzguen visible
Los ojos del pensamiento.
Tantas cosas se me ofrecen
Juntas, como esto ha caido
Sobre un bárbaro marido,
Que pienso que me enloquecen.
Los imposibles parecen
Fáciles, y yo, engañada,
Ya pienso que estoy vengada;
Mas siendo error tan injusto,
A la sombra de mi gusto
Estoy mirando su espada.
Las partes del Conde son
Grandes; pero mayor fuera
Mi desatino, si diera
Puerta á tan loca pasion.
No más, necia confusion.
Salid, cielo, á la defensa,
Aunque no yerra quien piensa;

Porque en el mundo no hubiera
Hombre con honra, si fuera
Ofensa pensar la ofensa.
Hasta agora no han errado
Ni mi honor ni mi sentido,
Porque lo que he consentido
Ha sido un error pintado.
Consentir lo imaginado,
Para con Dios es error,
Mas no para el deshonor;
Que diferencian intentos
El ver Dios los pensamientos
Y no los ver el honor.

ESCENA IX.

AURORA.—CASANDRA.

AUR. Larga plática ha tenido
Vuestra alteza con el Conde.
¿Qué responde?
CASAN. Que respondo
A tu amor agradecido.
Sosiega, Aurora, sus celos;
Que esto pretende no más. (*Vase.*)

ESCENA X.

AURORA.

¡Qué tibio consuelo das
A mis ardientes desvelos!
¡Que pueda tanto en un hombre
Que adoró mis pensamientos,
Ver burlados los intentos
De aquel ambicioso nombre
Con que heredaba á Ferrara!
Eres poderoso, amor:
Por tí ni en vida ni honor,
Ni aun en alma se repara.
Y Federico se muere,
Que me solia querer,
Con la tristeza de ver
Lo que de Casandra infiero.
Pero, pues él ha fingido
Celos por disimular
La ocasion, y despertar
Suelen el amor dormido,
Quiero dárselos de veras,
Favoreciendo al Marqués.

ESCENA XI.

RUTILIO, Y EL MARQUÉS.—AURORA.

RUT. Con el contrario que ves,
En vano remedio esperas
De tus locas esperanzas.
MARQ. Calla, Rutilio; que aquí
Está Aurora.
RUT. Y tú sin tí,
Firme entre tantas mudanzas.
MARQ. Aurora del claro dia
En que te dieron mis ojos,
Con toda el alma en despojos,
La libertad que tenia;
Aurora, que el sol envia
Cuando en mi pena anochece,
Por quien ya cuanto florece
Viste colores hermosas,
Pues entre perlas y rosas
De tus labios amanece;
Desde que de Mantua vine,
Hice con poca ventura
Eleccion de tu hermosura,
Que no hay alma que no incline.
¡Qué mal mi engaño previne,
Puesto que el alma te adora,
Pues solo sirve, Señora,
De que te canses de mí,
Hallando mi noche en tí,
Cuando te suspiro aurora!
No el verte desdicha ha sido;
Que ver luz nunca lo fué,
Sino que mi amor te dé
Causa para tanto olvido.
Mi partida he prevenido,
Que es el remedio mejor:
Fugitivo á tu rigor,
Voy á buscar resistencia
En los milagros de ausencia
Y en las venganzas de amor.
Dame licencia y la mano.
AUR. No se morirá de triste
El que tan poco resiste,
Ni galan ni cortesano,
Marqués, el primer desden;
Que no están hechos favores
Para primeros amores
Antes que se quiera bien.
Poco amais, poco sufris;
Pero en tal desigualdad,
Con la misma libertad
Que licencia me pedis,
Os mando que no os partais.
MARQ. Señora, á tan gran favor,
Aunque parece rigor,
Con que esperar me mandais,
No los diez años que á Troya
Cercó el griego, ni los siete
Del pastor á quien prometo
Laban su divina joya,
Pero siglos inmortales,
Como Tántalo, estaré
Entre la duda y la fé
De vuestros bienes y males.
Albricias quiero pedir
A mi amor de mi esperanza.
Mientras el bien no se alcanza,
Méritos tiene el sufrir.

ESCENA XII.

EL DUQUE, FEDERICO, BATIN.—DICHOS.

DUQUE. Escríbeme el Pontífice por esta
Que luego á Roma parta.
FED. Y ¿no dice la causa en esa carta?

DUQUE. Y que sea la respuesta,
Conde, partirme al punto.
FED. Si lo encubres, Señor, no lo pregunto.
DUQUE. ¿Cuándo te encubro yo, Conde, mi pecho?
Solo puedo decirte que sospecho
Que con las guerras que en Italia tiene,
Si numeroso ejército previene,
Podemos presumir que hacerme intenta
General de la Iglesia; que á mi cuenta
Tambien querrá que con dinero ayude,
Si no es que en la eleccion de intento mude.
FED. No en vano lo que piensas me encubrias,
Si solo te partias;
Que ya será conmigo; que á tu lado
No pienso que tendrás mejor soldado.
DUQUE. Eso no podrá ser, porque no es justo,
Conde, que sin los dos mi casa quede.
Ninguno como tú regirla puede:
Esto es razon y basta ser mi gusto.
FED. No quiero darte, gran Señor, disgusto.
Pero en Italia ¿qué dirán si quedo?
DUQUE. Que esto es gobierno, y que sufrir no puedo
Aun de mi propio hijo compañia.
FED. Notable prueba en la obediencia mia.
(*Vase el Duque.*)

ESCENA XIII.

DICHOS, *menos* EL DUQUE.

BATIN. Mientras con el Duque hablaste,
He reparado en que Aurora,
Sin hacer caso de tí,
Con el Marqués habla á solas.
FED. ¿Con el Marqués?
BATIN. Sí, Señor.
FED. Y ¿qué piensas tú que importa?
AUR. (*Al Marqués.*) Esta banda prenda sea
Del primer favor.
MARQ. Señora,
Será cadena en mi cuello,
Será de mi mano esposa,
Para no darla en mi vida:
Si quereis que me la ponga,
Será doblado el favor.
AUR. (*Ap.* Aunque es venganza amorosa,
Parece á mi amor agravio.)
Porque de dueño mejora,
Os ruego que os la pongais.
BATIN. Ser las mujeres traidoras
Fué de la naturaleza
Invencion maravillosa;
Porque, si no fueran falsas
(Algunas digo, no todas),
Idolatráran en ellas
Los hombres, que las adoran.
¿No ves la banda?
FED. ¿Qué banda?
BATIN. ¿Qué banda? ¡Graciosa cosa!
Una que lo fué del sol,
Cuando lo fué de una sola (a)
En la gracia y la hermosura,
Planetas con que la adorna;
Y agora, como en eclipse,
Del dragon lo extremo toca.
Yo me acuerdo cuándo fuera
La banda de la discordia,
Como la manzana de oro
De Páris y las tres diosas.
FED. Eso fué entonces, Batin;
Pero es otro tiempo agora.
AUR. (*Al Marqués.*) Venid al jardin conmigo.

(a) Aquí juega Lope con el vocablo y el equívoco á un tiempo, y se hace oscuro, defecto en que casi nunca incurre. *Batin* compara la banda al zodíaco, llamando á Aurora *sola* (femenino de *sol*), y tambien *sola en gracia y hermosura*, y á estas las planetas con que adorna la banda.

ESCENA XIV.

FEDERICO Y BATIN.

BATIN. ¡Con qué libertad la toma
De la mano y se van juntos!
FED. ¿Qué quieres, si se conforman
Las almas?
BATIN. ¿Eso respondes?
FED. ¿Qué quieres que te responda?
BATIN. Si un cisne no sufre al lado
Otro cisne, y se remonta
Con su prenda muchas veces
A las extranjeras ondas;
Y un gallo, si al de otra casa
Con sus gallinas le topa,
Con el suyo le deshace
Los picos de la corona;
Y encrespando su turbante,
Turco por la barba roja,
Celoso vencerle intenta
Hasta en la nocturna solfa,
¿Cómo sufres que el Marqués
A quitarte se disponga
Prenda que tanto quisiste?
FED. Porque la venganza propia
Para castigar las damas,
Que á los hombres ocasionan,
Es dejarlas con su gusto;
Porque aventura la honra
Quien la pone en sus mudanzas.
BATIN. Dame por Dios una copia
De ese arancel de galanes,
Tomaréle de memoria.
No, Conde: misterio tiene
Tu sufrimiento, perdona;
Que pensamientos de amor
Son arcaduces de noria,
Y deja el agua primera
El que la segunda toma.
Por nuevo cuidado dejas
El de Aurora; que si sobra
El agua, ¿cómo es posible
Que pueda ocuparse en otra?
FED. Bachiller estás, Batin,
Pues con fuerza cautelosa,
Lo que no entiendo de mí
A presumir te provocas,

Entra, y mira qué hace el Duque;
De su partida te informa,
Porque vaya á acompañarle.
BATIN. Sin causa necio me nombras;
Porque abonar tus tristezas
Fuera más necia lisonja. (*Vase.*)

ESCENA XV.

FEDERICO.

¿Qué buscas, imposible pensamiento?
Bárbaro, ¿qué me quieres? Qué me incitas?
¿Por qué la vida sin razon me quitas,
Donde volando aun no te quiere el viento?
Deten el vagaroso movimiento;
Que la muerte de entrambos solicitas:
Déjame descansar, y no permitas
Tan triste fin á tan glorioso intento.
No hay pensamiento, si rindió despojos,
Que sin determinado fin se aumente;
Pues dándole esperanzas, sufre enojos.
Todo es posible á quien amando intente,
Y solo tú naciste de mis ojos,
Para ser imposible eternamente.

ESCENA XVI.

CASANDRA.—FEDERICO. (*Sin verse.*)

CASAN. (*Ap.*) Entre agravios y venganzas
Anda solícito amor
Después de tantas mudanzas,
Sembrando contra mi honor
Mal nacidas esperanzas.
En cosas inaccesibles
Quiere poner fundamentos,
Como si fuesen visibles;
Que no puede haber contentos
Fundados en imposibles.
En el ánimo que inclino
Al mal, por tantos disgustos
Del Duque, loca imagino
Hallar venganzas y gustos
En el mayor desatino.
Al galan Conde y discreto,
Y su hijo, ya permito
Para mi venganza efeto,
Pues para tanto delito
Conviene tanto secreto.
Vile turbado, llegando
A decir su pensamiento,
Y desmayarse temblando,
Aunque es más atrevimiento
Hablar un hombre callando.
Pues de aquella turbacion
Tanto el alma satisfice,
Dándome el Duque ocasion,
Que hay dentro de mi quien dice
Que si es amor, no es traicion;
Y que cuando ser pudiera
Rendirme desesperado
A tanto valor, no fuera
La postrera enamorada,
Ni la traidora primera.
A sus padres han querido
Sus hijas, y sus hermanos
Algunas: luego no han sido
Mis sucesos inhumanos,
Ni mi propria sangre olvido.
Pero no es disculpa igual
Que haya otros males, de quien
Me valga en peligro tal;
Que para pecar no es bien
Tomar ejemplo del mal. (*Ve á Federico.*)
Este es el Conde. ¡Ay de mí!
Pero ya determinada,
¿Qué temo?
FED. (*Ap.*) Ya viene aquí
Desnuda la dulce espada
Por quien la vida perdí.
¡Oh hermosura celestial!
CASAN. ¿Cómo te va de tristeza,
Federico, en tanto mal?
FED. Responderé á vuestra alteza
Que es mi tristeza inmortal.
CASAN. Destemplan melancolías
La salud: enfermo estás.
FED. Traigo unas necias porfías,
Sin que pueda decir más,
Señora, de que son mías.
CASAN. Si es cosa que yo la puedo
Remediar, fía de mí,
Que en amor tu amor excedo.
FED. Mucho fiara de tí;
Pero no me deja el miedo.
CASAN. Dijísteme que era amor
Tu mal,
FED. Mi pena y mi gloria
Nacieron de su rigor.
CASAN. Pues oye una antigua historia;
Que el amor quiere valor.—
Antíoco, enamorado
De su madrastra, enfermó
De tristeza y de cuidado.
FED. Bien hizo si se murió;
Que yo soy más desdichado.
CASAN. El Rey su padre, afligido,
Cuantos médicos tenia
Juntó, y fué tiempo perdido;
Que la causa no sufria
Que fuese amor conocido.
Mas Erostrato, más sabio
En su ciencia que Galeno,
Conoció luego su agravio;
Pero que estaba el veneno
Entre el corazon y el labio.
Tomóle el pulso, y mandó
Que cuantas damas habia
En palacio, entrasen.
FED. Yo
Presumo, Señora mia,
Que algun espíritu habló.
CASAN. Cuando su madrastra entraba,
Conoció en la alteracion
Del pulso, qué ella causaba
Su mal.
FED. ¡Extraña invencion!

CASAN. Tal en el mundo se alaba.
FED. Y ¿tuvo remedio ansí?
CASAN. No niegues, Conde, que yo
He visto lo mismo en tí.
FED. Pues ¿enojaráste?
CASAN. No.
FED. Y ¿tendrás lástima?
CASAN. Sí.
FED. Pues, Señora, yo he llegado,
Perdido á Dios el temor
Y al Duque, á tan triste estado,
Que este mi imposible amor
Me tiene desesperado.
En fin, Señora, me veo
Sin mí, sin vos y sin Dios:
Sin Dios, por lo que os deseo;
Sin mí, porque estoy sin vos;
Sin vos, porque no os poseo.
Y por si no lo entendeis,
Haré sobre estas razones
Un discurso, en que podreis
Conocer de mis pasiones
La culpa que vos teneis.
Aunque dicen que el no sér
Es, Señora, el mayor mal,
Tal por vos me vengo á ver,
Que para no verme tal,
Quisiera dejar de ser.
En tantos males me empleo,
Después que mi sér perdí,
Que aunque no verme deseo,
Para ver si soy quien fuí,
En fin, Señora, me veo.
Al decir que soy quien soy,
Tal estoy, que no me atrevo;
Y por tales pasos voy,
Que aun no me acuerdo que debo
A Dios la vida que os doy.
Culpa tenemos los dos
Del no sér que soy agora,
Pues olvidado por vos
De mí mismo, estoy, Señora,
Sin mí, sin vos y sin Dios.
Sin mí no es mucho, pues ya
No hay vida sin vos, que pida
Al mismo que me la da;
Pero sin Dios, con ser vida,
¿Quién sino mi amor está?
Si en deseaos me empleo,
Y él manda no desear
La hermosura que en vos veo,
Claro está que vengo á estar
Sin Dios, por lo que os deseo.
¡Oh, qué loco barbarismo
Es presumir conservar
La vida, en tan ciego abismo,
Hombre que no puede estar
Ni en vos, ni en Dios, ni en sí mismo!
¿Qué habemos de hacer los dos,
Pues á Dios por vos perdí,
Después que os tengo, por Dios,
Sin Dios, porque estais en mí,
Sin mí, porque estoy sin vos?
Por haceros solo bien,
Mis males vengo á sufrir;
Yo tengo amor, vos desden,
Tanto, que puedo decir:
Mirad ¡con quién y sin quién!
Sin vos y sin mí peleo
Con tanta desconfianza:
Sin mí, porque en vos ya veo
Imposible mi esperanza;
Sin vos, porque no os poseo.
CASAN. Conde, cuando yo imagino
A Dios y al Duque, confieso
Que tiemblo, porque adivino
Juntos para tanto exceso
Poder humano y divino;
Pero viendo que el amor
Halló en el mundo disculpa,
Hallo mi culpa menor,
Porque hace menor la culpa
Ser la disculpa mayor.
Muchos ejemplos me dieron,
Que á errar se determinaron;
Porque los que errar quisieron,
Siempre miran los que erraron,
No los que se arrepintieron.
Si remedio puede haber,
Es huir de ver y hablar;
Porque con no hablar ni ver,
O el vivir se ha de acabar,
O el amor se ha de vencer.
Huye de mí; que de tí
Yo no sé si huir podré,
O me daré muerte á mí.
FED. Yo, Señora, moriré;
Que es lo más que haré por mí.
No quiero vida: ya soy
Cuerpo sin alma, y de suerte
A buscar mi muerte voy,
Que aun no pienso hallar mi muerte,
Por el placer que me doy.
Sola una mano suplico
Que me dés; dame el veneno
Que me ha muerto.
CASAN. Federico,
Todo principio condeno,
Si pólvora al fuego aplico.
Véte con Dios.
FED. ¡Qué traicion!
CASAN. (*Ap.*) Ya determinada estuve;
Pero advertir es razon
Que por una mano sube
El veneno al corazon.
FED. Sirena, Casandra, fuiste:
Cantaste para meterme
En el mar, donde me diste
La muerte.
(*Entrándose cada uno por su parte.*)
CASAN. Yo he de perderme:
Ten, honor; fama, resiste.
FED. Apenas á andar acierto.
CASAN. Alma y sentidos perdí.
FED. ¡Oh, qué extraño desconcierto!
CASAN. Yo voy muriendo por tí.
FED. Yo no, porque ya voy muerto.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

AURORA Y EL MARQUÉS.

AUR. Yo te he dicho la verdad.
MARQ. No es posible persuadirme.
Mira si nos oye alguno,
Y mira bien lo que dices.
AUR. Para pedirte consejo,
Quise, Marqués, descubrirte
Esta maldad.
MARQ. ¿De qué suerte
Ver á Casandra pudiste
Con Federico?
AUR. Está atento.
Yo te confieso que quise
Al Conde, de quien lo fuí, (a)
Más traidor que el griego Ulises.
Creció nuestro amor el tiempo;
Mi casamiento previne
Cuando fueron por Casandra,
En fe de palabras firmes,
Si lo son las de los hombres
Cuando sus iguales sirven.
Fué Federico por ella,
De donde vino tan triste,
Que en proponiéndole el Duque
Lo que de los dos le dije,
Se disculpó con tus celos.
Y como el amor permite
Que, cuando camina poco,
Fingidos celos le piquen,
Díscios contigo, Cárlos;
Pero el mismo efeto hice
Que en un diamante; que celos
Donde no hay amor, no imprimen.
Pues viéndome despreciada,
Y á Federico tan libre,
Dí en inquirir la ocasion;
Y como celos son linces
Que las paredes penetran,
A saber la causa vine.
En correspondencia tiene,
Sirviéndoles de tapices
Retratos, vidrios y espejos,
Dos iguales camarines
El tocador de Casandra;
Y como sospechas pisen
Tan quedo, dos cuadras antes
Miré y ví (¡caso terrible!)
En el cristal de un espejo
Que el Conde las rosas mide
De Casandra con los labios.
Con esto, y sin alma, fuíme
Donde lloré mi desdicha
Y la de los dos; que viven,
Ausente el Duque, tan ciegos,
Que parece que compiten
En el amor y el desprecio,
Y gustan que se publique
El mayor atrevimiento
Que pasara entre gentiles,
O entre los desnudos cafres
Que lobos marinos visten.
Parecióme que el espejo
Que los abrazos repite,
Por no ver tan gran fealdad
Escureció los alindes; (b)
Pero, más curioso amor,
La infame empresa prosigue,
Donde no ha quedado agravio
De que no me certifique.
El Duque dicen que viene
Vitorioso, y que le ciñen
Sacros laureles la frente
Por las hazañas felices
Con que del pastor de Roma
Los enemigos reprime.
Dime qué tengo de hacer
En tanto mal (que me afligen
Sospechas de mayor daño),
Si es verdad que me dijiste
Tantos amores con alma;
Aunque soy tan infelice,
Que parecerás al Conde
En engañarme ó en irte.
MARQ. Aurora, la muerte sola
Es sin remedio invencible,
Y aun á muchos hace el tiempo
En el túmulo fenices;
Porque dicen que no mueren
Los que por su fama viven.
Dile que te case al Duque;
Que, como el sí me confirmes,
Con irnos los dos á Mantua,
No hayas miedo que peligres.
Que si se arroja en el mar,
Con el dolor insufrible
De los hijos que le quitan
Los cazadores, el tigre,
Cuando no puede alcanzarlos,
¿Qué hará el ferrarés Aquiles
Por el honor y la fama?
¿Cómo quieres que se limpie
Tan fea mancha sin sangre,
Para que jamás se olvide,
Si no es que primero el cielo
Sus libertades castigue,
Y por gigantes de infamia
Con vivos rayos fulmine?
Este consejo te doy.
AUR. Y de tu mano le admite
Mi turbado pensamiento.
MARQ. Será de la nueva Circe
El espejo de Medusa,
El cristal en que la viste.

(a) De quien fué querida.

(b) *Alinde*, voz anticuada, sin que sepamos su equivalente moderno. La preparacion azogada de los espejos.

ESCENA II.

FEDERICO Y BATIN.—DICHOS.

FED. ¿Que no ha querido esperar

Que salgan á recibirle?
BATIN. Apenas el Duque vió
Los deseados confines,
Cuando dejando la gente,
Y aun sin querer que te avisen,
Tomó caballos y parte:
Tan mal el amor resiste,
Y los deseos de verte;
Que, aunque es justo que le obligue
La Duquesa, no hay amor
A quien el tuyo no prive.
Eres el sol de sus ojos,
Y cuatro meses de eclipse
Le han tenido sin paciencia.
Tú, Conde, el triunfo apercibe
Para cuando todos vengan;
Que las escuadras que rige
Han de entrar con mil trofeos,
Llenos de dorados timbres.
FED. Aurora, ¿siempre á mis ojos
Con el Marqués?
AUR. ¡Qué donaire!
FED. ¿Con ese tibio desaire
Respondes á mis enojos?
AUR. Pues ¿qué maravilla ha sido
El darte el Marqués cuidado?
Parece que has despertado,
De cuatro meses dormido.
MARQ. Yo, señor Conde, no sé
Ni he sabido que sentis
Lo que agora me decís;
Que á Aurora he servido en fe
De no haber competidor,
Y más si como vos fuera,
A quien humilde rindiera
Cuanto no fuera mi amor.
Bien sabeis que nunca os ví
Servirla; mas siendo gusto
Vuestro que la deje, es justo;
Que mucho mejor que en mí
Se emplea en vos su valor. (*Vase.*)

ESCENA III.

AURORA, FEDERICO Y BATIN.

AUR. ¿Qué es esto que has intentado?
O ¿qué frenesí te ha dado
Sin pensamiento de amor?
¿Cuántas veces al Marqués
Hablando conmigo viste,
Desde que diste en ser triste,
Y mucho tiempo después?
Y aun no volviste á mirarme,
Cuanto más á divertirme.
¿Agora celoso y firme,
Cuando pretendo casarme?
Conde, ya estás entendido.
Déjame casar, y advierte
Que antes me daré la muerte
Que ayudar lo que has fingido.
Vuélvete, Conde, á estar triste,
Vuelve á tu suspensa calma;
Que tengo muy en el alma
Los desprecios que me hiciste.
Ya no me acuerdo de tí.—
¡Invenciones! Dios te guarde.
Por tu vida, que es muy tarde
Para valerte de mí. (*Vase.*)

ESCENA IV.

FEDERICO Y BATIN.

BATIN. ¿Qué has hecho?
FED. No sé, por Dios.
BATIN. Al emperador Tiberio
Parece, si no hay misterio
En dividir á los dos.
Hizo matar su mujer,
Y habiéndose ejecutado,
Mandó, á la mesa sentado,
Llamarla para comer.
Y Mesala fué un romano
Que se le olvidó su nombre.
FED. Yo me olvido de ser hombre.
BATIN. O eres como aquel villano
Que dijo á su labradora,
Después que de estar casados
Eran dos años pasados:
«Ojinegra es la señora.»
FED. ¡Ay, Batin, que estoy turbado,
Y olvidado, desatino!
BATIN. Eres como el vizcaino
Que dejó el macho enfrenado,
Y viendo que no comia,
Regalándole las crines,
Un Galeno de rocines
Trujo á ver lo que tenia;
El cual, viéndole con freno,
Fuera al vizcaino echó;
Quitóle, y cuando volvió,
De todo el pesebre lleno
Apenas un grano habia,
Porque con gentil despacho,
Después de la paja, el macho
Hasta el pesebre comia.—
«Albéitar, juras á Dios,
Dijo, es mejor que dotora;
Y yo y macho desde ahora
Queremos curar con vos.»
¿Qué freno es este que tienes,
Que no te deja comer,
Si médico puedo ser?
¿Qué aguardas? Qué te detienes?
FED. ¡Ay, Batin, no sé de mí!
BATIN. Pues estése la cebada
Queda, y no me digas nada.

ESCENA V.

CASANDRA Y LUCRECIA.—DICHOS.

CASAN. ¿Ya viene?
LUCRE. Señora, sí.
CASAN. ¿Tan brevemente?
LUCRE. Por verte,
Toda la gente dejó.

CASAN. No lo creas; pero yo
Más quisiera ver mi muerte.
(Hablan bajo los dos, apartándose los criados.)
En fin, señor Conde, ¿viene
El Duque, mi señor?
FED. Ya
Dicen que muy cerca está:
Bien muestra el amor que os tiene.
CASAN. Muriendo estoy de pesar
De que ya no podré verle
Como solia.
FED. ¿Qué muerte
Pudo mi amor esperar,
Como su cierta venida?
CASAN. Yo pierdo, Conde, el sentido.
FED. Yo no, porque lo he perdido.
CASAN. Sin alma estoy.
FED. Yo sin vida.
CASAN. ¿Qué habemos de hacer?
FED. Morir.
CASAN. ¿No hay otro remedio?
FED. No;
Porque perdiéndote yo,
¿Para qué quiero vivir?
CASAN. Por eso ¿me has de perder?
FED. Quiero fingir desde agora
Que sirvo y que quiero á Aurora,
Y aun pedirla por mujer
Al Duque, para desvelos
Dél y de palacio, en quien
Yo sé que no se habla bien.
CASAN. ¡Agravios! ¿No bastan celos?
¡Casarte! ¿Estás, Conde, en ti?
FED. El peligro de los dos
Me obliga.
CASAN. ¿Qué? ¡Vive Dios
Que si te burlas de mí,
Después que has sido ocasion
Desta desdicha, que á voces
Diga (¡oh qué mal me conoces!)
Tu maldad y mi traicion!
FED. Señora...
CASAN. No hay que tratar.
FED. Que te oirán.
CASAN. Que no me impidas.
Quiteme el Duque mil vidas;
Pero no te has de casar.

ESCENA VI.

FLORO, FEBO, RICARDO, ALBANO, LUCINDO, Y EL DUQUE *detrás, galan, de soldado.*—DICHOS.

RIC. Ya estaban disponiendo recibirte.
DUQUE. Mejor sabe mi amor adelantarse.
CASAN. ¿Es posible, Señor, que persuadirte
Pudiste á tal agravio?
FED. Y de agraviarse
Quejosa mi señora la Duquesa,
Parece que mi amor puede culparse.
DUQUE. Hijo, el paterno amor, que nunca cesa
De amar su propia sangre y semejanza,
Para venir facilitó la empresa;
Que ni cansancio ni trabajo alcanza
A quien de ver á sus queridas prendas
Mal hiciera en sufrir larga esperanza.—
Y tú, Señora, así es razon que entiendas
El mismo amor, y en igualarte al Conde
Por encarecimiento, no te ofendas.
CASAN. Tu sangre y su virtud, Señor, responde
Que merece el favor: yo le agradezco,
Pues tu valor al suyo corresponde.
DUQUE. Bien sé que á entrambos ese amor merez-
Y que estoy de los dos tan obligado, [co,
Cuanto mostrar en la ocasion me ofrezco.
Que Federico gobernó mi estado
En mi ausencia, he sabido, tan discreto,
Que vasallo ninguno se ha quejado.
En medio de las armas, os prometo
Que imaginaba yo con la prudencia
Que se mostraba senador perfeto.
¡Gracias á Dios, que con infame ausencia
Los enemigos del Pastor romano
Respetan en mi espada su presencia!
Ceñido de laurel besé su mano,
Después que me miró Roma triunfante,
Como si fuera el español Trajano.
Y así, pienso trocar de aquí adelante [bre,
La inquietud en virtud, porque mi nom-
Como le aplaude aquí, después le cante;
Que cuando llega á tal estado un hombre,
No es bien que ya que de valor mejora,
El vicio más que la virtud le nombre.
RIC. Aquí vienen, Señor, Cárlos y Aurora.

ESCENA VII.

EL MARQUÉS Y AURORA.—DICHOS.

AUR. Tan bien venido vuestra alteza sea
Como le está esperando quien le adora.
MARQ. Dad las manos á Cárlos, que desea
Que conozcais su amor.
DUQUE. Paguen los brazos
Deudas del alma á quien tan bien se em- [plea.
Aunque siente el amor los largos plazos,
Todo lo goza el venturoso dia
Que llega á merecer tan dulces lazos.—
Con esto, amadas prendas, yo querria
Descansar del camino, y porque es tarde,
Después celebrareis tanta alegria.
CONDE. Un siglo el cielo, gran Señor, te guarde.

ESCENA VIII.

BATIN Y RICARDO.

BATIN. ¡Ricardo amigo!
RIC. ¡Batin!
BATIN. ¿Cómo fué por esas guerras?
RIC. Como quiso la justicia,
Siendo el cielo su defensa.
Llana queda Lombardía,
Y los enemigos quedan
Puestos en fuga afrentosa,

Porque el Leon de la Iglesia
Pudo con solo un bramido
Dar con sus armas en tierra.
El Duque ha ganado un nombre
Que por toda Italia suena;
Que si mil mató Saul,
Cantan por él las doncellas
Que David mató cien mil;
Con que ha sido tal la enmienda,
Que traemos otro Duque:
Ya no hay damas, ya no hay cenas,
Ya no hay broqueles ni espadas,
Ya solamente se acuerda
De Casandra, ni hay amor
Más que el Conde y la Duquesa:
El Duque es un santo ya.
BATIN. ¿Qué me dices? ¿Qué me cuentas?
RIC. Que, como otros con las dichas
Dan en vicios y en soberbias,
Y á todos tienen en poco
(Tan inmortales se sueñan),
El Duque se ha vuelto humilde,
Y parece que desprecia
Los laureles de su triunfo;
Que el aire de las banderas
No le ha dado vanagloria.
BATIN. ¡Plegue al cielo que no sea,
Después de estas humildades,
Como aquel hombre de Aténas,
Que pidió á Vénus le hiciese
Mujer, con ruegos y ofrendas! *(a)*
—Una gata dominica,
Quiero decir, blanca y negra, *(b)*
»Tambien, por arte del diablo,
»Se convirtió en rica fembra. *(c)*
Estando en su estrado un dia
Con moño y naguas de tela,
Vió pasar un animal
De aquestos, como poetas,
Que andan royendo papeles;
Y dando un salto ligera
De la tarima al raton,
Mostró que en naturaleza
La que es gata, será gata,
La que es perra, será perra,
In saecula saeculorum.
RIC. No hayas miedo tú que vuelva
El Duque á sus mocedades;
Y más si á los hijos llega,
Que con las mantillas blandas
Las barbas más graves peinan
De los más fieros leones.
BETIN. Yo me holgaré de que sea
Verdad.

(a, b) Hemos variado la puntuacion que tiene este pasaje en otras ediciones, con la que faltaba el sentido; pues decia:

»¡Plegue al cielo que no sea,
Después de estas humildades,
Como aquel hombre de Atenas,
Que pidió á Vénus le hiciese
Mujer, con ruegos y ofrendas;—
Una gata dominica,
Quiero decir, blanca y negra!
Estando etc.«

(c) Suplidos para completar el sentido.

RIC. Pues, Batin, adios.
BATIN. ¿Dónde vas?
RIC. Fabia me espera. *(Vase.)*

ESCENA IX.

EL DUQUE, *con algunos memoriales.*—BATIN.

DUQUE. ¿Está algun criado aquí?
BATIN. Aquí tiene vuestra alteza
El más humilde.
DUQUE. ¡Batin!
BATIN. Dios te guarde. Bueno llegas.
Dame la mano.
DUQUE. ¿Qué hacias?
BATIN. Estaba escuchando nuevas
De tu valor á Ricardo,
Que es tan gran cronista dellas.
Héctor de Italia te hacia.
DUQUE. ¿Cómo ha pasado en mi ausencia
El gobierno con el Conde?
BATIN. Cierto, Señor, que pudiera
Decir que igualó en la paz
Tus hazañas en la guerra.
DUQUE. ¿Llevóse bien con Casandra?
BATIN. No se ha visto, que yo sepa,
Tan pacífica madrastra
Con su alnado: es muy discreta,
Y muy virtuosa y santa.
DUQUE. No hay cosa que le agradezca
Como estar bien con el Conde;
Que, como el Conde es la prenda
Que más quiero y más estimo,
Y conocí su tristeza
Cuando á la guerra partí,
Notablemente me alegra
Que Casandra se portase
Con él con tanta prudencia,
Y estén en paz y amistad,
Que es la cosa que desea
Mi alma con más afecto
De cuantas pedir pudiera
Al cielo; y así, en mi casa
Hoy dos victorias se cuentan:
La que de la guerra traigo,
Y la de Casandra bella,
Conquistando á Federico.
Yo pienso de hoy más quererla
Sola en el mundo, obligado
Desta discreta fineza,
Y cansado juntamente
De mis mocedades necias.
BATIN. Milagro ha sido del Papa
Llevar, Señor, á la guerra
Al duque Luis de Ferrara,
Y que un ermitaño vuelva.
Por Dios, que puedes fundar
Otra Camándula (*d*).
DUQUE. Sepan
Mis vasallos que otro soy.

(*d*) *Camándula*, ó *Camáldula*. Órden religiosa fundada por san Romualdo, en 1009, bajo la regla de san Benito. Existe todavía el monasterio principal de los camaldulenses en el Monte de la Corona, en el Apenino.

BATIN. Mas, dígame vuestra alteza,
¿Cómo descansó tan poco?
DUQUE. Porque al subir la escalera
De palacio, algunos hombres
Que aguardaban mi presencia,
Me dieron estos papeles;
Y temiendo que son quejas,
Quise descansar en verlos,
Y no descansar con ellas.
Yéte, y déjame aquí solo;
Que deben los que gobiernan
Esta atencion á su oficio.
BATIN. El cielo, que remunera
El cuidado de quien mira
El bien público, provenga
Laureles á tus victorias,
Siglos á tu fama eterna. (*Vase.*)

ESCENA X.

EL DUQUE, *solo.*

DUQUE. Este dice: (*Lee.*) «Señor, yo soy Estacio,
»Que estoy en los jardines de palacio,
»Y enseñando á plantar yerbas y flores.
»Planté seis hijos: á los dos mayores
»Suplico que les deis...»—Basta, ya en-
[tiendo.
Con más cuidado ya premiar pretendo.
(*Lee.*) «Lucinda dice que quedó viuda
»Del capitan Arnaldo...»—Tambien pide.
(*Lee.*) «Albano, que há seis años que re-
[side...»
Este pide tambien. (*Lee.*) «Julio Camilo,
»Preso porque sacó...»—Del mismo estilo.
(*Lee.*) «Paula de San German, doncella
[honrada...»
Pues si es honrada, no le falta nada,
Si no quiere que yo le dé marido.
Este viene cerrado, y mal vestido
Un hombre me le dió, todo turbado,
Que quise detenerle con cuidado.
(*Lee.*) «Señor, mirad por vuestra casa
[atento;
»Que el Conde y la Duquesa en vuestra
[ausencia...»
—No me ha sido traidor el pensamiento.
Habrán regido mal, tendré paciencia.—
«Ofenden con infame atrevimiento
»Vuestra cama y honor.»—¡Qué resistencia
Harán á tal desdicha mis enojos!—
«Si sois discreto, os lo dirán los ojos.»
—¿Qué es esto que estoy mirando?
Letras, ¿decís esto ó no?
¿Sabeis que soy padre yo
De quien me estais informando
Que el honor me está quitando?
Mentis; que no puede ser.
¡Casandra me ha de ofender!
¿No veis que es mi hijo el Conde?
Pero ya el papel responde
Que es hombre y ella mujer.
¡Oh fieras letras villanas!
Pero diréisme que sepa,
Que no hay maldad que no quepa
En las flaquezas humanas.
De las iras soberanas
Debe de ser permision.
Esta fué la maldicion
Que á David le echó Natan:
La misma pena me dan,
Y es Federico Absalon.
Pero mayor viene á ser,
Cielo, si así me castigas;
Que aquellas eran amigas,
Y Casandra es mi mujer.
El vicioso proceder
De las mocedades mias
Trujo el castigo y los dias
De mi tormento, aunque fué
Sin gozar á Betsabé
Ni quitar la vida á Urías.
¡Oh traidor hijo! ¿Si ha sido
Verdad? Porque yo no creo
Que emprenda caso tan feo
Hombre de otro hombre nacido.
Pero si me has ofendido...
¡Oh si el cielo me otorgara,
Que, después que te matara,
De nuevo á hacerte volviera;
Pues tantas muertes te diera,
Cuantas veces te engendrara!
¡Qué deslealtad! ¡Qué violencia!
¡Oh, ausencia, y qué bien se dijo
Que aun un padre de su hijo
No tiene segura ausencia!
¿Cómo sabré con prudencia
Verdad que no me disfame
Con los testigos que llame?
Ni así la podré saber;
Porque ¿quién ha de querer
Decir verdad tan infame?
Mas ¿de qué sirve informarme?
Pues esto no se dijera
De un hijo, cuando no fuera
Verdad que pudo infamarme.
Castigarle no es vengarme,
Ni se venga el que castiga,
Ni esto á informacion me obliga;
Que mal que el honor estraga,
No es menester que se haga,
Porque basta que se diga.

ESCENA XI.

FEDERICO.—EL DUQUE.

FED. Sabiendo que no descansas,
Vengo á verte.
DUQUE. Dios te guarde.
FED. Y á pedirte una merced.
DUQUE. Antes que la pidas, sabe
Que mi amor te la concede.
FED. Señor, cuando me mandaste
Que con Aurora, mi prima,
Por tu gusto me casase,
Lo fuera notable mio;
Pero fueron más notables

Los celos de Cárlos, y ellos
Entonces causa bastante
Para no darte obediencia.
Mas después que te ausentaste,
Supe que mi grande amor
Hizo que ilusiones tales
Me trujesen divertido.
En efecto, hicimos paces,
Y le prometí, Señor,
En satisfaccion, casarme,
Como me dieses licencia,
Luego que el baston dejases.
Esta te pido y suplico.
DUQUE. No pudieras, Conde, darme
Mayor gusto. Yéte agora,
Porque trate con tu madre,
Pues es justo darle cuenta;
Que no es razon que te cases
Sin que lo sepa, y le pidas
Licencia, como á tu padre.
FED. No siendo su sangre yo,
¿Para qué quiere dar parte
Vuestra alteza á mi señora?
DUQUE. ¿Qué importa no ser tu sangre,
Siendo tu madre Casandra?
FED. Mi madre Laurencia yace
Muchos años há difunta.
DUQUE. ¿Sientes que madre la llame?
Pues dicenme que en mi ausencia,
De que tengo gusto grande,
Estuvistes muy conformes.
FED. Eso, Señor, Dios lo sabe;
Que prometo á vuestra alteza,
(Aunque no acierto en quejarme,
Pues la adora, y es razon),
Que aunque es para todos ángel,
Que no lo ha sido conmigo.
DUQUE. Pésame de que me engañen;
Que me dicen que no hay cosa
Que más Casandra regale.
FED. A veces me favorece,
Y á veces quiere mostrarme
Que no es posible ser hijos
Los que otras mujeres paren.
DUQUE. Dices bien, y yo lo creo;
Y ella pudiera obligarme
Más que en quererme en quererte;
Pues con estas amistades
Asegurara la paz.
Véte con Dios.
FED. Él te guarde. (*Vase.*)

ESCENA XII.

EL DUQUE, *solo.*

DUQUE. No sé cómo he podido
Mirar, Conde traidor, tu infame cara.
¡Qué libre! ¡Qué fingido,
Con la invencion de Aurora se repara,
Para que yo no entienda
Que puede ser posible que me ofenda!
Lo que más me asegura
Es ver con el cuidado y diligencia
Que á Casandra murmura
Que le ha tratado mal en esta ausencia;
Que piensan los delitos
Que callan cuando están hablando á gritos.
De que la llame madre
Se corre, y dice bien, pues es su amiga
La mujer de su padre,
Y no es justo que ya madre se diga.
Pero yo ¿cómo creo
Con tal facilidad caso tan feo?
¿No puede un enemigo
Del Conde haber tan gran traicion forjado,
Porque con su castigo,
Sabiendo mi valor, quede vengado?
Ya de haberlo creido,
Si no estoy castigado, estoy corrido.

ESCENA XIII.

CASANDRA Y AURORA.—EL DUQUE.

AUR. De vos espero, señora,
Mi vida en esta ocasion.
CASAN. Ha sido digna eleccion
De tu entendimiento, Aurora.
AUR. Aquí está el Duque.
CASAN. Señor,
¡Tanto deseo!
DUQUE. A mi estado
Debo, por lo que he faltado,
Estos indicios de amor;
Si bien del Conde y de vos
Ha sido tan bien regido,
Como muestra, agradecido
Este papel, de los dos.
Todos alaban aquí
Lo que los dos mereceis.
CASAN. Al Conde, Señor, debeis
Ese cuidado, no á mí;
Que sin lisonja os prometo
Que tiene heróico valor,
En toda accion superior,
Gallardo como discreto.
Un retrato vuestro ha sido.
DUQUE. Ya sé que me ha retratado
Tan igual en todo estado,
Que por mí le habeis tenido;
De que os prometo, Señora,
Debida satisfaccion.
CASAN. Una nueva peticion
Os traigo, Señor, de Aurora:
Cárlos la pide, ella quiere,
Y yo os lo suplico.
DUQUE. Creo
Que le ha ganado el deseo
Quien en todo le prefiere.
El Conde se va de aquí,
Y me la ha pedido ahora.
CASAN. ¡El Conde ha pedido á Aurora!
DUQUE. Sí, Casandra.
CASAN. ¡El Conde!
DUQUE. Sí.
CASAN. Solo de vos lo creyera.
DUQUE. Y así, se la pienso dar.

Mañana se han de casar.
CASAN. Será como Aurora quiera.
AUR. Perdóneme vuestra alteza;
Que el Conde no será mio.
DUQUE. (*Ap.* ¿Qué espero? Mas ¿qué porfio?)
Pues, Aurora, en gentileza,
Entendimiento y valor
¿No vence al Marqués?
AUR. No sé.
Cuando quise y le rogué,
Él me despreció, Señor;
Y agora que él quiere, es justo
Que yo le desprecie á él.
DUQUE. Hazlo por mí, no por él.
AUR. El casarse ha de ser gusto;
Yo no le tengo del Conde.
DUQUE. ¡Extraña resolucion!
CASAN. Aurora tiene razon,
Aunque atrevida responde.
DUQUE. No tiene, y ha de casarse,
Aunque le pese.
CASAN. Señor,
No useis del poder; que amor
Es gusto, y no ha de forzarse.
(*Ap.* ¡Ay de mí; que se ha cansado
El traidor Conde de mí!)
(*Vanse Aurora y el Duque.*)

ESCENA XIV.

CASANDRA Y FEDERICO.—*Luego* EL DUQUE, *oculto.*

FED. ¿No estaba mi padre aquí?
CASAN. ¿Con qué infame desenfado,
Traidor Federico, vienes,
Habiendo pedido á Aurora
Al Duque?
FED. Paso, Señora;
Mira el peligro que tienes.
CASAN. ¿Qué peligro cuando estoy,
Villano, fuera de mí?
FED. Pues ¿tú das voces así?
DUQUE. (*Acechando.*) Buscando testigos voy.
Desde aquí quiero escuchar;
Que aunque mal tengo de oir,
Lo que no puedo sufrir
Es lo que vengo á buscar.
FED. Oye, Señora, y repara
En tu grandeza siquiera.
CASAN. ¿Cuál hombre en el mundo hubiera
Que cobarde me dejara,
Después de haber obligado
Con tantas ansias de amor
A su gusto mi valor?
FED. Señora, aun no estoy casado.
Asegurar pretendí
Al Duque, y asegurar
Nuestra vida, que durar
No puede, Casandra, así;
Que no es el Duque algun hombre
De tan baja condicion,
Que á sus ojos, ni en razon,
Se infame su ilustre nombre.
Basta el tiempo que tan ciegos
El amor nos ha tenido.
CASAN. ¡Oh, cobarde, mal nacido!
Las lágrimas y los ruegos
Hasta hacernos volver locas,
Robando las honras nuestras,
(Que de las traiciones vuestras
Cuerdas se libraron pocas),
¡Agora son cobardías!
Pues, perro, ¿sin alma estoy?
DUQUE. (*Ap.*) Si aguardo, de mármol soy.
¿Qué esperais, desdichas mias?
Sin tormento han confesado...
Pero sin tormento no;
Que claro está que soy yo
A quien el tormento han dado.
No es menester más testigo:
Confesaron de una vez.
Prevenid, pues que soy juez,
Honra, sentencia, y castigo.
Pero de tal suerte sea
Que no se infame mi nombre;
Que en público siempre á un hombre
Queda alguna cosa fea.
Y no es bien que hombre nacido
Sepa que yo estoy sin honra,
Siendo enterrar la deshonra
Como no haberla tenido;
Que aunque parece defensa
De la honra el desagravio,
No deja de ser agravio
Cuando se sabe la ofensa. (*Vase.*)
CASAN. ¡Ay, desdichadas mujeres!
¡Ay, hombres falsos sin fé!
FED. Digo, Señora, que haré
Todo lo que tú quisieres,
Y esta palabra te doy.
CASAN. ¿Será verdad?
FED. Infalible.
CASAN. Pues no hay amor imposible.
Tuya he sido y tuya soy;
No ha de faltar invencion
Para vernos cada dia.
CONDE. Pues véte, señora mia;
Y pues tienes discrecion,
Finge gusto, pues es justo,
Con el Duque.
CASAN. Así lo haré
Sin tu ofensa; que yo sé
Que el que es fingido no es gusto.
(*Vase.*)

ESCENA XV.

AURORA Y BATIN.

BATIN. Yo he sabido, hermosa Aurora,
Que ha de ser, ó ya lo es,
Tu dueño, el señor Marqués,
Y que á Mantua vas, Señora;
Y así vengo á suplicar
Que allá me lleves.
AUR. Batin,
Mucho me admiro. ¿A qué fin

Al Conde quieres dejar?
BATIN. Servir mucho y medrar poco
Es un linaje de agravio,
Que al más cuerdo, que al más sabio
O le mata ó vuelve loco.
Hoy te doy, mañana no,
Quizá te daré despues...
—Yo no sé *quizá* quién es;
Mas sé que nunca *quizá*.
Fuera desto, está endiablado
El Conde. No sé qué tiene:
Ya triste, ya alegre viene,
Ya cuerdo, ya destemplado.
La Duquesa, pues, tambien
Insufrible y desigual;
Pues donde va á todos mal,
¿Quieres que me vaya bien?
El Duque, santo fingido,
Consigo á solas hablando,
Como hombre que anda buscando
Algo que se le ha perdido.
Toda la casa lo está;
Contigo á Mantua me voy.
AUR. Si yo tan dichosa soy
Que el duque á Cárlos me da,
Yo te llevaré conmigo.
BATIN. Beso mil veces tus piés,
Y voy á hablar al Marqués. (*Vase.*)

ESCENA XVI.

EL DUQUE.—AURORA.

DUQUE. (*Ap.* ¡Ay, honor, fiero enemigo!
¿Quién fué el primero que dió
Tu ley al mundo, y que fuese
Mujer quien en sí tuviese
Tu valor, y el hombre no?
Pues sin culpa el más honrado
Te puede perder, honor,
Bárbaro legislador
Fué tu inventor, no letrado.
Mas dejarla entre nosotros
Muestra que fuiste ofendido,
Pues esta invencion ha sido
Para que lo fuesen otros.)
Aurora...
AUR. Señor...
DUQUE. Ya creo
Que con el Marqués te casa
La Duquesa, y yo á su ruego;
Que más quiero contentarla,
Que dar este gusto al Conde.
AUR. Eternamente obligada
Quedo á servirte.
DUQUE. Bien puedes
Decir á Cárlos que á Mantua
Escriba al Duque, su tio.
AUR. Voy donde el Marqués aguarda
Tan dichosa nueva. (*Vase.*)

ESCENA XVII.

EL DUQUE.

Cielos,
Hoy se ha de ver en mi casa
No más que vuestro castigo;
Alzad la divina vara.
No es venganza de mi agravio;
Que ya no quiero tomarla
En vuestra ofensa, y de un hijo
Ya fuera bárbara hazaña.
Este ha de ser un castigo
Vuestro no más, porque valga
Para que perdone el cielo
El rigor por la templanza,
Seré padre, y no marido,
Dando la justicia santa
A un pecado sin vergüenza
Un *castigo sin venganza*.
Esto disponen las leyes
Del honor, y que no haya
Publicidad en mi afrenta,
Con que se doble mi infamia.
Quien en público castiga,
Dos veces su honor infama;
Pues después que le ha perdido,
Por el mundo le dilata.
La infame Casandra dejo
De piés y manos atada,
Con un tafetan cubierta,
Y por no escuchar sus ansias,
Con una liga en la boca;
Porque al decirle la causa,
Para cuanto quise hacer
Me dió lugar desmayada.
Esto aun pudiera, ofendida,
Sufrir la piedad humana;
Pero dar la muerte á un hijo
¿Qué corazon no desmaya?
Solo de pensarlo ¡ay triste!
Tiembla el cuerpo, espira el alma,
Lloran los ojos, la sangre
Muere en las venas heladas,
El pecho se desalienta,
El entendimiento falta,
La memoria está corrida
Y la voluntad turbada.
Como arroyo que detiene
El hielo de noche larga,
Del corazon á la boca
Prende el dolor las palabras.
¿Qué quieres, amor? ¿No ves
Que Dios á los hijos manda
Honrar los padres, y el Conde
Su mandamiento quebranta?
Déjame, amor, que castigue
A quien las leyes sagradas
Contra su padre desprecia;
Pues tengo por cosa clara
Que si hoy me quita la honra,
La vida podrá mañana.
Cincuenta mató Artajerjes
Con menos causa, y la espada

De Darío, Torcuato y Bruto
Ejecutó sin venganza
Las leyes de la justicia.
Perdona, amor; no deslagas
El derecho del castigo,
Cuando el honor, en la sala
De la razon presidiendo,
Quiere sentenciar la causa.
El fiscal *verdad* le ha puesto
La acusacion, y está clara
La culpa; que ojos y oidos
Juraron en la probanza.
Amor y sangre, abogados,
Le defienden; mas no basta;
Que la infamia y la vergüenza
Son de la parte contraria.
La ley de Dios, cuando menos,
Es quien la culpa relata;
Su conciencia quien la escribe:
Pues ¿para qué me acobardas?
Él viene. ¡Ay cielos, favor!

ESCENA XVIII.

FEDERICO.—EL DUQUE.

FED. Basta que en palacio anda
Pública fama, Señor,
Que con el marqués Gonzaga
Casas á Aurora, y que luego
Se parte con ella á Mantua.
¿Mándasme que yo lo crea?
DUQUE. Conde, ni sé lo que tratan,
Ni he dado al Marqués licencia;
Que traigo en cosas más altas
Puesta la imaginacion.
FED. Quien gobierna, mal descansa.
¿Qué es lo que te da cuidado?
DUQUE. Hijo, un noble de Ferrara
Se conjura contra mí
Con otros que le acompañan.
Fióse de una mujer,
Que el secreto me declara:
¡Necio quien dellas se fia,
Discreto quien las alaba!
Llamé al traidor, finalmente,
Que un negocio de importancia
Dije que con él tenia;
Y cerrado en esta cuadra,
Le dije el caso, y apenas
Le oyó, cuando se desmaya:
Con que pude fácilmente
En la silla donde estaba
Atarle y cubrir el cuerpo,
Porque no viese la cara
Quien á matarle viniese,
Por no alborotar á Italia.
Tú has venido, y es más justo
Hacer de tí confianza,
Para que nadie lo sepa.
Saca animoso la espada,
Conde, y la vida le quita;
Que á la puerta de la cuadra
Quiero mirar el valor
Con que á mi enemigo matas.
FED. ¿Pruébasme acaso, ó es cierto
Que conspirar intentaban
Contra tí los dos que dices?
DUQUE. Cuando un padre á un hijo manda
Una cosa, injusta ó justa,
¿Con él se pone á palabras?
Vete, cobarde; que yo...
FED. Ten la espada, y aquí aguarda;
Que no es temor, pues que dices
Que es una persona atada.
Pero no sé qué me ha dado,
Que me está temblando el alma.
DUQUE. Quédate, infame.
FED. Ya voy;
Que pues tú lo mandas, basta.
Pero ¡vive Dios!...
DUQUE. ¡Oh, perro!
FED. Ya voy... Detente... Y si hallara
Al mismo César, le diera
Por tí ¡ay Dios! mil estocadas.
DUQUE. Aquí lo veré.
(*Éntrase Federico.*)
Ya llega...
Ya el conde empuña la espada...
—Ejecutó mi justicia
Quien ejecutó mi infamia.
¡Capitanes! ¡Hola, gente!
¡Venid los que estais de guarda!
¡Ah, caballeros, criados!
Presto.

ESCENA XIX.

MARQUÉS, AURORA, BATIN, RICARDO, *y todos los demás que se han introducido.*—EL DUQUE.

MARQ. ¿Para qué nos llamas,
Señor, con tan altas voces?
DUQUE. ¡Hay tal maldad! A Casandra
Ha muerto el Conde, no más
De porque fué su madrastra,
Y le dijo que tenia
Mejor hijo en sus entrañas
Para heredarme. Matadle,
Matadle: el Duque lo manda.
MARQ. ¡A Casandra!
DUQUE. Sí, Marqués.
MARQ. Pues no volveré yo á Mantua
Sin que la vida le quite.
DUQUE. Ya con la sangrienta espada
Sale el traidor.

ESCENA XX.

FEDERICO, *con la espada desnuda.*—DICHOS.

FED. ¿Qué es aquesto?
Voy á descubrir la cara
Del traidor que me decias,
Y hallo...
DUQUE. No prosigas, calla.—
Matadle, matadle.

MARQ. Muera.
FED. ¡Oh, padre! ¿por qué me matan?
DUQUE. En el tribunal de Dios,
Traidor, te dirán la causa.
(*Éntranse todos riñendo con Federico.*)
Tú, Aurora, con este ejemplo
Parte con Cárlos á Mantua;
Que él te merece, y yo gusto.
AUR. Estoy, Señor, tan turbada,
Que no sé lo que responda.
BATIN. Di que sí; que no es sin causa
Todo lo que ves, Aurora. (*Ap. á ella.*)
AUR. Señor, desde aquí á mañana
Te daré respuesta. (*Vuelve el Marqués.*)
MARQ. Ya
Queda muerto el Conde.
DUQUE. En tanta
Desdicha, aun quieren los ojos
Verle muerto con Casandra.
MARQ. Vuelve á mirar un castigo
Sin venganza. (*Descúbrelos.*)
DUQUE. No es tomarla
El castigar la justicia.
Valor sobra y llanto falta.
Pagó la maldad que hizo
Por heredarme.
BATIN. Aquí acaba,
Senado, aquella tragedia
Del castigo sin venganza,
Que, siendo en Italia asombro,
Hoy es ejemplo en España.



ACTO TERCERO, ESCENA XIV.

EL MEJOR ALCALDE EL REY.

PERSONAS.

SANCHO.
DON TELLO.
CELIO.
JULIO.
NUÑO.
ELVIRA.
FELICIANA.
JUANA.
LEONOR.

DON ALFONSO VII DE LEON Y CASTILLA.
EL CONDE DON PEDRO.
DON ENRIQUE.
BRITO.
PELAYO.
FILENO.
CRIADOS.—VILLANOS.
ACOMPAÑAMIENTO.

La escena es en Leon, en un pueblo de Galicia y en sus cercanías.

ACTO PRIMERO.

Campo á orillas del Sil.

ESCENA PRIMERA.

SANCHO.

Nobles campos de Galicia,
Que, á sombra destas montañas,
Que el Sil entre verdes cañas
Besar la falda codicia,
Dais sustento á la milicia
De flores de mil colores;
Aves que cantais amores,
Fieras que andais sin gobierno,
¿Habeis visto amor más tierno
En aves, fieras y flores?
Mas como no podeis ver
Otra cosa, en cuanto mira
El sol, más bella que Elvira,
Ni otra cosa puede haber;
Así, habiendo de nacer
De su hermosura, en rigor,
Mi amor, que de su favor
Tan alta gloria procura;
No habiendo más hermosura,
No puede haber más amor.
¡Ojalá, dulce Señora,
Que tu hermosura pudiera
Crecer, porque en mí creciera

El amor que tengo agora!
Pero, hermosa labradora,
Si en tí no puede crecer
La hermosura, ni el querer
En mí, cuanto eres hermosa
Te quiero, porque no hay cosa
Que más pueda encarecer.
Ayer las blancas arenas
Deste arroyuelo volviste
Perlas, cuando en él pusiste
Tus piés, tus dos azucenas;
Y porque verlos apenas
Pude, porque nunca pára, (a)
Le dije al sol de tu cara,
Con que tanta luz le das,
Que mirase el agua más,
Porque se viese más clara.
Lavaste, Elvira, unos paños,
Que nunca blancos volvias;
Que las manos que ponias
Causaban estos engaños:
Yo detrás destos castaños
Te miraba con temor,
Y ví que Amor, por favor
Te daba á lavar su venda:
El cielo al mundo defienda;
Que anda sin venda el Amor.
¡Ay Dios! ¿cuándo será el dia
(Que me tengo de morir)
Que te pueda yo decir:
«Elvira, toda eres mia?»
¡Qué regalos te daria!
Porque yo no soy tan necio
Que no te tuviese en precio,
Siempre con más aficion;
Que en tan rica posesion
No puede caber desprecio.

ESCENA II.

ELVIRA.—SANCHO.

ELV. (*Ap.* Por aquí Sancho bajaba,
O me ha burlado el deseo.
A la fe que allí le veo;
Que el alma me le mostraba.
El arroyuelo miraba
Adonde ayer me miró.
¿Si piensa que allí quedó
Alguna sombra de mí?
Que me enojé cuando ví
Que entre las aguas me vió.)
¿Qué buscas por los cristales
Destos libres arroyuelos,
Sancho (que guarden los cielos),
Cada vez que al campo sales?
¿Has hallado unos corales
Que en esta márgen perdí?
SANCH. Hallarme quisiera á mí,
Que me perdí desde ayer;
Pero ya me vengo á ver,
Pues me vengo á hallar en tí.
ELV. Pienso que á ayudarme vienes
A ver si los puedo hallar.
SANCH. ¡Bueno es venir á buscar
Lo que en las mejillas tienes!
¿Son achaques ó desdenes?
Albricias, ya los hallé.
ELV. ¿Dónde?
SANCH. En tu boca, á la hé,
Y con extremos de plata.
ELV. Desviate.
SANCH. ¡Siempre ingrata
A la lealtad de mi fe!
ELV. Sancho, estás muy atrevido.
Dime tú: ¿qué más hicieras,
Si por ventura estuvieras
En vísperas de marido?
SANCH. Eso ¿cuya culpa ha sido?
ELV. Tuya, á la fe.
SANCH. ¿Mía? No.
Ya te lo dije, y te habló
El alma, y no respondiste.
ELV. ¿Qué más respuesta quisiste,
Que no responderte yo?
SANCH. Los dos culpados estamos.
ELV. Sancho, pues tan cuerdo eres,
Advierte que las mujeres
Hablamos cuando callamos.
Concedemos si negamos:
Por esto, y por lo que ves,
Nunca crédito nos dés,
Ni crueles ni amorosas;
Porque todas nuestras cosas
Se han de entender al revés.
SANCH. Segun eso, das licencia
Que á Nuño te pida aquí.—
¿Callas? Luego dices sí.
Basta: ya entiendo la ciencia.
ELV. Sí; pero ten advertencia
Que no digas que yo quiero.
SANCH. Él viene.
ELV. El suceso espero
Detrás de aquel olmo.
SANCH. ¡Ay Dios!
¡Si nos juntase á los dos!
Porque si no, yo me muero.
(*Escóndese Elvira.*)

ESCENA III.

NUÑO, PELAYO.—SANCHO, *distante de ellos.*

NUÑO. (*A Pelayo.*) Tú sirves de tal manera,
Que será mejor buscar,
Pelayo, quien sepa andar
Más despierto en la ribera.
¿Tienes algun descontento
En mi casa?
PELA. Dios lo sabe.
NUÑO. Pues hoy tu servicio acabe;
Que el servir no es casamiento.
PELA. Antes lo debe de ser.
NUÑO. Los puercos traes perdidos.
PELA. Donde lo están los sentidos,

(a) Porque nunca pára (el agua). Trasposicion bastante usada por Lope, que oscurece algo el sentido para los que no están acostumbrados á leer sus versos.

¿Qué otra cosa puede haber?
Escúchame: yo quijera
Emparentarme...
NUÑO. Prosigue
De suerte, que no me obligue
Tu ignorancia...
PELA. Un poco espera;
Que no es fácil de decir.
NUÑO. De esa manera, de hacer
Será difícil.
PELA. Ayer
Me dijo Elvira al salir:
«A fe, Pelayo, que están
Gordos los puercos.»
NUÑO. Pues bien,
¿Qué le respondiste?
PELA. Amén,
Como dice el sacristan.
NUÑO. Pues ¿qué se saca de ahí?
PELA. ¿No lo entiende?
NUÑO. ¿Cómo puedo?
PELA. Estó por perder el miedo.
SANCH. (*Ap.*) ¡Oh, si se fuese de aquí!
PELA. ¿No ve que es resquiebro, y muestra
Querer casarse conmigo?
NUÑO. ¡Vive Dios!...
PELA. No te lo digo,
Ya que fué ventura nuestra,
Para que tomes collera. (a)
NUÑO. Sancho, ¡tú estabas aquí!
SANCH. Y quisiera hablarte.
NUÑO. Di.—
Pelayo, un instante espera.
(*Apártanse de Pelayo.*)
SANCH. Nuño, mis padres fueron, como sabes,
Y supuesto que pobres labradores,
De honrado estilo y de costumbres graves.
PELA. Sancho, vos que sabeis cosas de amores,
Decir una mujer hermosa y rica [res:
A un hombre que es galan como unas fro-
«Gordos están los puercos,» ¿no inifica
Que se quiere casar con aquel hombre?
SANCH. ¡Bien el requiebro al casamiento aplica!
NUÑO. Bestia, vete de aquí.
SANCH. Pues ya su nombre
Supiste y su nobleza, no presumo
Que tan honesto amor la tuya asombre.
Por Elvira me abraso y me consumo.
PELA. Hay hombre que el ganado trai tan fraco,
Que parece tasajo puesto al humo.
Yo, cuando al campo los cochinos saco...
NUÑO. ¿Aquí te estás, villano? ¡Vive el cielo!...
PELA. ¿Habro de Elvira yo, son (b) del barraco?
SANCH. Sabido pues, Señor, mi justo celo...
PELA. Sabido pues, Señor, que me resquiebra...
NUÑO. ¿Tiene mayor salvaje el indio suelo?
SANCH. El matrimonio de los dos celebra.
PELA. Cochino traigo yo por esa orilla...
NUÑO. Ya la cabeza el bárbaro me quiebra.
PELA. Que puede ser maeso de capilla,
Si bien tiene la voz desentonada,
Y más cuando entra y sale de la villa.
NUÑO. ¿Quiérelo Elvira?
SANCH. De mi amor pagada,
Me dió licencia para hablarte ahora.
NUÑO. Ella será dichosamente honrada,
Pues sabe las virtudes que atesora,
Sancho, tu gran valor, y que pudiera
Llegar á merecer cualquier señora.
PELA. Con cuatro ó seis cochinos que toviera,
Que estos parieran otros, en seis años
Pudiera yo labrar una cochera.
NUÑO. Tú sirves á don Tello en sus rebaños,
Es señor desta tierra, y poderoso
En Galicia y en reinos más extraños:
Decirle tu intencion será forzoso,
Así porque eres, Sancho, su criado,
Como por ser tan rico y dadivoso.
Daráte alguna parte del ganado;
Porque es tan poco el dote de mi Elvira,
Que has menester estar enamorado.
Esa casilla mal labrada mira,
En medio de esos campos, cuyos techos
El humo tiñe porque no respira.
Están lejos de aquí cuatro barbechos,
»Que tengo, y hácia el monte, una majada,
»Que cria en sus estériles repechos (c)
Diez ó doce castaños... Todo es nada,
Si el señor desta tierra no te ayuda
Con un vestido ó con alguna espada.
SANCH. Pésame que mi amor pongas en duda.
PELA. (*Ap.*) ¡Voto al sol, que se casa con Elvira!
Aquí la dejo yo; mi amor se muda.
SANCH. ¿Qué mayor interés, que al que suspira
Por su belleza, darle su belleza,
Milagro celestial que al mundo admira?
No es tanta de mi ingenio la rudeza,
Que más que la virtud me mueva el dote.
NUÑO. Hablar con tus señores no es bajeza,
Ni el pedirles que te honren te alborote;
Que él y su hermana pueden fácilmente,
Sin que esto, Sancho, á más que amor se
SANCH. Yo voy de mala gana: finalmente, [note.
Iré, pues tú lo mandas.
NUÑO. Dios con esto,
Sancho, tu vida y sucesion aumente.—
Ven, Pelayo, conmigo.
PELA. Pues ¿tan presto
Le diste á Elvira, estando yo delante?
NUÑO. ¿No es Sancho mozo, noble y bien dis-
PELA. No le tiene el aldea semejante, [puesto?
Si va á decir verdad; pero en efeto,
Fuera en tu casa yo más importante,
Porque te diera cada mes un nieto.
(*Vanse Nuño y Pelayo.*)

ESCENA IV.

SANCHO; *después*, ELVIRA.

SANCH. Sal, hermosa prenda mia;
Sal, Elvira de mis ojos. (*Sale Elvira.*)
ELV. (*Ap.*) ¡Ay, Dios! ¡Con cuántos enojos
Teme amor y desconfia!

(a) Cólera: para que te enfades.
(b) Sino.
(c) Suplidos estos dos versos á otros dos que faltan para completar dos tercetos.

Que la esperanza prendada,
Presa de un cabello está.

SANCH. Tu padre dice que ya
Tiene la palabra dada
A un criado de don Tello:
¡Mira qué extrañas mudanzas!

ELV. No en balde mis esperanzas
Colgaba Amor de un cabello.
¿Que mi padre me ha casado,
Sancho, con hombre escudero?
Hoy pierdo la vida, hoy muero.
Vivid, mi dulce cuidado;
Que yo me daré la muerte.

SANCH. Paso; que me burlo, Elvira.
El alma en los ojos mira,
Dellos la verdad advierte;
Que, sin admitir espacio,
Dijo mil veces que sí.

ELV. Sancho, no lloro por ti,
Sino por ir á palacio;
Que el criarme en la llaneza
Desta humilde casería,
Era cosa que podia
Causarme mayor tristeza.
Y que es causa justa advierte.

SANCH. ¡Qué necio amor me ha engañado!
Vivid, mi dulce cuidado;
Que yo me daré la muerte.
Engaños fueron de Elvira,
En cuya nieve me abraso.

ELV. Sancho, que me burlo, paso.
El alma en los ojos mira;
Que amor y sus esperanzas
Me han dado aquesta licion.
Su propia definicion
Es que amor todo es venganzas.

SANCH. Luego ¿ya soy tu marido?

ELV. ¿No dices que está tratado?

SANCH. Tu padre, Elvira, me ha dado
Consejo (aunque no le pido)
Que á don Tello, mi señor,
Y señor de aquesta tierra,
Poderoso en paz y en guerra,
Quiere que pida favor;
Y aunque yo contigo, Elvira,
Tengo toda la riqueza
Del mundo (que en tu belleza
El sol las dos Indias mira),
Dice Nuño que es razon
Por ser mi dueño: en efeto,
Es viejo y hombre discreto,
Y que merece opinion
Por ser tu padre tambien.
Mis ojos, á hablarle voy.

ELV. Y yo esperándote estoy.

SANCH. ¡Plegue al cielo que me dén
El y su hermana mil cosas!

ELV. Basta darle cuenta desto.

SANCH. La vida y el alma he puesto
En esas manos hermosas.
Dame siquiera la una.

ELV. Tuya ha de ser: vesla aqui.

SANCH. ¿Qué puede hacer contra mí,
Si la tengo, la fortuna?
Tú verás mi sentimiento,
Después de tanto favor;
Que me ha enseñado el amor
A tener entendimiento. (*Vanse.*)

Patio ó enverjado delante de la Quinta de don Tello en Galicia.

ESCENA V.

DON TELLO, *de caza;* CELIO, JULIO.

TELLO. Tomad el venablo allá.

CELIO. ¡Qué bien te has entretenido!

JULIO. Famosa la caza ha sido.

TELLO. Tan alegre el campo está,
Que solo ver sus colores
Es fiesta.

CELIO. ¡Con qué desvelos
Procuran los arroyuelos
Besar los piés á las flores!

TELLO. Da de comer á esos perros,
Celio, así te ayude Dios.

CELIO. Bien escalaron los dos
Las puntas de aquellos cerros.

JULIO. Son famosos.

CELIO. Florisel
Es deste campo la flor.

TELLO. No lo hace mal Galaor.

JULIO. Es un famoso lebrel.

CELIO. Ya mi señora y tu hermana
Te ha sentido.

ESCENA VI.

FELICIANA.—DICHOS.

TELLO. ¡Qué cuidados
De amor, y qué bien pagados
De mi son, oh Feliciana,
Tantos desvelos en vos!

FELIC. Yo lo estoy de tal manera,
Mi señor, cuando estais fuera,
Por vos, como sabe Dios.
No hay cosa que no me enoje;
El sueño, el descanso dejo:
No hay liebre, no hay vil conejo
Que fiera no se me antoje.

TELLO. En los montes de Galicia,
Hermana, no suele haber
Fieras, puesto que el tener
Poca edad fieras codicia.
Salir suele un jabalí
De entre esos montes espesos,
Cuyos dichosos sucesos
Tal vez celebrados vi.
Fieras son, que junto al anca
Del caballo más valiente,
Al sabueso con el diente
Suelen abrir la carlanca.
Y tan mal la furia aplacan,
Que, para decirlo en suma,
Truecan la caliente espuma

En la sangre que le sacan.
Tambien hay oso que en pié
Acomete al cazador
Con tan extraño furor,
Que muchas veces se ve
Dar con el hombre en el suelo.
Pero la caza ordinaria
Es humilde cuanto varia,
Para no tentar al cielo.
Es digna de caballeros
Y príncipes, porque encierra
Los preceptos de la guerra,
Y ejercita los aceros
Y la persona habilita.

FELIC. Como yo os viera casado,
No me diera ese cuidado,
Que tantos sueños me quita.

TELLO. El ser aquí poderoso
No me da tan cerca igual.

FELIC. No os estaba aquí tan mal
De algun señor generoso
La hija.

TELLO. Pienso que quieres
Reprender no haber pensado
En casarte, que es cuidado
Que nace con las mujeres.

FELIC. Engañaste, por tu vida;
Que solo tu bien deseo.

ESCENA VII.

SANCHO Y PELAYO, *fuera de la verja.*—DICHOS.

PELA. (*A Sancho.*) Entra; que solos los veo.
No hay persona que lo empida.

SANCH. Bien dices: de casa son
Los que con ellos están.

PELA. Tú verás lo que te dan.

SANCH. Yo cumplo mi obligacion.—
(*Pasan la verja.*)
Noble, ilustrísimo Tello,
Y tú, hermosa Feliciana,
Señores de aquesta tierra,
Que os ama por tantas causas,
Dad vuestros piés generosos
A Sancho, Sancho el que guarda
Vuestros ganados y huerta,
Oficio humilde en tal casa.
Pero en Galicia, señores,
Es la gente tan hidalga,
Que solo en servir al rico
El que es pobre no le iguala.
Pobre soy, y en este oficio
Que os he dicho, cosa es clara
Que no me conocereis,
Porque los criados pasan
De ciento y treinta personas,
Que vuestra racion aguardan
Y vuestro salario esperan;
Pero tal vez en la caza
Presumo que me habreis visto.

TELLO. Si he visto, y siempre me agrada
Vuestra persona, y os quiero
Bien.

SANCH. Aquí por merced tanta
Os beso los piés mil veces.

TELLO. ¿Qué quereis?

SANCH. Gran Señor, pasan
Los años con tanta furia,
Que parece que con cartas
Van por la posta á la muerte,
Y que una breve posada
Tiene la vida á la noche,
Y la muerte á la mañana.
Vivo solo, fué mi padre
Hombre de bien, que pasaba
Sin servir; acaba en mí
La sucesion de mi casa.
He tratado de casarme
Con una doncella honrada,
Hija de Nuño de Aibar,
Hombre que sus campos labra,
Pero que aun tiene paveses
En las ya borradas armas
De su portal, y con ellas
De aquel tiempo algunas lanzas.
Esto y la virtud de Elvira
(Que así la novia se llama)
Me han obligado: ella quiere,
Su padre tambien se agrada;
Mas no sin licencia vuestra;
Que me dijo esta mañana
Que el señor ha de saber
Cuanto se hace y cuanto pasa
Desde el vasallo más vil
A la persona más alta
Que de su salario vive,
Y que los reyes se engañan
Si no reparan en esto,
Que pocas veces reparan.
Yo, Señor, tomé el consejo,
Y vengo, como él lo manda,
A deciros que me caso.

TELLO. Nuño es discreto, y no basta
Razon á tan buen consejo.—
Celio...

CELIO. Señor,...

TELLO. Veinte vacas
Y cien ovejas darás
A Sancho, á quien yo y mi hermana
Habemos de honrar la boda.

SANCH. ¡Tanta merced!

PELA. ¡Merced tanta!

SANCH. ¡Tan grande bien!

PELA. ¡Bien tan grande!

SANCH. ¡Rara virtud!

PELA. ¡Virtud rara!

SANCH. ¡Alto valor!

PELA. ¡Valor alto!

SANCH. ¡Santa piedad!

PELA. ¡Piedad santa!

TELLO. ¿Quién es este labrador
Que os responde y acompaña?

PELA. Soy el que dice al revés
Todas las cosas que habla.

SANCH. Señor, de Nuño es criado.

PELA. Señor, en una palabra,
El pródigo soy de Nuño.

TELLO. ¿Quién?
PELA. El que sus puercos guarda.
Vengo tambien á pediros
Mercedes.
TELLO. ¿Con quién te casas?
PELA. Señor, no me caso ahora;
Mas, por si el diabro me engaña,
Os vengo á pedir terneros,
Para si después me faltan;
Que un astrólogo me dijo
Una vez en Masalanca
Que tenia peligro en toros,
Y en agua tanta desgracia,
Que desde entonces no quiero
Casarme ni beber agua,
Por excusar el peligro.
FELIC. Buen labrador.
TELLO. Humor gasta.
FELIC. Id, Sancho, en buen hora.—Y tú
Haz que á su cortijo vayan
Las vacas y las ovejas.
SANCH. Mi corta lengua no alaba
Tu grandeza.
TELLO. ¿Cuándo quieres
Desposarte?
SANCH. Amor me manda
Que sea esta misma noche.
TELLO. Pues ya los rayos desmaya
El sol, y entre nubes de oro
Veloz al poniente baja.
Vete á prevenir la boda;
Que allá iremos yo y mi hermana.—
¡Hola! Pongan la carroza.
SANCH. Obligada llevo el alma
Y la lengua, gran Señor,
Para tu eterna alabanza. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

DON TELLO, FELICIANA, PELAYO, CELIO, JULIO.

FELIC. En fin, vos ¿no os casareis?
PELA. Yo, Señora, me casaba
Con la novia deste mozo,
Que es una limpia zagala,
Si la hay en toda Galicia;
Supo que puercos guardaba,
Y desechóme por puerco.
FELIC. Id con Dios, que no se engaña.
PELA. Todos guardamos, Señora,
Lo que...
FELIC. ¿Qué?
PELA. Lo que nos mandan
Nuestros padres que guardemos. (*Vase.*)

ESCENA IX.

DON TELLO, FELICIANA, CELIO, JULIO.

FELIC. El mentecato me agrada.
CELIO. (*A don Tello.*) Ya que es ido el labrador,
Que no es necio en lo que habla,
Prometo á vueseñoria
Que es la moza más gallarda
Que hay en toda Galicia,
Y que por su talle y cara,
Discrecion y honestidad
Y otras infinitas gracias,
Pudiera honrar al hidalgo
Más noble de toda España.
FELIC. ¿Que es tan hermosa?
CELIO. Es un ángel.
TELLO. Bien se ve, Celio, que hablas
Con pasion.
CELIO. Alguna tuve;
Mas cierto que no me engaña.
TELLO. Hay algunas labradoras
Que, sin afeites ni galas,
Suelen llevarse los ojos,
Y á vuelta dellos el alma;
Pero son tan desdeñosas,
Que sus melindres me cansan.
FELIC. Antes las que se defienden
Suelen ser más estimadas. (*Vanse.*)

Sala en casa de Nuño.

ESCENA X.

NUÑO, SANCHO.

NUÑO. ¿Eso don Tello responde?
SANCH. Esto responde, Señor.
NUÑO. Por cierto que á su valor
Dignamente corresponde.
SANCH. Mandóme dar el ganado
Que os digo.
NUÑO. Mil años viva.
SANCH. Y aunque es dádiva excesiva,
Más estimo haberme honrado
Con venir á ser padrino.
NUÑO. Y ¿vendrá tambien su hermana?
SANCH. Tambien.
NUÑO. Condicion tan llana
Del cielo á los hombres vino.
SANCH. Son señores generosos.
NUÑO. ¡Oh, si aquesta casa fuera,
Pues los huéspedes espera
Más ricos y poderosos
Deste reino, un gran palacio!
SANCH. Esa no es dificultad;
Cabrán en la voluntad,
Que tiene infinito espacio.
Ellos vienen en efeto.
NUÑO. ¡Qué buen consejo te di!
SANCH. Cierto que en don Tello vi
Un señor todo perfeto;
Porque, en quitándole el dar,
Con que á Dios es parecido,
No es señor; que haberlo sido
Se muestra en dar y en honrar.
Y pues Dios su gran valor
Quiere que dando se entienda,
Sin dar ni honrar no pretenda
Ningun señor ser señor.
NUÑO. ¡Cien ovejas! ¡Veinte vacas!
Será una hacienda gentil,

Si por los prados del Sil
La primavera los sacas.
Páguele Dios á Don Tello
Tanto bien, tanto favor.
SANCH. ¿Dónde está Elvira, Señor?
NUÑO. Ocuparála el cabello
O algun tocado de boda.
SANCH. Como ella traiga su cara,
Rizos y gala excusara;
Que es de rayos del sol toda.
NUÑO. No tienes amor villano.
SANCH. Con ella tendré, Señor,
Firmezas de labrador
Y amores de cortesano.
NUÑO. No puede amar altamente
Quien no tiene entendimiento;
Porque está su sentimiento
En que sienta lo que siente.
Huélgome de verte así.
Llama esos mozos; que quiero
Que entienda este caballero
Que soy algo ó que lo fui.
SANCH. Pienso que mis dos señores
Vienen, y vendrán con ellos.
Deje Elvira los cabellos,
Y reciba sus favores.

ESCENA XI.

DON TELLO, *y* CRIADOS; PELAYO, JUANA, LEONOR *y* VILLANOS.—DICHOS.

TELLO. ¿Dónde fué mi hermana?
JUANA. Entró
Por la novia.
SANCH. ¡Señor mio!...
TELLO. ¡Sancho!
SANCH. Fuera desvario
Querer daros gracias yo,
Con mi rudo entendimiento,
Desta merced.
TELLO. ¿Dónde está
Vuestro suegro?
NUÑO. Donde ya
Tendrán sus años aumento
Con este inmenso favor.
TELLO. Dadme los brazos.
NUÑO. Quisiera
Que esta casa un mundo fuera,
Y vos del mundo señor.
TELLO. (*A Juana.*) ¿Cómo os llamais vos, serrana?
PELA. Pelayo, señor.
TELLO. No digo
A vos.
PELA. ¿No habraba conmigo?
JUANA. A vuestro servicio, Juana.
TELLO. ¡Buena gracia!
PELA. Aun no lo sabe
Bien; que con un cucharon,
Si la pecilga un garzon,
Le suele pegar un cabe,
Que le aturde los sentidos;
Que una vez, porque llegué
A la olla, los saqué
Por dos meses atordidos.
TELLO. (*A Leonor.*) ¿Y vos?
PELA. Pelayo, Señor.
TELLO. No hablo con vos.
PELA. Yo pensaba,
Señor, que conmigo habraba.
TELLO. ¿Cómo os llamais?
LEON. ¿Yo? Leonor.
PELA. (*Ap.* ¿Cómo pescuda por ellas,
Y por los zagales no?)
Pelayo, Señor, soy yo.
TELLO. ¿Sois algo de alguna dellas?
PELA. Sí, Señor; el porquerizo.
TELLO. Marido digo ó hermano.
NUÑO. ¡Qué necio estás!
SANCH. ¡Qué villano!
PELA. Así mi madre me hizo.
SANCH. La novia y madrina vienen.

ESCENA XII.

FELICIANA, ELVIRA.—DICHOS.

FELIC. Hermano, hacedles favores;
Y ¡dichosos los señores
Que tales vasallos tienen!
TELLO. Por Dios, que teneis razon.
¡Hermosa moza!
FELIC. Y gallarda.
ELV. La vergüenza me acobarda,
Como primera ocasion.
Nunca vi vuestra grandeza.
NUÑO. Siéntense sus señorías.
Las sillas son como mias.
TELLO. (*Ap.*) No he visto mayor belleza.
¡Qué divina perfeccion!
Corta ha sido su alabanza.
¡Dichosa aquella esperanza
Que espera tal posesion!
PELA. Dad licencia que se siente
Sancho.
TELLO. Sentáos.
SANCH. No, Señor.
TELLO. Sentáos.
SANCH. ¡Yo tanto favor,
Y mi señora presente!
FELIC. Junto á la novia os sentad;
No hay quien el puesto os impida.
TELLO. (*Ap.*) No esperé ver en mi vida
Tan peregrina beldad.
PELA. Y yo ¿adónde he de sentarme?
NUÑO. Allá, en la caballeriza
Tú la fiesta solemniza.
TELLO. (*Ap.* Por Dios, que siento abrasarme.)
¿Cómo la novia se llama?
PELA. Pelayo, Señor.
NUÑO. ¿No quieres
Callar? Habla á las mujeres,
Y cuéntaste tú por dama.
Elvira es, Señor, su nombre.
TELLO. Por Dios que es hermosa Elvira,
Y digna, aunque serlo admira,
De novio tan gentilhombre.
NUÑO. Zagalas, regocijad

La boda.
TELLO. (*Ap.*) ¡Rara hermosura!
NUÑO. En tanto que viene el Cura,
A vuestra usanza bailad.
JUANA. El Cura ha venido ya.
TELLO. Pues decid que no entre el Cura.
(*Ap.* Que tan divina hermosura
Robándome el alma está.)
SANCH. ¿Por qué, Señor?
TELLO. Porque quiero,
Después que os he conocido,
Honraros más.
SANCH. Yo no pido
Más honras, ni las espero,
Que casarme con mi Elvira.
TELLO. Mañana será mejor.
SANCH. No me dilates, Señor,
Tanto bien; mis ansias mira,
Y que desde aquí á mañana
Puede un pequeño accidente
Quitarme el bien que presente
La posesion tiene llana.
Si sabios dicen verdades,
Bien dijo aquel que decía
Que era el sol el que traia
Al mundo las novedades.
¿Qué sé yo lo que traerá
Del otro mundo mañana?
TELLO. (*Ap.* ¡Qué condicion tan villana!)
Quiérole honrar y hacer fiesta,
(*Ap. á Feliciana.*)
Y el muy necio, hermana mia,
En tu presencia porfia
Con voluntad poco honesta.—
Llévala, Nuño, y descansa
Esta noche.
NUÑO. Haré tu gusto.
(*Vanse don Tello, Feliciana y criados.*)
(*Ap.* Esto no parece justo.
¿De qué don Tello se cansa?)
ELV. (*Ap.*) Yo no quiero responder
Por no mostrar liviandad.
NUÑO. (*A los novios.*) No entiendo su voluntad,
Ni lo que pretende hacer.—
Es señor.—Ya me ha pesado
De que haya venido aquí. (*Vase.*)
SANCH. Harto más me pesa á mí,
Aunque lo he disimulado.
PELA. ¿No hay boda esta noche?
JUANA. No.
PELA. ¿Por qué?
JUANA. No quiere don Tello.
PELA. Pues don Tello ¿puede hacello?
JUANA. Claro está, pues lo mandó. (*Vase.*)
PELA. Pues ¡antes que entrase el Cura
Nos ha puesto impedimento!
(*Vase y siguenle los demás villanos.*)

ESCENA XIII.

SANCHO, ELVIRA.

SANCH. Oye, Elvira.
ELV. ¡Ay, Sancho! Siento
Que tengo poca ventura.
SANCH. ¿Qué quiere el Señor hacer,
Que á mañana lo difiere?
ELV. Yo no entiendo lo que quiere.
(*Ap.* Pero debe de querer.)
SANCH. ¿Es posible que me quita
Que esta noche ¡ay, bellos ojos!
Tuviesen paz los enojos
Que airado me solicita?
ELV. Ya eres, Sancho, mi marido.
Vén esta noche á mi puerta.
SANCH. ¿Tendrásla, mi bien, abierta?
ELV. Pues ¿no?
SANCH. Mi remedio ha sido;
Que si no, yo me matara.
ELV. Tambien me matara yo.
SANCH. El Cura llegó y no entró.
ELV. No quiso que el Cura entrara.
SANCH. Pero si te persuades
A abrirme, será mejor;
Que no es mal cura el amor
Para sanar voluntades. (*Vanse.*)

Calle en que está la casa de Nuño.

ESCENA XIV.

DON TELLO, CELIO, CRIADOS.

TELLO. Muy bien me habeis entendido.
CELIO. Para entenderte, no creo
Que es menester, gran Señor,
Muy sutil entendimiento.
TELLO. Entrad, pues; que estarán solos
La hermosa Elvira y el viejo.
CELIO. Toda la gente se fué
Con notable descontento
De ver dilatar la boda.
TELLO. Yo tomé, Celio, el consejo
Primero que amor me dió;
Que era infamia de mis celos
Dejar gozar á un villano
La hermosura que deseo.
Después que della me canse,
Podrá ese rústico necio
Casarse; que yo daré
Ganado, hacienda y dinero
Con que viva, que es arbitrio
De muchos, como lo vemos
En el mundo. Finalmente,
Yo soy poderoso, y quiero,
Pues este hombre no es casado,
Valerme de lo que puedo.
Las máscaras os poned.
CELIO. ¿Llamaremos?
TELLO. Sí. (*Llaman.*)
CRIADO. Ya abrieron.

ESCENA XV.

ELVIRA.—DON TELLO, CELIO Y CRIADOS, *con mascarillas; después,* NUÑO.

ELV. Entra, Sancho de mi vida.

CELIO. ¿Elvira?
ELV. Sí.
UN CRIADO. (*Ap.*) ¡Buen encuentro!
(*Apodéranse de Elvira.*)
ELV. ¿No eres tú, Sancho? ¡Ay de mí!
¡Padre! Señor! Nuño! ¡Cielos!
¡Que me roban, que me llevan!
TELLO. Caminad ya. (*Llévanla.*)
NUÑO. (*Dentro de la casa.*) ¿Qué es aquesto?
ELV. (*Lejos.*) ¡Padre!
TELLO. (*Lejos.*) Tápale esa boca.
(*Sale Nuño.*)
NUÑO. ¡Hija, ya te oigo y te veo;
Pero mis caducos años
Y mi desmayado esfuerzo,
¿Qué podrán contra la fuerza
De un poderoso mancebo?
Que ya presumo quién es.
(*Sigue á los robadores.*)

ESCENA XVI.

SANCHO Y PELAYO, *de noche.*

SANCH. Voces parece que siento
En el valle, hácia la casa
Del Señor.
PELA. Habremos quedo,
No nos sientan los criados.
SANCH. Advierte que estando dentro
No te has de dormir.
PELA. No haré;
Que ya me conoce el sueño.
SANCH. Yo saldré cuando del alba
Pida albricias el lucero;
Mas no me las pida á mí,
Si me ha de quitar mi cielo.
PELA. ¿Sabes qué pareceré
Mientras estás allá dentro?
Mula de doctor, que está
Tascando á la puerta el freno.
SANCH. Llamemos.
PELA. Apostaré
Que está por el agujero
De la llave Elvira atenta.
SANCH. Llego y llamo.

ESCENA XVII.

NUÑO.—DICHOS.

NUÑO. Pierdo el seso.
SANCH. ¿Quién va?
NUÑO. Un hombre.
SANCH. ¿Es Nuño?
NUÑO. ¿Es Sancho?
SANCH. Pues ¡tú en la calle! ¿Qué es esto?
NUÑO. ¿Qué es esto dices?
SANCH. Pues bien,
¿Qué ha sucedido? Que temo
Algun mal.
NUÑO. Y aun el mayor;
Que alguno ya fuera menos.
SANCH. ¿Cómo?
NUÑO. Un escuadron de armados
Aquestas puertas rompieron,
Y se han llevado...
SANCH. No más;
Que aquí dió fin mi deseo.
NUÑO. Reconocer con la luna
Los quise; mas no me dieron
Lugar á que los mirase;
Porque luego se cubrieron
Con mascarillas las caras,
Y no pude conocerlos.
SANCH. ¿Para qué, Nuño? ¿Qué importa?
Criados son de don Tello,
A quien me mandaste hablar.
¡Mal haya, amén, el consejo!
En este valle hay diez casas,
Y todas diez de pecheros,
Que se juntan á esta ermita:
No ha de ser ninguno dellos.
Claro está que es el Señor,
Que la ha llevado á su pueblo;
Que el no me dejar casar
Es el indicio más cierto.
Pues ¡es verdad que hallaré
Justicia fuera del cielo,
Siendo un hombre poderoso
Y el más rico deste reino!
¡Vive Dios, que estoy por ir...
A morir! que no sospecho
Que á otra cosa...
NUÑO. Espera, Sancho.
PELA. ¡Voto al soto, que si encuentro
Sus cochinos en el prado,
Que aunque haya guarda con ellos,
Que los he de apedrear!
NUÑO. Hijo, de tu entendimiento
Procura valerte ahora.
SANCH. Padre y señor ¿cómo puedo?
Tú me aconsejaste el daño,
Aconséjame el remedio.
NUÑO. Vamos á hablar al Señor
Mañana; que yo sospecho
Que, como fué mocedad,
Ya tendrá arrepentimiento.
Yo fio, Sancho, de Elvira,
Que no haya fuerza ni ruegos
Que la puedan conquistar.
SANCH. Yo lo conozco y lo creo.
¡Ay, que me muero de amor!
¡Ay, que me abraso de celos!
¿A cuál hombre ha sucedido
Tan lastimoso suceso?
¡Que trujese yo á mi casa
El fiero leon sangriento,
Que mi cándida cordera
Me robara! ¿Estaba ciego?
Sí estaba; que no entran bien
Poderosos caballeros
En las casas de los pobres
Que tienen ricos empleos.
Parécemeque su rostro
Lleno de aljófares veo
Por las mejillas de grana,
Su honestidad defendiendo.

Paréceme que la escucho,
¡Lastimoso pensamiento!
Y que el tirano le dice
Mal escuchados requiebros.
Paréceme que á sus ojos
Los descogidos cabellos
Haciendo están celosías
Para no ver sus deseos.—
Déjame, Nuño, matar;
Que todo el sentido pierdo.
¡Ay, que me muero de amor!
¡Ay, que me abraso de celos!

NUÑO. Tú eres, Sancho, bien nacido:
¿Qué es de tu valor?

SANCH. Recelo
Cosas que, de imaginallas,
Loco hasta el alma me vuelvo,
Sin poderlas remediar.
Enséñame el aposento
De Elvira.

PELA. Y á mí, Señor,
La cocina; que me muero
De hambre, que no he cenado,
Como enojados se fueron.

NUÑO. Entra, y descansa hasta el dia;
Que no es bárbaro don Tello.

SANCH. ¡Ay, que me muero de amor
Y estoy rabiando de celos!

ACTO SEGUNDO.

Sala en la quinta de don Tello.

ESCENA PRIMERA.

DON TELLO, ELVIRA.

ELV. ¿De qué sirve atormentarme,
Tello, con tanto rigor?
¿Tú no ves que tengo honor,
Y que es cansarte y cansarme?

TELLO. Basta; que das en matarme,
Con ser tan áspera y dura.

ELV. Volvermo, Tello, procura
A mi esposo.

TELLO. No es tu esposo,
Ni un villano, aunque dichoso,
Digno de tanta hermosura.
Mas cuando yo Sancho fuera,
Y él fuera yo, dime, Elvira,
¿Cómo el rigor de tu ira
Tratarme tan mal pudiera?
Tu crueldad ¿no considera
Que esto es amor?

ELV. No, Señor;
Que amor que pierde al honor
El respeto, es vil deseo;
Y siendo apetito feo,
No puede llamarse amor.
Amor se funda en querer
Lo que quiere quien desea;
Que amor que casto no sea,
Ni es amor ni puede ser.

TELLO. ¿Cómo no?

ELV. ¿Quiéreslo ver?
Anoche, Tello, me viste:
Pues ¡tan presto me quisiste,
Que apenas consideraste
Qué fué lo que deseaste,
Que es en lo que amor consiste!
Nace amor de un gran deseo;
Luego va creciendo amor
Por los pasos del favor
Al fin de su mismo empleo;
Y en tí, segun lo que veo,
No es amor, sino querer
Quitarme á mí todo el ser
Que me dió el cielo en la honra.
Tú procuras mi deshonra,
Y yo me he de defender.

TELLO. Pues hallo en tu entendimiento,
Como en tus brazos, defensa,
Oye un argumento.

ELV. Piensa
Que no ha de haber argumento
Que venza mi firme intento.

TELLO. ¿Dices que no puede ser
Ver, desear y querer?

ELV. Es verdad.

TELLO. Pues dime, ingrata,
¿Cómo el basilisco mata
Con solo llegar á ver?

ELV. Ese es solo un animal.

TELLO. Pues ese fué tu hermosura.

ELV. Mal pruebas lo que procura
Tu ingenio.

TELLO. ¿Yo pruebo mal?

ELV. El basilisco mortal
Mata teniendo intencion
De matar; y es la razon
Tan clara, que mal podia
Matarte, cuando te via
Para ponerte aficion.
Y no traigamos aquí
Más argumentos, Señor.
Soy mujer y tengo amor:
Nada has de alcanzar de mí.

TELLO. ¿Puédese creer que así
Responda una labradora?
Pero confiésame ahora
Que eres necia en ser discreta:
Pues el verte tan perfeta,
Cuanto más, más me enamora.
Y ¡ojalá fueras mi igual!
Mas bien ves que tu bajeza
Afrentara mi nobleza,
Y que pareciera mal
Juntar brocado y sayal.
Sabe Dios si amor me esfuerza
Que mi buen intento tuerza;
Pero ya el mundo trazó
Estas leyes, á quien yo
He de obedecer por fuerza...

ESCENA II.

FELICIANA.—DICHOS.

FELIC. Perdona, hermano, si soy
Más piadosa que quisieras.—
Espera: ¿de qué te alteras?

TELLO. ¿Qué necia estás?

FELIC. Necia estoy;
Pero soy, Tello, mujer,
Y es terrible tu porfía.
Deja que pase algun dia;
Que llegar, ver y vencer
No se entiende con amor,
Aunque César de amor seas.

TELLO. ¿Es posible que tú seas
Mi hermana?

FELIC. ¡Tanto rigor
Con una pobre aldeana! (*Llaman dentro.*)

ELV. Señora, doléos de mí.

FELIC. Tello, si hoy no dijo sí,
Podrá decirlo mañana.
Ten paciencia; que es crueldad
Que los dos no descanseis.
Descansad, y volveréis
A la batalla.

TELLO. ¿Es piedad
Quitarme la vida á mí? (*Llaman.*)

FELIC. Calla; que estás enojado.
Elvira no te ha tratado,
Tiene vergüenza de tí.
Déjala estar unos dias
Contigo en conversacion,
Y conmigo, que es razon.

ELV. Puedan las lágrimas mias
Moveros, noble Señora,
A interceder por mi honor. (*Llaman.*)

FELIC. Sin esto, advierte, Señor,
Que debe de haber un hora
Que están llamando á la puerta
Su viejo padre y su esposo,
Y que es justo y aun forzoso
Que la hallen los dos abierta;
Porque si no entran aquí,
Dirán que tienes á Elvira.

TELLO. Todos me mueven á ira.—
Elvira, escóndete ahí,
Y entren esos dos villanos.

ELV. ¡Gracias á Dios, que me dejas
Descansar!

TELLO. ¿De qué te quejas,
Si me has atado las manos? (*Vase Elvira.*)

FELIC. ¡Hola!

ESCENA III.

CELIO.—DON TELLO, FELICIANA.

CELIO. (*Dentro.*) Señora...

FELIC. Llamad
Esos pobres labradores.—
Trátalos bien, y no ignores (*A don Tello.*)
Que importa á tu calidad.

ESCENA IV.

NUÑO, SANCHO.—DON TELLO, FELICIANA.

NUÑO. Besando el suelo de tu noble casa
(Que de besar tus piés somos indinos),
Venimos á decirte lo que pasa,
Si bien con mal formados desatinos.
Sancho, Señor, que con mi Elvira casa,
De quien los dos habiais de ser padrinos,
Viene á quejarse del mayor agravio
Que referirte puede humano labio.

SANCH. Magnánimo Señor, á quien las frentes
Humillan estos montes coronados
De nieve, que bajando en puras fuentes,
Besan tus piés en estos verdes prados;
Por consejo de Nuño y sus parientes,
En tu valor divino confiados,
Te vine á hablar y te pedí licencia,
Y honraste mi humildad con tu presencia.
Haber estado en esta casa, creo
Que obligue tu valor á la venganza
De caso tan atroz, inorme y feo,
Que á la nobleza de tu nombre alcanza.
Si alguna vez amor algun deseo
Trujo la posesion á tu esperanza,
Y al tiempo de gozarla la perdieras,
Considera, Señor, lo que sintieras.
Yo, solo labrador en la campaña,
Y en el gusto del alma caballero,
Y no tan enseñado á la montaña,
Que alguna vez no juegue el limpio acero,
Oyendo nueva tan feroz y extraña,
No fuí, ni pude, labrador grosero;
Senti el honor con no le haber tocado;
Que quien dijo de sí, ya era casado.
Salí á los campos, y á la luz que excede
A las estrellas, que miraba en vano,
A la luna veloz, que retrocede
Las aguas y las crece el Occano,
«¡Dichosa, dije, tú, que no te puede
Quitar el sol ningun poder humano,
Con subir cada noche donde subes,
Aunque vengan con máscaras las nubes!»
Luego, volviendo á los desiertos prados,
Durmiendo con los álamos de Alcides
Las yedras ví con lazos apretados,
Y con los verdes pámpanos las vides.
«¡Ay! dije, ¿cómo estais tan descuidados?
Y tú, grosero, ¿cómo no divides,
Villano labrador, estos amores,
Cortando ramas y rompiendo flores?»
Todo duerme seguro. Finalmente,
Me robaron, Señor, mi prenda amada,
Y allí me pareció que alguna fuente
Lloró tambien y murmuró turbada.
Llevaba yo ¡cuán lejos de valiente!
Con rota vaina una mohosa espada;
Llegué al árbol mas alto, y á reveses
Y tajos le igualé á las bajas mieses.
No porque el árbol me robase á Elvira,
Mas porque fué tan alto y arrogante,
Que á los demás como á pequeños mira:
Tal es la fuerza de un feroz gigante.

Dicen en el lugar (pero es mentira,
Siendo quien eres tú) que, ciego amante
De mi mujer, autor del robo fuiste,
Y que en tu misma casa la escondiste.—
«¡Villanos! dije yo, tened respeto:
Don Tello, mi señor, es gloria y honra
De la casa de Neira, y en efeto
Es mi padrino y quien mis bodas honra.»
Con esto, tú piadoso, tú discreto,
No sufrirás la tuya y mi deshonra;
Antes harás volver, la espada en puño,
A Sancho su mujer, su hija á Nuño.

TELLO. Pésame gravemente, Sancho amigo,
De tal atrevimiento, y en mi tierra
No quedará el villano sin castigo
Que la ha robado y en su casa encierra.
Solicita tú y sabe qué enemigo,
Con loco amor, con encubierta guerra,
Nos ofende á los dos con tal malicia;
Que, si se sabe, yo... te haré justicia...—
Y á los villanos que de mí murmuran
Haré azotar por tal atrevimiento.—
Idos con Dios.

SANCH. (*Ap. á Nuño.*) Mis celos se aventuran.

NUÑO. Sancho, tente, por Dios.

SANCH. Mi muerte intento.

TELLO. Sabedme por allá los que procuran
Mi deshonor.

SANCH. ¡Extraño pensamiento!

TELLO. Yo no sé dónde está; porque, á sabello,
Os la diera, por vida de don Tello.

ESCENA V.

ELVIRA.—DICHOS.

ELV. Si sabe, esposo; que aquí
Me tiene Tello escondida.

SANCH. ¡Esposa, mi bien, mi vida!

TELLO. ¿Esto has hecho contra mí?

SANCH. ¡Ay, cuál estuve por tí!

NUÑO. ¡Ay, hija! ¡cuál me has tenido!
El juicio tuve perdido.

TELLO. Tenéos, apartáos, villanos.

SANCH. Déjame tocar sus manos;
Mira que soy su marido.

TELLO. ¡Celio, Julio! Hola, criados,
Estos villanos matad.

FELIC. Hermano, ten más piedad;
Mira que no son culpados.

TELLO. Cuando estuvieran casados,
Fuera mucho atrevimiento.

ESCENA VI.

CELIO, JULIO, CRIADOS.—DICHOS.

TELLO. Matadlos.

SANCH. Yo soy contento
De morir y no vivir,
Aunque es tan fuerte el morir.

ELV. Ni vida ni muerte siento.

SANCH. Escucha, Elvira, mi bien;
Yo me dejaré matar.

ELV. Yo ya me sabré guardar
Aunque mil muertes me dén.

TELLO. ¿Es posible que se estén
Requebrando? ¡Hay tal rigor!
¡Ah, Celio, Julio!

JULIO. Señor...

TELLO. Matadlos á palos.

CELIO. Mueran.
(*Los criados echan á palos á Nuño y Sancho.*)

TELLO. (*A Elvira.*) En vano remedio esperan
Tus quejas de mi furor.
Ya pensamiento tenia
De volverte; y tan airado
Estoy en ver que has hablado
Con tan notable osadía,
Que por fuerza has de ser mía,
O no he de ser yo quien fui.

FELIC. Hermano, que estoy aquí.

TELLO. He de forzalla ó matalla.

FELIC. ¿Cómo es posible libralla
De un hombre fuera de sí? (*Vanse.*)

Vista exterior de la quinta de don Tello.

ESCENA VII.

CELIO, JULIO *y criados; luego,* NUÑO Y SANCHO.

JULIO. (*Dentro.*) Así pagan los villanos
Tan grandes atrevimientos.

CELIO. (*Dentro.*) Salgan fuera de Palacio.

CRIADOS. (*Dentro.*) Salgan.
(*Salen huyendo Sancho y Nuño.*)

SANCH. Matadme, escuderos.
¡No tuviera yo una espada!

NUÑO. Hijo, mira que sospecho
Que este hombre te ha de matar,
Atrevido y descompuesto.

SANCH. Pues ¿será bueno vivir?

NUÑO. Mucho se alcanza viviendo.

SANCH. ¡Vive Dios, de no quitarme
De los umbrales que veo,
Aunque me maten! que vida
Sin Elvira no la quiero.

NUÑO. Vive y pedirás justicia;
Que rey tienen estos reinos,
O en grado de apelacion
La podrás pedir al cielo.

ESCENA VIII.

PELAYO.—NUÑO, SANCHO.

PELA. Aquí están.

SANCH. ¿Quién es?

PELA. Pelayo,
Todo lleno de contento,
Que os viene á pedir albricias.

SANCH. ¿Cómo albricias á este tiempo?

PELA. Albricias, digo.

SANCH. ¿De qué,

Pelayo, cuando estoy muerto,
Y Nuño espirando?

PELA. Albricias.

NUÑO. ¿No conoces á este necio?

PELA. Elvira pareció ya.

SANCH. ¡Ay padre! ¡Si la habrán vuelto!
¿Qué dices, Pelayo mio?

PELA. Señor, dice todo el pueblo,
Que desde anoche á las doce
Está en casa de don Tello...

SANCH. Maldito seas, amén.

PELA. Y que tienen por muy cierto
Que no la quiere volver.

NUÑO. Hijo, vamos al remedio.
El rey de Castilla, Alfonso,
Por sus valerosos hechos,
Reside ahora en Leon.
Pues es recto y justiciero,
Parte allá, y informaráste
Deste agravio; que sospecho
Que nos ha de hacer justicia.

SANCH. ¡Ay Nuño! tengo por cierto
Que el rey de Castilla Alfonso
Es un príncipe perfeto;
Mas ¿por dónde quieres que éntre
Un labrador tan grosero?
¿Qué corredor de palacio
Osará mi atrevimiento
Pisar? ¿Qué portero, Nuño,
Permitirá que éntre dentro?
Allí, á la tela, al brocado,
Al grave acompañamiento
Abren las puertas; y tienen
Razon, que yo lo confieso;
Pero á la pobreza, Nuño,
Solo dejan los porteros
Que mire las puertas y armas,
Y esto ha de ser desde lejos.
Iré á Leon y entraré
En palacio, y verás luego
Cómo imprimen en mis hombros
De las cuchillas los cuentos.
Pues ¡andar con memoriales,
Que tome el Rey! ¡Santo y bueno!
Haz cuenta que de sus manos,
En el olvido cayeron.
Volverémo habiendo visto
Las damas y caballeros,
La iglesia, el palacio, el parque,
Los edificios; y pienso
Que traeré de allá mal gusto
Para vivir entre tejos,
Robles y encinas, adonde
Canta el ave y ladra el perro.—
No, Nuño, no aciertas bien.

NUÑO. Sancho, yo sé bien si acierto.
Véte á hablar al rey Alfonso;
Que si aquí te quedas, pienso
Que te han de quitar la vida.

SANCH. Pues eso, Nuño, deseo.

NUÑO. Yo tengo un rocin castaño,
Que apostará con el viento
Sus crines contra sus alas,
Sus clavos contra su freno.
Parte en él, y irá Pelayo
En aquel pequeño overo
Que suele llevar al campo.

SANCH. Por tu gusto te obedezco.—
Pelayo, ¿irás tú conmigo
A la corte?

PELA. Y tan contento
De ver lo que nunca he visto,
Sancho, que los piés te beso.
Dícenme acá, de la corte,
Que con huevos y torreznos
Empiedran todas las calles,
Y tratan los forasteros
Como si fueran de Italia,
De Flandes ó de Marruecos.
Dicen que es una talega
Donde juntan los trebejos
Para jugar la fortuna,
Tantos blancos como negros.
Vamos por Dios á la corte.

SANCH. Padre, adios, partirme quiero.
Échame tu bendicion.

NUÑO. Hijo, pues eres discreto,
Habla con ánimo al Rey.

SANCH. Tú sabrás mi atrevimiento.
Partamos.

NUÑO. Adios, mi Sancho.

SANCH. ¡Adios, Elvira!

PELA. Adios, puercos. (*Vanse.*)

Sala en la quinta de don Tello.

ESCENA IX.

DON TELLO, FELICIANA.

TELLO. ¿Que no pueda conquistar
Desta mujer la belleza?

FELIC. Tello, no hay que porfiar;
Porque es tanta su tristeza,
Que no deja de llorar.
Si en esa torre la tienes,
¿Es posible que no vienes
A considerar mejor
Que, aunque te tuviera amor,
Te habia de dar desdenes?
Si la tratas con crueldad,
¿Cómo ha de quererte bien?
Advierte que es necedad
Tratar con rigor á quien
Se llega á pedir piedad.

TELLO. ¡Que sea tan desgraciado,
Que me vea despreciado,
Siendo aquí el más poderoso,
El más rico y dadivoso!

FELIC. No te dé tanto cuidado,
Ni estés por una villana
Tan perdido.

TELLO. ¡Ay Feliciana!
Que no sabes qué es amor,
Ni has probado su rigor.

FELIC. Ten paciencia hasta mañana;
Que yo la tengo de hablar,

A ver si puedo ablandar
Esta mujer.

TELLO. Considera
Que no es mujer, sino fiera,
Pues me hace tanto penar.
Prométele plata y oro,
Joyas y cuanto quisieres:
Di que le daré un tesoro;
Que á dádivas las mujeres
Suelen guardar más decoro.
Di que la regalaré,
Y dile que le daré
Un vestido tan galan,
Que gaste el oro á Milan
Desde su cabello al pié.
Que si remedia mi mal,
Le daré hacienda y ganado,
Y que si fuera mi igual...

FELIC. ¿Posible es que diga tal?

TELLO. Si, hermana; que estoy de suerte
Que me tengo de dar muerte,
O la tengo de gozar,
Y de una vez acabar
Con dolor tan grave y fuerte.

FELIC. Voy á hablarle, aunque es en vano.

TELLO. ¿Por qué?

FELIC. Porque una mujer
Que es honrada, es caso llano
Que no la podrá vencer
Ningun interés humano.

TELLO. Vé presto, y da á mi esperanza
Alivio; que si no alcanza
Mi fé lo que ha pretendido,
El amor que le he tenido
Se ha de trocar en venganza. (*Vanse.*)

Salon en el palacio del Rey en Leon.

ESCENA X.

EL REY DON ALFONSO VII, EL CONDE DON PEDRO, DON ENRIQUE, ACOMPAÑAMIENTO.

REY. Mientras que se apercibe
Mi partida á Toledo, y me responde
El de Aragon, que vive
Ahora en Zaragoza, sabed, Conde,
Si están ya despachados
Todos los pretendientes y soldados;
Y mirad si hay alguno
Tambien que quiera hablarme.

CONDE. No ha quedado
Por despachar ninguno.

ENRI. Un labrador gallego he visto echado
A la puerta, y bien triste.

REY. Pues ¿quién á ningun pobre la resiste?
Id, Enrique de Lara,
Y traedle vos mismo á mi presencia.
(*Vase Don Enrique.*)

CONDE. ¡Virtud heróica y rara!
¡Compasiva piedad, suma clemencia!
¡Oh ejemplo de los reyes,
Divina observacion de santas leyes!

ESCENA XI.

DON ENRIQUE, SANCHO, PELAYO.—EL REY, EL CONDE, ACOMPAÑAMIENTO.

ENRI. Dejad las azagayas,

SANCH. A la pared, Pelayo, las arrima.

PELA. Con pié derecho vayas.

SANCH. ¿Cuál es el Rey, señor?

ENRI. Aquel que arrima
La mano agora al pecho.

SANCH. Bien puede, de sus obras satisfecho.—
Pelayo, no te asombres.

PELA. Mucho tienen los reyes del invierno,
Que hacen temblar los hombres.

SANCH. Señor...

REY. Habla, sosiega.

SANCH. Que el gobierno
De España agora tienes...

REY. Dime quién eres y de dónde vienes.

SANCH. Dame á besar tu mano,
Porque ennobleza mi grosera boca,
Príncipe soberano;
Que si mis labios, aunque indignos toca,
Yo quedaré discreto.

REY. ¡Con lágrimas la bañas! ¿A qué efeto?

ANCH. Mal hicieron mis ojos;
Mas propuso la boca su querella,
Y quieren darle enojos,
Para que, puesta vuestra mano en ella,
Diera justo castigo
A un hombre poderoso mi enemigo.

REY. Esfuérzate y no llores;
Que aunque en mi la piedad es muy propia
Para que no lo ignores, [cia,
Tambien doy atributo á la justicia.
Di quién te hizo agravio;
Que quien al pobre ofende, nunca es sabio.

SANCH. Son niños los agravios,
Y son padres los reyes: no te espantes
Que hagan con los labios,
En viéndolos, pucheros semejantes.

REY. (*Ap.*) Discreto me parece.
Primero que se queja, me enternece.

SANCH. Señor, yo soy hidalgo,
Si bien pobre: (mudanzas de fortuna,
Porque con ellas salgo
Desde el calor de mi primera cuna.)
Con este pensamiento,
Quise mi igual en justo casamiento;
Mas, como siempre yerra
Quien de su justa obligacion se olvida,
Al señor de la tierra,
Que don Tello de Neira se apellida,
Con más llaneza que arte,
Pidiéndole licencia, le di parte.
Liberal la concede,
Y en las bodas me sirve de padrino;
Mas el amor, que puede
Obligar al más cuerdo á un desatino,
Le ciega, y enamora,
Señor, de mi querida labradora.
No deja desposarme,
Y aquella noche con armada gente

La roba, sin dejarme
Vida que viva, proteccion que intente,
Fuera de vos y el cielo,
A cuyo tribunal sagrado apelo;
Que, habiéndola pedido
Con lágrimas su padre y yo, tan fiero,
Señor, ha respondido,
Que vieron nuestros pechos el acero;
Y siendo hidalgos nobles,
Nuestros hombros las ramas de los robles.

REY. Conde...

CONDE. Señor...

REY. Al punto
Tinta y papel. Llegadme aquí una silla.
(*Siéntase el Rey y escribe.*)

CONDE. Aquí está todo junto.

SANCH. (*Ap.* Su gran valor espanta y maravilla.)
Al Rey hablé, Pelayo. (*Ap. á él.*)

PELA. Él es hombre de bien, ¡voto á mi sayo!

SANCH. ¿Qué entrañas hay crueles
Para el pobre?

PELA. Los reyes castellanos
Deben de ser angéles. (*a*)

SANCH. ¿Vestidos no los ves como hombres llanos?

PELA. De otra manera habia,
Un rey que Tello en un tapiz tenia,
La cara abigarrada
Y la calza caida á media pierna,
Y en la mano una vara
Y un tocado á manera de linterna,
Con su corona de oro,
Y un barboquejo como turco ó moro.
Yo preguntéle á un paje
Quién era aquel señor de tanta fama,
Que me admiraba el traje;
Y respondióme: «El rey Baul se llama.»

SANCH. ¡Necio! Saul diria.

PELA. Baul, cuando á Badil matar queria.

SANCH. David su yerno era.

PELA. Si; que en la iglesia predicaba el Cura
Que le dió en la mollera
Con una de Moisen lágrima dura
Al gigante que olia.

SANCH. Golias, bestia.

PELA. El Cura lo decia.

REY. Conde, esa carta cerrad.—
¿Cómo es tu nombre, buen hombre?

SANCH. Sancho, Señor, es mi nombre,
Que á los piés de tu piedad
Pido justicia de quien,
En su poder confiado,
A mi mujer me ha quitado,
Y me quitara tambien
La vida si no me huyera.

REY. ¿Qué es hombre tan poderoso
En Galicia?

SANCH. Es tan famoso,
Que desde aquella ribera
Hasta la romana torre
De Hércules es respetado:
Si está con un hombre airado,
Solo el cielo le socorre.

(*a*) *Angéles*, por *ángeles*. Licencia justificada por ser Pelayo el que habla.

Él pone y él quita leyes;
Que estas son las condiciones
De soberbios infanzones
Que están lejos de los reyes.

CONDE. La carta está ya cerrada.

REY. Sobrescribidla á don Tello
De Neira.

SANCH. Del mismo cuello
Me quitas, Señor, la espada.

REY. Esa carta le darás,
Con que te dará tu esposa.

SANCH. De tu mano generosa
¿Hay favor que llegue á más?

REY. ¿Veniste á pié?

SANCH. No, Señor;
Que en dos rocines venimos
Pelayo y yo.

PELA. Y los corrimos
Como el viento, y aun mijor.
Verdad es que tiene el mio
Unas mañas no muy buenas:
Déjase subir apenas,
Échase en arena ó rio,
Corre como un maldiciente,
Come más que un estudiante,
Y en viendo un meson delante,
O se entra ó se pára enfrente.

REY. Buen hombre sois.

PELA. Soy, en fin,
Quien por vos su patria deja.

REY. ¿Teneis vos alguna queja?

PELA. Si, Señor, deste rocin.

REY. Digo, que os cause cuidado.

PELA. Hambre tengo: si hay cocina
Por acá...

REY. ¿Nada os inclina
De cuanto aquí veis colgado,
Que á vuestra casa lleveis?

PELA. No hay allá donde ponello:
Enviádselo á don Tello,
Que tien desto cuatro ó seis.

REY. ¡Qué gracioso labrador!
¿Qué sois allá en vuestra tierra?

PELA. Señor, ando por la sierra:
Cochero soy del Señor.

REY. ¿Coches hay allá?

PELA. ¿Qué? no;
Soy quien guardo los cochinos.

REY. (*Ap.* ¡Qué dos hombres peregrinos
Aquella tierra juntó;
Aquel con tal discrecion,
Y este con tanta ignorancia!)
Tomad vos. (*Dale un bolsillo.*)

PELA. No es de importancia.

REY. Tomadlos, doblones son.—
Y vos la carta tomad, (*A Sancho.*)
Y id en buen hora.

SANCH. Los cielos
Te guarden.
(*Vanse el Rey, el Conde, don Enrique y el acompañamiento.*)

PELA. ¡Hola!—Tomélos.

SANCH. ¿Dineros?

PELA. Y en cantidad.

SANCH. ¡Ay, mi Elvira! Mi ventura
Se cifra en este papel;
Que pienso que llevo en él
Libranza de tu hermosura. (*Vanse.*)

Sala en la quinta de don Tello.

ESCENA XII.

DON TELLO, CELIO.

CELIO. Como me mandaste, fuí
A saber de aquel villano,
Y aunque lo negaba Nuño,
Me lo dijo amenazado.
No está en el valle; que há dias
Que anda ausente.
TELLO. ¡Extraño caso!
CELIO. Dice que es ido á Leon.
TELLO. ¡A Leon!
CELIO. Y que Pelayo
Le acompañaba.
TELLO. ¿A qué efeto?
CELIO. A hablar al Rey.
TELLO. ¿En qué caso?
Él no es de Elvira marido,
Para que yo le haga agravio.
Cuando se quejara Nuño,
Estuviera disculpado;
Pero ¡Sancho!
CELIO. Esto me han dicho
Pastores de tus ganados;
Y como el mozo es discreto,
Y tiene amor, no me espanto,
Señor, que se haya atrevido.
TELLO. Y ¿no habrá más de, en llegando,
Hablar á un rey de Castilla?
CELIO. Como Alfonso se ha criado
En Galicia con el conde
Don Pedro de Andrada y Castro,
No le negará la puerta,
Por más que sea hombre bajo,
A ningun gallego. (*Llaman dentro.*)
TELLO. Celio,
Mira quién está llamando.
¿No hay pajes en esta sala?
CELIO. ¡Vive Dios, Señor, que es Sancho,
Este mismo labrador
De quien estamos hablando!
TELLO. ¡Hay mayor atrevimiento!
CELIO. Así vivas muchos años,
Que veas lo que te quiere.
TELLO. Di que éntre; que aquí le aguardo.

ESCENA XIII.

SANCHO, PELAYO.—DICHOS.

SANCH. Dame, gran Señor, los piés.
TELLO. ¿Adónde, Sancho, has estado,
Que há dias que no te he visto?
SANCH. A mí me parecen años.
Señor, viendo que tenias
Esa porfia en que has dado,
O sea amor á mi Elvira,
Fuí á hablar al rey castellano,
Como supremo juez
Para deshacer agravios.
TELLO. Pues ¿qué dijiste de mí?
SANCH. Que habiéndome yo casado,
Me quitaste mi mujer.
TELLO. ¡Tu mujer! Mientes, villano.
¿Entró el Cura aquella noche?
SANCH. No, Señor; pero de entrambos
Sabia las voluntades.
TELLO. Si nunca os tomó las manos,
¿Cómo puede ser que sea
Matrimonio?
SANCH. Yo no trato
De si es matrimonio ó no.
Aquesta carta me ha dado,
Toda escrita de su letra.
TELLO. De cólera estoy temblando.
(*Lee.*) «En recibiendo esta, dareis á
»ese pobre labrador la mujer que le
»habeis quitado, sin réplica ninguna; y
»advertid que los buenos vasallos se
»conocen lejos de los reyes, y que los
»reyes nunca están lejos para castigar á
»los malos.—*El Rey.*»
Hombre, ¿qué has traido aquí?
SANCH. Señor, esa carta traigo
Que me dió el Rey.
TELLO. ¡Vive Dios,
Que de mi piedad me espanto!
¿Piensas, villano, que temo
Tu atrevimiento en mi daño?
¿Sabes quién soy?
SANCH. Sí, Señor;
Y en tu valor confiado,
Traigo esa carta, que fué,
No, cual piensas, en tu agravio,
Sino carta de favor
Del señor rey castellano,
Para que me dés mi esposa.
TELLO. Advierte que, respetando
La carta, á tí y al que viene
Contigo...
PELA. ¡San Blas! San Pablo!
TELLO. No os cuelgo de dos almenas.
PELA. Sin ser dia de mi santo,
Es muy bellaca señal.
TELLO. Salid luego de palacio,
Y no parezcais en mi tierra;
Que os haré matar á palos.
Picaros, villanos, gente
De solar humilde y bajo,
¡Conmigo!...
PELA. Tiene razon;
Que es mal hecho haberle dado
Ahora esta pesadumbre.
TELLO. Villano, si os he quitado
Esa mujer, soy quien soy,
Y aquí reino en lo que mando,
Como el rey en su Castilla;
Que no deben mis pasados
A los suyos esta tierra;

Que á los moros la ganaron.
PELA. Ganáronsela á los moros,
Y tambien á los cristianos,
Y no debe nada al Rey.
TELLO. Yo soy quien soy...
PELA. (*Ap.*) ¡San Macario!
TELLO. Y por aquesto no tomo
Venganza con propias manos.
¡Dar á Elvira! ¡Qué es á Elvira!—
¡Matadlos!... Pero, dejadlos;
Que en villanos es afrenta
Manchar el acero hidalgo.
PELA. No le manche, por su vida.
(*Vanse don Tello y Celio.*)

ESCENA XIV.

SANCHO, PELAYO.

SANCH. ¿Qué te parece?
PELA. Que estamos
Desterrados de Galicia.
SANCH. Pierdo el seso, imaginando
Que este no obedezca al Rey
Por tener cuatro vasallos.
Pues ¡vive Dios!...
PELA. Sancho, tente;
Que siempre es consejo sabio,
Ni pleitos con poderosos,
Ni amistades con criados.
SANCH. Volvámonos á Leon.
PELA. Aquí los doblones traigo
Que me dió el Rey: vamos luego.
SANCH. Dirélo lo que ha pasado.
¡Ay, mi Elvira! ¡Quién te viera!
Salid, suspiros, y en tanto
Que vuelvo, decid que muero
De amores.
PELA. Camina, Sancho;
Que este no ha gozado á Elvira.
SANCH. ¿De qué lo sabes, Pelayo?
PELA. De que nos la hubiera vuelto,
Cuando la hubiera gozado. (*Vanse.*)

ACTO TERCERO.

Salon del palacio del Rey.

ESCENA PRIMERA.

EL REY, EL CONDE, DON ENRIQUE.

REY. El cielo sabe, Conde, cuánto estimo
Las amistades de mi madre.
CONDE. Estimo
Esas razones, gran Señor; que en todo
Muestras valor divino y soberano.
REY. Mi madre gravemente me ha ofendido;
Mas considero que mi madre ha sido (*a*).

(*a*) Deben de faltar versos: no se pondria Lope á escribir endecasílabos para hacer solo estos seis.—*Hartzenbusch.*

ESCENA II.

SANCHO, PELAYO.—DICHOS.

PELA. (*Ap. á Sancho.*) Digo que puedes llegar.
SANCH. Ya, Pelayo, viendo estoy
A quien toda el alma doy,
Que no tengo más que dar:
Aquel castellano sol,
Aquel piadoso Trajano,
Aquel Alcides cristiano
Y aquel César español.
PELA. Yo que no entiendo de historias
De Cides, son (*b*) de marranos,
Estó mirando en sus manos,
Más que tien rayas, vitorias.
Llega y á sus piés te humilla,
Besa aquella fuerte mano.
SANCH. Emperador soberano,
Invicto rey de Castilla,
Déjame besar el suelo
De tus piés, que por almohada
Han de tener á Granada
Presto con favor del cielo,
Y por alfombra á Sevilla,
Sirviéndoles de colores
Las naves y varias flores
De su siempre hermosa orilla.
¿Conócesme?
REY. Pienso que eres
Un gallego labrador
Que aquí me pidió favor.
SANCH. Yo soy, Señor.
REY. No te alteres.
SANCH. Señor, mucho me ha pesado
De volver tan atrevido
A darte enojos; no ha sido
Posible haberlo excusado.
Pero si yo soy villano
En la porfia, Señor,
Tú serás emperador,
Tú serás César romano,
Para perdonar á quien
Pide á tu clemencia real
Justicia.
REY. Dime tu mal,
Y advierte que te oigo bien;
Porque el pobre para mí
Tiene cartas de favor.
SANCH. La tuya, invicto Señor,
Á Tello en Galicia dí,
Para que, como era justo,
Me diese mi prenda amada.
Leida y no respetada,
Causóle mortal disgusto;
Y no solo no volvió,
Señor, la prenda que digo,
Pero con nuevo castigo
El porte della me dió;
Que á mí y á este labrador
Nos trataron de tal suerte,
Que fué escapar de la muerte
Dicha y milagro, Señor.

(*b*) Sino.

Hice algunas diligencias,
Por no volver á cansarte;
Pero ninguna fué parte
A mover sus resistencias.
Hablóle el Cura, que allí
Tiene mucha autoridad,
Y un santo y bendito abad
Que tuvo piedad de mí,
Y en San Pelayo de Sámos
Reside; pero mover
Su pecho no pudo ser,
Ni todos juntos bastamos.
No me dejó que la viera,
Que aun eso me consolara;
Y así, vine á ver tu cara,
Y á que justicia me hiciera
La imágen de Dios, que en ella
Resplandece, pues la imita.

REY. Carta de mi mano escrita...
—¿Mas que debió de rompella?

SANCH. Aunque por moverte á ira
Dijera que si algun sabio,
No quiera Dios que mi agravio
Te indigne con la mentira.
Leyóla y no la rompió;
Más miento, que fué rompella
Leella y no hacer por ella
Lo que su rey le mandó.
En una tabla su ley
Escribió Dios: ¿no es quebrar
La tabla el no la guardar?
Así es mandato de Rey;
Porque para que se crea
Que es igual (a), se entiende así;
Que lo que se rompe allí,
Basta que el respeto sea.

REY. No es posible que no tengas
Buena sangre, aunque te afligen
Trabajos, y que de origen
De nobles personas vengas,
Como muestra tu buen modo
De hablar y de proceder.
Ahora bien, yo he de poner
De una vez remedio en todo.—
Conde...

CONDE. Gran Señor...

REY. Enrique...

ENRI. Señor...

REY. Yo he de ir á Galicia;
Que me importa hacer justicia...
—Y aquesto no se publique.

CONDE. Señor...

REY. ¿Qué me replicais?
Poned del Parque á las puertas
Las postas.

CONDE. Pienso que abiertas
Al vulgo se las dejais.

REY. Pues ¿cómo lo han de saber,
Si enfermo dicen que estoy
Los de mi cámara?

ENRI. Soy
De contrario parecer.

REY. Esta es ya resolucion.

(a) *Infiel*, dice en otras.

No me repliqueis.

CONDE. Pues sea
De aquí á dos dias, y vea
Castilla la prevencion
De vuestra melancolía.

REY. Labradores...

SANCH. Gran Señor...

REY. Ofendido del rigor,
De la violencia y porfía
De don Tello, yo en persona
Le tengo de castigar.

SANCH. ¡Vos, Señor! Sería humillar
Al suelo vuestra corona.

REY. (*A Sancho.*) Id delante, y prevenid
De vuestro suegro la casa,
Sin decirle lo que pasa,
Ni á hombre humano, y advertid
Que esto es pena de la vida.

SANCH. Pues ¿quién ha de hablar, Señor?

REY. (*A Pelayo.*) Escuchad vos, labrador.
Aunque todo el mundo os pida
Que digais quién soy, decid
Que un hidalgo castellano,
Puesta en la boca la mano
Desta manera... advertid...
Porque no habeis de quitar
De los labiós los dos dedos.

PELA. Señor, los tendré tan quedos,
Que no osaré hostezar.
Pero su merced, mirando
Con piedad mi suficiencia,
Me ha de dar una licencia
De comer de cuando en cuando.

REY. No se entiende que has de estar
Siempre la mano en la boca.

SANCH. Señor, mirad que no os toca
Tanto mi bajeza honrar.
Enviad, que es justa ley,
Para que haga justicia,
Algun alcalde á Galicia.

REY. *El mejor alcalde, el Rey.* (*Vanse.*)

Vista exterior de la quinta de don Tello.

ESCENA III.

NUÑO, CELIO.

NUÑO. En fin, ¿que podré verla?

CELIO. Podreis verla:
Don Tello, mi señor, licencia ha dado.

NUÑO. ¿Qué importa, cuando soy tan desdichado?

CELIO. No teneis qué temer; que ella resisto
Con gallardo valor y valentía
De mujer, que es mayor cuando porfía.

NUÑO. Y ¿podré yo creer que honor mantiene
Mujer que en su poder un hombre tiene?

CELIO. Pues es tanta verdad, que si quisiera
Elvira que su esposo Celio fuera,
Tan seguro con ella me casara
Como si en vuestra casa la tuviera.

NUÑO. ¿Cuál decís que es la reja?

CELIO. Hácia esta parte
De la torre se mira una ventana,
Donde se ha de poner, como me ha dicho.

NUÑO. Parece que allí veo un blanco bulto,
Si bien ya con la edad lo dificulto.

CELIO. Llegad, que yo me voy; porque si os viere,
No me vean á mí, que lo he trazado,
De vuestro justo amor importunado.
(*Vase.*)

ESCENA IV.

ELVIRA, *á una reja de una torre.*—NUÑO.

NUÑO. ¿Eres tú, mi desdichada
Hija?

ELV. ¿Quién, sino yo, fuera?

NUÑO. Ya no pensé que te viera,
No por presa y encerrada,
Sino porque deshonrada
Te juzgué siempre en mi idea;
Y es cosa tan torpe y fea
La deshonra en el honrado,
Que aun á mí, que el ser te he dado,
Me obliga á que no te vea.
¡Bien el honor heredado
De tus pasados guardaste,
Pues que tan presto quebraste
Su cristal tan estimado!
Quien tan mala cuenta ha dado
De sí, padre no me llame;
Porque hija tan infame
(Y no es mucho que esto diga)
Solamente á un padre obliga
A que su sangre derrame.

ELV. Padre, si en desdichas tales
Y en tan continuos desvelos,
Los que han de dar los consuelos
Vienen á aumentar los males,
Los mios serán iguales
A la desdicha en que estoy;
Porque si tu hija soy,
Y el ser que tengo me has dado,
Es fuerza haber heredado
La nobleza que te doy.
Verdad es que este tirano
Ha procurado vencerme;
Yo he sabido defenderme
Con un valor más que humano;
Y puedes estar ufano
De que he de perder la vida
Primero que este homicida
Llegue á triunfar de mi honor,
Aunque con tanto rigor
Aquí me tiene escondida.

NUÑO. Ya del extremo celoso,
Hija, el corazon ensancho.

ELV. ¿Qué se ha hecho el pobre Sancho,
Que solia ser mi esposo?

NUÑO. Volvió á ver á aquel famoso
Alfonso, rey de Castilla.

ELV. Luego ¿no ha estado en la villa?

NUÑO. Hoy esperándole estoy.

ELV. Y yo que le maten hoy.

NUÑO. Tal crueldad me maravilla.

ELV. Jura de hacerle pedazos.

NUÑO. Sancho se sabrá guardar.

ELV. ¡Oh, quién se pudiera echar
De aquesta torre á tus brazos!

NUÑO. Desde aquí con mil abrazos
Te quisiera recibir.

ELV. Padre, yo me quiero ir;
Que me buscan: padre, adios.

NUÑO. No nos veremos los dos;
Que yo me voy á morir.
(*Éntrase Elvira.*)

ESCENA V.

DON TELLO.—NUÑO.

TELLO. ¿Qué es esto? ¿Con quién hablais?

NUÑO. Señor, á estas piedras digo
Mi dolor, y ellas conmigo
Si entren cuán mal me tratais;
Que, aunque vos las imitais
En dureza, mi desvelo
Huye siempre del consuelo,
Que anda á buscar mi tristeza;
Y aunque es tanta su dureza,
Piedad les ha dado el cielo.

TELLO. Aunque más formeis, villanos,
Quejas, llantos é invenciones,
La causa de mis pasiones
No ha de salir de mis manos.
Vosotros sois los tiranos,
Que no la quereis rogar
Que dé á mi intento lugar;
Que yo, que la adoro y quiero,
¿Cómo puede ser, si muero,
Que pueda á Elvira matar?
¿Qué señora presumis
Que es Elvira? ¿Es más agora
De una pobre labradora?
Todos del campo vivis;
Mas pienso que bien decis,
Mirando la sujecion
Del humano corazon;
Que no hay mayor señorío
Que pocos años y brío,
Hermosura y discrecion.

NUÑO. Señor, vos decis muy bien.
El cielo os guarde.

TELLO. Sí hará,
Y á vosotros os dará
El justo pago tambien.

NUÑO. (*Ap.*) ¡Que sufra el mundo que estén
Sus leyes en tal lugar,
Que el pobre al rico ha de dar
Su honor, y decir que es justo!
Mas tiene por ley su gusto
Y poder para matar. (*Vase.*)

TELLO. Celio...

ESCENA VI.

CELIO.—DON TELLO.

CELIO. Señor...

TELLO. Lleva luego
Donde te he mandado á Elvira.
CELIO. Señor, lo que intentas mira.
TELLO. No mira quien está ciego.
CELIO. Que repares bien te ruego;
Que forzalla es crueldad.
TELLO. Tuviera de mi piedad,
Celio, y yo no la forzara.
CELIO. Estimo por cosa rara
Su defensa y castidad.
TELLO. No repliques á mi gusto
¡Pesar de mi sufrimiento!
Que ya es bajo pensamiento
El sufrir tanto disgusto.
Tarquino tuvo por gusto
No esperar tan sola un hora,
Y cuando vino la aurora
Ya cesaban sus porfías;
Pues ¿os bien que tantos dias
Espere á una labradora?
CELIO. Y ¿esperarás tú tambien
Que te dén castigo igual?
Tomar ejemplo del mal
No es justo, sino del bien.
TELLO. Mal ó bien, hoy su desden,
Celio, ha de quedar vencido.
Ya es tema, si amor ha sido;
Que aunque Elvira no es Tamar,
A ella le ha de pesar,
Y á mi vengarme no olvido. (*Vase.*)

Sala en casa de Nuño.

ESCENA VII.

SANCHO, PELAYO, JUANA.

JUANA. Los dos seais bien venidos.
SANCH. No sé cómo lo seremos;
Pero bien sucederá,
Juana, si lo quiere el cielo.
PELA. Si lo quiere el cielo, Juana,
Sucederá por lo menos...
—Quelabremos! legado á casa,..—
Y pues que tienen sus pensos
Los rocines, no es razon
Que envidia tengamos dellos.
JUANA. ¿Ya nos vienes á matar?
SANCH. ¿Dónde está, Señor?
JUANA. Yo creo
Que es ido á hablar con Elvira.
SANCH. Pues ¿déjala hablar don Tello?
JUANA. Allá por una ventana
De una torre, dijo Celio.
SANCH. ¿En torre está todavía?
PELA. No importa; que vendrá presto
Quien le haga...
SANCH. Advierte, Pelayo...
PELA. (*Ap.*) Olvidéme de los dedos.
JUANA. Nuño viene.

ESCENA VIII.

NUÑO.—DICHOS.

SANCH. ¡Señor mio!...
NUÑO. Hijo, ¿cómo vienes?
SANCH. Vengo
Más contento á tu servicio.
NUÑO. ¿De qué vienes más contento.
SANCH. Traigo un gran pesquisidor.
PELA. Un pesquisidor traemos,
Que tiene...
SANCH. Advierte, Pelayo...
PELA. (*Ap.*) Olvidéme de los dedos.
NUÑO. ¿Viene gran gente con él?
SANCH. Dos hombres.
NUÑO. Pues yo te ruego,
Hijo, que no intentes nada;
Que será vano tu intento;
Que un poderoso en su tierra,
Con armas, gente y dinero,
O ha de torcer la justicia,
O alguna noche durmiendo,
Matarnos en nuestra casa.
PELA. ¿Matar? ¡Oh qué bueno es eso!
¿Nunca habeis jugado al triunfo?
Haced cuenta que don Tello
Ha metido la malilla;
Pues la espadilla traemos.
SANCH. Pelayo, ¿no teneis juicio?
PELA. (*Ap.*) Olvidéme de los dedos.
SANCH. Lo que habeis de hacer, Señor,
Es prevenir aposento,
Porque es hombre muy honrado.
PELA. Y tan honrado, que puedo
Decir...
SANCH. ¡Vive Dios, villano!...
PELA. (*Ap.* Olvidéme de los dedos.)
Que no hablaré más palabra.
NUÑO. Hijo, descansa; que pienso
Que te ha de costar la vida
Tu amoroso pensamiento.
SANCH. Antes voy á ver la torre
Donde mi Elvira se ha puesto;
Que como el sol deja sombra,
Podrá ser que de su cuerpo
Haya quedado en la reja;
Y si, como el sol traspuesto,
No la ha dejado, yo sé
Que podrá formarla luego
Mi propia imaginacion. (*Vase.*)

ESCENA IX.

NUÑO, PELAYO, JUANA.

NUÑO. ¡Qué extraño amor!
JUANA. Yo no creo
Que se haya visto en el mundo.
NUÑO. Ven acá, Pelayo.
PELA. Tengo
Qué decir á la cocina.
NUÑO. Ven acá, pues.
PELA. Luego vuelvo.

NUÑO. Ven acá.
PELA. ¿Qué es lo que quiere?
NUÑO. ¿Quién es ese caballero
Pesquisidor que trae Sancho?
PELA. El pescador que traemos,
Es un... (*Ap.* Dios me tenga en buenas.)
Es un hombre de buen seso,
Descolorido, encendido,
Alto, pequeño de cuerpo,
La boca por donde come,
Barbirubio y barbinegro;
Y si no lo miré mal,
Es médico ó quiere serlo;
Porque, en mandando que sangren,
Aunque sea del pescuezo...
NUÑO. ¿Hay bestia como este, Juana?

ESCENA X.

BRITO.—DICHOS.

BRITO. Señor Nuño, corra presto,
Porque á la puerta de casa
Se apean tres caballeros
De tres hermosos caballos,
Con lindos vestidos nuevos,
Botas, espuelas y plumas.
NUÑO. ¡Válgame Dios, si son ellos!
Mas ¡pesquisidor con plumas!
PELA. Señor, vendrán más ligeros;
Porque la recta justicia,
Cuando no atiende á cohechos,
Tan presto al concejo vuelve,
Como sale del concejo.
NUÑO. ¿Quién le ha enseñado á la bestia
Esas malicias?
PELA. ¿No vengo
De la corte? ¿Qué se espanta?

ESCENA XI.

EL REY, EL CONDE Y DON ENRIQUE, *de camino*; SANCHO.—DICHOS.

SANCH. Puesto que os vi desde lejos,
Os conocí.
REY. Cuenta, Sancho, (*Ap. á él.*)
Que aquí no han de conocernos.
NUÑO. Seais, Señor, bien venido.
REY. ¿Quién sois?
SANCH. Es Nuño, mi suegro.
REY. Esteis en buen hora, Nuño.
NUÑO. Mil veces los piés os beso.
REY. Avisad los labradores
Que no digan á don Tello
Que viene pesquisidor.
NUÑO. Cerrados pienso tenerlos
Para que ninguno salga.
(*Sancho habla á Brito y á Juana, que se van.*)
Pero, Señor, tengo miedo
Que traigais dos hombres solos;
Que no hay en todo este reino
Más poderoso señor,
Más rico ni más soberbio.
REY. Nuño, la vara del Rey
Hace el oficio del trueno,
Que avisa que viene el rayo:
Solo, como veis, pretendo
Hacer por el Rey justicia.
NUÑO. En vuestra presencia veo
Tan magnánimo valor,
Que, siendo agraviado, tiemblo.
REY. La informacion quiero hacer.
NUÑO. Descansad, Señor, primero;
Que tiempo os sobra de hacella.
REY. Nunca á mí me sobra tiempo.—
¿Llegastes bueno, Pelayo?
PELA. Sí, Señor, llegué muy bueno.
Sepa vuesa señoría...
REY. ¿Qué os dije?
PELA. Póngome el freno.
¿Viene bueno su merced?
REY. Gracias á Dios, bueno vengo.
PELA. A fe que he de presentalle,
Si salimos con el pleito,
Un puerco de su tamaño.
SANCH. Calla, bestia.
PELA. Pues sea puerco
Como yo, que soy chiquito.
REY. Llamad esa gente presto.
(*Pelayo se llega á la puerta y llama.*)

ESCENA XII.

BRITO, FILENO; JUANA, LEONOR.—EL REY, EL CONDE, DON ENRIQUE, NUÑO, SANCHO, PELAYO.

BRITO. ¿Qué es, Señor, lo que mandais?
NUÑO. Si de los valles y cerros
Han de venir los zagales,
Esperareis mucho tiempo.
REY. Estos bastan que hay aquí:
¿Quién sois vos?
BRITO. Yo, Señor bueno,
Só Brito, un zagal del campo.
PELA. De casado le cogieron
El principio, y ya es cabrito.
REY. ¿Qué sabeis vos de don Tello
Y del suceso de Elvira?
BRITO. La noche del casamiento
La llevaron unos hombres
Que aquestas puertas rompieron.
REY. Y vos ¿quién sois?
JUANA. Señor, Juana,
Su criada, que sirviendo
Estaba á Elvira, á quien ya
Sin honra y sin vida veo.
REY. Y ¿quién es aquel buen hombre?
PELA. Señor, Fileno el gaitero;
Toca de noche á las brujas
Que andan por esos barbechos,
Y una noche le llevaron,
De donde trujo el asiento
Como ruedas de salmon.
REY. Diga lo que sabe desto.
FILE. Señor, yo vine á tañer,

Y vi que mandó don Tello
Que no entrara el señor Cura.
El matrimonio deshecho,
Se llevó á su casa á Elvira,
Donde su padre y sus deudos
La han visto.

REY. ¿Y vos, labradora?

PELA. Esta es Leonora de Cucto,
Hija de Pero Miguel
De Cucto, de quien fué agüelo
Nuño de Cucto, y su tio
Martin Cucto, morganero
Del lugar, gente muy nobre;
Tuvo dos tias que fueron
Brujas, pero há muchos años,
Y tuvo un sobrino tuerto,
El primero que sembró
Nabos en Galicia.

REY. Bueno
Está aquesto por ahora.—
Caballeros, descansemos,
Para que á la tarde vamos
A visitar á don Tello.

CONDE. Con menos informacion
Pudieras tener por cierto
Que no te ha engañado Sancho;
Porque la inocencia destos
Es la prueba más bastante.

REY. (*Ap. á Nuño.*) Haced traer de secreto
Un clérigo y un verdugo.
(*Vanse el Rey, el Conde y don Enrique.*)

ESCENA XIII.

SANCHO, NUÑO, PELAYO, JUANA, LEONOR, BRITO, FILENO.

NUÑO. Sancho... (*Ap. á él.*)

SANCH. Señor...

NUÑO. Yo no entiendo
Este modo de jüez:
Sin cabeza de proceso
Pide clérigo y verdugo.

SANCH. Nuño, yo no sé su intento.

NUÑO. Con un escuadron armado
Aun no pudiera prendello,
Cuanto más con dos personas.

SANCH. Démosle á comer; que luego
Se sabrá si puede ó no.

NUÑO. ¿Comerán juntos?

SANCH. Yo creo
Que el jüez comerá solo,
Y después comerán ellos.

NUÑO. Escribano y alguacil
Deben de ser.

SANCH. Eso pienso. (*Vase.*)

NUÑO. Juana...

JUANA. Señor...

NUÑO. Adereza
Ropa limpia, y al momento
Matarás cuatro gallinas
Y asarás un buen torrezno.
Y pues estaba pelado,
Pon aquel pavillo nuevo
A que se ase tambien,
Mientras que baja Fileno
A la bodega por vino.

PELA. ¡Voto al sol, Nuño, que tengo
De comer hoy con el juez!

NUÑO. Este ya no tiene seso. (*Vase.*)

PELA. Solo es desdicha en los reyes
Comer solos, y por eso
Tienen siempre al rededor
Los bufones y los perros. (*Vanse.*)

Patio en la quinta de don Tello. Pared ó verja en el fondo.

ESCENA XIV.

ELVIRA, *huyendo de* DON TELLO; FELICIANA, *deteniéndole.*

ELV. ¡Favor, cielo soberano!
Pues en la tierra no espero
Remedio. (*Vase.*)

TELLO. Matarla quiero.

FELIC. Deten la furiosa mano.

TELLO. Mira que tu he de perder
El respeto, Feliciana.

FELIC. Merezca, por ser tu hermana,
Lo que no por ser mujer.

TELLO. ¡Pese á la loca villana!
¿Que por un villano amor
No respete á su señor,
De puro soberbia y vana?
Pues no se canse en pensar
Que se podrá resistir;
Que la tengo de rendir
O la tengo de matar. (*Vase.*)

ESCENA XV.

CELIO.—FELICIANA.

CELIO. No sé si es vano temor,
Señora, el que me ha engañado;
A Nuño he visto en cuidado
De huéspedes de valor.
Sancho ha venido á la villa,
Todos andan con recato;
Con algun fingido trato
Le han despachado en Castilla.
No los he visto jamás
Andar con tanto secreto.

FELIC. No fuiste, Celio, discreto,
Si en esa sospecha estás;
Que ocasion no te faltara
Para entrar y ver lo que es.

CELIO. Temí que Nuño después
De verme entrar se enojara;
Que á todos nos quiere mal.

FELI. Quiero avisar á mi hermano;
Porque tiene este villano
Bravo ingenio y natural.
Tú, Celio, quédate aqui
Para ver si alguno viene. (*Vase.*)

CELIO. Siempre la conciencia tiene
Este temor contra sí;
Demás que tanta crueldad
Al cielo pide castigo.

ESCENA XVI.

EL REY, EL CONDE, DON ENRIQUE Y SANCHO, *que aparecen al otro lado de la verja.*—CELIO.

REY. Entrad y haced lo que digo.

CELIO. ¿Qué gente es esta?

REY. Llamad.
(*Llaman; abre un criado, y pasan al patio el Rey, el Conde, don Enrique y Sancho.*)

SANCH. Este, Señor, es criado
De don Tello.

REY. ¡Ah hidalgo! oid.

CELIO. ¿Qué me quereis?

REY. Advertid
A don Tello que he llegado
De Castilla, y quiero hablalle.

CELIO. Y ¿quién diré que sois?

REY. Yo.

CELIO. ¿No teneis más nombre?

REY. No.

CELIO. ¡*Yo* no más, y con buen talle!
Puesto me habeis en cuidado.
Yo voy á decir que *Yo*
Está á la puerta. (*Vase.*)

ENRI. Ya entró.

CONDE. Temo que responda airado,
Y era mejor declararte.

REY. No era, porque su miedo
Le dirá que solo puedo
Llamarme *Yo* en esta parte.
(*Vuelve Celio.*)

CELIO. A don Tello, mi señor,
Dije cómo *Yo* os llamais,
Y me dice que os volvais,
Que él solo es *Yo* por rigor;
Que quien dijo *Yo*, por ley
Justa del cielo y del suelo,
Es solo Dios en el cielo,
Y en el suelo solo el Rey.

REY. Pues un alcalde decid
De su casa y corte.

CELIO. (*Túrbase.*) Iré,
Y ese nombre le diré.

REY. En lo que os digo advertid.
(*Vase Celio.*)

CONDE. Parece que el escudero
Se ha turbado.

ENRI. El nombre ha sido
La causa.

SANCH. Nuño ha venido;
Licencia, Señor, espero
Para que llegue, si es gusto
Vuestro.

REY. Llegue, porque sea
En todo lo que desea
Parte, de lo que es tan justo,
Como del pesar lo ha sido.

ESCENA XVII.

NUÑO, PELAYO, JUANA *y* VILLANOS, *fuera de la verja.*—EL REY, EL CONDE, DON ENRIQUE, SANCHO.

SANCH. Llegad, Nuño, y desde afuera
Mirad.

NUÑO. Solo ver me altera
La casa deste atrevido.
Estad todos con silencio.

JUANA. Hable Pelayo, que es loco.

PELA. Vosotros vereis cuán poco
De un mármol me diferencio.

NUÑO. ¡Que con dos hombres no más
Viniese! ¡Extraño valor!

ESCENA XVIII.

DON TELLO, FELICIANA, CRIADOS.—DICHOS.

FELI. Mira lo que haces, Señor...
Tente, hermano: ¿dónde vas?

TELLO. (*Al Rey.*) ¿Sois por dicha, hidalgo, vos
El alcalde de Castilla
Que me busca?

REY. ¿Es maravilla?

TELLO. Y no pequeña, por Dios,
Si sabeis quién soy aquí.

REY. Pues ¿qué diferencia tiene
Del Rey quien en nombre viene
Suyo?

TELLO. Mucha contra mí.
Y vos ¿adónde traeis
La vara?

REY. En la vaina está,
De donde presto saldrá,
Y lo que pasa vereis.

TELLO. ¿Vara en la vaina? ¡Oh qué bien!
No debeis de conocerme.
Si el Rey no viene á prenderme,
No hay en todo el mundo quién.

REY. Pues yo soy el Rey, villano.

PELA. ¡Santo Domingo de Silos!

TELLO. Pues, Señor, tales estilos
Tiene el poder castellano!
¡Vos mismo! Vos en persona!
Que me perdoneis os ruego.

REY. Quitadle las armas luego.
(*Desarman á don Tello; pasan la verja Nuño y los villanos.*)
—Villano, por mi corona,
Que os he de hacer respetar
Las cartas del Rey.

FELIC. Señor,
Que cese tanto rigor
Os ruego.

REY. No hay que rogar.
Venga luego la mujer
Deste pobre labrador. (*Vase un criado.*)

TELLO. No fué su mujer, Señor.

REY. Basta que lo quiso ser.
Y ¿no está su padre aquí,
Que ante mí se ha querellado?
TELLO. (*Ap.*) Mi justa muerte ha llegado.
A Dios y al Rey ofendí.

ESCENA XIX.

ELVIRA, *sueltos los cabellos.*—DICHOS.

ELV. Luego que tu nombre
Oyeron mis quejas,
Castellano Alfonso,
Que á España gobiernas,
Salí de la cárcel,
Donde estaba presa,
A pedir justicia
A tu real clemencia.
Hija soy de Nuño
De Aibar, cuyas prendas
Son bien conocidas
Por toda esta tierra.
Amor me tenia
Sancho de Roelas;
Súpolo mi padre,
Casarnos intenta.
Sancho, que servia
A Tello de Neira,
Para hacer la boda
Le pidió licencia:
Vino con su hermana;
Los padrinos eran:
Vióme y codicióme,
La traicion concierta.
Difiere la boda,
Y viene á mi puerta
Con hombres armados
Y máscaras negras.
Llevóme á su casa,
Donde con promesas
Derribar pretende
Mi casta firmeza;
Y desde su casa
A un bosque me lleva
Cerca de una quinta,
Un cuarto de legua;
Allí, donde solo
La arboleda espesa,
Que al sol no dejaba
Que testigo fuera,
Escuchar podia
Mis tristes endechas.
Digan mis cabellos,
Pues saben las yerbas
Que dejé en sus hojas
Infinitas hebras,
Qué defensas hice
Contra sus ofensas;
Y mis ojos digan
Qué lágrimas tiernas,
Que á un duro peñasco
Ablandar pudieran.
Viviré llorando,
Pues no es bien que tenga
Contento ni gusto
Quien sin honra queda.
Solo soy dichosa
En que pedir pueda
Al mejor alcalde
Que gobierna y reina,
Justicia y piedad
De maldad tan fiera.
Esta pido, Alfonso,
A tus piés, que besan
Mis humildes labios,
Ansi libres vean
Descendientes tuyos
Las partes sujetas
De los fieros moros
Con felice guerra;
Que si no te alaba
Mi turbada lengua,
Famas hay y historias
Que la harán eterna.
REY. Pésame de llegar tarde:
Llegar á tiempo quisiera,
Que pudiera remediar
De Sancho y Nuño las quejas:
Pero puedo hacer justicia
Cortándole la cabeza
A Tello: venga el verdugo.
FELIC. Señor, tu real clemencia
Tenga piedad de mi hermano.
REY. Cuando esta causa no hubiera,
El desprecio de mi carta,
Mi firma, mi propia letra,
¿No era bastante delito?
Hoy veré yo tu soberbia,
Don Tello, puesta á mis piés.
TELLO. Cuando hubiera mayor pena,
Invictísimo Señor,
Que la muerte que me espera,
Confieso que la merezco.
ENRI. Si puedo en presencia vuestra...
CONDE. Señor, muévaos á piedad
Que os crié en aquesta tierra.
FELIC. Señor, el conde don Pedro
De vos por merced merezca
La vida de Tello.
REY. El Conde
Merece que yo le tenga
Por padre; pero tambien
Es justo que el Conde advierta
Que ha de estar á mi justicia
Obligado de manera,
Que no me ha de replicar.
CONDE. Pues ¿la piedad es bajeza?
REY. Cuando pierde de su punto
La justicia, no se acierta
En admitir la piedad.
Divinas y humanas letras
Dan ejemplos: es traidor
Todo hombre que no respeta
A su rey, y que habla mal
De su persona en ausencia.—
Da, Tello, á Elvira la mano
Para que pagues la ofensa
Con ser su esposo; y después

Que te corten la cabeza,
Podrá casarse con Sancho,
Con la mitad de tu hacienda
En dote.—Y vos, Feliciana,
Sereis dama de la Reina,
En tanto que os doy marido
Conforme á vuestra nobleza.
NUÑO. Temblando estoy.
PELA. ¡Bravo Rey!
SANCH. Y aquí acaba la comedia
Del *Mejor Alcalde*, historia
Que afirma por verdadera
La corónica de España:
La cuarta parte la cuenta.



ACTO TERCERO, ESCENA XIV.

LO CIERTO POR LO DUDOSO (a).

PERSONAS.

EL REY DON PEDRO.
EL CONDE DON ENRIQUE.
EL MAESTRE DE SANTIAGO.
RAMIRO, *criado.*
MENDO, *criado.*
EL ADELANTADO.

DOÑA JUANA.
DOÑA INÉS.
TEODORA.
JUSTA.
SOLDADOS.
ACOMPAÑAMIENTO.

La escena es en Sevilla y extramuros.

ACTO PRIMERO.

Orillas del Guadalquivir. Casas á un lado.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE DON ENRIQUE Y RAMIRO, *de noche.*

ENRI. ¡Hermosa playa!
RAMI. En su orilla,
Mil bellas ninfas están.
ENRI. Es la noche de San Juan
Y la fiesta de Sevilla.
Todo en esta gran ciudad
Es en extremo perfeto.
RAMI. Y todo ese gusto efeto
De tu misma voluntad.
Amas, que es el bien mayor,
Y vives donde está el bien.
ENRI. Dale su parte tambien
A quien causó tanto amor.
(*Cantan, tocan y bailan dentro.*)
RAMI. ¿Cantan?
ENRI. Así lo parece,
Y aun bailan.
RAMI. Mulatas son.
Cuanto alegra su cancion,
Su negro luto entristece.
(*Cantan dentro con sonajas.*)
Rio de Sevilla,
¡Cuán bien pareces
Con galeras blancas
Y remos verdes!

(a) Dedicada por el Autor al excelentísimo señor don Fernando Afan de Ribera Enriquez, duque de Alcalá, adelantado mayor de la Andalucía, marqués de Tarifa, conde de los Molares y señor de la casa de Ribera.

ESCENA II.

EL REY DON PEDRO, EL MAESTRE DE SANTIAGO Y MENDO, *de noche*.—DICHOS.

REY. ¡No he visto cosa mejor!
MAES. Humilla tal vez el gusto
Lo sabroso, aunque no es justo
Si toca al debido honor.
REY. Maestre, en anocheciendo
Todo es igual; que aquel manto
Cubre y oscurece cuanto
Están nuestros ojos viendo.
¿No ves un campo de flores
Con olor y sin color?
Ansi de noche el olor
Diferencia á los señores.
ENRI. (*Ap. á Ramiro.*) Este es el Rey.
RAMI. Y tu hermano
El Maestre.
ENRI. Huyamos dél:
Basta que priva con él.
RAMI. Quiérete bien.
ENRI. No es en vano.
REY. Dos hombres se han embozado
De nosotros: mira, Mendo,
Quién son.
MENDO. Que es el Conde entiendo.
REY. (*Llegándose al Conde.*)
Enrique, ¡tanto cuidado!
¿De mí te guardas?
ENRI. Señor,
Antes pensé que tú eras
El que guardarte quisieras.
REY. Mal pagas mi justo amor.
¿Adónde vas por aquí?
ENRI. Ya ¿no lo ve vuestra alteza?
REY. ¡Ociosa tu gentileza
A estas horas!
ENRI. Señor, sí;
Porque debe de ser tal,
Que no sé adónde ocupalla.
REY. Más pienso que es estimalla
Porque no conoce igual.
ENRI. Por Dios, Señor, que he salido
Solo á escuchar disparates
Esta noche.
MENDO. No le trates
Al Conde de presumido;
Que cuanto bueno hay en él
Vence con sentir de sí
Tan humilmente.
REY. Ansi
Lo pienso y lo dicen dél.
¿Qué has hecho, en fin?
ENRI. Escuchado
Voces, guitarras, panderos,
Sonajas, locuras, fieros,
Y con el que traigo al lado
Probado á cuatro valientes
El pecho.
REY. No hay en España
Tal brio. ¿Quién te acompaña,
Para que ser loco intentes?
ENRI. Ramiro viene conmigo.
REY. Eso juráralo yo.
RAMI. ¿Tengo yo culpa?
REY. Pues ¿no?
RAMI. Basta, Señor; que contigo
No me puedo acreditar.
REY. Conozco tu loco humor.
RAMI. Dos cosas dieron, Señor,
A la disculpa lugar,
Apenas siendo formado
El mundo.
REY. Y ¿vienen á ser?
RAMI. El hombre con la mujer,
Y el señor con el criado.
Norabuena dijo Adan
Que la mujer le engañó;
Que desde que la culpó,
Todos la culpa le dan.
Pues luego, todo señor
¿No ha errado cuando el criado
Es el que ha errado?
REY. Tú has dado
Fria disculpa á tu humor.
Ahora bien, llévame, Enrique,
Donde nos entretengamos,
Ya que desta suerte estamos.
ENRI. No sé, por Dios, cómo aplique
A tu grandeza las cosas
Desta noche, si no pones
El gusto en las oraciones
Y respuestas fabulosas
En que han dado las doncellas,
Haciendo casamentero
A san Juan.
RAMI. Deciros quiero
La causa, y volver por ellas.
REY. ¿Cómo?
RAMI. ¿No enseña el cordero?
REY. Sí.
RAMI. Pues deso han presumido
Que pueden tener marido;
Que ser manso es lo primero.
REY. ¿Qué loco á este loco excede?—
Mendo, ¿sabes tú las casas
Donde con tu dueño pasas
Algunas noches?
MAES. No puede,
Gran Señor, Mendo decir
Cosa que á tu gusto sea.
REY. ¿No hay una discreta fea
Adonde podamos ir?
MENDO. Todas están ocupadas,
Digo la más parte dellas:
En su oracion las doncellas
Y en su hechizo las casadas.
RAMI. Lo que dice Mendo aprucho;
Que una destas que sé yo,
Un orinal me pidió
Donde ha de echar cierto huevo
Luego que las doce dén,
Y allí ha de ver grandes cosas.
ENRI. ¡Bravas mentiras!
REY. Famosas.
MAES. ¡Mal fuego las queme, amén!

¡Qué mal saben emplear
La fiesta de tan gran santo!
REY. No hay cosa que pueda tanto
Las mujeres infamar
Como valerse de hacer
Hechizos.
RAMI. Hechizos son,
Como afeites, ilusion
Del rostro de la mujer.
La edad tierna es el aurora:
Allí, ¿qué mujer se afeita?
La misma flor la deleita,
La misma edad la enamora.
Mas como va entrando el dia,
Fingidas luces previene,
Porque las propias no tiene
Que en el aurora tenia.
Allí tambien entra hacer
Hechizos y necedades,
Para vencer voluntades
Que no pudiera vencer.
¿No veis un clavel de seda,
Y otro que clavel nació?
Pues tal imagino yo
Que un rostro fingido queda,
Aunque en la plaza se venda.
Ello parece clavel;
Pero no nació con él;
Que le compró de la tienda.
REY. Eso sucede en algunas.
RAMI. Dijo un sabio reverendo
Que eran, en anocheciendo,
Todas las mujeres unas.
REY. Habló del cuerpo, no dió
Lugar al alma.
ENRI. Epicuro
Debió de ser.
RAMI. Pues yo os juro
Que Plutarco lo escribió.
REY. Cánsanme filosofías,
Y de la mujer desprecios:
Los feos, pobres y necios
Luego las hacen arpías;
Que quien puede conquistallas
Y las merece agradar,
Nunca acaba de acabar
De alaballas y de honrallas.
Por Dios, que donde no están
Que no hay gusto ni alegría,
Ni del hombre compañía
Como la que ellas le dan.
Lindas enfermeras son
De alma y cuerpo.
ENRI. Así es verdad,
A no tener vanidad
Su mudable condicion.
REY. ¿Adónde hay un hombre igual?
MENDO. Y eso en la mujer, ¿qué impide?
RAMI. Bello animal, si no pide;
Si pide, bravo animal.
REY. Ahora, Enrique, alguna quieres;
Deja sus desigualdades.
ENRI. Temiendo sus libertades,
Huyo de algunas mujeres.
REY. Di la verdad.
ENRI. Hay respeto.
REY. ¡Por mi vida!
ENRI. Si has jurado
Tu vida, estaré obligado
A preferirla al secreto.
Tengo, Señor, dos amores:
Uno posible al deseo,
Y otro imposible, que creo
Por fe de honestos favores.
REY. (*Ap.* El imposible me mata
De celos del Conde. ¡Ay cielos!
¿Cómo sois tan necios, celos,
Que se cansa amor si os trata?)
¿No dirás del imposible?
ENRI. El imposible, perdona;
Porque no hay en su persona
Cosa para mí posible.
REY. (*Ap.* Más me mata, más me abrasa.)
Y el posible ¿no sabremos?
ENRI. Sí, Señor; que le tenemos
Cerca.
REY. ¿Mucho?
ENRI. Esta es su casa.
REY. Llamad.
ENRI. Llama tú, Ramiro.
RAMI. ¡Ah de casa! En el portal
Mi cuya está. ¡Pésia tal!
Daré por silbo un suspiro.

ESCENA III.

JUSTA.—DICHOS.

JUSTA. Luego que el son conocí,
Salí, Ramiro, al reclamo.
RAMI. Di á Teodora que mi amo
El conde Enrique está aquí.
JUSTA. Andamos tan ocupadas,
Que si excusarlo pudiera,
No le pesara.
RAMI. Ya espera,
Justa, y las doce son dadas:
No le quites la ocasion
Del provecho que os prometo.
JUSTA. Eres discreto en efeto.
RAMI. Siempre los que os dan lo son.—
(*Vase Justa.*)
Ya va Justa á referir
Tu venida á su señora.
REY. ¿Es muy hermosa Teodora?
ENRI. No te lo sabré decir;
Que en mirando sin amor
No pongo tanto cuidado. (*Vanse.*)

—

Sala en casa de Teodora.

ESCENA IV.

TEODORA Y JUSTA; *luego* DON ENRIQUE Y RAMIRO, EL REY, EL MAESTRE Y MENDO.

TEOD. No habrá tiempo reservado

Para el Conde mi señor.
(*Salen don Enrique y Ramiro.*)

ENRI. Teodora...
TEOD. Famoso Enrique,
Honor de Castilla...
ENRI. ¿Estás
Ocupada? ¿No querrás
Que una cosa te suplique?
TEOD. Para tí no puede haber
Disculpa ni ocupacion.
(*Salen el Rey, el Maestre y Ramiro embozados.*)
¿Quién los embozados son?
ENRI. Dos que te vienen á ver.
TEOD. ¡A verme á mí!
ENRI. (*Ap. á Teodora.*) Mis hermanos
El Rey y el Maestre: advierte
Que los agrades de suerte,
Que incites sus reales manos.
Y para darte lugar,
Me quiero ir.
TEOD. Eso no;
Que estimo en más verte yo
Que cuanto me pueden dar.
ENRI. Vame la vida en que aquí
Un rato los entretengas.
TEOD. Como á verme despues vengas,
Yo lo haré, Conde, por tí.
ENRI. Esa palabra te doy.—
Ramiro...
RAMI. Señor...
ENRI. Camina.
(*Vanse don Enrique y Ramiro.*)

ESCENA V.

EL REY, EL MAESTRE, TEODORA, JUSTA, MENDO.

REY. La mujer se nos inclina:
¿Si sabe, hermano, quién soy?
TEOD. (*Al Maestre.*) Descúbrase vuestra alteza,
Aunque su sol me deslumbre;
Que no ofenderá su lumbre
Tocar mi humilde bajeza.
MAES. No soy yo el Rey; ese sol
Decid allí que se os muestre.
TEOD. Sois, si no sol, gran Maestre,
El mejor rayo español.—
Señor, allí dice un rayo (*Al Rey.*)
Que sois vos el sol.
REY. Teodora,
Sed vos de ese sol aurora.
TEOD. De tanta luz me desmayo.
Guárdeos el cielo, y Castilla
Por largos años os goce.
REY. ¿Qué haceis, ya dadas las doce?
TEOD. Decir mañana á Sevilla
Que á tal hora amaneció.
REY. Es noche toda de fiesta.
TEOD. Quien esta noche se acuesta,
Gusto ó salud le faltó.
REY. ¿Sabeis cantar y tañer?
TEOD. Sí, Señor. ¿Quereis sentaros?
REY. ¿Y Enrique?
TEOD. Vendrá á buscaros
Y á veros amanecer;
Que aquí cerca se llegó
A llamar quien entretenga
A vuestra alteza.
REY. Que venga
Luego decid.
TEOD. No sé yo
Adónde fué el Conde.
REY. ¡Bien!
(*Ap.* ¡Vive Dios, que me ha engañado!
¡Lindamente me ha dejado!)
Maestre, conmigo ven;
(*Ap. á él.* Que aquestas bachillerías
Son licencias más que iguales.)
MAES. Pues ¿qué sospechas, que sales
Tan triste?
REY. Desdichas mias.
MAES. Tú ¿puedes ser desdichado?
REY. ¿No es desdicha tener celos?
MAES. No, Señor, cuando los cielos
De tanto bien te han dotado.
REY. Si nadie puede enojarme,
Yo me quiero entristecer.
(*Ap.* ¡Que pueda Enrique tener
Licencia para engañarme!)
(*Vanse el Rey, el Maestre y Mendo.*)

ESCENA VI.

TEODORA, JUSTA.

TEOD. ¿Qué es esto?
JUSTA. Ya ¿no lo ves?
Celos de Enrique.
TEOD. Es verdad;
Que la mayor majestad
Pone el amor á sus piés.
Que entretuviese queria
Al Rey.
JUSTA. El Rey lo entendió.
TEOD. Perdí lo que él me advirtió
Que su alteza me daria.
JUSTA. Celos ¿á quién guardan ley?
TEOD. Que dellos me queje es justo;
Que al Rey le quitan el gusto,
Y á mí la gracia del Rey. (*Vanse.*)

Sala en casa del Adelantado.

ESCENA VII.

DOÑA JUANA, DOÑA INÉS.

JUANA. Hice esta santa oracion
Para saber, prima mia,
Si el Conde se casaria
Conmigo en esta ocasion,
O lo estorbaria el Rey.
INÉS. Pues ¿por qué lo ha de estorbar?
JUANA. Porque se quiere casar;
Que no hay en Castilla ley,
Que el casamiento le impida
Con la hija de un vasallo.
INÉS. Yo, por tus méritos, callo
Si es dicha ó no ser querida
De un rey para casamiento;
Que el señor Adelantado
Mayor no iguala su estado,
Igual á su nacimiento;
Pero no puedo excusarme
De decirte que es locura
No conocer tu ventura.
JUANA. Bien pudiera disculparme
Con pintar la condicion
De amor; pero yo sospecho
Que, aunque lo ignore tu pecho,
No tu ingenio y discrecion.
Alguna historia has leido
De mujeres que han amado.
INÉS. Siempre amor fué disculpado,
De necio no, de atrevido.
JUANA. Pues ¿cómo es necio mi amor?
¿No es del Rey hermano el Conde?
INÉS. Otra razon te responde,
Fuera del propio valor.
JUANA. ¿No le sobra entendimiento,
Brio ni talle? ¿Estás loca?
INÉS. A tí, que amor te provoca,
Te falta conocimiento;
Que yo, que no juego y miro,
Lo puedo entender mejor.
JUANA. Y sabrás de su valor
Cuán justamente suspiro,
Y que de mi amor y dél
Puede el cielo tener celos.
INÉS. (*Ap.*) Digo mal de Enrique, cielos,
Y estoy muriendo por él.
JUANA. Como no te he de pedir
Consejo, no importa nada
Que no te agrade; él me agrada.
INÉS. ¿Quién te podrá persuadir?
JUANA. Hice en efeto este altar
A san Juan, robé las flores
Al jardin, y á los mayores
Naranjos su blanco azahar.
Trajeron del Alameda
Los olmos que ves aquí,
Con que la sala por mí
Transformada en selva queda.
Perfuman el aire olores,
Y entre yerbas circunstantes,
Al san Juan cubren diamantes,
Los arcos fingidas flores,
Sin las que son sin violencia
Olorosa maravilla,
Porque no envidia Sevilla
Los jazmines de Valencia.
Mas débenle de agradar
Más corazones que altares,
Pues entre tantos azahares
Pienso que me sale azar.
Recé; pero nunca oí,
Por más que se lo suplique,
Si ha de ser el conde Enrique
Mi esposo.

ESCENA VIII.

DON ENRIQUE, RAMIRO.—DICHAS.

ENRI. Señora, sí.
JUANA. ¿Quién tan cerca respondió?
ENRI. Yo, que os estaba escuchando.
JUANA. ¿Ya sois eco?
ENRI. Suspirando.
JUANA. ¿Estorbarálo el Rey?
ENRI. No.
JUANA. Pues ¿quién?
ENRI. Vos, si le quereis.
JUANA. Sois eco de voz celosa,
Pues él responde una cosa
Y vos muchas respondeis.
ENRI. ¿No os parece que es razon?
JUANA. Déjanos, Inés, aquí.
INÉS. (*Ap.*) Los celos, con ser en mí
Tan rigurosa pasion,
No me deja amor gozar;
Que aun celosa, ver quisiera
La causa, si amor me diera
Para gozarla lugar.
¡Oh terribles desconsuelos!
¡Oh nunca visto rigor,
Que aun no dejas á mi amor
Que pueda hartarse de celos! (*Vase.*)

ESCENA IX.

DON ENRIQUE, DOÑA JUANA, RAMIRO.

JUANA. Mucho, Conde, me ha pesado
Que del Rey estés celoso.
ENRI. Un señor tan poderoso
¿A quién no ha de dar cuidado?
Con tan diferentes ojos
Se mira un rey, que no sé
Cómo quereis vos que esté
Sin celos y sin enojos.
Puesto que en sangre le iguale,
Si tiene mi pretension,
¿Quién no ha de hacer eleccion
De quien más puede y más vale?
Tanto mi amor le prefiere,
Que si posible me fuera
No quereros, no os quisiera,
Siquiera porque él os quiere.
Y aunque quiero con temor,
Y con esperanza muero,
Porque os quiera como os quiero,
Le quisiera dar mi amor.
Pero si no puede ser,
Su amor tomaré á mi cuenta;
Y pues quereros intenta,
Por los dos quiero quereros.
Y así obligada quedais,
Queriéndoos los dos á vos,
Pues os quiero por los dos,
Que por los dos me querais.
JUANA. Enrique, si al Rey hablé
Con palabras generales,
Cuando sus manos reales

Humildemente besé
Luego que vine á Sevilla,
¿Qué celos puedes tener,
Y más si se ha de volver
Dentro de un mes á Castilla?
Que es digno de ser amado
Te confieso, por señor,
Por rey y por su valor,
Y por habermo estimado
Con lo más que puede ser;
Pues no puede hacer quien ama
Más fineza por su dama
Que querella por mujer.
Más ya que sin conocelle
Puse en ti todo mi amor,
Conoceré su valor;
Pero no para querelle.
Que esta fe no ha de faltar
Sino es porque falte en ti;
Que el amor que reina en mi
No es rey que da su lugar.

ENRI. Juana divina, en tu dia
Solamente sucediera
Tanto bien á quien te espera
Con tan honrada porfía.
Logres tus años, que agora
Cumples, con tan altos bienes,
Como las gracias que tienes,
De que el amor se enamora;
Que yo vengo á celebrallos
Contigo, aunque más quisiera
Que el tiempo solo pudiera
Pasar por ti sin contallos.
Y ¡ojalá, pues sin engaños
Tanto de mi amor confias,
Por mí pasaran los dias
Y tú cumplieras los años!
Tu virtud el medio sea
En que mi descanso viva:
No soy rey; que amor no estriba
En reinos que no desea,
Sino solo en voluntades:
¡Desta eres reina!

JUANA. ¿Quién viene
Contigo?

ENRI. Quien solo tiene
Parte en estas amistades.—
Llega y besarás, Ramiro,
A la Condesa los piés.

JUANA. ¿Es Ramiro?

RAMI. El mismo es.
Como á una deidad te miro;
Y aunque á bajeza tan poca
Tu pié generoso inclines,
Sella con cinco jazmines,
Condesa ilustre, mi boca.
Darásme más confianza
De alabarte; que ya sé
Que, tocada de tu pié,
Podrá hablar en tu alabanza.

JUANA. Mejor, Ramiro, quisiera
Que aprendieras á callar,
Si no lo sabes; que hablar
Sabes que sabe cualquiera.
Y pues el Conde se fia
De ti, no puedes servir
Mejor que con ver y oir
Y callar.

RAMI. Ya lo sabia,
Aunque de tu entendimiento
Solamente procediera
Razon, Señora, que fuera
De tan grave advertimiento.
Y dices bien; que el hablar
Se enseña en modos suaves
A los hombres y á las aves;
Mas no se enseña á callar.
¡Lástima grande, que venga
Nuestro error á que nos dén
Escuelas para hablar bien,
Y que el callar no las tenga!
Si rey fuera, instituyera
Cátedras para enseñar
A callar.

JUANA. Pues el callar
Estimas de esa manera,
Mira el peligro en que estamos
Enrique y yo, pues es ley
De hijodalgo...

ESCENA X.

DOÑA INÉS.—DICHOS.

INÉS. ¡Ay prima! El Rey.

ENRI. ¿Qué haré?

JUANA. Detrás de los ramos
Que este altar de san Juan tiene,
Te esconde.

ENRI. Estos, celos son.

JUANA. Yo no le he dado ocasion;
Basta, que á buscarme viene.
(*Escóndense don Enrique y Ramiro.*)

ESCENA XI.

REY, EL MAESTRE, MENDO.—DOÑA JUANA, DOÑA INÉS; DON ENRIQUE Y RAMIRO, *escondidos.*

REY. No se enojará, Maestre,
Pues da la noche licencia,
Y el ver tan curioso altar.

JUANA. ¡Jesús, Señor! ¿Vuestra alteza
Honrando esta humilde casa?
De hoy más se pondrá á sus puertas,
Para más este blason,
Aunque están honradas ellas
Del que le han dado mis padres,
Y traerá de las fronteras
El que sirviéndoos está.

REY. Si hablais en que por su ausencia
Osé entrar en vuestra casa,
Volveréme á salir della;
Que estimo al Adelantado
En la paz como en la guerra,
Adonde me sirve agora.

JUANA. Que de esa suerte engrandezca

Vuestra alteza la alegría
Que tengo de verle en ella,
Es deshacer la merced
Que nos ha hecho en quererla
Honrar esta noche.

MAES. Así
Será justo que lo entiendas.—
¿Quién es aquesta señora?

JUANA. Es de mi sangre la prenda
Mejor: doña Inés, mi prima.

INÉS. Déme los piés vuestra alteza.

REY. ¡Gallarda dama!

MAES. No es poco
Que junto al sol lo parezca.—
Y pues ya le tienes, dame (*Ap. al Rey.*)
De dos la menor estrella.

REY. Sírvela, si te da gusto,
Porque de venir le tengas
A ver el ángel que adoro.

MAES. Desde hoy para mí lo sea.

INÉS. Gallardo es el Rey. (*Bajo las dos.*)

JUANA. Galan.

INÉS. Cuando hombres humildes fueran
Los tres hermanos, por si
No hay cosa que no merezcan.

JUANA. Yo con solo el Conde estoy
Notablemente contenta:
Escoge tú de los dos.

INÉS. No tengo yo por discreta
La que quiere porque escoge;
Que la aficion verdadera
Ella se viene á los ojos
Cuando ellos menos lo piensan.

REY. Por cierto que está la sala
Hecha un oráculo en selva,
Como de la antigüedad
Celebran tantos poetas.
¿Habeis hecho la oracion?
¿Qué oistes, después de hacerla,
A quien por la calle pasa?

JUANA. No somos, Señor, tan necias;
Pero ya es costumbre antigua,
No porque en ella se crea.

REY. ¿Por qué no me distes parte
Del altar, para que os diera
Algo que poner en él?

JUANA. Por no hacer capilla vuestra
Tan pobre casa.

REY. ¿Por qué,
Si quiero enterrarme en ella?
Pero ya será de Enrique.

JUANA. No pienso yo que apetezca
El Conde lo que pensais.

REY. Señora, hablemos de véras.
¿Há mucho que no le vistes?
¿Qué criada, qué doncella
Os respondió, por lisonja,
A las oraciones hechas,
Que seria vuestro Enrique?

JUANA. No le he visto, ni pudiera
Imaginar que pensara
Esas cosas vuestra alteza.
Yo aseguro que á estas horas
El Conde, por las riberas
Desta ciudad generosa,
Más fáciles garzas vuela.
Allá andará con sus galas.
(*Toca dentro un relojillo.*)

REY. Paso. ¿Qué es esto que suena?
Reloj de pecho es, por Dios:
Las tres dió.—Maestre, llega,
Llega Mendo; que detrás
De aquesos álamos suena.

JUANA. Paso, Señor; que en sus ramas
Le puse, porque me diera
Nuevas de las doce en punto.

MAES. Gente hay aquí.

REY. Pues no temas.

MENDO. Dos hombres son.

REY. Pues ¿qué aguardas.
O los mata, ó salgan fuera.
(*Don Enrique y Ramiro salen de donde estaban escondidos.*)

ENRI. Ten la espada. El Conde soy,
Que sin que nadie me viera
Me puse entre aquestas ramas,
Para responder por ellas
Alguna cosa á estas damas.

REY. Y no fué mala respuesta,
A no dármela el reloj
De una mentira tan cierta.

ENRI. Antes el reloj me abona,
Y mi verdad desempeña,
Pues te quiso señalar
Las horas de mi inocencia;
Porque si después sabias
Lo que agora, no dijeras
Que me escondia de ti,
Pues no hay causa por que sea.
Y aun no pienso que fué dar
Horas, sino hacerse lengua
Y decir: «Aquí está el Conde;»
Para que tú lo supieras.

JUANA. Por lo menos, bien creereis
Que se entró sin mi licencia.

REY. No creeré sino el agravio
Que me manda amor que crea.—
Sal, Enrique, desta corte,
No estés el San Juan en ella,
Pues me das tan mal San Juan.

ENRI. Razon es que te obedezca,
Si esto has pensado de mí.

MAES. Señor, si el Conde creyera
Que te habia de enojar...

REY. Déjame, Maestre.

MAES. Llega,
Enrique, y pide perdon
A su alteza.

ENRI. Si pidiera,
Maestre, á caber en mí
Solo un átomo de ofensa.

MAES. Señor, no se vaya Enrique;
Hazlo por mí.

REY. Como él quiera
Hacerme pleito homenaje,
Pues su inocencia confiesa,
De dejar la pretension...

MAES. Enrique, di que la dejas.

ENRI. Señor, más quiero fiar
Mi destierro de mi ausencia,
Que mi amor de mi deseo;
Que ausente, no habrá que temer,
Y estando presente sí;
Y no sé yo cómo puedas
Ni tú perder esos celos
Ni yo olvidar esta puerta.
Pues si estando yo presente,
Tienes presente la pena;
Estando ausente, conmigo
Tambien tu pena se ausenta.
Quiérola llevar de aquí,
Para que no me suceda
Que en un pecho tan leal
Un reloj tan falso venga;
Porque en las horas de amor,
Como dió tres, dará treinta,
Si para acortar mi vida
Una vez se desconcierta.
No quiero que me descubra,
Señor, su traidora lengua,
Pues que confesó el cobarde
Por dalle trato de cuerda.
Estaba enseñando el alma
Silencio á sus tres potencias,
Y él pensó que le decia
Que eran las tres de su muestra.
—Pero admírome de ver
Que te pese de que quiera
A doña Inés, pues pensaba
Que era doña Juana bella,
Señor, á quien tú querias.

REY. Luego ¿quieres que no entienda
Que quieres á doña Juana?

ENRI. Si á doña Juana quisiera,
Ella volviera por mí;
Y pues calla, es bien que sepas
Que doña Inés es y ha sido
Y ha de ser mi amada prenda. (*Vase.*)

ESCENA XII.

EL REY, DOÑA JUANA, EL MAESTRE, DOÑA INÉS, MENDO, RAMIRO.

REY. Ramiro...

RAMI. Señor...

REY. Escucha:
Dile á Enrique que no sea
Este destierro de burlas,
Pues es mi enojo de veras,
Y que por ningun suceso
En Sevilla le amanezca (a).

RAMI. Ya sabes tú, gran Señor,
Su respeto y su obediencia.
Yo te aseguro que hoy
Corramos veinte y dos leguas
De aquí á Córdoba la llana.

REY. Toma este diamante; espera.

RAMI. Vivas más años, generoso Pedro,
Que vivir suelen los que poco importan,
Y en las montañas donde no los cortan
La vitoriosa palma, el verde cedro.
Tus manos, por quien hoy diamantes [medro,
A tales versos mi Pegaso exhortan, [tan)
Que en él (si no es que envidias me repor-
Verás cómo el Parnaso desempiedro.
Al viejo tiempo tu fortuna estafe,
Tu caballo del mar al viento pique,
Tu armada en otro mundo velas zafe.
La fama al bronce el labio eterno apli-
Desde el muro de Fez al Aljarafe, [que
Y desde Castilleja á Mozambique. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

EL REY, EL MAESTRE, DOÑA JUANA, DOÑA INES, MENDO.

REY. ¡Valiente humor!

MAES. Peregrino.

REY. ¿Estareis muy triste?

JUANA. ¿Yo?

REY. Si su ausencia os lastimó,
Saldrá mi amor al camino;
Que, puesto que es desatino
Deciros que tengo celos,
Han llegado mis desvelos
A ponerme en un crisol,
Donde los tengo del sol,
Y me dan celos los cielos.
Tales son ya mis antojos,
Que de mi mismo los tengo,
Cuando á retratarme vengo
En las niñas de esos ojos.
No os dén mis penas enojos;
Basta que las tenga yo;
Y pues amor obligó
A penas á majestades,
Agradeced mis verdades,
Mis merecimientos no.
Y si sabeis que entre buenos
No hay ingratitud jamás,
No pierda yo por ser más
Lo que otros ganan por menos.
Volved los ojos serenos
Al triunfo de estos despojos;
Si os da el ser quien soy, enojos,
Reinad vos, y yo pondré
La corona en vuestro pié,
Como el alma en vuestros ojos.
(*Vanse el Rey y Mendo.*)

ESCENA XIV.

DOÑA JUANA, EL MAESTRE, DOÑA INÉS.

MAES. Mal habeis hecho en callar,
Señora, en esta ocasion;
Que aunque desprecios no son,

(a) En otras ediciones dice *anochecca*. La escena pasa de noche, y figura ser las tres de la madrugada. Poco después, cuando vuelve *Don Enrique* (Escena XVI), le dice *Juana*: «*Vete, Don Enrique, mira que amanece.*» Sea descuido del autor, sea equivocacion de copia ó de imprenta, creemos que aquí debe decir *amanezca*, y no *anochecca*.

Se suelen imaginar.
Yo no os puedo aconsejar:
Mi hermano es el Rey, y el Conde
Tambien; la razon responde
Que es mejor á toda ley
Querer en público á un rey
Que no á un conde que se esconde.
Mirad que es notable error
No conocer la fortuna;
Porque suele vez alguna
Mudar en odio el favor.

JUANA. Decid al Rey mi señor,
Maestre...

MAES. ¿Qué le diré?

JUANA. No sé, por Dios.

MAES. Pues yo sé
Que no es de mujer prudente
No levantar á la frente
Corona que os pone al pié. (*Vase.*)

ESCENA XV.

DOÑA JUANA, DOÑA INÉS.

JUANA. Confusa estoy.

INÉS. Con razon.

JUANA. ¡Qué de cosas me combaten!

INÉS. Ya ¿qué puede haber que traten
Tu ignorancia y tu pasion,
Que no sea perdicion
De tu honor y de tu casa?
Si Enrique se va, y se casa
En Castilla, ¿qué has de hacer,
Perdiendo un rey?

JUANA. Soy mujer:
Todo me hiela y me abrasa.
Veo á Enrique desterrado,
Veo enamorado al Rey,
Veo que en amor no hay ley,
Ni ausente firme cuidado.
Un poder determinado
Estorba lo que no alcanza;
Un ausente la mudanza
Teme y olvidar procura.
¡Oh amor sin parte segura!
Ya eres temor, ya esperanza.

INÉS. Olvidar es lo mejor,
Doña Juana, al Conde ausente:
No aguardes que el Rey intente
Cosa que ofenda tu honor.
(*Ap.* Como me muero de amor
De Enrique, aconsejo olvido.)

ESCENA XVI.

ENRIQUE, RAMIRO.—DICHAS.

RAMI. Ea, todo va perdido.

ENRI. Falta por perderme á mí.

JUANA. ¡Jesús! ¿Quién se ha entrado aquí?

ENRI. Enrique soy, ó lo he sido.

JUANA. ¿Cómo te has entrado,
Conde, de esta suerte,
Sin ver el peligro
Que tan cerca tienes?
Mira que no hay
Burlas con los reyes;
Porque despreciados
Muestran lo que pueden.
Mal San Juan me diste
Con venir á verme;
No fuí yo culpada
De que el Rey te viese.
¡Mal haya el galan,
Que al tiempo que viene
A ver de secreto
La dama que quiere,
Ni aun su sombra trae;
Pues vemos que á veces
Por su sombra sola
El cuerpo se siente!
¡Oh cuántos criados,
Porque los esperen,
Descubren sus dueños
Guardando broqueles!
Caballos y coches
Parados enfrente,
Dicen á quien pasa
Quién los entretiene.
El galan discreto
Avisado quede
Que la misma luna
Puede conocerle.
No hay amor con gusto,
Si viene á saberse;
Que vecinos linces
Penetran paredes.
¡Mal haya el reloj!
Nunca más acierte
A tocar campanas
Que mi gusto entierren.
El nombre de Enrique
Tres sílabas tiene:
Tu nombre le dijo
Con tocar tres veces.
Mas ¿por qué me alargo?
No sea que intente
El Rey mi desdicha,
Si volviese á verte.
Si he de verte muerto,
Más te quiero ausente:
Dichosas te gocen,
Desdichas te pierden.
Mucho se entra el dia;
Ya no le detiene
La noche en su cárcel,
Sus tinieblas vence.
Vense ya los montes,
De nubes y nieves
Vestidos y blancos,
Y los prados verdes;
Las flores se miran
En las claras fuentes,
Las aves les cantan
Requiebros alegres.
Ya le dice el alba
Al sol que se apreste;
Que hay medio camino

De oriente á poniente.
¿Qué me estás mirando?
Conde, ¿qué me quieres?
Vete, conde Enrique;
Mira que amanece.

ENRI. Si yo imaginara
Que tales desdenes
Oyera en tu boca (a),
No volviera á verte.
No fué mucho engaño
Mirando quién eres,
Pensar que podia
Volver á perderte.
Ya te habia perdido;
Mal hice en que vieses
Otra vez perdido
Tu olvidado ausente.
¡Extraña desdicha,
Que antes que partiese
De los mismos ojos,
Ausente me cuentes!
Pero si el ausencia
Hace que amor cese,
Tú me has olvidado
Antes que me ausente.
Finges mi peligro,
Mi muerte encareces:
¡Graciosa disculpa,
Si hay graciosa muerte!
Al Rey enojado
Poderoso temes,
Airado le excusas,
Amante le absuelves:
Tienes mil razones,
Y todas me advierten
De que tú me guardas;
Pero es de quererte.
Por sol te adoraba,
No pude esconderme;
Que aunque no tocara
El reloj tres veces,
Le hicieras de sol
Para que me viesen.
Con todo, maldigo
Su artificio breve,
Su inventor primero,
Sus ruedas, sus ejes;
Las letras le infamen,
Las cuerdas le aprieten,
Las sactas pasen,
Los volantes vuelen:
Sus necias campanas,
Que hablan cuando quieren,
A su muerte toquen
Cuando no lo piense,
Pues hizo un enredo
Portátil, que fuese
Posta de la vida,
Funda de la muerte,
Correo del tiempo,
De los gustos huésped,
Que hasta los bocados
Quiero que nos cuenten.

(a) «Oyera á tu boca,» dicen otras ediciones.

Finalmente, dices
(Mas en finalmente
Dices cuanto sabes,
Muestras cuanto quieres)
Que me quieres vivo,
Para que otras lleguen
A gozar dichosas
La dicha que pierdes:
¡Cómo te deslumbran
Esos rayos reyes!
¡Qué presto me dejas!
¡Qué presto me vendes!
Pues doyte palabra
(Y aun si esto me crees,
La doy á tus ojos,
A mi amor aleves,
Cuando más los quiero)
De que eternamente
Otro dueño tengan
Los que tú aborreces.
Yo me iré á Castilla,
Donde si viviere,
Te dirán que he sido
Ejemplo valiente
De lealtad injusta,
Pues no lo mereces
Más que por hermosa,
Pues en esto excedes
A mi mismo amor.
Y porque amanece,
Como tú lo dices,
Adios para siempre. (*Vase.*)

JUANA. ¡Enrique, Enrique!
RAMI. Ya es tarde.
¿Mandas algo?
JUANA. Di, Ramiro
Al Conde, por quien suspiro,
Que aguarde.
RAMI. Ya no hay qué aguarde.
(*Vase.*)

ESCENA XVII.

DOÑA JUANA, DOÑA INÉS.

JUANA. ¿No es esto crueldad, Inés?
INÉS. No me parece crueldad,
Pues irse es fuerza.
JUANA. Es verdad:
Confieso que fuerza es;
Pero tambien ha de ser
Que me dé su ausencia muerte;
Porque no hay cosa más fuerte
Que amor, si es cierto, en mujer. (*Vase.*)

ESCENA XVIII.

DOÑA INÉS.

Animo, corazon: flaca esperanza,
Bien lo podeis decir al sufrimiento,
Que ya puede tener atrevimiento,
Y que con el vivir todo se alcanza.
Comenzar en las cosas la mudanza,
Y tener los sucesos fin violento,

Al más desesperado pensamiento
Le suele dar más vida y confianza.
No hay á los reyes resistencia humana:
El Rey tiene supremo señorío,
Que la mayor dificultad allana.
Pues si él lo muestra, como yo confio,
No gozará de Enrique doña Juana;
Que ya me dice amor que Enrique es mio.

ACTO SEGUNDO.

Campo.

ESCENA PRIMERA.

EL ADELANTADO, SOLDADOS.

(*Tocan cajas.*)

ADEL. La cosa más alegre que en la vida
Permite al sér mortal humana gloria,
Es la patria del hombre, tan querida
Después de alguna próspera vitoria. (a)
Salir del mar, en que la vió perdida,
O á los amigos referir la historia
Del cautiverio, no es de tanto ejemplo
Como ofrecer una bandera al templo.
Tenemos, desde el tiempo de Rodrigo,
Siglo infeliz por la traidora Cava,
En nuestra misma casa al enemigo,
Y la que fué señora vive esclava.
Es hoy Granada pertinaz testigo,
Aunque en ella parece que se acaba
La soberbia del bárbaro africano.
UN SOLD. Tal freno tiene en tu valor cristiano.

ESCENA II.

EL REY, EL MAESTRE.—DICHOS.

REY. Al son de vuestras cajas he querido,
Adelantado primo, adelantarme,
Y venir, como veis.
ADEL. Habeis lucido
Mis armas como el sol.
REY. Llegad á darme
Los brazos.
ADEL. A mi amor favorecido,
Bien os adelantais por él á honrarme;
Que los servicios de valor pequeño
Los hace grandes el amor del dueño.
Pensó Aliatar, pensó valiente el moro
¡Oh generoso Príncipe! que habia
De volver á Granada con el oro
Que á su africano rey llevar solia;
Y fuera de dejar tanto tesoro,
Perdió mil hombres, él, que no queria
Menos que aquel tributo que hoy lamenta
España, con dolor de tanta afrenta.

(a) «Es la patria del hombre, tan querida
»Después alguna próspera victoria.»
Otras ediciones.

Después de aquella célebre vitoria, (b)
En que á caballo, con la roja espada,
Se vió el Patron de España, que en memo-
A eterno feudo la dejó obligada, [ria
No se ha visto mayor ni de más gloria;
Pues hasta Dinadámar de Granada,
Siguiendo los vencidos africanos,
Llegaron los caballos castellanos.
REY. Adelantado, yo no sé qué pueda
Daros en premio, qué razon, qué estado:
Permitid que lugar se me conceda
Para salir de estar tan obligado.
Hija teneis que vuestra casa hereda;
Yo haré por ella que quedeis honrado,
Antes que salga de la gran Sevilla,
Al igual de los Reyes de Castilla.
Tambien vuestra sobrina generosa
Alcanzará destos favores parte,
Pues es tan bien nacida como hermosa.
Y agora descansad, cristiano Marte.
ADEL. Señor, en vuestra empresa vitoriosa
Así levante el cielo el estandarte,
Que apenas quepa con sus orbes solos
El nombre vuestro en los opuestos polos.
(*Vase, y con él sus soldados.*)

ESCENA III.

EL REY, EL MAESTRE.

REY. Todas aquestas vitorias,
Maestre, añaden valor
Al empleo de mi amor.
MAES. Yo pienso que destas glorias
Solo estimas el tener
Más disculpas tus antojos.
REY. Jamás culparé á mis ojos,
Si viene á ser mi mujer.
MAES. Ni pareciera razon,
Si has de casarte en España.
REY. ¿A quién, Maestre, acompaña
Más generoso blason?
Y si mis antecesores
En España se casaron,
Y iguales casas hallaron
Al valor de sus mayores,
¿Qué tengo yo que temer?
¿En qué me pueden culpar?
¿Qué ejemplo debo buscar?
MAES. En fin, ¿será tu mujer?
REY. Hoy la pienso ver.
MAES. Podrás,
Con el achaque de ver
A su padre.
REY. ¿Qué he de hacer,
Maestre? No puedo más.
Merece el Adelantado
Este honor y ella tambien.
MAES. ¿Tengo yo de querer bien
A su prima?
REY. Si te ha dado
Sangre, como dicen, sí;
Si no te la ha dado, no.

(b) La batalla de Clavijo.

MAES. No pienso que me mató.
REY. Pues no la quieras por mí;
Que amor no es bien que se trate
Menos que como es el mio,
Que ruego, peno y porfio,
Y gusto de que me mate. (*Vanse.*)

Calle.

ESCENA IV.

DON ENRIQUE, RAMIRO.

ENRI. ¿Qué te cansas en reñirme?
RAMI. A grande mal te resuelves.
ENRI. ¿Muy grande?
RAMI. ¡A Sevilla vuelves!
ENRI. Pues ¿qué puedo hacer? ¿Morirme?
RAMI. ¿No era mejor tener firme,
Y proseguir el camino?
ENRI. ¿Qué camino ó desatino,
Si salia luego amor,
Como suele el salteador
A saltear al peregrino?
RAMI. ¡Que vuelva un señor atrás
De lo que juró primero!
ENRI. En resolucion, me muero,
Ramiro; no puedo más.
RAMI. Y ya que en Sevilla estás,
¿Qué piensas hacer?
ENRI. No veo
De quien fie mi deseo;
Que todos me han de vender.
RAMI. Teodora... Pero es mujer,
Poco en sus secretos creo.
ENRI. Engáñaste; que mejor
Saben callar que los hombres.
RAMI. No les han dado esos nombres
Los peligros del honor.
ENRI. Yo dije al Rey mi señor
Que desterrado saldria;
Pero no que no querria.
¿Quiebro el destierro? Pues bien;
¿Habrá más de que me dén
La misma pena ese dia?
Esta palabra le dí;
Que no de no amar á Juana.
RAMI. Esta es, Señor, la ventana
De Teodora: ¿llamo?
ENRI. Sí. (*Llama.*)

ESCENA V.

JUSTA, *á la ventana.*—DICHOS.

JUSTA. ¿Quién llama? ¿Quién está ahí?
RAMI. Mi reina, dos olvidados.
JUSTA. ¿Dos, quién?
RAMI. Dos mal informados
Del camino de Castilla,
Que volvemos á Sevilla
Por postas de desterrados.
JUSTA. ¡Válate Dios por Ramiro! (*Éntrase.*)
RAMI. ¡Qué notable admiracion!

ESCENA VI.

TEODORA.—DICHOS.

TEOD. (*Dentro.*) ¿Qué es esto?
JUSTA. (*Dentro.*) Dos hombres son,
Que de mirarlos me admiro.
TEOD. (*A la ventana.*) ¡Ay, cielos, al Conde
ENRI. Paso, Teodora, si ignoras [miro.
Mis sucesos.
TEOD. Sé que adoras
A la mujer más querida
Del Rey, y que está tu vida...
ENRI. ¡Qué tarde mi vida lloras!
¿Qué hay de nuevo en la ciudad
Despues que yo me partí?
TEOD. Que no se acuerdan de tí.
RAMI. En mujer no es novedad.
TEOD. ¿Quién por una majestad
No trueca una señoría?
ENRI. No hablen, Teodora mia,
Tus celos, si es que los tienes.
TEOD. ¡Qué notable ausente vienes!
ENRI. Pues ¿hay ausencia de un dia?
RAMI. Pues lo dice, bien lo entiende.
TEOD. Para decirte verdad,
Solo sé que en la ciudad
El amor del Rey se extiende:
A doña Juana pretende,
Y dicen que por mujer;
Que yo no puedo saber
Si ella le quiere; mas creo
Que podrá tan gran deseo
Almas de hielo encender.
Y si tú sabes de amor,
Conocerás, que presente,
Cuanto más estando ausente,
Es fuerte competidor
Un rey de tanto valor,
Tan gallardo pretendiente,
Y tan valiente.
ENRI. En efeto
¿Te parece que le estima?
TEOD. A mí la razon me anima,
Y el saber nuestro sugeto.
ENRI. ¡Sois muy mudables!
TEOD. No sé
Si eso toca en ser mudables.
RAMI. Decir quiere interesables:
Por el ejemplo se ve.
TEOD. ¿Qué mujer tan necia fué,
Que no escoja lo mejor?
ENRI. Alguna que tenga amor.
TEOD. ¡Ay Enrique! El mundo todo
Se gobierna de ese modo.
ENRI. No donde reina el valor.
TEOD. Echa por donde quisieres,
De lo más alto á lo bajo,
Y hallarás mucho trabajo.
RAMI. Verdad, si no es en mujeres.
ENRI. Ahora bien, aunque lo eres,
Me quiero fiar de tí

Y ser tu huésped aquí.
TEOD. Para tan grande señor
Será la casa menor.
ENRI. No la hay mayor para mí.
TEOD. Entra, y honra mi humildad.
ENRI. No me llamarás ingrato.
(*Éntranse don Enrique y Teodora.*)
JUSTA. (*A la ventana.*) Y él ¿no viene?
RAMI. Con recato.
JUSTA. Pues ¿de qué es la gravedad?
RAMI. Más es cierta enfermedad.
JUSTA. Y ¿no puedo yo sabella?
RAMI. La ausencia fué culpa della.
JUSTA. La posta debió de ser.
RAMI. Mucho tiene de mujer.
JUSTA. ¿Cómo?
RAMI. Que muele y desuella.
(*Éntranse.*)

Sala en casa del Adelantado.

ESCENA VII.

EL ADELANTADO, DOÑA JUANA, DOÑA INÉS.

ADEL. Esto del Rey conocí;
Pero no lo entiendo bien.
¿Sabes tú lo que es?
JUANA. Tambien
Es enigma para mí.
ADEL. Pienso que quiere casaros
Con sus dos hermanos.
INÉS. Vienes
Tan humilde, cuando tienes
Al Rey, con hechos tan raros,
Puesto en más obligacion,
Que pienso que desentiendes
Lo que entiendes; con que ofendes
Tu valor y tu opinion.
ADEL. Pues ¿qué quieres tú que entienda?
¿Que el Rey se quiere casar?
INÉS. ¿Por qué no lo has de pensar,
Si tienes tan alta prenda?
ADEL. Ahora bien, aunque podia,
Si no trae de tierra extraña
Mujer, casarse en España
El Rey, y en la sangre mia,
No lo quiero yo entender;
Porque si después no fuera,
Más pesar, Inés, tuviera
Que entonces me dió placer.
Soy quien sabes, he servido
En paz y en guerra años largos,
Y los más honrosos cargos
Que hay en Castilla he tenido;
Pero hasta ver declaradas
Las dudas que ahora veo,
Solo os diré que deseo
Veros muy bien empleadas. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

DOÑA JUANA, DOÑA INÉS.

JUANA. No he querido, Inés, decir
A mi padre la intencion
Del Rey.
INÉS. Pues ¿por qué razon?
JUANA. Porque no pueda argüir
De su ausencia en la frontera
Cosa indebida á mi honor.
INÉS. ¿Cómo te va del amor
De Enrique?
JUANA. Amor que no espera,
Mucho tiempla del deseo,
No porque ya le olvidé,
Mas porque no le veré
En mi vida.
INÉS. Así lo creo.
Y aciertas en olvidalle,
Pues se mejora tu amor
En hombre de más valor,
Más entendimiento y talle.
JUANA. Si hasta que yo me casara,
El Rey, Inés, no entendiera
Nuestro amor, yo prefiriera
A Enrique, y al Rey dejara.
Pero si ya le entendió,
Y le destierra de sí,
¿Qué esperanza queda en mí?
INÉS. La fortuna te ayudó,
Pues con Enrique quedaras
Pobre y humilde, aunque es ley
De amor; pero con el Rey,
¿Qué mayor bien desearas?
JUANA. Prima, yo me determino:
Con esforzarme á dejar
A Enrique, podré olvidar
Este loco desatino.
Los deseos dan contento
En tanto que son posibles;
Pero en llegando á imposibles,
Se van del entendimiento.
El Rey, cuando no tuviera
Más de ser rey, ¿á qué amor
No deshiciera el rigor?
¿Qué peña no enternneciera?
Cuanto y más siendo galan,
Entendido, fuerte, hermoso,
A pié y á caballo airoso;
Que la noche de San Juan,
Que le ví, me pareció
Que era ingratitud no amalle.
INÉS. Sin duda es de mejor talle
Que el Conde.
JUANA. ¿Cierto?
INÉS. Pues ¿no?
JUANA. Pues desde hoy más, prima mia,
¡Viva el Rey!
INÉS. Viva mil años,
Y acábense los engaños
De esa tu loca porfía.
Y pues ya quieres querer
Al Rey, y dejar á Enrique,

Bien será que te suplique,
Pues has de ser su mujer,
Un deseo que he tenido
Secreto, viendo tu amor.

JUANA. ¿Tiénesle á Enrique?

INÉS. El mayor
Que cupo en mortal sentido.
No me osaba declarar,
Juana, por no darte enojos;
Y aunque mil veces mis ojos
Te lo pudieron contar,
Decíales: «No mireis;
Que es de mi prima y señora
El Conde; y pues que le adora,
Respetadle y no le ameis.»
Mas ellos, inobedientes
A la razon, le miraban
Tan tiernamente, que daban
Señas de amor evidentes.
Cuando, viendo mis tristezas,
La causa me preguntabas;
Cuando llorando me hallabas,
O en iguales asperezas;
Cuando no queria vestirme
A las más precisas fiestas,
Y sola tú mis respuestas
Pudieras, prima, sufrirme;
Era verle con favores
De Enrique; y muerta de celos,
Pedia siempre á los cielos
El fin de vuestros amores.
Cumplióse tan gran deseo
Sin daño tuyo, Señora;
Y por eso quiero agora,
Pues querer al Rey te veo,
Que le pidas que me case
Con Enrique, pues ya es mio.

JUANA. Prima, aunque yo desconfio
De que con el Conde pase
Más adelante el amor,
No del todo le olvidé;
Que es fuego que ayer se fué,
Y aun no ha dejado el calor.
Loca has sido en declararte
Antes de saber de mí
Que ya sin celos de ti
A Enrique pudiera darte;
Y necia en no conocer
Que me habias de obligar
Con esos celos á amar;
Que es condicion de mujer.
De suerte que si volviese
A querer á Enrique yo,
Tuya será, mia no,
La culpa que en ello hubiese.
¿No supieras aguardar
A verme más despicada?
Que de ayer enamorada,
No era posible olvidar.
El decirte del Rey bien
Es primer paso de amor,
No el último; que es rigor
Que mis deseos estén,
De sola una hora de ausencia,
De Enrique tan olvidados;
Que aun van con él mis cuidados
Como estaban en presencia.
Si algun intento tenia
De amar al Rey, le he perdido
Con saber que tú has querido
Gozar lo que yo queria.
Pierde de amarle el cuidado;
Que con el tiempo sabré
Cuándo avisarte podré
Que tengo á Enrique olvidado. (*Vase.*)

ESCENA IX.

DOÑA INÉS.

Saca en el Marzo agricultor moderno
Verde naranjo en apacible dia,
Viendo que de los peces se desvia
El sol, que vuelve á su principio eterno.
Mas vuelve al fin el riguroso invierno,
Y así la primavera desafia,
Que toda aquella verde fantasía
Rinde á las ramas, desmayado y tierno.
¡Ay, débil esperanza, que así fuiste!
Pues cuando te saqué (que no debiera)
Al sol de la mudanza que tuviste,
En vez de la esperada primavera,
Volvió el invierno riguroso y triste,
Para que yo sin esperanza muera.

ESCENA X.

RAMIRO, *de bubonero con una arquilla al hombro.*—DOÑA INÉS.

RAMI. ¿Hay quien compre alguna cosa
De las que tiene esta caja?
(*Ap.* Mi notable atrevimiento,
Mi locura temeraria
Favorezca la fortuna.)

INÉS. Pues, amigo, ¿hasta la sala
Os entrais desta manera?

RAMI. Traigo, bellísima dama,
Mil cosas que me compreis
De Flandes, Italia y Francia:
Primeramente...

INÉS. ¡Jesús!

RAMI. ¿Qué mira? ¿De qué se espanta?

INÉS. ¡Ramiro!

RAMI. Inés de los cielos,
¿Puedo hablar?

INÉS. Estoy turbada.
¿Cómo te has entrado aquí?

RAMI. A la bella doña Juana
Traigo del Conde, mi amo...

INÉS. Habla de presto.

RAMI. Esta carta.

INÉS. Muestra, darésela yo.

RAMI. ¿No será posible hablarla?

INÉS. ¿Qué es hablarle? Tú eres muerto,
Si te conocen en casa.

RAMI. ¿Qué hay del Rey?

INÉS. Sus pretensiones,

Y no pocas esperanzas.

RAMI. ¿Admítele?

INÉS. Claro está.

RAMI. ¿Claro está?

INÉS. Pues ¿qué pensabas?

RAMI. Ayer salimos de aquí,
Y ¡hoy puede haber tal mudanza!

INÉS. ¿Qué quieres? Vive quien vence.

RAMI. Lástima tengo á quien ama.
¡Fuego en las!...

INÉS. Quédate en *las*.

RAMI. Pues si ya me entiendes, basta.

INÉS. ¿Qué habia de hacer, ausente
Enrique?

RAMI. Abrasarle el alma,
Como lo ha hecho. ¡Ay del Conde!
Que á cada paso que daba,
Decia: «¿Qué hará, Ramiro,
La divina doña Juana?
¿Hablará con doña Inés?
¿Llorará?—¿No es cosa clara?»
Decia yo, tan gran necio
Como él, pues tal pensaba:
—«¡Ay, Ramiro (respondia),
¡Quién de su divina cara
Bebiera agora las perlas
Que de las estrellas bajan,
Para templar este fuego!»—
¡Oh qué graciosa templanza,
Haberse rendido al Rey!

INÉS. Oyes, loco, vete y calla;
Que no sabes dónde estás.

RAMI. Vuélveme luego la carta;
No quiero que se la dés.

INÉS. Vete sin hablar palabra;
Que por dicha hará su letra
Efeto en dureza tanta,
Pues sabes que los ausentes
Por ellas se quejan y hablan.

RAMI. ¿Que no podré verla yo?

INÉS. No podrás hasta mañana,
Porque está escribiendo al Rey.

RAMI. ¿Al Rey tan presto?

INÉS. Esto pasa.

RAMI. ¡Plegue al cielo que los dedos
Que el Conde marfil llamaba,
Se vuelvan piedra; la tinta
Sangre, la pluma una daga,
El papel...

INÉS. Deja el papel.
Mira que en vano te cansas;
Que el Rey es muy gentil hombre,
Y cuando no, el serlo basta.
Aquí me dijo mi prima
Que hacia al Conde ventaja;
Que andaba á caballo airoso,
Y á pié con notable gracia.
Pero vuelve, como digo,
Mañana.

RAMI. ¿Cómo mañana?
Yo me vuelva, si volviere,
Discreto con arrogancia,
Rico aforrado de necio,
Pretensor sin esperanza,
Valiente sin enemigos,
Viejo en años y sin canas,
Desgraciado con envidia
Y envidioso con desgracia,
Músico con mala voz,
Danzador con malas patas,
Jugador con poca dicha,
Casado con mucha fama;
Y finalmente, me vuelva
Mujer (aunque muchos andan
Que lo quieren parecer),
Si acá volviere mañana. (*Vase.*)

ESCENA XI.

DOÑA INÉS.

¡Qué bien me va sucediendo!
¡Cómo se ve que se pasa
A mi lado la fortuna!
Amor, leamos la carta:
Veamos qué dice Enrique
A su venturosa dama. (*Abrela y lee.*)

ESCENA XII.

EL REY, EL MAESTRE, MENDO,—DOÑA INÉS, *sin verlos.*

MAES. Nadie sabe que has venido.

REY. Venir en secreto es causa.

MAES. Aquí está, Señor, su prima
Leyendo un papel.

REY. Aguarda.
¿Podremos saber, Señora,
Ese secreto?

INÉS. No estaba
Con cuidado que le tiene
Vuestra alteza desta casa.

REY. No escondais la carta.

INÉS. Es cosa
Que quisiera declararla
A mi rey y mi señor,
Gloria nuestra y sol de España,
Si se me diera el lugar.

REY. (*A Mendo.*) ¡Hola! despejad la sala.—
Tú, Maestre, afuera espera.
(*Vanse el Maestre y Mendo.*)

ESCENA XIII.

EL REY, DOÑA INÉS.

INÉS. Señor, tu grandeza es tanta,
A quien tu piedad, tu ingenio
Divinamente acompaña,
Que me obliga á suplicarte
Mi remedio, que esta carta
Te dirá mejor que yo
Y con más vivas palabras.

REY. Pues ¿quieres tú que la lea?

INÉS. Sí, Señor, porque cifrada
Toda mi historia está en ella,
Guardando el rostro á mi fama.

REY. Aquesta letra es del Conde.
INÉS. Sí, Señor.
REY. Escucha.
INÉS. (*Ap.*) Pára
A la fortuna la rueda,
Amor; que me importa el alma.
REY. (*Lee*) «Hoy he llegado á Sevilla; que las »ansias de verte me volvieron de Cór»doba: estoy escondido hasta que la no»che me dé lugar: aguárdame, señora »mía, en la puerta por donde solias ha»blarme; que tú serás mi mujer, ó yo »perderé la vida.»
¡Extraño caso. Luego el conde Enrique
¿No amaba á doña Juana?
INÉS. A mí me sirve
Desde la vez primera que á Sevilla
Le trajo vuestra alteza de Castilla.
REY. ¿Qué dices?
INÉS. La verdad.
REY. ¡Viven los cielos,
Que porque sea verdad te dén mis celos
La corona que tengo! Y si lo fuera,
De cuanto cubre la suprema esfera.
INÉS. Señor, el Conde, como ves, me adora,
En esa carta.
REY. Pensamientos míos,
Haced fiestas á nuevas semejantes.
¡Oh vana presuncion de los amantes!
¿Que Enrique te ama á tí? Pues ¿cómo el
O noche de San Juan no me dijera (a) [dia
Que por tí se cubrió de aquellos ramos?
INÉS. Porque dió doña Juana en estimarle
Y en quitármele a mí; y así fué justo
No pretender contradecir su gusto,
Sino solo querernos de secreto.
Callaba entonces, como, al fin, discreto,
El Conde por mi honor; y así, ha venido
Donde por más seguro está escondido.
Esta noche, cual dice, vendrá á verme.
Si tú quieres, Señor, honrarme, hacerme
El mayor bien y asegurar tu gusto,
Cásame con Enrique, pues es justo;
Que el Conde, aunque me quiero, no me [quiere
Para mujer, si bien por mí se muere.
Él vendrá aquesta noche, como dice;
Hazle casar por fuerza, que bien puedes,
Para que más asegurado quedes.
REY. Yo debo al valeroso Adelantado
Mayores cosas, si mayores puedo.
Deja venir á Enrique; que esta noche
La mano te dará.
INÉS. ¡Plegue á los cielos!
REY. Vitoria, amor; que ya se van los celos.

(a) En la escena XI del Acto 1.° el infante, sea por disculparse ó por mostrar queja á doña Juana, dice que quiere á doña Inés, y el Rey le contesta que no lo cree. Deberia, pues, referirse el Rey aquí al silencio de doña Inés, y no al de don Enrique. Ó el final de aquella escena es añadido por una mano extraña, ó Lope padeció aquí un olvido.

ESCENA XIV.

DOÑA JUANA.—DICHOS.

JUANA. Sea, Señor, vuestra alteza
Muchas veces bien venido.
REY. La dicha que hoy he tenido
Venciera mayor grandeza.
Ya estaba de vos quejoso.
JUANA. El Maestre me dijo agora
Esta merced.
REY. Ya, Señora,
Despidió mi amor celoso
Las sospechas que tenia.
Carta de mi hermano es esta.
JUANA. Harán mis deseos fiesta
A las nuevas deste dia.
REY. De Córdoba me escribió.
JUANA. ¿Lleva salud?
REY. Salud lleva.
JUANA. (*Ap.*) Quiere el amor que me atreva,
Pero los respetos no.
REY. (*Ap.* Hacerle quiero un engaño.)
Como ya, Señora, es justo
Comunicaros mi gusto
Después de aquel desengaño,
Sabed que el Conde me escribe
Grandes arrepentimientos
De los necios pensamientos
De que ya tan lejos vive.
Pídeme perdon, y dice
Que le case de mi mano,
Que le estime como hermano,
Y como rey le autorice.
Yo, que, por asegurar
Mis celos, no puedo hacer
Cosa más justa, mujer
Le quiero á Enrique buscar;
Y porque sin vos no es bien,
Quiero consultar con vos
Quién será, pues á los dos
Nos toca honrarle tambien.
Bien conocéis, ó por fama
O por vista, quién podria
Merecerle.
JUANA. No seria
Poco dichosa la dama.
Y pues que ya vuestra alteza
En su consejo me ha dado
Lugar, y en el que es de estado
Está su mayor grandeza;
Mirando bien qué mujer
Puede merecer al Conde,
La misma razon respondo
Que sola yo puedo ser.
Déme vuestra alteza á mí
A su hermano; que bien creo
Que tiene el mismo deseo,
Pues me lo pregunta así;
Porque, si no lo tuviera
De que él en mí se empleara,
Claro está que no me hablara
Ni ese consejo pidiera.
Que honrar al Adelantado

Puede vuestra alteza así,
Y darme tambien á mí
Lo que tanto he deseado;
Porque, volviendo por él,
Y de vos desengañada,
No puedo estar empleada,
Perdonad, mejor que en él. (*Vase.*)

ESCENA XV.

EL REY, DOÑA INÉS.

REY. ¿Entiendes esto?
INÉS. Yo sí.
REY. Quise saber si queria
A Enrique.
INÉS. Presumiria
Que faltaba amor en tí.
REY. No fué por esa ocasion;
Que si desa suerte fuera,
Antes que del Conde hiciera
Con tanto gusto eleccion,
Quejárase de mi fe
Y de mi poca lealtad:
Si va á decirte verdad,
Necio desengaño fué.
¡Ah! que nunca, desengaños,
Fuisteis buenos en amor;
Que el desengaño mejor
Causa mayores engaños.
Parte á hablarle, sin que dés
A entender que estoy corrido
De lo que me ha respondido;
Que yo te diré después
Lo que ha de hacer mi desprecio;
Y dile que no entendí
Que presumiera de mí
Un pensamiento tan necio.
Que no la quise ofrecer
Al Conde, pues mi deseo
No diera su mismo empleo,
Si me viera aborrecer.
Que si son celos de mí,
Los adoro como á cielos;
Que si hay amor donde hay celos,
Tendrá amor si se los dí;
Con lo demás que sintieres
A propósito á mi honor.
INÉS. Poco saben con amor
Disimular las mujeres.
Yo voy á decir que crea
Que no tuviste intencion
De darla al Conde, en razon
De que tu amor la desea.
Y está, Señor, advertido
Que esta noche has de casarme.
REY. A mí me importa, ó dejarme
Morir, pues tan necio he sido.
INÉS. Esa carta has de mostrar
A Enrique.
REY. Por fuerza haré
Que te quiera.
INÉS. Ya no sé
Más de temer y esperar. (*Vase.*)

ESCENA XVI.

EL REY.

¡Con qué justa razon á la esperanza
Dieron nombre de flor, pues que la imita
En que tan brevemente se marchita,
Que tiene entre las hojas la mudanza!
Lustrosas perlas á la aurora alcanza,
De matizados círculos escrita;
Belleza que la noche solicita
Para perder su ardor en su templanza.
Sembraba yo, porque la tierra nueva
Me prometió de amor ricos favores:
¡Ay loco engaño, de mis celos prueba!
¿De qué sirve sembrar locos amores,
Si viene un desengaño que se lleva
Arboles, ramas, hojas, fruto y flores?
(*Vase.*)

Sala en casa de Teodora.

ESCENA XVII.

DON ENRIQUE, RAMIRO.

ENRI. ¿Qué dices?
RAMI. Esto que escuchas.
ENRI. ¡Válgame Dios!
RAMI. Valga y lleve.
ENRI. ¿Doña Juana quiere al Rey?
RAMI. Al Rey doña Juana quiere;
O por pasiva, es querido
De doña Juana el Rey.
ENRI. Siempre
Que algun bien me quieres dar,
Desta suerte le encareces.
Dime lo que ha respondido;
No me mates ni atormentes,
Como sueles, mi Ramiro.
RAMI. Necio amor te desvanece.
Yo no he visto á doña Juana,
Sino á doña Inés, y advierte
Que ella fué quien me lo dijo,
De lástima que te tiene.
ENRI. ¡Pese á doña Inés!
RAMI. Embido
Otras tres doñas Ineses.
ENRI. Díralo por burlarte.
RAMI. No te entiendo ó no me entiendes.
Teme, Señor, no seas necio,
Teme; que el discreto teme.
ENRI. ¡Doña Juana al Rey!
RAMI. ¡Por Dios,
Que desesperarme quieres!
ENRI. Las señoras ¿hacen eso?
RAMI. Sí, Señor; porque los reyes
Son los mayores señores.
ENRI. Mira que no son mujeres.
RAMI. Sí son.
ENRI. Pues ¿de qué lo sabes?
RAMI. De que paren.
ENRI. Bestia, tente;

Que me quitarás la vida.
RAMI. ¿Tengo yo la culpa?
ENRI. Pierde,
Loca esperanza, el color;
Y del luto de mi muerte
O de lo azul de mis celos
Esmalta sus hojas verdes.
RAMI. No esmaltes hojas por Dios,
Ni poetices desa suerte,
Sino vamos al remedio.
ENRI. ¿Sábeslo tú?
RAMI. Dos, tres, veinte.
ENRI. Uno solo, y presto.
RAMI. ¿Presto?
ENRI. Sí, Ramiro.
RAMI. Pósta, y vété.
ENRI. Por bestia entraste: en efeto,
Remedio tuyo.
RAMI. No deben
Los hombres más á sus padres
Que á las postas, porque suelen
Librarlos de mil peligros;
Mas yo no quiero deberles
Nada, porque me maduran
El tamboril muchas veces.
ENRI. ¡Ay, doña Juana! ¿es posible
Que con mudanza tan breve
Pagas un amor tan justo?
Pues aun yo no estaba ausente...
¡Jesús!
RAMI. ¡San Blas!
ENRI. Yo me muero.
RAMI. ¿De qué?
ENRI. De amor.
RAMI. Razon tienes;
Porque, si verdad te digo,
Dando un papel de alfileres
A una dueña en los umbrales
De una sala, la ví enfrente... (a)
¿Diréte cómo?
ENRI. Sí, amigo,
Sí, hermano; piadoso vuelve
A curar á quien las muerto.
RAMI. El seso, Señor, ¿quién puede?
Estaba aquella señora
Como el aurora amanece,
Dando luz al mismo sol,
Aunque del la suya tiene;
Los cabellos en sortijas;
Y pues es naturalmente,
Bien haya el platero cielo
Que tales sortijas vende;
Los ojos... no quiero estrellas,
Que es cosa baja, y ofenden
Tantos ojos estrellados,
Sino decir que parecen
Dos breves cielos de amor,
Adonde gloriosamente
Penen las almas.
ENRI. ¿Qué dices?
¿En gloria quieres que penen?
RAMI. Sí; que destos disparates
Altamente se encarecen
Los amorosos engaños.
Pero déjame que llegue
A pintar aquellas cejas,
Pobladas de pelos breves
Y sutiles, que á los ojos
Eran divinos doseles.
No las comparo á los arcos,
Porque los arcos celestes
No tienen pelos ni cubren
Los ojos que algunos quieren;
Que si luna y sol son ojos,
Como son tan diferentes,
Fuera tuerto el cielo á estar
Juntos en su hermosa frente.
¿Quieres que pinte la boca?
ENRI. ¿Sabrás?
RAMI. Ni supiera Apéles,
Ni pensó naturaleza
Criar una rosa en nieve.
Parece que por respeto
De las perlas de sus dientes,
Les puso el cielo, Señor,
Dos cortinas de claveles.
ENRI. Muerto estoy; no digas más.
RAMI. ¡Bien hayan los portugueses,
Que á esto llamaron boquiña!
Que parece que convierte
Los deseos en jalea.
ENRI. Presumo que me entretienes
Porque no sienta mis males.
RAMI. Es verdad; eso pretende
Mi rústico ingenio, Conde,
Porque temo...
ENRI. Ya ¿qué temes?
Pon á punto esos caballos;
Porque, volviendo de verte,
Angel de mi perdicion,
Y de dar mil parabienes
A tu amor, á tu mudanza,
A tu dicha y á mi muerte,
Pienso volverme á Castilla.
RAMI. Señor, excusa, si puedes,
El verla, por el peligro,
Si acaso alguno te viese,
Y porque si desdeñosa
Te respondiese, no aumentes
Tus celos, y algo le digas
Que más desdicha nos cueste.
ENRI. No puedo excusar, Ramiro,
Ver á doña Juana. Dénme
Una rodela y un jaco.
RAMI. ¡Bravo amor!
ENRI. Bien lo merece;
Que si por el Rey me deja,
Acierta, y es bien que acierte.
Mejor es que yo mi hermano.
¡Muera yo! ¡Viva quien vence! (*Vanse.*)

(a) Quiere decir que doña Juana estaba tratando de dar hechizos á don Enrique.

Calle.

ESCENA XVIII.

EL REY, EL MAESTRE Y MENDO, *de noche.*

REY. Ya te digo que viene arrepentido
De haberme dado enojo, por guardalle
Secreto á Inés.
MAES. Extraña cosa ha sido.
¿Que quiere á Inés?
REY. Y ha de rondar su calle.
Que le case con ella me ha pedido;
Y ¡vive Dios, que tengo de casalle!
Porque, fuera de ser buen casamiento,
Importa al mio declarar su intento.
Vaya Mendo á avisalla de mi parte,
Para que esté á la puerta prevenida.
MENDO. ¿Diréle que aquí estás?
REY. Díselo aparte.
(*Vase Mendo.*)

ESCENA XIX.

EL REY, EL MAESTRE.

MAES. ¿Que Inés, Señor, de Enrique fué servida?
REY. Esto puedo, Maestre, asegurarte,
Y que en su ejecucion me va la vida.
MAES. Mucho á la hermosa doña Juana quieres.
REY. Corona puede ser de las mujeres.
Deseos, ¿qué quercis? ¿Verla? Pues vamos
A verla. Tarda Enrique: bien podemos.
¿Qué dirán si me ven? Mas ¿qué dudamos,
Amor, cuando tan cerca el bien tenemos?
Ya que en segura posicion estamos,
Sin efeto es andar por los extremos.—
Maestre, aquí me aguarda, y si viniere
El Conde, haz de manera que me espere.
MAES. Iráse si me ve.
REY. Pues dame aviso;
Que amor me fuerza, y mátame el deseo.
(*Vase.*)

ESCENA XX.

DON ENRIQUE, RAMIRO.—EL MAESTRE.

RAMI. Ninguno como tú tan recio quiso.
ENRI. Bien lo dice el peligro en que me veo.
RAMI. ¡Con qué temor aquesta calle piso!
ENRI. ¿Que me olvidaste, Juana? No lo creo.
¡Ay engaños de amor! Muero de olvido,
Y no puedo creer que estoy perdido.
MAES. (*Ap.*) Este es Enrique, aquel es su privado.
Voy á llamar al Rey; que no es cordura
Llegarle á hablar, si se ha de huir. (*Vase.*)

ESCENA XXI.

DON ENRIQUE, RAMIRO.

ENRI. Yo he dado
Poco dichoso fin á mi ventura.—
Rejas, yo soy un hombre desdichado,
Que aun la vida no tengo en vos segura:
Doléos de mí; que donde se endurecen
Las almas, aun los hierros se enternecen.
RAMI. (*Ap.*)
Rejas, el diablo, que hace más enredos
Que un hombre sin dineros, me ha traido
Donde, si no me escapo á puros credos,
¡Qué tarde me verá quien me ha parido!
Pues no son de gallina aquestos miedos.
Moros he muerto, capitan he sido;
Mas enojos de un rey, y siendo tales,
A Aquiles volverán á sus pañales.
ENRI. ¡Ay Juana de mis ojos tan amada!
¿Por qué has querido en flor cortar mi vida?
RAMI. (*Ap.*)
¡Ay Dios! ¡quién estuviera en la posada,
Y lleváran los diablos la venida!
¿Tengo yo de medir á un rey la espada,
Que llega, cuando quiere sin medida,
De un reino á otro, y solo Dios le juzga?

ESCENA XXII.

EL REY.—DICHOS.

REY. (*Ap.*)
No hay órden que á quererme la reduzga.
ENRI. (*Ap.*) Gente viene; rebozarme
Quiero. ¿Cosa que el Rey sea?
RAMI. (*Ap.*) Ya comienzan á venir.
¡Ay del necio que quisiera
Un censo sobre mi vida!
REY. (*Ap.* El Maestre está á la puerta.)
Maestre, ¿ha venido Enrique?
Que ya prevenida queda
Doña Inés, y ¡vive Dios
Que hoy se ha de casar por fuerza!
Entré á hablar á doña Juana,
Y hase enfadado, muy necia,
De que la viniese á ver.
Bien dije yo que desea
Al Conde, y que está llorando
Por su destierro y ausencia
Toda la noche y el dia.
¿Cómo no me dais respuesta,
Don Tello, Maestre, hermano?
RAMI. (*Ap.*) Ya se acerca, ya le pega.
REY. Hombre, ¿quién eres? responde.
ENRI. No se espante vuestra alteza
Que no responda. (*Desembózase.*)
REY. ¿Es Enrique?
ENRI. No sé si serlo quisiera,
Pues te doy tantos enojos,
Que, como dices, intentas
Casarme por fuerza aquí.
REY. Es porque tú lo deseas,
Y á doña Inés lo has escrito;
Que yo conozco tu letra.
ENRI. A doña Juana escribí;
Y si doña Inés enreda
Desatinos por privanza,
No cumple, aunque quien es sea,
La obligacion de su sangre.

REY. Pues ¿cómo el destierro quiebras
De que me diste palabra?
ENRI. No la di de no querella,
Y es muy conforme al amor
Que los desterrados vuelvan
De noche á hacer por sus damas
Estas honradas finezas.
Si yo viniera de dia,
Donde Sevilla me viera,
No solo fuera mal caso,
Pero fuera desvergüenza.
Desterrado que de noche
Viene á sus cosas, no quiebra
El destierro, si no es
Que viene á cosas mal hechas;
Porque en efeto ya guarda
Respeto á quien lo destierra;
Y la noche es confusion
De cosas malas y buenas.
REY. Si es respeto á la justicia,
¿Qué es el Rey?
ENRI. Justicia.
REY. Espera.
Pues ¿conmigo no has topado?
ENRI. Es cosa, Señor, tan nueva
Topar con un rey de noche,
Que en mi vida se me acuerda
Haberlo oido.
REY. Yo ¿soy
El Rey?
ENRI. Conozco á tu alteza
Por mi supremo señor.
REY. Date preso.
ENRI. En mil cadenas
Me tiene tu obligacion;
Pero no es justo que quieras
Prenderme tú; que los reyes,
Y más en cosas pequeñas,
No prenden por sus personas.
Y perdona, que te acercas
Y quieres sacar la espada.
REY. Dadme la espada.
ENRI. Ahí te queda
Envainada; que no quiero
Que de otra manera sea.
REY. Eres traidor.
ENRI. Soy tu hermano.
Nunca mi madre fué reina;
Pero fué tu padre el mio.
REY. Enrique, no me enternezcas.
Vuelve.
ENRI. No puedo, Señor;
Que no quiero que me veas
En las manos sin espada,
Y en los ojos con flaqueza.
(Vanse don Enrique y Ramiro.)

ESCENA XXIII.

EL MAESTRE, MENDO. —EL REY.

REY. ¡Hay tal suceso!
MAES. ¿Qué es esto?
MENDO. Gran Señor, ¿de qué te quejas?
REY. Toma, Mendo, aquesa espada.
MENDO. ¿Tuviste alguna pendencia?
REY. Id delante y lo sabreis.
¡Maldiga el cielo estas puertas,
O maldiga mi desdicha!
Que no está la culpa en ellas.

ACTO TERCERO.

Sala en casa del Adelantado.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA JUANA; TEODORA, *disfrazada.*

TEOD. Esas flores que vendia
Entre listones y tocas,
Flores, por fingidas, pocas,
Aunque lo ha sido la mia,
Son mentiras para veros
Y verdades para hablaros
De quien ha sabido amaros,
De quien no sabe perderos.
JUANA. Luego vos ¿no sois florera?
TEOD. No, Señora; que en mi casa
El Conde esta vida pasa,
Y persuadiros quisiera.
No se atrevió, por el Rey,
A venir Ramiro aqui;
Puesto que dél entendi
Que cumpliera con la ley
De hijodalgo castellano
En morir por su señor.
JUANA. No hay aquí tanto rigor
Como él imagina en vano.
TEOD. Que piense no os espanteis
Que ya tiene posesion
El Rey de vuestra aficion,
Pues su peligro sabeis.
Y así, por servirle yo,
Vine disfrazada así;
Que el saber lo que hay en mi
Este consejo le dió.
Dice, pues, que sois cruel
Más que cuantas han nacido,
Y que con el Rey ha sido
Trato desterrarle á él.
Que el interés de reinar
Os ha movido, no amor;
Aunque escoger lo mejor
Bien os puede disculpar;
Porque ya en el mundo es ley
Que en sus voluntades reina;
Y que pues que ya sois reina,
Le pongais bien con el Rey.
Que le pidais el perdon
De su enojo, y no el destierro;
Que el volver tiene por yerro,
Pues ya no tiene ocasion.
Que con sola la respuesta
Que me habeis de dar, se irá

A Castilla, pues ya está
Vuestra voluntad dispuesta
A querer y á no querer,
Cuando disculpada estais;
Pues mejor es que seais
Su reina que su mujer.
JUANA. Por serlo vos no he tomado
Vuestra venida sin gusto;
Mas por lo que fuera justo,
Mucho me hubiera enojado.
¿Tiene el mundo como Enrique
Mayor traidor?
TEOD. ¿Qué decis?
JUANA. ¿Para qué me persuadis
Que á sus engaños aplique
Los oidos, que ya tengo
Como el áspid al encanto,
Pues en despreciarle tanto,
Menos que es justo me vengo?
Sirve el Conde aquí á mi prima;
Hablarle de noche intenta,
Haciendo á mi amor afrenta,
Que hasta el honor me lastima.
Hallé yo al Rey embozado;
Lloro yo porque á Castilla
Se parte, ¡y está en Sevilla
Muy de espacio enamorado!
Decidle que si pretende
La gracia del Rey por mi,
Que ¿por qué me engaña así,
Pues su mismo honor ofende?
Que si al Rey hablé, él me dió
La causa...—Y no repliqueis;
Que estais donde no sabeis.
TEOD. No tengo la culpa yo;
Porque el Conde, en confianza
Del pasado amor, me ha hecho
Disfrazar á mi despecho,
Y contra alguna esperanza;
Que aunque no es mi calidad
La vuestra, he querido al Conde.
JUANA. Eso tambien corresponde
A su mucha libertad.
Id con Dios, y agradeced
Que os dejo salir así.
TEOD. Señora...
JUANA. Salios de aquí.
TEOD. Que estoy sin culpa creed. *(Vase.)*

ESCENA II.

DOÑA JUANA.

Enrique, yo no quiero aventurarme
Por tu ocasion, ni por mi amor perderme:
Si tú sabes, traidor, aborrecerme,
¿Por qué no sabré yo de tí vengarme?
¡Ay, que me cuesta mucho el apartarme
De la ocasion con que quisiste verme!
No me veas, cruel; que es ofenderme.—
Señora, yo me voy.—Vuelve á matarme.
—Oye, mi bien: ¿qué pierdes en oirme?
—Pierdo el honor y al Rey.—Verdad te
[trato.
—Por eso de tu amor quiero partirme.
—Amor celoso olvida, como ingrato;
Mas no podrás.—Sí haré; porque el más
[firme
A manos de otro amor le acaba el trato.

ESCENA III.

DON ENRIQUE, RAMIRO.—DOÑA JUANA.

ENRI. No me tengas.
RAMI. ¿Dónde vas?
ENRI. A perderme.
RAMI. ¿Estás en tí?
ENRI. Pues si yo estuviera en mí,
¿Amara á una ingrata más?
JUANA. ¿Qué es esto? ¿Quién es?
ENRI. ¡Quién es!
¡Oh, qué pregunta extremada!
¿Qué, ya estás tan olvidada,
Que me ves y no me ves?
Pues yo te diré quién soy.
JUANA. ¡Válgame Dios, qué locura!
ENRI. Soy un alma que procura
El pecho en que ya no estoy.
Soy un hombre que solias
Decir, Señora, que amabas,
Cuando menos estimabas
Que el amor las monarquias.
Soy quien tuvo tal ventura,
Que mereció de tus labios
Seguridades de agravios,
Si hay cosa en mujer segura.
Soy el que perdió por tí
Su rey, su hermano, su dueño,
La noche para tí sueño,
Y desvelo para mí.
Soy cometa que pasó
Por el cielo, si se debe
Tal nombre á hermosura breve
Que adonde nació murió.
Soy finalmente...
JUANA. No más;
No pases de finalmente,
Pues un fin tan indecente
A tantos favores das;
Porque ya no me dirás,
Enrique, cosa que crea...
—¿Enrique dije? No sea
Favor nombrarte; que fué
Yerro de la lengua, en fe
De que ofenderte desea;
Que cuando tu nombre nombro
Por venganza al despedirte,
¿Cómo puedo yo decirte
Más afrenta que tu nombre?
Véte, Enrique; que eres hombre,
Y esta hazaña tuya es.
ENRI. ¿Tú dices que á doña Inés
Escribí?
JUANA. Pues ¿no es así?
ENRI. No, Señora, sino á tí.
Ramiro presente está.
RAMI. Quien crédito no te da,

¿Daráme crédito á mí?
Yo te trujo aquel papel:
Tu prima me le tomó.

ENRI. Pues ¿cuándo la quise yo
Para que lo guarde infiel? (a)
Si quiso engañar con él
Al Rey, no lo sé; más creo
Que nació de tu deseo:
Concierto debió de ser,
Porque tú puedas hacer
En el Rey más alto empleo.
El Rey merece agradarte,
Mejor empleada estás;
Que lo que aquí siento más
Es que quieras disculparte.
Pero amarle no era parte
Para venderme cruel; (b)
Pues pensado que el papel
Tu prima te hubiera dado,
Vine á tu puerta embozado,
Y dí por tu culpa en él.
Partirme de tí, ¿qué vale,
Si vuelvo á Sevilla luego,
Como por la cuerda el fuego
Vuelve á la parte que sale?
Mejor es que el fin iguale
Al principio en que nací.
Yo quiero morir aquí:
Sepa el Rey que aquí me tiene,
Máteme; ¿por qué no viene,
Si quiero vengarse en mí?

JUANA. ¡Enrique! Enrique!

RAMI. Señor,
¿Qué es esto?

ENRI. ¿Tú no lo ves?
¿Yo he querido á doña Inés?
¿Le tuvo en mi vida amor?
Pase un villano traidor
Mi pecho si tal pensé,
Tal serví ni tal hablé;
Ni puede ser en lugar
Donde tú estabas entrar
Otra hermosura, otra fe.
No lo digo por moverte;
Que no te pienso mover,
Ni quererte, ni querer
Que me obligues á quererte;
Mas porque no quiero verte
Disculpada en mis agravios.

JUANA. ¡Conde!

ENRI. No muevas los labios;
Que después de agravio cierto,
Nunca vuelven á concierto
Los amantes ni los sabios.
Estos tus papeles son,
Con esta encarnada cinta:
¿Quién dió veneno con tinta,
Sino mujer y traicion?
Romperá, pues, mi razon
Razones tan engañosas.

JUANA. No hagas, Enrique, cosas
De que te has de arrepentir;
Que aunque se vuelve á escribir,
No salen tan amorosas.

ENRI. Déjame.

JUANA. Así Dios me guarde...

ENRI. Eres reina: ¿qué he de hacer?

JUANA. Créeme.

ENRI. No puede ser.

JUANA. ¿Por qué, Conde?

ENRI. Porque es tarde,
Y es razon que me acobarde
De mi rey justo respeto.

JUANA. Y ¿si ser tuya prometo,
Cuando esté desengañada?

ENRI. Serás de mí tan amada
Como mereces, y aun más...
—Pero en efeto serás
Del Rey; que estás obligada.

JUANA. A quien se hace de rogar
Y me desprecia, no es bien
Que mis deseos ledén
Ocasion, sino lugar.
Voyme á no ver, á olvidar
Que he querido bien al Conde.

RAMI. ¡Dónde vas, Señora?

JUANA. ¿Dónde?
Voy, Ramiro, á no querer
Al Conde.

RAMI. No puede ser,
Si el Conde te corresponde.
Mira ¡qué celos aquellos,
Y qué mirarte á traicion!
¿No le ves el corazon,
Por los ojos, todo en ellos?

JUANA. Tiénesme por los cabellos.

RAMI. No tengo tal; que tú eres
quien te tienes, porque quieres
Tenerte.

JUANA. Mal me conoces.

RAMI. No te irás, así te goces.

JUANA. Mal conoces las mujeres.

RAMI. No lo eres tú; que ángel tienes
Por nombre y por hermosura.

JUANA. ¿Qué es lo que Enrique procura,
Ramiro, que me detienes?

RAMI. (*A Enrique.*)
Tú, ¿que quimeras previenes,
Que no llegas á gozar
La dicha deste lugar?

ENRI. Quiéreso ir.

RAMI. ¡Buen dormir!
Si ella se quisiera ir,
¿Quién so lo había de estorbar?
Pues mira que la mujer
Sabe sufrir más que el hombre.

ENRI. Como mi mujer se nombre,
Di que la quiero querer.

RAMI. Claro está que lo ha de ser.

JUANA. Conde, si estoy satisfecha
De mi pasada sospecha,
Seré tu esposa.

ENRI. No sé
Qué satisfaccion te dé,
Si mi verdad no aprovecha.

(a) En todos los impresos: «Para regalarme en él.»
(b) En otras: «Para venderme con él.»

ESCENA IV.

DOÑA INÉS, *sin ser vista.*—DICHOS.

INÉS. (*Ap.*) ¡Qué es esto que viendo estoy!
Enrique es este. ¡Qué en vano
A dos que se quieren bien
Estorba ningun contrario!
Oir quiero desde aquí
Qué pueden estar hablando
Con tan grande atrevimiento.

JUANA. Firma, Conde, de tu mano
Esa verdad.

ENRI. Oye.

JUANA. Di;
Que yo haré luego otro tanto.

RAMI. Y yo quiero ser juez,
Que no soy apasionado
De ninguno de los dos.

INÉS. (*Ap.*) Y yo testigo en mi daño.

ENRI. Si yo las flechas del amor tuviera,
De vos á todo el mundo enamorara,
Y en torres de diamantes os guardara,
Porque después de amaros nadie os viera.
Que tanto me quisiérades hiciera,
Que de otro ningun bien se os acordara;
El pensamiento á una cadena atara,
Y la imaginacion os suspendiera.
Y si pudiera yo, con una llave
Cerrara al tiempo el curso presuroso
En esa dulce juventud süave,
Porque jamás en ese rostro hermoso
La edad pusiera cosa menos grave,
Ni yo pudiera ser menos dichoso.

RAMI. ¡Valiente, por Dios! ¡Ansi!
De lo que entiendo me agrado;
No aquello del ser sin ser,
Por el ser del ser formado,
Y el ser del ser que no fuera,
De que el vulgo hace milagros,
Y todos son disparates
En bernardinas fundados;
Que si lo que se oye aprisa,
Ello se oyera de espacio,
Más de cuatro se corrieran
De lo que aquí celebraron. (a)

JUANA. Cuando sin penas yo pudiera amaros
(Que sin celos no puede ser quereros),
Para tenerlas suspendiera el veros,
Pues el penar por vos fuera obligaros.
Quereros sin costarme aventuraros
Era quererme á mí, y era ofenderos;
Que más quiero obligaros y perderos,
Que, sin quereros obligar, gozaros.
Glorias solas de amor amor condena;
Penas quiero por vos; que la memoria,
Si asiste á solas glorias, es ajena.
Penar amando es la mayor vitoria;
Y si amor es amor por lo que pena,
Por teneros amor, no quiero gloria.

(a) Gallardamente se burla aquí Lope del culteranismo que tanto afea las producciones de otros poetas de su tiempo, y de que no se vió libre Calderon, aunque tambien se lamenta de ello en algunas de sus obras.

ENRI. ¿Qué juzgas?

RAMI. Que os doy por buenos.

INÉS. (*Acercándoseles.*)
Y yo, que estaba escuchando,
Digo lo mismo.

ENRI. Pudieras,
Señora, haberlo excusado,
Como el decir que la carta
Es para tí; pues es llano
Que Ramiro te la dió
Para doña Juana.

INÉS. Estando
Bien descuidada, llegó,
Don Enrique, el Rey, tu hermano;
Y yo, por no le decir
Verdades que siente tanto,
Fingí que era para mí.

JUANA. Harto bien te has disculpado.

RAMI. El Rey viene.

JUANA. No hay remedio
Sino esconderte.

ENRI. Aquí aguardo.

JUANA. ¿Oyes?

ENRI. Sí.

JUANA. ¿Llevas reloj?

ENRI. No vengo tan descuidado,
Que de la pasada burla
No tenga el alma temblando.
Mas doña Inés queda ahí,
Que me servirá de mano,
Señalando dónde estoy
En las letras de mis daños.

(*Escóndense don Enrique y Ramiro.*)

ESCENA V.

DOÑA JUANA, DOÑA INÉS.

INÉS. En mala fama he caído;
Porque quise remediaros;
Mas ¿qué mejor premio tiene
Quien sirve pechos ingratos?
Pero la palabra os doy,
(*Ap.* Para solo aseguraros,)
De ayudar vuestros amores.

JUANA. Mira que viene: habla paso.

ESCENA VI.

EL REY.—DICHAS.

REY. Habiendo dado cuenta, hermosa Juana,
A mi reino de aqueste casamiento,
Y informado de cosa que es tan llana
Como tu generoso nacimiento,
Todo con gusto á obedecer se allana
Y aprueba mi amoroso pensamiento;
Que las partes del noble Adelantado
Le hacen temido y igualmente amado.
Está para esta noche prevenida:
Será mi desposorio celebrado;
Y si no quieres tú que aquí resida,
Luego verás á Guadarrama helado;
Que como tengo en tí mi propia vida

Y el reino de mi amor depositado,
Adonde tú quisieres, allí sea
La corte, donde yo te goce y vea.

JUANA. Señor, siempre que tú á mi padre puedes,
Honrarle solicitas: Dios te guarde.
Mas con él solicita esas mercedes
Que le quieres hacer; que estoy cobarde.

REY. Yo gusto que á tratar tus cosas quedes,
Aunque no importa el prevenirlas tarde.
Voy á hablar á tu padre.

JUANA. Muchos años
Vivas.

REY. Para servirte.

JUANA. (*Ap.*) ¡Hay más engaños!
(*Vase el Rey.*)

ESCENA VII.

DON ENRIQUE, RAMIRO.—DOÑA JUANA, DOÑA INÉS.

ENRI. Di agora que tenga vida.

JUANA. Y ¿tendrála quien te escucha?

ENRI. No me descubrió el reloj;
Mayor fué mi desventura.
Si en la noche de San Juan
Sus horas mi muerte anuncian,
Allí tocaron campanas,
Y aquí fué mi sepultura.
Ya ¿qué esperanza me queda,
Si la posesion es suya,
Pues que viene á ser verdad
Lo que hasta agora fué duda?
¡Mal haya amén el papel,
Pues desde entonces procuras
Mi muerte, por un engaño
En una inocencia justa!
¡Esta noche! ¡Extraño caso!
¡Bravo amor, terrible furia,
Loco deseo y poder
Sin resistencia ninguna!
Nací de rey; mas ¿qué importa?
No hay fuerza contra la suya.
Rey poderoso y mi hermano,
¡Qué de respetos se juntan!
¿Qué me aconsejas? ¿Qué haré?

JUANA. Primero que se concluya
El casamiento que dice,
Verás mi muerte.

ENRI. No acudas (*a*)
Con lágrimas á la mia;
Que, pues ya lloras, la anuncias.
¿Qué agüero como llorar
Las estrellas? Restituya
Rayos á tu sol el lienzo,
Si las cogo ó las enjuga.
¡Ay doña Juana! ¡Ay señora!
Por premio de mis locuras,
De mis ansias, de mis celos,
De mis agravios y injurias,
Dame esas lágrimas solas,
Perlas desas luces puras,
Para consuelo en mi muerte,

(a) «No cumplas,» dice en otras.

Y porque mejor descubras
Los ojos que no he de ver.

JUANA. (*Le da el pañuelo.*)
Toma y mira que me excusa,
Enrique, tan grande fuerza.—
Vamos, Inés.

INÉS. ¡Qué profunda
Tristeza! (*Ap.* Mas ¡qué alegria
De su dolor me resulta! (*Vanse las dos.*)

ESCENA VIII.

DON ENRIQUE, RAMIRO.

RAMI. ¿Habémonos de morir?
¿No respondes?

ENRI. ¿Qué preguntas?

RAMI. ¿Ha de haber exclamaciones?
¿Quieres invocar las musas?
¿Habrá décimas al lienzo?

ENRI. ¡Cosa extraña!

RAMI. ¡Cosa injusta!
¡En lindo dinero paga
Amor! Y ¡á qué coyuntura
Te dan un lienzo de perlas!

ENRI. Suban mis lágrimas, suban
Al cielo de amor, y pidan
Justicia.

RAMI. Es razon.

ENRI. Es mucha.

RAMI. ¿Digo yo que no?

ENRI. ¿Qué fiera
India, qué bárbara turca,
No le respondiera al Rey:
«Casada estoy?»

RAMI. No presumas
Que esto de reinar es cosa
Que por amor se aventura.
Cuanto más alta ha nacido
Doña Juana, más la encumbran
Sus altivos pensamientos.

ENRI. Pues ¿cómo llora?

RAMI. De industria.
Dijo un sabio que jamás
Le falta á mujer alguna,
Ni lágrimas para engaños,
Ni para errores excusas.

ENRI. En ángel no puede haber
Llanto fingido.

RAMI. Si ayudas
Tu misma pena, ¿qué quieres?
Bien haces, pues la disculpas.

ENRI. ¿Preveniste los caballos?

RAMI. Pues ¿iráste?

ENRI. No se excusa.
¿Tengo yo de ver mi muerte?
¿Cómo quieres tú que encubran
Mis celos tanto dolor?

RAMI. ¡Oh! ¡cuánto, Señor, deslumbra
Una corona de oro!

ENRI. Hoy la sentencia pronuncias,
Divina Juana, á mi muerte;
Hoy mi sufrimiento apuras.
Ya no hay lugar donde pueda

Estar mi persona oculta.—
Pica, Ramiro, á Castilla.
Todo me congoja y turba.

RAMI. Animo, Señor.

ENRI. Ya voy.
¡Qué mal quien no quiere juzga
De amor!—Adios, gran Sevilla;
Adios, señora perjura,
Que por verte reinar pones
Tu vida en tan vil fortuna.
Beso tu lienzo.

RAMI. ¿Están ya,
Di, las lágrimas enjutas?

ENRI. Sí.

RAMI. Pues lo mismo en mujer
Las penas de ausencia duran. (*Vanse.*)

ESCENA IX.

EL REY, EL ADELANTADO, MENDO.

ADEL. No sé con qué razones, Rey supremo,
Estas visitas pueda yo pagaros.

REY. Cubrios, Marqués.

ADEL. Honráisme con extremo.

REY. Marqués de Cádiz, siempre yo he de hon-

ADEL. ¡Tantas mercedes! [raros.

REY. (*Ap.* Declararme temo.)
Deseo cuanto puedo adelantaros,
Porque habemos de ser parientes presto.

ADEL. Dos hermanos tenéis; yo estoy dispuesto.

REY. Camina, Mendo, y de secreto llama
Al Arzobispo: di que presto venga.

MENDO. Voy á serviros. Cierto que esta dama
Merece que lugar tan alto tenga. (*Vase.*)

ESCENA X.

EL REY, EL ADELANTADO.

REY. Vuela tan presto la parlera fama,
Que porque algun instante se detenga,
Pretendo, Adelantado, de secreto
Hacer un casamiento.

ADEL. Sois discreto.

REY. Quiero casar á vuestra hermosa Juana
De mi mano, Marqués, y con un hombre
Tan bueno como yo.

ADEL. Todo lo allana
Vuestro valor. ¿Podré saber el nombre?

REY. Basta que le veais.

ADEL. Mucho se humana
Vuestra grandeza.

REY. No hay por qué os asombre.

ADEL. ¿Tan bueno como vos?

REY. Será muy cierto.
Adelantado, oid lo que os advierto.
Al hombre que viniere de secreto
A vuestra casa, le dareis á Juana;
Que el Arzobispo viene al mismo efeto.
No pierda amor lo que el silencio gana.
Hablalde y estimalde; que os prometo
Que no hay en la corona castellana
Hombre como él, y mi mayor amigo.

ADEL. Guárdeos el cielo.

REY. Lo que puedo os digo.
(*Vase.*)

ESCENA XI.

EL ADELANTADO.

¡Tan bueno como el Rey! No fueron vanos
Mis pensamientos, pues será forzoso
Que el uno venga á ser de los hermanos
Que tiene, el que ha de ser de Juana esposo.
Cualquiera en estos reinos castellanos
Tiene opinion de príncipe famoso
En letras y armas, y podrá cualquiera
Hacer mi casa como el sol la esfera.
¡Oh si fuese tan grande mi ventura,
Que fuese Enrique! ¡Oh si viniese el Conde
A honrar mi casa!

ESCENA XII.

DOÑA JUANA, ELVIRA.—EL ADELANTADO.

JUANA. (*Ap.*) En tanta desventura,
Con llamar á la muerte, no responde.

ELV. (*Ap. á doña Juana.*)
¿Es posible que dicha tan segura
Como te ofrece la fortuna, adonde
Señora de Castilla y reina seas,
Ingrata al cielo deshacer deseas?

JUANA. ¿Eso te espanta, Elvira? ¿Es maravilla
Qué amor desprecie el bien?

ADEL. ¡Oh hermosa Juana!
¿Sabes por dicha tú si está en Sevilla
El conde Enrique?

JUANA. Sé que esta mañana
En desgracia del Rey se fué á Castilla.

ADEL. Salió en efeto mi esperanza vana;
Aunque es razon que el mismo amor le [muestre,
Si tu esposo ha de ser, al gran Maestre.
(*Vase.*)

ESCENA XIII.

DOÑA JUANA, ELVIRA.

ELV. Lleno de cuidado veo
A tu padre y mi señor.

JUANA. Él trata cosas de honor,
Yo trato de mi deseo.

ELV. Ya no es tiempo de tratar
Más que en tu dicha, Señora.

JUANA. Elvira, si amaba agora,
¿Agora puedo olvidar?

ELV. Confieso que el Conde es hombre
Galan; mas, á toda ley,
El Rey es rey, y es el Rey
Muy galan y gentilhombre;
Pues cuando fueran iguales,
Le pudieras elegir.

JUANA. No suele amor presumir
De preciar cetros reales.

ELV. Tu intento me maravilla,
Mal á tu valor responde.
JUANA. ¡Ay Elvira! ¿Estará el Conde
Muchas leguas de Sevilla?
ELV. ¡Bien te enmiendas! Bien serás
Mujer del Rey desde modo!
JUANA. Ahora olvidémoslo todo,
Pues que no puede ser más.

ESCENA XIV.

EL MAESTRE, MENDO, *con un azafate cubierto.*—DICHAS.

MAES. Ya, Señora, como á quien
Es su mujer, os envia
El Rey...
JUANA. (*Ap.*) ¡Ay desdicha mia!
MAES. Un presente.
JUANA. ¿Para quién?
MAES. Para vos, reina y señora
De Castilla.
JUANA. ¡Para mí,
Maestre!
MAES. Señora, sí:
Tanto mi hermano os adora.
JUANA. Descubridle.
MAES. Aquesta es
De Castilla la corona,
Digna de vuestra persona.
JUANA. ¡La corona!
MAES. A vuestros piés,
Cuanto y más á vuestra frente,
La ofrece el Rey.
JUANA. ¿Qué he de hacer?
Esto es á más no poder.—
Toma, Elvira, aquesa fuente.—
Decid al Rey mi señor,
Maestre... No digais nada.
Mas decid... Estoy turbada...
MAES. ¿Qué os turba?
JUANA. Tanto favor.
Decidle...
MAES. ¿Qué le diré?
JUANA. Que venga á verme.
MAES. Yo voy.
MENDO. Maestre, confuso estoy. (*Ap. á él.*)
En los ojos se le ve
Que no le agrada el reinar.
MAES. Temo que anda el Conde aqui.
MENDO. Esta mañana le vi.
MAES. Calla; que importa callar.
(*Vanse el Maestre y Mendo.*)

ESCENA XV.

DOÑA JUANA, ELVIRA.

JUANA. Muestra, Elvira, la corona.
ELV. ¿Qué quieres hacer?
JUANA. Hablalle.
ELV. ¿Cómo hablalle?
JUANA. Y preguntalle
Si amor su desprecio abona.—
Corona ilustre, perdona;
Que te quiero aventurar.
Bien sé que me han de culpar;
Pero dicenme mi amor
Que ofenderé tu valor
Si amando llego á reinar.
¡Cuántas traiciones se han hecho
Por tí! Cuántas crueldades!
¡Qué vidas, honras, ciudades
Has abrasado y deshecho!
Enrique se fué, y sospecho
Que de mí y de tí quejoso:
En estado tan penoso,
¿Si te podré despreciar?
Pero ¿quién ha de dejar
Lo cierto por lo dudoso?
Amor primero, perdona;
Que estoy dudosa de tí;
Mas no perdones, si á mí
Tu misma culpa me abona.—
Toma, Elvira, la corona;
No quede el Conde quejoso.
Diga el interés celoso
Que hay mujer que supo amar,
Perder un reino, y dejar
Lo cierto por lo dudoso.

ESCENA XVI.

EL REY.—DICHAS.

REY. Después de haberte enviado,
Hermosa Juana, el valor
Destas bodas, de mi amor
Y de mi poder, cifrado
En la corona que has visto,
De que señora serás
Y mia, sin lo demás
Que de los moros conquisto,
El Maestre me avisó
Que me querias hablar;
Y el alma en otro lugar
Confusas nuevas me dió;
Porque tambien me previno
Mi hermano de que turbada
Le respondistes.
JUANA. Fiada,
Pedro, en tu valor divino,
En tu grande entendimiento
Y generoso valor,
Te quiero decir mi amor
Con notable atrevimiento.
Enrique, ya tú lo sabes,
Me sirvió; correspondí
A su amor; mas siempre di
Pasos honestos y graves.
Ni una palabra indecente,
Ni un papel que á mi valor
Solo un átomo de honor
Quitase, vió eternamente.
Y así el haber diferido
Amarte y corresponderte
Tiene ocasion, y más fuerte
De lo que habrás presumido.

Escucha... Pero no sé
Cómo te diga este caso;
Que aunque sucedido, acaso
Menos colores me dé.
Los hombres, siempre atrevidos,
Aunque cuando enamorados,
En ocasiones turbados,
Las lloran arrepentidos,
Tal vez sin mirar respetos
Atropellan el temor.
REY. Yo voy, Juana, ó va mi amor
Haciendo varios concetos
De su engaño y de tu honor.
Habla, pues, no me atormentes;
Que ya sé que hay accidentes
En los sucesos de amor.
JUANA. Palabras ando á buscar
Y retóricas colores,
Aunque las mias menores
Me salgan á disculpar.
Bajaba hablando conmigo
Enrique por la escalera
De palacio... No quisiera
Tratar aquesto contigo.
¿Quieres que lo escriba?
REY. No;
Que el tiempo que has de tardar,
Es imposible esperar
Ni tener paciencia yo.
JUANA. Bajando por la escalera...
—No sé yo qué sentenciado
La sube con más cuidado.
REY. Acaba por Dios.
JUANA. Espera.
REY. Mayor enojo me causas.
JUANA. Ya lo comienzo á contar.
REY. ¿Cuándo piensas acabar?
Mira que es sangrarme á pausas.
JUANA. Siendo mi culpa tan poca,
Digo, Señor, que me asió
Enrique...
REY. ¿Y bien?
JUANA. Y llegó
(O fué por yerro) á la boca;
Que acaso hablarme quería,
Y la mucha obscuridad
Obligó á su autoridad
A tanta descortesía.
Ves aquí, pues, la razon
De no haber podido ser
Tu mujer.
REY. Dame á entender
Que es todo, Juana, invencion.
Pero lo que fuere sea.
No es ido Enrique á Castilla;
Que yo sé que está en Sevilla,
Y que enojarme desea.
Parece que es cosa fea
A un hombre de mi valor
Porfiar contra tu amor,
Y que necios y discretos
Dirán que no son efetos
Del alto y debido honor.
Pero yo, que ya ofendido
Y celoso estoy, de modo
Que los ojos cierro á todo,
Enamorado y corrido,
Ni á los necios he temido
Ni á los discretos tampoco;
Antes más bien me provoco
A satisfacer mi injuria;
Que no hay venganza sin furia
Ni amor sin punta de loco.
Esta noche haré matar
A Enrique, y muerto, podré
Casarme, pues no tendré
En qué pueda reparar.
Vivo no me he de casar,
Claro está, porque viviera
El deshonor que me diera
El haberse anticipado
Al lugar que reservado
A solo su dueño espera.
Si en el suceso reparo,
Veo, aunque no lo procuro,
Que fué mentira á lo oscuro
Y desengaño á lo claro.
Pero, aunque caso tan raro
Sea mentira, porque siga
Otro intento, y no prosiga
En el de casarme así,
Habérmelo dicho á mí
A la venganza me obliga.
Muera Enrique, porque muerto
Me casaré con viuda,
Si el amor pusiere duda
En la verdad del concierto:
Con esto, aunque descubierto
Quede lo que has referido,
Tú y yo no habremos perdido
Honor, pues en tal suceso
Serás viuda de un beso,
Como otras de su marido. (*Vase.*)

ESCENA XVII.

DOÑA JUANA.

¡Señor, Señor! Esto es hecho.
Pero Enrique va á Castilla:
Escribirle es acertado
Que su camino prosiga
A Francia ó Inglaterra.
Pero no: mejor seria
A Granada; que el rey moro
Tendrá su servicio á dicha.
Quiero escribir al momento.—
¡Elvira!

ESCENA XVIII.

ELV. Señora...
JUANA. Elvira,
Yo estoy en gran confusion:
Vuela por papel y tinta;
Que quiero escribir á Enrique,
Pues no es menos que la vida
La que le va en este aviso.

ELV. Pues, Señora, no le escribas;
Que entre la gente que ha entrado
(Que la fama presto avisa),
Ví un hombre con una capa
De color, que me decia:
«Elvira, Elvira.» Llegué,
Juzgando á descortesía
Llamarme de aquella suerte,
Y ví que era el Conde.
JUANA. Mira
Que te has engañado.
ELV. ¡Bueno!
De su ruego enternecida,
Le he metido en mi aposento.
JUANA. Luego ¿no se fué á Castilla?
ELV. Sí, Señora; pero ha vuelto;
Que estas celosas partidas
Son pelotas que amor saca
Con la furia de una riña,
Y celos de la otra parte
Se las vuelven con más prisa.
JUANA. ¡Jesús! ¡En Sevilla el Conde,
Y que no solo en Sevilla,
Sino que en mi propia casa!
ELV. Dice que celos y envidia
Le traen, para olvidarte,
A verte casar.
JUANA. Porfias
De un loco amor. Voy á verle.
ELV. Pues mira cómo le miras.
JUANA. Antes á reñirle voy,
Y á que se vaya.
ELV. No escribas
Su muerte.
JUANA. Su vida estimo,
Porque es alma de la mia. (*Vase.*)

ESCENA XIX.

EL ADELANTADO.—ELVIRA.

ADEL. En aquesta confusion
Al Rey he visto, y no veo
Ni la prenda que deseo
Ni darme satisfaccion.—
Doña Elvira, ¿dónde va
Tu señora?
ELV. Tan confuso
Todo está, que se dispuso
Para no aguardarte ya,
Y pienso que se recoge. (*Vase.*)

ESCENA XX.

EL ADELANTADO.

El Arzobispo ha venido,
El Rey está desabrido;
¿Qué puede haber que le enoje?
Gente de fuera se junta,
La de casa está turbada;
Llorosa la desposada,
Lo que sabe me pregunta.
Todos hablan de secreto,
Y á todos estoy mirando.

ESCENA XXI.

DOÑA INÉS.—EL ADELANTADO.

INÉS. (*Ap.* Diré lo que estoy dudando,
Pues es disculpado efeto
De mis celos la venganza.)
¿Cómo descuidado estás,
Cuando á tus hazañas das
Fin de tan baja mudanza?
Encerrado en su aposento
De Elvira está el Conde.
ADEL. ¿Quién?
INÉS. Enrique.
ADEL. ¿Sábeslo bien?
INÉS. Sí, pues lo he visto.
ADEL. ¿A qué intento?
INÉS. ¿Eso preguntas? ¿No sabes
La ocasion? Si ha sido amor,
¿No es preguntármelo error?
ADEL. Doña Inés, en cosas graves
Y de los reyes, silencio. (*Vase.*)

ESCENA XXII.

DOÑA INÉS.

¿Qué silencio he de tener,
Si no es que de ser mujer,
Amando, me diferencio?
¡Oh amor! ¿Para qué me obligas
A hacer cosas tan mal hechas?
En los tiempos que hay sospechas
Es bien que tus celos digas;
Pero no cuando hay agravios.
Mas ¿quién tendrá discrecion
Cuando quiere el corazon
Servir de lengua á los labios?

ESCENA XXIII.

EL REY, EL MAESTRE, MENDO, ACOMPAÑAMIENTO.—DOÑA INÉS.

REY. (*Ap. al Maestre.*)
A Castilla á lo que digo
Ya don Nuño despachado;
Matarálo en el camino,
Si acaso va caminando.
Por toda Sevilla van
Don Arias y don Gonzalo
Con gente, por si está en ella.
MAES. ¿Cómo, Señor, con mi hermano
Usas de tanto rigor?
Mira que sus pocos años
Le disculpan, y esta ofensa
No es tuya.
REY. Yo sé que cuando
Sepas la razon, Maestre,
Disculparás este caso.
MENDO. Aquí está, Señor, su prima,
Y por ventura esperando

A la Reina mi señora.
REY. Doña Inés...
INÉS. Señor...
REY. De tantos
Parabienes no he querido
Hacer, sin el tuyo, caso.
¿Qué es esto?
INÉS. Soy tan de casa,
Que le tengo reservado
Para mejor ocasion.
REY. Bien dices, si dilatando
Se van agora las bodas.
Mas, llama al Adelantado;
Que tengo que le decir.
INÉS. (*Ap.*) El Rey lo sabe: ¿qué aguardo?
REY. Todos se turban. ¿Qué es esto?
O todos ven mis engaños,
O yo los engaño á todos.
MAES. La novedad lo ha causado,
Pues con secreto pretendes
Lo que fuera bien más claro
Y á gusto de todo el reino.
REY. Confieso que yerro, y hago
Una cosa sin razon,
Que no la entiendo y la trato.
MENDO. El Adelantado viene.

ESCENA XXIV.

EL ADELANTADO.—DICHOS.

REY. ¡Oh fuerte honor castellano!
ADEL. ¿Qué me manda vuestra alteza?
REY. Primo, que me deis los brazos.
¿Está prevenido ya
Lo que os dije?
ADEL. Mirad cuánto
Os quiero, que ya está hecho.
REY. ¿Cómo hecho?
ADEL. Ejecutado,
Señor, vuestro advertimiento:
Hallé el hombre y le he casado.
REY. ¿Qué hombre?
ADEL. Por el secreto,
El hombre que os digo callo;
Pero si se ha de saber,
Iré por él.
REY. ¡Caso extraño!—
Id por él.—¡Cielos! ¿Qué es esto?
ADEL. Yo voy, Señor. (*Vase.*)
REY. ¿Es encanto?
¡Casado el hombre! ¿Qué hombre?
INÉS. (*Ap.*) Mis esperanzas llegaron
Al postrer punto.
REY. ¿Qué haré?

ESCENA XXV.

EL ADELANTADO; DON ENRIQUE, *con* DOÑA JUANA, RAMIRO.—EL REY, EL MAESTRE, DOÑA INÉS, MENDO.—ACOMPAÑAMIENTO.

ADEL. Yo sé que estoy disculpado
Con que al Rey obedecí.
Llegad á sus piés entrambos.
REY. ¿Es Enrique?
ENR. Sí, señor,
Y á tu servicio casado
Por mano del Arzobispo,
Y porque tú lo has mandado;
Que yo, Señor, no quería.
Solo vine rebozado
A ver tu boda, y me dijo
El Adelantado, estando
Oculto en un aposento,
Que era tu gusto.
REY. (*Ap.* No hallo
Respuesta á tan gran desdicha,
Fundada en tan necio engaño.)—
Adelantado, ¿qué es esto?
ADEL. ¿No me dijiste que, hallando
Un hombre esta noche aquí,
De secreto y disfrazado,
Que es tan bueno como vos?...
Pues si hallo á vuestro hermano
Y le caso con mi hija,
¿Con otro tal no la caso?
REY. Adelantado, vos fuistes
Dos veces adelantado:
La una por vuestro oficio,
La otra en adelantaros
A casar á don Enrique.
A lo hecho no hay reparo.
Yo le perdono, y confirmo
El casamiento.
JUANA. Tus años
Prospere el cielo, Señor.
RAMI. ¿Podré pedir un agravio?
REY. No pidas nada, Ramiro;
Todos quedais perdonados.
RAMI. Nunca te faltan dineros.
REY. Pon, doña Juana, en un cuadro
De tus armas mi corona,
Y porque la has despreciado,
Esté pintada al revés.
ENRI. Aquí se acaba, Senado,
Lo cierto por lo dudoso:
Si lo queda de agradaros
El autor, será lo cierto,
Y lo dudoso el engaño.



ACTO SEGUNDO, ESCENA VI.

LA ESTRELLA DE SEVILLA.

PERSONAS.

EL REY DON SANCHO EL BRAVO.
DON ARIAS.
DON PEDRO DE GUZMAN, ALCALDE MAYOR.
FARFAN DE RIBERA, ALCALDE MAYOR.
DON GONZALO DE ULLOA.
FERNAN PÉREZ DE MEDINA.
DON SANCHO ORTIZ.
BUSTO TABERA.

ESTRELLA, DAMA.
TEODORA.
MATILDE.
DON IÑIGO OSORIO.
DON MANUEL.
CLARINDO, GRACIOSO.
UN ALCAIDE.
ACOMPAÑAMIENTO.
CRIADOS. MÚSICOS. GENTE.

La escena es en Sevilla.

ACTO PRIMERO.

Salon del alcázar.

ESCENA PRIMERA.

EL REY, DON ARIAS, DON PEDRO DE GUZMAN, FARFAN DE RIBERA.

REY. Muy agradecido estoy
Al cuidado de Sevilla,
Y conozco que en Castilla
Soberano rey ya soy.
Desde hoy reino, pues desde hoy
Sevilla me honra y ampara;
Que es cosa evidente y clara
Y es averiguada ley
Que en ella no fuera rey,
Si en Sevilla no reinara.
Del gasto y recibimiento,
Del aparato en mi entrada,
Si no la dejo pagada,
No puedo quedar contento.
Tendrá mi corte su asiento
En ella: y no es maravilla
Que la corte de Castilla
De asiento en Sevilla esté;
Que en Castilla reinaré

Mientras reinare en Sevilla.

PEDRO. Hoy sus alcaldes mayores
Agradecidos pedimos
Tus piés, porque recebimos
En su nombre tus favores.
Jurados y regidores
Ofrecen con voluntad
Su riqueza y su lealtad,
Y el Cabildo lo desea,
Con condicion que no sea
En daño de tu ciudad.

REY. Yo quedo muy satisfecho
«De lealtad tan singular.» (a)

PEDRO. Tus manos nos da á besar,

REY. Que en recibirme habeis hecho
Como quien sois; y sospecho
Que á vuestro amparo he de hacerme
Rey de Gibraltar, que duerme
Descuidado en las columnas;
Y con prósperas fortunas
Haré que se rinda inerme... (b)

FARF. Con su lealtad y su gente
Sevilla, porque interesa,
Os servirá en esta empresa, (c)
Ofreciendo juntamente
Las vidas.

ARIAS. Así lo siente
De vos el Rey, y de vos:
Satisfecho de los dos
Queda, y de vuestro deseo. (d)

REY. Todo, Sevilla, lo creo
Y lo conozco. Id con Dios.

(Vanse los Alcaldes.)

ESCENA II.

EL REY, DON ARIAS.

ARIAS. ¿Qué le parece, Señor,
De Sevilla?

REY. Parecido
Me ha tan bien, que hoy he sido
Solo rey.

ARIAS. Mucho mejor,
Mereciendo tu favor,
Señor, le parecerá

(a) Suplido.

(b) «Haré que *de mí se acuerde*,» dice la única edicion antigua de este precioso drama, y tambien la de Rivadeneyra, que seguimos: en esta última se hace notar que *acuerde* no es consonante de *hacerme* y *duerme*. Nos vemos obligados á retocar el texto, muy viciado en este y otros muchos pasajes, ya que desgraciadamente no conocemos el original de una de las mejores composiciones de Lope.

(c) «Sevilla en tan alta empresa,
»Le servirá á vuestra alteza,»
dice la edicion antigua; donde, además de la mala construccion gramatical, se ve que *alteza* no es consonante de *empresa*.

(d) Aquí ha sido enmendado por el señor Hartzenbusch el texto de la edicion antigua, que dice así:
«Las vidas.
ARIAS. Así lo siente, y satisfecho
Su majestad de los dos
Queda de vuestro deseo.»
Donde se ve que sobran algunas palabras en el primero ó en el segundo de estos versos, y falta uno entero.

Cada dia.

REY. Claro está
Que ciudad tan rica y bella,
Viviendo despacio en ella,
Más despacio admirará.

ARIAS. El adorno y las grandezas
De sus calles, no sé yo
Si Augusto en Roma las vió,
Ni tuvo tantas riquezas.

REY. Y las divinas bellezas,
¿Por qué en silencio las pasas?
¿Cómo limitas y tasas
Sus cabajes y arreboles?
Y di ¿cómo en tantos soles
Como fueron, no te abrasas?

ARIAS. Doña Leonor de Ribera
Todo un cielo parecia;
Que de su rostro nacia
El sol de la primavera.

REY. Sol es, si blanca no fuera,
Y á un sol con rayos de nieve
Poca alabanza se debe,
Si en vez de abrasar, enfria.
Sol que abrasase querria,
No sol que helado se bebe.

ARIAS. La que te arrojó las rosas,
Doña Mencía se llama
Coronel.

REY. Hermosa dama;
Mas otras ví más hermosas.

ARIAS. Las dos morenas briosas
Que en la siguiente ventana
Estaban, eran doña Ana
Y doña Beatriz Mejía,
Hermanas, con que aun el dia
Nuevos resplandores gana.

REY. Por Ana es comun la una;
Y por Beatriz la otra es
Sola como el fénix, pues
Jamás le igualó ninguna.

ARIAS. La buena ó mala fortuna
¿Tambien se atribuye al nombre?

REY. En amor (y no te asombre)
Los nombres son (e) extrañeza,
Son (f) calidad y nobleza
Al apetito del hombre.

ARIAS. La blanca y rubia...

REY. No digas
Quién es esa: la mujer
Blanca y rubia vendrá á ser
Mármol y azófar; y obligas,
Como adelante prosigas,
A oir lo (g) que me da pena.
Una ví de gracias llena,
Y en silencio la has dejado;
Que en sola la blanca has dado,
Y no has dado en la morena.
¿Quién es la que en un balcon
Yo con atencion miré,
Y la gorra le quité
Con alguna suspension?

(e) Con dice en la edicion antigua.
(f) Con dice aquí tambien en la edicion antigua.
(g) *La* dice la edicion primitiva.

¿Quién es la que rayos son
Sus dos ojos fulminantes,
En abrasar semejantes
A los de Júpiter fuerte,
Que están dándome la muerte,
De su rigor ignorantes?
Una que, de negro, hacia
Fuerte competencia al sol,
Y al horizonte español
Entre ébano amanecia.
Una noche, horror del dia,
Pues, de negro, luz le daba,
Y él eclipsado quedaba;
Un borron de la luz pura
Del sol, pues con su hermosura
Sus puras líneas borraba.

ARIAS. Ya caigo, Señor, en ella.

REY. En la mujer más hermosa
Repara, que es justa cosa.

ARIAS. Esa la llaman *la Estrella*
De Sevilla.

REY. Si es más bella (a)
Que el sol, ¿cómo así la ofende
Sevilla? ¿Cómo no entiende
Que merece su arrebol
Llamarse Sol, pues es sol
Que vivifica y enciende?

ARIAS. Es doña Estrella Tabera
Su nombre, y por maravilla,
La llama Estrella Sevilla.

REY. Y Sol llamarla pudiera.

ARIAS. Casarla su hermano espera
En Sevilla como es justo.

REY. Se llama su hermano...

ARIAS. Busto
Tabera, y es regidor
De Sevilla; cuyo honor
A su calidad ajusto.

REY. ¿Y es casado?

ARIAS. No es casado;
Que en la esfera sevillana
Es sol, si estrella es su hermana;
Que estrella y sol se han juntado.

REY. En buena estrella he llegado
A Sevilla: tendré en ella
Fuerte favor, si es tan bella
Como la deseo: ya
Todo me sucederá
Muy bien, con tan buena estrella.
¿Qué órden, don Arias, darás
Para que la vea y hable?

ARIAS. Esa estrella favorable,
A pesar del sol, verás.
A su hermano honrar podrás;
Que á los más fuertes honores
Baten tiros de favores.

(a) El resto de esta décima, tan perfectamente arreglado por el señor Hartzenbusch, se lee en la edicion antigua así:
Si es mas bella
Que el sol, ¿cómo así la ofende?
Mas Sevilla no se entiende,
Mereciendo su arrebol;
Llamarase sol, pues es sol
Que vivifica y enciende.

Favorécele; que el dar,
Deshacer y conquistar
Puede imposibles mayores.
Si tú le das y él recibe,
Se obliga; y si es obligado,
Pagará lo que le has dado;
Que al que dan, en bronce escribe.

REY. A llamarle te apercibe,
Y dar órden juntamente
Cómo la noche siguiente
Vea yo á Estrella en su casa;
Epiciclo que me abrasa (b)
Con fuego que el alma siente.

(Vase Don Arias.)

ESCENA III.

DON GONZALO DE ULLOA, *con luto*.—EL REY.

GONZ. Béme los piés vuestra alteza.

REY. Levantad, por vida mia.
Dia de tanta alegría
¿Venis con tanta tristeza?

GONZ. Murió mi padre...

REY. Perdí
Un valiente capitan.

GONZ. Y las fronteras están
Sin quien las defienda.

REY. Sí.
Faltó una heróica persona,
Y enternecido os escucho.

GONZ. Señor, ha perdido mucho
La frontera de Archidona;
Y puesto, Señor, que igual
No ha de haber en su valor,
Y que he heredado el honor
De tan fuerte general,
Vuestra alteza no permita
Que no se me dé el oficio
Que ha vacado.

REY. Claro indicio
Que en vos siempre se acredita.
Pero la muerte llorad
De vuestro padre, y en tanto
Que estais con luto y con llanto,
En mi corte descansad.

GONZ. Con la misma pretension
Fernan Perez de Medina
Viene, y llevar imagina
Por servicios el baston;
Que, en fin, adalid ha sido
Diez años, y con la espada
Los nácares de Granada
De rubíes ha teñido;
Y por eso adelantarme
Quise.

REY. Veréme en ello;
Que supuesto que he de hacello,
Quiero en ello consultarme.

(b) *Epiciclo*, término astronómico, muy usado por nuestros poetas antiguos. En sentido figurado, significa órbita obligada de todos mis movimientos y centro en el que busco la luz; ó en que el sol me enciende, etc.

ESCENA IV.

FERNAN PÉREZ DE MEDINA.—DICHOS.

FERN. Pienso, gran Señor, que llego
Tarde á vuestros altos piés;
Besarlos quiero, y después...
REY. Fernan Pérez, con sosiego
Los piés me podeis besar;
Que aun en mis manos está
El oficio, y no se da
Tal plaza sin consultar
Primero vuestra persona
Y otras del reino importantes,
Que siendo en ellos atlantes,
Serán rayos de Archidona.
Id, y descansad.
GONZ. Señor,
Este memorial os dejo.
FERN. Y yo el mio, que es espejo
Del cristal de mi valor;
Donde se verá mi cara
Limpia, perfecta y leal.
GONZ. Tambien el mio es cristal
Que hace mi justicia clara.
(Vanse Don Gonzalo y Fernan.)

ESCENA V.

DON ARIAS, BUSTO TABERA.—EL REY.

ARIAS. Aquí, gran Señor, está
Busto Tabera.
BUSTO. A esos piés
Turbado llego, porque es
Natural efecto ya
En la presencia del Rey
Turbarse el vasallo; y yo,
Puesto que esto lo causó,
Como es ordinaria ley,
Dos veces llego turbado;
Porque el hacerme, Señor,
Este impensado favor
Turbacion en mí ha causado.
REY. Alzad.
BUSTO. Bien estoy así;
Que si el Rey se ha de tratar
Como santo en el altar,
Digno lugar escogí.
REY. Vos sois un gran caballero.
BUSTO. De eso he dado á España indicio;
Pero conforme á mi oficio,
Señor, los aumentos quiero.
REY. Pues yo los puedo aumentar.
BUSTO. Divinas y humanas leyes
Dan potestad á los reyes;
Pero no les dan lugar
A los vasallos á ser
Con sus reyes atrevidos,
Porque con ellos medidos,
Gran Señor, deben tener
Sus deseos: y así, yo,
Que exceder las leyes veo,
Junto á la ley mi deseo.
REY. ¿Cuál hombre no deseó
Ser más siempre?
BUSTO. Si más fuera,
Cubierto me hubiera hoy;
Pero si Tabera soy,
No ha de cubrirse Tabera.
REY. *(Aparte con don Arias.)*
¡Notable filosofía
De honor!
ARIAS. *(Aparte con el Rey.)*
Capricho el primero
Sin segundo.
REY. Yo no quiero,
Tabera, por vida mia,
Que os cubrais hasta aumentar
Vuestra persona en oficio,
Que os dé deste amor indicio;
Y así, os quiero consultar,
Sacándoos de ser Tabera,
Por general de Archidona;
Que vuestra heróica persona
Será rayo en su frontera.
BUSTO. Pues yo, Señor, ¿en qué guerra
Os he servido?
REY. En la paz
Os hallo, Busto, capaz
Para defender mi tierra;
Tanto, que ahora os prefiero
A estos que servicios tales
Muestran por sus memoriales,
Que aquí en mi presencia quiero
Que leais y despacheis.
Tres pretenden, que sois vos
Y estos dos: mirad qué dos
Competidores teneis.
BUSTO. *(Lee.)* «Muy poderoso Señor: Don Gonzalo de Ulloa suplica á vuestra alteza »le haga la merced de la plaza de capitan general de las fronteras de Archidona, atento que mi padre, estándole »sirviendo más tiempo de catorce años, »haciendo notables servicios á Dios por »vuestra corona, murió en una escaramuza. Pido justicia, etc.»
—Si de su padre el valor
Ha heredado don Gonzalo,
El oficio le señalo.
REY. Leed el otro. *(a)*
BUSTO. *(Lee.)* «Señor,
»Fernan Pérez de Medina,
»Veinte años soldado ha sido,
»Y á vuestro padre ha servido,
»Y serviros imagina
»Con su brazo y con su espada,
»En propios reinos, y extraños.
»Ha sido adalid diez años
»De la vega de Granada,
»Ha estado cautivo en ella
»Tres años en ejercicios
»Cortos; por cuyos oficios,

(a) Edicion antigua:
REY. »Leed el otro *memorial*.
BUSTO. *(Lee.)* *Muy poderoso Señor.»*
Enmienda hecha por el señor Hartzenbusch.

»Y por su espada, que en ella
»Toda su justicia abona,
»Pide en este memorial
»El baston de general
»De los campos de Archidona.»
REY. Decid los vuestros.
BUSTO. No sé
Servicio aquí que decir,
Por donde pueda pedir,
Ni por donde se me dé.
Referir de mis pasados
Los soberanos blasones,
Tantos vencidos pendones
Y castillos conquistados,
Pudiera; pero, Señor,
Ya por ellos merecieron
Honor; y si ellos sirvieron,
No merezco yo su honor.
La justicia, para sello,
Ha de ser bien ordenada,
Porque es paridad sagrada *(a)*
Que Dios cuelga de un cabello.
Dar este oficio es justicia
A uno de los dos aquí;
Que si me le dais á mí,
Haceis, Señor, injusticia.
Y aquí en Sevilla, Señor,
En cosa no os he obligado;
Que en las guerras fuí soldado,
Y en las paces regidor.
Y si va á decir verdad,
Fernan Pérez de Medina
Merece el cargo: que es dina
De la frontera su edad.
Y á don Gonzalo podeis,
Que es mozo y cordobés Cid,
Hacer, Señor, adalid.
REY. Sea, pues, lo que quereis.
BUSTO. Solo quiero (y la razon
Y la justicia lo quieren)
Darles á los que sirvieron
Debida satisfaccion.
REY. Basta; que me avergonzais
Con vuestros buenos consejos.
BUSTO. Son mis verdades espejos;
Y así, en ellas os mirais.
REY. Sois un grande caballero,
Y en mi cámara y palacio
Quiero que asistais despacio,
Porque yo conmigo os quiero.
¿Sois casado?
BUSTO. Gran Señor,
Soy de una hermana marido,
Y casarme no he querido
Hasta dárscle.
REY. Mejor
Yo, Busto, se le daré.
¿Es su nombre?
BUSTO. Doña Estrella.
REY. A Estrella, que será bella,
No sé qué esposo le dé
Sino es el sol.
BUSTO. Solo un hombre,
Señor, para Estrella anhelo;
Que no es estrella del cielo.
REY. Yo la casaré, en mi nombre,
Con hombre que la merezca.
BUSTO. Por ello los piés te pido.
REY. Daréle, Busto, marido
Que á su igual no desmerezca.
Y decidle que he de ser
Padrino y casamentero,
Y que yo dotarla quiero.
BUSTO. Ahora quiero saber,
Señor, para qué ocasion
Vuestra alteza me ha llamado;
Porque me ha puesto en cuidado.
REY. Teneis, Tabera, razon.
Yo os llamé para un negocio
De Sevilla, y quise hablaros
Primero, para informaros
Dél; pero la paz y el ocio
Nos convida: más despacio
Lo trataremos los dos.
Desde hoy asistidme vos
En mi cámara y palacio.
Id con Dios.
BUSTO. Los piés me dad.
REY. Mis dos brazos, regidor,
Os daré.
BUSTO. Tanto favor
No entiende mi actividad.
(Ap. Sospechoso voy: quererme,
Y sin conocerme honrarme,
Más parece sobornarme,
Honor, que favorecerme.) *(Vase.)*

ESCENA VI.

EL REY, DON ARIAS.

REY. El hombre es bien entendido,
Y tan cuerdo como honrado.
ARIAS. Destos honrados me enfado.
¡Cuántos, gran Señor, lo han sido,
Hasta dar con la ocasion!
Sin ella, son destos modos
Todos cuerdos; pero todos
No en todas, Señor, lo son.
Aquel murmura hoy de aquel
Que de otro ayer murmuró;
Que la ley que ejecutó,
Ejecuta el tiempo en él.
Su honra en una balanza
Pone; en otra poner puedes
Tus favores y mercedes,
Tu lisonja y tu privanza.
REY. Encubierto pienso ver
Esa mujer en su casa,
Que es sol, pues tanto me abrasa,
Aunque estrella al parecer.
Viva yo, y diga Castilla
Lo que quisiere decir;

(a) *Caridad* sagrada, dicen otras. *Paridad* es igualdad ó perfecta semejanza: equivalencia mútua en reciprocidad de circunstancias; condiciones esenciales de la justicia.

Que, rey ciego, he de seguir
A la Estrella de Sevilla. (*Vanse.*)

—

Sala en casa de Busto Tabera.

ESCENA VII.

DON SANCHO, ESTRELLA, MATILDE, CLARINDO.

SANCH. Divino ángel mio,
¿Cuándo seré tu dueño,
Sacando deste empeño
Las ánsias que te envio?
¿Cuándo el blanco rocio
Que vierten mis dos ojos,
Sol que alumbrado sales
En conchas de corales,
De que ha formado amor los labios ro-
Con apacible calmas [jos,
Perlas harás que engasten nuestras al-
(mas?

ESTR. Si como mis deseos
Los tiempos caminaran,
Al sol aventajáran
Los pasos gigantcos,
Y mis dulces empleos
Celebrara Sevilla,
Sin envidiar celosa,
Amante venturosa,
La regalada y tierna tortolilla,
Que con arrullos roncos
Tálamos hace de los huecos troncos.

SANCH. ¡Ay cómo te agradece
Mi vida esos deseos!
Los etéreos trofeos
De la fama apetece
Mi alma, y se te ofrece.

ESTR. Yo con ella la vida,
Para que viva en ella.

SANCH. ¡Ay, amorosa Estrella,
De fuego y luz vestida!

ESTR. ¡Ay, piadoso homicida!

SANCH. ¡Ay, sagrados despojos,
Norte en el mar de mis confusos ojos!

CLARIN. (*A Matilde.*)
¿Cómo los dos no damos
De holandas y cambrayes
Algunos blandos ayes,
Siguiendo á nuestros amos?

SANCH. ¿No callas?

CLARIN. Ya callamos.
¡Ay, hermosa muleta (*Ap. á Matilde.*)
De mi amante desmayo!

MATIL. ¡Ay, hermoso lacayo,
Que al son de la almohaza eres poeta!

CLARIN. ¡Ay, mi dicha!

MATIL. ¡Ay, dichoso!

CLARI. No tiene tantos ayes un leproso.

SANCH. ¿Qué dice al fin tu hermano?

ESTR. Que hechas las escrituras
Tan firmes y seguras,
El casamiento es llano,
Y que el darte la mano
Unos dias dilate
Hasta que él se provenga.

SANCH. Mi amor quiere que tenga
Mísero fin, si el tiempo le combate.
Hoy casarme querria;
Que da el tiempo mil vueltas cada dia.

ESTR. Si el tiempo se detiene,
Habla á mi hermano.

SANCH. Quiero
Hablarle, porque muero
Lo que amor le entretiene.

CLARIN. Busto Tabera viene.

ESCENA VIII.

BUSTO.—DICHOS.

BUSTO. ¡Sancho amigo!...

ESTR. ¡Ay! ¿Qué es esto?

SANCH. ¿Vos con melancolía?

BUSTO. Tristeza y alegria
En cuidado me han puesto.
Éntrate dentro, Estrella.

ESTR. ¡Válgame Dios! El tiempo me atropella.
(*Vanse Estrella y Matilde.*)

ESCENA IX.

DON SANCHO, BUSTO, CLARINDO.

BUSTO. Sancho Ortiz de las Roelas...

SANCH. ¿Ya no me llamais cuñado?

BUSTO. Un caballo desbocado
Me hace correr sin espuelas.
Sabed que el Rey me llamó,
No sé por Dios para qué;
Que aunque se lo pregunté,
Jamás me lo declaró.
Haciame general
De Archidona, sin pedillo;
Y á fuerza de resistillo,
No me dió el baston real.
Hízome al fin...

SANCH. Proseguid;
Que todo eso es alegria.
Decid la melancolía,
Y la tristeza decid.

BUSTO. De su cámara me ha hecho.

SANCH. Tambien es gusto.

BUSTO. Al pesar
Vamos.

SANCH. (*Ap.*) Que me ha de costar
Algun cuidado sospecho.

BUSTO. Dijome que no casara
A Estrella, porque él queria
Casarla, y se preferia,
Cuando yo no la dotara,
A hacerlo y dalle marido
A su gusto.

SANCH. Tú dijiste
Que estabas alegre y triste;
Mas yo solo el triste he sido,
Pues tú alcanzas las mercedes,

Y yo los pesares cojo.
Déjame á mí con tu enojo,
Y tú el gusto tener puedes;
Que en la cámara del Rey,
Y bien casada tu hermana,
El tenerle es cosa llana.
Mas no cumples con la ley
De amistad; porque debias
Decirle al Rey que ya estaba
Casada tu hermana.

BUSTO. Andaba
Entre tantas demasías
Turbado mi entendimiento,
Que lugar no me dió allí
A decirlo.

SANCH. Siendo así,
¿No se hará mi casamiento?

BUSTO. Volviendo á informar al Rey
Que están hechos los conciertos
Y escrituras, serán ciertos
Los contratos; que su ley
No ha de atropellar lo justo.

SANCH. Si el Rey la quiere torcer,
¿Quién fuerza le podrá hacer,
Habiendo interés ó gusto?

BUSTO. Yo le hablaré y vos tambien;
Pues yo entonces, de turbado,
No le dije lo tratado.

SANCH. Muerte pesares me dén.
Bien decia que en el tiempo
No hay instante de firmeza,
Y que el llanto y la tristeza
Son sombra de pasatiempo.
Y cuando el Rey con violencia
Quisiere torcer la ley...

BUSTO. Sancho Ortiz, el Rey es rey:
Callar, y tener paciencia. (*Vase.*)

ESCENA X.

DON SANCHO, CLARINDO.

SANCH. En ocasion tan triste,
¿Quién paciencia tendrá, quién sufri-
Tirano, que veniste, [miento?
A perturbar mi dulce casamiento,
Con aplauso á Sevilla,
No goces los imperios de Castilla.
Bien de don Sancho el Bravo
Mereces el renombre; que en las obras
De conocerte acabo,
Pues por tu crüeldad tal nombre cobras;
Pero Dios las humilla.
De Sevilla salgamos;
Vamos á Gibraltar, donde las vidas
En su riesgo perdamos.

CLARIN. Sin ir allá las damos por perdidas.

SANCH. Con Estrella tan bella,
¿Cómo vengo á tener tan mala estrella?
Mas ¡ay, que es rigurosa,
Y en mí son sus efectos desdichados!

CLARIN. Por esta estrella hermosa
Morimos como huevos estrellados;
Mejor fuera en tortilla.

SANCH. No goces los imperios de Castilla.
(*Vanse.*)

—

Calle.

ESCENA XI.

EL REY, DON ARIAS, ACOMPAÑAMIENTO; *después* BUSTO.

REY. Decid como estoy aqui.

ARIAS. Ya lo saben, y á la puerta
A recibirte, Señor,
Sale don Busto Tabera. (*Sale Busto.*)

BUSTO. ¡Tal merced, tanto favor!
¿En mi casa vuestra alteza?

REY. Por Sevilla así embozado
Salí, con gusto de verla,
Y me dijeron, pasando,
Que eran vuestras casas estas,
Y quise verlas; que dicen
Que son en extremo buenas.

BUSTO. Son casas de un escudero.

REY. Entremos.

BUSTO. Señor, son hechas
Para mi humildad, y vos
No podeis caber en ellas;
Que para tan gran señor
Se cortaron muy estrechas,
Y no será bien notado
En Sevilla, cuando sepan
Que á visitarme venis.

REY. No vengo, Busto, por ellas;
Por vos vengo.

BUSTO. Gran señor,
Notable merced es esta;
Y si aquí por mí venis,
No es justo que os obedezca;
Que será descortesía
Que á visitar su rey venga
Al vasallo, y que el vasallo
Lo permita y lo consienta.
Criado y vasallo soy,
Y es más razon que yo os vea,
Ya que me quereis honrar,
En el alcázar; que afrentan (*a*)
Muchas veces las mercedes,
Cuando vienen con sospecha.

REY. ¿Sospecha? ¿De qué?

BUSTO. Dirán,
Puesto que al contrario sea,
Que venistes á mi casa
Por ver á mi hermana; y puesta
En buena opinion su fama,
Está á pique de perderla;
Que el honor es cristal puro,
Que con un soplo se quiebra.

REY. Ya que estoy aquí, un negocio
Comunicaros quisiera.
Entremos.

BUSTO. Por el camino
Será, si me dais licencia;

(*a*) *Ostentan* dice la edicion antigua.

Que no tengo apercebida
La casa.

REY. (*Ap. á don Arias.*) Gran resistencia
Nos hace.

ARIAS. (*Ap. al Rey.*) Llevarle importa;
Que yo quedaré con ella,
Y en tu nombre le hablaré.

REY. Habla paso, no te entienda;
Que tiene todo su honor
Este necio en las orejas.

ARIAS. El peso las romperá.

REY. Basta; no quiero por fuerza
Ver vuestra casa.

BUSTO. Señor,
En casando á doña Estrella,
Con el adorno que es justo
La verá.

ARIAS. Esos coches llega.

REY. Ocupad, Busto, un estribo.

BUSTO. A pié, si me dais licencia,
He de ir.

REY. El coche es mio,
Y mando yo en él.

ARIAS. Ya esperan
Los coches.

REY. Guien al alcázar.

BUSTO. (*Ap.*) Muchas mercedes son estas;
Gran favor el Rey me hace:
¡Plegue á Dios que por bien sea! (*Vanse.*)

Sala en casa de Busto.

ESCENA XII.

ESTRELLA, MATILDE; *después* DON ARIAS.

ESTR. ¿Qué es lo que dices, Matilde?

MATIL. Que era el Rey, Señora. (*Sale don Arias.*)

ARIAS. Él era,
Y no es mucho que los reyes
Siguiendo una estrella vengan.
A vuestra casa venia
Buscando tanta belleza;
Que si el Rey lo es de Castilla,
Vos de la beldad sois reina.
El rey don Sancho, á quien llaman
Por su invicta fortaleza
El Bravo el vulgo, y los moros,
Porque de su nombre tiemblan,
Esa divina hermosura
Vió en un balcon, competencia
De los palacios del alba,
Cuando en rosas y azucenas
Medio dormidas las aves,
La madrugan y recuerdan,
Y del desvelo llorosa,
Vierte racimos de perlas.
Mandóme que de Castilla
Las riquezas te ofreciera,
Aunque son para tus gracias
Limitadas las riquezas.
Que su voluntad admitas;
Que si la admites y premias,
Serás de Sevilla el sol,
Si has sido hasta aquí la estrella.
Daráte villas, ciudades,
De quien serás ricahembra,
Y daráte á un ricohombre
Por esposo, con quien seas
Corona de tus pasados
Y aumento de tus Taberas.
¿Qué respondes?

ESTR. ¿Qué respondo?
Lo que ves. (*Vuelve la espalda.*)

ARIAS. Aguarda, espera.

ESTR. A tan livianos recados
Da mi espalda la respuesta. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

DON ARIAS, MATILDE.

ARIAS. (*Ap.* ¡Notable valor de hermanos!
Los dos suspenso me dejan.
La gentilidad romana
Sevilla en los dos celebra.
Parece cosa imposible
Que el Rey los contraste y venza;
Pero porfia y poder
Talan montes, rompen peñas.
Hablar quiero á esta criada;
Que las dádivas son puertas
Para conseguir favores
De las Porcias y Lucrecias.)
¿Eres criada de casa?

MATIL. Criada soy; mas por fuerza.

ARIAS. ¿Cómo por fuerza?

MATIL. Que soy
Esclava.

ARIAS. ¿Esclava?

MATIL. Y sujeta,
Sin la santa libertad,
A muerte y prision perpetua.

ARIAS. Pues yo haré que el Rey te libre,
Y mil ducados de renta
Con la libertad te dé,
Si en su servicio te empleas.

MATIL. Por la libertad y el oro
No habrá maldad que no emprenda.
Mira lo que puedo hacer;
Que lo haré como yo pueda.

ARIAS. Tú has de dar al Rey entrada
En casa esta noche.

MATIL. Abiertas
Todas las puertas tendrá,
Como cumplas la promesa.

ARIAS. Una cédula del Rey
Con su firma y de su letra,
Antes que éntre te daré.

MATIL. Pues yo le pondré en la mesma
Cama de Estrella esta noche.

ARIAS. ¿A qué hora Busto se acuesta?

MATIL. Al alba viene á acostarse.
Todas las noches requiebra;
Que este descuido en los hombres
Infinitas honras cuesta.

ARIAS. Y ¿á qué hora te parece

Que venga el Rey?

MATIL. Señor, venga
A las once; que ya entonces
Estará acostada.

ARIAS. Lleva
Esta esmeralda en memoria
De las mercedes que esperas. (*Vase.*)

Salon del alcázar.

ESCENA XIV.

DON ÍÑIGO OSORIO, BUSTO Y DON MANUEL, *con llaves doradas.*

MAN. Goce vuestra señoria
La llave y cámara, y vea
El aumento que desea.

BUSTO. Saber pagalle querria
A su alteza la merced
Que me hace sin merecella.

ÍÑIGO. Mucho mereceis, y en ella
Que no se engaña creed
El Rey.

BUSTO. Su llave me ha dado,
Puerta me hace de su cielo;
Aunque me amenaza el suelo,
Viéndome tan levantado;
Que como impensadamente
Tantas mercedes me ha hecho,
Que se ha de mudar sospecho
El que honra tan de repente.

ESCENA XV.

DON ARIAS.—DICHOS.

ARIAS. A recoger, caballeros;
Que quiere el Rey escribir.

MAN. Vamos, pues, á divertir
La noche.
(*Vanse Busto, don Íñigo y don Manuel.*)

ESCENA XVI.

EL REY.—DON ARIAS.

REY. ¿Que sus luceros
Esta noche he de gozar,
Don Arias?

ARIAS. Sí: la esclavilla
Es extremada.

REY. Castilla
Estatuas le ha de labrar.

ARIAS. Una cédula has de hacelle.

REY. Ven, don Arias, á ordenalla;
Que no dudaré en firmalla,
Como mi amor la atropelle.

ARIAS. ¡Buena queda la esclavilla,
A fé de noble!

REY. Recelo
Que me vende el sol del cielo
En la Estrella de Sevilla.

ACTO SEGUNDO.

Calle.

ESCENA PRIMERA.

EL REY, DON ARIAS Y MATILDE, *á la puerta de casa de Busto.*

MATIL. Solo será más seguro;
Que todos reposan ya.

REY. ¿Y Estrella?

MATIL. Durmiendo está,
Y el cuarto en que duerme, oscuro.

REY. Aunque decillo bastaba,
Este es, mujer, el papel,
Con la libertad en él;
Que yo le daré otra esclava
A Busto.

ARIAS. El dinero y todo
Va en él.

MATIL Dadme vuestros piés.

ARIAS. (*Ap. al Rey.*) Todas con el interés
Son, Señor, de un mismo modo.

REY. Divina cosa es reinar.

ARIAS. ¿Quién lo puede resistir?

RBY. Al fin, solo he de subir,
Para más disimular.

ARIAS. ¿Solo te aventuras hoy?

REY. Pues dime, ¿en qué me aventuro?
Y cuando no esté seguro,
¿Conmigo mismo no voy?
Vete.

ARIAS. ¿Dónde aguardaré?

REY. Desviado de la calle,
En parte donde te halle.

ARIAS. En San Marcos entraré. (*Vase.*)

REY. ¿A qué hora Busto vendrá?

MATIL. Viene siempre cuando al alba
Los pájaros hacen salva;
Y abierta la puerta está
Hasta que él viene.

REY. (*Ap.*) El amor
Disculpa mi avilanteza. (*a*)

MATIL. Busque tras mi vuestra alteza
Lo escuro del corredor. (*Vanse.*)

ESCENA II.

DON MANUEL, BUSTO, DON ÍÑIGO.

BUSTO. Esta es mi posada.

ÍÑIGO. Adios.

BUSTO. Es temprano para mi.

MAN. No habeis de pasar de aquí.

BUSTO. Basta.

ÍÑIGO. Tenemos los dos

(*a*) «El amor—me alienta á tan alta *empresa*,» dice la edicion antigua, por consonante otra vez de *alteza*. ¿Qué alta empresa es la de un rey que se introduce á traicion en una casa con el favor de una esclava? Por ambos motivos hemos variado el verso, que no se sabe cómo estaria en el original.

Cierta visita que hacer.
BUSTO. ¿Qué os pareció Feliciana?
MAN. En el alcázar mañana,
Amigo, en esa mujer
Hablaremos; que es figura
Muy digna de celebrar.
(Vanse don Manuel y don Íñigo.)

ESCENA III.

BUSTO.

Temprano me entro á acostar.
(Mirando el portal de la casa.)
Toda la casa está obscura.
¿No hay un paje? ¡Hola, Lujan,
Osorio, Juanico, Andrés!
Todos duermen. ¡Justa, Inés!
Tambien ellas dormirán.
¡Matilde! Tambien la esclava
Se ha dormido: es dios el sueño,
Y de los sentidos dueño.
(Entrase en su casa.

Sala de casa de Busto.

ESCENA IV.

EL REY, MATILDE; *después* BUSTO.

MATIL. Pienso que es el que llamaba
Mi señor. ¡Perdida soy!
REY. ¿No dijiste que venia
Al alba?
MATIL. Desdicha es mia.
(Sale Busto, y el Rey se emboza.)
BUSTO. ¡Matilde!
MATIL. ¡Ay Dios! Yo me voy.
REY. *(Ap. á ella.)*
No tengas pena.
(Vase Matilde.)

ESCENA V.

EL REY, BUSTO.

BUSTO. ¿Quién es?
REY. Un hombre.
BUSTO. ¡A estas horas hombre
En mi casa! Diga el nombre.
REY. Aparta.
BUSTO. No sois cortés;
Y si pasa, ha de pasar
Por la punta desta espada;
Que aunque esta casa es sagrada,
La tengo de profanar.
REY. Ten la espada.
BUSTO. ¿Qué es tener,
Cuando el cuarto de mi hermana
Desta suerte se profana?
Quién sois tengo de saber,
O aquí os tengo de matar.
REY. Hombre de importancia soy;
Déjame.
BUSTO. En mi casa estoy,
Y en ella yo he de mandar.
REY. Déjame pasar: advierte
Que soy hombre bien nacido;
Y aunque á tu casa he venido,
No es mi intencion ofenderte,
Sino aumentar más tu honor.
BUSTO. ¡El honor así se aumenta!
REY. Corre tu honor por mi cuenta.
BUSTO. Por esta espada es mejor.
Y si mi honor procurais,
¿Cómo embozado venis?
Honrándome, ¿os encubris?
Dándome honor, ¿os tapais?
Vuestro temor os convenza,
Como averiguado está;
Que ninguno que honra da,
Tiene de dalla vergüenza.
Meted mano, ó ¡vive Dios,
Que os mate!
REY. ¡Necio apurar!
BUSTO. Aquí os tengo de matar,
O me habeis de matar vos. *(Mete mano.)*
REY. *(Ap.* Diréle quién soy.) Detente;
Que soy el Rey.
BUSTO. Es engaño.
¡El Rey procurar mi daño,
Solo, embozado y sin gente!
No puede ser; y á su alteza
Aquí, villano, ofendeis,
Pues defecto en él poneis,
Que es una extraña bajeza.
¡El Rey habia de estar
Sus vasallos ofendiendo!
De nuevo en esto me ofendo;
Por esto os he de matar,
Aunque más me perdais.
Y ya que á mi me ofendais,
No en su grandeza pongais
Tal defecto, pues sabeis
Que sacras y humanas leyes
Condenan á culpa estrecha
Al que imagina ó sospecha
Cosa indigna de los reyes.
REY. *(Ap.* ¡Qué notable apurar de hombre!)
Hombre, digo que el Rey soy.
BUSTO. Menos crédito te doy;
Porque aquí no viene el nombre
De rey con las obras, pues
Es el Rey el que da honor;
Tú buscas mi deshonor.
REY. *(Ap.)* Este es necio y descortés:
¿Qué he de hacer?
BUSTO. *(Ap.* El embozado
Es el Rey, no hay que dudar.
Quiérole dejar pasar,
Y saber si me ha afrentado
Luego; que el alma me incita
La cólera y el furor;
Que es como censo el honor,
Que aquel que le da, le quita.)
Pasa, cualquiera que seas,

Y otra vez al Rey no infames,
Ni el Rey, villano, te llames
Cuando haces hazañas feas.
Mira que el Rey, mi señor,
Del Africa horror y espanto,
Es cristianísimo y santo,
Y ofendes tanto valor.
La llave me ha confiado
De su casa, y no podia
Venir sin llave á la mia
Cuando la suya me ha dado.
«Ved si llego á imaginar
»Que sois quien calla mi lengua.
»Pero pasad; que no es mengua
»De quien os puede matar *(a)*,»
Y no atropelleis la ley;
Mirad que es hombre en efeto:
Esto os digo, y os respeto
Porque os fingisteis el Rey.
Y de verme no os asombre
Fiel, aunque quedo afrentado;
Que un vasallo está obligado
A tener respeto al nombre.
«Cumplo con mi obligacion:
»Y el Rey sabrá, si los huella,
»Que no es rey quien atropella
»Los fueros de la opinion *(b)*;»
Y sin más atropellallos
Contra Dios y contra ley,
Así aprenderá á ser rey
Del honor de sus vasallos.
REY. Ya no lo puedo sufrir;
Que estoy confuso y corrido.
¡Necio! Porque me he fingido
Ser el Rey, ¿me dejas ir?
Pues advierte que yo quiero,
Porque dije que lo era,
Salir de aquesta manera; *(Mete mano.)*
Que si libertad adquiero
Porque aquí rey me llamé,
Y en mi respetas el nombre,
Porque te admire y te asombre,
En las obras lo seré.
Muere, villano; que aquí
Aliento el nombre me da
De rey, y él te matará.
BUSTO. Solo mi honor reina en mí. *(Riñen.)*

ESCENA VI.

CRIADOS, *con luces*; MATILDE.—EL REY, *embozado*, BUSTO.

CRIADOS. ¿Qué es esto?
REY. *(Ap.)* Escaparme quiero
Antes de ser conocido.
Deste villano ofendido
Voy; pero vengarme espero. *(Vase.)*
UN CRIADO. Huyó quien tu afrenta trata.
BUSTO. Seguidle, dadle el castigo...
—Dejadle; que al enemigo
Se ha de hacer puente de plata.
Dadle una luz á Matilde,
Y entraos vosotros allá.
(Dásela, y vanse los criados.)

ESCENA VII.

BUSTO, MATILDE.

BUSTO. *(Ap.* Esta me vende, que está
Avergonzada y humilde.
La verdad he de sacar
Con una mentira cierta.)
Cierra de golpe esa puerta.—
Aquí os tengo de matar:
Todo el caso me ha contado
El Rey.
MATIL. *(Ap.* Si él no guardó
El secreto, ¿cómo yo,
Con tan infelice estado,
Lo puedo guardar?) Señor,
Todo lo que el Rey te dijo
Es verdad.
BUSTO. *(Ap.* Ya aquí colijo
Los defectos de mi honor.)
¿Que tú al fin al Rey le diste
Entrada?
MATIL. Me prometió
La libertad; y así, yo
Por ella, como tú viste,
Hasta este mesmo lugar
Le metí.
BUSTO. Y ¿sabe Estrella
Algo desto?
MATIL. Pienso que ella
En sus rayos á abrasar
Me viniera, si entendiera
Mi concierto.
BUSTO. Cosa es clara;
Porque si acaso enturbiara
La luz, estrella no fuera.
MATIL. No permite su arrebol
Eclipse ni sombra oscura;
Que es su luz brillante y pura,
Participada del sol.
A su cámara llegó;
Y dándome este papel,
Entró el Rey, y tú tras él.
BUSTO. ¿Cómo? ¿Ese papel te dió?
MATIL. Con mil ducados de renta
Y la libertad.
BUSTO. *(Ap.* ¡Favor
Grande á costa de mi honor!
¡Bien me engrandece y aumenta!) *(c)*
Vén conmigo.
MATIL. ¿Dónde voy?
BUSTO. Vas á que te vea el Rey;
Que así cumplo con la ley
Y obligacion en que estoy.
MATIL. ¡Ay desdichada esclavilla!
BUSTO. *(Ap.)* Si el Rey la quiso eclipsar,
Fama á España ha de quedar
De *la Estrella de Sevilla*. *(Vanse.)*

(a b) Se han añadido estas dos redondillas, para completar el sentido, que aquí parecia truncado, como puede verse leyendo el parlamento sin ellas.

(c) «¡Bien me engranece mental» dice la edicion que seguimos.

UNIVERSIDAD DE MURCIA
ESTE 2
TABL F
NE 864

Calle delante de alcázar.

ESCENA VIII.

EL REY, DON ARIAS.

REY. Esto al fin ha sucedido.
ARIAS. Quisiste entrar solo...
REY. Ha andado
Tan necio y tan atrevido,
Que vengo, amigo, afrentado;
Que sé que me ha conocido.
Metió mano para mí
Con equívocas razones,
Y aunque más me resistí,
Las naturales acciones
Con que como hombre nací,
Del decoro me sacaron
Que pide mi majestad.
Doy sobre él; pero llegaron
Con luces, que la verdad
Dijeran que imaginaron,
Si la espalda no volviera,
Temiendo ser conocido;
Y vengo desta manera.
Lo que ves me ha sucedido,
Arias, con Busto Tabera.
ARIAS. Pague con muerte el disgusto;
Degüéllale; vea el sol
Naciendo el castigo justo,
Pues en el orbe español
No hay más leyes que tu gusto.
REY. Matarle publicamente,
Arias, es yerro mayor.
ARIAS. Causa tendrás suficiente;
Que en Sevilla es regidor,
Y el más sabio y más prudente
No deja, Señor, de hacer
Algun delito, llevado
De la ambicion y el poder.
REY. Es tan cuerdo y tan mirado,
Que culpa no ha de tener.
ARIAS. Pues hazle, Señor, matar
En secreto.
REY. Eso sí:
Mas ¿de quién podré fiar
Este secreto?
ARIAS. De mí.
REY. No te quiero aventurar.
ARIAS. Pues yo darte un hombre quiero,
Valeroso y gran soldado,
Como insigne caballero,
De quien el moro ha temblado
En el obelisco fiero
De Gibraltar, donde ha sido
Muchas veces capitan
Victorioso, y no vencido,
Y hoy en Sevilla le dan,
Por gallardo y atrevido,
El lugar primero; que es
De militares escuelas
El sol.
REY. Su nombre ¿cómo es?
ARIAS. Sancho Ortiz de las Roelas,
Y el Cid andaluz después.
REY. Ese al momento me llama,
Pues ya quiere amanecer.
ARIAS. Vén á acostarte.
REY. ¿Qué cama,
Arias, puede apetecer
Quien está ofendido y ama?
Ese hombre llama al momento.
ARIAS. En el alcázar está
Un bulto pendiente al viento.
REY. ¿Bulto dices? ¿Qué será?
ARIAS. No será sin fundamento.
REY. Mira quién es.
ARIAS. La esclavilla,
Con el papel en las manos.
REY. ¡Hay tal rabia!
ARIAS. ¡Hay tal mancilla!
REY. Mataré á los dos hermanos,
Si se alborota Sevilla (a).
ARIAS. Mándale luego quitar,
Y con decoro y secreto
Tambien se puede enterrar.
¡Así se pierde el respeto!
Tabera no ha de quedar. (*Vanse.*)

Sala en casa de Busto.

ESCENA IX.

BUSTO, ESTRELLA.

ESTR. ¿Qué es esto?
BUSTO. Echa ese marco.
ESTR. Apenas el sol dormido
Por los balcones del alba
Sale pisando zafiros,
¡Y me levantas del lecho,
Solo, triste y afligido!
Confuso estás y turbado.
Dime, ¿has visto algun delito
En que cómplice yo sea?
BUSTO. Tú me dirás si lo has sido.
ESTR. ¿Yo? ¿Qué dices? ¿estás loco?
Dime si has perdido el juicio.
¡Yo delito! Mas ya entiendo
Que tú lo has hecho en decillo,
Pues solo con preguntallo,
Contra mí lo has cometido.
¿No me conoces? ¿No sabes
Quién soy? En mi boca ¿has visto
Palabras desenlazadas
Del honor con que las rijo?
Porque si no las visto nada
Que me pueda ser indicio,
¿Qué delito puede haber?
BUSTO. Sin ocasion no lo digo.
ESTR. ¿Sin ocasion?
BUSTO. ¡Ay, Estrella!
Que esta noche en casa...
ESTR. Dilo;
Que si estuviere culpada,
Luego me ofrezco al suplicio.

(a) *Aunque, así se alborote.*

¿Qué hubo esta noche en casa?
BUSTO. Esta noche fué epiciclo
Del sol; que en ella esta noche
Se trocó de Estrella el signo.
ESTR. Las llanezas del honor
No con astrólogo estilo
Se han de decir: habla claro,
Y deja en sus zonas cinco
El sol; que aunque Estrella soy,
Yo por el sol no me rijo.
BUSTO. Cuando partia la noche
Con sus destemplados giros
La campana de las Cuevas,
Lisonja del cielo empíreo,
Entré en casa, y topé en ella,
Cerca de tu cuarto mismo,
Al Rey solo y embozado.
ESTR. ¿Qué dices?
BUSTO. Verdad te digo.
Mira, Estrella, á aquestas horas,
¡A qué pudo haber venido
El Rey á mi casa solo,
Si por Estrella no vino!
Matilde con él estaba;
Que á los pasos y al rüido
Salió, porque entonces era
Sabio lince el honor mio.
Metí mano, y «¿Quién va?» dije;
Respondió: «Un hombre;» y embisto
Con él; y él, de mí apartado,
Que era el Rey, Estrella, dijo;
Y aunque le conocí luego,
Híceme desentendido
En conocerle; que el cielo
Darme sufrimiento quiso.
Embistióme, como rey
Enojado y ofendido;
Que un rey que embiste enojado,
Se trae su valor consigo.
Salieron pajes con luces;
Y entonces, por no ser visto,
Volvió la espalda, y no pudo
Ser de nadie conocido.
Conjuré la esclava; y ella,
Sin mostralle de Dionisio
Los tormentos, confesó
Las verdades sin martirio.
Firmada la libertad
Le dió en un papel que hizo
El Rey, cabeza al proceso
En que sus culpas fulmino.
Saquéla de casa luego,
Porque su aliento nocivo
No sembrara deshonor
Por los nobles edificios.
Cogila á la puerta, y luego,
Puesta en los hombros, camino
Al alcázar, y en sus rejas
La colgué por su delito;
Que quiero que el Rey conozca
Que hay Brutos contra Tarquinos.
Esto me ha pasado, Estrella;
Nuestro honor está en peligro:
Yo he de ausentarme por fuerza,
Y es fuerza darte marido.
Sancho Ortiz lo ha de ser tuyo;
Que con su amparo te libro
Del rigor del Rey, y yo
Libre me pongo en camino.
ESTR. ¡Ay Busto! Dame esa mano
Por el favor infinito
Que me has hecho.
BUSTO. Hoy has de ser,
Y así, Estrella, te apercibo,
Su esposa: guarda silencio,
Porque importa al honor mio. (*Vase.*)
ESTR. ¡Ay amor! y ¡qué ventura!
Ya estás de la venda asido;
No te has de librar. Mas ¿quién
Sacó el fin por el principio,
Si entre la taza y la boca
Un sabio temió el peligro? (*Vase.*)

Salon del alcázar.

ESCENA X.

EL REY, *con dos papeles;* DON ARIAS.

ARIAS. Ya en la antecámara aguarda
Sancho Ortiz de las Roelas.
REY. Todo el amor es cautelas;
Ya la piedad me acobarda.
En este papel sellado
Traigo su nombre y su muerte,
Y en este, que yo he mandado
Matarle: de aquesta suerte
Él quedará disculpado.
Hazle entrar, y echa á la puerta
La loba, y tú no entres.
ARIAS. ¿No?
REY. No; porque quiero que advierta
Que sé este secreto yo
Solamente; que concierta
La venganza mi deseo
Más acomodada así.
ARIAS. Voy á llamarle. (*Vase.*)
REY. Ya veo,
Amor, que no es este en mí
Alto y glorioso trofeo.

ESCENA XI.

DON SANCHO.—EL REY.

SANCH. Vuestra alteza á mis dos labios
Les conceda los dos piés.
REY. Alzad; que os hiciera agravios.
Alzad.
SANCH. Señor...
REY. (*Ap.*) Galan es.
SANCH. No es mucho que yo, Señor,
Me turbe, no siendo aquí
Retórico ni orador.
REY. Pues decid, ¿qué veis en mí?
SANCH. La majestad y el valor.
Y al fin, una imágen veo

De Dios, pues le imita el Rey,
Y despues del, en vos creo.
A vuestra cesárea ley,
Gran Señor, aqui me empleo.

REY. ¿Cómo estais?

SANCH. Nunca me he visto
Tan honrado como estoy.

REY. Pues aficionado os soy,
Por prudente y por bienquisto.
Porque estareis con cuidado,
Codicioso de saber
Para lo que os he llamado,
Deciroslo quiero, y ver
Que en vos tengo un gran soldado.
—A mi me importa matar
En secreto á un hombre, y quiero
Este caso confiar
Solo de vos; que os prefiero
A todos los del lugar.

SANCH. ¿Está culpado?

REY. Si está.

SANCH. Pues ¿cómo muerte en secreto
A un culpado se le da?
Poner su muerte en efeto
Públicamente podrá
Vuestra justicia, sin dalle
Muerte en secreto; que así
Vos os culpais en culpalle,
Pues dais á entender que aquí
Sin culpa mandais matalle.
Si ese hombre os ha ofendido
En leve culpa, Señor,
Que le perdoneis os pido.

REY. Para su procurador,
Sancho Ortiz, no habeis venido,
Sino para dalle muerte;
Y pues se la mando dar
Escondiendo el brazo fuerte,
Debe á mi honor importar
Matarle de aquesta suerte.
¿Merece el que ha cometido
Crimen lesæ, muerte?

SANCH. En fuego.

REY. ¿Y si *crimen lesæ* ha sido
El deste?...

SANCH. Que muera luego,
A voces, Señor, os pido;
Y si es así, la daré,
Señor, á mi mismo hermano,
Y en nada repararé.

REY. Dadme esa palabra y mano.

SANCH. Y en ella el alma y la fe.

REY. Hallándole descuidado
Puedes matarle.

SANCH. ¡Señor!
Siendo Roela y soldado,
¿Me quereis hacer traidor?
¡Yo muerte en caso pensado!
Cuerpo á cuerpo he de matalle,
Donde Sevilla lo vea,
En la plaza ó en la calle;
Que al que mata y no pelea,
Nadie puede disculpalle;
Y gana más el que muere
A traicion, que el que le mata;
Y el vivo, con cuantos trata
Su alevosía refiere.

REY. Matadle como querais;
Que este papel para abono
De mi firmado llevais,
En que consta que os perdono (*a*)
Cualquier delito que hagais.
Referidlo. (*Dale el papel.*)

SANCH. Dice así:
(*Lee.*) «Al que ese papel advierte,
»Sancho Ortiz, luego por mi
»Y en mi nombre dadle muerte;
»Que yo por vos salgo aquí:
»Y si os hallais en aprieto,
»Por este papel firmado
»Sacaros del os prometo.—
»*Yo el Rey.*»—Estoy admirado
De que tan poco concepto
Tenga de mi vuestra alteza.
¡Yo cédula! ¡Yo papel!
¡Qué! Más en vos que no en él
Confia aquí mi nobleza.
Si vuestras palabras cobran
Valor que los montes labra,
Y ellas cuanto dicen obran,
Dándome aquí la palabra,
Señor, los papeles sobran.
Rompedlo, porque sin él
La muerte le solicita,
Mejor, Señor, que con él;
Que en parte desacredita
Vuestra palabra el papel. (*Rómpele.*)
Sin papel, Señor, aquí
Nos obligamos los dos,
Y prometemos así,
Yo de vengaros á vos,
Y vos de librarme á mí.
Si es así, no hay que hacer
Cédulas, que estorbo han sido:
Yo os voy luego á obedecer;
Y solo por premio os pido
Para esposa la mujer
Que yo eligiere.

REY. Aunque sea
Ricafembra de Castilla
Os la concedo.

SANCH. Posea
Vuestro pié la alarbe silla;
El mar los castillos vea
Gloriosos y dilatados,
Y por sus climas helados
Triunfen de remotas gentes. (*b*)

REY. Vuestros hechos excelentes,
Sancho, quedarán premiados.
En este papel va el nombre
(*Dale un papel.*)
Del hombre que ha de morir:
Cuando lo abrais, no os asombre;
Mirad que he oido decir
En Sevilla que es muy hombre.

(*a*) Verso que se halla en la edicion hecha en Boston, año de 1810, y no se lee en la impresion antigua.
(*b*) Suplido.

SANCH. Presto, Señor, lo sabremos.

REY. Los dos, Sancho, solamente
Este secreto sabemos.
No hay que advertiros; prudente
Sois vos: obrad, y callemos. (*Vase.*)

ESCENA XII.

CLARINDO.—DON SANCHO.

CLARIN. ¿Habia de encontrarte
Cuando nuevas tan dulces vengo á darte?
Damo, Señor, albricias
De las glorias mayores que codicias.

SANCH. ¿Agora de humor vienes?

CLARIN. ¿Cómo el alma en albricias no previenes?
(*Dale un papel.*)

SANCH. ¿Cuyo es este?

CLARIN. De Estrella,
Que estaba más que el sol hermosa y bella.
Mandóme que te diera
Ese papel, y albricias te pidiera.

SANCH. ¿De qué?

CLARIN. Del casamiento,
Que se ha de efectuar luego al momento.

SANCH. ¡Qué dices! La alegría
Me ha de matar. ¿Que Estrella ha de ser mia?
El hermoso lucero
Del alba ¿es para mí? Del sol espero
Que los dorados rayos
En abismos de luz pinten desmayos.
(*Lee.*) «Esposo, ya ha llegado
»El venturoso plazo deseado;
»Mi hermano va á buscarte
»Solo por darme vida y por premiarte.
»Si del tiempo te acuerdas,
»Búscale luego, y la ocasion no pierdas.
»Tu *Estrella.*»—¡Ay forma bella!
¿Qué bien no he de alcanzar con tal estrella?
Avisa al mayordomo
De la dichosa sujecion que tomo,
Y que saque al momento
Las libreas que están para este intento
En casa reservadas,
Y saquen las cabezas coronadas
Mis lacayos y pajes
De hermosas pesadumbres de plumajes.
Y si albricias codicias,
Toma aqueste jacinto por albricias;
Que el sol tambien te diera,
Cuando la piedra del anillo fuera.

CLARIN. Vivas más que la piedra,
A tu esposa enlazado como hiedra;
Y pues tanto te precio,
Vivas, Señor, más años que no un necio.
(*Vase.*)

ESCENA XIII.

DON SANCHO.

Buscar á Busto quiero;
Que entre deseos y esperanzas muero.
Mas con el miedo y gusto
Me olvidaba del Rey y no era justo.
Ya está el papel abierto.
Quiero saber quién ha de ser el muerto.
(*Lee.*) «Al que muerte habeis de dar,
»Es, Sancho, á Busto Tabera.»
—¡Válgame Dios! ¡Que esto quiera!
¡Tras una suerte un azar!
Toda esta vida es jugar
Una carteta imperfeta,
Mal barajada, y sujeta
A desdichas y á pesares;
Que es toda en cientos y azares
Como juego de carteta.
Pintada la suerte ví;
Mas luego se despintó,
Y el naipe se barajó
Para darme muerte á mí.
Miraré si dice así...
Pero yo no lo leyera
Si el papel no lo dijera.
Quiérole otra vez mirar.
(*Lee.*) «Al que muerte habeis de dar,
»Es, Sancho, á Busto Tabera.»
¡Perdido soy! ¿Qué he de hacer?
Que al Rey la palabra he dado...
Habré de matarle osado, (*a*)
Y á su hermana he de perder...
Sancho Ortiz, no puede ser...
Viva Busto.—Mas no es justo
Que al honor contraste el gusto:
Muera Busto, Busto muera.—
Mas detente, mano fiera;
Viva Busto, viva Busto.
—Mas no puedo con mi honor
Cumplir, si á mi amor acudo;
Mas ¿quién resistirse pudo
A la fuerza del amor?
Morir me será mejor,
O ausentarme, de manera
Que sirva al Rey, y él no muera.
Mas quiero al Rey agradar.
(*Lee.*) «Al que muerte habeis de dar,
»Es, Sancho, á Busto Tabera.»
¿Si le mata por Estrella
El Rey, que servilla trata?...
Si, por Estrella le mata:
Pues no muera aquí por ella.
Ofendelle y defendella
Quiero.—Mas soy caballero,
Y no he de hacer lo que quiero,
Sino lo que debo hacer.
Pues ¿qué debo obedecer?
La ley que fuere primero.
Mas no hay ley que á aquesto obligue.
Mas sí hay; que aunque injusto el Rey,
Es obedecerle ley: (*b*)
A él después Dios le castigue.
Mi loco amor se mitigue;
Que, aunque me cueste disgusto,
Acudir al Rey es justo:
Busto muera, Busto muera,

(*a*) Suplido.
(*b*) Verso suplido por D. Cándido María Trigueros, al refundir esta comedia.

Pues ya no hay quien decir quiera:
«Viva Busto, viva Busto.»
Perdóname, Estrella hermosa;
Que no es pequeño castigo
Perderte y ser tu enemigo.
¿Qué he hacer? ¿Puedo otra cosa?

ESCENA XIV.

BUSTO.—DON SANCHO.

BUSTO. Cuñado, suerte dichosa
He tenido en encontraros.
SANCH. (*Ap.*) Y yo desdicha en hallaros,
Porque me buscais aquí
Para darme vida á mí;
Pero yo para mataros.
BUSTO. Ya, hermano, el plazo llegó
De vuestras dichosas bodas.
SANCH. (*Ap.*) Más de mis desdichas todas,
Decirte pudiera yo.
¡Válgame Dios! ¿Quién se vió
Jamás en tanto pesar?
¡Que aquí tengo de matar
Al que más bien he querido!
¡Que á su hermana haya perdido!
¡Que con todo he de acabar!
BUSTO. Ya por escritura estais
Casado con doña Estrella.
SANCH. Casarme quise con ella;
Mas ya no, aunque me la dais.
BUSTO. ¿Conocéisme? ¡Así me hablais!
SANCH. Por conoceros, aquí
Os hablo, Tabera, así.
BUSTO. Si me conoceis, Tabera,
¿Cómo hablais de esa manera?
SANCH. Hablo porque os conocí.
BUSTO. Habreis en mí conocido
Sangre, nobleza y valor,
Y virtud, que es el honor;
Que sin ella honor no ha habido.
Y estoy, Sancho Ortiz, corrido...
SANCH. Más lo estoy yo.
BUSTO. ¡Vos! ¿De qué?
SANCH. De hablaros.
BUSTO. Si en mi honra y fé
Algun defecto advertís,
Como villano mentís,
Y aquí os lo sustentaré. (*Mete mano.*)
SANCH. ¿Qué has de sustentar, villano?
(*Ap.* Perdone amor; que el exceso
Del Rey me ha quitado el seso,
Y es el resistirme en vano.) (*Riñen*)
BUSTO. ¡Muerto soy! Deten la mano. (*Cae.*)
SANCH. ¡Ay, que estoy fuera de mí,
Y sin sentido te heri!
Mas aquí, hermano, te pido,
Ya que recobro el sentido, (*a*)
Que tú me mates á mí.
Quede tu espada envainada
En mi pecho: abre con ella
Puerta al alma.
BUSTO. A doña Estrella
Os dejo, hermano, encargada.
Adios. (*Muere.*)
SANCH. Rigurosa espada,
Sangrienta y fiera homicida,
Si me has quitado la vida,
Acábame de matar,
Porque le pueda pagar
El alma por otra herida.

ESCENA XV.

Los dos alcaldes mayores DON PEDRO DE GUZMAN Y FARFAN DE RIBERA, *y* OTROS CABALLEROS.—DON SANCHO; BUSTO, *muerto.*

PEDRO. ¿Qué es esto? Deten la mano.
SANCH. ¿Cómo, si á mi vida he muerto?
FARF. ¡Hay tan grande desconcierto!
PEDRO. ¿Qué es esto?
SANCH. He muerto á mi hermano.
Soy un Cain sevillano,
Que vengativo y cruel,
Maté un inocente Abel:
Véisle aquí; matadme aquí;
Que pues él muere por mí,
Yo quiero morir por él.

ESCENA XVI.

DON ARIAS.—DICHOS.

ARIAS. ¿Qué es esto?
SANCH. Un fiero rigor;
Que tanto en los hombres labra
Una cumplida palabra
Y un acrisolado honor.
Decidle al Rey mi señor
Que tienen los sevillanos
Las palabras en las manos,
Como lo veis, pues por ellas
Atropellan las estrellas
Y no hacen caso de hermanos.
PEDRO. Dió muerte á Busto Tabera.
ARIAS. ¡Hay tan temerario exceso!
SANCH. Prendedme, llevadme preso;
Que es bien que el que mata muera.
¡Mirad qué hazaña tan fiera
Me hizo el honor intentar,
Pues me ha obligado á matar,
Y me ha obligado á morir;
Pues por él vengo á pedir
La muerte que él me ha de dar!
PEDRO. Llevadle á Triana preso,
Porque la ciudad se altera.
SANCH. ¡Amigo Busto Tabera!...
FARF. Este hombre ha perdido el seso.
SANCH. Dejadme llevar en peso,
Señores, el cuerpo helado,
En noble sangre bañado;
Que así su Atlante seré,
Y entre tanto le daré
La vida que le he quitado.
PEDRO. Loco está.
SANCH. Yo, si atropello

(*a*) Otras: «Que ya que cobre el sentido.»

Mi gusto, guardo la ley.
Esto, Señor, es ser rey,
Y esto, Señor, es no sello.
Entendello y no entendello
Importa, pues yo lo callo.
Yo le maté, no hay negallo;
Mas el por qué no diré:
Otro confiese el por qué,
Pues yo confieso el matallo.
(*Llévanselo y vanse.*)

Sala en casa de Busto.

ESCENA XVII.

ESTRELLA, TEODORA.

ESTR. No sé si me vesti bien,
Como me vesti de prisa.
Dame, Teodora, ese espejo.
TEOD. Verte, Señora, en ti misma
Puedes, porque no hay cristal
Que tantas verdades diga,
Ni de hermosura tan grande
Haga verdadera cifra.
ESTR. Alterado tengo el rostro
Y la color encendida.
TEOD. Es, Señora, que la sangre
Se ha asomado á las mejillas
Entre temor y vergüenza,
Solo á celebrar tus dichas.
ESTR. Ya me parece que llega,
Bañado el rostro de risa,
Mi esposo á darme la mano
Entre mil tiernas caricias.
Ya me parece que dice
Mil ternezas, y que oidas,
Sale el alma por los ojos,
Disimulando sus niñas.
¡Ay venturoso dia!
Esta ha sido, Teodora, estrella mia.
TEOD. Parece que gente suena.
Cayó el espejo. De envidia, (*Alzale.*)
El cristal, de Estrella hermosa (*a*),
De una luna hizo infinitas.
ESTR. ¿Quebróse?
TEOD. Señora, sí.
ESTR. Bien hizo, porque imagina
Que aguardo el cristal, Teodora,
En que mis ojos se miran.
Y pues tal espejo aguardo,
Quiébrese el espejo, amiga;
Que no quiero que con él,
Este de espejo me sirva.

ESCENA XVIII.

CLARINDO, *muy galan.*—DICHAS.

CLARIN. Ya aquesto suena, Señora,
A gusto y volatería;
Que las plumas del sombrero
Los casamientos publican.
A mi dueño dí el papel,
Y dióme aquesta sortija
En albricias.
ESTR. Pues yo quiero
Feriarte aquesas albricias.
Dámela, y toma por ella
Este diamante.
CLARIN. Partida
Está por medio la piedra:
Será de melancolía;
Que los jacintos padecen
De ese mal, aunque le quitan. (*b*)
Partida por medio está.
ESTR. No importa que esté partida;
Que es bien que las piedras sientan
Mis contentos y alegrías.
¡Ay venturoso dia!
Esta, amigos, ha sido estrella mia!
TEOD. Gran tropel suena en los patios.
CLARIN. Y ya la escalera arriba
Parece que sube gente.
ESTR. ¿Qué valor hay que resista
Al placer?

ESCENA XIX.

LOS DOS ALCALDES MAYORES, *con* GENTE *que trae el cadáver de Busto.*—DICHOS.

ESTR. Pero... ¿qué es esto?
PEDRO. Los desastres y desdichas
Se hicieron para los hombres;
Que es mar de llanto esta vida.
El señor Busto Tabera
Es muerto.
ESTR. ¡Suerte enemiga!
PEDRO. El consuelo que aquí os queda,
Es que está el fiero homicida,
Sancho Ortiz de las Roelas,
Preso, y dél se hará justicia
Mañana sin falta...
ESTR. Idos (*c*),
Dejadme, gente enemiga;
Que en vuestras lenguas traeis
De los infiernos las iras.
¡Mi hermano es muerto, y le ha muerto
Sancho Ortiz! ¿Hay quien lo diga?
¿Hay quien lo escuche y no muera?
Piedra soy, pues estoy viva.
¡Ay riguroso dia!
Esta, amigos, ha sido estrella mia.
Pero si hay piedad humana,
Matadme.
PEDRO. El dolor la priva
De la razon. (*d*)
ESTR. ¡Desdichada
Ha sido la estrella mia!
¡Mi hermano es muerto, y le ha muerto

(*a*) En otras: «El cristal, *dentro la hoja.*»

(*b*) Falsa creencia de los antiguos, que atribuian á las piedras preciosas virtudes medicinales.
(*c*) Suplido.
(*d*) En las otras ediciones:
«El dolor la priva,
Y con razon.»

Sancho Ortiz! ¡Él quien divida
Tres almas de un corazon!...
Dejadme; que estoy perdida.
PEDRO. Ella está desesperada.
FARF. ¡Infeliz beldad!
PEDRO. Seguidla.
CLARIN. Señora...
ESTR. Déjame, ingrato,
Sangre de aquel fratricida.
Y pues acabo con todo,
Quiero acabar con la vida.
¡Ay riguroso dia!
Esta ha sido, Teodora, estrella mia.

ACTO TERCERO.

Salon del Alcázar.

ESCENA PRIMERA.

EL REY, LOS DOS ALCALDES, DON ARIAS.

PEDRO. Confiesa que le mató;
Mas no confiesa por qué.
REY. ¿No dice qué le obligó?
FARF. Solo responde: «No sé.»
PEDRO. Es gran confusion.
REY. Y ¿no
Dice si le dió ocasion?
PEDRO. Señor, de ninguna suerte.
ARIAS. ¡Temeraria confusion!
FARF. Dice que le dió la muerte;
No sabe si es con razon.
Solo confiesa matalle
Porque matalle juró.
ARIAS. Ocasion debió de dalle.
PEDRO. Dice que no se la dió.
REY. Volved de mi parte á hablalle,
Y decidle que yo digo
Que luego el descargo dé;
Y decid que soy su amigo,
Y su enemigo seré
En el rigor y castigo.
Declare por qué ocasion
Dió muerte á Busto Tabera,
Y en sumaria informacion
Dé del delito razon
Antes que de necio muera.
Diga quién se lo mandó,
Y por quién le dió la muerte,
O qué ocasion le movió
A hacello; que desta suerte
Oiré su descargo yo;
O que á morir se aperciba.
PEDRO. Eso es lo que más desea.
El sentimiento le priva,
Viendo una hazaña tan fea,
Tan avara y tan esquiva.
Sin juicio está.
REY. ¿No se queja
De ninguno?
FARF. No, Señor:
Con su pesar se aconseja.
REY. ¡Notable y raro valor!
FARF. Los cargos ajenos deja,
Y á sí se culpa no más.
REY. No se habrán visto en el mundo
Tales dos hombres jamás.
Cuando su valor confundo,
Me van apurando más.
De mi parte le decid
Que diga por quién le dió
La muerte y le persuadió
A ello, y le prevenid
Que declare, aunque sea yo.
Si no confiesa al momento,
En un teatro mañana
Dará á Sevilla escarmiento.
«PEDRO. Dirá que á morir se allana.
»REY. (*A don Arias.*) Id vos en su seguimien-
ARIAS. Voy, pues. [to.» (a)
(*Vanse los alcaldes y don Arias.*)

ESCENA II.

DON MANUEL.—EL REY.

MAN. Doña Estrella pide
Para besaros las manos
Licencia.
REY. ¿Quién se lo impide?
MAN. Gran Señor, los ciudadanos.
REY. ¡Bien con la razon se mide!
Dadme una silla, y dejad
Que entre ahora.
MAN. Voy por ella. (*Vase.*)
REY. Vendrá vertiendo beldad;
Como en el cielo la estrella
Sale tras la tempestad.
(*Vuelve don Manuel.*)
MAN. Ya enlutada viene aqui.
REY. Parece así su arrebol
El sol que entre nubes ví,
Cuando por verano el sol
Vierte rayos de rubí. (b)

ESCENA III.

ESTRELLA, ACOMPAÑAMIENTO.—DICHOS.

ESTR. Cristianísimo don Sancho,
De Castilla Rey ilustre,
Por las hazañas notable,
Heróico por las virtudes:
Una desdichada estrella
Que sus claros rayos cubre
Deste luto, que mi llanto

(a) Suplidos.
(b) En otras ediciones dice:
MAN. Ya está aqui.
Parece así su arrebol
El sol gallardo y gentil,
Aunque por verano el sol
Vierte rayos de marfil.
Indudablemente, Lope de Vega no escribió esto. Falta el primer verso de la quintilla, y los demás solo contienen una idea falsa, mal expresada.

Lo ha sacado en negras nubes,
Justicia á pedirte llega;
Mas no á que tú la ejecutes,
Sino que en mi arbitrio dejes
Que mi venganza se funde.
No doy lugar á mis ojos,
Que mis lágrimas enjuguen,
Porque anegándome en ellas,
Mi sentimiento no culpes.
Quise á Tabera, mi hermano,
Que las sacras pesadumbres
Ocupa, pisando estrellas
En pavimentos azules.
Como hermano me amparó,
Y como á padre le tuve:
La obediencia y el respeto
En sus mandamientos puse.
Vivia con él contenta,
Sin dejar que el sol me injurie;
Que aun rayos del sol no eran
A mis ventanas comunes.
Nuestra hermandad envidiaba
Sevilla, y todos presumen
Que éramos los dos hermanos
Que á una estrella se reducen.
Un tirano cazador
Hace que el arco ejecute
El fiero golpe en mi hermano,
Y nuestras glorias confunde.
Perdí hermano, perdí esposo:
Sola he quedado, y no acudes
A la obligacion de Rey,
Sin que nadie te disculpe.
Hazme justicia, Señor;
Dame el homicida, cumple
Con tu obligacion en esto;
Déjame que yo le juzgue.
REY. Sosegaos, y enjugad las luces bellas,
Si no quereis que se arda mi palacio;
Que lágrimas del sol son las estrellas,
Si cada rayo suyo es un topacio.
Recoja el alba su tesoro en ellas,
Si el sol recien nacido le da espacio,
Y dejad que los cielos las codicien;
Que no es razon que aquí se desperdicien.
Tomad esta sortija, y en Triana
Allanad el castillo con sus señas:
Pónganlo en vuestras manos, sed tirana
Fiera con él de las hircanas peñas,
Aunque á piedad y compasion villana
Nos enseñan volando las cigüeñas:
Que es bien que sean, porque más asom-
Aves y fieras confusion del hombre. [bre,
«Mas no es creible que en tan bello cielo,
»Que el alma hechiza y al amor provoca,
»Si ya vivió el amor, como recelo,
»Duren las iras de venganza loca.
»Quien todas es oro bajo el negro velo,
»Y en plata engarza la rosada boca,
»Cohechará en sí misma á la justicia.»
ESTR. Aquí, Señor, virtud es avaricia; (a)
Que si en mi plata hubiera y oro hubiera,
Luego de mi cabeza le arrancara,
Y el rostro con fealdad oscureciera,
Aunque en brasas ardientes le abrasara.
Si un Tabera murió, quedó un Tabera;
Y si su deshonor está en mi cara,
Yo la pondré de suerte con mis manos,
Que espanto sea entre los mas tiranos.
(*Vanse todos, menos el Rey.*)

(a) No habia más que este verso, final de una octava, y hemos suplido los que faltan con los anteriores, aunque malos, para que haya ilacion.

ESCENA IV.

EL REY.

Si á Sancho Ortiz le entregan, imagino
Que con su mano misma ha de matalle.
¡Que en vaso tan perfeto y peregrino
Permite Dios que la fiereza se halle!
¡Ved lo que intenta un necio desatino!
Yo incité á Sancho Ortiz: voy á librallo;
Que amor que pisa púrpura de reyes,
A su gusto no más promulga leyes.
(*Vase.*)

Prision.

ESCENA V.

DON SANCHO, CLARINDO, MÚSICOS.

SANCH. ¿Algunos versos, Clarindo,
No has escrito á mi suceso?
CLAR. ¿Quién, Señor, ha de escribir
Teniendo tan poco premio?
A las fiestas de la plaza
Muchos me pidieron versos,
Y viéndome por las calles,
Como si fuera maestro
De cortar ó de hoser,
Me decian: «¿No está hecho
Aquel recado?» Y me daban
Más prisa que un rompimiento.
Y si qué comer tuviera,
Excediera en el silencio
A Anaxágoras, y burla
De los latinos y griegos
Ingenios hiciera.

ESCENA VI.

LOS ALCALDES, DON ARIAS.—DICHOS.

PEDRO. Entrad.
CLARIN. Que vienen, Señor, sospecho
Estos á notificarte
La sentencia.
SANCH. Pues de presto
Decid vosotros un tono. (*A los músicos.*)
¡Agora sí que deseo
Morir, y quiero cantando
Dar muestras de mi contento!
Fuera de que quiero dalles
A entender mi heróico pecho,

Y que aun la muerte no puedo
En él obligarme á menos.
CLARIN. ¡Notable gentilidad!
¿Qué más hiciera un tudesco,
Llena el alma de lagañas
De pipotes de lo añejo?
MÚSICOS. (*Cantando.*)
Si consiste en el vivir
Mi triste y confusa suerte,
Lo que se alarga la muerte,
Eso se alarga el morir.
CLARIN. ¿Gallardo mote han cantado!
SANCH. A propósito y discreto.
MÚSICOS. (*Cantan.*)
No hay vida como la muerte
Para el que vive muriendo.
PEDRO. ¿Ahora es tiempo, Señor,
De música? (*Vanse los músicos.*)
SANCH. Pues ¿qué tiempo
De mayor descanso pueden
Tener en su mal los presos?
FARF. Cuando la muerte por horas
Le amenaza, y por momentos
La sentencia está aguardando
Del fulminado proceso,
¿Con música se entretiene?
SANCH. Soy cisne, y la muerte espero
Cantando.
FARF. Llegado ha el plazo.
SANCH. Las manos y piés os beso
Por las nuevas que me dais.
¡Dulce dia á mi deseo!
PEDRO. Sancho Ortiz de las Roelas,
Vos ¿confesais que habeis muerto
A Busto Tabera?
SANCH. Sí,
Aquí á voces lo confieso.
Buscad bárbaros castigos,
Inventad nuevos tormentos,
Porque en España se olviden
De Falaris y Majencio.
FARF. Pues sin daros ocasion
¿Le matásteis?
SANCH. Yo le he muerto:
Esto confieso, y la causa,
Pues tan callada la tengo,
Si hay alguno que la sepa,
Dígalo: que yo no entiendo
Por qué murió: solo sé
Que le maté sin saberlo.
PEDRO. Pues parece alevosía
Matarle sin causa.
SANCH. Es cierto
Que la dió, pues que murió.
PEDRO. ¿Mas á quién?
SANCH. A quien me ha puesto
En el estado que estoy,
Que es en el último extremo.
PEDRO. ¿Quién es?
SANCH. No puedo decirlo.
Porque me encargó el secreto;
Que como rey en las obras,
He de serlo en el silencio;
Y para matarme á mí,
Basta saber que le he muerto,
Sin preguntarme el por qué.
ARIAS. Señor Sancho Ortiz, yo vengo
Aquí, en nombre de su alteza,
A pediros que á su ruego
Confeseis quién es la causa
Deste loco desconcierto:
Si lo hicisteis por amigos,
Por mujeres ó por deudos,
O por algun poderoso
Y grande de aquestos reinos:
Y si teneis de su mano
Papel, resguardo ó concierto
Escrito ó firmado, al punto
Lo manifesteis, haciendo
Lo que debeis.
SANCH. Si lo hago,
No haré, Señor, lo que debo.
Decidle á su alteza, amigo,
Que cumplo lo que prometo;
Y si él es don Sancho el Bravo,
Yo ese mismo nombre tengo.
Decidle que bien pudiera
Tener papel; mas me afrento
De que papeles me pida,
Habiendo visto rompellos.
Yo maté á Busto Tabera;
Y aunque aquí librarme puedo,
No quiero, por entender
Que alguna palabra ofendo.
Rey soy en cumplir la mia,
Y lo prometido he hecho;
Y quien promete, tambien
Es razon haga lo mesmo.
Haga quien se obliga hablando,
Pues yo me he obligado haciendo.
ARIAS. Si en vuestra boca teneis
El descargo, es desconcierto
Negarlo.
SANCH. Yo soy quien soy,
Y siendo quien soy, me venzo
A mí mismo con callar,
Y á alguno que calla afrento.
Quien es quien es, haga obrando
Como quien es; y con esto,
De aquesta suerte los dos
Como quien somos haremos.
ARIAS. Eso le diré á su alteza.
PEDRO. Vos, Sancho Ortiz, habeis hecho
Un caso muy mal pensado,
Y anduvisteis poco cuerdo.
FARF. Al cabildo de Sevilla
Habeis ofendido, y puesto
A su rigor vuestra vida,
Y en su furor vuestro cuello.
(*Vanse los Alcaldes y don Arias.*)

ESCENA VII.

DON SANCHO, CLARINDO.

CLARIN. ¿Es posible que consientas
Tantas injurias?
SANCH. Consiento

Que me castiguen los hombres
Y que me confunda el cielo,
Y ya, Clarindo, comienza.
¿No oyes en confuso estruendo
Bramar los aires, armados
De relámpagos y truenos?
Uno baja sobre mí
Como culebra, esparciendo
Círculos de fuego aprisa.
CLARIN. Pienso que has perdido el seso.
(*Ap.* Quiero seguille el humor.)
SANCH. ¡Que me abraso!
CLARIN. ¡Que me quemo!
SANCH. ¿Cogióte el rayo tambien?
CLARIN. ¿No me ves cenizas hecho?
SANCH. ¡Válgame Dios!
CLARIN. Sí, señor:
Ceniza soy de sarmientos.
SANCH. Ya estamos en la otra vida.
CLARIN. Y pienso que en el infierno.
SANCH. ¿En el infierno, Clarindo?
¿En qué lo ves?
CLARIN. En que veo,
Señor, en aquel altillo
Más de mil sastres mintiendo.
SANCH. Bien dices, que en él estamos;
Que la soberbia está ardiendo
Sobre esa torre, formada
De arrogantes y soberbios.
Allí veo á la ambicion
Tragando abismos de fuego.
Y más adelante está
Una legion de cocheros.
SANCH. Si andan coches por acá,
Destruir han el infierno.
Pero si el infierno es,
¿Cómo escribanos no vemos?
CLARIN. No los quieren recibir,
Porque acá no inventen pleitos.
SANCH. Pues en él pleitos no hay,
Bueno ha de ser el infierno.
CLARIN. Allí está el tirano honor,
Cargado de muchos necios
Que por la honra padecen.
SANCH. Quiérome juntar con ellos.—
Honor, un necio y honrado
Viene á ser criado vuestro,
Por no exceder vuestras leyes.
—Mal, amigo, lo habeis hecho;
Porque el verdadero honor
Consiste ya en no tenerlo.
¡A mí me buscais allá,
Y ha mil siglos que estoy muerto!
Dinero, amigo, buscad;
Que el honor es el dinero.
¿Qué hicisteis?—Quise cumplir
Una palabra.—Riendo
Me estoy: ¿palabras cumplis?
Parecéisme majadero;
Que es ya el no cumplir palabras
Bizarría en este tiempo.
—Prometí matar á un hombre,
Y lo maté airado, siendo
Mi mejor amigo.—Malo.
CLARIN. No es muy bueno.
SANCH. No es muy bueno.
Metedle en un calabozo,
Y condénese por necio.
—Honor, su hermana perdí,
Y ya en su hacienda padezco.
—No importa.
CLARIN. (*Ap.*) ¡Válgame Dios!
Si más prosegnir le dejo,
Ha de perder el juicio.
Inventar quiero un enredo. (*Da voces.*)
SANCH. ¿Quién da voces? ¿Quién da voces?
CLARIN. Da voces el Cancerbero,
Portero deste palacio.
¿No me conoceis?
SANCH. Sospecho
Que sí.
CLARIN. ¡Y vos ¿quién sois?
SANCH. ¿Yo?
Un honrado.
CLARIN. ¿Y acá dentro
Estais? Salid, noramala.
SANCH. ¿Qué decís?
CLARIN. Salios presto;
Que este lugar no es de honrados.
Asidle, llevadle preso
Al otro mundo, á la cárcel
De Sevilla por el viento.
—¿Cómo?—Tapados los ojos,
Para que vuele sin miedo.
—Ya está tapado.—En sus hombros
Al punto el Diablo Cojuelo
Allá le ponga de un salto.
—¿De un salto? Yo soy contento.
—Camina, y lleva tambien
De la mano al compañero.
(*Da una vuelta, y déjale.*)
—Ya estais en el mundo, amigo.
Quedaos á Dios.—Con Dios quedo.
SANCH. ¡Dios dijo!
CLARIN. Sí, Señor; que
Este demonio, primero
Que lo fuese, fué cristiano
Bautizado, y es gallego
De Cal-de-Francos.
SANCH. Parece
Que de un éxtasis recuerdo.
¡Válgame Dios! ¡Ay Estrella,
Qué desdichada la tengo
Sin vos! Pero si os perdí,
Este castigo merezco.

ESCENA VIII.

EL ALCAIDE Y ESTRELLA, *con el manto echado.*
—DICHOS.

ESTR. Luego el preso me entregad.
ALCAI. Aquí está Señora, el preso,
Y como lo manda el Rey,
En vuestras manos lo entrego.—
Señor Sancho Ortiz, su alteza
Nos manda que le entreguemos
A esta señora.

ESTR. Señor,
Venid conmigo.
SANCH. Agradezco
La piedad, si es á matarme,
Porque la muerte deseo.
ESTR. Dadme la mano y venid.
CLARIN. (*Ap.*) ¿No parece encantamiento?
ESTR. Nadie nos siga.
CLARIN. Está bien.
(*Vanse Estrella y don Sancho.*)
¡Por Dios, que andamos muy buenos,
Desde el infierno á Sevilla,
Y de Sevilla al infierno!
¡Plegue á Dios que aquesta Estrella
Se nos vuelva ya lucero! (*Vanse.*)

Campo.

ESCENA IX.

ESTRELLA, *cubierta con el manto;* DON SANCHO.

ESTR. Ya os he puesto en libertad.
Idos, Sancho Ortiz, con Dios,
Y advertid que uso con vos
De clemencia y de piedad.
Idos con Dios; acabad.
Libre estais. ¡Qué os detenéis!
¿Qué mirais? ¿Qué os suspendeis?
Tiempo pierde el que se tarda;
Id, que el caballo os aguarda,
En que escaparos podeis.
Dineros tiene el criado
Para el camino.
SANCH. Señora,
Dame esos piés.
ESTR. Id; que ahora
No es tiempo.
SANCH. Voy con cuidado.
Sepa yo quién me ha librado,
Porque sepa agradecer
Tal merced.
ESTR. Una mujer
Vuestra aficionada soy,
Que la libertad os doy,
Teniéndola en mi poder.
Id con Dios.
SANCH. No he de pasar
De aquí, si no me decís
Quién sois ó no os descubrís.
ESTR. No me da el tiempo lugar.
SANCH. La vida os quiero pagar,
Y la libertad tambien.
Yo he de conocer á quién
Tanta obligacion le llevo,
Para pagar lo que debo,
Reconociendo este bien.
ESTR. Una mujer principal
Soy, y si más lo pondero,
La mujer que más os quiero,
Y á quien vos quereis más mal.
Idos con Dios.
SANCH. No haré tal,
Si no os descubrís ahora.
ESTR. Porque os vais, yo soy. (*Descúbrese.*)
SANCH. ¡Señora!
¡Estrella del alma mia!
ESTR. Estrella soy que te guia,
De tu vida precursora.
Vête; que amor atropella
La fuerza así del rigor;
Que como te tengo amor,
Te soy favorable estrella.
SANCH. ¡Tú resplandeciente y bella
Con el mayor enemigo!
¡Tú tanta piedad conmigo!
Trátame con más crueldad;
Que aquí es rigor la piedad,
Porque es piedad el castigo.
Haz que la muerte me dén;
No quieras tan liberal
Con el bien hacerme mal,
Cuando está en mi mal el bien.
¡Darle libertad á quien
Muerte á tu hermano le dió!
No es justo que viva yo,
Pues él padeció por mí;
Que es bien que te pierda así,
Quien tal amigo perdió.
En libertad desta suerte,
Me entrego á la muerte fiera,
Porque si preso estuviera,
¿Qué hacia en pedir la muerte?
ESTR. Mi amor es más firme y fuerte;
Y así, la vida te doy.
SANCH. Pues yo á la muerte me voy,
Puesto que librarme quieres;
Que si haces como quien eres,
Yo he de hacer como quien soy.
ESTR. ¿Por qué mueres?
SANCH. Por vengarte.
ESTR. ¿De qué?
SANCH. De mi alevosía.
ESTR. Es crueldad.
SANCH. Es valentía.
ESTR. Ya no hay parte.
SANCH. Amor es parte.
ESTR. Es ofenderme.
SANCH. Es amarte.
ESTR. ¿Cómo me amas?
SANCH. Muriendo.
ESTR. Antes me ofendes.
SANCH. Viviendo.
ESTR. Óyeme.
SANCH. No hay qué decir.
ESTR. ¿Dónde vas?
SANCH. Voy á morir,
Pues con la vida te ofendo.
ESTR. Vête y déjame.
SANCH. No es bien.
ESTR. Vive y librate.
SANCH. No es justo.
ESTR. ¿Por quién mueres?
SANCH. Por mi gusto.
ESTR. Es crueldad.
SANCH. Honor tambien.
ESTR. ¿Quién te acusa?

SANCH. Tu desden.
ESTR. No lo tengo.
SANCH. Piedra soy.
ESTR. ¿Estás en tí?
SANCH. En mi honra estoy,
Y te ofendo con vivir.
ESTR. Pues vête, loco, á morir;
Que á morir tambien me voy.
(*Vanse por distintos lados.*)

Salon del régio alcázar.

ESCENA X.

EL REY, DON ARIAS.

REY. ¡Que no quiera confesar
Que yo mandé darle muerte!
ARIAS. No he visto bronce más fuerte;
Todo su intento es negar.
Dijo al fin que él ha cumplido
Su obligacion, y que es bien
Que cumpla la suya quien
Le obligó comprometido.
REY. Callando quiere vencerme.
ARIAS. Y aun te tiene convencido.
REY. El cumplió lo prometido.
En confusion vengo á verme
Por no podelle cumplir
La palabra que enojado
Le dí.
ARIAS. Palabra que has dado
No se puede resistir;
Porque si debe cumplilla
Un hombre ordinario, un rey
La hace entre sus labios ley,
Y á la ley todo se humilla.
REY. Es verdad, cuando se mide
Con la natural razon
La ley.
ARIAS. Es obligacion.
El vasallo no la pide
Al Rey; solo ejecutar,
Sin vello y averiguallo,
Debe la ley el vasallo,
Y el Rey debe consultar.
Tú esta vez la promulgaste
En un papel; y pues él
La ejecutó sin papel,
A cumplille te obligaste
La ley que hiciste en mandalle
Matar á Busto Tabera;
Que si por tu ley no fuera,
El no viniera á matalle.
REY. Pues ¿he de decir que yo
Darle la muerte mandé,
Y que tal crueldad usé
Con quién jamás me ofendió?
El cabildo de Sevilla,
Viendo que la causa fuí,
Arias, ¿qué dirá de mí?
Y ¿qué se dirá en Castilla,
Cuando don Alonso en ella
Me está llamando tirano,
Y el Pontífice romano
Con censuras me atropella?
La parte de mi sobrino
Vendrá á esforzar por ventura,
Y su amparo la asegura.
Falso mi intento imagino:
Tambien si dejo morir
A Sancho Ortiz, es bajeza.
¿Qué he de hacer?
ARIAS. Puede tu alteza.
Con halagos persuadir
A los Alcaldes mayores,
Y pedilles con destierro
Castiguen su culpa y yerro,
Atropellando rigores.
Pague Sancho Ortiz: así
Vuelves, gran Señor, por él,
Y ceñido de laurel,
Premiado queda de tí.
Puedes hacerle, Señor,
General de una frontera.
REY. Bien dices; pero si hubiera
Ejecutado el rigor
Con él doña Estrella ya,
A quien mi anillo le dí,
¿Cómo lo haremos aquí?
ARIAS. Todo se remediará.
Yo en tu nombre iré á prendella
Por causa que te ha movido,
Y sin gente, y sin rüido
Traeré al alcázar á Estrella.
Aquí la persuadirás
A tu intento, y porque importe,
Con un grande de la corte
Casarla, Señor, podrás;
Que su virtud y nobleza
Merece un alto marido.
REY. ¡Cómo estoy arrepentido
Don Arias, de mi flaqueza!
Bien dice un sabio, que aquel
Era sabio solamente
Que era en la ocasion prudente,
Como en la ocasion cruel.
Vé luego á prender á Estrella,
Pues de tanta confusion
Me sacas con su prision;
Que pienso casar con ella,
Para venirla á aplacar,
Un rico hombre de Castilla;
Y á poderle dar mi silla,
La pusiera en mi lugar;
Que tal hermano y hermana
Piden inmortalidad.
ARIAS. La gente desta ciudad
Obscurece la romana. (*Vase.*)

ESCENA XI.

EL ALCAIDE.—EL REY.

ALCAI. Déme los piés vuestra alteza.
REY. Pedro de Caus, ¿qué causa
Os trae á mis piés?

ALCAI. Señor,
Este anillo con sus armas
¿No es de vuestra alteza?
REY. Sí:
Este es privilegio y salva
De cualquier crimen que hayais
Cometido.
ALCAI. Fué á Triana,
Invicto Señor, con él
Una mujer muy tapada,
Diciendo que vuestra alteza
Que le entregase mandaba
A Sancho Ortiz. Consulté
Tu mandato con los guardas
Y el anillo juntamente;
Y todos que le entregara
Me dijeron: dile luego;
Pero en muy poca distancia,
Sancho Ortiz, dando mil voces,
Pide que las puertas abra
Del castillo, y como loco,
«No he de hacer lo que el Rey manda,»
Decia, y «quiero morir;
Que es bien que muera quien mata.»
—La entrada le resistí;
Pero, como voces tantas
Daba, fué abrirle fuerza.
Entró, donde alegre aguarda
La muerte.
REY. No he visto gente
Más gentil ni más bizarra
Que la desta ciudad: callen
Bronces, mármoles y estátuas.
ALCAI. La mujer dice, Señor,
Que la libertad le daba,
Y que él no quiso admitilla,
Por saber que era la hermana
De Busto Tabera, á quien
Dió la muerte.
REY. Más me espanta
Lo que me decís agora..
En sus grandezas agravian
La mesma naturaleza.
Ella, cuando más ingrata
Habia de ser, perdona,
Le libra; y él, por pagarla
El ánimo generoso,
Se volvió á morir. Si pasan
Más adelante sus hechos,
Darán vida á eternas planchas.
Vos, Pedro de Caus, traedme
Con gran secreto al alcázar
A Sancho Ortiz en mi coche,
Excusando estruendo y guardas.
ALCAI. Voy á servirte. (*Vase.*)

ESCENA XII.

UN CRIADO.—EL REY; *después*, LOS ALCALDES.

CRIADO. Aquí
Ver á vuestra alteza aguardan
Sus dos alcaldes mayores.
REY. Decid que entren con sus varas.
(*Vase el criado.*)
Si yo puedo, á Sancho Ortiz
He de cumplir la palabra,
Sin que mi rigor se entienda.
(*Salen los dos alcaldes.*)
PEDRO. Ya, gran Señor, sustanciada
La culpa, pide el proceso
La sentencia.
REY. Sentenciadla: (*a*)
Solo os pido que mireis,
Pues sois padres de la patria,
Su justicia, y la clemencia
Muchas veces la aventaja.
Regidor es de Sevilla
Sancho Ortiz, si es el que falta
Regidor; uno piedad
Pide, si el otro venganza.
FARF. Alcaldes mayores somos
De Sevilla, y hoy nos carga
En nuestros hombros, Señor,
Su honor y su confianza.
Estas varas representan
A vuestra alteza; y si tratan
Mal vuestra planta divina,
Ofenden á vuestra estampa.
Derechas miran á Dios,
Y si se doblan y bajan,
Miran al hombre, y del cielo,
En torciéndose, se apartan.
REY. No digo que las torzais,
Sino que equidad se haga
En la justicia.
PEDRO. Señor,
La causa de nuestras causas
Es vuestra alteza: en su *fiat*
Penden nuestras esperanzas.
Dadle la vida, y no muera,
Pues nadie en los reyes manda.
Dios hace los reyes, Dios (*b*)
De los Saules traslada
En los humildes Davides
Las coronas soberanas.
REY. Entrad, y ved la sentencia,
Conforme á la culpa, y salga (*c*)
Al suplicio Sancho Ortiz,
Como las leyes lo tratan.
Vos, don Pedro de Guzman,

(*a*) En otras: Sustanciadla.
(*b*) *Per me reges regnant*: esta máxima en que se ha querido fundar el decreto divino de los reyes, fué interpretada de muy distinto modo por los teólogos del siglo XVI, como el P. Mariana, el P. Suarez (*Doctor eximio*) y otros.—Todo depende de la voluntad de Dios, dijeron; y Dios hace y deshace á los reyes, é inspira á los distribuidores de la justicia. La voluntad de Dios se manifiesta en el asentimiento unánime con que los pueblos eligen ó aceptan por rey al más digno, al más entero y recto, al más justo; y en el poder con que derriba á los soberbios y ensalza á los humildes, desencadenando contra los malos imperantes las iras populares y la furia de sus enemigos. De modo que el *per me regnant* lo entendian como un aviso y un precepto. Reinan por mi voluntad, mientras cumplan mi ley que está impresa en la conciencia de todos los hombres.—Parece que Lope lo entiende tambien así, como se ve por el ejemplo que cita de Saul y David, y por la entereza que los dos Alcaldes muestran con el Rey, sobreponiendo á este la Ley.
(*c*) En otras: «Que da por disculpa, etc.»

Escuchadme una palabra
Aquí aparte. (*Vase Farfan.*)

ESCENA XIII.

EL REY, DON PEDRO.

PEDRO. Pues, ¿qué es
Lo que vuestra alteza manda?
REY. Dando muerte á Sancho, amigo
Don Pedro, no se restaura
La vida al muerto; y querria,
Evitando la desgracia
Mayor, que le desterremos
A Gibraltar ó á Granada,
Donde en mi servicio tenga
Una muerte voluntaria.
¿Qué decís?
PEDRO. Que soy don Pedro
De Guzman, y á vuestras plantas
Me tenéis. Vuestra es mi vida,
Vuestra es mi hacienda y espada.
REY. Dadme esos brazos, don Pedro
De Guzman; que no esperaba
Yo menos de un pecho noble.
Id con Dios: haced que salga
Luego Farfan de Ribera.
(*Ap.* Montes la lisonja allana.)
(*Vase don Pedro.*)

ESCENA XIV.

FARFAN.—EL REY.

FARF. Aquí á vuestros piés estoy.
REY. Farfan de Ribera, estaba
Con pena de que muriera
Sancho Ortiz; mas ya se trata
De que en destierro se trueque
La muerte, y será más larga,
Porque será mientras viva.
Vuestro parecer me falta,
Para que así se pronuncie.
FARF. Cosa de más importancia
Mande á Farfan de Ribera
Vuestra alteza, sin que en nada
Repare; que mi lealtad
En servirle no repara
En cosa alguna.
REY. En fin, sois
Ribera, en quien vierte el alba
Flores de virtudes bellas
Que os guarnecen y acompañan.
Id con Dios. (*Vase Farfan.*)

ESCENA XV.

EL REY.

Bien negocié.
Hoy de la muerte se escapa
Sancho Ortiz, y mi promesa
Sin que se entienda se salva.
Haré que por general
De alguna frontera vaya,
Con que le destierro y premio.

ESCENA XVI.

LOS ALCALDES.—EL REY.

PEDRO. Ya está, gran Señor, firmada
La sentencia, y que la vea
Solo vuestra alteza falta.
REY. Habrá la sentencia sido
Como yo lo deseaba
De tan grandes caballeros.
FARF. Nuestra lealtad nos ensalza.
REY. (*Lee.*) «Fallamos y pronunciamos
»Que le corten en la plaza
»La cabeza.»—¡Esta sentencia
Es la que traeis firmada!
¿Así, villanos, cumplis
A vuestro rey la palabra?
¡Vive Dios!
FARF. Lo prometido
Con las vidas, con las almas
Cumplirá el menor de todos,
Como ves, como arrimada
La vara tenga: con ella,
Por las potencias humanas,
Por la tierra, por el cielo,
Que ninguno dellos haga
Cosa mal hecha ó mal dicha.
PEDRO. Como á vasallos nos manda;
Mas como alcaldes mayores,
No pidas injustas causas;
Que aquello es estar sin ellas,
Y aquesto es estar con varas,
Y el cabildo de Sevilla
Es quien es.
REY. Bueno está. Basta;
Que todos me avergonzais.

ESCENA XVII.

DON ARIAS, ESTRELLA.—DICHOS.

ARIAS. Ya está aquí Estrella.
REY. Don Arias,
¿Qué he de hacer? ¿Qué me aconsejas
Entre confusiones tantas?

ESCENA XVIII.

EL ALCAIDE, DON SANCHO, CLARINDO.—DICHOS.

ALCAI. Ya Sancho Ortiz está aquí.
SANCH. Gran Señor: ¿por qué no acabas
Con la muerte mis desdichas,
Con tu rigor mis desgracias?
Yo maté á Busto Tabera;
Matadme, muera quien mata.
Haz, Señor, misericordia,
Haciendo justicia.
REY. Aguarda.
¿Quién te mandó darle muerte?

SANCH. Un papel.
REY. ¿De quién?
SANCH. Si hablara
El papel, él lo dijera;
Que es cosa evidente y clara:
Mas los papeles rompidos
Dan confusas las palabras.
Solo sé que di la muerte
Al hombre que más amaba,
Por haberlo prometido.
Mas aquí á tus piés aguarda
Estrella mi muerte heróica,
Y aun no es bastante venganza.
REY. Estrella, yo os he casado
Con un grande de mi casa,
Mozo, galan, y en Castilla
Príncipe, y señor de salva;
Y en premio desto os pedimos,
Con su perdon, nuestra gracia,
Que no es justo que se niegue.
ESTR. Ya, Señor, si estoy casada,
Vaya libre Sancho Ortiz.
No ejecutes mi venganza.
SANCH. ¿Al fin me das el perdon
Porque su alteza te casa?
ESTR. Sí, por eso te perdono.
SANCH. ¿Y quedas así vengada
De mi agravio?
ESTR. Y satisfecha.
SANCH. Pues porque tus esperanzas
Se logren, la vida acepto,
Aunque morir deseaba.
REY. Id con Dios.
FARF. Mirad, Señor,
Que así Sevilla se agravia;
Y debe morir.
REY. (*A don Arias.*)
¿Qué haré,
Que me apura y acobarda
Esta gente?
ARIAS. Hablad.
REY. Sevilla,
Matadme á mí, que fuí causa
Desta muerte. Yo mandé
Matarle, y aquesto basta
Para su descargo.
SANCH. Solo
Ese descargo aguardaba
Mi honor. El Rey me mandó
Matarle; que yo una hazaña
Tan fiera no cometiera,
Si el Rey no me lo mandara.
REY. Digo que es verdad.
FARF. Así
Sevilla se desagravia;
Que pues mandásteis matalle,
Sin duda os daria causa.
REY. Admirado me ha dejado
La nobleza sevillana.
SANCH. Yo á cumplir salgo el destierro,
Cumpliéndome otra palabra
Que me disteis.
REY. Yo la ofrezco.
SANCH. Yo dije que aquella dama
Por mujer habias de darme
Que yo quisiera.
REY. Así pasa.
SANCH. Pues á doña Estrella adoro,
Y aquí á sus divinas plantas
El perdon de mi error pido.
ESTR. Sancho Ortiz, yo estoy casada.
SANCH. ¡Casada!
ESTR. Sí.
SANCH. ¡Yo estoy muerto!
REY. Estrella, esta es mi palabra.
Rey soy, y debo cumplirla:
¿Qué me respondeis?
ESTR. Que se haga
Vuestro gusto. Suya soy.
SANCH. Yo soy suyo.
REY. Ya ¿qué falta?
SANCH. La conformidad.
ESTR. Pues esa
Jamás podremos hallarla
Viviendo juntos.
SANCH. Lo mesmo
Digo yo, y por esta causa
De la palabra te absuelvo.
ESTR. Yo te absuelvo la palabra;
Que ver siempre al homicida
De mi hermano en mesa y cama
Me ha de dar pena.
SANCH. Y á mí
Estar siempre con la hermana
Del que maté injustamente,
Queriéndolo con el alma.
ESTR. Pues ¿libres quedamos?
SANCH. Sí.
ESTR. Pues adios.
SANCH. Adios.
REY. Aguarda.
ESTR. Señor, no ha de ser mi esposo
Hombre que á mi hermano mata,
Aunque le quiero y le adoro. (*Vase.*)
SANCH. Y yo, Señor, por amarla,
No es justicia que lo sea. (*Vase.*)
REY. ¡Grande fe!
ARIAS. ¡Grande constancia!
CLARIN. (*Ap.*) Más me parece locura!
REY. Toda esta gente me espanta.
PEDRO. Tiene esta gente Sevilla.
REY. Casarle pienso y casarla
Como merece.
CLARIN. Y aquí
Esta tragedia os consagra
Lope, dando así á *La Estrella*
De Sevilla eterna fama,
Cuyo prodigioso caso
Inmortales bronces guardan.



ACTO PRIMERO, ESCENA XVIII.

LA NIÑA DE PLATA.

PERSONAS.

DOROTEA, LA NIÑA DE PLATA.
TEODORA, TIA SUYA.
DON ENRIQUE, INFANTE.
EL MAESTRE DE SANTIAGO.
DON ARIAS.
EL REY DON PEDRO.
DON JUAN.
CHACON, LACAYO.
ZULEMA.
ALÍ.
EL VEINTICUATRO, PADRE DE DON JUAN.
FÉLIX, HERMANO DE DOROTEA.
MARCELA, DAMA.
LEONELO.
UN ESCUDERO.
UNA ESCLAVA.
UN PAJE.
MOROS.—CRIADOS.—GENTE.—MÚSICOS. ACOMPAÑAMIENTO.

La escena es en Sevilla.

ACTO PRIMERO.

Calle.

ESCENA PRIMERA.

DOROTEA Y TEODORA, *en un balcon.*

TEOD. Por aquí dicen que pasa
El infante don Enrique.
DOROT. Pues bien es que signifique
Tanto placer nuestra casa.
Haz, por tu vida, colgar
Aquel tapete de seda;
Que aunque es tan pobre, y no pueda
Las riquezas igualar
De tanto noble vecino,
Mostrará nuestra aficion.
TEOD. (*A una esclava que está dentro de la casa.*)
Cuelga, Inés, este balcon.
—Pero ya dicen que vino.
Gran música y alegría
Suena en la Puerta Real.
DOROT. ¿Vendrá el Rey?
TEOD. Llévanse mal.
DOROT. Pues no le aconsejaria

Que en Sevilla se quedase;
Que es don Pedro muy severo.
TEOD. Enrique es gran caballero,
Y puede ser que envidiase
El Rey la mucha aficion
Que le muestran cada dia
Castilla y Andalucía.
DOROT. Rigurosa condicion
Tiene el rey don Pedro, tía.
TEOD. No fuera tan riguroso,
A no vivir sospechoso;
Pero crece cada dia
El temor de sus hermanos.
DOROT. Como no son de su madre,
Sino de solo su padre,
Pareceránle tiranos
De las honras que les dió
Y los estados que tienen.
TEOD. Ya me parece que vienen.
DOROT. Yo te confieso que yo
Soy aficionada á Enrique.
TEOD. ¿Quién hay que á tanto valor
Su pensamiento, su amor
Y su esperanza no aplique?

ESCENA II.

ACOMPAÑAMIENTO, EL INFANTE DON ENRIQUE Y EL MAESTRE DE SANTIAGO, *de camino*; DON JUAN, GENTE.—DICHAS.

MAES. (*A don Enrique.*)
¿Qué os parece la ciudad?
ENRI. Una otava maravilla;
Pero con decir Sevilla
Se dice todo.
MAES. Es verdad.
ENRI. ¿Cómo esta calle se llama?
MAES. De las Armas.
ENRI. Con razon;
Mas pienso que de amor son,
Con tanta bizarra dama:
Y son las más peligrosas,
Si esta calle es de sus armas;
Que más que á cien hombres de armas
Temo unas manos hermosas.
¿Quién es la de aquel balcon?
MAES. Una dama cuya fama
Décima Musa la llama,
Por ingenio y discrecion;
Cuarta Gracia, por tener
Tantas, que á las tres la añaden,
Porque no se persuaden
Que otra mayor puede haber;
Cleopatra por gentileza
Y Vénus por hermosura,
Porque competir procura
Con su talle y su belleza.
En ella en fin se retrata
Una imágen del deseo.
¿Qué sirve tanto rodeo?
Esta es *la Niña de Plata*
Que habreis oido en Castilla,
Porque tanta perfecion
Es mónstruo y admiracion
Y grandeza de Sevilla.
Cuando tratan de su rio,
De su alcázar eminente,
De sus calles, de su puente,
De sus armas, de su brio,
De su regalo y riqueza,
Todo se acaba y remata
Con que la Niña de Plata
Es cifra de su grandeza.
ENRI. Oí de su discrecion
Y gentileza en Castilla.
MAES. No hay más qué ver en Sevilla.
ENRI. Los dos, Maestre, al balcon
Hagamos lo que es tan justo;
Que cuando de aquesta dama
No lo mandara la fama,
Lo hiciera por vuestro gusto.
TEOD. (*A Dorotea.*) Haz reverencia al Infante.
DOROT. Guarde Dios á vuestra alteza.
ENRI. En viendo tanta belleza,
No hay que pasar adelante.
MAES. No os detengais; que después
Habrá mejor ocasion;
Que aguarda el Rey, y es razon
Ir á besarle los piés.
(*Vanse el Infante, el Maestre, acompañamiento y gente.*)

ESCENA III.

DOROTEA Y TEODORA, *en el balcon*; DON JUAN, *en la calle.*

JUAN. Sirena debeis de ser,
Bellísima Dorotea,
Pues donde hay tanto que vea,
A un rey haceis detener.
Ya no se puede pasar
La calle en que lo habeis sido,
Sin ir atado el sentido
Del oir y del mirar
Al árbol de la prudencia,
Como Ulises le llevó.
DOROT. Cuando hubiera sido yo
Sirena de la presencia
De un rey de tanto valor,
Resultaba en vuestra gloria,
Don Juan, pues que mi vitoria
Hace la vuestra mayor;
Porque quien tanto rindió
A quien rinde á quien decís,
Más merece, si advertis
Que él es mio, y vuestra yo.
JUAN. Con licencia de Teodora,
Os querria responder.
TEOD. Harto quisiera poner
Fin á este amor desde agora,
Si no viera tan perdida
Y tan loca á Dorotea;
No porque la culpa sea
De vuestro amor merecida,
Mas por ver que no ha querido
Vuestro padre el Veinticuatro,

Rogado una vez y cuatro
De quien sabeis que lo ha sido,
Que os caseis con mi sobrina;
Pues no habiendo de ser vuestra,
La misma razon os muestra,
Por más que amor desatina,
Lo que pierde nuestra casa,
Honor y reputacion.
JUAN. Su avarienta condicion,
Como sabeis, no me casa,
Por ser pobre Dorotea;
Y preténdeme casar
Donde me venga á comprar
Con oro una necia y fea.
Mas yo, que en el corazon
Tengo una mina de plata
Que me enriquece y me mata,
Si las del alma lo son,
Estoy tan determinado,
Que antes de un mes ha de ser
Dorotea mi mujer,
Con el dote más honrado
Que llevan las que lo son,
Que es virtud y entendimiento;
Que esto que perder consiento
De vuestro honor y opinion,
Es á cuenta de la mia;
Y no hay en qué reparar,
Pues se viene á restaurar
De mi casamiento el dia.
TEOD. De vuestra parte, don Juan,
No hay más que pida el deseo:
Eso y mucho más os creo;
Que de vuestra parte están
La inclinacion y el amor;
Pero de un avaro viejo,
La codicia y el consejo,
Más de hacienda que de honor.
Con esto me voy de aquí;
No quiero que nadie vea
Que si hablais con Dorotea,
Pasa delante de mí. (*Vase.*)
DOROT. Don Juan, bien dice mi tía.
Ya que vuestro padre os casa,
No es justo que en esta casa,
Aunque es más vuestra que mia,
Tan publicamente hableis.
Lo que es el recato os ruego:
Al Alcázar vamos luego,
Y allá, mi bien, me vereis;
Que yo haciéndole á mi honor
La salva, pues es tan justo,
Os quiero bien por mi gusto,
Y os tendré perpetuo amor,
Que os caseis, que no os caseis,
Que me olvideis ó querais,
Que aquí os esteis ó que os vais,
Me escribais ó me olvideis;
Que si no sois mi marido,
No ha nacido de quien sea
En el mundo Dorotea.
Vuestra soy y vuestra he sido. (*Vase.*)
JUAN. Señora, mi bien, mi luz...
—Fuése el sol; su noche he sido.

ESCENA IV.

CHACON.—DON JUAN.

CHAC. ¡Qué bravamente ha lucido
Manto y sombrero andaluz!
Locos van los castellanos,
Sevilla, en ver tu grandeza;
Blanco ha sido tu belleza
De mil pensamientos vanos,
Cual suele nuevo zaguan
Verse escrito de carbon.
JUAN. En tales dias, Chacon,
¿Los amos solos se van?
CHAC. Perdona; que me cegó
El concurso de la gente,
Y un forastero valiente
Que echando juncia llegó,
Con el cual palabras tuve
De rumbo y temeridad,
Entre cuya tempestad
Cerca de asentarle estuve
Dos mojadas de antuvion;
Mas llegó la cofradia
De la sangre, y de la mia
Templaron la tentacion.
Ahogóse finalmente
La cólera en tinto y blanco;
Que anduvo medroso y franco
Conmigo y la demás gente.
Decia bien un mohino,
Que estas pendencias habladas
Eran castañas asadas,
Que todas paran en vino.
JUAN. ¡Quién estuviera de humor
Para oir tus valentías!
CHAC. ¿Qué tenemos?
JUAN. Estos dias
Anda como loco amor.
CHAC. Como demonio dirás;
Porque el dia que se suelta,
No hay libertad tan resuelta,
Que no se le rinda más.
¿Han venido aquestos celos
De Castilla, por ventura?
JUAN. Bien pudiera la hermosura,
Admiracion de los cielos,
Dárselos al mismo sol.
No son celos, es desden.
CHAC. Luego ¿no te quieren bien?
Melindre, á fe de español.
Pero sángraste en salud.
JUAN. Por abundancia de gusto
No me quejo; que no es justo;
Mas traigo justa inquietud
De que mude Dorotea
De intento en esta ocasion,
Pues mi padre sin razon
Le niega lo que desea,
Porque en esto ha respondido
Que es pobre, aunque muy honrada.
Y aunque se muestra obligada
Al amor que le he tenido,
Temo que viendo que ya

No es posible el casamiento,
Ha de mudar pensamiento.

CHAC. Pues ¿qué responde?

JUAN. Que está
Muy tierna y enamorada:
Que siempre me ha de querer,
Aunque la venga á tener,
Como casada, olvidada.
Mas como su entendimiento
Es tan notable, Chacon,
Creo que estas cosas son
Un discreto cumplimiento.
Cortesanos han venido,
Dorotea es celebrada,
Hoy, hermosa y despejada,
Contra mis celos ha sido
Retrato de su balcon:
Todos la vieron, y hablaron
Con los ojos, y enviaron
Recados al corazon.
Principios son de olvidar
Dejarse en público ver;
Que esconderse una mujer
Es alta señal de amar.
No dudes, los castellanos
Por la fama han de servilla.

CHAC. Mil damas tiene Sevilla,
Que á tus pensamientos vanos
Pondrán entonces remedio.
Dos mil veces te he rogado
Que dejes este cuidado
Y que pongas tierra en medio.
Amas una cosa que es
Espíritu, entendimiento,
Eco, acento, pensamiento,
Serafin, donde no hay piés;
Oro sutil, si de Tibar,
Un junco, mimbre ó taray,
Un aljófar, un cambray,
Un alfeñique, un almibar,
Un extremo en filigrana,
Un dije, un hilo de pita,
Y un familiar que te incita
En un confite de mana;
Finalmente, una mujer
Que llamó, por engreilla,
Niña de Plata Sevilla,
Semanas debe de haber.
¡Cuerpo de tal! Si quisieras
Una mujer para todo,
Para polvo y para lodo,
Para burlas, para veras,
Destas de rua y camino,
Sin melindre, sin milagro,
Que tienen su gordo y magro,
Como pernil de tocino;
Mujeres que duran más
Que un zapato de vaqueta,
No vieras en esta séta
Tus pensamientos jamás;
Que mejores son mostrencos.
Mas ya que desto te incitas,
¿No has visto en unas cajitas
Unos bolitos flamencos?
Pues así imagino yo
Esas damas delicadas:
Son buenas para miradas,
Mas para jugadas no.
¡Buen bolazo, que es mohina,
Pesia tal! y estése en pié,
Aunque un manchego le dé
Con una bola de encina.

JUAN. ¡Ah, Chacon! ya fué mi suerte.
Si mi padre, por dinero,
No quisiere lo que quiero,
Ten por segura mi muerte.
Niña de Plata ha de ser
De mis ojos, esto es cierto.

CHAC. A Dios ruegas por ser tuerto.

JUAN. ¿Cómo?

CHAC. ¿No lo echas de ver?
Si esa niña que te mata,
Quieres que en tu vista asista,
Cuando uno no tiene vista,
Se pone niñas de plata.

JUAN. Vén al Alcázar conmigo;
Que allá me dice que va.

CHAC. Colgado y vistoso está.
Voy al Alcázar contigo.

JUAN. Pues quedo, y no te alborotes,
Y aquella sierpe le riña.

CHAC. ¡Oh! válate Dios por niña!
¡Quién le diera veinte azotes!

(*Vanse.*)

Jardin del alcázar.

ESCENA V.

DON ENRIQUE, EL MAESTRE, DON ARIAS.

ENRI. Ninguno lo sabrá como don Arias.

MAES. Es caballero noble de Sevilla.

ARIAS. Aunque sus maravillas sean tan varias,
Esa fuera más alta maravilla.
Las regiones remotas y contrarias,
El mar innavegable, cuya orilla
Jamás áncora vió de nave nuestra,
De sus grandezas el aplauso muestra.

MAES. No os pide Enrique que digais las cosas
Que en muchos libros no cupieran; pide
Que le digais quién fueron las hermosas
Damas con quien el sol sus rayos mide.

ARIAS. Las que hoy vistas de vos fueron dichosas,
Con quien el cielo términos divide
Y la jurisdicion de nuestras vidas,
Son estas, aunque en cifra referidas:
Es la de blanco y plata doña Elena,
Por quien llorar segunda Troya aguardo,
Que con vestido blanco, de morena
Se precia.

ENRI. ¿Qué apellido?

ARIAS. El de Fajardo.
Aquella en su hermosura Madalena,
Mas que en su penitencia, de oro y pardo,
Era Ramirez.

ENRI. Fuéralo si al cuello

Desatara las trenzas del cabello.

ARIAS. Doña Ángela de Várgas, de azul y oro,
Tanto parece á Angélica la Bella,
Que aunque no conocemos el Medoro,
Mil Orlandos furiosos hay por ella.
La de lo negro con real decoro,
Que era en escura noche blanca estrella,
Doña Leonor del Águila; ya sabes
Que el águila es la reina de las aves.
La de pajizo, que con mil memorias
El vestido bordó de cañutillo,
Dina de dulces versos y de historias,
Se llama doña Brígida Carrillo;
Por no tener sus conocidas glorias
Principio y fin, como precioso anillo,
Doña Sol de Guzman dijo su esfera:
De tela de oro y de diamantes era.
La de lo verde (y con razon se atreve
A lo verde su rostro) es por quien vela
Desnudo Amor entre su blanca nieve.

MAES. Su nombre di.

ARIAS. Doña Casilda Vela.
De grande ingenio y de estatura breve,
Vestida de color flor de canela,
Estaba en un balcon doña Teodora
Enriquez: no era sol; mas era aurora.
Doña Ana Téllez carmesí vestia,
Y nácar doña Juana de Arellano;
Raso color de mar doña María
Núñez, y doña Laura Altamirano
De turquí; celestial, doña Mencia
De Rojas, cifra del tesoro humano;
Doña Luisa Ceron morado y palmas,
Cera que alumbra á amor y arde en las almas;
Doña Leonor Cabrera de leonado,
Y doña Inés de Zúñiga y Fonseca
De plata sobre raso naranjado,
Que al fruto del azár las flores trueca;
Doña Francisca de Padilla y Prado,
Vestida de tabí de rosa seca...
Mas ya la vista en un balcon retrata
La niña celestial, Niña de Plata.

ENRI. El Maestre se ríe, y por mi vida
Que no sé yo por qué.

MAES. Malicia es esa;
Que aunque la celebrais, estais sin vida.

ENRI. Que repareis en que la ví me pesa.
Alabástesla vos de entretenida,
Y de que hasta la envidia la confiesa
Por única entre damas de Sevilla,
Décima musa, octava maravilla.

ARIAS. Cuando el Maestre, gran Señor, la alabe,
Puede con gran razon; que Dorotea
Es la sibila de Sevilla, y sabe
Cómo ha de parecernos que lo sea.
Sabe las burlas y el estilo grave;
Llamáronla *de plata* porque crea
Quien oyere este nombre, que retrata
Una pieza bellísima de plata.
Canta y compone en punto diestramente
A cinco voces.

ENRI. ¿Y no á dos?

ARIAS. No, cierto.
Pinta como el más célebre y valiente,
Danza con gala y con igual concierto,
Escribe versos con tal gracia...

MAES. Tente;
Que cuando en esta diferencia advierto,
Que los escribe una mujer y un loco,
El arte de escribirlos tengo en poco.

ENRI. Maestre, esto de hablar en consonancia
Y juntar de los versos la armonía,
No es la sentencia, el arte y la elegancia
Con que se adorna y viste la poesía.
Muchos la escribirán con ignorancia,
Padeciendo las musas tiranía;
Pero estos no son hombres, que son monas,
Muertos, en fin, por parecer personas.
Algun desvanecido pensamiento
Probó á hacer versos, no acertó, y porfía,
Como miró incapaz su entendimiento,
Que no es entendimiento la poesía.
Si alguno la escribió sin fundamento,
No por eso llegó donde podia,
Porque un órgano mismo, menos diestro
Le tañe un sacristan que un gran maestro.
No aboga el que jamás vió las escuelas
Como aquel que inventó los textos mismos;
Ni cura la mujer ó el sacamuelas
Que á Hipócrates no vió los aforismos.

ARIAS. Señor, injustamente te desvelas.
No iguala Dorotea los abismos
Del arte de escribir, no á Homero, á Horacio;
Escribe á uso de corte y de palacio.—
Pero entre algunas que á mirar las salas
Del Alcázar vinieron, serafines
Desta ciudad, aunque les faltan alas,
La Niña está, Señor, en sus jardines.

ESCENA VI.

DOROTEA Y TEODORA, *con mantos*, UN ESCUDERO.—DICHOS.

ENRI. ¡Oh blanca Niña, que en tu nieve igualas
Azáres, azucenas y jazmines,
Y el carmesí de la color hermosa
A la pura vergüenza de la rosa!
Tu fama me robó desde Castilla
La memoria, y aquí me roba el alma.

DOROT. ¿Eso causa á su alteza maravilla?

ENRI. Allá me hirió y aquí me tiene en calma.

DOROT. Famosa es la Giralda de Sevilla,
La del escudo, el cáliz y la palma:
Por la fama pudiera y la grandeza
Su alteza enamorarse de su alteza.

ENRI. ¿Volveos? ¿no pasais de aquí?

DOROT. Antes me quiero volver,
Porque si yo vengo á ver,
Ya no hay más de lo que ví.

ENRI. Pues ¿qué es lo que á ver venistes?

DOROT. Las riquezas de allá arriba,
Y aquí el jardin que cultiva
De esmeraldas y amatistes
El cielo con mil primores,
Y en vos hizo todo fin.

ENRI. ¿Cómo?

DOROT. En el talle el jardin,
Y en el ingenio las flores.
ENRI. ¿Hay tal niña? ¿Hay tal tesoro?
Muy necio fué quien os trata,
Niña, por Niña de Plata.
DOROT. ¿Por qué?
ENRI. Porque sois de oro.
DOROT. Antes anduvo discreto;
Que á haberme de oro llamado,
Naciera en siglo dorado,
Y fuera vieja en efeto.
De plata fué cortesía,
Porque es un siglo después.
ENRI. Verdad lo que dicen es,
Maestre, por vida mía.
El ingenio es milagroso:
Yo soy desde hoy su galan.
DOROT. Mirando, Señor, están.
ENRI. ¿Es por dicha algun celoso?
DOROT. No tengo á quien dar enojos;
Mas como con pocos trata,
Oigo decir que la plata
La codician muchos ojos.
Vuestra alteza dé licencia,
Porque á alguno no le sobre,
Que vuelva mi plata en cobre.
ENRI. Como vos me deis paciencia...
DOROT. ¿Para qué?
ENRI. Para sufrilla.
DOROT. Luego ¿ya sois mi galan?
¡Ay Jesús! y ¿qué dirán
Las señoras de Sevilla?
Vamos, tía; que el Infante
Habla de recien venido.
TEOD. (*Ap. á Dorotea.*)
Discrecion hubiera sido
Que pasaras adelante. (*Vanse las dos.*)

ESCENA VII.

DON ENRIQUE, EL MAESTRE, DON ARIAS, EL ESCUDERO.

ENRI. (*Al escudero.*)
Una palabra, buen viejo.
ESCUD. Buena vuestra vida sea.
ENRI. ¿Servís vos á Dorotea?
¿Sois de los de su consejo?
ESCUD. Escudero suyo soy.
ENRI. ¿Quién la visita?
ESCUD. Quisiera
Que su alteza conociera
Quién es la casa en que estoy.
El sol no ha entrado ni tiene
Licencia de entrar en ella.
ENRI. Adonde la luz es ella,
Bien hace el sol si no viene.
¿Podréla yo visitar?
¿Querréisle dar un recado?
ESCUD. No le hubiera pronunciado,
Cuando me hiciera matar.
ENRI. Esto habeis de hacer por mí;
Que si os echare de casa,
Quien á mejor lugar pasa,
Medra y no pierde.
ESCUD. Es ansi.
ENRI. Haré al Rey que alcaide os haga
Del alcázar.
ESCUD. Con portero
Me contento. Mas primero
Que de mí se satisfaga,
Corre peligro mi honor;
Que soy muy gentil hidalgo.
ENRI. A todo digo que salgo.
ESCUD. Pues vuestra alteza, Señor,
Crea que soy Cueva, Arjona,
Méndez, López, Juárez, Fáñez,
Benavides, Santibáñez,
Córdoba, Enriquez, Cardona,
Sánchez, Vázquez y Loyola:
Cuesta en mi tierra, Señor,
Un dedo el papel mayor...
ENRI. ¿Cómo?
ESCUD. Por mi firma sola.
ENRI. Creo que sois bien nacido,
Y en la persona se os ve.
ESCUD. Por desdicha el servir fué
Quien pudiera ser servido.
¡Mal pecado! en la montaña
Tuvo mi abuelo un casar
Que le pudiera envidiar
Para granja el rey de España.
MAES. No lloreis; tomad consuelo,
Como hidalgo bien nacido.
¿Sois de solar conocido?
ESCUD. Zapatero fué mi abuelo.
ENRI. Bien conocido solar.
(*Ap.* El viejo es precioso humor.)
¿Comeis bien?
ESCUD. Bebo mejor.
ENRI. Para todo os quiero dar.
Veis aquí cinco doblones,
Todos cinco son de á cuatro.
ESCUD. Con ellos soy veinticuatro.
Oid cinco bendiciones.
—Dios os dé salud.
ENRI. Muy bien.
ESCUD. Siempre tengais buena fama,
Buena mesa y buena cama,
Y buena mujer tambien.
ENRI. ¿La tercera?
ESCUD. Plata en mano,
Con las armas de Castilla.
ENRI. ¿La cuarta?
ESCUD. Casa en Sevilla.
ENRI. ¿La quinta?
ESCUD. Nieve en verano.
ENRI. ¿Cuándo me vendreis á ver?
Que el Rey mi hermano ha venido.
ESCUD. Mañana, y no me despido.
ENRI. Haréisme mucho placer;
Y la librea os daré,
Que esta noche he de sacar.
ESCUD. Por allá podeis pasar.
ENRI. ¿Saldrá la Niña?
ESCUD. No sé...
—Ello ¿no es encamisada?
ENRI. Buena, y con galas crueles.

ESCUD. En oyendo cascabeles,
Yo la doy por asomada. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

DON ENRIQUE, EL MAESTRE, DON ARIAS.

MAES. El viejo es alta figura.
ENRI. Entrémonos á vestir;
Que ya por vernos salir
La noche el carro apresura.
MAES. El Rey ¿estará vestido?
ARIAS. De su cólera lo creo.
ENRI. Hoy me ha nacido un deseo.
MAES. Niño pintan á Cupido.
ARIAS. Su madre sabrá crialle.
MAES. ¡Bueno vas, por vida mia!
ENRI. Niña, alcanzarte querria;
A correr voy á tu calle.
(*Vanse.*)

Habitacion de don Juan.

ESCENA IX.

DON JUAN, CHACON.

JUAN. Vísteme esa cota luego;
Que es noche de regocijo.
CHAC. Algun ángel te lo dijo.
De tales noches reniego.
JUAN. Las noches de las desgracias
Un discreto las llamó.
CHAC. Al hombre que la inventó
Se deben honras y gracias.
En cayendo una cuitada
Que traigo en el trato vil,
Me calo las once mil.
JUAN. Ella es defensa extremada.
No hay lado, no hay amistad
Más fuerte.
CHAC. Yo sé, Señor,
Otra mejor.
JUAN. ¿Cuál mejor?
CHAC. Un aposento.
JUAN. Es verdad;
Pero habiendo de salir,
Famoso amigo es un jaco.
CHAC. Cuando dos azumbres saco,
Puedo al diablo resistir.
¿Quieres espada ó estoque?
JUAN. Estoque para broquel.
CHAC. Hay mayor peligro en él,
Como el contrario se emboque.
Yo, si no llevo recado
Para el tajo y el revés,
Voy en cueros.
JUAN. Ansi es,
Si hubo cena y te han brindado.
CHAC. ¡Remoquetico! Ahora bien,
¿Dónde va tu valentía?
JUAN. Chacon, á mi niñería
Y á mi gigante desden.
CHAC. Loco estás.
JUAN. No hay en Sevilla
Niña de tal perfeccion.
CHAC. Parece que al corazon
La echaste por zapatilla.
Ahora bien, yo solo debo,
Que te cuadre ó no te cuadre,
Seguirte el humor.
JUAN. ¡Mi padre!

ESCENA X.

EL VEINTICUATRO.—DICHOS.

VEINT. ¿Adónde bueno, mancebo?
JUAN. Señor, ya lo ves, es noche
De encamisada y de luces.
Castellanos y andaluces...
VEINT. Y en un caballo ó un coche
¿No salieras más seguro?
JUAN. Riñeme ya, como sueles.
VEINT. ¡Jacos, estoques, broqueles,
Y Chacon!...
CHAC. Su bien procuro.
¡Con lindos regalos vienes!
VEINT. Si el que yo pienso tuvieras...
CHAC. ¿Dónde estuviera?
VEINT. En galeras.
CHAC. Pues ¿en qué opinion me tienes?
VEINT. Del alcahuete mayor
Que puso mitra en cabeza.
CHAC. ¿De quién?
VEINT. De esa buena pieza.
JUAN. No tengo de quién, Señor.
VEINT. Ya sé tus pasos.
JUAN. Advierte,
Si no piensas vanos casos,
Que no tengo yo en mis pasos
Cosa que este me concierte.
VEINT. Eres tú muy concertado.
Ya sé dónde entras y sales.
JUAN. Mis pasos son tan iguales,
Que el fin es santo y honrado.
VEINT. ¿Santo y honrado? Sin duda
Vas á rezar á la Antigua.
JUAN. Pues pregunta y averigua
Si hay juego donde yo acuda,
Ni otra cosa deshonesta.
Sola una calle paseo
De una mujer, que deseo
Con buen fin.
CHAC. ¡Linda respuesta!
VEINT. Es muy linda.
CHAC. Pues querer
Para matrimonio santo
Mujer que merece tanto,
Y que ha de ser su mujer,
¿Puédelo ningun cristiano
Tener por injusta cosa?
VEINT. Con mujer pobre y hermosa
Y bachillera, es en vano;
Porque mientras yo viviere,
Don Juan no se ha de casar.
JUAN. ¿A qué tengo de aguardar?

¿Qué es lo que mandas que espere?
¿Soy doncella, que he de estar
Aguardando en mi labor
A que tú tengas humor
Para quererme casar?
Si te gastara tu hacienda
Con alguna mujercilla;
Si anduviera por Sevilla
Como caballo sin rienda;
Si tú me hubieras librado
De dos muertes ó de tres;
Si no pusiera los piés
Menos que en lugar sagrado;
Si fuera mi desconcierto
De mil mohatras perjuras,
Haciendo veinte escrituras
Para cuando fueras muerto;
O quien me las socorriera,
Buscara con fingimiento
A real y medio por ciento,
Y otros enredos hiciera;
Si plata acaso tomara,
El marco á cómo quisiera
Quien el dinero me diera,
Y al mismo se lo entregara;
Si te vendiera la tuya,
O hurtara joya ó cadena
A mi hermana, y por tu pena
Disimulara la suya;
Fuera yo el hijo querido,
Anduviéraste tras mí.

VEINT. Todo lo que has dicho aquí,
Menos lo hubiera sentido
Que casarte sin mi gusto.
Bien sé lo que allá se trata:
De aquesta Niña de Plata
Nace todo mi disgusto.
Si ella como el nombre fuera,
Y aquellas gracias bizarras
Fueran ó reales ó barras,
Niña en mis ojos la hiciera.
No se trate desto más.
Yo te caso con dos mil
Ducados de renta.

JUAN. ¡Oh vil
Fortuna!

VEINT. Con esto harás
Casi cinco mil y aun seis.
Esta es noche peligrosa:
No tengo por justa cosa
Que en sus peligros andeis.
Entrad; que desde el balcon
Podreis ver la encamisada,
Si de Holanda más delgada
Las de esa niña no son.
Ea; ¿qué me están mirando?
Entren dentro.

CHAC. ¿Hablas de veras?

JUAN. ¿A qué doncella dijeras
Lo que te estoy escuchando?

VEINT. Ea, pues.

JUAN. Obedecerte
Quiero. Ya voy; vé delante.

VEINT. Es á tu vida importante. (*Vase.*)

JUAN. Más lo parece á mi muerte.—
Chacon, por el azotea
Podré saltar á la casa
De don Luis; las armas pasa. (*Vase.*)

CHAC. Quiera Dios que por bien sea;
Que temo que por burlalle,
Caigamos sin resistencia,
Como gatos en pendencia,
Desde el tejado á la calle. (*Vase.*)

Salon del Alcázar.

ESCENA XI.

DON ENRIQUE, DON ARIAS.

ENRI. No está acabado el vestido,
Y el Rey, gran prisa.

ARIAS. Señor,
Fué poco el tiempo.

ENRI. El amor,
De hoy en el alma nacido,
Y de hoy en ella tan viejo
Como si de un siglo fuera,
Me da prisa de manera,
Que me ha faltado consejo.
El que me diste tomé,
Y con industria he llamado
A su hermano.

ARIAS. Has acertado.

ENRI. Poco, don Arias, podré,
O tendré entrada en la casa
De aquesta niña que adoro.

ARIAS. Ella es de plata; hazla de oro,
Y tú verás lo que pasa.

ESCENA XII.

FÉLIX, UN CRIADO.—DICHOS.

CRIADO. Aquí está Félix, señor,
Hermano de Dorotea.

ENRI. Que muy bien venido sea.—
(*Vase el criado.*)
Llegad, no tengais temor.

FELIX. ¿Quién no le ha de tener en la presencia
De un príncipe tan alto y generoso?
Con cuidado he venido, pareciéndome
Cosa muy nueva que importarle pueda
El servicio de un hombre tan humilde.

ENRI. Félix, á mí me han dicho que en Sevilla
No hay hombre que conozca los caballos
Como vos, y que en casa habeis criado
Un potro que de Córdoba os trujeron,
Que es excelente cosa. Yo querria
Que le feriemos, esto lo primero;
Y lo segundo, que con gran cuidado
Ocho ó diez me busqueis para Castilla.

FELIX. Pienso que hay otro Félix en Sevilla;
Que yo, Señor, ni sé ni tengo gusto
De caballos ni potros; que muriendo
Mis padres, y harto pobres por fianzas,
Dejaron una hija casi en pelo

En el pesebre humilde de mi casa,
Que con necesidad y honor se cria
Debajo del amparo de su tia.
Otro debe de ser del nombre mio
El que tiene ese potro y que conoce
De caballos, Señor; que solo tengo
Esto que os digo y veinte ó treinta libros,
A que soy en extremo aficionado;
Que un pobre en ellos halla sus jardines,
Sus casas, sus caballos y sus galas.

ENRI. Basta; que se engañó por vuestro nombre
El que el recado os dió. Mas vuestro talle
Y buen entendimiento me ha obligado,
Ya que os llamaron, que de vos me sirva.
¿Es casada esa hermana?

FELIX. Si lo fuera,
No estuviera, cual dije, en otro amparo.
Es doncella discreta y virtuosa;
Que lo menos que tiene es ser hermosa.

ENRI. ¿Por qué no la casais?

FELIX. Porque no tengo
Lo que tan recibido tiene el mundo,
Pues ya no es dote la virtud; que todo
Se ha reducido á plata y á dinero;
Y con poderla dar toda de plata,
No es plata de virtud la que se trata.

ENRI. Estas, don Arias, son las cosas justas
A que debe acudir el justo príncipe.
¡Qué lástima, qué pena que me ha dado
El ver pobre un hidalgo tan honrado!—
Quedaos en mi servicio; que yo quiero
De hoy más haceros bien y remediaros.

FELIX. Tus generosos piés beso mil veces.

ENRI. Yo miraré el oficio que convenga
Con vuestra calidad.

ESCENA XIII.

EL CRIADO. — DON ENRIQUE, DON ARIAS, FELIX.

CRIADO. Ya está el vestido,
Y lo demás que llevas, prevenido.

ENRI. ¿Estálo el Rey?

CRIADO. Y el Gran Maestre.

ENRI. Félix,
Veámonos mañana.

FELIX. Guarde el cielo
Tus años, gran Señor; que yo y mi her-
Rogaremos á Dios eternamente [mana
Que tus estados y tu vida aumente.

ENRI. ¡Ah, sí! ¿Cómo se llama?

FELIX. Dorotea. (*Vase.*)

ARIAS. ¿Qué vas trazando?

ENRI. Junto materiales
Para aqueste edificio de mi gusto.

ARIAS. Ya el escudero y el hermano tienes.

ENRI. ¡Ay, Arias, por aquella niña ingrata
Daré un gigante de la misma plata!
(*Vanse.*)

Sala en casa de Dorotea.

ESCENA XIV.

DOROTEA, DON JUAN, CHACON, INÉS.

DOROT. ¿Cómo te has entrado aquí?

JUAN. Porque hallé la puerta abierta.

DOROT. ¿No sabes tú que esta puerta
Es para mi esposo?

JUAN. Sí,
Y por eso intento yo,
Como tu esposo, el ganar
Puerta que me la ha de dar
Adonde ninguno entró.
No me muestres, Dorotea,
Desden, por Dios te suplico;
Que si eres pobre y soy rico,
Amor quiere hacer que sea
El medio destos extremos
El casarnos, que es virtud.

DOROT. Estoy con grande inquietud.

INÉS. ¡Ay, Señora!

DOROT. ¿Qué tenemos?

INÉS. Tu hermano.

DOROT. (*A don Juan.*) Tú lo has querido.
¡En qué confusion estoy!

JUAN. ¿Hay más de decir que soy
Claramente tu marido?

DOROT. No; que aventuras mi honor
Y tu vida. Aquí detrás,
Mientras se vuelve, estarás;
Que tiene un poco de amor,
Y es noche de luminarias.

JUAN. Entra, Chacon.

CHAC. A no ser
Hermano...

JUAN. Acaba...
(*Escóndense don Juan y Chacon.*)

ESCENA XV.

FELIX.—DOROTEA, INÉS.

FELIX. El placer
Y el seso, cosas contrarias,
No me han de dar, Dorotea,
Lugar de hablarte con él;
Que caber mi dicha en él
Es imposible que sea.

DOROT. ¿Hante dado algun favor,
Papel, cinta, abrazo ó puertas?

FELIX. Mal con mi gusto conciertas;
Que no es negocio de amor.

DOROT. ¿Pues qué?

FELIX. Por yerro, un criado
Del Infante me llamó,
Porque imaginó que yo
Era algun Félix que ha dado
En criar potros y hacer
Estudio en caballos: fuí,
Desengañéle de mí,
Y dile, hermana, á entender
Que á tí sola te tenia

En mi casa, tu belleza,
Tu virtud y tu pobreza;
Y fué tal la dicha mia,
Que desde hoy soy su criado,
Y te quiere remediar.
Yo voy, hermana, á llevar
A las fiestas mi cuidado;
No quise verlas sin verte
Y esto de paso contarte.
El parabien vengo á darte
De nuestra dichosa suerte,
Porque tambien me le dés.
Voy por mi requiebro. Adiós:
No te acuestes; que los dos
Tenemos que hablar después. (*Vase.*)

DOROT. ¿Hay historia semejante?—
Bien puedes salir.
(*A don Juan, y él sale.*)

ESCENA XVI.

DON JUAN, CHACON.—DOROTEA, INÉS; *después*, GENTE, *dentro.*

JUAN. De aquí
Dirás mejor, ó de mí,
Si ya te sirve el Infante.
DOROT. ¡El Infante á mí! ¿Por qué?
JUAN. En el Alcázar te habló.
DOROT. Lo que mi hermano contó,
Ni lo entiendo ni lo sé.
JUAN. ¡Ay, Dorotea! no es yerro,
Si eres á mi amor ingrata,
Imaginar que tu plata
Para mí se vuelve en hierro.
¿Qué es esto?
DOROT. ¡Gracioso estás!
Dame culpa de tu pena.
CHAC. Señor, la música suena.
JUAN. ¡Celos principes me das!
INÉS. Señora, ¡la camisada!
¿Los cascabeles no escuchas?
DOROT. (*A don Juan.*) Nunca de palabras muchas
Fué satisfacion honrada.
En pocas digo que estoy
De esas culpas ignorante.
(*Dentro ruido de cascabeles.*)
UNA VOZ. (*Dentro.*) Gallardo pasa el Infante.
DOROT. Bien ves que á verle no voy.
JUAN. A lo que pasa en la calle
Estás atenta, y no á mí.
UNA VOZ. (*Dentro.*) Dios te guarde.
OTRA. ¿Es el Rey?
OTRA. Sí.
VOZ. (*Dentro.*) Enrique es de mejor talle.
JUAN. Ea, no estés tan inquieta;
Véle á ver.
DOROT. Mira, don Juan...
VOZ. (*Dentro.*) El Maestre es muy galan.
DOROT. Que aunque no soy muy discreta,
Siento tus atrevimientos.
Donde hay honra y opinion
Nunca los príncipes son
Para iguales casamientos.
Yo estoy contigo, y allá
Pasa la fiesta en la calle;
Si tiene bueno ó mal talle
No lo habemos visto acá.
Estima aquesta quietud.
JUAN. Sí estimo; mas estoy loco.
Todo me parece poco,
Y conozco tu virtud.

ESCENA XVII.

UN ESCUDERO.—DICHOS.

ESCUD. ¿Con este descuido estás?
DOROT. ¿De qué he de tener cuidado?
ESCUD. Tres reyes se han apeado
En nuestro zaguan, no más.
CHAC. Ni fueron más á Belen.
ESCUD. Reyes son, si son tan buenos;
El uno es rey por lo menos,
Y los otros dos tambien;
Pues que son sus dos hermanos,
El Maestre y don Enrique.
JUAN. ¿A qué quieres que lo aplique?
DOROT. Deja pensamientos vanos.
ESCUD. Agua piden, y han subido
Por ella.
JUAN. Los mismos son.
Escóndete aquí, Chacon.
CHAC. Paréceme que has venido
A jugar al escondite.
JUAN. ¡Y dice que es testimonio!
CHAC. Al rey don Pedro, el demonio
Que le dijera *venite*.
(*Vuelven á esconderse don Juan y Chacon.*)

ESCENA XVIII.

EL REY, DON ENRIQUE Y EL MAESTRE, *con sayos de fiesta, plumas, botas y espuelas.*—DOROTEA, INES, EL ESCUDERO.

REY. ¿Sabeis vos que nos darán
Agua en esta casa?
MAES. Aquí
La pediremos.
DOROT. Si á mí
Vuestras altezas me dan
Título de mar de España,
Daréles agua que sobre;
Pero si no, soy tan pobre,
Que aun agua no me acompaña.
ENRI. Siéntese aquí vuestra alteza,
Descanse un poco por mí.
REY. (*Ap. á don Enrique.*)
¿Sabes quién es esta?
ENRI. Sí.
REY. Gran discrecion, gran belleza.—
Ea, venga el agua luego.
DOROT. Yo voy.
ENRI. Eso no.
DOROT. (*Al escudero.*) Escalante,
Traed agua al señor Infante.
(*Vase el escudero.*)

ENRI. (*Ap. á Dorotea.*)
Quedaos vos á darme fuego.
REY. ¿Qué tiene Enrique, Maestre? (*Ap. á él.*)
MAES. Antojos desta mujer.
REY. ¿Tan presto?
MAES. Dicen que al ver
No es menester quien le muestre
Por dónde al alma se va,
A la voluntad y al gusto.
REY. Ella muestra algun disgusto.
MAES. Por su opinion le tendrá.
ENRI. Si vuestra alteza viniera
Con más espacio, me holgara
Que Dorotea cantara,
Y demostracion hiciera
De muchas gracias que tiene.
REY. Eso quiere más lugar;
Allá la podeis llevar
Para la fiesta que viene.
ENRI. ¿Qué tal será para mí!
(*Vuelve el escudero con un barro de agua, y paño.*)
ESCUD. El agua es esta.
REY. ¡Bizarro
Gentilhombre!
MAES. ¿Cómo en barro,
Señora, se bebe aquí?
DOROT. Lo poco que se contrata
No da para más valor;
Que en esta casa, Señor,
Sola yo soy la de plata.
REY. Brindara con vos á Enrique,
A ser vuestra boca taza.
MAES. Bien se pudiera dar traza
Como á la boca se aplique.
DOROT. La traza, Señor, condeno;
Porque taza de mujer
Sin su gusto, suele ser
Sospechosa de veneno.
REY. ¡Bien dicho, por vida mia!
Doyle esta cadena, y doro
Aquella plata con oro.
MAES. ¡Qué ingenio!
ENRI. ¡Qué bizarría!
REY. Por qué os llamaron, deseo
Saber, en toda Sevilla,
De plata. ¿Es por maravilla
De las gracias que en vos veo?
DOROT. No, Señor; mas porque he sido
De muchos solicitada;
Y por estar obligada
Del honor, con que he vivido,
Enfermé de pensamiento;
Y temiendo que amor mata,
Quise ofrecerme de plata
Al templo del casamiento.
MAES. ¡Bien, por el hábito santo
De Santiago!—Yo traia
Estas reliquias, que habia
Estimado siempre en tanto,
Que á mi hermano no las diera;
Y á Dorotea las doy.
REY. Vámonos.
ENRI. (*Ap.* Confuso voy.
REY. Pero primero quisiera
Que nos dijera esta dama
Cuál le agrada de los tres
Por más galan.
MAES. Justo es.
DOROT. Preguntádselo á la fama.
REY. Vos nos lo habeis de decir.
DOROT. Que me place, si es forzoso.
El galan más poderoso
Para poder competir
Es el Rey; el más valiente
Para de noche en la calle,
El Maestre; el que del talle
Se precia más justamente
Es Enrique; y si yo fuera
Digna de tanto interés,
Uno que fuera los tres
Para mi gusto quisiera.
REY. ¡Notable mujer!
MAES. Famosa.
ENRI. Estas memorias le doy.
DOROT. Pienso que obligada estoy
A decir muy vergonzosa:
Tendréla de vuestra alteza
Lo que tuviere de vida.
REY. Ella es gallarda.
MAES. Escogida.
REY. Para de plata, ¡gran pieza!
(*Vanse el Rey y sus hermanos.*)

ESCENA XIX.

DON JUAN, CHACON.—DOROTEA, INÉS.

JUAN. Para que no digas que es
Acaso ahora el venir
Tres príncipes á tu casa,
Salgo comenzando así.
Dorotea, yo te quise,
Cuando mi engaño creí,
Como al alma; mis intentos
Ya los supiste de mí.
Pensé que mi mujer fueras;
Pero viéndote servir
De reyes y de maestres...
DOROT. Acábalo de decir.
Infantes, otro que tale.
JUAN. Bien haces; dilo por mí,
Porque yo estoy de manera...
DOROT. ¿Mas qué vienes á decir:
«Venga, venga la muerte contra mí;
Que para desdichados no es vivir?»
JUAN. ¿Búrlaste cuando me muero?
DOROT. ¿Tú te mueres?
JUAN. Sí.
DOROT. ¿Tú?
JUAN. Sí.
DOROT. Muestra el pulso.
JUAN. ¿Tú mi mano?
¿Tú me la llegas á asir?
Daréte mil puñaladas.
DOROT. ¿Sin confesion?
JUAN. Fuiste, en fin,
Mujer.

DOROT. ¡Qué! ¿pensaste que era
Albahaca ó toronjil?
JUAN. ¿Así pagas mis deseos?—
Corazon, ¿esto sufris?
Ojos, demonio se ha vuelto
Quien tuve por serafin.
DOROT. Las tres de la noche han dado,
Corazon, ¿y no dormis?
CHAC. Ea; que son muchas burlas
Para quien muere por ti.
Consuélale y dile que esto
No se pudo resistir
Por ser violencia de un rey,
Y no te burles así;
Que supuesto que sé yo,
De lo que fuí matachin,
Que cuando amor es carnero,
Celos son su perejil,
No es justo darle ocasion
A que un hombre como un Cid
Llore como una doncella.
DOROT. Chacon, ¿en qué le ofendí?
CHAC. Háblale, acaba.
DOROT. ¡Ah, mi bien!
Volvedme esa cara, oid.
JUAN. ¿Qué tengo de oirte, fiera?
Si más me vieres aquí,
Todo el cielo me persiga.
¡Conmigo trato tan vil!
DOROT. ¡Cómo vil! ¿Esa es palabra,
Loco don Juan, para oir
Una mujer como yo?
Si tú, ni cosa por ti,
Vuelve á esta casa jamás,
Ni en calle, iglesia, en jardin
Donde estuviere, me vieres,
Yo haré...
JUAN. ¡Ah mi vida! Advertid
Que lo dije con enojo.—
Chacon, ruégala por mí.
CHAC. Ea, Señora...
JUAN. Llega más,
Llega más.
CHAC. Temo un chapin.—
Señora, ¡misericordia! (*Vase Dorotea.*)
Inés...
INÉS. Haréte medir
La espalda con muchos palos. (*Vase.*)
CHAC. Fuése.
JUAN. ¡Ah fiera!
CHAC. ¡Ah puerco espin!
JUAN. Vuélveme todas mis prendas.
CHAC. Llamemos un alguacil.
JUAN. ¡Mi muerte, Chacon, celebras
Con burlar y con reir!
CHAC. ¿No sabes que las mujeres
Son como vidrio sutil?
JUAN. ¡Oh cruel Niña de Plata,
Y de piedra para mí!
Pues si fueres Anajarte,
Ifis soy.
CHAC. ¿Eres gentil?
JUAN. ¡Venga la muerte, venga contra mí!
Que para desdichados no es vivir.

ACTO SEGUNDO.

Calle.

ESCENA PRIMERA.

MARCELA, *con manto*, FÉLIX.

FELIX. Huélgome de haberte hallado
En Cal de Francos: ¿qué esperas?
MARC. Creyéralo, como fueras
O veinticuatro ó jurado.
Félix, el ánimo tuyo
Bien conocido le tengo.
A comprar chapines vengo,
Que por momentos destruyo.
FELIX. Alabo tu discrecion;
Que viendo las prendas mias,
No dijiste que venias
Por tela, raso ó gurbion,
No por Holanda ó Cambray,
No por cortes milaneses,
Puntas y encajes franceses,
Que por estas tiendas hay.
A chapines te humillaste:
Concierto haremos los dos,
Porque parece, por Dios,
Que mi bolsa consultaste.
Por la discreta humildad,
Añado á chapines guantes;
Que dan cosas semejantes
Galanes de voluntad.
MARC. Por tu vida, que te engañas;
Que no te brindo á chapines:
Voy con diferentes fines,
Que verás si me acompañas;
Que el gastar tantos agora
Es buscar casa.
FELIX. Dejaste
La tuya, porque pensaste
Poder vivir con Leonora.
Dos de diversas naciones,
Marcela, vivir podrán
Juntos; juntos vivirán
Dos tigres y dos leones,
Un hidalgo y un villano,
Y dos poetas en paz,
Cosa extraña y incapaz
De trato y concierto humano;
Y dos damas no podrán
Vivir juntas, siendo hermosas;
Que envidiosas y celosas
Eternamente andarán.
MARC. Añade, si es una dellas
Necia.
FELIX. No es poco Leonora.
MARC. Préciase muy de señora,
Compite con las estrellas.
FELIX. ¿No sabes cómo mi hermana
A la casa se pasó
Que tú dejaste, aunque yo
La vivo de mala gana?

MARC. ¿A la casa que dejé?
FELIX. A la misma.
MARC. ¿No es mejor
La suya?
FELIX. Fué cierto humor
(Que otra ocasion no la sé);
Que siendo en la misma calle
Y peor casa, fué locura.
MARC. Debe de probar ventura;
Que es lástima que aquel talle
No halle un rico marido;
Que hay casas que topa en ellas.
FELIX. ¿Casas hay contra doncellas?
Nunca lo he visto ni oido.
Notables supersticiones
Teneis todas las mujeres.
MARC. Así nacimos: ¿qué quieres?
FELIX. Más valian los balcones
Con las macetas que deja
De claveles y verduras,
Que un jardin.
MARC. Tristezas puras:
Con razon della se aleja.
Pruebe otra casa, otras mil,
Hasta que halle casamiento.
FELIX. Necedad.
MARC. Diré otras ciento;
Mas si el ingenio sutil
De tu hermana Dorotea
De aquella casa se muda,
Claro está que no la ayuda
Para que dichosa sea.
FELIX. Cuatro meses nos faltaban,
Marcela, del alquiler.
MARC. ¿Habéisla arrendado?
FELIX. Ayer
Ciertos hombres la arrendaban
Que vienen con el Infante,
Y no se la quise dar.
MARC. Yo la quisiera ocupar
En ocasion semejante,
Mientras junto á la Alameda
Una me deja un letrado
Que han proveido.
FELIX. He pensado
Que todo el tiempo que queda
Será mucha discrecion
Que ahorres ese dinero.
MARC. Si tienes las llaves, quiero
Pasarme luego.
FELIX. Estas son.
MARC. Vamos los dos.
FELIX. Luego al punto
Haz que la ropa te pasen.
MARC. Si algunos hombres se hallasen,
Podrá venir todo junto.
FELIX. A traértelos me ofrezco.
La casa en el dueño gana.
MARC. Donde ha vivido tu hermana,
Félix, vivir no merezco;
Mas no quiero ser ingrata
Al bien que los dos me dan.
FELIX. Con más razon te tendrán
A tí por niña de plata.
MARC. De su valor soy despojos;
Y aunque su sombra he de ser,
Yo me contento con ser..,
FELIX. Dilo.
MARC. Niña de tus ojos. (*Vase.*)

Sala en casa de don Juan.

ESCENA II.

DON JUAN, LEONELO.

JUAN. Como os lo cuento ha pasado.
LEON. Él ha sido extraño cuento.
JUAN. Pues nadie me lo ha contado;
Que yo en su mismo aposento
Lo ví, corrido y turbado.
Cabestrillo el Rey le dió,
Reliquias le dió el Maestre;
Pero el Infante mostró
Más amor.
LEON. No hay más que muestre.
¿Quién su memoria olvidó?
JUAN. Memorias le dió el Infante,
Con que yo pasé la mia
Un mundo más adelante.
LEON. Un desengaño de un dia
Es redencion de un amante.
JUAN. Si los redimidos son
El enfermo y el cautivo,
Yo llamo con más razon,
Pues del alma la recibo,
Mi libertad redencion.
La amorosa enfermedad
En salud se me ha trocado,
La cárcel en libertad;
Que á dármela se han juntado
La Merced y Trinidad.
La merced de un desengaño,
La trinidad del acuerdo
De tres potencias, que el daño
Miraron donde me pierdo
En el Argel de mi engaño;
Que á desengañarme dél,
Con la Trinidad que digo,
Vino la Merced á Argel;
Mucho pudieron conmigo,
Que estaba prendado en él.
Despertó mi entendimiento
A mi memoria dormida,
Y dando consentimiento
La voluntad ofendida,
Fué trinidad en mi intento.
Y en librarme convenidos,
De limosnas de mis daños,
Para cobrar mis sentidos,
Dí por rescate dos años,
Aunque ya estaban perdidos.
¡Oh santa merced! yo adoro
La tuya y mi redencion.
¡Oh libertad, gran tesoro,
Porque no hay buena prision,
Aunque fuese en grillos de oro!

No más Argel, pues engaña
La razon. Vamos, deseo;
Que ha sido librarme hazaña.
¡Gracias á Dios que me veo
Entre cristianos de España!

LEON. Vuestro discurso, don Juan
(Si como vos lo decís,
Y este desengaño os dan,
En el alma lo sentís),
Os hace un gallardo galan.
Ya por ejemplo os contemplo
Del desengaño en el templo:
¡Dichoso vos, á quien hiela,
Pues lo que abrasa y desvela
Os sirve de claro ejemplo!
Pero guardaos bien del daño
Que suele hacer en quien ama
La pena de un desengaño;
Que es una secreta llama
De más rigor que el engaño.
Pensareis que no quereis;
Y cuando os imagineis
Más libre en más confianza,
Ireis á darle venganza,
Y á sus puertas llorareis.

JUAN. ¡Plegue al cielo que ese dia,
O primero que le vea
Para tal desdicha mia,
El fin de mi vida sea!
Tanto un desengaño enfría.
Yo quise mientras creí
Que me querian; llegué
Donde lo contrario ví,
Y de la suerte olvidé,
Que se olvidaron de mí.
No más, no más, niña ingrata,
Pues que ya tu edad de plata
Se ha vuelto en hierro.

LEON. El valor
Se muestra en rendir á amor.

JUAN. Cualquiera traicion le mata.

ESCENA III.

UN PAJE. — DON JUAN, LEONELO; *después*, UN ESCUDERO.

PAJE. Aquí de la señora Dorotea
Un escudero quiere hablarte.

JUAN. Dile
Que se vaya con Dios y que me deje,
Porque crea Leonelo lo que digo.

LEON. Eso, don Juan, no es justo, ni conviene
Al trato de tan noble caballero.
Recibid el recado en cortesía.

JUAN. ¿Por vos he de hacer cosa tan mal hecha?

LEON. Ponedlo por mi cuenta; que yo os juro
Que no lo sentis mucho.

JUAN. Dile que entro.
(*Retírase el paje, y sale el escudero.*)

ESCUD. Este papel me ha dado mi señora.
(*Da á don Juan un papel y una caja.*)
¿Cómo con esa cara le recibes?

JUAN. No la tengo mejor para papeles
De quien se deja visitar de príncipes.

ESCUD. Solias tú con palio recibirme,
Mandarme regalar, darme aguinaldo;
Ya te veo de suerte, que no quiero
Pedirte aquellas calzas y ropilla
Que me mandaste. Ya conozco: amantes
Son como arroyos que lloviendo corren,
Tras sí lo llevan todo con la furia,
Y en cesando, no dejan más de piedras.
Mas no quiero culparte, á mí me culpo;
Que siempre he sido desdichado en calzas.

JUAN. Idos con Dios; que estoy con pesadumbre.
Decid á la señora Dorotea
Que con Chacon responderé.

ESCUD. No quiero
Parecer, en cansaros, escudero. (*Vase.*)

ESCENA IV.

DON JUAN, LEONELO.

LEON. ¿Cómo no abrís el papel?

JUAN. Como ya el tiempo pasó
Que diera mil besos yo
A cualquiera letra dél.

LEON. Acabad; que estais muy necio.

JUAN. Leerle quiero por vos.

LEON. Por mí y por vos; que por Dios,
Que es ese mucho desprecio.

JUAN. (*Abriendo el papel.*)
¡Bueno es esto!

LEON. ¿Cómo ansí?

JUAN. El papel es un soneto.

LEON. Luego ¿es verdad, en efeto,
Que hace versos?

JUAN. Estos sí. (*Lee.*)
«Ingrato dueño mio, aunque pretendas
Matarme con rigores y desdenes,
Y sin oir las partes me condenes,
Quiero que mi verdad y amor entiendas.
»Mas no es razon que sin razon me ofendas;
Y pues en otros gustos te entretienes,
Y de mi honor mayores prendas tienes,
Triunfa tambien desas humildes prendas.
»Cesen, por vida mia, los enojos;
Que príncipes conmigo son quimera,
Sueño del gusto, engaño de los ojos.
»Y cuando como piensas los rindiera,
¿Qué pierdes en tenellos por despojos,
Pues á tus piés con ellos me pusiera?»

LEON. ¡Notable humildad! No hay gracia
Que no tenga esta mujer.

JUAN. De tantas pudo nacer
Su desdicha y mi desgracia.

LEON. El soneto es amoroso,
Y muestra bien ser de dama.
Pero ¿cómo, cuando os llama,
Estais tan tibio y celoso?
En esa caja ¿os envia
Vuestras prendas?

JUAN. Por cobrar
Las suyas; que es engañar
Con regalo y cortesía.

Yo las enviaré, cruel.

LEON. Abrilda, á ver.

JUAN. ¿Qué es aquesto?

LEON. ¿Cómo?

JUAN. Otras prendas la puesto;
Mas estas, dice el papel.—
¡Las reliquias del Maestre
Y memorias del Infante
Me envia!

LEON. ¡Dichoso amante!
¿Qué más fe quereis que os muestre?

JUAN. Hasta del Rey la cadena
Viene aquí.

LEON. Tal desengaño
Bien ha disculpado el daño
De la recebida pena.
Id á ver á Dorotea
Humilde y agradecido.

JUAN. Hazaña discreta ha sido;
Pero no sé si la crea.

LEON. Eso es grande ingratitud.
Enojaréme con vos.

JUAN. Digo que iremos los dos:
Tal es la fuerza y virtud
Desta dulce encantadora.

ESCENA V.

CHACON. — DICHOS.

CHAC. ¿Está mi señor aquí?

JUAN. ¿Qué hay, Chacon?

CHAC. Escucha.

JUAN. Di.

CHAC. Quiere, sirve, alaba, adora
La Niña de Bercebú,
Que pasando por su calle...
—Mas mejor es que lo calle.

JUAN. Pues, necio, ¿no sabes tú
Que una razon comenzada
No se puede dilatar?
Pues no supiste callar,
Habla.

CHAC. No importa, no es nada.

JUAN. Habla digo.

CHAC. En cuatro dias
Que no habemos parecido
Por su calle, hay tanto olvido
De pasadas niñerías,
Que agora acabo de ver
A su puerta con mil cargos
De ropa dos carros largos.
¡Ah falsa, ah fiera mujer!
Vieras sillas, colgaduras,
Camas doradas, tapices,
Colchas de seda...

JUAN. ¿Qué dices?

CHAC. Vidros, tarimas, pinturas,
Hasta asadores, morillos
Y aderezos de cocina.

JUAN. Bien el dueño se adivina.
¿Son celos para sufrillos?
¿Paréceos que viene bien
Con este papel, Leonelo?

LEON. Digo que me libre el cielo
De sus embustes.

JUAN. ¿Que dén
Licencia un honrado hermano
Y una tia semejante
A que tan libre el Infante,
Sin otro respeto humano,
Cubra de sus telas de oro
Casa que con tal limpieza
Tuvo el honor por riqueza
Y la virtud por tesoro?
¡Ah, vil interés, que puedes
Rendir la virtud y honor!
¿No estaban, Niña, mejor
Desnudas esas paredes?
¿No supiera yo vestillas
De seda, sin ser infante?
No he visto amor semejante.
¡Camas, tapices y sillas!
¡Bravo amor! De asiento están.

CHAC. Cuando ví los asadores,
Me salieron más colores
Que á un ave que asando van.
¡Ah perros! dije entre mí,
¿No era mejor un marido
Noble, rico y bien nacido?

JUAN. Chacon, mejor es ansí;
Pues yo no pienso morirme.
¿Quién hay en todo el lugar
Con quien la pueda picar,
Y yo alegrarme y reirme?

LEON. En su misma calle vive
Marcela.

JUAN. Tienes razon.
¿Conócesla tú, Chacon?

CHAC. A escribille te apercibe;
Que es una dama gallarda,
Que sabrá bien despicarte,
Y yo la he visto mirarte,
Y sé que há dias que aguarda
Que le digas que deseas
Visitarla.

JUAN. Yo querria
No verla agora de dia.

LEON. Pues ¿no es mejor que la veas?

JUAN. No; porque aquella cruel
No vea que á rogar voy,
Sino que admitido soy.

LEON. Bien dices: rasga el papel,
Y del oro que te envia
Haz un presente á Marcela,
Para que el golpe le duela,
Si se lo viere algun dia.

JUAN. Sí verá; que á San Anton
A misa las fiestas van.

LEON. ¡Linda venganza, don Juan!

JUAN. Esta noche tú y Chacon
Ireis conmigo; que quiero
Liberal del oro hacerme,
Porque se arroje á quererme.

LEON. Notable venganza espero.

CHAC. Yo quiero ser tu alcahuete;
Y si te acierta á agradar

Marcela, bien puedes dar
Con la Niña en Tagarete. (*Vanse.*)

Salon del alcázar.

ESCENA VI.

EL REY, EL MAESTRE, DON ARIAS.

REY. ¿Adónde está mi hermano?
MAES. No está bueno;
Que desde ayer le ha dado una tristeza,
Que de todo placer le tiene ajeno.
REY. ¿Al infante tristeza?
MAES. La belleza
De una mujer le tiene desta suerte,
Preciada de su honor y su nobleza.
REY. Maestre, es el amor tanto más fuerte
Que todos los venenos, que le dieron
Muchos nombre de hermano de la muerte.
¡Oh cuántos á sus manos perecieron,
De que se ven tan míseras memorias!
¡Oh cuántos de su triunfo esclavos fueron!
¿Está en Sevilla esa mujer?
MAES. Las glorias
De amor siempre consisten en violencias,
De que testigos son tantas historias.
Los desdenes, Señor, las resistencias
De aquella dama que una noche viste
(Que dijera mejor impertinencias),
Tan mal Enrique y sin valor resiste,
Que se deja morir de puro amante:
Ni duerme ya, de despechado y triste.
REY. ¿Hay lástima, hay suceso semejante?
¡En dos dias de amor!
MAES. Verdad te digo:
Más que de plata es Niña de diamante.
REY. Esta noche los dos ireis conmigo;
Que yo se la traeré tan blanda y tierna,
Si con regalos de quien soy la obligo,
Que viva Enrique, á quien tan mal go-
La razon natural de su albedrío. [bierna
ARIAS. Piensa ganar la Niña fama eterna
Con mostrar al Infante más desvio
Que si fuera su igual: tanto se precia
Del casto honor.
REY. ¡Extraño desvarío!
Las casadas imiten á Lucrecia,
En resistirse digo, no en matarse;
Que en esto todos dicen que fué necia.
¿Que tal quimera pudo levantarse
La noche de la máscara, Maestre?
MAES. No puede el pobre Enrique repararse;
No hay hombre á quien alegre el rostro
[muestre.
ARIAS. Ya están aquí los moros de Granada.
REY. ¿Y será menester quien los adiestre?
ARIAS. Bien saben nuestra lengua.

ESCENA VII.

ZULEMA, ALÍ, MOROS.—DICHOS.

ZULEM. En tu sagrada
Frente pongan los cielos mil laureles,
Ganados por los filos de tu espada.
El Alcaide, Señor, de los donceles
Con la embajada de Mahomad venia,
Moro de lo mejor de los Gomeles;
Pero llamóle Alá casi en el dia
Que entrara por Sevilla si viviera.
El Rey, que lia de la ciencia mia,
Partir me hizo; pero ya no era
Tiempo de medicinas; que la muerte
Nunca vuelve á envainar la espada fiera.
Murió, y en vez de Zaide vengo á verte,
Trayéndote las treguas confirmadas,
Y la obediencia á rey tan alto y fuerte.
Con ellos treinta yeguas alheñadas,
Con dos potros al lado cada una,
Y con mantas de grana encubertadas.
No se parece en el color ninguna,
Y todas en las alas se parecen;
Que corren más que el tiempo y la fortuna.
Adargas y jinetas las guarnecen,
Cuyos campos ocupan más colores [cen.
Que en los verdes de abril cuando flore-
Traigo cincuenta alfombras, que en labo-
Compiten con las nubes de los cielos, [res
Al tiempo que las sombras son mayores.
Traigo dos cajas de listados velos
De amarillo, de nácar, de morado,
De flor de malva y de color de celos;
Y digno solamente de tu lado
Un cuchillo de monte damasquino,
En un cinto de lobo tachonado,
Que por las cerdas del color marino,
Sale tan bien el oro y los diamantes,
Que deslucen desnudo el temple fino.
Esto, con otras cosas semejantes,
Te presenta mi rey por obediencia,
Para que á tu grandeza le levantes.
REY. Bien debo vuestro rey correspondencia
Justa á mi grande amor, moros honrados,
Que le he puesto en tal alta prominencia.
Vencí sus enemigos, que postrados
Yacen ante sus piés, y en paz procuro
Conservar con mi fuerza sus estados.
Agradezco el presente, y aseguro
Las treguas por los años del concierto.
ALÍ. Tú solo has sido su defensa y muro.
El queda de tu amor y amparo cierto,
Y por nosotros á tus piés se inclina.
REY. Maestre...
MAES. Gran Señor...
REY. (*Ap. á él.*) Agora advierto
Que sabiendo este moro medicina
Con la curiosidad que estos la saben,
Que con yerbas es cosa peregrina,
Podrá ser que curándole se acaben
Las tristezas de Enrique.
MAES. Ser podria,
O no será razon que los alaben.

REY. Moro...
ZULEM. Señor...
REY. De gran melancolía
Tengo un hermano enfermo, á quien adoro,
Y que le cures deste mal querria.
ZULEM. Pondré en darle la salud, á fe de moro,
La diligencia que verás.
ALÍ. Bien puedes
Fiarle de Zulema.
REY. Si un tesoro
Me cuesta su salud, quiero que quedes
Del amor que le tengo satisfecho. [des.
ZULEM. En mandarme, Señor, me haces merce-
ALÍ. Curas notables en Granada ha hecho,
Y adivinado cosas por las manos
Que hacen temblar el más robusto pecho.
REY. Juicios para mí son cuentos vanos.
Vé, Maestre, y enséñale mi Enrique.
MAES. Vén conmigo.
ZULEM. Los cielos soberanos
Guarden tu vida.
(*Vanse el Maestre y todos los moros.*)

ESCENA VIII.

EL REY, DON ARIAS.

REY. En tanto que este aplique
Remedios á su amor ó á su accidente,
Don Arias, y su vida pronostique,
Por otra parte quiero yo que intente
El interés curar á esta señora
De la dureza que en el pecho siente.
ARIAS. ¿Cómo?
REY. En la calle de las Armas mora;
Son señas de su casa dos balcones
Azules, que al salir el sol los dora.
Si á mano izquierda como vas te pones,
Te llamarán las flores y claveles
Que encubren de su dueño las traiciones.
Llévale, pues, seis pares de doseles
(Así llaman aquí las colgaduras),
Con cuadros que envidiarlos pueda Apeles;
Acompaña doseles y pinturas
De dos piezas de tela y terciopelo.
ARIAS. El oro ablanda hasta las peñas duras.
REY. Llévale mil escudos (que recelo
Que es pobre esa mujer) y dos cadenas
Que valgan otros mil.
ARIAS. Cayó en el suelo.
REY. Como es Enrique nuevo en estas penas,
No sabe que las damas quieren oro;
Que no viven de sangre de las venas.
Con él le curaré mejor que el moro.
(*Vanse.*)

Sala en la nueva casa de Dorotea.

ESCENA IX.

DOROTEA, TEODORA.

TEOD. Tengo, por recien mudada,
En esta casa temor.
DOROT. Todo nace del rigor
De tu condicion cansada.
Pues ya no tienes por quien
Estar celosa de mí,
Porque con mudarme aquí,
Todo se mudó tambien.
Después que el Infante entró
En la casa que dejamos,
Y después que nos mudamos,
Nunca más don Juan me habló.
¿Qué es hablarme? Ni aun pasar
La calle.
TEOD. ¿Son celos dél?
DOROT. Hoy en un tierno papel,
Tia, le quise obligar
A nuestra amistad pasada,
Y con tal satisfaccion,
Que mereciera perdon,
No estando con él casada.
Pero ni me ha respondido,
Ni al criado preguntado
Nuevas de mí.
TEOD. Tu cuidado
Merece tan justo olvido.
¡Ah sobrina! ¡cuántas veces
Te dije que este don Juan
Era un fingido galan!
Bien lo que tienes mereces.
Solamente pretendia
Tu deshonor, no casarse;
Pretendió desobligarse,
Vió tu firmeza y la mia,
Y con tan poca ocasion
Como entrar aquí el Infante,
Muy á lo celoso amante,
Finge mal de corazon.
No quiso más de una sombra
Para huir de obligaciones,
En que muy necia le pones.
DOROT. ¿Sombra, si de un rey se asombra?
¿Qué sabes tú si ha sabido
Las diligencias que ha hecho?
TEOD. Si no han sido de provecho,
¿De qué se muestra ofendido?
Que solo el mudarte aquí,
Porque de ti no supiese,
Le obligaba á que te diese
Satisfaciones á ti.
DOROT. De eso está tan olvidado,
Que aun no sabe que aquí vivo.
TEOD. Pena de verte recibo
Con tan injusto cuidado.
Y esta noche mucho más;
Que con la pena que tienes,
A la reja vas y vienes,
Pero sin provecho vas;
Que don Juan entretenido
En casa de alguna dama,
Eso que debe á tu fama
Tendrá ya puesto en olvido.
¡Bien te casarás agora!
DOROT. Pues ¿qué he perdido?
TEOD. Opinion.

DOROT. Ea, comience un sermon.
Váyase á acostar, Señora.
Baste mi pena: ¿qué quiere?
TEOD. Aun no ha venido tu hermano.
DOROT. ¿No sabes ya cuán liviano
Por Marcela vive y muere?
No sabes ya que hoy le ha dado
La casa en que hemos vivido?
TEOD. Hasta desvergüenza ha sido;
Dios sabe que me ha pesado.
DOROT. Pues ¿qué daño se te sigue,
Si ya no vives allí?
Véte á acostar.
TEOD. Eso sí.
¿Es posible que te obligue
Un desden á tales celos?
Querrás muy loca esperar
A ver si te viene á hablar.
DOROT. Esos serán tus consuelos.
Véte con Dios; que á tomar
El fresco voy al balcon.
TEOD. Para fuego de aficion
No hay aire fresco en la mar.
Tú te cansarás en vano.
DOROT. ¿Pasaráslo tú por mí? (*Vase Teodora.*)

ESCENA X.

DOROTEA.

¡Ay triste! ¡cuán necia dí
Mi libertad á un tirano!
¿Qué más he podido hacer
Que darle satisfaccion?
Yo mudé casa, en razon
De pretenderme esconder
A los ruegos del Infante,
Promesas y montes de oro;
Por el suyo y mi decoro
He sido un firme diamante.
Yo le escribí y le envié
Las joyas: ¿cómo su trato
Con un desden tan ingrato
Paga mi amorosa fé?
No es posible. Subir quiero
Al balcon: que podrá ser
Me venga esta noche á ver;
Que bien creerá que le espero.
El no responderme abona
Que para verme se apresta,
Porque no hay mejor respuesta
Que de la misma persona. (*Vase.*)

Calle en que están las casas de Dorotea y Marcela.

ESCENA XI.

DON JUAN, LEONELO, CHACON, *á lo bravo.*

LEON. (*Señalando la casa en que vivió Marcela.*)
Esta es, don Juan, la casa de Marcela.
Mas pienso que te inclinas con más gusto
A la de aquella Niña en quien le tienes,
Porque después que entramos en la calle,
Todo es mirar sus puertas y balcones.
JUAN. No te espantes, Leonelo, que se vayan
Al hábito los ojos, que tenian,
Y más viendo tan cerca aquella casa,
Donde está una mujer, que á ser de piedra,
Y no de plata, mereciera de oro
Estatuas por divina.
CHAC. Ya tenemos
Memorias de la Niña: ¡buenos vamos!
Pues porque se te quiten los bostezos
Con que suspiras ya, como borrico
Que ha conocido el prado de su aldea,
Quiero decirte lo que ví esta tarde.
JUAN. ¿Qué? por tu vida.
CHAC. Que en su casa entraba
Don Arias, gran privado del Infante.
Llevaban dos criados ricas piezas
De telas de oro, y otros dos dineros
En cantidad, al fin joyas de príncipe.
Propuse no decírtelo; mas viendo
Que te enterneces viéndote en su calle,
Y que es contra tu honor volver á verla,
Quise con este desengaño darte
De tu desdicha y su mudanza parte.
JUAN. Confiésote, Chacon, que enternecido
De memorias pasadas, me llevaba
El alma á las ventanas de esa fiera,
Y que pudiera ser que me rindiera;
Mas ya con este santo desengaño,
Con este saludable advertimiento,
Para siempre de verla me despido.
No más, no más; afuera, pensamiento.
Si alguno estaba en mí, que como espíritu
No queria salir á tanto apremio,
No se defienda á la violencia santa
Deste conjuro que Chacon me ha dicho.
¿No es esta la ventana de Marcela?
Tira una china, llama. Aquesto es hecho.
LEON. Si va á decir verdad, yo te queria
Conducir á tu Niña, imaginando
Que te hacia lisonja; que un amante
Suele siempre negar lo que desea,
Y quiere que le rueguen lo que quiere;
Mas viendo que ya tiene don Enrique
Posesion tan pacífica en su casa,
Digo que ni la busques ni la nombres.
JUAN. (*Ap.*) Abrasándome estoy de puros celos.
Quiero disimular. Paciencia ¡oh cielos!

ESCENA XII.

DOROTEA, *saliendo al balcon.*—DICHOS, *en la calle.*

DOROT. (*Ap.*) Tres hombres hay en la calle;
Mirando el balcon están:
O es deseo de don Juan,
O lo parece en el talle.
Sin duda es él, que celoso
No quiere llegar á hablarme.
JUAN. Todo fué determinarme.
Amor, ya estoy en el coso;
Muera del engaño el toro,

Si el desengaño le mata.
Rindete, Niña de Plata,
Rindete á Marcela de oro.
CHAC. Eso sí, juega al rentoy,
Y embida tres piedras más.
JUAN. (*A Dorotea.*) Si oyendo, Marcela, estás
Que desde aquí tuyo soy,
Abre ese balcon y advierte...
DOROT. (*Ap.*) ¡Ay triste! Aqueste es don Juan,
Que de Marcela galan,
La requiebra desta suerte.
Sin duda que no ha sabido
Que á su casa me he mudado.
El viene á verla engañado:
Ventura notable ha sido.
Fingirme quiero Marcela;
Quiérome desengañar.
JUAN. (*A Leonelo y Chacon.*)
En las rejas oigo hablar;
Los dos os poned en vela
Guardando esas dos esquinas.
LEON. Ponte á esta esquina, Chacon.
CHAC. Habla, y venga un escuadron;
Yo basto á treinta gallinas.
JUAN. Marcela, Marcela, ce.
DOROT. (*Fingiendo la voz.*) ¿Quién llama?
JUAN. Un nuevo galan.
DOROT. ¿Es por ventura don Juan?
JUAN. Ventura el hallaros fué.
DOROT. ¡Jesús! ¿qué buscais aquí?
JUAN. Dias há que os busco á vos.
DOROT. ¿A mí? Engañáisos, por Dios;
Que no me buscais á mí.
Si vuestra Niña de Plata
Os ha hecho algun desden,
O vos (con celos tambien
De que nuevos gustos trata)
La quereis amartelar
Tan enfrente que lo vea,
Soy yo muy necia y muy fea,
Y antes la podreis vengar.
Id con Dios; que no soy buena
Para dar celos conmigo.
JUAN. Oid, oid.
DOROT. ¡Ay amigo!
A estas horas anda en pena.
Vaya, llame, llore, diga
Que se casará con ella.
JUAN. Si sabeis, Marcela bella,
Lo que á olvidarla me obliga,
Mirad que soy caballero.
DOROT. Luego ¿tratais de olvidalla?
JUAN. No; que olvidalla era honralla,
Pues confiesa que primero
Tuvo amor quien olvidó.
DOROT. Pues, ¿nunca la habeis querido?
JUAN. Quien la ha puesto en tanto olvido,
¿Cómo dirá que la amó?
DOROT. Eso es mentira.
JUAN. Esperad.
Hoy me ha escrito este papel,
Y me ha enviado con él,
Para más seguridad,
Unas joyas que le dieron
El Rey y los dos infantes:
Si el dar prueba los amantes,
Y amores las obras fueron,
Para que vos entendais
Lo que la estimo, un liston
Echad por ese balcon,
Puesto que al sol le pidais
Del cabello que os enlaza,
Y atadas en él, vereis
Si quiero que las goceis.
DOROT. No me disgusta la traza.
Pero ¿qué os mueve á desprecio
Tan grande?
JUAN. Echad el liston;
Que aun de hablar desta ocasion
Me afrento y tengo por necio.
DOROT. Bésoos las manos, don Juan,
Por las joyas; y aunque siento
Que es livianidad de mi intento
Tomar joyas de un galan
Tan recien venido á verme,
Por sola satisfaccion
De que es cierta esa aficion
Y asegurarme á perderme,
Quiero tomarlas; que á fé
Que deseaba este dia,
Porque en el alma os tenia
Desde una vez que os hablé,
Pasando acaso á Triana,
Tapada en un barco.
JUAN. Echad
La cinta.
DOROT. Tomad y atad: (*Echa la cinta.*)
Entrarán por la ventana,
Y vos, joya de más precio,
Por esa puerta otro dia.
JUAN. En esta caja os envia,
Marcela, un amante necio
Los ricos despojos de oro
De aquella Niña de Plata.
(*Ata con la cinta la caja.*)
DOROT. Quien bien ata mal desata.
Creed, mi bien, que os adoro.
JUAN. Subid quedo.
DOROT. Gente viene. (*Sube la caja.*)
Perdonad, mientras que pasa,
Por el honor desta casa. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

FÉLIX.—DON JUAN, LEONELO, CHACON.

FÉLIX. (*Ap.*) ¿Que siempre esta calle tiene
Gigantes por las esquinas?
JUAN. (*A Leonelo.*) ¿Cómo Chacon ha dejado
Pasar aquel embozado?
LEON. De miedo: ¿no lo adivinas?
¿Cómo te fué con Marcela?
JUAN. Todas las joyas le dí.
LEON. ¿Las joyas?
JUAN. Sí.
LEON. ¿Todas?
JUAN. Sí;
Que amor sin alas no vuela.

LEON. ¿Y tomólas?
JUAN. Con la mano.
LEON. ¿De qué suerte?
JUAN. A su balcon
Las subió con un liston:
Esto es negociar, hermano.
Mañana soy dueño aqui
Y á la Niña doy martelo.
FELIX. (*Ap.*) Estos andan con recelo,
Pues que se encubren de mi.
Quiérome entrar á acostar,
Pues traigo llave. (*Abre y éntrase.*)

ESCENA XIV.

DON JUAN, LEONELO, CHACON.

JUAN. Oye, espera.
LEON. ¿Qué quieres? ¿Eso te altera?
JUAN. ¿No viste aquel hombre entrar?
LEON. ¡Y cómo!
JUAN. Pues ¿dónde entró?
LEON. ¿Dónde? En casa de Marcela.
JUAN. ¿Hay tan notable cautela?
LEON. ¿Cautela, don Juan?
JUAN. ¿Pues no?
LEON. No, porque si este era el dueño,
Por fuerza habrás de callar.
JUAN. Ya me ha pesado de dar
Las joyas, mi fé te empeño.
¡Pesia tal con la!...
LEON. Detente,
CHAC. ¿Qué tenemos? ¿Hay quistion?
JUAN. Basta; que he dado, Chacon,
Mis joyas livianamente
A la dama désta casa.
CHAC. ¡Bien!
JUAN. Y apenas se las di,
Cuando entrar un hombre vi.
¡Hay tal maldad! ¡Esto pasa!
CHAC. ¿Díjote que no entraria,
Si se las dabas?
JUAN. No.
CHAC. Pues,
Demás de que eso no es
Traicion ni descortesia,
¿No es justo que éntre él primero,
Si es el platero?
LEON. ¡Buen trato!
JUAN. No lo entiendo.
CHAC. Al que hace el plato
Llaman las damas platero.
JUAN. Pues si tengo de sufrir
Que éntre un hombre como yo
Donde el desden me forzó,
Más que el amor, á venir,
Mejor es sufrir á un rey
Donde tengo gusto: vamos
A Dorotea, y suframos
De amor la tirana ley.
No me replique ninguno;
Que más quiero á Dorotea
Con gusto y rey, que á quien sea
De otro, y yo sin gusto alguno.
En esta resolucion
Reventó mi amor celoso.
¡Guardaos; que corre furioso!
LEON. ¡Qué dices desto, Chacon? (*Ap. á él.*)
CHAC. Que esto ya me lo sabia,
Y en parte está disculpado.
Mas las joyas que le ha dado
Fué gran moscatelería.
Pero él las sabrá cobrar,
Haciendo alguna invencion.
JUAN. Llama á esa puerta, Chacon.
LEON. ¿Mejor no fuera llamar
A la de Marcela, di,
Y sacarle de los brazos
El galan á cintarazos?
JUAN. ¡Linda cabeza! Eso si.
Cuando la quisiera bien,
Perderme fuera razon.
Llama á esa puerta, Chacon.
CHAC. ¡Con qué gracioso desden
Te ha de recibir la Niña,
Viendo que á rogarla vas!
JUAN. El amor me obliga á más.
¿Qué se me da que me riña?
LEON. Quedo; que viene gente por la calle.
CHAC. Tres hombres son, Señor, arrodelados.
JUAN. ¿De qué tiemblas, gallina? Sean cuarenta.

ESCENA XV.

EL REY, EL MAESTRE, DON ARIAS, *en hábito de noche.*—DICHOS.

REY. Gente hay aqui.
MAES. ¿Qué importa que haya gente?
REY. Preciado está el Maestre de valiente.
ARIAS. ¿No tiene obligacion?
REY. Pues yo os prometo [to,
Que aunque soy rey, y reservarme es jus-
Que me saben tan bien seis cuchilladas
Como al bravo mejor de aquesta tierra.
ARIAS. ¡Y cómo si se sabe de experiencia!
Más quisiera topar con treinta bravos
Que á vuestra majestad sin conocerle.
REY. ¿Está avisada esta mujer que vengo
Para ser su escudero?
ARIAS. En dando un silbo,
Saldrá á la puerta.
REY. Pues ¿qué aguardas? Silba.
ARIAS. (*Llegándose á la casa donde vive Dorotea.*)
Miraba aquellos hombres.
REY. Silba, acaba.
ARIAS. Silbó.—Salió.

ESCENA XVI.

MARCELA, *con sombrerillo y rebocillo, saliendo de la casa donde vivió Dorotea.*—DICHOS.

MARC. Las señas esperaba.
ARIAS. El Rey mismo está allí, que por tí viene.
MARC. ¡Tanta merced, Señor!
REY. Vente conmigo;
Que esto puede la vida de un hermano.

(*Vanse el Rey, Marcela, el Maestre y don Arias.*)
JUAN. Leonelo, el Rey es este, y Dorotea
Se va con él.
LEON. ¿En qué le has conocido?
JUAN. En el traje, en el talle, en mi desdicha.
Sin duda que es el otro don Enrique.
¡Malo estaba de ver! ¡Yo soy perdido!
CHAC. ¿Quieres que acuchillemos estos reyes?
JUAN. Hablas, gallina, en cosas imposibles.
¡Ay Dios! ¡cómo pretende asir el viento,
Parar el sol y detener los rayos,
Cuando abrasando las confusas nubes
Rompen el aire con horribles truenos,
Quien piensa en la mujer poner firmeza!
Pues no me he de morir. Animo, amigos.
Volvamos á las rejas de Marcela;
Que solo desquitarme me consuela.
LEON. Bien dices: por ventura habrá salido
El galan, y entraremos á conversa;
Que canta un poco, y tiene dos esclavas,
Que bailan por extremo y bufonizan.
(*Acércanse á la casa que habitó Marcela.*)
JUAN. Tiro esta piedra. ¿Abrieron?
CHAC. No se acuestan
En esta casa hasta que sale el alba.

ESCENA XVII.

DOROTEA. *saliendo á la reja.* — DON JUAN, LEONELO, CHACON.

DOROT. ¿Quién llama?
JUAN. Don Juan soy, Marcela mia.
DOROT. (*Fingiendo la voz.*)
Tú debes de hacer hora en esta calle;
Y como tu ocupada Dorotea
Debe de estarlo, en tanto te entretienes
Inquietando mis puertas y ventanas.
(*Chacon se aparta á un lado.*)
JUAN. Marcela mia, la verdad te digo.
Yo vine á despicarme, amartelado
De los celos de aquella ingrata Niña,
Si de mis ojos, ya de mis enojos.
Volvióme amor á requerir sus puertas;
Llegó (decirlo quiero) el Rey, y al punto
Que hicieron una seña, Dorotea
Salió á la puerta, y dél acompañada,
Y el Infante tambien, si allí venia,
Se fueron al Alcázar. Mira agora
¡Qué doncella serví para casarme!
¡De quién fié mis locos pensamientos!
Abreme; que ya estoy desengañado.
Mi hacienda te daré, todo soy tuyo.
Robaré al Veinticuatro, por Dios vivo.
Mañana te daré dos mil escudos. [llado
DOROT. Quedo, quedo, don Juan, que si he ca-
Por ver tu falsedad, esto he ganado. (a)
Mas cuando tocas tanto al honor mio,
Quiero que de tu error te desengañes.
¿No conoces mi voz? ¿Tan ciego vives?
Dorotea soy yo, no soy Marcela;
Marcela es la que el Rey lleva consigo.
Aquí vivió Marcela; que está casa
Por huir del infante vivo agora,
Y esa Marcela, en la que yo vivia.
Oyeme bien, y mirame á la cara:
No me afrentes mañana por Sevilla;
Que soy mejor que tú, y en honra puedo
Decir que puedo competir conmigo;
Que no hay más honra que la que yo tengo:
Testigos estas joyas que me has dado,
Pues que yo te las di por no tenellas;
Que quiero más desnudas mis paredes
Y vestido mi honor, que á treinta infantes.
Véte, villano, véte con Marcela;
Siguela donde va: para tí es propia;
Que los hombres quereis quien os abrase;
Porque con malas obras andais finos,
Y en amándoos pagais con desatinos.
JUAN. Quedo, quedo, señora Dorotea;
Que esos blasones fueran muy bien dichos
Y los oyera yo de buena gana
Cuando no hubiera visto, ¡ah santo cielo!
Entrar un hombre con su misma llave
Por esas puertas.
DOROT. Y eso ¿quién lo niega?
Entró mi hermano; que mi hermano puede
Entrar sin que mi honor manchado quede.
Y para que lo veas, vive el cielo
(Que otra vez no te he dicho tal palabra),
Que has de entrar en mi casa y has de [hablarle.
JUAN. No, mi vida, no es justo, yo lo creo,
Sino que yo te adore, y que tú muestres
Tu generosidad en perdonarme.
Vesme aquí de rodillas á tus rejas. [hora;
DORO. ¿Perdonarte? ¡Oh qué bien! Vete en buen
Que Marcela saldrá por la mañana,
Hermosa, linda, colorada y fresca,
Y le darás tu hacienda y tus regalos,
Robando al Veinticuatro, á quien yo pienso
Escribir un papel de tus maldades;
No piense que conmigo vas gastando
Eso que con la rabia y la cautela
Le pensabas robar para Marcela.
(*Vase.*)

(a) Suplido.

ESCENA XVIII.

DON JUAN, LEONELO; CHACON, *retirado.*

JUAN. Mi bien, espera; espera, Niña mia,
Hermosa plata, limpia, tersa, pura,
Lustrosa más que suele estar la nieve
En los extremos de los altos montes.
Mi vida, escucha, ó mataréme.
LEON. Advierte
Que despiertas las gentes. ¿Estás loco?
JUAN. ¿Habeis oido lo que aquí ha pasado?
LEON. Y ¿no es mejor que aquella sea Marcela,
Y sea Dorotea tan honrada?
JUAN. Tienes razon; y por mirar su honra,
Quiero dejar la calle; que mis voces
Pueden ser causa de que alguna pierda.
Vamos al muro; que sus duras piedras
Se moverán, Leonelo, al llanto mio.
LEON. Vén, Chacon.

CHAC. ¿Qué tenemos? ¿Hay tinieblas?
LEON. ¿Por qué lo dices?
CHAC. Si hay lamentaciones
Y escuridad, ¿qué quieres que te diga?
LEON. La Niña está enojada por Marcela.
CHAC. Pues dale un tres, y cesarán las riñas; (a)
Que es antiguo remedio para niñas.
(*Vanse.*)

Salon del alcázar.

ESCENA XIX.

DON ENRIQUE, *melancólico*; MÚSICOS, CRIADOS.

ENRI. Cantad otra, por mi vida;
Que es esa muy enfadosa.
MÚSICO. La de Cleopatra es famosa.
ENRI. Vaya. ¿Es nueva?
MÚSICO. Es nunca oida.
(*Cantan.*) *El blanco y nevado pecho,*
Posada del dios Cupido...
ENRI. No más; matáisme el oido.
MÚSICO. Que es triste el tono sospecho.
ENRI. No topa en eso.
MÚSICO. ¿Es secreta
La causa?
ENRI. Fué porque llama
A los pechos de esa dama
Meson de amor el poeta.
MÚSICO. Esta escucha.
ENRI. Quiero oilla.
MÚSICO. Si no te agrada, perdona.
(*Cantan.*) *Por los caños de Carmona,*
Por do va el agua á Sevilla...
ENRI. No más.
MÚSICO. Pues ¿qué te da pena
De aquesta letra, Señor?
ENRI. Cantadla á algun aguador:
Para algun enfermo es buena.
MÚSICO. Tú lo estás; oye, te ruego.
ENRI. Esta enfermedad no fragua
Amor con deseos de agua;
Hidrópico soy de fuego.
MÚSICO. Cantemos una letrilla;
Que podrá ser agradarte.
ENRI. Ni aun las letras serán parte,
Que tiene toda Sevilla.
MÚSICOS. (*Cantan.*)
Caminad, suspiros,
Adonde soleis,
Y si duerme mi niña,
No la recordeis.
ENRI. ¡Extremada, y más que buena!
¡Linda letra!
MÚSICO. ¿Esta te agrada?
ENRI. Niña dormida y guardada
Fué la causa de mi pena.
¡Excelente, linda cosa!
¿Quién la hizo?
MÚSICO. Yo, Señor.
ENRI. Agora diste en mi humor.
Con niña es letra famosa.
MÚSICO. ¿Esto llamas novedad?
Sin niña y madre no hay letra.
ENRI. Esta el alma me penetra.
Cantad, que duerme, cantad.

(a) Dale un *tres*; lo mismo que dale un cuarto, dale una moneda para jugar y que se contente; como se hace con los niños.

ESCENA XX.

UN CRIADO.—DON ENRIQUE, MÚSICOS, CRIADOS; *después*, EL MORO ZULEMA.

CRIADO. El moro, á quien hoy mandaste
Aquella figura hacer,
Dice que te quiere ver.
ENRI. Entre.
(*Sale Zulema con un papel.*)
—A buen tiempo llegaste.
ZULEM. Dame esos piés.
ENRI. No es razon
Que de esa manera estés.
¿Qué hay de la figura?
ZULEM. Que es
Contraria á tu pretension
Vénus, que á la Luna mira
Con grande malicia opuesta,
Y con Marte manifiesta
Que por un hombre suspira
De su calidad igual.
Los dos se miran de trino;
Después que tu alteza vino,
Por celos se tratan mal.
Aquí muestra el Sol que un dia
Sola contigo estará;
Pero libre quedará
Su honra de tu porfía.
Pero retírate más;
Que aunque de aquesta mujer (*Ap. á él.*)
Miré tu amor, puede ser,
Aunque tan seguro estás,
Que haya visto algunas cosas
Que son de más importancia.
ENRI. ¿Cómo?
ZULEM. Tú has de hacer por Francia
Dos jornadas peligrosas,
Huyendo del Rey tu hermano.
ENRI. ¿Qué dices, que adora en mí?
ZULEM. Agora, Enrique, es ansi;
Que tambien Neron romano
Cinco años gobernó
Su república de suerte,
Que una sentencia de muerte
Con mil lágrimas firmó.
Séneca dél se admiraba;
Pero matóle después:
Y esta blandura que ves
En Pedro, ya el curso acaba.
A doña Leonor, tu madre,
Ha de matar.
ENRI. ¿Estás loco?
ZULEM. Esto que te digo es poco;
Que á don Alonso, su padre,
Pienso que no perdonara,

Si en esta ocasion viviera.
Tú lo verás cuando muera
Tu hermano el Maestre.
ENRI. Pára,
Pára, astrólogo cruel,
Pára esas locas mentiras.
ZULEM. Enrique, ¿desto te admiras?
Pues tú has de matarle á él.
ENRI. ¡Yo á Pedro!
ZULEM. Y has de quedar
Rey pacífico en Castilla.
ENRI. ¿Sueñas?
ZULEM. ¿Qué te maravilla?
Sus hijos no han de heredar;
Que han de morir en prision.
ENRI. Véte, moro, enhorabuena;
Que quien aumenta la pena
No merece galardon.
¿Hay tan grandes desatinos?

ESCENA XXI.

EL MAESTRE.—DICHOS.

MAES. ¿Está aquí Enrique, mi hermano?
ENRI. Aquí estoy, hermano mio.
MAES. Echa fuera los criados;
Que el Rey y yo te traemos
Para tu mal...
ENRI. Habla paso.
MAES. Un Hipócrates divino,
Un Galeno soberano,
Una yerba de Tesalia,
Una epítima, un reparo
Y un alkermes de los cielos (a)
En un cristalino vaso.
ENRI. ¡Ay Maestre! ¿Qué me dices?
Que no hay remedio en mis daños,
Fuera de unos bellos ojos,
Fuera de unos blancos brazos.
MAES. Esos mismos que deseas,
Esos están aguardando
Que estés solo.
ENRI. ¿Es Dorotea?
MAES. La misma.
ENRI. Fuera, criados;
Despejad la cuadra luego.
(*Vanse los criados y músicos.*)
Tú, moro, astrólogo falso,
Mira ¡qué presto mentiste!
Pues sin trinos ni cuadrados,
Sextiles ni oposiciones,
Me traen el bien que aguardo.
ZULEM. ¿Eso es cierto?
ENRI. ¿No lo ves?
ZULEM. Haré mis libros pedazos,
Si fuere verdad.
ENRI. Despeja.
Di que entre, y déjame, hermano.
MAES. Voy á decírselo.
(*Vanse el Maestre y el Moro.*)

(a) *Epítima*, *alkermes*, remedios de alquimista, cuyos nombres aceptó la Medicina, y que aquí tienen una significacion intencionada; siendo el 1.° *electuario excitante*, y el 2.° *confortante*.

ENRI. ¡Cielos!
No lo tengais por agravio.
Perdonad; que amor me fuerza.
Dejad que roben mis brazos
Aquesta imágen de plata,
Aqueste raro milagro
Del templo de la hermosura,
Como otro Páris troyano.

ESCENA XXII.

MARCELA.—DON ENRIQUE.

MARC. Encareciéndome el Rey,
Señor Infante, que cuando
Vuestra alteza entró en Sevilla
Con tantas fiestas y aplauso,
Me vió en un balcon...
ENRI. ¿Qué es esto?
MARC. Y que de amor y cuidado
Estaba enfermo...
ENRI. ¿Quién eres?
MARC. La que, agradecida tanto,
Rompo la vergüenza justa,
Atropello el honor casto,
Por dar remedio á tu vida.
ENRI. ¡Maestre, Maestre, hermano,
Hola! ¿Qué mujer es esta?
MARC. Señor, Marcela me llamo.
ENRI. ¿No eres la Niña?
MARC. ¿Qué niña?
ENRI. Pues ¿cómo con este engaño
Pensaste curar mi amor?
¡Criados, hola, criados!
Llevad de aquí esta mujer;
Que me muero, que me abraso.
Crecido habeis mi locura.
¡Muerto soy! (*Vase.*)
MARC. ¡Desprecio extraño!
Pues aunque un rey me tripula
Y me descarta enojado,
Yo sé que para su runfla
Me quisiera algun vasallo.

ACTO TERCERO (a).

Galería del alcázar.

ESCENA PRIMERA.

EL REY DON ARIAS.

REY. ¿Que no era aquella la dama
Por quien Enrique padece?

(a) No es creible que este acto sea todo de Lope. Más bien parece arreglo de un original truncado, pues el estilo es desigual. El que lo hizo equivocó además los nombres de *Teodora* y *Dorotea*, dando este á la tia, y aquel á la sobrina. En una refundicion que anda impresa de *La Niña de Plata* se corrigió este cambio de nombres, y se hicieron otras enmiendas acertadas. Nosotros, siguiendo el texto antiguo, hemos tenido que alterar todos los versos en dondese nombra á *Dorotea* y *Teodora* y sus respectivos consonantes, procurando conservar el sentido primitivo.

ARIAS. La historia, Señor, merece
Verso y prosa, nombre y fama.
Todas las joyas se dieron
A Marcela por engaño.
REY. ¡Notable suceso!
ARIAS. ¡Extraño!
REY. ¡Qué mal empleadas fueron!
ARIAS. A no ser merced de rey,
Que no se puede quitar,
Se las hiciera tornar.
REY. Eso ni es razon ni es ley.
Por su lance las ganó;
Hágaule tan buen provecho,
Como de Enrique sospecho
Que daño igual le causó.
ARIAS. Mayor pienso que es su daño
Que el provecho de Marcela.
Creció el amor la cautela,
Y la pena el desengaño;
Pero tendrá buen remedio.
REY. Eso deseo saber.
ARIAS. Dos cosas quiere poner
Del mar deste amor en medio.
REY. ¿La primera?
ARIAS. El interés.
REY. ¿Y la segunda?
ARIAS. Una tia.
REY. Cualquiera dellas podria
Dar con el mundo á sus piés.
Es el interés, don Arias,
Alta confeccion de alkermes,
Por más que del gusto enfermes,
Compuesta de cosas varias:
Pero aunque es tan poderoso,
Asegurarle podria
Que es alta cosa una tia
Para el caso más dudoso.
Notables cosas se acaban
En casa de una parienta.
ARIAS. Luego, ¿buen remedio intenta?
REY. Cuantos escriben le alaban.
Pero ¿qué tratais con ella?
ARIAS. Que le venga á hablar aquí.
REY. Y ¿qué responde?
ARIAS. Que sí.
REY. Todo el oro lo atropella.
ARIAS. Es el más dulce tirano
De la voluntad.
REY. No creo
Que haya imposible al deseo,
Si lleva plata en la mano.
La Niña se hará muy santa,
Y irán horras tia y sobrina.
ARIAS. Rompe la cuerda más fina,
Si el interés la levanta.
REY. No lo dejes de la mano,
Pide lo que es menester;
Que al fin la Niña es mujer,
Poco más que viento vano.
No te espanten sus razones,
Ni te engañe un rostro honrado;
Que rompe un nuevo obligado
Mil viejas obligaciones.
ARIAS. Como eso saben hacer
Cuando hay tierra de por medio.
(*Vase el Rey.*)

ESCENA II.

TEODORA, *con manto*; UN ESCUDERO.—DON ARIAS.

TEOD. (*Al escudero.*)
No hay para el amor remedio,
Como querer no querer.
Pero si no hay discrecion
En saberse reportar,
Dos caminos suelen dar
Fin al amor.
ESCUD. ¿Cuáles son?
TEOD. El oro entre desiguales,
Como aquí lo intenta Enrique,
Cuando el que yo pienso aplique;
Y el casamiento entre iguales.
ESCUD. (*Ap. á Teodora.*)
Habla bajo; que ha salido
Don Arias al corredor.
TEOD. Y el corredor deste amor
Tambien don Arias lo ha sido.
ARIAS. Mil años te guarde el cielo.
TEOD. ¿Mil años? Malicia es esa.
De los que tengo me pesa;
Los que me faltan recelo.
ARIAS. Los que te deseo digo;
Que no hablo en los que tienes.
¿Cómo vienes?
TEOD. Con mil bienes.
ARIAS. Hoy cobras un grande amigo.
TEOD. No lo seré poco suya,
Si este contento le doy.
Pero ¿sabe bien quién soy?
ARIAS. De tu sobrina lo arguya;
Que si pintara un pintor
Al honor, virtud divina,
Con pintar á tu sobrina
Dijeran que era el honor.
Pero ya viene el Infante.

ESCENA III.

DON ENRIQUE.—DICHOS.

ENRI. Sea mil veces bien venida
Mi amiga la más querida,
Mi joya, perla, diamante,
Mi antídoto del veneno
Que amor me dió por los ojos,
La gloria de mis enojos
Y el sol más claro y sereno,
La luz de mi confusion
Y el bien del mal que padezco,
A quien los brazos ofrezco
Por señal del corazon.
¿Cómo viene? ¿Cómo está
Mi buena amiga Teodora?
¿Cómo haré que crea, señora,
Que lo es de mis prendas ya?
Estimo más su salud

Que la del Rey, vive Dios.
Arias, ¡qué veces los dos
Hablamos en su virtud!
¿Qué te he dicho desta amiga?
¿De qué manera la quiero?
ARIAS. Todo lo sabe.
TEOD. Ya espero
Que dés lugar á que diga
Siquiera alguna razon
En que parezca que siento...
ENRI. Deja todo cumplimiento;
Que, en fin, cumplimientos son.
Dime qué tienes pensado
De mi salud, pues don Arias
Te habló.
TEOD. Mil cosas contrarias
A tu gusto y á mi estado.
Puesto me has en confusion,
Mirando tu mocedad;
Mas tambien mi calidad
Da voces á la opinion.
Repórtate si es posible.
ENRI. ¡Oh, mi bien, no me aconsejes
Tanto mal!
TEOD. Cuando te alejes
Desta esperanza imposible,
En un mes ó en quince dias
Olvidas á Dorotea.
ENRI. Antes que posible sea
Verás el fin de mis dias.
Duélete de mí, que estoy
A la muerte.
TEOD. ¿Pena en tí?
ENRI. ¿No soy hombre?
TEOD. Señor, sí.
ENRI. Pues ¿qué quieres si hombre soy?
TEOD. ¿Lloras?
ENRI. Estoyme muriendo;
No duermo, como, ni vivo.
TEOD. Extraña pena recibo;
De verte penar me ofendo.
ENRI. Remédiame.
TEOD. ¿Cómo?
ENRI. Escucha:
Yo casaré tu sobrina.
TEOD. La honra es prenda divina.
ENRI. La fuerza del oro es mucha.
TEOD. ¿Qué le darás?
ENRI. Bien podrá
Casarse: seis mil ducados.
Y no te cause cuidados
Que el secreto se sabrá;
Que no será la primera
Que lleve el honor en plata.
TEOD. Agora, á su honor ingrata
Y á su opinion verdadera,
Tendrá con mucha ocasion
Nombre de Niña de Plata.
ENRI. Mi bien, mi remedio trata,
Ten de mi mal compasion.
No le faltará marido
Con estos seis mil ducados;
Porque yerros tan dorados
Presto se cubren de olvido.
¿Qué piensas hacer por mí?
TEOD. Ahora bien, dame el dinero,
No por quererlo primero,
Que está bien seguro en tí;
Mas por no volver después
Por el precio de mi honor.
ENRI. Que me place.
TEOD. Pues, Señor,
Para que seguro estés,
A Félix, de Dorotea
Hermano, primero envia
Donde no venga hasta el dia,
Pues en servirte se emplea.
Yo me acostaré temprano
Y recogeré la gente.
Tú puedes seguramente,
En dejando el Rey tu hermano,
Ir con aquestas tres llaves,
Que de aquí á la noche harás
Que te imiten, y abrirás.
ENRI. Muestra.
TEOD. La puerta que sabes,
Que es de la calle, con esta.
ENRI. ¿De qué son estotras dos?
TEOD. Estáme atento.
ENRI. Por Dios,
Que ya es la noche molesta.
TEOD. La puerta del corredor
Con esta llave abrirás.
ENRI. Dime, mi bien, lo demás.
TEOD. Junto á la sala, Señor,
Sobre la mano derecha,
Verás un cancel, que allí
Hay una lámpara.
ENRI. A tí
Vaya mi estrella derecha.
TEOD. ¿A mí? Luego ¿á mí me quieres?
ENRI. Hablo, porque tú me guias.
TEOD. Si de mí no te desvias,
Despertarás mis mujeres.—
Lleva linterna, y enciende
En la lámpara que digo;
Entra el cancel... y el postigo
Que á mano izquierda desciende,
Es de mi aposento, el cual
Por de dentro cerraré,
Para que aunque voces dé,
Todas las oigamos mal.
Pasa la cuadra, y enfrente
Verás sola á Dorotea;
Que una criada que emplea
Está por cierto accidente
Hoy en casa de su madre;
Que no fué poca ventura.
Allí la tendrás segura,
Y cuanto á tu gusto cuadre;
Como el ánimo no sea
Vista primera de amante;
Que hay hombre como un gigante,
Que aunque mil espadas vea,
Por todas ha de romper,
Y puesto en una ocasion,
Le da frío de cicion
De mirar una mujer.

ENRI. Yo quedo bien instruido
De la casa y de las llaves:
Cuanto al ánimo, ya sabes
Que estando el muro rendido,
La misma facilidad
Hace cobarde al soldado;
Pero donde habrá cuidado,
Llanto, voces y crueldad,
Esa misma resistencia
Pondrá en mi pecho valor;
Porque como es rayo amor,
Muestra en lo fuerte violencia.
Vén á tomar el dinero;
Aquí en mi cámara está,
Y en escudos bien podrá
Llevártelo el escudero,
Y si no, quien tú quisieres;
Que á su hermano, yo le haré
Que nos deje.
TEOD. (*Ap.*) Siempre fué
Mujer quien rindió mujeres.
ENRI. Arias, bien se ha negociado. (*Ap. á él.*)
ARIAS. Lindo dinero te cuesta.
ENRI. Mi vida compro.
ARIAS. Si es esta,
Poco dinero costó.
ESCUD. (*A Teodora.*) ¿Habémonos de ir?
TEOD. Mirad
Que el silencio es santa ley.
ESCUD. Pienso que ha de darte el Rey
La mitad desta ciudad. (*Vanse.*)

—

Calle.

ESCENA IV.

DON JUAN, LEONELO, CHACON.

LEON. En fin, venimos á tu centro antiguo,
Después de dar mil vueltas á Sevilla.
JUAN. De dia no me atrevo á los umbrales
De la niña ingratísima que adoro,
Porque no entienda que á rogarla vengo;
Pero de noche este consuelo tengo.
CHAC. Despues que vimos que era todo engaño,
Y á Dorotea tan constante y firme,
Bien nos parece que á su casa vengas;
Pero venir, y con humildes ojos
Adorar estas rejas y balcones,
Y hacer á cada balaustre dellos
Más reverencias que á un señor que bebe,
Parécenos extraño desatino.
JUAN. ¿No lo es mayor comparacion tan necia?
CHAC. Más pienso que lo son los que las hacen.
LEON. ¿Mas que tenemos entretenimiento?
CHAC. No sé; yo digo en esto lo que siento.
LEON. Pues, bestia, ¿no es razon y policía
Que se haga reverencia y cortesía?
CHAC. La reverencia es justa, pero en tiempo.
LEON. ¿Y en la bebida no?
CHAC. De ningun modo.
Cuando bebe el señor, verás que baja
Toda la multitud de los criados
El cuerpo, y inclinándole, es forzoso
Que los cuartos traseros echen fuera.
Y estar toda una sala en tal postura
Es peligroso en tiempo de castañas,
Y no puede beber limpio, ni es justo
Que toda la familia y coliseo
Estén haciendo entonces el guineo. (*a*)
LEON. Déjate desos locos desatinos,
Y despierta á tu amo.
CHAC. ¡Ah señor ámo!
¿Qué tienen esas rejas?
JUAN. Hierro tienen,
Mármoles tienen de que están asidas.
CHAC. Ea, ¿mas que se suelta la poesía,
Y que encajas aquí cualque soneto?
JUAN. Si entendiera acabarle, comenzárale.
CHAC. Pocos saben, Señor, cómo se acaban;
Y así, verás sonetos milagrosos,
Que entran con obeliscos y pirámides,
Marfil, ebúrneo pecho, fuentes líquidas,
Y vienen á parar desustanciados.
JUAN. ¿Has sido tú poeta?
CHAC. Cuatro veces:
La primera me dieron muchos palos;
La segunda vinieron cuatro curas
A conjurarme por maligno espíritu;
La tercera me echaron de la calle
Por apestado y hombre contagioso;
Y la cuarta, á la fé, gané unos guantes
Con un soneto.
JUAN. Dile, por tu vida.
CHAC. ¿Tendreis paciencia?
JUAN. Sí.
CHAC. Va de soneto.
LEON. Di el sugeto.
CHAC. En el mesmo está el sugeto. (*b*)
Un soneto me manda hacer Violante,
Y en mi vida me he visto en tanto aprieto.
Catorce versos dicen que es soneto;
Burla burlando van los tres delante.
Yo pensé que no hallara consonante,
Y estoy á la mitad de otro cuarteto;
Mas si me veo en el primer terceto,
No hay cosa en los cuartetos que me espan-
Por el primer terceto voy entrando, [te.
Y parece que entré con pié derecho,
Pues fin con este verso le voy dando.
Ya estoy en el segundo, y aun sospecho
Que voy los trece versos acabando;
Contad si son catorce, y está hecho.
LEON. ¿Cuyo pudiera ser tal desatino?
JUAN. Déjale hablar; mi pena se entretenga
De cualquiera manera.
CHAC. Más me holgara
De irme á acostar que entretener dos locos.
JUAN. ¿Hay cuerdos con amor?
CHAC. Sin amor pocos.
JUAN. Yo me muero de amor.
CHAC. Y yo de sueño.
JUAN. Yo me tengo la culpa: fuí celoso,
Por lo menos, de un ángel de los cielos.

(*a*) Danza de negros.
(*b*) Este Soneto es de Lope, y tambien se conoce su mano en otros pasajes.

CHAC. Extrañas sabandijas son los celos.
JUAN. ¿Haslos tenido tú?
CHAC. ¿No eres más tonto?
¿No ves que son los celos como sarna,
Que ninguno se escapa de tenerla?
LEON. ¡Hermosa necedad!
CHAC. Mayor es esa.
LEON. La sarna es mal de niños, y los celos
Es mal más ordinario en viejos.
CHAC. Dime,
¿Cómo pintan á amor?
LEON. Niño.
CHAC. Pues, sabio,
Si amor es niño, amor los celos tiene:
Luego los celos son lo que yo digo.
LEON. Chacon, no quiero disputar contigo.
JUAN. ¿Que ofendiese yo á un ángel, que perece
Entre cuatro paredes por honrada?
CHAC. Yo creo en Dios.
JUAN. ¿Qué dices?
CHAC. Que estornudo,
Y creo en Dios.

ESCENA V.

DON ENRIQUE, EL MAESTRE Y DON ARIAS, *de noche.*—DICHOS.

ENRI. La puerta es esta.
MAES. Llega.
ENRI. Dame, don Arias, la linterna.
ARIAS. Toma.
ENRI. Quedaos adios.
(*Dirígese á la puerta de casa de Dorotea.*)
LEON. (*Bajo á don Juan y Chacon.*)
¿Adónde va esta gente?
JUAN. La puerta quiere abrir de Dorotea
Un hombre.
CHAC. ¿Un hombre? Que la abrió presumo.
(*Abre don Enrique, y éntrase.*)
LEON. Abrió y entró, por Dios.
JUAN. ¿Qué es esto, cielos?
CHAC. Eso es que Dorotea vive honrada,
Entre cuatro paredes encerrada.
JUAN. ¡Válgame el cielo!
CHAC. Valga, y lleve presto.
JUAN. Romper quiero las puertas.
LEON. Don Juan, tente;
Que sin duda el que ha entrado es el Infan-
Porque este rebozado es el Maestre. [te,
Vámonos de la calle, por tu vida;
Que no es esta ocasion para perderte.
Dios quiere que esto veas con tus ojos,
Para que dés buena vejez, que es justo,
A los padres que tienes, tan honrados,
Casando con tu igual; porque bien sabes
Que aunque es noble la Niña, no merece
Que te iguale, con tales niñerías.
JUAN. ¿Cómo igualar? Leonelo, lo que he visto
De tal manera me ha desengañado,
Que hago al cielo voto y juramento
De no ver en mi vida aquestas puertas.
¿Estas puertas? ¿Qué dije? Ni esta calle.
Camina por ahí.
LEON. ¡Famoso acuerdo!
JUAN. Tanta pena ¿qué loco no hará cuerdo?
LEON. Chacon, ¿qué te parece?
CHAC. Que no es mucho
Que esto haga una niña; mas no mandes
Que sufra enredos de mujeres grandes.
(*Vanse don Juan, Leonelo y Chacon.*)
MAES. Despacio pienso que estará mi hermano.
Vamos, don Arias, un momento al rio;
Que ha de llegar un coche á sus orillas
Con una de las siete maravillas.
ARIAS. Seguro puedes ir por más de un hora,
Y aun pienso que podrás hasta el aurora.
MAES. Verás una mujer, no tan discreta
Cual Dorotea, pero más hermosa.
ARIAS. No son buenas mujeres tan discretas.
MAES. Anda; que buenas son para poetas.
(*Vanse.*)

—

Cuarto de Dorotea.

ESCENA VI.

DOROTEA, *en manteo, con una ropa debajo del brazo;* DON ENRIQUE, *con una linterna.*

ENRI. ¿Adónde huyes de mí?
DOROT. ¡Elvira! ¡Teodora! ¡Inés!
ENRI. No dés voces, vuelve en tí.
DOROT. ¿Quién eres?
ENRI. Ya ¿no lo ves?
DOROT. Pues ¿por dónde entraste aquí?
ENRI. Con estas llaves entré;
De tu tia las compré:
Seis mil ducados me cuestan,
Y seiscientos mil se aprestan,
Si pagas tan firme fé.
DOROT. ¡Mi tia!
ENRI. La misma.
DOROT. Advierte
Que es noble.
ENRI. Amor me convierte,
Como á Júpiter, en lluvia:
Cree que esta color rubia
La más honesta divierte.
Recogida en su aposento,
A todo ha dado lugar.
Ten de mí mal sentimiento;
Voces no han de aprovechar,
Que ha de llevarlas el viento.
Hasta en la calle está gente,
Que á nadie entrar dejará.
Tambien tu hermano está ausente:
Todo prevenido está.
DOROT. Detente, infante, detente.
Desvia la luz de mí,
No me veas.
ENRI. Ya te ví
Cuando durmiendo te hallé.
Tu voluntad conquisté;
Pero no la merecí.
Por eso ha sido forzoso
Valerme de mi poder.

DOROT. No fué valor generoso.
¡Para una flaca mujer
Te has mostrado poderoso!
¡Ah vil sangre de mi tia!
¡Ah pobre, engañado hermano,
Por su falsa alevosía!
ENRI. Ya te lamentas en vano.
Mira que se acerca el dia:
Basta lo que has peleado;
Que el más honrado soldado
Suele rendirse á partido;
Que si el tiempo le ha rendido,
No pierde nada el honrado.
¿Qué más pretendes hacer?
Procura escapar la vida,
Si el honor no puede ser.
DOROT. ¿Parézcote muy rendida?
ENRI. Dígalo cualquier mujer.
DOROT. Mátame, y viéndome muerta,
Se te quitará el amor.
ENRI. Pienso que aun no estás despierta.
DOROT. ¡Que para vencer mi honor
Te dió mi sangre la puerta!
ENRI. Dorotea, no es tiempo ya
De perderle.
DOROT. Solo pido
Que me escuches.
ENRI. ¿Quién podrá?
DOROT. Un hombre tan bien nacido,
Pienso que obligado está.
ENRI. He llegado por quererte
Hasta la muerte.
DOROT. Yo haré
Tu gusto.
ENRI. Di, de esa suerte.
DOROT. Mata la luz.
ENRI. No osaré.
DOROT. Pues ciérrala.
ENRI. Cierro. (*Cierra la linterna.*)
DOROT. Advierte.
El dia que con el rey
Don Pedro, tu hermano, entraste
En esta ciudad famosa
De Sevilla, ilustre Infante,
Años habia que un hombre
Pasaba esta misma calle
Con mil honestos deseos,
Para obligarme bastantes.
Miróme con tales ojos,
Que pudieran bien entrarse
Por el corazon más duro,
Si Dios le hiciera diamante.
No le quise bien muy presto;
Que después de mil combates,
Mis ventanas consulté
Con palabras semejantes:
«Hierros destas rejas duras,
Piedras que servis de engastes,
Mármoles de aquesta puerta,
¿Querré bien? Aconsejadme.»
Y parecióme que un dia
Me dijo un hierro: «¿Qué haces,
Si me ves enternecido
Solo de oirle quejarse?»
Las piedras me respondieron:
«A suspiros semejantes
Ya nos volvemos en cera;
No podremos sustentarte.»
Los mármoles me decian:
«Donde los que miras nacen
No habrá tan duras entrañas,
Si te resistes de amarle.»
Creíllos, túvele amor,
Trújome un papel un paje,
Entróme por casamiento
(Que no hay cosa que nos halle
La voluntad más dispuesta
Para cualquier disparate),
Respondí tan desdeñosa,
Que pudiera, á no adorarme,
Mudar de imaginacion
Y ponella en otra parte;
Pero amor, que, verdadero,
Sufre y calla hasta vengarse,
Le dió para mis desdenes
Paciencia y valor notable.
Con esto alcanzó de mí
Venir una noche á hablarme:
En medio estuvo una reja;
Pero no para escucharle.
Sus tiernas quejas oí,
Sus amores y humildades;
Porque en los principios son
Muy humildes los amantes.
Esta noche trujo muchas:
Crecieron las amistades,
Y fué perdiendo el amor
El respeto á los altares.
Apretóle el casamiento,
Y él se lo dijo á su padre,
Hombre rico y veinticuatro,
De buena opinion y sangre.
Como supo mi pobreza,
¡Oh Enrique! pensó matarle;
Aunque en la sangre bien pienso
Que fuéramos harto iguales.
En fin, para divertirle,
Quiere el viejo que se case
Con una mujer más rica
Que de codiciosas partes.
Con esto celosa y triste,
Fingí, Señor, retirarme;
Que aprietan mucho desdenes
Donde ha habido voluntades.
No fueras tú mal tercero
Con tu amor para abrasarle;
Que donde hay competidor
No hay boda que se dilate;
Mas hase alterado todo,
Como eres un mar tan grande;
De suerte, que mi barquilla
Se anega en tus tempestades.
Él sabe lo que me quieres,
Mi resistencia no sabe;
Por tí mi remedio pierdo
(Que yo supiera obligarle),
Y más agora que estás
Adonde Teodora infame

De mi honor y de sus puertas
Te ha dado, Enrique, las llaves.
Bien sé que mi resistencia
Ya no puede ser que baste
A la traicion que me han hecho
Por el interés infame;
Mas como Roma ha tenido
La matrona venerable
Que ha honrado con su laurel
A la castidad triunfante,
Haz tu gusto, pues no puedo
Defenderme ni librarme;
Que tambien tendrá Sevilla
Una mujer que se mate.
ENRI. Dorotea, yo te he escuchado
Con atento y tierno oido:
El amor me has reportado,
El brazo me has detenido,
Y el corazon lastimado.
Contásteme que quisiste
Un hombre, y de verte triste,
Con tal lástima te oí,
Que vengo á tener de tí
La que de mí no tuviste.
Bien me pudiera vengar
De tus desdenes, Señora;
Pero llegar á mirar
Mujer que por otro llora,
¿A quién no basta á templar?
No me has quitado el amor
(Que nunca amor es mayor
Que cuando es tenido en poco);
Pero has vuelto cuerdo á un loco,
Dando materia al valor.
Toda estás en mi poder,
Y esto basta á darme nombre;
Que rendirse á su querer
Es más vitoria del hombre
Que no el gozar la mujer.
En efeto, has confesado
Que estás sujeta á mi gusto,
Con que ya estoy reportado;
Que á quien se rinde, no es justo
No hacerle partido honrado.
Y ha sido gran desvario
No haberme dicho el desvío
Que ya por tu amor arguyo,
Porque á haber sabido el tuyo,
No se adelantara el mio.
Pero ya que sé que quieres,
Yo preguntaré quién es,
Y será tuyo, pues eres
Tan firme en tanto interés;
Cosa bien nueva en mujeres.
Yo te prometo casarte,
Y que se interponga el Rey
Para que venga á rogarte,
Aunque mujer de tal ley
Más honra que puede honrarte.
Si cuentan de Cipion
Que volvió por la opinion
De aquella hermosa mujer,
España le ha de tener;
Que en ella todos lo son.
Si con las hijas de Dário
Fué Alejandro al nombre igual,
Fué á su fama necesario;
Yo he sido más liberal,
Si es amor mayor contrario.
Algun tiempo me darán
Nombre de *Cortés galan*
Las historias de Sevilla;
Mas soy por padre Castilla,
Y soy por madre Guzman. (*Vase.*)

ESCENA VII.

DOROTEA.

¡Enrique, Infante, Señor!...—
Fuése. ¡Qué notable hazaña
En hombre que tiene amor!
Pero es muy propio valor
De un hijo de un rey de España.
¿Hase visto maravilla
Que mayor que aquesta sea?
¡Plegue al cielo que Sevilla
Coronar su frente vea
Por príncipe de Castilla!
Ya por la escalera baja,
Aunque con mayor ventaja
Por la de la fama sube.
Ya el alba en dorada nube
Romper la noche trabaja.
Quiero despertar la fiera
Que con las viles me iguala,
Por el interés que espera;
Que no hubiera mujer mala
A no haber buena tercera.
Pero bien será cerralle,
Porque, si vuelve, no halle
La ocasion que puede asir,
Si se vuelve á arrepentir
Con los aires de la calle. (*Vase.*)

Habitacion de don Juan.

ESCENA VIII.

EL VEINTICUATRO, LEONELO.

LEON. ¿Tú me atribuyes las locuras suyas?
VEINT. Su padre soy, Leonelo, no te espantes.
LEON. Mucho me espantan las palabras tuyas:
Esto es acompañar locos amantes;
Pero de mi verdad quiero que arguyas
Que no lo hiciera en pasos semejantes,
A no temer que un hombre poderoso
Mostrara su poder en un furioso.
Dios sabe que á don Juan he reportado
Los pasos deste loco pensamiento,
Y con buenos consejos estorbado
De la Niña de Plata el casamiento.
Sospecho que por mí no está casado.
VEINT. Si intentara don Juan tal casamiento,
Yo buscara un esclavo á quien le dicra
Mi hacienda, ó me casara, ó me muriera.

Cásese con mi gusto, y le prometo
Hacerle veinticuatro de Sevilla,
Con tales alimentos, que en efeto
Más envidia le tengan que mancilla.
LEON. Don Juan es mozo agora, aunque es discreto.

ESCENA IX.

UN CRIADO.—DICHOS.

CRIADO. De don Enrique, infante de Castilla,
Está un criado aquí.
VEINT. ¿Qué es esto?
LEON. Creo
Que debe de cansarle su deseo.
Querrá, por dicha, que á don Juan le mande
Que no pase la calle de la Niña.
VEINT. Luego ¿quiérela él?
LEON. Celos tan grandes
Lo muestran bien.
VEINT. Querrá que á don Juan riña.
Dile que entre, Adrian. (*Vase el criado.*)
LEON. Por Dios, que andes
Con él como quien eres.
VEINT. Cuando ciña
La espada que dejé, verás mi pecho.
LEON. Será de tu valor heróico hecho.

ESCENA X.

FÉLIX.—EL VEINTICUATRO, LEONELO; *después*, DON ENRIQUE.

FÉLIX. El Infante, mi señor,
En persona quiere hablarte.
VEINT. No tengo en mi casa parte
Donde quepa tal favor;
Pero pudiendo llamarme
Su alteza, es mucha llaneza...
FÉLIX. Mira que llega su alteza.
VEINT. Quiero por la tierra echarme.
(*Sale don Enrique.*)
¿Qué es esto, invicto Señor?
ENRI. Veinticuatro, aunque os espante
La visita de un Infante,
Bien cabe en vuestro valor.
VEINT. Tomad, Señor, esta silla,
Porque en mi linaje quede
Por armas, que envidiar puede
La nobleza de Sevilla.
Dejaréla vinculada
En mi mayorazgo honrado,
Con un telliz de brocado,
Y en blanca plata aforrada.
Sabrán mis hijos y nietos
Que estuvistes vos aquí,
Para que se honren ansí
Y tengan altos respetos.
Pero, Señor, ¿qué ocasion
A tanta humildad os mueve?
ENRI. Cumplir un rey lo que debe:
Deudas las palabras son.
Yo la he dado á aquel criado
Que agora conmigo viene,
Y una hermosa hermana tiene,
De ponerla en noble estado.
Y queriéndola cumplir,
Me quise informar primero
De algun mozo caballero
A quien pudiese elegir.
Supe que un hijo teneis,
Pienso que el nombre es don Juan,
Muy galan, y su galan;
Que esto por vos lo sabreis.
Daré veinte mil ducados
De dote á aquesta doncella,
Aunque en las virtudes della
Van más de cien mil guardados.
Sin estos, le daré cuatro
Para joyas, porque vea
Mi largueza Dorotea,
Y para vos, Veinticuatro,
Me da mi hermano el Maestre
Un hábito de Santiago.
Con esto mi deuda pago.
VEINT. No sé, Señor, cómo os muestre
Debido agradecimiento.
ENRI. Con ir después á palacio,
Donde tratemos despacio
La forma del casamiento.
¿Respondeis que sí?
VEINT. Señor,
Mil veces digo que sí.
ENRI. Quedaos con Dios. Yo cumplí,
Félix, mi deuda en rigor.
FELIX. Mil veces beso tus piés.
Mi hermana voy á avisar.
(*Vanse don Enrique y Félix.*)
VEINT. Véme, Leonelo, á llamar
A don Juan.
LEON. Ya ¿no le ves?

ESCENA XI.

DON JUAN, CHACON.—EL VEINTICUATRO, LEONELO.

JUAN. Viendo, Señor, entrar á don Enrique,
Tanta pena me dió, que si pudiera,
Me fuera en este punto de Sevilla.
¡Infantes te visitan! ¿Qué te quieren?
VEINT. Huélgome de que estés tan ignorante;
Que, por lo menos, me darás albricias.
La Niña es tu mujer.
JUAN. ¿De qué manera?
VEINT. Cásala de su mano don Enrique,
Por pagar los servicios de su hermano;
Dale de dote veinte mil ducados,
Sin cuatro para joyas, y el Maestre,
Su hermano del Infante, me da un hábito,
Cosa tan deseada de mi pecho,
Y que á mis enemigos dará envidia.
¡Bendita sea la hora en que miraste,
Don Juan, esta mujer! ¡Bendito sea
El primero renglon que le escribiste!
¡Oh Niña de mis ojos, que á tenellos
El alma, en los del alma la pusiera!

Concertados quedamos de que luego
Vamos los dos donde esto se concierte.
JUAN. ¡Oh cuánto la codicia desatina!
Cuando yo os suplicaba, padre mio,
Que con Dorotea pobre me casárades
(Que entonces era pobre y virtuosa),
No fué posible ni aun oir nombrarla;
Y ahora que es Dorotea infame y rica,
Y un hábito os prometen de Santiago,
¡Ponérmele quereis de sambenito!
VEINT. ¡Dorotea infame y rica!
JUAN. No le obliga
Al Infante la deuda de su hermano,
Sino la de la honra, que le debe.
Anoche vió Leonelo que entró Enrique
En su casa á las doce; y fuera desto,
A Chacon envié cerca del alba,
Y vió cómo salia, y que en la calle
Le esperaban don Arias y el Maestre.
VEINT. (*A Leonelo.*)
¿Tú viste entrar á don Enrique?
LEON. En todo
Dice don Juan verdad.
VEINT. ¿Y tú le viste,
Chacon, salir al alba?
CHAC. Ya queria
Correr la noche su cortina lóbrega,
Y aparecer la luz del alba cándida,
Como dicen poetas en esdrújulos,
Cuando salió de ver la Niña el Príncipe,
Dejándola preñada de dos cónsules.
VEINT. Pues, hijo, aunque me dieran tantos hábitos
Cuantos la religion darme pudiera,
Y la dotara Enrique en las dos Indias,
Para Chacon no la tomara.
CHAC. ¡Cómo!
¿No hallaste otro más triste y desdichado?
JUAN. Eso te digo estando enamorado.
VEINT. Darte quiero mis brazos, y con ellos
Mi bendicion. Mas vamos á palacio,
Donde al Infante con honrada excusa
Podré decir que estabas tú casado
Cuando lo prometí, no lo sabiendo.
JUAN. Yo llevaré mujer, como tú quieras.
VEINT. ¿Fingida?
JUAN. Sí; que no ha de ser de veras.
VEINT. Pues Leonelo y Chacon serán testigos.
CHAC. Para falsos, yo tengo cuatro amigos.
(*Vanse.*)

Salon del alcázar.

ESCENA XII.

EL REY, DON ENRIQUE, EL MAESTRE, DON ARIAS.

REY. En viéndole, presumí
De lo que estaba doliente.
ENRI. Rendiréisme fácilmente,
Si sois los dos contra mí.
MAES. Él es el mejor galan
Que trató cosas de amor.
REY. ¡Qué gentil don Galaor!
ENRI. Basta; ¡qué vaya me dan!
REY. Mucho me ha pesado, Enrique,
Que seas tan para poco.
ENRI. ¿Quereis que me vuelva loco?
MAES. ¡Que un hombre se sinifique
Perdido de enamorado,
Y que le dén la ocasion
Sin gigantes, sin dragon,
Sin pasar el mar á nado,
Sin escala puesta al muro,
Sin fuerte competidor,
Sin alcaide del honor,
Y todo el campo seguro;
Que no temiese marido,
Hermano, padre ó criado;
Que haya con su llave entrado,
Y todo el mundo dormido;
Y que en viendo á quien buscaba
Se le hiele el corazon,
Y que pierda la ocasion
Que los cabellos le daba!
Mira, Enrique, desde hoy más
No hables con hombres ni entre hombres.
ENRI. Maestre, más viles nombres
Merezco que aquí me das;
Pero yo sé que no ha sido
Flaqueza.
REY. Pues ¿qué?
ENRI. Valor.
REY. Virtud es, teniendo amor,
El haberle resistido;
Mas querer hacer virtud
Lo que entonces fué flaqueza,
No lo crea vuestra alteza,
Así Dios le dé salud.
ENRI. Mire vuestra majestad
Que entonces lo mismo hiciera,
Si una dama le pidiera
Con las dos manos piedad.
REY. Anda, Enrique, no procures
Obligarme á que lo crea.
ARIAS. Aquí llega Dorotea.
MAES. ¿Mas que viene á que la cures?
REY. ¡Dorotea! pues ¿á qué efeto?
MAES. ¿Mas que se viene á quejar
De la fuerza?
REY. ¿Qué es forzar?
Antes le tuvo respeto.

ESCENA XIII.

DOROTEA, TEODORA, EL ESCUDERO.—DICHOS.

REY. Seas, Dorotea, bien venida.
Cuéntanos este suceso;
Porque pierde Enrique el seso
De que vengas ofendida.
¿Cómo fué? ¿Qué sucedió?
¿Tembló? ¿Lloró? ¿Tuvo frio?
Para preciarse de brio,
Mucho crédito perdió.
DOROT. Suplico á tu majestad
Que estime en mucho al Infante

Por el más cortés amante
Que ha tenido voluntad.
Mire que no vengo aquí,
Como presume, á quejarme.

REY. ¿A qué vienes?

DOROT. A casarme.

REY. ¿A casarte?

DOROT. Señor, sí.

REY. ¿Cosa que fuese con él?

DOROT. No soy tan loca, Señor;
Que solo quiere mi honor
Que vuelva el suyo por él.

REY. Más confusion me rodea.
Enrique, aquesto declara.

ENRI. Presto verás en qué pára:
En casarse Dorotea.

REY. ¿Con quién?

ENRI. Ya viene con quién.

REY. Menos lo entiendo, por Dios.

ESCENA XIV.

EL VEINTICUATRO, DON JUAN, MARCELA, LEONELO, CHACON. — DICHOS; *después*, FÉLIX.

VEINT. (*Hablando aparte á los que vienen con él.*)
Juntos lleguemos los dos.

JUAN. Llegue Marcela tambien.

VEINT. (*A don Juan.*) Después de besar sus piés,
Di cómo estabas casado,
Y que á Marcela obligado,
La mano es bien que le dés.

JUAN. ¡No conozcan á Marcela
Y se entienda la invencion!

ENRI. El novio y su padre son.

REY. Más tu intencion me desvela.
(*Sale Félix.*)

VEINT. Pues está su majestad
Presente, haciéndole salva,
Quiero, generoso Enrique,
Honor y gloria de España,
Venir á dar mi disculpa
De no cumplir la palabra
Que, ignorante del suceso,
Como á rey te dí en mi casa.
Tú me mandaste que diese
A esa jóven, á quien llama
Niña de Plata Sevilla
Por el valor de sus gracias,
A mi hijo por marido,
Diciendo que la dotabas
Para pagar á don Félix
Su servicio.

ENRI. Verdad clara.

VEINT. Veinte y cuatro mil ducados
De dote le señalabas,
Y á mí un hábito.

ENRI. Es ansí,
Aunque su virtud bastaba.

VEINT. Acepté luego el partido,
Y en tus generosas plantas
Puse mi boca; y contento,
A don Juan, que ausente estaba,
Busqué y dije su ventura;
Pero él respondió: «Una dama
Que conoces, es mi esposa,
Con obligaciones tantas,
Que he de morir ó cumplillas.»
—Entristecióseme el alma;
Y para que no creyeses
Que á mi palabra faltaba,
Los traigo á los dos.

ENRI. ¿Qué dices?

VEINT. Lo que me pesa y me pasa.

ENRI. ¿Tú eres don Juan?

JUAN. Sí, Señor.

ENRI. ¿Casado estabas?

MARC. Repara,
Señor, en que esto es mentira;
Que soy de don Félix dama,
Hermano de Dorotea;
Que no sabiendo que tratas
De casarla con don Juan,
Me sacaron de mi casa
Para disculpar su engaño
Y no hacer lo que les mandas.

REY. Pues, Veinticuatro, ¡á los reyes
Que á honrar sus vasallos andan,
Estos engaños se hacen!
¡Así los reyes se engañan!
Si Enrique casar queria
A Dorotea, ¿no bastaba,
Para que os viniera bien,
Ser mi sangre y vos ser nada?
¡Vive Dios, que desde aquí
A los dos en esa plaza
Han de cortar la cabeza!

VEINT. Señor, escucha la causa,
Parecerátе piadosa.
Anoche don Juan estaba,
Con los que presentes miras,
A la puerta desta dama,
Y vió que con una llave
Entró el Infante en su casa;
Y que salió con él dia
Sabe el Maestre y don Arias.
Honra me obligó, Señor.

ENRI. Pues ya tanto te declaras,
Diré verdad, vive el cielo,
Poniendo mano á la espada,
Con la cual sustentaré,
De sol á sol en campaña,
A mi igual y á todo hidalgo,
Que es Dorotea tan honrada,
Que ninguna hay en Sevilla
Que lo sea más, ni en España.
Que entré es verdad; mas compré
Con oro y pasos la entrada,
Y sin que ella lo supiese,
Llegué anoche hasta su cama.
De sus lágrimas temblé;
Y escuchando sus palabras,
Me dijo toda la historia
Que entre ella y don Juan pasaba.
Matarse quiso; detuve
Su brazo; y viendo que tanta
Firmeza merece premio,

Allí prometí casalla.
Aprovechóme el valor,
Y quise más ganar fama
De hombre que supo vencerse
(Que es el mayor lauro y palma),
Que dar rienda al apetito.
Y así, en esta cruz sagrada,
Adonde la mano pongo,
Y Dios puso las espaldas,
Juro que esto pasa ansí;
Y miente quien desta dama
Piense ó crea lo contrario.

JUAN. Señor, que lo digas basta
Para que el mundo lo crea,
Y más el que tanto gana,
Pues en efeto la adoro.

VEINT. Llega pues, don Juan, ¿qué aguardas?
Ni quiero para tu dote
Más que su virtud y gracia,
Ni más hábito en mi pecho
Que una nuera tan honrada.

REY. ¿Cómo no? Si dió el Infante
Veinte y cuatro mil, añadan
Otros tantos que doy yo.

MAES. Pues no es razon que se vaya
Sin mi ofrenda. Aunque soy pobre,
Dos villas le doy.

REY. Aguarda;
Que á su padre quiero hacer
Alcaide de nuestro alcázar.

MAES. Hábito con encomienda
Le mando.

MARC. Ya estás casada. (*A Dorotea.*)
Ruega á Félix que me quiera.

FÉLIX. Yo, Marcela, aunque no haya
Infantes que te aseguren
Poniendo mano á la espada,
Digo que soy tu marido.

CHAC. Todos se alegran y casan.
Perezca el pobre Chacon;
Nunca nadie le dé nada.

JUAN. Yo te mando mil escudos.

CHAC. ¿Son de paciencia ó de pasta?

JUAN. Del nombre de mi mujer.

REY. En llegando doña Blanca,
Los dos seremos padrinos.

JUAN. Aquí la comedia acaba
Llamada el *Cortés galan*.

DOROT. ¿Cómo?

JUAN. Y *la Niña de Plata*.



ACTO SEGUNDO, ESCENA XV.

QUERER LA PROPIA DESDICHA(a).

PERSONAS.

DON JUAN.
ÁNGELA.
EL REY.
DON NUÑO.
TELLO.

DOÑA INÉS.
CELIA.
LAURENCIO.
OCTAVIO.

La escena es en el alcázar de Toledo (8).

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN, ÁNGELA.

ÁNGE. Mas ¿qué os habeis olvidado
En esta ausencia de mí?
JUAN. Eso fué lo que temí;
Por la mano habeis ganado.
Pero nunca me he acordado,
Porque no fué menester,
Aunque una vez pudo ser.
ÁNGE. ¡Una! ¿Cómo?
JUAN. Sí por Dios,
Desde apartarme de vos
Hasta volveros á ver.
ÁNGE. De mi bien seguro estais
Que nunca me habré olvidado.
JUAN. Cuando me hayais engañado,
Basta que vos lo digais.
ÁNGE. Vos sois el que me engañais;
Porque yo sé que mi amor
Ha sido un despertador
Que á todas horas me llama.
JUAN. Poco despierta quien ama,
Cuando se duerme el temor.
ÁNGE. Ese temor faltaria
En vos, por ser yo quien soy;
En mí no, que siempre estoy
Temiendo lo que solia;
Que de la desdicha mia
Bien puedo temer mudanza
En vuestro olvido.
JUAN. No alcanza

(a) Dedicada por el Autor á Claudio Conde, su verdadero amigo. Véase la nota 6, al fin del tomo.

Tal engaño á tal belleza,
Que me faltara firmeza,
Si me sobrara esperanza.
Yo, que por allá temia,
Señora, cuantos os ven,
Mejor pudiera tambien
Temer la desdicha mia.
Apenas amanecia
El sol con rayos dorados,
Cuando mis bienes pasados
Despertaban mis recelos,
Mis recelos á mis celos,
Mis celos á mis cuidados.
Y apenas los dos luceros
Llamaban á las estrellas,
Cuando igualaba con ellas
Los temores de perderos.
Tanto deseaba veros
Con mil honestos abrazos,
De amor para siempre lazos,
Que os pintó fuera de sí
El alma, y tan viva os ví,
Que se burlaron mis brazos.
Estuve así divertido
De la manera que os veo,
Tanto, que dije al deseo:
«Que te enloqueces, perdido.»
Él me respondió: «No he sido
Tan loco; que no es tan poco
El bien que engañado toco,
Pues goza, si bien me acuerdo,
Lo que en la verdad el cuerdo,
En los engaños el loco.»

ÁNGE. Quien eso sabe decir,
Don Juan, ¿quién le ha de creer?
Pues no ha menester querer
Quien sabe tan bien fingir.
Mas no me pesa de oir
Lisonjas, aunque me dañen,
Mientras no me desengañen;
Porque no hay mujer de bien
Que si la engañan tan bien,
Le pese de que la engañen.
Yo he vivido en vuestra ausencia
Cual suele en la noche fria
Pájaro que espera el dia
(Aunque con menos paciencia),
Que cuando de la presencia
Del sol que otros cielos dora,
Le trae nuevas el aurora,
Salta, vuela, chilla y canta,
Y con la dulce garganta
A los demás enamora.
Si el sueño me convidaba
Al descanso, no dormia;
Que á veros mi fantasía
En sí misma me llevaba:
Si el dia me despertaba
De aqueste sueño despierto,
Era el buscaros tan cierto,
Que es buen testigo un retrato
Que le tuvo más de un rato
Por vivo el alma encubierto.
En fin, si hay más que querer,
Mi entendimiento es culpado,
Pues á entender no me ha dado
De qué suerte puede ser.
Lo que he sabido entender
Es razon que el vuestro alabe;
Que de amor humilde ó grave
Dicen, y se ve después,
Que es necio con quien lo es,
Y sabio con el que sabe.

ESCENA II.

EL REY, DON NUÑO.—DICHOS.

REY. ¿Vino don Juan de Cardona?
NUÑO. Aquí está don Juan, señor.
JUAN. Prospere el cielo el valor
De vuestra invicta persona:
La castellana corona,
Ponga su invencible espada
Sobre la roja Granada
Que sus fronteras molesta,
Y alcance al Africa opuesta,
De sus agravios vengada.
REY. Ángela, tú estás aquí?
ÁNGE. Trújome cartas don Juan.
REY. Deudos cuidados te dan
En Aragon como á mí.
ÁNGE. De su corona salí
Para servirte en Castilla.
REY. Della mereces la silla.
ÁNGE. Veas, invicto señor,
A los piés de tu valor
Desde Toledo á Sevilla. (*Vase.*)

ESCENA III.

EL REY, DON JUAN, DON NUÑO.

REY. En fin, don Juan, ¿cómo has hecho
Esta jornada, que ha sido
Para mí la que ha tenido
Más cuidadoso mi pecho?
Que bien estoy satisfecho
De tu jüicio, que en todo
Tendrías el mejor modo
Como el discurso mejor.
JUAN. Oye, invicto sucesor
Del glorioso nombre godo.
Cuando la vecina noche,
Que al ponerse el sol despierta,
Temerosa de sus rayos
Llama á las claras estrellas
Que le hagan compañía,
Entré en la ciudad que César
Dió nombre, y en quien el Ebro
Trueca cristal por arenas.
Informéme de las cosas
De Aragon, con advertencia
De que no diese el cuidado
De mi pensamiento muestra.
Pregunté por qué ocasion
No casaba á la Princesa
El Rey, pues que ya sus años

Daban paso á su belleza:
Dijéronme que teniendo
Tantos disgustos y guerras
Aragon, no era posible
Tratar de bodas y fiestas.
Llegó el alba de otro dia,
Y como el cuidado vela,
Con ella estaba vestido;
Que no hay cuidado que duerma.
Después de haber visitado
El Atlante de la Reina
Que vino primero á España
Para serlo suya y nuestra
(Ya entiendes que el Pilar digo,
Sobre quien el cielo asienta
La Madre del mejor Hijo,
Mejor que en basas de estrellas),
Fuí á palacio y á besar
La mano al Rey, que con ella
Honró mi boca, y mis manos
Con sus brazos. Aquí llega
Con algunas bellas damas
La bellísima Princesa.
Adoran al sol mis ojos,
Pongo la rodilla en tierra,
Levántame por alzarme
A que la viese más cerca,
Miro atento su hermosura...
No sé cómo la encarezca;
No quisiera enamorarte,
Solo casarte quisiera;
Pues por tu vida, Señor,
(Y así Castilla la vea
Pasar de un siglo á otro siglo)
Que eran las damas tan bellas,
Que bien pudieran lucir,
A no estar en su presencia;
Pero nunca en la del sol
Han lucido las estrellas.
Allí doña Ana de Fox
Mostraba en blanco la fuerza
Del fuego entre tanta nieve,
Pues rayos sus ojos eran.
En doña Beatriz de Castro
Y en doña Juana de Urrea
Se vieran, como en Cleopatra,
Aquellas famosas prendas.
No despreciaba el color
Doña Angela de Bolea,
Que afrentando el artificio,
Se preciaba de morena.
A doña Juliana Enriquez
Compuso naturaleza,
Para dar ingenio al arte,
De claveles y azucenas;
Y doña Gracia con tantas
Acompañó su belleza,
Que si es agravio alabarla,
El silencio la encarezca.
Iligas de cristal, con lazos
De nácar en blanca tela,
Jeroglíficos hacia
Doña Hipólita Centellas;
Y todas no la libraban,
Con ser con malicia puestas,
Ni del deseo de amarla,
Ni de la envidia de verla.
Mas ¿de qué sirve pintarte
Sus desiguales bellezas,
Pues bastará que imagines
Tú mismo la diferencia?
No me dejaron partir
Aquel dia, ni quisiera,
Aunque á Barcelona dije
Que pasaba, porque en ella
Esperaba á don Beltran
De Córdoba y de la Cueva,
Que de Nápoles venia
Con doña Juana, mi deuda.
Tuve tal dicha en quedarme,
Que llamándome su alteza,
Pude informarla de ti
Con extremada cautela.
Oyó bien: y quien escucha
Las alabanzas ajenas
No está lejos de estimar
Al dueño de quien se cuentan.
Osé preguntar la causa
De tanta discordia vuestra,
Y á todo me respondió
Con extremada agudeza.
Díjele: «Todo se funda
En que vuestra alteza sea
Angel de paz que la ponga
Entre estas injustas quejas.»
Y sin responder palabra,
Inclinando la cabeza,
Con media risa en la boca
Mostró voluntad entera.
Yo no sé si fué artificio;
Mas basta que lo parezca,
Pues al partirse dejó
(Tú puede ser que lo sepas)
Caer un guante: yo haciendo
Que miro la gentileza,
Con que mujeres gallardas
Al partirse dan la vuelta,
Déjola entrar, y levanto
El guante de la más bella
Mano, sin hurtarle á Amor
La aljaba de cinco flechas;
Envuélvole en este lienzo,
Que á las tuyas le presenta,
Para que tengas la caja
De la joya que deseas.
REY. Discreto, don Juan, has sido
En todo lo que has tratado.
El no te haber estimado
Es no haberte conocido.
Pero no sé, ni confio
Si lo es favor semejante;
Que dejar caer un guante
Más parece desafio.
Sin duda descuido fué.
JUAN. Sí; pero no negarás
Que es buen agüero, que es mas,
De que la mano te dé.
REY. Al contrario, pues es llano,

Si el guante se le cayó,
Que vengo á perderla yo,
Si en él se entiende la mano.
Mas porque es ingratitud
No premiar el buen deseo
Que en tus pensamientos veo,
En premio de tu virtud, (a)
De la noble roja espada
De Santiago te honrarás
El pecho, si no es que más
Queda de tu pecho honrada.

JUAN. Beso mil veces tus piés
Por tanta merced, Señor;
Que en efeto ese favor
Como de tus manos es,
Y á tan pequeño servicio
Lo paga con grande exceso.

REY. El buen fin deste suceso
Se debe á tu buen juicio.
Véte agora á descansar,
Y vendrásme á ver después.

JUAN. Otra vez beso tus piés. (*Vase.*)

ESCENA IV.

EL REY, DON NUÑO.

REY. Mucho he gustado de hablar
Con don Juan; que no le habia
Tratado.

NUÑO. Es hombre prudente.

REY. ¡Qué bien habla! ¡Qué bien siente!
Con despejo y gallardía,
Ingenio y talle aficiona.
Él muestra en todo valor.

NUÑO. Es rama, invicto Señor,
De la casa de Cardona.
En cualquiera accion se puede
Vuestra majestad servir
De don Juan.

REY. Piénsote oir,
Porque satisfecho quede
De su entendimiento.

NUÑO. Creo
Que en todas materias sea
Tal, que vuestra alteza vea
Que su servicio deseo;
Y si le recibe en él,
No tendrá mejor criado.

REY. Muy contento me ha dejado:
Desde hoy haré más por él.
¿Es rico don Juan?

NUÑO. Aquí
Su mayor privanza viene.

ESCENA V.

TELLO.—DICHOS.

TELLO. (*Ap.*) Donde un hombre el amor tiene,
También es su centro allí.
Yo aseguro que don Juan,
Si ya con Angela ha dado,

(a) En otras: «Y en premio de tu virtud.»

Está en mármol trasformado,
En figura de galan.
Bien haya un humilde amor.
¿Quiéresme?—Sí.—Pues juntemos
Almas.—¿Cuándo nos veremos?
—En saliendo mi señor.—
Salió; júntanse, merciendan,
Hablan, viven, ¡pesia á tal!
Y no hablarse por cristal
Y advertir que no lo entiendan:
Es una muerte entre dos
Y un hablar fuera de sí.

NUÑO. El Rey te llama.

TELLO. ¿Está aquí?

NUÑO. Aquí está.

TELLO. ¡Válgame Dios!

REY. (*A Tello.*) Escucha.

TELLO. Dame ese pié.

REY. Levanta.

TELLO. A mirar tu cara,
Como si el cielo mirara;
Que en tu grandeza se ve.

REY. ¿De qué sirves á don Juan?

TELLO. De cochero le servia;
Tuvo palabras un dia
Con un cierto don Tristan,
Que tenia tres criados;
Metió mano mi señor
Para todos; que el valor
Vale por muchos soldados.
Yo, reconociendo el pan,
Salto del coche, el azote
Dejo, y del primer bote
Clavo al señor don Tristan.
Luego al primero que embisto
Doy un tanto, y al segundo
De un cintarazo le tundo.
Finalmente, yo resisto
Toda una calle de gente.
Mi señor agradecido,
Puesto en silencio el rüido,
Me dijo amorosamente:
«Tello, un hombre tan de bien
No quiero que sea cochero.
¿Sabes leer, lo primero?
—Y aprendí á escribir tambien.
—Pues ¿cómo diste en el coche?
—Era noble, y no sabia
Cómo á caballo andaria
De dia, y tambien de noche;
Y con aquesta invencion
Hallé un eterno caballo,
Donde parece que hallo
Mi propia imaginacion.»

REY. Con engaño semejante
Veniste á ser caballero
En figura de cochero.

TELLO. Dijolo un representante
A César en Roma un dia:
«Mientras un rey represento,
Pienso que lo soy, contento
De mi propia fantasía.»
Y así, yo, que eternamente
Iba á caballo, Señor,

Caballeresco valor
Tuve clavado en la mente.

REY. (*A don Nuño.*) No es necio.

NUÑO. No le sacó
Sin causa de aquel oficio
Don Juan.

REY. Del humor da indicio
Que en el oficio adquirió.

TELLO. Hay hombres que en decir dan
Que los cocheros es gente
Diabólica é insolente;
Y en muy necio engaño están.
Los griegos y los troyanos
Los más valientes hacian
Cocheros, porque tenian
Riendas y armas en las manos.
Héctor y Aquiles tuvieron
Cocheros de gran valor,
A quien Virgilio, Señor,
Y Homero mil honras dieron.
En su coche cada dia
El sol el mundo rodea,
Y basta que el sol lo sea
Para honrar la cochería.

REY. (*A don Nuño.* O con los ojos le miro
Que ya he mirado á don Juan,
O sus despejos me dan
Gusto, ó su donaire admiro.)
Mira, Tello, toda accion
Tiene de malos y buenos;
No por los daños ajenos
Pierden los que buenos son.
Para lo que te he llamado,
Es solo para saber
Si tiene bien de comer
Don Juan, ó si está empeñado.

TELLO. Empeñado, no, Señor,
Que no tiene qué empeñar:
Bien de comer, no es tratar
En materias de su honor.
No tiene bien de comer
Ni mal; y así, es tan igual,
Que ni tiene bien ni mal
Cosa que haya menester.
Es tan cuerdo y tan prudente,
Que á nadie á entender lo da;
Y pues él contento está,
Rico sin duda se siente.
Tiene criados honrados,
Bien nacidos, bien vestidos
Y siempre bien avenidos,
Porque son tres los criados;
Pero puédese alabar
Que jamás sacó fiado;
Que como es pobre y honrado,
Nadie le quiere fiar.
El coche que yo decia
Tenia sus dos caballos,
Que si quisiera casallos
Sin dispensacion podia.
No eran parientes, y es claro
Que todo estaba seguro;
Que el uno era bayo escuro
Y el otro era bayo claro.
Yo, que por ese lugar
Teñidos mil hombres vía,
Dije al bayo claro un dia:
«Por Dios, que os he de ensuciar.»
Hice un cierto cocimiento
Que una vieja me enseñó,
Lavé el caballo, y salió
Carmesí como un pimiento;
Y por no dar qué reir,
Si este del otro desdice,
Dos saltambarcas les hice, (a)
Con que pudiesen salir.

REY. El hombre es notable.—En fin,
Don Juan ¿es pobre?

TELLO. En extremo;
Pero que lo sepa temo.

REY. No sabrá.

TELLO. Fuera mi fin;
Que ya tú sabes, Señor,
Lo que la pobreza cria.

REY. ¿Cómo?

TELLO. Aquella fantasía
Con que conserva su honor.

REY. Aguarda aquí.—Nuño, vén.

NUÑO. Hazle bien, así los cielos
Te guarden. (*Vanse el Rey y don Nuño.*)

TELLO. Nunca los celos
Pensé yo que hablaban bien;
Que si no he mirado mal,
Quiere Nuño á quien adora
Don Juan.

ESCENA VI.

DOÑA INÉS Y CELIA, *sin reparar en*—TELLO.

INÉS. ¿Que ha llegado agora?

CELIA. Y con regocijo igual
A la pena de su ausencia,
Le habló en aquesta ocasion
Doña Angela de Aragon.

INÉS. Los celos me dén paciencia.
Los cielos iba á decir,
Y dije celos por cielos,
Pues si la pido á los celos,
Yo tengo bien que sufrir.

CELIA. Los celos dan impaciencia.

INÉS. Por mal agüero he tenido
Haber por yerro pedido,
Celia, á los celos paciencia.

CELIA. Aquí está Tello.

TELLO. Señora...

INÉS. Tello amigo...

TELLO. A tu chapin
Pongo mi boca, que en fin,
La honra, la ilustra y dora.

INÉS. ¿Vienes bueno?

TELLO. No soy yo
Quien tú deseas saber.
Don Juan viene bueno; ayer
De Zaragoza salió,
Y hoy estamos en Toledo,

(a) Saltambarca, (anticuado): sayo rústico abierto por la espalda.

Merced de postas, si postas
Hacen merced de sus costas.
Casi sin costillas quedo;
Y más abajo tambien
Hay más mal del que se suena
En el aldehuela.

INÉS. Ajena
Estaba de tanto bien.
¿Habló con su majestad?

TELLO. Con su majestad habló;
Mas no es eso, pienso yo,
Lo que te mueve.

INÉS. Es verdad.
¿Habló con Angela?

TELLO. Aquí
En este punto llegué.
Solo con el Rey hablé...
Digo, que el Rey me habló á mí.

INÉS. ¿No te hablaba en el camino
De su hermosura?

TELLO. ¿A qué efeto
A un hombre que es tan discreto
Preguntas tal desatino?
Yo me voy á descansar;
Que estas postas me han frisado,
Con los golpes que me han dado,
Todo el globo circular.
Mándame, fuera de ser
Hombre de dos caras, algo;
Que soy montañés hidalgo,
Aunque fuí cochero ayer.
Mas no me desprecio de esto;
Que si el gobierno tuviera,
Yo sé que á ninguno diera
Sin exámen tan gran puesto.
¿Qué secretario ha callado
Más secretos que un cochero?
Qué hielos sufrió de enero
Velando el mejor soldado,
Ni qué calor, si es Apolo
Cochero canicular,
Ni qué tempestad ni mar
Como con un fieltro solo?
¿Quién ha visto lo que vemos?
Quién calló lo que callamos?
Sin esto, aposento damos
Y en un desierto le hacemos.
¿Qué no ha visto un coche? ¿A quién
Deben los secretos más?

ESCENA VII.

DON NUÑO.—DICHOS.

NUÑO. Tello...

TELLO. Señor...

NUÑO. ¿Aquí estás?

TELLO. ¿Cómo puedo estar más bien?

NUÑO. El Rey, mi señor, me ha dado
Este papel, que te dé
Para don Juan; y pues sé
Que él gusta y tú eres honrado,
Pídele albricias primero.

TELLO. Harélo, Señor, ansí;
Que el haber bien para mí
Consiste en ser tú el tercero.
Voyle á dar este papel.

NUÑO. Pienso que te ha servir
De no tener que teñir,
Porque es oficio cruel.

TELLO. ¿Acuérdasete del bayo
Teñido de carmesí?

NUÑO. Perdido de risa ví
Al Rey.

TELLO. Parto como un rayo. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

DOÑA INÉS, DON NUÑO, CELIA.

NUÑO. ¡Señora!...

INÉS. Aquí he estado hablando
Con Tello.

NUÑO. Es hombre de humor.
Hoy con el Rey mi señor
Ha estado bufonizando,
Y en donaire le ha caido.

INÉS. ¿Mandais en qué os sirva?

NUÑO. El cielo
Os guarde.

INÉS. Guardas recelo.
Perdonad, si sois servido.
(*Vanse doña Inés y Celia.*)

ESCENA IX.

DON NUÑO.

Dulce fueras, amor, dulce y sabroso
Y lleno de placer en tus desvelos,
Si no te dieran la pension los cielos
Con que llegas á ser tan riguroso.
No fuera tu desden dificultoso,
Si solo te quedaras en recelos;
Mas cuando llegas á matar de celos,
No eres amor, sino traidor furioso.
¿Por qué, siendo tus partes tan divinas
Que con el curso de los cielos vuelas,
Admites impresiones peregrinas?
Mas bien haces si temes y recelas,
Porque dicen, amor, que no caminas,
Si celos no te calzan las espuelas.

ESCENA X.

DOÑA ÁNGELA.—DON NUÑO.

ANGE. (*Sin ver á don Nuño.*)
Amor bien agradecido,
Creced, pues habeis llegado
A ser más bien empleado
Que fuisteis aborrecido.
Ya vuestro bien ha venido:
Temed, amad y estimad;
Perdone la honestidad,
Si siempre ha de estar segura;
Que quien no pica en locura,
No pasa de voluntad.

Con justa causa os obligo,
Amor, á salir de vos,
Aunque pues os llaman dios,
Estareis sin mí y conmigo.
Fácil esperanza sigo:
No direis que á la mudanza
Obliga lo que no alcanza;
Pues con igual galardon,
No es mayor la posesion
Que el fruto de la esperanza.
Don Juan os quiere y estima:
Quered, amor, á don Juan,
Si el mismo premio que os dan
A más lealtad os anima.
Ninguna cosa os reprima
Deste ilustre vencimiento:
Yo os he dicho lo que siento;
No teneis que replicar;
Que basta que en tal lugar
Hayais puesto el pensamiento.

NUÑO. Quien os oye hablar ansí,
¿Qué tendrá ya que deciros,
Si no son lenguas suspiros,
Y os llegan á hablar por mí?
Y aunque el eco solo oí,
Basta la luz que me dais
De que de don Juan hablais,
Para entender el favor;
Que de abundancia de amor
Con su nombre os regalais.
Quitar el merecimiento
A don Juan, fuera querer
Injusta causa poner
En vuestro conocimiento.
Su talle, su entendimiento
Obliga á tenerle amor;
Pero no á hacerle favor,
Si milagro viene á ser
Que hay en el mundo mujer
Que escogiese lo mejor.
Yo seré el primer celoso
Que haya dicho tal concepto,
Pues un celoso, en efeto,
No habla bien del que es dichoso.
Y aunque de verme envidioso
Por aborrecerme esteis,
Quitarme ya no podeis
La gloria de haberos visto,
Con que al disfavor resisto
Que con pesares me haceis.
A un tiempo es bien que á los dos
Amor y olvido nos dén,
A mí por vos parabien,
Y por mí el pésame á vos.
Efetos de un ciego dios,
Cuyos extraños secretos
No alcanzan los más discretos,
Ni saben cómo se causa
El producir de una causa
Tan diferentes efetos.

ÁNGE. Agradezco, como es justo,
Nuño, tanta cortesía,
Si ya sabeis que tenia
De amar á don Juan más gusto.
A no haberle puesto en él,
Sois tan cuerdo y bien nacido,
Que de no haberle querido,
Os quisiera como á él.
Y sois tan gran caballero,
Que, á no ser dél, vuestra fuera:
Si no quisiera, os quisiera,
Y no os quiero, porque quiero.

NUÑO. Bien haya, Señora, amén,
Quien tan libre desengaña;
Que siendo mal el que engaña,
El que desengaña es bien.
No le diré á mi esperanza
Que la culpa habeis tenido,
Pues ninguno se ha perdido
Con tanta desconfianza.
Y pues sé que ya teneis
Amor á ese caballero,
Pediros albricias quiero
Del bien de lo que quereis.
Con una cruz de Santiago
El Rey ha honrado su pecho,
De su valor satisfecho,
De sus servicios en pago. (*a*)
Informándose de mí,
Hice el oficio que debo
A quien soy; que no me atrevo
A dejar de ser quien fuí.
Quiso saber si tenia
Hacienda bastantemente,
Porque estaba indiferente
Viendo que galan lucia.
Supo que no, y hoy le ha hecho
Merced de seis mil ducados
De renta, que van librados
En la misma cruz del pecho.
Desto os doy el parabien,
Y á mí tambien me le doy,
Pues que sirviendo os estoy,
Con las nuevas de su bien.
En esto puedo serviros,
Y en no dejar de quereros;
Que amores no son aceros,
Y suspiros no son tiros.
Desto habeis de ser servida,
Y de darme sin querer
Licencia para tener
Este amor toda mi vida. (*Vase.*)

ÁNGE. ¡Nuevo estilo de obligar!
¡Nuevo modo de querer!

ESCENA XI.

DON JUAN, TELLO.—DOÑA ÁNGELA.

JUAN. Sospecho que del placer
Es grande amigo el pesar.

TELLO. ¿Por qué?

JUAN. Porque siempre veo
Que andan juntos.

TELLO. Es verdad;
Pero es como el amistad

(*a*) «Y de sus servicios pago,» dice en otras.

Y el envidioso deseo. (a)

JUAN. ¿Cómo?

TELLO. Que la envidia sigue
A la dichosa fortuna,
No porque amistad alguna
A andar juntas las obligue, (b)
Sino por hacerle mal.

JUAN. En fin, Ángela, mi ausencia
Hizo alguna diferencia,
Por ser á todas igual.
¿Qué hacia don Nuño aquí?
Que aunque no oí lo que hablaba,
Bien eché de ver que estaba
Favorecido de ti.

ÁNGE. Hablas ya como quien tiene
Las mercedes que te han hecho
En la hacienda y en el pecho.

JUAN. Conozco el bien que me viene
Desa hacienda y dese honor;
Pero no para tener
Más libertad en querer
Y hablar con menos amor.
Y mi pecho y mi persona
No tienen necesidad
De otra mayor calidad
Que de Córdoba y Cardona.
Y si faltarme Aragon
Se puede decir de mí,
Por eso le tengo en ti
Para tener perfeccion.
Y cuando no fuera tal
Esta señal en mi pecho,
La que tú en el alma has hecho
Ya fuera roja señal.
Vi á Nuño, y dime á entender,
Notando su cortesía,
Que alguna dicha tenia,
Señora, que agradecer.
No es ofender tu valor
Tener celos, sin que seas
Culpada, ni es bien que creas
Que es ser ingrato á tu amor.
Nace de propios desvelos
El llegarlos á sufrir,
Y así, te quiero advertir
Que hay dos maneras de celos.
Unos, señora, que están,
Cuando igualmente se ama,
En crédito de la dama,
Y otros que tiene el galan.
Pensar mal es ofender
El crédito y es culpar
La dama; más recelar
Con la fuerza del querer
Es humildad del galan;
Porque se tiene por menos
Que los que de prendas llenos
Con el mismo intento están.
Así que no es bien que aquí
Tu vana sospecha arguya
Que es desconfianza tuya
Lo que es humildad en mí.

(a) «El envidioso deseo,» en otras.
(b) «A andar juntos,» idem.

ÁNGE. Cuando culpado estuvieras,
El discurso te abonara:
Ya sé que el amor repara
En las cosas más ligeras.
Nuño me sirve, es verdad;
Pero yo le he dicho aquí
Que he puesto, don Juan, en ti
Lo más de mi voluntad.
Díjome que era muy justo,
Conociendo tu valor,
No desamparar tu amor
Y emplear tan bien mi gusto.
Y con mucha cortesía
Se despide, y despidió
Su esperanza, pues que yo
Tan firme en tí la tenia.
Esto es cuanto á celos toca;
En lo demás, de tu bien
No te doy el parabien.

JUAN. Pues ¿qué ocasion te provoca?

ÁNGE. No te quisiera yo más
De lo que eres para mí;
Que hallaba humildad en ti,
Y ya con menos estás.

JUAN. Eres la primer mujer
Que le pesa de que sea
Más rico el bien que desea.

ÁNGE. No todas saben querer.
El poderoso no quiere
Como el humilde.

JUAN. Es engaño.

ANGE. Por lo menos algun daño
De su grandeza se infiere.

JUAN. ¿Cómo?

ÁNGE. Porque ha de querer
Tener el imperio en todo,
Y no quiere dese modo
Querer ninguna mujer.

JUAN. Mira que estás engañada;
Porque habiendo de servir,
El hombre ha de preferir
En todo á la prenda amada;
Que no ha de ser la mujer
La que le sirva y regale.

TELLO. El Rey á esta cuadra sale.

ÁNGE. Venme aquesta noche á ver
Por las rejas que solias,
Y toma aqueste liston
En este anillo, que son,
No riquezas, prendas mías.

JUAN. Como cometa ha salido
Esta estrella de tu mano.
Pero ya me das en vano;
De hoy más, que recibas pido.
Ya tengo con qué servirte.

ÁNGE. Eso mismo te decia:
Ya quieres con fantasía.

JUAN. Humilde quiero pedirte
Desta necedad perdon.

ÁNGE. Quien piensa que puede dar,
Él vendrá á quitar de amar
Aquella satisfaccion.
Si el Rey te conoce bien
Y has de llegar á subir,

Yo creo que ha de venir
A pesarme de tu bien.

TELLO. Dame una suela primero
Que te vayas.

ÁNGE. ¡Tello amigo!...

TELLO. Por la priesa no te digo
Lo que en otra parte espero.

ÁNGE. ¿Vienes bueno?

TELLO. A tu servicio,
Y advierte que no soy yo
A quien el Rey renta dió
Ni oficio ni beneficio;
Que he sido tan desdichado,
Que no se acordó de mí
En su vida, y le serví,
Cuando más mozo, soldado;
Y después... Iba á decir,
En escribir, si yo fuera
Quien sus grandezas pudiera
Con algun arte escribir. (a)

ÁNGE. Luego ¿el Rey no se te inclina?

TELLO. ¿Cómo? aunque llegue á sus piés.
Si vengo á ser al revés
Del pobre de la Piscina;
Pues no vemos, entre cuantos
Tienen salud, este nombre;
Aquel por falta de hombre,
Y yo porque tengo tantos.

ÁNGE. ¿Quieres que le hable por tí?

TELLO. Ángela, el ángel serás.

ÁNGE. Tú lo verás. Mas no más;
Que ya viene el Rey aquí. (*Vase.*)

ESCENA XII.

EL REY, DON JUAN, TELLO.

REY. Don Juan...

JUAN. Señor...

REY. Hoy querria
Tratar la paz de Aragon.

JUAN. Ya sabes mi obligacion
Y la justa lealtad mia.

REY. No codicio el casamiento
En el grado que la paz.

JUAN. Es aquel clima capaz
De cualquiera movimiento,
No dando satisfaccion
A lo que imaginó agravio.

REY. Por un tercero tan sabio
Quiero obligar á Aragon.
Escribe al Rey una carta
Por mí, copiaréla yo...

JUAN. ¿Quién, gran Señor, mereció
Tanta merced?

REY. Porque parta
Con ella don Nuño, ó quien
Nos pareciere mejor.

JUAN. Beso tus piés.

REY. Tu valor
Me obliga á quererte bien.

(a) Parece que Lope habla de sí mismo por boca de *Tello*. Cuando escribió esta comedia, probablemente no habia recibido aun merced alguna.

JUAN. Torno otra vez á estampar
Con mi boca indigna el suelo
Que pisas.

REY. Basta, don Juan;
Que no ha de haber cumplimientos,
Si habemos de ser amigos.

JUAN. Porque lo mandas, no beso
Otras mil veces la tierra.
¡Amigo yo! Esclavo vuestro,
Vuestra hechura, vuestra sombra...
—No sé qué diga; que veo
Al mirarme en vuestra gracia,
De mi bajeza el extremo.
Mas como un claro cristal,
Guarnecidos los extremos
De ébano y plata, y colgado
En un real aposento,
No pierde su claridad
Porque en él se mire un feo,
Y le queda, como al sol,
La luz que tuvo primero;
Así yo viéndome en vos,
Vuestra grandeza no ofendo,
Pues tan espejo os quedais,
Tan rey, tan sol y tan bueno.

REY. Ya que esto sabes de mí,
Y yo de tu entendimiento
Que para todo accidente
Serás, don Juan, de provecho,
Dime, ¿qué hablabas aquí?
Y advierte que es buen consejo
Decir la verdad al Rey,
Fuera de haberte dispuesto
Con darte nombre de amigo.

JUAN. ¿Viste con quién?

REY. Desde lejos
Doña Ángela de Aragon
Me pareció.

JUAN. (*Ap.*) Aquí me pierdo.
¿Qué bien le darán á un pobre
Que no tenga contrapeso?
El Rey la quiere.

REY. ¿Qué dices?

JUAN. Que ha dias que con secreto
Sirvo á doña Angela; y soy
Tan pobre, que no me atrevo,
Por ser, cual sabes, tan rica,
A pedirla en casamiento;
Que como no tiene hijos
El Duque, su padre, temo
Que me la niegue.

REY. Sosiega,
Sosiega, don Juan, el pecho;
Que te he visto en las colores
Que piensas lo que no pienso.
No le tengo voluntad,
Aunque sus merecimientos
Bien pudieran obligarme;
Porque en otra parte he puesto
Los ojos; y aunque en la misma,
Como piensas, te prometo
Que los quitara, obligado
De lo mucho que te quiero.

JUAN. Señor, á tanta merced

Y tanto favor, no tengo
Para cada parte un alma.
Pero...

REY. No más. ¿Qué era aquello
Que te dió?

JUAN. Aquesta sortija,
Con este liston de celos.

REY. Dirás tú: «¿Por qué pregunta
El Rey, si no le va en esto
Nada, tantas cosas?» Mira,
Mira, don Juan: un enfermo
Huelga de tratar con otro
Del mismo mal, el remedio
De su enfermedad; y así,
Me informo para sabello.
Yo quiero bien, y he tenido
Aqueste amor en silencio
(Llégate más) muchos dias,
Por el estado que tengo.
No lo sabe la ocasion,
Si bien tal vez lo dijeron
Los ojos que la querian...
Quiérolo decir... por dueño.
Mas como el mirar los reyes
Sea en diversos sugetos
Solo para hacer merced,
No cayó en su pensamiento
Que queria por amor
Recebir la merced dellos.
He tratado de casarme,
Como ves, por ver si puedo
Divertirme, y no aprovecha.
Finalmente, me resuelvo
A que sepa doña Inés
De Córdoba que la quiero.
Nombréla... Basta, no importa,
Pues sabes todo el suceso,
Y quiero que se lo digas,
Como que yo me entretengo
Honestamente en mirarla,
Entretanto que tenemos
La respuesta de Aragon.
Mira como te encomiendo
Cosas de gusto y amor,
Que son los polos supremos
Del entendimiento humano,
Fiado en tu entendimiento.

JUAN. No excuso agora arrojarme
Al suelo, ó al mar sin suelo
De tu grandeza y valor.

REY. Levantaos, Conde.

JUAN. No puedo...
Turbado...

REY. Haránlo mis brazos.
Esto os quiero, y esto os debo. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

DON JUAN, TELLO.

JUAN. ¿Qué es esto, Tello?

TELLO. Señor,
Fué opinion de cierto necio
(Porque dicen que se enfada
De que lo diga un discreto),
Que se tomaba del vino
La Fortuna cuando el Tiempo
La convidaba á comer;
Y que incitándola el viejo,
Daba, sin saber á quién,
Oficios, rentas, dineros:
Y que esta era la ocasion,
Que por cualquier descontento
Se los quitaba después,
Porque se los dió sin seso.

JUAN. Bien dicho, pues si probase
(Y aun lo dispone el derecho)
Algun hombre que un delito
Perpetrase, que el exceso
Del vino le habia privado
De sentido, estaba absuelto
De la pena de la ley;
Mas yo de otra suerte entiendo
El favor de Alfonso.

TELLO. ¿Cómo?

JUAN. Porque se ha fundado, Tello,
En buena correspondencia
De estrellas; porque sospecho
Que se miraron de trino
Allá nuestros nacimientos.

TELLO. En fin, tú tienes la espada
De Santiago en todo el pecho,
Cosa que se da á tan pocos
Sin muchos merecimientos,
Seis mil ducados de renta
Y un título.

JUAN. No me acuerdo
Que dijese el Rey de adónde.

TELLO. ¿Tienes lugar?...

JUAN. Yo no tengo
Más lugar de aquel que ocupo
Donde me llego y me siento.

TELLO. Pues ¿de quién has de ser conde?

JUAN. No lo sé, si no lo pienso.

TELLO. ¿Luego eres conde de anillo
Como obispo? ¡Oh qué remedio
Se me ofrece!

JUAN. ¿Cómo?

TELLO. Escucha.
Procura que escriban luego
El título, y deja en blanco
Donde dice que te ha hecho
Conde; que cuando él lo vea,
Pondrá *de aquesto ó de aquello*.

JUAN. Bien dices: yo llevaré
La pluma, pues que ya tengo
Oficio de secretario.

TELLO. Llévala de bronce ó hierro
Porque te sirva de clavo,
Con que afirmes por lo menos
La rueda de la fortuna.

JUAN. Tello...

TELLO. Señor...

JUAN. No la temo,
Porque si no ha sido nada,
Como me estaba me quedo.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN, DOÑA INÉS.

INÉS. ¡Qué mayor desdicha mia!

JUAN. Lo que me dijo refiero.

INÉS. Excusar el ser tercero
Pudiera vueseñoría.

JUAN. Al enojo culpa doy,
Si por él me hablais ansí.
Yo soy el mismo que fuí.

INÉS. Y yo quien os quiere soy;
Y siéndolo, no es razon
Tratarme de amor ajeno.

JUAN. Aquí la causa condeno,
Pero no la ejecucion.
Mandólo el Rey, que por mí
Os advierte de su amor.
Hacedle aqueste favor.

INÉS. No para servirle ansí;
Que al amor que os tengo yo
Se debe mayor respeto.

JUAN. Que os le pagara prometo.
Ya no puedo.

INÉS. ¿Cómo no?

JUAN. Porque de mí se ha fiado,
Puesto que no fuera Rey,
Sino amigo; que esta es ley
De cualquier hidalgo honrado.
Fióme su pensamiento:
Amalde, si vos me amais;
Que con eso me obligais.

INÉS. Más vuestro desprecio siento
Que el dejarme de querer.

ESCENA II.

DOÑA ÁNGELA, *sin ser vista de*—DOÑA INÉS Y DON JUAN.

JUAN. Yo os quiero...

ÁNGE. (*Ap.*) ¿Qué es lo que veo?

JUAN. Mas no puede mi deseo
Querer más contra el poder.
Hacedme este bien á mí,
Si me estimais.

ÁNGE. (*Ap.*) Él le ruega.

INÉS. Lo que con razon se niega,
A nadie ofende.

JUAN. Es ansí,
Si en esto hubiera razon.
Y por Dios, hermosa Inés,
Pues sabeis que mi interés
No es más que solo aficion
(Que lo demás no lo estimo),
Que tan justo amor pagueis.

INÉS. Sospecho que os atreveis
En fé de mi deudo y primo.
¡Hay locura semejante!
Id con Dios; que venis ciego.

JUAN. Estad bien en lo que os ruego.

INÉS. (*Yéndose.*) Tengo el alma de diamante.

JUAN. Pues con sangre en él imprimo,
Que es la que de mí teneis.
(*Vase doña Inés.*)

ESCENA III.

DOÑA ÁNGELA, DON JUAN.

ÁNGE. Sospecho que os atreveis
En fé de mi deudo y primo.

JUAN. ¡Hay donaire semejante!

ÁNGE. ¿Quién duda que lo seria
La gracia con que os decia:
«Tengo el alma de diamante?»
Ni con menos respondeis
A lo tierno de ser primo:
«Pues con sangre en él imprimo,
Que es la que de mí teneis.»

JUAN. ¿Tenciame á mí por tan ciego
Que lo diria por mí?

ÁNGE. ¿No le dijistes aquí:
«Estad bien en lo que os ruego?»

JUAN. Es verdad; pero no era
Materia de propio amor;
Ni al vuestro ni á mí valor
Tan notoria ofensa hiciera.

ÁNGE. Pues ¿cómo pueden venir
A propósito estas cosas
Tan ciertas?

JUAN. Siendo forzosas
Para quien llega á pedir.

ÁNGE. ¿Vos á Inés?

JUAN. Si yo os pudiera
Satisfacer...

ÁNGE. Haceis bien;
Que ni vos podeis tan bien,
Ni yo tampoco os creyera.

ESCENA IV.

EL REY.—DICHOS.

REY. (*Ap.*) Solos pienso ya que están.

JUAN. Vos sois el mayor testigo
De que os trato verdad.

ÁNGE. Digo
Que sois...

REY. ¿Qué es esto, don Juan?

JUAN. (*A doña Angela.*)
Aguardadme aquí; que quiero
Ver lo que me manda el Rey.

ÁNGE. ¡Qué poco guardais la ley
De amante y de caballero!
Pero ya la fantasía
Os habrá mudado en todo.

REY. (*Ap. á don Juan.*)
¿Cómo te habló desde modo
Doña Angela?

JUAN. Porque habia
Hablado aquí con Inés,
Rogándole que le amase.

REY. No es mucho que sospechase...

JUAN. Quien ama, siempre lo es. (*a*)

(*a*) Siempre sospecha.

REY. Que tú amores le decias.
¿Y no la has desengañado?
JUAN. Sin razon has agraviado,
Señor, las verdades mias.
Si perdiera á Angela bella,
Alma por quien tengo vida,
Vida al alma tan asida,
Que quiero y muero por ella
Si pensara que jamás
La habian de ver mis ojos
Por celos ó por enojos,
Que no hay que decirte más;
No le dijera el secreto
Que tú me dijiste á mí.
REY. Todo lo creo de tí,
Honrado sobre discreto.
Pero no es justo que dés
Pesadumbre á lo que quieres.
Yo conozco á las mujeres:
Dile que yo quiero á Inés;
Que aunque no me está muy bien,
Te doy licencia que digas
Mi secreto, pues la obligas
A qué le guarde tambien.
JUAN. Antes tengo por mejor
Irme yo, si eso le digo.
REY. Véte.
JUAN. (*Á doña Angela.*)Escucha á tu enemigo
Satisfaccion de tu amor.
ÁNGE. ¿Qué me puedes ya decir?
JUAN. Su licencia el Rey me dió;
Que no me atreviera yo
Sin ella.
ÁNGE. Ya quiero oir.
JUAN. El Rey y Nuño han tratado
Casarle con doña Inés
De secreto, que esto es,
Mi bien, lo que le he rogado.
El agravio que hay aquí
Es el romper el secreto;
Pero lo que yo prometo,
Soy tal, que lo cumplo así.
ÁNGE. Esto ¿cómo puede ser,
Si me quiere á mí y me adora?
JUAN. Despreciándole, Señora,
Pudo dejar de querer,
Y por hacerte pesar
Pretender á doña Inés.
Esto finalmente es.
Aquí te puedes quedar,
No piense el Rey que tratamos
Otra cosa.
ÁNGE. Yo te creo.
Celos pican el deseo.
JUAN. ¿Estamos en paz?
ÁNGE. Sí estamos.
(*Vase don Juan.*)

ESCENA V.

EL REY, DOÑA ÁNGELA.

REY. Pues, Ángela, ¿cómo sientes
Este pensamiento mio?
Juzgáraslo desvarío
Por muchos inconvenientes.
ÁNGE. No, Señor, porque es muy justo;
Que casar á doña Inés
Con Don Nuño, pienso que es
De tu gusto y de su gusto.
REY. ¿Cómo dices?
ÁNGE. Pues ¿no es
Don Nuño merecedor,
Por sus partes, del valor
Y gracias de doña Inés?
REY. ¿Quién te ha dicho que se casan?
ÁNGE. Don Juan, y que ya traia
Tu licencia.
REY. (*Ap.* ¡Qué hidalguía!)
Bien dijo; que mientras pasan
Estas cosas, con secreto,
Aunque no vengan á ser,
No hay, Ángela, que temer.
(*Ap.* ¡Oh cómo es don Juan discreto!
Basta; que aunque dí licencia
Para decirle mi amor,
Buscó remedio mejor.
¡Extraña y cuerda advertencia!)
Ángela...
ÁNGE. Señor...
REY. Advierte
Que no digas que la caso.
ÁNGE. No daré en mi vida paso,
Si no es para obedecerte:
Y logre el cielo la tuya.
REY. Yo haré tan grande á quien quieres,
Que le envidien.
ÁNGE. De quien eres
No hay valor que no se arguya. (*Vase.*)

ESCENA VI.

EL REY.

¡Poderosa potencia, entendimiento!
No por la general filosofía
Que da á la majestad la monarquía;
Que voy en diferente fundamento.
Pero para rendir el pensamiento,
Y inclinar á su amor la fantasía,
Como muestra el ejemplo de la mía,
¿Quién tuviera tan presto atrevimiento?
Más quiero la razon que los antojos,
Aunque la vista reine en los oidos;
Que cuando al ver se rinden mil despojos,
Con el divino oir quedan vencidos;
Porque si el cuerpo escucha por los ojos,
El alma quiere ver por los oidos.

ESCENA VII.

TELLO.—EL REY.

TELLO. (*Ap.*) Aquí estaba el Rey: no sé
Si me atreva á entrar. ¿Qué importa?
Si su grandeza reporta,
Su benignidad se ve.
Rayos como el sol ofrecen

Los reyes cuando los miran;
Mas ¿por qué causa me admiran,
Si tanto á Dios se parecen?
¡Qué gran ser la monarquía!
Si fuera rey, no durmiera,
Por no pensar que no era
Rey, el tiempo que dormia.
Con justos, con altos modos
Hizo Dios un rey, un hombre
Que su igual fuese en el nombre
Y en la grandeza entre todos.
Ya me ha visto.
REY. Tello amigo,
¿Cómo no nos vemos ya?
TELLO. Porque un rey, Señor, está,
Como es rey, solo consigo.
Y he notado, ó son antojos
De mi ignorancia fingidos,
Que oye con otros oidos,
Y que ve con otros ojos.
REY. No te entiendo.
TELLO. Sí ha de oir
Un rey, es lo que otro oyó,
Porque al rey se lo contó,
No porque lo oyó decir.
Si ha de ver, fuerza ha de ser
Que es por lo que el otro vió.
REY. No te explicas.
TELLO. ¿Cómo no,
Si es tan fácil de entender?
¿Anda el rey por la ciudad
Para ver ni para oir?
REY. Ya te entiendo.
TELLO. Esto es decir
Que está en duda la verdad.
Cierto emperador habia
Que tal vez se disfrazaba,
Y por la ciudad andaba,
Donde él mismo oia y via.
Murmuraban á un rey griego
Una noche unos soldados,
Por mil pantanos, cargados
De una máquina de fuego.
Y él, que iba entre ellos, desnudo
Del cetro y la monarquía,
«Murmuradle, les decia;
Mas no de mí, que os ayudo.»
REY. Tello, ejemplos de tu mano
No pueden tener valor.
TELLO. Gran razon tienes, Señor,
Hable del campo un villano.
REY. ¿Qué hay por allá? Que tambien
Informa algun desigual.
TELLO. Señor, decir mucho mal,
Y hacer siempre poco bien.
En estos dos polos solos
Se mueve, aunque injusta ley,
Una corte.
REY. Pues el rey
Tiene diferentes polos.
TELLO. ¿Quién, Señor?
REY. Premio y castigo
Para el malo y para el bueno.
¿Qué hay del Conde?
TELLO. Que anda lleno
De pena por tí y consigo.
Llámasle conde, y no sabe
De qué.
REY. ¿No tiene de dónde?
TELLO. Es conde el Conde que esconde
El nombre, aunque ilustre y grave,
Porque no tiene una casa,
Un cortijo, ni un lugar
De que se pueda nombrar.
REY. ¿Que es tan pobre?
TELLO. Aquesto pasa.
Ayer labró de madera
Una cochera, y decia
Yo que llamarse podia
El conde de la Cochera.
Conde de anillo le has hecho:
Llamarle pienso de Albania,
De Troya ó de Caramania.
Si no le ha de dar provecho
El don mal calificado
Que largos años espera,
Es hermosura en ramera,
Y es ser capon y casado:
Es un necio irremediable
En talle hermoso y galan;
Es fuerza de ganapan,
Y riqueza en miserable:
Es donaire en quien jamás
Ha sido bien escuchado,
Y es ingenio en desdichado,
Que no hay que decirte más.
REY. ¿Éreslo tú?
TELLO. Sí, por Dios,
Pues sabiendo tú mi nombre
No me haces hombre. Fuera hombre, (*a*)
Negociáramos los dos,
Tú fama y yo vida, ansí.
Mas ya, para la que queda,
No me dés nada que pueda
Darme cuidado de mí;
Que me fué tan importuna
Desde que nací, Señor,
Que no podrá tu valor
Vencer mi baja fortuna.
REY. ¿Qué has pedido?
TELLO. Nada.
REY. Pues
¿De quién te quejas?
TELLO. Desdicha
De hombres de bien; mas por dicha
No me lo dieran después.
REY. Lo que tu fortuna impide,
Nuestra grandeza no ofende.
TELLO. Supuesto que así se entiende,
Quien sirve y calla, harto pide.
REY. Pide, Tello, y no te impida
La distancia de los dos;
Que el mismo Dios, con ser Dios,
Quiere que el hombre le pida. (*Vase.*)
TELLO. Fuése ó grave ó enfadado.
¿Qué me canso? Yo he de ser
Lo que he sido.

(*a*) En otras: «Eres hombre.»

ESCENA VIII.

DOÑA ANGELA.—TELLO.

ÁNGE. (*Ap.*) No ha de haber
Disculpa en amor culpado.
TELLO. (*Ap.* Esta es doña Ángela.) El cielo
Logre tanta perfeccion.
ÁNGE. ¿Qué hay, Tello?
TELLO. Esta confusion,
Este fausto, este desvelo.
¿No has visto por el setiembre,
En aquel notable encuentro
Del invierno y del otoño,
Causar desigual el tiempo
Destemplanza en los humores,
Y caer muchos enfermos?
Pues lo mismo nos sucede
Pasando de extremo á extremo,
Desde pobres hasta ricos.
ÁNGE. Y ¿cómo os va?
TELLO. Bien con serlo;
Pero como quien ayuna
Mucho tiempo y con exceso,
Después no puede comer,
Así nos va sucediendo.
ÁNGE. ¿Cómo está el Conde?
TELLO. ¿Qué conde?
ÁNGE. Tu amo.
TELLO. Como no veo
De dónde, no sé qué diga.
ÁNGE. Pues di, Tello, ¿no le han hecho
Más merced?
TELLO. Allá en mi tierra
Tenia yo cierto deudo
Que comia carne en viernes,
Perdiz, gallina y conejo,
Con intencion de estar malo.
Esto de mi amo entiendo,
Que es conde con intencion
De tener de dónde.
ÁNGE. Presto
Le hará el Rey esa merced,
Justa en tan gran caballero.
¿Qué casa ha puesto?
TELLO. Ya tiene
Los primeros fundamentos.
Mayordomo, secretario,
Galan maestresala diestro,
Y su poquito tambien
De caballerizo.
ÁNGE. El tiempo
Es como una ardilla en jaula:
Nunca pára el movimiento.
¿Son buenos esos criados?
TELLO. De los cantores dijeron,
No porque sea verdad,
Un donaire.
ÁNGE. Ya le espero.
TELLO. Tiple goloso, contralto
Loco, tenor siempre necio,
Contrabajo bebedor.
ÁNGE. ¡Qué disparate!
TELLO. En extremo;
Que no hay cantor que no sea
Un ángel.
ÁNGE. Así lo creo.
TELLO. A esta traza el vulgo dice:
«Maestresala limpio y diestro,
Mayordomo miserable,
Y secretario discreto,
Caballerizo galan,
Rapio rapis despensero,
Paje bellaco, lacayo
Gran bebedor, mal contento
Cochero, libre y sin alma,
Y goloso cocinero.»
ÁNGE. En fin, muda los estados,
Las casas y los gobiernos
El tener.
TELLO. No hay más sustancia
Ni calidad que el dinero:
Hace sabios, hace honrados,
Hace grandes los pequeños,
Hace talles y hermosuras.
ÁNGE. Sí; pero no hace discretos.
TELLO. ¡Oh qué lindo! Dame tú
Que un rico, aunque sea muy necio,
Diga una cosa comun,
Y verás criados, deudos
Y amigos que en un aplauso
Dicen que es cosa del cielo.
Dame tú que un pobre diga
Algun donaire ó concето,
Y verás que á los que escuchan
La risa se vuelve en hielo.
Pero dejando estas cosas,
Enfadosas por lo menos
Y cansadas por lo más,
¿Cómo estamos en tu pecho?
Yo en el corcho, claro está
De tus chapines, contento
De que el alma que te he dado
Sirva de alcornoque en ellos.
Don Juan estará en la tuya.
ÁNGE. No lo creas.
TELLO. Sí lo creo.
ÁNGE. Tiene otro dueño.
TELLO. ¿Qué dices?
ÁNGE. Que don Juan tiene otro dueño.
TELLO. ¿Quién?
ÁNGE. Doña Inés.
TELLO. ¿Celos?
ÁNGE. No,
Sino agravios que me ha hecho.
Pregúntalo á él y á todos.
TELLO. Si fuese verdad...
ÁNGE. ¡Ay Tello!
Así es amor inconstante.
Aquestos ojos le vieron
Rogarle y decirle aquí
Mil amores y requiebros.
TELLO. ¿Esos ojos?
ÁNGE. Estos ojos.
TELLO. ¿Cómo no le deshicieron
Sus rayos?
ÁNGE. Porque con agua
Estaban los rayos muertos.
TELLO. Luego ¿has llorado?
ÁNGE. ¿Es milagro?
TELLO. Sí; que en la esfera del fuego
Es mucho engendrarse el agua.
Pero apostaré que fueron
Las lágrimas del Aurora.
¿Dónde lloraste? que quiero
Ir á coger blanco aljófar.
ÁNGE. Tello amigo, en este lienzo.
TELLO. Dámele, así Dios te dé
Lo mejor de mi deseo,
Y te daré...
ÁNGE. No prosigas.
Toma, Tello.
TELLO. A don Juan llevo
Este lienzo de verdades
Y este puñado de celos. (*Vase.*)

ESCENA IX.

DOÑA ÁNGELA.

Celos, que amor en las sospechas cria,
Son de la paz una insufrible ausencia,
Una solicitud y diligencia
Que mueve la turbada fantasía.
Son una indivisible compañía
Celos y amor, y aun pienso que una esencia;
Pero con esta sola diferencia,
Que celos son la noche, amor el dia.
Forzosos celos son, no son violentos;
Apenas nace amor cuando los llama;
Nadie puede entender sus movimientos,
Ninguno defenderse de su llama;
Porque si son los celos pensamientos,
¿Quién puede no pensar perder lo que ama?

ESCENA X.

DON NUÑO.—DOÑA ÁNGELA.

NUÑO. ¿Qué me puede suceder
Acabando de llegar,
Si lo primero es hallar
Cuanto deseaba ver?
Mal partir y buen volver
Perdonan cuanto partiendo
Estuve ausente sufriendo;
Pues con estaros mirando,
Hallo más gloria llegando
Que tuve pena partiendo.
Ya me doy la bienvenida
De tanta desconfianza;
Que en amor que no se alcanza
Es la esperanza perdida.
Y aunque de verme, ofendida
Por aborrecerme estéis,
Quitarme ya no podeis
La gloria de haberos visto,
Con que al disfavor resisto
Que con pesaros me hacéis.
ÁNGE. No tengo por cortesía
El decir que me quereis,
Don Nuño, y que os ofendeis
De la poca lealtad mia;
Pues en este mismo dia
Sé cuán diferente estais,
Que á doña Inés deseais,
Y que tengo por muy cierto
Que sabe el Rey el concierto
Con que los dos os casais.
Mas ¿de qué sirve, si á ella
Pretendeis, don Nuño, aquí
Decirme amores á mí,
Para casaros con ella?
Si es discreta como bella,
Y por mujer os la dan,
Y dais poder á don Juan,
Que lo trate en vuestra ausencia,
A un tiempo es impertinencia
Ser marido y ser galan. (*Vase.*)

ESCENA XI.

DON NUÑO.

¡Yo á don Juan! Si llego agora
De Aragon.—Espera, tente.
Fuése. Celoso accidente
La obliga: á don Juan adora;
Don Juan que la quiero ignora,
Y tratará de casarme
Con doña Inés, por pagarme
El amor que le he tenido,
O doña Inés me ha querido,
Y lo habló por obligarme.
No supe jamás su amor; (*a*)
Sin duda me quiere bien,
Y á su primo habló tambien
Para mostrarlo mejor.
Pues si ella me hace favor,
Yo trato mi casamiento
Y olvido mi pensamiento; (*b*)
Que vengarse de un desden,
Es de amor el mayor bien
Después del merecimiento.

ESCENA XII.

EL REY.—DON NUÑO.

REY. Seas, Nuño, bien venido.
NUÑO. Mil años te guarde el cielo.
REY. ¿Qué hay de Aragon?
NUÑO. Estas cartas.
REY. Aguarda mientras las leo.
NUÑO. (*Ap.*) No sé si le hable al Rey
Y le diga el pensamiento
De doña Inés. Bien será;
Que bien merezco por premio
Desta jornada sus manos.
Pero será bien primero
El saber de doña Inés
Si lo que me han dicho es cierto;

(*a*) En otras: «No supo jamás su amor.»
(*b*) En otras: «Y olvido su pensamiento.»—¿De quién?

Que no es discreto el que fia
En ilusiones de celos,
Porque suelen á los ojos
Transformar lo blanco en negro.

ESCENA XIII.

DON JUAN, TELLO.—DICHOS.

JUAN. Aquí está el Rey.
TELLO. Y don Nuño.
JUAN. ¡Oh Nuño!
NUÑO. ¡Don Juan!...
JUAN. ¿Tan presto?
NUÑO. Llegué, ví, no negocié.
TELLO. La presteza con que has vuelto
Te perdona el haber sido
César al revés.
REY. Yo creo
Que se ha de hacer todo bien.
NUÑO. A tu majestad confieso
Que vine desconfiado.
REY. Amigo don Juan, ¿qué es esto?
JUAN. Aquel título Señor,
De que ya merced me has hecho.
REY. ¿Aun no le había firmado?
JUAN. No, señor.
REY. Muestra.
TELLO. (*Ap.* ¡San Telmo!
San Blas! haced que lo vea.
Mas yo buscaré remedio.)
Mire vuestra majestad
¡Qué lindas letras!
REY. ¡Oh Tello!
TELLO. Mire ¡qué *Alfonso*, tan digno
Deste nombre! Qué bien hechos
Lazos y famosos rasgos!
Pues ¡este renglon tercero
Rey de Castilla y Leon!
Pues más abajo...
REY. ¿Qué es esto
Que viene en blanco?
JUAN. Señor,
Los lugares que no tengo.
REY. Muestra la pluma.
TELLO. (*Ap. á su amo.*) ¡Oh qué lindo!
¿Qué te dije? Bien se ha hecho.
No hay cosa como la industria:
Tanto puede como el tiempo.
REY. Yo he firmado. Ven conmigo,
Nuño: que despacio quiero
Ver la carta y que me digas
Qué hay de lo exterior del pecho.
(*Vanse el Rey y don Nuño.*)

ESCENA XIV.

DON JUAN, TELLO.

TELLO. Mira presto lo que dice.
JUAN. Dejé, Tello, mucho blanco.
TELLO. No importa, que el Rey es franco.
JUAN. A mi humildad contradice
Dejalle tanto lugar.
TELLO. Lee.
JUAN. No me atrevo.
TELLO. Prueba.
JUAN. (*Lee.*) *De conde de Villanueva...*
Y en lo que viene á sobrar
De lo blanco del renglon,
Duque de Arévalo ha puesto.
TELLO. ¡Puto!
JUAN. Pues ¿tú descompuesto?
TELLO. Aquestas cosas no son,
Señor, para hablar en seso.
Hoy de locuras es dia.
Alzaré á vueseñoría
Y vuestra excelencia en peso.
JUAN. En la próspera fortuna
Se muestra el hombre prudente.
TELLO. Quien no la celebra y siente,
Nunca Dios le dé ninguna.
Salto y relincho á lo payo.
Ea, ¿qué me das á mí,
Que no poco te serví?
JUAN. A ser sol, te diera un rayo.
TELLO. En nuestra pobreza escasa
Bien le quisiera tomar,
Para subirme á espulgar
A la azotea de casa.
Mas ya no quiero otro sol
Que el tuyo: desde hoy me nombra
Tu sombra, estoy á tu sombra.
JUAN. El gaban de tornasol,
Y el vestido platcado,
Y cuatrocientos escudos
Son tuyos.
TELLO. Quiero que dés
A esta boca treinta piés.
Hablen en tu loor los mudos.
¡Plegue á Dios que nunca veas
La envidia!
JUAN. ¡Qué necio estás!
Que si no la he de ver más,
Muy poco bien me deseas.
¡Desdichado de aquel hombre
Que nadie, Tello, le envidia!
Porque donde no hay envidia,
Ni hay bien, ni hay fama, ni hay nombre.
TELLO. ¿Quieres que te dé un consejo?
JUAN. ¿Tú á mí?
TELLO. De tanta importancia,
Que te admire en mi ignorancia.
Tal vez el agua es espejo.
JUAN. Está bien dicho.
TELLO. Haz á todos
En esta prosperidad
Buen rostro, y con humildad
Les habla de varios modos.
Guarte de ser descortés;
Que picarás en mal quisto,
Como algun soberbio he visto,
Que lo ha pagado después.
Buen hablar, buen responder
Y hacer bien el de alto vuelo,
Es hacer más blando el suelo,
Por si volviere á caer.
JUAN. Añado por el consejo

Doscientos escudos más.
TELLO. La licion tomando vas.
Soy charco y sirvo de espejo.

ESCENA XV.

DOÑA ÁNGELA, DOÑA INÉS.—DICHOS.

ÁNGE. ¿Que en efeto no es verdad?
INÉS. ¡Yo con don Nuño!
ÁNGE. Habla quedo;
Que está aquí don Juan.
INÉS. No puedo.
JUAN. Justo parabien me dad
De la merced que me ha hecho
Su majestad. Duque soy
De Arévalo.
INÉS. Mil os doy,
Y mil abrazos al pecho.
JUAN. A la merced que me haceis,
¿Qué respuesta puedo dar?
(*Abraza á doña Inés.*)
INÉS. (*A doña Angela.*) ¿No le llegais á abrazar?
JUAN. (*A doña Angela.*)
¿No merezco que me deis
El parabien deste bien?
¡Tan presto mostrais tristeza!
Alzad, mi bien, la cabeza,
Y darcos el parabien.
Pues no me le quereis dar,
Recibircisle de mí.
ÁNGE. No me hableis, don Juan, ansi,
Pues ya no me habeis de hablar.
JUAN. ¡Injustos celos!
ÁNGE. No son;
Que abrazaros doña Inés,
No es ocasion, pues no es
Doña Inés vuestra ocasion.
Yo me entiendo.
JUAN. Y yo quisiera.
ÁNGE. Vos lo sabreis algun dia.
JUAN. Quien tan bien ama y porfia,
Justo galardon espera.
ÁNGE. Váyase vuestra excelencia;
Que tendrá mucho que hacer.
JUAN. Esto de aguar el placer
Tiene amor por excelencia.
Voy á besarle la mano
Al Rey por esta merced.
Ven, Tello.
TELLO. Eso sí: tened
Disgusto en amor tan llano.
Placeres de amor fingidos,
Que siempre son, advertid,
Como vinos de Madrid,
Aguados y mal medidos.
(*Vanse Tello y don Juan.*)

ESCENA XVI.

DOÑA ANGELA, DOÑA INÉS.

INÉS. ¿De qué has quedado celosa?
ÁNGE. ¡Yo celosa!
INÉS. Pienso yo
Que aquel abrazo te dió
Alguna ocasion medrosa.
ÁNGE. No, Inés: deste aquí te doy
A don Juan, que yo aborrezco.
INÉS. Bien sé que á don Juan merezco
Sin tí, por ser yo quien soy;
Ni quiero que tú me dés
Lo que yo merecer puedo,
Si no es que ya tienes miedo
De que lo ha de ser después.
ÁNGE. En tus méritos no toco;
Solo te quiero avisar
Que hagó muy poco en dar
Cosa que estimo en tan poco. (*Vase.*)
INÉS. ¿Por esto te vas ansí?
Triste quedo, y con razon.

ESCENA XVII.

DON NUÑO.—DOÑA INÉS.

NUÑO. (*Ap.* Yo llego á buena ocasion,
Ya que la ocasion perdí.)
Señora, darme lugar
Amor, que me dió ventura...
La esperanza me asegura...
(*Ap.* Apenas le puedo hablar.
¡Qué mucho que esté turbado!
Que vergüenza ó necedad
Es fuerza ó es propiedad
De cualquiera desposado.)
INÉS. No entiendo lo que decis,
Como venis de Aragon;
Que bien muestra esta razon
Que de otro reino venis.
NUÑO. ¿Qué mejor puedo llegar
Que hallando tanto favor?
INÉS. ¿En Angela ó quién?
NUÑO. Si amor
Le tuve, ya no hay que hablar.
Ni os dé doña Angela celos;
Pues á ser vuestro marido
He sido tan bien venido
Por voluntad de los cielos.
INÉS. ¡Mi marido!
NUÑO. Luego ¿no?
INÉS. ¿Quién os dijo esa mentira?
NUÑO. Angela.
INÉS. Mucho me admira;
Pues fué sin saberlo yo:
Y así no es descortesía
Que os deje, don Nuño, aquí;
Que yo he de ser de quien fuí,
O he de dejar de ser mia. (*Vase.*)

ESCENA XVIII.

DON NUÑO.

No hay cosa más sujeta á destemplanza
Que es el sujeto de mujer: por puntos
Mudan de parecer, viéndose juntos
La inconstante fortuna y la mudanza.

Glorioso aquí su ejemplo nos alcanza
Con Grecias, Troyas, Romas y Saguntos;
Que si de la fortuna son trasuntos,
Donde hay alma no falta la esperanza.
Él es un animal necio ó discreto,
De quien somos por fuerza tan amigos,
Que es de su imperfeccion lo más perfeto.
Yaunque traigan sus gustos por testigos,
Por lo menos un hombre está sujeto
A mentiras, desgracias y enemigos.

ESCENA XIX.

EL REY, DON JUAN Y TELLO, *sin ver á*—DON NUÑO.

REY. Basta, don Juan; no te quiero
Tan humilde en lo que es justo.
JUAN. Quiero obedecer tu gusto.
REY. Más merced hacerte espero.
NUÑO. (*Ap.*) Quisiera hablar á don Juan,
Y por el Rey no me atrevo;
Pero ¿cuál engaño es nuevo
Adonde hay más de un galan?
Voyme corrido y turbado
De haber llamado mujer
A quien ya con no lo ser
Me deja en tan bajo estado.
Pero dirá mi esperanza
Que llamar no la queria
Mujer, para serlo mia,
Sino mujer en mudanza. (*Vase.*)

ESCENA XX.

EL REY, DON JUAN, TELLO.

REY. Pide, don Juan: aquí estoy;
Pide, no estés temeroso;
Soy tu amigo y poderoso:
Mira ¡qué dos cosas soy!
¿Qué dudas de mí y de tí?
Amor justa queja alcanza:
No haber en tí confianza
Es faltar valor en mí.
Si es justo mi sentimiento,
Deja que tenga valor,
Pues dejo yo por amor
Que tengas merecimiento.
JUAN. ¿Adónde hallaré cadenas,
Esposas, cepos y clavos
Para confesar esclavos,
Para darte á manos llenas
Las almas que ya te debo,
Pues tantas veces me haces,
Que pienso que me deshaces
Por volverme á hacer de nuevo?
Lo que me has dado es de suerte,
Que para muchos bastara,
Y que á Alejandro causara
Nueva admiracion el verte;
El cual al que le pedia
Dote para una doncella,
Le dió la ciudad más bella
Que en treinta reinos tenia;
Y viéndole como estoy,
Le dijo: «Griego, ¿qué quieres?
Tú pides como quien eres,
Y yo doy como quien soy.»
Mas para no te cansar
Con prólogos, excusados
En Rey y vasallo indigno,
Entre señor y criado...
REY. Don Juan, añade entre amigos,
Y di; que contento aguardo
Lo que me quieres decir.
JUAN. La cifra de bienes tantos,
El epílogo, Señor,
Y el sello al favor pasado
Es darme para mujer
A doña Angela, que igualo
Ya en grandeza, desde el dia
Que debo el ser á tus manos.
Háblale, si eres servido,
Dile que gustas que estando
Tan iguales...
REY. No prosigas.
Ella viene: aguarda un rato
Detrás de aquella antepuerta.
JUAN. Tello, aquí nos escondamos
A esperar el mayor bien.
TELLO. ¿Qué tienes que estar dudando,
Si te dió un lienzo de perlas
En señal deste contrato?
JUAN. Bien dices; mas suele ser,
Sin amor, fingido el llanto.
(*Vanse don Juan y Tello.*)

ESCENA XXI.

DOÑA ÁNGELA.—EL REY.

ÁNGE. De las paces de Aragon
Vengo á darte el parabien,
Y de casarte tambien.
REY. Cosas imposibles son;
Pero vanse disponiendo.
ÁNGE. El cielo te dé, Señor,
Lo mismo que tu valor
A voces le está pidiendo.
REY. Angela, tu buen deseo
Recibo y el parabien,
Porque deseas mi bien
Y porque en tu bien me empleo.
Y así, excusando de ser
Casamentero enfadoso,
No quiero que estés suspensa.
Yo trato y la mano pongo
En tu remedio.
ÁNGE. Señor,
Bien del pecho generoso,
Que debí al duque mi padre...
REY. Esto se resuelve todo
En que don Juan de Cardona
Sea (¿qué dudo?) tu esposo.
Bien sé que en tratarte desto
Te doy más gusto que enojo,
Y que como los que lloran

Por algun caso forzoso,
Y tienen con la vergüenza
Las lágrimas en los ojos,
Tienes la risa en los labios,
Y que el mismo si amoroso,
Por salir rompe las perlas,
De tu boca blanco adorno,
Y entre ellas, como entre guijas
Arroyuelo sonoroso,
Deshaciendo está cristales
Y apartando arenas de oro.
¿Qué dices?
ÁNGE. Que te ha engañado
El amor que á don Juan tienes,
Y que de su parte vienes
Bien quisto y mal informado
Cuando era pobre don Juan,
A don Juan, Señor, queria:
Partes humildes tenia
Para marido y galan.
Pero rico y gran señor,
Pensará que me honra á mí;
Que desde que soy quien fuí,
Tuve este mismo valor.
Yo pensaba honrarle á él,
Y que honrado me estimara;
Mas ya no, porque pensara
Que yo me honraba con él;
Pues no he de tener marido
Que piense que me honra á mí,
Si por tu causa hoy le ví
Diferente del que ha sido.
Tú bien lo puedes mandar;
Mas yo, del poder forzada,
Viviré tan mal casada,
Que no me pueda alegrar.
Si de un casamiento igual
Se engendra amor, yo no espero,
Si tan desigual le quiero,
Menos que amor desigual.
Si te causa maravilla
El ver mi resolucion,
Yo me volveré á Aragon,
Y él se quedará en Castilla.
Con esto y con tu licencia
Me voy, pidiendo perdon
A la justa obligacion
De tu amor y tu prudencia,
A la cual suplico y pido
Mire que es injusta cosa
A una mujer generosa
Darle un forzado marido.
Y dígale que el amor
Que le he tenido tendré;
Pero que no le querré
Para que él me dé ese honor.
Y pues su privanza es
Por su ingenio y su lealtad,
Case vuestra majestad
A don Juan con doña Inés;
Que esto será más igual,
Pues de su deudo se infiere;
Que yo sé que ella le quiere,
Y que él no la quiere mal. (*Vase.*)

ESCENA XXII.

DON JUAN, TELLO.—EL REY.

REY. ¿Haslo oido?
JUAN. Ya lo oí,
Aunque oirlo no quisiera.
REY. Yo he leido mil historias
Y visto mil experiencias,
Pero caso semejante
No sé, por Dios, cómo tenga
De haber sido ni de ser
Verdad en burlas ni en veras.
¡Hay locura semejante!
De suerte que, porque seas
Mayor que su estado, ¡dice
Que no es razon que te quiera!
No quiero agora quitarte
Lugar para que lo sientas;
Que yo sé cuánto quien ama
Las soledades desea.
Ella ha querido probarte:
Podrá ser que se arrepienta,
Celosa de doña Inés,
A quien dice...
JUAN. No lo crea
Vuestra majestad, Señor.
Celos son.
REY. Cuando no fuera
Tu amigo cual soy, don Juan,
Aun no tuviera sospecha.
Yo quiero volver á hablarle.
JUAN. No, señor, porque quien niega
A tu majestad su gusto,
Determinacion le queda
Para no hacerlo jamás. (*Vase el Rey.*)

ESCENA XXIII.

DON JUAN, TELLO.

JUAN. ¡Ay de mi esperanza muerta!
¡Ay de mis locos deseos!
¡Ay de mis queridas prendas!
¡Ay de mis pasadas glorias!
¡Ay de mis necias quimeras!
¡Ay de mis suspiros! ¡Ay
De mis celos!
TELLO. Paso, espera;
Que pienso que en portugués
Cantas más ayes que letras.
JUAN. Tello, doña Angela ingrata
Es mujer, pero soberbia.
¡Mira por qué me aborrece;
Mira por qué me desprecia!
¡Porque soy más que ella, Tello!
Tello, ¡porque soy más que ella!
Pues ¡vive Dios, que he de ser
Aquello que de antes era!
Yo quiero ser pobre ya,
Si así puedo merecerla.
Basta: lo que tiene de ángel
Ha hecho que Angela tenga
Propia condicion de cielo,

Pues quiere que la merezca
Con pobreza y con suspiros.

TELLO. Con suspiros y pobreza
Suelen ser aborrecidos
Cuantos aman y desean.
Mas ¿cómo podrás ser pobre,
Y bajar desde excelencia
A la merced que tenias?

JUAN. Para bajar, ¿quién lo piensa?
Fortaleza es menester
Para subir una cuesta;
Para bajarla, ninguna.
Yo bajaré donde vea
Doña Angela de Aragon
Que, si por rico me deja,
Me vuelve á querer por pobre.

TELLO. Mayor desatino intentas
Que se ha visto ni se ha oido.

JUAN. ¿De qué sirve la riqueza
Sin Angela? ¿De qué sirven
Los títulos ni la renta?
No quiero sin ella, Tello,
Los estados donde llega
La rueda de la fortuna,
Que por la inconstancia es rueda.
Sin ellos podré vivir,
No podré vivir sin ella.
Angela es ángel, es móvil,
Que rige mis tres potencias:
Por ella tienen accion
Mis sentidos.

TELLO. ¡Linda tema!
Ya te vas volviendo loco.

JUAN. Amor me manda y me fuerza
Querer la propia desdicha
Y temer la dicha ajena.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

EL REY, DOÑA INÉS.

REY. Silencio engendra el recato,
Y la grandeza respeto.

INÉS. La indignidad del sugeto
Tal vez favorece el trato.

REY. Por eso á don Juan mandé
Que de mi amor te advirtiese.

INÉS. El causó que os respondiese,
Señor, lo que injusto fué.

REY. Antes me parece justo
Queriendo bien á don Juan,
Porque los reyes no dan
Con la voluntad disgusto.
No la quiero yo forzada,
Ni fuera, Inés, justa ley,
Porque ha de estar para un rey
Muy libre y desocupada.

INÉS. El no saber, gran señor,
La merced que me habeis hecho,
Ocupó entonces mi pecho
De tan mal pagado amor.
Pero pues vos me quereis,
Yo me forzaré á olvidalle;
Que en entendimiento y talle,
Como en ser rey, le excedeis.

REY. No, Inés, no quiero aposento
De quien otro se ha de echar;
Libre le quisiera hallar
Para entrar mi pensamiento.
Que si encontrar á la puerta
Otro hombre, ó dentro de casa,
Tanto ofende y tanto abrasa
Cuando la sospecha es cierta,
¿Qué será en el mismo centro
Del alma el venirle á hallar,
Pues no se pueden matar
Dos almas que se hallan dentro?
Si está la tuya ocupada
De la que don Juan te dió,
¿Cómo quieres tú que yo
Con ella saque la espada?
Un rey puede desterrar
De su tierra á quien le ofende,
De su casa al que pretende
Con modo injusto privar;
Pero aunque el cetro y la palma
Le dé absoluto la ley,
¿Cómo puede, Inés, un rey
Sacar una alma de otra alma?

INÉS. Señor, con dificultad:
Y es bien responderte ansí,
Porque es muy justo que á tí
Te trate siempre verdad.
Pero en razon de haber sido
Desleal á tu secreto
Don Juan, no admito el concepto;
Que nunca el alma he tenido,
La imágen si retratada
De su persona, Señor;
No el alma; que de su amor
Nunca me he visto obligada.
Bien me pudiera vengar
Con deciros que habia sido
Quien me persuadió, ofendido
De vuestros celos, y dar
Ocasion á que con vos
Cayese en desgracia justa;
Mas no he de hacer cosa injusta;
Que somos uno los dos,
Aunque no en la voluntad.
Y pues que ya lo sabeis,
Os suplico le obligueis,
Pues le igualo en calidad,
A que mi marido sea.

REY. Yo haré, Inés, lo que pudiero;
Que si don Juan no te quiere,
Alguna cosa desea. (*Vase doña Inés.*)

ESCENA II.

EL REY.

¡Yo he negociado muy bien,

Ya que pretendí por mí,
Pues el desengaño aquí
Me mata más que el desden!
Con lo que digo á quien quiero,
Me despacha á otro galan;
Hago tercero á don Juan,
Y de don Juan soy tercero.
¡Qué poco de la grandeza
Se paga la voluntad!
Y más si la majestad
Se ha rendido á la belleza.

ESCENA III.

DON NUÑO.—EL REY.

NUÑO. (*Ap.*) Él está solo. ¿De qué sirve agora
Diferir el lugar?

REY. ¿Qué hay, Nuño?

NUÑO. Vengo
A suplicarte vuelvas por mi honra.

REY. ¿Qué dices, Nuño? En cosa que está tan clara,
¿Pudo caber ni mancha ni sospecha?

NUÑO. Cuando me escuches más sabrás la causa.

REY. ¿Quién, Nuño, á tu valor disgusto causa?

NUÑO. Angela me contó que tú querias
(Y lo trató don Juan) que me casase
Con doña Inés de Córdoba, su prima,
Luego que de Aragon vine á Castilla.
Yo, pensando que en esto me pagabas,
Y que de amor no injusto procedia
Que doña Inés secreto me tenia,
Pedíles parabien á mis parientes,
Y escribílo tambien á los ausentes.
Llégole á hablar como por cosa hecha,
Y dice que no sabe desto nada;
Que celos de doña Angela engañada
La obligaron á tanto desatino.
Tú, gran señor, si puede haber camino
Para que se lo mandes y ella entienda
Que no ha de perder nada en ser mi prenda,
Puedes volver por el honor de Nuño;
Que desde tierna edad la espada empuño
En tu servicio, y este beneficio
Es el premio mayor de mi servicio.

REY. Nuño, no puedo tan presto
Prometerte que lo haré,
Hasta que su pecho esté
Más á quererte dispuesto.
Y así, es más justo que dés
Fin á tu intento amoroso;
Que hay un hombre poderoso
Que pretende á doña Inés.
Si puedes templar tu amor
Y el pensamiento mudar,
Procura, Nuño, olvidar;
Que es grande el competidor.
Lo que Angela te decia
(Acaso sin más razon
Que mudar la condicion
Siete veces en un dia)
Celos debieron de ser:
A olvidar te determina;
Que con celos desatina
La más prudente mujer.

ESCENA IV.

DON NUÑO.

¡Oh cuántas veces, queriendo
Salir de una confusion,
Más desatinadas son
Las que la vienen siguiendo!
¿Si es el Rey quien quiere á Inés?
Que dice que es poderoso.
O ser don Juan es forzoso,
Pues su amor el mismo es.
Mandóme el Rey olvidar:
No es mucho en tanto poder.

ESCENA V.

DON JUAN, TELLO, LAURENCIO.—DON NUÑO.

JUAN. (*A Laurencio.*)
¿No me acabas de entender?

LAUR. Es porque no quiero errar.

TELLO. Mira que está Nuño aquí.

JUAN. ¡Nuño!

NUÑO. No me he descuidado,
Si el parabien no te he dado.

JUAN. Satisfecho estoy de tí.

NUÑO. Son tantas las mercedes que recibes
Cada dia del Rey, que por un año
Te doy el parabien de las que faltan,
Y al cabo dél comenzaré el que viene.

JUAN. (*Ap. á Tello.*) ¿Qué te parece desto?

TELLO. Razon tiene.

NUÑO. La alcaidía, don Juan, de Calatrava
Pienso que fué de todas la postrera;
Desta te doy el parabien, por cosa
De tanta confianza como honrosa.
Pero apártate aquí.

JUAN. ¿Qué es lo que dices?

NUÑO. La inconstancia, don Juan, de las mujeres,
Tan parecidas siempre á la fortuna,
Que no puede tener firmeza alguna,
Sabrás ya por ejemplos, por historias,
Que escribieron con sangre sus memorias.
Mas ¿para qué con prólogos te advierto
De lo que siempre fué tan claro y cierto?
Doña Angela ha tratado de casarme
Con doña Inés; yo pienso que tu intento
Es de tu prima el noble casamiento.
Si la quieres, don Juan, si la pretendes,
Dejaré de servirla y de estimarla;
Que queriendo á doña Angela, no creo
Que se queje mi honor de mi deseo.

JUAN. Nuño, por esta roja cruz que el pecho
Me honra más que los títulos y villas,
Confianzas y oficios (que bien sabes
Que el Rey no diera cruz á quien no fuera
Muchos años soldado en la frontera),
Que no he tenido á doña Inés, mi prima,
Más voluntad de la que da la sangre,
Y que pueles querella, si es tu gusto.

NUÑO. Guárdate el cielo; que de un gran disgusto
Me has sacado con esto.
JUAN. Pienso, Nuño,
Que presto te podré llamar mi primo.
NUÑO. Igual con el de Inés tu nombre estimo.
(*Vase.*)

ESCENA VI.

DON JUAN, LAURENCIO, TELLO.

LAUR. Vuélveme agora á informar
De lo que tengo de hacer.
JUAN. Dejar las cartas caer
En acabando de entrar.
LAUR. Fingiré que me he turbado
De ver al Rey.
JUAN. Dices bien.
TELLO. ¡Plegue al cielo que te dén
El porte!
LAUR. Ya va pagado.
TELLO. (*Á su amo.*) No intentes tan gran locura.
JUAN. Ven, Laurencio; que conmigo
Entrarás donde te digo.
LAUR. La entrada llevo segura;
Dios disponga la salida.
JUAN. No temas, tu César soy.
LAUR. A ti del mar en que voy
Llevo la fortuna asida.
(*Vanse don Juan y Laurencio.*)

ESCENA VII.

TELLO.

Si eres áspid al consejo,
Amorosa obstinacion,
De tu propia perdicion
Hoy en las manos te dejo.
No puedo más: esto es
Fuerza de amor invencible.
Mas ¿cómo será posible,
Tello, que lugar le dés?
Tú naciste en la montaña,
Selaya (*a*) sangre te dió...
Pero no se diga, no,
De mi tan injusta hazaña.
Al Rey lo quiero contar.

ESCENA VIII.

EL REY.—TELLO.

REY. (*Ap.*) Confusa imaginacion,
¿Para qué vais á Aragon,
Si allá no podeis parar?
Vuestro error me maravilla;
Que si tan prendada está,
Mal podreis vivir allá,
Dejando el alma en Castilla.
TELLO. Si alguna vez Magno Alfonso,
Enterneció tus sentidos
La historia de algun suceso
Visto, escuchado ó escrito,
Agora es justo, Señor,
Que tus piadosos oidos
Inclinen el alma á un caso
De mayor lástima digno.
REY. ¿Tú hablas de véras, Tello?
¿Qué puede haber sucedido?
Que es monstruo ó fuerza de agravios,
Si no es del cielo prodigio,
Cuando la gente que trata
De burlas y desatinos
Habla de véras y en seso.
TELLO. Dices bien; y pues yo he sido
Un reloj desconcertado,
Tanto más lo que es confirmo.
El duque don Juan, el Conde,
El que fué tu pecho mismo,
El secretario, el alcaide
De Calatrava, el que vino
A ser tan gran caballero
De tan humildes principios;
De amores de Ángela loco,
Viendo que es aborrecido
Porque es rico y porque es grande,
Ha dado en un bajo arbitrio
Para ser pobre y perder
En tu desgracia el ser rico.
REY. ¡Cómo, Tello! ¿Qué me cuentas?
TELLO. Unas cartas ha fingido,
Que envia al Rey de Granada,
Diciendo con falso estilo,
Que enviando dos mil moros
Les entregará el castillo
De la fuerte Calatrava,
Dándole á un criado aviso
Que aquí las deje caer,
Como que se le han perdido,
Para que viéndolas, creas
Que es traidor.
REY. ¡Necio camino,
Tello, de perder mi gracia!
Pues yo pudiera, ofendido,
Hacerle matar; que fuera
De su deslealtad castigo.
TELLO. En eso echarás de ver
Cómo ha perdido el juicio,
O que estaba confiado
Del amor que le has tenido,
Que solo le quitarias
Títulos, rentas y oficios
Para que quedase pobre.
REY. Tello, siempre he conocido
Que tienes ingenio y honra.
TELLO. Soy como el sol claro y limpio.
REY. ¿Eres Tello de Meneses?
TELLO. Desciendo, segun me han dicho,
De la tortilla de huevos
Que en aquel solar antiguo
Cenaba el rey de Leon
La noche que halló sus hijos;
Porque mi tatarabuela
Me dicen que le previno
La sarten á la Princesa,
En que después fueron fritos,

(*a*) Lugar de la provincia de Santander.

Y agora los traen por armas
Los de aquel linaje invicto.
REY. Buen Meneses...
TELLO. Desta parte
Soy Tello.
REY. De ti me fio
En el suceso más grave
Que imagino que he tenido
Después que de aqueste reino
El laurel de oro me ciño.
Pon la mano en esta espada.
TELLO. Tiemblo como aquel judío
Que asió la barba del Cid.
REY. No hayas miedo.
TELLO. Eres benigno;
Mas la ausencia te responde
Con los ecos de Francisco.
REY. Jura á esta cruz que tendrás
Secreto lo que me has dicho,
Aunque veas que á don Juan,
Como es razon, le castigo;
Que yo por la misma juro,
Aunque esta ofensa me hizo,
De no tocarle en la vida.
TELLO. En el principio del libro
De Job parece, Señor,
Que esa excepcion has leido.
Juro en tu real espada
Y en este sagrado signo
De no lo decir jamás.
REY. Vete, hidalgo, bien nacido;
Que en saliendo con mi intento,
Yo tendré cuenta contigo.
TELLO. Logren los cielos tus años,
Y veas por muchos siglos
Las dos barras de Aragon
Al lado de tus castillos. (*Vase.*)

ESCENA IX.

EL REY.

Pasó Leandro el Abideno estrecho,
Cortando montes al licor salado
Con los brazos de amor, y el abrasado
Piramo se pasó por Tisbe el pecho.
El Ateniense, en lágrimas deshecho,
Pide la estatua al popular senado;
Hércules, de sus fuerzas despojado,
Mujer estuvo entre mujeres hecho.
Todos hallaron en amor disculpa,
Piérdese el seso en él, la razon calma;
Mas no don Juan, pues el honor le culpa.
Niéguele el tiempo de leal la palma;
Que de perder la vida amor disculpa,
Pero no del honor, parte del alma.

ESCENA X.

DOÑA ÁNGELA.—EL REY.

ÁNGE. (*Ap.*) Amor, pues que desnudo
Te pintaron, con ser la edad del oro,
Para mostrar que pudo
Tu fuego más que su mayor tesoro,
No te quiero vestido;
Que amenazas desprecio, si no olvido.
Amaba yo segura
El divino valor de mi sugeto;
Mas puesto en tanta altura,
Vendrá para el gobierno á ser discreto;
Mas no para estimarme,
Pues, cuanto viene á ser, vengo á humillarme.
Para los dos tenia
Hacienda yo bastante: ya no quiero
Su imperio y gallardía;
Que aunque es verdad que como amor primero
Me ha de costar la vida
Mi libertad, la doy por bien perdida.
REY. Ángela, con gran razon
Puedo quejarme de ti,
Pues en mi casa y en mi
Has puesto tal confusion.
Y debajo del secreto
Que á un rey se debe guardar
(Porque sabré castigar
Cualquiera contrario efeto),
Has de saber que ha perdido
Don Juan, que yo tanto amaba,
El seso por ti, que estaba
De tu voluntad asido.
Por haberle despreciado,
Ha fingido ser traidor,
Aventurando su amor
Todo el honor conquistado.
Tal modo de empobrecer
Solo le intentara un loco,
Ni tener mi gracia en poco
Por la más bella mujer.
Unas cartas ha fingido
Que envia al rey de Granada,
Dando ocasion á la espada
De un poderoso ofendido.
Mas él, que no se acordó
Que yo matarle pudiera
(Con que mejor te perdiera,
Que por grande te perdió),
Quiere empobrecer así,
Y quiere que así le quieras.
ÁNGE. Bien fué menester que fueras
Quien has sido para mí.
Necia he sido, soy mujer;
Que la más prudente y cuerda
No es posible que no pierda
Tal vez por su mismo ser.
No sé por qué me han tenido
Por discreta, pues que di
Causa á don Juan con que á ti
Y á mí nos haya perdido:
A ti con ese desprecio,
Y á mí, con perderte á ti.
Dos amores hay aquí,
Uno loco y otro necio:
El loco es el de don Juan,
Y el mio el necio, Señor.
Al suyo, aunque es grande error,
Por loco perdon le dan;
Pero al mio, con ser necio,

¿Quién le querrá perdonar?
Que un loco bien puede dar
En hacer de un rey desprecio.
La mujer más entendida
Y de más alto valor,
Si hace un error, es error
Que dura toda la vida.
Mas si puede remediar
Que esto adelante no pase
Tu piedad con que me case,
Luego me quiero casar;
Que más quiero, aunque le ofrezcas
Más castillos que le has dado, (a)
Que él me aborrezca casado,
Que no que tú le aborrezcas.

REY. No llores; que yo te doy
Palabra de no tocar
En su vida. Da lugar
A que parezca quien soy,
Y con debido secreto
Déjame trazar á mi
Lo que se ha de hacer aquí.

ÁNGE. Secreto y lealtad prometo,
Y agora conozco y siento
Cómo se llega á perder,
Por soberbia, la mujer
Que estima su entendimiento.

ESCENA XI.

LAURENCIO.—DICHOS.

LAUR. (*Para sí.*) Por aquí dicen que entró.
REY. (*Ap.* Pienso que es este el criado
A quien don Juan ha enviado,
Como Tello me contó.)
¿Qué buscas? Pasa adelante,
No te turbes.
LAUR. No pensé
Que aquí te hallara, y si fué
Yerro, Señor, no te espante;
Que voy de prisa á Granada,
Y al Duque vengo á buscar.
REY. ¿A Granada?
LAUR. Voy á dar...
REY. (*Ap.*) Bien finge.
LAUR. Cierta embajada.
REY. ¿A quién?
LAUR. A cierto don Juan
Que estaba cautivo allí.
REY. ¿Fué soldado?
LAUR. Señor, sí.
REY. ¿Quién le tiene?
LAUR. Reduan,
En Bibataubin alcaide.
Si mandas algo, hoy me voy.
REY. Vete, y di que bueno estoy,
Si vieres al rey Benzaide.
(*Vase Laurencio.*)

(a) En otras dice *castigos*.

ESCENA XII.

EL REY, DOÑA ANGELA.

ÁNGE. Una carta, de turbado,
Se le cayó.
REY. En esa estriba
Lo que intenta: así le priva
De seso tu amor, fundado
En que por tí me desama.
(*Ya Doña Angela á levantar la carta.*)
Déjala.
ÁNGE. ¡Señor!..
REY. Desvía;
Que debe esta cortesía
Un rey á una noble dama.
(*Coge el Rey el papel, y lee el sobre.*)
«Al rey Benzaide en Granada.»
ÁNGE. ¿Quiéresla leer?
REY. Espera.
(*Lee.*) «Por agravios que me ha hecho
El rey Alfonso, aunque sea
Traicion, te quiero entregar
A Calatrava.»
ÁNGE. No leas
Tal desatino.
REY. ¿No ves
Que es fingido lo que intenta?
(*Lee.*) «Haz que traiga dos mil moros
Un alcaide; que la fuerza
Te quiero entregar.»
ÁNGE. Si sabes
Su locura, no te muevas
A ira: amor le ha engañado.
REY. ¡Oyes cosa como esta!
Querer la propia desdicha
¿De qué bárbaro se cuenta?

ESCENA XIII.

DON JUAN, TELLO.—DICHOS.

JUAN. A pedirte, Señor, licencia vengo;
Que hoy me quiero partir á Calatrava,
Donde noticia de un soldado tengo
Que Benzaide su ejército aprestaba.
Peligro correrá si me detengo,
Porque ya las banderas tremolaba
Su alcaide Reduan, y las hileras
De moros coronaban las banderas.
Al claro son de las sonoras cajas,
Que por el Zacatin juntas salian,
Cobraban alma las campañas bajas
Y las montañas altas respondian.
Ya sabes la arrogancia y las ventajas
Con que el aire soberbios desafian:
Dame licencia que su orgullo ataje;
Que es Reduan soberbio y Bencerraje.
REY. Ni al Bencerraje ni sus cajas temo,
Aunque atruene campañas y montañas,
Ni á Benzaide, si fuera Polifemo,
Más que los vientos á las tiernas cañas.
Temo un traidor, y temo con extremo
La fiera ingratitud de sus entrañas;

Que merece temor el falso trato
De un hombre que es con su señor ingrato.
Ya no quiero que vais á Calatrava,
Sino que os despidais de la alcaidía;
Y aun esa cruz, con que os honré, pensaba
Que á mejores que vos honrar podia;
Que cuando cruz y fortaleza os daba,
Fiado en vuestra sangre, no sabia
Que quien la fortaleza dió por oro
Venderia la cruz tambien al moro.
Que caiga un hombre del supremo estado
En que le pone un rey, por envidiosos,
Con cielo y tierra queda disculpado;
Mas no si cae por hechos afrentosos
De donde estuvo puesto y levantado.
Pero no podeis ser de los quejosos
De la fortuna; que sin causa alguna
No ha derribado á nadie la fortuna.
JUAN. Señor, yo os he servido, y si culpado
Soy en alguna cosa, amor lo ha hecho.
REY. Las llaves me volved, y de mi estado
No entreis más en la sala.
JUAN. Habeis deshecho,
Como pintor el lienzo que ha borrado,
La imágen que firmaba vuestro pecho.
REY. No quiero imágen yo, si fuera Apéles,
Que del pintor afrenta los pinceles. (*Vase.*)

ESCENA XIV.

DON JUAN, DOÑA ÁNGELA, TELLO.

JUAN. ¿Sabes qué es esto?
ÁNGE. No sé;
Pero ¿no se ve bien claro?
JUAN. Pero ¿en qué duda reparo,
Cuando tan claro se ve?
De tu amor la culpa fué.
Mira lo que me has debido.
ÁNGE. Yo no entiendo lo que ha sido;
Pero sé que eres culpado,
Pues á mí no me has ganado,
Después que al Rey has perdido.
JUAN. Por ganarte le perdí.
ÁNGE. No tomaste buen acuerdo;
Que no se tiene por cuerdo
Hombre que se pierde así.
JUAN. Lo que sabe el Rey me dí;
Que ya de mi perdimiento
Estoy alegre y contento.
ÁNGE. Pues, Duque, si alegre estás...
JUAN. No me llames duque más.
Ya de serlo me arrepiento.
TELLO. Mirad los dos cómo hablais;
Que el primero que llamó
Argos al palacio, vió
Bien el peligro en que estais.
Los mármoles que mirais
Son ojos, lenguas sus frisos.
JUAN. No importan ya tus avisos;
Que en los hombres desdichados
Corren apriesa los hados,
Y son los males precisos.

ESCENA XV.

OCTAVIO.—DICHOS.

OCTAV. Su majestad me manda (aunque me pesa
De que vuestra excelencia de mi boca
Escuche, señor Duque, aquesta nueva)
Cancele aquella cédula que dice
Que de renta le da dos mil ducados,
Y vuelva la merced de los sesenta.
JUAN. Yo no me siento agora con dineros.
Id, Señor, á mi casa, y tomad luego
El menaje y la plata de servicio,
Y por la buena nueva esta cadena.
OCTAV. ¿Esta nueva podeis tener por buena?
JUAN. Esta es la nueva que mejor podia
Llegar, Octavio, á la memoria mia.
OCTAV. Voy á decirlo así.
JUAN. Decirlo puedes.
Desgracias quiero yo, que no mercedes.
(*Vase Octavio.*)

ESCENA XVI.

DON JUAN, DOÑA ÁNGELA, TELLO.

ÁNGE. Lástima tengo de ver
Que hayas el seso perdido.
JUAN. Nunca yo más cuerdo he sido
Que cuando vuelvo á mi ser.
Una piedra ha de caer,
Una llama ha de subir;
Yo vuelvo agora á vivir,
Porque volver no pudiera
A ser lo que de antes era,
Si no volviera á morir.
ÁNGE. Eso fuera bien pensado,
Si llegaras á ser mio.
JUAN. Bástame á mí el desvarío
Del haberlo imaginado.
ÁNGE. ¿Piensas que me has obligado?
JUAN. O venga dicha ó desdicha,
Yo tengo la suerte á dicha;
Y esto tengo por mejor,
Porque me manda mi amor
Querer la propia desdicha.

ESCENA XVII.

DON NUÑO.—DICHOS.

NUÑO. Pésame de que el Rey, don Juan, me haga
De aquestas malas nuevas mensajero.
JUAN. Como de su rigor se satisfaga,
Su hechura soy, lo que él quisiere quiero.
NUÑO. Dice que de traidores no se paga.
Esto no entiendo yo; solo refiero
Lo que él me dijo, porque soy el ave
Que no lo entiende y lo que aprende sabe.
Los títulos de duque y conde os quita.
JUAN. Hace muy bien su majestad en todo.
NUÑO. Unas joyas que dió pide.
JUAN. Permita
Cobrarlas de mi hacienda.

NUÑO. Es justo modo.
Un juez irá.
TELLO. Pues, Nuño, solicita,
Ya que todos estamos en el lodo,
Que no me quite á mí mi hacienda pobre.
NUÑO. Dame un papel porque pór él lo cobre.
TELLO. Seis calzas, tres ropillas y dos capas,
Tres coletos, dos gorras y un sombrero,
Dos guitarras sin trastes ni sin tapas,
Siete platos de plata y un salero,
Un bodegon pintado y cuatro mapas,
Tres maletas y aun cuatro con un cuero,
Cien barajas de naipes, dos broqueles,
Tres hojas y un montante y seis picheles.
NUÑO. Dámelo por escrito; que no creo
Que se te perderá sola una gota.
TELLO. En Zamora la vieja (aunque esto es feo)
En un rincon se me olvidó una bota.
NUÑO. Don Juan, ya has conocido mi deseo.
JUAN. A mí ninguna cosa me alborota.
NUÑO. Perdona si te quito la excelencia;
Que el Rey lo manda así: presta paciencia.
(*Vase.*)

ESCENA XVIII.

DON JUAN, DOÑA ÁNGELA, TELLO.

JUAN. Dueño de mis ojos,
Angela divina,
Que de mil maneras
Serlo merecias;
Angel de hermosura,
Que la suya imitas,
Angel en las gracias,
Que la tierra admiras;
Si de sola el alma
Quiere amor que admitas
Los merecimientos,
Y á ser cielo aspiras;
De humanas riquezas
Me desnuda y libra
La ley de tu gusto,
Por tu mano escrita.
Pobre queda el cuerpo,
Poderosa y rica
El alma, que adora
La tierra que pisas:
No pensé que fueran
Causas que ofendian
La verdad de amarte
Con entrañas limpias;
Mas luego, bien mio,
Que tu amor me avisa
Que de solo amor
Quiere que me vista,
Y porque los hombres
Que es la honra afirman
La mayor riqueza,
Amor me la quita:
Con perderla toda
Quiere que te sirva,
Y siendo leal
Que traidor me finja.
Y si esto es ser pobre,
La opinion lo diga;
Que sin honra vive
En su tierra misma.
Los que ves más ricos,
Puesto que se vistan
Los indios diamantes
Y el oro de Tibar,
Si no llevan honra,
Por donde caminan
Los señalan todos,
Y á veces los silban:
Yesme aquí tan pobre,
Hermosa homicida,
Que aun apenas soy
Lo que ser solia.
Perdí de mi rey
Lo que más se estima,
El favor, la gracia
Que con él tenia.
Perdí con mis deudos
Los que me servian;
Que si bien no esperan,
El servir espira.
Perdí los amigos;
Que no hay quien asista
Con el que era grande,
Si el tiempo le humilla.
Perdí mis estados:
Desde señoría
Y excelencia grave
A merced me inclinan:
Ni aun esta merezco,
Pues es de justicia
Que á quien no las hace
Ni merced le digan.
Todo lo he perdido:
Del cuerpo me quitan
La honra y la hacienda;
Del alma me privan,
Angela, tus gracias:
Si agora desvias
Tus divinos ojos
De tantas desdichas,
Desde aquí me parto
A acabar la vida,
Si hay vida sin muerte,
Y alma sin tu vista.
Montes de Toledo
En sí me reciban,
Adonde en el Tajo
Más altos se miran:
Llevarán mi llanto
Sus corrientes frias
A la mar de España,
Que no perlas finas.
Hallaráme el sol
En la dulce risa
Del alba llorando
Las desdichas mias,
Y cuando se parta
A las playas indias
A criar el oro,
Con la pena misma.

Serán mis doseles
Robustas encinas,
La yerba mi cama,
La muerte tus iras;
Y diré contento
Al fin de mis dias,
Que me ha muerto un ángel
Que me dió la vida.
ÁNGE. Don Juan de mis ojos,
Como de antes eras,
Córdoba y Cardona,
¿Qué mayor riqueza?
Ni conde ni duque
Quieren que te quiera
Mis firmes locuras,
Mis locas firmezas.
A peso del alma,
Nunca el amor pesa
Ni las señorías,
Ni las excelencias,
Ni es el oro el gusto,
Como piensan necias.
Las riquezas grandes
Son almas discretas;
Y si justamente
Decirse pudiera,
De mitades de almas
El amor se engendra;
Porque desta suerte
Se conoce y piensa
Que el amor no tiene
Corporal corteza.
No se hizo de oro,
De plata ni seda;
De mitades de almas
Le hacen las estrellas.
No le dieron parte
A naturaleza,
Porque se estimase
Reservado en ella.
Tres suertes de bienes
Por bien se celebran:
Bienes naturales
Son la gentileza;
Los del cielo, gracias
Que el cuerpo hermosean,
Como voz, donaire
Y ingenio en las ciencias;
Los de la fortuna,
Grandeza y riqueza:
Estos son más viles,
Aunque más se precian.
De los tres primeros
Tu alma compuesta,
Agradó la mia
Celestial belleza.
Con los de fortuna,
Temí tu soberbia;
Que el humilde en alto
Nunca está sin ella.
Tiene otro lenguaje
La pobre nobleza,
La nobleza rica
Desatinos sueña.
Marido envidiado,
Yo bien le quisiera,
Pero no mal quisto
Por soberbia necia.
Al que en alto miran,
Envidiosos llegan
A quitar el clavo
Que afirmó la rueda.
No te quiero en parte
Que por horas tema
Cuando el edificio
Viene á dar en tierra.
Yo tengo, don Juan,
Con que vivir puedas
Sin ser envidiado
Ni envidiar grandezas.
Del Duque, mi padre,
El estado heredas,
Y entonces por mí
Serás excelencia.
Vamos á Aragon,
Donde lo que dejas
Te darán mis manos,
Y á mi alma en ellas.
Yo te quiero solo,
Porque no hay riqueza
Como verte humilde;
Mas quiero que entiendas
Que no es sujetarte
Ni querer que tengas
El imperio de hombre
Con menores fuerzas;
Porque yo he de ser
La que más sujeta,
La que más rendida
Viva á tu obediencia.
No quiero más gloria
Que ver que amanezca
El alba en tus ojos,
Y que yo me vea
Estar á tu lado,
Alegre y contenta
De que un alma sola
Dos cuerpos posea.
Y en señal que digo
Palabras tan ciertas,
Mis brazos confirman
Que ya soy tu prenda.
TELLO. Quedo, desviad los brazos;
Que viene el Rey.
ÁNGE. Cuando entienda
Mi amor, no hay de qué se ofenda,
Siendo tan castos abrazos.
Él me mandó que te amase.

ESCENA XIX.

EL REY, INÉS, CELIA.—DICHOS.

REY. Ya te he dicho por qué intento,
Doña Inés, tu casamiento.
INÉS. Cuando contigo privase,
Cuando fuese lo que fué.
REY. Pues ¿no amabas á don Juan,

Por gentilhombre y galan,
Con tanta firmeza y fe?
En aquel tiempo ¿no era
Don Juan más que bien nacido?

INÉS. El no ser ya lo que ha sido
Me obliga á que no le quiera.

REY. ¡Extraño efeto en mujer!
¡Extraña contrariedad!
¡Que hoy no tenga voluntad
De lo que la tuvo ayer!

INÉS. Señor, si yo le miraba
Como tú, ¿de qué te admiras,
Pues los favores son iras,
Que tu majestad le daba?
¿No ve que su amor se acaba,
Y el mio le maravilla?
Hízole igual á su silla,
Y en un hora le ha deshecho,
Y ¿espántase que mi pecho
Imite á un rey de Castilla?
Ayer le hiciste subir
Donde el sol su carro encierra,
Y hoy no le has dejado tierra
Adonde pueda vivir.
Y ¿no quieres inferir
Que una mujer pueda ser
Mudable, si á tu poder
Hace mayor repugnancia,
Sabiendo que no hay distancia
Desde mudanza á mujer?

REY. Tienes razon: has vencido:
Pero si ocasion me ha dado
Don Juan, ¿no queda probado
Que don Juan no te ha ofendido?

INÉS. Y ¿no basta que haya sido
Traidor?

REY. No sé si es traidor,
Pero tu amor lo es mayor;
Porque si amor le tuvieras,
Cuando en desdicha le vieras,
Mostrara su fuerza amor.
Tú debes, Inés, de ser
De las de viva quien vence:
Y asi, es bien que yo comience
A dejarte de querer;
Porque es cierto que mujer
Que deja á un hombre caido,
O en su vida le ha querido,
O tiene, como tirano,
El amor en una mano
Y en otra mano el olvido.—
Angela, ¿aquí estás?

ÁNGE. Aquí
Con don Juan hablando estoy.

REY. Huélgome, á fe de quien soy,
De hallarte con él así;
Y vengo á pensar de tí,
Hallándote en este punto
Con don Juan y á él tan junto,
Que como noble mujer
Le acompañas hasta ver
Adónde queda el difunto.
Inés no le quiere ya.

ÁNGE. No le habrá querido Inés;
Que le quisiera después
Que pobre y deshecho está.

INÉS. Pues, Ángela, ¿quién habrá
Que quiera á quien ya cayó
En desgracia del Rey?

ÁNGE. Yo,
Que desa voz eco he sido;
Que si cayó, yo he querido
Darle la mano, y tú no.
Yo le quise con verdad,
Y la verdad es tan fuerte,
Que no la mata la muerte,
Ni la ofende la crueldad.
Subióle su majestad
Hasta el sol, de los cabellos;
Mas ya que le suelta dellos,
Porque no se haga pedazos,
Quiero ponerle mis brazos
Para que caiga sobre ellos.

REY. No digas, Ángela, más;
Que notablemente obligas.
Pero ya no hay más que digas,
Si tan declarada estás.
Ni tú digas que caerás,
Don Juan, cuando ya previene
Amor la fuerza que tiene;
Pues un ángel, como ves,
Antes que en la tierra dés,
A tenerte en brazos viene.
¡Dichoso el hombre que ha sido
Tan bien amparado aquí,
Que no haya poder en mí
Para vengarme ofendido!
El castigo merecido,
Cuando no, don Juan, la muerte,
Fuera á la tierra ofrecerte;
Mas ¿cómo tendré poder
Para dejarte caer,
Si un ángel quiere tenerte?
¿Tengo de quitarle yo
Lo que él en sus brazos guarda?
Diré, si es ángel de guarda,
Que soy rey? Por cierto no.
Tu desdicha me obligó
En tanto enojo, pues viene
A hacer que la ira enfrene
Ver que, en ocasion tan alta,
La que te tuvo te falta,
La que te dejó te tiene.

ESCENA XX.

DON NUÑO.—DICHOS.

NUÑO. Embajador de Aragon
Dicen que esta tarde llega,
Ya confirmadas las paces
Que vuestras bodas conciertan.
Hasta la raya se obliga
El Rey con igual grandeza
A traer la bella infanta,
Que ya de Castilla es reina,
Para que hasta allí, Señor,
Tú vayas tambien por ella,

Y en Medinaceli se hagan
Las bodas.

REY. Por tales nuevas,
Nuño, te doy cuatro villas.
Marqués te intitula dellas.

NUÑO. Beso mil veces tus piés,
Y mayor merced me hicieras,
Si por dicha...

REY. No prosigas
Hasta que mi intento sepas.—
Don Juan, de tu loco amor
Harto disculpado quedas
Con merecer, como he visto,
Que doña Ángela te quiera.
Pero, porque aventuraste
Mi gracia tan sin prudencia,
Por ningun amor del mundo,
Aunque mil vidas perdieras;
Para castigar tu error,
Hoy le quiero dar á ella
Lo que te habia quitado:
Doña Ángela lo posea.
Vuélvole tu hacienda toda,
Los títulos y las rentas,
Las mercedes y alcaidías:
Ella es condesa y duquesa,
Ella es, don Juan, tu señora,
Para que el imperio tenga;
Y tú, en castigo de haber
Hecho á mi amor tal ofensa,
Quiero que á pedille vayas,
De rodillas por la tierra,
La mano de ser tu esposa.

JUAN. Es muy justa tu sentencia.—
Señora, aquí de rodillas
Suplico á vuestra excelencia
Me dé perdon... y la mano.

ÁNGE. Mil almas tener quisiera.

REY. Inés, dale tú á don Nuño
La tuya.

INÉS. Ya no por fuerza,
Sino con gran voluntad.

TELLO. Y para Tello ¿no queda
Una mano por ahí?

CELIA. Aquí tienes la de Celia.

TELLO. Señor, ya tengo una mano.
¿Hela de comer á secas?
Porque será para mí
Mano de matar candelas.

REY. De Madrid, Tello, tendrás
El alcaidía en tenencia.

TELLO. Reformar pienso mil cosas.

JUAN. Aquí acaba la comedia.

NUÑO. *Querer la propia desdicha*
Se intitula.

JUAN. No lo sea,
Pues sabeis nuestros deseos,
Para el autor (a) y el poeta.

(a) Llamábase *autor* al que ahora llamamos *empresario*, y todavía en nuestro tiempo se da aquel nombre al que forma ó contrata las compañías.



ACTO SEGUNDO, ESCENA XXVII.

EL PERRO DEL HORTELANO.

PERSONAS.

DIANA, CONDESA DE BELFLOR.
TEODORO, SU SECRETARIO.
MARCELA, }
DOROTEA, } DE SU CÁMARA.
ANARDA, }
OTAVIO, SU MAYORDOMO.
FABIO, SU GENTILHOMBRE.
EL CONDE FEDERICO.
EL CONDE LUDOVICO.
RICARDO, MARQUÉS.
TRISTAN, LACAYO.
LEONIDO, CRIADO.
ANTONELO, LACAYO.
FURIO.
LIRANO.
CELIO, CRIADO.
CAMILO.
UN PAJE.

La escena es en Nápoles.

ACTO PRIMERO.

Sala en el palacio de la Condesa.

ESCENA PRIMERA.

TEODORO Y TRISTAN, *huyendo.*

TEOD. Huye, Tristan, por aquí.
TRIST. Notable desdicha ha sido.
TEOD. ¿Si nos habrá conocido?
TRIST. No sé; presumo que sí.

(*Vanse.*)

ESCENA II.

DIANA.

¡Ah gentilhombre! esperad.
Tenéos, oid: ¿qué digo?
¿Esto se ha de usar conmigo?
Volved, mirad, escuchad.
¡Hola! ¿No hay aquí un criado?
¡Hola! ¿No hay un hombre aquí?
Pues no es sombra lo que ví,
Ni sueño que me ha burlado.
¡Hola! ¿Todos duermen ya?

ESCENA III.

FABIO.—DIANA.

FABIO. ¿Llama vuestra señoría?
DIANA. Para la cólera mia
Gusto esa flema me da.
Corred, necio, enhoramala,
Pues merecéis este nombre,
Y mirad quién es un hombre
Que salió de aquesta sala.
FABIO. ¿Desta sala?
DIANA. Caminad,
Y responded con los piés.
FABIO. Voy tras él.
DIANA. Sabed quién es.
FABIO. ¡Hay tal traicion, tal maldad! (*Vase.*)

ESCENA IV.

OTAVIO.—DIANA.

OTAV. Aunque su voz escuchaba,
A tal hora no creia
Que era vuestra señoría
Quien tan aprisa llamaba.
DIANA. ¡Muy lindo Santelmo haceis!
¡Bien temprano os acostais!
¡Con la flema que llegais!
¡Qué despacio que os movcis!
Andan hombres en mi casa
A tal hora, y aun los siento
Casi en mi propio aposento
(Que no sé yo dónde pasa
Tan grande insolencia, Otavio);
Y vos, muy á lo escudero,
Cuando yo me desespero,
¿Ansí remediais mi agravio?
OTAV. Aunque su voz escuchaba,
A tal hora, no creia
Que era vuestra señoría
Quien tan aprisa llamaba.
DIANA. Volveos; que no soy yo:
Acostaos; que os hará mal.
OTAV. Señora...

ESCENA V.

FABIO.—DICHOS.

FABIO. No hé visto tal.
Como un gavilan partió.
DIANA. ¿Viste las señas?
FABIO. ¿Qué señas?
DIANA. ¿Una capa no llevaba
Con oro?
FABIO. Cuando bajaba
La escalera...
DIANA. ¡Hermosas dueñas
Sois los hombres de mi casa!
FABIO. A la lámpara tiró
El sombrero y la mató:
Con esto los patios pasa,
Y en lo escuro del portal
Saca la espada y camina.
DIANA. Vos sois muy lindo gallina.
FABIO. ¿Qué queriais?
DIANA. ¡Pesia tal!
Cerrar con él y matalle.
OTAV. Si era hombre de valor,
¿Fuera bien echar tu honor
Desde el portal á la calle?
DIANA. ¡De valor aquí! ¿por qué?
OTAV. ¿Nadie en Nápoles te quiere,
Que mientras casarse espere,
Por donde puede te vé?
¿No hay mil señores que están,
Para casarse contigo,
Ciegos de amor? Pues bien digo,
Si tú le viste galan,
Y Fabio tirar bajando
A la lámpara el sombrero.
DIANA. Sin duda fué caballero
Que, amando y solicitando,
Vencerá con interés
Mis criados; que criados
Tengo, Otavio, tan honrados.
Pero yo sabré quién es.
Plumas llevaba el sombrero,
Y en la escalera ha de estar.
Vé por él. (*A Fabio.*)
FABIO. ¿Si le he de hallar?
DIANA. Pues claro está, majadero;
Que no habia de bajarse
Por él cuando huyendo fué.
FABIO. Luz, Señora, llevaré. (*Vase.*)

ESCENA VI.

DIANA, OTAVIO.

DIANA. Si ello viene á averiguarse,
No me ha de quedar culpado
En casa.
OTAV. Muy bien harás;
Pues cuando segura estás,
Te han puesto en este cuidado.
Pero aunque es bachillería;
Y más estando enojada,
Hablarte en lo que te enfada,
Esta tu injusta porfía
De no te querer casar
Causa tantos desatinos,
Solicitando caminos
Que te obligasen á amar.
DIANA. ¿Sabeis vos alguna cosa?
OTAV. Yo, Señora, no sé más
De que en opinion estás
De incasable cuanto hermosa.
El condado de Belflor
Pone á muchos en cuidado.

ESCENA VII.

FABIO.—DICHOS.

FABIO. Con el sombrero he topado;
Mas no puede ser peor.

DIANA. Muestra. ¿Qué es esto?
FABIO. No sé.
Este aquel galan tiró.
DIANA. ¿Este?
OTAV. No le he visto yo
Más sucio.
FABIO. Pues este fué.
DIANA. ¿Este hallaste?
FABIO. Pues ¿yo habia
De engañarte?
OTAV. ¡Buenas son
Las plumas!
FABIO. Él es ladron.
OTAV. Sin duda á robar venia.
DIANA. Haréisme perder el seso.
FABIO. Este sombrero tiró.
DIANA. Pues las plumas que ví yo,
Y tantas, que aun era exceso,
¿En esto se resolvieron?
FABIO. Como en la lámpara dió,
Sin duda se las quemó,
Y como estopas ardieron.
Ícaro ¿al sol no subia,
Y abrasándose las plumas,
Cayó en las blancas espumas
Del mar? Pues esto sería.
El sol la lámpara fué,
Ícaro el sombrero; y luego
Las plumas deshizo el fuego,
Y en la escalera le hallé.
DIANA. No estoy para burlas, Fabio.
Hay aquí mucho que hacer.
OTAV. Tiempo habrá para saber
La verdad.
DIANA. ¿Qué tiempo, Otavio?
OTAV. Duerme agora; que mañana
Lo puedes averiguar.
DIANA. No me tengo de acostar,
No, por vida de Diana,
Hasta saber lo que ha sido.
Llama esas mujeres todas. (*Vase Fabio.*)

ESCENA VIII.

DIANA, OTAVIO.

OTAV. Muy bien la noche acomodas.
DIANA. Del sueño, Otavio, me olvido
Con el cuidado de ver
Un hombre dentro en mi casa.
OTAV. Saber después lo que pasa
Fuera discrecion, y hacer
Secreta averiguacion.
DIANA. Sois, Otavio, muy discreto;
Que dormir sobre un secreto
Es notable discrecion.

ESCENA IX.

FABIO, MARCELA, DOROTEA, ANARDA.—DICHOS.

FABIO. Las que importan he traido;
Que las demás no sabrán
Lo que deseas, y están
Rindiendo al sueño el sentido.
Las de tu cámara solas
Estaban por acostar.
ANAR. (*Ap.*) De noche se altera el mar,
Y se enfurecen las olas.
FABIO. ¿Quieres quedar sola?
DIANA. Sí.
Salios los dos allá.
FABIO. (*Ap. á Otavio.*) ¡Bravo exámen!
OTAV. Loca está.
FABIO. Y sospechosa de mí.
(*Vanse Otavio y Fabio.*)

ESCENA X.

DIANA, MARCELA, DOROTEA, ANARDA.

DIANA. Llégate aquí, Dorotea.
DOROT. ¿Qué manda vueseñoría?
DIANA. Que me dijeses querria
Quién esta calle pasea.
DOROT. Señora, el marqués Ricardo,
Y algunas veces el conde
Páris.
DIANA. La verdad responde
De lo que decirte aguardo,
Si quieres tener remedio.
DOROT. ¿Qué te puedo yo negar?
DIANA. ¿Con quién los has visto hablar?
DOROT. Si me pusieses en medio
De mil llamas, no podré
Decir que, fuera de tí,
Hablar con nadie los ví
Que en aquesta casa esté.
DIANA. ¿No te han dado algun papel?
¿Ningun paje ha entrado aquí?
DOROT. Jamás.
DIANA. Apártate allí.
MARC. (*Ap. á Anarda.*) ¡Brava inquisicion!
ANAR. Cruel.
DIANA. Oye, Anarda.
ANAR. ¿Qué me mandas?
DIANA. ¿Qué hombre es este que salió?...
ANAR. ¡Hombre!
DIANA. Desta sala;—y yo
Sé los pasos en que andas.
¿Quién le trajo á que me viese?
¿Con quién habla de vosotras?
ANAR. No creas tú que en nosotras
Tal atrevimiento hubiese.
¡Hombre, para verte á tí,
Habia de osar traer
Criada tuya, ni hacer
Esa traicion contra tí!
No, Señora, no lo entiendes.
DIANA. Espera, apártate más;
Porque á sospechar me das,
Si engañarme no pretendes,
Que por alguna criada
Este hombre ha entrado aquí.
ANAR. El verte, Señora, ansí,
Y justamente enojada,
Dejada toda cautela,

Me obliga á decir verdad,
Aunque contra el amistad
Que profeso con Marcela.
Ella tiene á un hombre amor,
Y él se le tiene tambien;
Mas nunca he sabido quién.

DIANA. Negarlo, Anarda, es error.
Ya que confiesas lo más,
¿Para qué niegas lo menos?

ANAR. Para secretos ajenos
Mucho tormento me das,
Sabiendo que soy mujer;
Mas basta que hayas sabido
Que por Marcela ha venido.
Bien te puedes recoger;
Que es solo conversacion,
Y ha poco que se comienza.

DIANA. ¡Hay tan cruel desvergüenza!
¡Buena andará la opinion
De una mujer por casar!
¡Por el siglo, infame gente,
Del Conde mi señor!...

ANAR. Tente,
Y déjame disculpar;
Que no es de fuera de casa
El hombre que habla con ella,
Ni para venir á vella
Por esos peligros pasa.

DIANA. En efeto ¿es mi criado?

ANAR. Sí, Señora.

DIANA. ¿Quién?

ANAR. Teodoro.

DIANA. ¿El secretario?

ANAR. Yo ignoro
Lo demás; sé que han hablado.

DIANA. Retírate, Anarda, allí.

ANAR. Muestra aquí tu entendimiento.

DIANA. (*Ap.* Con más templanza me siento,
Sabiendo que no es por mí.)
Marcela...

MARC. Señora...

DIANA. Escucha.

MARC. ¿Qué mandas? (*Ap.* Temblando llego.)

DIANA. ¿Eres tú de quien fiaba
Mi honor y mis pensamientos?

MARC. Pues ¿qué te han dicho de mí,
Sabiendo tú que profeso
La lealtad que tú mereces?

DIANA. ¿Tú lealtad?

MARC. ¿En qué te ofendo?

DIANA. ¿No es ofensa que en mi casa,
Y dentro de mi aposento,
Entre un hombre á hablar contigo?

MARC. Está Teodoro tan necio,
Que donde quiera me dice
Dos docenas de requiebros.

DIANA. ¿Dos docenas? ¡Bueno á fe!
Bendiga el buen año el cielo,
Pues se venden por docenas.

MARC. Quiero decir que, en saliendo
O entrando, luego á la boca
Traslada sus pensamientos.

DIANA. ¿Traslada? Término extraño.
Y ¿qué te dice?

MARC. No creo
Que se me acuerda.

DIANA. Sí hará.

MARC. Una vez dice: «Yo pierdo
El alma por esos ojos;»
Otra: «Yo vivo por ellos;
Esta noche no he dormido,
Desvelando mis deseos
En tu hermosura.» Otra vez
Me pide solo un cabello
Para atarlos, porque estén
En su pensamiento quedos.
Mas ¿para qué me preguntas
Niñerías?

DIANA. Tú á lo menos
Bien te huelgas.

MARC. No me pesa;
Porque de Teodoro entiendo
Que estos amores dirige
A fin tan justo y honesto,
Como el casarse conmigo.

DIANA. Es el fin del casamiento
Honesto blanco de amor.
¿Quieres que yo trate desto?

MARC. ¡Qué mayor bien para mí!
Pues ya, Señora, que veo
Tanta blandura en tu enojo
Y tal nobleza en tu pecho,
Te aseguro que le adoro,
Porque es el mozo más cuerdo,
Más prudente y entendido,
Más amoroso y discreto,
Que tiene aquesta ciudad.

DIANA. Ya sé yo su entendimiento,
Del oficio en que me sirve.

MARC. Es diferente el sugeto
De una carta, en que les pruebas
A dos títulos tu deudo,
De verle hablar más de cerca,
En estilo dulce y tierno,
Razones enamoradas.

DIANA. Marcela, aunque me resuelvo
A que os caseis, cuando sea
Para ejecutarlo tiempo,
No puedo dejar de ser
Quien soy, como ves que debo
A mi generoso nombre;
Porque no fuera bien hecho
Daros lugar en mi casa.
(*Ap.* Sustentar mi enojo quiero.)
Pues que ya todos lo saben,
Tú podrás con más secreto
Proseguir ese tu amor;
Que en la ocasion yo me ofrezco
A ayudaros á los dos;
Que Teodoro es hombre cuerdo,
Y se ha criado en mi casa;
Y á tí, Marcela, te tengo
La obligacion que tú sabes,
Y no poco parentesco.

MARC. A tus piés tienes tu hechura.

DIANA. Vete.

MARC. Mil veces los beso.

DIANA. Dejadme sola.

ANAR. (*Ap. á Marcela.*) ¿Qué ha sido?

MARC. Enojos en mi provecho.

DOROT. ¿Sabe tus secretos ya?

MARC. Sí sabe, y que son honestos.
Marcela, Dorotea y Anarda hacen tres reverencias á la condesa, y se van.)

ESCENA XI.

DIANA.

Mil veces he advertido en la belleza,
Gracia y entendimiento de Teodoro,
Que á no ser desigual á mi decoro,
Estimara su ingenio y gentileza.
Es el amor comun naturaleza;
Mas yo tengo mi honor por más tesoro;
Que los respetos de quien soy adoro,
Y aun el pensarlo tengo por bajeza.
La envidia bien sé yo que ha de que-
Que si la suelen dar bienes ajenos, [darme;
Bien tengo de que pueda lamentarme;
Porque quisiera yo que, por lo menos,
Teodoro fuera más, para igualarme
O yo, para igualarle, fuera menos. (*Vase.*)

ESCENA XII.

TEODORO, TRISTAN.

TEOD. ¡No he podido sosegar.

TRIST. Y aun es con mucha razon;
Que ha de ser tu perdicion
Si lo llega á averiguar.
Dijete que la dejaras
Acostar, y no quisiste.

TEOD. Nunca el amor se resiste.

TRIST. Tiras; pero no reparas.

TEOD. Los diestros lo hacen así.

TRIST. Bien sé yo que si lo fueras,
El peligro conocieras.

TEOD. ¿Si me conoció?

TRIST. No y sí;
Que no conoció quién eras,
Y sospecha le quedó.

TEOD. Cuando Fabio me siguió
Bajando las escaleras,
Fué milagro no matalle.

TRIST. ¡Qué lindamente tiré
Mi sombrero á la luz!

TEOD. Fué
Detenelle y deslumbralle;
Porque si adelante pasa,
No le dejara pasar.

TRIST. Dije á la luz al bajar:
«Di que no somos de casa;»
Y respondióme: «Mentís.»
Alzé y tírele el sombrero:
¿Quedé agraviado?

TEOD. Hoy espero
Mi muerte.

TRIST. Siempre decís
Esas cosas los amantes
Cuando menos pena os dan.

TEOD. Pues ¿qué puedo hacer, Tristan,
En peligros semejantes?

TRIST. Dejar de amar á Marcela;
Pues la Condesa es mujer
Que si lo llega á saber,
No te ha de valer cautela
Para no perder su casa.

TEOD. Y ¿no hay más sino olvidar?

TRIST. Liciones te quiero dar
De cómo el amor se pasa.

TEOD. ¿Ya comienzas desatinos?

TRIST. Con arte se vence todo:
Oye, por tu vida, el modo
Por tan fáciles caminos.
Primeramente has de hacer
Resolucion de olvidar,
Sin pensar que has de tornar
Eternamente á querer;
Que si te queda esperanza
De volver, no habrá remedio
De olvidar; que si está en medio
La esperanza, no hay mudanza.
¿Por qué piensas que no olvida
Luego un hombre á una mujer?
Porque, pensando volver,
Va entreteniendo la vida.
Ha de haber resolucion
Dentro del entendimiento,
Con que cesa el movimiento
De aquella imaginacion.
¿No has visto faltar la cuerda
De un reloj, y estarse quedas
Sin movimiento las ruedas?
Pues desa suerte se acuerda
El que tienen las potencias,
Cuando la esperanza falta.

TEOD. Y la memoria ¿no salta
Luego á hacer mil diligencias,
Despertando el sentimiento
A que del bien no se prive?

TRIST. Es enemigo que vive
Asido al entendimiento,
Como dijo la cancion
De aquel español poeta;
Mas por eso es linda treta
Vencer la imaginacion.

TEOD. ¿Cómo?

TRIST. Pensando defetos,
Y no gracias; que olvidando,
Defetos están pensando,
Que no gracias, los discretos.
No la imagines vestida
Con tan linda proporcion
De cintura, en el balcon
De unos chapines subida.
Todo es vana arquitectura;
Porque dijo un sabio un dia
Que á los sastres se debia
La mitad de la hermosura.
Como se ha de imaginar
Una mujer semejante,
Es como un disciplinante
Que le llevan á curar.
Esto sí; que no adornada

Del costoso faldellin:
Pensar defetos, en fin,
Es medicina aprobada.
Si de acordárte que vias
Alguna vez una cosa
Que te pareció asquerosa,
No comes en treinta dias;
Acordándote, Señor,
De los defetos que tiene,
Si á la memoria te viene,
Se te quitará el amor.

TEOD. ¡Qué grosero cirujano!
¡Qué rústica curacion!
Los remedios al fin son
Como de tu tosca mano.
Médico impírico eres;
No has estudiado, Tristan.
Yo no imagino que están
Desa suerte las mujeres,
Sino todas cristalinas,
Como un vidro trasparentes.

TRIST. ¡Vidro! Si, muy bien lo sientes,
Si á verlas quebrar caminas;
Mas si no piensas pensar
Defetos, pensarte puedo,
Porque ya he perdido el miedo
De que podrás olvidar.
Pardiez, yo quise una vez,
Con esta cara que miras,
A una alforja de mentiras,
Años cinco veces diez;
Y entre otros dos mil defetos,
Cierta barriga tenia,
Que encerrar dentro podia,
Sin otros mil parapetos,
Cuantos legajos de pliegos
Algun escritorio apoya,
Pues como el caballo, en Troya
Pudiera meter cien griegos.
¿No has oido que tenia
Cierto lugar un nogal,
Que en el tronco un oficial
Con mujer y hijos cabia,
Y aun no era la casa escasa?
Pues desa misma manera,
En esta panza cupiera
Un tejedor y su casa.
Y queriéndola olvidar
(Que debió de convenirme),
Dió la memoria en decirme
Que pensase en blanco azár,
En azucena y jazmin,
En marfil, en plata, en nieve,
Y en la cortina, que debe
De llamarse el faldellin,
Con que yo me deshacia.
Mas tomé más cuerdo acuerdo,
Y di en pensar, como cuerdo,
Lo que más le parecia:
Cestos de calabazones,
Baules viejos, maletas
De cartas para estafetas,
Almofrejes y jergones;
Con que se trocó en desden
El amor y la esperanza,
Y olvidé la dicha panza
Por siempre jamás amén;
Que era tal, que en los dobleces
(Y no es mucho encarecer)
Se pudieran esconder
Cuatro manos de almireces.

TEOD. En las gracias de Marcela
No hay defetos que pensar.
Yo no la pienso olvidar.

TRIST. Pues á tu desgracia apela,
Y sigue tan loca empresa.

TEOD. Toda es gracias: ¿qué he de hacer?

TRIST. Pensarlas hasta perder
La gracia de la Condesa.

ESCENA XIII.

DIANA.—DICHOS.

DIANA. Teodoro.

TEOD. (*Ap.*) La misma es.

DIANA. Escucha.

TEOD. A tu hechura manda.

TRIST. (*Ap.*) Si en averiguarlo anda,
De casa volamos tres.

DIANA. Hame dicho cierta amiga
Que desconfia de sí,
Que el papel que traigo aquí
Le escriba: á hacerlo me obliga
La amistad, aunque yo ignoro
Teodoro, cosas de amor;
Y que le escribas mejor
Vengo á decirte, Teodoro.
Toma y léele.

TEOD. Si aquí,
Señora, has puesto la mano,
Igualarle fuera en vano,
Y fuera soberbia en mí.
Sin verle, pedirte quiero
Que á esa señora le envies.

DIANA. Léele.

TEOD. Que desconfies
Me espanto: aprender espero
Estilo que yo no sé;
Que jamás traté de amor.

DIANA. ¿Jamás, jamás?

TEOD. Con temor
De mis defetos, no amé;
Que soy muy desconfiado.

DIANA. Y se puede conocer
De que no te dejas ver,
Pues que te vas rebozado.

TEOD. ¡Yo, Señora! ¿Cuándo ó cómo?

DIANA. Dijéronme que salió
Anoche acaso, y te vió
Rebozado el mayordomo.

TEOD. Andaríamos burlando
Fabio y yo, como solemos,
Que mil burlas nos hacemos.

DIANA. Lee, lee.

TEOD. Estoy pensando
Que tengo algun envidioso.

DIANA. Celoso podria ser.

Lee, lee.

TEOD. Quiero ver
Ese ingenio milagroso.
(*Lee.*)«Amar por ver amar, envidia ha sido,
Y primero que amar estar celosa
Es invencion de amor maravillosa,
Y que por imposible se ha tenido.
»De los celos mi amor ha procedido,
Por pesarme que, siendo más hermosa,
No fuese en ser amada tan dichosa,
Que hubiese lo que envidio merecido.
»Estoy sin ocasion desconfiada,
Celosa sin amor, aunque sintiendo:
Debo de amar, pues quiero ser amada.
»Ni me dejo forzar ni me defiendo;
Darme quiero á entender sin decir nada:
Entiéndame quien puede; yo me entiendo.»

DIANA. ¿Qué dices?

TEOD. Que si esto es
A propósito del dueño,
No he visto cosa mejor;
Mas confieso que no entiendo
Cómo puede ser que amor
Venga á nacer de los celos,
Pues que siempre fué su padre.

DIANA. Porque esta dama, sospecho
Que se agradaba de ver
Este galan, sin deseo;
Y viéndole ya empleado
En otro amor, con los celos
Vino á amar y á desear.
¿Puede ser?

TEOD. Yo lo concedo;
Mas ya esos celos, Señora,
De algun principio nacieron,
Y ese fué amor; que la causa
No nace de los efetos,
Sino los efetos della.

DIANA. No sé, Teodoro: esto siento
Desta dama, pues me dijo
Que nunca al tal caballero
Tuvo más que inclinacion,
Y en viéndole amar, salieron
Al camino de su honor
Mil salteadores deseos,
Que le han desnudado el alma
Del honesto pensamiento
Con que pensaba vivir.

TEOD. Muy lindo papel has hecho:
Yo no me atrevo á igualarle.

DIANA. Entra y prueba.

TEOD. No me atrevo.

DIANA. Haz esto, por vida mia.

TEOD. Vusiñoria con esto
Quiere probar mi ignorancia.

DIANA. Aquí aguardo: vuelve luego. (*Vase.*)

TEOD. Yo voy.

DIANA. Escucha, Tristan.

ESCENA XIV.

DIANA, TRISTAN.

TRIST. A ver lo que mandas vuelvo,
Con vergüenza destas calzas;
Que el secretario, mi dueño,
Anda salido estos dias;
Y hace mal un caballero,
Sabiendo que su lacayo
Le va sirviendo de espejo,
De lucero y de cortina,
En no traerle bien puesto.
Escalera del señor,
Si ya á caballo, un discreto,
Nos llamó, pues á su cara
Se sube por nuestros cuerpos.
No debe de poder más.

DIANA. ¿Juega?

TRIST. ¡Pluguiera á los cielos!
Que á quien juega, nunca faltan,
Desto ó de aquello, dineros.
Antiguamente los reyes
Algun oficio aprendieron,
Por si en la guerra ó la mar
Perdian su patria y reino,
Saber con qué sustentarse:
¡Dichosos los que pequeños
Aprendieron á jugar!
Pues en faltando, es el juego
Un arte noble que gana
Con poca pena el sustento.
Verás un grande pintor,
Acrisolando el ingenio,
Hacer una imágen viva,
Y decir el otro necio
Que no vale diez escudos;
Y que el que juega, en diciendo
«Paro,» con salir la suerte,
Le sale á ciento por ciento.

DIANA. En fin, ¿no juega?

TRIST. Es cuitado.

DIANA. A la cuenta será cierto
Tener amores.

TRIST. ¡Amores!
¡Oh qué donaire! Es un hielo.

DIANA. Pues un hombre de su talle,
Galan, discreto y mancebo,
¿No tiene algunos amores
De honesto entretenimiento?

TRIST. Yo trato en paja y cebada,
No en papeles y requiebros.
De dia te sirve aquí;
Que está ocupado sospecho.

DIANA. Pues ¿nunca sale de noche?

TRIST. No le acompaño; que tengo
Una cadera quebrada.

DIANA. ¿De qué, Tristan?

TRIST. Bien te puedo
Responder lo que responden
Las mal casadas, en viendo
Cardenales en su cara
Del mojicon de los celos:
«Rodé por las escaleras.»

DIANA. ¿Rodaste?

TRIST. Por largo trecho.
Con las costillas conté
Los pasos.

DIANA. Forzoso es eso,

Si á la lámpara, Tristan,
Le tirabas el sombrero.

TRIST. (*Ap.*) ¡Oxte, puto! ¡Vive Dios,
Que se sabe todo el cuento!

DIANA. ¿No respondes?

TRIST. Por pensar
Cuándo... pero ya me acuerdo:
Anoche andaban en casa
Unos murciélagos negros;
El sombrero les tiraba,
Fuése á la luz uno dellos,
Y acerté, por dar en él,
En la lámpara, y tan presto
Por la escalera rodé,
Que los dos piés se me fueron.

DIANA. Todo está muy bien pensado;
Pero un libro de secretos
Dice que es buena la sangre
Para quitar el cabello
(Desos murciélagos digo);
Y haré yo sacarla luego,
Si es cabello la ocasion,
Para quitarla con ellos.

TRIST. (*Ap.*) ¡Vive Dios, que hay chamusquina,
Y que por murciélaguero
Me pone en una galera!

DIANA. (*Ap.*) ¡Qué traigo de pensamientos!

ESCENA XV.

FABIO, *y después*, EL MARQUÉS RICARDO Y CELIO.—DIANA.

FABIO. Aquí está el marqués Ricardo.

DIANA. Poned esas sillas luego.
(*Salen Ricardo y Celio, y vanse Fabio y Tristan.*)

RICAR. Con el cuidado que el amor, Diana,
Pone en un pecho que aquel fin desea
Que la mayor dificultad allana,
El mismo quiere que te adore y vea:
Solicito mi causa, aunque por vana
Esta ambicion algun contrario crea,
Que dando más lugar á su esperanza,
Tendrá menos amor que confianza.
Está vueseñoría tan hermosa,
Que estar buena el mirarla me asegura;
Que en la mujer (y es bien pensada cosa)
La más cierta salud es la hermosura;
Que en estando gallarda, alegre, airosa,
Es necedad, es ignorancia pura,
Llegar á preguntarle si está buena,
Que todo entendimiento la condena.
Sabiendo que lo estais, como lo dice
La hermosura, Diana, y la alegría,
De mi, si á la razon no contradice,
Saber, Señora, cómo estoy querria.

DIANA. Que vuestra señoría solenice
Lo que en Italia llaman gallardía
Por hermosura, es digno pensamiento
De su buen gusto y claro entendimiento.
Que me pregunte cómo está, no creo
Que soy tan dueño suyo, que lo diga.

RICAR. Quien sabe de mi amor y mi deseo
El fin honesto, á este favor se obliga.
A vuestros deudos inclinados veo
Para que en lo tratado se prosiga;
Solo falta, Señora, vuestro acuerdo,
Porque sin él las esperanzas pierdo.
Si, como soy señor de aquel estado
Que con igual nobleza heredé agora,
Lo fuera desde el sur más abrasado
A los primeros paños del aurora;
Si el oro, de los hombres adorado,
Las congeladas lágrimas que llora (*a*)
El cielo, ó los diamantes orientales
Que abrieron por el mar caminos tales,
Tuviera yo, lo mismo os ofreciera;
Y no dudeis, Señora, que pasara
Adonde el sol apenas luz me diera,
Como á solo serviros importara:
En campañas de sal piés de madera
Por las remotas aguas estampara,
Hasta llegar á las australes playas,
Del humano poder últimas rayas.

DIANA. Creo, señor Marqués, el amor vuestro;
Y satisfecha de nobleza tanta,
Haré tratar el pensamiento nuestro,
Si el conde Federico no le espanta.

RICAR. Bien sé que en trazas es el Conde diestro,
Porque en ninguna cosa me adelanta;
Mas yo fio de vos que mi justicia
Los ojos cegará de su malicia.

ESCENA XVI.

TEODORO.—DIANA, RICARDO, CELIO.

TEOD. Ya lo que mandas hice.

RICAR. Si ocupada
Vueseñoría está, no será justo
Hurtarle el tiempo.

DIANA. No importará nada,
Puesto que á Roma escribo.

RICAR. No hay disgusto
Como en dia de cartas dilatada
Visita.

DIANA. Sois discreto.

RICAR. En daros gusto.—
Celio, ¿qué te parece? (*Ap. á él.*)

CELIO. Que quisiera
Que ya tu justo amor premio tuviera.
(*Vanse Ricardo y Celio.*)

ESCENA XVII.

DIANA, TEODORO.

DIANA. ¿Escribiste?

TEOD. Ya escribí,
Aunque bien desconfiado;
Mas soy mandado y forzado.

DIANA. Muestra.

TEOD. Lee.

DIANA. Dice así:
(*Lee.*) «Querer por ver querer, envidia fuera,
Si quien lo vió, sin ver amar no amara;

(*a*) Perlas; pensamiento falso.

Porque si antes de ver, no amar pensara,
Después no amara, puesto que amar viera.
»Amor, que lo que agrada considera
En ajeno poder, su amor declara;
Que como la color sale á la cara,
Sale á la lengua lo que al alma altera.
»No digo más, porque lo más ofendo
Desde lo menos, si es que desmerezco
Porque del ser dichoso me defiendo.
»Esto que entiendo solamente ofrezco;
Que lo que no merezco no lo entiendo,
Por no dar á entender que lo merezco.»

DIANA. Muy bien guardaste el decoro.

TEOD. ¿Búrlaste?

DIANA. ¡Pluguiera á Dios!

TEOD. ¿Qué dices?

DIANA. Que de los dos,
El tuyo vence, Teodoro.

TEOD. Pésame, pues no es pequeño
Principio de aborrecer
Un criado, el entender
Que sabe más que su dueño.
De cierto rey se contó
Que le dijo á un gran privado:
«Un papel me da cuidado,
Y si bien le he escrito yo,
Quiero ver otro de vos,
Y el mejor escoger quiero.»
Escribióle el caballero,
Y fué el mejor de los dos.
Como vió que el Rey decia
Que era su papel mejor,
Fuése, y dijole al mayor
Hijo, de tres que tenia:
«Vámonos del reino luego;
Que en gran peligro estoy yo.»
El mozo le preguntó
La causa, turbado y ciego;
Y respondióle: «Ha sabido
El Rey que yo sé más que él;»
—Que es lo que en este papel
Me puede haber sucedido.

DIANA. No, Teodoro; que aunque digo
Que es el tuyo más discreto,
Es porque sigue el concepto
De la materia que sigo;
Y no para que presuma
Tu pluma que, si me agrada,
Pierdo el estar confiada
De los puntos de mi pluma.
Fuera de que soy mujer
A cualquier error sujeta,
Y no sé si muy discreta,
Como se me echa de ver.
Desde lo menos, aquí
Dices que ofendes lo más;
Y amando, engañado estás;
Porque en amor no es ansí;
Que no ofende un desigual
Amando, pues solo entiendo
Que se ofende aborreciendo.

TEOD. Esa es razon natural;
Mas pintaron á Faetonte
Y á Icaro despeñados,
Uno en caballos dorados,
Precipitado en un monte;
Y otro, con alas de cera,
Derretido en el crisol
Del sol.

DIANA. No lo hiciera el sol
Si, como es sol, mujer fuera.
Si alguna dama quisieres
Alta, sírvela y confia;
Que amor no es más que porfía:
No son piedras las mujeres.
Yo me llevo este papel;
Que despacio me conviene
Verle.

TEOD. Mil errores tiene.

DIANA. No hay error ninguno en él.

TEOD. Honras mi deseo; aquí
Traigo el tuyo.

DIANA. Pues allá
Le guarda... aunque bien será
Rasgarle.

TEOD. ¿Rasgarle?

DIANA. Sí;
Que no importa que se pierda,
Si se puede perder más. (*Vase.*)

ESCENA XVIII.

TEODORO.

Fuése. ¿Quién pensó jamás
De mujer tan noble y cuerda
Este arrojarse tan presto
A dar su amor á entender?
Pero tambien puede ser
Que yo me engañase en esto.
Mas no me ha dicho jamás,
Ni á lo menos se me acuerda:
«Pues ¿qué importa que se pierda
Si se puede perder más?»
Perder más, bien puede ser
Por la mujer que decia...
—Mas todo es hachillería,
Y ella es la misma mujer.
Aunque no; que la Condesa
Es tan discreta y tan varia,
Que es la cosa más contraria
De la ambicion que profesa.
Sírvenla príncipes hoy
En Nápoles, que no puedo
Ser su esclavo. Tengo miedo
Que en grande peligro estoy.
Ella sabe que á Marcela
Sirvo, pues aquí ha fundado
El engaño y me ha burlado...
—Pero en vano se recela
Mi temor, porque jamás
Burlando salen colores.
¿Y el decir con mil temores,
Que se puede perder más?
¿Qué rosa, al llorar la aurora,
Hizo de las hojas ojos,
Abriendo los labios rojos
Con risa á ver cómo llora,

Como ella los puso en mí,
Bañada en púrpura y grana;
O qué pálida manzana
Se esmaltó de carmesí?
Lo que veo y lo que escucho,
Yo lo juzgo (ó estoy loco)
Para ser de véras poco,
Y para de burlas mucho.
Mas tenéos, pensamiento,
Que os vais ya tras la grandeza,
Aunque si digo belleza,
Bien sabeis vos que no miento;
Que es bellísima Diana,
Y en discrecion sin igual.

ESCENA XIX.

MARCELA.—TEODORO.

MARC. ¿Puedo hablarte?
TEOD. Ocasion tal
Mil imposibles allana;
Que por tí, Marcela mia,
La muerte me es agradable.
MARC. Como yo te vea y hable,
Dos mil vidas perderia.
Estuve esperando el dia,
Como el pajarillo solo;
Y cuando ví que en el polo
Que Apolo más presto dora,
Le despertaba la aurora,
Dije: «Yo veré mi Apolo.»
Grandes cosas han pasado;
Que no se quiso acostar
La Condesa hasta dejar
Satisfecho su cuidado.
Amigas que han envidiado
Mi dicha con deslealtad,
Le han contado la verdad;
Que entre quien sirve, aunque veas
Que hay amistad, no lo creas,
Porque es fingida amistad.
Todo lo sabe en efeto;
Que si es Diana la luna,
Siempre á quien ama importuna,
Salió y vió nuestro secreto.
Pero será, te prometo,
Para mayor bien, Teodoro;
Que del honesto decoro
Con que tratas de casarte
Le dí parte, y dije aparte
Cuán tiernamente te adoro.
Tus prendas le encarecí,
Tu estilo, tu gentileza;
Y ella entonces su grandeza
Mostró tan piadosa en mí,
Que se alegró de que en tí
Hubiese los ojos puesto,
Y de casarnos muy presto
Palabra tambien me dió,
Luego que de mí entendió
Que era tu amor tan honesto.
Yo pensé que se enojara
Y la casa revolviera,
Que á los dos nos despidiera
Y á los demás castigara;
Mas su sangre ilustre y clara,
Y aquel ingenio en efeto
Tan prudente y tan perfeto,
Conoció lo que mereces.
¡Oh, bien haya amén mil veces
Quien sirve á señor discreto!
TEOD. ¿Que casarme prometió
Contigo?
MARC. Pues ¿pones duda
Que á su ilustre sangre acuda?
TEOD. (*Ap.*) Mi ignorancia me engañó,
¡Qué necio pensaba yo
Que hablaba en mí la Condesa!
De haber pensado me pesa
Que pudo tenerme amor;
Que nunca tan alto azor
Se humilla á tan baja presa.
MARC. ¿Qué murmuras entre tí?
TEOD. Marcela, conmigo habló;
Pero no se declaró
En darme á entender que fuí
El que embozado salí
Anoche de su aposento.
MARC. Fué discreto pensamiento,
Por no obligarse al castigo
De saber que hablé contigo,
Si no lo es el casamiento;
Que el castigo más piadoso
De dos que se quieren bien
Es casarlos.
TEOD. Dices bien,
Y el remedio más honroso.
MARC. ¿Querrás tú?
TEOD. Seré dichoso.
MARC. Confírmalo.
TEOD. Con los brazos;
Que son los rasgos y lazos
De la pluma del amor,
Pues no hay rúbrica mejor
Que la que firman los brazos.

ESCENA XX.

DIANA.—DICHOS.

DIANA. Esto se ha enmendado bien.
Agora estoy muy contenta;
Que siempre á quien reprehende
Da gran gusto ver la enmienda.
No os turbeis ni os altereis.
TEOD. Dije, Señora, á Marcela
Que anoche salí de aquí
Con tanto disgusto y pena
De que vuestra señoría
Imaginase en su ofensa
Este pensamiento honesto
Para casarme con ella,
Que me he pensado morir;
Y dándome por respuesta
Que mostrabas en casarnos
Tu piedad y tu grandeza,
Dile mis brazos; y advierte

Que si mentirte quisiera,
No me faltara un engaño;
Pero no hay cosa que venza,
Como decir la verdad,
A una persona discreta.
DIANA. Teodoro, justo castigo
La deslealtad mereciera
De haber perdido el respeto
A mi casa; y la nobleza
Que usé anoche con los dos
No es justo que parte sea
A que os atrevais así;
Que en llegando á desvergüenza
El amor, no hay privilegio
Que al castigo le defienda.
Mientras no os casais los dos,
Mejor estará Marcela
Cerrada en un aposento;
Que no quiero yo que os vean
Juntos las demás criadas,
Y que por ejemplo os tengan
Para casárseme todas.
¡Dorotea! ¡ah, Dorotea!

ESCENA XXI.

DOROTEA.—DICHOS.

DOROT. Señora...
DIANA. Toma esta llave,
Y en mi propia cuadra encierra
A Marcela; que estos dias
Podrá hacer labor en ella.—
No direis que esto es enojo.
DOROT. ¿Qué es esto, Marcela? (*Ap. á ella.*)
MARC. Fuerza
De un poderoso tirano
Y una rigurosa estrella.
Enciérrame por Teodoro.
DOROT. Cárcel aquí no la temas,
Y para puertas de celos
Tiene amor llave maestra.
(*Vanse Marcela y Dorotea.*)

ESCENA XXII.

DIANA, TEODORO.

DIANA. En fin, Teodoro, ¿tú quieres
Casarte?
TEOD. Yo no quisiera
Hacer cosa sin tu gusto:
Y créeme, que mi ofensa
No es tanta como te han dicho;
Que bien sabes que con lengua
De escorpion pintan la envidia;
Y que si Ovidio supiera
Qué era servir, no en los campos,
No en las montañas desiertas
Pintara su escura casa;
Que aquí habita y aquí reina.
DIANA. Luego ¿no es verdad que quieres
A Marcela?
TEOD. Bien pudiera
Vivir sin Marcela yo.
DIANA. Pues díceme que por ella
Pierdes el seso.
TEOD. Es tan poco,
Que no es mucho que le pierda;
Mas crea vueseñoría
Que, aunque Marcela merezca
Esas finezas en mí,
No ha habido tantas finezas.
DIANA. Pues ¿no le has dicho requiebros
Tales que engañar pudieran
A mujer de más valor?
TEOD. Las palabras poco cuestan.
DIANA. ¿Que le has dicho, por mi vida?
¿Cómo, Teodoro, requiebran
Los hombres á las mujeres?
TEOD. Como quien ama y quien ruega,
Vistiendo de mil mentiras
Una verdad, y esa apenas.
DIANA. Sí; pero ¿con qué palabras?
TEOD. Extrañamente me aprieta
Vueseñoría. «Esos ojos
(Le dije), esas niñas bellas,
Son luz con que ven los mios;
Y los corales y perlas
Desa boca celestial...»
DIANA. ¿Celestial?
TEOD. Cosas como estas
Son la cartilla, Señora,
De quien ama y quien desea.
DIANA. Mal gusto tienes, Teodoro.
No te espantes de que pierdas
Hoy el crédito conmigo,
Porque sé yo que en Marcela
Hay más defectos que gracias,
Como la miro más cerca.
Sin esto, porque no es limpia,
No tengo pocas pendencias
Con ella... Pero no quiero
Desenamorarte della;
Que bien pudiera decirte
Cosas... Pero aquí se quedan
Sus gracias ó sus desgracias;
Que yo quiero que la quieras,
Y que os caseis en buen hora.
Mas pues de amador te precias,
Dame consejo, Teodoro,
Así á Marcela poseas,
Para aquella amiga mia,
Que há dias que no sosiega
De amores de un hombre humilde.
Porque si en quererle piensa,
Ofende su autoridad;
Y si de quererle deja,
Pierde el juicio de celos;
Que el hombre, que no sospecha
Tanto amor, anda cobarde,
Aunque es discreto, con ella.
TEOD. Yo, Señora, ¿sé de amor?
No sé por Dios cómo pueda
Aconsejarte.
DIANA. ¿No quieres,
Como dices, á Marcela?
¿No le has dicho esos requiebros?

Tuvieran lengua las puertas,
Que ellas dijeran...

TEOD. No hay cosa
Que decir las puertas puedan.

DIANA. Ea, que ya te sonrojas,
Y lo que niega la lengua,
Confiesas con las colores.

TEOD. Si ella te lo ha dicho, es necia.
Una mano le tomé,
Y no me quedé con ella,
Que luego se la volví:
No sé yo de qué se queja.

DIANA. Si; pero hay manos que son
Como la paz de la Iglesia,
Que siempre vuelven besadas.

TEOD. Es necísima Marcela.
Es verdad que me atreví,
Pero con mucha vergüenza,
A que templase la boca
Con nieve y con azucenas.

DIANA. ¿Con azucenas y nieve?
Huelgo de saber que tiempla
Ese emplasto el corazon.
Ahora bien, ¿qué me aconsejas?

TEOD. Que si esa dama que dices,
Hombre tan bajo desea,
Y de quererle resulta
A su honor tanta bajeza,
Haga que con un engaño,
Sin que la conozca, pueda
Gozarle.

DIANA. Queda el peligro
De presumir que lo entienda.
¿No será mejor matarle?

TEOD. De Marco Aurelio se cuenta
Que dió á su mujer Faustina,
Para quitarle la pena,
Sangre de un esgrimidor;
Pero estas romanas pruebas
Son buenas entre gentiles.

DIANA. Bien dices; que no hay Lucrecias,
Ni Torcatos ni Virginios
En esta edad; y en aquella
Hubo Faustinas, Teodoro,
Mesalinas y Popeas.
Escríbeme algun papel
Que á este propósito sea,
Y queda con Dios. ¡Ay, Dios! (*Cae.*)
Caí. ¿Qué me miras? Llega,
Dame la mano.

TEOD. El respeto
Me detuvo de ofrecella.

DIANA. ¡Qué graciosa grosería!
¡Que con la capa la ofrezcas!

TEOD. Así cuando vas á misa
Te la da Otavio.

DIANA. Es aquella
Mano que yo no le pido,
Y debe de haber setenta
Años que fué mano, y viene
Amortajada por muerta.
Aguardar quien ha caido
A que se vista de seda,
Es como ponerse un jaco
Quien ve al amigo en pendencia;
Que mientras baja, le han muerto.
Demás que no es bien que tenga
Nadie por más cortesía,
Aunque melindres lo aprueban,
Que una mano, si es honrada,
Traiga la cara cubierta.

TEOD. Quiero estimar la merced
Que me has hecho.

DIANA. Cuando seas
Escudero, la darás
En el ferreruelo envuelta;
Que agora eres secretario:
Con que te he dicho que tengas
Secreta aquesta caida,
Si levantarte deseas. (*Vase.*)

ESCENA XXIII.

TEODORO.

¿Puedo creer que aquesto es verdad? [Puedo,
Si miro que es mujer Diana hermosa.
Pidió mi mano, y la color de rosa,
Al dársela, robó del rostro el miedo.
Tembló, yo lo sentí: dudoso quedo.
¿Qué haré? Seguir mi suerte venturosa;
Si bien, por ser la empresa tan dudosa,
Niego al temor lo que al valor concedo.
Mas dejar á Marcela es caso injusto;
Que las mujeres no es razon que esperen
De nuestra obligacion tanto disgusto.
Pero si ellas nos dejan cuando quieren
Por cualquiera interés ó nuevo gusto,
Mueran tambien como los hombres mue- [ren.

ACTO SEGUNDO.

Calle.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE FEDERICO, LEONIDO.

FEDER. ¿Aquí lo viste?

LEON. Aquí entró,
Como el alba por un prado,
Que á su tapete bordado
La primera luz le dió;
Y segun la devocion,
No pienso que tardarán;
Que conozco al capellan,
Y es más breve que es razon.

FEDER. ¡Ay si le pudiese hablar!

LEON. Siendo tú su primo, es cosa
Acompañarla forzosa.

FEDER. El pretenderme casar
Ha hecho ya sospechoso
Mi parentesco, Leonido;
Que antes de haberla querido,

Nunca estuve temeroso.
Verás que un hombre visita
Una dama libremente
Por conocido ó pariente,
Mientras no la solicita;
Pero en llegando á querella,
Aunque de todos se guarde,
Menos entra, y más cobarde,
Y apenas habla con ella.
Tal me ha sucedido á mí
Con mi prima la Condesa;
Tanto que de amar me pesa,
Pues lo más del bien perdí;
Pues me estaba mejor vella
Tan libre como solia.

ESCENA II.

RICARDO Y CELIO, *que se quedan lejos de*—FEDERICO Y LEONIDO.

CELIO. A pié digo que salia,
Y alguna gente con ella.

RICAR. Por estar la iglesia enfrente,
Y por preciarse del talle,
Ha querido honrar la calle.

CELIO. ¿No has visto por el oriente
Salir serena mañana
El sol con mil rayos de oro,
Cuando dora el blanco toro
Que pace campos de grana;
¿Que así llamaba un poeta
Los primeros arreboles?
Pues tal salió con dos soles,
Más hermosa y más perfeta,
La bellísima Diana,
La condesa de Belflor.

RICAR. Mi amor te ha vuelto pintor
De tan serena mañana;
Y hácesla sol con razon,
Porque el sol en sus caminos
Va pasando varios sitios,
Que sus pretendientes son.
Mira que allí Federico
Aguarda sus rayos de oro.

CELIO. ¿Cuál de los dos será el toro
A quien hoy al sol aplico?

RICAR. Él por primera aficion,
Aunque del nombre se guarde;
Que yo por entrar más tarde,
Seré el signo del leon.

FEDER. ¿Es aquel Ricardo?

LEON. Él es.

FEDER. Fuera maravilla rara
Que deste puesto faltara.

LEON. Gallardo viene el Marqués.

FEDER. No pudieras decir más,
Si tú fueras el celoso.

LEON. ¿Celos tienes?

FEDER. ¿No es forzoso?
De alabarle me los das.

LEON. Si á nadie quiere Diana,
¿De qué los puedes tener?

FEDER. De que le puede querer;
Que es mujer.

LEON. Sí; mas tan vana,
Tan altiva y desdeñosa,
Que á todos os asegura.

FEDER. Es soberbia la hermosura.

LEON. No hay ingratitud hermosa.

CELIO. Diana sale, Señor.

RICAR. Pues tendrá mi noche dia.

CELIO. ¿Hablarásle?

RICAR. Eso querria,
Si quiere el competidor.

ESCENA III.

DIANA, OTAVIO, FABIO; *y detrás*, MARCELA, DOROTEA Y ANARDA, *con mantos*.—DICHOS.

FEDER. (*A Diana.*)
Aquí aguardaba con deseo de veros.

DIANA. Señor Conde, seais muy bien hallado.

RICAR. Y yo, Señora, con el mismo agora
A acompañaros vengo y á serviros.

DIANA. Señor Marqués, ¿qué dicha es esta mia?
¡Tanta merced!

RICAR. Bien debe á mi deseo
Vueseñoría este cuidado.

FEDER. (*A su criado.*) Creo
Que no soy bien mirado y admitido.

LEON. Háblale; no te turbes.

FEDER. ¡Ay, Leonido!
Quien sabe que no gustan de escuchalle,
¿De qué te admiras que se turbe y calle?
(*Vanse.*)

Sala del palacio de la Condesa.

ESCENA IV.

TEODORO.

Nuevo pensamiento mio,
Desvanecido en el viento,
Que con ser mi pensamiento,
De veros volar me rio,
Parad, detened el brio,
Que os detengo y os provoco;
Porque si el intento es loco,
De los dos lo mismo escucho,
Aunque donde el premio es mucho,
El atrevimiento es poco.
Y si por disculpa dais
Que es infinito el que espero,
Averigüemos primero,
Pensamiento, en qué os fundais.
Vos á quien servis amais:
Direis que ocasion teneis,
Si á vuestros ojos creeis;
Pues, pensamiento, decildes
Que sobre pajas humildes
Torres de diamante haceis.
Si no me sucede bien,
Quiero culparos á vos;
Mas teniéndola los dos,

No es justo que culpa os dén;
Que podreis decir tambien
Cuando del alma os levanto,
Y de la altura me espanto
Donde el amor os subió,
Que el estar tan bajo yo
Os hace á vos subir tanto.
Cuando algun hombre ofendido,
Al que le ofende defiende,
Que dió la ocasion se entiende:
Del daño que os ha venido,
Sed en buen hora atrevido;
Que aunque los dos nos perdamos,
Esta disculpa llevamos:
Que vos os perdeis por mí,
Y que yo tras vos me fuí,
Sin saber adónde vamos.
Id en buen hora, aunque os dén
Mil muertes por atrevido;
Que no se llama perdido
El que se pierde tan bien.
Como á otros dan parabien
De lo que hallan, estoy tal,
Que de perdicion igual
Os le doy; porque es perderse
Tan bien, que puede tenerse
Envidia del mismo mal.

ESCENA V.

TRISTAN.—TEODORO.

TRIST. Si en tantas lamentaciones
Cabe un papel de Marcela,
Que contigo se consuela
De sus pasadas prisiones,
Bien te le daré sin porte;
Porque á quien no ha menester,
Nadie le procura ver,
A la usanza de la corte.
Cuando está en alto lugar
Un hombre (y ¡qué bien lo imitas!),
¡Qué le vienen de visitas
A molestar y á enfadar!
Pero si mudó de estado,
Como es la fortuna incierta,
Todos huyen de su puerta
Como si fuese apestado.
¿Parécete que lavemos
En vinagre este papel?
TEOD. Contigo, necio, y con él
Entrambas cosas tenemos.
Muestra; que vendrá lavado,
Si en tus manos ha venido.
(*Lee.*) «A Teodoro, mi marido.»
¿Marido? ¡Qué necio enfado!
¡Qué necia cosa!
TRIST. Es muy necia.
TEOD. Pregúntale á mi ventura
Si, subida á tanta altura,
Esas mariposas precia.
TRIST. Léele, por vida mia,
Aunque ya estés tan divino;
Que no hace desprecio el vino
De los mosquitos que cria;
Que yo sé cuando Marcela,
Que llamas ya mariposa,
Era águila caudalosa.
TEOD. El pensamiento, que vuela
A los mismos cercos de oro
Del sol, tan baja la mira,
Que aun de que la ve se admira.
TRIST. Hablas con justo decoro;
Mas ¿qué haremos del papel?
TEOD. Esto.
TRIST. ¿Rasgástele?
TEOD. Sí.
TRIST. ¿Por qué, Señor?
TEOD. Porque así
Respondí más presto á él.
TRIST. Ese es injusto rigor.
TEOD. Ya soy otro; no te espantes.
TRIST. Basta; que sois los amantes
Boticarios del amor;
Que, como ellos las recetas,
Vais ensartando papeles.
Récipe celos crueles,
Agua de azules violetas.
Récipe un desden extraño,
Sirapi del *borrajorum*,
Con que la sangre *templorum*,
Para asegurar el daño.
Récipe ausencia: tomad
Un emplasto para el pecho;
Que os hiciera más provecho
Estaros en la ciudad.
Récipe de matrimonio:
Aquí es menester jarabes,
Y tras diez dias suaves
Purgalle con antimonio.
Récipe *signum celeste*,
Que *Capricornius dicetur:*
Ese enfermo *morietur*,
Si no es que paciencia preste.
Récipe que de una tienda
Joya ó vestido *sacabis:*
Con tabletas *confórtabis*
La bolsa que tal emprenda.
A esta traza, finalmente,
Van todo el año ensartando.
Llega la paga: en pagando,
O viva ó muera el doliente,
Se rasga todo papel.
Tú la cuenta has acabado,
Y el de Marcela has rasgado
Sin saber lo que hay en él.
TEOD. Ya tú debes de venir
Con el vino que otras veces.
TRIST. Pienso que te desvaneces
Con lo que intentas subir.
TEOD. Tristan, cuantos han nacido
Su ventura han de tener;
No saberla conocer
Es el no haberla tenido.
O morir en la porfía,
O ser conde de Belflor.
TRIST. César llamaron, Señor,
A aquel duque que traia

Escrito por gran blason:
«César ó nada;» y en fin,
Tuvo tan contrario el fin,
Que al fin de su pretension
Escribió una pluma airada:
«César ó nada, dijiste,
Y todo, César, lo fuiste,
Pues fuiste César y nada.»
TEOD. Pues tomo, Tristan, la empresa,
Y haga después la fortuna
Lo que quisiere.

ESCENA VI.

MARCELA Y DOROTEA, *sin reparar en*— TEODORO Y TRISTAN.

DOROT. Si á alguna
De tus desdichas le pesa,
De todas las que servimos
A la Condesa, soy yo.
MARC. En la prision que me dió,
Tan justa amistad hicimos,
Y yo me siento obligada
De suerte, mi Dorotea,
Que no habrá amiga que sea
Más de Marcela estimada.
Anarda piensa que yo
No sé cómo quiere á Fabio.
Pues della nació mi agravio;
Que á la Condesa contó
Los amores de Teodoro.
DOROT. Teodoro está aquí.
MARC. ¡Mi bien!...
TEOD. Marcela, el paso deten.
MARC. ¿Cómo, mi bien, si te adoro,
Cuando á mis ojos te ofreces?
TEOD. Mira lo que haces y dices;
Que en palacio los tapices
Han hablado algunas veces.
¿De qué piensas que nació
Hacer figuras en ellos?
De avisar que detrás dellos
Siempre algun vivo escuchó.
Si un mudo viendo matar
A un rey su padre, dió voces,
Figuras que no conoces,
Pintadas sabrán hablar.
MARC. ¿Has leido mi papel?
TEOD. Sin leerle le he rasgado;
Que estoy tan escarmentado,
Que rasgué mi amor con él.
MARC. ¿Son los pedazos aquestos?
TEOD. Sí, Marcela.
MARC. Y ya ¿mi amor
Has rasgado?
TEOD. ¿No es mejor
Que vernos por puntos puestos
En peligros tan extraños?
Si tú de mi intento estás,
No tratemos desto más,
Para excusar tantos daños.
MARC. ¿Qué dices?
TEOD. Que estoy dispuesto
A no darle más enojos
A la Condesa.
MARC. En los ojos
Tuve muchas veces puesto
El temor desta verdad.
TEOD. Marcela, queda con Dios.
Aquí acaba de los dos
El amor, no el amistad.
MARC. ¡Tú dices eso, Teodoro,
A Marcela!
TEOD. Yo lo digo;
Que soy de quietud amigo,
Y de guardar el decoro
A la casa que me ha dado
El ser que tengo.
MARC. Oye, advierte.
TEOD. Déjame.
MARC. ¿De aquesta suerte
Me tratas?
TEOD. ¡Qué necio enfado! (*Vase.*)

ESCENA VII.

MARCELA, DOROTEA, TRISTAN.

MARC. ¡Ah Tristan, Tristan!
TRIST. ¿Qué quieres?
MARC. ¿Qué es esto?
TRIST. Una mudancita:
Que á las mujeres imita
Teodoro.
MARC. ¿Cuáles mujeres?
TRIST. Unas de azúcar y miel.
MARC. Dile...
TRIST. No me digas nada;
Que soy vaina desta espada,
Nema de aqueste papel,
Caja de aqueste sombrero,
Fieltro deste caminante,
Mudanza deste danzante,
Dia deste vario hebrero,
Sombra deste cuerpo vano,
Posta de aquesta estafeta,
Rastro de aquesta cometa,
Tempestad deste verano;
Y finalmente, yo soy
La uña de aqueste dedo,
Que en cortándome, no puedo
Decir que con él estoy. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

MARCELA, DOROTEA.

MARC. ¿Qué sientes desto?
DOROT. No sé;
Que á hablar no me atrevo.
MARC. ¿No?
Pues yo hablaré.
DOROT. Pues yo no.
MARC. Pues yo sí.
DOROT. Mira que fué
Bueno el aviso, Marcela,
De los tapices que miras.

MARC. Amor en celosas iras
Ningun peligro recela.
A no saber cuán altiva
Es la Condesa, dijera
Que Teodoro en algo espera,
Porque no sin causa priva
Tanto estos dias Teodoro.
DOROT. Calla; que estás enojada.
MARC. Mas yo me veré vengada...
Ni soy tan necia, que ignoro
Las tretas de hacer pesar.

ESCENA IX.

FABIO.—DICHAS.

FABIO. ¿Está el secretario aquí?
MARC. ¿Es por burlarte de mí?
FABIO. Por Dios, que le ando á buscar;
Que le llama mi señora.
MARC. Fabio, que sea ó no sea,
Pregúntale á Dorotea
Cuál puse á Teodoro agora.
¿No es majadero cansado
Este secretario nuestro?
FABIO. ¡Qué engaño tan necio el vuestro!
¿Querréis que esté deslumbrado
De lo que los dos tratais?
¿Es concierto de los dos?
MARC. ¿Concierto? ¡Bueno!
FABIO. Por Dios,
Que pienso que me engañais.
MARC. Confieso, Fabio, que oí
Las locuras de Teodoro;
Mas yo sé que á un hombre adoro,
Harto parecido á tí.
FABIO. ¿A mí?
MARC. Pues ¿no te pareces
A tí?
FABIO. Pues ¡á mí, Marcela!
MARC. Si te hablo con cautela,
Fabio; si no me enloqueces,
Si tu talle no me agrada,
Si no soy tuya, mi Fabio,
Máteme el mayor agravio,
Que es el querer despreciada.
FABIO. Es engaño conocido,
O tú te quieres morir,
Pues quieres restituir
El alma que me has debido.
Si es burla ó es invencion,
¿A qué camina tu intento?
DOROT. Fabio, tu atrevimiento
Y aprovecha la ocasion;
Que hoy te ha de querer Marcela
Por fuerza.
FABIO. Por voluntad
Fuera amor, fuera verdad.
DOROT. Teodoro más alto vuela;
De Marcela se descarta.
FABIO. Marcela, á buscarle voy.
Bueno en sus desdenes soy:
Si amor te convierte en carta,
El sobrescrito á Teodoro,
Y en su ausencia dénla á Fabio.
Mas yo perdono el agravio,
Aunque ofenda mi decoro,
Y de espacio te hablaré,
Siempre tuyo en bien ó en mal. (*Vase.*)

ESCENA X.

MARCELA, DOROTEA.

DOROT. ¿Qué has hecho?
MARC. No sé; estoy tal,
Que de mí misma no sé.
Anarda ¿no quiere á Fabio?
DOROT. Sí quiere.
MARC. Pues de los dos
Me vengo; que amor es dios
De la envidia y del agravio.

ESCENA XI.

DIANA, ANARDA.—DICHAS.

DIANA. (*Ap. á Anarda.*) Esta ha sido la ocasion;
No me reprehendas más.
ANAR. La disculpa que me das
Me ha puesto en más confusion.
Marcela está aquí, Señora,
Hablando con Dorotea.
DIANA. Pues no hay disgusto que sea
Para mí mayor agora.—
Salte allá fuera, Marcela.
MARC. Vamos, Dorotea, de aquí.
(*Ap.* Bien digo yo que de mí
O se enfada ó se recela.)
(*Vanse Marcela y Dorotea.*)

ESCENA XII.

DIANA, ANARDA.

ANAR. ¿Puédote hablar?
DIANA. Ya bien puedes.
ANAR. Los dos que de aquí se van
Ciegos de tu amor están;
Tú en desdeñarlos, excedes
La condicion de Anajarte,
La castidad de Lucrecia;
Y quien á tantos desprecia...
DIANA. Ya me canso de escucharte.
ANAR. ¿Con quién se piensa casar?
¿No puede el marqués Ricardo,
Por generoso y gallardo,
Si no exceder, igualar
Al más poderoso y rico?
Y la más noble mujer
¿Tambien no lo puede ser
De tu primo Federico?
¿Por qué los has despedido
Con tan extraño desprecio?
DIANA. Porque uno es loco, otro necio,
Y tú, en no haberme entendido,
Más, Anarda, que los dos.
No los quiero, porque quiero,
Y quiero porque no espero
Remedio.
ANAR. ¡Válame Dios!
¿Tú quieres?
DIANA. ¿No soy mujer?
ANAR. Si, pero imágen de hielo,
Donde el mismo sol del cielo
Podrá tocar y no arder.
DIANA. Pues esos hielos, Anarda,
Dieron todos á los piés
De un hombre humilde.
ANAR. ¿Quién es?
DIANA. La vergüenza me acobarda,
Que de mi propio valor
Tengo: no diré su nombre;
Basta que sepas que es hombre
Que puede infamar mi honor.
ANAR. Si Pasifae quiso un toro,
Semiramis un caballo,
Y otras los monstros que callo
Por no infamar su decoro,
¿Qué ofensa te puede hacer
Querer hombre, sea quien fuere?
DIANA. Quien quiere, puede, si quiere,
Como quiso, aborrecer.
Esto es lo mejor: yo quiero
No querer.
ANAR. ¿Podrás?
DIANA. Podré;
Que si cuando quise amé,
No amar en queriendo espero.
(*Tocan dentro.*)
¿Quién canta?
ANAR. Fabio con Clara.
DIANA. ¡Ojalá que me diviertan!
ANAR. Música y amor conciertan
Bien; en la cancion repara.
(*Cantan dentro.*)
¡Oh quién pudiera hacer, oh quién hiciese
Que en no queriendo amar aborreciese!
Oh quién pudiera hacer, oh quién hiciera
Que en no queriendo amar aborreciera!
ANAR. ¿Qué te dice la cancion?
¿No ves que te contradice?
DIANA. Bien entiendo lo que dice;
Mas yo sé mi condicion,
Y sé que estará en mi mano,
Como amar, aborrecer.
ANAR. Quien tiene tanto poder
Pasa del límite humano.

ESCENA XIII.

TEODORO.—DICHAS.

TEOD. Fabio me ha dicho, Señora,
Que le mandaste buscarme.
DIANA. Horas há que te deseo.
TEOD. Pues ya vengo á que me mandes,
Y perdona si he faltado.
DIANA. Ya has visto estos dos amantes...
Estos dos mis pretendientes.
TEOD. Sí, Señora.
DIANA. Buenos talles
Tienen los dos.
TEOD. Y muy buenos.
DIANA. No quiero determinarme
Sin tu consejo. ¿Con cuál
Te parece que me case?
TEOD. Pues ¿qué consejo, Señora,
Puedo yo en las cosas darte
Que consisten en tu gusto?
Cualquiera que quieras darme
Por dueño, será el mejor.
DIANA. Mal pagas el estimarte
Por consejero, Teodoro,
En caso tan importante.
TEOD. Señora, en casa ¿no hay viejos
Que entienden de casos tales?
Otavio, tu mayordomo,
Con experiencia lo sabe,
Fuera de su larga edad.
DIANA. Quiero yo que á tí te agrade
El dueño que has de tener.
¿Tiene el Marqués mejor talle
Que mi primo?
TEOD. Sí, Señora.
DIANA. Pues elijo al Marqués: parte,
Y pídele las albricias.
(*Vanse la Condesa y Anarda.*)

ESCENA XIV.

TEODORO.

¿Hay desdicha semejante?
¿Hay resolucion tan breve?
¿Hay mudanza tan notable?
¿Estos eran los intentos
Que tuve? ¡Oh sol, abrasadme
Las alas con que subí,
Pues vuestro rayo deshace
Las mal atrevidas plumas
A la belleza de un ángel!
Cayó Diana en su error.
¡Oh, qué mal hice en fiarme
De una palabra amorosa!
¡Ay! ¡cómo entre desiguales
Mal se concierta el amor!
Pero, ¿es mucho que me engañen
Aquellos ojos á mí,
Si pudieran ser bastantes
A hacer engaños á Ulises?
De nadie puedo quejarme,
Sino de mí. Pero en fin
¿Qué pierdo cuando me falte?
Haré cuenta que he tenido
Algun accidente grave,
Y que mientras me duró,
Imaginé disparates.
No más; despedios de ser,
Oh pensamiento arrogante,
Conde de Bellflor; volved
La proa al antigua márgen;
Queramos nuestra Marcela;
Para vos Marcela baste.
Señoras busquen señores;
Que amor se engendra de iguales;

Y pues en aire naciste,
Quedad convertido en aire;
Que donde méritos faltan,
Los que piensan subir, caen.

ESCENA XV.

FABIO.—TEODORO.

FABIO. ¿Hablaste ya con mi señora?
TEOD. Agora,
Fabio, le hablé, y estoy con gran contento,
Porque ya la Condesa mi señora
Rinde su condicion al casamiento.
Los dos que viste, cada cual la adora;
Mas ella, con su raro entendimiento,
Al Marqués escogió.
FABIO. Discreta ha sido.
TEOD. Que gane las albricias me ha pedido;
Mas yo, que soy tu amigo, quiero darte,
Fabio, aqueste provecho: parte presto,
Y pídelas por mí.
FABIO. Si debo amarte, [to.
Muestra la obligacion en que me has pues-
Voy como un rayo, y volveré á buscarte,
Satisfecho de ti, contento desto.
Y alábese el Marqués; que ha sido empresa
De gran valor rendirse la Condesa. (*Vase.*)

ESCENA XVI.

TRISTAN.—TEODORO.

TRIST. Turbado á buscarte vengo.
¿Es verdad lo que me han dicho?
TEOD. ¡Ay, Tristan! verdad será,
Si son desengaños mios.
TRIST. Ya, Teodoro, en las dos sillas
Los dos batanes he visto
Que molieron á Diana;
Pero que hubiese elegido,
Hasta agora no lo sé.
TEOD. Pues, Tristan, agora vino
Ese tornasol mudable,
Esa veleta, ese vidrio,
Ese rio junto al mar,
Que vuelve atrás, aunque es rio;
Esa Diana, esa luna,
Esa mujer, ese hechizo,
Ese monstruo de mudanzas,
Que solo perderme quiso
Por afrentar sus vitorias;
Y que dijese me dijo
Cuál de los dos me agradaba;
Porque sin consejo mio
No se pensaba casar.
Quedé muerto, y tan perdido,
Que no responder locuras
Fué de mi locura indicio.
Dijome, en fin, que el Marqués
Le agradaba, y que yo mismo
Fuese á pedir las albricias.
TRIST. Ella en fin ¿tiene marido?
TEOD. El marqués Ricardo.
TRIST. Pienso
Que, á no verte sin juicio,
Y porque dar aficion
No es justo á los afligidos,
Que agora te diera vaya
De aquel pensamiento altivo
Con que á ser conde aspirabas.
TEOD. Si aspiré, Tristan, ya espiro.
TRIST. La culpa tienes de todo.
TEOD. No lo niego; que yo he sido
Fácil en creer los ojos
De una mujer.
TRIST. Yo te digo
Que no hay vasos de veneno
A los mortales sentidos,
Teodoro, como los ojos
De una mujer.
TEOD. De corrido,
Te juro, Tristan, que apenas
Puedo levantar los mios.
Esto pasó, y el remedio
Es sepultar en olvido
El suceso y el amor.
TRIST. ¡Qué, arrepentido y contrito
Has de volver á Marcela!
TEOD. Presto seremos amigos.

ESCENA XVII.

MARCELA, *sin reparar en*—TEODORO Y TRISTAN.

MARC. (*Para sí.*) [ne!
¡Qué mal que finge amor quien no le tie-
¡Qué mal puede olvidarse amor de un año,
Pues mientras más el pensamiento engaño,
Más atrevido á la memoria viene!
Pero si es fuerza y al honor conviene,
Remedio suele ser del desengaño
Curar el propio amor amor extraño;
Que no es poco remedio el que entretiene.
Mas ¡ay! que imaginar que puede amar-
En medio de otro amor, es atreverse [se
A dar mayor venganza por vengarse.
Mejor es esperar que no perderse;
Que suele alguna vez, pensando helarse
Amor, con los remedios encenderse.
TEOD. Marcela...
MARC. ¿Quién es?
TEOD. Yo soy.
¿Así te olvidas de mí?
MARC. Y tan olvidada estoy,
Que á no imaginar en ti,
Fuera de mi misma voy.
Porque si en mí misma fuera,
Te imaginara y te viera;
Que para no imaginarte,
Tengo el alma en otra parte,
Aunque olvidarte no quiera.
¿Cómo me osaste nombrar?
¿Cómo cupo en esa boca
Mi nombre?
TEOD. Quise probar
Tu firmeza, y es tan poca,

Que no me ha dado lugar.
Ya dicen que se empleó
Tu cuidado en un sugeto
Que mi amor sostituyó.
MARC. Nunca, Teodoro, el discreto
Mujer ni vidrio probó.
Mas no me dés á entender
Que prueba quisiste hacer;
Yo te conozco, Teodoro:
Unos pensamientos de oro
Te hicieron enloquecer.
¿Cómo te va? ¿No te salen
Como tú los imaginas?
¿No te cuestan lo que valen?
¿No hay dichas que las divinas
Partes de tu dueño igualen?
¿Qué ha sucedido? ¿Qué tienes?
Turbado, Teodoro, vienes.
¿Mudóse aquel vendabal?
¿Vuelves á buscar tu igual,
O te burlas y entretienes?
Confieso que me holgaria
Que dieses á mi esperanza,
Teodoro, un alegre dia.
TEOD. Si le quieres con venganza,
¿Qué mayor, Marcela mia?
Pero mira que el amor
Es hijo de la nobleza:
No muestres tanto rigor;
Que es la venganza bajeza
Indigna del vencedor.
Venciste: yo vuelvo á ti,
Marcela; que no salí
Con aquel mi pensamiento.
Perdona el atrevimiento,
Si ha quedado amor en ti.
No porque no puede ser
Proseguir las esperanzas
Con que te pude ofender,
Mas porque en estas mudanzas
Memorias me hacen volver.
Sean pues estas memorias
Parte á despertar la tuya,
Pues confieso tus vitorias.
MARC. No quiera Dios que destruya
Los principios de tus glorias.
Sirve, bien haces, porfía,
No te rindas; que dirá
Tu dueño que es cobardía.
Sigue tu dicha; que ya
Voy prosiguiendo la mia.
No es agravio amar á Fabio,
Pues me dejaste, Teodoro,
Sino el remedio más sabio;
Que aunque el dueño no mejoro,
Basta vengar el agravio.
Y quédate á Dios; que ya
Me cansa el hablar contigo;
No venga Fabio, que está
Medio casado conmigo.
TEOD. Tenla, Tristan; que se va.
TRIST. Señora, Señora, advierte
Que no es volver á quererte
Dejar de haberte querido.
Disculpa el buscarte ha sido,
Si ha sido culpa ofenderte.
Oyeme, Marcela, á mí.
MARC. ¿Qué quieres, Tristan?
TRIST. Espera.

ESCENA XVIII.

DIANA, ANARDA.—TEODORO, MARCELA Y TRISTAN, *sin verlas.*

DIANA. (*Ap.*) ¡Teodoro y Marcela aquí!
ANAR. (*Ap. á la Condesa.*)
Parece que el ver te altera
Que estos dos se hablen así.
DIANA. Toma, Anarda, esa antepuerta,
Y cubrámonos las dos.
(*Ap.* Amor con celos despierta.)
(*Ocúltanse Diana y Anarda.*)
MARC. Déjame, Tristan, por Dios.
ANAR. (*Ap. á Diana.*)
Tristan á los dos concierta,
Que deben de estar reñidos.
DIANA. El alcahuete lacayo
Me ha quitado los sentidos.
TRIST. No pasó más presto el rayo,
Que por sus ojos y oidos
Pasó la necia belleza
Desa mujer que le adora.
Ya desprecia su riqueza;
Que más riqueza atesora
Tu gallarda gentileza.
Haz cuenta que fué cometa
Aquel amor. Vén acá,
Teodoro.
DIANA. (*Ap.*) ¡Brava estafeta
Es el lacayo!
TEOD. Si ya
Marcela, á Fabio sujeta,
Dice que le tiene amor,
¿Por qué me llamas, Tristan?
TRIST. ¡Otro enojado!
TEOD. Mejor
Los dos casarse podrán.
TRIST. ¿Tú tambien? ¡Bravo rigor!
Ea acaba, llega pues,
Dame esa mano, y después
Que se hagan las amistades.
TEOD. Necio, ¿tú me persuades?
TRIST. Por mí quiero que le dés
La mano esta vez, Señor.
TEOD. ¿Cuándo he dicho yo á Marcela
Que he tenido á nadie amor?
Y ella me ha dicho...
TRIST. Es cautela
Para vengar tu rigor.
MARC. No es cautela; que es verdad.
TRIST. Calla, boba.—Ea llegad.
¡Qué necios estais los dos!
TEOD. Yo rogaba; mas por Dios,
Que no he de hacer amistad.
MARC. Pues á mí me pase un rayo.
TRIST. No jures.
MARC. (*Ap. á Tristan.*) Aunque le muestro

Enojo, ya me desmayo.
TRIST. Pues tente firme.
DIANA. (*Ap.*) ¡Qué diestro
Está el bellaco lacayo!
MARC. Déjame, Tristan; que tengo
Qué hacer.
TEOD. Déjala, Tristan.
TRIST. Por mí, vaya.
TEOD. Tenla.
MARC. Vengo,
Mi amor.
TRIST. ¿Cómo no se van
Ya? Que á ninguno detengo.
MARC. ¡Ay, mi bien! no puedo irme.
TEOD. Ni yo, porque no es tan firme
Ninguna roca en la mar.
MARC. Los brazos te quiero dar.
TEOD. Y yo á los tuyos asirme.
TRIST. Si yo no era menester,
¿Por qué me hicistes cansar?
ANAR. (*Ap. á la Condesa.*)
¿Desto gustas?
DIANA. Vengo á ver
Lo poco que hay que fiar
De un hombre y una mujer.
TEOD. ¡Ay! ¡qué me has dicho de afrentas!
TRIST. Yo he salido ya, con veros
Juntar las almas contentas;
Que es desgracia de terceros
No se concertar las ventas.
MARC. Si te trocare, mi bien,
Por Fabio ni por el mundo,
Que tus agravios me dén
La muerte.
TEOD. Hoy de nuevo fundo,
Marcela, mi amor tambien;
Y si te olvidare, digo
Que me dé el cielo en castigo
El verte en brazos de Fabio.
MARC. ¿Quieres deshacer mi agravio?
TEOD. ¿Qué no haré por tí y contigo?
MARC. Di que todas las mujeres
Son feas.
TEOD. Contigo, es claro.
Mira qué otra cosa quieres.
MARC. En ciertos celos reparo,
Ya que tan mi amigo eres;
Que no importa que esté aquí
Tristan.
TRIST. Bien podeis por mí,
Aunque de mí mismo sea.
MARC. Di que la Condesa es fea.
TEOD. Y un demoñio para mí.
MARC. ¿No es necia?
TEOD. Por todo extremo.
MARC. ¿No es bachillera?
TEOD. Es cuitada.
DIANA. (*Ap. á Anarda.*)
Quiero estorbarles; que temo
Que no reparen en nada,
Y aunque me hielo, me quemo.
ANAR. ¡Ay, Señora! no hagas tal.
TRIST. Cuando querais decir mal
De la Condesa y su talle,
A mí me oid.
DIANA. ¿Escuchalle
Podré desvergüenza igual?
TRIST. Lo primero...
DIANA. (*Ap.*) Yo no aguardo
A lo segundo; que fuera
Necedad.
MARC. Voyme, Teodoro.
(*Adelántanse Diana y Anarda; Marcela hace una reverencia á la Condesa, y se va.*)
TRIST. (*Ap.*) ¡La Condesa!
TEOD. (*Ap.*) ¡La Condesa!
DIANA. Teodoro...
TEOD. Señora, advierte...
TRIST. (*Ap.*) El cielo á tronar comienza:
No pienso aguardar los rayos. (*Vase.*)

ESCENA XIX.

DIANA, TEODORO, ANARDA.

DIANA. Anarda, un bufete llega.
Escribiráme Teodoro
Una carta de su letra,
Pero notándola yo.
TEOD. (*Ap.*) Todo el corazon me tiembla.
¿Si oyó lo que hablado habemos?
DIANA. (*Ap.*) Bravamente amor despierta
Con los celos á los ojos.
¡Que aqueste amase á Marcela,
Y que yo no tenga partes
Para que tambien me quiera!
¡Que se burlasen de mí!
TEOD. (*Ap.*) Ella murmura y se queja;
Bien digo yo que en Palacio,
Para que á callar aprenda,
Tapices tienen oidos,
Y paredes tienen lenguas.
ANAR. Este pequeño he traido,
Y tu escribanía.
DIANA. Llega,
Teodoro, y toma la pluma.
TEOD. (*Ap.*) Hoy me mata ó me destierra.
DIANA. Escribe.
TEOD. Di.
DIANA. No estás bien
Con la rodilla en la tierra;
Ponle, Anarda, una almohada.
TEOD. Yo estoy bien.
DIANA. Pónsela, necia.
TEOD. (*Ap.*) No me agrada este favor
Sobre enojos y sospechas;
Que quien honra las rodillas,
Cortar quiere la cabeza.)
Yo aguardo.
DIANA. Yo digo ansí.
TEOD. (*Ap.*) Mil cruces hacer quisiera.
(*Siéntase la Condesa en una silla alta; ella dicta y él va escribiendo.*)
DIANA. «Cuando una mujer principal se ha
»declarado con un hombre humilde, es
»lo mucho el término de volver á hablar
»con otra; mas quien no estima su for-

»tuna, quédese para necio.»
TEOD. ¿No dices más?
DIANA. Pues ¿que más?
El papel, Teodoro, cierra.
ANAR. (*Ap. á Diana.*)
¿Qué es esto que haces, Señora?
DIANA. Necedades de amor llenas.
ANAR. Pues ¿á quién tienes amor?
DIANA. ¿Aun no le conoces, bestia?
Pues yo sé que le murmuran
De mi casa hasta las piedras.
TEOD. Ya el papel está cerrado;
Solo el sobrescrito resta.
DIANA. Pon, Teodoro, para tí:
Y no lo entienda Marcela;
Que quizá le entenderás
Cuando de espacio le leas.
(*Vanse la Condesa y Anarda.*)

ESCENA XX.

TEODORO; *y luego*, MARCELA.

TEOD. ¡Hay confusion tan extraña!
¡Que aquesta mujer me quiera
Con pausas, como sangría,
Y que tenga intercadencias
El pulso de amor tan grandes!
(*Sale Marcela.*)
MARC. ¿Qué te ha dicho la Condesa,
Mi bien? que he estado temblando
Detrás de aquella antepuerta.
TEOD. Dijome que te queria
Casar con Fabio, Marcela;
Y este papel que escribí
Es que despacha á su tierra
Por los dineros del dote.
MARC. ¿Qué dices?
TEOD. Solo que sea
Para bien, y pues te casas,
Que de burlas ni de véras
Tomes mi nombre en tu boca.
MARC. Oye.
TEOD. Es tarde para quejas. (*Vase.*)

ESCENA XXI.

MARCELA.

No, no puedo yo creer
Que aquesta la ocasion sea.
Favores de aquesta loca
Le han hecho dar esta vuelta;
Que él está como arcaduz,
Que cuando baja, le llena
Del agua de su favor,
Y cuando sube, le mengua.
¡Ay de mí, Teodoro ingrato,
Que luego que su grandeza
Te toca al arma, me olvidas!
Cuando te quiere me dejas,
Cuando te deja me quieres.
¿Quién ha de tener paciencia?

ESCENA XXII.

RICARDO, FABIO.—MARCELA.

RICAR. No pude, Fabio, detenerme un hora.
Por tal merced le besaré las manos.
FABIO. Dile presto, Marcela, á mi señora
Que está el Marqués aquí.
MARC. (*Ap.*) Celos tiranos,
Celos crueles, ¿qué quereis agora,
Tras tantos locos pensamientos vanos?
FABIO. ¿No vas?
MARC. Ya voy.
FABIO. Pues dile que ha venido
Nuestro nuevo señor y su marido.
(*Vase Marcela.*)

ESCENA XXIII.

RICARDO, FABIO.

RICAR. Id, Fabio, á mi posada; que mañana
Os daré mil escudos y un caballo
De la casta mejor napolitana.
FABIO. Sabré, si no servillo, celebrallo.
RICAR. Este es principio solo; que Diana
Os tiene por criado y por vasallo,
Y yo por solo amigo.
FABIO. Esos piés beso.
RICAR. No pago ansí; la obligacion confieso.

ESCENA XXIV.

DIANA.—DICHOS.

DIANA. ¡Vuseñoría aquí!
RICAR. Pues ¿no era justo,
Si me enviais con Fabio tal recado,
Y que después de aquel mortal disgusto,
Me elegis por marido y por criado?
Dadme esos piés; que de manera el gusto
De ver mi amor en tan dichoso estado
Me vuelve loco, que le tengo en poco,
Si me contento con volverme loco.
¿Cuándo pensé, Señora, mereceros,
Ni llegar á más bien que desearos? [ros.
DIANA. No acierto, aunque lo intento, á responde-
¡Yo he enviado á llamaros! O ¿es burlaros?
RICAR. Fabio, ¿qué es esto?
FABIO. ¿Pude yo traeros
Sin ocasion agora, ni llamaros,
Menos que de Teodoro prevenido?
DIANA. Culpa, Ricardo, de Teodoro ha sido.
Oyóme anteponer á Federico
Vuestra persona, como primo hermano
Y caballero generoso y rico,
Y presumió que os daba ya la mano.
A vuestra señoría le suplico
Perdone aquestos necios.
RICAR. Fuera en vano
Dar á Fabio perdon, si no estuviera
Adonde vuestra imágen le valiera.
Bésoos los piés por él favor, y espero
Que ha de vencer mi amor esta porfía.
(*Vase.*)

DIANA. ¿Paréceos bien aquesto, majadero?
FABIO. ¿Por qué me culpa á mí vuseñoría?
DIANA. Llamad luego á Teodoro. (*Ap.* ¡Qué ligero
Este cansado pretensor venía,
Cuando me matan celos de Teodoro!)
FABIO. (*Ap.*)
Perdí el caballo y mil escudos de oro.
(*Vase.*)

ESCENA XXV.

DIANA.

¿Qué me quieres, amor? Ya, ¿no tenía
Olvidado á Teodoro? ¿Qué me quieres?
Pero responderás que tú no eres,
Sino tu sombra, que detrás venía.
¡Oh celos! ¿qué no hará vuestra porfía?
Malos letrados sois con las mujeres,
Pues jamás os pidieron pareceres,
Que pudiese el honor guardarse un día.
Yo quiero á un hombre bien; mas se me acuerda
Que yo soy mar y que es humilde barco,
Y que es contra razon que el mar se pierda.
En gran peligro, amor, el alma embarco;
Mas si tanto el honor tira la cuerda,
Por Dios, que temo que se rompa el arco.

ESCENA XXVI.

TEODORO, FABIO.—DIANA.

FABIO. (*Ap. á Teodoro.*)
Pensó matarme el Marqués;
Pero, la verdad diciendo,
Más sentí los mil escudos.
TEOD. Yo quiero darte un consejo.
FABIO. ¿Cómo?
TEOD. El conde Federico
Estaba perdiendo el seso
Porque el Marqués se casaba.
Parte, y di que el casamiento
Se ha deshecho, y te dará
Esos mil escudos luego.
FABIO. Voy como un rayo.
TEOD. Camina. (*Vase Fabio.*)

ESCENA XXVII.

DIANA, TEODORO.

TEOD. ¿Llamábasme?
DIANA. Bien ha hecho
Ese necio en irse agora.
TEOD. Un hora he estado leyendo
Tu papel, y bien mirado,
Señora, tu pensamiento,
Hallo que mi cobardía
Procede de tu respeto;
Pero que ya soy culpado
En tenerle, como necio,
A tus muchas diligencias;
Y así, á decir me resuelvo
Que te quiero, y que es disculpa
Que con respeto te quiero.
Temblando estoy, no te espantes.
DIANA. Teodoro, yo te lo creo.
¿Por qué no me has de querer,
Si soy tu señora y tengo
Tu voluntad obligada,
Pues te estimo y favorezco
Más que á los otros criados?
TEOD. Ese lenguaje no entiendo.
DIANA. No hay más que entender, Teodoro,
Ni pasar el pensamiento
Un átomo desta raya.
Enfrena cualquier deseo;
Que de una mujer, Teodoro,
Tan principal, y más siendo
Tus méritos tan humildes,
Basta un favor muy pequeño
Para que toda la vida
Vivas honrado y contento.
TEOD. Cierto que vuseñoría
(Perdóneme si me atrevo)
Tiene en el juicio á veces,
Que no en el entendimiento,
Mil lúcidos intervalos.
¿Para qué puede ser bueno
Haberme dado esperanzas
Que en tal estado me han puesto,
Pues del peso de mis dichas
Caí, como sabe, enfermo
Casi un mes en una cama?
Luego ¿qué trata más desto
Si cuando ve que me enfrio
Se abrasa de vivo fuego,
Y cuando ve que me abraso
Se hiela de puro hielo?
Dejárame con Marcela.
Mas viénele bien el cuento
Del perro del hortelano.
No quiere, abrasada en celos,
Que me case con Marcela;
Y en viendo que no la quiero,
Vuelve á quitarme el juicio,
Y á despertarme si duermo.
Pues coma ó deje comer;
Porque yo no me sustento
De esperanzas tan cansadas;
Que si no, desde aquí vuelvo
A querer donde me quieren.
DIANA. Eso no, Teodoro: advierto
Que Marcela no ha de ser.
En otro cualquier sugeto
Pon los ojos; que en Marcela
No hay remedio.
TEOD. ¿No hay remedio?
Pues ¿quiere vusiñoría
Que, si me quiere y la quiero,
Ande á probar voluntades?
¿Tengo yo de tener puesto,
Adonde no tenga gusto
Mi gusto por el ajeno?
Yo adoro á Marcela, y ella
Me adora, y es muy honesto
Este amor.

DIANA. ¡Pícaro, infame!
Haré yo que os maten luego.
TEOD. ¿Qué hace vuseñoría?
DIANA. Daros por sucio y grosero,
Estos bofetones.

ESCENA XXVIII.

FEDERICO, FABIO.—DICHOS.

FABIO. (*Ap. á Federico.*) Tente.
FEDER. Bien dices, Fabio; no entremos.
Pero mejor es llegar.—
Señora mía, ¿qué es esto?
DIANA. No es nada: enojos que pasan
Entre criados y dueños.
FEDER. ¿Quiere vuestra señoría
Alguna cosa?
DIANA. No quiero
Más de hablaros en las mías.
FEDER. Quisiera venir á tiempo
Que os hallara con más gusto.
DIANA. Gusto, Federico, tengo;
Que aquestas son niñerías.
Entrad y sabreis mi intento
En lo que toca al Marqués. (*Vase.*)

ESCENA XXIX.

FEDERICO, FABIO, TEODORO.

FEDER. Fabio... (*Ap. á él.*)
FABIO. Señor...
FEDER. Yo sospecho
Que en estos disgustos hay
Algunos gustos secretos.
FABIO. No sé, por Dios. Admirado
De ver, señor Conde, quedo
Tratar tan mal á Teodoro;
Cosa que jamás ha hecho
La Condesa mi señora.
FEDER. Bañóle de sangre el lienzo.
(*Vanse Federico y Fabio.*)

ESCENA XXX.

TEODORO.

Si aquesto no es amor, ¿qué nombre quieres,
Amor, que tengan desatinos tales?
Si así quieren mujeres principales,
Furias las llamo yo; que no mujeres.
Si la grandeza excusa los placeres
Que iguales pueden ser en desiguales,
¿Por qué, enemiga, de crueldad te vales,
Y por matar á quien adoras, mueres?
¡Oh mano poderosa de matarme!
¡Quién te besara entonces, mano hermosa,
Agradecido al dulce castigarme!
No te esperaba yo tan rigurosa;
Pero si me castigas por tocarme,
Tú sola hallaste gusto en ser celosa.

ESCENA XXXI.

TRISTAN.—TEODORO.

TRIST. Siempre tengo de venir
Acabados los sucesos.
Parezco espada cobarde.
TEOD. ¡Ay, Tristan!
TRIST. Señor, ¿qué esto?
¡Sangre en el lienzo!
TEOD. Con sangre
Quiere amor que de los celos
Entre la letra.
TRIST. Por Dios,
Que han sido celos muy recios. (*a*)
TEOD. No te espantes; que está loca
De un amoroso deseo.
Y como el ejecutarle
Tiene su amor por desprecio,
Quiere deshacer mi rostro,
Porque es mi rostro el espejo
Adonde mira su honor,
Y véngase en verlo feo.
TRIST. Señor, que Juan ó Lucía
Cierren conmigo por celos,
Y me rompan con las uñas
El cuello que ellas me dieron;
Que me repelen y arañen
Sobre averiguar por cierto
Que les hice un peso falso,
Vaya: es gente de pandero,
De media de cordellate
Y de zapato frailesco:
Pero que tan gran señora
Se pierda tanto el respeto
A sí misma, es vil accion.
TEOD. No sé, Tristan: pierdo el seso
De ver que me está adorando,
Y que me aborrece luego.
No quiere que sea suyo
Ni de Marcela; y si dejo
De mirarla, luego busca
Para hablarme algun enredo.
No dudes: naturalmente
Es del hortelano el perro,
Ni come ni comer deja,
Ni está fuera ni está dentro.
TRIST. Contáronme que un doctor,
Catedrático y maestro,
Tenia un ama y un mozo
Que siempre andaban riñendo.
Reñian á la comida,
A la cena, y hasta el sueño
Le quitaban con sus voces;
Que estudiar, no habia remedio.
Estando en licion un dia,
Fuéle forzoso corriendo
Volver á casa, y entrando
De improviso en su aposento,
Vió el ama y mozo acostados
Con amorosos requiebros,
Y dijo: «¡Gracias á Dios,
Que una vez en paz os veo!»

(*a*) *Necios* en otras ediciones.

Y esto imagino de entrambos,
Aunque siempre andais riñendo.

ESCENA XXXII.

DIANA.—DICHOS.

DIANA. Teodoro...
TEOD. Señora...
TRIST. (*Ap.*) ¿Es duende
Esta mujer?
DIANA. Solo vengo
A saber cómo te hallas.
TEOD. Ya ¿no lo ves?
DIANA. ¿Estás bueno?
TEOD. Bueno estoy.
DIANA. ¿Y no dirás:
«A tu servicio?»
TEOD. No puedo
Estar mucho en tu servicio,
Siendo tal el tratamiento.
DIANA. ¡Qué poco sabes!
TEOD. Tan poco,
Que te siento y no te entiendo,
Pues no entiendo tus palabras,
Y tus bofetones siento.
Si no te quiero te enfadas,
Y enójaste si te quiero;
Escribesme si me olvido,
Y si me acuerdo te ofendo;
Pretendes que yo te entienda,
Y si te entiendo soy necio.
Mátame ó dame la vida;
Da un medio á tantos extremos.
DIANA. ¿Hícete sangre?
TEOD. Pues ¿no?
DIANA. ¿Adónde tienes el lienzo?
TEOD. Aquí.
DIANA. Muestra.
TEOD. ¿Para qué?
DIANA. Para que esta sangre quiero.
Habla á Octavio, á quien agora
Mandé que te diese luego
Dos mil escudos, Teodoro.
TEOD. ¿Para qué?
DIANA. Para hacer lienzos. (*Vase.*)

ESCENA XXXIII.

TEODORO, TRISTAN.

TEOD. ¡Hay disparates iguales!
TRIST. ¿Qué encantamentos son estos?
TEOD. Dos mil escudos me ha dado.
TRIST. Bien puedes tomar al precio
Otros cuatro bofetones.
TEOD. Dice que son para lienzos
Y llevó el mio con sangre.
TRIST. Pagó la sangre, y te ha hecho
Doncella por las narices.
TEOD. No anda mal agora el perro,
Pues después que muerde, halaga.
TRIST. Todos aquestos extremos
Han de parar en el ama
Del doctor.
TEOD. ¡Quiéralo el cielo!

ACTO TERCERO.

Calle.

ESCENA PRIMERA.

FEDERICO, RICARDO; CELIO, *distante de ellos.*

RICAR. ¿Esto vistes?
FEDER. Esto ví.
RICAR. ¿Y que le dió bofetones?
FEDER. El servir tiene ocasiones,
Mas no lo son para mí;
Que al poner una mujer
De aquellas prendas la mano
Al rostro de un hombre, es llano
Que otra ocasion puede haber.
Y bien veis que lo acredita
El andar tan mejorado.
RICAR. Ella es mujer y él criado.
FEDER. Su perdicion solicita.
La fábula que pintó
El filósofo moral
De las dos ollas, ¡qué igual
Hoy á los dos la vistió!
Era de barro la una,
La otra de cobre ó hierro,
Que un rio á los piés de un cerro
Llevó con varia fortuna.
Desvióse la de barro
De la de cobre, temiendo
Que la quebrase: y yo entiendo
Pensamiento tan bizarro
Del hombre y de la mujer,
Hierro y barro, y no me espanto,
Pues acercándose tanto,
Por fuerza se han de romper.
RICAR. La altivez y bizarría
De Diana me admiró,
Y bien puede ser que yo
Viese y no viese aquel dia;
Mas ver caballos y pajes
En Teodoro, y tantas galas,
¿Qué son sino nuevas alas?
Pues criados, oro y trajes
No los tuviera Teodoro
Sin ocasion tan notable.
FEDER. Antes que desto se hable
En Nápoles, y el decoro
De vuestra sangre se ofenda,
Sea ó no sea verdad,
Ha de morir.
RICAR. Y es piedad
Matarle, aunque ella lo entienda.
FEDER. ¿Podrá ser?
RICAR. Bien puede ser;
Que hay en Nápoles quien vive
De eso, y en oro recibe
Lo que en sangre ha de volver.

No hay más de buscar un bravo,
Y que le despache luego.
FEDER. Por la brevedad os ruego.
RICAR. Hoy tendrá su justo pago
Semejante atrevimiento.
FEDER. (*Viendo venir á Tristan y otros tres.*)
¿Son bravos estos?
RICAR. Sin duda.
FEDER. El cielo ofendido ayuda
Vuestro justo pensamiento.

ESCENA II.

TRISTAN, *vestido de nuevo;* FURIO, ANTONELO, LIRANO.—DICHOS.

FURIO. Pagar teneis el vino en alboroque
Del famoso vestido que os han dado.
ANTON. Eso bien sabe el buen Tristan que es justo.
TRIST. Digo, señores, que de hacerlo gusto.
LIRAN. Bravo salió el vestido.
TRIST. Todo aquesto
Es cosa de chacota y zarandajas,
Respeto del lugar que tendré presto.
Si no muda los bolos la fortuna,
Secretario he de ser del secretario.
LIRAN. Mucha merced le hace la Condesa
A vuestro amo, Tristan.
TRIST. Es su privanza,
Es su mano derecha, y es la puerta
Por donde se entra á su favor. Dejemos
Favores y fortunas, y bebamos.
FURIO. En este tabernáculo sospecho
Que hay lágrima famosa y malvasía.
TRIST. Probemos vino greco; que deseo
Hablar en griego, y con beberlo basta.
RICAR. (*Ap. á Federico.*)
Aquel moreno, del color quebrado,
Me parece el más bravo, pues que todos
Le estiman, hablan y hacen cortesía.—
Celio...
CELIO. Señor.
RICAR. De aquellos gentilhombres
Llama al descolorido.
CELIO. (*A Tristan.*) ¡Ah, caballero!
Antes que se entre en esa santa ermita,
El Marqués, mi señor, hablarle quiere.
TRIST. (*A sus amigos.*)
Camaradas, allí me llama un príncipe:
No puedo rehusar el ver qué manda.
Entren, y tomen siete ú ocho azumbres,
Y aperciban dos dedos de formache,
En tanto que me informo de su gusto.
ANTON. Pues despachad aprisa.
TRIST. Iré volando.
(*Vanse Furio, Antonelo y Lirano.*)

ESCENA III.

RICARDO, FEDERICO, TRISTAN, CELIO.

TRIST. ¿Qué es lo que manda vuestra señoría?
RICAR. El veros entre tanta valentía
Nos ha obligado al conde Federico
Y á mí, para saber si sereis hombre
Para matar un hombre.
TRIST. (*Ap.*) ¡Vive el cielo,
Que son los pretendientes de mi ama,
Y que hay algun enredo! Fingir quiero.
FEDER. ¿No respondeis?
TRIST. Estaba imaginando
Si vuestra señoría está burlando
De nuestro modo de vivir; pues vive
El que reparte fuerzas á los hombres,
Que no hay en toda Nápoles espada
Que no tiemble de solo el nombre mio.
¿No conoceis á Héctor? Pues no hay Héctor
Adonde está mi furibundo brazo;
Que si él lo fué de Troya, yo de Italia.
FEDER. Este es, Marqués, el hombre que buscamos.
Por vida de los dos, que no burlamos;
Sino que si teneis conforme al nombre
El ánimo y quereis matar un hombre,
Que os demos el dinero que quisiéredes.
TRIST. Con doscientos escudos me contento,
Y sea el diablo.
RICAR. Yo os daré trescientos,
Y despachadle aquesta noche.
TRIST. El nombre
Del hombre espero y parte del dinero.
RICAR. ¿Conoceis á Diana, la condesa
De Belflor?
TRIST. Y en su casa tengo amigos.
RICAR. ¿Matareis un criado de su casa?
TRIST. Mataré los criados y criadas
Y los mismos frisones de su coche.
RICAR. Pues á Teodoro habeis de darle muerte.
TRIST. Eso ha de ser, señores, de otra suerte;
Porque Teodoro, como yo he sabido,
No sale ya de noche, temeroso
Por ventura de haberos ofendido.
Que le sirva estos dias me han pedido:
Dejádmele servir, y yo os ofrezco
De darle alguna noche dos mojadas,
Con que el pobrete *in pace requiescat*,
Y yo quede seguro y sin sospecha.
¿Es algo lo que digo?
FEDER. No pudiera
Hallarse en toda Nápoles un hombre
Que tan seguramente le matara.
Servilde pues, y así al descuido un dia
Pegalde, y acudid á nuestra casa.
TRIST. Yo he mentster agora cien escudos.
RICAR. Cincuenta tengo en esta bolsa; luego
Que yo os vea en su casa de Diana,
Os ofrezco los ciento, y muchos cientos.
TRIST. Eso de muchos cientos no me agrada.
Vayan vusiñorias en buen hora; (ros,
Que me aguarda Mastranzo, Rompe-mu-
Mano de hierro, Arfuz y Espanta-diablos;
Y no quiero que acaso piensen algo.
RICAR. Decis muy bien: adios.
FEDER. ¡Qué gran ventura!
RICAR. A Teodoro contalde por difunto.
FEDER. El bellacon, ¡qué bravo talle tiene!
(*Vanse Federico, Ricardo y Celio.*)
TRIST. Avisar á Teodoro me conviene.

Perdone el vino greco y los amigos.
A casa voy; que está de aquí muy lejos.
Mas este me parece que es Teodoro.

ESCENA IV.

TEODORO.—TRISTAN.

TRIST. Señor, ¿adónde vas?
TEOD. Lo mismo ignoro;
Porque de suerte estoy, Tristan amigo,
Que no sé dónde voy ni quién me lleva.
Solo y sin alma, el pensamiento sigo,
Que al sol me dice que la vista atreva.
¿Ves cuánto ayer Diana habló conmigo?
Pues hoy de aquel amor se halló tan nueva,
Que apenas jurarás que me conoce,
Porque Marcela de mi mal se goce.
TRIST. Vuelve hácia casa; que á los dos importa
Que no nos vean juntos.
TEOD. ¿De qué suerte?
TRIST. Por el camino te diré quién corta
Los pasos dirigidos á tu muerte.
TEOD. ¡Mi muerte! Pues ¿por qué?
TRIST. La voz reporta,
Y la ocasion de tu remedio advierte.
Ricardo y Federico me han hablado,
Y que te dé la muerte concertado.
TEOD. ¿Ellos á mí?
TRIST. Por ciertos bofetones
El amor de tu dueño conjeturan;
Y pensando que soy de los leones
Que á tales homicidios se aventuran,
Tu vida me han trocado á cien doblones,
Y con cincuenta escudos me aseguran.
Yo dije que un amigo me pedia
Que te sirviese, y que hoy te serviria,
Donde más fácilmente te matase,
A efeto de guardarte desta suerte.
TEOD. ¡Pluguiera á Dios que alguno me quitase
La vida, y me sacase desta muerte!
TRIST. ¿Tan loco estás?
TEOD. ¿No quieres que me abrase
Por tan dulce ocasion? Tristan, advierte
Que si Diana algun camino hallara
De disculpa, conmigo se casara.
Teme su honor, y cuando más se abrasa,
Se hiela y me desprecia.
TRIST. Si te diese
Remedio, ¿qué dirás?
TEOD. Que á ti se pasa
De Ulises el espíritu.
TRIST. Si fuese
Tan ingenioso, que á tu misma casa
Un generoso padre te trajese,
Con que fueses igual á la Condesa,
¿No saldrias, Señor, con esta empresa?
TEOD. Eso es sin duda.
TRIST. El conde Ludovico,
Caballero ya viejo, habrá veinte años
Que enviaba á Malta un hijo de tu nombre,
Que era sobrino de su gran maestre.
Cautiváronle moros de Biserta,
Y nunca supo dél, muerto ni vivo.
Este ha de ser tu padre, y tú su hijo,
Y yo lo he de trazar.
TEOD. Tristan, advierte
Que puedes levantar alguna cosa
Que nos cuesta á los dos la honra y vida.
(*Vanse.*)

Sala del palacio de la Condesa.

ESCENA V.

TEODORO, TRISTAN.

TRIST. A casa hemos llegado. A Dios te queda;
Que tú serás marido de Diana
Antes que dén las doce de mañana.
(*Vase.*)

ESCENA VI.

TEODORO.

Bien al contrario pienso yo dar medio
A tanto mal, pues el amor bien sabe
Que no tiene enemigo que le acabe
Con más facilidad que tierra en medio.
Tierra quiero poner, pues que remedio,
Con ausentarme, amor, rigor tan grave,
Pues no hay rayo tan fuerte que se alabe
Que entróen la tierra, de tu ardor remedio.
Todos los que llegaron á este punto,
Poniendo tierra en medio le olvidaron;
Que en tierra al fin le resolvieron junto.
Y la razon que de olvidar hallaron,
Es, que amor se confiesa por difunto,
Pues que con tierra en medio le enterraron.

ESCENA VII.

DIANA.—TEODORO.

DIANA. ¿Estás ya más mejorado
De tus tristezas, Teodoro?
TEOD. Si en mis tristezas adoro,
Sabré estimar mi cuidado.
No quiero yo mejorar
De la enfermedad que tengo;
Pues solo á estar triste vengo,
Cuando imagino sanar.
¡Bien hayan males que son
Tan dulces para sufrir,
Que se ve un hombre morir,
Y estima su perdicion!
Solo me pesa que ya
Esté mi mal en estado,
Que he de alejar mi cuidado
De donde su dueño está.
DIANA. ¡Ausentarte! Pues ¿por qué?
TEOD. Quiéreme matar.
DIANA. Sí harán.
TEOD. Envidia á mi mal tendrán,
Que bien al principio fué.
Con esta ocasion, le pido
Licencia para irme á España.
DIANA. Será generosa hazaña
De un hombre tan entendido;
Que con eso quitarás
La ocasion de tus enojos,
Y aunque dés agua á mis ojos,
Honra á mi casa darás.
Que desde aquel bofeton,
Federico me ha tratado
Como celoso, y me ha dado
Para dejarte ocasion.
Vete á España; que yo haré
Que te dén seis mil escudos.
TEOD. Haré tus contrarios mudos
Con mi ausencia. Dame el pié.
DIANA. Anda, Teodoro. No más.
Déjame; que soy mujer.
TEOD. (*Ap.*) Llora; mas ¿qué puedo hacer?
DIANA. En fin, Teodoro, ¿te vas?
TEOD. Sí, Señora.
DIANA. Espera... Vete...
Oye.
TEOD. ¿Qué mandas?
DIANA. No, nada;
Vete.
TEOD. Voyme.
DIANA. (*Ap.*) Estoy turbada.
¿Hay un tormento que inquiete
Como una pasion de amor?)
¿No eres ido?
TEOD. Ya, Señora,
Me voy. (*Vase.*)
DIANA. ¡Buena quedo agora!
¡Maldigate Dios, honor!
Temeraria invencion fuiste,
Tan opuesta al propio gusto.
¿Quién te inventó? Mas fué justo,
Pues que tu freno resiste
Tantas cosas tan mal hechas.
(*Vuelve Teodoro.*)
TEOD. Vuelvo á saber si hoy podré
Partirme.
DIANA. Ni yo lo sé,
Ni tú, Teodoro, sospechas
Que me pesa de mirarte,
Pues que te vuelves aquí.
TEOD. Señora, vuelvo por mí,
Que no estoy en otra parte;
Y como me he de llevar,
Vengo para que me dés
A mí mismo.
DIANA. Si después
Te has de volver á buscar,
No me pidas que te dé.
Pero vete; que el amor
Lucha con mi noble honor,
Y vienes tú á ser traspié.
Vete, Teodoro, de aquí;
No te pidas, aunque puedas;
Que yo sé que si te quedas,
Allá me llevas á mí.
TEOD. Quede vuestra señoría
Con Dios. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

DIANA.

¡Maldita ella sea,
Pues me quita que posea
A quien el alma queria!
¡Buena quedo ya sin quien
Era luz de aquestos ojos!
Pero sientan sus enojos:
Quien mira mal, llore bien.
Ojos, pues os habeis puesto
En cosa tan desigual,
Pagad el mirar tan mal;
Que no soy la culpa desto.
Mas no lloren; que tambien
Tiempla el mal llorar los ojos;
Pero sientan sus enojos:
Quien mira mal, llore bien.
Aunque tendrán ya pensada
La disculpa para todo;
Que el sol los pone en el lodo,
Y no se le pega nada.
Luego bien es que no dén
En llorar. Cesad, mis ojos.
Pero sientan sus enojos:
Quien mira mal llore bien.

ESCENA IX.

MARCELA.—DIANA.

MARC. Si puede la confianza
De los años de servirte
Humildemente pedirte
Lo que justamente alcanza,
A la mano te ha venido
La ocasion de mi remedio,
Y poniendo tierra en medio,
No verme si te he ofendido.
DIANA. ¿De tu remedio, Marcela?
¿Cuál ocasion? Que aquí estoy.
MARC. Dicen que se parte hoy,
Por peligros que recela,
Teodoro á España, y con él
Puedes, casada, enviarme,
Pues no verme es remediarme.
DIANA. ¿Sabes tú que querrá él?
MARC. Pues ¿pidiérate yo á ti,
Sin tener satisfaccion,
Remedio en esta ocasion?
DIANA. ¿Hasle hablado?
MARC. Y él á mí,
Pidiéndome lo que digo.
DIANA. (*Ap.*) ¡Qué á propósito me viene
Esta desdicha!
MARC. Ya tiene
Tratado aquesto conmigo,
Y el modo con que podemos
Ir con más comodidad.
DIANA. (*Ap.*) ¡Ay necio honor! perdonad;
Que amor quiere hacer extremos.
Pero no será razon,
Pues que podeis remediar

Facilmente este pesar.
MARC. ¿No tomas resolucion?
DIANA. No podré vivir sin ti,
Marcela, y haces agravio
A mi amor, y aun al de Fabio,
Que sé yo que adora en ti.
Yo te casaré con él;
Deja partir á Teodoro.
MARC. A Fabio aborrezco; adoro
A Teodoro.
DIANA. (*Ap.* ¡Qué cruel
Ocasion de declararme!
Mas tenéos, loco amor.)
Fabio te estará mejor.
MARC. Señora...
DIANA. No hay replicarme. (*Vase.*)

ESCENA X.

MARCELA.

¿Qué intentan imposibles mis sentidos,
Contra tanto poder determinados?
Que celos poderosos declarados
Harán un desatino resistidos.
Volved, volved atrás, pasos perdidos,
Que correis á mi fin precipitados:
Arboles son amores desdichados,
A quien el hielo marchitó floridos.
Alegraron el alma las colores
Que el tirano poder cubrió de luto;
Que hiela ajeno amor muchos amores.
Y cuando de esperar daba tributo,
¿Qué importa la hermosura de las flores,
Si se perdieron esperando el fruto? (*Vase.*)

Sala en casa del conde Ludovico.

ESCENA XI.

EL CONDE LUDOVICO, CAMILO.

CAMI. Para tener sucesion,
No te queda otro remedio.
LUDOV. Hay muchos años en medio,
Que mis enemigos son,
Y aunque tiene esa disculpa
El casarse en la vejez,
Quiere el temor ser juez,
Y ha de averiguar la culpa.
Y podria suceder
Que sucesion no alcanzase,
Y casado me quedase;
Y en un viejo una mujer
Es en un olmo una hiedra,
Que aunque con tan varios lazos
La cubre de sus abrazos,
El se seca y ella medra.
Y tratarme casamientos
Es traerme á la memoria,
Camilo, mi antigua historia
Y renovar mis tormentos.
Esperando cada dia
Con engaños á Teodoro,
Veinte años há que le lloro.

ESCENA XII.

UN PAJE; *y después,* TRISTAN Y FURIO.—DICHOS.

PAJE. Aquí á vuestra señoria
Busca un griego mercader.
LUDOV. Di que entre.
(*Avisa el paje, y salen Tristan y Furio con traje griego.*)
TRIST. Dadme esas manos,
Y los cielos soberanos,
Con su divino poder,
Os dén el mayor consuelo
Que esperais.
LUDOV. Bien seais venido.
Mas ¿qué causa os ha traido
Por este remoto suelo?
TRIST. De Constantinopla vine
A Chipre, y della á Venecia
Con una nave cargada
De ricas telas de Persia.
Acordéme de una historia
Que algunos pasos me cuesta;
Y con deseo de ver
A Nápoles, ciudad bella,
Mientras allá mis criados
Van despachando las telas,
Vine, como veis, aquí,
Donde mis ojos confiesan
Su grandeza y su hermosura.
LUDOV. Tiene hermosura y grandeza
Nápoles.
TRIST. Así es verdad.
Mi padre, Señor, en Grecia
Fué mercader, y en su trato,
El de más ganancia era
Comprar y vender esclavos;
Y ansí, en la feria de Aztéclias
Compró un niño, el más hermoso
Que vió la naturaleza,
Por testigo del poder
Que le dió el cielo en la tierra.
Vendiante algunos turcos,
Entre otra gente bien puesta
De una galera de Malta,
Que las de un bajá turquesca
Prendieron en Chafalonia.
LUDOV. Camilo, el alma me altera.
TRIST. Aficionado al rapaz,
Compróle y llevóle á Armenia,
Donde se crió conmigo
Y una hermana.
LUDOV. Amigo, espera,
Espera; que me traspasas
Las entrañas.
TRIST. (*Ap.*) ¡Qué bien entra!
LUDOV. ¿Dijo cómo se llamaba?
TRIST. Teodoro.
LUDOV. ¡Ay cielo! ¡qué fuerza
Tiene la verdad de oirte!

Lágrimas mis canas riegan.
TRIST. Serpalitonia, mi hermana,
Y este mozo (¡nunca fuera
Tan bello!) con la ocasion
De la crianza, que engendra
El amor que todos saben,
Se amaron desde la tierna
Edad; y á dieciseis años,
De mi padre en cierta ausencia,
Ejecutaron su amor,
Y creció de suerte en ella,
Que se le echaba de ver;
Con cuyo temor se ausenta
Teodoro, y para parir
A Serpalitonia deja.
Catibarratos, mi padre,
No sintió tanto la ofensa
Como el dejarle Teodoro.
Murió en efeto de pena,
Y bautizamos su hijo;
Que aquella parte de Armenia
Tiene vuestra misma ley,
Aunque es diferente iglesia.
Llamamos al bello niño
Terimaconio, que queda
Un bello rapaz agora
En la ciudad de Tepécas.
Andando en Nápoles yo
Mirando cosas diversas,
Saqué un papel en que traje
Deste Teodoro las señas,
Y preguntando por él,
Me dijo una esclava griega
Que en mi posada servia:
«¡Cosa que ese mozo sea
El del conde Ludovico?»
Dióme el alma una luz nueva,
Y doy en que os he de hablar;
Y por entrar en la vuestra,
Entro, segun me dijeron,
En casa de la condesa
De Belflor, y al primer hombre
Que pregunto...
LUDOV. Ya me tiembla
El alma.
TRIST. Veo á Teodoro.
LUDOV. ¡A Teodoro!
TRIST. Él bien quisiera
Huirse; pero no pudo.
Dudé un poco, y era fuerza,
Porque el estar ya barbado
Tiene alguna diferencia.
Fuí trás él, asíle en fin,
Hablóme, aunque con vergüenza,
Y dijo que no dijese
A nadie en casa quién era,
Porque el haber sido esclavo
No diese alguna sospecha.
Díjele: «Si yo he sabido
Que eres hijo en esta tierra
De un título, ¿por qué tienes
La esclavitud por bajeza?
Hizo gran burla de mí;
Y yo, por ver si concuerda
Tu historia con la que digo,
Vine á verte, y á que tengas,
Si es verdad que este es tu hijo,
Con tu nieto alguna cuenta;
O permitas que mi hermana
Con él á Nápoles venga,
No para tratar casarse,
Aunque le sobra nobleza;
Mas porque Terimaconio
Tan ilustre abuelo vea.
LUDOV. Dame mil veces tus brazos;
Que el alma con sus potencias,
Que es verdadera tu historia
En su regocijo muestran.
¡Ay, hijo del alma mia,
Tras tantos años de ausencia
Hallado para mi bien!
Camilo, ¿qué me aconejas?
¿Iré á verle y conocerle?
CAMI. ¿Eso dudas? Parte, vuela,
Y añade vida en sus brazos
A los años de tus penas.
LUDOV. Amigo, si quieres ir
Conmigo, será más cierta
Mi dicha: si descansar,
Aquí aguardando te queda;
Y dénte por tanto bien
Toda mi casa y hacienda;
Que no puedo detenerme.
TRIST. Yo dejé, puesto que cerca,
Ciertos diamantes que traigo,
Y volveré cuando vuelvas.
Vamos de aquí, Mercapónios.
FURIO. Vamos, Señor.
TRIST. Bien se entrecas
El engañifo.
FURIO. Muy bónis.
TRIST. Andemis. (*Vanse Tristan y Furio.*)
CAMI. ¡Extraña lengua!
LUDOV. Vénte, Camilo, tras mí. (*Vanse.*)

Calle.

ESCENA XIII.

TRISTAN, *en el portal de una casa, cuya puerta está cerrada;* FURIO, *delante de la puerta.*

TRIST. (*Abriendo un poco la puerta.*)
¿Trasponen?
FURIO. El viejo vuela,
Sin aguardar coche ó gente.
TRIST. ¿Cosa que esto verdad sea,
Y que este fuese Teodoro?
FURIO. ¿Mas si en mentira como esta
Hubiese alguna verdad?
TRIST. Estas almalafas lleva;
Que me importa desnudarme,
Porque ninguno me vea
De los que aquí me conocen.
FURIO. Desnuda presto.
TRIST. ¡Que pueda
Esto el amor de los hijos!

FURIO. ¿Adónde te aguardo?
TRIST. Espera,
Furio, en la choza del olmo.
FURIO. Adios. (*Vase.*)

ESCENA XIV.

TRISTAN.

¡Qué tesoro llega
Al ingenio! (*Sale á la calle.*) Aquí debajo
Traigo la capa revuelta,
Que como medio sotana
Me la puse, porque hubiera
Más lugar en el peligro
De dejar en una puerta,
Con el armenio turbante,
Las hopalandas greguescas.

ESCENA XV.

RICARDO, FEDERICO.—TRISTAN.

FEDER. Digo que es este el matador valiente
Que á Teodoro ha de dar muerte segura.
RICAR. ¡Ah hidalgo! ¿ansí se cumple entre la gente
Que honor profesa y que opinion procura,
Lo que se prometió tan fácilmente?
TRIST. Señor...
FEDER. ¿Somos nosotros por ventura
De los iguales vuestros?
TRIST. Sin oirme,
No es justo que mi culpa se confirme.
Yo estoy sirviendo al mísero Teodoro,
Que ha de morir por esta mano airada;
Pero puede ofender vuestro decoro
Públicamente ensangrentar mi espada.
Es la prudencia un celestial tesoro,
Y fué de los antiguos celebrada
Por única virtud: estén muy ciertos
Que le pueden contar entre los muertos.
Estáse melancólico de dia,
Y de noche cerrado en su aposento;
Que alguna cuidadosa fantasía
Le debe de ocupar el pensamiento.
Déjenme á mí; que una mojada fria
Pondrá silencio á su vital aliento;
Y no se precipiten desa suerte;
Que yo sé cuándo le he de dar la muerte.
FEDER. Parécerme, Marqués, que el hombre acierta.
Ya que le sirve, ha comenzado el caso.
No dudeis, matarále.
RICAR. Cosa es cierta,
Por muerto le contad.
FEDER. Hablemos paso.
TRIST. En tanto que esta muerte se concierta,
Vusiñorías ¿no tendrán acaso
Cincuenta escudos? que comprar querria
Un rocin, que volase el mismo dia.
RICAR. Aquí los tengo yo. Tomad, seguro
De que, en saliendo con aquesta empresa,
Lo menos es pagaros.
TRIST. Yo aventuro
La vida, que servir buenos profesa.
Con esto, adios; que no me vean, procuro
Hablar desde el balcon de la Condesa
Con vuestras señorías.
FEDER. Sois discreto.
TRIST. Ya lo verán al tiempo del efeto. (*Vase.*)
FEDER. Bravo es el hombre.
RICAR. Astuto y ingenioso.
FEDER. ¡Qué bien le ha de matar!
RICAR. Notablemente.

ESCENA XVI.

CELIO.—FEDERICO, RICARDO.

CELIO. ¿Hay caso más extraño y fabuloso?
FEDER. ¿Qué es esto, Celio? ¿Dónde vas? Detente.
CELIO. Un suceso notable y riguroso
Para los dos. ¿No veis aquella gente
Que entra en casa del conde Ludovico?
RICAR. ¿Es muerto?
CELIO. Que me escuches te suplico.
A darle van el parabien contentos
De haber hallado un hijo que ha perdido.
RICAR. Pues ¿qué puede ofender nuestros intentos
Que le haya esa ventura sucedido? [los,
CELIO. ¿No importa á los secretos pensamientos
Que con Diana habeis los dos tenido,
Que sea aquel Teodoro, su criado,
Hijo del Conde?
FEDER. El alma me has turbado.
RICAR. ¿Hijo del Conde? Pues ¿de qué manera
Se ha venido á saber?
CELIO. Es larga historia,
Y cuéntanla tan varia, que no hubiera,
Para contarla, tiempo ni memoria. (*a*)
FEDER. ¡A quién mayor desdicha sucediera!
RICAR. Trocóse en pena mi esperada gloria.
FEDER. Yo quiero ver lo que es.
RICAR. Yo, Conde, os sigo.
CELIO. Presto vereis que la verdad os digo.
(*Vanse.*)

Sala del palacio de la Condesa.

ESCENA XVII.

TEODORO, *de camino*; MARCELA.

MARC. En fin, Teodoro, ¿te vas?
TEOD. Tú eres causa desta ausencia;
Que en desigual competencia
No resulta bien jamás.
MARC. Disculpas tan falsas das
Como tu engaño lo ha sido;
Porque haberme aborrecido
Y haber amado á Diana
Lleva tu esperanza vana
Solo á procurar su olvido.

(*a*) . . . . . «Que no hubiera
»Para *tomarla ni* tiempo ni memoria.»
Así dicen otras ediciones, pero es error patente; pues ni tiene sentido, ni Lope pudo escribir la segunda línea, que no es verso.

TEOD. ¿Yo á Diana?
MARC. Niegas tarde,
Teodoro, el loco deseo
Con que perdido te veo
De atrevido y de cobarde:
Cobarde en que ella se guarde
El respeto que se debe;
Y atrevido, pues se atreve
Tu bajeza á su valor;
Que entre el honor y el amor
Hay muchos montes de nieve.
Vengada quedo de tí,
Aunque quedo enamorada,
Porque olvidaré vengada;
Que el amor olvida así.
Si te acordares de mí,
Imagina que te olvido
Porque me quieras; que ha sido
Siempre error que suele hacer
Que vuelva un hombre á querer,
Pensar que es aborrecido.
TEOD. ¡Qué de quimeras tan locas,
Para casarte con Fabio!
MARC. Tú me casas; que al agravio
De tu desden me provocas.

ESCENA XVIII.

FABIO.—DICHOS.

FABIO. Siendo las horas tan pocas
Que aquí Teodoro ha de estar,
Bien haces, Marcela, en dar
Ese descanso á tus ojos.
TEOD. No te dén celos enojos
Que han de pasar tanto mar.
FABIO. En fin, ¿te vas?
TEOD. ¿No lo ves?
FABIO. Mi señora viene á verte.

ESCENA XIX.

DIANA, DOROTEA, ANARDA.—DICHOS.

DIANA. ¿Ya, Teodoro, desta suerte?
TEOD. Alas quisiera en los piés,
Cuanto más, Señora, espuelas.
DIANA. ¡Hola! ¿Está esa ropa á punto?
ANAR. Todo está aprestado y junto.
FABIO. (*Ap. á Marcela.*)
En fin, ¿se va?
MARC. ¡Y tú me celas!
DIANA. (*A Teodoro.*) Oye aquí aparte.
Aquí estoy
TEOD. A tu servicio.
DIANA. Teodoro,
Tú te partes, yo te adoro.
TEOD. Por tus crueldades me voy.
DIANA. Soy quien sabes: ¿qué he de hacer?
TEOD. ¿Lloras?
DIANA. No; que me ha caido
Algo en los ojos.
TEOD. ¿Si ha sido
Amor?
DIANA. Si debe de ser;
Pero mucho antes cayó,
Y agora salir querria.
TEOD. Yo me voy, señora mia;
Yo me voy, el alma no.
Sin ella tengo de ir;
No hago al serviros falta,
Porque hermosura tan alta
Con almas se ha de servir.
¿Qué me mandais? porque yo
Soy vuestro.
DIANA. ¡Qué triste dia!
TEOD. Yo me voy, señora mía;
Yo me voy, el alma no.
DIANA. ¿Lloras?
TEOD. No; que me ha caido
Algo, como á tí, en los ojos.
DIANA. Deben de ser mis enojos.
TEOD. Eso debe de haber sido.
DIANA. Mil niñerías te he dado,
Que en un baul hallarás;
Perdona, no pude más.
Si le abrieres, ten cuidado
De decir, como á despojos
De vitoria tan tirana:
«Aquestos puso Diana
Con lágrimas de sus ojos.»
ANAR. (*Ap. á Dorotea.*) Perdidos los dos están.
DOROT. ¡Qué mal se encubre el amor!
ANAR. Quedarse fuera mejor.
Manos y prendas se dan.
DOROT. Diana ha venido á ser
El perro del hortelano.
ANAR. Tarde le toma la mano.
DOROT. O coma ó dejo comer.

ESCENA XX.

LUDOVICO, CAMILO.—DICHOS.

LUDOV. Bien puede el regocijo dar licencia,
Diana ilustre, á un hombre de mis años
Para entrar desta suerte á visitaros.
DIANA. Señor Conde, ¿qué es esto?
Pues ¿vos sola
LUDOV. No sabeis lo que sabe toda Nápoles?
Que en un instante que llegó la nueva,
Apenas me han dejado por las calles,
Ni he podido llegar á ver mi hijo.
DIANA. ¿Qué hijo? que no te entiendo el regocijo.
LUDOV. ¿Nunca vuseñoría de mi historia
Ha tenido noticia, y que há veinte años
Que enviaba un niño á Malta con su tio,
Y que le cautivaron las galeras
De Alí-Bajá?
DIANA. Sospecho que me han dicho
Eso suceso vuestro.
LUDOV. Pues el cielo
Me ha dado á conocer el hijo mio
Después de mil fortunas que ha pasado.
DIANA. Con justa causa, Conde, me habeis dado
Tan buena nueva.
LUDOV. Vos, señora mia,
Me habeis de dar, en cambio de la nueva,

El hijo mio, que sirviéndoos vive,
Bien descuidado de que soy su padre.
¡Ay, si viviera su difunta madre!

DIANA. ¿Vuestro hijo me sirve? ¿Es Fabio acaso?

LUDOV. No Señora, no es Fabio; que es Teodoro.

DIANA. ¡Teodoro!

LUDOV. Sí, Señora.

TEOD. ¿Cómo es esto?

DIANA. Habla, Teodoro, si es tu padre el Conde.

LUDOV. Luego ¿es aqueste?

TEOD. Señor Conde, advierta
Vuseñoría...

LUDOV. No hay qué advertir, hijo,
Hijo de mis entrañas, sino solo
El morir en tus brazos.

DIANA. ¡Caso extraño!

ANAR. ¡Ay, Señora! ¿Teodoro es caballero
Tan principal y de tan alto estado?

TEOD. Señor, yo estoy sin alma, de turbado.
¿Hijo soy vuestro?

LUDOV. Cuando no tuviera
Tanta seguridad, el verte fuera
De todas la mayor. ¡Qué parecido
A cuando mozo fuí!

TEOD. Los piés te pido,
Y te suplico...

LUDOV. No me digas nada;
Que estoy fuera de mí. ¡Qué gallardía!
Dios te bendiga. ¡Qué real presencia!
¡Qué bien que te escribió naturaleza
En la cara, Teodoro, la nobleza!
Vamos de aquí; vén luego, luego toma
Posesion de mi casa y de mi hacienda;
Vén á ver esas puertas coronadas
De las armas más nobles deste reino.

TEOD. Señor, yo estaba de partida á España,
Y así me importa.

LUDOV. ¿Cómo á España? ¡Bueno!
España son mis brazos.

DIANA. Yo os suplico,
Señor Conde, dejeis aquí á Teodoro
Hasta que se reporte, y en buen hábito
Vaya á reconoceros como hijo;
Que no quiero que salga de mi casa
Con aqueste alboroto de la gente.

LUDO. Hablais como quien sois tan cuerdamente.
Dejarle siento por un breve instante;
Mas porque más rumor no se levante,
Me iré, rogando á vuestra señoría
Que sin mi bien no me anochezca el dia.

DIANA. Palabra os doy.

LUDOV. Adios, Teodoro mio.

TEOD. Mil veces beso vuestros piés.

LUDOV. Camilo,
Venga la muerte agora.

CAMI. ¡Qué gallardo
Mancebo que es Teodoro!

LUDOV. Pensar poco
Quiero este bien, por no volverme loco.
(*Vanse Ludovico y Camilo.*)

ESCENA XXI.

DIANA, TEODORO, MARCELA, DOROTEA, ANARDA, FABIO.

DOROT. Danos á todas las manos.

ANAR. Bien puedes, por gran señor.

DOROT. Hacernos debes favor.

MARC. Los señores que son llanos
Conquistan las voluntades.
Los brazos nos puede dar.

DIANA. Apartaos, dadme lugar;
No le digais necedades.
Déme vuestra señoría
Las manos, señor Teodoro.

TEOD. Agora esos piés adoro,
Y sois más señora mia.

DIANA. Salios todos allá;
Dejadme con él un poco.

MARC. ¿Qué dices, Fabio? (*Ap. á él.*)

FABIO. Estoy loco.

DOROT. (*Ap. á Anarda.*) ¿Qué te parece?

ANAR. Que ya
Mi ama no querrá ser
El perro del hortelano.

DOROT. ¿Comerá ya?

ANAR. Pues ¿no es llano?

DOROT. Pues reviente de comer.
(*Vanse Marcela, Fabio, Dorotea y Anarda.*)

ESCENA XXII.

DIANA, TEODORO.

DIANA. ¿No te vas á España?

TEOD. ¿Yo?

DIANA. ¿No dice vuseñoría:
«Yo me voy, señora mia,
Yo me voy, el alma no?»

TEOD. ¿Burlas de ver los favores
De la fortuna?

DIANA. Haz extremos.

TEOD. Con igualdad nos tratemos,
Como suelen los señores,
Pues todos lo somos ya.

DIANA. Otro me parece.

TEOD. Creo
Que estás con menos deseo:
Pena el ser tu igual te da.
Quisiérasme tu criado,
Porque es costumbre de amor
Querer que sea inferior
Lo amado.

DIANA. Estás engañado;
Porque agora serás mio,
Y esta noche he de casarme
Contigo.

TEOD. No hay más que darme:
Fortuna, tente.

DIANA. Confio
Que no ha de haber en el mundo
Tan venturosa mujer.
Véte á vestir.

TEOD. Iré á ver

El mayorazgo que hoy fundo,
Y este padre que me hallé
Sin saber cómo ó por dónde.

DIANA. Pues adios, mi señor Conde.

TEOD. Adios, Condesa.

DIANA. Oye.

TEOD. ¿Qué?

DIANA. ¡Qué! Pues ¿cómo? ¿A su señora
Así responde un criado?

TEOD. Está ya el juego trocado,
Y soy yo el señor agora.

DIANA. Sepa que no me ha de dar
Más celitos con Marcela,
Aunque este golpe le duela.

TEOD. No nos solemos bajar
Los señores á querer
Las criadas.

DIANA. Tenga cuenta
Con lo que dice.

TEOD. Es afrenta.

DIANA. Pues ¿quién soy yo?

TEOD. Mi mujer. (*Vase.*)

DIANA. No hay más que desear: tente, fortuna,
Como dijo Teodoro; tente, tente.

ESCENA XXIII.

FEDERICO, RICARDO.—DIANA.

RICAR. En tantos regocijos y alborotos,
¿No se da parte á los amigos?

DIANA. Tanta
Cuanta vuseñorías me pidieren.

FEDER. De ser tan gran señor vuestro criado
Os las pedimos.

DIANA. Yo pensé, señores,
Que las pedis (con que licencia os pido)
De ser Teodoro conde y mi marido. (*Vase.*)

RICAR. ¿Qué os parece de aquesto?

FEDER. Estoy sin seso.

RICAR. ¡Oh, si le hubiera muerto ese picaño!

FEDER. Veisle, aquí viene.

ESCENA XXIV.

TRISTAN.—FEDERICO, RICARDO.

TRIST. (*Ap.*) Todo está en su punto.
¡Brava cosa! ¡que pueda un lacaifero
Ingenio alborotar á toda Nápoles!

RICAR. Tente, Tristan, ó como te apellidas.

TRIST. Mi nombre natural es Quita-vidas.

FEDER. ¡Bien se ha echado de ver!

TRIST. Hecho estuviera,
A no ser conde de hoy acá este muerto.

RICAR. Pues ¿eso importa?

TRIST. Al tiempo que el concierto
Hice por los trecientos solamente,
Era para matar, como fué llano,
Un Teodoro criado, mas no conde.
Teodoro conde es cosa diferente,
Y es menester que el galardon se aumente;
Que más costa tendrá matar un conde
Que cuatro ó seis criados, que están [muertos,
Unos de hambre y otros de esperanzas,
Y no pocos de envidia.

FEDER. ¿Cuánto quieres?

TRIST. Y mátale esta noche.
Mil escudos.

RICAR. Yo los prometo.

TRIST. Alguna señal quiero.

RICAR. Esta cadena.

TRIST. Cuenten el dinero.

FEDER. Yo voy á prevenillo.

TRIST. Yo á matalle.
¿Oyen?

RICAR. ¿Qué? ¿quieres más?

TRIST. Todo hombre calle.
(*Vanse Ricardo y Federico.*)

ESCENA XXV.

TEODORO.—TRISTAN.

TEOD. Desde aquí te he visto hablar
Con aquellos matadores.

TRIST. Los dos necios son mayores
Que tiene tan gran lugar.
Esta cadena me han dado,
Mil escudos prometido
Porque hoy te mate.

TEOD. ¿Qué ha sido
Esto que tienes trazado?
Que estoy temblando, Tristan.

TRIST. Si me vieras hablar griego,
Me dieras, Teodoro, luego
Más que estos locos me dan.
¡Por vida mia, que es cosa
Fácil el gregeczar!
Ello en fin no es más de hablar;
Mas era cosa donosa
Los nombres que les decia:
Aztéclias, Catiborratos,
Serpalitonin, Xipatos,
Atécas, Filimochia...
Que esto debe de ser griego,
Como ninguno lo entiende,
Y en fin, por griego se vende.

TEOD. A mil pensamientos llego
Que me causan gran tristeza;
Pues si se sabe este engaño,
No hay que esperar menos daño
Que cortarme la cabeza.

TRIST. ¿Agora sales con eso?

TEOD. Demonio debes de ser.

TRIST. Deja la suerte correr,
Y espera el fin del suceso.

TEOD. La Condesa viene aquí.

TRIST. Yo me escondo; no me vea. (*Ocultase.*)

ESCENA XXVI.

DIANA.—TEODORO; TRISTAN, *oculto.*

DIANA. ¿No eres ido á ver tu padre,
Teodoro?

TEOD. Una grave pena
Me detiene; y finalmente,

Vuelvo á pedirte licencia
Para proseguir mi intento
De ir á España.

DIANA. Si Marcela
Te ha vuelto á tocar al arma,
Muy justa disculpa es esa.

TEOD. ¿Yo Marcela?

DIANA. Pues ¿qué tienes?

TEOD. No es cosa para ponerla
Desde mi boca en tu oido.

DIANA. Habla, Teodoro, aunque sea
Mil veces contra mi honor,

TEOD. Tristan, á quien hoy pudiera
Hacer el engaño estatuas,
La industria versos, y Creta
Rendir laberintos, viendo
Mi amor, mi eterna tristeza,
Sabiendo que Ludovico
Perdió un hijo, esta quimera
Ha levantado conmigo,
Que soy hijo de la tierra;
Y no he conocido padre
Más que mi ingenio, mis letras
Y mi pluma. El Conde cree
Que lo soy; y aunque pudiera
Ser tu marido, y tener
Tanta dicha y tal grandeza,
Mi nobleza natural
Que te engañe no me deja,
Porque soy naturalmente
Hombre que verdad profesa.
Con esto, para ir á España
Vuelvo á pedirte licencia;
Que no quiero yo engañar
Tu amor, tu sangre y tus prendas.

DIANA. Discreto y necio has andado:
Discreto en que tu nobleza
Me has mostrado en declararte;
Necio en pensar que lo sea
En dejarme de casar,
Pues he hallado á tu bajeza
El color que yo queria;
Que el gusto no está en grandezas,
Sino en ajustarse al alma
Aquello que se desea.
Yo me he de casar contigo;
Y porque Tristan no pueda
Decir aqueste secreto,
Hoy haré que cuando duerma,
En ese pozo de casa
Le sepulten.

TRIST. (*Saliendo.*) Guarda afuera.

DIANA. ¿Quién habla aquí?

TRIST. ¿Quién? Tristan,
Que justamente se queja
De la ingratitud mayor
Que de mujeres se cuenta.
Pues ¡siendo yo vuestro gozo,
Aunque nunca yo lo fuera,
En el pozo me arrojais!

DIANA. ¡Qué! ¿lo has oido?

TRIST. No creas
Que me pescarás el cuerpo.

DIANA. Vuelve.

TRIST. ¿Que vuelva?

DIANA. Que vuelvas.
Por el donaire te doy
Palabra de que no tengas
Mayor amiga en el mundo;
Pero has de tener secreta
Esta invencion, pues es tuya.

TRIST. Si me importa que lo sea,
¿No quieres que calle?

TEOD. Escucha.
¿Qué gente y qué grita es esta?

ESCENA XXVII.

LUDOVICO, FEDERICO, RICARDO, CAMILO, FABIO, MARCELA, ANARDA, DOROTEA.—DICHOS.

RICAR. (*Dentro.*) Queremos acompañar
A vuestro hijo.
(*Salen Ludovico, Federico, Ricardo, las damas y los criados.*)

FEDER. (*A Ludovico.*) La bella
Nápoles está esperando
Que salga, junta á la puerta.

LUDOV. (*A Teodoro.*) Con licencia de Diana,
Una carroza te espera,
Teodoro, y junta, á caballo,
De Nápoles la nobleza.
Vén, hijo, á tu propia casa
Tras tantos años de ausencia;
Verás adonde naciste.

DIANA. Antes que salga y la vea,
Quiero, Conde, que sepais
Que soy su mujer.

LUDOV. Detenga
La fortuna, en tanto bien,
Con clavo de oro la rueda.
Dos hijos saco de aquí,
Si vine por uno.

FEDER. Llega,
Ricardo, y da el parabien.

RICAR. Darle, señores, pudiera
De la vida de Teodoro;
Que celos de la Condesa
Me hicieron que á este cobarde
(*Por Tristan.*)
Diera, sin esta cadena,
Por matarle mil escudos.
Haced que luego le prendan,
Que es encubierto ladron.

TEOD. Eso no; que no profesa
Ser ladron quien á su amo
Defiende.

RICAR. ¿No? Pues ¿quién era
Este valiente fingido?

TEOD. Mi criado; y porque tenga
Premio el defender mi vida,
Sin otras secretas deudas,
Con licencia de Diana,
Le caso con Dorotea,
Pues que ya su señoría
Casó con Fabio á Marcela.

RICAR. Yo doto á Marcela.

FEDER. Y yo
A Dorotea.

LUDOV. Bien queda
Para mi, con hijo y casa,
El dote de la Condesa.

TEOD. Con esto, Senado noble,
Que á nadie digais se os ruega
El secreto de Teodoro,
Dando, con licencia vuestra,
Del *Perro del hortelano*
Fin la famosa comedia.



ACTO PRIMERO, ESCENA XV.

LAS FLORES DE DON JUAN,

Y RICO Y POBRE TROCADOS.

PERSONAS.

LA CONDESA DE LA FLOR.
DOÑA COSTANZA.
DOÑA INÉS.
DON JUAN.
DON ALONSO, SU HERMANO.
DON LUIS.
DON FRANCISCO.
LEONARDO, CAPITAN.
EL MARQUÉS ALEJANDRO.
EL VIREY.
ROSELA, CELINDA, } DAMAS.
GERMAN, LACAYO DE DON JUAN.
OTAVIO, CAMILO, } CRIADOS DE DON ALONSO.

DURANGO, ESCUDERO.
LUCIO, CELIO, RUTILIO, } CRIADOS DEL MARQUÉS.
LAURINO, ALBERTO, PISANO, } PESCADORES.
UN MERCADER.
UN PLATERO.
UN ESPADERO.
UN MORO.
UN MOZO.=UN PAJE.
MÚSICOS.=MOROS.
ALABARDEROS.=GENTE.

La escena pasa en Valencia.

ACTO PRIMERO.

Sala en casa de don Alonso.

ESCENA PRIMERA.

DON ALONSO, OTAVIO; *después*, CAMILO.

ALON. ¿Está acabado el vestido?
OTAV. Las calzas faltan, no más.
ALON. ¡Qué descuidado que estás!
(Sale Camilo.)
CAMI. El espadero ha venido. *(Vase.)*

ESCENA II.

UN ESPADERO *y* UN MOZO, *con una espada y daga dorada.*—DON ALONSO, OTAVIO.

ESPAD. Aquí está la guarnicion.
ALON. Vengais, maestro, en buen hora.
ESPAD. ¿Está á tu contento agora?
ALON. Está á mi satisfacion.
¿No está en extremo dorada,
Otavio?
OTAV. Bien merecia
La hoja esta cortesía.
Sácala.
ESPAD. ¡Linda!
ALON. ¡Extremada!
ESPAD. ¡Vive Dios, que es un diamante!
ALON. Aun el diamante es comun;
Que espada de Salagun
No ha de tener semejante.
OTAV. Esta bien se ve que es suya.
ESPAD. Lo menos las letras son.
ALON. Ella da satisfacion.
ESPAD. Y mucho más siendo tuya.
Cortará un hombre.
OTAV. Es famosa.
ESPAD. Cortará en el mismo viento
La bolsa de un avariento,
Aunque no hay tan dura cosa.
ALON. Pues no lo direis por mí;
Que no gasto mal mi hacienda.
ESPAD. Antes haceis que se extienda,
Señor, vuestra fama ansí;
Que aunque sois gran caballero
Y acabado de heredar,
Más grande os hace el gastar
Liberalmente el dinero.

ESCENA III.

CAMILO, *y después*, UN PLATERO.—DICHOS.

CAMI. El platero quiere verte.
ALON. ¡Cómo luce el dinerillo!
(Vase Camilo y sale el Platero.)
PLAT. Aquí traigo el cabestrillo.
ALON. Muy bueno está desta suerte.
PLAT. ¿Están los esmaltes bien?
ALON. A mi gusto agora están,
Porque desta suerte van
Descubriéndose tambien
Los diamantes, y mejor
Se casan las dos colores. *(Vuelve Camilo.)*
CAMI. Seis muestras trae mejores
El calcetero, Señor.
ALON. Al juego de la pelota
Di que las llevo esta tarde,
O que un instante se aguarde.
OTAV. ¡Lo que brilla y alborota
Una fiesta de San Juan!
ALON. ¿Salen bien los capitanes?
PLAT. Mañana hay bravos galanes,
Porque de joyas lo van.
ALON. ¡Qué bien parece en Valencia
Ir al mar sus compañías!
PLAT. Alegres son estos dias.
ALON. Importa su diligencia,
Porque los moros de Argel
Sepan que se ha de guardar
Con este cuidado el mar,
Y que hay gigantes en él.
Despacha, Otavio, á los dos:
Lo que te pidieren da.
OTAV. Maestros, entren acá.
ESPAD. Mil años os guarde Dios.
PLAT. Veais con aquestas galas
Muchos dias de San Juan;
Que en esos años serán
De tus pensamientos alas.
(Vanse Otavio, el espadero, el platero y el mozo.)

ESCENA IV.

EL CAPITAN LEONARDO, DON LUIS, DON FRANCISCO.—DON ALONSO, CAMILO; OTAVIO *vuelve después.*

LEON. Aun no se habrá levantado,
Si anoche salió á rondar.
ALON. Bien me suelo levantar
La noche que no he jugado;
Que esa es ronda para mí
Que hasta el alba me desvela.
LUIS. ¿Vistes anoche á Rosela?
ALON. Anoche á Rosela ví;
Mas cánsame, vive Dios,
El verla entre tantas viejas,
De mis agüeros cornejas.
FRANC. ¿Muchas os parecen dos?
ALON. Cuando Dios las repartiera
Entre la tierra y el mar,
Habia para cansar
Otros mil mundos que hubiera.
LEON. Una república habia
Que grandes perros criaba
A quien los viejos echaba.
ALON. Pues muy bárbara seria;
Aunque todas son consejas.
LUIS. Son caractéres parejos,
A y *o*; que dijo *viejos*,
Y habia de decir *viejas*.
FRANC. Un hombre viejo es muy grave,

Muy venerable, y provoca
A respeto: al fin le toca
La confianza, la llave,
La dignidad, el oficio,
Y todo lo que es gobierno;
Mas una vieja...
ALON. ¡En qué infierno
Os meteis, de puro vicio!
Yo solo puedo quejarme;
Que para llegar á ver
A Rosela, he menester
En mil viejas anegarme.
Una me pide el vestido,
Otra el regalo, otra quiere
Dinero seco, otra muere
Por contarme lo que ha sido:
Su hermosura, sus galanes;
Que don Gazmio la sirvió,
Y que don Diablo se entró
Allá por unos desvanes.
Cuentos tan impertinentes,
Que sin sentido me deja.
LEON. ¡Qué cosa es ver una vieja
Con más historia que dientes!
FRANC. ¡Desdichado del que pasa
Por mil viejas á su gusto!
ALON. Solo en nombrallas me asusto.
LUIS. No muy lejos de su casa
Hay unas mozas famosas:
Caza que yo descubrí.
ALON. ¿Hay para todos?
LUIS. No y sí.
ALON. ¿Son hermosas?
LUIS. Muy hermosas.
ALON. ¿Cantan?
LUIS. Ni por pensamiento.
ALON. ¿Piden?
LUIS. No dan pesadumbre.
ALON. ¿Son muy bobas?
LUIS. Ni por lumbre.
ALON. Pues ¿qué intentan?
LUIS. Casamiento.
ALON. ¡Guarda la cara!
LUIS. A los bobos.
FRANC. Hazte acá, necio.
LUIS. ¡Braveza!
ALON. En tocándome esa pieza,
Brinco, salto, y doy corcovos.
LEON. A la noche habeis de ver
De cierta viuda al fresco,
Con más color que un tudesco,
El inmortal parecer.
LUIS. ¿De ese vocablo te vales?
ALON. Cierto amigo de sus famas,
Las que há dias que son damas,
Las llama las *inmortales*.
LEON. Algo tiene esta señora
De aquesa inmortalidad,
Porque compite su edad
Con la historia de Zamora.
Pero la buena alegría
Del rostro, y el estirallos,
Cubre ciertos perigallos
Que la edad antigua cria.
LUIS. ¿Qué tenemos en romance
Por *perigallos*?
LEON. Las quiebras
Que hace el rostro.
FRANC. Si celebras
Mujer que va dando alcance
A la cuarentigia edad,
Como si fuese escritura,
Lisarda es alta figura:
Allá esta noche cenad,
Y os dará en donaire y brio,
Aseo, gala y limpieza
Lo que le falta en belleza.
ALON. De vuestras trazas me rio.
Esas damas ya pasadas
¿Para qué las quiero yo?
Que no sé quién las llamó
Difuntas embalsamadas.
Vamos al vuelo y paremos
Donde quisiere la caza. *(Vuelve Otavio.)*
FRANC. Dad en lo presente traza.
LUIS. Paréceme que juguemos.
ALON. Por mí, aquí estoy.
FRANC. Capitan,
¿Jugareis?
LEON. Si jugaré.
ALON. ¿Pintaremos?
LUIS. No.
ALON. ¿Por qué?
LUIS. Porque es tarde, y nos darán
Las pintas mala comida.
FRANC. La polla podeis jugar.
ALON. Como la suele pelar,
A la polla nos convida.
LEON. Ea, que polla ha de ser.
FRANC. ¿De á cómo?
LUIS. A doblon.
FRANC. ¡Braveza!
ALON. Entrémonos á la pieza
Donde solemos comer.
¡Hola! Naipes.
CAMI. Aquí están.
LEON. Quien burro hiciere que pague.
LUIS. De juego que el gusto estrague,
Dios os libre, capitan.
LEON. Yo bien tomara los dados;
Mas quiérome entretener.
(Vanse don Alonso, Leonardo, don Luis y don Francisco.)
OTAV. Estos aquí han de comer.
CAMI. No hay platos aderezados.
OTAV. Haz que añadan dos ó tres:
Dos carne y uno pescado.
CAMI. Voy.
OTAV. Di que tengan cuidado.
(Vase Camilo.)
Extraña la vida es
De un mozo rico y soltero,
Que desfrenado corre. (a)

(a) En otras: «De un mozo rico y soltero. ¡Qué desenfrenado que corre!»

ESCENA V.

DON JUAN, *con vestido de bayeta, galan, aunque pobre*; GERMAN.—OTAVIO.

JUAN. Si agora no me socorre,
Irme de Valencia quiero.
GERM. Mal pasarás sin tener
Un vestido de galan
Para el dia de San Juan,
Si es que ya se puede hacer.
JUAN. Déme mi hermano el dinero,
Si es que me le quiere dar,
(Que es más fácil conquistar
En la China un reino entero);
Que esta noche basta.
GERM. (*Ap. á don Juan.*) Aquí
Está el mayordomo.
JUAN. Aguarda.
GERM. ¿Qué tiemblas? Qué te acobarda?
JUAN. La desdicha en que nací.—
Señor Otavio...
OTAV. Don Juan...
JUAN. ¿Qué hace mi hermano?
OTAV. Juega.
GERM. (*Ap.*) ¡A qué lindo tiempo llega!
JUAN. ¿Con quién?
OTAV. Con el capitan
Leonardo, con don Luis
Y don Francisco.
JUAN. ¿Son dados?
OTAV. Juego es de mil ducados,
Si en los tantos advertis,
Aunque es polla la que juegan.
JUAN. ¿Es á escudo?
OTAV. Es á doblon.
JUAN. Muy entretenidas son.
OTAV. Tambien pican, tambien ciegan.
JUAN. Quisiera, señor Otavio,
Que para vestir me deis;
Que ando agora... ya me veis...
Y es de don Alonso agravio
Que salga un hermano suyo
Tal en dia de San Juan;
Que yo pobre y él galan,
Lo que han de decir arguyo
De verle y de verme á mí;
Que para tanta riqueza,
Es notable la pobreza
En que me trae.
OTAV. Es ansi;
Pero él me tiene ordenado
Que aun para medias no os dé
Sin avisarle.
JUAN. ¿Por qué?
¿Soy algun bastardo echado
A la puerta de su casa?
¿Soy falto de entendimiento?
¿Soy hombre sin fundamento?
¿Deshónrole yo?
OTAV. Esto pasa.
JUAN. ¿Qué bajezas hago yo?
¿En qué malas compañías
Me ha visto andar estos dias?
OTAV. Esto, don Juan, me mandó.
JUAN. Pues es ya mucha crueldad...
Tan buen padre y madre fueron
Los que esta sangre me dieron,
Como á él la suya.
OTAV. Es verdad;
Pero aun hay causas más grandes.
Quisiera (y fuera mejor)
Don Alonso, mi señor,
Que os fuérades vos á Flándes,
Donde al cabo de seis años
El Rey un hábito os diera.
JUAN. No me hableis desa manera.
OTAV. Allá, en los reinos extraños,
No están los segundos mal;
Si en la patria, pues nacieron
Después.
JUAN. Los primeros ¿fueron
De sangre más natural
Para que sean los reyes,
Y sus esclavos los otros?
OTAV. No lo juzguemos nosotros:
Esto disponen las leyes.
No quisiera vuestro hermano
Veros ocioso en Valencia.
JUAN. ¿Oféndele mi presencia?
¿Tánto le gasto?
OTAV. En mi mano
Quisiera yo que estuviera;
Ya sabeis vos mi deseo.
JUAN. ¿A Flándes? ¡Lindo rodeo!
Ya sé yo lo que él quisiera:
Que me quitaran allá
La vida de un mosquetazo,
Por quitarle el embarazo
Que conmigo tiene acá,
¡A que un hábito pretenda
Me envia!
OTAV. ¿Y es maravilla?
JUAN. Pues ¿dame dado ropilla
Adonde el hábito extienda?
¿Es cruz de saludador,
Que en la calle he de ponella?
Vaya él á pretendella,
Que podrá honralla mejor;
Que no es bien que hábito en mí
Parezca cruz en rincon.
Juega el tanto de á doblon,
¡Y deja á su hermano ansí!
¿Fuera mucho de barato
Vestirme para San Juan?
Cuando él anda tan galan,
¡Es conmigo tan ingrato!
Para Pascua ¿no decia
Que á mí y á un pobre criado,
Que me sirve por honrado,
Dos vestidos me daria?
Y en San Juan roto me vois.
GERM. Aquí lindo lugar tiene,
«Si para Pascua no viene,
A San Juan me aguardaréis.»
Pardiez, señor mayordomo,
Que es terrible este señor,
Puesto que hermano mayor,

Y que yo no entiendo cómo
A su hermano trata ansí.
OTAV. ¿Vos tambien, picaño, hablais?
GERM. El nombre que me llamais
Me viene muy bien á mí;
Pues que le tiene don Juan,
Porque su hermano lo quiere.
OTAV. Don Juan, esto se refiere
A que es órden que me dan.
Yo hablaré por vos en esto,
Y si él lo manda, se hará. (*Vase.*)

ESCENA VI.

DON JUAN, GERMAN.

JUAN. ¿No ves con lo que se va?
GERM. Descolorido te has puesto.
JUAN. Cuando te llamó picaño,
Quise la espada sacar,
Y de sus carnes cortar,
Con que te vistieras, paño.
¡Hay desvergüenza como esta!
Hay estado de hombre honrado,
Que á tal punto haya llegado,
Ni escuchado tal respuesta!
«Yo hablaré por vos en esto,
Y si él lo manda, se hará.»
GERM. Este sirve en fin, y está
A la obediencia dispuesto.
Terrible cosa es oir
A un escudero cruel,
Que, preciado de fiel,
Suele un señor consumir:
«Eso me tiene mandado:
No puedo desto exceder;
Es órden; no puedo hacer
Más de lo que está ordenado;»
Y otras frialdades así,
Espetadas en un palo.
JUAN. No hubiera sido muy malo
Que se acordara de mí,
Dándole algunos, German.
GERM. Desapasiona, Señor,
Ese ingenio, ese valor,
Que como niños están
En paños de la fortuna;
Deja que el tiempo los crie.
JUAN. ¿Habrá tiempo en que confie
De mi mal mudanza alguna?
GERM. Conténtate con que el cielo
Te ha hecho gallardo y sabio.
La pobreza no es agravio.
¡Vive Dios, que me consuelo
Cuando voy detrás de ti,
Y dicen: «¡Qué talle y cara!
¡Que este mozo no heredara,
Y no aquel tonto!»
JUAN. ¡Ay de mí!
GERM. ¡Ay del turco, y ay de quien
Lleva la fortuna en popa,
Si en algun escollo topa,
O da la barca vaiven!
Biete; y para olvidarte,
Juega tú tambien un poco.
JUAN. ¿Yo? ¿Qué ó con quién? ¿Estás loco?
GERM. Dineros tengo que darte.
Ves aquí de la racion
No sé cuántos dinerillos.
JUAN. Pobreza y tristeza, grillos
De la edad dicen que son.
Quiero estar pobre, y no triste.
De dos males el menor.
GERM. Ea, siéntate, Señor.
JUAN. Donaire, por Dios, tuviste.
Pues ¿con quién he de jugar?
GERM. Conmigo.
JUAN. ¿Contigo?
GERM. Sí.
JUAN. ¿Qué hará quien me viere aquí
Jugar contigo?
GERM. Callar.
Como el sacar los aceros
Con el que diere ocasion,
Así el jugar es razon
Con quien trajere dineros.
JUAN. Entra por una baraja;
Que no pocas hay allá.
GERM. Aquí la baraja está,
Y el jugador de ventaja.
JUAN. ¿En el pecho la traias?
GERM. Pues ¿hay almilla ni grana
De más provecho? Mañana
Te la pongo: no te rias.
JUAN. Arrastra el bufete aquí,
Y en las dos sillas sentados,
Juguemos nuestros cuidados,
Por ver si los pierdo así.
GERM. ¿A qué habemos de jugar?
JUAN. Al triunfo.
GERM. Barajo y doy.
(*Siéntanse á jugar.*)

ESCENA VII.

ROSELA y CELINDA, *con mantos.*—DON JUAN y GERMAN, *jugando.*

ROSE. ¿Pierdo acaso de quien soy
Porque le vengo á buscar?
CELIN. (*Ap. á Rosela.*) Tápate bien: que hay aquí
Quien te puede conocer.
ROSE. ¿Juegan?
CELIN. Sí.
ROSE. ¿Quién puede ser?
CELIN. ¿Es don Juan, su hermano?
ROSE. Sí.
CELIN. ¡Gentil flema!
ROSE. ¡Lindo ensayo!
Él aprende en buena escuela.
CELIN. Por vida tuya, Rosela,
Que juega con su lacayo.
ROSE. Tan divertidos están,
Celinda, que no nos ven.
CELIN. ¡Que en tan bajo punto estén
Las cosas deste galan
Por la crueldad de su hermano!
JUAN. ¿Renuncio?

GERM. No renuncié;
Que siempre espadas jugué,
Y esta me queda en la mano.
JUAN. Seis bazas hice.
GERM. Yo tres.
ROSE. ¡Que un hombre tan principal
Trate á su hermano tan mal!
CELIN. Lástima por cierto es.
GERM. Déme cartas.
ROSE. ¿Juegan plata?
CELIN. Ni aun cobre pienso que ví.
ROSE. Don Juan se entretiene así;
Es pobre, y con pobres trata.
CELIN. ¿No tiene gallardo talle?
ROSE. Y extremado entendimiento.
CELIN. El verle tan pobre siento.
ROSE. Yo no me atrevo á miralle.
CELIN. A este hombre quisiera yo,
Y me vendiera por él.
ROSE. ¿Quieres que hablemos con él?
GERM. La malilla.
CELIN. ¿Por qué no?
JUAN. Serviré con esta sota.
ROSE. Tómalo por mal agüero.
CELIN. Nunca, Rosela, si quiero,
Eso que ves me alborota.
GERM. ¿Hay oros?
JUAN. A quien le sobre.
GERM. Oros juego.
JUAN. No he tenido
Oro en mi vida.
GERM. Y yo he sido
Hasta en los de naipes pobre.
¿Hay caballo por ahí?
JUAN. ¿Cuándo tuve yo caballo?
CELIN. Turbada estoy de mirallo.
ROSE. Pues yo le hablaré por ti.
(*Llégase á ellos.*)
¿Quiéreme vuesamerced,
Señor don Juan, dar barato?
GERM. (*Ap.*) ¡Damas!
JUAN. (*Ap.*) ¡Pesia al tiempo ingrato!
ROSE. Si ganais, haced merced
A dos servidoras vuestras.
JUAN. Por Dios, señoras tapadas,
Que me piden engañadas;
Si no, díganlo las muestras.
¿Solas en Valencia son
De mis cosas peregrinas? (*a*)
GERM. Pienso que son tus vecinas.
JUAN. Pues si es burla, no es razon.
CELIN. Antes somos forasteras.
JUAN. Pues forasteras ó no,
Barato les daré yo,
Sea de burlas ó de véras:
Tomen lo que entre los dos
Tenemos. Bien hay tres reales;
Mas no sé si están cabales.
Pero les prometo á Dios
Que es más que darles mi hermano
Tres mil escudos.
CELIN. Creed
Que me haceis mayor merced.
GERM. (*Ap. á su amo.*) ¿Tomáronlo?
JUAN. Con la mano.
GERM. (*Ap.* A fe que son cortesanas.
¡Pobre German, hoy no cenas!
¡Tres reales! (*Ap. á don Juan.*)
JUAN. ¿Esto condenas?
GERM. ¡Qué busconas tan humanas!
CELIN. Don Juan, vos nos habeis dado
Barato...
JUAN. Cuanto tenia
Os dí; que la suerte mia
No pinta mejor mi estado.
Creed que si mundos fueran
Llenos de diamantes y oro,
Era pequeño tesoro
Para que mis manos dieran.
CELIN. Estamos agradecidas,
De suerte...
JUAN. Tendreis por loco
Quien esto da.
CELIN. Que son poco
Mil mundos de almas y vidas
Para poderos pagar.
Desta bolsilla os servid.
JUAN. Mucho me corro.
CELIN. Advertid
Que esto se puede tomar,
Después que un hombre le ha dado
A una mujer cuanto tiene.
Con cien escudillos viene,
Que es de lo que me ha pesado;
Pero si otra vez nos vemos,
No faltarán otros tantos.
JUAN. (*Ap. á German.*) ¿Tomarélos?
GERM. Toma cuantos
Te dieron. ¡Lindos extremos!
JUAN. Tomaré, señora mia,
A cambio de voluntad
Este dinero, y fiad
Que vuelva el doble algun dia;
Que agora quiero poner
Pleito de mis alimentos.
CELIN. Pagad vos mis pensamientos,
Que es lo que yo he menester.
JUAN. Descubrid, por vida mia,
De ese cielo alguna estrella.
ROSE. No lo hayais todo con ella;
Que tambien parte querria
De vuestro agradecimiento.
JUAN. De quien me regala soy.
ROSE. Yo estas sortijas os doy
Con el mismo pensamiento.
JUAN. (*Ap. á German.*) ¿Tomarélas? Di, German.
GERM. ¡No, sino el alba! Si puedes,
Desnúdalas.
JUAN. Mil mercedes
Me haceis.
ROSE. Vos sois tan galan,
Que entre damas de buen gusto
Os habian de dar galas.
JUAN. Solas están estas salas;
No hay quien os vea, y es justo
Que los rostros descubrais.

(a) ¿Solo ustedes, en Valencia, ignoran mis infortunios?

ROSE. Eso no; tened la mano.
Prenda soy de vuestro hermano.
GERM. Si á don Alonso buscais,
Entrad; que jugando está,
Y lo dado esquitareis.
JUAN. (*A Celinda.*) Vos, que no lo sois, podeis
Descubriros.
CELIN. Tarde es ya.
A quien deseastes ver,
Que os haga, don Juan, favor.
JUAN. ¿Celos?
CELIN. ¿Cómo sin amor?
JUAN. Condicion debe de ser.
(*Vanse Rosela y Celinda.*)

ESCENA VIII.

DON JUAN, GERMAN.

GERM. Las dos se han entrado allá.
JUAN. Éntrense donde quisieren.
GERM. ¿Quién serán?
JUAN. Sean quien fueren.
Yo tengo dineros ya
Para salir más galan
Que el sol, de San Juan el dia.
GERM. ¡Qué dicha!
JUAN. No como mia.
GERM. Siendo mañana San Juan,
¿Cómo te harán el vestido?
JUAN. Como eso puede el dinero:
Vestirme de blanco quiero.
GERM. De blanco saldrás lucido;
Pero ¿habrá en los cien escudos?...
JUAN. Con las sortijas si habrá.
GERM. ¡Cuál tu hermano quedará
Y sus amigotes!
JUAN. Mudos.
GERM. Pero advierte que no excusas
De vestirme á mí tambien;
Porque solo no vas bien.
JUAN. Invoca, German, las musas.
GERM. ¿Díceslo por estas damas?
Pues ¿no era mio el dinero?
JUAN. Vestirte de nuevo quiero.
GERM. Eres Juan, gracia te llamas.

ESCENA IX.

DON ALONSO, LEONARDO, DON LUIS, DON FRANCISCO.—DICHOS.

ALON. No sé, por Dios, quién son.
LEON. ¿Para qué es eso?
Perder y levantaros no es sin causa,
Y no sabiendo vos picaros, poca.
LUIS. Pues á fé que lo estábades, y tanto,
Que menos que las damas que vinieron,
No fuera el mundo parte á levantaros.
FRANC. Vuestro hermano está aquí.
ALON. ¡Linda figura!
LEON. Mal haceis en tratarle desta suerte.
ALON. Váyase á Flandes; ¿qué hace aquí mi hermano?
Sirva, pretenda, como lo hacen otros.
Venga con dos balazos, aunque traiga
El cuerpo en dos muletas, y esté cierto
Que le traeré en carroza y daré galas;
Pero en Valencia haciendo picardías...
LUIS. No quiero que digais que las costumbres
De don Juan no son buenas.
ALON. ¿Buenas?
LUIS. Tanto,
Que es tenido por hombre virtuoso.
ALON. Tal tenga la salud quien eso dice.
LUIS. Otavio me ha pedido que os suplique
Vistais á vuestro hermano; que mañana
Es dia de salir como segundo
De vuestra casa.
ALON. Gracia tiene Otavio.
LUIS. ¿Erró mucho en echarme por tercero?
ALON. No lo he de hacer, á fé de caballero.
(*Vase.*)

ESCENA X.

DON JUAN, LEONARDO, DON LUIS, DON FRANCISCO, GERMAN.

FRANC. En hablándole en esto, se apasiona.
LEON. Pienso que tiene envidia á su persona.
LUIS. Bien la puede tener.
GERM. (*Ap. á su amo.*) Tu hermano es ido.
JUAN. Hablar quiero con estos caballeros.—
¿Quién de vuesas mercedes ha perdido?
LEON. Todos hemos ganado, y solamente
Vuestro hermano ha perdido.
JUAN. No me pesa.
FRANC. Barato os quiero dar.
LUIS. Yo haré lo mismo.
LEON. Y yo tambien, aunque he ganado poco.
JUAN. Parece que limosna os he pedido;
Y tal estoy, que pienso que la pido.
Yo he menester que el capitan Leonardo
Un caballo me preste, porque quiero
Salir al Grao el alba de mi nombre.
LEON. Yo os daré el blanco, y siempre que se
(ofrezca,
Están él y otros dos para serviros.
JUAN. Besoos las manos por merced tan grande.
No me atrevo á pedírselo á mi hermano,
Porque conmigo ha dado en ser tirano;
Y atrévome á pedíroslo, seguro (cho.
De la merced que siempre me habeis he-
LEON. Ya estais de lo que os quiero satisfecho.
LUIS. Don Alonso tendrá dos convidadas,
A lo que pienso, y no querrá testigos;
Yo convido á don Juan.
JUAN. Résoos las manos.
LUIS. Y á los demás tambien.
Por mí, yo acepto.
LEON. FRANC. Y yo, porque comamos juntos.
LUIS. Vamos.
GERM. (*Ap.*) Dios me ha venido á ver; que en el
Comiera mucho hueso, palo y pelo. (tiempo
(*Vanse.*)

Playa y muelle de Valencia; mar en el fondo y buques.

ESCENA XI.

LA CONDESA DE LA FLOR, *con capa con oro y sombrero con plumas;* DOÑA COSTANZA Y DOÑA INÉS, *con capotillos y sombreros;* DURANGO, UN PAJE.

COND. (*Dentro.*) Parad el coche, parad;
Que al muelle subir queremos.
COST. (*Dentro.*) Muy poco lugar tendremos;
Que hay genie de la ciudad.
INÉS. (*Dentro.*)No importa; lugar darán.
(*Salen.*)
COST. ¡Hay tal vista!
COND. ¡Hay tal frescura!
INÉS. Añade al mar hermosura
La mañana de San Juan.
DURAN. Tales mañanas como estas
Andan moros por aquí.
COND. ¿Visteislos vos?
DURAN. Yo los ví,
Más de guerra que de fiestas;
Mas por esto el Grao se guarda,
Y andan por él estos dias
Tan lucidas compañías
Haciendo cuerpo de guarda.
Llegan cerca de Valencia,
Y dan vaya á los soldados.
COST. Buenos barcos.
INÉS. Extremados.
Todo tiene diferencia.
COND. Las aguas se están riendo.
DURAN. Mejor se riera el vino,
Con un pernil de tocino.
INÉS. ¿Siempre habeis de estar bebiendo?
DURAN. De aquesta salada balsa
¿Puede tal cosa decirse?
Bien puede el agua reirse,
Pero será risa falsa.
Mas cuando se ríe el vino,
Riese de corazon;
Que sus alegrías son
Que en él se embarque un tocino.
¿Qué armada en vino se anega?
Qué flota en él se perdió?
COND. Aquí me sentara yo.
COST. Hola, aquella alfombra llega.
(*El paje extiende una alfombra.*)
INÉS. Bello sitio el desta puente.
COST. Remata dentro del mar.
DURAN. Desde aquí podeis mirar
Toda Berbería enfrente.
COND. Anoche se viera bien;
Que en Argel luces habria.
INÉS. ¿Sabeis vos la Berbería?
DURAN. Y aun la he pisado tambien.
INÉS. ¿Cómo? ¿Decendeis de moros?
DURAN. ¡Arre allá! Soy montañés;
Mas fuí dos años ó tres,
Por novillos ó por toros,
A las galeras de España.
INÉS. ¿Por delito?
DURAN. ¿Otra cañita?
Era el capitan Zurita
Mi pariente.
INÉS. ¡Cosa extraña!
DURAN. Pues yo de véras lo tomo.
INÉS. Pues si Zurita consiente
Que seais vos su pariente,
¿Qué mucho que seais palomo?
DURAN. Argel, Túnez y Bugía
Hácia aquella parte están.
Adelante Mostagan,
Siguiendo de Oran la via.
Luego Melilla y Bocmar,
Fez queda dentro, y enfrente
Aquel estrecho eminente
Que llaman de Gibraltar.
INÉS. Y la sierra de las monas,
¿No cae cerca de ahí?
DURAN. No suelen hablarme á mí
Otras tan nobles personas
Desa suerte, y he servido
En Castilla y Portugal.
INÉS. Yo no lo he dicho por mal.
COND. Muy presto os habeis corrido,
Para ser tan cortesano,
Y ser alba de San Juan.
DURAN. Pues si de burlas están,
Digan, y tendréles mano.
COST. Coche de música viene;
Que hay grande grita y rüido.
Casi en el mar se han metido;
Será porque mejor suene.
(*Grita y alegría dentro.*)

ESCENA XII.

MÚSICOS, *dentro.*—DICHOS.

MÚSICA. (*Cantan dentro con sonajas.*)
Salen de Valencia
Noche de San Juan
Mil coches de damas
Al fresco del mar.
COND. Bien responden las orillas.
COST. El eco aprende á cantar.
DURAN. Por Dios, que estoy por bailar,
Segun hace el son cosquillas.
MÚSICA. (*Dentro.*)
¡Cómo retumban los remos,
Madre, en el agua,
Con el fresco viento
De la mañana.
DURAN. Harto mejor retumbáran,
Al fresco vino sutil,
Los remos de un buen pernil.
¡Oh nunca de agua cantáran!
MÚSICA. (*Dentro.*)
Despertad, señora mia,
Despertad,
Porque viene el alba
De señor san Juan.
COND. Caballeros van viniendo...
A caballo algunos van.
INÉS. ¿Correrán?

COST. No correrán.
COND. Algunos voy conociendo.
COST. Don Francisco y Don Lüis
Son los de pardo y morado.
COND. ¿Quién es aquel de encarnado?
INÉS. El capitan Don Dionís.
Galan viene de pajizo
Don Alonso.
COST. Está heredado.
COND. Al galan de lo leonado
Mi color le satisfizo.
INÉS. Trompetas hay en el mar.
DURAN. Moros son de Berbería.
COND. ¿Qué dices?
DURAN. Vusiñoría
Se puede segura estar;
Que no llegarán aquí,
Ni á pieza estar osarán.
INÉS. No hay mañana de San Juan
Que estos no vengan así.

ESCENA XIII.

MOROS, *en dos fragatas, tocando trompetas y cajas.*—DICHOS.

UN MORO. ¡Ah cristianos de Valencia,
Los que estar holgando al Grao
El mañanica de Juan!
Escuchalde el que te hablamos.
Yo ser Celin de Marrócos,
Y en Castilia haber estado
Cautivo de un cristianilio
Que llamar hijo de galgo.
Escapamus del prision,
Gracias, Mahoma, melagro;
Que valemos setecientos,
E costamos mil ducados.
Por todo el bon tratamento,
Os envio este regalo.—
Despara, démosles grita.
TODOS LOS MOROS. ¡Ah veliacos, ah veliacos!
¡Ah galinias, picarilios!
Vivir torco mochos anios.
(*Disparan los moros; contéstanles desde tierra, y viran de bordo.*)

ESCENA XIV.

LA CONDESA, DOÑA COSTANZA, DOÑA INÉS, DURANGO, UN PAJE.

COND. Presto la espalda volvieron.
COST. Tal pieza les dispararon.
INÉS. Retumbando queda el mar.
DURAN. Brava grita nos han dado.
¡No estuviera aquí un marqués
De Santa Cruz, un gallardo
Conde de Niebla, un don Pedro
De Toledo, un Oria, un Cárlos!
COST. Vuelve, Condesa, los ojos.
COND. ¿Quién es aquel de lo blanco?
COST. Apostaré que es don Juan.
COND. ¿Quién?
COST. De don Alonso hermano.
COND. ¿Aquel pobre caballero,
Que envuelto en bayeta, ha dado
En ser tumba de su alma?
COST. El mismo.
COND. ¡Notable caso!
¿Quién le ha dado de vestir?
INÉS. Quizá lo pidió prestado.
COND. No hay vez que venir le vea,
Envueltos los pobres brazos
En el pelado herreruelo
Que fué bayeta y es raso,
Que entre la risa no tenga
Dél lástima, y de su hermano
Queja.
COST. ¡Qué gallardo viene,
Él blanco, y blanco el caballo?
INÉS. Si tuviera qué vestirse,
Yo sé bien que más de cuatro
Tuvieran envidia de él.
COND. Enviémosle un recado.
COST. ¿Cómo?
COND. Agora lo vereis.
COST. Por el muelle viene entrando.
INÉS. ¿Burla quieres hacer del?
COND. ¿Qué importa? Escuchad, Durango.
Decid á don Juan de Fox
Que le ruego, ó le rogamos,
Que por ese puente al mar
Ponga espuelas al caballo.
DURAN. Pues ¿ha de correr el otro?
¿No veis que en llegando al cabo,
Ha de caer en el mar,
Y podrá hacerse pedazos?
COND. Haced vos lo que yo os digo.
¿No entendeis que nos burlamos?
DURAN. Yo voy. (*Vase.*)

ESCENA XV.

LA CONDESA, DOÑA COSTANZA, DOÑA INÉS, EL PAJE.

COND. Con esta ocasion,
Vereis como viene á hablarnos.
COST. ¿No es lástima que sea pobre
Un hombre tan bien hablado
Y de tan linda persona?
COND. El cielo no le hace agravio;
Que es suyo, y dalo á quien quiere;
Que no puede ser forzado.
A un pobre hará gentilhombre,
Y á un feo discreto y sabio.
(*Suenan dentro cascabeles y ruido de un golpe en el mar.*)
¿Qué es aquello?
COST. Que corrió,
Luego en dándole el recado,
Y como remata el puente
En el mar, hombre y caballo
Se han sumergido en sus ondas.
COND. El hecho ha sido gallardo; (*Levantanse.*)
Mas no quisiera, si muere,
Habérselo yo mandado.
INÉS. Que morirá no lo dudes.

COND. Pues anegaréme en llanto,
Como él en agua del mar.

ESCENA XVI.

GENTE; *y luego,* DURANGO.—DICHOS.

GENTE. (*Dentro.*) ¡Gran lealtad!
UNO. (*Dentro.*) ¡Suceso extraño!
Aquí ayuda.
OTRO. (*Dentro.*) Vivo está. (*Sale Durango.*)
DURAN. ¡Cuán mejor que de Alejandro
Este caballo merece
Sepulcro de jaspe y mármol!
COND. ¿Qué es eso, amigo?
DURAN. Señora,
Apenas di tu recado,
Cuando poniéndole espuelas,
Batió al caballo los lados.
Corrió al puente, y dél cayó
Furioso en el mar, que, alzando
Blancas espumas al cielo,
Tiró al sol vidrios quebrados.
Mas dentro de breve tiempo
Él y don Juan asomaron
Por el agua las cabezas,
Uno hablando, otro bufando.
Con la boca y las narices
Agua arrojaba el caballo;
Don Juan voces animosas,
A su cerviz abrazado.
A la orilla con el hombre
Salió el caballo nadando,
Donde algunos pescadores,
Que estaban atando un barco,
Ayudados de otra gente,
A sus chozas le han llevado,
Que están de la orilla cerca,
Y allí le están desnudando.
COND. Hacedme placer, amigo,
Que volvais á visitarlo,
Y de mi parte le deis
Este herreruelo aforrado
Para que se abrigue agora;
Que cuando á casa volvamos,
Yo le enviaré que se vista.
DURAN. Dios te guarde. Voy volando. (*Vase.*)

ESCENA XVII.

LA CONDESA, DOÑA CONSTANZA, DOÑA INÉS, EL PAJE.

COND. ¡Hola, cochero!
COST. ¿No quieres
Gozar del fresco?
COND. Hame dado
El suceso pesadumbre.
COST. Pues ¿qué quieres?
COND. Que nos vámos.
COST. Tienes razon de estar triste.
Si muere don Juan...
COND. Pensando
Que me burlara con él,
Me ha pesado de su daño.
INÉS. ¿Qué importa que muera un pobre?
¿Tú no miras que es sacarlo
Del purgatorio del mundo?
COND. Ser la causa importa, y tanto,
Que estoy en la obligacion
De atender á su regalo;
Y si, como soy condesa
De la Flor, aunque mi estado
Está en Italia, una dama
Fuera humilde...
COST. Dilo.
COND. Callo,
Porque nunca de imposibles
Se pagan pechos gallardos. (*Vanse.*)

Cabaña de pescadores á la orilla del mar.

ESCENA XVIII.

DON JUAN, *mojado*; GERMAN, LAURINO, ALBERTO Y PISANO.

ALBER. Sin asco podeis dormir
Un rato en aquesta cama.
JUAN. No me teneis que advertir.
GERM. Pensará que gana fama
En no quererla admitir.—
Mira que es bastante el susto.
JUAN. German, déjame; que gusto
De enjugarme el agua ansí.
GERM. ¿Quiéreste morir aquí?
JUAN. Necio, no me dés disgusto.
GERM. ¿Disgusto te puede hacer
Quien procura tu salud?
JUAN. Yo sé que no es menester.
GERM. No quiere la juventud
Ni obedecer ni temer.
LAURI. A mí, que se muera luego.
PISA. Ya puede llegarse al fuego.
GERM. Comiénzate á desnudar.
JUAN. Así me podré enjugar.
GERM. Que no seas loco te ruego.

ESCENA XIX.

DURANGO, *con la capa de la Condesa.*—DICHOS.

DURAN. ¿Está aquí el señor don Juan?
GERM. Aquí está; ¿qué le quereis?
Y más fresco que galan.
DURAN. Vos no me conocereis,
Tal vuestros ojos están.
JUAN. Si conozco; que vos fuistes
Quien el recado me distes.
DURAN. La condesa de la Flor
Está muy triste, Señor,
De la locura que hicistes;
Que ella lo dijo, por dar
Ocasion á que con ella
Allegárades á hablar;
Y pésale que por ella
Corriésedes hasta el mar.

Para que sepa, me envia,
Cómo estais, y con dolor
Del daño que haber podria,
Este herreruelo, Señor,
Que trajo su señoria.
Abrigaos luego con él,
Que está muy desconsolada.
JUAN. Hallaré la vida en él;
Que la triaca extremada
Tiene ponzoña cruel,
Que de víboras se saca;
Y así, será mi triaca
De la mano del veneno.
DURAN. Y ¿cómo estais?
JUAN. De agua lleno,
Aunque ya el frio se aplaca.
Y aquesta capa, os prometo,
Que muerto me diera vida,
Como lo dice el efeto.
DURAN. Ella se vuelve afligida,
Y vos respondeis discreto.
Esto le voy á decir.
JUAN. Decilde que por servir
Persona de su valor,
No tuve á la mar temor,
Ni le tuviera al morir.
Que como aquel á quien luego
Roma mil estatuas fragua,
Con más valor y más ciego,
He sido Mucio de agua,
Como él de tierra y de fuego.
Y que quedo muy contento
De pensar que la he servido
Con solo mi pensamiento,
Luego que tocó mi oido
Su gusto y su mandamiento.
Que aunque no somos los dos
Iguales, como veis vos,
Si tambien me lo mandara,
Del Micalete me echara,
Como del puente, por Dios.
DURAN. Voy presto; que se ha de holgar
De la salud que teneis. (*Vase.*)

ESCENA XX.

DON JUAN, GERMAN, ALBERTO, LAURINO, PISANO.

ALBER. Ya el fuego os viene á llamar.
LAURI. Bien será que os desnudeis;
Que el agua os puede matar.
JUAN. Entrad, amigos; que quiero
Hablar un poco á German.
PISA. Ya con la ropa os espero.
(*Retiranse los pescadores.*)

ESCENA XXI.

DON JUAN, GERMAN.

JUAN. Las desdichas de don Juan
Él se las dice primero:
Desde el punto que salí
Este suceso temí.
GERM. Quisiera darte un consejo,
Ni de cuerdo ni de viejo,
Pero de quien te amá sí.
JUAN. Agora ¿qué puede ser?
GERM. Que sirvas esta condesa.
JUAN. ¿Estás loco?
GERM. ¿No es mujer?
JUAN. Es tan imposible empresa
Como ver el hielo arder
Y helar el fuego, German.
GERM. Y ¿qué se pierde en servilla?
JUAN. Que por loco me tendrán.
GERM. Acuérdate desta orilla
En que te advierto, don Juan.
JUAN. Necio, es Hipólita hermosa
De sus padres heredera,
Título, y forzosa cosa
Que sea, en suprema esfera,
De mayor planeta esposa.
Pídenla muchos señores
De Castilla y de Aragon.
GERM. ¿Qué importa decirle amores,
Si los pensamientos son,
Cuanto más altos, mejores?
JUAN. ¿Y si tanto me enamoro,
Que cuando sin ella quede,
Me muero, me abraso y lloro?
GERM. ¿Ser al contrario no puede?
JUAN. ¿Qué calidad, qué tesoro
Tengo yo, para emprender
La condesa de la Flor?
GERM. Ese talle; que es mujer,
Y suele un poco de amor
Tales milagros hacer.
JUAN. Confieso que me has hurtado,
Puesto que he disimulado,
El pensamiento, German.
Desde aquí soy su galan.
GERM. Desde aquí soy su criado.
Suda el susto del morir,
Y daréte dos liciones
De cómo la has de servir.
JUAN. En laberinto me pones
Que es imposible salir.

ACTO SEGUNDO.

Sala en casa de la Condesa.

ESCENA PRIMERA.

LA CONDESA, DOÑA COSTANZA.

COST. Deste parecer estoy.
COND. ¿Que á don Alonso tratais
Desa manera?
COST. ¿Pensais
Que de las mujeres soy
Que por casarse no miran
La calidad del sugeto?

COND. Amar y tener respeto,
De andar juntos se retiran.
COST. Pues sepa vusiñoría
Que yo le pienso tener,
Para no venir á ser
Necia y casada en un dia.
Don Alonso me agradó,
Su deseo agradecí;
Y todo lo aborrecí
Cuando él la causa me dió.
Y no una, sino mil,
Siendo el hombre más perdido
Que esta ciudad ha tenido,
Y de condicion más vil.
Toda su hacienda ha jugado
Y dado á mujeres tales,
Como dirán las señales
Que en la salud le han dejado.
Sus lugares ha vendido,
Y come de aquel valor:
Decidme, ¿es digno de amor,
O de ser aborrecido?
¿Será bien que pague yo
De mi dote estas locuras?
COND. Yo os deseo mil venturas;
Que tales desdichas no.
Eso, Costanza, ignoraba,
Supuesto que algo sabia
De la vida que traia
Y lo mucho que jugaba.
Mas que estuviese en estado
Que hasta sus lugares vende,
Eso no, porque me ofende
Aun de haberlo imaginado;
Que solamente por ti
A su persona inclinada,
No le aborreci, cansada
De las crueldades que oí
Que con su hermano don Juan
Usaba en toda ocasion,
Hombre de otra condicion.
COST. ¿Y no añades tu galan?
COND. Don Juan, porque le envié
Los regalos que supiste,
Por la enfermedad que viste,
Y que por mi causa fué,
Con loca satisfaccion
De pensar que yo le quiero,
Siendo tan pobre escudero,
Me da á entender su aficion.
A veces estoy corrida
De ver que un galan tan roto
Cause en Valencia alboroto,
Siendo de su amor servida.
Y á veces tomo á donaire
Verle siempre tras el coche,
Y que de dia y de noche
Detenga á mi calle el aire.
No voy á parte ninguna
Adonde no esté don Juan;
Y cierto que él es galan,
Pero de humilde fortuna:
Y que me da compasion,
Y le quisiera vestir,
Cuando le veo seguir
Tan lucida pretension.
COST. Yo os juro que si don Juan,
Condesa, á mí me quisiera,
Que así pobre le admitiera,
Más que á su hermano galan;
Porque sus defetos son
Del hado, con él tirano,
Y los de su loco hermano
De su misma condicion.
Eso, porque más no puede,
Es pobre; esotro lo ha sido
No más de porque ha querido,
Y así es justo que lo quede.
¿Es posible que no miras
A don Juan con aficion?
COND. Das tormento al corazon
Con sospechas de mentiras.
Confieso, pues hoy has hecho
Júez tu curiosidad,
Que le tengo voluntad;
Mas no me pasa del pecho.
Don Juan me parece bien,
Roto y pobre como está;
Su amor ocasion me da
A no mostrarle desden;
Pero el ver que es imposible
Ser mio, ni suya ser
(Que no siendo su mujer,
No se da medio posible;
Y serlo, es mucho mayor),
Por más que el amor exceda,
Para que correr no pueda
Tiene la rienda á mi amor.
COST. Discurres prudentemente;
Que donde el intento es vano,
Llevar la rienda en la mano
Es prevencion excelente.
Él ¿háblate algunas veces?
¿Qué te dice?
COND. Si es hablar
Un siempre humilde mirar
Con el talle que encareces,
Mil veces habla don Juan;
Pero con la lengua no.
COST. Pues que habla muy bien sé yo.
COND. Y yo que no le darán
Desigualdad y pobreza
Licencia más que á mirar;
Que siempre la dan á hablar
La arrogancia y la riqueza.
Y como hablar de discretos
Con efectos siempre ha sido,
Y no le deja el vestido
Que pueda hablar con efetos,
Á los ojos les remite
Cuanto la lengua dijera,
Si hablar de mano pudiera.
COST. ¡Que la fortuna les quite
A los hombres de valor
Desta manera las alas!
COND. ¡Cuántos, tiempo, desigualas,
Que hiciera iguales amor!
Vámonos, doña Costanza,
En casa de Inés un poco;
Verás á don Juan, que loco
Sigue su vana esperanza.
Ce, Durango, ¿estais aquí?

ESCENA II.

DURANGO.—DICHOS.

DURAN. Si, mi señora, aquí estoy.
COND. Pongan el coche.
DURAN. Yo voy.
COND. ¿Está don Juan por ahí?
DURAN. Pues ¿cuándo deja don Juan
De estar mirando tus rejas? (*Vase.*)
COST. Ten lástima de sus quejas.
COND. No puedo; que escribirán
Al señor mi desposado.
COST. ¿Cuándo dicen que vendrá?
COND. De camino queda ya.
COST. ¿Hasle visto?
COND. Retratado.
COST. ¿Qué tales sus gracias vienen?
COND. Yo no fio de retratos,
Porque son estelionatos,
Que venden lo que no tienen. (*Vanse.*)

Sala en casa de don Alonso.

ESCENA III.

DON ALONSO, DON LUIS, LEONARDO.

LUIS. Si vos gastais desatinadamente,
No es justo que os quejeis de la fortuna.
ALON. ¿No quereis, Don Luis, que me lamente
De ver que no me ayude en cosa alguna?
LEON. Sois en el juego un bárbaro impaciente,
Y en vuestros gustos, no hay mujer, no [hay luna
Que tantas menguas y crecientes tenga:
¿Qué bien quereis que por los dos os [venga?
ALON. Otros suelen ganar, y cuando menos,
Tienen la dicha y la desdicha á dias.
LUIS. El juego ha sido infamia de mil buenos.
ALON. Poco ha dañado las costumbres mias.
LEON. De sus iras están los libros llenos,
Tragedias que engendraron sus porfias;
No hay cosa que deslustre tanto un hom- [bre;
Fuego, y no juego, es ya su propio nom- [bre.
LUIS. Jugar tasadamente lo que puede
Un hombre que procura, estando ocioso,
Un rato entretener, se le concede;
Mas no su hacienda, vida y su reposo,
Ni que perdido para siempre quede,
Hecho afrenta del vulgo licencioso,
Vendiendo hasta las cosas vinculadas,
De sus honrados padres heredadas.
Los lugares que vos habeis vendido
Con los infames naipes y los dados,
En la conquista deste reino han sido
De vuestros ascendientes conquistados
Con sangre que les dió tal apellido,
Con lanzas, con espadas, con soldados;
No con las de papel, con bastos y oros,
En que expendido habeis tales tesoros.
No direis á lo menos que yo he sido
De los amigos que á perderse ayudan
Al que va caminando á ser perdido,
Y que en faltando, de amistades mudan;
Siempre á todo vendré, como he venido,
Cuando todos os faltan, y no acudan
A las obligaciones que les dieron
Los beneficios que de vos tuvieron.
Mas ¿cómo dejaré, si me he preciado
Siempre de ser leal y verdadero,
De deciros que vais tan engañado,
Y á vuestra perdicion correis ligero?
Si algun remedio tiene lo pasado,
Es que agora guardeis ese dinero
En que vuestros estados se han vendido.
ALON. Molesto amigo sois.
LUIS. No soy fingido.
ALON. ¿No veis que concertado el casamiento
De Costanza, que ya llamo mi esposa,
He de mudar de vida y pensamiento,
Y que podré, pues es rica y hermosa?
¿Cuántos con desfrenado atrevimiento
Corrieron por la senda licenciosa
De la gallarda mocedad, que es fuego,
Y en llegando á casar pararon luego?
No vuela por el aire la cometa
Con tantos resplandores encendida,
Como la tierna edad corre inquieta,
De la caliente sangre persuadida;
Ni fenece más frígida y quieta
Exalacion ardiente, que la vida
De un mozo libre, y sus locuras todas,
A los umbrales santos de las bodas.
Yo seré así, y el dote puesto en renta
Mis lugares irá desempeñando;
Que en mozo es gala, y en casado afrenta,
El ir su hacienda y vida disipando:
El hombre que ha pasado sin tormenta
El mar de juventud, guárdese cuando
Llegue al de la vejez; que, las edades
Trocando, en ella hará mil necedades. (*a*)
LEON. Reformad vuestra casa de criados.
ALON. No puedo descaecer, hasta casarme,
Del honor que he tenido.
LUIS. ¡Qué engañados
Viven todos los mozos!
ALON. Es cansarme.
LUIS. Más honra y casa han menester casados.
ALON. ¿Venís á entretenerme ó á matarme?

ESCENA IV.

OTAVIO.—DON ALONSO, DON LUIS, LEONARDO; *después* DON JUAN Y GERMAN.

OTAV. Un coche está á la puerta.
ALON. ¿Con qué gente?
OTAV. Tres damas, don Francisco y un valiente.

(*a*) *Mocedades* en otras.

ALON. Vamos al Grao.
LEON. Tracemos esta tarde
Hablar á orilla de la mar un poco.
(Salen don Juan y German. Vase Otavio.)
JUAN. *(Sin ver á su hermano.)*
¡No quieres que el ser pobre me acobarde?
GERM. Ni le detengo aquí ni le provoco.
JUAN. ¿Qué es lo que quieres que en Valencia [aguarde,
Del vano amor de la Condesa loco,
Y sin tener con que mi cuerpo cubra,
Por más que á todo mi pobreza encubra?
Máteme en Flandes la impelida bala
Del polvo ardiente en bélico ejercicio,
Y no en Valencia amor, que se regala
Entre la seda, el ámbar, oro y vicio.
Para salir haremos una gala
Que diga en los colores el oficio:
Con esto dejaremos la Condesa.
GERM. Que aciertas digo, y digo que me pesa.
JUAN. Hoy han de dar dineros á mi hermano,
German, destos lugares que ha vendido;
Hablarle quiero, y no perder en vano
El tiempo, que jamás vuelve perdido.
Salgamos del poder deste tirano,
GERM. ¿No miras que está aquí?
JUAN. ¿Si nos ha oido?
GERM. Sí hará; que el rico al pobre solamente
Oye lo que murmura de él ausente.
ALON. ¿Quién es?
JUAN. Yo soy.
ALON. ¿Qué quieres?
JUAN. Quiero hablarte.
ALON. ¿Qué tienes tú que hablarme? ¿Impertinencias?
JUAN. Escucha y lo sabrás.
ALON. Di presto.
JUAN. Aparte
Quisiera hablar.
ALON. Y yo comprar paciencia.
Acaba de decir.
JUAN. Por no enfadarte,
Y como dices tú, con insolencia,
A Flandes quiero irme.
ALON. Buen amigo
Ha sido, Juan, el que hoy habló contigo.
Y ¿tienes eso ya determinado?
JUAN. Y que saldré pasados cuatro dias.
ALON. Pues vé con Dios; que allá podrás, soldado,
Perder los brios que en Valencia crias.
JUAN. Dinero he menester; hoy te lo han dado...
ALON. ¡Dinero yo, don Juan!
JUAN. ¡Pues qué! ¿querias
Que fuese de aquí á Flandes sin dinero?
¿No ves que soy tu hermano, y caballero?
ALON. ¿Qué has menester?
JUAN. Lo menos mil ducados.
ALON. ¿Hay desvergüenza igual?
JUAN. Nunca entre iguales
He conocido yo desvergonzados.
ALON. ¿Pues no te bastan, di, quinientos reales?
JUAN. Si los echas al naipe ó á los dados
En una mano, y en jornadas tales
Que te infaman á tí, para jornada [Nada.
Que te ha de honrar ¿qué es mil ducados?
¿Nacimos, don Alonso, por ventura
De un padre y una madre, á que tú vivas
Con tal arreglo y tal descompostura,
Que de ninguna libertad te privas;
Y yo con tal pobreza y desventura,
Por mil necesidades excesivas,
Que á tus esclavos venga yo á envidiallos,
Que curan y regalan tus caballos? [rado?
¿Quinientos reales das á un hombre hon-
De limosna eran buenos, no debidos
A un hermano que quiere ser soldado
Porque tú no le sueldas los vestidos.
ALON. Es tan anejo el ser desvergonzado
Al ser pobre, que piensan atrevidos
Todos los que lo son, que se les debe
Lo que con esta haré que alguno lleve.
LEON. ¡La espada! No es razon; que es vuestro hermano.
ALON. ¡Vive Dios, que es un picaro!
JUAN. No digo
Que mientes; que lo soy por ser tirano
Quien quiere usar esa crueldad conmigo;
Mas guarda bien que no le pongas mano;
Que si la sacas, á mostrar me obligo
Que el pícaro eres tú, pues estos brazos
Te harán vestido y carne mil pedazos.
ALON. Dejadme, capitan; don Luis, dejadme.
JUAN. Pues ¡vive Dios, que si le dejan!...
LUIS. Creo
Que debeis de estar loco.
ALON. Perdonadme;
Que he de matarle.
JUAN. De hambre, yo lo creo.
ALON. Don Juan... Dejo las armas. Escuchadme.
JUAN. Si decis que os moris; que eso deseo.
ALON. Si entrais más en mi casa, dos lacayos
Os han de hacer pedazos.
JUAN. ¡Bravos rayos!
ALON. Si llegais á esta puerta, vive el cielo...
JUAN. Cuando yo fuera Lázaro, llegara,
De perros y avariento con recelo.
ALON. Miradme, infame, bárbaro, á esta cara.
JUAN. Mirarla pensé yo por mi consuelo;
Mas no tan loca, desigual y avara.
Véte con Dios; que espero que algun dia
Dé premio el cielo á la paciencia mia.
LEON. Dejadle ya.
ALON. En una horca espero
Ver este libre mozo.
LUIS. Basta. Vamos.
(Vanse don Alonso, don Luis y Leonardo.)

ESCENA V.

DON JUAN, GERMAN.

GERM. ¿Estás contento?
JUAN. Sí; que estarlo quiero.
GERM. ¿Por qué, Señor, pues como vas queda-
JUAN. Porque salimos de un tirano fiero, [mos?
Y de su cautiverio nos libramos.
GERM. Y ¿qué habemos de hacer de doce á una?
JUAN. Dar una higa y cuatro á la fortuna.
GERM. Buen ánimo, Señor; que cierta dueña
Te acogerá en su casa, que es honrada,

Y algun amor sospecho que me enseña.
JUAN. Eso es por lo que toca á la posada.
GERM. Pues para una comida tan pequeña
Como en aquesta casa te fué dada,
Yo me pondré á peon de alguna obra;
Que con tres reales para entrambos sobra.
Allí trabajaré todos los dias,
Y te traeré dinero.
JUAN. No hay hermano
Como un amigo.
GERM. Tente. ¿Qué porfias?
JUAN. Si no me das los piés, dame la mano.
GERM. Detente pues.
JUAN. Espero que las mias
Me podrán sustentar: verás que gano
Con que los dos comamos.
GERM. ¿De qué suerte?
JUAN. Oye una habilidad.
GERM. Prosigue.
JUAN. Advierte.
Yo sé hacer flores con primor notable
(Que lo aprendí de cierta hermana mia),
Hasta imitar romero saludable
(Que es el mayor primor y gallardía),
La pálida retama, la admirable
Angélica, el rosal de Alejandría,
El clavel carmesí, la azul violeta,
La azucena y la cándida mosqueta.
Haré mil flores: tú podrás llevallas
Por Valencia á vender hasta que el cielo
Dé fin á nuestras vidas...
GERM. Remediallas
Puede tu habilidad.
JUAN. No tiene el suelo
Flores que yo no sepa retratallas:
Soy de un jardin particular modelo.
Ven, compraremos rebotin y seda.
GERM. El ingenio no hay cosa que no pueda.
(Vanse.)

ESCENA VI.

DON ALONSO, DON LUIS, DON FRANCISCO.

LUIS. Si vos volveis á jugar
Y perdeis cuanto teneis
Acabado de avisar
Que no jugueis, ¿qué quereis?
¿Quereis por fuerza ganar?
¿No sabeis lo que difieren
Los que esa ventura adquieren,
Y que el juego y la poesia
Se enfadan de la porfia,
Porque vienen cuando quieren?
El que versos quiere hacer,
Y buena dicha en ganar,
No piense que ha de poder,
Por picarse y porfiar,
Ni ganar ni componer.
Mejor, don Alonso, fuera
Ir al Grao.
ALON. No pensé
Que el juego, don Luis, creciera:
Jugué, piquéme, llegué
A que mil mundos perdiera.
Por dar barato á Lisarda,
Tomé el dado.
LUIS. El capitan
Hizo una suerte gallarda.
FRANC. Aquí las damas están,
Y el coche y merienda aguarda.
ALON. ¿Habeis vos jamás comido,
Que hayais tan lindo dinero
En cuatro manos perdido?
Que lleven las damas quiero,
Ya que á mi casa han venido;
Pero que en llegando al mar,
Las echen dentro.
FRANC. Esto es hecho.
Las ninfas quiero tornar.
ALON. Volved.
FRANC. Que os canso sospecho.
ALON. Antes os tengo que hablar.
FRANC. ¿En razon de qué?
ALON. En razon
De aquella resolucion
Del casamiento tratado.
FRANC. Mas ¡qué propio de un picado!
LUIS. Los mismos efetos son.
ALON. ¡Vive Dios, que he de probar
Si casándome es posible
Aborrecer el jugar!
FRANC. ¿Qué medio más conveniible
Donde no basta el jurar?
Tendreis luego otro cuidado
De la familia y los hijos.
ALON. Ocúpenme y sean pesados.
FRANC. Antes con mil regocijos,
Y libre de mil cuidados.
¿Qué es ver una honrada cara
Y dos hijos á una mesa?
ALON. Aquí mi discurso para,
Aquí mi locura cesa,
Y deste asilo se ampara.
Válgame contra mi edad
El freno del casamiento.—
Id presto, Francisco, hablad
A doña Constanza.
FRANC. Siento
Que os hago en esto amistad,
Y por esto voy.
ALON. El cielo
Os pague tan grande bien,
O trágueme vivo el suelo
Si más jugare, y á quien.
(Vase don Francisco.)

ESCENA VII.

DON ALONSO, DON LUIS.

LUIS. Dese juramento apelo,
Y vuestra lengua no exceda;
Porque un discreto decia
Que no hay adonde se pueda
Conocer la gallardía
Como en quien perdiendo queda.
ALON. ¿Hay quien no lo sienta?

LUIS. No;
Mas saber disimular
Con la prudencia nació.
ALON. Poco supo de jugar
Quien ese aforismo os dió.
¡Pesia tal! la condicion
De los hombres no es igual
En sentir lo que es razon,
Y más si de causa igual
Los efetos no lo son.
Vamos á la platería;
Algo que vender hallé.
LUIS. ¿Y el juramento que habia
De abrirse el suelo?
ALON. ¿Juré?
LUIS. ¡Bueno vais, por vida mia!
ALON. Don Luis, esto solo os ruego:
Que no tengais por constante
Más que la nieve en el fuego,
El juramento de amante
Ni de hombre que pierde al juego.
(*Vanse*).

Sala en casa de doña Inés.

ESCENA VIII.

LA CONDESA, DOÑA INÉS, DOÑA COSTANZA.

INÉS. La visita os merecí
Por hurtarme el pensamiento,
Aunque obligada me siento.
COST. No me la debeis á mí;
Que la condesa trazó
El venir las dos á veros.
COND. Quise, Inés, entreteneros,
Porque Celia me contó
Que andais con ciertas tristezas.
INÉS. Algo venis á saber:
Curiosa debeis de ser
De las ajenas finezas.
COND. Malicia es esa.
COST. Y ¡qué tal!
COND. Si hablare en cosa de amor,
Que merezca el disfavor
De haber juzgado tan mal.
COST. Advierta vusiñoría
Que si de amor no ha de ser,
No queda en qué entretener
Tan largo y ocioso dia,
O porque solas estemos,
O por no admitir galanes.
COND. Si es por solos ademanes,
Que es lo más que en esto vemos,
Yo serviré de galan.
INÉS. Si; mas ¿de cuál de las dos?
COND. De entrambas; porque, por Dios,
Que así al propio me verán;
Pues una sola, no sé
Quien la quiera y sirva.
COST. Yo
Sé quién la adora.
COND. Yo no.
COST. Licencia, y yo lo diré.
COND. No habeis de decir don Juan;
Que ese no tiene vestido
Para querer dos; que ha sido,
Por pobre, de una galan.
INÉS. ¿No os causa mucho donaire
El ver cuál se anda tras vos?
COND. Donaire y aire, por Dios,
Porque siempre le da el aire.
¿A quién no moverá á risa
Verle en pascua con bayeta?
INÉS. Sí; pero buena es la treta
De buen zapato y camisa.
Lo demás es niño en faja.
COST. Voces en la calle dan,
Que flores vendiendo van.
COND. (*A un criado que está dentro.*)
¡Hola! Por las flores baja.

ESCENA IX.

DURANGO.—DICHAS.

DURAN. Yo, Señora, estoy aquí.
COND. Id presto.
DURAN. Como un cohete. (*Vase.*)
INÉS. Cada cual su ramillete
Tiene en presente de mí,
Por ver si con esto excuso
El daros de merendar.
COND. ¡Buen modo de regalar!
Si no es galan, es al uso.
La visita no es sangría.

ESCENA X.

DURANGO; *y luego* GERMAN.—LA CONDESA, DOÑA INÉS, DOÑA COSTANZA.

DURAN. El hombre ha subido ya.—
Llegad, y os las comprará; (*A German.*)
(*Sale German con un tabaquillo de flores de seda.*)
Mas llamadla señoría. (*Ap. á German.*)
GERM. (*Ap.*) ¡Ay, cielos, dónde he subido!
Volverme á bajar quisiera.
No pensé que en esta casa
Estuviese la Condesa.
Irme quiero. ¿Qué lo dudo?
COND. ¿Por qué se va el hombre?
DURAN. Espera,
Florero. ¿De qué te cubres?
GERM. Amigo, tengo vergüenza.
COND. ¡Hola, buen hombre! detente.
GERM. ¿Qué quieren que me detenga?
COND. Dadnos flores. ¿Qué os turbais?
COST. ¿De qué jardín son?
GERM. (*Ap.*) ¡No fuera
Un ave en aqueste punto!
COST. ¡Por vuestra vida, Condesa,
Que es lacayo de don Juan!
INÉS. Y las flores son de seda.
COND. (*Ap. á las damas.*)
¿Si es invencion para hablarme?

COST. La vergüenza no lo muestra;
Antes él le habrá dejado,
Y sirve á alguna florera.
COND. No me espanto; que tendria
Con don Juan comida y cena
Tan inciertas, que es disculpa.
COST. Por necesidad le deja.—
¿Es monja, amigo German,
Quien hace flores tan bellas?
¡Bendiga el cielo sus manos!
INÉS. No pueden las verdaderas
Ser más lindas.
COND. Solo harán
En el olor diferencia.
Dinos algo. ¿Por qué callas?
GERM. Una mentira y quimera
Os quise decir, señoras,
Si diera el tiempo licencia:
En esto suspenso estuve;
Mas desatando la lengua
A la verdad, os suplico
Esteis un instante atentas.
Hoy el cruel don Alonso,
Con fieros y voces fieras,
Echó á don Juan de su casa:
¡Gran prueba de su paciencia!
Llevéle á una pobre choza
De una mi comadre vieja,
Que dice que me ha criado:
Recibióle en fin en ella.
Díjele que le daria
De comer cuando pudiera
Pleitear sus alimentos
O salirse de Valencia.
Quiso saber cómo, y dije
Que en las fábricas ó cercas,
De peon me alquilaria
Para dar ladrillo ó piedra.
Respondió que no era justo,
Mas que comprásemos seda
Y rebotin; que él sabia
Imitar las flores bellas.
Comprámosle; y como veis,
Ha comenzado por estas
Que llevo á vender agora.
Entré aquí (que no debiera)
Porque no pensé que estaba
Mi señora la Condesa,
Donde con este azafate
Me viera agora venderlas.
Así, Dios, bellas señoras,
Tan alta dicha os conceda,
Que la hermosura y la dicha
Se igualen en competencia,
Que no digais á don Juan,
Ni de burlas ni de véras,
Que me habeis visto ó sabeis
De mi boca ni la ajena
Que él ha hecho aquestas flores;
Que me cortará las piernas;
Que mientras más pobre está,
Más estima su nobleza.
Con esto, si sois servidas,
Mandad que me dén licencia;
Que estoy temblando.
COND. Detente.
¡Hay tal lástima!
COST. ¡Qué sea
Tan bárbaro don Alonso!
COND. ¡Qué bien dices! No le quieras.
Ea, señoras, tomad.
¡Hola! el azafate llega;
Comprar tenemos las flores.
INÉS. Yo compro aquestas violetas,
Y le doy estos escudos.
COST. Yo por estas azucenas
Le doy estos.
COND. Las demás
Para mí quiero que sean.
Guardad, Durango, estas flores.
Tomad, German; que pudieran
Dar otro fruto si el tiempo
No helara las manos dellas.
GERM. Mil veces beso las tuyas.
COND. Si hiciere más, me las lleva
A casa, por ver si en tantas
Alguna esperanza siembra.
Y ¡ojalá pudiera ser!...
GERM. ¿Qué, Señora?
COND. Que dijeras
Que estaban tan naturales,
Que han engañado una abeja.
GERM. Loco de contento voy.
Los cielos, señoras bellas,
Os dén más años de vida
Que en los escudos hay letras.
(*Vanse German y Durango.*)
COST. Triste estás.
COND. Estoy de suerte
Con don Alonso, que á ser
Hombre...
COST. ¿Qué habias de hacer?
COND. Dijera darle la muerte,
Si no creyera de ti
Que le tienes aficion.
COST. Mátale; que no es razon
Que le perdones por mí.

ESCENA XI.

DON FRANCISCO.—LA CONDESA, DOÑA COSTANZA, DOÑA INÉS.

FRANC. Antes de pedir licencia,
Hallé quien me la ha de dar;
Mas á quien trata en casar,
Nunca se le niega audiencia.
Yo vengo por solo un sí,
Si cuyo fué me entendió.
COST. Yo tengo que dar un no,
Si viene el recado á mí.
FRANC. A vos viene; mas de quien
Merece el sí.
COST. No hay ninguno.
FRANC. Bien decis; que solo es uno
Que quereis, y os quiere bien.
Licencia os pide de veros
Con título de marido.

COST. No poca licencia ha sido:
Con ella podeis volveros;
Y decid que no soy yo,
Cual piensa, universidad,
Que doy licencias.
FRANC. Mirad
Que es bien mirar mucho un no.
COST. Más hay que mirar un sí,
Que es el que obliga y cautiva;
Que nunca hay no que se escriba,
Y el sí mil veces le ví.
FRANC. Dirélo de esa manera.
COST. Haréisme mucha merced.
FRANC. Dios os guarde.
COST. Esto creed.
(*Vase don Francisco.*)
COND. ¡Quién mil abrazos te diera!
COST. ¿Haste holgado?
COND. ¿No lo ves?
COST. Pues basta.

ESCENA XII.

DURANGO.—LA CONDESA, DOÑA INÉS, DOÑA COSTANZA.

DURAN. La mesa aguarda
Con la merienda.
COND. Es gallarda
En sus descuidos Inés.
INÉS. Las criadas hecho habrán
Alguna mala crianza.
COND. Después te diré, Costanza,
Mil lástimas de don Juan. (*Vanse.*)

Plaza.

ESCENA XIII.

DON JUAN, GERMAN.

JUAN. A no tenerte obligaciones tantas,
Te quitaba la vida. ¿Estabas loco?
¿Oficio de mujeres delicadas,
Dijiste que yo hacia, á la Condesa?
GERM. Bien sabe Dios, Señor, lo que me pesa.
Entré ignorante; que no soy astrólogo,
Ni pude prevenir que visitaba
A doña Inés nuestra condesa Hipólita.
JUAN. Pues ¿no bastaba, necio, ser la casa
De doña Inés?
GERM. Si habia de guardarme
De todas las señoras que conoces,
¿A quién querias que las flores venda?
JUAN. ¡Malditas sean las flores, que aun de burlas
Me dan por fruto penas tan de véras!
¡Que siembre flores yo de lienzo y seda,
Y que me dén cosecha de pesares,
Y en cada grano, de pesar millares!
¡Hay vergüenza como esta! Aquí parece
Que escucho con la risa que se burlan
Y me salen al rostro más colores
Que hay dellas diferencias en las flores.
No te quiero culpar, culpo mis dichas.
¡Que quien seda sembró, coja desdichas!
¿Que haré? ¡Triste de mí! Pero no importa.
El dinero que traes viene á tiempo;
Que nos pondrá en camino. Adios, Valencia.
Adios, honrados pensamientos mios,
O si quereis venir conmigo á Flandes,
Venid, donde vereis fuegos tan grandes,
Que si el mar no os consume, puedan ellos;
Mas no podrán entrambos deshacellos.
GERM. ¿A Flandes quieres ir?
JUAN. Pues ¿cómo quieres
Que delante de Hipólita parezca?
Mal conoces la burla de mujeres, (*a*)
Ni hay hombre que mejor se la merezca.
GERM. Mira que pienso que dichoso eres;
Porque me dijo: «Espero que florezca
Alguna destas flores.»
JUAN. Disparate.
¡Flores de seda y tierra de azafate!
Vistámonos al punto de soldados,
Si alcanzare á los dos el dinerillo,
O por lo menos vamos emplumados,
Medias bandas y plumas de amarillo.
GERM. ¿Quieres que lo probemos á los dados?
JUAN. Pues yo ¿puedo ganar? Tiemblo de oillo.
GERM. Si temes la fortuna, es mujer, basta;
Que quien no la temió, no la contrasta.

ESCENA XIV.

DON ALONSO, DON FRANCISCO.—DICHOS.

FRANC. ¿Qué os tengo de decir, si esto os responde?
ALON. En declinando de su estado alegre,
Don Francisco, la suerte con un hombre,
No pára hasta acabarle y destruirle.
GERM. Tu hermano.
JUAN. Pues ¿qué temes? Esta plaza
Es de Predicadores, no es su puerta.
GERM. Con todo eso, es bien que el verle excuses,
Porque segun estais, es gran prudencia
Huir las ocasiones.
JUAN. Porque quiero
Comprar alguna cosa con que irme,
Me voy; que por temor, no le dejara.
GERM. A quien enfada, se ha de huir la cara.
(*Vanse don Juan y German.*)

ESCENA XV.

DON ALONSO, DON FRANCISCO.

FRANC. Tan gran resolucion no ví en mi vida.
ALON. No tengo que esperar; perdido quedo,
Y hasta perder el seso tengo miedo.
FRANC. Pues yo os prometo que le hablé tan libre,
Aunque tuve respeto á la Condesa,
Como si menos calidad tuviera.
ALON. ¡Pesar de mi fortuna, siempre adversa
A todos mis intentos! ya no tengo
En qué esperar, ni qué perder, perdida
La que fuera el remedio de mi vida.

(*a*) Otras: «Mal conoces *burlando las* mujeres.»

Tan gran mudanza, ¿quién la habrá causado?
¡Sin duda que de mí la han informado! [do?
La perdicion ha sido de mi hacienda
Ocasion de perder tan alta prenda.
Quien ama ayer, Francisco, y hoy desama,
De lo que quiso tuvo infame fama.
FRANC. ¿Pensais que os faltarian enemigos?
ALON. ¡Yo enemigos! Pues ¿quién?
FRANC. Los más amigos.
ALON. ¿Los más amigos?
FRANC. Sí; porque, acabado
El dinero, las fiestas, los convites,
Los beneficios y otras cosas tales,
Se vuelven enemigos los amigos.
ALON. Y bastan mis desdichas por testigos:
No las quiero aguardar, ni verlas quiero,
Por no decir ó hacer un disparate;
Antes pienso ausentarme de Valencia.
FRANC. Agora es necesaria más prudencia.

ESCENA XVI.

OTAVIO.—DICHOS.

OTAV. Aquí vienen ya, Señor,
La condesa de la Flor,
Doña Inés, doña Costanza,
En fin, toda tu esperanza:
Llega, haránte algun favor.
Del coche se han apeado;
Que entrar en Predicadores
Quieren.
ALON. ¡Gracioso criado!
OTAV. Licencias se dan mayores
A un casamiento tratado.
Llega; que es buena tercera
La Condesa.
ALON. Calla, Otavio;
Que en este punto esa fiera
Me ha hecho el mayor agravio
Que un enemigo pudiera.
Sin ella quedo perdido;
Que no quiere ha respondido
Al cabo de tu concierto.
OTAV. ¿Cierto, Señor?
ALON. No es tan cierto
Haber sin dicha nacido.
OTAV. No sé qué respuesta darte.
ALON. Yo sí; que en tantos cuidados,
Quiero dejarla y dejarte.
Vé, y despide mis criados,
Di que vayan á otra parte
Donde tengan más ventura;
Ya no tengo qué les dar.
OTAV. Oye, Señor.
ALON. ¿Quién procura
De mujer, sino es pesar? (*Vase.*)

ESCENA XVII.

DON FRANCISCO, OTAVIO.

OTAV. Él tiene poca cordura.
Don Francisco, ¿qué es aquesto?
FRANC. Que se perdió la esperanza
Que en su dote se habia puesto.
OTAV. ¿No quiere doña Costanza?
FRANC. No, pues lo dijo tan presto.
OTAV. ¡Buenos habemos quedado!
Quien en la mujer y el dado
Puso esperanza, ¿qué espera? (*Vanse.*)

ESCENA XVIII.

LA CONDESA, DOÑA COSTANZA Y DOÑA INÉS, *con mantos,* Y DURANGO.

COND. Holgárame que no fuera
Tarde.
DURAN. El tiempo está nublado,
No es dia de ir á la mar.
Entren si quieren rezar;
Que no ha de ser todo fiestas.
COND. Las demandas y respuestas
Suelen, Costanza, dañar.
En esa resolucion
Se cifró tu desengaño.
COST. Pienso que fué discrecion,
Y de mi pasado engaño
Pido á los tiempos perdon.
INÉS. ¿No sabe vusiñoria
Cómo hay sarao mañana?
COND. Huélgome, por vida mia:
Una gala castellana
En el estrenar querria.
Durango, ¿no sabeis vos
Desto del sarao?
DURAN. Por Dios,
Que he de morir de un sarao:
Siempre dellos y del Grao
Traigo romadizo y tos.
Salen á las tres; que vengo
Lleno de mil desventuras.
COND. ¿Teneis mujer?
DURAN. Mujer tengo.
COND. ¿Celos?
DURAN. No digais locuras.
COST. De que es hermosa os prevengo;
Que yo la ví cierto dia,
Y es moza.
COND. Por vida mia,
Que debeis andar celoso.
DURAN. Aunque viejo, soy airoso;
La edad no me desconfia.
COND. ¿Tendreis mil años?
DURAN. ¡Mil años!
¿Soy del tiempo de Noé?
COND. ¡Qué celos tendreis!
COST. Extraños.
DURAN. ¿Yo celos? ¿De qué ó por qué?
COND. ¿No hay en mujeres engaños?
DURAN. No lo niego; mas por eso,
Que estoy sin celos confieso;
Que si no hay buena mujer,
Es imposible tener
Seguro el honor y el seso.
COND. ¿Hay remedio para ver
Si los hijos de un celoso

Son suyos?
DURAN. Díjome ayer
Un hombre un cuento donoso,
Con que se puede saber.
COND. ¿Cómo?
DURAN. Un cierto labrador,
Cuya muj r que paria,
Nunca estaba sin amor,
De sus hijuelos tenia,
Que no eran suyos, temor;
Y queriendo averiguar
Si era cierta en el lugar
De su mujer la opinion,
Halló una cierta invencion.
COND. ¿Cómo?
DURAN. Mandóse castrar;
Porque con esto pensaba
Que si su mujer paria,
Sabria si le engañaba.
COST. Costosa invencion seria.
COND. Si; mas seguro quedaba,
Y vos lo podeis hacer.
DURAN. Yo tengo seguridad
De la fe de mi mujer.
COND. Si teneis enfermedad,
Aun puede ser menester.

ESCENA XIX.

GERMAN, *de soldadillo, con una pluma y la valona, y en cuerpo.*—DICHOS.

GERM. Aquí dijo que esperase,
Porque á hacer concierto vamos,
Para de aquí á Vinarós,
Con quien nos lleve á caballo,
Que después al mar le queda
De nuestras desdichas cargo;
Que el mar, en largos caminos,
Es posta de desdichados.
COND. ¿No es aquel German?
COST. El mismo.
COND. German, ¿dónde tan bizarro?
GERM. Esta vez ya no me pesa,
Bellas señoras, de hablaros;
Que si bien no voy muy rico,
Voy al fin como soldado.
COND. ¡Como soldado! ¿Qué dices?
GERM. Cansado don Juan, mi amo,
De tantas necesidades,
Y crueldades de su hermano,
Viendo que sus alimentos
Es imposible cobrarlos,
Porque don Alonso ya
Despide hasta sus criados,
Por mujeres y por juego,
Por banquetes y por bravos,
Que le han puesto en más extremos
Que el de los dos, pues nos vamos,
Ir á Flandes determina;
Y de aquel oro, comprando,
Que de limosna le distes
Por las flores de sus manos,
Estos pobres vestidillos,
Vine á buscar dos caballos
Que nos lleven hasta el puerto;
Déle Dios á sus trabajos.
COND. ¡Que don Juan se va esta tarde!
COST. (*Ap. á la Condesa.*)
La color se te ha mudado.
COND. (*Ap. á doña Costanza.*
Confiésote que me pesa.
Déjame hablar al lacayo.)
German, gran resolucion
Ese tu dueño ha tomado.
¡A Flandes!
GERM. Pues ¿qué ha de hacer?
¿No es mejor que de un balazo
Dé fin á tantas desdichas,
Y le entierre suelo extraño,
Que verse en la patria pobre,
Tan pobre, que haya llegado
A hacer con sus manos flores,
Sin ser primavera ó mayo?
COND. Quien hace flores sin fruto,
No se tenga por buen campo.
No le digo que se vaya
Ni que se esté; pero cuando
Un hombre de bien intenta
Seguir con ánimo honrado
Un heróico pensamiento,
Ha de morir sin dejarlo;
Que amor es como la guerra;
Que siendo más los contrarios,
Y imposible huir con honra,
Basta morir peleando.
Y añade estas dos palabras.
GERM. Ya, Señora, las aguardo.
COND. «Nunca buena dicha aguarde
El que se va de cobarde.»
Vamos, señoras, de aquí.
GERM. Yo lo diré.
COST. ¿Cómo vamos?
COND. Llena de enojo y pasion.
COST. Quieres bien y andas burlando.
COND. ¿Yo quiero bien?
COST. ¿No lo ves?
COND. ¡A un pobre!
COST. Sí, mas gallardo.
COND. No lo creas.
COST. No hay señal
De amor mayor que negarlo.
(*Vanse las damas y el escudero.*)

ESCENA XX.

DON JUAN.—GERMAN.

GERM. ¿Eres tú, Señor?
JUAN. Yo soy.
GERM. ¡Oh, si llegaras!
JUAN. Temblando
Estuve de solo verla.
GERM. Roto y desnudo has osado
Verla y seguirla otras veces;
Y agora, galan, bizarro,
Lleno de plumas y airoso,
¡Tiemblas de verla!

JUAN. Pensando
En que la pierdo, German,
La lengua y piés se me helaron.
GERM. Pues en tu vida pudieras
Llegar con ánimo tanto.
JUAN. ¿Cómo?
GERM. Así como le dije
Que te vas desesperado,
Quedó como flor del sol
En ausencia de los rayos.
Díjome que te dijese
Que quien con ánimo honrado
Seguia un gran pensamiento,
Ha de morir sin dejarlo;
Y que en amores y guerras
(Que se parecen entrambos),
No pudiendo huir con honra,
Se ha de morir peleando;
Y añadió tales palabras...
JUAN. Ya las estoy escuchando.
GERM. «Nunca buena dicha aguarde
El que se va de cobarde.»
JUAN. ¿Qué sientes de eso?
GERM. Que quiere
Que esperes, y quiere tanto,
Que se lo viera en los ojos
Un ciego.
JUAN. ¡Suceso extraño!
¿La condesa de la Flor?
GERM. Y aun de tus flores tratamos,
Y me dijo que en el fruto
Eras muy estéril campo.
Palabras son estas, digo,
Para esperar dos mil años.
De mi consejo, esperemos;
Por lo menos no partamos
Hasta ver si se declara.
JUAN. Hay en amor mil engaños;
Mas si, como el Dante dice:
Amor á ninguno amado
Que no amase perdonó;
Y el Petrarca, entre sus raros
Versos: que no hay corazon
De tan duro bronce ó mármol,
Que no se ablande ó se mueva,
Rogando, llorando, amando;
Ya puede, Hipólita bella,
Haber el tuyo tocado (a).
Mujer eres, muchos dias
Me ha visto al sol abrasado,
A los hielos de la noche,
Al furor de mis contrarios,
Asistir á tus umbrales,
Seguir el dorado carro
De tu sol, su pura luz,
Como un indio, idolatrando.
Algun efecto habrán hecho
Tantos amores y agravios:
No mira amor en riquezas;
Desnudo suelen pintarlo.
Yo me quedo á proseguir
El intento comenzado,
Hasta que sepa del tuyo
Que con este amor te canso.
GERM. Bien has dicho y bien has hecho.
Adios, plumillas de gallo:
¿Qué Flandes hay como ver
A tu señora en tus brazos?
JUAN. Espero en Dios que algun dia,
German amigo, veamos...
GERM. Dilo, y en buen punto sea.
JUAN. *El rico y pobre trocados.*

(a) Ya puede amor haber tocado el tuyo.

ACTO TERCERO.

Calle.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA COSTANZA Y LA CONDESA, *con mantos.*

COST. ¿Cómo habeis dejado el coche?
COND. Impórtame el ir así.
COST. Muy melancólica os vi
En el sarao de anoche.
COND. Triste no, mas pensativa.
COST. ¡Que un hombre como don Juan
Fuese anoche el más galan!
COND. ¿Es lisonja?
COST. Así yo viva,
Que lució más su pobreza
Que la riqueza mayor.
COND. Yo estoy bien necia de amor
Por su pobre gentileza.
COST. De que no os puedo culpar,
Hipólita, os aseguro.
COND. De que estoy corrida, os juro,
De lo que vengo á intentar.
COST. ¿Cómo?
COND. Querria saber,
Para cierto pensamiento,
Si iguala el entendimiento
Al exterior parecer;
Que si me ha de despicar
De don Juan alguna cosa,
Costanza, estoy sospechosa
Que ha de ser oirle hablar.
COST. A tu mucha discrecion
Podrá ser que no contente;
Mas cierto que entre la gente
Tiene don Juan opinion.
Háblale; que vesle aquí.
COND. Tápate, por Dios, muy bien.
COST. Su Acátes viene tambien,
Y me ha de caber á mí.

ESCENA II.

DON JUAN, GERMAN.—DICHAS.

JUAN. Si andamos en el lugar
Tanto tiempo de soldados,
¿No hemos de ser muy notados?
GERM. Ya damos qué murmurar.

Ayer dijo un marquesote
Destos que hablan con espuma,
Al verte con tanta pluma:
«¿Cuándo sale este virote?»

JUAN. Desairada cosa es
Un vestido de camino
Más de un dia.

GERM. Algun vecino
Le ha traido más de un mes.

JUAN. A ese le diera yo
Del volver la bienvenida.

GERM. ¡Brava dama!

JUAN. Y bien vestida.

GERM. En viéndote se tapó.

COND. ¡Ah, caballero!

JUAN. ¿Es á mí?

COND. Pues ¿quién es el caballero?

JUAN. Si ha de topar en dinero,
Ninguno hallareis aquí.

COND. ¿Con ese talle sois pobre?

JUAN. Bachillera pareceis.
Oid la causa y sabreis.

COND. Deseo que el bien os sobre.

JUAN. Gracia con hacienda alguna
Siempre se oponen las dos,
Porque alma y cuerpo da Dios,
Y la hacienda la fortuna.
La fortuna es desatino,
Y Dios ya sabeis quién es.

COND. (*Ap. á doña Constanza.*)
¿Qué te parece?

COST. ¿No ves
Qué entendimiento?

COND. Es divino.

COST. ¡Qué presto te contentó!

COND. Llevaba yo buen deseo.—
¿Vais de camino? (*A don Juan.*)

JUAN. Yo creo
Que ninguno más que yo.

COND. Pues ¿adónde caminais?

JUAN. Voy tras el sol.

COND. ¿Estais loco?

JUAN. De no estarlo.

COND. No hareis poco
Si al sol, Señor, alcanzais.

JUAN. Alcanzarle es imposible;
Con mirarle me contento,
Porque hasta el pensamiento,
Si es la empresa inaccesible.

COND. ¿Quereisnos decir quién es?

JUAN. No me dan tanta licencia.

COND. Y ¿tomaréisla en su ausencia,
Para que este milanés
Nos dé ciertos pasamanos?

JUAN. Forasteras pareceis,
Pues la historia no sabeis
De dos perdidos hermanos;
Mas os juro que en mi vida
Cosa nadie me pidió
Que se la negase yo.
En fin, haré que los pida
Este mozo al mercader,
Y si él me quiere fiar,
Cosa que en este lugar
Más que imposible ha de ser
(Y más que estoy de camino),
Con la tienda os serviré.
(*Llégase á una tienda.*)
¡Ah, señor Laurencio!

COST. (*Ap. á la Condesa.*)
Fué
Pedírselos desatino;
Que se ha de ver en vergüenza.

COND. ¿Por qué, si yo estoy aquí?

ESCENA III.

LAURENCIO.—DICHOS.

LAUR. ¿Mandais algo?

JUAN. Aunque de mí...

COST. (*Ap. á la Condesa.*)
Mas ¡qué turbado comienza!

JUAN. No os habeis jamás servido,
Os soy muy aficionado.
Estas damas me han mandado,
Puesto que su engaño ha sido,
Que les dé unos pasamanos
Y unos cortes de Milan,
Y por vida de don Juan
(Mostrad, Laurencio, esas manos),
De pagaros del primer
Dinero que me han de dar
Para partirme.

LAUR. Afrentar
Quereis lo mucho que os quiero.
Si lo pidiera el Virey,
No lo llevara mejor.

COND. (*Ap.* Todos le tienen amor.

LAUR. (*A las damas.*)
¿Qué ha de ser esto?

COND. Oiga, rey:
Esos cortes de Milan
Que el señor don Juan añade
(Que á esto me persuade
Verle tan cortés galan),
Y de pasamanos rizos,
Cuarenta varas.

LAUR. Yo voy.
(*Entrase á la tienda.*)

ESCENA IV.

LA CONDESA, DOÑA COSTANZA, DON JUAN, GERMAN.

JUAN. Crédito tengo, aunque soy
Pobre.

COND. Sois rico de hechizos.
Pasamanos os pedi,
Y cortes me dais demás.

JUAN. Lo que me piden, jamás
El darlo me agradeci,
Sino lo que no me piden.

COND. De la suerte fué rigor
Que no seais gran señor.

JUAN. Mis desventuras lo impiden:
Buen camino y buena estrella

Mi fortuna me enseñaba.

COND. No es la fortuna tan brava
Cuando el valor la atropella.

GERM. (*A doña Costanza.*)
Y ella, señora tapada,
Diga, ¿qué figura es?
¿Es dueña de negros piés
O es doncella mesurada?
¿No podrá un pobre soldado
Alcanzar de sus granzones?

COST. Pues ¿qué quiere?

GERM. Sus faciones,
Si no todas, por un lado.

COST. ¿No era ayer vuesamerced
Lacayo, si bien me acuerdo?

GERM. Lacayo, mas no tan lerdo,
Que otras no me hagan merced.
Si no tan buenas, mejores,
Aunque no con tanta seda.

COST. Pues tenga la mano queda.

GERM. ¡Por Dios, que hay bravos olores!
¡Brava cazoleta ha habido!
Mal le va del natural
Quien de olor artificial
Baña el cuerpo y el vestido.

ESCENA V.

LAURENCIO, *con unos papeles atados.*—DICHOS.

LAUREN. Aquí viene todo, y bueno,
Si ha venido de Milan.

COND. Oid.

LAUREN. Decid.

COND. (*Ap. á Laurencio.*) A don Juan,
Que está de vergüenza lleno,
No pidais nada; que yo
Soy mejor que habeis pensado.
Por probarle me he burlado.
¿Sabeis de piedras?

LAUREN. Pues ¿no?

COND. Guardad aqueste diamante;
Que yo os enviaré el dinero.

LAUREN. Ni vuestro diamante quiero
Ni otra prenda semejante;
Que más estimo servir
A un hombre como don Juan
Que cuanto vale Milan;
Y si volveis á pedir,
La casa le he de fiar,
Los hijos y la mujer;
Que la virtud ha de ser
Riqueza en cualquier lugar.
¿Hay cosa de más estima
Que ver este caballero
Justar, ó con el acero,
En el torneo, en la esgrima?
Y en los actos militares,
Cuando en la plaza se ven,
¿Hay cosa que no haga bien?
Gracias tiene singulares.
Mal he hecho en alaballe;
Que es oficio de tercero. (*Vase.*)

ESCENA VI.

LA CONDESA, DOÑA COSTANZA, DON JUAN, GERMAN.

COND. Dos palabras, caballero.
Vuestra cortesía y talle
Me obligan á grande amor:
Esta noche os quiero hablar.

JUAN. Habeisme de perdonar,
Porque el divino valor
De la señora que sigo
No me da lugar á ofensa.

COND. (*Ap. á doña Costanza.*)
¡Qué firme galan!

COST. ¿Si piensa
Quién eres?

COND. (*Ap. á doña Costanza.* Lo mismo digo...
Mas pienso que se turbara.)
Mirad, don Juan, que esa empresa
Ya sé yo que es la Condesa;
Y todo en el viento para,
Porque aguarda cada dia
Cierto marqués siciliano
A quien ha de dar la mano.

JUAN. Ya sé que la suerte mia
No merece su valor;
Mas ¿qué importa que se case,
Que me hiele ó que me abrase,
Para que le tenga amor?

COND. Y ¿si os quiero para daros
Un recado de su parte?

JUAN. Eso sí, y á cualquier parte
Iré á serviros y á hablaros.

COND. En casa de doña Inés,
A las diez, por el jardin.
(*Hacen las dos que se van, y vuelven.*)

JUAN. Ellas se van.

GERM. ¿A qué fin
Te quieren hablar después?

COND. Oid.

JUAN. ¿Qué es lo que mandais?

COND. No nos habeis de seguir.

JUAN. Por allí me quiero ir,
Pues que vos por aquí vais.

COND. Sois en extremo galan,
Y pareceisme muy bien.

JUAN. ¡Ay si lo dijera!...

COND. ¿Quién?

JUAN. La Condesa.

COND. Adios, don Juan. (*Vase.*)

ESCENA VII.

EL MARQUÉS ALEJANDRO, LUCIO, CELIO Y RUTILIO.

ALEJ. Aunque me dió contento Barcelona,
Valencia me ha agradado sumamente.

LUCIO. Bellísima ciudad; pero quisiera
Que llegaras, Señor, con gallardía;
Que son muy principales los señores
Y caballeros desta tierra, y suelen
En las cosas de honor ser Alejandros.

ALEJ. De serlo yo en el nombre me contento.
¿Cómo pude venir de otra manera,
Habiendo de venir á la ligera?
Demás, que la Condesa no me ha escrito
Más há de cuatro meses, y no quiero
Venir tan fanfarron, si se ha mudado,
Que vuelva más corrido que pagado.
RUTI. Bien hace en esto vuestra señoría;
Que mejor es llegar humildemente,
Hasta saber de la Condesa el pecho.
CELIO. ¿Quién es esta señora, te suplico
Que me digas, pues tanto la encareces?
ALEJ. Vespasiano Gonzaga, que en Valencia
Un tiempo fué virey, trajo á sus padres,
Porque eran deudos suyos; nació Hipólita
En aquesta ciudad, y muertos ellos,
De tres años estuvo en la Zaidia,
Monasterio tan célebre en España.
De allí salió después para casarse;
Puesto que ha sido en esto tan prolija,
Como heredera de tan gran estado,
Que nunca, aunque de muchos fué servida,
Se ha querido casar.
CELIO. Está guardada
Para solo Alejandro esta ventura.
ALEJ. Aun agora no sé si está segura.
Recójase la ropa y los criados,
Para que lo mejor que sea posible
Se pongan todos, porque luego quiero
Pedir licencia para verla.
RUTI. En todo
Tendremos el cuidado necesario.
ALEJ. Si en estas vistas tengo buena estrella,
¿Quién casó con mujer tan rica y bella?
(*Vause.*)

—

Jardin de casa de doña Inés.—Es de noche.

ESCENA VIII.

DOÑA INÉS, DOÑA COSTANZA Y LA CONDESA.

COND. La merced que me habeis hecho
Me hace tan atrevida.
INÉS. En mi casa sois servida
Por dueño della y del pecho.
COND. Fingiros teneis criadas;
Que la noche da lugar;
Que me quieren ayudar
Las estrellas disfrazadas.
COST. ¿Cuándo no lo somos vuestras?
COND. Cumplimientos excusad.
INÉS. Notable es la voluntad
Que á este caballero muestras.
COND. Como es pobre, doña Inés,
Todas estas pruebas hago;
Que pues de un pobre me pago,
No me he de quejar despues.
Pasar tiene por crisol,
Pues que me han de murmurar.
COST. ¿La noche te ha de casar?
COND. Sí; mas con el mismo sol.

ESCENA IX.

DURANGO; *después*, DON JUAN Y GERMAN.—DICHAS.

DURAN. Aquel caballero ha entrado.
COND. Pues retirnos vos allá.
(*Vase Durango, y salen don Juan y German.*)
JUAN. (*Sin ver á nadie aun.*)
¿Dónde aquella dama está?
COST. ¿Quién va?
JUAN. Un hombre y su criado.
COST. Allegaos á aquel jazmin,
Y hallareis esa mujer.
GERM. Y yo, ¿qué tengo de hacer?
¿No más de ser matachin?
COST. Estareis entre las dos.
GERM. Amargamente me irá.
COND. ¿Quién va?
JUAN. Quien no sabe ya
Si sois vos ni quién sois vos.
COND. Por lo menos, soy mujer
Que os quiere bien.
JUAN. Y yo un hombre
Que apenas tengo más nombre
De que soy hombre de bien.
¿Cómo se ha de hablar aquí?
COND. Asentaos; que hay espacio.
JUAN. ¿No hay cosa de cartapacio?
COND. En mi vida le aprendí.
Eso, ni vocablos nuevos,
Melindres, bachillerias,
Son gracias viejas y frias.
JUAN. Muchos galanes mancebos
Han dado agora en hablar
Esto que llaman pausado.
COND. Cuatro veces me han sangrado
Solamente de escuchar.
JUAN. Cierto que es cosa sin precio
Un discreto.
COND. ¿Soislo vos?
JUAN. No, por Dios; que entre los dos
Yo tengo de ser el necio,
Porque no os puedo querer;
Mas si condesa no hubiera,
Estad cierta que os quisiera
Por tan galan proceder.
COND. Dios os pague la intencion.
Si la condesa os hablara,
¿Qué hiciérades?
JUAN. ¿Yo? temblara.
COND. Pues ¿qué es vuestra pretension?
JUAN. Quererla hasta que me muera.
COND. Dios os harte de querer.
Pues en verdad que es mujer
Que si os hablara os quisiera.
JUAN. ¿A mí?
COND. A vos.
JUAN. No lo creais.
Es angélica, es divina,
Trasparente, cristalina;
Mujer que si la mirais,
Suspirárais por se hombre.

¡Ay de mi humilde fortuna!
COND. Oí contar que á la luna,
Porque la empresa os asombre,
Ladraba un perro, y le hacia
Grandes fieros: ¿si sois vos?
JUAN. No me quitareis, por Dios,
Con eso de mi porfia;
Que tambien Endimion
Fué querido de la luna,
Con más humilde fortuna.
COND. ¿No veis que fábulas son?
Mas buen ánimo tened;
Que es mujer, y ser podria
Vencerla vuestra porfia.
JUAN. Haceisme mucha merced.
COND. Ella gana; que por Dios,
Que es fea y no muy discreta.
JUAN. Levántome.
COND. Quedo.
JUAN. ¿Es treta,
O me enfadaré con vos?
Si os he de hablar, ha de ser
Solamente en la belleza
De Hipólita.
COND. La pobreza
Os hace desvanecer.
JUAN. Pobre ó no, yo me contento
Con ser rico deste bien. (*Hablan bajo.*)
GERM. Hablemos acá tambien,
Pues que nos dan este asiento.
¿Son criadas desta dama
Vuesas mercedes?
INÉS. Como él
De su amo.
GERM. (*Ap.* A lo cruel:
Más bajo.) Y ¿cómo se llama?
INÉS. ¿Yo? Doña Tigre.
GERM. ¡Mal año!
Y más si parida está;
Que dicen que correrá
Tras el cazador un año.
¿Y ella? A ver.
COST. Doña Serpiente.
GERM. ¡San Jorge!
COST. Mi nombre digo.
GERM. Si no se burlan conmigo
Por verme tan inocente,
Digo yo que su señora,
Segun la casa se entabla,
Se llamará doña Diabla.
COST. Ese nombre tiene agora.
GERM. ¿Cómo les va de racion?
¿Ahorran pan? Mas, serpientes
Comeránse hasta las gentes
En buena conversacion.
Yo estoy ya medio comido.
INÉS. ¿Para qué se puso en medio?
GERM. Por ver si hallaba remedio
Para estar mejor vestido.
Apriétenme, dénme seda,
Vistanme una vez con oro.
INÉS. Apriétele, amigo, un toro.
COST. Tenga la persona queda,
Y el medio como virtud.
GERM. ¿Son los extremos viciosos?
COST. No son sino virtüosos,
Asi Dios le dé salud.
Acérquese deste lado.
INÉS. ¡Qué fealdad tan atrevida!
GERM. No he estado en toda mi vida
Mejor que agora acostado.
COST. Jure de no pegar nada.
INÉS. No granice, majadero.
GERM. De un cabo me cerca Duero,
Y de otro Peñatajada;
Y tajadas dije bien,
Pues dos y de carne son.

ESCENA X.

DURANGO.—LA CONDESA, DOÑA INÉS, DOÑA COSTANZA, DON JUAN Y GERMAN.

DURAN. (*A su ama.*) Señora, en esta ocasion
Perdóneme tu desden.
COND. ¿Cómo os entrásteis así?
DURAN. Porque dicen que ha venido
Aquel marqués tu marido.
COND. ¿Cómo marido?
DURAN. Esto oí. (*Levántanse.*)
COND. Yo no tengo otro marido
Que el señor don Juan.
COST. ¿Qué es esto?
COND. Ese marqués siciliano,
Que viene á su casamiento.
JUAN. Yo, Señora, ¿por qué causa
He de ser marido vuestro?
En vuestra casa no entré
Por gusto, ni amor que os tengo.
Daré voces; que es engaño.
COND. Y que es muy grande os confieso.
Yo soy la Condesa.
JUAN. ¿Quién?
COND. La Condesa; que no quiero
Marqueses, condes ni duques,
Sino un pobre tan discreto,
Tan prudente, tan galan
Y tan firme caballero.
Ya sois conde de la Flor,
Y es este mi amor tan cierto,
Que hoy he hablado al Arzobispo,
De quien ya licencia tengo,
Para que nos dén las manos
Esta noche.
JUAN. ¿Cómo puedo,
Ni dando á la lengua el cargo,
Ni á los ojos por el suelo,
Daros, heróica Señora,
Debido agradecimiento?
Las lágrimas se me vienen
A los ojos, y os prometo
Que en mi comprais un esclavo.
COND. Esto puede un hombre cuerdo;
Que quien ama, sirve y calla,
Merece tan justo premio.
¿Cómo no me conocisteis?
JUAN. De deslumbrado, de ciego.
COST. Y á mí ¿conocéisme ya?

ALEJ. De serlo yo en el nombre me contento.
¿Cómo pude venir de otra manera,
Habiendo de venir á la ligera?
Demás, que la Condesa no me ha escrito
Más há de cuatro meses, y no quiero
Venir tan fanfarron, si se ha mudado,
Que vuelva más corrido que pagado.
RUTI. Bien hace en esto vuestra señoría;
Que mejor es llegar humildemente,
Hasta saber de la Condesa el pecho.
CELIO. ¿Quién es esta señora, le suplico
Que me digas, pues tanto la encareces?
ALEJ. Vespasiano Gonzaga, que en Valencia
Un tiempo fué virey, trajo á sus padres,
Porque eran deudos suyos; nació Hipólita
En aquesta ciudad, y muertos ellos,
De tres años estuvo en la Zaidia,
Monasterio tan célebre en España.
De allí salió después para casarse;
Puesto que ha sido en esto tan prolija,
Como heredera de tan gran estado,
Que nunca, aunque de muchos fué servida,
Se ha querido casar.
CELIO. Está guardada
Para solo Alejandro esta ventura.
ALEJ. Aun agora no sé si está segura.
Recójase la ropa y los criados,
Para que lo mejor que sea posible
Se pongan todos, porque luego quiero
Pedir licencia para verla.
RUTI. En todo
Tendremos el cuidado necesario.
ALEJ. Si en estas vistas tengo buena estrella,
¿Quién casó con mujer tan rica y bella?
(*Vanse.*)

Jardin de casa de doña Inés.—Es de noche.

ESCENA VIII.

DOÑA INÉS, DOÑA COSTANZA Y LA CONDESA.

COND. La merced que me habeis hecho
Me hace tan atrevida.
INÉS. En mi casa sois servida
Por dueño della y del pecho.
COND. Fingiros tencis criadas;
Que la noche da lugar;
Que me quieren ayudar
Las estrellas disfrazadas.
COST. ¿Cuándo no lo somos vuestras?
COND. Cumplimientos excusad.
INÉS. Notable es la voluntad
Que á este caballero muestras.
COND. Como es pobre, doña Inés,
Todas estas pruebas hago;
Que pues de un pobre me pago,
No me he de quejar despues.
Pasar tiene por crisol,
Pues que me han de murmurar.
COST. ¿La noche te ha de casar?
COND. Sí; mas con el mismo sol.

ESCENA IX.

DURANGO; *después*, DON JUAN Y GERMAN.—DICHAS.

DURAN. Aquel caballero ha entrado.
COND. Pues retiraos vos allá.
(*Vase Durango, y salen don Juan y German.*)
JUAN. (*Sin ver á nadie aun.*)
¿Dónde aquella dama está?
COST. ¿Quién va?
JUAN. Un hombre y su criado.
COST. Allegaos á aquel jazmin,
Y hallareis esa mujer.
GERM. Y yo, ¿qué tengo de hacer?
¿No más de ser matachin?
COST. Estareis entre las dos.
GERM. Amargamente me irá.
COND. ¿Quién va?
JUAN. Quien no sabe ya
Si sois vos ni quién sois vos.
COND. Por lo menos, soy mujer
Que os quiere bien.
JUAN. Y yo un hombre
Que apenas tengo más nombre
De que soy hombre de bien.
¿Cómo se ha de hablar aquí?
COND. Asentaos; que hay espacio.
JUAN. ¿No hay cosa de cartapacio?
COND. En mi vida le aprendí.
Eso, ni vocablos nuevos,
Melindres, bachillerías,
Son gracias viejas y frías.
JUAN. Muchos galanes mancebos
Han dado agora en hablar
Esto que llaman pausado.
COND. Cuatro veces me han sangrado
Solamente de escuchar.
JUAN. Cierto que es cosa sin precio
Un discreto.
COND. ¿Soislo vos?
JUAN. No, por Dios; que entre los dos
Yo tengo de ser el necio,
Porque no os puedo querer;
Mas si condesa no hubiera,
Estad cierta que os quisiera
Por tan galan proceder.
COND. Dios os pague la intencion.
Si la condesa os hablara,
¿Qué hicierades?
JUAN. ¿Yo? temblara.
COND. Pues ¿qué es vuestra pretension?
JUAN. Quererla hasta que me muera.
COND. Dios os harte de querer.
Pues en verdad que es mujer
Que si os hablara os quisiera.
JUAN. ¿A mí?
COND. A vos.
JUAN. No lo creais.
Es angélica, es divina,
Trasparente, cristalina;
Mujer que si la mirais,
Suspirárais por se hombre.

¡Ay de mi humilde fortuna!
COND. Oí contar que á la luna,
Porque la empresa os asombre,
Ladraba un perro, y le hacia
Grandes fieros: ¿si sois vos?
JUAN. No me quitareis, por Dios,
Con eso de mi porfia;
Que tambien Endimion
Fué querido de la luna,
Con más humilde fortuna.
COND. ¿No veis que fábulas son?
Mas buen ánimo tened;
Que es mujer, y ser podria
Vencerla vuestra porfia.
JUAN. Hacedme mucha merced.
COND. Ella gana; que por Dios,
Que es fea y no muy discreta.
JUAN. Levántome.
COND. Quedo.
JUAN. ¿Es treta,
O me enfadaré con vos?
Si os he de hablar, ha de ser
Solamente en la belleza
De Hipólita.
COND. La pobreza
Os hace desvanecer.
JUAN. Pobre ó no, yo me contento
Con ser rico deste bien. (*Hablan bajo.*)
GERM. Hablemos acá tambien,
Pues que nos dan este asiento.
¿Son criadas desta dama
Vuesas mercedes?
INÉS. Como él
De su amo.
GERM. (*Ap.* A lo cruel:
Más bajo.) Y ¿cómo se llama?
INÉS. ¿Yo? Doña Tigre.
GERM. ¡Mal año!
Y más si parida está;
Que dicen que correrá
Tras el cazador un año.
¿Y ella? A ver.
COST. Doña Serpiente.
GERM. ¡San Jorge!
COST. Mi nombre digo.
GERM. Si no se burlan conmigo
Por verme tan inocente,
Digo yo que su señora,
Segun la casa se entabla,
Se llamará doña Diabla.
COST. Ese nombre tiene agora.
GERM. ¿Cómo les va de racion?
¿Ahorran pan? Mas, serpientes
Comeránse hasta las gentes
En buena conversacion.
Yo estoy ya medio comido.
INÉS. ¿Para qué se puso en medio?
GERM. Por ver si hallaba remedio
Para estar mejor vestido.
Apriétenme, dénme seda,
Vistanme una vez con oro.
INÉS. Apriétele, amigo, un toro.
COST. Tenga la persona queda,
Y el medio como virtud.
GERM. ¿Son los extremos viciosos?
COST. No son sino virtuosos,
Asi Dios le dé salud.
Acérquese deste lado.
INÉS. ¡Qué fealdad tan atrevida!
GERM. No he estado en toda mi vida
Mejor que agora acostado.
COST. Jure de no pegar nada.
INÉS. No granice, majadero.
GERM. De un cabo me cerca Duero,
Y de otro Peñatajada;
Y tajadas dije bien,
Pues dos y de carne son.

ESCENA X.

DURANGO.—LA CONDESA, COÑA INÉS, DOÑA COSTANZA, DON JUAN Y GERMAN.

DURAN. (*A su ama.*) Señora, en esta ocasion
Perdóneme tu desden.
COND. ¿Cómo os entrásteis así?
DURAN. Porque dicen que ha venido
Aquel marqués tu marido.
COND. ¿Cómo marido?
DURAN. Esto oi. (*Levántanse.*)
COND. Yo no tengo otro marido
Que el señor don Juan.
COST. ¿Qué es esto?
COND. Ese marqués siciliano,
Que viene á su casamiento.
JUAN. Yo, Señora, ¿por qué causa
He de ser marido vuestro?
En vuestra casa no entré
Por gusto, ni amor que os tengo.
Daré voces; que es engaño.
COND. Y que es muy grande os confieso.
Yo soy la Condesa.
JUAN. ¿Quién?
COND. La Condesa; que no quiero
Marqueses, condes ni duques,
Sino un pobre tan discreto,
Tan prudente, tan galan
Y tan firme caballero.
Ya sois conde de la Flor,
Y es este mi amor tan cierto,
Que hoy he hablado al Arzobispo,
De quien ya licencia tengo,
Para que nos dén las manos
Esta noche.
JUAN. ¿Cómo puedo,
Ni dando á la lengua el cargo,
Ni á los ojos por el suelo,
Daros, heróica Señora,
Debido agradecimiento?
Las lágrimas se me vienen
A los ojos, y os prometo
Que en mi comprais un esclavo.
COND. Esto puede un hombre cuerdo;
Que quien ama, sirve y calla,
Merece tan justo premio.
¿Cómo no me conocisteis?
JUAN. De deslumbrado, de ciego.
COST. Y á mí ¿conocéisme ya?

JUAN. Apenas, porque no os veo
Delante de tanta luz.
COST. Doña Costanza, que os quiero
Por lo que Hipólita os quiere.
INÉS. Y yo tambien: ¿no merezco
Que me conozcais á mí?
JUAN. ¿Es doña Inés?
GERM. (*Ap.* ¡Bueno quedo,
Que como á viles fregonas
Las he tratado! Hoy perezco.)
Señoras, dénme perdon;
Que mi corto entendimiento
No juzga de cosas grandes.
COST. ¡Buena, German, me habeis puesto!
INÉS. Y á mí ¿dejóme un borron?
COND. Señoras, solo tratemos
De que no nos halle el alba
Tratando mi casamiento.
Amor es hoy el jüez
Con *ejecútese luego*.
JUAN. ¿Es posible, gran Señora,
Que pudo mi pensamiento
Asir los rayos del sol?
COND. Vuestros méritos han hecho,
Don Juan, que desprecie á cuantos
Su riqueza me han propuesto.
Esto solo me debeis.
JUAN. Y la misma vida os debo.
COND. Vamos todos á mi casa;
Porque quiero que cenemos
Juntas, por más regocijo.
COST. ¡Hola! El coche.
DURAN. Voy ligero. (*Vase.*)
JUAN. (*A German.*) ¿Qué te parece?
GERM. Que ha sido,
Señor, tu padrino el cielo.
JUAN. ¿No me llamas señoría?
GERM. Bien dices: ya estás electo;
Pero bien es aguardar
La bendicion, y el *si quiero*,
Que entre la *S* y la *I*,
Cabe un *no* si muda el tiempo. (*Vanse.*)

Calle.

ESCENA XI.

DON ALONSO Y OTAVIO, *pobres*.

ALON. Quien no supo del mal, dice un poeta,
Que no merece el bien; y yo podria
Decir que quien el mal no conocia,
Tendrá el alma con él más inquïeta.
No hay vida humana á más dolor sujeta
Que la que del descanso que tenia
Vino á tan bajo estado, que no hay dia
Que miserable fin no le prometa.
No puse mi esperanza en cosa alguna
En que tuviese firme confianza
Más que en los cursos de la blanca luna.
Cual el principio fué, tal fin me alcanza;
Que el mar, el juego, amor y la fortuna
No piensan que lo son, sin la mudanza.
OTAV. ¿Para qué te lamentas de fortuna,
Teniendo culpa tú de tus excesos?
ALON. No hay cosa, Otavio, de mayor cuidado
Al que baja de un alto á humilde estado,
Como el ver que cualquiera se le atreva.
OTAV. Y añade que tener paciencia deba.
ALON. Ya sin criados, sin hacienda y honra
(Que es vínculo la honra de la hacienda),
Ya sin vestidos, ni tener de donde
Pueda alcanzar un mísero sustento,
¿Qué debo hacer? Y por tu vida, Otavio,
Que no me digas ya más culpas mias;
Que no se han de afligir los afligidos.
OTAV. En tanto mal, en desventura tanta,
Que ya tienes el agua á la garganta,
¿Qué remedio mayor que tus amigos?
Sean del mal como del bien testigos.
ALON. ¿No has leido en Ovidio que en el tiempo
De la felicidad acuden muchos,
Y que en la adversidad le dejan solo?
Pues ¿cómo pensaré que habrá remedio
Para mi mal, en falsas amistades?
OTAV. Prueba, Señor; que sin probar no es justo.
ALON. Yo sé que no han de darme cosa alguna.
Amigos son de próspera fortuna.
OTAV. Pareces al hidalgo de quien cuentan
Que tenia un amigo, y en la furia
De su amistad se retiró á su casa,
Y no le habló por más de un año entero,
Ni aun le quitaba, en viéndole, el sombrero.
Picado el otro, diligencias hizo
Con otro amigo por saber la causa.
El tercero le dijo que era cosa
Que en todo aquel lugar causaba escándalo;
Que dijese la causa porque habia
Dejado la amistad de un hombre honrado,
Porque satisfaccion pudiese darle;
Y después de preguntas y respuestas,
Que el discurso duraron de una tarde,
Le dijo así: «Sabed que por entonces
Se me ofreció un camino, y que Fulano
Tiene un rocin que estima y quiere mucho.
Propuse de pedírsele; mas viendo
Que, por quererle, habia de negármele,
No le pedí: mirad si tengo causa.»
El otro replicó: «Pues sin pedirle,
Por solo imaginar que os le negara,
¿Le habeis quitado el habla?—¿Y no os parece
(Le respondió el hidalgo) que es muy justo,
Si habia de negármele?» De suerte
Que, sin probar el amistad del otro,
Tuvo mil quejas y enojado estuvo,
Como las tienes tú de tus amigos;
Que, no habiendo probado sus verdades,
Te quejas de sus falsas amistades.
ALON. ¿Tengo de avergonzar mi rostro, Otavio?
OTAV. Papeles se inventaron para eso,
Que, por blancos que son, aunque más pi-
No se ponen entonces colorados. [dan,
ALON. ¿Qué pediré?
OTAV. Poquito, cien ducados;
Porque si pides mucho, das excusa,
Y poco, pones ánimo de darlo;
Que quien volver no puede lo que pide,
No lo podrá alcanzar si no se mide.

ESCENA XII.

ALEJANDRO, *muy galan*; LUCIO, CELIO, RUTILIO.—DICHOS.

ALEJ. Pregunta, Lucio, si la calle es esta.
LUCIO. Yosé bien que es la calle.—¡Ah caballeros!
(*A don Alonso y Otavio.*)
¿Es la de los Mascones esta calle?
ALON. La misma.—El forastero es de buen talle.
(*Ap. á Otavio.*)
OTAV. Extranjeros parecen.
ALON. Por tu vida,
Que preguntes quién son y lo que buscan.
OTAV. (*A Celio.*)
¿Quién es, hidalgo, aqueste caballero?
CELIO. El marqués Alejandro se apellida:
Es siciliano, y viene de secreto
A casarse á Valencia, y informado
Que la condesa de la Flor vivia
O vive en esta calle, viene á vella.
OTAV. Esa es la casa, y ella la más bella
De cuantas damas hoy Valencia tiene.
CELIO. Por fama y por pincel perdido viene.—
Señor, esta es la casa. (*Al Marqués.*)
OTAV. (*A don Alonso.*) Este es el novio
De la condesa Hipólita.
ALON. Es gallardo.
¡Gracias á Dios! que al necio de mi hermano
Le quitara del loco pensamiento
Ser fábula en Valencia por servilla.
ALÉJ. ¡Oh casa de la octava maravilla!
(*Llaman.*)

ESCENA XIII.

DURANGO.—DICHOS.

DURAN. ¿Quién está acá? ¡Con qué priesa
Nos vienen á visitar!
LUCIO. Id, camarada, á ganar
Albricias de la Condesa;
Decid que está aquí el Marqués
Que de Sicilia ha venido.
DURAN. ¿Qué marqués es?
LUCIO. Su marido.
DURAN. ¿Su marido?
LUCIO. Corred presto.
DURAN. ¿Estais loco?
LUCIO. Corred, pues.
DURAN. Don Juan de Fox, el galan,
Es su esposo.
LUCIO. ¿Qué don Juan?
ALEJ. Escudero descompuesto,
Decid que yo estoy aquí.
DURAN. Muy compuesto caballero,
Respóndale que no quiero.
ALON. (*A Otavio.*) ¿Oyes lo que pasa allí?
OTAV. Tu hermano llamó su esposo.
ALON. El escudero ha bebido.
ALEJ. Decid que soy su marido,
Presto, escudero enfadoso.
DURAN. Desenfadado señor,
Pienso que durmiendo están
Doña Hipólita y don Juan
El primer sueño de amor;
Que anoche se desposaron.
ALON. ¡Cosa que fuese verdad!
ALEJ. ¡Porfia en su necedad!
DURAN. Antes ellos porfiarón.

ESCENA XIV.

GERMAN, *muy galan*.—DICHOS.

GERM. ¿Qué es aquesto?
DURAN. Veis ahí
Donde viene el mayordomo.
ALON. (*A Otavio.*) Ya más de veras lo tomo:
¿Es este el lacayo?
OTAV. Sí.
ALEJ. Caballero, ¿sois por dicha
Desta casa?
GERM. Sí, Señor,
Y por dicha la mayor
Que ha sido escrita ni dicha.
ALEJ. ¿Podré hablar á la Condesa?
GERM. Pienso que no se han vestido
Ella y su nuevo marido.
ALEJ. ¡Marido!
ALON. No hay alta empresa,
Otavio, dificultosa
Al esperar y al sufrir.
Quiero irme, por no oir
Una historia tan dichosa,
Y de tanta envidia mia.
OTAV. Espera á ver si es don Juan.
ALON. Necio, y de mí ¿qué dirán,
Pobre á su puerta en tal dia?
¡Ah cielos, qué gran castigo!
Su bien aumenta mi mal.
(*Vanse don Alonso y Otavio.*)

ESCENA XV.

ALEJANDRO, LUCIO, CELIO, RUTILIO, GERMAN, DURANGO.

ALEJ. (*Ap.* Puesto que á respuesta igual
De lo que usaron conmigo
Me obligaba este suceso,
Disimular es mejor.)
Id en buen hora, Señor.
GERM. A todos parece exceso;
Pero, parézcalo ó no,
Posesion está tomada,
Como quien no dice nada,
Y sacado en limpio yo;
Que ayer con tanto retal,
Parecian mis faldetas
Borrador destos poetas
Que escriben sin natural. (*Vase.*)
(*Dentro.*) ¡Hola! ese capon subid
Para el Conde mi señor. (*Vase Durango.*)

ESCENA XVI.

ALEJANDRO, LUCIO, CELIO, RUTILIO.

ALEJ. Daré lugar al furor.

Entrad adentro y decid...
—Pero no, venid conmigo;
Que no sé de qué manera
A tan mudable y ligera
Mujer se ha de dar castigo.
¿Quién es aqueste don Juan?

LUCIO. Presto, Señor, lo sabremos.

ALEJ. Amigos tengo; hoy veremos
Cómo palabras se dan.

CELIO. ¿Qué disculpa irán trazando?

ALEJ. Que las letras de mujer
Olas del mar suelen ser,
Que las va haciendo y borrando. (*Vanse.*)

Sala en casa de la Condesa.

ESCENA XVII.

LA CONDESA Y DON JUAN, *de novios; él con capa y gorra, y ella con un vestido entero; después,* DURANGO.

JUAN. ¿Tan presto vusiñoria
Quiere enseñarme á vivir?

COND. Aun me queda que decir.

JUAN. Pues no más, por vida mia;
Que corre sangre el amor
Para hablar de esa manera.

COND. Antes agora sois cera,
Y imprime el sello mejor.

JUAN. Yo pienso tan obediente
Estar siempre á vuestros ojos,
Que antes de daros enojos
Quitarme la vida intente.

COND. ¡Hola! (*Sale Durango.*)

DURAN. Señora...

COND. Traed
El cofrecillo que os dí.

DURAN. Yo voy por él. (*Vase.*)

JUAN. ¿Cofre?

COND. Sí.

JUAN. ¿No basta tanta merced?
¿Qué es lo que darme quereis?

COND. Pues ¿teneis necesidad?

JUAN. Con vos no.

COND. Decid verdad.

JUAN. Vos lo que digo sabeis.

COND. Hablad, Conde mi señor;
En casa hay harto dinero.

JUAN. Vos probareis lo que os quiero,
Como yo vuestro favor,
En lo que os diré.

COND. Decid.

JUAN. Los lugares que ha empeñado
Mi hermano, vendido ó dado...

COND. No digais más advertid.
Hoy todos se quitarán:
Traigan á vuestra presencia
De la Tabla de Valencia
Cuanto allí tengo, don Juan.

JUAN. Hay otras joyas tambien
Que don Alonso empeñó.

COND. Pues quitenlas luego.

JUAN. Y yo,
Por tal merced, por tal bien,
Besaré esos piés.

COND. Teneos;
Que no me habeis conocido.

JUAN. Herradme en el rostro os pido.

COND. Nunca hierran mis deseos,
Ni quiero yo, Conde, errar
Donde tan bien acerté;
Sellar sí; mas yo diré
Adónde os quiero sellar.

ESCENA XVIII.

DURANGO.—LA CONDESA, DON JUAN.

DURAN. El cofrecillo está aquí.

JUAN. ¿Para qué le traen, Señora?

COND. Abriré, y veréislo agora.

JUAN. ¿Flores teneis dentro?

COND. Sí.
Estas son aquellas flores
Que soliades hacer,
Y German trajo á vender.

JUAN. Haréisme salir colores.

COND. Aquí las he de guardar,
Y quisiera en un diamante;
Porque si sois arrogante,
Os las tengo de enseñar;
Que basta para castigo
Que veais en lo que os vistes;
Porque viendo lo que fuistes,
Sereis humilde conmigo.—
Tomad, y llevadle allá. (*Vase Durango.*)

JUAN. ¡Buen espejo me habeis puesto!

ESCENA XIX.

GERMAN.—LA CONDESA, DON JUAN.

GERM. No os quisiera ser molesto,
Y es fuerza: sabed que está
Alejandro, por lo menos,
En Valencia.

JUAN. Pues ¿quién es?

COND. ¿En Valencia está el Marqués?

GERM. Y con más rayos y truenos
Que una nube de verano.

JUAN. ¿Quién es? Que yo no lo sé.

COND. El novio que tripulé.

JUAN. ¿Aquel marqués siciliano?

GERM. El mismo, y mil envidiosos
De tu bien, que va juntando,
Hacen cabeza de bando.

JUAN. Son enemigos forzosos;
Que á gran bien no ha de faltar
La envidia. Yo quiero ir
A ver si puedo impedir
Lo que comienza á intentar;
Que deudos y amigos tengo;
Y más si rico me ven,
Que á darles y hacerles bien,
Y que no á pedirles vengo;
Que al rico todos acuden,

Como al pobre desamparan.

COND. Si en el interés reparan,
Yo haré que el intento muden.
Hacienda teneis: gastad,
Gastad, Conde mi señor.

JUAN. Comprais con tanto favor
La vida y la libertad.
(*Vanse don Juan y German.*)

ESCENA XX.

LA CONDESA.

Casáronme mis ojos, mis oidos,
Mi voluntad, mi propio entendimiento,
Dando con la razon consentimiento
El consejo de todos mis sentidos;
No tan precipitados ni atrevidos,
Que los cegase un loco pensamiento;
Que antes en este mar del casamiento
Los ha embarcado el alma prevenidos.
Amor, yo te agradezco las porfías
Con que tantos dulcísimos engaños
Rindieron hoy las altiveces mias.
Y cuando deste bien resulten daños,
Por el placer de los primeros dias,
Te perdonó el pesar de muchos años.
(*Vase.*)

Calle.

ESCENA XXI.

DON ALONSO Y OTAVIO, *embozados.*

ALON. Irme quiero del lugar;
Un hora no aguardo en él.

OTAV. Respuesta ha sido cruel.

ALON. El papel quiero rasgar:
¿Qué tengo yo que esperar?
Estos pedazos hiciera
Al capitan, si pudiera,
Y á los demás que escribí.
¡Cien ducados! ¡Ay de mí!
No hay amistad verdadera.
Cuando Luciano pintó,
Otavio, los siete ejemplos
De amigos que á siete templos
De la amistad consagró,
¿Fueron fábulas ó no?

OTAV. En Grecia, en aquella edad,
Teníase la amistad
Por excelente blason;
Pero en la nuestra lo son
La mentira y falsedad.

JUAN. ¿Qué haré? Que por no tener
Que vestir, de noche salgo,
Y de su capa me valgo,
Por no poderme poner
Con esta á dejarme ver
A la clara luz del dia.
¡Yo, que partirla solia,
Y aun darla á todos entera,
Vengo ya desta manera!
¡Mal haya la suerte mia!
¡Mal haya el juego villano,
Tan hijo de la fortuna,
Que tiene su rueda y luna,
Y su volante en la mano!
¡Mal haya el gusto tirano
De tanta libre mujer!
¿Qué tengo, Otavio, de hacer
Para salir de Valencia?

OTAV. Escúchame con paciencia;
Que bien la habrás menester.
Dicen que el Conde tu hermano...

ALON. ¡Conde mi hermano!

OTAV. Está atento.

ALON. ¿Podré tener sufrimiento?

OTAV. Prueba.

ALON. Intentarélo en vano.

OTAV. Es tan gallardo y humano,
Que después que se casó,
Ningun hidalgo llegó
A pedirle alguna cosa,
Que con mano piadosa...

ALON. No digas más.

OTAV. ¿Cómo no?

ALON. Pues, ignorante, ¡yo habia,
Aunque de hambre muriese,
De pedirle que me diese
Cosa alguna, á quien solia
Negalle la hacienda mia,
Ni dalle tanta venganza!
¿Esa vergüenza te alcanza?
¿Tienes seso?

OTAV. Escucha un poco.

ALON. La hambre te ha vuelto loco.

OTAV. Y á tí la desconfianza.
Llegan de noche á su puerta
Muchos hidalgos honrados,
Hácia lo obscuro embozados,
Que estos dias está abierta,
Con sus criados concierta
Quiten la luz, y al pasar,
Por lo menos suele dar
A cada hidalgo un doblon;
Y si le dan más razon,
A cuatro suele llegar.
Llega; que la escuridad
Te ha de encubrir.

ALON. ¡Ay de mí!

OTAV. Habla una palabra allí,
Y verás que su piedad
En esta necesidad
Te socorre.

ALON. Estoy temblando;
Mas si el cielo va trazando
Que este se vengue de mí,
Llega.

OTAV. Gente viene allí.

ALON. Él es, con un hombre hablando.

ESCENA XXII.

DON JUAN Y GERMAN, *con espadas desnudas y broqueles*.—DICHOS.

JUAN. ¿Gente dices en la puerta?
GERM. Y mirando á las ventanas.
JUAN. ¿Si son galanes, por dicha,
De Inés y doña Costanza?
Que como son esta noche
De Hipólita convidadas,
Para ver si pueden verlas
Querrán rondarme la casa.
¿Quién va?
ALON. ¿Qué es aquesto, Otavio?
¿Con dos desnudas espadas
Nos reciben?
GERM. Caballeros,
¿Qué es lo que rondan y aguardan?—
(*Ap. á don Juan.* Son del marqués Ale- [jandro.
Desviate allá; no traigan
Alguna oculta pistola.)
ALON. Si necesidad son armas,
No poca nos ha traido
A las puertas desta casa.
¿Dónde está el señor don Juan?
JUAN. (*Llegándose á don Alonso.*)
Don Juan de Fox, que se llama
Conde de la Flor, soy yo.
ALON. ¿Pues de qué, Señor, te guardas?
JUAN. De un cierto Alejandro nuevo,
Que me aseguran que anda
Con cuidado de matarme.
ALON. Nunca los que avisan matan.
JUAN. ¿Quién sois vos?
ALON. Un caballero
De noble y clara prosapia,
Que ha venido á no tener
Más que aquesta pobre capa.
Quiere irse á Flandes; y viendo
Que la fortuna voltária
Os ha puesto en tal estado
(Que unos ensalza, otros baja),
Viene á pediros limosna
Para hacer esta jornada.
JUAN. Esa, señor caballero,
Daré yo de buena gana.
Pero si esta es invencion,
Y al henchiros de oro y plata
Las manos, me henchis el pecho
Del plomo de alguna bala,
No será la culpa vuestra.
Hacedme merced y tanta,
Que aquí solamente entreis...
ALON. ¿Adónde?
JUAN. A la primer sala.
ALON. No puedo donde haya luz;
Porque si me veis la cara,
En vez de darme limosna,
Me atravesareis la espada.
JUAN. ¡Yo á vos! Pues ¿qué me habeis hecho?
ALON. (*Ap.*) Las lágrimas se me saltan.
JUAN. Tomad de mi, caballero,
Si lo sois esta palabra,
Que aunque fuérades mi hermano,
Que es la cosa más ingrata
Que Dios ha hecho en el mundo,
Estas venas me rasgara
En viéndoos pobre; que yo
Lo he sido tanto en su casa,
Que en viendo un pobre, si es noble,
Se me rasgan las entrañas.
ALON. ¿Cómo sufrirán las mias,
Hermano, tales palabras?
Yo soy don Alonso, yo,
Que vengo á darte venganza.
Vesme aquí á tus piés, don Juan.
JUAN. ¡Señor mio de mi alma!
¡Vos á mis piés! Yo á los vuestros.
Entrad, esta es vuestra casa.
¡Vos en la calle á estas horas!
GERM. (*A Otavio.*)
¿No puede hablar?
OTAV. Esto basta
Para ver...
JUAN. ¿Quién es?
OTAV. (*Desembozándose.*) Otavio.
JUAN. Otavio, no digas nada.—
Venid, hermano, conmigo.
ALON. Mi señor, los ojos hablan.
(*Vanse don Juan, don Alonso y Otavio.*)

ESCENA XXIII.

GERMAN.

¡Agora *mi señor!* ¡Lindo!
¡Ah tiempo, cuántas mudanzas
Vas haciendo en los discursos
De nuestras vidas humanas!
Que don Juan su hermano albergue
En necesidad tan clara,
Es imitacion de Dios,
Noble hazaña, heróica y santa;
Mas aquel mayordomillo
Que la racion nos quitaba,
¿Por qué ha de venir aquí? (*Vase.*)

ESCENA XXIV.

DURANGO.—GERMAN.

DURAN. ¿Qué alboroto es este que anda?
GERM. ¿Cómo?
DURAN. Dicen que el Virey
Prendió con toda la guarda
Al Marqués.
GERM. ¿Al Marqués?
DURAN. Sí,
Porque dijeron que andaba
Para matar á don Juan.
GERM. La casa está alborotada.
(*Miran adentro.*)
La Condesa mi señora
Sale á la primera sala.
DURAN. Y sus amigas con ella. (*Éntrase.*)

Sala en casa de la Condesa.

ESCENA XXV.

LA CONDESA, DOÑA INÉS Y DOÑA COSTANZA.

COST. Con razon estás turbada,
Si quieren prender al Conde.
Aunque al Conde, ¿por qué causa?
COND. Hasta hacer las amistades,
Podrá ser que preso vaya;
Mas don Juan, ¿qué culpa tiene?
INÉS. Y ¿no es mejor que las hagan,
Y los bandos se sosieguen?

ESCENA XXVI.

DON JUAN, DON ALONSO, *ya bien vestido*, Y OTAVIO.—DICHAS.

JUAN. Estará muy descuidada
Vueseñoria; pues sepa
Que, si trajo convidadas,
Yo le traigo un convidado.
COND. Quien vuestra prision aguarda,
¿Qué descuido tener puede?
JUAN. ¡Mi prision!
COND. El Virey trata
De asegurar al Marqués,
Y le prendió con su guarda.
JUAN. Eso nos está muy bien...
—Y mejor que honre esta casa
Don Alonso mi señor.
COND. ¡Vuestro hermano! ¡Dicha extraña!
ALON. Déme vuestra señoria
Los piés.

ESCENA XXVII.

GERMAN, *y después*, EL VIREY, ALEJANDRO, ALABARDEROS *y* CRIADOS.—DICHOS.

GERM. Con mil alabardas
Llega el Virey.
JUAN. ¡El Virey!
UN ALAB. (*Dentro.*) Plaza, caballeros, plaza.
(*Salen el Virey, el marqués Alejandro, alabarderos y criados.*)
COND. ¡Vuestra excelencia, Señor,
En esta casa!
VIREY. A guardarla
Como amigo y como deudo.
COND. Siendo de vos amparada,
A nadie puede temer.
VIREY. Esta por visita valga,
En que os doy el parabien;
Y porque dí la palabra
De hacer vuestras amistades,
Y el señor Marqués se vaya
Muy en buen hora á Sicilia...
Don Juan de Fox...
JUAN. ¿Qué me manda
Vuestra excelencia?
VIREY. Que luego
Se dén las manos.
ALEJ. Bastaba
Mandarlo vuestra excelencia,
Y ser gusto destas damas.
JUAN. Ya, Señor, que estais presente,
Y haciéndonos merced tanta,
Suplicoos que me escucheis.
VIREY. Decid.
JUAN. La fortuna es varia.
La historia de don Alonso
A toda Valencia es clara;
Yo bajé cuando él subia,
Y cuando yo subo él baja.
La Condesa y yo le habemos
Desempeñado su casa,
Sus lugares y sus joyas,
Y hablado á doña Costanza
Para que su esposa sea.
ALON. Palabras, Conde, me faltan
Aun para pagar con ellas.
VIREY. ¡Noble y generosa hazaña!
JUAN. Si el señor Marqués se sirve
De llevar mujer á Italia,
Mi señora doña Inés
Está en él bien empleada.
ALEJ. De sus partes tengo nuevas,
Y su persona me agrada.
VIREY. Pues dénse las manos todos,
Y quedarán confirmadas
Las amistades con deudo.
JUAN. Aquí la comedia acaba
De *Las flores de don Juan.*
COND. Vusiñoria se engaña;
Que *El rico y pobre trocados*,
Dice su autor que se llama.



ACTO TERCERO, ESCENA XIII.

LA DAMA BOBA.

PERSONAS.

LAURENCIO.
DUARDO.
FENISO.
LISEO.
MISENO.
OCTAVIO.
TURIN.
PEDRO.
UN ESTUDIANTE.

FINEA.
NISE.
CELIA.
CLARA.
UN MAESTRO DE LEER.
OTRO DE DANZAR.
UN CRIADO.
MÚSICOS.

La escena es en Illescas y en Madrid.

ACTO PRIMERO.

Portal de una posada en Illescas.

ESCENA PRIMERA.

LISEO Y TURIN, *de camino.*

LISEO. ¡Qué buenas posadas!
TURIN. Frescas.
LISEO. No hay calor.
TURIN. Cuartos y ropa
Tienen fama en toda Europa.
LISEO. ¡Famoso lugar Illescas!
No hay en todos los que miras
Quien le iguale.
TURIN. Aun si supieses
La causa...
LISEO. ¿Cuál es?
TURIN. Dos meses
De guindas y de mentiras.
LISEO. Como aquí, Turin, se juntan
De la corte, de Castilla,
De Andalucía y Sevilla,
Unos á otros preguntan,
Unos de los otros cuentan,
Y entablan discursos largos
De provisiones y cargos,
Cosas que el vulgo alimentan.—
¿No tomaste las medidas?

TURIN. Una docena tomé
De imágenes, con la fe
Que son de España adquiridas,
Por milagrosas en todo,
Cuanto en aquesta ocasion
Las tiene la devocion
De España.
LISEO. Pues desde modo,
Lleguen las postas y vamos.
TURIN. ¿No has de comer?
LISEO. Esperar
A que guisen, es pensar
Que á media noche llegamos;
Y un desposado, Turin,
Ha de llegar, cuanto pueda
Antes.
TURIN. Muy atrás se queda
Con el repuesto Marin;
Pero ya traigo qué comas.
LISEO. ¿Qué traes?
TURIN. Ya lo verás.
LISEO. Dilo.
TURIN. ¡Guarda!
LISEO. Necio estás.
TURIN. ¿Desto pesadumbre tomas?
LISEO. Pues ¿para decir lo que es?...
TURIN. Hay á quien pesa de oir
Su nombre; basta decir
Que tú lo sabrás después.
LISEO. Entretiénese la hambre
Con saber qué ha de comer.
TURIN. Pues sábete que ha de ser...
LISEO. Presto.
TURIN. Tocino ciambre.
LISEO. Pues ¿á quién puede pesar
De oir nombre tan hidalgo?
Turin, si me has de dar algo,
¿Qué cosa me puedes dar
Que tenga igual á ese nombre?
TURIN. Esto y una hermosa caja.
LISEO. Dame de queso una raja;
Que nunca el dulce es muy hombre.
TURIN. Esas liciones no son
De galan y desposado.
LISEO. Aun agora no he llegado.
TURIN. Las damas de corte son
Todas un fino cristal,
Transparentes y divinas.
LISEO. Turin, las más cristalinas
¿Comerán?
TURIN. Es natural;
Pero esa hermosa Finea,
Con quien á casarte vas,
Comerá...
LISEO. Dilo.
TURIN. No más
De azúcar, maná y jalea...
Pasaráse una semana
Con tres puntos en el aire,
De azúcar.
LISEO. ¡Gentil donaire!
TURIN. ¿Qué piensas dar á su hermana?
LISEO. A Nise, su hermana bella,
Una rosa de diamantes,
Que así tengan los amantes
Tales firmezas con ella;
Y una cadena tambien
Que compite con la rosa.
TURIN. Oigo decir que es hermosa.
LISEO. Mi esposa parece bien,
Si doy crédito á la fama:
De su hermana nada sé;
Pero basta que le dé
Lo que más se estima y ama.
TURIN. De un macho, con guarniciones
Verdes y estribos de palo,
Se apea un hidalgo.
LISEO. Malo,
Si la merienda me ponen.

ESCENA II.

UN ESTUDIANTE, *de camino*.—DICHOS.

ESTUD. (*Dentro.*)
Huésped, ¿habrá qué comer? (*Sale.*)
LISEO. Seais, Señor, bien llegado.
ESTUD. Y vos en la misma hallado.
LISEO. ¿A Madrid?
ESTUD. Dejéle ayer,
Cansado de no salir
Con pretensiones cansadas.
LISEO. Esas van adjetivadas
Con esperar y sufrir.
Holgara, por ir con vos,
Llevaramos un camino.
ESTUD. Si vais á lo que imagino,
Nunca lo permita Dios.
LISEO. No llevo qué pretender;
A negocio hecho voy.
¿Sois de ese lugar?
ESTUD. Si soy.
LISEO. Luego ¿podreis conocer
La persona que os nombrare?
ESTUD. Es Madrid una talega
De piezas, donde se anega
Cuanto su máquina pare.
Los reyes, Roques y arfiles
Conocidas casas tienen;
Los demás que van y vienen
Son como peones viles.
Todo es allí confusion.
LISEO. No es Octavio pieza vil.
ESTUD. Si es quien yo pienso, es arfil
Y pieza de estimacion.
LISEO. Quien yo digo es padre noble
De dos hijas.
ESTUD. Ya sé quién;
Pero dijérades bien
Que de una palma y un roble.
LISEO. ¿Cómo?
ESTUD. Que entrambas lo son;
Pues Nise bella es la palma,
Finea un roble sin alma
De discurso y de razon.
Y aun pienso que ol contar
Que la casaba.
LISEO. (*Ap. á Turin.*) ¿No escuchas?

ESTUD. Verdad es que no habrá muchas
Que la puedan igualar
En el riquísimo dote;
Mas ¡ay de aquel desdichado
Que espera una bestia al lado!
Pues más de algun marquesote,
A codicia del dinero,
Pretende la bobería
Desta dama, y á porfía
Hace su calle tercero.
LISEO. (*Ap.* Yo llevo lindo concierto.)
A gentiles vistas voy. (*Ap. á Turin.*)
TURIN. (*Ap. á su amo.*)
Disimula.
LISEO. Tal estoy, (*Ap. á Turin.*)
Que apenas á hablar acierto.—
En fin, Señor, Nise ¿es bella
Y discreta?
ESTUD. Es celebrada
Por única, y deseada,
Por las partes que hay en ella,
De gente muy principal.
LISEO. ¿Tan boba es esa Finea?
ESTUD. Mucho sentís que lo sea.
LISEO. Contemplo de sangre igual
Dos cosas tan desiguales.
Mas ¿cómo en dotes lo son?
Que hermanas, era razon
Que los tuvieran iguales.
ESTUD. Oigo decir que un hermano
De su padre le dejó
Esta hacienda, porque vió
Que sin ella fuera en vano
Casarla con hombre igual
A su noble nacimiento,
Supliendo el entendimiento
Con el oro.
LISEO. Él hizo mal.
ESTUD. Antes bien, porque con esto
Tan discreta vendrá á ser
Como Nise.
TURIN. ¿Has de comer? (*Ap. á Liseo.*)
LISEO. Ponme lo que dices presto...
—Aunque ya puedes dejallo.
ESTUD. ¿Mandais, Señor, otra cosa?
LISEO. Serviros. (*Vase el Estudiante.*)

ESCENA III.

LISEO, TURIN.

LISEO. ¡Qué linda esposa!—
Ponte, Turin, á caballo;
Que ya no quiero comer.
TURIN. Ten paciencia, pues no es hecho.
LISEO. Que me ha de matar sospecho,
Si es necia y propria mujer.
TURIN. Como tú no digas sí,
¿Quién te puede cautivar?
LISEO. Verla, ¿no me ha de matar,
Aunque es basilisco en mí?
TURIN. No, Señor.
LISEO. Tambien advierte
Que, siendo tan entendida
Nise, me dará la vida,
Si ella me diere la muerte. (*Vanse.*)

Sala en casa de Octavio, en Madrid.

ESCENA IV.

NISE, CELIA.

NISE. ¿Dióte el libro?
CELIA. Y tal, que obliga
A no abrille ni tocalle.
NISE. Pues ¿por qué?
CELIA. Por no ensucialle,
Si quieres que te lo diga.
En cándido pergamino
Tiene muchas flores de oro.
NISE. Bien las merece Heliodoro,
Griego poeta divino.
CELIA. ¿Poeta? Pues parecióme
Prosa.
NISE. Es que hay poesía
En prosa.
CELIA. No lo sabia:
Miré el principio y canséme.
NISE. Es que no se da á entender,
Con el artificio griego,
Hasta el quinto libro, y luego
Todo se deja entender
Cuanto precede á los cuatro.
CELIA. En fin ¿es poeta en prosa?
NISE. Y de una historia amorosa
Digna de aplauso y teatro.
Hay dos prosas diferentes,
Poética é historial:
La historial, lisa y leal,
Muestra verdades patentes
Por frasi y términos claros;
La poética es hermosa,
Varia, culta, licenciosa
Y oscura en ingenios raros:
Tiene mil exornaciones
Y retóricas figuras.
CELIA. Pues de cosas tan obscuras
¿Juzgan tantos?
NISE. No le pones,
Celia, pequeña objecion;
Pero así corre el engaño
Del mundo.

ESCENA V.

FINEA, UN MAESTRO DE LEER.—DICHAS.

FINEA. Ni en todo el año
Saldré con esta licion.
CELIA. Tu hermana con su maestro.
NISE. ¿Conoce las letras ya?
CELIA. En los principios está.
MAES. Paciencia, y no letras, muestro.
¿Qué es esta?
FINEA. Letra será.
MAES. ¿Letra?

FINEA. Pues ¿es otra cosa?
MAES. ¡No sino el alba! (*Ap.* ¡Qué hermosa Bestia!)
FINEA. ¡Ah, sí, ya, ya, ya, ya!
El alba debe de ser,
Cuando andaba entre las coles.
MAES. Esta es K: los españoles
No la solemos poner
En nuestra lengua jamás.
Úsanla mucho alemanes
Y flamencos.
FINEA. ¡Qué galanes
Van todos estos detrás!
MAES. Letras son estas tambien.
FINEA. ¿Tántas hay?
MAES. Veinte y tres son.
FINEA. Ahora, vaya de licion;
Que yo la diré muy bien.
MAES. ¿Qué es esta?
FINEA. ¿Esta? No sé.
MAES. ¿Y esta?
FINEA. No sé qué responda.
MAES. ¿Y estotra?
FINEA. ¿Aquella redonda?
Letra.
MAES. ¡Bien!
FINEA. Luego ¿acerté?
MAES. ¡Linda bestia!
FINEA. ¡Ah, sí, sí, sí!
Bestia, por Dios, se llamaba;
Pero no se me acordaba.
MAES. Esta es R... y esta es I.
FINEA. Pues si tú lo traes errado...
CELIA. (*A Nise.*)
¡Con qué pesadumbre están!
MAES. Di aquí: *B, a, n, ban.*
FINEA. ¿Dónde van?
MAES. ¡Gentil cuidado!
FINEA. Que se van ¿no me decias?
MAES. Letras son, miralas bien.
Di aquí: *B, e, n, ben.*
FINEA. ¿Adónde?
MAES. Adonde en mis dias
No te vuelva más á ver.
Perdiendo el jüicio estoy.
FINEA. ¿Vén, no dice? Pues ya voy.
MAES. Es imposible aprender.
¡Vive Dios, que te he de dar
Una palmeta!
FINEA. ¿Tú á mí?
MAES. Muestra la mano.
FINEA. Héla aquí.
MAES. Aprende á deletrear.
(*Dale una palmeta, y ella echa á correr tras él.*)
FINEA. ¡Oh perro! ¿Aquesta es palmeta?
MAES. Pues ¿qué pensabas?
FINEA. Aguarda. (*Le embiste.*)
CELIA. Ella le mata.
MAES. Ya tarda
Tu favor, Nise discreta.
NISE. ¡A tu maestro! ¿Qué es esto?
MAES. Ténganla ahí.
FINEA. Hame dado
Causa.
NISE. ¿Cómo?
FINEA. Hame engañado.
MAES. ¿Yo engañado?
NISE. Dilo presto.
FINEA. Estaba aprendiendo aquí
La letra bestia y la K...
NISE. La primera sabes ya.
FINEA. Es verdad, ya la aprendí.—
Sacó un zoquete de palo,
Al cabo una media bola,
Pidióme la mano sola,
¡Mira qué gentil regalo!
Y luego que la tomó,
Toma, y zas, el palo asienta
Que pica como pimienta,
Y la mano me abrasó.
NISE. Cuando el discípulo ignora,
Tiene el maestro licencia
De castigar.
FINEA. ¡Linda ciencia!
MAES. Aunque me diese, Señora,
Vuestro padre cuanto tiene,
No he de dalle otra licion. (*Vase.*)

ESCENA VI.

NISE, FINEA, CELIA.

CELIA. Fuése.
NISE. No tienes razon.
Sufrir y aprender conviene.
FINEA. Pues las letras que allí están,
Yo ¿no las aprendo bien?
Vengo cuando dicen *ven*,
Y voy cuando dicen *van*.
¿Qué quiere, Nise, el maestro,
Quebrándome la cabeza
Con *ban, bin, bon*?
CELIA. (*Ap.* Ella es pieza
De rey.
NISE. Quiere el padre nuestro
Que aprendamos.
FINEA. Ya yo sé
El padre nuestro.
NISE. No digo
Sino el nuestro; y el castigo
Por darte memoria fué.
FINEA. Póngame un hilo en el dedo,
Y no aquel palo en la palma.
CELIA. ¿Mas que se te sale el alma
Si lo sabe?
FINEA. Muerta quedo.
¡Oh Celia! no se lo digas,
Y verás qué te daré.

ESCENA VII.

CLARA.—DICHAS.

CLARA. Topé contigo, á la fé.
NISE. Ya, Celia, las dos amigas
Se han juntado.
CELIA. A nadie quiere
Más en todas las criadas.

CLARA. Dadme albricias tan bien dadas
Como el suceso requiere.
FINEA. ¿De qué son?
CLARA. Que ya parió
Nuestra gata la romana.
FINEA. ¿Cuándo, Clara?
CLARA. Esta mañana.
FINEA. ¿Parió en el tejado?
CLARA. No.
FINEA. Pues ¿dónde?
CLARA. En el aposento;
Que cierto se echó de ver
Su entendimiento.
FINEA. Es mujer
Notable.
CLARA. Escucha un momento.
Salia por donde suele
El sol, muy galan y rico,
Con la librea del rey,
Colorado y amarillo;
Andaban los carretones
Quitándole el romadizo
Que da la noche á Madrid...
Aunque no sé quién me dijo
Que era la calle Mayor
El soldado más antiguo,
Pues nunca el mayor de Flandes
Presentó tantos servicios.
Dormian las rentas grandes,
Despertaban los oficios,
Tocaban los boticarios
Sus almireces de pino,
Cuando la gata de casa
Comenzó con mil suspiros
A decir: «¡Ay, ay, ay, ay,
Que quiero parir, marido!»
Levantóse Hociquimocho,
Y fué corriendo á decirlo
A sus parientes y deudos,
Que deben de ser moriscos;
Porque el lenguaje que hablan,
En tiple de monacillos,
Si no es jerigonza entre ellos,
Ni es español ni latino.
Vino una gata viuda,
Larga y compuesta de hocico
(Sospecho que era su abuela),
De negro y blanco vestido.
Trújole cierta manteca,
Desayunóse, y provino
En qué recebir el parto;
Hubo temerarios gritos.
No es burla: parió seis gatos,
Tan remendados y lindos,
Que pudieran, á ser pías,
Tirar el coche más rico.
Regocijados bajaron
De los tejados vecinos,
Caballetes y terrados,
Todos sus deudos y amigos:
Lamicol, Aramizaldo,
Marfuz, Marramao, Miscito,
Tumbabollin con Piel de zorra,
Rabicorto, Zapaquildo;
Unos vestidos de blanco,
Y otros de negro vestidos,
Y otros con ropas de martas,
En cueras y zapatillos.
De negro vino á la fiesta
El gallardo Golosino,
Luto que mostraba entonces
De su padre el gaticidio.
Cuál la morcilla presenta,
Cuál el pez, cuál el cabrito,
Cuál el gorrion astuto,
Cuál el simple palomino.
Trazando quedan agora,
Para mayor regocijo,
En su gatesco senado,
Correr cañas cinco á cinco.
Vén presto; que si los ves,
Dirás que parecen niños,
Y darás á la parida
El parabien de los hijos.
FINEA. No me pudieras contar
Cosa para el gusto mio
De mayor contentamiento.
CLARA. Camina.
FINEA. Tras tí camino.
(*Vanse Finea y Clara.*)

ESCENA VIII.

NISE, CELIA.

NISE. ¿Hay locura semejante?
CELIA. Y Clara es boba tambien.
NISE. Por eso la quiere bien.
CELIA. La semejanza es bastante;
Aunque yo pienso que Clara
Es más bellaca que boba.
NISE. Con eso la engaña y roba.

ESCENA IX.

LAURENCIO, DUARDO, FENISO.—DICHAS.

DUAR. Aquí, como estrella clara,
A su hermosura nos guia.
FENI. Y aun es del sol su luz pura.
DUAR. ¡Oh reina de la hermosura!
FENI. ¡Oh Nise!
LAUREN. ¡Oh señora mia!
NISE. Caballeros...
FENI. Esta vez
De un soneto de Duardo,
Por vuestro ingenio gallardo,
Os habemos de hacer juez.
NISE. ¡A mí, que soy de Finea
Hermana y sangre!
LAUREN. A vos sola,
Que sois Sibila española,
No Cumana ni Eritrea;
A vos, por quien ya las gracias
Son cuatro y las musas diez,
Es justo haceros jüez.
NISE. Si ignorancias, si desgracias
Trujérades á juzgar,

Era justa la eleccion.
FENI. Vuestra rara discrecion,
Imposible de alabar,
Fué justamente elegida.
Oid, Señora, á Duardo.
NISE. Vaya el soneto: ya aguardo,
Aunque de indigna, corrida.
DUAR. (*Lee.*)
«La calidad elementar resiste
Mi amor, queá la virtud celeste aspira,
Y en las mentes angélicas se mira,
Donde la idea del calor consiste.
»No ya como elemento el fuego viste
El alma, cuyo vuelo al sol admira;
Que de inferiores mundos se retira
Adonde el serafin ardiendo asiste.
»No puede elementar fuego abrasarme;
La virtud celestial, que vivifica,
Invidia el verme á la suprema alzarme;
»Que donde el fuego angélico me apli-
¿Cómo podrá mortal poder tocarme? [ca,
Que eterno y fin contradiccion implica.»
NISE. Ni una palabra entendi.
DUAR. Pues en parte se leyera,
Que más de alguno dijera
Por arrogancia: «Yo sí.»
La intencion ó el argumento
Es pintar al que ya llega,
Libre del amor que ciega
La luz del entendimiento,
A la alta contemplacion
De aquel puro amor sin fin,
Donde es fuego el serafin.
NISE. Argumento é intencion
Queda entendido.
FENI. ¡Profundos
Conceptos!
LAUREN. Mucho se esconden.
DUAR. Tres fuegos, que corresponden,
Hermosa Nise, á tres mundos,
Dan fundamento á los otros.
NISE. Bien os podeis declarar.
DUAR. Calidad elementar
Es el calor en nosotros,
La celestial es virtud
Que calienta y que recrea,
Y la angélica es la idea
Del calor.
NISE. Con inquietud
Escucho lo que no entiendo.
DUAR. El elemento en nosotros
Es fuego.
NISE. ¿Entendeis vosotros?
DUAR. El claro sol que estais viendo
En el cielo, fuego es,
Y luego el entendimiento
Serático; pero siento
Que asi difieren los tres:
Que el que elementar se llama,
Abrasa cuando se aplica,
El celeste vivifica,
Y el sobreceleste ama.
NISE. No discurras, por tu vida;
Véte á escuelas.
DUAR. Donde estás,
Lo son.
NISE. Yo no escucho más,
De no entenderte corrida.
Escribe fácil.
DUAR. Platon
A lo que en cosas divinas
Escribió, puso cortinas;
Que tales cual estas, son
Matemáticas figuras
Y enigmas.
NISE. Oye, Laurencio.
(*Hablan aparte.*)
FENI. (*A Duardo.*)
Ella os ha puesto silencio.
DUAR. Temió las cosas obscuras.
FENI. Es mujer.
DUAR. La claridad
Es á todos agradable,
Que se escriba ó que se hable.
NISE. (*Ap. á Laurencio.*)
¿Cómo va de voluntad?
LAUREN. Como quien la tiene en ti.
NISE. Yo te la pago muy bien.
No traigas contigo á quien
Me eclipse el hablarte, asi.
LAUREN. Yo, Señora, no me atrevo,
Por mi humildad, á tus ojos;
Que dando en viles despojos
Se afrenta el rayo de Febo;
Pero si quieres pasar
Al alma, hallarásla rica
De la fe que amor publica.
NISE. Un papel te quiero dar;
Pero ¿cómo podrá ser
Que destos visto no sea?
LAUREN. Si en lo que el alma desea
Me quieres favorecer,
Mano y papel podré aqui
Asir juntos atrevido,
Como finjas que has caido.
(*Déjase Nise caer.*)
NISE. ¡Jesús!
DUAR. ¿Qué es esto?
NISE. Caí.
(*Laurencio da la mano á Nise para levantarla, y ella le entrega un papel.*)
LAUREN. (*Ap. á Nise.*) Con las obras respondiste.
NISE. Esas responden mejor;
Que no hay sin obras amor.
LAUREN. Amor en obras consiste.
NISE. Laurencio mio, á Dios queda.—
Duardo y Feniso, Adios.
DUAR. Y tanta ventura á vos
Como hermosura os conceda.
(*Vanse Nise y Celia.*)

ESCENA X.

LAURENCIO, DUARDO, FENISO.

FENI. ¿Qué os ha dicho del soneto
Nise?
LAUREN. Que es muy extremado.

DUAR. Habreis los dos murmurado;
Que haceis versos en efeto.
LAUREN. Ya no es menester hacellos
Para saber murmurallos;
Que se atreve á censurallos
Quien no se atreve á entendellos.
DUAR. Los dos tenemos que hacer;
Licencia nos podeis dar.
FENI. Las leyes de no estorbar
Queremos obedecer.
LAUREN. Malicia es esa.
FENI. No es tal.
La divina Nise es vuestra,
O por lo menos lo muestra.
LAUREN. Pudiera, á tener igual.
(*Vanse Duardo y Feniso.*)

ESCENA XI.

LAURENCIO.

Hermoso sois sin duda, pensamiento,
Y aunque honesto tambien, con ser her- [moso,
Si es calidad del bien ser provechoso,
Una parte de tres, que os falta siento.
Nise con un divino entendimiento
Os enriquece de un amor dichoso;
Mas sois de dueño pobre, y es forzoso
Que en la necesidad falte el contento.
Si el oro es blanco y centro del descanso,
Y el descanso del gusto, yo os prometo
Que tarda en navegar con viento manso.
Pensamiento, mudemos de sugeto;
Si voy necio tras vos, y en ir me canso,
Cuando vengais tras mi sereis discreto.

ESCENA XII.

PEDRO.—LAURENCIO.

PEDRO. ¡Qué necio andaba en buscarte
Fuera de aqueste lugar!
LAUREN. Bien me pudieras hallar
Con el alma en otra parte.
PEDRO. Luego ¿estás sin ella aquí?
LAUREN. Ha podido un pensamiento
Divertir mi movimiento
Desde mi fuera de mí.
¿Nunca has visto la saeta
Del reloj, que en un lugar
Firme suele siempre estar,
Aunque nunca está quieta,
Y tal vez está en la una,
Y tal en las doce está?
Pues ansi mi alma ya,
Sin hacer mudanza alguna
Deste puesto en que me ves,
Desde Nise que ha querido
A las doce se ha subido,
Que es número de interés.
PEDRO. Pues ¿cómo es esa mudanza?
LAUREN. Porque la saeta soy,
Que desde la una voy
Por lo que el círculo alcanza.
Señalaba á Nise...
PEDRO. Si.
LAUREN. Pues ya señala á Finea.
PEDRO. ¿Eso quieres que te crea?
LAUREN. ¿Por qué no, si hay causa?
PEDRO. Di.
LAUREN. Nise es una hora hermosa;
Finea las doce son,
Hora de más bendicion,
Más descansada y copiosa.
A las doce el oficial
Descansa, y bástale ser
Hora entonces de comer,
Tan precisa y natural.
Quiero decir que Finea
Hora de sustento es,
Cuyo descanso, ya ves
Cuánto el hombre le desea.
Dénme pues las doce á mí,
Que soy pobre, con mujer,
Que dándome de comer,
Es la mejor para mí.
Doyme á entender que poniendo
En Finea mis cuidados,
A cuarenta mil ducados
Las manos voy previniendo.
Esta, Pedro, desde hoy
Ha de ser la empresa mia.
PEDRO. Para probar tu osadía,
En una sospecha estoy.
LAUREN. ¿Y es?
PEDRO. Que te has de arrepentir,
Por ser necia esta mujer.
LAUREN. ¿Quién has visto de comer,
De descansar y vestir,
Arrepentido jamás?
Pues esto viene con ella.
PEDRO. A Nise discreta y bella,
Laurencio, ¿dejar podrás
Por una boba ignorante?
LAUREN. ¡Qué ignorante majadero!
¿No ves que el sol del dinero
Va del ingenio adelante?
El que es pobre, ese es tenido
Por necio, el rico por sabio.
No hay en el nacer agravio,
Por notable que haya sido,
Que con oro no se encubra,
Ni hay falta en naturaleza,
Que con la mucha pobreza
No se aumente y se descubra.
Yo tengo de enamorar
A Finea.
PEDRO. He sospechado
Que á un ingenio tan cerrado
No hay puerta por donde entrar.
LAUREN. Yo sé cuál.
PEDRO. Yo no, por Dios.
LAUREN. Clara, su boba criada.
PEDRO. Sospecho que es más taimada
Que boba.
LAUREN. Demos los dos
En enamorarlas.

PEDRO. Creo
Que Clara será tercera
Más fácil.
LAUREN. De esa manera
Seguro va mi deseo.
PEDRO. Ellas vienen; disimula.
LAUREN. Harélo, si está en mi mano.
PEDRO. ¿Que ha de poder un cristiano
Enamorar una mula?
LAUREN. Buena cara y talle tiene.
PEDRO. Así fuera el alma.

ESCENA XIII.

FINEA, CLARA.—DICHOS.

LAUREN. Agora
Conozco, hermosa Señora,
Que no solamente viene
El sol de las orientales
Partes, pues de vuestros ojos
Sale con rayos más rojos
Y luces piramidales.
Y si agora, que salis,
Tan grande fuerza tracis,
Al mediodía ¿qué bareis?
FINEA. Comer, no como decís
Vos, pirámides ni peros,
Sino cosas provechosas.
LAUREN. Esas estrellas famosas,
Esos nocturnos luceros
Me tienen fuera de mi.
FINEA. Si vos andais con estrellas,
¿Qué mucho que os tengan ellas
Arromadizado así?
Acostaos siempre temprano,
Y dormid con tocador.
LAUREN. ¿No entendeis que os tengo amor
Puro, honesto, limpio y sano?
FINEA. ¿Qué es amor?
LAUREN. ¿Amor? Deseo.
FINEA. ¿De qué?
LAUREN. De una cosa hermosa.
FINEA. ¿Es oro? Es diamante? ¿Es cosa
Destas que muy lindas veo?
LAUREN. No, sino de la hermosura
De una mujer como vos,
Que, como lo ordena Dios,
Para buen fin se procura.
Y esta, que vos la teneis,
Engendra deseo en mi.
FINEA. Y yo ¿qué he de hacer aqui,
Si sé que vos me quereis?
LAUREN. Quererme. ¿No habeis oido
Que amor con amor se paga?
FINEA. No sé yo cómo se haga;
Que en mi vida no he querido,
Ni en la cartilla lo ví,
Ni me lo enseñó mi madre;
Preguntarélo á mi padre.
LAUREN. Esperad; que no es ansi.
FINEA. Pues ¿cómo?
LAUREN. Destos mis ojos
Saldrán unos rayos vivos
Como espíritus visivos,
De sangre y de fuego rojos,
Que se entrarán por los vuestros.
FINEA. No, Señor; arredro vaya
Cosa en que espíritus haya.
LAUREN. Son los espíritus nuestros;
Porque el alma que yo tengo,
A vuestro cuerpo se pasa.
FINEA. ¿Tanto pasa el que se casa?
PEDRO. (*A Clara.*) Con él, como os digo, vengo
Tan muerto por vuestro amor,
Que aquesta ocasion busqué.
CLARA. ¿Qué es amor? que no lo sé.
PEDRO. ¿Amor? Locura, furor.
CLARA. Pues ¿loca tengo de estar?
PEDRO. Es una dulce locura,
Por quien la mayor cordura
Suelen los hombres dejar.
En comenzando á querer,
Enferma la voluntad
De una dulce enfermedad.
CLARA. No me la mandes tener;
Que no he tenido en mi vida
Sino solo sabañones.
FINEA. (*A Laurencio.*) Agrádanme las liciones.
LAUREN. Tú verás, de mi querida,
Cómo has de querer así;
Que es luz del entendimiento
Amor.
FINEA. Lo del casamiento
Me cuadra.
LAUREN. (*Ap.*) Y me importa á mi.
FINEA. Pues ¿llevarámе á su casa,
Y tendráme allá tambien?
LAUREN. Sí, Señora.
FINEA. Y eso ¿es bien?
LAUREN. Y muy justo en quien se casa.
Vuestro padre y vuestra madre
Casados fueron ansi:
De eso nacistes.
FINEA. ¿Yo?
LAUREN. Sí.
FINEA. Cuando se casó mi padre,
¿No estaba yo allí tampoco?
LAUREN. (*Ap.*) ¡Hay semejante ignorancia!
Sospecho que esta ganancia
Camina á volverme loco.
CLARA. Tu padre pienso que viene.
LAUREN. Adios, acordaos de mí.
FINEA. Que me place.
(*Vase Laurencio.*)
CLARA. ¿Fuése?
PEDRO. Sí,
Y seguirle me conviene.
Tenedme en vuestra memoria.
CLARA. Si os vais, ¿cómo?
(*Vase Pedro.*)

ESCENA XIV.

FINEA, CLARA.

FINEA. ¿Has visto, Clara,
Lo que es amor? ¡Quién pensara

Tal cosa!
CLARA. No hay pepitoria
Que tenga más menudencias
De manos, tripas y piés.
FINEA. Mi padre, como lo ves,
Anda en mil impertinencias.
Hame querido casar
Con un caballero indiano,
Toledano ó sevillano.
Tres veces me vino á hablar,
Y esta postrera sacó
De la caja un naipecito,
Muy repolido y bonito;
Y luego que le miró,
Me dijo: «Toma, Finea,
Este es tu marido;» y fuése.
Yo, como en fin no supiese
Esto de casar que sea,
Tomé el negro del marido,
Que no tiene más de cara.
Pero dime, amiga Clara,
¿Qué importa que sea polido
Este marido ó quien es,
Si todo el cuerpo no pasa
De la ropilla? que en casa
Ninguno sin piernas ves.
CLARA. Digo que tienes razon.
Veamos, ¿tiénesle ahí?
(*Saca Finea de la manga un retrato en un naipe.*)
¡Buena cara y cuerpo!
FINEA. Sí;
Mas no pasa del jubon.
CLARA. Luego ¿este no podrá andar?
¡Ay, los ojitos que tiene!
FINEA. Señor con Nise.
CLARA. ¿Si viene
A casarte?
FINEA. No hay casar;
Que este que se va de aquí
Tiene pierna y tiene traza.
CLARA. Y más que con perro caza;
Que el Pedro me muerde á mí.

ESCENA XV.

OCTAVIO, NISE.—DICHAS.

OCTAV. (*Ap. á Nise.*) Por la calle de Toledo,
Dicen que entró por la posta.
NISE. Pues ¿cómo no llega ya?
OCTAV. Algo por dicha acomoda.
Temblando estoy de Finea.
NISE. Aquí está, Señor, la novia.
OCTAV. Hija, ¿no sabes?
NISE. (*Ap.*) No sabe;
Que esa es su desdicha toda.
OCTAV. Ya está en Madrid tu marido.
FINEA. Siempre tu memoria es poca.
¿No me le diste en un naipe?
OCTAV. Esa es la figura sola,
Que estaba allí retratada;
Que lo vivo viene agora.

ESCENA XVI.

CELIA, OCTAVIO, NISE, FINEA, CLARA; *luego* LISEO y TURIN.

CELIA. Aquí está el señor Liseo,
Apeado de una posta.
OCTAV. Mira, hija, que has de estar
Muy prudente y muy señora.—
(*Salen Liseo y Turin, de camino.*)
Llegad sillas y almohadas.
LISEO. Esta licencia se toma
Quien viene á ser hijo vuestro.
OCTAV. Y quien viene á darnos honra.
LISEO. Agora, Señor, decidme
Cuál de las dos es mi esposa.
FINEA. Ya ¿no me ve?
LISEO. Bien merezco
Los brazos.
FINEA. (*A Octavio.*) Luego ¿no importa?
OCTAV. Bien le puedes abrazar.
FINEA. Clara... (*Ap. á ella.*)
CLARA. Señora...
FINEA. Aun agora
Viene con piernas y piés.
CLARA. Esta ¿es burla ó gerigonza?
FINEA. El verle de medio arriba
Me daba mayor congoja.
OCTAV. (*A Liseo.*) Abrazá á vuestra cuñada.
LISEO. No fué la fama engañosa,
Que habló de vuestra hermosura.
NISE. Soy muy vuestra servidora.
LISEO. Lo que es el entendimiento
A toda España alborota.
La divina Nise os llaman:
Discreta sois como hermosa,
Y hermosa con grande extremo.
FINEA. (*A su padre.*)
Pues ¿cómo requiebra esotra,
Si viene á ser mi marido?
¿No es mas bobo?
OCTAV. Calla, loca.
Sentaos, hijos, por mi vida.
LISEO. Turin...
TURIN. Señor...
LISEO. (*Ap. á Turin.*) ¡Linda tonta!
OCTAV. ¿Cómo venis del camino?
LISEO. Con los deseos en hoja,
Que siempre le hacen más largo.
FINEA. Ese macho de la noria
Pudieras haber pedido,
Que anda como una persona.
NISE. Calla, hermana.
FINEA. Callad vos.
OCTAV. Aunque honesta y virtuosa,
Es Finea deste humor.
LISEO. Turin, ¿trujiste las joyas?
TURIN. No ha llegado nuestra gente.
LISEO. ¡Qué de olvidos se perdonan
En un camino á criados!
FINEA. ¿Joyas traeis?
TURIN. (*Ap.*) Y le sobra
De las joyas el principio,
Tanto el *yo* se le acomoda.

OCTAV. Calor teneis. ¿Quereis algo?
¿Qué os aflige? ¿Qué os congoja?
LISEO. Agua quisiera pedir.
OCTAV. Haráos mal el agua sola;
Traigan una caja. (*Vase Celia.*)
FINEA. A fé,
Si como venis agora,
Fuera el sábado pasado,
Que hicimos yo y esta moza
Un menudo...
NISE. Calla, hermana.
FINEA. Mucha especie: es linda cosa.

ESCENA XVII.

CELIA, *con una caja y agua.*—OCTAVIO, NISE, FINEA, CLARA, LISEO, TURIN.

CELIA. Aquí está el agua.—Comed.
LISEO. El agua sola provoca,
Porque con su risa dice
Que la beba y que no coma.
FINEA. El bebe como una mula.
TURIN. ¡Buen requiebro!
OCTAV. (*A Finea.*) ¡Qué enfadosa
Que estás hoy! Calla, si quieres.
FINEA. (*A Liseo.*) Aun no habeis dejado gota.
Aguardad, os limpiaré.
OCTAV. Pues ¿tú le limpias?
FINEA. ¿Qué importa?
LISEO. (*Ap.*) Media barba me ha llevado.
Lindamente me enamora.
OCTAV. (*Ap.*) ¿Hay padre más desdichado?
Quiero, pues no se reporta,
Llevarme de aquí á Finea.
LISEO. (*Ap.*) Tarde el descanso se cobra,
Que en tal desdicha se pierde.
OCTAV. Entrad adentro vosotras
A prevenirle la cama.
FINEA. La mia pienso que sobra
Para los dos.
OCTAV. (*Ap. á Finea.*) ¿Tú no ves
Que aun no están hechas las bodas?
Entra dentro.
FINEA. Que me place.
NISE. Vamos, hermana.
FINEA. Adios, ¡hola!
(*Vanse Nise, Finea, Clara y Celia.*)
LISEO. (*Ap.*) Las del mar de mi desdicha
Me anegan entre sus ondas.
OCTAV. Yo tambien, hijo, me voy
Para prevenir las cosas,
Que para que os desposeis
Con más aplauso, me tocan.
El cielo os guarde. (*Vase.*)

ESCENA XVIII.

LISEO, TURIN.

LISEO. No sé
De qué manera disponga
Mis desdichas. ¡Ay Turin!
TURIN. ¿Quieres quitarte las botas?
LISEO. No, Turin, sino la vida.
¿Hay boba más espantosa?
TURIN. Lástima me ha dado á mí,
Considerando que ponga
En un cuerpo tan hermoso
El cielo un alma tan loca.
LISEO. Cuando estuviera casado
Por poder en causa propia,
Me pudiera descasar.
La ley es llana y notoria;
Pues concertando mujer
Con sentido, me desposan
Con una bestia del campo,
Con una villana tosca.
TURIN. Luego ¿no te casarás?
LISEO. ¡Mal haya la hacienda toda,
Que con tal pension se adquiere
Y con tal censo se cobra!
Demás que aquesta mujer,
Si bien es hermosa y moza,
¿Qué puede parir de mí,
Sino tigres, leones y onzas?
TURIN. Ese es engaño, pues vemos
Por experiencia notoria
Mil hijos de padres sabios
Que, de necios, los deshonrais.
LISEO. Es verdad; que Ciceron
Tuvo á Marco Tulio en Roma,
Que era un caballo, un camello.
TURIN. De la misma suerte consta
Que de necios padres suele
Salir una fénix sola.
LISEO. Turin, por lo general,
Y es consecuencia forzosa,
Lo semejante se engendra.
Hoy las palabras se rompan,
Rómpanse letras y firmas;
Que ningun tesoro cobra
La libertad. Aun si fuera
Nise...
TURIN. ¡Oh qué bien te reportais!
Dicen que un hombre enojado
Que colérico se arroja,
Si le ponen un espejo
Que represente su sombra,
En mirando en él su imágen
Se templa y desapasiona.
Así tú, como tu gusto
Miraste en su hermana hermosa
(Que el gusto es cristal del alma,
Pues su libertad pregona),
Luego templaste tu ira.
LISEO. Es verdad, porque ella sola
El enojo de su padre,
Que, como ves, me alborota,
Me puede quitar, Turin.
TURIN. ¿Que no hay que tratar desotra?
LISEO. Pues ¿he de trocar la vida
Por la muerte temerosa,
Y por un demonio un ángel?
TURIN. Digo que razon te sobra;
Que no está el gusto en el oro;
Que son el oro y las horas
Muy distintos.

LISEO. Desde aquí
Renuncio la dama boba.

ACTO SEGUNDO.

Sala que da á un jardin, en casa de Octavio.

ESCENA PRIMERA.

LAURENCIO, DUARDO, FENISO.

LAUREN. En fin, se ha pasado un mes,
Y no se casa Liseo.
DUAR. No siempre vence al deseo
El codicioso interés.
FENI. De Nise la enfermedad
Ha sido causa bastante.
DUAR. Ver á Finea ignorante
Templará su voluntad.
LAUREN. Menos lo está que solia.
Temo que amor ha de ser
Artificioso á encender
Piedra tan helada y fria.
DUAR. Tales milagros ha hecho
En gente rústica amor.
FENI. No se tendrá por menor
Dar alma á su rudo pecho.
LAUREN. Amor, señores, ha sido
Aquel ingenio profundo
Que llaman alma del mundo,
Y es el dotor que ha tenido
La cátedra de las ciencias,
Porque sólo con amor
Aprende un hombre mejor
Sus divinas diferencias.
Así lo sintió Platon,
Esto Aristóteles dijo:
Que como del cielo es hijo,
Es todo contemplacion.
Della nació el admirarse,
Del admirarse nació
El filosofar, que dió
Luz con que pueda fundarse.
Todo es ciencia artificial,
Y á amor se ha de agradecer;
Que el deseo de saber
Es al hombre natural.
No dudo ya que á Finea,
Como él la comience á amar,
Le dejo amor de enseñar,
Por imposible que sea.
FENI. Está bien pensado así;
Y su padre tendrá intento
Por dicha en el casamiento
Que ame y sepa.
DUAR. Y yo de aquí,
Infamando amores locos,
En limpio vengo á sacar
Que pocos saben amar
En lugar que saben pocos.
LAUREN. ¡Linda malicia!
FENI. Extremada.
DUAR. Difícil cosa es saber.
LAUREN. Sí; pero fácil creer
Que sabe el que poco ó nada.
FENI. ¡Qué divino entendimiento
Tiene Nise!
DUAR. Celestial.
FENI. ¿Cómo, siendo necio el mal,
Ha tenido atrevimiento
Para hacer tales agravios
De tal ingenio, y desprecios?
LAUREN. Porque de sufrir á necios
Suelen enfermar los sabios.
FENI. Ella viene.
DUAR. Y con razon
Se alegra cuanto la mira.

ESCENA II.

NISE, CELIA.—Dichos.

NISE. (*Ap. á Celia.*)
Mucho la historia me admira.
CELIA. Amores pienso que son,
Fundados en el dinero.
NISE. Nunca fundó su valor
Sobre dineros amor;
Que busca el alma primero.
DUAR. Señora, á vuestra salud
Hoy cuantas cosas os ven
Dan alegre parabien,
Y tienen vida y quietud:
Que como vuestra virtud
Fué sol que las alumbró,
Mientras ella se eclipsó,
Tambien lo estuvieron ellas;
Que hasta ver vuestras estrellas,
Fortuna el tiempo corrió.
Mas como la primavera
Sale con piés de marfil,
Y el verde velo sutil
Tiende en la alegre ribera,
Corré el agua placentera,
Cantando los ruiseñores,
Y van creciendo las flores;
Así vos salis, mostrando
Vuestra salud, y sembrando
En campos de almas amores.
FENI. Ya se rien estas fuentes,
Y son perlas las que dieron
Lágrimas, con que sintieron
Vuestros cristales ausentes;
Ya las aguas sus corrientes
Hacen instrumentos claros
Para poder celebraros;
Todo se anticipa á veros,
Y todo intenta ofreceros
Con que procure alegraros.
Pues si con veros hacis
Tales efetos agora
Donde no hay almas, Señora,
Más de las que vos poneis,
En mí ¿qué efetos hareis
Este venturoso dia,

Visto con tanta alegría,
Después de tantos enojos,
Siendo vos luz destos ojos,
Siendo vos alma en la mía?

LAUREN. A estar enfermo llegué
El tiempo que no os serví;
Que fué lo más que sentí,
Aunque sin mi culpa fué.
Yo vuestros males pasé,
Como cuerpo que animais;
Vos movimiento me dais,
Yo soy instrumento vuestro;
Que en mi vida y salud muestro
Todo lo que vos pasais.
Parabien me dén á mí
De la salud que hay en vos,
Pues que vivimos los dos
Con la que mostrais aquí;
Solamente os ofendí,
Ya que la disculpa os muestro,
En que este mal que fué nuestro
Solo tenerle debia,
No vos, que sois alma mia;
Yo sí, que soy cuerpo vuestro.

NISE. Pienso que de oposicion
Me dais los tres parabien.

LAUREN. Y es bien, pues lo sois por quien
Viven los que vuestros son.

NISE. Divertíos, por mi vida,
Cortándome algunas flores
Los dos, pues con sus colores
La diferencia os convida
Desde jardin, porque quiero
Hablar á Laurencio un poco.

DUAR. (*Ap.*) Quien ama y sufre, ó es loco
O necio.

FENI. (*Ap.*) ¿Tal premio espero?

DUAR. (*Ap.*) No son vanos mis recelos.

FENI. (*Ap.*) Ella le quiere.

DUAR. Yo haré
Un ramillete de fe,
(*Ap.* Pero sembrado de celos).

(*Vanse Duardo y Feniso.*)

ESCENA III.

LAURENCIO, NISE, CELIA.

LAUREN. Ya se han ido. ¿Podré yo,
Nise, con mis brazos darte
Parabien de tu salud?

NISE. Desvía, fingido, fácil,
Lisonjero, engañador,
Falso, inconstante, mudable,
Hombre que en un mes de ausencia
(Que bien merece llamarse
Ausencia la enfermedad)
El pensamiento mudaste.
Pero mal dije en un mes,
Porque puedes disculparte
Con que mi muerte creiste;
Y si mi muerte pensaste,
¡Con gentil atrevimiento
Pagaste el amor que sabes,
Mudando el tuyo en Finea!

LAUREN. ¿Qué dices?

NISE. Pero bien haces.
Tú eres pobre y ella rica,
Tú discreto, ella ignorante;
Buscaste lo que no tienes,
Y lo que tienes dejaste.
Discrecion tienes, y en mí
La que celebrabas antes
Dejas con mucha razon;
Que dos ingenios iguales
No conocen superior,
Y por dicha imaginaste
Que quisiera yo el imperio
Que á los hombres debe darse.

LAUREN. ¿Quién te ha dicho que yo he sido
En un mes tan inconstante?

NISE. ¿Parécete poco un mes?
Yo te disculpo, no hables;
Que la luna está en el cielo
Sin intereses mortales,
Y en un mes, y aun algo menos,
Es su creciente y menguante.
Tú en la tierra, y de Madrid,
Donde hay tantos vendabales
De intereses en los hombres,
No fué milagro mudarte.
¡Ay, Laurencio, qué buen pago
De fe y amor tan constante!
Yo enfermé de mis tristezas,
Que son bien terribles males;
Por regalos tuyos tuve
Engaños, mentiras, fraudes;
Pero pues tan duros fueron,
Di que me diste diamantes.
Dile, Celia, lo que has visto.

CELIA. Ya, Laurencio, no te espante
De que Nise, mi señora,
Desta manera te trate:
Yo sé que has dicho requiebros
A Finea.

LAUREN. ¿Que levantes,
Celia, tales testimonios?

CELIA. Tú sabes que son verdades;
Y no solo tú á mi dueño
Ingratamente pagaste,
Pero tu Pedro, el que tiene
De tus secretos las llaves,
Ama á Clara tiernamente:
¿Quieres más que te declare?

LAUREN. Tus celos han sido, Celia,
Y quieres que yo los pague.
¡Pedro á Clara! ¡Yo á la boba!

NISE. Laurencio, si la enseñaste,
¿De qué te quejas de aquello
En que de necio no caes?
Astrólogo me pareces;
Que siempre de ajenos males,
Sin reparar en los suyos,
Largos pronósticos hacen.
¡Oh quién os oyera juntos!
Debeis de hablar en romances,
Porque un discreto y un necio
No pueden ser consonantes.

Ahora déjame, Laurencio.

LAUREN. Señora...

ESCENA IV.

LISEO.—DICHOS.

LISEO. (*Ap.*) Esperaba tarde
Los desengaños; mas ya
No quiere amor que me engañe.

NISE. Suelta.

LAUREN. No quiero.

LISEO. ¿Qué es esto?

NISE. Dice Laurencio que rasgue
Unos versos que me dió,
De cierta dama ignorante;
Y yo digo que no quiero.

LAUREN. Tú podrá ser que lo alcances
De Nise: ruégale tú.

LISEO. Si algo tengo que rogarte,
Haz algo por mis memorias,
Y rasga lo que tú sabes.

NISE. Dejadme los dos. (*Vase, y Celia le sigue.*)

ESCENA V.

LAURENCIO, LISEO.

LAUREN. ¡Qué airada!

LISEO. Espántome que te trate
Con esos rigores Nise.

LAUREN. Pues, Liseo, no te espantes;
Que es defecto en los discretos
Tal vez el no ser afables.

LISEO. ¿Tienes qué hacer?

LAUREN. Poco ó nada.

LISEO. Pues vámonos esta tarde
Por el Prado arriba.

LAUREN. Vamos
Donde quiera que tú mandes.

LISEO. Detrás de los Recoletos
Quiero hablarte.

LAUREN. Si el hablarme
No es con las lenguas que dicen,
Sino con las lenguas que hacen
(Aunque me espanto que sea),
Dejaré caballo y pajes.

LISEO. Bien puedes. (*Vase.*)

LAUREN. Yo voy tras tí.

ESCENA VI.

LAURENCIO.

¡Qué celoso y qué arrogante!
Finea es simple: sin duda
De haberle contado, nace,
Mis amores y papeles.
Ya para consejo es tarde;
Que deudas y desafíos,
A que los honrados salen,
Para trampas se dilatan,
Y no es bien que se dilaten. (*Vase.*)

ESCENA VII.

FINEA, UN MAESTRO DE DANZAR.

MAES. ¿Tan presto se cansa?

FINEA. Sí;
Y no quiero danzar más.

MAES. Como no danza á compás,
Hase enfadado de sí.

FINEA. Por poco diera de hocicos
Saltando. Enfadada vengo.
¿Soy yo urraca, que andar tengo
Por casa dando salticos?
Un paso, otro contrapaso...
Floretas, otra floreta...
¡Qué locura!

MAES. ¡Qué imperfeta
Cosa! ¡En un hermoso vaso
Poner la naturaleza
Licor de un alma tan ruda,
Con que ya salga de duda
Que no es alma la belleza!

FINEA. Maestro...

MAES. Señora mía.

FINEA. Traed mañana un tamboril.

MAES. Ese es instrumento vil,
Aunque de mucha alegría.

FINEA. Que soy más aficionada
A cascabeles confieso.

MAES. Es muy de caballos eso.

FINEA. Haced vos lo que me agrada;
Que no es mucha rustiqueza
El traellos en los piés;
Harto peor pienso que es
Traellos en la cabeza.

MAES. (*Ap.* Quiero seguille el humor.)
Yo haré lo que me mandais.

FINEA. Id danzando cuando os vais.

MAES. Yo os agradezco el favor;
Pero llevaré tras mí
Mucha gente.

FINEA. Un pastelero,
Un sastre y un zapatero,
¿Llevan la gente tras sí?

MAES. No; pero tampoco ellos
Por la calle haciendo van
Sus oficios.

FINEA. ¿No podrán,
Si quieren?

MAES. Podrán hacellos;
Mas yo no quiero danzar.

FINEA. No entreis más aquí.

MAES. No haré.

FINEA. No quiero andar en un pié,
Ni dar vueltas ni bailar.

MAES. Ni yo enseñar las que sueñan
Disparates atrevidos.

FINEA. No importa; que los maridos
Son los que mejor enseñan.

MAES. ¿Han visto la mentecata?

FINEA. ¿Qué es mentecata, villano?

MAES. Tened, Señora, la mano.
Es una dama que trata
Con aspereza y rigor

A quien la sirve...
FINEA. ¿Eso es?
MAES. Puesto que vuelve después
Con mansedumbre y amor.
FINEA. ¿Es eso cierto?
MAES. ¿Pues no?
FINEA. Yo os juro, aunque nunca ingrata,
Que no hay mayor mentecata
En todo el mundo que yo.
MAES. El creerlo es cortesía.
Adios; que soy muy cortés. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

CLARA.—FINEA.

CLARA. ¿Danzaste?
FINEA. ¿Ya no lo ves?
Persíguenme todo el dia
Con leer, con escribir,
Con danzar, y todo es nada;
Solo Laurencio me agrada.
CLARA. ¿Cómo te podré decir
Una desgracia notable?
FINEA. Hablando, porque no hay cosa
De decir dificultosa
A mujer que viva y hable.
CLARA. Dormir en dia de fiesta
¿Es malo?
FINEA. Pienso que no;
Aunque si Adan se durmió,
Buena costilla le cuesta.
CLARA. Pues si nació la mujer
De una dormida costilla,
Que duerma no es maravilla.
FINEA. Por eso vengo á entender,
Solo por esa advertencia,
Por qué se andan tras nosotras
Los hombres, y en unas y otras
Hacen tanta diferencia;
Que si aquesto no es hablilla,
Deben de andar á buscar
Su costilla, y no hay parar
Hasta topar su costilla.
CLARA. Luego, si para el que amó
Un año y aun más, muy bien
Le dirán los que lo ven,
Que su costilla topó.
FINEA. A lo menos los casados.
CLARA. Sábia estás.
FINEA. Aprendo ya;
Que me enseña amor quizá
Con liciones de cuidados.
CLARA. Volviendo al cuento, Laurencio
Me dió un papel para ti.
Púseme á hilar... ¡Ay de mí!
¡Cuánto provoca el silencio!
Puse en la estopa el papel,
Y como hilaba al candil,
Y es la estopa tan sutil,
Prendióseme el copo en él.
Cabezas hay dislocadas (*a*)
Cuando duermen sin cojines,
Y sueños como rocines,
Que vienen con cabezadas.
Apenas el copo ardió,
Cuando, puesta en él de piés,
Me chamusqué, ya me ves.
FINEA. ¿Y el papel?
CLARA. Libre quedó,
Como el santo de pajares.
Sobraron estos renglones,
Donde hallarás más razones
Que en mi cabeza aladares:
Mas bien se podrá leer.
Toma y lee.
FINEA. Yo sé poco.
CLARA. Libre Dios de un fuego loco
La estopa de una mujer.

(*a*) *Disculpadas*, en otros impresos.

ESCENA IX.

OCTAVIO.—DICHAS.

OCTAV. (*Dentro.*)
Yo pienso que me canso en enseñarla:
Ni el leer ni el danzar aprender puede,
Aunque está menos ruda que solía.
(*Sale.*)
FINEA. ¡Oh padre mentecato y generoso!
Bien seas venido.
OCTAV. ¿Cómo mentecato?
FINEA. Aquel maestro de danzar me dijo
Que era yo mentecata, y enojéme;
Mas él me respondió que este vocablo
Significaba una mujer que riñe,
Y vuelve luego con amor notable;
Y como vienes tú riñendo agora,
Y has de mostrarme amor en breve rato,
Quise tambien llamarte mentecato.
OCTAV. Pues, hija, no creais á todos hombres.
No digais ese nombre; que no es justo.
FINEA. No lo haré más; mas diga, señor padre,
¿Sabe leer?
OCTAV. Pues ¿eso me preguntas?
FINEA. Pues tome por su vida, y este lea.
OCTAV. ¿Este papel?
FINEA. Si, padre.
OCTAV. Oye, Finea.
(*Lee.*) «Estoy muy agradecido á la »merced que me haces, aunque he pasa»do toda esta noche contemplando tu »hermosura.» (*Rásgale.*)
FINEA. ¿No dice más?
OCTAV. No dice; y justamente
Lo que falta rompí. ¿Quién te le ha dado?
FINEA. Laurencio, aquel discreto caballero
De la academia de mi hermana Nise,
Que dice que me quiere por extremo.
OCTAV. (*Ap.* De su ignorancia mi desdicha temo.
¿Esto trujo á mi casa el ser hermosa
Nise? ¡El galan, el lindo, el oloroso,
El afeitado, el limpio y el curioso!)
¿Hate pasado más con este acaso?
FINEA. Ayer en la escalera, al primer paso,
Me dió un abrazo.
OCTAV. (*Ap.* ¡En buenos pasos anda
Mi pobre honor por una y otra banda!

La discreta con necios en concetos,
Y la boba en amores con discretos.
A esta no hay llevarla por castigo,
Y más, que lo vendrá á entender su esposo:)
Hija, mirad que estoy muy enojado.
No os dejeis abrazar: ¿entendéis, hija?
FINEA. No lo haré más; y cierto que me pesa,
Porque me pareció muy bien el hombre.
OCTAV. Solo vuestro marido ha de ser digno
De esos abrazos.

ESCENA X.

TURIN.—DICHOS.

TURIN. En tu busca vengo.
OCTAV. ¿Qué hay, Turin?
TURIN. (*Ap. á Octavio.*)
Que á matarse van al campo
En este punto mi señor Liseo
Y Laurencio, un hidalgo marquesote,
Que desvanece á Nise con sonetos.
OCTAV. (*Ap.* ¿Qué importa que los padres sean discretos,
Si les falta á los hijos la obediencia?
Liseo ¿habrá entendido la imprudencia
De ese Laurencio, atrevidillo y loco,
Y que sirve á su esposa? ¡Caso extraño!
¿Adónde irán?
TURIN. Irán, si no me engaño,
Hácia los Recoletos agustinos.
OCTAV. Pues vén tras mí. ¡Qué extraños desatinos!
(*Vanse Octavio y Turin.*)

ESCENA XI.

FINEA, CLARA.

CLARA. Parece que se ha enojado
Tu padre.
FINEA. ¿Qué puedo hacer?
CLARA. ¿Por qué le diste á leer
El papel?
FINEA. Ya me ha pesado.
CLARA. Ya no puedes proseguir
La voluntad de Laurencio.
FINEA. Clara, no la diferencio
Con el dejar de sentir.
Yo no sé lo que esto ha sido
Después que el hombre me vió,
Porque si es que siento yo,
El se ha llevado el sentido.
Si cómo, imagino en él;
Si duermo, le estoy soñando;
Y si bebo, estoy mirando
En agua su imágen dél.
¿No has visto de qué manera
Vuelve un espejo á quien mira
Su rostro, que una mentira
Le hace forma verdadera?
Pues lo mismo en ella miro
Que el cristal me representa.
CLARA. A tus palabras atenta,
Dé tus mudanzas me admiro.
Parece que te trasformas
En otra.
FINEA. En otro dirás.
CLARA. Es maestro con quien más
Para aprender te conformas.
FINEA. Con todo eso, seré
Obediente al padre mio;
Fuera de que es desvarío
Romper la palabra y fé.
CLARA. Yo haré lo mismo.
FINEA. No impidas
El camino que llevabas.
CLARA. ¿No ves que amé porque amabas,
Y olvidaré porque olvidas?
FINEA. Harto me pesa de amalle;
Pero á ver mi daño vengo,
Aunque presumo que tengo
De olvidarme de olvidalle. (*Vánse.*)

Campo.

ESCENA XII.

LAURENCIO, LISEO.

LAUREN. Antes, Liseo, de sacar la espada,
Me decid la ocasion que á esto os obliga.
LISEO. Pues bien será que la razon os diga.
LAUREN. Liseo, si son celos de Finea,
Mientras no sé que vuestra esposa sea,
Bien puedo pretender, pues soy primero.
LISEO. Disimulais, á fe de caballero,
Pues tan lejos andais del pensamiento
De amar una mujer tan ignorante.
LAUREN. Antes de que lo diga no os espante;
Que soy tan pobre como bien nacido,
Y quiero sustentarme con su dote.
Y que lo diga así no os alborote:
Pues que vos, dilatando el casamiento,
Habeis dado más fuerzas á mi intento;
Y porque cuando llegan obligadas
A desnudarse en campo las espadas,
Se han de decir verdades llanamente;
Que es hombre vil quien en el campo miente.
LISEO. Pues yo os prometo de ayudaros tanto,
Que venga á ser tan vuestra como creo.
LAUREN. Y yo con Nise haré por vos, Liseo, (*a*)
Lo que vereis.
LISEO. Pues démonos las manos,
Y no como fingidos cortesanos,
Sino como si fuéramos de Grecia,
Adonde tanto el amistad se precia.
LAUREN. Yo seré vuestro Pílades.
LISEO. Yo Orestes.
(*Abrázanse.*)

ESCENA XIII.

OCTAVIO, TURIN.—DICHOS.

OCTAV. Turin, ¿aquesta dices que es pendencia?

(*a*) En otras:... «haré por bien.»

TURIN. Conocieron de lejos tu presencia,
Y habrán disimulado.
OCTAV. ¡Oh, caballeros!
¿Solos aquí?
LISEO. Como Laurencio ha sido
Tan grande amigo mio desde el dia
Que llegué á vuestra casa ó á la mia,
Salimonos entrambos mano á mano
A tratar nuestras cosas igualmente.
OCTAV. De esa amistad me huelgo extrañamente.
Aquí vine á un jardin de un grande amigo;
Y me holgaré de que os volvais conmigo.
LAUREN. Vamos á acompañaros y serviros.
OCTAV. (*Ap. á Turin.*)
Turin, ¿por qué razon me has engañado?
TURIN. Porque en viéndote habrán disimulado,
Y porque en fin las más de las pendencias
Mueren por madurar; que á no ser esto,
No hubiera mundo ya.
OCTAV. Pues di, ¿tan presto
Se pudo remediar?
TURIN. ¿Qué más remedio
De no reñir que estar la vida en medio?
(*Vanse.*)

Sala en casa de Octavio.

ESCENA XIV.

NISE, FINEA.

NISE. De suerte te has engreido,
Que te voy desconociendo.
FINEA. De que eso digas me ofendo.
Yo soy la que siempre he sido.
NISE. Yo te ví menos discreta.
FINEA. Y yo más segura á tí.
NISE. ¿Quién te va trocando así?
¿Quién te da licion secreta?
Otra memoria es la tuya:
¿Tomaste la anacardina?
FINEA. Ni de Ana ni Catalina
He tomado licion suya.
La misma que ser solia
Soy, porque solo he mudado
Un poco de más cuidado.
NISE. ¿No sabes que es prenda mia
Laurencio?
FINEA. ¿Quién te empeñó
A Laurencio?
NISE. Amor.
FINEA. ¿A fe?
Pues yo le desempeñé,
Y el mismo amor me le dió.
NISE. Quitaréte dos mil vidas,
Boba dichosa.
FINEA. No creas
Que si á Laurencio deseas,
De Laurencio te dividas.
En mi vida supe más
De lo que él me dijo aquí:
Eso sé y eso aprendí.
NISE. Muy aprovechada estás.
Desde hoy más no ha de pasarte
Por el pensamiento.
FINEA. ¿Quién?
NISE. Laurencio.
FINEA. Dices muy bien.
¿No volverás á enojarte?
NISE. Si los ojos puso en tí,
Quítelos luego.
FINEA. Que sea
Como tú quieres.
NISE. Finea,
Déjame á Laurencio á mí.
Marido tienes.
FINEA. No creo
Que reñiremos las dos.
NISE. Quédate con Dios.
FINEA. Adios. (*Vase Nise.*)
¡En qué confusion me veo!
¡Hay mujer tan desdichada!
Todos dan en perseguirme.

ESCENA XV.

LAURENCIO.—FINEA.

LAUREN. (*Ap.* Detente en un punto firme,
Fortuna veloz y airada,
Que ya parece que quieres
Ayudar mi pretension.
¡Oh qué gallarda ocasion!)
¿Eres tú, mi bien?
FINEA. No esperes,
Laurencio, verme jamás:
Todos me riñen por tí.
LAUREN. Pues ¿qué te han dicho de mí?
FINEA. Eso agora lo sabrás.
¿Dónde está mi pensamiento?
LAUREN. ¿Tu pensamiento?
FINEA. Sí.
LAUREN. En tí;
Porque si estuviera en mí,
Yo estuviera más contento.
FINEA. ¿Vesle tú?
LAUREN. Yo no, jamás.
FINEA. Mi hermana me ha dicho aquí
Que no has de pasarme á mi
Por el pensamiento más.
Por eso, allá te desvia,
Y no me pases por él.
LAUREN. Piensa que ya estoy en él,
Y echarme fuera querria.
FINEA. Tambien ha dicho que en mi
Pusiste los ojos.
LAUREN. Dice
Verdad: no lo contradice
El alma, que vive en tí.
FINEA. Pues tú me has de quitar luego
Los ojos que me pusiste.
LAUREN. ¿Cómo, si en amor consiste?
FINEA. Que me los quites te ruego
Con ese lienzo de aquí,
Si yo los tengo en mis ojos.
LAUREN. No más: cesen los enojos.
(*Pónele el lienzo en los ojos.*)

FINEA. ¿Están en mis ojos?
LAUREN. Sí.
FINEA. Pues quita luego los tuyos,
Que no han de estar en los mios.
LAUREN. (*Ap.*) ¡Qué graciosos desvarios!
FINEA. Ponlos á Nise en los suyos.
¿Llévastelos en el lienzo?
LAUREN. Sí, Señora; ¿no lo ves?
FINEA. Laurencio, no se los dés;
Que á sentir penas comienzo.
Pues más hay; que el padre mio
Bravamente se ha enojado
Del abrazo que me has dado.
LAUREN. Mas ¿que hay otro desvario?
FINEA. Tambien me le has de quitar,
No me ha de reñir por esto.
LAUREN. ¿Cómo ha de ser?
FINEA. Siendo presto.
¿No sabrás desabrazar?
LAUREN. El brazo derecho alcé
Entonces, muy bien me acuerdo;
Ahora alzaré el izquierdo,
Y el abrazo desharé. (*Abrázala.*)
FINEA. ¿Estoy ya desabrazada?
LAUREN. Pues ¿no lo ves?

ESCENA XVI.

NISE.—DICHOS.

NISE. ¡Oh qué bien!
FINEA. Huélgome, Nise, tambien;
Que ya no me dirás nada.
Ya Laurencio no me pasa
Por el pensamiento á mí;
Ya los ojos le volví,
Pues que contigo se casa:
En el lienzo los llevó,
Y ya me ha desabrazado.
LAUREN. (*Ap. á Nise.*)
Tú sabrás lo que ha pasado,
Con harta risa.
NISE. (*Ap. á Laurencio.*) Aquí no.
Vamos los dos al jardin;
Que tengo bien que riñamos.
LAUREN. Donde tú quisieres vamos.
(*Vanse Nise y Laurencio.*)

ESCENA XVII.

FINEA.

Ella se le lleva en fin.
¿Qué es esto que me da pena
De que se vaya con él?
Estoy por irme tras él.
¿Qué es esto que me enajena
De mi propria voluntad?
No me hallo sin Laurencio.
Mi padre viene: silencio.
Callad, lengua; ojos, hablad.

ESCENA XVIII.

OCTAVIO.—FINEA.

OCTAV. ¿Adónde está tu esposo?
FINEA. Yo pensaba
Que lo primero en viéndome que hicieras,
Fuera saber de mí si te obedezco.
OCTAV. Pues eso ¿á qué propósito?
FINEA. ¿Enojado
No me dijiste aquí que era mal hecho
Abrazar á Laurencio? Pues yo agora
Que me desabrazase le he rogado,
Y el abrazo pasado me ha quitado.
OCTAV. ¿Hay ignorancia tal? Pues dime, bestia,
¿Otra vez le abrazabas?
FINEA. Que no es eso:
Al principio fué hecho aquel abrazo,
Alto el brazo derecho de Laurencio,
Y agora levantó, que bien me acuerdo,
Porque fuese al revés, el brazo izquierdo.
Luego desabrazada quedo agora. [nora.
OCTAV. (*Ap.*) Cuando piensa que sabe, más ig-
Ello es querer hacer lo que no quiso
Naturaleza.
FINEA. Diga, señor padre,
¿Cómo se llama aquello que se siente
Cuando se va con otra lo que se ama?
OCTAV. Ese agravio de amor celos se llama.
FINEA. ¿Celos?
OCTAV. Sí: ¿tú no ves que son sus hijos?
FINEA. El padre puede dar mil regocijos,
Y es muy hombre de bien; mas desdichado
Del que tan malos hijos ha criado.
OCTAV. (*Ap.*) Luz va tomando ya; por cierto creo
Que si amor la enseñase, aprendería.
FINEA. ¿Con qué se quita el mal de celosía?
OCTAV. Con desenamorarse, si hay agravio,
Que es el remedio más prudente y sabio.
¿Dónde tu hermana está?
FINEA. Junto á la fuente
Con Laurencio se fué.
OCTAV. ¡Cansada cosa!
Aprenda noramala á hablar en prosa,
Déjese de sonetos y canciones.
Allá voy á romperles las razones. (*Vase.*)
FINEA. ¿Por quién en el mundo pasa
Esto que pasa por mí?
¿Qué ví denantes? Qué ví,
Que así me enciende y abrasa?
Celos dice el padre mio
Que son. ¡Brava enfermedad!

ESCENA XIX.

LAURENCIO.—FINEA.

LAUREN. (*Ap.* Huyendo su autoridad,
De enojarle me desvio;
Aunque en parte le agradezco
Que excusase los enojos
De Nise. Aquí están los ojos
A cuyos rayos me ofrezco.)
Señora...

FINEA. ¡Estoy por no hablarte
Porque te fuiste con Nise.
LAUREN. No me fui porque yo quise.
FINEA. Pues ¿por qué?
LAUREN. Por no enojarte.
FINEA. Yo estoy celosa de ti,
Porque ya sé qué son celos;
Que su digno nombre ¡ay cielos!
Me dijo mi padre aquí;
Mas tambien me dió el remedio.
LAUREN. ¿Cuál es?
FINEA. Desenamorarme,
Y así podré sosegarme,
Quitando el amor de enmedio.
LAUREN. Pues eso ¿cómo ha de ser?
FINEA. El que me puso el amor
Me le quitará mejor.
LAUREN. Otro mejor puede haber.
FINEA. ¿Cuál?
LAUREN. Los que vienen aquí
Al remedio ayudarán.

ESCENA XX.

DUARDO, FENISO, PEDRO.—DICHOS.

PEDRO. (*Ap. á Duardo y Feniso.*)
Finea y Laurencio están
Juntos.
DUAR. Y él fuera de sí.
LAUREN. (*Ap. á Duardo y Feniso.*)
Seais los tres bien venidos
A la ocasion más gallarda
Que se me pudo ofrecer;
Y pues de los dos el alma
A sola Nise discreta
Inclina las esperanzas,
Oid lo que con Finea
Para mi remedio pasa.
DUAR. En esta casa parece,
Segun por los aires andas,
Que te ha dado hechizos Circe:
Nunca sales desta casa.
LAUREN. Yo voy aquí con mi ingenio
Haciendo una rica traza
Para hacer oro de alquimia.
PEDRO. La salud y el tiempo gastas.
Igual seria, Señor,
Casarte, pues todo cansa,
De pretender imposibles.
LAUREN. Calla, necio.
PEDRO. El nombre basta
Para no callar jamás;
Que nunca los necios callan.
LAUREN. (*Ap. á Finea.*) Si dices delante destos
Cómo me das la palabra
De ser mi esposa y mujer,
Todos los celos se acaban.
FINEA. ¿Eso no más? Yo lo haré.
LAUREN. Pues tú misma á los tres llama.
FINEA. Duardo, Feniso, Pedro,
Yo doy aquí la palabra
De ser esposa y mujer
De Laurencio.
FENI. ¡Cosa extraña!
LAUREN. ¿Sois testigos desto?
LOS TRES. Sí.
LAUREN. Haz cuenta que ya estás sana
Del amor y de los celos
Que tanta pena te daban.
FINEA. Dios te lo pague, Laurencio.
LAUREN. Venid los tres á mi casa;
Que tengo un notario allí.
DUAR. Pues ¿con Finea te casas?
LAUREN. Sí, Duardo.
DUAR. ¿Y Nise bella?
LAUREN. Troqué discrecion por plata.
(*Vanse Laurencio, Duardo, Feniso y Pedro.*)

ESCENA XXI.

OCTAVIO, NISE.—FINEA.

NISE. Hablando estaba con él
Cosas de poca importancia.
OCTAV. Mira, hija, que esas cosas
Más deshonor que honor causan.
NISE. Es un honesto mancebo
Que de buenas letras trata,
Y téngole por maestro.
OCTAV. No era tan blanco en Granada
Juan Latino, que la hija
De un veinticuatro enseñaba;
Y con ser negro y esclavo,
Porque era su madre esclava
Del claro duque de Sesa,
Honra de España y de Italia,
Vino á casarse con ella;
Que gramática estudiaba,
Y la enseñó á *conjugar*
En llegando al *amo amas;*
Que así llama al matrimonio
El latin.
NISE. De eso me guarda
Ser tu hija.
FINEA. ¿Murmurais
De mis cosas?
OCTAV. ¿Aquí estaba
Esta loca?
FINEA. Ya no es tiempo
De reñirme.
NISE. ¿Quién te habla?
OCTAV. ¿Quién te riñe?
FINEA. Nise y tú.
Pues sabed que agora acaba
De quitarme el amor todo
Laurencio, como la palma.
OCTAV. ¿Hay alguna bobería?
FINEA. Díjome que se quitaba
El amor con que le diese
De su mujer la palabra;
Y delante de testigos
Se la he dado; y ya estoy sana
Del amor y de los celos,
Que tanta pena me daban.
OCTAV. Esta, Nise, ha de quitarme
La vida.

NISE. ¡Palabra dabas
De mujer á ningun hombre!
¿Tú no ves que estás casada?
FINEA. Para quitar el amor,
¿Qué importa?
OCTAV. ¡Locura extraña!
No entre aquí Laurencio.
NISE. (*Ap. á su padre.*) Es yerro;
Que él y Liseo la engañan,
Y aquesta traza han tomado
No más de para enseñarla.
OCTAV. ¡Oh! pues con eso yo callo.
FINEA. ¡Oh! pues con eso nos tapas
La boca.
OCTAV. Vén allá dentro.
(*Ap.* ¡Qué descanso de mis canas!)
(*Vanse Octavio y Finea.*)
NISE. Hame contado Laurencio
Que han tomado aquesta traza
El y Liseo, por ver
Si aquesta rudeza labran,
Y no me parece mal.

ESCENA XXII.

LISEO.—NISE.

LISEO. ¿Hate contado mis ansias
Laurencio, discreta Nise?
NISE. ¿Qué me dices? ¿Sueñas ó hablas?
LISEO. Palabra me dió Laurencio
De ayudar mis esperanzas,
Viendo que las pongo en ti.
NISE. Pienso que de hablar te cansas
Con tu esposa, ó que se embota
En la rudeza que labras
El cuchillo de tu ingenio,
Y para volver á hablarla
Quieres darte un filo en mí.
LISEO. Verdades son las que trata
Mi amor, Nise; no mentiras.
Escúchame.
NISE. ¡Qué inconstancia,
Qué locura, error, traicion
A mi padre y á mi hermana!
Id en buen hora, Liseo.
LISEO. ¿Desta manera me pagas
Tan desatinado amor?
NISE. Pues si es desatino, basta.

ESCENA XXIII.

LAURENCIO.—DICHOS.

LAUREN. (*Ap.*) Hablando está con Liseo:
Si Liseo se declara,
Nise ha de entender sin duda
Que mis lisonjas la engañan.
Sospecho que ya me ha visto.
NISE. ¡Oh gloria de mi esperanza!
LISEO. ¿Yo vuestra gloria, Señora?
NISE. Hanme dicho que me tratas
Con traicion; mas no lo creo;
Que no lo consiente el alma.
LISEO. ¡Traicion, Nise! Si en mi vida
Mostrare amor á tu hermana,
Me mate un rayo del cielo.
LAUREN. (*Ap.*) Es conmigo con quien habla
Nise, y presume Liseo
Que le requiebra y regala.
NISE. Quiérome quitar de aquí;
Que de manera me trata
Amor, que diré locuras.
LISEO. No os vais ¡oh Nise gallarda!
Que después destos favores,
Quedará sin vida el alma.
NISE. No puedo menos. (*Vase.*)

ESCENA XXIV.

LAURENCIO, LISEO.

LISEO. ¡Aquí
Estabas á mis espaldas!
LAUREN. Agora entré.
LISEO. Luego ¿á ti
Te hablaba y te requebraba,
Aunque me miraba á mí,
Aquella discreta ingrata?
LAUREN. Liseo, aquesta es discreta;
No podrás, si no la engañas,
Quitarle del pensamiento
El imposible que aguarda;
Porque yo soy de Finea.
LISEO. Si mi remedio no trazas,
Cuéntame loco de amor.
LAUREN. Déjame el remedio y calla;
Porque burlar un discreto
Es la mayor alabanza.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

FINEA.

¡Amor, divina invencion
De conservar la belleza
De nuestra naturaleza,
Accidente ó eleccion!
Extraños efetos son
Los que de tu ciencia nacen,
Pues las tinieblas deshacen,
Pues hacen hablar los mudos,
Pues los ingenios más rudos
Sabios y discretos hacen.
No ha dos meses que vivia
A las bestias tan igual,
Que aun el alma racional
Parece que no tenia:
Con el animal sentia,
Y crecia con la planta;
La razon divina y santa
Estaba eclipsada en mí,
Hasta que tus rayos ví,

A cuyo sol me levanta.
Tú desataste y rompiste
La escuridad de mi ingenio,
Tú fuiste el divino genio
Que me enseñaste, y me diste
La luz con que me pusiste
En el lugar en que estoy:
Mil gracias, amor, te doy,
Pues me enseñaste tan bien,
Que dicen cuantos me ven
Que tan diferente estoy.

ESCENA II.

CLARA.—FINEA.

CLARA. En grande conversacion
Están de tu entendimiento.
FINEA. Huélgome que esté contento
Mi padre en esta ocasion.
CLARA. Atribuyen al amor
De Liseo este milagro.
FINEA. En otras aras consagro
Mis votos, Clara, mejor.
Laurencio ha sido el maestro.
CLARA. Como Pedro lo fué mio.
FINEA. De verlos hablar me rio
En este milagro nuestro.
CLARA. Gran fuerza tiene el amor,
Catedrático divino.

ESCENA III.

OCTAVIO, MISENO.—DICHAS.

MISE. (*Ap. á Octavio.*)
Yo pienso que es el camino
De su remedio mejor.
Y ya, pues habeis llegado
A ver con entendimiento
A Finea, que es contento
Nunca de vos esperado,
A Nise podeis casar
Con este mozo gallardo.
OCTAV. Vos solamente á Duardo
Pudiérades abonar.
Mozuelo me parecia
Destos que se desvanecen,
A quien agora enloquecen
La arrogancia y la poesía.
No son gracias de marido
Sonetos: Nise es tentada
De académica endiosada,
Y á casa los ha traido.
¿Quién la mete á una mujer
Con Petrarca y Garcilaso,
Siendo su Virgilio y Taso
Hilar, labrar y coser?
Ayer sus librillos ví,
Papeles y escritos varios;
Pensé que devocionarios,
Y desta suerte leí:
«*Historia de dos amantes,*
Sacada de lengua griega;
Rimas de Lope de Vega,
Galatea, de Cervantes;
El zamores de Lisboa,
Los pastores de Belen,
Comedias de don Guillen
De Castro, *Liras* de Ochoa,
Cien sonetos de Liñan,
Y de Herrera el divino
Canciones, El peregrino,
El pícaro de Guzman,
Cancion que Luis Velez dijo
En la academia del duque
De Pastrana, *Obras de Luque,*
Cartas de don Juan de Arguijo...»
Mas ¿qué os canso? Por mi vida,
Que se los quise quemar.
MISE. Casalda, y veréisla estar
Ocupada y divertida
En el parir y el criar.
OCTAV. ¡Qué gentiles devociones!
Si Duardo hace canciones,
Bien los podemos casar.
MISE. Es poeta caballero;
No temais, hará por gusto
Versos.
OCTAV. Con mucho disgusto
Los de Nise considero.
Temo, y en razon lo fundo,
Si en esto da, que ha de haber
Un don Quijote mujer
Que dé que reir al mundo.

ESCENA IV.

NISE, LISEO, TURIN.—DICHOS.

LISEO. (*Ap. á Nise.*) Trátasme con tal desden,
Que pienso que he de apelar
Adonde sepan tratar
Mis obligaciones bien.
Pues advierte, Nise bella,
Que ya Finea es sagrado;
Que un amor tan desdeñado
Puede hallar remedio en ella.
NISE. Liseo, el hacerme fieros
Fuera bien considerado
Cuando yo te hubiera amado.
LISEO. Los nobles y caballeros
Como yo, se han de estimar;
No lo indino de querer.
NISE. Poner freno á la mujer
Es poner límite al mar.
Extrañas quimeras son;
Que amor, como es accidente,
Tiénese donde se siente,
No donde fuera razon.
LISEO. Eso, Señora, no es justo,
Y no lo digo con celos,
Que pongais falta á los cielos
En la bajeza del gusto.
A lo que se hizo mal,
No es bien decir: «Fué mi estrella.»
NISE. Yo no pongo culpa en ella
Ni en el curso natural;

Porque Laurencio es un hombre
Tan hidalgo y caballero,
Que puede honrar...
LISEO. Paso.
NISE. Quiero
Que reverencieis su nombre.
LISEO. A no estar tan cerca Octavio...
OCTAV. ¡Oh Liseo!
LISEO. ¡Oh mi señor!
NISE. (*Ap.*) ¿Que se ha de tener amor
Por fuerza? ¡Notable agravio!

ESCENA V.

UN CRIADO.—DICHOS.

CRIADO. El maestro de danzar
A las dos llama á licion.
OCTAV. El viene á buena ocasion.
Vaya un criado á llamar
Los músicos, porque vea
Liseo á lo que ha llegado
Finea. (*Vase el criado.*)

ESCENA VI.

OCTAVIO, NISE, FINEA, LISEO, MISENO, CLARA, TURIN; *luego* EL CRIADO, EL MAESTRO DE DANZAR, *y* MÚSICOS.

LISEO. (*Ap.*) Amor engañado,
Hoy volvereis á Finea;
Que muchas veces amor,
Disfrazado en la venganza,
Hace una justa mudanza
Desde un desden á un favor.
(*Sale el criado.*)
CRIADO. Ya los músicos venian.
(*Salen los músicos y el maestro de danzar.*)
OCTAV. Muy bien venidos seais.
LISEO. (*Ap.*) Hoy, pensamientos, vengais
Los agravios que os hacian.
OCTAV. Nise y Finea...
NISE. Señor...
OCTAV. Vaya aquí, por vida mia,
El baile del otro dia.
(*Cantan los músicos, y bailan Nise y Finea.*)
LISEO. Todo es mudanzas amor.
MAES. Gallardamente por cierto.
MISE. Dad gracias á Dios, Octavio,
Que os satisfizo este agravio.
OCTAV. (*Ap. á Miseno.*) Tratemos nuestro concier-
De Nise con Duardo. [to
MISE. (*Ap. á Octavio.*) Sea. (*a*)
OCTAV. Hijas, yo tengo que hablar.
FINEA. Yo nací para agradar.
OCTAV. (*Ap.*) ¿Quién hay que mis dichas crea?
(*Vanse todos, menos Liseo y Turin.*)

(*a*) En otras ediciones dice:
«OCTAVIO (*Ap. á Miseno.* Tratemos nuestro concierto
De Duardo con Finea.)»
pero es descuido del autor ó error de copia, porque antes y después se dice que lo que se trata es de casar á Duardo con Nise.

ESCENA VII.

LISEO, TURIN.

LISEO. Turin...
TURIN. Señor, ¿qué me quieres?
LISEO. Quiérote comunicar
Un nuevo gusto.
TURIN. Si es dar
Sobre tu amor pareceres,
Busca un letrado de amor.
LISEO. Yo he mudado parecer.
TURIN. A ser dejar de querer
A Nise, fuera el mejor.
LISEO. El mismo, porque Finea
Me ha de vengar de su agravio.
TURIN. No te tengo por tan sabio,
Que esa discrecion te crea,
Y no ha de ser el casarse
Por vengarse de un desden;
Que nunca se casó bien
Quien se casó por vengarse.
Porque es discreta Finea,
Y porque el seso cobró
(Pues de Nise no sé yo
Que tan entendida sea),
Será bien casarte luego.
LISEO. Miseno ha venido aquí;
Algo tratan contra mí.
TURIN. Que lo mires bien te ruego.
LISEO. No hay más: á pedirla voy.
TURIN. El cielo tus pasos guíe,
Y del error te desvíe
En que yo por Celia estoy. (*Vase Liseo.*)
¡Que enamore amor á un hombre
Como yo! Amor desatina.
¡Que una ninfa de cocina,
Para blason de su nombre
Ponga: «Aquí murió Turin,
Entre sartenes y cazos!»

ESCENA VIII.

LAURENCIO, PEDRO.—TURIN.

LAUREN. Todo es poner embarazos
Para que no llegue el fin.
PEDRO. Habla bajo; que hay escuchas.
LAUREN. ¡Oh, Turin!
TURIN. Señor Laurencio...
LAUREN. ¿Tanta quietud y silencio?
TURIN. Hay obligaciones muchas
Para callar un discreto,
Y yo muy discreto soy.
LAUREN. ¿Qué hay de Liseo?
TURIN. A eso voy:
Fuése á casar.
PEDRO. ¡Buen secreto!
TURIN. Está tan enamorado
De la señora Finea,
Si no es que venganza sea
De Nise, que me ha jurado
Que luego se ha de casar;
Y es ido á pedirla á Octavio.

LAUREN. Podré yo llamarme á agravio.
TURIN. Él no os pretende agraviar.
LAUREN. Las palabras ¿suelen dárse
Para no cumplirse?.
TURIN. No.
LAUREN. De no casarse la dió.
TURIN. Él no la quiebra en casarse.
LAUREN. ¿Cómo?
TURIN. Porque no se casa
Con la que solia ser,
Sino con otra mujer.
LAUREN. ¿Cómo es otra?
TURIN. Porque pasa
Del no saber al saber,
Y con saber le obligó.
¿Mandais otra cosa?
LAUREN. No.
TURIN. Pues adios. (*Vase.*)

ESCENA IX.

LAURENCIO, PEDRO.

LAUREN. ¿Qué puedo hacer?
Lo mismo que presumí
Y tenia sospechado
Del ingenio que ha mostrado,
Se viene á mostrar aquí.
Como la ha visto Liseo
Discreta, la voluntad
Ha puesto en la habilidad.
PEDRO. Y en el oro algun deseo.
Cansóle la boberia,
La discrecion le animó.

ESCENA X.

FINEA.—DICHOS.

FINEA. Clara, Laurencio, me dió
Nueva de tanta alegria.
Luego á mi padre dejó;
Y aunque ella me lo callara,
Yo tengo quien me avisara,
Que es el alma, que le ve
Por mil vidrios y cristales,
Por donde quiera que vas;
Porque en mi memoria estás
Con memorias inmortales.
Todo este grande lugar
Tiene cubierto de espejos
Mi amor, juntos y parejos,
Para poderte mirar.
Si vuelvo el rostro allí, veo
Tu imágen; si á la otra parte,
Tambien; y así viene á darte
Nombre de sol mi deseo;
Que en cuantos espejos mira
Y fuentes de pura plata,
Tu bello rostro retrata,
Y tu imágen bella mira.
LAUREN. ¡Ay, Finea! ¡A Dios pluguiera
Que nunca tu entendimiento
Llegara, como ha llegado,
A la mudanza que veo!
Necio me tuvo seguro,
Y sospechoso discreto;
Porque yo no te queria
Para pedirte consejos.
¿Qué libro esperaba yo
De tus manos? ¿En qué pleito
Habias jamás de hacerme
Informacion en derecho?
Inocente te queria,
Porque una mujer cordero
Es tuson de su marido,
Que puede traer al cuello.
Hable la dama en la reja,
Escriba, diga conceptos,
En el coche, en el estrado,
De amor, de engaños, de celos;
Pero la casada sepa
De su familia el gobierno,
Porque el más discreto hablar
No es santo como el silencio.
Mira lo que ha resultado
De trasformarse tu ingenio,
Pues ya á pedirte ¡ay de mí!
Para su mujer Liseo.
Liseo te quiere bien;
Él se casa; yo soy muerto.
¡Nunca, plegue á Dios, hablaras!
FINEA. ¿De qué me culpas, Laurencio?
A pura imaginacion
Del alto merecimiento
De tus partes, aprendí
El que tú dices que tengo.
Por hablarte supe hablar,
Vencida de tus requiebros:
Para responderte escribo:
No he tenido otro maestro
Que amor; amor me ha enseñado;
Tú eres la ciencia que aprendo.
¿De qué te quejas de mí?
LAUREN. De mi desdicha me quejo;
Pero, pues ya sabes tanto,
Dame, Señora, un remedio.
FINEA. El remedio es fácil.
LAUREN. ¿Cómo?
FINEA. Si porque mi rudo ingenio,
Que todos aborrecian,
Se ha trasformado en discreto, (*a*)
Liseo me quiere bien,
Con volver á ser tan necio
Como primero le tuve,
Me aborrecerá Liseo.
LAUREN. Pues ¿sabrás fingirte boba?
FINEA. Sí; que lo fuí mucho tiempo;
Y la tierra donde nacen
Saben andarla los ciegos.
Demás desto, las mujeres
Naturaleza tenemos
Tan pronta para fingir,
Ya con amor, ya con celos,

(*a*) En la edicion de Rivadeneyra dice: «Si, porque mi rudo ingenio,
Que todos aborrecian,
Se ha trasformado en discreto.
Liseo me quiere bien;» etc.

Que antes de nacer fingimos.
LAUREN. ¿Antes de nacer?
FINEA. Yo pienso
Que en tu vida lo has oido.
Escucha.
LAUREN. Ya estoy atento.
FINEA. Cuando estamos en el vientre
De nuestras madres, hacemos
Entender á nuestros padres,
Para engañar sus deseos,
Que somos hijos varones;
Y así verás que contentos
Acuden á su regalo
Con amores, con requiebros.
Y esperando el mayorazgo,
Tras tantos regalos hechos,
Sale una hembra que corta
La esperanza á sus deseos.
Segun eso, si esperaron
Hijo varon, y hembra vieron,
Antes de nacer fingimos.
LAUREN. Es evidente argumento;
Pero yo veré si sabes
Hacer, Señora, tan presto
Mudanza de extremos tales.
FINEA. Paso; que viene Liseo.
LAUREN. Aquí me quiero esconder.
FINEA. Ya llega.
LAUREN. Sígueme, Pedro.
PEDRO. En grandes peligros andas.
LAUREN. Tal estoy, que aun no lo siento.
(*Vanse Laurencio y Pedro.*)

ESCENA XI.

LISEO, TURIN.—FINEA.

LISEO. Yo lo dejo concertado.
TURIN. Al fin estaba del cielo
Que fuese tu esposa.
LISEO. (*Ap.* Aquí
Está mi primero dueño.)
¿No sabeis, señora mia,
Cómo ha querido Miseno
Casar á Duardo y Nise,
Y cómo yo tambien quiero
Que se hagan nuestras bodas
Con las suyas?
FINEA. No lo creo;
Que Nise me ha dicho á mí
Que está casada en secreto
Con vos.
LISEO. ¿Conmigo?
FINEA. No sé
Si érades vos ú Olivéros.
¿Quién sois vos?
LISEO. ¿Hay tal mudanza?
FINEA. ¿Quién decis? que no me acuerdo.
Y si mudanza os parece,
¿Cómo no veis que en el cielo
Cada mes hay luna nueva?
LISEO. ¿Hay tal locura?
TURIN. ¿Qué es esto?
LISEO. ¿Si le vuelve el mal pasado?
FINEA. ¿Dáisos por vencido?
LISEO. (*Ap.*) Creo
Que era locura su mal.
FINEA. Guárdanlas para remiendos
De las que salen menguadas.
¿Veis ahí que sois un necio?
LISEO. Señora, mucho me admiro
De que ayer tan alto ingenio
Mostrásedes.
FINEA. Pues, Señor,
Agora ha llegado al vuestro:
Que la mayor discrecion
Es acomodarse al tiempo.
LISEO. Eso dijo el mayor sabio.
TURIN. Y esto escucha el mayor necio.
LISEO. Volved, mi señora, en vos,
Considerando que os quiero
Por mi dueño para siempre.
FINEA. ¿Por mi dueña, majadero?
LISEO. ¿Así tratais un esclavo
Que os da el alma?
FINEA. ¿Cómo es eso?
LISEO. Que os doy el alma.
FINEA. ¿Qué es alma?
LISEO. ¿Alma? El gobierno del cuerpo.
FINEA. ¿Cómo es un alma?
LISEO. Señora,
Como filósofo puedo
Difinirla, no pintarla.
FINEA. ¿No es alma lo que en el peso
Le pintan á san Miguel?
LISEO. Tambien á un ángel le vemos
Con alas; pero él en fin
Es espíritu.
FINEA. Yo os creo.
¿Andan las almas?
LISEO. Las almas
Obran por los instrumentos,
Por los sentidos y partes
De que se organiza el cuerpo.
FINEA. ¿Longaniza come el alma?
TURIN. (*Ap. á su amo.*)
¿Por qué te cansas?
LISEO. No puedo
Pensar sino que es locura.
TURIN. Pocas veces de los necios
Se hacen los locos, Señor.
LISEO. Pues ¿de quién?
TURIN. De los discretos,
Porque de diversas causas
Nacen efetos diversos.
LISEO. ¡Ay, Turin! vuélvome á Nise.
Más quiero el entendimiento
Que toda la voluntad.—
Señora, pues mi deseo,
Que era de daros el alma,
No pudo tener efeto,
Quedad con Dios.
FINEA. Soy medrosa
De las almas, porque temo
Que de tres que andan pintadas
Puede ser la del infierno.
La noche de los difuntos
No saco, de puro miedo,

La cabeza de la ropa.
LISEO. (*Ap.* Ella es loca sobre necio,
Que es la peor guarnicion:
Decirlo á su padre quiero.
(*Vanse Liseo y Turin.*)

ESCENA XII.

LAURENCIO, PEDRO.—FINEA.

FINEA. ¿Qué te parece?
LAUREN. Muy bien:
Que has dado el mejor remedio
Que pudiera imaginarse.
FINEA. Si; pero siento en extremo
Volverme boba, aun fingida:
Y pues fingida lo siento,
Los que son bobos de véras
¿Cómo viven?
LAUREN. No sintiendo.
PEDRO. Pues si un tonto ver pudiera
Su entendimiento á un espejo,
¿No fuera huyendo de sí?
La razon de estar contentos
Es aquella confianza
De tenerse por discretos.
FINEA. Háblame, Laurencio mio,
Sutilmente, porque quiero
Despicarme de ser boba.

ESCENA XIII.

NISE, CELIA.—LAURENCIO, FINEA Y PEDRO, *sin verlas.*

NISE. (*Ap. á Celia.*)
Siempre Finea y Laurencio
Juntos: sin duda se tienen
Amor; no es posible menos.
CELIA. Yo sospecho que te engañas.
NISE. Desde aquí los escuchemos. (*Escóndense.*)
LAUREN. ¿Qué puede, hermosa Finea,
Decirte el alma, aunque sale
De sí misma, que se iguale
A lo que el alma desea?
Allá mis sentidos tienes:
Escoge de lo sutil,
Presumiendo que en abril
Por amenos prados vienes.
Corta las diversas flores,
Porque en mi imaginacion
Tales los deseos son.
NISE. Estos, Celia, ¿son amores, (*Ap. á ella.*)
O regalos de cuñado?
CELIA. Regalos deben de ser;
Pero no quisiera ver
Cuñado tan regalado.
PEDRO. (*Ap. á Finea.*)
Tu hermana escuchando.
FINEA. ¡Ay cielos!
Vuélvome á boba.
LAUREN. Eso importa.
Voyme.
NISE. (*A Laurencio.*) Los pasos reporta.
LAUREN. ¿Qué quieres? ¿vendrás con celos?
NISE. Celos son para sospechas;
Las que trato son verdades.
LAUREN. ¡Qué presto te persuades
Y de engaños te aprovechas!
¿Querráste casar así
Levantando un testimonio,
Y de aqueste matrimonio
Echarme la culpa á mí?
Y si te quieres casar,
Déjame. (*Vase.*)
NISE. ¡Qué bien me dejas!
Vengo á quejarme, ¿y te quejas?
¿Aun no me dejas hablar?
PEDRO. Tiene razon mi señor.
Cásate y acaba ya. (*Vase.*)

ESCENA XIV.

NISE, FINEA, CELIA.

NISE. ¿Qué es aquesto?
CELIA. Que se va
Pedro con el mismo humor.
Y aquí viene bien que Pedro
Es tan ruin como su amo.
NISE. Ya le aborrezco y desamo.
¡Qué bien con las quejas medro!
Pero fué buena invencion
Anticiparse á reñir.
CELIA. ¿Y el Pedro? ¡quién le vió ir
Tan bellaco y socarron!
NISE. (*A Finea.*)
Y tú, que disimulando
Estás la traicion que has hecho,
Lleno de engaños el pecho,
Con que me estás abrasando,
«¿Cómo tan falsa procedes?
»Di, sirena del mar frio,
»¿Cómo el pez que ya era mio
»Prendes traidora en tus redes?» (*a*)
¿Piensas que le has de gozar?
FINEA. ¿Tú me has dado pez á mí,
Ni sirena, ni yo fuí
Jamás contigo á la mar?
Anda, Nise; que estás loca.
CELIA. ¿Qué es esto?
NISE. A tonta se vuelve.—
A una cosa te resuelve. (*A Finea.*)
Tanto el furor me provoca,
Que el alma te he de sacar.
FINEA. ¿Tienes cuenta de perdon?
NISE. Téngola de tu traicion,
Pero no de perdonar.
¿El alma quieres quitarme,
Con quien el alma vivia?
Dame el alma que solia,
Traidora hermana, animarme.
Mucho debes de saber,
Pues del alma me desalmas.

(*a*) Faltaba aquí algo para que Finea pudiese contestar lo que dice en seguida, y hemos añadido esta redondilla.

FINEA. Todos me piden sus almas:
Almario debo de ser.
Toda soy hurtos y robos.
Montes hay donde no hay gente:
Yo me iré á meter serpiente.
NISE. Que ya no es tiempo de bobos.
Dame el alma.

ESCENA XV.

OCTAVIO, MISENO, DUARDO, FENISO.—DICHAS.

OCTAV. ¿Qué es aquesto?
FINEA. Almas me piden á mí.
¿Soy yo purgatorio?
NISE. Sí.
FINEA. Pues procura salir presto.
OCTAV. ¿No me direis la ocasion
De vuestro enojo?
FINEA. Querer
Nise, á fuerza del saber,
Pedir lo que no es razon.
Almas, sirenas y peces
Dice que me ha dado á mí.
OCTAV. ¿Hase vuelto á boba?
NISE. Sí.
OCTAV. Pienso que tú la embobeces.
DUAR. ¿No decian que ya estaba
Con mucho seso?
OCTAV. ¡Ay de mí!
NISE. Yo quiero hablar claro. (*a*)
OCTAV. Di.
NISE. Todo su daño se acaba
Con mandar expresamente
(Pues como padre podrás,
Y aunque en todo, en esto más,
Pues tu honor no lo consiente)
Que Laurencio no entre aquí.
OCTAV. ¿Cómo?
NISE. Porque él ha trazado
Que esta no se haya casado,
Y que yo te enoje á ti.
OCTAV. Pues eso es muy fácil cosa.
NISE. En paz tu casa tendrás.

ESCENA XVI.

LAURENCIO, PEDRO.—DICHOS.

PEDRO. Contento en extremo estás.
(*Ap. á Laurencio.*)
LAUREN. ¡Invencion maravillosa!
CELIA. Ya Laurencio viene aquí.
OCTAV. Laurencio, cuando labré
Esta casa, no pensé
Que academia institui,
Ni cuando á Nise criaba,
Pensé que para poeta,
Sino que á mujer discreta
Con las letras inclinaba.
Siempre alabé la opinion
De que á la mujer prudente
Con saber medianamente
Le sobra la discrecion.
No quiero más poesías,
Los sonetos se acabaron,
Y las músicas cesaron;
Que ya son pocos mis dias.
Por allá los podeis dar,
Si os faltan telas y rasos;
Que no hay tales Garcilasos
Como dinero y callar.
Este venden por dos reales,
Y tiene tales sonetos
Elegantes y discretos,
Que vos no los harcis tales.
Ya no habeis de estar aquí.
Con ese achaque, id con Dios.
LAUREN. Y es muy justo, como vos
Me deis mi mujer á mí.
OCTAV. ¿Qué mujer os tengo yo?
LAUREN. Finea.
OCTAV. ¿Finea?
LAUREN. Aquí
Hay tres testigos del sí
Que há más de un mes que me dio.
OCTAV. ¿Quién son?
LAUREN. Duardo, Feniso
Y Pedro.
OCTAV. ¿Es esto verdad?
DUAR. Ella de su voluntad,
Octavio, dársele quiso.
OCTAV. ¡Hay tal cosa!
PEDRO. ¿No hastaba
Que mi señor lo dijera?
OCTAV. Que como simple la diera
A un hombre que la engañaba,
No ha de valer. Di, Finea,
¿No eres simple?
FINEA. Cuando quiero.
OCTAV. Y ¿cuando no?
FINEA. No.
OCTAV. ¿Qué espero?
Mas cuando simple no sea,
Con Liseo está casada:
A la justicia me voy.
(*Vanse Octavio y Miseno.*)
NISE. Vén, Celia, tras mí; que estoy
Celosa y desesperada.
(*Vanse Nise y Celia.*)
LAUREN. Id los dos tras él, por Dios;
No me suceda un disgusto.
FENI. Por vuestra amistad es justo.
DUAR. Mal hecho ha sido, por Dios.
FENI. ¿Ya hablais como desposado
De Nise?
DUAR. Piénsolo ser.
(*Vanse Duardo y Feniso.*)

ESCENA XVII.

LAURENCIO, FINEA, PEDRO; *después*, CLARA.

LAUREN. Todo se ha echado á perder.
Nise mi amor le ha contado.
Dime, ¿qué habemos de hacer,

(*a*) En otras: «No quiero hablar claro.»

La cabeza de la ropa.
LISEO. (*Ap.* Ella es loca sobre necio,
Que es la peor guarnicion:
Decirlo á su padre quiero.
(*Vanse Liseo y Turin.*)

ESCENA XII.

LAURENCIO, PEDRO.—FINEA.

FINEA. ¿Qué te parece?
LAUREN. Muy bien:
Que has dado el mejor remedio
Que pudiera imaginarse.
FINEA. Si; pero siento en extremo
Volverme boba, aun fingida:
Y pues fingida lo siento,
Los que son lobos de véras
¿Cómo viven?
LAUREN. No sintiendo.
PEDRO. Pues si un tonto ver pudiera
Su entendimiento á un espejo,
¿No fuera huyendo de sí?
La razon de estar contentos
Es aquella confianza
De tenerse por discretos.
FINEA. Háblame, Laurencio mio,
Sutilmente, porque quiero
Despicarme de ser boba.

ESCENA XIII.

NISE, CELIA.—LAURENCIO, FINEA Y PEDRO, *sin verlas.*

NISE. (*Ap. á Celia.*)
Siempre Finea y Laurencio
Juntos: sin duda se tienen
Amor; no es posible menos.
CELIA. Yo sospecho que te engañas.
NISE. Desde aquí los escuchemos. (*Escóndense.*)
LAUREN. ¿Qué puede, hermosa Finea,
Decirte el alma, aunque sale
De sí misma, que se iguale
A lo que el alma desea?
Allá mis sentidos tienes:
Escoge de lo sutil,
Presumiendo que en abril
Por amenos prados vienes.
Corta las diversas flores,
Porque en mi imaginacion
Tales los deseos son.
NISE. Estos, Celia, ¿son amores, (*Ap. á ella.*)
O regalos de cuñado?
CELIA. Regalos deben de ser:
Pero no quisiera ver
Cuñado tan regalado.
PEDRO. (*Ap. á Finea.*)
Tu hermana escuchando.
FINEA. ¡Ay cielos!
Vuélvome á boba.
LAUREN. Eso importa.
Voyme.
NISE. (*A Laurencio.*) Los pasos reporta.
LAUREN. ¿Qué quieres? ¿vendrás con celos?
NISE. Celos son para sospechas;
Las que trato son verdades.
LAUREN. ¡Qué presto te persuades
Y de engaños te aprovechas!
¿Querráste casar así
Levantando un testimonio,
Y de aqueste matrimonio
Echarme la culpa á mí?
Y si te quieres casar,
Déjame. (*Vase.*)
NISE. ¡Qué bien me dejas!
Vengo á quejarme, ¿y te quejas?
¿Aun no me dejas hablar?
PEDRO. Tiene razon mi señor.
Cásate y acaba ya. (*Vase.*)

ESCENA XIV.

NISE, FINEA, CELIA.

NISE. ¿Qué es aquesto?
CELIA. Que se va
Pedro con el mismo humor.
Y aquí viene bien que Pedro
Es tan ruin como su amo.
NISE. Ya le aborrezco y desamo.
¡Qué bien con las quejas medro!
Pero fué buena invencion
Anticiparse á reñir.
CELIA. ¿Y el Pedro? ¡quién le vió ir
Tan bellaco y socarron!
NISE. (*A Finea.*)
Y tú, que disimulando
Estás la traicion que has hecho,
Lleno de engaños el pecho,
Con que me estás abrasando,
«¿Cómo tan falsa procedes?
»Di, sirena del mar frio,
»¿Cómo el pez que ya era mio
»Prendes traidora en tus redes?» (*a*)
¿Piensas que le has de gozar?
FINEA. ¿Tú me has dado pez á mí,
Ni sirena, ni yo fuí
Jamás contigo á la mar?
Anda, Nise; que estás loca.
CELIA. ¿Qué es esto?
NISE. A tonta se vuelve.—
A una cosa te resuelve. (*A Finea.*)
Tanto el furor me provoca,
Que el alma te he de sacar.
FINEA. ¿Tienes cuenta de perdon?
NISE. Téngola de tu traicion,
Pero no de perdonar.
¿El alma quieres quitarme,
Con quien el alma vivia?
Dame el alma que solia,
Traidora hermana, animarme.
Mucho debes de saber,
Pues del alma me desalmas.

(*a*) Faltaba aquí algo para que Finea pudiese contestar lo que dice en seguida, y hemos añadido esta redondilla.

FINEA. Todos me piden sus almas:
Almario debo de ser.
Toda soy hurtos y robos.
Montes hay donde no hay gente:
Yo me iré á meter serpiente.
NISE. Que ya no es tiempo de bobos.
Dame el alma.

ESCENA XV.

OCTAVIO, MISENO, DUARDO, FENISO.—DICHAS.

OCTAV. ¿Qué es aquesto?
FINEA. Almas me piden á mí.
¿Soy yo purgatorio?
NISE. Sí.
FINEA. Pues procura salir presto.
OCTAV. ¿No me direis la ocasion
De vuestro enojo?
FINEA. Querer
Nise, á fuerza del saber,
Pedir lo que no es razon.
Almas, sirenas y peces
Dice que me ha dado á mí.
OCTAV. ¿Hase vuelto á boba?
NISE. Sí.
OCTAV. Pienso que tú la embobeces.
DUAR. ¿No decian que ya estaba
Con mucho seso?
OCTAV. ¡Ay de mí!
NISE. Yo quiero hablar claro. (*a*)
OCTAV. Di.
NISE. Todo su daño se acaba
Con mandar expresamente
(Pues como padre podrás,
Y aunque en todo, en esto más,
Pues tu honor no lo consiente)
Que Laurencio no entre aquí.
OCTAV. ¡Cómo!
NISE. Porque él ha trazado
Que esta no se haya casado,
Y que yo te enoje á ti.
OCTAV. Pues eso es muy fácil cosa.
NISE. En paz tu casa tendrás.

ESCENA XVI.

LAURENCIO, PEDRO.—DICHOS.

PEDRO. Contento en extremo estás.
(*Ap. á Laurencio.*)
LAUREN. ¡Invencion maravillosa!
CELIA. Ya Laurencio viene aquí.
OCTAV. Laurencio, cuando labré
Esta casa, no pensé
Que academia instituí,
Ni cuando á Nise criaba,
Pensé que para poeta,
Sino que á mujer discreta
Con las letras inclinaba.
Siempre alabé la opinion
De que á la mujer prudente
Con saber medianamente
Le sobra la discrecion.
No quiero más poesías,
Los sonetos se acabaron,
Y las músicas cesaron;
Que ya son pocos mis dias.
Por allá los podeis dar,
Si os faltan telas y rasos;
Que no hay tales Garcilasos
Como dinero y callar.
Este venden por dos reales,
Y tiene tales sonetos
Elegantes y discretos,
Que vos no los harcis tales.
Ya no habeis de estar aquí.
Con ese achaque, id con Dios.
LAUREN. Y es muy justo, como vos
Me deis mi mujer á mí.
OCTAV. ¿Qué mujer os tengo yo?
LAUREN. Finea.
OCTAV. ¿Finea?
LAUREN. Aquí
Hay tres testigos del sí
Que há más de un mes que me dió.
OCTAV. ¿Quién son?
LAUREN. Duardo, Feniso
Y Pedro.
OCTAV. ¿Es esto verdad?
DUAR. Ella de su voluntad,
Octavio, dársele quiso.
OCTAV. ¡Hay tal cosa!
PEDRO. ¿No bastaba
Que mi señor lo dijera?
OCTAV. Que como simple la diera
Á un hombre que la engañaba,
No ha de valer. Di, Finea,
¿No eres simple?
FINEA. Cuando quiero.
OCTAV. Y ¿cuando no?
FINEA. No.
OCTAV. ¿Qué espero?
Mas cuando simple no sea,
Con Liseo está casada:
A la justicia me voy.
(*Vanse Octavio y Miseno.*)
NISE. Vén, Celia, tras mí; que estoy
Celosa y desesperada.
(*Vanse Nise y Celia.*)
LAUREN. Id los dos tras él, por Dios;
No me suceda un disgusto.
FENI. Por vuestra amistad es justo.
DUAR. Mal hecho ha sido, por Dios.
FENI. ¿Ya hablais como desposado
De Nise?
DUAR. Piénsolo ser.
(*Vanse Duardo y Feniso.*)

ESCENA XVII.

LAURENCIO, FINEA, PEDRO; *después*, CLARA.

LAUREN. Todo se ha echado á perder.
Nise mi amor le ha contado.
Dime, ¿qué habemos de hacer,

(*a*) En otras: «No quiero hablar claro.»

Si á verte no puedo entrar?
FINEA. No salir.
LAUREN. ¿Dónde he de estar?
FINEA. Yo ¿no te sabré esconder?
LAUREN. ¿Dónde?
FINEA. Yo tengo un desvan
Famoso para esconderte.—
¡Clara!... (*Sale Clara.*)
CLARA. Mi señora...
FINEA. Advierte
Que mis desdichas están
En tu mano: por secreto
Lleva á Laurencio al desvan.
CLARA. ¿Y á Pedro?
FINEA. Tambien.
CLARA. Galan,
Camine.
LAUREN. Yo te prometo
Que voy temblando.
FINEA. ¿De qué?
PEDRO. Clara, en llegando la hora
De nuquir, di á tu señora
Que algun consuelo me dé.
CLARA. Otro cenará peor.
Vamos.
PEDRO. ¿Yo al desvan? ¿Soy gato?
(*Vanse Laurencio, Clara y Pedro.*)

ESCENA XVIII.

FINEA.

¿Por qué de imposible trato
Aqueste mi loco amor?
En llegándose á saber
Una voluntad, no hay cosa
Más triste y escandalosa
Para una honrada mujer.
Lo que tiene de secreto,
Eso tiene amor de gusto.

ESCENA XIX.

OCTAVIO.—FINEA.

OCTAV. (*Dentro.*) Harélo, aunque fuera justo
Poner mi enojo en efeto... (*Sale.*)
FINEA. ¿Estás ya desenojado?
OCTAV. Por los que me lo han pedido.
FINEA. Perdon mil veces te pido.
OCTAV. ¿Y Laurencio?
FINEA. Aquí ha jurado
No entrar en la corte más.
OCTAV. ¿Adónde se fué?
FINEA. A Toledo.
OCTAV. ¿Volverá?
FINEA. No tengas miedo
Que vuelva á Madrid jamás.
OCTAV. Hija, pues simple naciste,
Y por milagro de amor
Perdiste el pasado error,
¿Cómo á ser boba volviste?
FINEA. ¿Qué quiere, padre? A la fe,
De bobos no hay que fiar.
OCTAV. Pues yo lo he de remediar.
FINEA. ¿Cómo, si el otro se fué?
OCTAV. Pues te engañan fácilmente
Los hombres, en viendo alguno
Te has de esconder; que ninguno
Te ha de ver eternamente.
FINEA. ¿Adónde?
OCTAV. En parte secreta.
FINEA. ¿Será bien en un desvan
Donde los gatos están?
¿Quieres tú que allí me meta?
OCTAV. Adonde te diere gusto,
Como ninguno te vea.
FINEA. Pues alto, en el desvan sea.
Tú lo mandas, será justo.
Y advierte que lo has mandado.
OCTAV. Una y mil veces.

ESCENA XX.

LISEO, TURIN.—DICHOS.

LISEO. (*Ap.*) Si quise
Con tantas veras á Nise,
Mal puedo haberla olvidado.
OCTAV. Tente, loca, ¿dónde vas?
FINEA. Padre, yo voy á esconderme.
OCTAV. Hija, Liseo no importa.
FINEA. No yerra quien obedece;
Que no me ha de ver jamás
Sino quien mi esposo fuere. (*Vase.*)

ESCENA XXI.

OCTAVIO, LISEO, TURIN.

LISEO. ¿Qué es esto?
OCTAV. No sé, por Dios;
Ella ha dado en esconderse
De los hombres, porque dice
Que la engañan fácilmente.
LISEO. En gentil locura ha dado.
¿Dónde está Laurencio?
OCTAV. Fuése
A Toledo.
LISEO. Muy bien hizo.
OCTAV. Y tú ¿por ventura crees
Vivir aquí sin casarte?
Porque el mismo inconveniente
Hay de que tú entres aquí.
LISEO. ¡Bien mi término agradeces!
Vengo á casar con Finea,
Forzado de mis parientes,
Y hallo una simple mujer.
¿Que la quiera, Octavio, quieres?
OCTAV. Tiene razon achacosa;
Pero es limpia, hermosa, y tiene
Tanto doblon, que podria
Doblar el mármol más fuerte.
¿Querrias cuarenta mil
Escudos con una fénix?
¿Es coja ó manca Finea?
Es tuerta? Y cuando lo fuese,

¿Hay falta en naturaleza
Que con oro no se afeite?
LISEO. Dame á Nise.
OCTAV. No ha dos horas
Que Miseno la promete
A Duardo en nombre mio.
Y pues hablo claramente,
Hasta mañana á estas horas
Te doy para que lo pienses;
Porque de no te casar,
Quiero que en tu vida entres
Por las puertas desta casa,
Que tan enfadada tienes.
Haz cuenta que eres poeta. (*Vase.*)

ESCENA XXII.

LISEO, TURIN.

LISEO. ¿Qué me dices?
TURIN. Que te apreste,
Y con Finea te cases,
Porque si veinte mereces,
Porque sufras una boba
Te añaden los otros veinte.
Si no te casas, Señor,
Te han de decir más de siete:
«¡Miren la bohada!»
LISEO. Vamos;
Que mi temor se resuelve
De no se casar á bobas.
TURIN. Que se case me parece
A bobas quien sin dinero
En tanta costa se mete. (*Vanse.*)

ESCENA XXIII.

FINEA, CLARA.

FINEA. Hasta agora bien nos va.
CLARA. No hayas miedo que se entienda.
FINEA. ¡Oh cuánto á mi amada prenda
Deben mis sentidos ya!
CLARA. ¡Con la humildad que se pone
En el desvan!
FINEA. No te espantes;
Que es propia casa de amantes,
Aunque Laurencio perdone.
CLARA. En el desvan vive bien
Un matador criminal,
Cuya muerte natural
Ninguno ó pocos la ven.
En el desvan un preciado
De lindo, y es un caiman;
Pero tiénele el desvan,
Como el espejo, engañado.
En el desvan el que canta
Con voz de carro de bueyes,
Y el que viene de Muleyes,
Y á los godos se levanta.
Finalmente...
FINEA. Espera un poco;
Que viene mi padre aquí.

ESCENA XXIV.

OCTAVIO, MISENO, DUARDO, FENISO.—DICHAS.

DUAR. ¿Que eso le dijistes?
OCTAV. Sí;
Que á tal furia me provoco.
Pidióme resueltamente
Que con Nise le casase;
Díjele que no tratase
De tal cosa eternamente,
Y así estoy determinado.
MISE. Oid; que está aquí Finea.
OCTAV. Hija, escucha.
FINEA. Cuando vea,
Como me lo habeis mandado,
Que estais solo.
OCTAV. Espera un poco;
Que te he casado.
FINEA. ¡Que nombres
Casamiento donde hay hombres!
OCTAV. Luego ¿tiénesme por loco?
FINEA. No, padre; mas hay aquí
Hombres, y voyme al desvan.
OCTAV. Aquí por tu bien están.
FENI. Vengo á que os sirvais de mí.
FINEA. ¡Jesús, Señor! ¿no sabeis
Lo que mi padre ha mandado?
MISE. Oid; que hemos concertado
Que os caseis.
FINEA. Gracia tenéis.
No ha de haber hija obediente
Sino yo: voyme al desvan.
MISE. Pues ¿no es Feniso galan?
FINEA. Al desvan, señor pariente.
(*Vanse Finea y Clara.*)

ESCENA XXV.

OCTAVIO, MISENO, DUARDO, FENISO.

DUAR. Vuestra desdicha he sabido,
Y siento, como es razon.
FENI. Y yo que en esta ocasion
Haya perdido el sentido.
OCTAV. Que ya era cuerda entendí,
Y estaba loco de vella.
MISE. ¡Qué lástima!
DUAR. Nise bella
Con Liseo viene aquí.

ESCENA XXVI.

NISE, LISEO, TURIN.—DICHOS; *después*, CELIA.

NISE. (*Ap. á Liseo.*) Es doblar la voluntad
De mi aficion.
LISEO. Templa agora,
Bella Nise, tus desdenes;
Que se va amor por la posta
A la casa del agravio. (*Sale Celia.*)
CELIA. ¡Señora!...
NISE. ¿Qué hay?
CELIA. Una cosa

Que os ha de causar espanto.
OCTAV. Di lo que es.
CELIA. Yo ví que agora
Llevaba Clara un tabaque
Con dos perdices, dos lonjas,
Dos conejos, pan, toallas,
Cuchillo, salero y bota.
Seguíla y ví que al desvan
Caminaba.
OCTAV. Celia loca,
Para la boba seria.
TURIN. ¡Qué bien que comen las bobas!
CELIA. Eso fuera, á no haber sido
Para saberlo curiosa.
Corrí tras ella y cerró
La puerta.
OCTAV. Pues bien, ¿qué importa?
CELIA. ¿No importa, si en aquel suelo,
Como si fuera una alfombra
De las que la primavera
En prados fértiles borda,
Tendió unos blancos manteles,
A quien hicieron corona
Dos hombres, ella y Finea?
OCTAV. ¡Hombres! Buena va mi honra.
¿Conocístelos?
CELIA. No pude.
NISE. Mira bien si se te antoja,
Celia.
OCTAV. No será Laurencio,
Que está en Toledo.
DUAR. Reporta,
Señor, tu furia: los dos
Lo veremos.
OCTAV. Reconozcan
La casa que han injuriado. (*Vase.*)

ESCENA XXVII.

NISE, LISEO, MISENO, TURIN, DUARDO, FENISO, CELIA.

DUAR. No suceda alguna cosa.
NISE. No hará; que es cuerdo mi padre.
FENI. Cierto que es divina joya
El entendimiento.
LISEO. Siempre
Yerra, Duardo, el que ignora.
DUAR. De eso os podreis alabar,
Nise, pues en toda Europa
No tiene igual vuestro ingenio.
LISEO. Con su hermosura conforma.

ESCENA XXVIII.

LAURENCIO, *con la espada desnuda*; FINEA, *á sus espaldas*; PEDRO, CLARA; OCTAVIO, *tras ellos.*—DICHOS.

OCTAV. Mil vidas he de quitar
A quien el honor me roba.
LAUREN. Detened la espada, Octavio.
Yo soy, que estoy con mi esposa.
DUAR. Tencos, Octavio.—¿Es Laurencio?
OCTAV. ¿Quién pudiera ser agora,
Sino Laurencio, mi infamia?
FINEA. Pues, padre, ¿de qué se enoja?
OCTAV. Traidora, ¿no me dijiste
Que el dueño de mi deshonra
Estaba en Toledo?
FINEA. Padre,
Si aquese desvan se nombra
Toledo, verdad le dije.
Alto está, pero no importa;
Que más lo estaba el alcázar
Y la puente de Segovia,
Y hubo Juanelos que á él
Subieron agua sin soga.
Él ¿no me mandó esconder?
Pues suya es la culpa toda.
¡Sola en un desvan! Mal año,
Ya sabe que soy medrosa.
OCTAV. Cortaréle aquella lengua,
Rasgaréle aquella boca.
MISE. Octavio, vos sois discreto.
Ya sabeis que tanto monta
Cortar como desatar.
OCTAV. ¿Cuál me aconsejais que escoja?
MISE. Desatar.
OCTAV. Señor Feniso,
Si la voluntad es obra,
Recibid la voluntad.
Y vos, Duardo, la propia.
Ya Finea se ha casado;
Nise tambien se conforma
Con Liseo, que me ha dicho
Que la quiere y que la adora.
DUAR. Si fué, Señor, su ventura,
Gocen los que el premio gozan
De sus justas esperanzas.
LAUREN. (*Ap.* Todo corre viento en popa.)
¿Daré á Finea la mano?
OCTAV. Dásela, boba ingeniosa.
LISEO. ¿Y yo á Nise?
OCTAV. Vos tambien.
TURIN. ¿Y la Clara socarrona
Que llevaba los gazapos?
CLARA. Mandómelo mi señora.
TURIN. ¡Oh cuál los engullirian!
PEDRO. Y Pedro, ¿no es bien que coma
Algun hueso, como perro,
De la mesa destas bodas?
FINEA. Clara es tuya.
NISE. (*A Turin.*) Y tuya Celia.
TURIN. Será mi bota y mi novia.
DUAR. Vos y yo solos quedamos,
Dadme acá esa mano hermosa.
FENI. Al Senado la pedid,
Si nuestras faltas perdonan;
Que aquí para los discretos
Da fin la *Comedia boba*.



ACTO TERCERO, ESCENA VII.

EL AUSENTE EN EL LUGAR.

PERSONAS.

FELICIANO, CABALLERO.
FISBERTO, CRIADO.
CÁRLOS, CABALLERO.
ESTEBAN, CRIADO.
AURELIO, VIEJO.
OCTAVIO, SU HIJO.
MAESE JUAN.
LAURENCIA, DAMA.
SABINA, CRIADA.
ELISA, DAMA.
PAULA, CRIADA.
NARQUINA.
LISARDO.
UN PAJE.
MÚSICOS.
CRIADOS.=GENTE.

La escena es en Toledo.

ACTO PRIMERO.

Calle.

ESCENA PRIMERA.

ELISA, LAURENCIA, PAULA Y SABINA, *con mantos;* MAESE JUAN Y MARQUINA.

ELISA. Mándeme vuesamerced;
Que le quedo aficionada.
LAUREN. Yo á serviros obligada.
Por muy vuestra me tened.
ELISA. De hoy más ser devota quiero
Desta iglesia.
LAUREN. Guárdeos Dios;
Que yo, por veros á vos,
Me lo prometí primero.
ELISA. ¡Bellas manos, por mi vida!
Fuera de lo natural.
¿Qué haceis en ellas, si es tal
Nuestra amistad, que no impida
Que me deis aquestas muestras?
LAUREN. ¡Qué graciosas niñerías!
Creo que hablais en las mías,
Porque os alabe las vuestras;
Que con más razon pudiera
Preguntaros qué os poneis.
ELISA. ¿Es porque negar quereis
Lo que os suplico?

LAUREN. Eso fuera
Usar de término injusto
A la amistad profesada.
No suelo ponerme nada;
Pero á veces tengo gusto
De ponerme... Oid aparte,
(*Bajan la voz.*)
Si le tencis de sabello,
PAULA. (*A Sabina.*) Digo que me huelgo dello;
Que vendré mañana á hablarte.
SABI. No ha de faltar ocasion,
Pues nuestras amas han hecho
Amistad, de que á mi pecho
Pagues tan justa aficion.
Fuera desto, no habrá fiesta
Que no venga á misa aqui.
¿Há mucho que sirves?
PAULA. Si.
SABI. Y ¿qué casa, Paula, es esa?
PAULA. Muy honrada y principal.
SABI. ¿Hay madre?
PAULA. Pues si la hubiera,
A misa tambien viniera.
SABI. ¿Tienes buen dueño?
PAULA. ¡Y qué tal!
SABI. ¿Hay más hijos?
PAULA. Un mancebo,
Que es un retrato de Elisa,
Mi señora.
SABI. ¿Ha estado en misa?
PAULA. No; porque en él fuera nuevo
Acompañar á su hermana.
Allá sigue un monasterio,
Adonde cierto misterio
Es deste leon cuartana.
SABI. ¿Es Elisa tan honesta
Como parece?
PAULA. Si, á fé.
SABI. ¿No tiene algun no sé qué?
PAULA. Tú misma te das respuesta.
Un no sé qué la desvia
De la quietud de su estado;
Pero con mucho cuidado
De su honor, por vida mia.
SABI. ¿Quién duda que será gala
Y amor para casamiento?
PAULA. En honesto encerramiento
La más recogida iguala.
SABI. ¿Tú, á la cuenta, no estarás
Sin otro poco de amor?
PAULA. Si tengo.
SABI. Y ¿será el señor
Su paje?
PAULA. En el blanco das.
SABI. ¿Quieres recio?
PAULA. Estoy perdida.
SABI. ¿Págate?
PAULA. Landre le dé;
Que se va tras cuentas ve.
Mas ya que sabes mi vida,
¿Cómo no me dices algo
De lo que hay allá tambien?
Tu señora ¿quiere bien?
SABI. Quiere bien á cierto hidalgo.
PAULA. Criado tendrá.
SABI. Y criado
Que se arremete á pariente.
PAULA. ¿Quiéreslo apretadamente?
SABI. Si, pues nunca le he soltado.
PAULA. Yo nunca soy tan leal; (*Bajan la voz.*)
Dellos aprendo mudanza.
MAESE. (*A Marquina.*) La sal al agua no alcanza.
MARQ. Dicen que es el mayor mal
El servir, á la vejez.
MAESE. ¿Qué os dan, en fin, de racion?
MARC. Es vergüenza; cosas son
Que no pasáran en Fez.
MAESE. ¿Pan y dos reales?
MARQ. Yo fuera
Príncipe.
MAESE. ¿Quitaré el medio?
MARQ. Aun eso fuera remedio
De toda mi casa.
MAESE. Hiciera
Juramento que era gente
Que os trataba como á padre.
MARQ. Despues que murió su madre
Se vive miseramente.
MAESE. A ninguno faltan duelos;
Que si yo no me valiese
De otras cosas, y anduviese
Con mil penas y desvelos
Buscando algun dinerillo,
Muriera, no lo dudeis.
MARQ. Pues ¿en qué os entreteneis?
MAESE. No falta algun remendillo.
MARQ. Por san Payo, maese Juan,
Que si yo no me valiera
De otras cosas, que estuviera
Como mis padres están.
MAESE. ¿Sabeis vos algo tambien?
MAES. Sé una cosa.
MAESE. Y ¿qué es la cosa?
MARQ. Es un poco vergonzosa;
Mas vame con ella bien.
MAESE. ¿Curais exquisitos males?
MARQ. Peor.
MAESE. ¿Llevais recaditos?
MARQ. Esos no fueran delitos.
MAESE. Suele valer esto reales?
MARQ. Y entra al nombre de escudero
Por la puerta de la hambre.
MAESE. Quedo: ¿haceis medias de estambre?
MARQ. Ahora bien, decirlo quiero;
Pero, hablando con perdon.
Sabed que yo soy poeta...
MAESE. ¿Poeta?
MARQ. Tan mala seta,
Que os puede dar compasion.
MAESE. ¿Deso llorais?
MARQ. ¿No quereis
Que lo sienta?
MAESE. No, por Dios;
Que conozco más de dos,
¿Más de dos? y aun más de seis,
Que se holgáran de sabello.
Vos ¿no estais examinado?
MARQ. Eso es ello, ¡mal pecado!

MAESE. Pues qué, ¿castigan por ello?
MARQ. Nuestras amas se van ya;
Veámonos, y os diré
Lindas cosas.
MAESE. Allá iré.
MARQ. Yo os iré á buscar allá.
MAESE. No, no; por Dios, que he de ir
Para veros componer.
¿A qué hora suele ser?
MARQ. A todas podeis venir.
MAESE. Ello ¿untáisos antes?
MARQ. No.
MAESE. Pues ¿cómo os apercebis?
MARQ. Vos lo vereis si venis.
MAESE. Y ¿podré aprenderlo yo?
MARQ. A la fé, si vos quereis,
Que en menos de un año os haga
Poeta con tanta llaga.
MAESE. Pierna de pobre me haceis.
Mas quedaos con Dios, Marquina;
Que se han despedido ya.
LAUREN. (*A Elisa.*) Por esa receta irá,
Después de comer, Sabina;
Y Dios os guarde mil años.
ELISA. Adios, señora Laurencia.
LAUREN. Sentir tengo vuestra ausencia.
ELISA. Ea, por mi vida, engaños.
LAUREN. ¿Engaños? ¡Guárdeme Dios!
SABINA. Paula, adios.
PAULA. Adios, Sabina,
ELISA. Dame la mano, Marquina.
MARQ. ¿Qué habeis hablado las dos,
Que así os habeis detenido?
ELISA. Cosas de mujeres son.
(*Vanse Elisa, Paula y Marquina.*)

ESCENA II.

FELICIANO, FISBERTO.—LAURENCIA, SABINA, MAESE JUAN.

FISB. (*Ap. á Feliciano.*)
Llegaste á buena ocasion.
FELIC. No poca ventura ha sido.—
Detente un poco, Laurencia;
Así Dios te haga dichosa
Como gallarda y hermosa.
LAUREN. ¡Qué graciosa impertinencia!
Pudisteme ver aquí
Todo el dia, y cuando vienes
De tu gusto, me detienes.
FELIC. Agora, por Dios, salí;
Que me ha detenido en casa
Persona de obligacion.
¿Quién son estas damas?
LAUREN. Son...
FELIC. Di presto.
LAUREN. Gente que pasa.
FELIC. Con ellas sé que has estado;
Contado me lo ha Fisberto.
LAUREN. Gente principal por cierto;
No hay de qué tengas cuidado.
FELIC. Díceme que por tres horas
No habeis dejado de hablar;
Y no suele ese lugar
Darle á las que son señoras.
LAUREN. ¿Qué quieres? Somos mujeres,
Presto amistad confirmamos,
Y las vidas nos contamos.
FELIC. Fácil en tus cosas eres.
Dirias nuestros amores.
LAUREN. Huélgome de hablar en ti.
FELIC. Y ella ¿qué te dijo á tí?
LAUREN. Otras historias mayores.
Prometile al despedirme
Que te enviaria allá;
Que quiere verte.
FELIC. ¿Y podrá
De visita recibirme?
LAUREN. Irás con un papel mio,
Fingiéndote mi criado.
FISB. (*A Sabina.*)
Y ella, diga, ¿cómo ha estado?
SABI. Hábleme con menos brio;
Que estoy un poco celosa.
LAUREN. (*A Feliciano.*) No me puedo detener.
FELIC. ¿En fin, la tengo de ver?
LAUREN. Verás una dama hermosa.
FELIC. Guárdete, Señora, el cielo.
FISB. (*A Sabina.*) Adios, reina.
SABI. Estoy sin gusto.
(*Vanse Laurencia, Sabina y Maese Juan.*)

ESCENA III.

FELICIANO, FISBERTO.

FELIC. ¡Gallardo talle!
FISB. Es al justo
De un ángel cifra y modelo.
FELIC. Merece, Fisberto, amor;
Y este amar en esperanza,
Mientras el bien no se alcanza,
Hace la causa mayor.
¡Qué bien pisa! ¡Qué bien lleva
El cuerpo!
FISB. ¡Gentil donaire!
Toda la mujer es aire;
No es mucho que bien se mueva.
FELIC. Una gallarda mujer
Que pisa con aire y brio,
Es como ver un navío
Que lleva viento á placer.
Son los chapines la quilla,
Las sayas las obras muertas,
Con las jarcias que cubiertas
Salen de la verde orilla;
El pecho es árbol, los brazos
Mesana, la gavia el cuello,
Velas tocas y cabello,
Del viento prision y lazos.
Y como llevando viento
Parte con gala y donaire,
Y no puede andar sin aire,
Que el aire es su movimiento;
Así la mujer sin él
Es como un navío en calma,
Porque en la mujer es alma

El aire, y se mueve en él.
FISB. Harto bien la comparaste,
Bien sabes su calidad;
Mas conforme á su humedad
En las aguas la fundaste.
Por lo que toca á mudanza
Y á inquietud, le viene bien;
Por el navegar tambien
No poca parte le alcanza;
Que es navío la mujer,
Con quien en Indias se trata,
Que oro, piedras, perlas, plata,
Suele cargar y traer.
Ninguna cosa sin alma
Tanto imita al cuerpo humano;
Habla, anda, duerme, es liviano,
Ya corre, ya vive en calma;
Ya tiene el tiempo en bonanza,
Ya con la tormenta incierto,
Y hasta llegar á su puerto,
Le animan fe y esperanza.
FELIC. De las burlas te has pasado
A lo moral.
FISB. Es verdad;
Tal vez de una liviandad
Se sigue un mote pesado.

ESCENA IV.

CÁRLOS Y ESTÉBAN, *quedándose distantes de*—FELICIANO Y FISBERTO.

CÁRL. ¿Qué te dijo?
ESTÉB. Que se iba
Su padre á la quinta luego.
CÁRL. Pues cese del alma el fuego
Que de su quietud la priva;
Cobren su perdida fuerza
Mis sentidos, pues verán,
Si agora lugar les dan,
La gloria que los esfuerza.
ESTÉB. Bien te puedes prevenir,
Cárlos, á un grande favor.
CÁRL. Bien me lo debe el amor
Por tanto amar y sufrir.
FELIC. (*A su criado.*) ¿Quién es este?
FISB. Un caballero
Destos á quien dió fortuna
Sangre, y sustancia ninguna;
Es noble entre carne y cuero.
FELIC. ¡Mísera cosa, y bajeza
Del alma, aunque honor le sobre,
Vivir en cuerpo tan pobre!
FISB. Si la virtud es riqueza,
Solo es rico el que la tiene.
FELIC. Todos lo dicen así
Cuando son pobres, y á mí
Como de perlas me viene;
Pero alaban la virtud,
Que es blason de la nobleza,
Y procuran la riqueza
Con toda solicitud.
FISB. Este mancebo es galan,
Aunque ser pobre se suena;
Porta cintillo y cadena,
Viste raso y gorgueran,
Y tal vez á la bayeta
Remite la mejor gala.
FELIC. ¿Piensas, Fisberto, que es mala?
FISB. No; que es de los pobres treta.
¡Oh, bien haya su inventor,
Que hizo honrados y galanes,
A pesar de gorgueranes
Y de la seda mejor!
FELIC. Si diera título acaso,
Atributo ó epiteto
Un poeta en un soneto
Destos que pica el Parnaso,
A la señora bayeta,
¿Cómo le parece á tí
Que la llamara?
FISB. Si á mí
Me recibiera esa seta,
Muy ilustre la llamara.
FELIC. ¿Por qué razon, muy ilustre?
FISB. Por la gala, por el lustre,
Y por ser cosa tan rara.
FELIC. ¿Rara?
FISB. Sí; porque el valor
De un hombre es no depender
De nadie, ni tener ser
De otro igual ni otro mayor.
Y esto hace la bayeta,
Que no admite compostura,
Cuchillada, aprensadura,
Ni está á guarnicion sujeta.
Ella se está guarnecida,
Ella tiene sus labores;
Y así es de grandes señores
Venerada y admitida.
FELIC. Demos vuelta á las ventanas
De Laurencia; que yo sé
Que este galan todo es fé,
Y que tardes y mañanas,
Con bayeta ó sin bayeta,
No sale de nuestra calle.
FISB. ¿Date cuidado su talle,
O el ser su gala discreta?
FELIC. En conquista de casar
Nunca temas hombre pobre.
FISB. Cuando entendimiento sobre,
Se ha de temer, y aun temblar.
FELIC. ¿Quieres tú que piense yo
Que sirve á Laurencia?
FISB. Sí.
FELIC. Pues no nos vamos de aquí.
FISB. Aquel sí convierte en no;
Que en aquellas rejas mira
Muy diferente lugar.
FELIC. Sígueme. (*Vanse Feliciano y Fisberto.*)

ESCENA V.

CÁRLOS, ESTÉBAN.

CÁRL. Quiero esperar.
Aquí, Estéban, te retira
Hasta ver si Aurelio sale.

Mas ¿quién es aquel mancebo?
ESTÉB. A decirte no me atrevo
Lo que busca y lo que vale,
Por no darte pesadumbre.
CÁRL. Lo que vale bien lo veo,
Lo que busca su deseo
Lleva delante una lumbre
Que lo dice á cuantos viven
En la calle donde estamos.
ESTÉB. Si mil veces la pasamos,
Tantas los dos nos reciben.
Es este mozo un hidalgo,
Perdóneme Dios si miento,
Compuesto de nada y viento;
Agora sabrás si es algo.
Dióle ejecutoria el oro,
De galan, de cuatro abuelos,
Y de ingenio, que los cielos
Dan por divino tesoro.
No hay trencellin de diamantes
Que se acabe en otro nombre,
Ni tiene la corte un hombre
Cuyos coletos y guantes
Espiren olor igual;
Porque andan en competencia
Los jazmines de Valencia
Y el ámbar de Portugal.
Las cadenas han perdido
Invencion y esmalte en él,
Y de noche no hay verjel
Como su galan vestido.
Tiene, como iglesia, ternos
De todas festividades,
Con bravas curiosidades
Y pensamientos modernos.
Tiene gala de desden,
De celos y de favor,
De esperanza, de temor,
Y de posesion tambien.
No hay almendro por hebrero
Que no se rinda á sus plumas;
Invidia el mar con espumas
La márgen de su sombrero.
Y sobre todo, le viste
El alma tanta arrogancia,
Que no hay mujer de importancia
Que no pretenda y conquiste.
No le falta entendimiento
Desto que llamar solia
Un discreto argenteria,
Que brilla y que luce al viento.
No sé lo que quiere aquí,
Porque esta calle es el centro
De Vénus, y viven dentro
Muchas diosas.
CÁRL. ¡Ay de mí!
¿Quién duda que esa fantasma,
Compuesta como quimera,
A mi Elisa adore y quiera?
ESTÉB. Aquí se alfeñica y pasma,
Aquí pica y aquí tiende
La discreta arquitectura
De su endiosada figura.
CÁRL. ¿Sabes tú si la pretende?
ESTÉB. No puedo certificallo;
La calle el testigo sea:
Tal vez á pié la pasea,
Tal vez la pasa á caballo.
Trae consigo un bellacon,
Entre valiente y gigante,
Que no hay cosa que no espante.
CÁRL. Los celos gigantes son.
¿Cómo se llama?
ESTÉB. Fisberto.
CÁRL. ¿Qué damas viven aquí?
ESTÉB. Algunas conozco y ví:
De la que es estoy incierto.
Allí vive una viuda,
De ojos por enviudar,
Que es lindo censo al quitar:
Puede ser que á verla acuda.
Enfrente está una doncella,
Rubia como un aleman,
Que no hay oro de Milan
Que se compare con ella.
A tres casas, la casada
Menos casada que ví.
CÁRL. ¿Hay duende?
ESTÉB. Pienso que sí,
Porque es mudable, aunque honrada.
CÁRL. ¿No se estima?
ESTÉB. Sí se estima;
Mas hay amor de mujer
Cuyo trato viene á ser
Como el juego de la esgrima:
Que cuando picados ves
Algunos mozos de cuenta,
Para entrar donde uno asienta
Están aguardando tres.
CÁRL. Esa no es estimacion
De ese hidalgo.
ESTÉB. En esta acera
Hay una imágen de cera,
Como los milagros son.
CÁRL. ¿Es descolorida?
ESTÉB. Sí.
CÁRL. Linda hermosura, si viene
Con ojos negros.
ESTÉB. No tiene
Más negro algun borceguí.
CÁRL. ¿Hay dote?
ESTÉB. Seis mil ducados.
Tras ella vive Laurencia,
Mujer de linda presencia,
Padres y hermanos honrados.
CÁRL. Retírate; que han salido
Aurelio y su hijo.
ESTÉB. Van
A la quinta.
CÁRL. ¡Qué galan!
ESTÉB. Es para el campo el vestido.

ESCENA VI.

AURELIO, OCTAVIO.—DICHOS.

AUREL. ¿No quiso venir Elisa?
OCTAV. No, Señor; que no anda buena.

AUREL. ¿Tiene acaso alguna pena?
OCTAV. Antes con alegre risa
A todo me respondió.
AUREL. Pues avisa los criados.
OCTAV. Ya están todos avisados.
CÁRL. (*Ap. á Estéban.*)
¿Hanme visto acaso?
ESTÉB. No.
CÁRL. Pues vamos adonde vea
El dueño de aquestos ojos,
La gloria de mis enojos
Y el bien que el alma desea.
ESTÉB. Hasta que todos se partan,
No es razon.
CÁRL. Vén por aquí.
(*Vanse Cárlos y Estéban.*)

ESCENA VII.

AURELIO, OCTAVIO.

AUREL. Deste lugar, y aun de mí,
Justos cuidados me apartan;
Aléjome, Octavio, del
Solo para descansar.
OCTAV. ¿No es tu casa en el lugar
De las buenas que hay en él?
Yo pensé que el alegría
Del campo te lleva allá.
AUREL. Cuidado Elisa me da;
Pensar en su bien querría.
OCTAV. Pues Elisa virtuosa
¿Qué cuidado puede darte?
AUREL. Tengo mucho que contarte.
OCTAV. Moza, por casar y hermosa,
¿Tendrá algunos pretendientes?
AUREL. Haber mi hacienda perdido
En Cádiz, la causa ha sido
Destos locos accidentes.
Ella estuviera casada.
OCTAV. ¿Has sentido de su parte
Cosa que pueda enojarte?
AUREL. No, Octavio; que aun ciño espada.
OCTAV. Algo has visto, pues que tratas
De Elisa con pesadumbre.
AUREL. Es de aquestos ojos lumbre.
OCTAV. ¿De quién, Señor, te recatas?
Despide á quien da ocasion.
AUREL. Ninguno ocasion me ha dado.
OCTAV. ¿Hanle dado algun recado?
¿De casa ó de fuera son?
AUREL. No es más de ver en su edad
Que importa darle marido.
OCTAV. ¿Algo has visto ó has oido
Que ofenda su honestidad?
AUREL. Elisa tiene valor,
Aunque ya vive sin madre,
Para asegurar á un padre
Que le tuviera mayor.
No es más de que honestamente
Se mostrara agradecida
A algun amor.
OCTAV. Por mi vida,
Que lo pintas cuerdamente.
¿Qué llamas agradecer?
AUREL. Mirar con honesto fin
De que puede ser en fin
De quien la mira mujer.
Mas si te digo verdad,
El hombre no me contenta.
OCTAV. Si el decírmelo te ausenta
Del pueblo á la soledad,
Ya que me lo has declarado,
A casa puedes volver.
AUREL. ¿Qué causa podré tener?
OCTAV. Di que la gota te ha dado.
AUREL. Hame dado todo un mar,
¿Y una gota he de decir?
OCTAV. Mucho tienes que sentir,
Y me has dado que pensar;
Y viene mal á mi intento,
Si no ha sido prevencion
De tu cuerda discrecion,
Tratarme su casamiento.
AUREL. ¿Cómo?
OCTAV. Porque yo querría
Tratarte de otro.
AUREL. ¿De quién?
OCTAV. Mio.
AUREL. ¿Cásaste tambien?
OCTAV. ¿No puede ser?
AUREL. Bien podria.
¿Guíate virtud ó amor?
OCTAV. Entrambas cosas.
AUREL. ¿Quién es?
OCTAV. Algunas veces la ves.
AUREL. ¿Es Laurencia?
OCTAV. Sí, Señor.
AUREL. No escoges mal: ansí fuera
La eleccion de Elisa. Vamos;
Pues sin campo, en campo entramos
De una batalla tan fiera.
OCTAV. ¿Es á Elisa desigual
Ese mancebo que mira?
AUREL. El ser pobre me retira;
Que en lo demás es su igual.
Y casamiento nacido
Por gusto de una mujer,
De milagro suele ser
Acertado.
OCTAV. Estoy corrido.
AUREL. Remedio habrá.
OCTAV. Cuerdo eres.
AUREL. Hoy veré con experiencia
Si puede más la obediencia
Que el amor en las mujeres. (*Vanse.*)

Sala en casa de Aurelio.

ESCENA VIII.

ELISA, CÁRLOS, PAULA, ESTÉBAN.

CÁRL. Apenas pude esperar
Que de la villa saliese.
ELISA. Ya estaba para espirar;
No hay nave que padeciese

Tanta tormenta en el mar.
Pero advierte, Cárlos mio,
Que no es bien que á desvarío
Juzgues esta libertad,
Si miras mi voluntad,
Como de tu amor confío.
CÁRL. ¿Libertad te ha parecido
Que pueda en tu casa entrar
Quien ha de ser tu marido?
ELISA. El tiempo suele mudar
Grande amor en grande olvido.
CÁRL. No hay cosa, fuera de ser
Mudable tu parecer,
Por que yo pueda mudarme.
Mudarme para casarme;
Que no mudarme en querer.
ELISA. Pues yo te juro, mi bien,
Que el tiempo ni la fortuna,
Y éntre la muerte tambien,
Derriben esta coluna,
Por más golpes que le dén;
Porque son temores vanos
La muerte ni mil tiranos
A quien te ha de amar después.
CÁRL. Pedirte quiero los piés.
ELISA. Agraviáranse las manos.
CÁRL. Esas tantas veces beso,
Cuantas en esas razones
Hay letras; y te confieso
Que de mis obligaciones
Ya se rinde el alma al peso.
¡Ay Elisa! ¿que ni ausencia
Ni muerte harán competencia
A tu amor?
ELISA. Sola una cosa
En el mundo es poderosa:
De mi padre la obediencia.
CÁRL. Tu padre ¿puede mandarte
Que me olvides?
ELISA. No podrá,
Cárlos, mandarme olvidarte;
Que en lo que en el alma está,
Solo el cielo tiene parte;
Pero podráme mandar
Que no me case contigo.
CÁRL. ¡Gentil manera de amar!
ELISA. Cuanto es de mi parte obligo;
No tengo más que te dar.
Estos ojos tuyos son,
Estas manos y este pecho;
A cualquiera posesion
Del alma tienes derecho;
Que mi amor te ha dado accion.
Pero en llegando á que diga
Mi padre: «De otro has de ser,»
Vana fué nuestra fatiga:
Por fuerza me has de perder,
Como quien lo ajeno obliga.
CÁRL. No querrá el cielo, Señora,
Que llegue tan fuerte dia,
Por el alma que te adora.
ESTÉB. (*Ap. á Paula.*)
¿De qué es la melancolía?
PAULA. ¿Quién le mete en eso agora?
ESTÉB. ¿No me puedo yo meter?
PAULA. Ni él ni su ánima.
ESTÉB. Advierta
Que me suelen responder
Con respéquete.
PAULA. Estoy cierta
Que en su vida me ha de ver.
ESTÉB. ¿Son celazos?
PAULA. Ni aun celitos.
ESTÉB. ¿Quién le ha dicho mis delitos?
PAULA. Esa cinta del sombrero,
¿Le parece al majadero
Qe no son mil sobrescritos?
ESTÉB. Paula, por ver tu crueldad,
Encarnada la compré.
PAULA. Eso ¿es cierto?
ESTÉB. Esto es verdad.
PAULA. Pues démela.
ESTÉB. Sí daré,
Como hagamos amistad.
PAULA. No es poderosa el ausencia
Ni la muerte á no quererte:
Solo te hará competencia
Una cosa.
ESTÉB. Eso me advierte.
PAULA. De mi padre la obediencia.
ESTÉB. ¿Padre tienes tú tambien?
PAULA. Jure que me quiere bien.
ESTÉB. Ponme, Paula, en el verano
Al pié de un peral enano,
Cuyas ramas sombra dén,
Con una bota que sea
De llana, y un pernil tierno
Con hebras de taraceа,
O ponme á una chimenea
En el rigor del invierno
Con una ollaza podrida;
Y si de tí me olvidare,
Si no me duermo, esta vida,
Después de mi muerte, pare
Donde tú fueres servida.

ESCENA IX.

MARQUINA.—DICHOS.

MARQ. Un criado de Laurencia
Pide licencia: ¿entrará?
ELISA. ¡Jesús! ¡qué poca advertencia!
CÁRL. ¿Dónde está?
MÁRQ. En la sala está.
ELISA. (*A Cárlos.*) ¿Quieres que le dé licencia?
CÁRL. ¿Quién es Laurencia?
ELISA. Una dama
Con quien hoy he estado en misa.
CÁRL. Toma el recado.
ELISA. Antes llama
El paje.—Y tú, amigo, aprisa,
(*Vase Marquina.*)
Ponte detrás desta cama;
Que será descortesía,
Cuando á visitarme envía,
Que el paje no pueda entrar.
CÁRL. Y Estéban, ¿dónde ha de estar?

ELISA. Contigo.
CÁRL. Adios, prenda mia.
(Escóndense Cárlos y Estéban.)

ESCENA X.

FELICIANO, FISBERTO, MARQUINA.—ELISA, PAULA.

FELIC. Dadme esas manos.
ELISA. ¿Quién es?
FELIC. Un hombre en quien hoy hablastes.
ELISA. ¿Qué es aquesto?
MARQ. Lo que ves.
ELISA. ¿Por paje, señor, entrastes?
FELIC. Y lo soy á vuestros piés.
¿No quedó así concertado,
Que yo os trujese un recado?
ELISA. Es verdad.
FELIC. Pues paje soy;
Y si el recado no os doy,
Es porque me habeis turbado.
ELISA. Si el veros, para saber
Que está Laurencia empleada,
Como principal mujer,
En persona tan honrada
Y de tan buen parecer,
Fué el recado del concierto,
Que le recibo os advierto;
Y á Laurencia responded
Que me ha hecho gran merced.
FELIC. ¿Parézcoos bien?
ELISA. Sí por cierto.
FELIC. Miradme de espacio.
ELISA. Aquí
No teneis que me agradar;
Allá le direis que os ví,
Y que le quiero enviar
Otro que me agrada á mí;
Que pues se me ha descubierto
Hasta enseñarme á quien ama,
No es bien que tenga encubierto
Lo que yo adoro, á esa dama.
FELIC. *(Ap. á Fisberto.)*
Como de un sueño despierto.
No he visto mayor belleza.
FISB. ¿Nunca habias visto á Elisa?
FELIC. Nunca ví su gentileza.
FISB. No es de las que hizo aprisa
La varia naturaleza.
Aquí detuvo el pincel,
Hizo, deshizo, quitó,
Todo el arte puso fiel.
FELIC. ¿Que otro quiere?
FISB. ¿Por qué no,
Si se ha de casar con él?
FELIC. Confieso que es liviandad;
Pero, por Dios, que me agrada
Su talle y su honestidad.
ELISA. Inquieta estoy y turbada,
Señor, desta novedad;
Que no entran hombres aquí.
Id con Dios.
FELIC. No sé, por Dios,
Cómo he de salir.
ELISA. Yo sí.—
Muéstrales, Paula, á los dos
La puerta.
PAULA. Venid tras mí.
FELIC. Tenéos; no tan aprisa.
PAULA. Quiero enseñaros la puerta.
FELIC. Antes para entrar á Elisa,
La quisiera ver abierta.
PAULA. ¿Requiebros? Cosa de risa.
ELISA. Ea, Señor, salid luego.
FELIC. Que me permitais os ruego
Ver un momento esta casa.
FISB. Señor...
FELIC. *(Ap. á su criado.)* La mujer me abrasa.
FISB. ¡Linda estopa!
FELIC. ¡Inmenso fuego!
Entreten esa criada.
FISB. *(A Paula.)* ¿Quiere oir tres mil razones?
Diga, señora entonada.
PAULA. ¡Oh, qué lindos gigantones!
FELIC. ¿Por qué, mi bien, tan airada?
ELISA. Mirad que es descortesía.—
Marquina...
MARQ. Señora mia.
ELISA. ¿Qué me habeis traido aquí?
MARQ. ¿No hablaste á Laurencia?
ELISA. Sí.
MARQ. Pues de su parte venía.—
Caballero, no es razon
Que procedais deste modo.
FELIC. Padre, efetos de amor son.
A buen fin camina todo.
ELISA. *(Ap.)* ¿Hay tan notable ocasion?
MARQ. De amor no me maravillo,
Mas de que querais decillo
Por fuerza. Salios, que es tarde.
FELIC. No quiero.
MARQ. ¿No? Pues aguarde.
FELIC. ¿Qué traereis?
MARQ. La del perrillo.

ESCENA XI.

AURELIO, OCTAVIO.—DICHOS.

AUREL. ¿Tan ocupada estás, que no respondes
Ni tú ni los criados desta casa?
¿Qué es esto?
FELIC. *(Ap.)* ¡Vive Dios, que soy perdido!
OCTAV. ¡Hombre en tus aposentos!
AUREL. Hombre y hombres.
Pero deten la espada.
OCTAV. ¿Eso me mandas?
AUREL. Espera, hasta saber á qué te obligan.—
¿Qué haceis aquí? *(A Feliciano.)*
FELIC. *(Turbado.)* Señor... quise... y llegando...
Cuando... no sé... mas yo...
OCTAV. ¿Qué aguardas?
AUREL. Tente;
Que no todas las veces se remedia
La honra con la espada.
ELISA. *(Ap.)* ¡Hay tal desdicha!
AUREL. No en vano á la cordura y á la furia

Pintaron un mancebo y un anciano:
El mozo con las manos pretendiendo
Arrancar una cola de un caballo,
Jamás pudo, y cayó rendido en tierra;
El viejo, cerda á cerda, poco á poco
La vino á deshacer.
OCTAV. Pues ¿qué pretendes
En tanta desventura sin la espada?
AUREL. ¿Quién sois, hidalgo?
FELIC. Soy un caballero.
AUREL. ¿El nombre?
FELIC. Feliciano.
AUREL. ¿Vuestro padre?
FELIC. Lisandro.
AUREL. Conocile. ¿Sois casado?
FELIC. No soy casado.
OCTAV. ¿Qué preguntas?
AUREL. Calla;
Que voy sacando cerdas á la afrenta.
OCTAV. Si está en forma de bestia, no me espanta.
AUREL. ¿Sabeis acaso que esta casa es mia?
FELIC. A no saber que es vuestra aquesta casa,
No hubiera puesto yo los piés en ella.
AUREL. Pasaos allí.
FELIC. Yo pierdo aquí la vida.
AUREL. Di, Elisa, que mejor dijera Elicia,
¿Quién es este mancebo?
ELISA. El que él ha dicho.
AUREL. ¿Cómo entró aquí?
ELISA. Con un recado falso
De Laurencia, su dama.
OCTAV. *(Ap. ¡Vive el cielo,*
Que este es el mismo que Laurencia adora,
Y por quien soy aborrecido!) Padre,
Si no casais á Elisa y Feliciano,
No tengo honor.
AUREL. Detente, que estás loco.—
Elisa, que haya entrado honestamente
Este mancebo aquí, no lo trátemos;
Que de tus pensamientos yo lo creo.
Soy padre, tengo un hijo que á mi crédito
Sucederá mañana. No repliques
A cuanto vieres que mi honor emprende.
ELISA. Si yo fuí desdichada, si mi estrella
Me puso en ocasion de tantos daños,
El tiempo te dirá qué culpa tengo.
AUREL. Caballero, yo os hallo en esta casa,
Y en el mismo aposento de mi hija.
No os hago fuerza, porque no era justo
Por hallaros aquí, casaros luego:
¿Quereis ser su marido?
FELIC. *(Ap. á Fisberto.)* ¿Qué diremos?
FISB. Yo pienso que te engañan; que si dices
Que no quieres casarte, han de matarte.
Si quieres defenderte, mete mano;
Quizá saldremos, aunque no haya puerta.
FELIC. ¿Quién duda que estarán todas cerradas?
FISB. Pues di que sí; que habrá después remedio,
Si esto no fuere cosa de tu gusto.
FELIC. Señor, yo gano tanto en ser esclavo,
Que no esposo, de Elisa, vuestra hija,
Que alabo la piedad del justo cielo
Que os trujo en ocasion que aquí me halláis. [sedes;
Aunque os prometo que es la vez primera.
AUREL. Pues porque no penseis qué me aprovecho
De la ocasion agora, id en buen hora,
Y pensadlo de espacio en vuestra casa;
Que puesto que soy pobre, rico he sido,
Y no es mi hacienda, no, tan limitada,
Que no os importe; aunque el valor de Elisa
Hace muchas ventajas á su dote.
FELIC. Porque veais con cuánto honor procedo
En vuestra estimacion, venid conmigo,
Y haremos los conciertos y escrituras.
AUREL. Mis brazos quiero daros.
FELIC. Yo los mios.
AUREL. Vamos en casa de mi hermano.
FELIC. Vamos.
FISB. *(Ap. á su amo.)* ¿Que te casaste?
FELIC. Sí.
FISB. ¿Qué hará Laurencia?
FELIC. Lo que hice yo.
FISB. ¿Qué fué?
FELIC. Tener paciencia.
(Vanse Aurelio, Feliciano, Octavio, Fisberto y Marquina.)

ESCENA XII.

CÁRLOS, ESTÉBAN.—ELISA, PAULA.

CÁRL. Si se tardan un momento,
Fiera Elisa, más ingrata
Que á las manos que la siembran
La verde y soberbia palma,
Sospecho que como mina
Por la boca reventara
El alquitran que en el pecho
Me estaba abrasando el alma.
Cuando ví que Feliciano
Te hablaba, te enamoraba,
Mil veces para salir
Puse la mano á la espada;
Pero viendo que tu honor,
El de tu padre y tu casa
Se pusiera al blanco vil
Del vulgo, que errando enclava,
Detuve mi justo enojo.
¡Qué mal hice! pues fué causa
Que Aurelio y Octavio entrasen,
Hija de uno, y de otro hermana,
Donde por cobrar su honor
Bajaron mis esperanzas
Del cielo de tus favores
Al infierno de mis ansias.
¡Cuántas veces presumí
Que lo que via soñaba,
Y que sin duda dormia,
Pues me escondiste en tu cama!
Mas limpiándome los ojos,
Y despertándome el alba
Del dia de mis desdichas,
Y el tocar tu engaño al arma,
Conozco que estoy despierto;
Porque, aunque en sueños, me espanta
Que por quien no fuera yo
Tantas desdichas pasáran.

Mas ya que ha traido el tiempo
La prueba de tus palabras,
No te castigue el amor
Que has hecho sus firmas falsas;
No diga mi amor, Elisa,
Que cuando me diste tantas,
Torres en el viento hacias,
Y escribias en el agua.
Mientras van á sus conciertos,
Vamos á mi casa honrada,
O á las del juez del cielo
Que las voluntades casa.
Soy tu primero marido,
Tú mi mujer; pues ¿qué aguardas?
¿Cómo te detienes? Mira
Que quieren forzarte el alma.
¿Qué respondes?

ELISA. Cárlos mio...
Mio no, que hablé turbada...
Cárlos tuyo, y mio un tiempo,
Que para mi muerte basta,
Cuando palabra te di
De ser tuya, ¿quién pensara
Que hallara un Sanson tan fuerte
El templo de mi esperanza?
Aqueste mancebo ciego
A las colunas se abraza
De mis pensamientos hoy,
Y á todos juntos nos mata.
Entre cuantos imposibles
Tu imaginacion hallara
Para olvidarte, mi bien,
Ni hacer de mi amor mudanza,
La obediencia de mi padre
Fué, como ves, reservada:
En llegando á que es mi dueño,
Cesa el gusto, el amor pára.
El me dió este ser que tengo;
A la sombra de sus alas
He vivido: no es razon
Ser á tanta deuda ingrata.
Si aquesto se desconcierta,
O tu ingenio y amor hallan
Remedio con que se impida,
Aquí está Elisa.

CÁRL. ¿Qué llamas
«Aquí está Elisa?» Mujer,
Que es el nombre que declara
Mejor la mudanza vuestra;
Porque sois muerte y mudanza.
Si Elisa estuviera aquí,
Cumpliérame su palabra.
No está en sí; pero está en mí,
Como infierno que me abrasa.
Este fué concierto tuyo,
Todo concertado estaba;
El hablar hoy á Laurencia
No ha sido, Elisa, sin causa.
En tu cama me pusiste
A que viese mi desgracia.
¡Mal haya fe que pretende
Gloria de cielo de cama!
Trujístemo á que lo viese.
¡Oh, qué bien me desengañas!
Tuya la cama, leon yo,
Que á sus piés dorados brama,
Camaleon vengo á ser,
Pues el dia que te casas
Vengo á sustentar de viento
Tantas esperanzas vanas.
Don Fernando de Toledo
Hace gente. Afuera, España,
No más patria, no más vida.
Todo, contigo, me falta.
Iré á morir; ¡plega á Dios
Que en la primera batalla
Una pistola me borre
Tu rostro, Elisa, del alma!
¡Obediencia dices! ¿Cuándo
Amor obediencia guarda
Ni á padre, ni á honor, ni á esposo,
Ni al cielo?

ELISA. Espera, repara...

CÁRL. Tú ¿vienes conmigo?

ELISA. No.

CÁRL. Pues, loca, ¿por qué me llamas?

ELISA. Sí pudiera, Cárlos mio,
Yo fuera; he nacido honrada:
¿Qué dirá el mundo de mí?
Piensa algun medio.

CÁRL. Quien ama
Y piensa, no tiene amor,
O el que tuvo se le acaba.
Harto hablado en casamiento,
Palabra que os arrebata
El seso: ¿quién duda, Elisa,
Que á este son hagas mudanza?
Dios te haga tan dichosa,
Que aquella misma mañana
De la noche de tu boda
Te traigan de Flandes cartas
En que digan que soy muerto.

ELISA. Escúcheme una palabra.

CÁRL. Obras quisiera escuchar;
Que palabras todo es nada. (*Vase.*)

PAULA. Estéban, ¿qué dices desto?

ESTÉB. ¡Plegue á Dios que una bombarda
Pase de mí treinta leguas,
Si volviere á verte, Paula!
No más España cruel,
No más vida, no más patria.
Arrieros van á Flandes,
Allá me lleven sus cargas;
Y si te casares...

PAULA. Oye.

ESTÉB. De aquí á mil años te traigan
Nuevas de que el Draque es muerto,
O el rey Chico de Granada. (*Vase.*)

ELISA. Parte, Paula, y llama á Cárlos.

PAULA. Señora, desta ventana
Le daré una voz.

ELISA. Camina.

PAULA. No irá lejos; que quien ama,
Cuanto sale más furioso,
Tanto más despacio pára,
Porque se aleja del centro,
Y lleva violenta el alma. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

ELISA.

¡Ay, fuerte obligacion! ¡Ay, honra, asida
A la virtud de un generoso pecho!
La justa resistencia que habeis hecho
En tanto amor, me costará la vida.
No sé si ya me siento arrepentida;
Que contra amor no hay fuerza de provecho;
Pero saldrá del alma á su despecho
Cuando al honor la posesion le impida.
¡Casada yo sin tí! ¡Triste suceso!
Imaginallo solo me desalma;
Pero ya que en el alma estás impreso,
El tendrá los despojos, tú la palma;
Que quien tiene en Argel el cuerpo preso,
Tendrá por puntos en su tierra el alma. (*Vase.*)

Sala en casa de Laurencia.

ESCENA XIV.

LAURENCIA, SABINA.

LAUREN. Deseo en extremo ver
A Feliciano, Sabina.

SABI. Gloriosa estás de querer
Hombre tan galan.

LAUREN. Inclina
A amarle á cualquier mujer.

SABI. Tienes, Señora, razon;
Que cuando pienso en Fisberto,
Se me baña el corazon
De un cierto incendio encubierto:
¡Agradable suspension,
Que no deja á mis sentidos
Lugar de volver en mí!

LAUREN. Amando están divertidos.
No dirá Elisa que fuí
Sirena de sus oidos.
Habrá visto en Feliciano
Que lo menos le conté;
Pues con atrevida mano
En corto mapa cifré
Todo un cielo soberano.
¿Quién duda que está invidiosa
De verme tan venturosa?

SABI. No hará, porque quiere bien.

LAUREN. ¡Parecerale tan bien!

SABI. ¡Qué necedad tan famosa!

LAUREN. Quiero mucho.

SABI. Tus deseos
Conozco.

LAUREN. Pues no te espantes
Que encarezca mis empleos.

SABI. Los hijos y los amantes
No pueden parecer feos.
—Pasos siento.

LAUREN. Y ellos son;
Que en los amorosos casos,
Quien espera con pasion
Siente trasladar los pasos
Desde el suelo al corazon.

SABI. Pienso que te has engañado.

LAUREN. Tuyo el engaño habrá sido.
Mi bien y el tuyo han llegado.

ESCENA XV.

FELICIANO, FISBERTO.—DICHAS.

FISB. ¡Sabina!

SABI. ¡Fisberto amado!
Triste viene tu señor.

FISB. No sé qué pena se tiene.

LAUREN. ¿No me hablas?

FELIC. (*Ap.*) ¡Qué rigor!

SABI. ¡Qué descolorido viene!

LAUREN. ¿Qué te enmudece?

FELIC. Un temor.

LAUREN. ¡Temor conmigo! ¿De qué?
¿Viste á Elisa?

FELIC. Ya la vi.

LAUREN. ¿Con suspiro?

FELIC. ¿Suspiré?

LAUREN. Sí, mis ojos. ¿Fue por mí?

FELIC. Del alma á tus ojos fué.

LAUREN. ¡Válame Dios! ¿Dónde has ido?

FELIC. A ver á Elisa.

LAUREN. ¿Y de allá
Esta tristeza has traido?
¿No está buena?

FELIC. Buena está.

LAUREN. Algo has visto ó has oido.
¿No te dijo que te quiero,
Que te alabo, que te adoro
Y que te estimo?

FELIC. Si espero
Para guardarte el decoro,
Que es más rigor considero.
Laurencia, yo he visto á Elisa
Porque tú me lo mandaste.
Entré en su mismo aposento,
Libre de tantos pesares.
No habia hablado con ella
Dos palabras, cuando el padre
Y Otavio entraron diciendo
Y haciendo mil disparates;
Que como deben de andar
Sospechosos, esta tarde
Fingieron aquella ausencia
Para que Cárlos entrase.
Hallàronme en su lugar...
—No permitas que te canse
Con decirte sus locuras
Y amenazas desiguales.
Basta saber que salí...
—¿Cómo lo diré?

LAUREN. No tardes;
Que me matas.

FELIC. ¡Ay Laurencia!
¡Casado!

LAUREN. Calla.

FELIC. ¿Que calle?
¡Pluguiera á Dios que pudiera!

LAUREN. Pues ¿qué razon hay bastante

A hacerte casar por fuerza?
FELIC. Solo en su aposento hallarme.
LAUREN. ¿Estabas desnudo?
FELIC. ¿Yo?
LAUREN. Pues ¿por qué un rigor tan grande?
FELIC. Porque se dan á entender
Que soy quien entra y quien sale
A deslustrar su nobleza
Y deshonrarles su sangre.
Las escrituras se han hecho.
LAUREN. ¿Qué dices?
FELIC. Con penas tales,
Que no se podrán romper,
O es decirles que me maten.
LAUREN. ¡Válame Dios! ¿Eres tú
Quien eso dices?
FELIC. La cárcel
Ni la muerte, ¿me pudieran
A lo que has visto forzarme,
Si no fuera alguna estrella,
Cuya influencia es bastante
A que con quien nunca vi,
Por fuerza un hombre me case?
Y no es este el daño solo;
Que el venir agora á hablarte
Tambien es otro dolor
Para que tantos me acaben.
Octavio, ya le conoces,
Quiere que contigo trate
Que te cases con él.
LAUREN. Calla.
FELIC. Esto me dijo en la calle.
LAUREN. Todo lo entiendo: ya sé
Que Elisa vino á engañarme.
Concierto de todos fué.
FELIC. Espera.
LAUREN. ¿En quién?
FELIC. En mis males.
LAUREN. Déjame saber mi muerte. (*Vase.*)
FELIC. Escucha.
FISB. Furiosa parte.
FELIC. Tenla, Sabina.
SABI. No puedo. (*Vase.*)
FELIC. ¿Qué he de hacer?
FISB. No te acobardes;
Que alguna industria ha de haber.
FELIC. ¿Quieres que de véras hable?
FISB. ¿Pues no?
FELIC. Pues, por Dios, que Elisa...
FISB. Dilo.
FELIC. Me parece un ángel.
FISB. El dote es poco.
FELIC. Y muy poco.
Si algo más al dote añaden,
Yo soy marido de Elisa.
FISB. ¡Qué linda traza de amante!
¿Amas, y pides dineros?
FELIC. ¿Sabes tú lo que es casarse?
FISB. Sé que es carga.
FELIC. Pues si es carga,
Dineros y bestia, y ande.

ACTO SEGUNDO.

Sala en casa de Cárlos.

ESCENA PRIMERA.

CÁRLOS Y ESTÉBAN, *con botas, espuelas y plumas.*

CÁRL. ¿Está todo prevenido?
ESTÉB. No hay cosa por prevenir.
CÁRL. En fin, ¿me puedo partir?
ESTÉB. Sí, pues no te dan partido.
CÁRL. ¿Cómo ha salido esta gala?
ESTÉB. Como de tu gusto, en fin.
CÁRL. ¿Come, Estéban, el rocin?
ESTÉB. Comiendo queda en su *estala*.
CÁRL. ¡Buen nombre! Bien se autoriza.
ESTÉB. Como á Flandes nos partimos,
Los soldados no decimos,
Como aquí, *caballeriza*.
CÁRL. ¿Salen estas plumas bien?
ESTÉB. Que parecen un virote.
Pero di, mi matalote
¿Ha de ir á Flandes tambien?
Que tiene talle, por Dios,
De quedarse á hacer la cuenta
Aquí en la primera venta.
CÁRL. ¡Qué! Bien andarán los dos.
Las bestias en compañia
Andan más.
ESTÉB. Es pensamiento
Tomado del casamiento,
Que andan de noche y de dia.
Mas, por Dios, que aunque vestido
Ya de camino te vea,
Y á mi con esta librea
A lo flandesco lucido,
Que no creo que de lllescas
Has de pasar.
CÁRL. ¿Cómo no?
ESTÉB. Como te conozco yo,
Y sé las trochas que pescas.
Para mi, tú quieres dar
Martelo de ausencia, y ver
Si estorbas que esta mujer,
Cárlos, se llegue á casar.
CÁRL. No hay tratar deso; es partida
Tan cierta, que antes de un mes
Me verá el pais de Artués.
ESTÉB. ¿Por tu vida?
CÁRL. Por mi vida.
ESTÉB. Confiésote que pensaba
Que era máscara de celos.
CÁRL. No vuela el ave á los cielos,
Ni la flecha de la aljaba
Puesta en el arco, ni el rayo
De la nube, como yo
Parto á Flandes.
ESTÉB. Luego ¿no
Tendrá fuerza algun desmayo,
Lagrimilla ó papel tierno?

CÁRL. ¿De unos ojos tan crueles,
Lágrimas, ni más papeles
De tales manos? ¡Qué infierno!
Pues ¿de tal pecho desmayo?
¡Fuego del cielo!
ESTÉB. Por Dios,
Que si llora solas dos,
Que el ave, la flecha, el rayo
Se detengan y se queden.
CÁRL. Llamaron.
ESTÉB. Dirás que son
Sus criados.
CÁRL. ¿No es razon?
ESTÉB. Ni es razon, ni son, ni pueden.
Estarále ya hallando
La boda en el cuerpo á todos,
Y de diferentes modos
Comida y galas buscando;
¡Y quieres que á verte vengan!
CÁRL. (*Asomándose.*) Digo que son, majadero.
ESTÉB. ¿Tú los ves?
CÁRL. A su escudero
Y á Paula.
ESTÉB. Pues alto; tengan
Las puertas de par en par.
CÁRL. Abre, borracho.
ESTÉB. ¿Tú eres
El bravo? ¿Tú á Flandes quieres
Partirte?
CÁRL. Déjala entrar.
ESTÉB. ¿Yo papel de tales manos,
Lágrimas de tales ojos?
Mas como de esos enojos
Tiene amor por tierra llanos.
CÁRL. Abre, ¡maldigate Dios!
(*Va Estéban á abrir.*)
Ya está abierto, y ya han entrado.

ESCENA II.

MARQUINA, PAULA.—DICHOS.

PAULA. ¡Oh qué gallardo soldado!
ESTÉB. ¿Uno solo? ¿no ves dos?
PAULA. ¿Dónde bueno desta suerte?
CÁRL. A Flandes, amiga, voy.
PAULA. ¡Jesús! por reirme estoy.
Déjame despacio verte.
CÁRL. Bien dices; porque jamás
Me volverás, Paula, á ver.
¿Qué hace Dios de esa mujer?
PAULA. ¿Esa mujer ya no es más?
CÁRL. Nunca el nombre le ha venido
Como en aquesta ocasion.
Mujeres dicen que son
Las que ya tienen marido;
Y ella, pues que tiene dos,
Más mujer debe de ser;
Que para el mundo es mujer
De otro, y mia para Dios.
¡Ay, padre, ay, Paula, ay, amigos!
Nadie mejor mi razon
Sabe, pues de mi pasion
Son vuestros ojos testigos.
Cásese Elisa, bien hace;
Obedezca, como dice,
A su padre: Dios bendice
Quien tan obediente nace.
Cuanto á mi, no hay que tratar,
Paula; consolado estoy.
No la he de ver, ya me voy.
PAULA. Pegado se te ha el hablar
Tan resuelto y consolado
Del hábito soldadesco.
Ese es estilo flandesco.
CÁRL. Bien dices; ya estoy soldado,
Y de manera lo estoy,
Que la palabra de estar
En Flandes no he de quebrar,
Paula, si en el aire voy.
¿A qué bueno es la venida?
PAULA. A traerte este papel.
CÁRL. Contará su boda en él.
PAULA. Contará su triste vida.
CÁRL. Vuélvele, Paula, por Dios.
Letra de Elisa es veneno.
PAULA. Léele, acaba.
ESTÉB. ¡Oh qué bueno!
¿Melindres?
CÁRL. Venis los dos,
Y quiéroos tener respeto.
ESTÉB. ¡Lindo achaque!
MARQ. Tú verás
Que Elisa no puede más,
Pues eres, Cárlos, discreto.
CÁRL. (*Lee.*) «Si una mujer principal,
»Porque á su padre obedece,
»Cárlos del alma, merece
»Que vos la trateis tan mal,
»Sea en buen hora, bien mio,
»Aunque para mi no es buena;
»Que os agradezco la pena,
»Y mil gracias os envio:
»Que como me ha de matar
»De vuestra ausencia el dolor,
»Mientras más peno, Señor,
»Más me quereis obligar.
»¡Oh qué bien he conocido,
»Mi bien, lo que tengo en vos,
»Sabiendo tan bien los dos
»Lo que vos me habeis debido!
»No quiero yo que no os vais;
»Mas no sea tan aprisa;
»Que aun no está casada Elisa,
»A quien vos decis que amais.
»Hacedme merced, mis ojos,
»Que nos veamos primero;
»Que con vos descansar quiero
»De tantas penas y enojos.
»Esta noche habrá lugar.—
»Vuestra *Elisa*, aunque me maten.»
—¿Que esto escriban, que esto traten
Manos que á otro se han de dar?
¿Hay traicion, hay fingimiento
Como este?
PAULA. ¿De qué es traicion?
CÁRL. Pues ¿trae el papel razon
Que impida su casamiento?

¿No ves que me dice aquí
Que me vaya, y que no quiere
Detenerme?

PAULA. Quien lo oyere
Jurará que adora en tí.
¿Puede ser cosa más tierna?

CÁRL. ¿Esto es tierno? Es fuego, es ira,
Es embeleco, es mentira.

PAULA. ¿Qué mal humor te gobierna?
Si Elisa no te adorara,
Ni escribiera bien ni mal,

CÁRL. Como es mujer principal,
En su término repara.
Tras esto, no le ha movido
Amor (que bien se ve aquí),
Sino lástima de mí,
Viéndome quedar perdido.
Que aun no está casada Elisa,
Dice aquí: ¡fuego de Dios!
Pagaréisme, papel, vos
Palabras de tanta risa.

PAUL. No le rasgues.

CÁRL. Ya está hecho;
Que me abrasaba la palma.
Así quisiera algun alma,
Así quisiera algun pecho.

PAULA. Luego ¿no responderás?

CÁRL. ¿Responder? Véte de aquí,
O haré lo que dél en tí.

PAULA. ¿En mí?

CÁRL. Véte.

PAULA. Loco estás.—
Vámonos de aquí, Marquina.

MARQ. Vámonos; que está furioso.

PAULA. No te espantes; que un celoso
Con el dolor desatina.

MARQ. ¿Quién le podrá resistir?
Vamos.—Estéban, adios.

ESTÉB. Está adorando en los dos,
Y quiere fuerzas fingir.

PAULA. ¿Tú no me verás primero
Que te ausentes?

ESTÉB. Allá iré.

PAULA. ¿Vas á caballo ó á pié?

ESTÉB. Voy con este majadero
En un camello persiano.
Allá nos despediremos.

MARQ. Vámonos, Paula, ¿qué hacemos?
Mira que en el viento vano
Anda deste mozo el seso.
Mira los gestos que hace.

PAULA. Adios. De sus celos nace.

MARQ. Temblando voy, te confieso.

(Vanse Paula y Marquina.)

ESCENA III.

CÁRLOS, ESTÉBAN.

ESTÉB. Mal has andado en tratar
Esta gente deste modo:
Elisa es culpa de todo,
Della te debes quejar.
No viene Paula á ofenderte,
Ni ella es parte á que se case.

CÁRL. ¡Oh, que mal fuego te abrase!
¿A Elisa nombras?

ESTÉB. Advierte
Que si no es que loco estás,
A lo menos lo parece.

CÁRL. Pena á mis penas ofreces,
Celos á mis celos das.

ESTÉB. ¿No era mejor responder
Que esta noche á verla irias?

CÁRL. ¿Fuérouse?

ESTÉB. Habrá cuatro dias.

CÁRL. Quiérolos hacer volver.
Parte á llamarlos.

ESTÉB. Ya voy.

CÁRL. Déjalos.

ESTÉB. Ya me estoy quedo.

CÁRL. Mas llámalos; que no puedo
Vivir si sin verla estoy.

ESTÉB. Voy volando.

CÁRL. Aunque te diga
Que vayas, te has de estar quedo.

ESTÉB. Que enloquezcas tengo miedo,
Si tanto el dolor te obliga.

CÁRL. ¿Que no respondí que iria?
Animo tuve y valor,
Porque es como negro amor,
Todo entono y fantasía.
Mas ¿cómo sufrir podré
El no verla?—Parte luego,
Y llama á Paula. ¿Estás ciego?
¿Estás sordo? ¿Oyes?

ESTÉB. No sé.
¿No me mandaste no hacer
Lo que me mandases?

CÁRL. Sí.

ESTÉB. Pues yo te obedezco ansí.

CÁRL. Ya que no me pueden ver,
Cojamos estos pedazos
De aquel rompido papel.

ESTÉB. ¿Agora adoras en él?

CÁRL. ¡Oh letras, rasgos y lazos
De aquella mano divina!

ESTÉB. Paula vuelve.

CÁRL. Y él al suelo.

ESTÉB. Pues no es.

CÁRL. ¡Maldiga el cielo
Tu condicion!

ESTÉB. Imagina
Que es entretener á un loco
Ciencia, humor, industria y flema.

CÁRL. ¿Es celos, Estéban, tema
Para estarlo un hombre poco?
Estos papeles quisiera
Juntar.

ESTÉB. Yo sé cómo.

CÁRL. El cielo
Te dé en tus males consuelo.

ESTÉB. Escucha.

CÁRL. ¿De qué manera?

ESTÉB. Llevándolos al molino
Del papel, mojados luego,
Volverán á hacer el pliego.

CÁRL. ¡Hay tan cruel desatino!

¿Y las letras?

ESTÉB. Pues si allí
La letra quedar pudiera,
Molino y emprenta fuera.

CÁRL. Hoy veré á Elisa.

ESTÉB. ¿Tú?

CÁRL. Sí.

ESTÉB. ¿Cómo? ¿De noche?

CÁRL. De dia.

ESTÉB. ¿De dia? ¿Con qué invencion?

CÁRL. Vén conmigo.

ESTÉB. Efetos son
De amor.

CÁRL. ¡Ay, Elisa mia!

(Vanse.)

Sala en casa de Laurencia.

ESCENA IV.

LAURENCIA, SABINA.

LAUREN. ¿Cómo quieres que sosiegue,
Sabina, en tanto dolor?

SABI. ¿Es posible que el amor
De un hombre ingrato te ciegue
A tanta descompostura?

LAUREN. Si no fuera amor mi mal,
Dices bien; mas es igual
A la furiosa locura.
No se curan amor y ella:
Si sabes remedio, di,
Cómo me vuelvas en mí.

SABI. Queriendo tú salir della.
Amor se deja curar,
Si es el enfermo obediente.

LAUREN. A tu mano diligente
Hoy me quiero sujetar.
Di; que quiero obedecer
La cura en que me pusieres.

SABI. Haz lo que muchas mujeres,
Pues eres tambien mujer.

LAUREN. ¿Qué he de hacer?

SABI. El mismo amor
Poner en otro sugeto.

LAUREN. ¡Fuerte remedio!

SABI. Discreto,
El más breve y el mejor.

LAUREN. Si amor fué en mí natural,
¿Qué podrá un amor violento?

SABI. Ocupar el pensamiento
Y ir entreteniendo el mal.

LAUREN. ¿A quién tengo de querer?
¿No hay más que decir *yo quiero*?

SABI. A quien tu amante primero
Haga de celos arder.

LAUREN. ¿Quién?

SABI. El mismo que ha dejado
Elisa; que deste modo
Te podrás vengar en todo
De cuantos te han agraviado.
Pon los ojos tiernamente
En Cárlos; que tú verás
Qué dolor á Elisa das,
Y lo que tu ingrato siente.

LAUREN. Elisa, de Feliciano
Contenta, ¿qué ha de sentir,
Ni Feliciano, de oir
Que quiero á Cárlos?

SABI. ¡Qué en vano
Gasta un discreto el consejo
Con quien está pertinaz!
Haz lo que te digo en paz;
Que amor es como el espejo,
Que cuando se compra nuevo
No agrada ni satisface,
Hasta que el rostro se hace.

LAUREN. Luego si á quererle pruebo,
¿Vendrá á parecerme bien,
Aunque agora no me agrade?

SABI. A querer te persuade;
Que si tus ojos se ven
Cada dia en los de Cárlos,
Tú vendrás á estar segura
Que retratan tu hermosura,
Y por lo mismo á adorarlos.

LAUREN. Ahora bien, dime verdad,
¿Hate sucedido á tí?

SABI. Estoy por decir que sí;
Porque tuve voluntad
A quien tan mal me pagó,
Que en Fisberto la mudé,
Y que ya le amaba hallé
Cuando el otro me buscó.

LAUREN. Luego ¿vinote á buscar?

SABI. Picóse y volvió.

LAUREN. ¿Qué espero?
Amor es tretas: yo quiero
Amar, ó fingir amar.
Mas ¿cómo habemos de hacer
Para que Cárlos me entienda?
Que puede ser que le ofenda
Si le comienzo á querer.

SABI. Finge que te ha dicho un hombre
Que es astrólogo, y que quieres
Saber, como otras mujeres,
Señas, trato, vida y nombre
Del que ha de ser tu marido.
Él negará, tu dirás
Que lo sabes, y que estás
Cierta de lo que has oido.
Darásle luego la mano:
Creo de su discrecion
Que aproveche la ocasion,
Y que no la dé de mano.
De aquí la tendreis los dos
Para que el juego se entable.

LAUREN. Cárlos es hombre notable:
Consuelo me das, por Dios.
Toma, Sabina, tu manto,
Véle á hablar, habla con él.

SABI. Escríbeme tú un papel.

LAUREN. De mi libertad me espanto.
Pero amor me da licencia
Que con discrecion me cure,
Y que el remedio procure
Que me muestra la experiencia

Y el desengaño me avisa.
¿Querráme Cárlos?
SABI. Sospecho
Que ha de quererte, á despecho
De las traiciones de Elisa. (*Vanse.*)

Sala en casa de Aurelio.

ESCENA V.

AURELIO, OCTAVIO, FELICIANO, FISBERTO, ELISA Y PAULA.

AUREL. Toda la ciudad me ha dado
De la boda el parabien.
FELIC. A mí es bien que me le dén,
Pues tanto bien he ganado.
OCTAV. No sé cómo se ha sabido,
Señor, en tiempo tan breve.
AUREL. Como Feliciano debe
De ser bienquisto y querido,
Está en los ojos de todos.
OCTAV. Las escrituras sospecho
Que tambien su parte han hecho,
Y cuéntase de mil modos.
AUREL. Como quisiere se cuente.
Ya es mi yerno Feliciano.
FELIC. Todos saben lo que gano.
ELISA. (*Ap.*) Yo me pierdo eternamente.
AUREL. Traigannos sillas aquí.
OCTAV. Sillas hay.
FISB. (*Ap. á su amo.*) Ya estás casado.
FELIC. ¡Qué necio, Fisberto, he andado!
FISB. Luego ¿arrepiénteste?
FELIC. Si.
FISB. Pues ¿antes del desposorio
Te muestras arrepentido?
FELIC. Siento el saber que haya sido
A todo el mundo notorio,
Pues ya estamos empeñados
En no deshacer lo hecho.
FISB. Que te ha de estar bien sospecho.
FELIC. Pocos son seis mil ducados.
FISB. No es mal dote con Elisa;
Que te aseguro por Dios,
Que la piden más de dos,
Como dicen, en camisa.
Tiene entendimiento y brio,
Y el valor que viendo estás.
FELIC. Mientras que lo trato más,
Más, Fisberto, me resfrio.
No porque de su hermosura
No esté en extremo contento;
El modo del casamiento
Me ha parecido locura.
¡Bueno es que yo venga aquí
Solo á ver una mujer,
Y que mia lo ha de ser
No más de porque la vi!
FISB. Si te hallan en su aposento,
Y es gente tan principal,
No sé que procedan mal.
FELIC. Fisberto, la burla siento.
¡Vive Dios, que he sospechado
Que, codiciando mi hacienda,
Me han hecho comprar la prenda
Al primer precio que he dado!
¿Nunca has visto los roperos,
Que á quien su calle pasó,
No más de porque miró,
Ya le ha de costar dineros?
¿Que le llaman y le tiran,
Y le fuerzan á comprar?
Pues así me hacen casar.
FISB. Mira, señor, que te miran.
Habla á tu esposa, no dés
Ocasion para que entiendan
Que te pesa.
FELIC. Aunque se ofendan,
Digo que es poco interés.
Si yo esta mujer pidiera,
Bien es que me contentara.
FISB. Si Aurelio con más se hallara,
No dudes que más te diera.
Está de suerte perdido,
Que aun á la hacienda de Octavio
Sé yo que le ha hecho agravio,
Puesto que él lo ha consentido,
Por tener tan buen cuñado.
FELIC. ¡Seis mil ducados á mí,
Que con más renta nací
Que este dote que me han dado!
¿Qué dirán cuantos lo saben?
FISB. Que has escogido mujer
Que de un rey lo puede ser,
Para que todos te alaben.

ESCENA VI.

UN PAJE.—DICHOS; *después*, CÁRLOS Y ESTÉBAN.

PAJE. Un caballero está aquí,
Que á mi señor quiere hablar.
AUREL. Dile que bien puede entrar.
(*Vase el paje.*)
OCTAV. ¿Si es parabien?
AUREL. Creo que sí.
(*Salen Cárlos y Estéban de soldados.*)
CÁRL. Por estar tan de camino,
Como lo veis en el traje,
Aunque me dijo este pajo
Lo que en veros imagino,
No pude excusar hablaros.
Suplicoos me perdoneis.
AUREL. Aquí una silla teneis.
OCTAV. En esta podeis sentaros.
ELISA. (*Ap.*) ¡Cielos, qué es esto que veo!
PAULA. ¡Ay Señora! ¿á qué vendrá? (*Ap. á ella.*)
FELIC. Fisberto, Cárlos se va. (*Ap. á él.*)
FISB. Saber la causa deseo.
CÁRL. Antes que en mis cosas hable,
Desto que aquí viendo estoy,
Parabien, Señor, os doy.
ELISA. (*Ap. á Paula.*)
¡Qué atrevimiento!
PAULA. Notable.

CÁRL. Goceis, señor Feliciano,
De la que tan vuestra es ya.
FELIC. Para serviros será.
AUREL. (*Ap. á su hijo.*)
¡Buen mozo!
OCTAV. Es muy cortesano.
CÁRL. Y vos, mi señora Elisa,
Mil años el desposado.
ELISA. Los que me habeis deseado
Vivais.
CÁRL. Porque estoy de prisa
No encarezco la eleccion
Que en amar habeis tenido
Un hombre tan bien nacido.
Suplicoos me deis perdon.
ELISA. Si en eso tengo de qué,
Yo os perdono.
CÁRL. Dios os guarde.
Digo, Aurelio (porque es tarde,
Que ya las postas dejé
Puestas á punto), que yo
Voy á Flandes: el dinero
Que tengo, entregaros quiero;
Porque en plata me le dió
Un mercader de Toledo,
Y no le puedo llevar.
ELISA. (*Ap. á Paula.*) Este me viene á matar.
PAULA. Disimula.
ELISA. ¿Cómo puedo?
CÁRL. Para algun correspondiente
De los que en Flandes teneis,
Cédula darme podeis,
O pues voy forzosamente
Por Francia, para cualquiera
Lugar.
AUREL. Fuera dicha mia,
Si el crédito que tenia,
Agora en Flandes tuviera,
Poderos, Señor, servir.
Ya ese tiempo se acabó.
CÁRL. Mi desdicha lo causó.
ELISA. A no ser fuerza partir
Esta tarde, yo os dijera
Quien para Flandes ó Francia
Os lo diera con ganancia.
CÁRL. ¡Pluguiera á Dios que pudiera
Detenerme, mi señora!
ELISA. Detenedos, por vida mia.
FELIC. (*Ap. á Fisberto.*)
¿Es este el que la servia?
FISB. Pienso que el partirse agora
Nace de verla casada.
FELIC. Si por el tanto la quiere,
No se vaya, sino espere.
FISB. ¿Son celos?
FELIC. A la trocada.
ELISA. (*A Cárlos.*) ¿Tan forzosa es la partida,
Que no os podeis detener?
CÁRL. Impórtame no perder,
Si me detengo, la vida.
ELISA. ¿Qué os puede haber sucedido?
CÁRL. Una desgracia tan fuerte,
Que aunque el partirme es mi muerte,
Ha sido el mejor partido.
ELISA. El deseo de saber
Es en las mujeres tal,
Que el dolor de vuestro mal
Me obliga como á mujer.
¿Puedo saber la ocasion?
CÁRL. Si os sirvo en que la sepais,
Oidme, porque tengais
De mi dolor compasion.—
Yo tuve en este lugar
Un amigo que servia
De alma al cuerpo en que vivia;
Que nos pudo amor juntar.
Y era tanto nuestro amor,
Que el tiempo de estar ausentes,
Los menores accidentes
Eran despecho y furor.
Comunicábamos juntos
Los menores pensamientos,
Hablándonos por momentos,
Regalándonos por puntos.
A veces jurarle oí
Que ser mi cuerpo quisiera,
Porque siempre en él viviera
Sin apartarse de mí.
Pero á que esto me ofendiese
Llegar mi aficion solia,
Y ser yo el cuerpo queria,
Para ser el que muriese.
Pues entre aquestas finezas
(¿Quién creerá tal sinrazon?)
Hizo tan cruel traicion
A este amor, á estas ternezas,
Que fué lo menos dejarme;
Y de suerte me dejó,
Que á ser dél su cuerpo yo,
Me muriera por vengarme.
Hizo con otro amistad,
A quien siempre aborrecí;
Dióle el alma en que viví;
Y esta injusta deslealtad
Blasona que es obediencia;
Yo, por no verlos andar
Siempre juntos, del lugar
Hago, como veis, ausencia.
Voy á Flandes, donde ruego
Al cielo que me traspase
Una bala, porque abrase
Un fuego con otro fuego.
Y para ser desta suerte
No tengo más que llegar,
Pues yo me pondré en lugar
Que el menos diestro me acierte.
ELISA. Extraña resolucion
La vuestra me ha parecido.
Para partiros no ha sido
Legítima la ocasion;
Que el amigo que decís,
Por dicha no os ofendió,
Si obediencia le forzó,
Como vos mismo advertís.
Demás desto, no habeis hecho
Diligencia por cobrar
Aquel perdido lugar
Que tuvistes en su pecho;

Porque no faltáran medios,
Noches, puertas, cartas, rejas,
Si lo que gastais en quejas,
Gastárades en remedios.
Y ¿qué señales más grandes,
Aunque encarezcels la costa,
De que amastes por la posta,
Pues las tomais para Flandes?
Muy colérico amador
Debeis de ser.

FELIC. Él se entiende:
Y ¿quién de entender se ofende
De una mudanza el rigor?
Ni sé yo para qué es bueno
Mudarse ni hacer traicion,
Ni á los que inocentes son
Darles celoso veneno.
Mas para injustas mudanzas
Hizo el cielo las ausencias,
Por no andar en diligencias
De celos y de venganzas.—
Partid, Cárlos, bien hacels;
Dad á ese amigo en castigo
El iros; que si es amigo,
¿Qué más vengauza quereis?

FISB. (*Ap. á su amo.*) No te declares ansi.

FELIC. Todos tres nos entendemos.

ESTÉB. Señor, ya es tarde: ¿qué hacemos?

CÁRL. Dices bien, vamos de aquí.—
Dadme, señores, licencia.

AUREL. El cielo os lleve con bien.

OCTAV. Y os vuelva, Cárlos, tambien
Con salud de aquesta ausencia.
(*Vase Cárlos.*)

ELISA. ¡Ah gentilhombre!

ESTÉB. Señora.

ELISA. (*Ap. á Estéban.*)
Si hoy no fuere la partida,
Venidme á ver, por mi vida.

ESTÉB. Mi dueño dice que agora;
Mas yo le haré detener.

ELISA. Una carta os quiero dar. (*Vase Estéban.*)

ESCENA VII.

ELISA, AURELIO, FELICIANO, OCTAVIO, PAULA, FISBERTO.

PAULA. (*Ap. á su ama.*) No sabes disimular.

ELISA. Paula, quisiera, poder.

AUREL. Pensó aqueste gentilhombre
Que trato en Flandes tenia.

FELIC. Sí, señor, sí pensaria.

AUREL. ¿Cárlos decís que es su nombre?

FELIC. ¿Cárlos se llama.

AUREL. ¿Por qué?

FELIC. Sacóle el Emperador
De pila.

AUREL. ¡Extraño favor!
Pero ¿dónde y cómo fué?

OCTAV. ¿No ves que se está burlando
Feliciano?

AUREL. Yo entendí
Que era de véras. Aquí
Os podeis quedar hablando,
En tanto que voy á ver
Un caballo que he comprado.

OCTAV. Dejemos al desposado,
Padre, pues ya lo ha de ser,
Donde con menos recato
Hable un rato con su esposa.

AUREL. Bien dices, pues se desposa
Mañana, que hoy hable un rato.
(*Vanse Aurelio y Octavio.*)

ESCENA VIII.

ELISA, FELICIANO, PAULA, FISBERTO.

FISB. Señora Paula, pues ya
Nuestros dueños se han casado,
Yo quedo muy obligado,
Y vuesamerced lo está,
A que de la misma suerte
Nos queramos bien los dos.

PAULA. Estoy agora, por Dios,
Poco menos que á la muerte.
Déjame; que se me va
Cierta cosa de los ojos,
Que me ha de causar enojos.

FISB. Luego ¿leso triste está?

PAULA. ¿No le parece ocasion?

FISB. Teníala por mujer
De otra estima.

PAULA. Puede ser.

FISB. Mal gusto.

PAULA. ¿Por qué razon?

FISB. Es aquel hombre de aquellos
Que se llaman en la corte
Figuras.

PAULA. De hablar acorte:
¿En qué le parece dellos?

FISB. Todo hombre cuya persona
Tiene alguna garatusa,
O cara que no se usa,
O habla que no se entona;
Todo hombre cuyo vestido
Es flojo ó amuñecado,
Todo espetado ó mirlado,
Todo efetero (a) ó fruncido;
Todo mal cuello ó cintura,
Todo criminal bigote,
Toda bestia que anda al trote,
Es en la corte figura.

PAULA. Con malos ojos miró
Al soldado, por los suyos.

FISB. A mirarle con los tuyos,
¿Fuera galan?

PAULA. ¿Por qué no?
Eso que figura llama,
Es un mocito en efeto,
Entre bellaco y discreto,
Que de todo tiene fama.
Con la mano en el registro
Hace una guitarra hablar,
Y con la espada callar

(a) Efetero, voz formada tal vez de *efeta*, que denota tenacidad, y en tal caso querrá decir terco, testarudo.

A todo mortal ministro.
Es por lo agudo un milagro,
Y entre engañosas quimeras,
Tiene las burlas y véras
Como pernil gordo y magro.
Es poeta de donaire
Para seguidillas solas;
Danza, y con mil cabriolas
Dará de coces al aire.
Por lo que es noble yo salgo,
No hay que mirarle á los piés:
Un don Diego Ordoñez es;
Que aunque pobre, es buen hidalgo.

FISB. Hablas, Paula, con pasion;
Que este hombrecillo es un mico.

PAULA. Reportorio le suplico
Con los que difuntos son.

FISB. ¿Cómo difuntos?

PAULA. Ausentes;
Que si presente estuviera...

FISB. Le diera...

PAULA. ¿Con qué le diera?

FISB. Con este pomo en los dientes.

PAULA. ¡Pomo! ¡Jesús! ¿es de azár?

FISB. Por temer á Feliciano...

PAULA. Bueno está, baje la mano;
Que no es libro de cantar.

FISB. A Feliciano he mirado,
Y no habla con su esposa.

PAULA. Ni ella con él. ¡Brava cosa!

FISB. ¡Buen principio de casado!—
(*Ap. á su amo.*)
¿Qué es esto? Pues ¿cómo estás
Sin hablar á Elisa ansi?

FELIC. Como ella no me habla á mí,
No quiero enfadarla más.

FISB. ¿Sois los novios de Hornachuelos?
Eso es, comed, desposado.
—¿No come ella?

FELIC. Estoy turbado,
Ni sé si es amor ni celos.
Para amor, no se lo debo,
Para celos es temprano.—
Dad licencia á Feliciano, (*A Elisa.*)
Que cierto negocio llevo
Para palacio forzoso.

ELISA. Vos, mi señor, la teneis.

FELIC. Suplicoos que me mandeis,
Como á esclavo y como á esposo,
Algo en que conozca yo
Que el serlo vuestro estimais.

ELISA. Para que de mí os sirvais,
Licencia ese nombre os dió.
Id en buen hora, y creed
Que estimo tanto favor.

FELIC. Es muy propio del valor
Hacer á humildes merced.
(*Vanse Feliciano y Fisberto.*)

ESCENA IX.

ELISA, PAULA.

PAULA. Ya que Feliciano es ido,
Te quiero reñir, señora,
El haberle hablado agora
Con rostro tan desabrido.
Ya sé que nace de ver
Que Cárlos se vaya á Flandes;
Pero en desdichas tan grandes
Es el valor menester.
¿En qué piensas? Vuelve en tí.

ELISA. ¡Ay Paula! Mi bien se va.
¿Estará en las postas ya?

PAULA. Presumo, Elisa, que sí.

ELISA. Pues ¿qué haré yo, que me muero?
La vida me ha de costar.

PAULA. Bien lo puedes estorbar.

ELISA. Paula, remediarlo quiero.
Vaya en buen hora el honor,
Si es que algun remedio sabes.

PAULA. Como eso contigo acabes,
Me ha parecido el mejor
Dejar esta casa luego,
Y irte á la de alguna amiga,
Donde yo que estás le diga.

ELISA. Iba tan celoso y ciego,
Que no ha de querer volver.

PAULA. Sí hará; que te adora el hombre.

ELISA. Honor, ya por vuestro nombre
Hice cuanto pude hacer;
Perdonad, y dad licencia
A mi amor.

PAULA. ¿Adónde irás?

ELISA. De Laurencia fio más.

PAULA. Pues cerca vive Laurencia. (*Vanse.*)

Sala en casa de Laurencia.

ESCENA X.

LAURENCIA, SABINA.

LAUREN. Presto, Sabina, le hallaste.

SABI. De en cas de Aurelio salia.

LAUREN. Y ¿dijote que vendria?

SABI. Hablóle como mandaste,
Y leyendo tu papel,
Viene perdido de risa.

LAUREN. Pues baja, y ábrele aprisa.

SABI. Estéban viene con él.

LAUREN. No es Estéban de importancia.

SABI. Ellos entran.

LAUREN. Tiemblo toda.
Sillas y estrado acomoda.

ESCENA XI.

CÁRLOS, ESTÉBAN.—DICHAS.

LAUREN. ¿De camino?

CÁRL. Voy á Francia,
Y en ninguna cosa veo
Cuán desconocido estoy,
Como en que digais que soy
Cosa que apenas la creo.
¿Quién, Laurencia, os ha engañado?

LAUREN. Estoy de vuestra partida
Tan helada, que en mi vida
Me he visto en mayor cuidado.
¿Cómo ó por qué causa os vais?
¿Es por celos esta ausencia?
Que ya, sin saber Laurencia
La ciencia que profesais,
Adivina la ocasion.
CÁRL. Para con vos, lo he fingido,
Por dar pena á quien ha sido
La causa.
LAUREN. Teneis razon.
Y con saber que no os vais,
Cárlos, tan contenta quedo,
Que diera albricias.
CÁRL. No puedo
Pensar por qué me llamais
Para consultar conmigo
Vuestras bellas manos hoy.
¿Quién os ha dicho que soy
Quien buenas venturas digo,
Teniéndola yo tan mala?
LAUREN. Cárlos, no me lo negueis;
Que bien sé que lo sabeis,
Y que ninguno os iguala.
CÁRL. Estéban.
ESTÉB. Señor... (*Ap. á él.*)
CÁRL. ¿Qué es esto?
ESTÉB. ¡Qué desatinado estás,
Pues conocido no has
Lo que esta pretende en esto!
Como á Feliciano amó,
Que por Elisa la deja,
Y tú della tienes queja,
Pues que por él te dejó,
Con este achaque ha querido
Que junteis venganza y celos.
CÁRL. No han hecho animal los cielos
Tan agudo y entendido.
ESTÉB. Toma la mano á Laurencia,
Y lo que piensa adivina,
Mientras le digo á Sabina
Otro poco desta ciencia;
Que en amarla tomarás
Gran venganza de los dos.
CÁRL. Bien me aconsejas, por Dios.—
No quiero negaros más (*A Laurencia.*)
Lo que desta ciencia entiendo;
Pero ha de ser condicion
El silencio, que es razon,
Porque en extremo me ofendo
De que entiendan que adivino.
LAUREN. A todo, Cárlos, me allano.
CÁRL. Dadme, Señora, la mano.
LAUREN. Veisla aquí.
CÁRL. ¡Favor divino!
Hago la cruz y la beso.
LAUREN. Quedo, ¿la mano besais?
CÁRL. La cruz no más.
LAUREN. Bien entrais.
CÁRL. ¡Jesús! ¡qué extraño suceso!
Aquí se ve claramente
Que un hombre en extremo amais,
De quien mal pagada estais.

LAUREN. ¡Qué ingenio!
CÁRL. Es cosa evidente.
Esta raya que atraviesa,
Es que otra mujer llegó,
Y este galan os quitó.
LAUREN. Y aun pienso que á vos os posa.
CÁRL. Pesábame; pero ya
Que desta mano me asi,
La que por celos perdí,
Hoy la venganza me da.
LAUREN. ¿Qué decís?
CÁRL. Que aquí se sirve
Que vengaros intentais
Con otro hombre.
LAUREN. ¿Y vos pensais
Que si lo intento podré?
CÁRL. Ya lo estoy aquí mirando,
Y me parece que sí.
LAUREN. Miraldo en vos; porque en mí
Ya está mirado.
CÁRL. En vos, ¿cuándo?
LAUREN. Antes que os diese ocasion
Para adivinar mi gusto.
CÁRL. Que hablemos aparte es justo.
LAUREN. Hablemos.
CÁRL. (*Ap.*) ¡Brava invencion!
(*Bajan la voz.*)
ESTÉB. Y ella, señora Sabina,
¿No sabe que soy criado
Del astrólogo?
SABI. ¿Ha tomado
Algo de aquella doctrina?
Porque deseo saber
Más de mil cosas.
ESTÉB. Yo soy
Tal, que mil vueltas le doy.
Mas quiero darle á entender
Que en Valladolid habia
Un astrólogo estudioso,
Que un pronóstico famoso
Todos los años hacia.
Este tenia un criado,
Que todo al revés de aquel,
Escribia otro papel,
Y era siempre el acertado.
Murió el astrólogo en fin,
Y el criado no escribió,
Y á quien se lo preguntó,
Confesó que era un rocin,
Y que acertaba después
Que al amo contradecia;
Que alquimia y astrologia
Se han de entender al revés.
SABI. Nuestros amos, me parece
Que con gran contento están.
ESTÉB. Vengarse los dos querrán.
SABI. Así en el mundo acontece.
ESTÉB. Tambien tenemos los dos
De qué vengarnos.
SABI. Fisberto
Me deja.
ESTÉB. Vuestro concierto
Habemos visto los dos.
A mi Paula me ha dejado.

Si me quieres, aquí estoy.
SABI. ¡Ay, mi Estéban, tuya soy!
LAUREN. Cárlos, verdad te he contado.
Yo te comienzo á querer
Por venganza y por furor;
Pero acabará en amor,
Y en que seré tu mujer.
CÁRL. Cuando no fueras quien eres,
Por vengarme te adorara.
Tuyo he de ser.
LAUREN. Pues repara
En que mi honor consideres.
CÁRL. ¿Llamaron?
LAUREN. Pienso que sí.

ESCENA XII.

MAESE JUAN.—DICHOS.

MAESE. Aquí está Elisa, Señora.
CÁRL. ¡Elisa aquí!
LAUREN. ¡Elisa agora!
CÁRL. Sabe que te ofende á ti,
Y querráse disculpar.
LAUREN. ¿Qué haré? Que es fuerza esconderte.
CÁRL. Esconderme fué mi muerte;
Mas no se puede excusar.
LAUREN. Ponte detrás de ese paño.
(*Vase Maese Juan.*)
CÁRL. Amor niño, ¿qué ha de hacer?
Juega, y juega al esconder,
Cuando más descubre el daño.—
Ponte, Estéban, á este lado;
Veamos esta invencion.
ESTÉB. No es mucho, si toros son,
Que andemos siempre en tablado.
(*Escóndense Cárlos y Estéban.*)

ESCENA XIII.

ELISA, PAULA.—LAURENCIA, SABINA; CÁRLOS Y ESTÉBAN, *ocultos.*

ELISA. Porque de mi tendrás, Laurencia hermosa,
Formada justa queja, no he querido
Valerme de otra casa, ni á otra amiga
Descubrir el secreto de mi honra.
Dirás que me he casado con tu esposo,
Dirás que te he quitado á Feliciano;
Mi padre me forzó, mi humilde pecho
Por su obediencia aventuró su gusto.
Determinéme á ser hija obediente;
Verdad es que forzada obedecia,
Mas viendo que mi bien se parte á Flandes
Por no me ver casar, y tan aprisa,
Que ya queda en la posta, mis entrañas
Se han de manera enternecido, y tanto
Pudo el ver en sus ojos una lágrima,
Que loca, sin honor, sin alma vengo
A pedirte que envies quien le llame;
Que aquí en tu casa le daré la mano,
Y eternamente quedaré por suya.
LAUREN. Elisa mia, ya acordaste tarde.
Cárlos se fué; yo ví pasar las postas,
Y desde estas ventanas, admirada,
Le pregunté la causa por que hacia
Tan súbita jornada, y respondióme:
«Por no aguardar que goce Feliciano,
Laurencia amiga, el bien mayor que tuve.»
Diciendo ansí, cubrió los ojos Cárlos
De un lienzo, y con dolor picó la posta,
De suerte que pasó cual suele el rayo,
Que apenas de la vista se percibe.
ELISA. ¿Que es ido Cárlos y que Elisa vive?
¡Desventurada de mí!
¡Tan tarde á buscarle vine!
Alma loca, piés cobardes,
¿Que tan poca prisa os distes?
¿Qué obediencia fué la mia?
El alma ¿no nació libre?
Dios ¿no me dió libertad?
Pues ¿qué es lo que dije y hice?
¿Adónde hallaré mi bien?
¿Por dónde podré seguirle?
¡Cielos! Si el alma me deja,
El cuerpo ¿de qué me sirve?
¡Oh notable imposible!
¿Que es ido Cárlos y que Elisa vive?
¡Plegue á Dios que si volviere,
Donde mi padre me obligue
A obedecerle jamás,
Que antes la vida me quite!
Vé, amiga, y di que soy muerta,
Di á mi padre que me viste
Hacer pedazos: ¿qué aguardas?
PAULA. Señora, tarde te afliges;
Advierte...
ELISA. ¿Qué he de advertir?
PAULA. Mira...
ELISA. ¿Qué quieres que mire?
PAULA. Laurencia, ayúdame.
LAUREN. ¿Cómo?
ELISA. ¿Que no le he de ver? ¡Ay triste!
¿Que le dije que se fuese?
¿Que pudieron dividirse
Dos almas que junta el cielo?
¡Ah Cárlos! ¿dónde te fuiste?
¡Oh notable imposible!
¿Que es ido Cárlos y que Elisa vive?
CÁRL. (*Ap. á Estéban, donde están escondidos.*)
No puedo sufrir, Estéban,
Aunque más celos me animen,
Ni las lágrimas que llora,
Ni las palabras que dice.
Salir quiero.
ESTÉB. Tente un poco.
CÁRL. Que me tenga no es posible.
¿No ves que me está adorando?
ESTÉB. Ya que sabes que es tan firme,
Véngate, ensánchate.
CÁRL. ¡Ah, cielos,
Que se me muere aquel cisne!
¡Ay, cuán dulcemente canta!
Déjame que resucite
Aquella fénix de amor.
ELISA. ¿Cómo los cielos permiten
Que viva Elisa muriendo,
Cuando Cárlos se despide?

Pero verá el mundo agora
Que si es Piramo, soy Tisbe.
¡Oh notable imposible!
¿Que es ido Cárlos y que Elisa vive?

ESCENA XIV.

OCTAVIO, FELICIANO.—DICHOS.

OCTAV. (*Dentro.*) Mis partes has de hacer como cuñado.
LAUREN. Elisa, este es Octavio, y tu marido
Viene con él; atápate y escóndete.
ELISA. ¡Válame Dios!
LAUREN. Poncos las dos los mantos.
ELISA. Aquí detrás me escondo.
(*Entranse Elisa y Paula donde están Cárlos y Estéban.—Salen Feliciano y Octavio.*
OCTAV. ¿Por qué causa,
Laurencia, se escondieron estas damas?
LAUREN. Vienen de Atocha y por aquí se entraron;
Que vienen por tocar, y las mujeres
No quieren que las vean en bosquejo.
Mas ¿qué es la causa de que en esta casa
Tengas esta licencia, Feliciano?
FELIC. Yo, Laurencia, no pienso que tuviera
Atrevimiento de venir á verte,
Menos que por hacerte este servicio.
No cree Octavio que te tengo hablado;
Soy su cuñado y obligado amigo,
Su bien deseo, y lo será muy grande
Para los dos que con mi Elisa vivas.
Concluyamos aquesto si te agrada,
Pues de sus partes todo el mundo tiene
Tanta satisfaccion: ¿qué me respondes?
LAUREN. Que estoy casada.
FELIC. ¿Tú, ¿con quién?
LAUREN. Con Cárlos.
OCTAV. ¿Qué Cárlos?
LAUREN. ¿No conoces á quien digo?
OCTAV. El Cárlos que conozco es ido á Flandes.
FELIC. Dice muy bien Octavio, ese mancebo
Tomó la posta agora.
LAUREN. Fué fingido
Por cosas que le importan; mas lo cierto
Es que Cárlos, Octavio, es mi marido,
Yo soy mujer de Cárlos.
FELIC. ¿A quién piensas,
Laurencia que das celos con mentiras?
LAUREN. Si son mentiras lo verás mañana,
Primera monicion de nuestras bodas.
OCTAV. Feliciano, yo estoy sin seso: vamos
Donde me informe si verdad nos dice.
FELIC. Digo que es ido Cárlos por la posta.
LAUREN. Digo que está muy cerca de mí Cárlos.
OCTAV. Vamos por Dios; que yo sé dónde vive.
FELIC. Vamos, porque sosiegues; mas yo creo
(*Ap. á Octavio.*)
Que por dar pesadumbre, por dar celos,
Laurencia finge lo que no es posible.
OCTAV. ¡Ay triste yo si fuese verdad esto!
¡De qué cielo he caido á tanta pena,
Cuando más la esperanza sostenia
La vida que guardé para Laurencia!
FELIC. (*Ap.*) No voy menos picado y afligido;
Que no la quiero menos. ¡Qué venganza
Ha tomado de mí, si fuese cierto!
SABI. (*Ap. á su ama.*)
Con una piedra misma los has muerto.
(*Vanse Feliciano y Octavio.*)

ESCENA XV.

CÁRLOS, ELISA, ESTÉBAN Y PAULA, *saliendo de donde estaban ocultos;* LAURENCIA, SABINA.

CÁRL. Detente, y no seas extraña;
Que me quitaré la vida.
ELISA. Detente tú, y no me toques;
Porque daré voces.
CÁRL. Mira
Que soy tu Cárlos, mi bien.
ELISA. ¿Tú mi Cárlos?
CÁRL. Sí, mi Elisa.
ELISA. Tú mi muerte, tú mi infierno;
Que tú mi bien es mentira.
CÁRL. ¿Eres tú, Elisa del alma,
La que á buscarme venias,
Como la cierva las aguas,
De la ardiente yerba herida?
Pues ¿cómo, si me has hallado,
Huyes de mí?
ELISA. Más me incitas
Con ver que negar no puedes
El amor que me debias.
Cuando yo vengo á buscarte,
Alma, fama, honra y vida
Perdidas, ¡te hallo escondido
Adonde yo me escondia
De mi hermano y de mi esposo!
No más: hoy verás á Elisa
Casada con Feliciano.
CÁRL. Mi bien, escucha.
ELISA. No digas
Palabra; que no hay disculpa.
¡Oh qué graciosa partida!
¡Qué lindas postas á Flandes! (*Vase.*)
CÁRL. ¡Elisa, Elisa divina,
Dulce Elisa de mis ojos,
Estrella y luz de sus niñas!
ESTÉB. Fuése, no te canses más.—
Aguarda, Paula querida,
Paula, Paula de mis ojos,
Lagaña de sus orillas,
Oye.
PAULA. Váyase el picaño
Con la señora Sabina,
Pues que le escondió en su casa. (*Vase.*)
CÁRL. Dame licencia que siga
Esta cruel.
LAUREN. Oye, Cárlos.
CÁRL. Tu discrecion me permita
Que la detenga. (*Vase.*)
SABI. Oye, Estéban.
ESTÉB. Hárle el rostro una criba. (*Vase.*)
LAUREN. ¡Buenas habemos quedado!

¡Oh qué mala astrología!
Mas yo buscaré remedio;
Que quien ama y solicita,
Todo cuanto quiere alcanza.
SABI. Luego ¿ya Cárlos te pica?
LAUREN. Si te digo lo que siento,
Quien bien ama, tarde olvida.
Mi verdad es Feliciano,
Si me le dejase Elisa.

ACTO TERCERO.

Calle.

ESCENA PRIMERA.

FELICIANO, FISBERTO.

FISB. ¿Eso le dijiste?
FELIC. Sí.
Este medio imaginé,
Con que fuera le dejé
Del casamiento y del sí.
FISB. ¿En efeto le pediste
Cuatro mil ducados más?
Pues ¿cómo volviste atrás
La palabra que le diste?
FELIC. Celos de Laurencia son.
FISB. Señor, en tu honor repara.
FELIC. Más vale vergüenza en cara
Que mancilla en corazon.
FISB. No pienso que has acertado.
FELIC. ¿Por qué?
FISB. Porque estando escrito,
Es en ley de hombres delito,
Y infamia en el que es honrado.
Cuando la palabra dieras
Solamente, Feliciano,
En opinion de villano
Quedarias si la rompieras,
Cuanto más una escritura.
FELIC. Eso fué en tiempos atrás;
Que agora, ¿dónde hallarás
Fe ni palabra segura?
La firma, el prometimiento,
Son como nubes ó espumas;
Porque palabras y plumas
Dicen que las lleva el viento.
FISB. Esas plumas y palabras
No son las que á tí te obligan,
Porque estas prenden y ligan,
Cuando bien los ojos abras.
El amigo que prometa
Por palabra ó por papel
Ser á su amigo fiel
Desde una vez hasta siete,
Y no lo cumple, no importa:
El príncipe ó el señor
Que promete hacer favor,
Y en la ocasion se reporta;
Mal hace; mas es costumbre:
El juez y el escribano
Que os promete dar la mano,
Y os da después pesadumbre,
No es del honor detrimento
Que os haga prender después,
Ni es maravilla, pues es
Vara sutil, pluma al viento.
Que pretendiendo el que ama
Escriba, y diga mil cosas,
Y otras tantas fabulosas
Al mismo amante la dama,
Es negocio que se usa:
Que un sastre, que un oficial
Mienta, es cosa natural,
Porque con mentir se excusa;
Pero que habiendo firmado
Una escritura algun hombre,
En infamia de su nombre
La niegue, no es hecho honrado;
Demás de que le podrán
Por justicia convencer.
FELIC. En cosas que entra mujer
Mayor licencia nos dan;
Que hasta dar un hombre el sí
Delante de un sacerdote,
No hay quien de infame le note
Ni fuerce á cumplirlo así.
Ya sabes que es ordinario
El no hacerse un casamiento.
FISB. Que le hayas dejado siento.
FELIC. Dirán que soy hombre vario
Y fundado en interés;
Pero á lo que ves me esfuerza
Querer casarme por fuerza,
Que es muy mal hecho.
FISB. No es,
Pues dejaron el concierto
En tus manos, aunque viste
Que hallado en su casa fuiste.
FELIC. Ya estás muy necio, Fisberto.
No ha de apretar al señor
De esa manera el criado.
FISB. Gente por la calle ha entrado.
FELIC. Rebózate.
FISB. ¿No es mejor
Entrar en casa de Laurencia?
FELIC. Es tarde para visita.
FISB. Pues desta puerta te quita;
No obligues que la paciencia
De Octavio se vuelva en furia.
FELIC. ¿Qué me puede hacer Octavio?
FISB. Sentir de Elisa el agravio
Y satisfacer su injuria.

ESCENA II.

CÁRLOS Y ESTÉBAN, *en traje de noche.*—DICHOS.

ESTÉB. Mira que hay gente en la calle.
CÁRL. Arrímate por ahí.
ESTÉB. Dos hombres están aquí.
CÁRL. ¿De qué talle?
ESTÉB. De buen talle.
CÁRL. Mas ¿si fuese el desposado?
ESTÉB. ¿Quieres que le dé un paseo?

CÁRL. Ver tu buen pecho deseo.
ESTÉB. Voy.
CÁRL. Vé alerta y embozado;
Pon de manera la capa
Que no te estorbe al broquel,
Porque hay antuvion cruel,
Si ven que un hombre se escapa.
ESTÉB. Ya estoy en mortal postura.
CÁRL. Camina; que aquí te espero.
(Vase Estéban á Feliciano y Fisberto.)
FISB. *(Ap. á Feliciano.)*
Aquí viene un caballero;
Encubrirte bien procura.
FELIC. ¡Oh cómo viene arrogante!
FISB. Él parece, ó es malicia,
Espía de la justicia,
Destos que vienen delante.
ESTÉB. ¿Quién son?
FELIC. Decid vos primero
Quién sois, que lo preguntais.
ESTÉB. ¿No me ven?
FELIC. Despacio estais.
¿Quién sois?
ESTÉB. Soy un caballero.
FELIC. Pues ¿por qué os toca saber
Quién soy ó como me llamo?
ESTÉB. Porque lo manda mi amo.
(Ap. Creo que lo eché á perder.)
FELIC. *(Ap. á Fisberto.)*
Justicia es esta, camina;
Que aunque son principal gente,
El que sale impertinente
Al más cuerdo desatina.
FISB. Cierto que es tenerla en poco,
Siendo de tan alto precio,
Porque es la vara en un necio
Palo en ciego, espada en loco.
(Vanse Feliciano y Fisberto.)

ESCENA III.

CÁRLOS, ESTÉBAN.

ESTÉB. ¿Qué te parece?
CÁRL. ¿Qué has hecho?
ESTÉB. Llegué como un paladin
A estos hombres, porque en fin
Importa mostrar buen pecho,
Y dijeles: «Caballeros
(Y por mostrarme cruel
Hice sonar el broquel
Con los temidos aceros),
Yo he menester esta calle,
O matarlos á los dos.—
Tomalda, Señor, por Dios,
Dijo aquel de mejor talle,
Y dejadnos ir en paz.—
Váyanse, dije, á sus casas
Y acuéstense.»
CÁRL. El mundo abrasas.
¡Oh cuánto encubre un disfraz!
ESTÉB. ¿Qué es lo que habemos de hacer?
CÁRL. ¿No dices que has concertado
Hablar con Paula?
ESTÉB. He pensado
Que te podrán conocer.
CÁRL. No harán; que estaré escondido.
Aunque mucho mejor fuera
Que yo ser tú me fingiera,
Y hablara á Paula atrevido.
ESTÉB. ¿No podré decirle yo
Lo que tú le has de decir?
CÁRL. No lo sabrás tú sentir.
¿Abrió la ventana?
ESTÉB. Abrió.
CÁRL. Apártate, como que eres
Yo, que estoy allí arrimado.
ESTÉB. Habla como yo, embozado,
Ya que ser lo que soy quieres.
(Embázanse.)

ESCENA IV.

ELISA Y PAULA, *que salen á una ventana.—*
CARLOS Y ESTÉBAN, *en la calle, embozados.*

ELISA. ¿Aquí dijo que vendria
Estéban á hablarte agora?
PAULA. Esto me dijo, Señora,
Hoy, que le hablé á mediodia.
ELISA. Gente á nuestra puerta veo.
Que soy tú quiero fingir.
PAULA. ¿No le sabré yo decir
Lo que tú tienes deseo?
ELISA. Desviate; que ya llega.—
¿Es Estéban?
CÁRL. Y tú acaso
¿Eres Paula?
ELISA. *(Ap.)* ¡Extraño caso!
¡Oh cuánto amor puede y ciega!
En la voz he conocido
A Cárlos.
CÁRL. *(Ap.)* Elisa es esta;
Que la voz lo manifiesta,
Aunque la voz ha fingido.
ELISA. Estéban, ¿dónde ha quedado
Aquel tu dueño cruel?
Mas ¿qué pregunto por él,
Si sé dónde le has dejado?
Estará con su Laurencia.
Tú entre tanto á verme vienes.
CÁRL. ¡Buena disculpa te tienes,
Después que sabes su ausencia!
Cárlos nunca tuvo amor,
Ni aun pensamientos de amar
A Laurencia.
ELISA. Si á negar
Obliga tanto furor
Lo que se sabe que es cierto,
Lo que se ve, ¿qué será?
CÁRL. Ya que ella casada está,
Y tú quieres á Fisberto,
¿Para qué pueden ser buenos
Los celos á sangre fria?
ELISA. Ni ella lo está, ni aun querria,
Ni yo á Fisberto á lo menos;
Pero Cárlos á Laurencia
Bien sabemos que la adora.

CÁRL. ¿Cómo la adora, si agora
Emprende tan larga ausencia?
ELISA. ¡Qué! No se irá.
CÁRL. ¿Cómo no,
Si esta tarde se ha partido?
ELISA. ¿Cárlos es ido?
CÁRL. Ya es ido.
ELISA. ¿Se partió?
CÁRL. Ya se partió
ELISA. Pues ¿á qué te deja á ti?
CÁRL. A despachar lo que lleva.
ELISA. *(Ap.)* Basta; que le engaño, y prueba
Cárlos engañarme á mí.
CÁRL. *(Ap.)* ¡Qué lindo picon le he dado!
Que piensa que estoy ausente.
ELISA. *(Ap.)* Este piensa llanamente
Que su ausencia me ha picado.
Y véole desde aquí.
CÁRL. Ahora bien, ¿qué le diré?
Porque mañana me iré.
ELISA. Lo que quisieres le di;
Que yo sé que mi señora,
Viendo que quiere á Laurencia,
No solo siente su ausencia,
Pero que me dijo á mí
Que mañana se casaba.
CÁRL. ¡Fuego del cielo en Elisa!
¡Oh qué bien dice esa prisa
Con la que á Cárlos amaba!
¡Plegue al cielo que casada
Quede con tan mala estrella,
Que se haya dicho por ella
La bella malmaridada!
Plegue al cielo que su esposo
Sea siempre perseguido
De un cobarde bien nacido
Y de un bajo poderoso!
Que el bien nacido cobarde
Compra y busca algun traidor,
Y el humilde con favor
Hace mal témprano ó tarde.
¡Plegue al cielo!...
ELISA. Poco á poco;
Que es mucho, señor lacayo.
CÁRL. Soy Cárlos, soy furia y rayo,
Soy... ¿Qué soy? Basta ser loco.
ELISA. ¡Cárlos! Pues ¿no estaba ausente
Porque á Laurencia no amaba?
CÁRL. Ausente de Elisa estaba,
Puesto que estaba presente;
Que ausencia es como el olvido.
Ausente está el olvidado;
Mas tú, que me has escuchado,
Dile que mi muerte ha sido,
Dile que es fiera cruel,
Dile que es ira del cielo,
Dile que no tiene el suelo
Hoja, pluma, flor, papel
Más ligera ni mudable.
Dile...
ELISA. Paso; que soy yo.
CÁRL. Ya el alma te conoció,
Luna veloz, mar instable.
Hasta agora no tenia
Pensamiento de partirme;
Que soy hombre, que soy firme,
Y era verdad mi porfia.
Pero agora desde aquí
Pienso salir del lugar.
Pero quiérome vengar.
Oye.
ELISA. Lo que quieres di.
CÁRL. Estos tus papeles son,
Tus retratos y cabellos;
Ni yo iré con ellos, ni ellos
Conmigo en esta ocasion.
ESTÉB. Tente, Señor.
CÁRL. ¿Tú me tienes?
ESTÉB. Porque te has de arrepentir;
Que no has de poder vivir,
Si á hallarte sin ellos vienes.
Que por lo demás, no hay cosa
Más discreta que rasgallos,
Por no ver después tocallos
Una mano escrupulosa,
Que sin ver sus mocedades
Dirá que son desatinos,
Porque siempre en los vecinos
Se ven más las liviandades.
Da ese retrato al demonio;
No diga algun mentecato
Que adoras en un retrato,
Y te ponga un testimonio
En ocasion de perderte.
CÁRL. *(Ap. á Estéban.)* ¿Tienes un papel ahí?
Fingiré que los rompí.
ESTÉB. Buena industria.
CÁRL. Amor me advierte.
ESTÉB. Si á darte otra cosa vengo
Tan buena, no has de enojarte.
CÁRL. No haré.
ESTÉB. Pues escucha aparte.
Diez ó doce naipes tengo.
CÁRL. ¿Naipes?
ESTÉB. Son para encajar,
Si necesidad se ofrece.
CÁRL. Muestra.
ESTÉB. Lástima parece.
CÁRL. Estotros puede guardar.—
Elisa, hoy te dejo rota,
Hoy rompo...
ESTÉB. *(Ap. á su amo.)* Y pudiera ser,
Si fuera mala mujer,
Y rompes alguna sola.
CÁRL. Tu retrato, que es razon,
Por figura, que del alma
Te rompe ausencia y desalma,
La empresta del corazon.
Rasgo estos falsos papeles
De la manera que miras,
Para rasgar las mentiras
Que escribir y decir sueles.
Rasgo amores y locuras
Y encarecimientos vanos.
¡Ay, quién tuviera en las manos
Esas tus entrañas duras!
Mas no quiero enternecerme
Ni quiero volver á hablarte;

Partirme quiero y dejarte.
ELISA. Oye, mi bien, vuelve á verme.
Una palabra me escucha.
CÁRL. No hay palabra á quien las quiebra. (*Vase.*)
PAULA. ¡Estéban, Estéban!
ESTÉB. Cebra
Salmonada como trucha,
Quinola soy sin descarte. (*Vase.*)

ESCENA V.

ELISA Y PAULA, *en la ventana.*

PAULA. Fuéronse.
ELISA. Si no supiera
Que no es esta la primera
Que se queda y que se parte,
Perdiera el seso; mas creo
Que no se irá del lugar.
PAULA. Tanto partir y quedar
Fué siempre de amor rodeo.
Parece el cielo nublado,
Que no acaba de llover.
ELISA. Eso que pudo romper,
Me ha dado, Paula, cuidado.
Llama á ese viejo, y deciende
Con una vela á la calle,
Y porque ninguno halle
Mi letra, el papel enciende;
Que puede ser que mi hermano
O mi padre entiendan esto.
PAULA. Yo bajo á llamarle presto.
ELISA. Yo espero.
PAULA. Esperas en vano. (*Vase.*)

ESCENA VI.

ELISA, *á la ventana.*

¡Qué propio es en amor, como locantan,
Ir y quedarse, y con quedar partirse!
¡Oh cuántos pensamientos quieren irse,
Que al primer paso del partir se espantan!
Los piés con el agravio se adelantan
A la tierna piedad del despedirse;
Mas suele amor al mismo agravio asirse,
Y sentarse donde ellos se levantan.
Si amor es un colérico accidente,
No puede hacer efetos de cobarde; [diente.
Que es fuego, es ira, es furia, es rayo ar-
Mal huye quien de amor se abrasa y ar-
Que como amor se precia de valiente, [de;
Vuelve la espalda á su enemigo tarde.

ESCENA VII.

MARQUINA Y PAULA, *saliendo á la calle.*—ELISA, *en la ventana.*

MARQ. ¿No me dejaras vestir?
PAULA. ¡Qué bueno para la prisa
Que nos está dando Elisa!
MARQ. ¿Qué bestia podrá sufrir
Tan extraño madrugar?
PAULA. Si ella está ya levantada,
¿En qué os hace agravio?
MARQ. En nada.
ELISA. ¿Aun no acabais de buscar?
MARQ. ¿Quién es?
PAULA. Mi señora es,
Que está en la ventana.
MARQ. Admira
Su cuidado.
PAULA. El papel mira.
MARQ. Vesle aquí junto á tus piés.
PAULA. (*A su ama.*) ¿Rasgólos todos aquí
Cárlos cuando se partió?
ELISA. Sí.
MARQ. Naipes solo hallo yo.
PAULA. ¿Cómo?
MARQ. Naipes.
PAULA. ¿Naipes?
MARQ. Sí.
PAULA. Mira no sea el retrato,
Que está en naipe.
MARQ. La que ves,
La sota de bastos es.
Jugó, perdió y dió harato.
PAULA. Mira que el revés será.
MARQ. Por acá no hay otra cosa.
PAULA. ¿Hay industria más graciosa?
Mira si por dicha está
Entre ellos algun papel.
MARQ. La guarnicion está aquí
Del as de espadas.
PAULA. ¿Que ansí
Nos burle aqueste cruel,
Costándonos tantos lloros?—
Vuelve estas espaldas blancas.
MARQ. Vuelvo.
PAULA. ¿Es papel?
MARQ. Son las ancas...
PAULA. ¿De quién?
MARQ. Del caballo de oros.
PAULA. Brujulea aquestos dos.
MARQ. Este el dos de copas es.
PAULA. ¿Que no hay papel?
MARQ. ¿No lo ves?
PAULA. Notable enredo, por Dios.
ELISA. ¿Qué es eso, Paula?
PAULA. Ha rompido
Este amador de ventaja,
Por vengarse, una baraja.
ELISA. La baraja de Cupido
Billetes dicen que son.
PAUEA. Esta tiene, en mi conciencia,
De su majestad licencia.
ELISA. No ha sido mala invencion.
Éntrate, Paula, á acostar.
PAULA. ¿Cómo acostar, si amanece?
ELISA. ¿Es ya el dia?
MARQ. El dia y crece.
ELISA. Ansí me pienso quedar. (*Vase.*)
PAULA. (*A Marquina.*) Ya no sois más menester.
MARQ. Pues á componer me voy.
PAULA. ¿Qué teneis que escribir hoy?
MARQ. Nunca me falta que hacer.

Un villancico á un mezquino
Que no mira por su casa,
Y corrige lo que pasa
En casa de su vecino.
PAULA. No os prendan.
MARQ. La torre es alta.
Seguro estoy del papel,
Pues no le prenden á él,
Que es el que tiene la falta. (*Vanse.*)

Sala en casa de Aurelio.

ESCENA VIII.

AURELIO, OCTAVIO.

AUREL. No me consueles, porque no es posible.
OCTAV. ¿Es posible que tanto entendimiento
No pueda hallar remedio convenible?
AUREL. Ningun remedio en mis desdichas siento.
¡Que agora pida cuatro mil ducados,
Lleno todo el lugar del casamiento!
¿Estos tienes por términos honrados?
Los que miran el oro, y no la esposa,
Suelen después vivir desesperados.
OCTAV. Pienso, Señor, que de Laurencia hermosa
Debe de estar prendado Feliciano,
Y que esta ha sido treta cautelosa.
Déjale estar; que tiene de villano
Algo, que por la corte se murmura.
AUREL. Él por lo menos es hombre liviano.
¡Mal haya la sospecha mal segura
Que tuve de mi Elisa! pues por ella
Quise, Octavio, intentar tanta locura.
Casárase mejor con Cárlos ella,
Pobre en efeto, pero bien nacido,
Y que hoy presumo yo que adora en ella. (*a*)
OCTAV. Pues tú ¿qué piensas que la causa ha sido
Para irse á Flandes?
AUREL. Este casamiento
De Feliciano debe de haber sido. (*b*)
Llama á Elisa, digámosle su intento.
OCTAV. ¿Estará levantada?
AUREL. Sí; que sale
Paula vestida ya de su aposento.
OCTAV. Con el espejo entró.
AUREL. Pues entra, y dale
La nueva del deshecho trato nuestro.
OCTAV. Yo voy. (*Vase.*)
AUREL. ¿Qué pena habrá que á tanta iguale?
Si á Octavio los deseos no le muestro
Que de vengarme tengo deste agravio,
Es porque estoy en el sufrillos diestro;
Porque es mejor que no perder á Octavio.

ESCENA IX.

ELISA, OCTAVIO.—AURELIO.

ELISA. ¿Qué dices?

(*a*) (*b*) Solo la precipitacion con que Lope escribia puede disculpar el desaliño de estos tercetos, en que se emplean como consonantes la palabra *ella* tres veces seguidas, y dos la palabra *sido*.

OCTAV. Que no te casas;
Que pide otros cuatro mil
Sobre los seis.
ELISA. (*Llorando.*) ¡Hombre vil!
OCTAV. Elisa, ya en eso pasas
Del ánimo varonil.
¿Qué se te da de perder
Un hombre que más estima
El oro que tal mujer?
AUREL. Pues, Elisa, ¿ansí me anima
Tu discreto proceder?
¿Llorando vienes á verme,
Cuando tu consuelo espero?
ELISA. Si acaba de sucederme
Tanto mal, rigor tan fiero,
Que ha de acabarme y perderme,
¿Qué te espanta el sentimiento?
AUREL. ¿Piensas que te ha de faltar
Más honrado casamiento?
ELISA. El ver mi honor murmurar,
Señor, solamente siento.
¿Qué dirán todos de mí,
Sino que de un hombre fuí
Por defetos despreciada?
AUREL. No será persona honrada
Quien lo presuma de tí.
ELISA. ¿Cómo no, si estando hecho,
Y cerca de ejecutar,
Queda, como ves, deshecho?
AUREL. Contra el rigor popular
No hay defensa de provecho.
Muchos tratan de casarse,
Que no llega á ejecucion.
ELISA. Cuando es no más de tratarse,
No suele quedar razon
Para que puedan quejarse;
Mas cosa tan recebida,
Tan hecha, tan admitida
De amigos y de parientes,
¿Cómo, di, Aurelio, no sientes
Que me ha de costar la vida?
Pues bien creerás que no son
Nacidas estas razones
De tenerle yo aficion.
AUREL. Con verte triste me pones,
Elisa, en más confusion.
¿Qué puedo yo hacer en esto,
Si este mancebo se ha puesto
En tener el dote en más
Que tu virtud?
ELISA. Bien podrás
Tomar un partido honesto.
Dale deso que ha pedido
La mitad.
AUREL. No ha de querer.
ELISA. Dalo todo.
AUREL. ¿Tú has sabido
Lo que he perdido?
ELISA. El perder
¿No es hacienda?
AUREL. Hacienda ha sido.
ELISA. Pues diferente valor
Tiene el honor.
AUREL. Pues ¿qué honor

Pierdes?
ELISA. Decir que me deja
Por algun defeto.
AUREL. Es queja
De poca fuerza en rigor.
Yo no tengo ese dinero,
Si no vendo hasta la casa
En que vivo.
ELISA. En mal tan fiero,
La casa, la hacienda abrasa,
Y guarda el honor primero.
AUREL. Tiene Octavio parte aquí.
ELISA. Octavio es hombre, y por mi
Se quedará sin hacienda.
OCTAV. Digo que se empeñe y venda
Mi hacienda, Elisa, por ti.
Yo iré á buscar en la guerra
La muerte ó la vida.
ELISA. Hermano,
Tuya soy, mi rostro hierra.
OCTAV. Por casar á Feliciano,
Quedaré pobre en mi tierra;
(Ap. Que lo que yo gano aquí
Es, que si él queda casado,
Me queda Laurencia á mí.)
AUREL. Que Octavio sea soldado
Por darte remedio á ti
Es cosa puesta en razon;
Mas yo ¿con qué viviré?
ELISA. Padre, á mi honor y opinion
Ahora remedio se dé,
Pues los importantes son;
Que vos vivireis conmigo.
AUREL. Ahora bien, pues quieres darte
A quien ha usado contigo
Ese término, no es parte
Ver que á ser pobre me obligo
Para no dar tu belleza
A quien con tanta bajeza
Ha tratado tu valor,
Y hombre en fin que puso amor,
No en tí, sino en tu riqueza.
Yo digo que soy contento
De pasar lo que me queda
De vida en un aposento
Pobre, porque hacerse pueda,
Elisa, tu casamiento.
Si quien comienza á vivir,
Como Octavio, está animoso,
Yo, tan cerca de morir,
¿Por qué he de estar temeroso,
Sino esforzarme y sufrir?
Vé, Octavio, y dí á tu cuñado
Que á los seis mil, cuatro añado,
Y que diez mil le daré.
OCTAV. Yo voy.
ELISA. El cielo te dé,
Por el remedio que has dado
A mi honor, tan larga vida,
Que alcances los casamientos
De tus nietos.
AUREL. Si ofendida
De los bajos pensamientos
De quien no fuiste querida,
Me pones en tal rigor,
Que ruegues será mejor
Que abrevie el cielo mis años.
ELISA. Tú verás mis desengaños
De los engaños de amor. (*Vanse.*)

Sala en casa de Laurencia.

ESCENA X.

LAURENCIA, FELICIANO, FISBERTO, SABINA.

LAUREN. ¿Que te atrevas desa suerte
A entrar donde estoy?
FELIC. Laurencia,
¿Quién podrá hacer resistencia
A un enemigo tan fuerte?
Y yo no viniera aquí
Si no te hubiera obligado.
LAUREN. ¿Cómo, habiéndote casado?
FELIC. No me he casado por tí.
LAUREN. ¡Por mí! ¡Qué gracioso engaño!
FELIC. Engaño llamas, señora,
El venir mi amor agora
A traerte el desengaño?
LAUREN. ¿Tú desengaños á mí?
FELIC. Luego ¿pueden ser mayores?
FISB. Laurencia, porque no ignores
Que todo ha sido por tí,
Yo quiero satisfacerte.
Ya el casamiento cesó,
Y quien ayer te ofendió,
Hoy vuelve rendido á verte.
Ya queda todo acabado;
No tienes más que temer.
LAUREN. Pues ¿puédese deshacer
Jurado, escrito y firmado?
FISB. De comun consentimiento
Se deshizo.
LAUREN. Luego ¿ya
Cárlos seguro podrá
Proseguir su pensamiento?
FISB. Cárlos se fué ayer; no creo
Que le verá Elisa más.
LAUREN. ¿Cierto?
FELIC. Basta; que me das
Celos por lindo rodeo.
Cárlos es ido, ¿qué quieres?
LAUREN. ¿Que Cárlos sin verme es ido?
FELIC. ¿Fingirás que le has querido?
FISB. (*A Laurencia.*) En dia que las mujeres
Pueden vengarse de quien
Les dió celos, no hay tratar
De que sabrán perdonar,
Y más si buscarlas ven.
Laurencia, pues Feliciano
Tus celos ha satisfecho,
Vuelve su amor á tu pecho,
Y no le abrases en vano.
Deja de decir que quieres
A Cárlos ausente ya;
Háblale, pues ves que está
Rendido.

LAUREN. ¡Qué extraño eres!
Váyase á buscar á Elisa;
Déjeme estar en mi casa.
FELIC. Da celos, castiga, abrasa,
Mátame, véngate aprisa.
Pues ¡vive Dios que he de ser
Otro Cárlos, y irme á Flandes!
FISB. (*A Laurencia.*)
Háblale.
LAUREN. No me lo mandes.
FISB. ¡Qué temeraria mujer!
Mira que está reventando
Por llorar.
LAUREN. Descanse un poco.
FISB. ¿Quieres que se vuelva loco?
FELIC. Deja de estarle rogando;
No le digas más, Fisberto;
Aprestemos la jornada,
Pues queda desengañada,
Y yo de su engaño cierto.
Bien te dije yo mil veces
Que era todo falsedad
Que mujer trate verdad.
LAUREN. ¿Qué mejor trato mereces?
FELIC. Quédate, Laurencia, adios.
LAUREN. ¿Vase de veras?
FELIC. ¡Qué bien!
LAUREN. ¿A Flandes?
FELIC. ¿Pues no?
SABI. ¿Y tambien
Fisberto?
FISB. Tambien.
SABI. ¿Los dos?
FISB. Los dos, pues que tú nos dejas.
SABI. ¿No ves que es tierra muy fría?
FISB. Llevar desta se podria,
Sabina, algunas pellejas.
SABI. No, sino algunas albardas.
LAUREN. Quiero parecer mujer.
FELIC. ¿En qué, Laurencia?
LAUREN. En creer.
FELIC. Si de mi fe te acobardas,
¿En quién la tendrás?
LAUREN. ¿Que soy
Por quien has dejado á Elisa?
FELIC. Mi bien, todo es burla y risa.
Esta palabra te doy
De ser tuyo hasta la muerte.
LAUREN. Diga mal della.
FELIC. No es justo;
Que es mujer.
LAUREN. Déme este gusto.
FELIC. Pues ¿querrásme?
LAUREN. Mucho.
FELIC. Advierte:
Digo que es necia y que es fea.
LAUREN. No digas más, tuya soy. (*Abrázanse.*)
FISB. Y yo, ¿voyme ó no me voy?
SABI. ¿Cómo quiere que le crea?
FISB. Porque te quiero.
SABI. ¿Él á mí?
FISB. Pues ¿no ves que estoy mortal?
SABI. Digame de Paula mal.
FISB. ¿Querráme?
SABI. Digo que sí.
FISB. Digo que es un estropajo.
SABI. Y yo que soy tuya.
FISB. Tente;
Que siento en la sala gente.
SABI. Bien dices, hablemos bajo.

ESCENA XI.

OCTAVIO.—DICHOS.

OCTAV. Un paje tuyo que en la calle espera
Me dijo, Feliciano, que aquí estabas,
Y con licencia de Laurencia, quiero
Hablarte dos palabras.
LAUREN. Como sean
En mi presencia, yo la doy, Octavio.
OCTAV. Poco importa, Laurencia, que las sepas.
FELIC. Prosigue, Octavio, y di lo que me quieres.
OCTAV. Firmados los conciertos y escrituras
Del casamiento de mi Elisa y tuyo,
Pediste nuevamente, Feliciano,
Que á los seis mil ducados se añadiesen
Otros cuatro: mi padre, alborotado,
Se enojó de aquel término; mas viendo
Lo que pierde en perderte, y lo que gana
En ganarte, ha hecho cuenta con su ha-
cienda,
Y halla que puede darte lo que pides,
Ayudándose un poco de la mia.
Por mí te ofrece los diez mil ducados,
Y para aquesta noche tiene juntos
A todos sus amigos y parientes.
Vénte conmigo, y bésale las manos;
Que ya queda la novia componiéndose,
Y toda nuestra casa alborotada.
FELIC. ¿Qué dices desto?
LAUREN. ¿Yo? Pues ¿á qué efeto
Me pides parecer?
FELIC. Laurencia hermosa,
Estas son cosas de honra, y de tal suerte,
Que si dijese no, no pongas duda
De que nuestros linajes se perdiesen,
Y que en mi vida...
LAUREN. Paso, no prosigas.
¿Quieres decir que por diez mil ducados
No dejarás á Elisa?
FELIC. Pues ¿tú piensas
Que me mueve interés?
LAUREN. ¿Y no está claro?
FELIC. Laurencia, las mujeres, que no entienden
Lo que es palabra, que jamás la guardan,
Lo que es espada, que no ven ni ciñen,
Piensan que todo...
LAUREN. Ya lo entiendo todo.
Ya sé que es ley entre hombres la palabra.
Ya sé que con espadas se defienden.
Véte con Dios y cásate.
FELIC. Pues oye. [hora;
LAUREN. ¿Qué tengo ya que oir? Véte en buen
Que te aguarda la novia, y se resfría.
FELIC. Si pudiera excusarlo, sabe el cielo
Que tú fueras mi dueño.—Vén, Octavio.

OCTAV. (*Ap.*) Mia serás, Laurencia, aunque te pese.
(*Vanse Feliciano y Octavio.*)
FISB. Sabina, ya tú sabes que danzamos
Los criados al son de nuestros dueños.
Él vuelve á Elisa, y yo me vuelvo á Paula;
Dios sabe que me pesa.
SABI. Yo lo creo.
¡Maldiga Dios la loca que se arroja
A quereros, bellacos, socarrones!
FISB. Tienes razon; pero por vida mia,
Que os sabeis desquitar famosamente
El dia que teneis la vuestra en frente.
(*Vase.*)

ESCENA XII.

LAURENCIA, SABINA.

SABI. Feas habemos quedado.
LAUREN. Perdiendo el juicio estoy,
Pues que tal venganza doy
Despues de haberme vengado.
¡Qué mal acuerdo tomé!
¡Oh quién esto adivinara,
Y á Feliciano le hablara
Como al principio le hablé!
Somos mujeres, no hay duda:
La que más piensa que sabe,
Tiene el corazon sin llave
Y toda el alma desnuda.
Pero sobre todo siento
Que Cárlos se haya partido;
Que pienso que hubiera sido
Contracifra de su intento.
¡Oh cómo soy desdichada!
Sin remedio estoy; ¿qué haré?
SABI. ¿Que Cárlos en fin se fué
Para tan larga jornada?
Tambien yo pierdo con él
Mi poquito de venganza.
LAUREN. Ya no me queda esperanza
De poder tomarla del.

ESCENA XIII.

CÁRLOS, ESTÉBAN.—DICHAS.

CÁRL. (*Ap. á su criado.*)
Laurencia nos dirá bien
Cómo ha sido el desconcierto.
SABI. ¿Es Cárlos?
LAUREN. Cárlos es, cierto.
SABI. ¿Y Estéban tambien?
LAUREN. Tambien.
CÁRL. Dios te guarde.
LAUREN. Cárlos mio,
¿No eras partido?
CÁRL. Fingí
Partirme; ya te advertí
De mi loco desvarío.
Pero agora lo estoy más,
Porque se ha desconcertado
El casamiento tratado,
De que albricias me darás
Por Feliciano, y yo á tí
Por Elisa.
LAUREN. De tu engaño
Viene á resultar mi daño;
Que agora se van de aquí
Feliciano y su cuñado,
Tan vueltos á concertar,
Que esta noche ha de quedar...
CÁRL. No me lo digas.
LAUREN. Casado.
CÁRL. Pues ¿darle lo que pedia?
LAUREN. Es rico: en nada reparan.
CÁRL. Hoy mis esperanzas paran,
Si alguna en mi amor tenia.
Hasta perderse una cosa,
Parece que da dolor;
Pero perdida, es menor,
Porque ya el alma reposa.
No quiero hacer desatinos,
No quiero decir tampoco
Despechos de amante loco,
Y de un hombre honrado indignos.
Pues Elisa se consuela,
Quiérome yo consolar.
LAUREN. Y yo aprender á callar,
Cárlos, de tan buena escuela.
Si te consuelas de Elisa,
De Feliciano lo estoy.
CÁRL. Sus firmas al viento doy
Con mucho contento y risa.
Ya sus papeles cancelo,
Sus obligaciones rasgo.
LAUREN. Basta; que este amor es trasgo:
Ya es de fuego, ya es de hielo,
Ya está aquí, ya no está aquí,
Ya asoma por otra parte.
Cárlos, si yo quiero amarte,
¿Querrás tú quererme á mí?
CÁRL. Eso rogarte querria,
Y que esta noche embozados
Vamos á ver los casados.
LAUREN. ¿Qué mayor venganza mia?
Yo me pondré de disfraz.
CÁRL. Yo iré á tu lado tambien.
SABI. (*A Estéban.*)
Y él ¿quiere quererme bien?
ESTÉB. Es un trasgo este rapaz:
Ya conserva lo que topa,
Ya pone en mortal destierro,
Ya da con mano de hierro,
Ya da con mano de estopa.
Pero rogarte querria
Que me tuvieses amor.
SABI. (*Ap.*) Hoy me vengo de un traidor.)
Tuya soy.
ESTÉB. ¿Que tú eres mia?
CÁRL. Yo, Laurencia, estoy cansado
De sufrir competidores,
De ver amigos traidores
A mi mesa y á mi lado.
Todo es envidia y mentira,
Todo es tratar con engaño,
Quien más puede hace más daño:

Dichoso el que se retira.
Contigo lo quiero estar.
LAUREN. Y yo ser tuya, mi bien.
CÁRL. Pues yo soy tuyo tambien.
LAUREN. La mano quiero obligar.
CÁRL. Vén conmigo.
LAUREN. Voy contigo. (*Vanse los dos.*)
ESTÉB. Sabina, yo estoy cansado
De ser paje mesurado
Del señor hijo podrigo.
Yo me quiero retirar,
Dame esa mano.
SABI. Soy tuya.
ESTÉB. Para que esto se concluya
Y nos podamos casar,
Vén conmigo á ver á Paula.
SABI. ¿A quién te parezco? Di.
ESTÉB. A Oriana. ¿Y yo á tí?
SABI. Al mismo Amadís de Gaula. (*Vanse.*)

Sala en casa de Aurelio.

ESCENA XIV.

AURELIO, OCTAVIO, ELISA, *muy gallarda de novia;* MARQUINA, MÚSICOS, CRIADOS.

AUREL. Llegad las sillas.—Tú, querida Elisa,
Ocupa esta almohada. (*Siéntanse.*)
OCTAV. Ya pareces
Novia en estar turbada y vergonzosa.
AUREL. De la virtud es hija la vergüenza.
MARQ. Quien no tiene vergüenza, ¿qué bien tiene?
AUREL. Cantad alguna letra mientras viene.
MÚSICO. Es la letra de Marquina.
No sé si os ha de agradar.
MARQ. Puédela el Sofí cantar.
OCTAV. ¿Qué verso?
MARQ. Cientopesina.
AUREL. No la canteis; que no habrá
Noche en que pueda caber.
MARQ. Hachas podeis encender.

ESCENA XV.

UN PAJE.—DICHOS; *después,* FELICIANO, FISBERTO *y* GENTE.

PAJE. Aquí Feliciano está.
AUREL. ¿Viene acompañado?
PAJE. Viene
Con sus deudos.
AUREL. Entre, pues.
(*Llégase el paje á la puerta, y salen Feliciano, Fisberto y gente.*
FELIC. Dame, señor, esos piés.
AUREL. Mi pecho estos brazos tiene.
OCTAV. Aquí están tambien los mios.
FELIC. ¡Oh hermano!
OTAV. Hablad vuestra esposa.
FELIC. Dad licencia, Elisa hermosa,
A que os diga desvarios;
Que á los desposados dan
Licencia para ser necios.
ELISA. Hoy quereis ganar dos precios,
De discreto y de galan.
AUREL. Sentaos, por mi vida, aquí
Hasta que venga Lisardo.
OCTAV. Aqueste lugar os guardo.
Vos solo estais bien aquí.
FELIC. Bésoos mil veces las manos;
Que como hermano me honrais.
¿Por qué, señora, callais?
ELISA. La lengua espera á las manos;
En tomándolas diré
Lo que siento, y antes no.

ESCENA XVI.

CÁRLOS, LAURENCIA, SABINA Y ESTÉBAN; *ellas con capotillos y sombreros, y ellos embozados.*
—DICHOS.

CÁRL. (*A Estéban.*) Embózate como yo. (*a*)
LAUREN. ¡A qué buen tiempo llegué!
CÁRL. Bizarra la novia está.
LAUREN. ¿Tú no ves que me das celos?
CÁRL. No han hecho cosa los cielos
Que iguale contigo ya.
ESTÉB. ¿No ves á Paula gallarda?
SABI. ¿Quiéresme dar pesadumbre?
CÁRL. ¿Qué aguardan?
LAUREN. Lo que es costumbre:
A la bendicion se aguarda.
CÁRL. Estéban... (*Ap. á él.*)
ESTÉB. Señor...
CÁRL. Por Dios,
Que de mirarla me muero.
ESTÉB. Tente firme.
CÁRL. Considero
Qué gloria tendrán los dos.
ESTÉB. ¿Qué gloria podrán tener,
Que á dos dias no sea infierno?
CÁRL. Yo le tomara, y eterno,
Al lado de tal mujer.
ESTÉB. ¿Cuál dices?
CÁRL. El de casado.
ESTÉB. ¿Que no el de fuego?
CÁRL. Eso no,
Aunque aquí le tengo yo
En mis entrañas cifrado.
ESTÉB. Considera una mujer
A tu lado al acostar,
A tu lado al levantar,
Y al mismo lado al comer;
Luego otra noche á tu lado,
Si el pié alargas, mujer topa,
Si quieres tirar la ropa,
Mujer te gana el cuidado;
Si echas un brazo, mujer;
Si miras, á mujer miras;
En mujer das si respiras,
Y aun te sabrá responder.
Considérala tambien
Con dos mil imperfecciones,

(*a*) Era costumbre que pudiesen asistir á las bodas personas encubiertas.

Que no caben en razones
Ni en boca de hombre de bien;
Y verás que esta Diana,
Que como el sol maravilla,
Por cualquiera fregoncilla
Querrás trocarla mañana.

ESCENA XVII.

LISARDO.—Dichos.

LISAR. Goceis los novios mil años,
Mi querido hermano Aurelio,
Y ellos os gocen á vos
Con daros hermosos nietos.
AUREL. ¡Oh Lisardo! ¿viene ya
El señor dotor?
LISAR. Ya entiendo
Que se quedaba aprestando:
Levantaros podeis luego;
Que no tardará un instante.
(*Todos en pié.*)
FELIC. Mil años se hace el momento
De tocar tu hermosa mano,
Bella Elisa.
CÁRL. (*Ap.* ¡Oh fieros celos!
¿No sabrás tú hacer, Estéban, (*Ap. á él.*)
Aquí agora algun enredo
Con que no puedan casarse?
ESTÉB. ¿Cómo enredo?
CÁRL. Un fingimiento.
ESTÉB. ¿Son á propósito aquí
Unas cuchilladas?
CÁRL. ¡Bueno!
ESTÉB. ¿Con quién tengo de reñir?
CÁRL. Conmigo.
ESTÉB. ¿No eres más necio?
Pondránnos estos en paz,
Vendrán dos grifos de aquestos
Que llaman campo una sala
Y desafío un tenéos,
Llevaránnos á la cárcel,
Haránnos tanto proceso,
Y entretanto los dos novios
Cenarán diez huevos frescos,
Dormirán en seis colchones,
Y nosotros al sereno.
CÁRL. Pues llega, y dile: «Señora,
Aquí está Cárlos.»
ESTÉB. Si puedo
Yo llegaré por detrás;
Ten tú cuenta, como herrero,
Que mientras los fuelles soy,
Pongas en la fragua el hierro.
AUREL. Aquí pudieran tomarse
Las manos; que después desto,
Viniera lo que esperamos,
Y fuéranse nuestros deudos.
LISAR. Muy bien dice Aurelio.
ESTÉB. (*Ap á ella.*) Elisa,
Elisa, ¿qué digo?
ELISA. ¡Ay cielos!
ESTÉB. Quedo.
ELISA. ¿Quién es?
ESTÉB. ¿No lo ves?
ELISA. ¿Quién?
ESTÉB. Estebanico.
ELISA. ¡Oh perro!
¿Tú has osado entrar aquí?
ESTÉB. Aquel príncipe encubierto
De pluma y cintillo de oro
Es Cárlos.
ELISA. ¿Quién dices?
ESTÉB. ¡Bueno!
ELISA. ¿Cuál Cárlos?
ESTÉB. ¿Cuál? Cárlos Quinto,
Aunque más quisiera el sexto.
ELISA. Dile que de aquí se vaya,
Dile que se salga luego.
ESTÉB. (*Ap.*) Resolvióse. (*Vase á su amo.*)
CÁRL. ¿Qué hay, Estéban?
ESTÉB. Ea, que todo está hecho.
CÁRL. Besarte quiero en la cara.
ESTÉB. Ten á las barbas respeto,
Si no quieres que los dos
Parezcamos en el beso,
Tú á Ganasa y yo á Tristulo.
CÁRL. ¿Qué es lo que dice en efeto?
ESTÉB. Que te vayas y no pares
Diez leguas deste aposento.
CÁRL. Mal le hagan mis desdichas.
ESTÉB. Siempre esas albricias medro.
AUREL. Para que quede entendido,
Antes, hijos, que os casemos,
Que esta es vuestra voluntad,
El sí de los dos espero.
¿Quereis, Feliciano, á Elisa?
FELIC. Sí, señor.
AUREL. ¿Es cierto?
FELIC. Cierto.
AUREL. ¿Vos, Elisa, á Feliciano?
ELISA. No, señor.
AUREL. ¿Qué dices?
ELISA. Esto.
AUREL. Pues ¿cómo públicamente
Dices que no?
ELISA. Porque puedo.
¿Si le quiero no preguntas?
Pues digo que no le quiero;
Que hombre que en dinero mira,
Y que se vendió por precio,
Más parece bestia que hombre,
Y bestia ¿para qué es bueno?
En seis mil ducados era
Del casamiento el concierto;
Pidió otros cuatro, y si dije
Que se los dieses, Aurelio, (*a*)
Fué porque públicamente
Supiesen lo que merezco,
Y el término deste hidalgo.
FELIC. Señora...
ELISA. Calla, grosero.
AUREL. Hija, mira lo que pierdes.
ELISA. Señor, si este hidalgo pierdo,
Tú ganas diez mil ducados.

(*a*) En otras dice: «Que se los diese Aurelio.»
No es verso octosílabo, y además parece impropio que Elisa, hablando al mismo Aurelio, le nombre como si fuese un tercero.

AUREL. ¿Cómo?
ELISA. Porque esposo tengo
Que sin dineros me quiere.
OCTAV. ¿Adónde está?
ELISA. Yo le veo.
AUREL. ¿Es acaso el embozado?
ELISA. Desembozaos, caballero.
CÁRL. Cárlos soy.
ELISA. ¿Quiéresme?
CÁRL. Sí.
ELISA. La mano.
CÁRL. El alma y el pecho.
LAUREN. ¿Para aquesto me trujiste,
Cárlos?
CÁRL. Cumplo lo que debo.
FELIC. ¿Es Laurencia?
LAUREN. Soy Laurencia.
FELIC. Has venido al mejor tiempo
Del mundo. Dame esa mano.
LAUREN. Tengo dueño.
FELIC. ¿Cómo dueño?
LAUREN. ¿Quiéresme, Octavio?
OCTAV. ¿Pues no?
FISB. ¡Bueno quedas!
FELIC. Bueno quedo.
SABI. Luego ¿yo seré de Estéban?
ESTÉB. Mejor es que de Fisberto,
Porque soy de Paula yo.
AUREL. ¡Qué valor!
FISB. Famoso hecho.
FELIC. Ahora bien; seré padrino,
Ya que otra cosa no llevo.
CÁRL. *El ausente en el lugar*
Se queda en él, y contento
Da fin, y os pide perdon
De sus faltas y sus celos.



ACTO PRIMERO, ESCENA XV.

EL ACERO DE MADRID.

PERSONAS.

LISARDO, RISELO, OTAVIO, GERARDO, FLORENCIO, CABALLEROS.
BELTRAN, SALUCIO, CRIADOS.
LEONOR, ESCLAVA,
PRUDENCIO, VIEJO,
BELISA, SU HIJA.
TEODORA, TIA DE BELISA.
MARCELA, DAMA.
MÚSICOS.=CRIADOS.

La escena es en Madrid.

ACTO PRIMERO.

Calle.

ESCENA PRIMERA.

LISARDO, RISELO.

LISAR. Desde aquí la podeis ver.
RISE. Notable ha estado la iglesia.
LISAR. Este dia de la Cruz
Ponen cuidado en la fiesta.
RISE. Si viérades á Sevilla,
Lo dijérades de véras.
LISAR. Ya he sabido que ese dia
Celebran por excelencia.
Ya sale... y sale el aurora;
Que esta grada en que pasean
Es la prision de la noche
En columnas y cadenas.
Cantad, lisonjeras aves
De las jaulas de esas rejas;
Calles de Madrid, volveos
Prados y alfombras de seda.
Caballos de aquestos coches,
Como animales y fieras,
Haced regocijo al alba,
Que sale vertiendo perlas.
RISE. ¡Qué bien pintada mañana!
LISAR. Es todo amante poeta.
RISE. Pues, por Dios, que son las doce;
Que á más de las once y media

Acabaron el sermon;
Y si vuestra dama bella
Viene á ser alba á las doce,
Harto más parece siesta; (*a*)
Y si porque sale es alba,
Ya por lo menos no es fresca;
Que á las doce y tres de mayo,
Antes secará las yerbas.

LISAR. Quedo, por Dios. Esta es.

ESCENA II.

BELISA Y TEODORA, *con mantos.*—DICHOS.

TEOD. (*A Belisa.*) Lleva cordura y modestia:
Cordura en andar de espacio,
Modestia en que solo veas
La misma tierra que pisas.

BELI. Ya hago lo que me enseñas.

TEOD. ¿Cómo miraste aquel hombre?

BELI. ¿No me dijiste que viera
Solo la tierra? Pues dime:
Aquel hombre ¿no es de tierra?

TEOD. Yo la que pisas te digo.

BELI. La que piso va cubierta
De la saya y los chapines.

TEOD. ¡Qué palabras de doncella!
Por el siglo de tu madre,
Que yo le quite esas tretas.
¿Otra vez le miras?

BELI. ¡¿Yo?

TEOD. Luego ¿no le hiciste señas?

BELI. Fuí á caer, como me turbas
Con demandas y respuestas,
Y miré quién me tuviese.

RISE. Cayó: llegad á tenerla.

LISAR. (*Dando la mano á Belisa.*)
Perdone vuesamerced
El guante.

TEOD. ¡Hay cosa como esta!

BELI. Bésoos las manos, Señor,
Que si no es por vos, cayera.

LISAR. Cayera un ángel, Señora,
Y cayeran las estrellas
A quien da más lumbre el sol.

TEOD. Y yo cayera en la cuenta.—
Id, caballero, con Dios.

LISAR. El os guarde... (*Ap.* Y me defienda
De condicion tan extraña.)

TEOD. Ya caiste; irás contenta
De que te dieron la mano.

BELI. Tú lo irás de que tengas
Con que pudrirme seis dias.

TEOD. ¿A qué vuelves la cabeza?

BELI. Pues ¿no te parece que es
Advertencia muy discreta
Mirar adónde caí,
Para que otra vez no vuelva
A tropezar en lo mismo?

TEOD. ¡Ay! mala pascua te venga,
Y ¡cómo entiendo tus mañas!
¡Otra vez! ¿Y dirás que esta
No miraste al mancebito?

(*a*) *Ficata*, en otros impresos.

BELI. Es verdad.

TEOD. ¿Y lo confiesas?

BELI. Sí me dió la mano allí,
¿No quieres que lo agradezca?

TEOD. Anda; que entrarás en casa.

BELI. ¡Oh, lo que harás de quimeras!
(*Vanse las dos.*)

ESCENA III.

LISARDO, RISELO.

RISE. Ya traspusieron la calle.

LISAR. ¡Ay de mí!

RISE. ¿Quién es aquella
Arpía que la acompaña?

LISAR. Una tía, que pudiera
Ser águela de la envidia,
Porque es entre fraila y dueña,
Aguila de medio arriba,
De medio abajo culebra.
Todos mis intentos muda,
Ni hablarle ni verla deja;
Escribir es imposible:
Con más ojos que Argos vela.

ESCENA IV.

BELTRAN.—DICHOS.

BELT. Aguardé que te apartases
De aquella Circe cruel,
Para que cierto papel
A diamantes me ferinses,
Y es de balde aunque me dieras
Por cada letra un diamante.

LISAR. ¿Es burla, Beltran?

BELT. ¿Delante
De Riselo burla esperas?
Lo menos he referido.
Tal favor viene con él,
Que la funda del papel
Se vale lo que te pido.
(*Muéstrale un guante.*)
Al salir me vió Belisa;
Hízome con una estrella
Señas, tan linda, que en ella
Vieras del alba la risa.
Llegó á la pila del agua,
Fingió quererla tomar,
Y volviéndome á mirar,
(¡Mira el enredo que fragua!)
Metió un papel en un guante
Y de la cruz le colgó,
Como perdido; á quien yo
Luego me puse delante.
«Mio es,» dije á la gente
Que á tomar agua llegaba;
Y el sol, que ya caminaba,
Volvió la luz á su oriente.
Rióse de la presteza
Y gracia con que tomé
El guante.

LISAR. Muestra, y diré

Que ha igualado á su belleza
Su divina discrecion.

BELT. Pues ¿no lo agradeces más?

LISAR. A este guante deberás
Calzas, ropilla y jubon.

BELT. ¡Oh milagro soberano
Y de ningun hombre oido!
¡Que un guante hiciese un vestido,
Siendo oficio de la mano!
Y el papel, ¿qué das por él?

LISAR. Camisas por él tendrás.

BELT. ¡Oh, papel, que has hecho más
Que un molino de papel,
Y tan semejante fuiste,
Que os quedais los dos parejos,
Pues todos mis lienzos viejos
Limpios y nuevos hiciste!

LISAR. Guante, si con vos no hago
Locuras, es porque quiero
Ver este papel primero:
Perdonadme si no os pago
El ser cubierta importante
Deste precioso favor.
Pobre estaba, pues amor
Pidió limosna en tal guante.
Pero ¿qué mucho que en él
Venga el papel que me envia,
Pues allá tambien cubria
Una mano de papel?
Y pues por ella le gano,
Y de mano tanta fe,
Con justa causa diré
Que es pliego de aquella mano.

BELT. Encareces con razon
La mano por su hermosura
Y su fe, pues te asegura
Que es papel del corazon.
Lee, Señor, por tu vida.

LISAR. Leo, poniendo en mis ojos
De tanto amor los antojos,
Pues hay alma que los pida.
(*Lee.*) «Mientras duerme la envidia desta [tia,
»Y la esclavilla si despierta vela,
»Te escribo á media noche, lumbre mia;
»Y pues vivir no puedo sin cautela,
»Oye dos cosas que el amor piadoso
»Para nuestro remedio me revela.
»Yo voy fingiendo, mi querido esposo,
»Que estoy descolorida y opilada,
»Para engañar un padre tan celoso
»Y una tía tan mal intencionada.
»Busca un médico amigo que me vea,
»Y avísale de todo, si te agrada.
»Este dirá que solo quien pasea
»Con el acero aqueste mes de mayo,
»Sana de aqueste mal, porque lo crea.
»Yo fingiré tambien algun desmayo:
»Daráme los jarabes de livianas
»Cosas, aunque mi amor no teme un rayo,
»Saldré con este achaque las mañanas,
»Tal vez á Atocha, al Prado y tal al Soto;
»Que por tí juzgaré las cuestas llanas.
»Y por si aqueste veladar piloto
»De mi nave medrosa va conmigo,
»No te espantes del hábito devoto.
»Llévate al lado algun discreto amigo,
»Y dile que con ella finja amores;
»Quizá me dejará que hable contigo.
»Esto me enseña amor, que mis temores
»Vence con su poder; que amar aprisa
»No sufre espacio: si los hay mejores,
»Dime tú los remedios.—*Tu Belisa.*»
¿Qué te parece?

RISE. Que creo
Que su amor y discrecion
No tienen comparacion
Sino es su mismo deseo.
¡Lindo remedio!

LISAR. Extremado.
Pero ¿dónde habrá doctor
Que ayude á mi justo amor?

RISE. Justamente habeis dudado.
Aunque más amigo sea,
Ninguno lo querrá hacer,
Aunque le cueste el saber
El buen fin que se desea.
Es el médico el oficio
De más confianza.

BELT. Amor
Dió el medio y dará el doctor.

LISAR. ¿Tienes perdido el juicio?

BELT. Ponedme á mí, si quereis,
Un hábito doctoral:
Que yo sé que no haré mal
Lo que los dos pretendeis.
Un poco sé de latin
De los récipes, y haré
Con esto poco que sé
Que tenga salud.

LISAR. En fin,
Has de encajar tus locuras,
Beltran, en toda ocasion.

RISE. Por Dios, que tiene razon:
Amor es todo aventuras.
Entre estos encantamentos
Ejecuta un disparate.

LISAR. ¿No ves que es este un orate?
Destruirá mis pensamientos.

RISE. ¿Cómo?

LISAR. En medio de tener
Puesta en su punto la cura,
Hará la cura locura
Con que me echará á perder.

BELT. ¿Yo? ¿Pues tiene Dios criado
Disimulo como el mio?

LISAR. Dijeras mulo, y yo fio
Que lo habieras acertado.

BELT. Prueba, intenta.

RISE. No temais;
Que Beltran tendrá más seso
Viendo que importa al suceso.

LISAR. Ahora bien: los dos estais
Dese parecer; yo digo
Que sea. Vénte á vestir.—
Pero ¿quién ha de decir
Que le envia?

RISE. Algun amigo.

LISAR. ¿De quién?

RISE. Del padre.
LISAR. Eso no,
Sino amiga de Belisa,
A quien hoy la misma en misa
Su enfermedad le contó.
RISE. Vamos.
LISAR. Todas las razones
Te pienso hacer estudiar.
BELT. ¿Mas que me vengo á quedar
Con doctor de opilaciones? (*Vanse.*)

Sala en casa de Prudencio.

ESCENA V.

PRUDENCIO, OTAVIO, *de camino*; SALUCIO, *con fieltro y maleta*.

PRUD. Dadme otra vez los brazos como deudo;
Que la primera vez fué como amigo.
OTAV. Una y mil veces, mi señor Prudencio;
Que miro en vos el rostro de mi padre.
PRUD. ¿Con salud queda en fin?
OTAV. Para serviros.
—Lleva tú la maleta á la posada,
Salucio.
PRUD. ¡Qué posada! ¿Tal agravio
Quereis hacer á nuestra casa, Otavio?
¡Hola, Leonor! ¿No hay un criado en casa?

ESCENA VI.

LEONOR.—DICHOS.

LEON. ¿Qué mandas?
PRUD. Toma luego aquesa ropa,
Y llama esa muchacha y á su tia.
Di que está aquí su primo.
LEON. Muestre, amigo.
SALUC. Quien á vuestra merced da la maleta,
Le diera...
LEON. Diga.
SALUC. Toda la estafeta.
(*Vanse Leonor y Salucio.*)
OTAV. Bien me parece este lugar.
PRUD. Es cifra
De todo lo mejor que tiene España.
Danle gran majestad aquestas calles,
Y el aire saludable que las baña
Es el más importante cortesano.
OTAV. ¡Notables edificios!
PRUD. Vanse haciendo.

ESCENA VII.

TEODORA, BELISA.—PRUDENCIO, OTAVIO.

TEOD. Dadme, Señor, las manos.
OTAV. ¡Oh, Señora!
PRUD. Vuestro sobrino regalad, Teodora.—
Tu primo abraza tú.
BELI. Seais bien venido.
OTAV. Vos, mi señora, con el mismo hallada.
Por vuestro esclavo me toned, que es justo.
BELI. Por mi señor os tengo.
PRUD. Tan buen huésped
Ha de honrar esta casa muchos dias.
OTAV. Segun la voluntad con que entro en ella
Y la merced tan grande que recibo,
Ya no me pesa del temor que todos
Me pusieron en esto del despacho;
Que dicen que en la corte los que vienen
Por un mes á negocios, si salieron
De su casa mancebos y lozanos,
O se quedan en ella ó vuelven canos.

ESCENA VIII.

LEONOR.—DICHOS.

LEON. A la puerta está un doctor
Que me dice que te diga
Que le envia cierta amiga
De mi señora, Señor.
PRUD. Di que venga en hora buena.
(*Vase Leonor.*)
OTAV. ¿Doctor? ¿Hay enfermo en casa?
PRUD. No es nada; pero si pasa
Adelante, dará pena.
Belisa, de haber comido
Deste barro portugués...
BELI. (*Ap.*) Bien dice; que amor lo es,
Que mi opilacion ha sido.
PRUD. Sospecho que está opilada.
OTAV. ¡Que lástima y compasion!
PRUD. Agora es buena ocasion
De curarla.
TEOD. ¡Qué! no es nada.
Pienso que será peor
Ponerla en cura.
BELI. Si acaso
Tuvieras á cada paso
Este desmayo y dolor,
A fe que no lo dijeras.

ESCENA IX.

LEONOR, SALUCIO, *y después*, LISARDO Y BELTRAN.—PRUDENCIO, BELISA, TEODORA, OTAVIO.

LEON. El doctor entra, Señor.
PRUD. Llega otra silla, Leonor.
LISAR. (*Ap. á Beltran.*)
Mira que has de hablar de véras.
(*Sale Beltran de médico, con gorra, capa, guantes y sortijas; y Lisardo con el de acompañante.*)
BELT. Dios guarde á vuestras mercedes.
¿Qué es de la enferma?
TEOD. Aquí está.
LISAR. (*Ap.*) ¿Por dónde amor no entrará,
Lince de tantas paredes?
BELT. Doña Inés, cierta señora
A quien en misa contó
Su mal Belisa, me habló
Entrando en su casa agora;

Que tiene del mismo mal
Una niña.—El pulso venga.
BELI. Yo le aseguro que tenga
En él bastante señal;
Porque se me alborotó,
Después que entró, mucho más.
LISAR. (*Ap.*) Si tú desa suerte estás,
Gloria mia, ¿qué haré yo?
A fe que si me tomara
El pulso á mi, que él me viera
Con calentura tan fiera,
Que los dedos se abrasara.
BELT. Venga esotro pulso; que este
Ya nos dijo la verdad.
PRUD. ¿Si tendrá necesidad,
Señor doctor, que se acueste?
BELT. Sospecho que fuera bien;
Mas no es agora razon:
Presto llegara ocasion,
En que el jarabe le dén.
Cuénteme agora qué siente,
Y dígame la verdad.
BELI. Siento una gran ansiedad
De hablar y tratar con gente.
Allégome á la ventana,
Y aunque mucha gente veo,
No está allí lo que deseo,
Y quitaseme la gana.
Aquí, sobre el corazon,
Se me ponen unas cosas,
Que me quitan enfadosas
La vital respiracion.
Cuando algo quiero gozar,
Se pone en la vista mia
Una cosa como tia,
Que no me deja mirar.
Digo como tia grande
Y como viva persona,
Que me cansa y apasiona
De que no mirar me mande;
Que no siendo con intento
De ofender á Dios jamás,
Desto de *no mirarás*
No sé que haya mandamiento.
Tras esto la opilacion,
Que esto me suele causar,
Tampoco me deja hablar,
Y apriétame el corazon.
Querria hablar y no puedo;
Mas agora espero en Dios
Que tengo de hablar por vos,
Si desopilada quedo.
BELT. Aquí hay mucho que decir;
Mas no da el tiempo lugar.
Yo haré que podais hablar
Y honestamente reir.
Al subir cuesta, escalera
O otra cosa, ¿qué sentis?
BELI. Siento ahogarme.
BELT. ¿No subis
Ligera?
BELI. ¿Cómo ligera?
BELT. Ahora bien; pues vos podreis
Muy presto, y tan solo quiero
Que por agora el acero
Cuatro mañanas tomeis,
Y os salgais á pasear
Al Soto, Atocha ó al Prado;
Pero con mucho cuidado
De que el sol no os la de dar;
Porque allá Galeno dice
Que cuando acero *tometur*,
Sol in capite non detur,
Que á la cura contradice.
LISAR. (*Ap.*) ¡Maldigate Dios, amén!
Si estos supiesen latin,
Yo soy perdido.
BELT. Y en fin,
Mañana comienza bien;
Porque ayer fué oposicion,
Y dicé el dotor Laguna
Que per opposita luna
Non fiat ulla emision.
LISAR. (*Ap.*) ¿Otra locura? ¡Ay de mí!
BELT. Sin esto, desde este dia
No habrá la melancolía
De que os lamentais aquí;
Porque yo os quiero enviar
Músicos, y por agora
Esta sortija, Señora,
De grande virtud, prestar.
Pero tambien advertid
Que sin prenda no la doy,
Porque es, á fe de quien soy,
Ajena.
PRUD. ¡Jesús! Decid
Qué prenda quereis por ella.
BELT. Basta esa vuestra, Belisa.
PRUD. Quitatela, niña, aprisa.
BELI. ¿Que hay tanta virtud en ella?
OTAV. ¿Es uña de la gran bestia,
Señor dotor?
BELT. No, Señor;
Que otra halláramos mayor,
Sin dar buscarla molestia.
Esta es de cierto animal
Que á las mujeres adora,
Y esta es la causa que agora
Resulta en efeto igual.
LISAR. (*Ap.*) En esto anduvo discreto:
Bien mi sortija le dió,
Bien la suya le tomó.
BELT. Mañana salga en efeto;
Después que tome hasta media
Escudilla reposada
Del agua bien acerada,
Que desopila y remedia,
Con el ir á pasear,
Todas las opilaciones;
Que á la tarde bendiciones
Pienso que me habeis de echar.
Señor licenciado, mire (*A Lisardo.*)
Este pulso desta dama.—
Es estudiante de fama.
Llegue, pues, no se retire.
Está un poco vergonzoso,
Como es agora pasante.
(*Lisardo toma el pulso á Belisa.*

LISAR. Algo está febricitante,
Intercadente y dudoso.
(*Ap.* ¿Hay tan grande atrevimiento
Como decir bernardinas?)
BELT. A ciertas damas vecinas
Voy á ver.
LISAR. (*Ap.*) ¡Qué gloria siento!
PRUD. (*Dando dinero á Beltran.*)
Sírvase vuesamerced,
Y perdone.
BELT. No haré tal.
LISAR. (*Ap. á Beltran.*) ¿Tomástelo?
BELT. ¡Pesia tal!
Dios guarde á vuesamerced.
(*Vanse Lisardo y Beltran.*)

ESCENA X.

PRUDENCIO, TEODORA, BELISA, OTAVIO, LEONOR, SALUCIO.

PRUD. ¿Quedas algo consolada?
BELI. Hame dado gran consuelo;
Que parece que del cielo
Trajo la ciencia estudiada.
PRUD. Hágase esta noche el agua,
Teodora, por vida mia,
Porque antes que salga el dia...
BELI. (*Ap.*) ¡Qué bien mi engaño se fragua!
PRUD. Salga esta niña hácia el Prado
Con Leonor; que bastará.
TEOD. ¿Sola con Leonor irá?
Vaya con ella un criado,
Y yo iré tambien con ella.
BELI. (*Ap.*) ¡Perdida soy!
OTAV. Si quereis
Que la acompañe, tendreis
Un escudero.
PRUD. No es ella,
Otavio, tan gran señora,
Que ese escudero merezca.
Vamos adonde os ofrezca
Esta humilde casa agora;
No el aposento que os debe,
Pero el de su voluntad.
OTAV. Para darme calidad,
Vuestra misma sangre os mueve.
(*Vanse Teodora, Belisa, Prudencio y Leonor.*)

ESCENA XI.

OTAVIO, SALUCIO.

OTAV. ¡Ay, Salucio, qué mujer
Para propia!
SALUC. Si la estima
Tu amor, ponla para prima;
Que no es difícil de hacer
Al instrumento deseo;
Que una prima es consonancia
Notable.
OTAV. Si es de importancia
Ser para sacarla Orfeo,
Haré, Salucio, lo mismo.
SALUC. Poco espanto me dará;
Que cualquier amante está
A las puertas del abismo.
OTAV. De penas pierde el recelo,
Aunque en su fuego me abraso;
Que si con ella me caso,
Pienso estar á las del cielo. (*Vanse.*)

Calle.

ESCENA XII.

MARCELA, FLORENCIO.

FLOR. Que guardes esa lealtad
Es muy conforme á quien eres;
Que es honra de las mujeres
Cuando tienen voluntad:
Pero es menester que el hombre
Pague en la misma moneda;
Que si no, muy necia queda,
Y no merece otro nombre.
Porque ser leal á quien
No la ha guardado en su vida,
Es necedad conocida,
Y no vengarse tambien.
Riselo sigue su gusto;
Sigue el tuyo, y no seas loca.
MARC. No pienso mover la boca,
Aun para darle disgusto.
Del hombre la libertad
No se sujeta á opinion,
Y en la mujer es blason
De su honra la lealtad.
Por sí misma la mujer
Está á ser buena obligada,
Porque ser casta forzada
No se debe agradecer.
Cuando por vengarme ansi,
Venganza en mi honor hiciese,
¿Quién duda, si le perdiese,
Que la tomaba de mí?
Demás que no eres testigo,
Florencio, tan abonado,
Que crea yo que haya usado
Tan mal término conmigo.
Si tú de tu voluntad,
Movido de un noble celo,
Me dijeras que Riselo
No me guardaba lealtad,
Algun crédito te diera;
Mas si tú me solicitas,
Bien es razon que permitas
No darte crédito.
FLOR. Espera.
MARC. ¿Qué me puedes tú decir
Que no sea todo en razon
De tu loca pretension?
FLOR. ¿Qué has de perder por oir?
MARC. Mas ¿qué no podré perder?
Todas las que se han perdido
Fué solo de haber oido;

Porque á nacer la mujer
Sin oidos, más segura
Por vuestro mar caminara.
FLOR. Eso fuera si te hablara
En tu ingenio y hermosura;
Quiérote hablar solamente
En abono de mi honor:
Sabrás á quien tiene amor
Riselo distintamente.
Después que tiene amistad
Tan estrecha con Lisardo,
Un caballero gallardo
De su traza y de su edad,
Traen requiebros los dos
Cerca de San Sebastian:
Que allí las flechas les dan,
Aunque ninguna por Dios.
Allí ó á la Trinidad
Van dos señoras á misa,
Una que llaman Belisa,
Cuya hacienda y calidad
Hace por dicha temer
A Lisardo en esta villa,
Aunque es hidalgo, el pedilla
A su padre por mujer.
Es moza cuyo despejo,
Rostro, galas y tocado
No viene mal consultado
Cada dia con su espejo.
Sale de la iglesia haciendo
Mil cairceles con el manto;
Pisa firme, esgrime, y cuanto
Va mirando va rindiendo.
La otra dicen que es tia,
Mujer de mejor asiento,
No de aquel entendimiento
Que parece argentería.
Hay fondo y conformidad
De su prudencia y buen trato,
Con un hábito beato
Que le causa autoridad.
Mas no sé si la anasaya
(Que no sé si es estameña)
Tiene desta noble dueña
Los pensamientos á raya;
Porque la veo mirar
A Riselo atentamente,
Como á hurto de la gente,
Ya al salir y ya al entrar.
Ayer al salir de misa,
Las dos pasaron delante,
Y puso en la pila un guante
No sé á qué efeto Belisa;
Pero sé que un picaron,
Lacayo enjerto en truhan,
Que sirve al dicho galan
Ya de ventor, ya de halcon,
Le tomó disimulado,
Y á los dos se le llevó.
MARC. Aun no imaginaba yo
Que era tanto mi cuidado.
¿En eso entiende Riselo,
Y el amistad de Lisardo
Vino á parar? Ya ¿qué aguardo?
Castigue su engaño el cielo.
Al principio imaginé
Que era tu aviso ficcion;
Que una olvidada aficion
Es sospechosa en la fe,
Y es el camino ordinario
De quien ama con desden
El decir que quiere bien
A otra mujer su contrario;
Mas agora que los cielos
Me declaran la verdad,
No es ofender mi lealtad
Tener de la suya celos.
¡Oh, traidor! ¡Que por el gusto
De un amigo que acompaña,
Pague mi amorosa hazaña
Con este indigno disgusto!
Pues no ha de pasar así.
¿Sabes la casa?
FLOR. Pues ¿no?
MARC. Ven conmigo.
FLOR. Bien sé yo
Que le hallarás por allí.
MARC. Si mujer de confianza
Ha de hacer algun error,
No será interés ni amor.
Dios nos libre de venganza. (*Vanse.*)

Paseo del Prado.

ESCENA XIII.

LISARDO Y RISELO, *con capas de color, bizarros;* BELTRAN.

LISAR. ¡Oh, cómo tardan, Riselo!
¿Qué he de hacer?
RISE. Amor te valga.
LISAR. Temo que, de envidia, salga,
Deste mi sol, el del cielo.
RISE. Antes no saldrá si sabe
Que es sol y que fuera está.
BELT. Las aves le cantan ya
A Belisa en voz suave:
«Mañanicas floridas
Del mes de mayo
Recordad á mi niña,
No duerma tanto.»
LISAR. Campos de Madrid dichosos,
Si sois de sus piés pisados;
Fuentes, que por ver la huerta
Del Duque subís tan alto
El cristal de vuestros ojos,
Que asomais los blancos rayos
Por las verdes celosías,
Muros de sus verdes cuadros;
Hermosa alfombra de flores,
Donde tejiendo y pintando
Está la naturaleza
Mas há de cinco mil años;
Arroyuelos cristalinos,
Rüido sonoro y manso,
Que parece que correis,

Tonos de Juan Blas cantando,
Porque ya corriendo aprisa,
Y ya en las guijas despacio,
Parece que entrais con fugas,
Y que sois tiples y bajos;
Recordad á mi niña,
No duerma tanto.

RISE. Aves, que vais por el viento,
Ya del sol clarificado,
Sobre sus plumas tendiendo
Vuestros vistosos penachos;
Las que asomais por los nidos
Las cabezas gorjeando,
Y las que ya en altas ramas
Dais buenos dias al prado;
Trigos, que con amapolas
Y mil amarillos lazos
Sois un tapiz de verduras
Sembrado de papagayos;
Álamos verdes, á quien
Con tantas hojas y ramos
Vistió de alegre librea,
A pesar de octubre, mayo;
Para que la niña venga,
Que está esperando Lisardo,
Recordad á su tia,
No duerma tanto.

BELT. Tabernas de san Martin,
Generoso y puro santo,
Que ya poneis reposteros
Como acémilas de Baco;
Cajones, que ya os cubris
Con el pan de leche blanco;
Franceses, que pregonais
Aguardiente y letuario;
Carretones de basura,
Que vais las calles limpiando;
Roperos, que amaneceis
Con solícito cuidado,
Sin ser procesion del Córpus,
Las tiendas entapizando;
Y vosotros, aires frios,
Que dais tos y resfriado,
Romadizo y otras cosas
A los que salen sudando;
Porque despierte á la tia,
Y ella á Belisa, si acaso
Duerme descuidada agora
De que la aguarda Lisardo,
Recordad mi fregona,
No duerma tanto.

RISE. No me parece que tiene
De tu cuidado pesar.

LISAR. Terrible cosa es mirar
Aquel si viene ó no viene.

RISE. Mientras penas, como sueles,
Y ella el levantarse traza,
Vaya Beltran á la plaza
De Anton Martin por pasteles;
Que mientras que se regale
Nuestro estómago almorzando,
Estarás tú contemplando
Aquel si sale ó no sale.

LISAR. Bárbaro estás.

RISE. Libre estoy.

LISAR. Es para el entendimiento
Amor divino sustento.

RISE. Pues yo al cuerpo se le doy;
Que es lo que aprovecha y vale.

LISAR. Yo no, porque en mis deseos,
A un favor tras mil empleos,
No hay manjar que se le iguale.

BELT. Allí vienen tres mujeres.

LISAR. ¿Tres? ¿Adónde?...

BELT. En la Carrera.

LISAR. ¿Son ellas?

BELT. Aquí me espera.

LISAR. Lince en mis cuidados eres.
Mas detente; que ella viene.

BELT. Ella es sin duda, señor.

LISAR. ¿Puede haber mayor favor
De cuantos el amor tiene?

ESCENA XIV.

TEODORA, BELISA Y LEONOR, *con sombreros de plumas y las ropas levantadas al uso de Madrid, ó en chinelas con listones.*—DICHOS.

TEOD. Mientras más te voy diciendo
Que á los hombres no te allegues;
Que mires y no te ciegues,
Porque ciega el amor viendo,
Más te acercas y te allegas;
Y si en allegarte das,
Mariposilla serás,
Que marás si te ciegas.

BELI. ¡Válgame Dios, y qué extraña
Condicion que se te ha hecho!
No me ha de ser de provecho,
Si tu rigor me acompaña,
Ni el acero ni el paseo.
Ves que el doctor me mandó
Que viese gente, y que yo
Cumpliese cualquier deseo;
Ves que á mi melancolía
Es aquesto conveniente,
¡Y apártasme de la gente!

LISAR. ¡Agora sí que es de dia,
Agora sí que salió
A estos campos el aurora!

TEOD. Luego ¿dejaréte agora
Hablar con los hombres yo?

BELI. Pues ¿con quién tengo de hablar?
¿Con las bestias? ¡Discrecion!...

TEOD. Para aquesta opilacion
Te mandó el doctor andar.

BELI. Y ver gente, y hablar gente,
Y andar con gente, mejor.
¿No es esto verdad, Leonor?

LEON. Y ¡cómo si es conveniente!
Y ¡cómo si es de importancia
A tanta melancolía!

TEOD. ¡Qué buen testigo! Esta fria
Fuente, cuya consonancia
Basta para desechar
Del alma toda tristeza,
Mira, ¡y con cuánta belleza

Sube hasta querer entrar
Por ese verde aposento
Del jardin del duque, y mira
Las blancas perlas que tira,
Rota en pedazos, al viento!
¡Mira estos árboles verdes
Que le hacen toldo y dosel,
Para que debajo dél
De ningun dolor te acuerdes!
Habla con ellos; que así
La soledad perderás.

BELI. Lindos consejos me das.
Y ¿responderánme?

TEOD. Sí.

BELI. Señores árboles, yo
Muy buena intencion traia
De decir la pena mia
A quien la causa me dió.
Para aqueste desafío
Del campo, donde ya espero,
El pecho armé con acero
Para dar un filo al mio;
Mas para la impertinencia
De quien no me deja hablar,
Desde hoy más le pienso armar
Desta forzosa paciencia.
Toda la noche pasé
Esperando la mañana;
Pero fué esperanza vana,
Pues sin hablar me quedé.
Suplícoos, árboles verdes,
Que me tengais por fiel,
Y á tí, mi verde laurel,
Que de mis males te acuerdes.

LISAR. Harélo sin duda así.
Lo mismo te pido yo.

TEOD. ¿Qué es eso?

BELI. El árbol habló.

TEOD. ¿El árbol?

BELI. Señora, sí.

TEOD. ¡Hay tan notable insolencia!

BELI. ¿Esto te enfada tambien?
Los cielos, tia, me dén
Con tus enfados paciencia.

TEOD. Pues ¿piensas que no entendí
Con los árboles que hablaste?

BELI. Pues malicias sospechaste.

TEOD. Y ¿dónde hay laurel aquí?

BELI. En San Jerónimo hay tantos,
Que puedo hablarles así.

TEOD. Y ¿veslos tú desde aquí?
Cubrios luego los mantos,
Y demos la vuelta á casa;
Que ya entiendo tus maldades,
Ya sé tus enfermedades,
Ya sé todo lo que pasa.
Ya sé tus opilaciones,
Ya sé el agua de tu acero.
Decirlo á tu padre quiero:
Todas fueron invenciones.
Cúbrete presto.

BELI. ¡Eso sí!
Riñe, riñe, no repares
En que me das mil pesares:
Yo me moriré por tí.
Enciérrame con mi mal,
Máteme melancolía,
Para mí no salga el dia,
Sea todo tiempo igual.
¡Plega á Dios que antes de un mes
En otro hábito me vea
Llevar donde me desea
Tu rigor, para que estés
Contenta de ver mi vida
Donde á Dios pidiendo estás;
Que enterrada aun no dirás
Que estaré bien recogida!
Plega á Dios que crezca el mal,
Y reviente el corazon,
Y que en aquesta ocasion
Me dé una gota coral!
Plega á Dios!...

LEON. Esto has querido.
Mírala ya desmayada.

LISAR. ¿Cayó Belisa?

RISE. Alterada
Está su tia. ¿Qué ha sido?

LEON. ¿Ves aquí lo que has causado
Con tu mala condicion?

TEOD. ¿Qué le he dicho?

LEON. Que es ficcion:
Bastante ocasion le has dado.
¿Fingido debe de ser
Mal que encarece un doctor
Tan grave?—¡Ah, señor, señor!

TEOD. ¿Qué es lo que quieres hacer?

LEON. ¡Ah, señores! ¿tiene alguno
Sortija de corazon?

TEOD. Esta es mejor invencion.

LISAR. (*Ap.* No más temor importuno.)
¿Qué es esto, señoras mias?

LEON. Desmayóse esta señora.

LISAR. ¿Aquí en este punto?

LEON. Agora.
Tocad sus manos.

LISAR. ¡Qué frias!

TEOD. ¿Por qué las ha de tocar?

LEON. Porque con la alteracion
Se sosiegue el corazon.

LISAR. (*Ap.* ¡Hay más bien que desear!)
Pondréle aquesta sortija
Al dedo.

BELT. (*Ap.*) Basta; que en paz
Amor con este disfraz
Viene á jugar la sortija.

LISAR. ¿Hay en qué poder traer
Agua de la fuente?

LEON. Sí;
Que un búcaro trae aquí.
(*Sácale de la manga un barro.*)

RISE. Deso debe de nacer
Todo el mal que la atormenta.—
Parte á la fuente, Beltran.
(*Vase Beltran.*)

ESCENA XV.

LISARDO, TEODORA, RISELO, LEONOR; BELISA, *desmayada.*

LISAR. Mientras por el agua van,
Para que el dolor no sienta,
Quiero decirle al oido
Unas palabras notables. (*Háblale al oido.*)
TEOD. Sí, sí; como tú las hables,
Ella cobrará el sentido.
RISE. Puso Dios virtud, señora,
En las piedras, cuanto más
En las palabras.
TEOD. Jamás
Pensó ver esto Teodora.
¡Hay insolencia fundada
En tanta fuerza y razon!
BELI. (*Despierta.*) ¡Qué dulce consolacion!
RISE. ¿Habló?
TEOD. Sí, después de hablada.
BELI. Parece que una abejita,
Cuyo tierno pico adoro,
Con un susurro sonoro,
Que todos mis males quita,
Un panal de miel sabrosa
En el oido me hacia.
TEOD. ¿Abeja? Alano seria,
Traidora, en tu oreja ociosa.
¡Hay desvergüenza como esta!
LISAR. Sentáos con ella, Señora;
Que no es bien que suba agora
Ese pedazo de cuesta.
Sentáos vos, señor Riselo,
Junto á ella, y yo estaré
Junto á esta dama, porqué
(Que no lo permita el cielo)
Si se desmayare, pueda
Volverle á hablar al oido.
TEOD. Esto, Belisa, has querido.
¡Que buena tu honra queda!
BELI. Calle, tía de mis ojos;
(*Siéntanse los cuatro.*)
Que el doctor manda que vea
Gente.
TEOD. Y ¿manda que esta sea?
(*Comienza Riselo á entretener la tia, y Lisardo y Belisa hablan al oido.*)
RISE. No reciba deso enojos
Vuestra merced: oiga acá.
TEOD. ¿Qué quiere vuesamerced?
RISE. Quiero que me haga merced
De escucharme.
TEOD. Acabe ya.
RISE. Ese monjil de estameña,
Hábito beato y grave;
Ese donaire suave,
Qué hará manteca una peña;
Esa dulce gravedad,
Ese claro entendimiento,
Ese honroso fundamento
De virtud y honestidad;
Esos ojos regalados,
Tan estrellas de mi empleo,
Que cuando ayuna el deseo,
Se los da amor estrellados;
Esa boca ilustre y bella,
Coral, sangre y pura rosa,
Que jamás ha hablado cosa
Que no la echase por ella;
Esa nariz rubicunda,
Que por única nariz
Merece hacerle un telliz
Que le sirviese de funda;
Esa bien puesta garganta,
Donde desa toca el punto
Tiene el amor todo junto
Con la argolla á la garganta;
Esos pechos, á quien paga
Pechos amor, cuando juega
Del vocablo, y con que ciega,
Tira, prende, mata y llaga,
Me tienen muerto de amor.
TEOD. ¡Jesús! No pase adelante.
¿Cómo á mujer semejante
Habla en amores, Señor?
Levantaréme. ¡Ay Dios mio!
¿Es esto lo que hoy recé?
RISE. Deténgase y le diré
Que tiene un gallardo brio.
TEOD. El hábito ¿no le espanta?
¿No mira que está bendito?
RISE. Terrible es el sobrescrito;
Mas siempre el amor levanta
De las cartas la cubierta,
Donde está la cortesía.
Yo la adoro, fraila mia,
Por la parte descubierta.
TEOD. ¡Qué notable tentacion!
¡Ay! qué mal hombre que está!
Dios le alumbre. Hágase allá.
RISE. Los de amor preñados son.
Bien dice: con bien me alumbre.
Sepa que me da un antojo.
TEOD. Por su vida, que me enojo.
RISE. ¿Esto le da pesadumbre?

ESCENA XVI.

BELTRAN, *con el búcaro de agua.*—DICHOS.

BELT. Aquí viene el agua.
LEON. Calla,
Y siéntate junto á mí. (*Siéntase Beltran.*)
BELT. Luego ¿derrámola?
LEON. Sí:
Que ya se dan la batalla
Dos á dos.
BELT. ¿Y la braveza
De la tía?
LEON. Ya cesó.
BELT. Y ¿cómo estamos tú y yo?
LEON. ¡A fe que es él buena pieza!
¿Parécele, diga, bien
Como habló con Catalina?
BELT. Habléle por tu vecina,
Y por tu amiga tambien.

LEON. Que no quiero esa amistad.
(*Vuelve la tia la cabeza, y ve abrazarse á Lisardo y Belisa.*)
TEOD. ¿Qué es eso? ¡Oh qué lindo ensayo!
LISAR. Apuntábale el desmayo,
Y túvela.
TEOD. ¡Qué piedad!
RISE. Dejaldos hablar; que son
Mozos, y bien podria ser
Fuesen marido y mujer.
TEOD. Ya entiendo la opilacion.
LEON. ¡Maldito seas! ¡Qué bien
Ser doctor fingiste allí.
BELT. ¿Parecite bien ansí?
LEON. Y desta suerte tambien.
BELT. Sábete que sé curar.
LEON. ¿Cómo?
BELT. He curado un cuartago
Que, después del de Santiago,
Con que le suelen pintar,
No tiene bestia Madrid,
Aunque no las tiene malas,
Como él; fáltanle unas alas.
TEOD. Si sois libre me decid.
RISE. ¿Tan encogido os parezco?
TEOD. No digo, sino si acaso
No sois casado.
RISE. Aunque caso,
Jamás casarme merezco.
Si yo hallase una mujer
De gobierno como vos...
TEOD. Eso encomendaldo á Dios,
Porque Dios lo puede hacer.
RISE. (*Ap.*) Sal quiere este huevo.
BELI. (*Ap. á Lisardo.*) El sol
Entra furioso, mi bien;
Y porque dure tambien,
Y no haya algun arrebol,
Es menester dar lugar
A la razon: véte agora,
Y habla primero á Teodora.
LISAR. Bien le ha sabido el hablar.
Riselo, vamos de aquí;
Que es muy tarde.
RISE. Adios, mi gloria.
(*Levántanse.*)
TEOD. (*Ap. á Riselo.*) Y ¿tendrá de mí memoria?
RISE. Hasta olvidarme de mí.
TEOD. No habrá salido del Prado,
Cuando todo se le olvide.
RISE. Mal vuestro descuido mide
Los lejos de mi cuidado.
TEOD. Véngame siguiendo agora,
Y nuestra casa sabrá.
LISAR. (*Ap. á Riselo.*) ¿Qué hay de Teodora?
RISE. Que está
Como un mazapan Teodora.
TEOD. Vén, muchacha, por aquí.
BELI. ¿Vas enfadada?
TEOD. ¿De qué?
RISE. (*Ap. á Lisardo.*) Lindamente la engañé.
LISAR. ¡Amor, vitoria! Vencí.

ACTO SEGUNDO.

Sala en casa de Prudencio.

ESCENA PRIMERA.

OTAVIO, SALUCIO.

OTAV. Un hombre determinado
Es incapaz de consejo.
SALUC. Yo, Señor, no te aconsejo.
OTAV. Ni es oficio de criado:
Eso ha de hacer el amigo,
El superior y el que es viejo.
SALUC. No es querer darte consejo
Hablar de tu bien contigo.
Tu prima es bella mujer,
Y en sangre la misma tuya.
OTAV. Si la diferencia es suya,
¿Qué puede Otavio perder?
SALUC. No me ha parecido á mí
Que vive en la honestidad
De mujer de calidad,
Ni que nació para tí.
OTAV. ¿Cuánto va, que has de obligarme
A hacer algun desatino?
SALUC. Ya del tuyo lo imagino.
Quiero dejarte y guardarme.
OTAV. Pues ¿cuál hombre hablar osara
En un ángel?...
SALUC. Tiene piés
En que descubre lo que es.
OTAV. En lo que dices repara.
SALUC. Digo que aqueste salir
Cada mañana, me enfada.
OTAV. A mí, Salucio, me agrada
Verla del campo venir
Cual rosa de Alejandría:
Tales colores sacó
Luego que el alba rompió
La prision en que vivia.
¡Oh! ¿cuál lirio aljofarado
Puede el rocío dejar,
Como ella suele mostrar
El rostro en sudor bañado?
¿Hay cosa como el despejo
Del sombrerillo y el manto?
SALUC. Nunca la he mirado tanto.
OTAV. Yo sí; que el alma le dejo
Cada vez (y á tener, mil)
En los cabellos revueltos,
Que, ya atados, y ya sueltos,
Adorna un velo sutil.
Pues en viendo la chinela,
De listones enlazada,
De su pié reja dorada,
Donde estando preso vuela,
No hay tan cuerdo entendimiento
Que no trajese después
Todo el seso en tales piés.
SALUC. Ya por el tuyo lo siento.
Mas si tanta bizarría

Y ese volver desde el Prado
Cual lirio en perlas bañado
Y rosa de Alejandría,
No vienen con ocasion
De la enfermedad que dice,
¿Que importa que la matice
El pincel de tu aficion?

OTAV. Necio, en volviendo de andar,
¿No ha de venir encendida?

SALUC. Nunca está descolorida
Ni la veo desmayar,
Sino es cuando hablar le quieres;
Que pienso que tu aficion
Es toda su opilacion.

OTAV. Maliciosa bestia eres.

SALUC. Si yo veo la beata,
La de la manga y rosario,
La del pardo escapulario
Y la Concepcion de plata,
Que la culpaba y reñia,
Después que sale, contenta,
¿Qué quieres, Señor, que sienta?

OTAV. ¿Cómo, Salucio? ¡En su tia
Osas tú poner la boca!
¡En una santa!

SALUC. No sé
Si es santa.

OTAV. ¡Cuán bien se ve
Que el demonio te provoca!
Doliame el otro dia
La cabeza; y solamente
Bendecirme, de repente
Me quitó el mal que tenia.
Y ¡osas hablar!...

SALUC. Pues á mi
La otra noche me bendijo,
Y ciertas cosas me dijo
Rezando, que no entendí;
Y doliéndome de vicio
Una mucla, tal anduve
De todas juntas, que estuve
Para perder el juicio.

OTAV. Ese es milagro.

SALUC. Sin duda,
De los que Maloma hacia;
Pues lo que en una dolia,
A todas juntas lo muda.

OTAV. Antes porque te faltó
La fé, quiso castigarte,
Y aquel dolor aumentarte,
Que de una en todas te dió.
Y toma resolucion
De no hablar en esto mal;
Que es mujer muy principal,
Y en fin mis parientas son.
Fuera de que por mujer
Quiero pedir á Belisa.

SALUC. ¿Tan aprisa?

OTAV. Tan aprisa.

SALUC. No te quiero responder.

ESCENA II.

BELTRAN, *de médico.*—DICHOS.

BELT. (*Dentro.*) Dios sea en aquesta casa.

OTAV. El doctor.

SALUC. El bellacon.

OTAV. ¿Qué dices?

SALUC. Que todos son
De una pasta y una masa. (*Sale Beltran.*)

BELT. ¿No está, Señor, levantada
Esa niña?

OTAV. Poco habrá
Que vino del campo.

BELT. Ya
Andará más descansada.

OTAV. Provecho le van haciendo
Los jarabes.

BELT. Es gran cosa;
Aquella hinchazon acuosa
Va gastando y deshaciendo.
Dale la vida ver gente.

OTAV. Yo, mi señor, no he dormido
Esta noche.

BELT. ¿Qué ha tenido?

OTAV. Cierto enfadoso accidente.

BELT. El pulso, por vida mia,
Que no está muy sosegado;
Mas esto más se ha causado
De pura melancolía
Del alma y del pensamiento
Que de corporal pasion.
Algo parece aficion.

OTAV. (*Ap.*) ¡Qué divino entendimiento!

BELT. (*Ap.* Este majadero muero
Por Belisa, y nos persigue.)
Quien algun deseo sigue,
Más poco á poco le espere;
Que del alma las pasiones
Se suelen comunicar,
Y dellas causas tomar
Las exteriores acciones.
Así lo dijo Avicena:
Quando anima contristatur,
Corpus maxime gravatur;
Y importa dejar la pena.

OTAV. (*Ap.*) Tiene un ingenio divino.

BELT. Haga que cuezan romero,
Ruda y tomillo salsero
En media azumbre de vino,
Y átenselo en un tobillo;
Que podrá dormir mejor.

SALUC. Tambien yo tengo, Señor,
Cierto mal: ¿podré decillo?

BELT. Podeis.

SALUC. Siento aquestos dias,
Después que en Madrid estoy,
Un descontento, que doy
En grandes melancolías.
Nada me parece bien;
Todos me son importunos.

BELT. ¿Teneis dineros?

SALUC. Ningunos.

BELT. Pues procurad que os los dén.

Vos sois hombre mal contento,
Y aun algo murmurador.

OTAV. (*Ap.*) Este ¿es demonio, ó doctor?

ESCENA III.

TEODORA; BELISA, *como que se levanta.*—DICHOS.

BELI. Más aliviada me siento,

TEOD. Aquí está el doctor.

BELI. ¡Señor!...

BELT. ¡Jesús, niña, y cómo estás
Hoy á mi gusto! No hay más.
¡Famoso talle y color!
Dame ese pulso. Excelente.
Muestra esa mano.

BELI. ¿Qué haces?

BELT. Una higa, y que me abraces.
(*Hace una higa con la mano de Belisa.*)
Aun no hay señal de accidente.

BELI. ¿A quién la tengo de dar?

BELT. Désela al señor Otavio.

BELI. ¿De gentilhombre?

OTAV. Es agravio
Que os hacéis: haced sacar
Un espejo, y esa cara
Mirad, y dádsela á ella,
Porque á una cosa tan bella
Su mismo amor la matara.

BELT. Hoy ¿dónde has andado?

BELI. Fuí
Hasta la Casa del Campo,
En cuyas flores me estampo,
Y un hora me duermo allí.
Parecióme que soñaba,
Al son de una fuente pura,
Que un ángel en hermosura,
Talle y discrecion me hablaba;
Que mil cosas me decia,
Jurando tenerme amor,
Y por Dios, señor doctor,
Que el alma me enternecia.
Quiso abrazarme tambien,
Y desperté.

BELT. Aquel jarabe,
Como es tan blando y suave,
Alegra la sangre bien.

BELI. Después que tomo el acero
Y me salgo á pasear,
No siento ya aquel pesar
De no gozar lo que quiero.
Hállome muy aliviada
De aquella melancolía;
Que ya mi señora tia
No es mal acondicionada.
Ya no riñe su merced.

TEOD. Y yo ¿cuándo te reñí?

BELI. En otro tiempo la ví
Hacerme menos merced.

TEOD. Tú, sobrina, ya has dejado,
Andando, tu opilacion,
Y yo en la misma razon
La tengo de haber andado.
Debióseme de pegar;
Y como opilada estoy,
A nadie, á fe de quien soy,
Pienso reñir ni culpar.

BELT. ¡Qué buena cosa seria
Que tu mal se le pegase!

BELI. Dios quiere que el mal se pase
A vuesté, señora tia,
Porque sepa lo que son
Aquestas opilaciones.

BELT. Yo le haré en breves razones
Que pierda la opilacion.
¿Hay un criado?

SALUC. Aquí estoy.

BELT. Vaya á la botica luego
Por un manojo de espliego.

SALUC. Digo que volando voy. (*Vase.*)

TEOD. Pues ¿qué es lo que quiere hacer?

BELT. El efeto lo dirá.
Vuesamerced nos dará (*A Otavio.*)
Lugar, y podrá volver
Dentro de un instante aquí.

OTAV. ¡Jesús! Señor, yo me voy. (*Vase.*)

ESCENA IV.

BELISA, TEODORA, BELTRAN.

BELT. ¿Fuése?

TEOD. Sí.

BELT. (*Ap. á Teodora.*)
¿Sabes quién soy?

TEOD. Desde ayer te conocí.
Ya sé quién eres, Beltran;
Ya sé todo el fingimiento,
Y que eres el instrumento
Del amor deste galan.
Y pues ha querido el cielo
Castigar mi gravedad
Y aquella severidad,
Con adorar á Riselo,
Haz buen oficio con él.
Dile que mire que soy
Mujer noble, y que le doy
Palabra de ser fiel;
Y aunque no sientas de mí
Los méritos que él merece,
Mi persona le encarece.

BELT. Harélo, Teodora, así.
Arrima la hipocresía
Y la parda beatitud,
Porque en tanta juventud
Más fuerte sangre se cría.
Traza que estos dos pichones
Hagan su nido en tu casa;
Que si su padre los casa,
Tu vida en remedio pones.
Gozarás de un caballero
Como Riselo, tan grave,
Tan dulce, honesto y suave.

TEOD. Sabe Dios lo que le quiero.

BELI. Tia, como ella solia
Reñirme, puedo yo agora
Reñirle. ¿No ve, Señora,

Que es alma tambien la mia,
Y que tengo yo que hablar
Con Beltran?

TEOD. Tienes razon.
Es nueva mi opilacion,
Y tengo más que curar.

BELI. Dile, Beltran, á Lisardo...

TEOD. Calla; que tu padre viene.

ESCENA V.

PRUDENCIO, OTAVIO.—DICHOS.

PRUD. ¿La misma enfermedad tiene?
Otra pesadumbre aguardo.

OTAV. Así lo dijo el doctor.

BELT. Muestra el pulso.

PRUD. ¿Qué tenemos?

BELI. Anda este mal por extremos.

PRUD. Por Dios, que temo, Señor,
Que ha de darme á mí tambien.

BELT. Estará muy presto buena;
No hay que tener desto pena:
Esto que digo le dén,
Y adios; que tengo una junta. (*Vase.*)

ESCENA VI.

PRUDENCIO, TEODORA, BELISA, OTAVIO; *después*, LEONOR.

PRUD. Con lo que se quita el mal
¿Te ha dado á tí?

TEOD. Sí es igual
La sangre, hermano, y se junta,
¿Qué mucho que me haya dado
De andar con ella? (*Sale Leonor.*)

LEON. Aquí están
Los músicos.

TEOD. ¿Entrarán?

PRUD. A muy buen tiempo han llegado.

ESCENA VII.

MÚSICOS.—DICHOS.

UN MÚSICO. Hoy el doctor nos mandó
Alegrar esta señora.

PRUD. Más lo ha menester Teodora.

MÚSICO. ¿Cómo?

PRUD. El mal se le pegó.
(*Ap.* Enfadado, y con razon,
Estoy de mi hermana. Hoy quedo
Sospechoso: esto es enredo.)

MÚSICO. Escuchad esta cancion.
(*Cantan.*) *Niña del color quebrado,*
O tienes amor ó comes barro,
Niña que, al salir el alba
Dorando los verdes prados,
Esmaltan el de Madrid
De jazmines tus piés blancos;
Tú, que vives sin color,
Y no vives sin cuidado,
O tienes amor ó comes barro.
Que salgas tan de mañana
Con tal cuidado, me espanto;
Estoy por decir, por tí:
Eso que comes no es barro.
Pues madrugas y no duermes,
Y andas por mayo en el campo,
O tienes amor ó comes barro.

PRUD. (*Ap.*) ¡Jan
¡Oh cuánto á un hombre avisan y aconse-
Las canciones suaves y poesías,
Para enseñar los hombres inventadas!
No en valde se inventaron las comedias,
Primero en Grecia que en Italia y Roma.
Allí se ven ejemplos y consejos,
Porque son de la vida los espejos.
Ya puede ser que esta muchacha mia
Estuviese opilada de deseos;
Que no están ya los tiempos de manera
Que puedan descuidarse con las hijas
Los padres que profesan honra y fama.
Ya fué otro tiempo, que con años treinta
Llamaban niña una mujer, y andaba
Jugando con los mozos en cabello.
Mas hoy, por los pecados de los hombres,
Cierta señal de que se acaba el mundo,
De diez años aspira á casamiento,
A trece es madre, y á veintiuno abuela.
Yo quiero, con ejemplo destos músicos,
Casar mi hija, que es el mejor medio
Para desopilalla; y á fe mia,
Que no ha venido Otavio, si él la quiere,
A mal tiempo.

OTAV. ¿Qué estás contigo hablando?

PRUD. (*Ap á Otavio.*)
Decia, Otavio, yo que los poetas
Nos están avisando por momentos
El modo de vivir á lo seguro,
Que entre aquella dulzura de la música
Nos dan mil aforismos y sentencias.
Danme deseos de casar mi hija.

OTAV. ¡Ojalá que tuvieras tal propósito!
Que una dispensacion poco costara.

PRUD. ¿Hablas de véras?

OTAV. Tan de véras hablo,
Que después que la ví...

PRUD. Basta, no digas
Otra palabra ya: Belisa es tuya.
Tu padre soy, bien puedo yo casarte.

OTAV. No lo es tanto, Señor, tu hermano.

PRUD. Mira
Cuando quieres que hablemos más de es-
[pacio;
Que están aquestos músicos presentes
Y ella tambien: no quiero que lo entienda.

OTAV. Esta tarde podremos hablar solos.

PRUD. A Atocha nos iremos paseando.
Véte agora; que quiero que Teodora
Sepa su voluntad (*a*).

OTAV. Llevarme quiero
Los músicos.—Señores, yo querria
Oirlos con espacio en mi aposento.

UN MÚSICO. Vamos donde mandáredes.—Señora,
Adios.

(*a*) La de Elisa.

BELI. El cielo os guarde.

OTAV. Adios, Teodora.
(*Vanse Otavio, los músicos y Leonor.*)

ESCENA VIII.

PRUDENCIO, TEODORA, BELISA.

TEOD. ¿Por qué se va nuestro sobrino?

PRUD. Creo
Que se le pegan ya vuestras tristezas:
Es toda aquesta casa opilaciones.
Mas oye, hermana, así te guarde el cielo.
(*Hablan aparte.*)

TEOD. ¿Es por ventura que casar intentas
Esta muchacha?

PRUD. ¿Lo que dije oiste?

TEOD. En verte hablar á solas con Otavio,
Presumí que tratabas de casarla.

PRUD. No quiero más de que su intento sepas.

TEOD. No teniendo salud, ¿quieres casarla?
Pregúntalo al doctor, sabe primero
Si será bien.

PRUD. Casarla es buen acero.
Dile que yo la caso con Otavio.

TEOD. Yo lo haré así.

PRUD. Yo sé que no la agravio.
(*Vase.*)

ESCENA IX.

TEODORA, BELISA.

TEOD. ¡Grande mal, gran desventura!

BELI. ¿Cásame mi padre?

TEOD. Sí.

BELI. Todo lo que dijo oí.
Tia, mi muerte procura;
Tia, daréme la muerte.
Tia, si me tiene amor,
Si sabe que este dolor
Es tan penetrable y fuerte;
Si ya ha visto de experiencia
Lo que saber no solia,
Mire que he de perder, tia,
La vida con la paciencia.
Mire que Lisardo es ya
Mi honor, mi vida, mi ser.

TEOD. Belisa, no es menester,
Cuando de por medio está
Todo mi bien en Riselo,
Más de mi propio interés.
Antes que á Otavio le dés
La mano, permita el cielo...

BELI. No lo jures: no se enoje,
Y nos venga un mal suceso.

TEOD. Perderé, sobrina, el seso.
Haz que luego se te antoje
Ir al campo, al Prado, al Soto,
Finge mil melancolías,
Pasa las noches y dias
En temerario alboroto.
Yo me declaro, sobrina.
¡Vivan Lisardo y Riselo!—
¡Leonor!

ESCENA X.

LEONOR.—DICHAS.

LEON. Señora...

TEOD. ¿Dirélo?

BELI. Traza, ordena y imagina
Lo que quisieres de mí.

TEOD. Quiero escribir un papel
A Riselo, porque en él
Sepa cuanto piensa aquí
Prudencio, y porque mañana
Con Lisardo esté en el Prado,
Donde quede concertado
Dar con la esperanza vana
De aqueste Otavio en el suelo,
Aunque tenga más poder;
Que tú serás su mujer,
Como me quiera Riselo.

BELI. Y ¡cómo si te querrá!
Déjame besar tus piés.

TEOD. Este es mi propio interés.
Leonor á llevarle irá;
Que si no lo entiendo mal,
No quiere mal al doctor.

BELI. Tambien es mujer Leonor,
Y Leonor quiere á su igual.
Vé y escribe, por tu vida; (*a*)
Mi desdicha le encarece.

TEOD. Voy. (*Vase.*)

ESCENA XI.

BELISA, LEONOR.

BELI. Leonor, ¿qué te parece
Desta hipócrita fingida?

LEON. Que, aunque te dió pesadumbres
Mientras no supo querer,
Has de tener bien que hacer
En enmendar sus costumbres.

BELI. Tuvo al principio templanza,
Pero en fin vino á caer;
Que al son de amor no hay mujer
Que no haga una mudanza. (*Vase.*)

Calle.

ESCENA XII.

LISARDO, RISELO.

RISE. Anda desesperada, y justamente,
Con estos celos que le doy, Marcela.

LISAR. ¿De quién lo sabe?

RISE. De la misma gente.
La fama es ave y por los aires vuela.

LISAR. Desdicha ha sido.

(*a*) «Vén y escribe,» en otras ediciones: es errata visible.

RISE. Y grande inconveniente
Para seguir la empresa que os desvela;
Porque por vos cualquiera cosa haria,
Hasta perder la misma sangre mia;
Mas á Marcela, vive Dios, Lisardo, [ble.
Que aunque quiera, no puedo ni es posi-
Ando con vos de visitarla tardo,
Y por venganza, que es mujer terrible,
A un marquesote, á un mocetон gallardo
Ha dado franca entrada su imposible
En casa, donde al sol que la pasea
Puso el honor dragones de Medea.
Mandadme acometer cien escuadrones,
Mandadme detener los altos vuelos
De las aves, que tocan los balcones
De la luna, y se estrellan en los cielos;
Y no sufrir en estas ocasiones
De Marcela rigor, de un hombre celos;
Que servir á Teodora sin mi gusto,
Por el vuestro, Lisardo, fuera justo;
Pero verme olvidado de Marcela,
Celoso de Florencio, y desdeñado,
No lo puedo sufrir.

LISAR. Ya se rebela
Tu cielo, amor, contrario á mi cuidado.
Celos os da Marcela con cautela,
Por lo que de Teodora le han contado;
Vos lo tomais de veras, y de modo,
Que si vos la dejais, lo pierdo todo.
¡Pluguiera á Dios, Riselo, que yo hubiera
Otro amigo llevado!

RISE. Yo me holgara,
O que para serviros libre fuera.
¿Abrieron?

LISAR. Sí.

RISE. Mi muerte se declara.
Florencio es este. De allá sale.

LISAR. Espera.
No le has de hablar.

RISE. Mi desventura es clara.

LISAR. El hombre no es culpado, no es tu amigo.

RISE. ¡Cuánto mal me ha venido de ir contigo!
(*Retiranse.*)

ESCENA XIII.

FLORENCIO y GERARDO, *sin reparar en*—LISARDO y RISELO.

FLOR. (*A Gerardo.*) Parece que se ablanda.

GERAR. ¿Quién lo duda?
Asiste; que asistiendo, estoy seguro
Que has de rendirla.

FLOR. La porfía muda
El áspero rigor de un monte duro.
Como Riselo á verla un mes no acuda,
No dudes que tendré lo que procuro.

GERAR. Riselo quiere bien á su beata:
Ya es mercader, que en estameñas trata.
Tratar solia en telas y diamantes;
O se ha perdido, ó quiere andarlo todo.

FLOR. Pues yo pienso con prendas semejantes
Hallar, Gerardo, á mi remedio el modo.
Y porque en el amor son importantes,
Mas que ser Salomon, Narciso y Godo,
Hoy de Guadalajara en la gran puerta,
Haré un empleo en lo que siempre acierta.

GERAR. ¿Qué sacarás?

FLOR. Catorce ó quince varas
Del mejor terciopelo de Toledo
Y un corte de Milan de flores raras
O de rica labor, si hallarlo puedo;
Con esto y cien doblones de á dos caras,
No pienso á la de nadie tener miedo.

GERAR. Cuadróme.

FLOR. Es linda cosa, en estos tiros,
Trocar en seda y oro los suspiros.
(*Vanse Florencio y Gerardo.*)

ESCENA XIV.

LISARDO, RISELO.

RISE. Mucho he sufrido por tí.

LISAR. No es ocasion de perderte;
Que bien puedes de otra suerte
Remediar que no entre aquí.

RISE. Si ella está determinada,
¿Qué remedio puede haber?

LISAR. ¿Posible es que una mujer
Esté ya tan olvidada?
Llama; que siendo forzoso,
Yo le diré la verdad.

RISE. Paréceme una ciudad,
Muro, foso y contrafoso.
Paréceme ya, Lisardo,
Que aquesta puerta ha de ser
Tan fuerte, que es menester
Para rompella un petardo.
Parécenme las ventanas
Troneras llenas de tiros.

LISAR. Con menos de dos suspiros
Apostaré que la allanas.

RISE. (*Llamando.*) ¡Ah de casa!

ESCENA XV.

MARCELA, *á una ventana.*—DICHOS.

MARC. ¿Quién es?

RISE. Yo.

MARC. ¿Yo no más? ¡Grande palabra!

RISE. Abre, mis ojos.

MARC. ¿Que abra?

RISE. Luego ¿no has de abrirme?

MARC. No.

RISE. (*A Lisardo.*) ¿Qué os parece?

LISAR. Abre, Señora;
Mira que vengo yo aquí.

MARC. Errados venis.

LISAR. ¿Yo?

MARC. Sí;
Que no vive aquí Teodora.
Cerca de San Sebastian
Vive esa dueña de honor,
Con su poco de color
Y sus tocas de azafran.
Es mujer de escapulario
Con más botes de virtudes,
Aguas, yerbas y saludes
Que hay en cas de un boticario.
Es, diferenciando el centro
De aquella exterior esfera,
Ermitaña por defuera
Y demonio por de dentro.
Nunca sin imágen viene;
Mas es de la Concepcion,
Adonde hace oracion
Cierto devoto que tiene.
Su santidad ha llegado
(Que bien se puede decir)
A que ya se va á vivir
A Atocha, al Soto y al Prado.
Tiene una niña á que enseña
Todas estas devociones,
Con ciertas opilaciones,
Que anda en vísperas de dueña;
Tan blanda, aunque toma acero,
Que no hay cera que la iguale:
Habla, mira, escribe y sale
A ver cierto caballero.
Esta hallarán donde digo;
Porque aquí solo hallarán
Mujer que quiere galan
Que menos quiera á su amigo.
(*Quítase de la ventana.*)

ESCENA XVI.

LISARDO, RISELO.

RISE. ¿Entróse?

LISAR. ¡No, sino el alba,
Cuando andaba entre las coles!

RISE. Alba para mí, y aun soles.

LISAR. La intencion, Riselo, os salva.
No temais, pues que no habeis
Hecho ofensa á esta señora.
Llamad, decid que á Teodora
En vuestra vida vereis;
Que ya ni quiero á Belisa
Ni en mi vida la veré.

RISE. Esperad; que aunque se fué
Tan furiosa y tan aprisa,
Sin que perdais vuestro bien
He de procurar el mio.—
¡Ah de casa!

LISAR. Es desvarío.

RISE. ¿No responden?

LISAR. No habrá quién

RISE. ¡Ah de casa!

ESCENA XVII.

BELTRAN.—DICHOS.

BELT. En busca vuestra
Ando más há de dos horas.

LISAR. ¿Dirás, Beltran, que esta ignoras?

BELT. Este papel traigo.

LISAR. Muestra.

BELT. No es para tí; que Leonor
Me le dió para Riselo.

RISE. De Teodora. ¡Buen consuelo!
Abre, Marcela.

BELT. ¡Ah, Señor!

RISE. Que no hay señor; quita allá.

LISAR. Lee, Riselo, por Dios.

RISE. ¡Bien me aconsejais los dos!
Si acaso acechando está
Por la ventana Marcela,
Y el papel me ve leer...

LISAR. Para picarla, ha de ser
La mejor treta y cautela.
Lee, no seas tan tierno.

RISE. ¿Qué no haré por tí, Lisardo?

LISAR. Ver abrir el cielo aguardo.

BELT. Yo ver abrir el infierno.

RISE. (*Lee.*) «Otavio pide á Belisa
»Por mujer.»

LISAR. Muerto soy ya.

RISE. (*Lee.*) «Y Prudencio se la da.»

LISAR. ¿Tanto mal y tan aprisa?
(*Toma la carta y lee.*)
»Yo, mi bien, te quiero bien,
»Y lo procuro estorbar;
»Que con él se ha de casar,
»Y yo contigo.»

RISE. ¿Con quién?

BELT. Contigo dice.

RISE. ¿Conmigo?

LISAR. ¡Ay Riselo! echa de ver
Que hallarás otra mujer,
Y no hallarás otro amigo.

RISE. Lo mismo te digo yo.

LISAR. Yo quiero á Belisa más.
Tú en la posesion estás
De tu deseo, y yo no.

RISE. Espera: hablaré con ella
Y diréle la verdad;
Por dicha, por tu amistad
Sufrirá burlarme della.—
¡Ah Marcela! Ah mi señora!
Oye una palabra.

ESCENA XVIII.

MARCELA, *que sale de su casa.*—DICHOS.

RISE. ¡Ah cielo!

MARC. ¿Ya no te he dicho, Riselo,
Que no vive aquí Teodora?

RISE. Oye, mi bien, y sabrás
La verdad.

MARC. ¿Verdad en tí?

RISE. Lisardo, mi amor le dí.

MARC. ¡Qué buen testigo me das!

LISAR. Marcela, Teodora fué
De aquel mi amoroso encanto
El gigante, y entre tanto
Que le defendió, no entré.
Pedí á Riselo viniese
Con amor su hipocresía.
Esto con ella fingia
Para que lugar me diese.
Sucedió con gran ventura.

Si la engaña, ¿qué to ofende?
MARC. ¿No se entretiene y pretende?
LISAR. Sí, pero ¿á cuál hermosura?
MARC. Quita allá; que cualquier cosa,
Aunque fea y despreciada,
Si es mucho tiempo tratada,
Viene á parecer hermosa.
Yo no entiendo esas quimeras;
Mil cosas hay, si te burlas,
Que se comienzan de burlas,
Y que se acaban de véras.
Id en buen hora los dos:
De mí no os podeis quejar;
Que yo no voy á buscar
A Riselo.
RISE. ¡Bien por Dios!
MARC. Cuando yo á buscarle fuera,
Era bien satisfacerme;
Mas si él piensa hablarme y verme,
Ha de ser desta manera:
Que me ha de llevar mañana
Adonde el acero toma
Esa fraila de Mahoma,
Esa galga con cuartana,
Envuelta en manto de jerga;
Y le ha de decir allí
Que muere, que pena aquí,
Come, viste, vive, alberga,
Y que ha sido todo engaño
Cuanto le ha dicho hasta agora.
LISAR. ¡Medraré por Dios, señora,
Con ese buen desengaño!
¡Bien se hará mi casamiento
Con Belisa de ese modo,
Cuando mi edificio todo
No tiene otro fundamento!
Tú ¿no ves que es gran crueldad
Echarme á perder así?
MARC. Piérdame Riselo á mí;
Que más le va en tu amistad;
Que á mí, pues él me desecha,
No faltará quien me estime.
RISE. Eso hace que me anime
A proseguir mi sospecha.
¡Ah, Marcela! bien se ve
Que aqueste achaque has buscado,
Pues habiendo asegurado
Con tanta verdad mi fe,
Y sabiendo que es ficcion
Todo el amor de Teodora,
Y que mi alma te adora,
Sales con esta invencion.
¡Oh! ¡cómo te ha estado bien,
Para que entre y salga aquí
Florencio, y tratarme á mí
Con este injusto desden,
El hacer yo la amistad
Que en esto á Lisardo hago!
Tú has dado, Marcela, el pago
Que merece mi verdad.
Entre Florencio en buen hora.—
Vamos, Lisardo; que ya
Querer de véras será
Lo que fué burla en Teodora.
¡Vive Dios, que no has de verme
En tu vida más!
MARC. Y yo
¿Moriréme de eso?
RISE. No.
MARC. Pues ¿qué mal piensas hacerme?
RISE. El tiempo te lo dirá.—
Vén, Lisardo.
LISAR. Espera un poco.
RISE. No hay esperar.
MARC. Véte, loco.
RISE. ¿Loco? Muy cuerdo soy ya.
Teodora tiene secretos
Que me despiquen de ti.
MARC. Y Florencio ¿para mí
No sabrá algunos concetos?
Váyase vuesamerced
Con su egipciaca señora,
Y mire que desde agora
Me hagan los dos merced
De no llegar á esta calle;
Porque donde entra Florencio
Ha de haber honra y silencio,
Y lo merece su talle.
RISE. ¡Esto sufro! Fuera digo. (*Saca la daga.*)
Matarélа.
MARC. ¡Ay Dios! (*Vase.*)
LISAR. Detente.

ESCENA XIX.

LISARDO, RISELO, BELTRAN.

BELT. Entróse y cerró.
RISE. ¡Que intente
Tal desvergüenza conmigo!
Las puertas le romperé.
LISAR. Por Dios, que mires su honor.
BELT. ¿Qué es lo que intentas, Señor?
RISE. Estoy sin seso; no sé.
De la una parte el amigo
Mayor que tuve en mi vida
A seguirle me convida,
Y finalmente le sigo;
Por otra, aquesta mujer,
Que adora el alma tres años...
En extremos tan extraños
¿Qué medio podré tener?
LISAR. El medio es dejarme á mí,
Pues á mí no me perdeis;
Que más vuestro me tendreis
Con lo que ha pasado aquí.
RISE. Eso no, por mil mujeres,
Aunque reviente, aunque muera.
Pero ¡que esta injusta quiera,
Viendo que á Belisa quieres,
Y que finjo con su tia,
Escaparse por aquí!—
Abre, fuera.
LISAR. ¿Estás en tí?

ESCENA XX.

MARCELA, *á la ventana.*—RISELO, LISARDO Y BELTRAN, *en la calle.*

MARC. Oye, amigo.
RISE. ¡Ah, prenda mia!
MARC. A esa su dama encubierta,
A esa su fraila Teodora,
Voy á escribir que me adora
Y que me quiebra la puerta.
(*Quitase de la ventana.*)
RISE. Acabóse; yo soy muerto,
Ella está determinada.
LISAR. Dejalda; que está enojada.
Y de una cosa os advierto:
Que con no la ver dos dias,
Os ha de buscar, Riselo.
RISE. Por verme tierno, recelo
Burla de las ansias mias.
(*Sale á la ventana Marcela.*)
MARC. Oye, Señor. A los dos
Advierto que son engaños;
Porque si se está dos años,
No le buscaré, por Dios. (*Vase.*)
LISAR. Oye.
RISE. Escucha.
BELT. Grandes necios
Los dos con Marcela estais;
Que en fin ocasion le dais
Para mayores desprecios.
Habla y escribe á Teodora;
Que aunque blasone, verás
Si llora y lo siente más
Que lo rie y burla agora.
MARC. (*Asomándose.*) Oye, señor picaron.
No haya miedo que ansí sea,
Aunque un siglo no me vea;
Que tengo honor y razon. (*Vase.*)
BELT. A caballero nos tira:
Arma detrás, y dispara.
RISE. La ventana la repara;
Su desenfado me admira.
Pues de aquesta vez me voy.
LISAR. Bien harás; que es mucho enfado.
RISE. Hoy á Marcela he dejado;
Mira si tu amigo soy. (*Vanse.*)

Sala en casa de Prudencio.

ESCENA XXI.

OTAVIO; SALUCIO, *vistiéndole.*

OTAV. Dame la capa y la espada.
SALUC. Ponte la trenza del cuello.
¿Quieres espejo?
OTAV. Me enfada,
En no siendo el ángel bello
De mi esposa y prenda amada.
SALUC. ¿Qué capa?
OTAV. La de color.
SALUC. ¿Dónde vas tan de mañana?
Mira qué el alba, Señor,
Aun no llama á la ventana
Con el primer resplandor.
OTAV. Habla bajo; que he sentido
Que Belisa se levanta,
Y su dulce voz oido:
No por diligencia tanta
Pierda el favor pretendido.
Y aunque entre rojo arrebol
El alba apenas se ria
En nuestro cielo español,
No digas que no es de dia
Después que ha salido el sol.
SALUC. Luego ¿quiéresla seguir?
OTAV. Tengo unos pocos de celos,
Y tras el sol quiero ir.
SALUC. ¿Celos tienes en los cielos
De ver al alba reir?
OTAV. Si los tuvo Endimion
De la luna, al fin mujer,
¿Por qué con más aficion
No los puedo yo tener
Del sol en esta ocasion?
Todas aquestas mañanas,
Que tan de mañana asoma
El sol por estas ventanas,
Es el acero que toma
Armas contra mi tiranas.
Armado de acero sale
Contra mí el sol de los cielos;
Y aunque en armas no le iguale,
Contra el poder de mis celos
Ninguna fuerza le vale.
Yo voy á ver dónde va;
Que después que en nombre está
De mi esposa, este cuidado,
Justo ó injusto, me ha dado.
SALUC. Con justa causa te da.
Al principio te advertí.
Bien puede ser que este acero
No se vista contra tí.
OTAV. Saberlo, Salucio, quiero.
¿Salieron?
SALUC. Pienso que sí.
OTAV. Pues déjalas trasponer,
Y en su seguimiento vamos.
SALUC. Sospecho que te han de ver.
OTAV. No harán; que hay yerbas y ramos,
Y yo me sabré esconder.
SALUC. Aun no llevan escudero.
OTAV. Sígueme; que saber quiero
Si tiene algun desafio
Quien sale con tanto brio
Al campo llena de acero. (*Vanse.*)

El Prado.

ESCENA XXII.

LISARDO, RISELO Y BELTRAN, *con capas de color.*

LISAR. Frescos vientos de Madrid,

Que las mañanas y tardes
Venís de las altas sierras
A refrescarle y bañarlo,
Traed de sus pardas nubes
Algunos toldos que tapen
Estos tapetes de flores,
Que al alba las hojas abren.
Venid bañados de aljófar,
O destas fuentes tomadle,
Con que mojando las plumas
Bañeis en perlas el aire;
Que si crece el sol que sale,
Volveráse la niña, dirá que es tarde.

RISE. Vientos, que habeis levantado
Tan extrañas tempestades
En el mar de mis amores,
Que me anegan sus pesares;
Vientos, que con la fortuna
Misma, de amigo tan grande,
De la calle de Marcela
Me trajistes á su calle;
Vientos, por quien ya perdi
Que me vea y que me hable;
Templad la furia del dia,
Y en pardas nubes bañalde;
Que si crece el sol que sale,
Volveráse la tia, dirá que es tarde.

BELT. Vientos, que en Madrid solcis
Llevar de sus sucias calles
Más liquidámbar y algalia
Que hay en treinta Portugales;
Pues sois tan claros y puros,
Que no hay cosa que le dañe,
Respeto de vuestra fuerza
Amorosa y saludable,
Cubrid con un garabito,
Hasta que su furia pase,
La cara del sol, y en Indias
Tenga la fiesta con Dáfnes;
Que si crece el sol que sale,
Volveráse mi tollo, dirá que es tarde.

(Vanse.)

ESCENA XXIII.

MARCELA, *tapada;* OTAVIO, SALUCIO.

MARC. Suplico á vuesamerced
Me deje ir sola.
OTAV. Quisiera
Solo que se descubriera,
Y me luciera gran merced.
MARC. No me puedo descubrir;
Que vengo á ver cierta cosa.
OTAV. ¿Estais por dicha celosa?
MARC. Mis celos vengo á seguir.
OTAV. Encontrado nos habemos;
Que á lo mesmo vengo yo;
Y pues amor nos juntó,
Las desdichas nos contemos.
MARC. Yo vengo á ver si aquí viene
Un hombre á ver una dama
Que toma acero, y que es fama
Que alguna blandura tiene.
OTAV. Yo vengo á ver si otra sale
A pasear cierto acero,
O á hablar á algun caballero.
MARC. ¡Que así el amor nos iguale!
¡Que así nos mate á los dos
Con un mismo acero!
OTAV. El mio
Me mata de agudo y frio.
¿Cómo os hiere y mata á vos?
MARC. A mi me mató el acero,
Porque á la sazon que ardia,
Se templó en el agua fria
Y mudó el temple primero.
SALUC. (*Á su amo.*) Dos damas vienen allí.
Pienso que las tuyas son.
MARC. Si son vuestras, mi pasion
Y la vuestra andan allí
En el yugo de los celos
Arando enojos, sembrando
Penas; y pues van llegando,
Así os remedien los cielos (*a*)
Que me las dejeis hablar.
OTAV. Bien podeis; que yo no tengo
Licencia de hablarles.

ESCENA XXIV.

TEODORA, BELISA, LEONOR, *por un lado; por otro,* LISARDO, RISELO Y BELTRAN.—DICHOS.

BELI. Vengo
Llena de enojo y pesar
De lo que habemos tardado.
TEOD. Allí están: hablarles puedes,
MARC. (*A las damas.*)
Dios guarde á vuesas mercedes,
Que así vuelven cielo el Prado.
BELI. Mejor se dirá por vos
Y ese tallazo gallardo.
RISE. Una tapada, Lisardo, (*Ap. á él.*)
Se llega á hablar con las dos.
LISAR. ¿Quién será?
RISE. No sé; sospecho
Que estorbo nos ha de hacer.
BELI. No me puedo detener;
Que traigo acero en el pecho.
Suplícoos me deis lugar.
MARC. Tengo que hablar, reina mia,
Con vuestra señora tia.
TEOD. ¿A mí me quereis hablar?
MARC. A vos.
TEOD. ¿Sobre qué?
MARC. Allí enfrente
Ciertos hidalgos están.
TEOD. Ya los veo.
MARC. Aquel galan,
Que la mira tiernamente,
Es mi marido.
TEOD. Pues bien,
Guárdeoslo Dios; que es gallardo.
MARC. Sé que da gusto á Lisardo
Fingiendo quererla bien:
Yo porque tenga lugar

(*a*) *Los celos,* dice en otras.

De hacer mejor este embuste,
Mientras que Belisa guste,
Le doy de que os pueda hablar.
Ayer le cerré mi puerta;
Fué á verme y hallóla así;
A sus lágrimas abrí.
De milagro no estoy muerta;
Que hubo daguita y querer
Romper una celosía.
Y aunque mil firmas tenia,
Y puedo ser su mujer;
Por serviros y que vea
Madrid (que lo nuevo agrada)
Una hipócrita casada,
Le dejo que os hable y vea.
Esto me ha traido al Prado;
No contiene más la historia;
Aquí gracia y después gloria.

TEOD. ¡Qué mal habeis predicado!
Y advertid que mi Lisardo
Habló jamás con Belisa,
Como algun necio os avisa,
De quien la venganza aguardo;
Ni el hábito que profeso
Es para burlas de amor;
Porque bien sabe el Señor
Cuán lejos va el alma deso.
Él encamine la vuestra
A su servicio.
MARC. ¡Oh qué bien!
Que ya os conozco, y tambien
Él me lo cuenta, y me muestra
Vuestros muy necios papeles.
TEOD. Vos lo sois tanto, que fuera
Mejor que oido no hubiera
Disparates tan crueles.
Alguna debeis de ser
Destas de guadameci.
MARC. ¡Jesús! ¡Vos hablais ansí!
Aun no lo puedo creer.
Besad la tierra, rezad
Un rosario.
BELI. Quedo, quedo;
Que á no tener justo miedo
De otra mayor libertad,
Yo castigara la vuestra.
MARC. Paso, señora Belisa.

ESCENA XXV.

FLORENCIO, GERARDO—DICHOS.

FLOR. (*A Gerardo.*) Por dónde vino me avisa.
GERAR. ¿No ves el perro de muestra?
FLOR. Alto, Riselo está allí:
No estará la perdiz lejos.
TEOD. Tomaré vuestros consejos;
Harélo, Marcela, así.
BELIS. ¿Cómo hablas de esa suerte?
TEOD. (*Ap. á Belisa.*)
¡Ay Belisa! he visto á Otavio.
RISE. (*Ap. á Lisardo.*)
¿Quién es, Lisardo, tan sabio,
Que á sufrir celos acierte?
Agora acabo de ver
A Florencio; y la señora
Que está hablando con Teodora,
Marcela debe de ser.
Tu negocio va perdido
Y el mio está por el suelo.
LISAR. ¡Habrá más fortunas, cielo!
MARC. Pues con esto me despido;
Que allí he visto un caballero,
Y con él me quiero ir.
TEOD. No tengo más que os decir
De que ser muy vuestra espero.
MARC. ¡Florencio mio!
FLOR. Señora,
Mira que está allí Riselo.
MARC. Solo por ti me desvelo.
RISE. (*Ap.*) ¡Vive el cielo, que le adora!
¿Esto tengo de sufrir?
OTAV. (*A. Salucio.*)
Pues á nadie habla mi esposa,
Paréceme justa cosa
Irle á hablar.
SALUC. Bien puedes ir.
OTAV. ¡Belisa mia!
BELI. ¡Señor!...
LISAR. (*Ap. á Riselo.*)
¡Qué bien á entrambos nos fué!
¿Es su primo aquel?
RISE. No sé;
Solo siento mi dolor.
SALUC. Señora Leonor...
LEON. Amigo...
SALUC. ¿Al campo tan de mañana?
LEON. Tomo acero.
SALUC. Pues, hermana,
No tenga aceros conmigo,
Que soy muy su servidor.
BELT. (*Ap.*) ¡Buena mañana de mayo,
Que aun trajo el primo un lacayo
Para que hablase á Leonor!
FLOR. Vén, Marcela; por aquí
Entrarás á ver la huerta
Del señor Duque.
MARC. ¿Está abierta?
FLOR. Llega; que pienso que sí.—
Llama al alcaide, Gerardo.
GERAR. Yo voy. (*Vase.*)
MARC. (*Ap.*) ¡Cuán bien, justo cielo,
Me vengaste de Riselo!
(Vanse Marcela y Florencio.)

ESCENA XXVI.

BELISA, TEODORA, LEONOR, OTAVIO Y SALUCIO, *en un lado; en otro,* LISARDO, RISELO Y BELTRAN.

RISE. No me detengas, Lisardo.
LISAR. Pues yo sufro que esté Otavio
Con Belisa desta suerte,
Sufre tú.
RISE. ¿Puede haber muerte
Que se compare á mi agravio?
¡Nunca yo viera á Teodora!

TEOD. (*A Belisa.*) Vamos á ver estas fuentes,
Si cansada no te sientes.
BELI. (*Ap. á su tia.*) No podrán todas agora
Templar mi fuego.
TEOD. Y á mí,
¿Qué templanza me da el cielo?
¿Es bien hecho que Riselo
Me haya engañado por tí?
BELI. ¿No puede ser que, celosa,
Haya esta mujer mentido?
TEOD. Ni él ha de ser mi marido,
Ni tú de Lisardo esposa.
(*Vanse Teodora, Belisa, Otavio, Leonor y Salucio.*)

ESCENA XXVII.

LISARDO, RISELO, BELTRAN.

RISE. ¡Buenos habemos quedado!
LISAR. ¡Gentil madrugada ha sido!
Aun con Beltran no he podido
Dar á Leonor un recado.
BELT. ¿Que aun no me pudo este agravio
Perdonar? Basta, silencio.
RISE. ¡Juntos Marcela y Florencio!
LISAR. ¡Juntos Belisa y Otavio!
BELT. ¡Juntos Leonor y Salucio!
RISE. ¿Con mi enemigo, traidora?
LISAR. ¿Con un extraño, señora?
BELT. Vil, ¿con un hombre tan sucio?
RISE. ¿Que requebrándose van
Marcela y Florencio?
LISAR. ¡Ah Dios!
¡Que vayan juntos los dos!
¿Qué me aconsejas, Beltran?
BELT. Oid.
LISAR. Di presto.
BELT. El sol arde:
Una exclamacion decid
A los aires de Madrid,
Porque en las nubes aguarde;
Que si crece el sol que sale,
Volverásе la niña, dirá que es tarde.

ACTO TERCERO.

Sala en casa de Prudencio.

ESCENA PRIMERA.

PRUDENCIO, TEODORA.

PRUD. Hoy he sabido del curial de Roma
Que la dispensacion, Teodora, vino,
Y la pienso tener antes que coma.
TEOD. Abrevió tu cuidado su camino.
PRUD. Cuando una cosa del honor se toma
A cargo, y mucho más por tal sobrino,
Todo se abrevia, facilita y hace.
TEOD. Merece amor.
PRUD. Del que le tengo nace.
Estoy de que se acerrjue el casamiento,
Por vivir de Belisa descuidado,
Con Otavio, Teodora, muy contento;
Pero hame puesto un miedo en gran cui-
[dado.
TEOD. ¿Cómo?
PRUD. Si miro esta muchacha atento,
Después de haberla, como ves, curado,
Con más opilacion que antes la veo;
Que no está sana de sus males creo.
¿De qué ha servido el médico, el jarabe,
El paseo, el acero y las mañanas
De todo un mes? O el médico no sabe,
O son al mal las medicinas vanas:
No me parece el médico hombre grave.
Tras esto, á mil señoras cortesanas
Que por Belisa me preguntan, digo
Su nombre... Esto es hablar claro contigo.
No le conoce nadie, ni en la corte
Hay médico Beltran: yo con aquesto,
Por lo que al bien de nuestro honor im-
[porte,
Mas bien los ojos en Belisa he puesto;
Y si no es que haber ido me reporte
Con ella tú, cuyo consejo honesto,
Severidad y santidad son ciertas,
Dijera mil malicias encubiertas.
Crece la opilacion, y opilaciones
No están jamás en rostros colorados.
Opilada y color...
TEOD. ¿En eso pones
Tu pensamiento?
PRUD. Hablemos declarados.
Yo he sospechado destas estaciones,
Sotos, huertas, paseos, quintas, prados,
Que alguna vez que te dormiste, herma-
Dejó Belisa el coro de Diana. [na,
Madrugabas, Teodora, y desvelada
En lo fresco del campo dormirias;
Que en lo demás, si tu virtud me agrada,
Te lo dirán las alabanzas mias.
TEOD. La blanca edad, á quien la verde enfada,
Y siempre pone á su inocencia espias,
Siempre, Prudencio, es maliciosa, y piensa
En la mayor bondad mayor ofensa.
Belisa, de tu hermana acompañada,
¿Pudiera en solo un átomo ofenderte?
Juzga del cielo la armonía parada,
Sin que su movimiento la concierte;
Dormidos luna y sol, y la estrellada
Máquina fija en la coluna fuerte
De sus dos ejes; que antes que pudiera
Dormir Teodora, el tiempo se durmiera.
PRUD. Calla; que hay varas de Mercurio sabio
Que aduermen ojos de Argos veladores.
TEOD. No los hubiera en mi para tu agravio;
Mis ojos fueran siempre vencedores.
PRUD. Conmigo mismo no moviera el labio
En materia de honor; á los mayores
Se perdonan mil cosas, y contigo
Hablo como al mayor deudo y amigo.
Por la dispensacion partirme quiero,
Y efetuar el casamiento, hermana,
Si no lo estorba aqueste negro acero.

¡Nunca saliera la primer mañana! (*Vase.*)
TEOD. Corrida estoy. Lo mismo considero
Que está Belisa, y no es sospecha vana.
Pienso que me burló con el anzuelo
De los amores falsos de Riselo.

ESCENA II.

BELISA.—TEODORA.

BELI. Aguardando estaba aquí
A que mi padre se fuese.
TEOD. ¡Ay, sobrina! no te pese
De que esto te diga ansi.
Tu padre está sospechoso
De verte más opilada
Tras el acero... ó la espada
De nuestro honor generoso.
Vino la dispensacion,
Y conmigo se declara
En que dice que repara
En tu negra opilacion.
Y no es mucho, porque yo
Casi en lo mismo reparo.
¿Qué tienes? Háblame claro,
Dime si amor te burló.
Los hombres saben muy bien
Negociar con humildad,
Fingen grande honestidad,
Solo quieren que les dén
Una mano; pero asida,
No se les suelta la presa
Hasta que el honor confiesa
Que está la guarda perdida.
Informóse del doctor,
Y no hay tal doctor Beltran,
De que sospechas le dan
Que se atreven á tu honor.
Solo le ha tenido á raya
Ver que yo contigo fuí;
Mas dice que me dormí,
Y que no importa que vaya.
Y en esto tiene razon;
Que harto dormida vivia
Cuando la sirena oia
Del mar de mi perdicion.
¡Buen sueño los dos me echastes
En Riselo! bien dormí
Mientras liviana crei
Lo que los tres concertastes!
Bien sé que porque os reñia
Con tan loco desatino,
Me apartastes del camino
De la virtud que seguia.
Dejé luego (¡ay! ¡nunca fuera!)
Mis devociones, ¡traidores!
Y á vuestros locos amores
Dí más lugar que quisiera.
Oratorios y rosarios
Troqué en papeles, tan necios
Cuanto muestran los desprecios
Y ven los fines contrarios.
Luego traté de casarme
Yo, que del mundo el imperio
Por el menor monasterio
No trocara sin trocarme.
Veis aquí de qué sirvió:
Yo sin Riselo engañada,
Y aun pienso que tú burlada.
¡Ay, si me engañase yo!
BELI. Tía de mis ojos,
Escúcheme atenta,
Pues de mis desdichas
Le han dado sospechas.
Aquel mancebito
Que me vió en la iglesia
De San Sebastian,
Me tiró mil flechas:
Dellas con los ojos,
Dellas con terceras,
Unas en palabras
Y otras en promesas.
A la Trinidad,
Porque me valiera,
Me fuí desde entonces
Domingos y fiestas.
Debió de ser ángel,
Pues se vino á ella,
Y para mirarme
Se puso más cerca.
De carne nacimos,
No somos de piedra;
Si las siguen mucho,
Rindense las fieras.
Del bronce más duro,
Si al fuego le llegan,
Hacen mil figuras
Por la blanda arena.
De un mármol que nace
Dentro de una sierra,
Hacen una ninfa
De una fuente bella:
¿Qué mucho, Señora,
Que se muestre tierna
A ruegos de un hombre
La mayor flaqueza?
Por poder hablarle
(¡Nunca yo pudiera!)
Me fingí opilada,
Pálida y enferma.
Hizo el caballero
Que á curar viniera
Beltran, su lacayo,
Mi amorosa pena;
Y que aquel su amigo
Fingiese quererla,
Porque nos dejase
Proseguir la empresa.
Diérame un jarabe
De coral y perlas
El doctor fingido,
Y con oro á vueltas.
Pensaba mi padre
¡Oh qué mal lo piensa!
Que tomaba acero,
Apio y otras yerbas.
Salí todo el mayo,
Cuando el alba alegra

Las primeras flores
De la primavera,
A Atocha y al Prado,
En cuyas carreras
Bullian los aires
Con las hojas nuevas.
Un dia que al Soto,
El Soto que riega
Manzanares claro,
Fuimos sin sospecha,
Ella con Riselo
Por las alamedas
Se apartaron juntos
Un tiro de piedra...
—No de piedra, tia,
Tiro de ballesta,
Pues amor entonces
Disparó sus flechas.—
Beltran con Leonor,
Sobre la ribera,
En los escondrijos
Que las zarzas cercan,
En blancas toallas
Ponian la mesa
Para que almorzasen
Las pobres enfermas.
Lisardo entre tanto,
Porque no riñera,
Solo me decia
Palabras honestas;
Pero como estaban
Las flores risueñas
Llenas de rocío
Del aurora fresca,
Por aquestos lados
La frescura mesma
Se me entró de suerte,
Como yo soy tierna,
Que mi opilacion
Creció de manera,
Qué jamás me he visto
Tan pesada y necia.
La dispensacion
Mal venida sea;
Que quien ama á otro,
Todo lo desprecia.
Suplícole, tia,
Dilate las fiestas,
Hasta ver si acaso
Este bulto mengua.
Por lo menos, tia,
Cinco meses sean;
Que bien habrá cuatro
Que pisé las yerbas.

TEOD. ¿Con qué paciencia, Belisa,
Podrá escucharte Teodora?
¡Con eso vienes agora!

BELI. Tia, amor tratado en misa
Será en servicio de Dios.
Lisardo será mi esposo.

TEOD. ¿Cómo, siendo ya forzoso
No hablaros jamás los dos?
La dispensacion venida,
Y Otavio hasta aquí engañado,
Harán que tu padre airado
Os quite á los dos la vida.

BELI. Pues ¿puédome yo casar
Con aqueste inconveniente?

TEOD. No; mas medio conveniente
¿Cómo te puede faltar?

BELI. ¿Qué medio puedo tener?

TEOD. Dilatar el casamiento,
Y en pariendo, en un convento
Tu libertad recoger,
Adonde sirviendo á Dios
Hagas penitencia desto.

BELI. Yo negociaré más presto
Que nos juntemos los dos,
Y entre tanto fingiré
Tal dolor de corazon,
Y de aquesta opilacion
Tantos extremos haré,
Que padre y primo me dejen
Por cosa inútil.

TEOD. Quien ama
Y aventura vida y fama,
No quiere que le aconsejen.
Haz lo que quisieres; yo
No pienso ayudarte más.

BELI. Yo sé, tia, que lo harás.

TEOD. Yo sé, sobrina, que no.

BELI. Si no lo hicieres, diré
Que tú fuiste la tercera
Para que yo me perdiera.

TEOD. ¿Qué dices?

BELI. Que por ti fué.

TEOD. ¿Comienza ya la locura?

BELI. ¡Qué terrible opilacion!
Parece que el corazon
Salir del pecho procura.
Llámenme luego un doctor.

TEOD. Al fin, te ayudo.

BELI. Querria...

TEOD. ¿Qué tienes?

BELI. Señora tia,
De aquí aquí tengo el dolor. (*Vanse.*)

Calle.

ESCENA III.

LISARDO, RISELO.

RISE. Cuando más pienso que estoy,
Lisardo, libre y contento,
Y que deste pensamiento
Más lejos huyendo voy,
Entonces de los cabellos
Me arrastra, y sin resistencia
Del alma, con más violencia
Vengo á sus puertas por ellos.
Si esta fuera una mujer
Menos diestra y entendida,
Pasara segura vida;
Pero ¿cómo puede ser,
Si apenas le doy enojos,
Cuando de aquel mismo estilo

Ya me ha herido por el filo
Con un Florencio en los ojos?
¿Cómo la veré? que muero,
Si os digo verdad.

LISAR. Muy bien;
Que conmigo su desden
No tendrá rigor tan fiero.
Dejadme á mi negociar;
Que en mis cosas sois discreto,
Y yo en las vuestras.

RISE. Efeto
De amor.

LISAR. Yo quiero llamar.

RISE. Llamad; que no hay golpe ahí
Que no sienta el corazon.
¿Sale?

LISAR. Si, chapines son.

RISE. En el alma lo senti.

ESCENA IV.

MARCELA.—DICHOS.

MARC. ¡Jesús! ¿Quién llama? ¿Quién es?

LISAR. Yo soy, Marcela.

MARC. ¡Oh Lisardo!
¿Dónde queda aquel gallardo?

LISAR. ¿Preguntas por lo que ves?

MARC. ¡Ah si! No le habia visto.
¿Qué buena venida es esta?
¡Vosotros aquí!

LISAR. La fiesta
Pasada...

MARC. (*Ap.* Apenas resisto
La risa; que no hay contento
Como ver un loco amante
Con invencion semejante
Declarar su pensamiento.)
¿Qué hay de la fiesta pasada?

LISAR. Que un bizarro pretensor
De vuestro amor (que á su amor
Por dicha habeis dado entrada),
En una conversacion
Mostró un papel de Riselo,
Haciendo burla, y recelo
Que puede ser ocasion
De una desgracia notable.
Merced á los dos hareis
De que los demás me deis
Y que en esto no se hable;
Que no es razon que de un hombre
Como Riselo, y que ha sido
De vos tan favorecido,
Y que ya tuvo este nombre,
Anden papeles así;
Que de amor no le hay discreto
Fuera del mismo sugeto.

MARC. Lisardo, ¡esa trèta á mí!
¡Yo papel suyo, que ya
Hasta memorias quemé!
Eso ya pasó, ya fué;
Y pues acabado está,
¿Para qué puede ser bueno
Volverlo á resucitar?

RISE. (*Ap.*) La mujer me ha de matar.
Estoy de cólera lleno:
El juego me ha visto. ¡Ah cielo!
¡Qué poco sabe un rendido!

LISAR. Bien sabes que te ha querido
Y que te quiere Riselo.
No te digo que le quieras,
Mas que sus prendas no dés,
Y no te quejes después
Si esta burla para en véras;
Que si le aprietas, por Dios,
Que te haga algun pesar.

MARC. ¿Acabais de concertar
Este enredillo los dos?
¿Qué pesar me puede hacer;
Que está el cuitado temblando?

RISE. ¡Qué bien dices, confirmando
Que ya no debes de ser
Mi fuego, pues tiemblo á ti!
Que si á ti me calentara,
Claro está que no temblara.

MARC. No lo entiendes bien así.
Tiemblas del hielo, Riselo,
Que has visto en mi para ti;
Porque, habiendo tanto en mí,
Es fuerza temblar del hielo.
Mas ¿cómo vuelves acá,
Si no soy tu fuego yo?
Cuénteme el caso. ¿No halló
Lo que imaginaba allá?
¿No me dijo que tenia
Teodora grandes secretos
Para despicar discretos?
¿Qué ha sido, por vida mia?
¿Hallóla tonta? ¿Qué vió?
¿No es limpia? ¿Qué le ha pedido?
¿Cánsale el verse querido?
¿Qué defetillos le halló?
¿Es flaca, es mal hecha, es fría?
Cuénteme todo el suceso:
Ya soy buena para eso.

LISAR. (*Ap.*) ¡Qué notable picardía!
Dios nos libre del estado
En que está agora Riselo.

MARC. ¿No habla?

RISE. (*Ap.* ¡Que quiso el cielo
Que un socarron despejado,
Atrevido picaron,
Burlador de cuantas vía,
Se halle atajado este dia
A manos de su traicion!)
¿Soy yo? Sospecho que no,
No es posible, háseme trocado.
¡Ay, Marcela! Hoy has vengado
Mil mujeres.

MARC. ¿Yo?

RISE. Tú.

MARC. ¿Yo?

RISE. Tú, pues.

MARC. Luego ¿mil mujeres
Le quieren? Hanle engañado.
Majadero confiado,
¿Con eso engañarme quieres?
No estás seguro de mí,

¡Y de mil lo estás!
LISAR. Es más
Tu rigor que mil: ya estás
Vengada: esto basta ansi.
Por no te dar pesadumbre
Nunca más habló á Teodora.
Marcela, el hombre te adora,
Tú eres de sus ojos lumbre.
Hágase aquesta amistad
Con protestacion...
MARC. No quiero,
Si no me jura primero
Que me ha de tratar verdad.
RISE. ¿Cuándo yo no la traté?
¿Cuándo tu esclavo no fuí?
MARC. Hinque la rodilla aqui,
Y diga ansi...
RISE. Si diré.
MARC. Tuyo soy.
RISE. Tuyo soy.
LISAR. Mira
Que eso parece conjuro.
MARC. Asegurarme procuro.
LISAR. Tu imperio, Marcela, admira.
MARC. Ahora bien, bese la mano.
RISE. ¿Mas que quieres, como mona,
Que te haga buzcorona?
LISAR. Abrácense, y quede llano
Por ciento y un año en paz,
Como la paz de Valencia. (*Abrázanse.*)
RISE. ¡Qué me cuestas de paciencia,
Bellísima pertinaz!

ESCENA V.

FLORENCIO, GERARDO.—DICHOS.

FLOR. (*Ap. á Gerardo.*)
A buen tiempo hemos llegado.
GERAR. La amistad se confirmó.
FLOR. Por testigos nos llamó
De que ya se ha confirmado.
GERAR. No hay que fiar en amantes
De largo trato y costumbre.
LISAR. (*A Marcela.*)
No ha de haber más pesadumbre.
RISE. Tocas, medias, cintas, guantes
Te quiero dar prenda mia,
Mañana en cas de la Hermosa,
Y de una tela vistosa...
MARC. Téngase; que eso seria
Gasto excesivo.
RISE. Mi bien,
Yo gusto desto.
MARC. Yo no.
Oiga lo que quiero yo.
RISE. ¿Qué quiere ella que le dén?
MARC. Doce varas de estameña
Para un hábito Francisco,
Con que me suba en un risco
A ser fraila berroqueña,
Y un poco de tafetan
Para cierto escapulario.
Pero será necesario,
Si lo que pido me dan
Pedir á Teodora el suyo,
Para que por su medida
Me le corten.
RISE. En mi vida
Vi desgarro como el tuyo.
MARC. Ahora bien; yo os quiero dar
De merendar á los dos.
LISAR. ¿Tienes algo?
MARC. Si, por Dios.
RISE. Pues dame de merendar;
Que há tres dias que por ti
Solo he comido un capon,
Seis conejos y un jamon.
MARC. Con eso vienes ansi.
RISE. ¿Estoy flaco?
MARC. Estás perdido.
No comen más seis tudescos.
RISE. Solo treinta huevos frescos
Para dormir he sorbido.
Hormiguillos y almendradas
No tienen número.
MARC. Bien.
RISE. Olvidanseme tambien...
MARC. ¿Qué?
RISE. Tres ó cuatro empanadas.
MARC. ¡Mirad lo que hay que fiar!
RISE. Pues ¿cuál amante lo fué,
Que por celoso que esté,
Se acostase sin cenar?
(*Vanse Marcela, Lisardo y Riselo.*)

ESCENA VI.

FLORENCIO, GERARDO.

GERAR. Feos habemos quedado.
FLOR. Pues yo he pensado un remedio,
Que, si de mi mal no es medio,
Es para quedar vengado.
GERAR. ¿Cómo?
FLOR. Este Lisardo adora
A Belisa...
GERAR. Asi es verdad.
FLOR. Y por amor ó amistad
Este Riselo á Teodora.
Quiero pedirla á Prudencio
Por mujer, y tú tambien
Pide á Teodora.
GERAR. Harto bien.
FLOR. Pues con cuidado y silencio;
Que yo les daré un pesar
Con que me dejen la presa.
GERAR. Venganza terrible es esa.
FLOR. Amor enseña á vengar. (*Vanse.*)

Portal de casa de Prudencio.

ESCENA VII.

BELTRAN, *de criado;* LEONOR.

BELT. No quiero satisfaciones.

¡Vive Dios, que el forastero
Es el que priva!
LEON. No quiero
Gastar contigo razones,
Que eres un desatinado
En llegando á estar celoso.
BELT. Ladron de casa es forzoso
Que tope lo bien parado.
Este lacayo de Otavio
Vive en tu casa, Leonor;
Cobrándole vas amor,
Bien me lo dice mi agravio.
En el Prado ¿no te vi
Hablar, Leonor, con Salucio?
LEON. ¿Yo con un hombre tan sucio?
BELT. Todas lo decis ansi.
Yo estuve á todo presente,
Y por testigo te aplico
La fuente del Abanico:
Mira si es harto corriente.
LEON. ¡Plega á Dios que si le quiero,
Que jamás tenga ventura!
¿Ese andrajo, esa basura?
BELT. ¡Ay, Leonor, que es forastero,
Y no hay forastero malo!
Porque en efeto se va,
Y asi lo poco que da
Se tiene por más regalo.
LEON. ¡Ay, Beltran, que mi señor
Y Otavio vienen allí!
BELT. Súbete arriba.
LEON. ¡Ay de mi!
BELT. Temblando estoy de temor.
(*Vase Leonor.*)

ESCENA VIII.

PRUDENCIO, OTAVIO, SALUCIO.—BELTRAN.

PRUD. ¡Un hombre en el portal!
OTAV. Llega, Salucio,
Mira quien está allí.
PRUD. Con estos celos
Yo propio miraré quién es el hombre.—
¿Qué buscais, gentilhombre, en esta casa?
BELT. Señor, pasaba cierto forastero
De mi tierra, y estoy no bien vestido,
Y quisele esperar aquí escondido.
OTAV. (*Ap. á él.*)
Prudencio...
PRUD. Otavio...
OTAV. O yo he pérdido el seso,
O es aqueste el doctor que visitaba
A Belisa, mi esposa.
PRUD. ¡Santo cielo!
Pues ¡el doctor en hábito lacayo!
BELT. ¿Mandais alguna cosa?
PRUD. Oid un poco.
¿No sois vos el doctor?
BELT. Ya caigo en ello.
Tengo un hermano aquí que me parece.
Somos de la montaña y gente pobre;
Servia en Salamanca al doctor Soria,
Aprovechóse bien y graduóse
Por un colegio y vínose á la corte.
Súpelo en Cangas, vine á que me hiciese
Algun bien; y mirándome tan roto,
Negó que era su hermano, y yo, afligido,
Metíme, como veis, lacayo.
PRUD. Y ¿cómo
Se llama ese doctor?
BELT. Beltran se llama.
PRUD. ¿Y vos?
BELT. Beltran tambien, porque nosotros
De aquel famoso ciego descendimos
Que llevó por la puente de Alcolea
Los ciento y veinte ciegos.
OTAV. (*Ap. á Prudencio.*) No me agrada.
PRUD. Ni á mi tampoco.
OTAV. Sea verdad, que el hábito
Mucho de lo que vi le diferencia;
Mas ¡vive Dios, que el rostro, el habla, el talle
Que son del doctor mismo!
PRUD. Pues, sobrino,
Yo quiero hablar con vos distintamente.
Mi sangre sois, y no mi yerno agora.
Aunque ha venido ya bula y licencia,
Sospechas traigo de mayor cuedo.
Sacad la espada: y tú las manos ata
A ese villano. (*A Salucio.*)
BELT. ¡A mí! ¿Por qué, señores?
OTAV. No despegue los labios, si no quiere
Una lengua de acero, señor médico.
PRUD. Por el acero que le dió á Belisa,
Mereciera la paga con acero.
SALUC. Estése quedo el hellacon.
OTAV. Advierte
Que no está bien en el portal: arriba
Le puedes encerrar en tu aposento;
Que quiero examinarle.
BELT. ¿Por qué causa
Me tratais desta suerte?
OTAV. ¡Oh falso médico!
PRUD. Di á quién sirves, villano.
SALUC. Vaya arriba,
Señor doctor fingido.
PRUD. ¡Ay hija ingrata!
—Trae un hacha y tocino. (*A Salucio.*)
BELT. ¿Soy yo negro?
OTAV. Más te quiero por padre que por suegro.
(*Vanse.*)

Sala en casa de Prudencio.

ESCENA IX.

BELISA, TEODORA.

TEOD. Ya por la dispensacion
Otavio y tu padre fueron.
BELI. Tia, si entonces le dieron
Tanta pena al corazon,
Cuando venga ¿qué será?
Perder pienso los sentidos.
TEOD. Amando ¿qué más perdidos?
Por mi mal lo supe ya.

BELI. ¿Cómo, si en esta ocasion
Mi padre quiere obligarme,
Puedo, Teodora, casarme?
¡Ay terrible confusion!
¿Será bien decirle á Otavio
El estado de mi mal?
—Mas soy mujer principal,
Y mucho mi honor agravio.
¿Hablaré algun religioso
Que lo diga al padre mio?
—Mas temo algun desvario
De su pecho riguroso.
¡Oh, nunca á Lisardo viera!
¡Nunca Beltran me curara!
¡Nunca el acero tomara!
¡Nunca á Manzanares fuera!
Que donde van á lavar
Cuanto una corte se viste,
Allí, honor, manchado fuiste.
TEOD. Ya ¿de qué sirve llorar?
BELI. ¡Oh, malditos los papeles,
Las ternuras, los amores!
¡Oh lisonjeros traidores!
¡Oh amigos falsos, crueles!
¿Qué será agora de mí?

ESCENA X.

BELTRAN, *asomándose á una ventana alta interior.*—DICHAS.

BELT. Ce, Belisa; ce, Teodora.
BELI. ¿Quién nos llama?
BELT. Yo, Señora.
TEOD. ¿Quién?
BELT. Beltran.
BELI. ¡Beltran aquí!
BELT. Aquí por mi mal estoy.
TEOD. ¡Tú en nuestra casa, Beltran!
BELT. Siempre aqueste premio dan
A los que son como soy.
Yo fuí no más de tercero;
Mas como ha llegado el fallo,
No habiendo yo sido el gallo,
Estoy en el gallinero.
BELI. ¿Cómo te han subido ahí?
BELT. Halláronme en el portal
Con Leonor.
BELI. ¡Qué desigual
Desdicha!
BELT. Mucho lo fuí.
Conocieron que yo era
El doctor que te curaba;
Y puesto que yo negaba
Con invencion que pudiera
Servir en una comedia,
Adonde solo se entiende
Lo que el poeta pretende
Para dos horas y media,
No me aprovechó; y así
Me ataron, y á este aposento
Me suben á dar tormento.
Doléos las dos de mí.
BELI. ¡Perdidas somos, Teodora!
Todo se descubre.
TEOD. ¡Ay cielo!
No digas lo de Riselo,
Beltran.
BELT. ¿Cómo no, Señora?
¿No ves que soy un gallina?
TEOD. El me ha de echar á perder.

ESCENA XI.

LEONOR.—DICHOS.

LEON. ¡Ay, Señora! ¿Qué has de hacer?
Tu remedio determina;
Que Otavio y tu padre airado
Un hacha encendiendo están
Para pringar á Beltran. (a)
BELT. ¡Que muera un hombre pringado,
No más de por ser doctor!
Cuando yo astrólogo fuera,
Esa pena mereciera;
Mas no por curar de amor.—
Belisa, de mí te duele.
BELI. ¿Cómo te podré librar?
LEON. Por la puerta no hay tratar.
BELT. Pues ¿dónde quieres que vuele?
¿Nunca leiste la historia
De Fernan Gonzalez?
BELI. Sí.
BELT. ¿Y de la infanta que allí
Ganó tan alta memoria?
BELI. Ya sé que con un vestido
De mujer librarle pudo;
Pero ponértelo dudo.
LEON. Aquí una llave he traido
Que hace á aquel aposento.
BELI. Pues quedaos las dos aquí;
Que he de sacarle de allí,
Aunque fuese por el viento.
(*Vase Belisa, y retírase Beltran de la ventana.*)

ESCENA XII.

TEODORA, LEONOR.

TEOD. ¿Dónde aquella loca es ida?
LEON. Adonde la fuerza amor.
TEOD. Mejor dijeras su honor,
Que importa más que la vida.
LEON. Y aun á tí, porque dirá
Lo que sabe de Riselo.

ESCENA XIII.

PRUDENCIO, OTAVIO.—DICHAS.

PRUD. (*Ap. á Otavio.*) Que lo han sabido recelo.
Mas aquí Teodora está.
OTAV. Si ha de dar por fuerza voces,
¿Quién duda que han de saber

(a) Solíase castigar á los esclavos echándoles tocino derretido, ó pringue hirviendo: á esto llamaban *pringar*.

Todo lo que se ha de hacer?
PRUD. Ya es de noche: así te goces,
Que dejes hasta que sea
Más tarde la ejecucion.
OTAV. Reviéntame el corazon,
Que la venganza desea.
Echa tu hermana de aquí.—
(*Recio.*) Tú, Leonor, vé á tus haciendas.
(*Vase Leonor.*)
PRUD. Teodora, puesto que entiendas
Lo que no entiendo de tí,
Déjame solo un momento.
TEOD. Haz tu gusto, y ¡plega á Dios
Que no os resulte á los dos,
En más pena y sentimiento!
PRUD. Vé con Dios, santa; que ya
Se sabe tu hipocresía.
TEOD. Quien habla en la honra mia,
En la de fuera ¿qué hará?
¿Así te despeña Otavio,
Con años locos y pocos?
PRUD. Véte, y déjanos ser locos.
TEOD. ¿Tú eres noble? ¿Tú eres sabio? (*Vase.*)

ESCENA XIV.

SALUCIO.—PRUDENCIO, OTAVIO.

SALUC. Cuando estaba apercibida
El hacha, á la puerta llama
Un hidalgo, cuya fama
Es agora conocida
En toda la córte. Abrí;
Que no lo pude excusar.
¿Ha de entrar?
PRUD. Bien puede entrar.
Pero su nombre me dí.
SALUC. Florencio.
PRUD. No le detengas,
Ni el hacha mates: será
Para acompañarle.
SALUC. Ya
Entra.

ESCENA XV.

FLORENCIO, GERARDO.—DICHOS.

PRUD. En hora buena vengas.
¿Qué novedad es aquesta?
¡Tú, Florencio, en esta casa!
FLOR. Con razon te lo parece;
Mas mi padre, que Dios haya,
Que fué tan amigo tuyo,
De una edad y de una patria,
Me dejó la obligacion
De servirte.
PRUD. ¿Qué es la causa
De venirme á ver de noche?
FLOR. Que la vergüenza á la cara
Pusiese este velo negro.
Aquí conmigo te aparta.
PRUD. Cualquiera cosa que quieras,
Seguramente la trata
Delante de Otavio, que es
Hijo de mi hermano.
FLOR. Estaba
Necio por no conocerle;
Que ser vuestra sangre hasta.—
Tenedme por vuestro.
OTAV. Y yo
Lo mismo os ruego.
FLOR. Quien ama
Dicen que tiene licencia
De hablar sin arengas largas.
Este caballero y yo,
Que es Gerardo de Navarra,
Que está haciendo en esta corte
Los negocios de Tafalla,
Hemos visto algunos dias,
Y muchos oido en fama,
La hermosura y la virtud
De Belisa y vuestra hermana;
Y aunque hubiera los terceros
Que era justo; porque agravia
Quien ama á su mismo amor
Si por sí mismo no habla,
Como veis, venido habemos.
PRUD. No digais más; que quien pasa
Tan adelante en las obras,
No lo ha de hacer en palabras.—
Veis aquí, Otavio los dos
Que mi honrada casa infaman;
Que como al doctor ven preso,
Hales temblado la barba.—
Cierra esas puertas, Salucio.
OTAV. Muy bien has dicho. No salgan
Sin que averigües primero
El autor de tanta infamia.
GERAR. Señores, ¿qué es lo que haceis?
FLOR. ¿Por qué sacais las espadas,
Y con tan feas razones
Nos tratais en vuestra casa?
OTAV. Agora sabreis lo que es.—
Vé presto, Salucio, llama
Al dotor fingido.
SALUC. Voy. (*Vase.*)

ESCENA XVI.

PRUDENCIO, OTAVIO, FLORENCIO, GERARDO.

FLOR. Algun suceso os engaña
A que nos tengais por otros.
PRUD. Luego, ¿no es tuya la traza
Para engañar á Belisa,
Recogida un tiempo y casta,
Y á la hipócrita Teodora,
Con el que aquí te acompaña,
De fingir la opilacion
Que ya en cuatro meses anda,
Y que un lacayo ó Beltran,
Con gorra y con guantes de ámbar,
Se finja doctor, y mande
Que salga por las mañanas
Al Prado, con el acero
Que vida y honra me pasa?
FLOR. Este que traigo ceñido,

A mí me pase hasta el alma,
Si tal hice.

OTAV. ¿Cómo no?

ESCENA XVII.

SALUCIO.—DICHOS.

SALUC. El hombre que preso estaba
(El doctor digo ó lacayo),
Sin duda alguna, almohaza
Las mulas de los demonios,
Porque ni parece en casa,
Ni se sabe de tu hija.
OTAV. ¿De Belisa? Otra desgracia.
PRUD. ¿Mi hija falta con él?
SALUC. Beltran y tu hija faltan.
PRUD. Dame esa espada, sobrino;
Octavio, dame esa espada.
Matar á mi hermana quiero.
OTAV. ¿Qué culpa tiene tu hermana?
FLOR. Señores, ¿quereis que os diga
Quién todo este daño os causa?
Pues sabed que el uno dellos,
Que me ha quitado una dama,
Me obliga á venir aquí
A quitarle, por venganza,
A Belisa desta suerte.
Venid antes que se vayan;
Que yo os diré dónde están.
OTAV. ¡Caso extraño!
PRUD. ¡Cosa extraña!
FLOR. Seguidme.
PRUD. ¿Quién es?
FLOR. Seguidme.
PRUD. Sobrino, tomemos armas.
OCTAV. Prudencio con tanto acero
Embotarán las espadas. (*Vase.*)

Calle.

ESCENA XVIII.

BELISA, *con capa, espada, sombrero y vaquero;* BELTRAN, *de mujer y con manto.*

BELI. ¡Oh, lo que la noche encubre!
BELT. Gallarda vienes, por Dios.
BELI. Trocado habemos los dos
El ser que el hábito cubre.
BELT. Yo llevo gentil galan.
BELI. Yo llevo famosa dama.
BELT. Aquí está Lisardo.
BELI. Llama;
Que no te conocerán.
BELT. Tú has de llamar; que yo no.
BELI. ¡Ah sí! que soy el que guardo.
¡Ah de casa! ¡Ah, seor Lisardo!

ESCENA XIX.

LISARDO, RISELO.—BELISA, *de hombre;* BELTRAN, *de mujer.*

LISAR. (*Dentro.*) ¿Llamaron?
RISE. (*Dentro.*) Sí.
LISAR. (*Saliendo.*) ¿Quién es?
BELI. (*Embozada, abultando la voz.*) Yo.
LISAR. ¿Quién busca á Lisardo?
BELI. Aquí
Os espera cierta dama.
LISAR. ¡Dama á mí! ¿Cómo se llama?
BELI. Eso no me toca á mí.
Habladle y sabreis quién es.
LISAR. ¿Es Leonor?
BELT. (*Fingiendo voz de mujer.*)
¿No me conoce?
LISAR. Vuesamerced no se embosque.
¿Cómo ha venido?
BELT. En los piés.

ESCENA XX.

RISELO, MARCELA.—DICHOS.

RISE. (*Ap. á Marcela.*) Déjame, mi bien, que vea
Los que con Lisardo están.
MARC. Mujeres celos me dan.
¿Cosa que Teodora sea?
RISE. ¿Teodora habia de ser,
Hermana de un hombre grave?
MARC. Como de esos graves sabe
Amor humildes hacer.
RISE. Hablando está con Lisardo.
No tengas celos de mí.
MARC. ¿Quién viene con ella?
RISE. Aquí
Está un mancebo gallardo.
MARC. (*A Belisa.*)
¡Ah, gentilhombre! ¿quién es
Esta encubierta señora?
BELI. ¿Son celitos?
MARC. De Teodora.
BELI. No es tan ligera de piés.
MARC. Pues ¿quién es aquesta dama
Con quien habla este galan?
BELI. Doña Constanza Beltran.
MARC. ¿Cómo?
BELI. Este nombre se llama.
Es mujer de tanto punto,
Que si sale, lleva más
De algun caballo detrás.
MARC. La cantidad os pregunto.
BELI. Pesará catorce arrobas.
MARC. (*Ap.*) No es muy bobo el escudero;
Mas desengañarle quiero
Que no está hablando con bobas.
BELI. Si os digo la cantidad,
Un cuarteron más ó menos,
¿En qué os engaño?
LISAR. (*A Beltran.*) Tan buenos
Ojos descubrid, mostrad
Los dos.

BELT. ¡No, sino los tres!
LISAR. ¿No podeis ser tuerta?
BELT. ¡Ay Dios!
LISAR. Ea descubrid los dos.
BELT. ¡Jesús! Tiempo habrá después.
LISAR. ¿No sabré yo la ocasion
Porque venís á buscarme?
BELT. ¿Que puedo más declararme?
Digo que os tengo aficion.
LISAR. Pues ¿adónde me habeis visto?
BELT. En mi casa muchas veces.
LISAR. ¡Que haya aquí tantos jueces!
MARC. (*Ap.*) ¿Es posible que resisto
Mi celosa condicion
Sin descubrir esta dama?
BELI. (*Ap.*) Dirá después que me ama
Lisardo: ¡oh linda aficion!
Mirad si está entretenido
Con el lacayo enmantado.
LISAR. (*A Beltran.*)
Señora, ¿dónde os he hablado?
¿Dónde me habeis conocido?
BELT. ¡Ay! qué desconocimiento!
LISAR. Mucho lo debo de ser.
BELT. Yo os he dado de comer
Mil veces.
LISAR. ¡Extraño cuento!
¿Vos á mí?
BELT. Sí, y aun por mí
Soleis andar á caballo,
Y aun otras cosas que callo,
Por no descubrirme aquí.
Por vos cierto padre viejo
No ha un hora que me pringaba.
LISAR. ¿Sois negra?
BELT. Soy vuestra esclava.
Dióme una dama el consejo
De que me viniese así,
Porque si no, ya tuviera
La panza como una cera.
LISAR. ¡Ay Dios! ¡quién se hallara allí!
BELT. ¿Cómo hallar? Burla pesada
Os pudiera suceder.
LISAR. Por Dios, que debeis de ser
La bella malmaridada.
¿Teneis marido?
BELT. Si allí
Os hallais, Dios me confunda
Si no os pegan una tunda
De las más lindas que vi.
LISAR. En obligacion estoy
A lo que por mí pasais;
Mas como no os descubrais,
Desobligándome voy.
BELT. ¡Ay, señor, qué disfavores
Tan notables que me haceis!
Por Dios, que no me dejeis,
Si habeis de tomar amores;
Y pues tan bien os serví
Las mañanicas de mayo,
Si habeis de tomar lacayo,
No dejeis por otro á mí.
LISAR. ¿Es Beltran?
BELT. Pues ¿no lo ves?
LISAR. ¡Hay tan extraña novela!
BELT. Calla, y burlaré á Marcela;
Que hay grandes cosas después.—
¡Ah, señor Riselo!
RISE. ¿A mí?
BELT. A vos pues.
RISE. (*A Marcela.*) Con tu licencia.
MARC. (*Ap.*) ¿Tendré con esto paciencia?
RISE. (*A Beltran.*) Ya que habeis venido aquí,
Que os descubrais os suplico,
Porque aquella dama os vea.
BELT. No puedo.
RISE. ¿Por qué?
BELT. Soy fea.
RISE. No hay fea con tan buen pico.
BELT. Aun no lo sabeis muy bien;
Que no me habeis visto hablar.
MARC. (*Ap.* ¿Téngome yo de matar
Porque estos hablando estén?)
Fuera digo. ¡Vive Dios,
Que os habeis de descubrir!
BELT. ¿A mí se me ha de decir
Tal desacato por vos?
¡A la niña, á la beata,
A la fraila del cordon!
¡Ay Jesús qué tentacion!
¡Que me tira, que me mata,
Que me destoca!
MARC. ¿Quién eres?
BELT. Beltran soy.
MARC. ¡Beltran!
BELT. Pues ¿quién?
LISAR. A mí me burló tambien.
RISE. Demonio en las burlas eres.
Cúbrete; que viene gente.
MARC. Meteos bien en el portal.
LISAR. Acá vienen.
RISE. Algun mal
Temo.
BELT. No huyas, detente.

ESCENA XXI.

PRUDENCIO, OTAVIO, FLORENCIO, GERARDO, SALUCIO, *y* CRIADOS *armados.*—DICHOS.

FLOR. Esta es la casa.
GERAR. Aquí están.
FLOR. Llama á esa puerta, Gerardo.
GERAR. No hay que llamar; que á la puerta
Deben de estarte aguardando.
PRUD. ¿Quién va?
LISAR. ¿Quién pregunta quién?
PRUD. Un hombre noble agraviado.
LISAR. ¿Es Prudencio?
PRUD. Y sin prudencia.
¿Eres por dicha Lisardo?
LISAR. Yo soy, señor. ¿A quién buscas?
PRUD. A tí te busco, villano.
LISAR. ¡Villano á mí! Si no fueras
De tu edad...
PRUD. El que es hidalgo
No hace infames á los hombres
De mi sangre y de mis años.

LISAR. ¿Qué te hice yo en mi vida?
PRUD. ¿Parécete poco agravio,
Después de haber á mi hija,
Como á ignorante, engañado,
Y con el fingido acero,
En las mañanas de mayo,
Puesto mi honor por el suelo,
Como salteador del campo;
Habiendo al doctor fingido
Preso, y sabiendo su engaño,
Sacarla él mismo? Pues oye:
Caballero soy honrado;
Yo no he de traer justicia;
La que tengo son mis manos.
Para tí bien basto yo,
Y para Riselo Otavio:
Para los que están contigo,
Bastan Florencio y Gerardo.
Y si trajeres más gente,
Aquí me sobran criados,
Y yo solo basto á todos.
LISAR. Si en servirla os hice agravio,
Por la parte de ser pobre
(Que en las demás os igualo),
Yo os daré satisfacion
Dando á Belisa la mano;
Más ¡vive Dios, que no sé
Dónde ó cómo la ha llevado
El hombre que vos prendistes!
OTAV. Pues, Lisardo, si estais salvo
Del cometido delito,
Dad lugar á que, mirando
La casa, os dejemos libre.
LISAR. Eso no puedo negarlo.
FLOR. Señor, mirense primero
Los que mirais embozados.
RISE. Yo soy Riselo, y quisiera,
Florencio, en lugar hallaros
Que os dijera si es bien hecho...
FLOR. Y yo tambien tiempo aguardo
En que os diga si es Marcela
Vuestra.
MARC. ¿Para qué es cansaros,
Pudiéndolo yo decir,
Que es el mejor desengaño?
FLOR. Habla, pues; que, como sepa
Que es tu gusto, estoy pagado
De mi amor y mis deseos.
MARC. A Riselo doy los brazos.
RISE. ¿Estás contento?
FLOR. Si estoy.
OTAV. (*A Beltran.*) Señora, desembozaos.
BELT. ¿A las mujeres por qué?
OTAV. Porque una mujer buscamos.
BELT. Pues sepan que yo soy hombre.
PRUD. Este es el doctor lacayo.
OTAV. ¿Mataréle?
PRUD. No; que importa
Que viva.
OTAV. Pues ¡tú con manto!
Di luego dónde llevaste
A mi prima, ó por los labios
Te haré tomar el acero
Que á nuestras honras has dado.
BELT. Quedo, señores.
PRUD. ¿Qué es quedo?
BELT. Aunque me hagais mil pedazos,
No diré dónde la tengo,
A fe de pobre asturiano,
Si no me dais la palabra
De que á Lisardo, mi amo,
Se la dareis por mujer.
PRUD. Eso es forzoso, y yo gano;
Que bien sabe mi sobrino
Que quien toma acero en mayo,
No estará para mujer
Hasta los fines de marzo.
BELT. Pues esta es Belisa.
OTAV. ¿Quién?
BELI. Yo soy, que á tus piés aguardo
Perdon.
PRUD. Antes que te mire,
Dale á Lisardo la mano;
Que á la santa que tu amor
Cubrió del hábito pardo,
Yo le daré un monesterio.
BELT. ¿Y á Leonor?
PRUD. Tengo pensado
Dársela á un doctor fingido.
Con esto á mi casa vamos,
Adonde cenando juntos,
Queden en paz los agravios.
LISAR. Aquí acaba la comedia
En vuestro nombre, Senado,
Del *Acero de Madrid*.
Bésaos las manos BELARDO.



ACTO TERCERO, ESCENA XVII.

LOS MELINDRES DE BELISA.

PERSONAS.

TIBERIO.
LISARDA.
ELISO.
FABIO.
BELISA.
CELIA.
PRUDENCIO.
FELISARDO.
CARRILLO.
DON JUAN.
FLORA.
UN ALGUACIL.
UN ESCRIBANO.
UN ESCUDERO.
ALGUACILES.
CUATRO LACAYOS.

La escena pasa en Madrid.

ACTO PRIMERO.

Sala en casa de Lisarda.

ESCENA PRIMERA.

LISARDA, TIBERIO.

TIBER. En fin, ¿se ha quitado el luto?
LISAR. Há más de un año la muerte
De su padre.
TIBER. Desa suerte
Podremos decir que es fruto
De la tristeza el contento.
LISAR. No lo será para mí,
Que tal marido perdí.
TIBER. ¡Oh qué inútil sentimiento!
LISAR. ¿Inútil? Pues ¿no es razon
Que llore su compañía
Una mujer que tenia
Tanto amor y obligacion?
¿No sabes tú que aun las aves
Dan ejemplo, pues que muda
Una tórtola viuda
Su canto en quejas suaves,
Y no se vuelve á casar
Si una vez su esposo pierde,
Ni se sienta en ramo verde?
TIBER. Pues ¿dónde se va á sentar?
LISAR. En un espino, en un ramo
Seco.